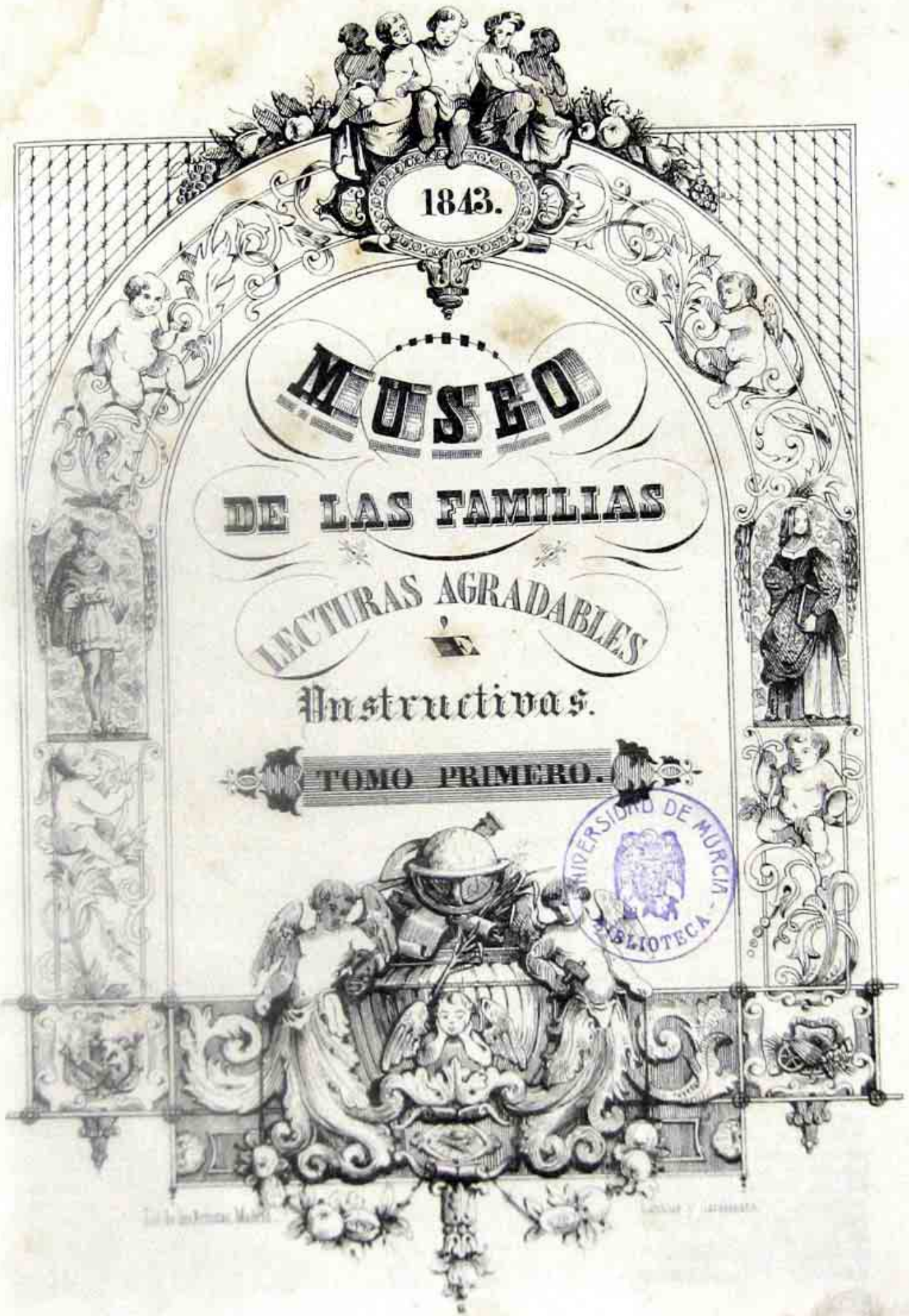


R. 17.770



MUSEO

DE LAS FAMILIAS

LECTURAS AGRADABLES
Y

Instructivas.

TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD DE MURCIA
BIBLIOTECA

R. 17.470



La imprenta de...

...

ESTUDIOS LITERARIOS.

INTRODUCCION.

Necesario y útil es, en el siglo á que pertenecemos, divulgar cuanto sea posible los progresos intelectuales de un pueblo que, tras largos años de continua ansiedad y de incesantes sacrificios, logra entrar por fin en la carrera de su regeneracion política; porque los progresos de nuestra inteligencia constituyen la verdadera historia filosófica de nuestras revoluciones; porque es el único patrimonio moral que podemos legar á las generaciones futuras, para que estudiándonos aprendan á imitar nuestros aciertos ó á precaverse de nuestros errores. Bajo ese punto de vista nadie pondrá en duda la utilidad de publicaciones como la presente, si á su formacion preside la sensatez y la crítica indispensable para elegir y ordenar como el buen gusto, y la conveniencia lo exigen, los varios frutos del saber y del ingenio que deben decorar sus páginas. En ellas, como en un cuadro de numerosos y variados objetos, se abarca de una sola ojeada por decirlo así, todo un siglo; ó cuando menos una época notable, en donde tal vez va compendiada la historia entera de la literatura de un pueblo, con todas las vicisitudes que durante varios siglos ha experimentado. Porque, á la verdad, las transiciones del gusto de las escuelas y de los sistemas, nunca llevan consigo tal fuerza de predominio absoluto, que logren barrar de una vez y para siempre, las huellas que otro gusto, otras escuelas y otros sistemas anteriores, dejaron estampadas en su carrera.

Asunto es por cierto muy vasto, y mas propio de una historia literaria que de las reducidas dimensiones de un periódico, el manifestar cómo y por qué medios ha comenzado á renacer en nuestra época la literatura española, adornada de galas y atavíos no usados en los siglos precedentes. Empero es forzoso, y no pocas veces conveniente y útil, dejar consignada la opinion que en la actual época podemos formar de la literatura; y manifestar, si bien con brevedad, las causas eficaces de esos cambios inesperados, puesto que solo dándolas á conocer se facilitan las investigaciones de la crítica, y se escusan los falsos juicios así como los contrapuestos pareceres de los sabios.

Nadie ignora que al renacer las letras en Europa, no fue España la última en aspirar á la gloriosa conquista del saber, tributando á los padres y maestros de la civilizacion europea el homenaje que jamás la humanidad podrá negarles con justicia. La literatura greco-romana, divulgada por el continente á favor del cristianismo, comenzó á dar á sus renacientes sociedades aquella energia y expresion intelectual que llegó á desaparecer entre los escombros del gigantesco imperio de los Césares; con sus doctrinas las comunicó igualmente un pensamiento único, pero ferundo en sublimes ideas de moral y socialidad; pensamiento en el cual se hallaban concretadas á la vez los mas elevados de la cultas edades pasadas, y todos los que necesariamente habian de servir de sólido fundamento á las sociedades venideras. Mas no era ya ni podia ser esa literatura restaurada, la misma que en siglos anteriores enardecia el espíritu he-

lico y de libertad en el foro romano, ó deleitaba dulcemente la corte de los Augustos. Variando de caracter y de objeto, aunque sin cambiar de formas y de lenguaje, se plegaba por necesidad á los hábitos, costumbres y diverso modo de ser de otra sociedad, que contaba por cimiento de su civilizacion renovada, otra religion, otro culto, otra tendencia, distintas de las que imperaban en el ánimo de los antiguos dominadores de la tierra. Mientras tanto, cada nacion habia comenzado á formar su idioma propio; cada cual procuraba aplicar al suyo toda la riqueza de la lengua que le sirvió de madre; y todas por fin, aspiraron á que su genuino idioma fuese la expresion viva de la era en que se formara, y de la sociedad que le habia adoptado. La imágen del caos se representaba en aquella multitud de pueblos que partiendo de un centro comun, reluchaban entre sí para constituirse como independientes y rivalizar algun dia en esplendor y gloria, llevando consigo por única herencia la memoria, el idioma y algunas leyes del gran pueblo á quien todos pagaron tributo.

Bosquejados los nuevos idiomas de occidente, comenzaron estos á probar sus infantiles fuerzas en la poesia, órgano inmediato de la expresion sensualista de todos los pueblos de la tierra; porque solo á la lengua de Lacio estaba reservado el serlo de los pensamientos sociales y religiosos sobre que á la sazón se fundaba la organizacion política y civil de los nuevos estados europeos. Empero aquellos crecian, y con su vigor anunciaban una revolucion forzosa en las ideas, y por consiguiente tambien en las letras, intérpretes de las primeras. Apareció el siglo XIII para consumarla, llevando en su seno el genio colosal del Dante, que por sí solo bastó para hacer olvidar á cuantos le habian precedido, abriendo nueva senda al ingenio y un campo inmenso á la imaginacion. Desde que apareció ese fenómeno de la literatura europea, fecha la verdadera época del renacimiento de las letras: porque únicamente desde entonces comienza la dilatada serie de los ingenios privilegiados, y el predominio que por largo tiempo conservó en Europa, y con particularidad en el mediodía, la literatura italo-latina: desde entonces se ven los esfuerzos que por todas partes, y especialmente en España, se hacian por aspirar al título de restauradores de las letras: mas sea licito confesar ingenuamente que ningun estado europeo tiene modelo alguno, de igual época, capaz de sufrir paralelo al lado de aquel monstruo de inconcebible fantasia. Siguió á este en celebridad, aunque por un sendero muy diverso, el dulce y sensible Petrarca; y tanto sus obras como las de Ciceró Dascoli y otros sucesores suyos, dieron á la literatura itálica cierta elevacion y grandeza que hubieron de respetar y admirar las naciones del continente.

No pretendemos narrar la historia de la literatura europea; indagar lo que unos y otros pueblos se prestaron y devolvieron en el mútuo comercio de ideas y pensamientos que á la sazón agitaban los ánimos; ni tampoco despertaremos antiguas querrelas y rivalidades de dos naciones que entre las demas, y en siglos tan atrasados, tenian justos títulos para disputarse la gloria de haber contribuido, con sus luces y esfuerzos, á sacar de las tinieblas de la ignorancia aquellos mismos pueblos en los que habia brillado la antigua sabiduria de la república y

del imperio: basta saber que Italia y España, marchaban á la cabeza de la civilización.

La segunda, objeto principal de nuestras reflexiones, si bien inferior á la primera en la poesía sublime, no lo fue en el vulgar y menos en los demas ramos de las letras humanas. Pero desgraciadamente las discusiones jurídicas y teológicas, así como en tiempos posteriores, absorbían en aquel la atención de los humanistas, con grave perjuicio de las ciencias, enteramente abandonadas á sí mismas, y reducidas al charlatanismo empírico de los que se decían sábios en ellas. Ninguna prueba mas relevante puede darse de este aserto que el célebre libro intitulado *El Tesoro*, ó libro del Candado, escrito por el Rey D. Alonso X, en que trata de la piedra filosofal, ó sea del modo de hacer oro químicamente. (1) Las ciencias, pues, permanecían entonces ocultas en su mayor parte, bajo el velo misterioso de la naturaleza, á pesar de los esfuerzos de los árabes por descorrerle y descubrir sus arcanos: empresa gloriosa, reservada á otros hombres y otros siglos.

Empero las letras probaban muy diversa fortuna. Los auxilios que recibían de las obras sabias de la antigüedad, y la influencia que llegaron á tener en la nueva civilización el atrevimiento, la fuerza de espresion y la gala oriental de los libros árabes, debía necesariamente producir resultados ventajosos á la literatura, aun cuando la arabiga y latina, discordes en los medios y en su objeto, no pudiesen por ese motivo formar desde luego un sistema, y que la rusticidad del naciente idioma de Castilla y la creencia religiosa de los que le hablaban, fuesen un obstáculo para el progreso de las buenas letras.

Oponiase, por otra parte, á la completa madurez de aquellas en España, la falta de unidad política; porque dividido el territorio en diversos estados independientes, con leyes, usos y costumbres variadas y discordes, germen perpetuo de renillas, desavenencias, y guerras parciales, era muy difícil sino imposible, hallar en las letras la unidad y concierto que faltaba en el orden político. No existía, pues, una escuela, en donde germinasen y diesen fruto las buenas doctrinas, adoptando un tipo común de lo bueno por esencia acomodado á la nueva índole de aquella sociedad, susceptible á la sazón de recibir, respecto del gusto, las formas que se juzgasen mas aventajadas. Reservado estaba al siglo XVI ofrecer á los siguientes aquel tipo, aquella escuela, que si bien no podía tener pretensiones á la perfección; poseyó sin embargo una prenda de gran valor en las obras de ingenio: esto es, la originalidad en mucha parte de ellas.

Ese gran paso, consecuencia necesaria del principio político de la unidad verificado por el enlace de Fernando é Isabel, que redujo á un solo cetro la obediencia de los antiguos estados peninsulares, no podía realizarse sin producir una revolución en el orden de ideas y en el gusto, por decirlo así postizo, que habia heredado aquella sociedad de la literatura dominante de los latinos. La poesía dramática, con especialidad, mas influyente en el gusto que ningún otro ramo de las letras humanas, dió en cierto modo la voz de alarma por boca de Lope de Vega, y el movimiento no pudo menos de hacerse general é inevitable. Yacia el teatro en su infancia, únicamente alimentado con débiles versiones de Terencio y Plauto, y con imperfectas imitaciones de los trágicos griegos y latinos. No escasas de ingenio cómico varias composiciones de Lope de Rueda, Naharro, Castillejo y otros muchos, constituían sin embargo un género exótico por el pensamiento, por las costumbres, por el modo de ver y de sentir de la nueva sociedad, tan distante y tan diversa de la representada en aquellos ensayos dramáticos, cal-

cados sobre las costumbres domésticas de los romanos. Esas costumbres, venían á ser otros tantos enigmas que siempre rehusan discifrar los que buscan en el teatro un agradable solaz, y no una nueva fatiga para el entendimiento. En suma, aquellas producciones de formas invariables, en donde el esfuerzo de la razón tiene mas parte que el ingenio, de ningún modo podían satisfacer las necesidades y exigencias de una sociedad nueva, con todo el vigor y lozania que le comunicaran su propia grandeza y sus conquistas, llena por otra parte de aquel fervor de la fantasía que en ella habia escitado el gusto oriental de los poetas árabigos. Lope de Vega fue, pues, el gefe de esa revolución, que sin él se hubiera retardado por algun tiempo, pero que al fin se habia hecho inevitable. Cuantos criticos han querido fundar una acusacion casi invidiosa, contra aquel célebre ingenio, por haber encerrado bajo llave á Terencio y Plauto, á riesgo de pasar por bárbaro como él dice, entre franceses é italianos, humildes y pobres imitadores á la sazón de los modelos clásicos de la antigüedad en ese género, no han reflexionado detenidamente sobre su arte nuevo de hacer comedias. Allí está su defensa, y allí se descubren con harta claridad los motivos que le impulsaron á promover tan ruidosa revolución, apoyado en las exigencias mismas de la sociedad á que pertenecía: un comentario de ese arte célebre, presentaria toda la historia literaria de aquella época.

Mientras continuó sin interrupcion ese movimiento dado por Lope á la poesía dramática; mientras que el gusto se mantuvo inalterable y como identificado con la nueva escuela creada por aquel célebre ingenio y perfeccionada por Calderon, Moreto, Tirso y otros muchos; el teatro español nada debió á los estráños: era original, nacional y popular; por esas prendas ha ocupado siempre un lugar muy preferente en la historia de nuestra literatura. Mas la Europa en general, por todas partes se vé sujeta á las mismas vicisitudes que los sistemas políticos de las naciones, observando tambien su período gradual de prosperidad y decadencia; pero siempre el llegar á la primera, es indicio inequívoco de hallarse próxima á la segunda, y vice-versa.

Así sucedió en España. Al advenimiento de Carlos I al trono castellano, la grandeza colosal de su vasta dominacion era una excesiva balumba y grande peso para hombros tan flacos como los de sus sucesores. Amenazaba próxima ruina ese soberbio edificio; y tanto mas se aceleraba aquella, cuanto menos eficaces eran los medios previosores que para evitarlo discurrían los encargados de su conservacion. Los errores políticos, los vicios de la corte, y el olvido de la pasada gloria, todo anunciaba al comenzar el siglo XVII la rígida decadencia del estado, así como la de las letras; y todos los pensamientos llegaron á cumplirse, dejando á otras naciones el estímulo y afán de aspirar á una gloria que tuvimos y no acertamos á conservar. Perdimos el Portugal, los Países bajos, los estados de Italia, y con ellos la literatura, para hacernos tributarios de estrangeros en lo político, en lo moral y en lo literario: destino irrevocable de los estados poderosos, cuando los que rigen sus destinos carecen de la destreza necesaria para conocer y seguir la senda indicada por las circunstancias y la esperiencia. Colocada la literatura en el mismo derrumbadero por donde la nacion se precipitaba á un abismo sin fondo, siguió la misma suerte desastrosa, dejándonos tan solo un recuerdo de su pasado esplendor, y la huella indeleble de su verdugo el culteranismo; el cual bajo diversas formas, ha presidido casi siempre á nuestra decaída literatura.

Al propio tiempo que su decadencia total se consumaba nacia una nueva era en la vecina Francia, merced á un príncipe que en medio de su ilimitado despotismo y de sus errores políticos acertó á conservar la máxima prudente de fomentar las letras y proteger abiertamente

(1) En mis lecciones de literatura, dadas en el Atenéo, esbozo haber alegado suficientes razones para dudar que este libro sea de D. Alonso el sabio.

a los que las cultivaban con fruto. La literatura francesa, durante una época que por excelencia es llamada el siglo de Luis XIV, hubo de acudir á las ruinas de la antigüedad para conocer la esencia de lo bueno, aprovechar sus escombros y reconstruir un sistema literario, que si bien no tenía colocadas todas sus partes con la misma proporción y simetría de la antigua escuela, rechazada ya por las modernas sociedades, era sin embargo grande y bello, aunque no original. Ni era fácil sucediese otra cosa; porque estragado y corrompido el gusto moderno, se había hecho impotente para crear, y rebelde al propio tiempo á los consejos de la razón y aun á las naturales indicaciones del buen sentido. Solamente la fuerza de la autoridad podía vencer aquella resistencia, y ninguna autoridad mas poderosa por cierto, que la que ha conservado el respeto y veneración de todas las edades. La literatura greco-latina, aunque vestida con los atavíos de las sociedades modernas, y los preceptos de Horacio proclamados como irrevocables, fueron el cimiento de la que en los siglos XVII y XVIII florecía al otro lado de los Pirineos.

Mientras allí levantaba su frente con harta gloria y gallardía la nueva literatura francesa, completaba la nuestra su rápida decadencia; espirando con ella el siglo XVII, la nacionalidad española, y la dinastía austriaca en su postrero é imbecil vástago Carlos II. Un nieto de aquel mismo Luis XIV, protector decidido de las letras, de aquel que con tanta solemnidad pronunció entonces estas célebres palabras, *ya no hay Pirineos* vino á ocupar el trono de los reyes católicos. Llenos todos de esperanzas en presencia de un joven que con tanta constancia y valentía defendió sus derechos á la corona de España, educado además en la corte voluptuosa pero ilustrada de Luis XIV, aguardaban la aparición de una nueva era de prosperidad para el estado y para las letras: esperanza lisonjera desvanecida con igual rapidez que el humo por la violencia del huracán.

Trasladados á España en pequeño todos los vicios de que adolecía en grande la Corte y la nación francesa, fuimos desde entonces simples ecos de las inspiraciones de aquella nación afortunada; y era por lo mismo inevitable admitiésemos de ella los usos, las costumbres, el gusto, y por consiguiente la literatura que había adoptado. Si este tránsito fue nocivo ó ventajoso á nuestra patria, no es cuestión que pueda ser resuelta en este lugar. Pero había necesidad de un cambio en el orden de ideas y en el gusto, depravados hasta lo sumo por el escolasticismo y los conceptistas: era forzoso, sino habíamos de carecer de literatura, de ese siglo de civilización y cultura de los pueblos, ó crear una, ó adoptar otra conocida; desgraciadamente se tomó este último partido, porque la influencia francesa borraba de nosotros todo pensamiento de originalidad y de independencia. Admitimos, pues, la suya: fuimos en todo ciegos imitadores de sus aciertos y de sus desvarios, así en lo político como en lo literario; y prohibiendo los mismos principios, las consecuencias, sin embargo, han sido muy diversas para nosotros: los descendientes de Luis XIV, forman una nación rica y poderosa, la nuestra... está muy lejos de igualarla, y no lo conseguirá por la imitación.

Antes de pasar adelante en estas brevísimas indicaciones de la marcha gradual de la literatura, será conveniente indicar la innovación que experimentó al renacer en Francia. La tenaz y prolongada lucha entre las doctrinas de la Sede romana y los reformadores del dogma y de los principios que en aquella han regido siempre, no era puramente una cuestión de máximas religiosas: su verdadera tendencia se dirigía al orden político, bajo la apariencia del espiritualismo de la religión, puesto que se combatía de frente la omnimoda potestad temporal que se abrogaron los Pontífices con toda la astucia y sagacidad diplomáticas que fué susceptible el talento privilegia-

do de Gregorio VII. Lutero, el mas formidable de los sectarios antagonista del solio romano, suscitó á la sombra de cuestiones teológicas no pocas cuestiones políticas, con las cuales combatía á un mismo tiempo el absolutismo de la corte romana, y el de todas las monarquías: dió una voz de alarma que tarde ó temprano había de resonar en todos los ángulos del mundo civilizado. Y como el despotismo de los Príncipes buscaba su apoyo en los principios y creencias vulgares de religión, al combatir esas creencias y esos principios, al argüir y al analizarlos menudamente, no pudo menos de resentirse la fé cristiana y entibiarse el celo religioso de los pueblos. Desde entonces el escepticismo comenzó á insinuarse en todas las producciones del ingenio inclusa la época de Luis XIV; desde entonces la política tuvo también ingreso en ellas; y desde ese momento se fueron preparando las terribles revoluciones que han dado nuevas formas á las sociedades, sin alterar por ello su naturaleza especial. La primera estalló en Inglaterra en 1688, y tomando de ella nuevo color de literatura británica, preparó á su vez la que á fines del siglo siguiente había de estallar en la vecina Francia. En este país la poesía del siglo XVII había presentado constantemente el espíritu razonador, galante y ceremonioso de la Corte que la dispensaba su protección: mas en el siguiente participó también el carácter esencial de los prosistas en quienes dominaba el espíritu de escepticismo y controversia, aunque para ello hubiesen abandonado las formas dialécticas de la antigua escuela escolástica. Rousseau, Voltaire, Diderot, Fontenelle, Helvetius y otros varios, combatiendo de frente cuanto había respetado hasta entonces la fé de los pueblos, introdujeron la duda en todas las cosas, persuadiéndonos de que el mundo es un confuso montón de quimeras sin otra realidad que la suministrada por la fantasía humana y la creencia tradicional. Su pluma es cierto, redujo á la nada multitud de errores que habían oprimido la humanidad con cetro de hierro, pero al mismo tiempo dieron origen á otros nuevos, rasgando el mágico velo de la esperanza, único amparo contra la desesperación engendrada por el infortunio. Todas las virtudes, todas las acciones heroicas, todas cuantas prendas relevantes elevan la humanidad hasta el trono de su Hacedor, todo hubo de reconocer por causa eficiente, en la nueva escuela filosófica, un principio de interés individual, de amor propio, de ambición, de orgullo, que dejaba destruida la sublimidad noble y generosa de que el hombre es capaz al lado de sus semejantes.

Cundió esa doctrina como única y esclusiva de la literatura en el siglo XVIII hasta señalarse esencialmente por un espíritu de complicada metafísica, de que no pudo eximirse la poesía. En vano la imaginación sacudiendo á veces el yugo tiránico de una razón escesivamente analítica, pugnaba por elevarse á aquella región sublime en donde un idealismo consolador dulcificaba en los mortales las amarguras de la vida; su vuelo era violento, fatigoso, como si arrastrase consigo un peso que la impidiera levantar mas arriba sus alas; y llevábale en efecto, porque iba atada con lazo indestructible al férreo yugo de aquella razón árida, destructora de cuantas ilusiones agradables conmueven el corazón y enardecen y arrebatan la fantasía. ¿Qué son los salmos de Rousseau sino yerta espresion de sentimientos que no hallaban cabida en el alma del poeta: imágenes inanimadas llenas de joyas y preseas, que el arte ha suministrado sin lograr infundirlas el soplo de vida que les falta? Sin fé en las cosas, sin creencia para la verdad, sin entusiasmo por la virtud, nada se puede escribir que no sea vacío en el fondo, artificioso en lo exterior, falso en su objeto, esteri para la sociedad; y esos efectos, forzosas consecuencias de falsas teorías, habrán de conducirnos necesariamente, levantar el egoísmo sobre las aras de la divinidad y de

la patria; porque nada, como la pasión de sí propio, tiene tanto poder sobre el corazón humano.

Bajo esos funestos auspicios caminaba la sociedad francesa hacia la terrible revolución que de largo tiempo la amenazaba. Justa en su objeto político, noble y grande por los principios generosos que proclamaba, su gloria hubiera igualado á la grandeza de su pensamiento, si en la ejecución no se hubiesen desenvuelto todos los crímenes engendrados por doctrinas destructoras de los cimientos en que necesariamente han de estribar las sociedades, si no quieren desaparecer del cuadro de la civilización. Mas las reacciones suceden á los desórdenes; y aquel pueblo que se juzgó libre cuando era mas esclavo, cambió sin embargo su libertad por el yugo de un célebre guerrero: notable contraste de las teorías abstractas en su aplicación á la práctica!

Durante ese período en que las doctrinas reformadoras por una parte, la fortuna por otra, y el género organizador de un hombre verdaderamente grande, comunicaron á la nación francesa ese movimiento de vida y prosperidad que pocas han alcanzado, su literatura parecia haber enmudecido, y como que buscaban el reposo un medio de recobrar sus fuerzas, no poco gastadas en preparar la revolución que ya entonces estaba contemplando. Empero ese reposo no era estéril: la observación, el cansancio de la antigua escuela, la propensión versátil del gusto, prometían una nueva era literaria, contrapuesta á la anterior en cuanto á la expresión y las formas, ya que no en las ideas; porque estas permanecían regidas por el espíritu escéptico de que no podían desprenderse.

La fértil imaginación de un isleño de Escocia (1) la riqueza y abundante vena de un ingenio de la América septentrional (2) despertaron un nuevo gusto por esa clase de historias fantásticas que llamamos novelas; y las antiguas composiciones dramáticas de un ingenio britano (3) fecundó á la par que terrible, dieron inocentemente la primera idea de una poesía dramática, en que las violentas emociones causadas por el horror de actos atroces y semi bárbaros que degradan la especie humana, comenzaron á reemplazar los antiguos cuadros en que el crimen luchando con la conciencia y los remordimientos, ofrezca un fondo de moralidad sublime, donde no se presentaba el hombre como simple máquina movida por la combinación artística de sus órganos. Tal ha llegado á ser en Francia el tipo común del teatro y de la novela, bajo el efímero imperio de la impropriadamente llamada escuela romántica. Ese poderoso sacudimiento de la literatura en perfecta correspondencia con los sacudimientos políticos que desde fines del siglo pasado estamos presenciando, es la reacción natural y consecuente de la estrechez y rigorismo pueril de los preceptistas llamados clásicos, así como las revueltas políticas son obra exclusiva del despotismo de los gobiernos elevado á sistemas.

Nuestra España, sin literatura propia, desde mediados del siglo XVII, adoleciendo de muy antiguo de las enfermedades políticas que consumen la vida de las naciones, con mas justa razón que otra alguna procuró acudir al remedio de sus males, si bien imitando el sistema observado en otras partes para conseguirlo. En ese movimiento de reacción debieron engendrarse nuevas ideas, nuevos pensamientos, nueva literatura; pero como no éramos mas que sencillos imitadores de lo principal, no podíamos menos de serlo tambien de lo accesorio; y por consiguiente tomamos de nuestros vecinos la literatura que les plugo formar, consiguiendo engrosar la falange de los afiliados en la nueva escuela.

Hoy somos todavía imitadores: empero seanos lícito

- (1) Walter Scott.
- (2) Fenimore Cooper.
- (3) Shakespeare.

declarar al propio tiempo, que nuestros actuales escritores no obedecen tan ciegamente como hasta aquí la ley dictada desde la fábula opuesta del Pirineo. Existe en el fondo de nuestra juventud cierto espíritu de noble y generoso orgullo que se resiste á prestar fácil homenaje á los preceptos literarios y á los sistemas de otro pueblo extraño. La poesía dramática con especialidad, manifiesta una tendencia mas determinada á formar una escuela propia, desde que felizmente ha comenzado á cerrar sus puertas á las inspiraciones sensuales de Dumas, y abiertas al espiritualismo, en cuyo seno existe la sublimidad de la poesía.

Terminaremos estas ligerísimas indicaciones, delineando el carácter moral de la literatura del medio día de Europa, tal como se describe actualmente en las diferentes obras de ingenio; salvas las escepciones de la que van preparando una reforma necesaria é indispensable, no tanto en las formas como en el fondo moral de esa misma literatura.

Las doctrinas proclamadas en el siglo XVIII, por célebres escritores, y robustecidas por el fervor de las revueltas políticas, apenas han perdido nada de su primera tendencia á relajar el espíritu de caridad con que los hombres deben contemplar las debilidades y miserias á que ellos mismos se ven sujetos como parte de esa frágil humanidad supeditada constantemente por los vicios. En la mayor parte de los escritores de nuestros dias predomina cierta iracunda melancolía contra los hombres, como queriéndolos hacer responsables de la infelicidad que nosotros mismos labramos con la avaricia insaciable de nuestros apetitos. La mas enconada ironía envenena con su amargura todo cuanto nos rodea, porque no consiguiendo embotar los deseos naturales quisieramos crear otro mundo positivo de placeres nuevos en donde satisfacer la ardiente sensualidad material que nos devora. Observamos á los poetas líricos, y los veremos susurrar al mundo espiritual en sus composiciones; establecer como principio el egoísmo contrayéndolo todo á ese *yo* funesto, destructor de las sociedades, y llamar á su tribunal la naturaleza entera para maldecirla porque no ha sabido colmar sus inmoderados deseos; y los veremos en fin constituidos como soberanos de todo lo existente, lanzar iracundos anatemas sobre la sociedad corrompida no con el fervor de la union evangélica, sino con la ira frenética de la mas irracional misantropía; olvidándose de que ellos mismos están igualmente corrompidos y han cooperado á acelerar la corrupción social de que tan sin piedad se lamentan. El fastidio de la sociedad; el mirar con tedio todo cuanto nos rodea; la desesperación producida por la impotencia de crear otro mundo capaz de reemplazar con nuevos atractivos al que ya hemos disfrutado; el considerar la vida privada de placeres como un peso insoportable del que es preciso librarnos por cualquier medio; el ver en la desgracia no la obra de nuestras manos sino la injusticia de la providencia; he aquí el pensamiento dominante de la poesía lírica; he aquí su moralidad. Por fortuna no siempre ese pensamiento es hijo del corazón; no siempre el alma del poeta ha apurado gota á gota la copa del infortunio para que pueda entender y hablar su verdadero lenguaje; no siempre consigue remediarle de tal manera que no se descubra el artificio de la expresión y la pueril imitación de escuela; y no siempre logra por lo tanto producir el efecto antisocial rechazado por la sociedad misma, la cual nunca por conciencia propia conspira contra su existencia. Lejos de eso, lo odioso de semejante sistema tarde ó temprano descubre la imperiosa necesidad de sustituirle por otro mas dulce, mas sublime, de origen mas elevado y puro, en donde embriagada la mente con la esperanza de un porvenir consolador, pueda soportar con magnánima conformidad las adversidades anejas á la vida humana.

En cambio de esta filosofía escéptica, vaga y mortífera, esa especie de delirio de una razón estragada que constituye por espíritu de imitación el fondo de nuestra actual literatura; cuántas bellezas de todas clases tenemos que admirar! ¡cuántos vuelos eminentemente poéticos de prodigioso efecto! ¡qué vehemencia! ¡qué fuego en la expresión! ¡qué rasgo á veces tan atrevidos y magníficos! ¡cuánta armonía en la dición! Lástima es por cierto, que el prurito de filosofar, el afán de matizar las composiciones con sentencias pomposas, en que tan pequeña parte toma el sentimiento, y la excesiva estension de aquellas que por naturaleza debían ser breves, concisas y enérgicas la haga aparecer con el verdadero carácter de leyendas morales. Semejante defecto hace cansada y enojosa su lectura; porque la poesía deja de serlo cuando en vez de recrear, logra, por el contrario, fatigar el ánimo y adormecer los sentidos.

Injustos seríamos, en verdad, si semejante censura la

hiciésemos estensiva a todas las producciones de nuestros autores contemporáneos. Muchos hay que no participan de los defectos que en rigor no pertenecen á los hombres sino á la época: muchos para quienes todos los siglos son el suyo porque en todos estudian y de todos saben tomar lo que esencialmente es bueno. En fin el público va á juzgar por sí mismo los escritos que tendrán cabida en este Museo; su lectura le dará á conocer la certeza ó inexactitud del breve juicio que acabamos de formar del estado de nuestra literatura; y no dudamos que al convenir en el fondo con nuestras observaciones, admirará igualmente con nosotros el impulso que aquella ha recibido, la altura en que se han colocado los ingenios españoles; y por último presentir, fácilmente lo que debemos esperar de su fecundidad, y el risueño porvenir reservado á nuestra literatura nacional.

JOSE DE LA REVILLA.

ESTUDIOS HISTORICOS.



Vista de la calle Real de Segovia.

EVASION DE RIPPERDA

DE EL ALCAZAR DE SEGOVIA.

España ha sido en todas épocas el paraíso de los aventureros. No hay país que goce en Europa de mas general fama de exclusivismo nacional, y sin embargo no hay estado alguno que presente en su historia tantos y tan brillantes ejemplos de elevacion en extranjeros personajes. Parece que la fuente de la riqueza y de los honores no brotaba aquí sino al contacto de la mágica vara de extraños profetas, y que la cualidad de advenedizo era título bastante para entrar sin obstáculo en el templo de la fortuna. Pero si en todos tiempos ha tenido lugar esta verdad, nunca se ha presentado mas clara y constante que en el largo reinado de Felipe V. El pro-

longado sueño y especial aislamiento de la nacion española durante el último período de la dinastía austriaca, el eclipse de un estado que habia dominado el mundo, y la estension de una monarquía que aun conservaba ricos y dilatados dominios en ambos emisferios, la rápida é inconcebible riqueza de contratistas italianos y de especuladores flamencos que habian manejado las rentas de la corona bajo la débil administracion de Carlos II y la absoluta ignorancia que en materias de industria y de comercio reinaba en el país, escitaban profundamente la curiosidad de los extranjeros y convidaban á la codicia y á la audacia á un campo fecundo y virgen para la explotación. Así cuando el advenimiento al trono de un príncipe francés abrió los Pirineos y durante las tormentas de la guerra de sucesion, se inundó de soldados extranjeros la Península, vinieron á establecerse en España hombres hábiles é industriosos que traían el caudal de su actividad y de sus adelantos á la tierra en que se proponían labrar el edificio de su fortuna. Pero si bien la nacion, acertada

unas veces y preocupada otras, no admitía fácil ni gustosamente a los que, á fuer de mas entendidos, arrañaban su riqueza al gobierno favorecia abiertamente sus conatos y protegía sus pretensiones. Felipe V. estaba rodeado de estrangeros: estrangeros fueron casi siempre sus ministros y favoritos. Al ascendente de la princesa de los Ursinos sucedió el predominio de Alberoni: y por extraño é impopular que parezca, el influjo y actividad de estrangeros gobernantes fué, á pesar de funestos errores y de empresas interesadas, mas bien útil que perjudicial á la prosperidad de la nacion.

Uno de los ministros mas notables por su improvisada elevacion, su ilimitada influencia y su rápida caída fué ciertamente el duque de Ripperdá. Holandés de nacimiento, descendiente de una familia ilustre, casado con una señora rica del pais, renunció á la religion católica y abrazó la protestante con el fin de abrir un camino á su ambicion. Fué coronel durante la guerra de España, y luego diputado de los Estados generales. Nombrado por su gobierno, despues de la paz de Utrech, para arreglar algunas dificultades comerciales pendientes entre España y Holanda, vino en calidad de enviado extraordinario y luego de embajador á Madrid. Era entonces primer ministro el cardenal Giudice; pero el poder efectivo de la monarquia estaba en manos de Alberoni á quien pronto cedió su título y su puesto. Comprendiendo desde luego los enredos de una corte tan bulliciosa é inquieta, deslumbrando por la rápida carrera de los aventureros que se sucedian en el mando, con imaginacion viva, con imperturbable audacia y suma gracia y afluencia en la conversacion, el baron de Ripperdá se resolvió á probar fortuna en el azaroso juego de los favores cortesanos. Aduló á Alberoni y conspiró al mismo tiempo contra él: isongó con su intrepido charlatanismo la ambicion de la Reina y se unió con el confesor del Rey. Decidido al fin, vió que su cualidad de estranero y de protestante eran obstáculos para su elevacion; renunció su empleo, mudó de patria y se convirtió de nuevo á la fé católica. Instruido en las teorías comerciales y con estensas nociones de economia política, trabajó y presentó muchos planes y obtuvo un permiso para establecer una fabrica real de paños en Guadalajara, de que fue nombrado superintendente con sueldo considerable. Pero Alberoni descubrió sus intrigas contra él y le quitó el destino; á su caído lo recobró. Su muger habia muerto y Ripperdá se casó en segundas nupcias con una señora española de muy ilustre familia. Felipe V abdicó y Luis I subió al trono. El aventurero holandés examinó la situacion y vió que á pesar de su retiro á S. Idelfonso, el poder habia de volver por un medio ú otro á la babil y ambiciosa Parmesana. Dedicóse á conseguir su favor, y lo alcanzó, cuando por muerte de Luis, volvió al trono Felipe V. Isabel Farnesio lo hizo nombrar embajador en Viena. Era entonces el plan de la corte entrar á cualquier costa en alianza con el emperador: el objeto era allanar los obstáculos que se oponian á la sucesion de los ducados de Toscana, Parma y Plasencia prometida al infante don Carlos por la cuádruple alianza, y que la impaciencia de la Reina queria obtener sin dilacion alguna. El isongero pero absurdo programa de Ripperdá antes de su partida tomóse por una muestra de habilidad superior y prometiésele á su vuelta la direccion de ministerio. Partió de incógnito el aventurero; concluyó en nombre del Rey de España un tratado de castroso con el gobierno austriaco; disgustó y alarmó á todas las potencias de Europa; gastó inmensas cantidades, y luego tomando públicamente su carácter de embajador, hizo una entrada magnífica en Viena. Deslumbróle la exaltacion de su fortuna y aumentó su ligereza natural; su conducta y su conversacion rivalizaban en estravagancia. Vuelto á España, manifestóle la Reina su reconocimiento nombrándole Secretario de Estado, superintendente

del Comercio de Marina, y grande de España de primera clase con el título de duque.

Pero su indiscrecion y su ridicula arrogancia, su charlatanismo y su ligereza, su falsedad impudente y la inconstancia de sus planes le hicieron un ministro despreciable y le señalaron á la animadversion pública. Destituido al fin, manifestó el pueblo de Madrid con las mayores demostraciones su alegría: recibieron insultos algunos de sus criados, y Ripperdá, sobrecogido de un terror pánico, refugióse en la embajada de Inglaterra; allí, pidiendo al embajador su auxilio, reveló entre lágrimas y sollozos los mas importantes secretos del Estado.

Apenas se divulgó en Madrid la noticia de su vergonzosa acogida al pabellon inglés; el enviado de Austria fué á participárselo á la Reina; ambos conocian la gravedad de los asuntos reservados que podia descubrir al ministro caído y su resentimiento llegó á su colmo. Consultóse al consejo de Castilla la medida de arrancarlo á viva fuerza de su asilo y se obtuvo su aprobacion: el 23 de mayo de 1726 apareció delante de la embajada de Inglaterra una partida de sesenta caballos mandados por un general y un alcalde de corte que intimaron la entrega del refugiado. Eran las seis de la mañana: despertóse al embajador quien, al tomar conocimiento de la orden del gobierno, protestó en forma; anotóse la protesta, pero se procedió á la ejecucion. El duque de Ripperdá estaba en cama todavia: diósele apenas tiempo para vestirse, y metiéndole en un coche, caminó bajo la custodia del alcalde de corte en direccion de Segovia. Llegados al alcázar, salió el alcaide á recibirle: hizo el comisionado entrega formal del prisionero; permitiésele para su servicio uno de sus criados, y alojósele en una de las torres del castillo dejándole estensos aposentos para su recreo y comodidad.

Pasó los primeros dias en un estado de abatimiento y postracion inesplicables en quien, como él, habia visto la existencia humana en todos sus contrastes y alternativas. Lloraba pusilánime al recordar su perdida elevacion y el odio que le profesaba el pueblo; miraba con horror y sin esperanza su prision, y sentado junto á la ventana de su alcoba, pasaba muchas horas contemplando melancólicamente el horizonte y las turbias aguas del Eresma que bañaban la torre que aseguraba su cautiverio. Sus largas noches de aliecion y de vigilia llegaron á perturbar su imaginacion estraviada; y pasando de su vergonzoso abatimiento á una exaltacion espantosa de cólera y de venganza, devorado por una irritacion continua, entreteníase en trazar sobre el papel planes absurdos para atraer la guerra y la desolacion á la monarquia. En su calenturienta actividad concebía los mas estravagantes proyectos para trastornar el equilibrio político de Europa: anhelaba una guerra por cualquier camino con tal que la ruina y la pobreza y el incendio cayese al fin sobre España. Todo el dia murmuraban sus labios denuestos contra el Rey, obscenos insultos contra la Reina y sarcasmos contra los personajes principales de la corte. Cuanto llevaba el nombre español fué desde entonces un objeto de repugnancia para él; y se propuso al acabar su cautiverio visitar todas las capitales de Europa para predicar una cruzada contra el monarca y el pueblo que castigaban sus crímenes y su orgullo. Llegáronle noticias de la venida de una escuadra inglesa sobre las costas de España y mantúvase todo el dia alegre y comunicativo, vestido con suma esplendidez y escribiendo estravagantes comunicaciones. La ansiedad con que acogia los mas absurdos rumores, la impaciencia con que aguardaba á cada momento alguna ocurrencia portentosa, sus vigilia, sus accesos de cólera y de venganza le postraron al fin en cama con una inflamacion cerebral que fué cediendo lentamente á medida que se calmaba su febril imaginacion.

Y sin embargo de tantos arrebatos, nada habia en su cautiverio que pudiese justificar la desesperada tristeza del duque. Tenia anchas habitaciones con todos los muebles y requisitos que sus hábitos de lujo necesitaban; concediale el alcaide permiso de pasear por todo el castillo; admitiale y le honraba en su tertulia; habiale señalado el Rey trescientos doblones mensuales para gastos de su mesa; y sus riquezas en el extranjero le ofrecian sobrados medios para adquirir cuantas comodidades y caprichos pudiesen aliviar la amargura de su prision. Despues de trampas y errores, y bajezas y falsias, nunca debió esperar tal dulzura ni tantas consideraciones en su confinamiento. Nada sin embargo le servia, porque para su alma intrigante y revoltosa la quietud era la muerte y el reposo el mas acervo de los dolores.

Era el alcaide del alcázar un hombre retirado del mundo despues de haber vivido mucho tiempo en él. Militar en su juventud, habia hecho las campañas de su época bajo diferentes banderas, visitado distintas cortes y probado todas las alternativas de la fortuna. Asi que en el último periodo de una vida agitada descaba solo la tranquilidad al lado de su familia. Habia viajado considerablemente y contaba infinitas anécdotas con gracia y novedad. Su conversacion y su figura atraian á su casa algunas familias de Segovia, y muchos caballeros y regidores y la mayor parte de los empleados eran asiduos concurrentes á sus sencillas reuniones. Esperimentado en las peripecias cortesanas y sabiendo cuan rápidamente vuelve su rueda la fortuna, el hábil alcaide observaba sobre manera el orgulloso Ripperdá; un golpe de favor podia volver al ministro su perdida posición; y era útil conservar agradecido al que tal vez á la siguiente semana seria de nuevo el personaje mas importante del Estado. Pero aun sobrado irritado en sus pasiones respondia el duque con desdenes á tan respetuosos homenajes: hasta que al fin, desengañado de sus proyectos y perdidas sus esperanzas con la muerte del rey de Inglaterra y la paz general de Europa, conoció que nada tenia que esperar del extranjero y solo á su valor y á su industria habia de deber su libertad.

Aunque las órdenes que el alcaide recibia de la capital le mandaban vigilar estrictamente al prisionero, tenia Ripperdá anchura bastante para hablar y discurrir á su sabor con la guardia del Alcázar. Habia ganado á algunos soldados, pero fueron relevados antes que se decidiese á intentar la fuga. Vino á servirle de Madrid un page, llamado Gerónimo Enriquez, con propósito de ayudarle para recobrar la libertad; pero hallando azarosos los medios que le proponia, dejó pasar tambien esta ocasión. Su extraordinaria fortuna le brindó una proporción favorable cuando menos lo esperaba.

Entre las personas que concurrían á la tertulia del alcaide distinguíase una señorita natural de Tordesillas y residente en Segovia. Llamábase doña Josefa Fausta de Ramos y unia á una esmerada educacion la mas interesante figura. Habíase dedicado con sobrada atencion á la lectura de historias y novelas, y su imaginacion, escitada continuamente por exageradas narraciones, inflamaba con toda la fuerza de la fantasia sus pasiones naturalmente violentas y su temperamento voluptuoso. En la soledad y monotonía de su vida, necesitaba un objeto de amor y de entusiasmo; no le bastaban las relaciones comunes de la sociedad; anhelaba un príncipe, un héroe, un personaje, en fin, que diese ocupacion á la fama y páginas á la historia. La acalorada imaginacion de la indiscreta jóven creyó ver su sueño realizado en Ripperdá: grande de España, primer ministro, caido de la altura de la grandeza humana á los tormentos del cautiverio, hombre de raras aventuras, elegante en sus modales, con talento y gracia en la conversacion, habia deslumbrado completamente sus deseos: aun conservaba el duque una figura agradable y no vió la linda

señora las arrugas que ya empezaban á surcar su rostro. Todas las noches acudia la primera á casa del alcaide y era la última que se despedia: sus miradas y ojos revelaron pronto su pasion al distraido Ripperdá. Vió en ella una muger hermosa que se ponía en su camino y un instrumento tal vez de que servirse oportunamente: afectó el mas violento cariño, y consiguiendo entrevistas secretas en su alcoba, alcanzó pronto el objeto de sus deseos. Todo fue dulzura y placeres, tanto mas deliciosos cuanto mas arriesgados, en los primeros tiempos de sus amorosas relaciones; pero una noche se echó llorando la imprudente jóven en los brazos de Ripperdá y le reveló entre sollozos que llevaba en su vientre el fruto de su falta; el temor de su familia la traía desasosegada é inquieta. Este era el punto á que desde el principio habia querido llevarla el duque y hacia dias que esperaba semejante confianza; pero manifestándose sorprendido y aterrado por tan funesta noticia, le juró que no podia abandonarla en su desventura, que era preciso huir, y por acompañarla estaba resuelto á morir saltando las murallas de la prision. Tranquilizóle la novelesca y enamorada señora, y prometiéndole que se ocuparia sin tardanza en preparar su libertad. El prisionero por su parte llamó á su ayuda de cámara, un francés que habia traído de Holanda y que en todas sus empresas le habia servido sin escrúpulos ni temor; dióle parte de sus proyectos y le dejó combinar los medios de llevarlo á cabo. Separáronse los amantes citándose para el siguiente dia, y no habia pasado una semana cuando, concluidos los preparativos de la fuga, faltaba solo á Ripperdá una coyuntura favorable para verificar la evasion.

Habia ganado el francés con habilidad y dinero al sargento que tenia á su cargo la inspeccion de las habitaciones del duque y la parte contigua del alcázar. El proyecto hubiera sido en otro caso imposible. Pero no era escaso impedimento el que oponian los achaques de Ripperdá. Sus continuos ataques de gota le quitaban á veces el uso de sus miembros; y si bien le era facil cabalgar durante algunas horas, no podia sostenerse pasado algun tiempo sobre la silla ni sufrir el trote ó galope de un caballo. Necesitaba para viajar un carruaje y ni aun asi le era posible forzar las jornadas ni precipitar su movimiento. Tal combinacion de circunstancias hacia la fuga del prisionero extraordinariamente difícil. Pero su activa amante, desplegando una habilidad que parecia incompatible con sus novelescos pensamientos, supo vencer todos sus obstáculos con su ingenio y con su industria. Buscó un guia seguro y buenos caballos. Para evitar que fuese descubierta su evasion antes del tiempo que necesitaba para ponerse fuera del alcance de sus perseguidores, Ripperdá rogó á su criado que se quedase en el castillo, asegurase á todo el mundo que estaba enfermo y no podia levantarse á causa de la gota; y recibiendo los alimentos ordinarios que le enviaban, los comiese ó los arrojase por el balcón, cuidando de decir, si alguien pretendia entrar, que estaba el duque durmiendo. A pesar de su fidelidad y afecto á su amo, resistiase el francés á permanecer en el alcázar por temor del inevitable castigo; pero supo el prisionero convencerlo con tal habilidad, fueron tales las súplicas de doña Josefa y tan abundantes las dádivas y promesas que se le hicieron, que dió su consentimiento al fin: el principal obstáculo habia desaparecido; faltaba señalar el momento. Elijióse una noche de las hermosas de setiembre; habia acudido en la tarde mucha gente de los pueblos á la corrida de toros y podia viajar por tanto sin escitar sospecha.

Combinado maduramente el plan, la enamorada señora quiso ayudar á la fuga de su amante. Púsose vestidos de hombre y encaminóse al alcázar al anochecer; tomándole por un muchacho portador de algun mensaje, el centinela le dejó pasar. Habia un jardín debajo de

los balcones del aposento del duque; é introduciéndose allí con ayuda del cómplice sargento, se escondió hasta que llegase la hora señalada. El sitio estaba perfectamente elegido; era el único accesible de la fortaleza: solo una muralla lo separaba del camino real. El guía estaba esperando á corta distancia oculto con los caballos detras de unos árboles; el alcaide se hallaba enfermo en su habitacion: reinaba el silencio en el castillo, y una luna brillante y clara iluminaba la escena con sus transparentes rayos. El reloj del alcazar dió las diez; era la hora convenida: hizo una señal la señora y asomándose el criado al balcón, arrojó una escalera de cuerdas que habia fabricado dias atrás con el mayor sigilo. Sujetóla por abajo el sargento; algunos instantes despues apareció Ripperdá. Aunque lenta y un tanto temerosamente bajó sin ruido al jardín, y cogiendo la escalera del jardinero, la aplicó á la muralla: difícilmente podía subir á causa de sus achaques, pero la linda y decidida jóven le sostenia; ayudado por el sargento pudo bajar al camino; y montando en su caballo acompañado del guía, tomó á buen paso el camino del pueblecillo de Carboneras. Allí debia permanecer oculto en un mal meson, aguardando á su compañera y libertadora.

Doña Josefá entretanto habia anunciado con anticipacion á sus parientes y amigos que, convidada por una compañera de su infancia, iba á pasar algunos dias en Valladolid; el sargento por su parte habia obtenido licencia de su jefe para ver á su familia. Alquiló la señora un carruaje, y escoltada por el astuto soldado tomó el camino de Carboneras. Habia llegado dos dias antes el duque de Ripperdá, cabalmente al rayar el alba y despues de haber encontrado una partida que le detuvo, mas no hallándolo sospechoso le dejó marchar. Reunieronse allí los dos amantes; y apenas perdieron de vista las casas de la aldea, dijo Doña Josefá al conductor que la circunstancia de haberse encontrado inesperadamente con su hermano la obligaba á mudar su ruta, y así en vez de marchar á Valladolid le convenia dirigirse á la frontera de Portugal. No dejó de parecer estraña al segoviano tan repentina variacion, pero acrecentáronse sus sospechas al recibir la órden de evitar las ciudades y el camino real: entonces parando el carruaje, anunció su resolucion de volverse y de abandonar á viajeros que tan poco bueno prometian. Dificultosa era la situacion: el mayoral gritaba y no queria ceder ni á súplicas ni á amenazas: todo se perdia si acudia jente; pero el sargento lo remedió pronto: sacó de su bolsillo una pistola, la amartilló con sumo cuidado y poniéndola al pecho del conductor, le aseguró que lo mataba en el acto si inmediatamente no obedecia.

No habia medio de resistir á tan elocuentes razones. Volvieron al coche el asustado duque y su enamorada compañera; cabalgó de nuevo el intrepido sargento, y por horribles caminos de travesía, pisando malas noches y peores dias, tomando algun descanso en miserables chozas y desconocidas aldeas, cruzaron la frontera y se en-

contraron en Portugal. La primera ciudad de este reino á que llegaron fué Miranda de Duero: Ripperdá estaba escesivamente fatigado y se metió en cama para descansar: apenas le hubo dejado el mayoral en el meson, cuando resentido de la treta que le jugaran y deseoso de vengarse de los desgraciados viajeros, acudió al alcaide y le dió queja formal del caso sucedido: fue citado el sargento ante la presencia judicial: pero habiendo enterado de antemano el duque y recibido sus instrucciones, se presentó ante el magistrado, y sin dejarle tiempo para empezar su interrogatorio, le dijo en voz baja y misteriosa: «guárdesse vuestra mereed y cuide lo que hace; mi amo ha venido á un negocio de estado importante y secreto: conviene que nadie se entere de que está aquí; por estí razon dejó á España de tan encubierto modo. Es el señor don Antonio de Mendoza, sobrino de don Diego de Mendoza Corte Real, secretario de Estado de S. M. Fidelísima. Cuidado, cuidado.» La invencion de Ripperdá estaba fundada sobre un hecho; efectivamente debia pasar aquella persona por el mismo camino de vuelta en una mision diplomática á Madrid; pero el infeliz alcaide, atónito y sorprendido á tan estraña revelacion, no sabia como dar satisfacciones bastantes al criado de tan escelso personage. Basta, basta, le dijo el sargento en tono solemne: vea Vtra. md. si puede conseguir un carruaje y un par de caballos para su Escolencia; no necesito recomendarle el silencio mas absoluto. Al cuarto de hora tenia el duque de Ripperdá el coche y los caballos á la puerta del meson, y habiendo sabido por esperiencia quanto valia en Portugal el nombre de don Antonio de Mendoza, no lo dejó hasta llegar á Oporto, recibiendo, gracias á él, las mas esquisitas atenciones en todos los pueblos del camino. De Oporto se embarcó con su amada para Inglaterra y el sargento lo siguió.

El ayuda de cámara francés siguió exactamente las instrucciones de su amo; nueve dias supo sostener la farsa: el alcaide al fin entró en sospechas; registró la alcoba y descubrió la verdad. Dió parte inmediatamente á Madrid, y siendo ya imposible alcanzar á Ripperdá, el secretario de Estado pasó una circular á todos los embajadores y ministros extrangeros pidiendo que le fuese entregado el duque si tomaba asilo en los dominios de sus respectivos soberanos. El criado fue sentenciado á seis años de presidio; pero recibió el indulto á los pocos dias, marchó á reunirse con su amo á Lóndres, y murió á su lado algunos años despues.

Tal es el bosquejo de un episodio de la vida de Ripperdá, de ese inquieto aventurero que tras largas vicisitudes abrazó la fé mahometana para ser ministro y generalísimo del emperador de Marruecos, que mandó las legiones de moros que sitiaron á Ceuta, y desterrado por una revolucion, vino á morir de baja jubilado cultivando flores y plantas en los jardines de Berberia.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.



ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Estrechos son los límites á que forzosamente tiene que reducirse el que traza estos apuntes, para lo mucho que pudiera y quisiera decir acerca de la vida y escritos del señor *Breton*; si bien poco podría añadir á lo que con tanta exactitud como elocuencia refiere el señor *Gil de Zárate* en la biografía que escribió de aquel ingenio, y que forma parte de la colección que se publica en esta corte.

La íntima y casi fraternal amistad que liga al que esto escribe con el señor *Breton*, desde la llegada de este á Madrid en 1824, le pone en el caso de ser quizá el que mas á fondo y con mas pormenores sepa todos los lances, aventuras, gozes, sinsabores y aun pensamientos que constituyen la vida pública y privada de nuestro eminente poeta cómico; y bien quisiera aprovechar esta oportunidad de consignarlos aquí, si no le detuviera la falta de espacio, y mas que todo el temor de que al interesado no le agradará ver sacar á la plaza minuciosos pormenores de la azarosa vida que corrió hasta la fecha arriba citada. Estos pormenores, sin embargo, serán un día de sumo interés para la prosperidad, la cual, en sentir del que esto dice y de todos los que conservan sanos principios de buen gusto en materias literarias, reserva al señor *Breton* uno de los primeros puestos en el Parnaso español. Poco importa que críticos superficiales, en quie-

nes los instintos literarios siguen sin discernimiento el caprichoso impulso de la moda, tuerzan el gesto á cada nueva producción del poeta, ó se desdénen de examinar sus obras con la detención y el respeto que sus altas bellezas reclaman: á estos críticos les está reservado el perpetuo ridículo que ha caído sobre los redactores de la *Revista de Edimburgo*, que en un artículo sobre *Biron* cuando este publicó sus primeros versos, dijeron con tono magistral: «Este jóven no hará nunca nada de provecho.» El señor *Breton* tiene, entre otras muchas cualidades que le aseguran la inmortalidad, una que basta por sí sola, y que consiste en la originalidad: no la originalidad relativa, sino la absoluta, la que hace al poeta crear, no comedias de un género inventado por otro; sino un género de comedias, inventado por el mismo; género cuya excelencia podrá quizá ser cuestionable; pero que es único, nuevo, peculiar del que lo creó; que distingue á un poeta entre todos los de su época, y señala un período de observación y de estudio en la historia literaria de las naciones. Cuántas veces los que con mas desden hablan de las producciones del señor *Breton*, dicen candidamente, creyendo rebajar su mérito. «¡Qué fastidioso! Desde que se oyen los primeros versos, y aun desde que se lee el título, ya se sabe de quién es la comedia.» Y no falta quien añade: «Siempre nos pone en sus co-

medias lo que estamos viendo diariamente en nuestras casas.—Ahora bien, ¿cabé mayor elogio de un poeta cómico?

Ni es tampoco argumento de ningún peso la varia fortuna que sus obras dramáticas han experimentado en su primera representación. Abstengámonos de hacer reflexiones para probarlo, y acudamos á hechos, á ejemplos. De las cinco comedias originales que compuso *Moratin*, quizá no hay mas que una, *El Si de las niñas*, que no levantara cruda borrasca en su primera representación, y acerbas críticas, y pullas y epigramas despues entre los criticos de su época; y de las infinitas que escribió el desventurado *Comella*, apenas hay una que no fuese acogida con entusiasmo y diese á los teatros largas y pingües entradas. El éxito de la primera noche podrá decidir de los resultados mercantiles de una obra dramática; pero los jueces de su existencia literaria fallan despues, y el verdadero fallo es ese.

Mucho vá escrito, y alguno tal vez extrañará que nada se diga de la vida del señor Breton como promete el título de este artículo: pero cuando la vida de un poeta no está enlazada con altos acontecimientos públicos: cuando para relatarla sería preciso acudir á su vida privada, campo vedado en vida de la persona á quien hay que referirse, ¿qué otra puede ser su historia sino la historia del arte en que sobresale? Del señor Breton puede decirse que nació en *Quel*, villa de la provincia de Logroño, el día 19 de diciembre de 1800: que vino niño á Madrid, é hizo los primeros estudios en la Escuela Pia de S. Antonio Abad, donde ya manifestó su inclinación á la poesía, haciendo composiciones en que brillaba el espíritu de independencia y patriotismo que despertó en España la agresion francesa de 1808; y este entusiasmo noble se desarrolló en su corazón de tal manera, que en 1814 se incorporó voluntariamente á las filas del ejército y salió á campaña. El periodo de su vida, que comprende desde esta época hasta 1823, en que huyendo la persecucion del poder absoluto, entronizado de nuevo, se refugió á Madrid, donde no era conocido, forma tan singular contraste con el que dió entonces principio y hoy continúa, que no dejara de interesar y dar materia á consideraciones dignas de atención. Baste decir que aunque estas dos épocas de la vida del señor Breton, la de soldado y la de poeta, presenten tan diversa fisonomía, tan fuerte contraste cual en pocos hombres pudiera hallarse, hay un lazo que las une, y que es la primera cualidad del hombre: la honradez y el pundonor. Así vemos al señor Breton siendo soldado, y habiéndose amotinado una noche la compañía contra el coronel, entrar solo en la cuadra donde reinaba el tumulto, y deshacerlo á cuchilladas, haciendo acostar en los camastros á los soldados, y salvando así la vida del apocado gefe, que andando el tiempo llegó á general, y no volvió á hacer memoria del lance, ni á saludar á su libertador: y así le vemos luego en su pacífica vida de poeta, por los años de 1826, partir el mezcquino peculio que el teatro le daba por sus obras con aquellos á quienes el cultivo de las bellas letras habia ligado con él en fraternal amistad, y no pocas veces con el que escribe estas líneas y se honra haciendo esta confesion, que tanto realza las prendas morales de su amigo.

Refugiado á Madrid, como se ha dicho, el señor Breton, en 1824, huyendo de la *pitita* acompañada de palizas con que regalaban por esas provincias á los comprometidos en el sistema constitucional, recordó que años atrás, hallándose en unos baños de Andalucía, habia

compuesto sin mas pretensiones que as de pasar el rato, una comedia en prosa, en tres actos, á que puso por título: *A la vejez viruelas*; y aunque con pocas esperanzas, buscó el manuscrito, y se presentó con él al señor *Caprara*, actor distinguido y director de escena entonces. Este que á la sazón no sabia qué funcion disponer para el día 14 de octubre, cumpleaños del Rey, leyó con brevedad la comedia del novel ingenio y no pareciéndole mala, la puso en escena para ese día, bien ageno de creer que aquel paso valia tanto para el teatro español; pues varias veces ha confesado despues el señor Breton, que si no se le hubiese admitido aquella obra, nunca hubiera vuelto á pensar en dedicarse á la poesía dramática. La comedia tuvo un éxito feliz y se ejecutó con suma perfeccion; baste decir que el papel de la protagonista estaba encargado á la eminente actriz *Gertrudis Torre*.

Animado Breton con este triunfo, compuso una comedia en verso, en cinco actos, titulada: *Los dos sobrinos*, que se representó el año siguiente de 1825; con cuyo motivo escribió un excelente artículo de critica literaria D. Pedro Gorostiza, y dijo que de la primera comedia á la segunda habia un salto; que ni el de *Alvarado*. Pero mayor fué sin duda el que dió nuestro poeta desde esta á la titulada *A Madrid me vuelvo*, que ya le alzó á una altura que él mismo apenas ha podido despues superar.

Hé aqui la lista de las que hasta hoy ha dado al teatro, por el orden en que las compuso.

A la vejez viruelas.—Los dos sobrinos.—El ingenio.—A Madrid me vuelvo.—La falsa ilustracion.—Achaques á los vicios (en prosa).—Marcela.—Un novio para la niña.—Un tercero en discordia.—Me voy de Madrid.—Elena (drama).—Todo es farsa en este mundo.—El hombre gordo.—La redaccion de un periódico.—Merope (tragedia).—El amigo mártir.—Flaquezas ministeriales.—Una de tantas.—Muérete y verás.—El pró y el contra.—El poeta y la beneficiada.—Don Fernando el Emplazado (drama).—Ella es él.—Medidas extraordinarias.—El hombre pacífico.—El que dirán.—Un día de campo.—El novio y el concierto.—No ganamos para sustos.—Una vieja.—Vellido Dolfos (drama).—El pelo de la dehesa.—Lances de Carnaval.—Pruebas de amor conyugal (para el Licco).—El cuarto de hora.—Dios los cria y ellos se juntan.—Cuentas atrasadas.—Mi secretario y yo.—¿Qué hombre tan amable!—Lo vivo y lo piutado.—La pluma prodigiosa (de magia).—La batelera de Pasages.—La escuela de las casadas.—El editor responsable.—Estaba de Dios.

Ha traducido ademas muchas tragedias y comedias, españolando algunas de estas últimas hasta el punto de parecer originales, como sucede con *El amante prestado*, *La familia del boticario*, y otras, en donde no ha quedado rastro de su origen extranjero.

Si no bastara y aun sobrara á la gloria de Breton la corona dramática que se ha ceñido, aun pudiera alegar títulos al dictado de poeta lirico, aun pudiera alegar un tomo de poesias que anda impreso, en el cual campean composiciones de primer orden. Descanse pues el señor Breton, y consuéllese de la poco meditada critica de algunos contemporáneos, con la fundada esperanza de que suyo es el *non omnis moriar* de Horacio, y con el aprecio que merece á todos aquellos que se le tributan siempre al saber y la virtud.

VENTURA DE LA VEGA.



ESTUDIOS RECREATIVOS.

SANCHEZ COELLO.

El emperador Carlos V vivía aun , pero no reinaba. Habíase retirado al monasterio de Yuste para gozar en el retiro del claustro la calma y felicidad que en vano buscara en su ruidosa y brillante vida de monarca.

Sin alegría, al menos ostensible, heredó Felipe II á su padre vivo, sin embargo de ser la herencia la mas bella corona de Europa y del mundo entero. Casado con una muger que tenia doce años mas que él, naturalmente triste y misántropo, ocupábase de los negocios del reino con perseverancia y obstinacion, pero sin entusiasmo y sin interés, como se cumple un deber penoso. De este modo pasaba el dia sin que el menor descanso, ni la mas lijera distraccion desarrugase por un momento su frente sureada por los cuidados y el trabajo. Cuando llegaba la noche, retirábase á su oratorio, donde permanecía solo, sin que una voz amiga animase su soledad.

La reina vivía separada de él. Los unos atribuían el sombrío caracter del rey al dolor inconsolable que le causara la muerte de su primera muger, la princesa Doña Maria de Portugal; los otros á una enfermedad fatal que padecía el hijo de Carlos V casi desde la cuna. El hecho es que nadie le vió jamas sonreír y que sus antiguos servidores no se le aproximaban sino temerosos, á pesar de no haber salido jamás de sus labios una sola palabra dura. Cuando tenia que reprender, hacía lo con un jesto ó una mirada: su viejo ayuda de cámara Fernando Leiva murió de espanto por haber obtenido uno de esos mudos testimonios de enfado.

La única distraccion que gozaba el rey, era recorrer durante la noche las calles de Bruselas. Dos ó tres celosos guardias de confianza velaban desde lejos sobre su vida y no le permitían de vista. Felipe II, vestido á la usanza de un hombre del pueblo y embrozado en su larga capa, lbuse por los barrios mas desiertos, parábase á escuchar en las puertas, procuraba esculpiñar por las rendijas de los postigos y de este modo sorprendía muchas veces los secretos de las familias, de los cuales se servía casi siempre para poner en cuidado y embrollar á las personas á quienes pertenecian ó interesaban aquellos; pero en raras ocasiones hacia mal uso de ellos, contentándose solamente con sorprender á las pobres jentes. Luego que tenia arreglada su comedia disponia comunmente el desenlace por algun acto de magnificencia que realizaba el dicho *Deus ex machina*.

Cierta noche que segun costumbre callejeaba por la ciudad, descubrió á un jóven durmiendo profundamente sobre uno de esos povos que en aquella época habia delante de las puertas de casi todas las casas. Dióle una palmada en el hombro y lo despertó.

—No sabes, le dijo en flamenco, que está prohibido acostarse á la intemperie? Ahora mismo pasará una patrulla y os llevará á la cárcel.

—Nada me importa, respondió el jóven en español, pues en este mismo instante voy á terminar un negocio que creí no poder hacerlo hasta rayar el dia.

—Un negocio! ¿á semejante hora?

—Un negocio, sí; y negocio importante.

—A menos que no trateis de robar á algun vecino y de forzar su puerta, no sé de que negocio podeis ocuparos á estas horas, cuando todo el mundo duerme.

—En efecto, tambien á mi se me habia ocurrido lo de la puerta forzada y el vecino robado, ejercicio á que parece estais acostumbrado, si he de juzgar por la manera desembarazada con que me hablais de esas cosas; pero he desechado este mal pensamiento y vuelvo á mi primera idea.

—Y puedo saber que idea es esa?

—No acostumbro á tomar por confidentes á personas que encuentro en la calle á las diez de la noche. Hacedme un solo favor; soy extranjero, no sé hacia que parte está el rio; os suplico que me lo digais.

Felipe II cedió al deseo del desconocido y le dejó alejarse, pero le siguió sin perderlo de vista. El jóven se dirigió al rio, y al llegar se detuvo en el parage mas escarpado que descubrió á la claridad de la luna. Arrodillóse en seguida, pronunció una corta plegaria é iba á precipitarse cuando sintió que lo agarraban del cuello y le separaban del agua.

Era el rey.

—No me hagais cometer una mala accion antes de morir, dijo el español sacando su daga. Debo escojer entre la muerte y el crimen. Dejadme morir ó de lo contrario os atravieso el corazon con esta arma.

—¿Sois cristiano y quereis suicidaros?

—Es extraño que os arrogueis el derecho de preguntarme y juzgarme; y mas extraño todavia que yo os responda y que acepte esa autoridad que parece pretendis ejercer sobre mí. Pero ya que la suerte lo ha dispuesto así, sabed que yo salí de Lisboa con la esperanza de hallar á una jóven que idolatro y que sus padres me niegan. Esta jóven se ha marchado de Bruselas con su padre; he apurado todos mis recursos; no encuentro donde ganar un solo maravedí; qué quereis que haga? que siga vuestro consejo, que robe?

—¿Casaros? ¿Pensais hacer esta locura cuando estais en la miseria?

—¡Oh! no hubiera sido pobre en Lisboa, podeis creerme, pues si los padres de Doña Luisa Reinaldo hubiesen consentido en mi boda, indudablemente seria ahora pintor de Doña Juana, hermana de vuestro rey Felipe II; pero los hidalgos no quisieron tomar por yerno á un pintor y partieron para los Países Bajos, donde el padre acaba de desempeñar una importante mision cerca del rey. Yo los hubiera seguido, porque llevaban consigo á mi alma; pero como ellos viajaban en coche y yo á pie, cuando llegué, ya se habian marchado y no he podido averiguar hacia que pais se han dirigido. Ayer estaba muerto de hambre, no tenia una blanca; ofrecí á un fondista hacerle su retrato por el precio de una cena y me echó á la calle. Dejadme, pues, que me arroje al agua; porque el demonio me ha inspirado ya mas de una vez malas ideas. ¡Oh! la miseria es un consejero muy temible.

—Es menester no desanimarse tan pronto.

—Pero cuando se tiene hambre ¿qué remedio hay?

—¿No comer?

—Ea, me deciais antes que ofrecísteis hacer un retrato por un escudo; yo deseo tener el mio y os doy hasta veinte libras tornesas por satisfacer mi antojo. Tomad esta pieza

de oro que es algo más de la suma, y mañana me dareis la vuelta.

—No quiero limosna, dijo el español rehusando la pieza de oro.

—Pero advertid que esta no es una limosna, sino el precio de un retrato que habeis de hacerme. Tomad, escribid á la luz del farol que alumbra á esa virgen, un billete concebido en estos términos:

«He recibido el precio del retrato que deberé entregar al portador de este billete.»—Firmad.

El español hizo lo que le dijo el rey, que continuaba embozado en su capa, y puso al pie del papel el nombre de Sanchez Coello. En seguida iban á separarse los dos cuando el pintor llamó al desconocido.

—¿Pero como os he de hallar si no sabeis, ni aun yo mismo sé donde voy á alojarme?

—No tengais cuidado, yo os buscaré.

Sanchez tomó la bolsa que contenia sus pinceles y sus colores, se la echó á la espalda, y se dirigió á una fonda: llamó á la puerta y consiguió no sin algun trabajo que le abrieran.

En la mañana siguiente todavia estaba durmiendo, cuando entró un criado en su cuarto preguntando por él.

—Señor, le dijo, hace muchos dias que ando buscandoos por toda la ciudad de Bruselas. Es preciso que inmediatamente paseis á ver á S. M. C. Felipe II que ha mandado llamaros.

—El rey?

—Su magestad en persona.

—Pero yo no estoy en estado de presentarme delante de un monarca, con esta ropa destrozada.

Es menester obedecer á S. M., porque á S. M. no le gusta esperar. Venid ahora mismo sin que os dé cuidado el traje.

Y condujo á Sanchez Coello que se preguntaba á si mismo que casa tendria que mandar Felipe II, y cómo el rey de España y de los Países Bajos habria sabido que existia en el mundo un Sanchez Coello y que este Sanchez habia llegado á Bruselas.

Halló á Felipe II, segun su costumbre, vestido de negro y rodeado de los principales señores de su corte: no sin vergüenza y repugnancia penetró Coello con su miserable vestimenta en la regia estancia por entre aquella brillante turba de cortesanos.

—Señor Alonso Sanchez Coello, le dijo el príncipe, nuestra muy amada hermana nos ha dicho que estabais en Bruselas y nos recomienda efrazmente á su pintor favorito. Quisiéramos, pues, deber á vuestro talento un cuadro que represente algunos pasages de la vida de nuestro bienaventurado patron San Felipe, para adornar con él la iglesia de Santa Ursula el dia mismo de la fiesta de San Felipe que será dentro de un mes.

—Algo corto es el plazo, pero por complacer á V. M. y probarle mi reconocimiento por su generosa acogida, me comprometo á concluir el cuadro la víspera de S. Felipe.

—Acepto vuestra palabra: en mi palacio se os dará una habitacion y un obrador: nuestra servidumbre toda está á vuestra disposicion y nuestro tesorero os facilitará las sumas que necesitais.

Sanchez Coello creyó estar soñando, pero su sueño era una realidad. No pudo dudar de ella al verse en posesion de una habitacion casi regia, rodeado de criados puestos á su disposicion, y en frente de su caballete y de un gran lienzo, en el cual principió desde luego el bosquejo del cuadro pedido por el rey.

A pesar del afán y perseverancia con que Coello trabajaba en este cuadro, la obra era tan colosal, que le fue preciso pasar muchas noches en vela para tener alguna esperanza de poder concluirlo en el dia preijado. Prometiase empero poder cumplir su palabra, no levantando mano y sacrificando hasta su reposo. Animado, pues, de esta esperanza hallábase un dia trabajando cuando de

repente vió entrar en su cuarto á un desconocido que al verle exclamó:

—Al fin os he hallado; bastante trabajo me ha costado.

Pero ¿como habia de imaginar que el hombre que queria ahogarse, faltar de pan, habia de estar alojado en el palacio del rey y con yo no sé cuantos criados á su servicio? Ea, pues, mi mujer se llama Felipa; me debeis mi retrato que os he pagado anticipadamente, y es preciso que me lo hagais pronto para regalárselo el dia de su santo.

Sanchez procuraba, mientras este hombre le hablaba, reconocer su voz, y lo que de sus facciones habia podido descubrir en la noche de su rara aventura; pero nada encontraba de lo que recordaba haber visto y oido: mas como este hombre le hablaba de circunstancias, que nadie mas que él podia saber, y sobre todo le presentó el papel escrito á la luz del farol de la virgen, le respondió que estaba pronto á pagar su deuda, pero no para la fiesta de San Felipe, porque necesitaba acabar un cuadro, que con urgencia le habia encargado el rey.

—Antes soy yo que el rey, quiero decir, que antes que él os encargué mi retrato, y si no hubiera sido por mí, á estas horas no tendriais la paleta en vuestras manos. Reclamo, pues, mi retrato; debeis hacerme, sino quereis pasar por embustero.

—Teneis razon, dijo Sanchez, conozco que arriesgo mi fortuna; faltar á la palabra al rey es perderlo todo: pero no importa, sentaos aquí y descansad.

Asi lo verificó el desconocido y Coello principió el retrato. Era aquel de hermosa fisonomia, llena de inteligencia y de finura; miraba trabajar con curiosidad á Coello, y aun dió á entender ser inteligente en la pintura, segun pudo colegir el pintor de tres ó cuatro observaciones que se le escaparon involuntariamente.

Despues de seis horas de trabajo se halló bastante adelantado el retrato, y poco tiempo mas era necesario para concluirse. Sanchez descansó y citó á su modelo para el siguiente dia.

Era este la víspera de San Felipe. Sanchez concluyó el retrato; pero necesitó velar aquella noche, pues el cuadro del rey aun no estaba concluido, y el pintor abrumado de fatiga manejaba todavia la brocha y el pincel cuando Felipe II entró en el obrador.

Al ver que el cuadro no estaba acabado, el semblante del rey espresó un vivo desagrado.

—Me habeis faltado á la palabra, dijo al pintor con aquel tono severo, que mató en otro tiempo al viejo ayuda de cámara del monarca.

Sanchez bajó la cabeza y nada respondió. El rey dirigió entonces la vista á su alrededor y vió el retrato del desconocido.

—¡Por San Felipe! exclamó ¿os habeis entretenido en hacer el retrato de un particular en lugar de ocuparos de mi cuadro! Gracias á vuestra exactitud, ya no podré hoy presentar la ofrenda del cuadro que os habia encargado, y la ceremonia tendrá que suspenderse por vuestra causa. Este es un negocio grave, maestro Coello.

Salióse en seguida dejando al pobre pintor en la mayor consternacion.

Media hora despues recibió Coello la orden de presentarse inmediatamente al rey. Obedeció el desgraciado artista, y no sin terror vió al gran preboste sentado en la sala de recibimiento, contigua al departamento de Felipe II.

—Maestro Alfonso Sanchez Coello, dijo el rey, me habeis faltado á la palabra; pero en cambio habeis cumplido una promesa que me habeis hecho.

El español le miró con sorpresa.

—Si, continuó el príncipe, el rey y el desconocido que encontrasteis aquella noche son una misma persona, con la sola diferencia de haberos enviado en mi lugar para que lo retratáeis al más célebre profesor que po-

seen los Países Bajos y la villa de Amberes, Ottovenio. Podeis ya concluir con comodidad vuestro cuadro de San Felipe, tanto mas cuanto que ahora vamos á ocuparnos de unas bodas.

Silvó entonces en un pito de plata que llevaba en la cintura, y Coello vió entrar al maestro Ottovenio que conducía de la mano á Doña Luisa. Detras venian Don Reinaldo y su esposa.

Alonso Coello se echó á los pies del rey y su casamiento se celebró sobre la marcha en la capilla de palacio.

El rey llegó á profesar á Sanchez Coello una gran amistad, como jamás habia profesado á persona alguna. A su regreso á España trajo consigo el rey al artista y quiso tenerlo por compañero en casi todas sus expediciones militares. Escribíale siempre de su propia mano cuando Coello no le seguía y le daba en todas sus cartas el dulce nombre de hijo, estampando en el sobre las siguientes palabras: *al muy amado hijo Alonso Sanchez Coello.*

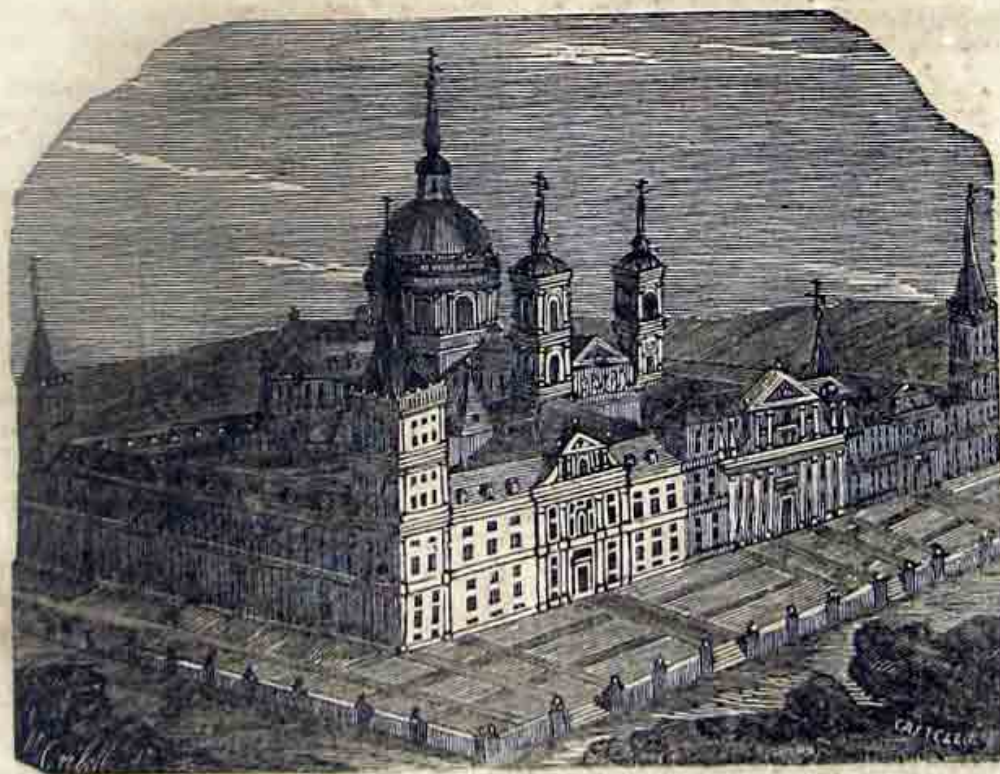
He aquí lo que el historiador Francisco Pacheco cuenta de la amistad de Felipe II hácia el pintor portugués.

“El rey le dió por alojamiento habitaciones espacia-sas, todas ellas próximas al palacio: y como él solo tenia la llave se pasaba con mucha frecuencia en bata por una galeria secreta al cuarto del artista donde le sorprendia en la hora en que comia con su familia, y si el pintor hacia el mas ligero ademán de levantarse para saludarle respetuosamente como á su rey, le mandaba quedarse quieto en su asiento, y entraba en seguida por via de pasatiempo en su obrador. Otras veces le sorprendia sentado y pintando y aproximándose por detras le ponía la mano sobre el hombro, y entonces tambien, si al verse Alonso tan favorecido del monarca trataba de levantarse, el rey le obligaba á sentarse y continuar su trabajo.

Coello retrató muchas veces al rey armado, de pie, á caballo, en traje de camino y de mil maneras. Retrató igualmente á diez y siete personas reales, entre reinas, principes, infantes é infantas que le honraban y estimaban hasta el extremo de entrar familiarmente en su habitacion para jugar y distraerse con su muger y sus hijas. Colmáronle tambien de honores y distinciones los principes mas poderosos del mundo, los papas Gregorio XIII y Sisto V, el gran duque de Florencia, el de Saboya: el cardenal Alejandro Farnesio, hermano del duque de Parma etc.

Jamás faltó en su mesa un grande de España ó un gentil-hombre de alto nacimiento, porque siendo favorecido por un monarca tan poderoso y grande, muchos querian serlo por el artista. Su casa fue frecuentada por los principales señores de su tiempo, el cardenal Granvela, el arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga, el arzobispo de Sevilla, don Rodrigo de Castro, y lo que es mas todavia, el señor don Juan de Austria, el príncipe don Carlos, y multitud de señores, de grandes, de embajadores, hasta el punto de llenar muchas veces dos grandes patios de su casa los caballos, literas, carrozas y sillas de manos: llegó á ser el pintor mas famoso de su tiempo y ganó mas de 85,000 ducados.

Los cuadros de Coello son muy raros. El museo de Madrid posee entre otros uno de San Sebastian y el retrato del príncipe Carlos. En casa del señor Mariategui, arquitecto mayor que fue de esta villa, inteligente y preciado de las artes, hemos visto entre la multitud de cuadros que decoran en su casa, debidos á los pinceles de nuestros mejores pintores como Murillo, Goya y otros, uno de Sanchez Coello que representa un perro dormido y que indudablemente es de los mas acabados de este célebre artista.



Vista del Escorial.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.



LA PERRA DE JULIANITA.

¡Vaya que es fatalidad!
¡Vaya que es fuerte desgracia,
que no he de tener amores
que venturosos me salgan!

El diablo me tienta siempre...
ó no sé si es diablo ó diabla,
ó soy acaso yo mismo
quien se tienta y quiense palpa.

Ello es que nunca me inspira
tentaciones ordinarias,
mis amores raros siempre,
mis queridas siempre raras.

No hablo ya de los antiguos,
de los de épocas lejanas,
allí cuando no tenía
bigote, patilla y canas.

Hablo de los mas recientes,
contaré lo que hoy me pasa
con una linda viudita
mas verde que una retama.

Si alguno quiere al objeto
de mis amorosas ansias

reconocer por las señas,
daré sus señas marcadas.

Estatura regular,
algo mas alta que baja,
que yo propendo en amores
siempre al «*Téndimus ad alta.*»

Ojos que me representan
dos opiniones contrarias;
liberales por lo negros,
y facciosos porque matan.

Nariz progresista neta,
que cuando nadie pensaba
en pronunciarse en setiembre,
estaba ya pronunciada.

Color que si Adán lo viera,
de nuevo resucitara
el pecado original
creyendo que era manzana,

De la barba solo digo
que Julianita mi amada
ni tiene pelo de tonta,
ni tiene pelo de barba.

Las señas particulares....
pudiera dar las del alma,
las del cuerpo nunca quiso
que en el pasaporte entraran.

Una pasion la domina,
pero no pasion humana;
que su pasion dominante
son los perritos de falda.

Tres tiene como tres perlas,
un doguito, otro de lanás,
y el iman de sus cariños,
una perrita africana;

Participio de las perras,
abreviatura con patas,
miniatura con hocico,
y apéndice de su falda.

Pero origen de discordias,
pero principio de alarmas,
pero angustia de doncellas,
y tormento de criadas.

Que la perrita no come,
que la perrita no ladra,
que la perrita está triste,
que la perrita está mala.

Que no me la habeis peinado,
que no la hicisteis la cama,
que no le disteis bizecho
con la leche esta mañana.

Y hace cargos, é interpela,
y disputa, y riñe, y rabia,
y anda la paz por el coro,
y la guerra por la casa.

Mas todo me diera un bledo,
todo un pito me importára,
con tal que no trascendiese
á mi amor la gresea y zambra.

Pero es lo serio del cuento
que cuando voy á su casa,
pienso echar el día á amores,
y echo á perros la mañana.

Pinto á Juliana mis cuitas,
le empiezo á esponer mis ansias,
y cuando estoy en lo fuerte
de mi amorosa plegaria;

La campanilla que suena,
Lindoro que la oye y ladra,
Pipí que se despepita,
Clorinda que se desgaña,

Julianita que me deja,
por correr tras su africana,
y yo que me quedo haciendo
un papel como una estatua.

Y vuelve con ella en brazos,
y le dice, ¿por qué ladras,
«picaruela»? ¿no le he dicho
aque no ladres cuando llaman?

«Toma.» Y le dá por castigo
una palmadita blanda;
y luego le hace caricias,
y le dá un beso en la cara.

Y á mi me dá.... ¿qué ha de darme?
y mi me dá cien... palabras
de obsequiarme con un perro
cuando su *Clorinda* pára.

«Y ¿vd. no ha visto, me dice,
la comedia titulada
Los Perros de San Bernardo?
—Si señora: es muy buen drama.

—¿Y *el Perro del Pirineo*?
—Tambien, señora, me agrada.
¿Y *del Perro de Montargis*
qué me dice vd.?—No es mala.

Peró vd. se ha trascordado
sin duda, bella *Juliana*,
que yo le hablaba de amores,
y mis penas le contaba.

—No señor, sino que siempre
á este diablo le dá gana
de cortar en lo mas critico
la conversacion mas grata.

Vaya, ¡si es lo mas travieso....!
Mire vd.; esta mañana
antes de las once y media
subió trepando á mi cama;

Y lamiéndome en el cuello,
y acercándose á mi cara,
y haciendo gestos y cosas
como una persona humana....

Ni á *Lindoro* ni á *Pipí*,
á nadie subir dejaba,
porque es lo mas envidioso...!
—Señora, y quien no envidiára

¡Si en el caso de *Clorinda*...!
¡Perro de mi! Soy un mándria;
¡tener celos de una perral
y envidia de una alimaña!

Mas concluye la visita,
porque acaba la mañana,
y me salgo dado á perros,
y dando al diablo á *Juliana*.

Pero una sublime idea
me ocurre al llegar á casa;
cómpro pues un collarcito
con cinta de raso blanca;

Y me voy al día siguiente:
lleno de amor y esperanzas,
«á los pies de vd., querida:
cómo está vd.?—Buena, gracias.

¿Y *Clorindita*?—*Malucha*;
hoy no ha comido tostada
con el café.—¡*Pobrecita!*
Sentiria incomodarla.

Mas ayer precisamente
me ha llegado por la Mala
este collarcito verde,
el cual si V. se dignára

Aceptar para Clorinda,
y que su linda africana
le llevará cuando V.
con ella al Retiro vaya....

—No es de París?—No señora.
Pero vino de Alemania,
y la cinta es virginal
como tiene V. el alma.

—¿Ha visto V. el que trae
la condesa de la Palma
para su perra danesa?
¿Ha visto V. el que gasta

La Pilarcita *Olmo Verde*
para su perrita de aguas?
¿O el que lleva para el suyo
Rosarito Santa Clara?

Pues todos tres son azules
con cinta color de caña.
—¿Y no me direis, señora,
dónde esos collares se hallan?

—Sí, todos son de París,
y del almacén que llaman
des petits colliers de chiens,
rue Saint-Denys, tienda cuarta.

—Pues bien, querida, es muy fácil
el remediar esta falta.»
Y éteme que me despido,
y que voy corriendo á casa,

Y tomo papel y pluma,
y escribo al vuelo esta carta
á un amigo de París
versado en la diplomacia.

«Mi amigo, se hace preciso,
ay así lo exige la patria,
ay el bien público lo pide,
ay así mi honor lo reclama,

«Se tome V. la molestia
de pasar presto y sin falta
á la calle de Saint-Denys,
número 2, tienda cuarta;

«Almacén de collaritos
para perritos de falda,
ay tome V. uno azul
con cinta color de caña,

«El mejor y de mas precio;
ay al instante por la Mala
de mande V.—Suyo siempre
atento amigo.—*Posdata*.

«Advierto que me va en ello
el cariño de una dama.
«No digo mas; V. mande
con recíproca confianza.»

Mientras el collar venia
las visitas continuaban,
y como papel de deuda
que en la Bolsa sube y baja,

Así sufría igualmente
mi amor sus altas y bajas;
pero al cabo un diez por ciento
vine á ganar en la plaza.

Llega en esto el collarcito.
se le presento, le agrada,
se le pone á su Clorinda
que con él está que encanta:

«Amigo, es V. muy fino,
le estoy á V. obligada;
mas no esperaba yo menos
del sugeto á quien amaba.

—¿Me amaba V. Julianita?
¿Merezco ventura tanta?»
Y mi mano con su mano
naturalmente se enlazan.

Y luego que entrando fuimos
en diálogos de confianza,
fuí á cogerle una pulga
que tenia en la garganta;

Y se me encrespa Clorinda,
y me dá una dentellada
en el dígito derecho
que del corazón le llaman.

«Maldita sea Clorinda.»
esclamé lleno de rabia.

—¿Cómo qué maldita sea?
¡Maldecir á mi africana!

¡Maldecir á mi perrita
en lugar de acariciarla!

—Hija mía, si V. cree
que lo merece la gracia....

—Caballero, á mi Clorinda
se la mima, haga lo que haga;
la educacion lo aconseja,
y es un deber en quien ama.

Que quien amor y cariño
á una jóven le consagra,
con todas sus consecuencias
se entiende que arrostra y carga.

—Sí, mas si las consecuencias
son consecuencias que ladran,
son consecuencias que muerden,
y consecuencias que clavan.

Niego yo la consecuencia,
Señora.—Pues acabada
cuenta V. la relacion.
—Muy bien, señora, y mil gracias.

Pero diré en todas partes
«que esto ha sido una perrada.»
Y sin hablar mas ni menos
tomo el sombrero y la caña:

Y á la puerta me dirijo,
y tras de mí se abalanzan,
Pipí, Clorinda y Lindoro,
tres enemigos del alma.

Y me escapo entre ladridos,
sin saber a quien culpára,
si á la perra de Clorinda,
ó á la perra de Juliana.

Si VV. por acaso un día
á Julianita encontráran
con dos perros y una perra
con cinta color de caña;

De mis amores la historia
ven VV. compendiada,
con su exordio y su progreso,
su fin y sus circunstancias.

Y librenos Dios de amores
que por consecuencia traigan
un Lindoro y un Pipí
y una perrita Africana.

MODESTO LAFUENTE.

CAUSAS CÉLEBRES.

Clemencia.

A principios del último siglo, en el mes de marzo de 1707, Luis XIV que entonces estaba en toda la plenitud de su poder y autoridad, tuvo a bien conferir la presidencia del parlamento de París al señor de Lafaille, uno de los miembros mas distinguidos del de Tolosa. Descendiente de una de las antiguas familias del Languedoc, contaba Lafaille en el número de sus antepasados, embajadores, senescales, regidores y militares de nombrada. Sábio, íntegro, como la jeneralidad de los magistrados de aquella época; unia á la austera sagacidad del juez, la esquisita urbanidad del hombre de mundo. Con aquel tacto y aquella delicadeza que distinguen á los hombres de gran talento; el consejero del parlamento de Tolosa habia sabido brillar igualmente sobre las flores de lis por su gravedad y su prudencia, y en los salones por su aticismo y gravedad. «El don de agradar, habia dicho de él el ilustre primer presidente Aquiles de Harlay, uníase en su persona al don de convencer y persuadir.»

Lafaille era viudo, y si jamás quiso contraer segundas nupcias, fué solo porque habia concentrado todas sus esperanzas, todos sus cuidados, su ternura toda en una hija única y querida. Clemencia, así se llamaba la señorita de Lafaille crecía en los 16 años, cuando su padre obedeciendo las órdenes del rey tomó posesion en París de su cargo de presidente del parlamento.

Una vez establecidos padre é hija en la capital, no tardaron en ser agasajados en las mejores tertulias. Las reuniones de los palacios de Rambouillet y de la Rochefoucault mucho tiempo hacia ya que no existian; pero habíanles sucedido otras muchas donde reinaba la franqueza á par de la elegancia y buen gusto; y donde el jenio, las gracias y el talento eran acogidos con avidez y distincion.

Cierta señora, viuda de un teniente general de los reales ejércitos, habitaba entonces en París con su hijo, Jorge de Garan, capitán del regimiento de La Fere. Esta dama que gozaba muy buena fortuna, era oriunda de Tolosa, su hijo habia estado de guarnicion en dicha ciudad y habia merecido al señor de Lafaille las mayores distinciones. La especie de simpatía que une insensiblemente á las personas de un mismo país, sirvió para estrechar mas las relaciones de ambas familias. Lafaille y Clemencia, la señora viuda de Garan y Jorge, en el concepto de las jentes pronto debian formar una sola

casa. La hermosura, las riquezas y la esmerada educacion de Clemencia correspondian admirablemente á los principios de honradez, valor y talento del jóven capitán; sus nacimientos eran iguales.

En fin un poderoso auxiliar vino á secundar los votos secretos de Lafaille y de la señora de Garan. El amor se habia deslizado, tal vez sin apercibirse de ello, en el corazón de los dos jóvenes, y este amor, nacido en Tolosa habia tomado cuerpo en París y convertíase en una violenta pasion.

Las disposiciones preliminares de una union que se presentaba bajo tan felices auspicios, siguieron inmediatamente al consentimiento que dió Lafaille á la demanda del jóven Garan y su madre. Ya estaba señalado el día de las bodas; ya los dos amantes, menos sujetos por la autoridad paterna, fabricaban para el porvenir esos encantados edificios que la preocupacion llama castillos en el aire, cuando uno de esos acontecimientos que desconciertan los planes mejor combinados vino á trastornar de repente y destruir todas sus esperanzas de felicidad.

El jóven capitán recibió inesperadamente la órden de reunirse en el término de veinte y cuatro horas á su regimiento que iba á embarcarse para las Indias en la escuadra que mandaba el conde de Forbin, y que pronto debia darse á la vea.

Apoderado de una violenta desesperacion Jorge corrió á participar esta funesta nueva á Clemencia ya su padre. La jóven solo manifestó al principio su profundo dolor por medio de un melancólico silencio; pero muy en breve lágrimas abundantes hicieron traicion á esa resignacion afectada y descubrieron todas las angustias de su alma. El austero magistrado parecia dominar su emocion pero estaba pálido y veíase en sus facciones el sello de una viva y profunda tristeza.

—Señor presidente, le dijo Jorge, solo un medio me queda para escapar de la desgracia que me amenaza, este es presentar mi dimision; pero el amor de Clemencia no me basta, quiero tambien poseer su estimacion, y de seguro no la merecería si fuese capaz de cometer una bajeza.

Lafaille apretó silenciosamente la mano del jóven capitán en señal de asentimiento.

Este se aventuró tímidamente á dejar presentir los proyectos que habia concebido, que no eran otros que obtener el consentimiento de Lafaille para su casamiento repentino é inmediato y llevarse consigo á su jóven esposa; pero tuvo que resignarse á dejarle al lado de su padre, temiéndose por dichoso con llevar solo consigo el dulce título de esposo que debia coronar todos sus deseos.

El rígido presidente luchaba con sus armas habitua-

tes, la razón y el sentimiento, y determinó que el casamiento se verificaría al espirar los dos años que había de durar la ausencia de Jorge.

Adoptado irrevocablemente este partido, la severidad parlamentaria volvió á recuperar todos sus derechos; ya no fué licito á Clemencia y á Jorge hablar como hasta allí lo habían hecho; el ojo vigilante de Lafaille espiaba hasta sus miradas y hasta los movimientos de sus labios. Sin embargo, á pesar de la celosa vigilancia del viejo magistrado, en el momento que Jorge iba á separarse de su amada, deslizó rápidamente estas palabras en su oído y en su corazón:

«Esta noche á las diez en el jardín.»

Clemencia miró á Jorge con espanto; pero le vió tan alterado y convulso que contestó:

«¡Iré.»

El austero presidente Lafaille nada vió, ni escuchó.

Aquella noche á las diez en punto se hallaron en el jardín ambos amantes, y allí se hicieron mil protestas de amor, fidelidad y constancia..... Cuatro años después de la escena, que acabamos de bosquejar tan hijeramente, Jorge Garan, cuyo rejimiento había sido destruido casi todo en las Indias, en términos que habiendo sido herido el mismo y caído prisionero, todos le tuvieron por muerto, llegó á Paris y se dirigió á la casa que habitaba su madre en la calle de San Luis.

Habiase dispuesto un magnífico festín para celebrar el regreso inesperado de aquel querido hijo. Multitud de amigos, parientes y algunos compañeros de su infancia y de su juventud, habían sido convidados á aquella fiesta. La señora de Garan, loca de alegría, comunicaba á la asamblea una parte de aquella felicidad íntima que su corazón de madre sentía, y todos se entregaban, siguiendo su ejemplo, al placer que inspiraba la vuelta inesperada del joven capitán. Jorge solo estaba triste y no respondía á las manifestaciones de contento, de que era objeto, sino con una silenciosa tristeza.

—Os pido perdón, madre mía, disimuladme, amigos míos, dijo al fin, porque no participo como debiera de la alegría común; pero las desgracias me han hecho supersticioso y hay impresiones que es imposible dominar. Esta mañana á llegar á Paris he visto, á tiempo de pasar por delante de la iglesia de San German, los preparativos de una pompa fúnebre. La puerta de la iglesia estaba toda colgada de negro; una hilera de pobres con hachas encendidas esperaban en el atrio la salida de un féretro cuya marcha lenta y solemne se acompañaba con los cantos fúnebres y el siniestro tañido de las campanas. Considerando, pues, este fatal encuentro como un presagio de desgracia, me alejé de aquel sitio lo más pronto que pude, pero con el corazón estremadamente oprimido. A pesar de cuantas reflexiones me he hecho para tranquilizar mi espíritu, por más que ahora mismo trato de dar otro giro á mis pensamientos, siempre tengo delante de los ojos aquel féretro, aquellas pálidas antorchas de la muerte y aquel duelo.

—Esa fúnebre ceremonia que ha producido en vuestra alma tan viva y desagradable impresión, dijo uno de los convidados, debe haber sido el entierro de la hermosa señora de Boissieux, la muger del presidente del tribunal mayor, que murió ayer de resultas de una enfermedad de dos días solamente.

—La hermosa señora de Boissieux? interrumpió Jorge; muy hermosa habrá sido cuando tal nombre merecía?

Así es la verdad, replicó otro convidado; en Paris era conocida con el nombre de la hermosa presidenta, del mismo modo que lo era en Tolosa con el de la hermosa Clemencia de Lafaille.

—¿Qué! ha muerto Clemencia Lafaille! exclamó Jorge, os equivocáis; no puede ser... pero son una misma persona la señora de Boissieux y Clemencia Lafaille? Explicadme este misterio.

—Hijo mío, dijo la señora de Garan, á quien la emoción de Jorge y su palidez helaban de espanto, puesta que la suerte ha querido que seas hoy espectador de los funerales de la señora de Boissieux, sería inútil prolongar más tu ignorancia. Si, Jorge, la señora presidenta de Boissieux no es otra que la señorita de Lafaille.... Se casó, porque el rumor de tu muerte llegó á acreditarse tanto que yo misma te he llorado y he vestido luto. Al casarse, pues, con el presidente Boissieux, digno bajo todos conceptos del cariño y ternura de una esposa virtuosísima, no ha hecho más que obedecer las órdenes de su padre.

Jorge escuchó á su madre conmovido: nada le respondió, pero gruesas lágrimas, cayendo silenciosamente por sus mejillas, bajaron á humedecer la cruz de San Luis que brillaba en su pecho, recompensa gloriosa de su intrepidez que el rey Luis le concediera al desembarcar en Francia.

Retiraronse todos los convidados y Jorge quedó solo con su madre, que redobló sus esfuerzos, aunque inútilmente para consolarlo.

Llegado que hubo la noche, Jorge de Garan se embolsó en su capa, tomó sus armas, se proveyó de una buena cantidad de oro, y en seguida burlando la vigilancia de los criados de que le había rodeado su madre, salió de su casa y se dirigió á grandes pasos hacia el cementerio de la iglesia de San German. Luego que llegó á sitio más aislado de un barrio casi desierto, llamó á la puerta de una casita de pobre y ruin apariencia donde vivía el sepulturero.

—Eres un pobre miserable, dijo Jorge, puedo hacerle rico de un golpe: quieres?

El sepulturero en efecto estaba en la mayor indigencia, cargado de hijos y apenas podía proporcionarse el sustento diario con el producto de su trabajo. Al ver en su casa á un caballero ricamente vestido, resolvió hacerle pagar lo más caro que pudiese el servicio que iba á reclamar de él.

—Mi capitán, respondió el posadero de los muertos, no deseo otra cosa más que llegar á ser rico; y si para esto no comprometo la seguridad de mi cuello en este mundo, ni la salud de mi alma en el otro; estoy á vuestra disposición.

—Ni tu cuello, ni tu alma tienen nada que arriesgar en todo esto, replicó vivamente Jorge: se trata de que remuevas ahora mismo la sepultura que has cabado esta mañana; que saques de ella un ataúd, lo abras y me dejes mirar y contemplar á la que este ataúd encierra.

—No haré tal por los huesos de mi padre, exclamó espantado el sepulturero; no daré mi alma al demonio cometiendo tan espantoso sacrilegio.

Toma por el sacrilegio, contestó Jorge arrojando un puñado de oro sobre los viejos epitafios borrados por el tiempo que formaban el embaldosado de la habitación del sepulturero.

—Y si me echan á galeras?

—Toma por las galeras, replicó Jorge arrojándole otro puñado de oro.

El hombre de los muertos hizo todavía tres ó cuatro objeciones, pero tranquilizada al fin su conciencia por el brillo de aquellos luises de oro que resplandecían en su sórdida caverna como estrellas en un cielo nebuloso, decidióse á obedecer al capitán. Tomó su azadon y su pala, armó á Jorge de Garan de una linterna, y los dos se encaminaron á la sepultura donde reposaba hacia algunas horas solamente aquella que había sido la hermosa presidenta de Boissieux, la adorada señorita de Lafaille.

Después de un trabajo de algunos minutos, durante el cual el corazón de Jorge latía con violencia, el ataúd fue descubierta y colocado sobre el borde de la huesa.

—¡Vá está, dijo fríamente el sepulturero, hacé

lo que os parezca; yo ya he concluido mi obligacion.

—Es menester levantar la tapa de este ataud, dijo Jorge; ¿has olvidado nuestro convenio?

Precisamente eso es lo difícil, respondió gruñendo el sepulturero.

Desgraciado! interrumpió el capitán, enseñando'e un punal; ya te he dado bastante oro, guardate de que recurra al hierro!

Esta escena cambió completamente la resolucion del sepulturero; puso manos a la obra, y muy en breve el cuerpo de la señora de Boissieux rodó sobre el cespéd, cubierto con su mortaja blanca.

Jorge se arrojó al lado de este cadáver, y permaneció sumergido en un recogimiento profundo.

Viendo el sepulturero que el caballero á quien en vano habia dirigido muchas veces la palabra, continuaba en su inmovilidad y en su silencio, infirió que todavia le quedaba algo que hacer. Salíó de la huesa adonde habia bajado aproximóse al cadáver y separando la mortaja descubrió el rostro de la señora de Boissieux.

A este aspecto una chispa eléctrica pareció herir el alma galvanizada de Jorge; reconoció á su amada, á Clemencia, á la señorita de Lafaille.

Era en efecto; las pálidas violetas de la muerte no habian sucedido sobre sus puras facciones al animado carmin de la vida; estaba hermosa todavia, y el último sello no aparecia impreso sobre su frente.

Jorge estrechó dulcemente á este cadáver entre sus brazos, lo colocó en sus rodillas, lo apretó contra su corazón, le habló de amor, de felicidad, le recordó sus hermosos dias pasados... de repente lanza un grito que resuena en todos los angulos del cementerio... una risa convulsiva sucede á este grito; despues todo entra en el silencio de la muerte.

El sepulturero que habia permanecido á alguna distancia y se hallaba medio dormido sobre el cespéd, levantóse inmediatamente para acercarse al caballero, pero en vano, solamente le ve desde lejos huir por entre los monumentos fúnebres, llevando entre sus brazos al cadáver que acababa de arrebatar á la paz del sepulcro....

....Entretanto la prematura muerte de una esposa que idolatraba habia sumergido al presidente de Boissieux en una inconsolable tristeza.

Todos los años en el dia aniversario de aquella separacion que habia sido tan inesperada y tan cruel, el respetable magistrado iba solo, vestido de negro al cementerio, y allí arrodillado sobre la piedra que cubria los restos de una esposa adorada, oraba con profundo fervor por el reposo eterno de aquella que habia embellecido su vida.

El 14 de octubre de 1716, cinco años despues de la muerte de la señora de Boissieux, fue el presidente segun su costumbre al cementerio para llenar el piadoso deber que se habia impuesto en conmemoracion de este fúnebre aniversario. Hacía ya cerca de una hora que se hallaba entregado á sus recuerdos y á su recogimiento cuando un ruido lijero, como el crujido de un vestido de seda, vino á arrancarle de sus crueles meditaciones. El señor de Boissieux levantó la cabeza, cual fué su admiracion al reconocer en la persona que acababa de turbar de este modo su dolor, á su misma muger, á Clemencia, objeto de tanta tristeza y de tantas lágrimas. A esta aparicion levántase Boissieux precipitadamente, alarga los brazos á la que cree ser una sombra y esclama: Clemencia! ¿Eres tú que vuelves á la vida por un milagro? Pero la desconocida que en un principio no le vió arrodillado, lanza un grito á su vez y huye con precipitacion. Boissieux quiere perseguirla; resuelve alcanzarla á toda costa; pero su carrera es menos rápida y la ve desde larga distancia entrar en un coche que desaparece al galope tirado por cuatro magníficos caballos.

Fuera de sí, agitado por la inexplicable emocion que acaba de causarle aquella aparicion inesperada, Boissieux corre á la casa del sepulturero, interpela á este hombre, le suplica que le dé la explicacion de lo que ha visto; le apremia en fin á que le diga todo lo que sabe del entierro de la señora Boissieux.

—Bien quisiera poder satisfacer á vuestras preguntas, pero solamente hace cuatro años y medio que soy sepulturero.

—¿Luego no eres tú quien abrió la sepultura de la presidenta y asistió á su entierro?

—No señor, ha sido René Glot, el sepulturero que me ha precedido.

¿Y que se ha hecho este René Glot?

—Dices que heredó una suma considerable y se ha retirado con su mujer y sus hijos á Normandía, viven segun creo, donde tiene su familia.

—¿Hace cinco años?

—Cerca de cinco años.

—¿Y no has visto algunas veces, prosiguió Boissieux, vagar al rededor de la tumba de la presidenta una dama jóven, hermosa y ricamente vestida?

—Jamás; solamente hará unos tres ó cuatro dias que un criado mulato vino á preguntarme en qué parte del cementerio se hallaba el sepulcro de la señora de Boissieux, esposa difunta del señor presidente del tribunal mayor.

—¿Y nada mas te dijo?

—Nada mas, señor.

—Está bien, replicó Boissieux deslizando algunas monedas en la mano del sepulturero. Vigila cuidadosamente la tumba de la presidenta. Si alguna cosa extraordinaria llamase tu atencion, avisa al punto al teniente de policia. Pronto daré la vuelta.

Al salir Boissieux de la casa del sepulturero, se dirigió á la del conde de Argenson, teniente de policia y le manifestó lo que acababa de sucederle, no ocultándole las sospechas que habian despertado en su animo la desaparicion del sepulturero, enriquecido súbitamente por una pretendida herencia.

—Todo esto es muy romántico, dijo el Sr. de Argenson despues de haber escuchado atentamente al magistrado, y os confieso que cuento en el número de vuestras preocupaciones dolorosas la semejanza extraordinaria que asegurai haber notado entre la dama del cementerio y la difunta presidenta de Boissieux. Sin embargo, voy á dar inmediatamente orden para que se hagan las diligencias posibles á fin de averiguar el nombre de la dama que habeis visto y al mismo tiempo hare que marche un agente á la Normandía con objeto de que interroge discretamente al antiguo sepulturero.

—¿Pero antes no convendría, interrumpió Boissieux, que dispusiérais que mañana mismo se abriese y reconociese la huesa?

Al siguiente dia en efecto el teniente de policia acompañado de dos consejeros del Chatelet, de un comisario, de dos cirujanos y del señor de Boissieux se constituyó en el cementerio de la abadia de S. German donde previo el consentimiento eclesiástico, se procedió á abrir la sepultura.

El ataud estaba vacio y roto.

Tres dias despues el teniente de policia dirigió al señor de Boissieux una carta en la que le daba las siguientes noticias:

«La persona que el señor presidente encontró en el cementerio el 14 de octubre es la señora de Garan, esposa del señor de Garan, mayor del regimiento de artilleria de La Fere. Su casamiento se ha celebrado en Pondicherry, de donde es oriunda la señora de Garan, y los dos esposos hace un mes que han llegado á Francia. El agente enviado á Normandía ha encontrado facilmente á la familia del sepulturero René Glot. Este hombre hace

cerca de tres años que ha muerto; pero por el interrogatorio que han hecho á su muger y á sus hijos, se sabe que no ha heredado nada, sino que llegó á Vire con una suma de diez mil libras. Estos pormenores, únicos que han podido adquirirse hasta ahora, son de una verdadera importancia, cuando se considera que de la exhumacion de la presidenta resulta que su cuerpo ha sido estraido de él.»

Boissieux creyó deber entonces manifestar al teniente de policía las íntimas relaciones que habian existido entre la familia del señor Garan y la de la señorita de Lafaille, el casamiento proyectado entre el joven capitán y Clemencia, las causas de su ruptura y los obstáculos que habia encontrado, cuando al recibir la noticia de la muerte de Jorge de Garan, pidió la mano de la señorita de Lafaille. Terminó suplicando al señor de Argenson que nada perdonase para averiguar los menores pasos de los dos amantes, porque no podia dudar que la que pasaba por esposa del señor de Garan, era su propia muger, que estaba resuelto hacer volver á su casa por todos los medios posibles.

Verificadas estas diligencias preliminares; el presidente Boissieux entabló su demanda de raptó contra el señor de Garan pidiendo además la nulidad del segundo matrimonio de la señorita de Lafaille, á quien intimaba y requería para que volviese al domicilio conyugal. Al mismo tiempo practicó las mas esquisitas diligencias para recoger todos los datos, todos los indicios que pudieran concurrir á la averiguacion de la verdad. Supo á punto fijo por el ministerio de la guerra el día de la primera llegada de Jorge de Garan á París, día notable, porque fué el mismo de su marcha precipitada y el en que vio celebrarse los funerales de la presidenta. Halló á los postillones que lo habian conducido cinco años antes desde París á Brest, acompañado de una muger tapada y enferma; supo por último que se habia embarcado en un navio mercante, *la bella Margarita*, mientras podia verificarse en un buque del Estado. Provisto de estos diversos elementos deducidos de fuentes incontestables intentó un proceso cuyo resultado no dudaba le fuese favorable.

Esta causa excitó una inmensa curiosidad no solo por su novedad, por las dificultades de sus procedimientos y por el misterio de que parecia estar rodeada, sino mas que todo por los distinguidos personajes que jugaban en ella. En los brillantes salones de París se hicieron las mas estrañas suposiciones, los mas absurdos comentarios, las mas picantes alusiones, ora contra el esposo que reclamaba su pretendida muger, ora contra el marido que defendía á aquella que habia arrebatado al sepulcro.

El gran día de los debates llegó al fin, y el magestuoso recinto del parlamento vióse lleno de una multitud ávida de emociones, apasionada, ardiente, facil de conmover, y que arrastrada por la elocuencia de los abogados, seducida por la estremada hermosura de Clemencia, hacia pública ostentacion de sus deseos por el triunfo de una muger que se presentaba como victima de una infernal maquinacion.

Lafaille, á quien la resistencia de su hija cuando quiso casarla con el presidente de Boissieux, afectó profundamente habiase retirado á Tolosa desde que su muerte imprevista le habia llenado de un dolor tanto mas profundo, cuanto que se culpaba á sí mismo de haber abreviado sus días. A la noticia del estraño proceso que iba á ventilarse en el parlamento, el viejo magistrado se puso en precipitada marcha para París: apenas llegó, vió á Clemencia, lloró como un niño llamándola su hija y estrechándola entre sus brazos. Clemencia entretanto, sin que apearciencia alguna manifestase en ella la mas ligera emocion, sin que ningun otro sentimiento que el de la sorpresa y el de un respetuoso interés pareciese alterar la dulce quietud de su semblante, declaró á los magistrados que habian querido asistir á esta ontrevista, que

ella no conocia absolutamente á la persona en presencia de la cual la ponian, y se admiraba de ser el objeto de unas persecuciones tan crueles como inmerecidas. En la audiencia renovó sus declaraciones: despues en presencia del señor de Boissieux, rechazó sus alegatos con calma y dignidad; refirió la historia tan corta como sencilla de su vida, y sus dichos fueron sucesivamente apoyados por su exhibicion, hecha por su abogado Morzas, de las papeas de la esposa del señor mayor de Garan, nacida en Pondichery de padres franceses, el señor de Merval y la señora Vichot: habiase casado hacia tres años en la capilla municipal del gobierno, siendo testigos, militares de alta graduacion y funcionarios de alta categoria. Su fe de bautismo estaba legalizada, el contrato y el certificado autentico de su casamiento estaban revestidos de todas las garantías y prescripciones legales; finalmente, á bordo de un buque del Estado habian venido los dos esposos á Francia. Nada, pues, debia hacer sospechar que un hombre de honor, que un militar distinguido, como siempre lo habia sido el caballero Garan, quisiese engañar impudentemente á la justicia, del mismo modo que no era posible pensar que una muger, joven y virtuosa pudiese sostener con tanta tenacidad y audacia una impostura que constaba de la razon.

Este tema, habilmente desénvuelto por el señor Morzas, uno de los abogados mas distinguidos del parlamento, produjo en el auditorio apasionado, y hasta en los escaños mismos de los magistrados, cierta impresion de duda que no tardó en convertirse en conviccion.

En vano el presidente Boissieux, en vano el elocuente órgano de su querrela invocaron recuerdos y hechos nada dudosos, y coincidencias irrefragables; en vano insistieron en las graves sospechas que infundia la conducta del caballero Garan, que llegado á París el día mismo del estricto de la señorita Lafaille, partió aquella misma noche precipitadamente de la capital, sin haber dicho á Dios á su madre, sin haberla abrazado, sin haber recibido su bendiccion, cuando segun todas las probabilidades, no debia volver á verla, y tomaba furtivamente en cierto modo el camino de Brest, desempedrando las calles con la rapidez de su silla de posta, y llevando casi moribunda y tapada á fin de que las miradas no pudieran penetrar su secreto, á una muger joven, con la cual se embarcó en seguida bajo un nombre supuesto, en un desconocido buque mercante con desprecio de su rango y de sus deberes.

El señor de Boissieux invocó además la controversia suscitada por los médicos y cirujanos de la época, controversia que señaló con gran número de casos en los cuales el letargo habia durado muchos dias con todos los síntomas de la muerte. Toda esta elocuencia, toda esta esforzada argumentacion debia caer por tierra delante de la calma y serenidad de la joven esposa de Garan. Sentada al lado de su defensor, rodeada de amigos de la familia de su marido, parecia esperar su sentencia confiada en la justicia humana y divina. Los magistrados, indecisos en un principio, no tardaron en interesarse por el estraño destino de aquella muger tan joven y tan linda, que nacida bajo un cielo estrangero, se habia confiado al amor de su esposo, habia seguido su suerte y solo llegaba á la patria inhospitalaria para verse arrastrada á los bancos del crimen, y para que le disputasen sus estados de esposa, de hija y de madre.

Bajo la impresion de tales pensamientos, despues que el órgano imparcial de la ley pronunció su dictamen, en el que pedia fuese desestimada la demanda del presidente Boissieux, y acordada la debida reparacion al señor mayor de Garan y á su esposa, injustamente aticados en su estado, en su consideracion y en su honor, los magistrados iban á levantarse ya de sus puestos, cuando un incidente imprevisto, capital, decisivo, vino á cambiar súbitamente

cerca de tres años que ha muerto; pero por el interrogatorio que han hecho á su muger y á sus hijos, se sabe que no ha heredado nada, sino que llegó á Vire con una suma de diez mil libras. Estos pormenores, únicos que han podido adquirirse hasta ahora, son de una verdadera importancia, cuando se considera que de la exhumacion de la presidenta resulta que su cuerpo ha sido extraido de ella.

Boissieux creyó deber entonces manifestar al teniente de policía las íntimas relaciones que habian existido entre la familia del señor Garan y la de la señorita de Lafaille, el casamiento proyectado entre el jóven capitán y Clemencia, las causas de su ruptura y los obstáculos que habia encontrado, cuando al recibir la noticia de la muerte de Jorge de Garan, pidió la mano de la señorita de Lafaille. Terminó suplicando al señor de Argenson que nada perdonase para averiguar los menores pasos de los dos amantes, porque no podia dudar que la que pasaba por esposa del señor de Garan, era su propia muger, que estaba resuelto hacer volver á su casa por todos los medios posibles.

Verificadas estas diligencias preliminares; el presidente Boissieux entabló su demanda de raptio contra el señor de Garan pidiendo además la nulidad del segundo matrimonio de la señorita de Lafaille, á quien intimaba y requiera para que volviese al domicilio conyugal. Al mismo tiempo practicó las mas esquisitas diligencias para recoger todos los datos, todos los indicios que pudiesen concurrir á la averiguacion de la verdad. Supo á punto fijo por el ministerio de la guerra el día de la primera llegada de Jorge de Garan á Paris, día notable, porque fue el mismo de su marcha precipitada y el en que vio celebrarse los funerales de la presidenta. Halló á los postillones que lo habian conducido cinco años antes desde Paris á Brest, acompañado de una muger tapada y enferma; supo por último que se habia embarcado en un navio mercante, la bella *Margarita*, mientras podia verificarse en un buque del Estado. Provisto de estos diversos elementos deducidos de fuentes incontestables intentó un proceso cuyo resultado no dudaba le fuese favorable.

Esta causa excitó una inmensa curiosidad no solo por su novedad, por las dificultades de sus procedimientos y por el misterio de que parecia estar rodeada, sino mas que todo por los distinguidos personajes que jugaban en ella. En los brillantes salones de Paris se hicieron las mas estrañas suposiciones, los mas absurdos comentarios, las mas picantes alusiones, ora contra el esposo que reclamaba su pretendida muger, ora contra el marido que defendia á aquella que habia arrebatado al sepulcro.

El gran día de los debates llegó al fin, y el magestuoso recinto del parlamento vióse lleno de una multitud ávida de emociones, apasionada, ardiente, facil de conmover, y que arrastrada por la elocuencia de los abogados, seducida por la estremada hermosura de Clemencia, hacia pública ostencion de sus deseos por el triunfo de una muger que se presentaba como victima de una infernal maquinacion.

Lafaille, á quien la resistencia de su hija cuando quiso casarla con el presidente de Boissieux, afectó profundamente habiase retirado á Tolosa desde que su muerte imprevista le habia llenado de un dolor tanto mas profundo, cuanto que se culpaba á sí mismo de haber abreviado sus días. A la noticia del estraño proceso que iba á ventilarse en el parlamento, el viejo magistrado se puso en precipitada marcha para Paris: apenas llegó, vió á Clemencia, lloró como un niño llamándola su hija y estrechándola entre sus brazos. Clemencia entretanto, sin que aparencia alguna manifestase en ella la mas ligera emocion, sin que ningun otro sentimiento que el de la sorpresa y el de un respetuoso interés pareciese alterar la dulce quietud de su semblante, declaró á los magistrados que habian querido asistir á esta entrevista, que

ella no conocia absolutamente á la persona en presencia de la cual la veian, y se admiraba de ver el objeto de unas persecuciones tan crueles como inmerecidas. En la audiencia renovó sus declaraciones: despues en presencia del señor de Boissieux, rechazó sus alegatos con calma y dignidad; refirió la historia tan corta como sencilla de su vida, y sus dichos fueron sucesivamente apoyados por el exhibicion, hecha por su abogado Moizas, de las piezas que no dejaban duda alguna sobre su autenticidad. La esposa del señor mayor de Garan, nacida en Pondichery, de padres franceses, el señor de Merval y la señora Fichot: habiase casado hacia tres años en la capilla misma del gobierno, siendo testigos, militares de alta graduacion y funcionarios de alta categoria. Su fe de bautismo estaba legalizada, el contrato y el certificado autentico de su casamiento estaban revestidos de todas las garantías y prescripciones legales; finalmente, á bordo de un buque del Estado habian venido los dos esposos á Francia. Nada, pues, debia hacer sospechar que un hombre de honor, que un militar distinguido, como siempre lo habia sido el caballero Garan, quisiese engañar impudentemente á la justicia, del mismo modo que no era posible pensar que una muger, jóven y virtuosa pudiese sostener con tanta tenacidad y audacia una impostura que confundia la razon.

Este tema, habilmente desenvuelto por el señor Moizas, uno de los abogados mas distinguidos del parlamento, produjo en el auditorio apasionado, y hasta en los escaños mismos de los magistrados, cierta impresion de duda que no tardó en convertirse en conviccion.

En vano el presidente Boissieux, en vano el elocuente órgano de su querrela invocaron recuerdos y hechos nada dudosos, y coincidencias irrefragables; en vano insistieron en las graves sospechas que infundia la conducta del caballero Garan, que llegado á Paris el día mismo del entierro de la señorita Lafaille, partió aquella misma noche precipitadamente de la capital, sin haber dicho á Dios á su madre, sin haberla abrazado, sin haber recibido su bendiccion, cuando segun todas las probabilidades, no debia volver á verla, y tomaba furtivamente en cierto modo el camino de Brest, desempedrando las calles con la rapidez de su silla de posta, y llevando casi moribunda y tapada á fin de que las miradas no pudiesen penetrar su secreto, á una muger jóven, con la cual se embarcó en seguida bajo un nombre supuesto, en un desconocido buque mercante con desprecio de su rango y de sus deberes.

El señor de Boissieux invocó además la controversia suscitada por los médicos y cirujanos de la época, controversia que señaló con gran número de casos en los cuales el letargo habia durado muchos dias con todos los síntomas de la muerte. Toda esta elocuencia, toda esta acalorada argumentacion debia caer por tierra delante de la calma y serenidad de la jóven esposa de Garan. Sentada al lado de su defensor, rodeada de amigos de la familia de su marido, parecia esperar su sentencia confiada en la justicia humana y divina. Los magistrados, indecisos en un principio, no tardaron en interesarse por el estraño destino de aquella muger tan jóven y tan linda, que nacida bajo un cielo estrangero, se habia confiado al amor de su esposo, habia seguido su suerte y solo llegaba á la patria inhospitalaria para verse arrastrada á los bancos del crimen, y para que le disputasen sus estados de esposa, de hija y de madre.

Bajo la impresion de tales pensamientos, despues que el órgano imparcial de la ley pronunció su dictamen, en el que pedia fuese desestimada la demanda del presidente Boissieux, y acordada la debida reparacion al señor mayor de Garan y á su esposa, injustamente atacados en su estado, en su consideracion y en su honor, los magistrados iban á levantarse ya de sus puestos, cuando un incidente imprevisto, capital, decisivo, vino á cambiar súbitamente

la disposicion de sus ánimos, y á dar un aspecto enteramente nuevo al proceso.

Mientras que en medio del silencio mas profundo y de la atencion general, el abogado del rey hablaba, el presidente Boissieux, que no se las tenia todas consigo, al oír el dictamen del representante de la ley, se dirigió á su casa, abrazó á su hija, que habia cumplido seis años, á la cual habia dado tambien el nombre de Clemencia, y que tenia poco mas de un año cuando perdió á su madre. Al recibir los tiernos abrazos de su hija, un pensamiento de esperanza brilló en la mente del afligido magistrado: cubrió al punto á la encantadora niña con una mantilla, la tomó de la mano y volvió con ella al tribunal.

Los jueces, segun acabamos de decir, se levantaban para pasar á la sala de sus deliberaciones; el señor de Boissieux cuya vuelta llamó la atencion del presidente, hizo al digno magistrado una señal de súplica á fin de obligarle á que le oyese algunos segundos: al mismo tiempo se dirigió al sitio ocupado por la señora de Garan y su defensor. Este, distraido en reunir los documentos que habian constituido el cuerpo de su defensa, estaba demasiado absorto en su escrutinio para fijar la atencion en su adversario; y la señora de Garan con la cabeza dolorosamente apoyada en su mano derecha parecia sumerjida en dolorosas reflexiones.

En aquel momento la niña que habia llevado Boissieux hasta su asiento, le tomó dulcemente la mano, y levantándose sobre la punta de sus piecitos para presentarle su carita fresca y risueña: mamá, le dijo, con su dulce voz infantil, ¿quieres darme un abrazo?

Arrancada entonces súbitamente de su especie de intuicion interior, la señora de Garan estrecha tiernamente á la niña en sus brazos, la llena de besos y de lágrimas y dejó escapar estas palabras: Clemencia ¡Hija de mis entrañas!

El proceso desde este momento cambió completamente de direccion, pero el defensor de la señorita de Lafaille, que veia venir abajo el edificio de su conviccion, estuvo lejos de abandonar á su cliente. La engrandeció á sus propios ojos y á los de sus mismos jueces. Trazó un cuadro patético, arrebatador, de sus sufrimientos, pintó sus combates, su resignacion, su piadosa obediencia á su padre: la presentó en seguida arrancada milagrosamente de la muerte, huyendo de la Francia y creyéndose en libertad de poder consagrar su vida á aquel á quien la debia: finalmente concluyó solicitando del tribunal que declarase nulo un matrimonio que la muerte habia roto y desestimase la pretension de Boissieux, que queria llevarse á viva fuerza á su

casa á la que no habia sabido conservar y poner al abrigo del mas espantoso de los errores.

Una sentencia en este sentido era imposible: el matrimonio contraido por el caballero Garan en Pondichery fué declarado nulo y Clemencia Lafaille condenada á volver al domicilio de su legitimo esposo, el presidente Boissieux.

Al siguiente dia de la sentencia la señorita de Lafaille que habia vuelto á tomar su nombre, pero que insistia en unir á él el de madama de Garan, presentó al rey un memorial pidiéndole que la permitiera retirarse al convento de monjas carmelitas, ó cualquier otro que S. M. tuviera á bien designarla.

Esta peticion no fué acogida; antes bien se la intimó que en el término de veinte y cuatro horas habia de cumplir la sentencia del Parlamento.

A las seis de la tarde del siguiente dia en que el presidente Boissieux habia reunido en su casa á los individuos de su familia, á sus compañeros y amigos, para recibir á su esposa que le habia anunciado para este momento su venida, presentóse esta sola, vestida de blanco, adornada con lujo asiático y llevando sus alhajas mas preciosas.

Al abrirse las dos hojas de la puerta y al anunciar un page á la señora presidenta de Boissieux, el grave magistrado se levantó precipitadamente para salir al encuentro. Clemencia le hizo una seña para que se detuviera.

Caballero, dijo con una voz tranquila y resignada, os devuelvo lo que habiais perdido.

Y cayó muerta sobre el pavimento.

Aquella misma noche Jorge de Garan, que se habia envenenado con ella, espiró en los brazos de su madre.

Entre los procesos célebres cuya tradicion terrible ó sentimental ha llegado á ser en cierto modo popular, el de Clemencia de Lafaille y Jorge de Garan, es sin disputa uno de los mas curiosos; y sin embargo no se hace mencion de él en ninguna de las colecciones donde sucesivamente se han ido consignando los dramáticos anales de los grandes debates judiciales. Asi que, para dar hoy una relacion completa de este asunto esacto y fecundo en peripecias, ha sido preciso recurrir á documentos muy raros y poco conocidos y sobre todo á una memoria del señor de Comiras, abogado distinguido del parlamento de Paris, y por último al resumen de una controversia sostenida entre las academias de medicina y de cirujia sobre una de las cuestiones suscitadas en este proceso.

LA NOVIA Y EL MUERTO.

En la cumbre de uno de los mas altos picos de Odenwald, en una region salvaje y romántica de Alemania, poco distante de la confluencia del Mein y del Rin, se elevaba hace mucho tiempo el castillo del baron Von Landehort del cual solo se conservan en el dia algunas ruinas casi sepultadas entre arbustos, por encima de los que se distingue la antigua alalaya, esforzándose como su primer poseedor, por mantener la cabeza elevada y dominar el pais que la circunda.

El baron era un vástago de la gran familia de Katzenellendogen que habia heredado las ruinas de la morada y el orgullo de sus abuelos; no obstante que las disposiciones belicosas de sus ascendientes habian disminuido mucho las propiedades de la familia, el baron se esforzaba aun lo posible para mantener alguna aparicion del

antiguo esplendor. Los tiempos estaban tranquilos y los nobles alemanes habian abandonado sus viejos é incómodos castillos fabricados en las montañas, á manera de nidos de águila, para edificar residencias mas agradables en los valles; pero el baron permaneció orgullosamente en su pequena fortaleza, alargando con un amor hereditario é inveterado todas las pasadas discordias de familia; así, pues, se hallaba en malisimas relaciones con la mayor parte de sus mas próximos vecinos, motivadas por las disputas que tuvieron los abuelos de ellos con los suyos.

El baron no tenia mas que una hija, única heredera de su nombre y sus preocupaciones; pero en cambio esta hija era un verdadero prodigio. Por lo menos así lo aseguraban todas las viejas del pais y en realidad ¿quién

lo habia de saber mejor que ellas? La niña además estaba bajo la dependencia de dos tias solteronas que habian gastado los mejores años de su vida en una de las cortes alemanas y habian adquirido los conocimientos mas necesarios para educar á una señorita. Gracias á la instruccion de las tias, la sobrina era un milagro de perfecciones.

En la época á que nos referimos, no tenia mas que 18 años, y ya bordaba perfectamente y habia hecho una porcion de cuadros de cañamazo copiando episodios de su historia en que se veian las figuras como si fuesen ánimas en pena. Sabia leer casi correctamente y habia aprendido de memoria porcion de leyendas religiosas y casi todos los pasages milagrosos del *libro de los jastor*; tambien habia hecho progresos considerables en la escritura: sabia poner su nombre sin faltar una letra, y con tal claridad que sus tias lo leian sin ponerse los anteojos. Bailaba á las mil maravillas, se acompañaba al arpa y á la guitarra algunas cancioncitas, y recitaba sin faltar una sílaba todos los romances de los poetas mas populares de la época.

Las tias, que en su juventud fueron grandes coquetas, eran lo mas apropósito del mundo para servir de vigilantes censoras á su sobrina; porque no hay duena mas rigidamente rigida que una coqueta entrada en años. Rara vez la perdian de vista, ni la permitian jamás salir del recinto del castillo sin ir bien acompañada: continuamente la leian eternos discursos sobre el estricto deber y la obediencia implícita, y en cuanto á los hombres la habian enseñado á mantenerlo á tal distancia, y le habian hecho adquirir tal desconfianza de ellos, que sin una terminante autorizacion no se hubiese atrevido á dirigir una mirada al mejor caballero del mundo aunque lo hubiesen visto espirar á sus pies.

Este sistema producía los mas saludables resultados: así, pues, la joven era un verdadero modelo de docilidad y de exactitud. Al contrario de otras que disipan sus años en el torbellino de la sociedad, ella florecía sin ruido bajo la proteccion de sus immaculadas y celibatarias tias, como el pimpollo de la rosa entre las espinas que le sirven de guardas.

El baron se felicitaba de no tener mas hijos, y á la verdad que no le faltaba motivo, porque las rentas de la casa daban muy poco de sí y la providencia le habia regalado infinidad de parientes pobres. Cada uno de ellos poseía las disposiciones afectuosas que son habituales á los aliados humildes y ninguno desperdiciaba coyuntura de probar su cariño al baron pasando temporadas enteras en el castillo y abogando, cuando les daban bien de comer, en favor de las reuniones de familia.

Aunque Von Landshort era pequeño de estatura, tenía un alma grande y se llenaba de orgullo al contemplarse el mas grande hombre del pequeño mundo que le rodeaba; le gustaba mucho referir historias de los antiguos guerreros, cuyos deteriorados retratos adornaban los ruinosos muros de las habitaciones, y en honor de la verdad debemos confesar que encontraba un atento auditorio en todos los que vivían á sus espensas. Inclinado á lo maravilloso creía firmemente en todos los cuentos sobrenaturales que con tanta abundancia circulan en las montañas y en los valles de Alemania. La fe de sus huéspedes sobrepasaba con mucho á la suya; escuchaban las historias con los ojos y la boca abierta y jamás dejaban demostrarse asustados aunque la oyesen referir por décima vez. Así vivía el baron Von Landshort, oráculo de su mesa, monarca absoluto de su pequeño territorio y feliz sobre todo por la persuasion en que estaba de que era el hombre mas sabio del siglo.

Con el solemne motivo de recitar al novio de la heredera de Katsenellenbogen, se habia reunido en el castillo un día la mayor parte de la familia. Una negociacion entablada por el padre con un propietario de Baviera pa-

ra reunir ambas casas por el matrimonio de los dos hijos únicos, produjo los mejores resultados, conduciéndose los preliminares con admirable exactitud y cortesania al extremo de estenderse los contratos y fijar el día de las bodas sin consultar la voluntad de los futuros esposos. El joven conde Von Altemburg habia sido llamado del ejército con este motivo y se habia á punto de recibir su esposa de manos del baron, á cuyo castillo debia llegar de un momento á otro, y así lo habia anunciado por cartas desde Wurtzbourg en las cuales fijaba la hora de su arribo.

El castillo se puso todo en movimiento para prepararle un recibimiento digno de su rango y del objeto de la visita: la novia se habia vestido con esquisito cuidado ocasionando su tocador mas de una quimera entre ambas tias sobre los adornos que podrian convenirla, y la esperanza y el rubor se hallaban pintados en su rostro añadiendo no pocos encantos. Las tias no la dejaban respirar y se deshacian en prevenciones sobre su conducta futura y la manera de recibir al prometido esposo, á fin de conquistar su corazón á la primera vista como habia conquistado su mano sin conocerlo.

El baron por su parte no estaba menos afanoso: verdad es que nada hacia, pero su genio no era para permanecer pasivo en medio de la agitacion que á todos tenía en movimiento. Iba de un lado para otro, hacia perder tiempo á los criados encargándoles que fuesen diligentes y murmuraban en cada sala tan inquieto y tan importuno como un moscardon en día de verano. Escusado es decir que al mismo tiempo los bosques habian resonado con los gritos de la caza, se habian desenterrado de la bodega las botellas de vino mas añejo y esquisito y se habian tomado medidas para cubrir la mesa de una manera proporcionada á las circunstancias. Sin embargo, todo se halla en orden y el huésped no parecia; las horas se sucedian á las horas y el sol reflejaba ya apenas en los mas altos picos de las montañas de Odenwald. El baron impaciente subió á la torre mas alta y se desojaba queriendo descubrir alguna cosa parecida al conde y á su comitiva; pero inútilmente: algun pastor que conducía su ganado al hogar ó algun cazador que se retiraba á su cabaña fué todo lo que pudo distinguir.

En tanto que el castillo de Landshort se hallaba en este estado de ansiedad y de duda, una escena muy distinta habia ocurrido en la parte opuesta de Odenwald.

El joven conde Von Altemburg seguía tranquilamente su camino á ese trote moderado con que marcha un hombre á casarse con una muger desconocida. En Wurtzbourg habia encontrado un amigo y compañero de armas con el que habia servido en las fronteras, llamado Herman Von Starckenfaust, uno de los mas valientes y mas nobles caballeros alemanes, que volvia del ejército á pasar unos días con su familia. El castillo de su padre distaba poco de la fortaleza de Landshört, pero ambos vecinos no se trataban á consecuencia de una antigua disension. En el momento de encontrarse ambos amigos, se refirieron todas sus aventuras, y el conde dijo que iba á casarse con una joven á quien no conocía, pero de quien tenia las mejores noticias.

Como el camino de los dos viajeros estaba en la misma direccion, convinieron en andarlo juntos, y partieron temprano de Wurtzbourg, hablando de sus antiguas aventuras y de sus proyectos para el porvenir; no sin que causase el conde á su amigo con la continua repeticion de las perfecciones de su futura. Entretenidos con la conversacion habian penetrado en las montañas de Odenwald y atravesaban uno de los desfiladeros mas espesos y solitarios; sabido es que los bosques de Alemania han estado siempre tan infestados de ladrones como sus castillos de espectros: por este tiempo los primeros eran en gran número, habiendose reforzado con soldados desertores que inundaban el país, y segura-

mente no parecerá extraño que nuestros caballeros fuesen atacados por una partida de bandidos en medio del bosque. Ambos se defendieron con valentía hasta que dieron lugar á que llegasen los criados del conde que habian quedado un poco atras, y á cuya vista huyeron los ladrones, pero no sin que el conde hubiese recibido una herida mortal. Inmediatamente fue trasladado á la ciudad de Wurtzbourg y llamaron á un monge del convento vecino, famoso por su habilidad para curar á la vez cuerpo y alma; pero la mitad de su asistencia era inútil porque la hora solemne del joven habia llegado. Antes de espirar suplicó á su amigo que fuese á Lambshort á dar noticia de la causa fatal de su retraso, pues aunque no estaba enamorado, era sin embargo uno de los hombres mas puntuales y corteses del mundo y por nada hubiera faltado á su palabra: «En tanto que no cumplas por mí este deber, dijo á su amigo, no reposare tranquilo en mi tumba.» Semejante manifestacion en tales circunstancias no admitia duda alguna, Starkentaust trató de calmarlo prometiendo llenar sus deseos, y le dió su mano en prenda; el moribundo lo estrechó entre las suyas, pero á poca rayó en delirio, habló de su futura, de su palabra dada, de sus compromisos: pidió un caballo para ir al castillo de Landshort y espiró imaginándose montar en la silla.

Starkenfaust tributó un suspiro y una lágrima de soldado á su desgraciado amigo y se puso á reflexionar acerca de la desagradable mision que tenia que cumplir. Sin embargo se atemorizaba al considerar que iba á presentarse de huésped sin estar convidado delante de enemigos y á velar su alegre fiesta con una noticia fatal á sus esperanzas: al mismo tiempo no le faltaba deseo de conocer á la hermosa (tan ponderada por su amigo y tan oculta lejos de la sociedad, porque él era un poco amante del bello sexo y habia en su carácter una tendencia á las empresas difíciles que le hacia apasionado á toda aventura singular.

Antes de partir arregló con los religiosos del convento todo lo necesario para los funerales de su amigo que debia ser enterrado en la catedral de Wurtzbourg al lado de sus ilustres pacientes. Dejémoslo en el camino, y volvamos, que ya es hora, á la familia de Katzenellenbogen que aguarda impaciente su huésped y mas impaciente aun la comida, y al ilustre baron que lo dejamos tomando el fresco en la torre del castillo.

La noche llegó sin que pareciese huésped alguno y el baron obligado por la oscuridad tuvo que bajar de la torre. La impaciencia habia subido al mas alto punto; la comida se echaba á perder y fue preciso dar orden para que se sirviese el festín. Apenas sentados á la mesa, el sonido de una bocina anunció la llegada de un forastero. El baron corrió á recibir su futuro yerno.

El recién llegado era un gentil caballero montado en un magnífico caballo negro; su rostro estaba pálido, pero su mirada era penetrante y en todo él se traslucía cierto aspecto de dignidad melancólica. Algo mortificado al baron el verlo presentarse sin ningun acompañamiento; mas reflexionó que sin duda la impaciencia le hubiera hecho adelantarse y que acaso detras iría la comitiva.

—Mucho siento, dijo el extranjero, causaros ninguna molestia....

El baron interrumpió con un diluvio de cumplimientos y saluciones á las que se en vano intentó repetidas veces contestar el desconocido; viendo que sus esfuerzos eran inútiles, inclinó su cabeza y se resignó á escuchar. El baron hizo una pausa; acababan de atravesar el patio del castillo y ya iba á tomar la palabra el extranjero, cuando fue interrumpido de nuevo por la parte femenina de la familia que le presentó la novia; él la contempló un momento y quedó contrivado de tan admirable hermosura. Una de las tias habló al oido á la

sobrina y esta quiso dirigir la palabra al recién llegado; pero no se lo permitió el rubor; por lo demas era imposible que á una joven de 19 años no dejase satisfecha la presencia de tan cumplido mozo.

La hora era muy avanzada, y el baron aplazando todo otro asunto para el día siguiente condujo al huésped á la mesa. El banquete, que estaba sin tocar se habia servido en el salon del castillo; las paredes estaban cubiertas de retratos de la familia y de troleos que recordaban sus hechos heroicos; el caballero prestaba poca atencion á la compañía y á la comida pero en cambio no apartaba la vista de la novia. Habló con ella en voz baja de esa manera que se comprende mejor que se oye, porque el lenguaje del amor nunca es claro ¿pero qué muger hay que no lo entienda?

La fiesta se iba animando; los concurrentes estaban dotados todos de un excelente apetito; el baron contaba sus historias de costumbre que jamas habian producido mejor efecto y á la menor cosa maravillosa el auditorio mostraba su admiracion del modo mas significativo, ó su disgusto si el resultado del asunto no era tan lisonjero como se prometian. Llenábanse las copas y se desocupaban sin cesar, decíanse cosas muy buenas y muy malas que solo en ocasiones semejantes pueden repetirse, y se entonaron por último unas coplas compuestas por un primo de la novia que obligaron á las tias á ocultar sus rostros con los abanicos.

En medio de esta bacanal, el extranjero solo permanecía con una gravedad singular é inesplicable; á medida que la noche adelantaba, su fisonomía tomaba un aire de tristeza mas profundo y mas extraño; por momentos se le veía absorto en sus meditaciones y la conversacion con su futura iba siendo cada vez mas misteriosa. No se escaparon estos sintomas á la penetracion de los convidados y la tristeza del extranjero concluyó por ahogar la alegría de todos. Los canticos cesaron y se hicieron tristes causas en la conversacion que muy luego fueron reemplazados por cuentos bárbaros y leyendas sobrenaturales. Una historia lúgubre produce otra mas lúgubre aun y el baron hizo caer desmayadas algunas de las damas refiriéndoles la historia del caballero fantasma que robó á la bella Leonora, historia horrible pero verdadera que fué puesta despues en excelentes versos y leída y creída de todo el mundo.

El desconocido escuchaba con profunda atencion sin apartar sus ojos del narrador y á medida que la historia tocaba á su fin se iba gradualmente levantando del asiento y creciendo de manera que parecia un gigante á la vista del baron: cuando este pronunció la última palabra, dió aquel un profundo suspiro y pidió permiso á la compañía para retirarse. Todo el mundo quedó sorprendido de tan extraña idea y el baron se puede decir que petrificado. «Como! le dijo, vais á dejar el castillo á media noche? Teneis vuestra habitacion dispuesta y si quereis descansar....

El desconocido meneó la cabeza tristemente.

—Es preciso, añadió, que mi cabeza repose bajo otro techo esta noche.

Habia en esta réplica y en la manera con que fué pronunciada, una cosa extraña que hizo temer al baron algun acontecimiento suestro; sin embargo repitió sus instancias pero inútilmente: el extranjero sin despedirse de los concurrentes ni pronunciar una palabra, salió con paso grave y pausado de la sala segundo del baron.

Cuando hubieron atravesado el patio y se hallaban en el portal, cuyo sombrío aspecto aumentaba la luz de una moribunda lampara, el desconocido se detuvo y dijo con voz sepulcral: «Ahora que estamos solos puedo informaros del motivo de mi marcha: tengo contraido un solemne y formal compromiso.

—Pero no puede ir ninguno en vuestro lugar? replicó el baron.

—Imposible: yo debo ir en persona a la catedral de Wurtzbourg, donde me aguarda la tumba.... Esta mañana he sido asesinado por unos ladrones.... mi cuerpo reposa en la catedral; donde deben sepultarme a las 12 de la noche.... no puedo fallar a mi palabra.... Adios.

Y picando espuela a su caballo, desapareció precipitadamente. El baron volvió a la sala en el estado que es facil imaginar, y contó cuanto le acababa de suceder. Dos de las damas cayeron desmayadas, y no hubo una de las restantes que no se pudiese enferma al considerar que habia cenado con un espectro. Algunos opinaron que podria ser el desconocido el famoso cazador salvaje de las leyendas alemanas; otros hablaron de los espíritus de las montañas, de los demonios de los bosques, y de los seres sobrenaturales, con que han aterrorizado a las buenas gentes de la Germania, desde tiempo inmemorial. Uno de los pobres parientes se atrevió a manifestar algunas dudas sobre el caso, pero de tal manera se atrajo la oposicion de la asamblea, que adjuvo de su heresia al punto y convino en que era posible cuanto se calculaba y mucho mas aun. Toda suposicion sin embargo cesó al dia siguiente con la llegada de noticias exactas, que confirmaban la muerte del joven conde y su entierro en la catedral de Wurtzbourg. El terror que estas noticias produjeron en el castillo, facilmente puede imaginarse; los parientes del baron no se ocupaban de otro asunto, ni se acertaba hablar de otra cosa; pero la situacion de la novia-viuda era seguramente la mas lastimosa. Perder el marido antes de casarse!... y que marido!... Si espectro parecia tan bueno y gallardo ¿que hubiera sido vivo?... Su dolor no hallaba consuelo.

La noche del segundo dia de viuda se habia retirado a su cuarto con una de las tias que quiso quedarse con ella para hacerla compañía, la tia se habia dormido contando una gran historia de aparecidos, la habitacion daba a un jardin, en el refugio del castillo acababan de sonar las doce cuando una música se dejó oír debajo de la ventana. Tia y sobrina se asomaron y ambas dieron un grito terrible: habian reconocido el espectro: cuando volvieron a mirar ya habia desaparecido.

La tia cayó ataragada del susto y declaró a la sobrina que por nada en el mundo volveria a dormir en aquella habitacion: la sobrina por el contrario dijo que no se acostaria en ninguna otra del castillo. La consecuencia de esta discusion fue convenir en que dormiria sola, pero obtuvo de su tia palabra de no contar a nadie la historia de lo ocurrido aquella noche, para que no la privasen del único placer melancólico que le quedaba en la tierra; el de habitar el cuarto que vigilaba la sombra de su futuro durante sus nocturnas plegarias.

No tuvo que guardar la tia mucho tiempo el secreto porque una mañana al tiempo del desayuno fueron a decirle que su sobrina habia desaparecido la noche anterior sin saber como ni por donde. La admiracion con que se supo esta noticia no puede explicarse facilmente;

los parientes hacian como que estaban consternados y la tia que de asombro no habia pronunciado una palabra exclamó de repente: «El espectro! el espectro!... la ha robado el espectro.... Bien me lo temí....»

Entonces contó lo ocurrido la noche de la música para justificar sus fundados temores de que el aparecido fuese el ladrón. Dos criados confirmaron este relato porque habian oído pisadas de caballo a media noche y no habia duda que el espectro en su negro corcel la habia llevado a la tumba. Todos los presentes convinieron en la probabilidad de la conjetura, porque los acontecimientos de esta especie son estremadamente comunes en Alemania como lo atestiguan multitud de verídicas historias.

Que situacion para el pobre baron! Perder en un momento su hija y la única heredera y solo vastago de tan ilustre familia! inmediatamente se dió orden para que diferentes hombres saliesen a recorrer la montaña y el mismo baron se disponia a ser de la partida, cuando lo detuvo, poniéndose las botas, la noticia de que una señora en un arrogante caballo se acercaba al castillo acompañada de un elegante joven. Dos minutos no habian pasado cuando ambos estaban a los pies del baron; era su hija perdida y el que la acompañaba...el muerto... El baron quedó hecho una estátua.

Muy pronto se aclaró el misterio: el caballero (porque nosotros hemos sabido siempre que no era un espectro) se anunció con el nombre de sir Hermann Starkenfaust, refirió su aventura con el joven conde y dijo como se habia apresurado a ir al castillo para cumplir la voluntad de su amigo y como la elocuencia del baron le habia interrumpido cada vez que habia querido hablar; como la vista de la novia le habia cautivado y como por pasar algunas horas a su lado habia consentido en que el engaño continuase; como se halló embarazado para hacer una retirada decorosa y como la historia del baron le habia sugerido la idea de aquella salida escéntrica; como temiendo la enemistad hereditaria de la familia del baron habia repetido sus visitas clandestinas; como habia salvado las tapias del jardin y como habia llevado en triunfo a su joven dama hasta una capilla inmediata, donde un sacerdote los habia casado en debida forma.

En cualquiera otra circunstancia el baron hubiera sido inflexible; pero amaba a su hija y la habia llorado como perdida, dió su sancion a lo hecho y las fiestas empezaron de nuevo. Los parientes llenaron de felicitaciones a los esposos y las tias no dejaron de admirarse de que su sistema de reclusion hubiese producido tan malos resultados, particularmente la una de ellas que no llevaba con paciencia que el único aparecido que habia visto en su vida le jugase tan mala pasada. En cuanto a la sobrina, no se encontraba mal a lo que parece con hallarlo de carne y hueso, y aquí se acabó la historia, perdonad sus muchas faltas.



ESTUDIOS HISTORICOS.



La corona y el hacha.

CAPITULO I.

LA CORONA.

Cuando la hermana de Enrique VIII, linda doncella de diez y seis años, pasó á Francia para dar su mano á un rey viejo que podía ser su abuelo, acompañáronla muchas jóvenes de la primera nobleza de la Gran Bretaña. Entre ellas iba Ana Bolena, la misma que despues llegó á ser reina de Inglaterra. Su historia es muy curiosa é interesante.

Ana Bolena era hija de Sir Tomas de Bolena, á quien Enrique había conferido varias veces misiones diplomáticas de importancia. Su madre era hija del conde de Ormond; su abuelo sir Godofredo Bolena, había casado, siendo corregidor de Londres, con una de las hijas de lord Hastings, y por último la misma lady Bolena, madre de Ana, era hija del duque de Norfolk. Ana era todavía muy joven cuando la princesa Maria dejó la Inglaterra, para ir á reinar durante tres meses en Francia. Luego que quedó viuda contrajo matrimonio con el duque de Suffolk, y

Febrero 25 de 1843.

Ana, cuya encantadora hermosura supo apreciar en lo que valia la corte de Francisco I, fue agregada al servicio de la reina Claudia, hija de Luis XII y muger de Francisco. Pero á poco tiempo murió Claudia, y Ana á quien un fatal destino lanzaba hácia su patria, regresó á ella despues de haber estado algunos meses dedicada al servicio de una princesa de raro mérito, la duquesa de Alençon.

Ignórase á punto fijo la época de su regreso á Inglaterra, aun entre los historiadores que han escrito mas detenidamente acerca de ella; pero cualquiera que sea, fue un dia funesto para Catalina de Aragon. Ana Bolena, admitida en el número de sus damas de honor, no tardó en ser distinguida por el tirano, en o amor no daba mas que la vergüenza ó la muerte. Ambas debian ser victimas á la vez de su preferencia y abandono.

Entonces fue cuando Enrique tuvo escrúpulos sobre la legitimidad de una union contraida hacia veinte años. Catalina de Aragon había estado antes casada con Arturo, principe de Gales y hermano mayor de Enrique. Arturo murió de edad de 17 años; pero Catalina y él se habían arrodillado delante del mismo sacerdote, y habían dicho sí en frente de un crucifijo. Mas tarde, cuando por razones políticas contrajeron un nuevo matrimonio el cuñado y la cuñada, el nuevo principe de Gales no tuvo remordimiento alguno.

Mas en seguida despertóse su conciencia y se le apareció bajo la forma de una doncella jóven, radiante de hermosura, de talento y de gracias. Las maneras de Ana Bolena tenían un encanto particular al lado de las mugeres inglesas, encanto que adquiriera en la corte mas galante y fina de Europa. Enrique la amó no solamente con amor, sino con delirio..... y este delirio era horroroso como el grito del tigre cuando llama á su compañera.

Ana no quiso ser la manceba de un rey: reflexionaba con razon que cuanto mas elevado está el deshonor, mas se le vé de lejos.

—Yo soy bastante noble para ser vuestra muger, dijo á Enrique. Si es cierto como decís, que vuestro matrimonio es nulo, haced que se declare el divorcio y entonces seré vuestra.

Esta palabra fué la sentencia de la desgraciada muger que ya no era amada. Enrique dió orden al cardenal Wolsey, entonces su favorito y primer ministro, para que escribiese á la córte de Roma á fin de obtener del papa una bula que declarase nulo su matrimonio con Catalina de Aragon, Knight, secretario íntimo de Enrique, fué la persona encargada de ir á Roma para activar y concluir este asunto.

El momento parecia favorable. Clemente VII ocupaba á la sazón la santa sede. Pusilánime, irresoluto, temia principalmente á Carlos V, (1) de quien era casi su cautivo y que en su calidad de nieto de Catalina, debia protegerla al menos por razon de decoro. El papa eludió largo tiempo dar una contestacion definitiva; pero apremiado al fin por el rey de Francia; que en aquella ocasion obtenia el favor del rey de Inglaterra, así como profesaba un odio rencoroso á su hermano el rey de España, el santo padre, á pesar de ser prisionero del emperador, otorgó á Enrique lo que demandaba, es decir, que estableció implicitamente, que Julio II no habia tenido facultades para expedir una bula permitiendo el matrimonio entre Catalina y Enrique. Claro es que con esta medida llegose á poner en tela de juicio la infalibilidad de los papas. Sin embargo preciso es confesar que la situacion de Clemente VII era entonces bastante penosa y necesariamente habia de influir mucho sobre su conducta. Lo que mas abincadamente apetecia este papa era el restablecimiento de su casa en Florencia, y sobrado se le alcanzaba que el emperador era el único soberano de Europa que podia realizar sus deseos. Este pensamiento, que jamas le abandonó, fue causa de la larga ambigüedad de su conducta.

Durante este tiempo habiase casado Ana Bolena en secreto con el rey, si no mentía el rumor público, á que daba bastante fuerzas la actividad que ella habia desp'egado para hacer obrar al cardenal Wolsey y á Esteban Gardines, secretario del cardenal. He aqui una carta traducida literalmente y que Ana escribió al cardenal en los momentos críticos en que un contagio que reinaba en Londres, habia obligado al rey á dejar la capital y pasar con Ana á una casa de campo, donde los dos residian. Esta carta dá á conocer á un tiempo el talento y el carácter de esta célebre muger. Es de 22 de mayo de 1528.

(1) Carlos V conocia el carácter tímido del Sumo Pontífice y continuamente le estaba amenazando con reunir un concilio general. El motivo que mas temor le inspiraba era el ser perseguido por su nacimiento; porque los bastardos están excluidos del trono pontifical; y sabido es que Clemente VII era hijo natural de Julian de Médicis. Verdad es que Leon X dijo que existia una promesa de matrimonio entre su madre y su padre; pero esta prueba verbal era insuficiente. Julio II habia dado igualmente leyes terribles contra la simonia, y el cardenal Colonna poseia un billete suscrito por Clemente VII, cuando no era mas que cardenal, con objeto de que le facilitase el camino para llegar á la dignidad papal.

»Milord.

Os suplico muy humildemente que me disimuleis la libertad que me tomo de interrumpir vuestros importantes trabajos con una carta tan desaliñada. Pero es preciso que os manifieste mi alegría al saber que gozáis de buena salud en medio de tantos males, y pido á Dios que os conserve en ese estado para pagaros con mi reconocimiento lo que os debo; pues estoy bien convencida, milord, de las buenas intenciones que abrigáis en favor mio, tomando tan á pechos mis intereses que no os dejáis descansar ni de día ni de noche. Yo no puedo reconocer tantas bondades, milord, sino con una amistad sincera hacia vos, á quien amaré mas que á nadie en el mundo *después del rey...* Por lo demas quedo, milord, en la mas viva ansiedad hasta la llegada del legado, sin embargo de que estoy persuadida que no puede menos de ser favorable, estando vos de por medio. Conozco los deseos y las intenciones que en este particular os animan: sé que estais tan impaciente como yo, y que no estareis tranquilo hasta que las cosas tengan el feliz desenlace que apetecemos. Pero es menester resignarse y esperar siempre en la bondad divina:

Entre tanto soy

Mi'ord

Vuestra servidora humilde y obediente

Ana Bolena.

Al pié de esta carta habia añadido el rey de su puño y letra:

«La que os escribe las anteriores líneas se ha empeñado en que agregue á ellas estas cuatro palabras que os suplico mireis como una prueba de mi amistad y de la satisfaccion que esperimento al saber que hasta ahora os ha respetado la peste....*Nosotros* estamos aquí pesados de no saber si vendrá el legado. Pero confio en vuestros buenos cuidados y en la bondad del cielo y en su bendicion. Es cuanto tengo que deciros por ahora. Lo único que quiero añadir es que os deseo tanta felicidad cuanta puede desear para vos el que escribe estas líneas que es vuestro rey y buen amigo

Enrique.»

En tanto que el rey se habia alejado del contagio, ninguna orden se dió para que la reina Catalina dejase á Londres, donde permaneció espuesta á los horrores del azote. Sabiendo cuan infernal era el alma de Enrique, debe inferirse que la posibilidad de la muerte de aquella desdichada tuvo mucha parte en su voluntad para dejarla en Londres, donde sirvió de prueba de que la muerte no escoje sus victimas y que su guadaña niveladora así siega en sus días de regocijo las cabezas mas erguidas, como las mas humildes.

Pero en el momento en que iba á expedirse el breve, ocurrió el saqueo de Roma.... El papa, prisionero cerca de un año en el castillo de San Angelo y puesto en libertad por Carlos V, no podia pronunciar la deshonra de su tia, cuyos clamores resonaban en toda Europa. En fin para conciliar todos los intereses y principalmente el suyo, nombró por su legado en Londres para que informase sobre el asunto al cardenal Campeggio, á quien dió orden de ir lo mas lentamente que pudiese.... El cardenal era viejo y gotoso; los ataques no le faltaron con bastante frecuencia, y observó tan perfectamente las instrucciones que habia recibido, que empleó diez meses para ir de Roma á Londres.

Al saber Ana Bolena que el legado se hallaba al fin en camino para Inglaterra, escribió otra carta al cardenal Wolsey para espresarle su alegría.

«Ahora, le decia, ahora sí que reconozco, milord, todo lo que habeis hecho por mí, y sin embargo no tengo mas que una buena voluntad que ofrecer.... pero esta es grande.... y no cesaré de rogar á Dios por vuestra prosperidad, y porque os conserve siempre en la cúspide

de la gloria y del honor. Tales son los deseos de vuestra humilde servidora

Ana Bolena.»

Pero Catalina no estaba tan reconocida como Ana á los cuidados que el cardenal se tomaba para formar un tribunal inicu y arbitrario, y le trató de *herético y fautor* de adulterio... Wolsey no hizo otra cosa que reirse: tenía de su parte al rey, á la querida del rey, y á los aduladores que asedian siempre á un hombre como Wolsey, que solo comía en vajilla de oro mazizo.... la plata era muy vulgar.

Wolsey contribuyó en gran parte á llevar á cabo el enlace de Ana con el rey. Enrique era un hombre cuyo ojo no debía ver, y cuyo oído no debía oír. El amor, una querida y una vida llena de molice y de placeres debían llenar los momentos de un tirano que jugaba con las cabezas de las personas que mas quería. La reina Catalina con su oratorio, su rosario y su relijion severa no era la muger que necesitaba el ministro ávido de poder para que su señor lo dejase caer de sus manos. Quería lo que habia hallado en Ana Bolena, una criatura formada por el amor y para amar. Enrique estaba bajo un yugo muy dulce.... y en este estado permanecia dominado por una fascinación en la cual es preciso creer porque efectivamente existe.

Empero á Wolsey era indiferente, una vez que la cadena de flores hubiera rodeado á su señor, que llegara á ser santa y lejitima. En su alma corrompida, quizas la juzgaria mas duradera de otro modo, mas como quiera que sea, recibió al fin su comision del papa. Campeggio llegó y los dos legados, principiaron inmediatamente los procedimientos. Ana dejó á Londres como el propio decoro aconsejaba.

Abrióse en Londres el tribunal. Los dos legados citaron al rey y á la reina de Inglaterra para comparecer á su presencia.... Uno y otro se presentaron en persona: cuando fueron llamados, Enrique respondió á su nombre. La reina estaba vestida de negro y su continente era tranquilo si bien veíase retratada en su semblante la agitación interior de su alma. Cuando el legado pronunció estas palabras:

«La muy alta, muy poderosa y muy ilustre señora y princesa.»

Antes que hubiera concluido, Catalina, sin mirarle, sin responderle, se levanta de su asiento y se echa á los pies del rey. abraza sus rodillas que humedece con sus lágrimas, y le suplica en nombre de todas las afecciones que pueden hacer palpitar el corazón de un hombre.... Busca una palabra que ablande aquel corazón de acero, que solo ajita el amor; no se humilla porque solamente suplica por su hija, á quien una sentencia estúpida y bárbara puede condenar á la infame nota de bastarda y deshonrarla para siempre.

—Señor, dijo Catalina, ¿Qué tribunal es este que habeis convocado? ¿Es para juzgarme? ¿Qué he hecho yo? Estoy inocente y no reconozco en este sitio mas que á vos que tenga poder sobre mi; vos sois mi único apoyo, mi solo protector; yo no soy mas que una pobre muger, aislada, sin defensa y dispuesta á sucumbir bajo los golpes de mis enemigos. Si he abandonado á mi familia y á mi patria, ha sido todo por vos en quien deposité toda mi confianza, y aun hoy mismo en esta tierra extranjera me hallo sola, abandonada de todos, no teniendo ni queriendo tener mas que á vos por apoyo, á vos y á vuestro honor.... Queréis por ventura Enrique, que vuestra hija se pierda para siempre...? Reflexionad que es vuestra primojenita...! ¿Pe. miteis que quede deshonrada siendo su madre inocente y su padre soberano...?

Levantándose en seguida, dirigió en torno suyo una mirada llena de dignidad; entonces la muger, la madre desolada era tambien una gran reina.

—En este tribunal que pretende juzgar á una reina de

Inglaterra, dijo lanzando á sus jueces una mirada de desprecio, no veo mas que enemigos y no un juez; no pueden pronunciar una sentencia imparcial y equitativa: los recuso.

Y haciendo una profunda reverencia al rey, salióse de la sala. En su ausencia declaró el rey que jamás habia tenido el menor motivo de disgusto contra ella, y que los *remordimientos de su conciencia* eran la única causa que le obligaba á pedir el divorcio.

Los legados volvieron á llamar á la reina, pero como no se presentase, la declararon *contumaz*. En este inicu proceso habia una tintura de ridículo que lo hacia mas espantoso: tocaba ya á su término; Ana Bolena, que habia vuelto á Londres, no dejaba de la mano á Wolsey valiéndose para mas obligarlo de todo el poder de sus encantos, y ya se sabe cuan sensible era el cardenal á este género de seducción; Enrique esperaba recibir de un día para otro la sentencia que habia de permitirle coronar á Ana, cuando de improviso el cardenal Campeggio anunció que el papa se reservaba la instruccion de este negocio, y que las partes estaban citadas para comparecer en Roma ante el mismo tribunal de su Santidad.

Enrique no hizo al principio mas que bramar como una fiera y blasfemar llamando la venganza sobre la cabeza del gefe de la iglesia. Ya no despreciaba sus rayos, era él mismo quien los lanzaba. Ana que por un momento se vió destronada, no pudo menos de llorar, pero, cuan poderosas eran estas lágrimas...! Era amada con pasión, y éralo por un hombre que debía vengar cada una de las lágrimas de su amada con rios de sangre...! Entonces fué cuando acació el rompimiento definitivo entre las dos iglesias en toda la Inglaterra. ¡Cuantos desastres debian consolidar esta escision!

Ana necesitaba vengarse para tranquilizar su alma atormentada. El trastorno de sus esperanzas echaba un velo fúnebre sobre su porvenir... No hallaba camino para salir de aquella oscura noche que reemplazaba á ese luminoso día que rodea el trono. Tenia necesidad de acusar á un ser humano, porque necesitaba una víctima; y esta fué el cardenal Wolsey.... Parecía imposible que este hombre omnipotente en el sacro colegio, este hombre cuya mano habia tocado la tiara, no lo hubiera hecho todo en un día si hubiese querido, y los meses y los años acarrearían la destruccion de sus esperanzas. Enrique no era de esos hombres á quienes es preciso invitar dos veces para que dejen de amar. Wolsey habia sido hasta entonces su favorito ¿qué mas se necesitaba para derribarlo?... El amor ó la amistad de Enrique VIII eran una verdadera maldición...!

Wolsey daba una fiesta en su palacio de York, ese palacio que los primeros soberanos de Europa y de Asia no hubieran visto sino con envidiosa admiracion. Allí pasaba sin cuidado y alegremente la vida bebiendo los exquisitos vinos de Francia ó Italia en copas de oro guarnecidas de diamantes y preciosos esmaltes. Magníficas alacenas esculpidas sostenian sobre sus anaqueles, platos de oro mazizo radiantes de pedrerías. Cien lacayos llevando el blason de su señor, circulaban al rededor de aquella sala suntuosamente fantástica; doncellas coronadas de flores quemaban perfumes y embalsamaban el ambiente; mientras que desde una elevada galeria los mas famosos músicos de Italia y de Alemania deleitaban los oídos con una música voluptuosamente encantadora.

Dos hombres se presentaron de repente delante del cardenal. Eran poderosos en el reino de Inglaterra y su presencia impuso en un principio al insolente ministro, porque el uno era el duque de Suffolk, cuñado del rey y el otro duque de Norfolk.

Llevaban órden de pedirle el gran sello.

—No le entregaré bajo una órden verbal, respondió Wolsey.

Los dos duques se retiraron; pero pronto volvieron

con una carta del rey, y entonces Wolsey no tuvo mas remedio que dar el sello del Estado, que inmediatamente fué entregado á Tomas Morus. ¿No tenia razon en decir que el amor de ese rey así como su favor daban siempre la muerte....?

Wolsey se retiró á una casa de campo que poseía cerca de Hamptoncourt. Este hombre se hizo indigno hasta de la compasion porque fué bajo en su infortunio. Lloraba como un niño, y le volvía loco de contento cualquier indicio de volver á la gracia del rey. Un día le envió Enrique un mensaje con un anillo para quitarle todo temor para el porvenir. El cardenal iba á caballo, cuando el correo le encontró al punto se apeó del caballo, y arrojándose en medio del fango del camino besó el anillo humedeciéndolo con sus lágrimas.

Después de la desgracia de Wolsey una sola palabra dicha por el doctor Tomas Crammen á los jesuitas de Cambridge, iluminó al rey sobre lo que debía hacer. Esta palabra era el secreto de la conducta que había de observar.

¡Oh! exclamó con grosera alegría, ese hombre había efectivamente cogido á la ocasion por los cabellos.

Pusiéronse en juego cuantas intrigas pueden imaginarse para obligar á todas las universidades de Europa á que elevasen hasta los pies del Santo padre sus decisiones, plan que se llevó á debido efecto, si bien no fué bastante á mudar la resolución del Papa que nada otorgó, y Enrique, que al principio se había proclamado él mismo el defensor de la fe, renegó de la autoridad del obispo de Roma; hizo lo que Lutero.... y uniendo el poder espiritual al temporal fué papa de Inglaterra.

El casamiento y la coronacion de Ana Bolena siguieron inmediatamente. Al fin logró esta mujer, por quien toda la Europa se hallaba ajitada hacia cuatro años, verse sentada en el trono que para ella no era mas que un lugar de tránsito para entrar antes que otra en su féretro.

CAPITULO II.

DE HACHA.

Cuando el caballero Elliot (1) dejó á Roma, en la época del último y definitivo rompimiento de Inglaterra con la Santa Sede, Sisto V era todavía un simple monge pero siempre el mismo hombre que fué después. Al saber la última negativa del papa se encojió de hombros, y dijo levantando los ojos al cielo:

—Dios mío! ¿no es verdad que es indiferente que Enrique VIII tenga por muger á Catalina de Aragon ó á Ana Bolena?....

Demasiado caro había comprado Ana Bolena el título de reina de Inglaterra para que no gozara de él con delirante entusiasmo. Pero una cosa nublabá las noches que siguieron á los días de triunfo: Ana no podía oír con indiferencia que ese título de reina, á tanta costa comprado se tributase también á la infeliz desterrada, que desde el fondo de su retiro se levantaba como una sombra vengadora. Era pues preciso despojarla de ese título de reina de Inglaterra, á ella.... Catalina de Aragon!.... á ella, hija, muger y hermana de rey: era preciso que cediera el puesto y el rango á una joven coqueta y casquivana.... Vencido Enrique por las lágrimas de Ana Bolena envia á lord Montjoie al retiro donde vivía desterrada Catalina para decirle que en adelante no debía llamarse mas que princesa de Gales, y renunciar para siempre al título de magestad, así como á todo cuanto pudiera darle el rango de reina.

(1) Ana Bolena le había dado magníficos diamantes para emplearlos como medio de seducción para con aquellos que era preciso ganar á toda costa.

—Yo soy todavía reina de Inglaterra, respondió con dignidad á lord Montjoie; solo dos cosas podrán quitarme este título.... La sentencia de mi divorcio pronunciada por el papa.... y.... la muerte....

Entonces fue cuando el papa declaró que Enrique había incurrido en la *excomunion mayor*; (2) de consiguiente debía considerarse despojado desde luego de la corona y los hijos habidos y por haber de su matrimonio con Ana Bolena declarados incapaces de suceder á la corona; mandando bajo pena de excomunion que nadie pudiera reconocerle como rey, y bajo las mismas penas se conminaba á la nobleza para que tomase las armas contra él como rebelde á la iglesia y á Jesucristo. Al mismo tiempo se mandaba á los obispos, arzobispos y curas del reino que lo escomulgasen todos los días de fiesta después del evangelio de la misa, y se exortaba al emperador como protector de la iglesia que vigilase á mano armada para que las órdenes del Pontífice tuviesen cumplido efecto.

El rey de Francia, como rey cristianísimo, fue igualmente invitado á romper toda clase de relaciones con Enrique VIII, y para que el insulto fuese mayor, mandó el papa á todos los curas de las cercanías de Calais que predicasen públicamente la bula de excomunion desde el púlpito... Preciso es confesar que si Enrique tenía un corazón de tigre, también era castigado con una severidad proporcionada á su maldad.

Reunióse el parlamento inglés y por un acto solemne, revistió al rey de toda la autoridad de papa en la Gran Bretaña. Enrique que pensaba solamente en lo material del asunto, confiscó todos los bienes eclesiásticos; muebles é inmuebles.... Fueron ahorcados todos cuantos se negaron á reconocer esta nueva religion y el casamiento de una muger vistió de luto á millares de familias. Enrique naturalmente violento, era escitado mas y mas al rigor por Ana Bolena que dirigía principalmente su resentimiento contra la reina Catalina, cuya dignidad en el infortunio escitaba la compasion de la Europa. Enrique la prohibió de nuevo bajo las mas severas y terribles penas, que tomara el nombre de Reina, y las personas de su servidumbre recibieron orden de no llamarla sino *princesa de Gales*. Catalina rehusó el servicio de los que obedecieron las órdenes del rey y por espacio de muchos días se vió reducida á *servirse ella misma*. Al fin no pudiendo resistir á tantos pesares, cayó enferma.... Entonces el rey dió orden á su guarda, el duque de Suffolk, que la prodigara todos los cuidados y todo el interés que su estado requeria.... Después de haber dado el golpe como hábil asesino, quiso curar la herida....

No dejó de alarmarse Ana al vislumbrar esos sentimientos de humanidad. Los clamores públicos turbaban hacia mucho tiempo su reposo y temia que Enrique fuese accesible á ellos; así es que presentóse á su esposo desolada y deshecha en lágrimas, y echándose á sus plantas le suplicó que declarase que la princesa Isabel, su hija, era la única legítima, y que la princesa Maria no podía suceder. Consintió en todo Enrique y mandó publicar á son de trompeta, que su hija, la princesa Isabel, era la que después de él debía ser reina de Inglaterra.

Catalina sucumbió al fin bajo el peso de tantos males y el 3 de enero de 1536 murió en Kimbolton, en el condado de Huntingdon. Tenia entonces cincuenta años. Antes de espirar escribió á Enrique una carta llena de sentimiento en la que le recomendaba á su hija... La

(2) La excomunion mayor se diferenciaba de la ordinaria en que el escomulgado no podía recibir la absolucion sino después de una penitencia pública, que ofreciese la seguridad de la enmienda.

última frase de esta carta es muy notable y no podía ser escrita sino por la mano de una muger.

«Os protesto que en este momento en que mis ojos van á cerrarse para siempre, mi único deseo, mi mayor anhelo es veros por la última vez....»

Enrique se enterneció al leer estas palabras tan sencillas, pero dichas en la agonía y por un alma que se escapaba herida bajo los golpes que el mismo había descargado sobre ella.... Es fama que lloró al leer esta carta escrita por una mano ya fría.... lloró! pero el féretro encerraba ya á su víctima.

Ana no pudo disimular su alegría bárbara é insensata al recibir esta noticia. El caballero Sothon portador de ella, la encontró lavándose las manos en una palancana de plata sobredorada de mucho valor, en la que había un magnífico jarro. Tan fuera de sí estaba, que tomando la palancana y el jarro, se los dió al caballero Sothon.

—Recibid este presente, le dijo, por la buena nueva que acabais de darme.

En aquel mismo día fueron sus padres á palacio; apenas los vió, corrió á ellos, y abrazándolos con una alegría que rayaba en locura, les dijo:

—Alegraos; de hoy en adelante si que puede llamarse verdaderamente reina vuestra hija.

La insensata... bailaba sobre una tumba apenas cercada sin ver la suya que se abría á su lado.

Algunos días despues de este acontecimiento verdaderamente importante en la vida de Enrique y de la nueva reina, Ana dió á luz un niño muerto. Los católicos, que entonces formaban una numerosa falange en Inglaterra, sostuvieron que este era el efecto del anatema lanzado sobre los culpables. Enrique no amaba ya á Ana: la inconstancia le era tan habitual como su crueldad. Ana le pertenecía; su posesion, largo tiempo comprada con inmensos sacrificios, y tan grandes en efecto como solo un soberano podía hacer; esta pensión, ya asegurada no le ofrecia ningún encanto. La autoridad de carácter de Catalina le había alejado de ella; la jovialidad de Ana produjo el mismo efecto: sus alegres accesos ponian de mal humor para muchas horas á aquel amante tan burlesco, cuya alma tenia tantos pliegues que el lado vulnerable de la vispera dejaba de serlo al siguiente día. Pronto se apercibieron los cortesanos, cuyos ojos son tan penetrantes, que el rey amaba á otra. Juana Seymour reemplazó á Ana Bolena, como Ana había reemplazado á Catalina; pero con la diferencia que en esta ocasion era preciso cometer un crimen mucho mayor; porque en todas las cosas hay su marcha progresiva, y Enrique sacrificó á su nuevo amor la cabeza de una muger inocente.

Ana tenia enemigos. Su jovialidad llena de malicia que debiera cuando mas haberse considerado como efecto de su carácter festivo, le grangeó mas resentimientos que la mayor injuria. Tan luego como el odio encontró la posibilidad de satisfacerse, recibió el rey innumerables denuncias de las cuales la mas inocente acarresaba la pérdida de la reina.

Ana tenia un hermano, el conde de Rochefort, que fué envuelto en la misma proscripción; para hacerla mas segura en sus resultados haciendola mas infame, el baron de Norris, primer gentil hombre de cámara del rey, Werton y un músico de la capilla real, llamado Smotton, fueron igualmente comprendidos en el plan que debía dar la victoria á los enemigos de Ana. Ella misma les abrió el camino con sus imprudencias.

Ana Bolena era mas vana que orgullosa fundando principalmente esta vanidad en su hermosura. Era coqueta y para obtener una mirada de admiracion prodigaba dulces sonrisas. Educada en la corte de Francia, había recibido allí esa galanteria mas de palabras que de acciones, que fue el distintivo de los primeros años del reinado de Francisco I. El odio y la envidia se encargaron de explicar las inconsecuencias de Ana y la vizconde-

sa de Rochefort, cuñada de la reina, fue su primera acusadora. Nada respetaron sus calumnias. La naturaleza fue manchada hasta en su santuario por esta muger, á quien Enrique dió entero crédito, porque su alma corrompida tenia necesidad de caer en todos los vicios.

El primero de mayo de 1536 bailábase la corte en Greenwich y todos los palaciegos se divertian en bailar y cantar; jamas había sido mas viva la alegría de la reina. Enrique creyó ver que miraba á su hermano con una expresion que podía alarmarle; pocos instantes despues, el baron de Norris, luego que acabó de bailar se sentó al lado de la reina; tenia calor; Ana se sonrió con él y le tiró su pañuelo.... El rey dejó oír una imprecacion terrible y en aquel mismo momento salió de Greenwich y se volvió á Londres. Durante aquel día se manifestó serio y pensativo. Esta marcha brusca y repentina confirmó á los enemigos de Ana en el pensamiento que los había irritado contra ella. La reina, siempre imprudente, no hizo mas que reirse cuando supo la marcha de Enrique.

—El volverá, dijo.

Pero Enrique no volvió; y en aquel mismo día todos aquellos acusados de haber participado del adulterio de la reina fueron presos y conducidos á la Torre.

Al saber Ana este efecto de la cólera del tigre á que estaba unida su cadena, no pudo menos de considerarse esta vez en peligro.

Estoy perdida, dijo llorando á su madre y á mis Methly, una de sus damas de honor; estoy perdida para siempre.

Al siguiente día en efecto, fué arrestada, y conducida á la Torre en una litera sin que se le permitiera llevar una sola persona en su compañía; allí fue encerrada en una pieza bajo el mas riguroso sigilo.

Apenas concebía Enrique un crimen, cuando ya queria gozar de él, así es que en el mismo día se creó un tribunal de doce jueces presidido por el duque de Suffolk, cuñado del rey (1). El 15 de mayo se reunieron en la misma Torre y la reina compareció ante su presencia. Protestó enérgicamente su inocencia, y arrodillándose, no delante de sus jueces, sino de Dios, juró por todo lo que los cristianos reconocen por mas sagrado, que estaba limpia de todo crimen.... Fue examinada con la mas escrupulosa rigidez é interrogada como una criminal de alta traicion; y sin embargo la infeliz no era culpable si no de falta de razon y excesiva ligereza. Confesó hechos tan nulos en su importancia que no le hubiera igualado la confesion de una niña; en fin el tribunal la absolvió, pero el duque de Suffolk obligó á los jueces á que volvieran á deliberar y esta vez fué condenada á muerte.

De todos aquellos á quienes había colmado de favores no hubo uno que se atreviese á levantar la voz para defenderla. Este ídolo de la fortuna fué abandonado desde que no pudo ser protector. Su tio mismo, el duque de Norfolk, llegó á ser su mas acérrimo y peligroso enemigo. Crammer fué el único que no la abandonó.

El tribunal que la juzgó así como á su hermano, estaba presidido como ya he dicho, por el duque de Norfolk, y compuesto del marqués de Exeter, del conde de Arundel y veinte y tres pares mas; presidialo su tio como gran maestre de Inglaterra. Ana tuvo que defenderse á sí misma. La sentencia disponia que fuese decapitada ó quemada, segun la voluntad del rey.... Enrique tuvo á bien perdonarla de la pena de la hoguera.

Si la vida de Ana fue ligera y poco consecuente en sus acciones, su muerte fue acompañada de dignidad y nobleza. ¡Cuan cierto es que hay en el alma de las mujeres sentimientos muy grandes y jenerosos, aunque los hombres se los hayan negado por mucho tiempo! Si: el

(1) Marido de la hermana de Enrique VIII, viuda de Luis XII.

corazon de una muger puede encerrar tanto valor como amor. Existe una carta escrita por Ana Bolena á Enrique algunas horas antes de su muerte. ¡Qué solemnidad hay en este pensamiento! *Voy pronto á morir....* Entonces todo lo que es mentira desaparece ante la inmensidad de la recompensa ó del castigo.

He aquí fielmente traducida la carta de Ana Bolena; ella es un pensamiento histórico para una biografía de muger.

«Señor: La cólera de vuestra majestad y mi encarcelamiento son cosas tan estrañas para mí, que ignoro como debo escribir y de que debo justificarme, y mi asombro crece de punto al saber que vuestra majestad desea que confiese toda la verdad, pues solo á este precio obtendré mi perdón, y al ver que habeis elegido para mensajero á mi mas mortal enemigo: apenas se me ha presentado, he presentado vuestras disposiciones respecto á mi persona. Sin embargo, señor, si es cierto como decís, que una confesion sincera puede ponerme en seguridad, obedeceré vuestras órdenes con tanta mayor alegría y sumision, cuanto que mis confesiones puedan contribuir á recuperar vuestra estimacion.

«Señor, puesto que vuestra majestad me invita á que hable en nombre de la verdad, en nombre de ella misma, y cuando al sonar su hora, proclama que para el hombre ha pasado ya la de la mentira, protesto por ese Dios á cuya presencia voy á comparecer, que jamás príncipe alguno ha tenido una esposa mas fiel á sus deberes, ni mas fiel y sumisa que lo ha sido Ana Bolena para con vos; hubierame bastado el nombre de Ana Bolena, si vuestra majestad no hubiera querido que llevara otro. No me ha deslumbrado tanto el brillo del trono á que me elevasteis, que no previera la desgracia que hoy experimento. Mas de una vez, en medio de este fausto, me dije á mí misma, que puesto que mi elevacion era debida á un mero capricho, otro capricho podria derribarme. Vuestra majestad me sacó de una esfera obscura para sentarme á su lado en el trono de Inglaterra, para darme el título de reina.... y el mas precioso para mí de vuestra compañera. Uno y otro sobrepujaban á mi humilde condicion y á mis esperanzas, pero, señor, ya que me hallásteis digna de ese honor, no me prive un ligero capricho de vuestras bondades... y el odioso borron que echarán sobre mi conducta las sospechas de crímenes que no he cometido, no manchen jamás la memoria de la muger que fue de vuestra eleccion y la madre de la princesa vuestra hija; en hora buena, que se me juzgue, y que un tribunal decida de mi suerte, pero que no esté compuesto este tribunal de mis mas mortales enemigos... Señor, tened presente que el acusador no puede juzgar al acusado; que mis jueces sean elejidos entre los pares y los altos barones de Inglaterra, pero que sean justos y exentos de toda prevencion. entonces, señor, vereis mi inocencia, quedarán satisfechos vuestros deseos y tranquila vuestra conciencia, confundida la calumnia, ó descubierto mi crimen; entonces, señor, de cualquier modo que vos ó Dios decidan de mi suerte, vuestra magestad no estará espuesto á ninguna reconvenccion, y una vez probada mi falta, tendreis derecho ante Dios y los hombres de castigar á una muger culpable y de consagraros á vuestra nueva pasion, si como creo estais decidido á reemplazarme con la persona por cuya causa me veo reducida al estado en que me encuentro. Hace mucho tiempo que me consta vuestra inclinacion hacia ella, y vuestra majestad no ignora mis inquietudes sobre este particular.

«Si ya habeis tomado decididamente vuestro partido respecto á mi persona, si es preciso que no solamente muera para asegurar la posesion de la que amais, sino que una infame calumnia manche para siempre mi memoria, mi único anhelo es que Dios os perdone, como de todo corazon se lo ruego. ¡Ojalá no tenga que pedir os estrecha

cuenta de esa vuestra crueldad para conmigo en el dia del juicio final! Pronto compareceremos ambos ante su tribunal; allí, el mundo no ahogará ya la voz de mi inocencia; allí seré justificada.

«Pero aun estamos sobre la tierra, donde sois tan poderoso. ¡O señor y rey mió! yo soy enteramente vuestra, haced de mí lo que os plazca.... Pero todos esos fieles servidores que sufren por mi causa, señor, ¡oh! no me dejeis morir con el terrible pensamiento de que me servirán de cortejo fúnebre! Están inocentes, señor, tan inocentes como yo. Si es preciso que yo muera, cúmplase vuestra voluntad! Pero, ¿por qué han de morir ellos tambien? ¿Por qué ha de derramarse sangre inocente y pura? ¡Oh Enrique! si alguna vez os he sido querida, si alguna vez ha sido mi nombre dulce á vuestros oidos, concededme su perdón! Esta es mi última plegaria.... y no os importunaré mas... rogaré á Dios por vos, por vuestra grandeza, por vuestra felicidad.

Vuestra leal y siempre fiel esposa,

Ana Bolena.

En la Torre á 6 de mayo.

Esta carta triste y sentida no produjo otro efecto que acelerar la ejecucion de Ana. Enrique la habia condenado desde el dia en que amó á Juana Seymour. Este hombre heria de muerte, como ya he dicho, todos los corazones que habian palpitado contra el suyo.

Ana se preparó á sufrir su sentencia. Antes de partir para el lugar del suplicio pidió en nombre del cielo á la muger del gobernador de la torre que viesse á la princesa Maria y le dijese de su parte que solicitaba su perdón por los disgustos y las afrentas que le habia causado, suplicándola que no la castigase en la persona de su hija Isabel y que fuese para ella una buena hermana.

Se vistió con una magnificencia verdaderamente régia.—Es menester estar hermosa, dijo, para figurar como la reina de la fiesta!... Antes de morir envió un último mensaje al rey, no para solicitar ningun perdón, sino para darle gracias por lo que continuaba añadiendo sin cesar á su elevacion.

—De simple dama, le dijo, me habeis hecho marquesa, en seguida reina... y ahora no pudiendo elevarme mas, me dais el nombre de santa.... porque muero inocente!

Cuando el gobernador de la Torre se aproximó á ella para avisarla que era hora de partir, lo recibió no solamente con serenidad, sino hasta con buen humor.

—El verdugo es diestro y ademas mi cuello es bastante delgado, dijo tomando la medida con su mano y riéndose.

Marchó al suplicio con estremado valor. Su hermosura, siempre admirable (1), lo fue mucho mas en aquel momento terrible, bajo los velos bordados de oro y de las pedrerias que la cubrian. Algunas cortesanas tuvieron la vileza de verla pasar cuando iba al cadalso: Ana las conoció, detúvose, mirólas con desprecio y les dijo con irónica sonrisa.

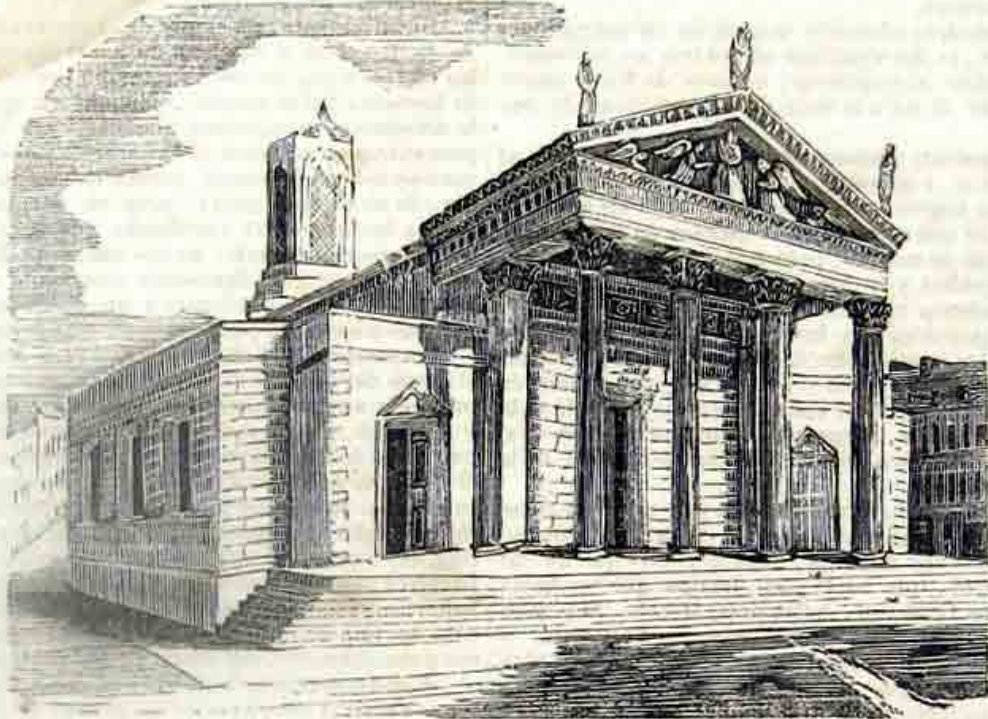
—A vuestro pesar, señoras, muero reina y como reina.

Sobre el cadalso hizo mil elogios del rey que no pueden atribuirse sino al temor de que su hija Isabel sufriese por ella lo que Catalina de Aragon habia hecho soportar á la princesa Maria por su obstinacion. Fue decapitada el 23 de mayo de 1536 por el verdugo de Calais, que habia sido llamado al efecto, como el mas hábil de Inglaterra. Su cuerpo fue arrojado en un ataúd de madera ordinaria y enterrado en la capilla de la Torre.

La justificacion de Ana Bolena está toda ella en la conducta de Enrique VIII. En el dia siguiente á la ejecucion de Ana se casó con Juana Seymour! y el último responso de la misa de difuntos resonaba todavia cuando el sacerdote pronunció su bendicion sobre el nuevo matrimonio del marido de la que acababan de enterrar.

(1) Apenas contaba 30 años.

CAUSAS CÉLEBRES.



CARLOTA.

En la cumbre de una colina cerca del bosque del Reichendeich, y no lejos de Muhlbach, aldea de la Prusia Rhemana se eleva un templo consagrado á san José. Las romerías que se celebran allí en ciertos dias festivos, atraen un inmenso gentío; pero el resto del año, algunos campesinos de las cercanías que vuelven á sus trabajos, solo turban la soledad y el silencio de tan apartado sitio.

El 19 de julio de 1818, á eso de las 4 de la mañana, subía un labrador por el estrecho sendero, que rodea la colina: su perro que le precedía algunos pasos, se paró de repente; lanzóse despues precipitadamente hácia el santuario y volvió en seguida al lado de su amo ahullando dolorosamente y dando las mayores señales de espanto. El labrador restóbló el paso, y apenas se habia acercado á la puerta de la iglesia, cuando divisó el cadáver de un hombre jóven y de estatura elevada, y de noble y bella figura tendido sobre las gradas.

Corrió el labrador al pueblo á dar esta noticia, que circuló rápidamente de casa en casa, de tal modo que cuando el magistrado, acompañado del médico, del maestro de escuela se dirigió á la iglesia de S. José, le seguía una multitud de curiosos, armados la mayor parte de hielos y otros instrumentos de labranza; entre ellos destacaban los dos mas valientes del pueblo que iban de vanguardia ostentando sus viejas escopetas que habian cargado con bala.

Se halló al cadáver en el mismo sitio, y se reconoció

con la mayor escrupulosidad, á pesar de que se hallaba ya con síntomas de putrefaccion; la ropa exterior habia desaparecido, hallándose debajo de la camisa un pedazo de tela de seda, de color vivo, que parecia fragmento de un chal, plegado y colocado sobre el corazon. Una segunda faja le rodeaba el cuerpo sujetándole la sangre, que se veia coagulada. Despues de habérsele levantado con sumo cuidado todas estas ligaduras, se descubrió una ancha y profunda herida, hecha con un instrumento agudo y de dos filos que le habia partido la arteria carótida. Tenia puestos pantalones blancos, y botas con espelines, conservando todavia un grueso anillo en la mano.

Como las cercanías de la iglesia eran tan poco frecuentadas, se descubrian en la tierra algunas recientes huellas (que parecia se habian tratado de borrar) que se encaminaban hácia el bosque, en direccion de una roca que coronaba el arruinado castillo de Ottemberg, morada de fantasmas, segun aseguraban los mas valientes del pais.

Durante el examen del cadáver, uno de los presentes reconoció las cercanías, siguiendo las huellas de que hemos hablado, y que le condujeron á las ruinas de Ottemberg, adonde entró sin vacilar, porque á las nueve de la mañana de un hermoso dia de julio es la hora mas adecuada para desafiar á los duendes; un momento despues, volvió casi sin aliento para avisar que habia descubierto el sitio donde se habia cometido el crimen. Trasladados á Ottemberg, no quedó la menor duda de la veracidad del aserto; el piso de un grande y casi arruinado salon, estaba manchado de sangre, lo mismo que las paredes, mesa y sillas; advirtiéndose por el suelo algunos

pedazos de pan, restos de frutas, y una botella rota, señales de una reciente comida.

Las huellas marcadas en el campo, y que salían de las ruinas de Ottemberg se prolongaban por el camino real de Beking en direccion opuesta á la de la iglesia, y habiéndolas seguido se halló muy luego un pedazo de tela del mismo chal, que cubria la herida de la víctima, y poco despues al pie de una zarza, un guante de mujer, nuevo y manchado de sangre, perdiéndose las huellas en el mismo camino.

No pudiéndose adelantar mas en las investigaciones por entonces, se dió sepultura al cadáver en el cementerio del pueblo, al anocheecer, despues de haber estado espuesto todo el dia á la vista de una multitud de curiosos.

En la siguiente mañana se presentó un posadero al juez del canton, á quien dijo que habia reconocido en el muerto á un viajero que habia hospedado en la noche del 15 al 16 de julio, y que en la mañana de este dia habia proseguido su camino, pero que ignoraba completamente el nombre y la clase del desconocido, lo mismo que la procedencia y direccion.

Creía el posadero que fuese un oficial de alguno de los regimientos acantonados en el pais, describiendo, entre los objetos que le habia visto, un reloj con cadena de oro, una cartera de tafete encarnado, una bolsa de seda verde, y dos anillos, asegurando que uno de ellos era, el que como ya hemos dicho, se habia encontrado en la mano del cadáver.

Nada habia podido descubrirse en este asunto á pesar del proceso criminal que para ello se habia formado, cuando pasadas seis semanas, supo la policia que un tal M. de Bergfeld, que hacia poco tiempo que se habia establecido en Coblenza, habia desaparecido. Suponian á M. Bergfeld muy rico: habia venido de Francfort, y recorría continuamente las cercanias hasta las montañas de Vosges. Un antiguo soldado que habia sido su criado, y el propietario de la casa donde él vivia, se presentaron en Muhlbach, reconocieron al punto el reloj, y los anillos que habian llamado la atencion del posadero, asegurando el criado que las botas que tenia puestas el muerto, eran de su amo, y que las conocia por haberlas limpiado muchas veces.

Vivia Bergfeld muy retirado en Coblenza, y algunas veces se le habia visto entrar de visita en casa de la señorita Lehmann, prima donna de la ópera; pero como nada se escapa del espionaje de los ociosos en un pueblo de tercer orden, no faltó quien observara que habia ya algun tiempo que habia cesado en sus visitas: la curruca tomó tambien su vuelo inopinadamente y no hubo una persona que supiera decir bajo que cielos habia ido á gorjear.

Inútiles fueron todas las pesquisas practicadas para averiguar el origen de Bergfeld: no se conocia en el pais ninguna familia de este nombre, por lo que despues de ocuparse algun tiempo la murmuracion pública de él nadie volvió á acordarse de semejante aventura.

Habia transcurrido un mes desde la desaparicion de Bergfeld, cuando pasó por Muhlbach un diplomático que volvía de los baños, y oyendo hablar de aquel suceso, y sabiendo que el nombre de Bergfeld pertenecía á una de las mas antiguas y nobles casas de la Silesia, cuyas armas conocia perfectamente, quiso examinar el sello del anillo que se habia encontrado al difunto, asegurando que era efectivamente perteneciente á un individuo de aquella familia.

El juez dirigió una carta á las autoridades de Breslau, y no tardó en recibir una contestacion firmada *Fernando de Bergfeld*; quien en la carta decia que era hijo segundo del antiguo baron Francisco de Bergfeld y aseguraba que su hermano mayor Eduardo se

habia ausentado hacia dos años con intencion de viajar por la Europa y no habian recibido noticias de su paradero.

«Todo nos hace temer, añadía, que haya sido mi hermano victima del crimen que se ha perpetrado en esta; por cuya razon tiene nuestra familia el mayor interes en que se aclare el misterio: mi hermano era casado, pero estaba separado de su muger, de la que solo habia tenido una niña que murió de muy corta edad: como nuestro mayorazgo recaerá de varon en varon, partiré al punto á Muhlbach.

Efectivamente, en el mes de diciembre llegó Fernando de Bergfeld, y despues de haber examinado todos los efectos y papeles del difunto, dió por cosa segura que su hermano habia muerto, pidiendo un certificado que lo acreditase, documento que decia era indispensable para entrar en posesion de la herencia, que le habia de corresponder á la muerte, desgraciadamente muy próxima, de su anciano padre; pero se le contestó que no podria facilitársele el certificado que deseaba, porque sin que fuera ofenderle, no era suficiente la aseveracion de un solo testigo, demasiado interesado en el asunto, aconsejándole que encargase á un abogado las investigaciones necesarias para averiguar mas pronto la verdad.

Fernando siguió el consejo que se le daba valiéndose al efecto del letrado Schelnitz, que gozaba en toda la provincia una muy merecida reputacion de inteligencia y actividad, y cuyo celo estimularia por una parte la importancia de los intereses que se ventilaban, y por otra el deseo de aclarar tal misterio, y el rango elevado de su cliente. Pronto su perspicacia descubrió algunos indicios. Habiendo marchado á Coblenza acompañado del hijo del varon, se dirigió á la habitacion de Eduardo Bergfeld, cuyos efectos habian sido sellados. Despues de haberlos examinado escrupulosamente, halló en el bolsillo de uno de sus vestidos una esquila escrita en francés poco correcto, sin sobre y cuyo contenido decia así:

«Condesciendo en la entrevista, con tal que sea la última. Vuestras amenazas no me podrán nunca intimidar, porque os opondré las armas que me facilitan el honor y la virtud. He aquí mi decision. Debe cesar toda correspondencia. Hoy 13 de julio. — C.»

Fernando hizo que el juez sacase un fac-simile de este billete, que aunque no tenia ortografia, era de mucha importancia. «Esta esquila, le dijo: nos indica el camino de la verdad: hasta aquí hemos creído que habia sido asesinado mi hermano, por robarlo y era un error, porque el golpe ha sido dado por mano de una muger, el guante que cubria esta mano se ha hallado cerca del lugar del crimen, y ella es la que ha trazado estos renglones. Además mi hermano, (y esto lo saben todos los que conocen á mi familia) aunque muy recomendable por todos conceptos, tenia el defecto de dejarse llevar por sus pasiones fogosas, defecto que ocasionó el que se separase de su muger poco despues de su casamiento, entregándose sin tregua á lances desagradables; en Coblenza parece que ha tenido relaciones con una actriz, que ha desaparecido casi al mismo tiempo que él.»

Despues de nuevas y minuciosas investigaciones, se descubrieron algunas circunstancias, dignas de atencion.

Un jóven campesino de 20 años y de corta inteligencia, que habia subido hasta las ruinas de Ottemberg para cortar leña, dijo que en la mañana del 16 de julio habia visto cerca del viejo castillo á un hombre en traje de caza, que se paseaba con una señora que llevaba un sombrero de paja, una sombrilla, un vestido de colores muy vivos, pero que al punto los perdió de vista, por haberse internado en el bosque.

El guarda de una casa de baños de Podewil, pueblo situado no lejos de Muhlbach, dió una declaracion mas importante. Dijo que á cosa del mediodia del 16 de julio se habia presentado á la puerta del establecimiento una

señora vestida con elegancia, de muy buen cuerpo y figura agradable, apesar de lo pálida y fatigada que estaba y cuyos negros cabellos, caían sobre sus hombros en desordenados bucles, para que se le curase una herida, que decía haberse hecho en la mano derecha; que su mujer la había lavado y vendado esta herida que era larga sin ser profunda, y que parecía hecha con un instrumento cortante: que en seguida había pedido un pañuelo limpio y que después de haberle dado un ducado, se había marchado precipitadamente, juntándose á los pocos pasos con un hombre anciano vestido de leñador.

Un vecino, que estaba oculto detras de un vallado, había oido un corto diálogo entre la desconocida y su guía, antes de que se hubiese dirigido á la puerta de los baños: segun decía, lloraba la desconocida, manifestando gran inquietud; diciéndola el leñador estas palabras.

—¡Por Dios! tranquilizaos. Vuestras lagrimas no lo han de resucitar: y por mi parte nada teneis que temer, porque será mudo... mudo como una estatua.»

Segun estos testigos, llevaba la señora una sombrilla de color claro, un sombrero de paja guarnecido de flores y un vestido de seda verde.

Fernando pareció muy satisfecho del resultado de estas diligencias. «Pronto, muy pronto, decía en una carta que dirigió al magistrado, descubriremos la verdad. Tenemos un guante de la mano derecha, y es indudable que la herida incógnita es quien lo ha perdido.»

La policía que no se descuidaba en sus pesquisas, creyó desde luego que debía tomar las señas de la señorita de Lehmann, y como sucede en tales casos, eran estas casi iguales á las de la desconocida. Después de algunos dias se supo que la cantatriz se hallaba en Witemberg, pero ningun adelanto pudo hacerse en las investigaciones por este descubrimiento, porque la señorita Lehmann probó la coartada completamente, su pasaporte estaba en regla, y demostró hasta la evidencia que se había ausentado de Coblenza en el mes de junio sin que hubiese pasado otra vez el Rhin.

Apesar de todo se la hizo poner el guante, hallándolo demasiado pequeño para su mano, y costando no poco trabajo el sacárselo, para cuya operacion fue preciso volverlo al revés, y entonces se descubrió otra particularidad en que hasta entonces nadie había reparado. En el interior del guante había escrito un nombre, que apesar de tener borradas muchas letras, se leía perfectamente. Enc. F.....ke. ¿Pero sería este nombre el del dueño del guante, ó el del que lo había fabricado? Esto era lo que se había de aclarar. El guante fue entregado á un agente de policía muy diestro para que sacase de él el partido que pudiese.

En este estado se hallaban las cosas cuando sobrevino una circunstancia imprevista. Con motivo de una festividad que se había de celebrar en la capilla de S. José, se la barrió y limpió completamente. Al abrir el cepillo de los pobres que estaba cubierto de telarañas, se halló en él una bolsa verde, cuyo moho indicaba que hacía mucho tiempo que estaba en aquel lugar. Contenia la bolsa unas cuantas monedas de oro y plata, y un papel, cuyas grandes y mal formadas letras, decían: «Enterad al difunto como cristiano católico, Dios os lo recompensará.»

Presentóse la bolsa al posadero que había dicho haber visto una del mismo color en poder del extranjero que había pasado una noche en su casa, y dijo que le parecía era la misma.

Cuando supo Fernando esta noticia, exclamó: bien había dicho yo, no ha sido por robarlo por lo que han asesinado á mi hermano: un ladrón no hubiera olvidado la bolsa. Insisto ahora mas que nunca en atribuir este asesinato á un acto de venganza ó de celos.»

Poco tiempo después tuvo don Fernando que volver á Silesia, porque el anciano barón se hallaba á las puer-

tas del sepulcro, debiendo dirigirse á Berlin á fin de obtener el certificado de la muerte de Eduardo, y la autorización indispensable para entrar en el goce de los bienes de su padre. Contaba con que sería apoyado por la familia de su cuñada, porque la renta que debía gozar esta siendo viuda, era mucho mayor que la pensión que disfrutaba desde que se hallaba separada de Eduardo. No gustaba mucho á Fernando tratar á las personas con quienes tenia algun resentimiento, y no podía reprimir la aversion que tenia á su cuñada, porque la obstinacion con que se había opuesto su padre, el general conde de Heldenraht, á las proposiciones hechas por la familia de Eduardo para volver á unir á los esposos, había ajado el amor propio de los Bergfeld.

El 28 de junio de 1819, llegó Fernando á Berlin, dirigiéndose en seguida á la casa del general donde fue recibido de una manera no muy lisonjera, y á quien contó todo lo que había descubierto, oyéndolo el conde con el mayor interés. La viuda de Eduardo, Carlota de Bergfeld había salido, pero poco después de haber llegado Fernando á la casa del general, se paró su coche á la puerta del que descendió Carlota entrando en seguida en el salon donde hablaba Fernando con el general. Al aspecto de aquel que se adelantaba hacia ella para hacerla un respetuoso saludo, palideció de tal modo que casi estuvo á punto de desmayarse, retirándose precipitadamente sin pronunciar una palabra.

Un testimonio tan ostensible é inequívoco de enemistad no pudo menos de afectar visiblemente á Fernando, por cuyo motivo el general á quien había igualmente disgustado la impolitica conducta de su hija, le pidió mil perdones.

Dos partidos había para obtener la posesion de la herencia; la declaracion de la muerte de Eduardo que parecía enteramente probada, ó bien, en atencion á que no se presentaba ni se tenían noticias de él, el que se adjudicasen los bienes por declaracion de ausencia. Para este último medio hubiera necesitado mucho tiempo, temiéndose ademas, que el magistrado, fiel observador de la ley y de las formas no lo hubiera tal vez querido autorizar.

Desde entonces se vió obligado Fernando á visitar las oficinas del ministerio, ora lloviese ó hiciese buen tiempo, ora hubiese lodo ú escarcha, á pasar todo el dia en las antecámaras y á usar una afectada política con los oficinistas. Entonces conoció todos los sufrimientos del ascendido oficio de pretendiente.

Como las pretensiones requieren mucha paciencia y largo tiempo, tuvo Fernando ocasion de volver á ver mas de una vez á Carlota, que apesar de mostrarse fria y reservada, no trató de evitar de nuevo su presencia; él por su parte no podía menos de hacer justicia á su hermosura, que el vestido de luto hacía resaltar y á la elegancia de sus maneras. Apesar de las faltas de que podía acusar á su marido, pagaba un justo tributo de sentimiento á una muerte tan desgraciada é inesperadamente acaecida.

Al final del mes de agosto recibió Fernando una carta de su abogado, en la que decía: Voy á daros pormenores que me parecen de suma importancia: sin embargo vos juzgareis de ellos: prestadme un poco de atencion. Hemos hallado el guante de la mano izquierda, y que es tan parecido al que de la derecha existe en nuestro poder, como una gota de agua á otra; el nombre que está impreso en él, y que se lee perfectamente es Enrique Finake, y por si es el del fabricante, he escrito á varias partes para averiguar si existe uno de este nombre. Quiero contaros como hemos hecho este descubrimiento. El agente de policía á quien se le había entregado el guante de la mano derecha se le enseñó á la señorita Enkel modista de Muhlbaleh, Mad. Rumer una de las parroquianas de dicha modista examinó el guante con cuidado, y sabiendo que me hallaba encargado de la acla-

ración de un asunto que tanto había llamado la atención pública, se presentó en mi casa á los tres días trayéndome el de la mano izquierda. La señora de Rumer era íntima amiga de la familia del ministro protestante Gaeben, y estando hablando con las hijas de este sobre algunos puntos relativos al tocador, la segunda de ellas al abrir una cómoda, dejó caer un guante viejo que estaba vuelto del revés á los pies de la señora de Rumer, quien al levantarlo, leyó el nombre de Enrique Finake.

—¿De dónde os ha venido este guante? querida Carolina, le preguntó.

—La doncella de una señora de Berlin que ha estado aquí este último verano, lo ha dejado olvidado sin duda.

«No perdi un momento, añadía Schelnitz, y escribí en derecho al ministro Gaeben, quien ha venido á verme esta mañana acompañado de la señorita Carolina su hija. Ambos parecían temer que un descubrimiento tan frívolo en las apariencias, tuviera algun desagradable resultado para ellos, por lo que despues de haberles asegurado de que nada debían temer, supliqué á la jóven que me contase detenidamente y con franqueza el modo con que el guante había ido á su poder; y condescendiendo Carolina á mis deseos, me puso al corriente de todo lo que anhelaba, con la mayor injenuidad y candor que podeis imaginar.

La señora de Weltheim, viuda jóven que residia ordinariamente en Berlin, había pasado algun tiempo en casa del baron de Schowald que distaba muy poco de Muhlbach, y por esta razon la había conocido Carolina, contando con ella varias veces. Cuando dispuso su partida, ayudó la hija del ministro á la doncella de la viuda á arreglar los innumerables paquetes, cajas y baules que componen el equipage de una señora de sociedad, y sin los que jamas se ponen en camino. En una cajita llena de flores marchitas y de cintas ajadas, estaba el guante sin compañero, y al tirarlo la doncella como cosa que no servia, lo recogió Carolina, asegurando que lo conservaría como un recuerdo. Esto es lo que me ha contado la señorita Gaeben, y estoy firmemente persuadido de que no me ha mentado. Acordaos de la esqueta que escrita en mal francés se halló entre los efectos de vuestro hermano, y recordad que al pie de ella se veía una gran C.: no olvidando este indicio, me he informado del origen de la doncella de la señora de Weltheim, y he sabido que es francesa y que se llama Cecilia. Creo que esta coincidencia llamara vuestra atención como ha fijado la mia. He sabido tambien que esta Cecilia es de estatura alta y delgada, y que por lo tanto no puede confundirse con Carolina, que es baja y rebecha. Respecto á la señora de Weltheim, solo he podido inquirir que pertenece á una familia que ocupa un elevado rango en esa capital.

Estos vagos indicios, mirados separadamente casi parecen que carecen de interés, pero examinados reunidos y con detención puede que nos indiquen el camino que debemos seguir para descubrir la verdad.

Es extraño, exclamó Fernando al acabar de leer la carta, que de Schelnitz tal importancia á unas circunstancias, que á mi parecer son meramente casuales. Nada es mas fácil que poseer mil docenas de guantes, que tengan impresos el nombre del fabricante. Pero ya es hora de que me dirija á casa del conde de Heldeurath; tal vez haya descubierto un medio de librarme de las fastidiosas formalidades, indispensables para declararme legítimo heredero.

El conde no estaba en casa; pero la condesa que acababa de llegar de una de sus posesiones, recibió muy cortesmente á Fernando, á quien veía por primera vez desde su vuelta á Berlin. La condesa gustaba mucho de la conversacion, por lo que hizo que la contase muy detenidamente todo lo que se había descubierto acerca del cadáver hallado en la iglesia de S. José. Todo lo terri-

ble, y mucho mas si lo sazona el misterio, es un plato delicioso: protestando que no tocaremos semejante manjar, saboreamos con avidez hasta la última migaja.

Así que Fernando acabó su relacion, le preguntó la condesa.

—¿Vuestro hermano ha sido enterrado en las cercanías donde murió tan funestamente?

—Si señora; yace en el humilde cementerio del pueblo, á muy poca distancia de Muhlbach.

—¿En Muhlbach! Si Carlota lo hubiera sospechado! hallándose tan cerca de allí!

—Cómo, señora!... ¿ha estado mi cuñada en Muhlbach?

—Fué á pasar una temporada en casa del baron de Schowald, á una legua escasa de Muhlbach; pero vos debeis conocer el baron de Schowald, es un hombre de mucho talento y gran cazador. ¡Y la baronesa! Dios mio, qué muger tan singular! mientras estuvo en Dresde, se habló mucho de ella: yo tambien me hallaba allí: no creais que hablo de ayer... nó: el tiempo corre con mucha velocidad.

Bien hubiera podido la condesa seguir hablando tres horas, sin temor de ser interrumpida, porque Fernando estaba entregado á las reflexiones que le había escitado tan inesperada declaracion. «¿Como! decia para sí, ¿conque Carlota se ha ballado en el sitio donde se ha cometido el crimen, y lo ignora? ¿Con que tanto ella como su padre han guardado silencio sobre un asunto en que hubieran podido instruirme?

Despues de despedirse de la condesa, volvióse pensativo á su posada. He aquí una tercera C. se decía á sí mismo, ¿será por ventura esta la que buscamos? Así que estuvo en su habitacion volvió á tomar la carta de Schelnitz, y despues de haberla leído palabra por palabra, un rayo de claridad parecia que iluminaba su cerebro. «Si, pensaba en su interior, el billete del 13 de julio es de la mano de Carlota: está escrito en mal francés, y este mismo me afirma en mi opinion, porque sé que solo tiene un conocimiento muy superficial de esta lengua. El guante acusador es suyo, y ella ha sido la que fue al establecimiento de baños para que la curasen la herida: las señas que de esta señora nos han dado, convienen exactamente con las suyas. La turbacion, el espanto que manifestó cuando me ha visto, son indicios que la condenan. Inútil es querer luchar contra la evidencia de los hechos; estos no dejan la menor duda. ¡Carlota de Heldeurath habéis asesinado á vuestro marido! Bien, yo vengaré á mi hermano!»

¿Pero cómo arrancar la máscara á la culpable? Apesar de haber estado Fernando toda la noche buscando un medio para llegar al fin que anhelaba, no halló ninguno que lo satisficiera, por lo que se dirigió el día siguiente al palacio de Heldeurath dispuesto á hacer recaer la conversacion sobre un asunto del que esperaba obtener nuevos indicios.

Halló juntas á la condesa y su hija; despues de las frases vagas de costumbre, habló Fernando de las minuciosas pesquisas á que se entregaba la justicia sin descenso á fin de descubrir el crimen, teniendo fija la vista en las facciones de Carlota sin que descubriese en ellas ninguna señal de confusion.

Nada adelantará, se decía en su interior, con estos rodeos; ataquemos de frente: y sin detenerse en reflexionar, y dirigiéndose á Carlota la dijo:

—¿Conocéis á la familia Schowald, que vive no lejos de Muhlbach?

—La he visto algunas veces.

—¿Tal vez conoceréis en Muhlbach á la hija de Gaeben.

—Ese ministro tiene varias hijas.

—Os hablo de la segunda, de Carolina.

—Es una muchacha muy apreciable, á quien amo mucho.

—Pues bien, parece que se halla complicada, de un modo bastante grave en este horrible asunto, y la policía ha descubierto....

—¿Qué ha descubierto? exclamó Carlota, dando un salto sobre su silla, en tanto que sus mejillas se cubrían de una palidez mortal. ¡Pobre Carolinal es inocente, enteramente inocente! Dios mío, ¿será posible...? ¡Ah! no, partiré, iré, puedo salvarla.

Carlota cayó desmayada; su madre tiró con todas sus fuerzas del cordón de la campanilla, en tanto que Fernando, después de haber tomado el sombrero, se lanzó á la calle bajando precipitadamente la escalera.

Todo está ya descubierto, pensaba Fernando; Carlota se obliga á demostrar la inocencia de Carolina, luego conoce el autor del crimen; en este caso nada tengo ya que hacer. Acababa de disponer que le preparasen dos caballos, cuando recibió un aviso de que Carlota quería tener una entrevista con él.

La señora de Bergfeld recibió á su cuñado con tranquilidad: repuesta ya de la emoción, que no había podido disimular cuando le dieron la noticia tan de improviso, anhelaba saber de que se acusaba á Carolina, y en que se fundaba una inculpación tan seria.

Fernando se esplicó muy poco, limitándose á decir que su abogado le escribía sobre este asunto en términos vagos, aunque muy alarmantes, hablándole de graves sospechas que recaían sobre la hija del ministro protestante, añadiendo que tal vez á aquella hora estaría Carolina arrestada. Carlota le manifestó que su intención era marchar sin tardanza á Muhlbach, donde presentaría pruebas que harían aparecer la inocencia de su joven amiga; la condesa se dispuso para acompañar á su hija en atención á que el general padecía de sus antiguas heridas, tanto que á la menor fatiga volvían á abrirse, y de consiguiente no podía emprender tan largo viaje.

Mucho agradó á Fernando esta disposición porque con la presencia de Carlota en el sitio donde se había cometido el crimen, esperaba descubrir mejor el misterio y después de haberla dicho que se restituía inmediatamente á Silesia se retiró, tomando en aquella misma noche el camino de Coblenza á donde quería llegar antes que su cuñada. Schelnitz, con quien se reunió al momento, después de haber escuchado con suma atención la relación de todo lo ocurrido en Berlin, le dijo: «También tengo yo que comunicaros algunas noticias, que me ha dado un criado que ha estado al servicio del baron de Schowald. El 16 de julio, era sábado, día en que se reunía en Muhlbach toda la sociedad del canton. La señora de Weltheim fué á ella no solamente acompañada de los Schowald, sino también de la señora de Rosen y sus dos hijas, llegando por la mañana temprano; á las once de la mañana dejó á sus amigas y no volvió hasta el anochecer. Muy importante sería saber que había hecho durante esta ausencia, y los Schowald y las de Rosen podrían suministrar algunos datos. Os aconsejo que os dirijais muy particularmente á estas últimas: sus posesiones están de venta; presentáos en su casa como si quisierais comprarlas; he aquí un medio por el que seréis bien recibido.

Durante la visita procurad saber todo lo que ocurrió en ese sábado funesto. Si vuestra cuñada se hizo una herida, las señoras de Rosen no lo deben ignorar; informaos de como estaba vestida la señora de Bergfeld en ese día, esto lo sabreis facilmente porque es cosa que no olvidan las mujeres en cien años, y entonces veremos si el vestido que tenía puesto conviene con el que llevaba la señora que se presentó en los baños.»

Fernanda siguió exactamente este consejo presentándose en casa de la señora de Rosen; examinó minuciosamente toda la posesión, sin perdonar siquiera una mata. Con el pretexto de que esperaba órdenes de su padre, aunque su verdadero objeto era tener un medio para reiterar las

visitas, no cerró el contrato, y después de haber hablado de mil cosas indiferentes, hizo caer la conversación sobre la señora de Weltheim; confesó que la conocía; dando á entender que era su apasionado, pudiendo de este modo hacer algunas preguntas acerca de lo que había hecho durante el día que había pasado en Muhlbach: á todas estas preguntas le contestaron lo siguiente.

Poco tiempo después del desayuno, una muchacha trajo una carta para la señora de Weltheim, en la que una antigua amiga y compañera de colegio que vivía en las cercanías, la pedía que fuese á visitarla. La señora de Weltheim, tomó en seguida su gorro y su chal, y siguió á la muchacha, no volviendo hasta la noche que se presentó turbada, y con los ojos como si hubiese llorado contestando á las preguntas que se le hicieron sobre la causa de su pesar, que lo motivaban las desgracias que habían afligido á su amiga y que acababa de contarle.

Continuando diestra y atrevidamente en su papel de inquisidor, supo Fernando que la señora de Weltheim llevaba de ordinario un vestido de seda verde, aunque no pudieron asegurarle que se lo hubiese puesto el 16 de julio añadiendo últimamente una de las señoritas de Rosen, «que se hallaba tan turbada, que cuando volvió no traía mas que un guante, cosa muy rara en una persona tan cuidadosa como ella, hasta en las cosas mas indiferentes de su adorno; así que habiendo llamado la atención verle una mano con guante y otra sin él se lo hice reparar á lo que me contestó:—Es verdad..... no lo había advertido..... sin duda lo he dejado olvidado en casa de mi amiga al tiempo de quitármelos, es una distracción muy natural.»

Después de haber averiguado Fernando mas de lo que deseaba se despidió de las señoras de Rosen, pasó á ver á Schelnitz, quien no dudó declarar á Carlota de Bergfeld asesino de su marido. Sin embargo trató de informarse de si en Muhlbach ó en sus cercanías había estado una señora llamada madama Treskow en el mes de julio de 1818 y de si la conocían; pero nadie había oído hablar de la tal señora. Entonces estendió el abogado una querrela en forma, que después de firmada por Fernando fue presentada al juez de Coblenza.

En tanto que el magistrado examinaba con atención las piezas de este tenebroso asunto, Carlota y su madre que habían salido de Berlin, llegaron á Coblenza, sin saber que Fernando las había llevado la delantera. Desceosa la señora de Bergfeld de saber en qué se fundaba la acusación contra su amiga Carolina Gaeben, escribió á Schelnitz.

Fijó el abogado su atención con sumo cuidado en la carta de Carlota, hallando una semejanza completa en la letra con la del billete escrito en mal francés que se había encontrado entre los efectos de Eduardo: terrible era este nuevo cargo; Fernando y el juez confrontaron ambos escritos, y quedaron convencidos de que la letra era igual y que la señora de Bergfeld era quien había escrito la esqueja firmada con una sola C tan inconcebible por tanto tiempo; así como las pocas palabras del papel que fué hallado en el cepillo de los pobres de la iglesia de san José.

El magistrado suplicó á Carlota que se sirviese pasar á su casa, lo que verificó esta inmediatamente. Después de algunos políticos preámbulos, y de algunas espresiones de sentimiento por la pérdida desgraciada de su marido «ved, señora, la dijo el magistrado la situación en que nos hallamos. Vuestro cuñado M. Fernando de Bergfeld ha llamado la atención de la justicia contra la señorita Carolina Gaeden, á quien acusa de homicidio, asegurándome de que tiene documentos para probarlo, á pesar de que aun no me los ha enseñado. Parece que vuestra intención al hacer tan largo viaje, ha sido el desvanecer las sospechas que de esa joven se tiene. ¿No es así?

—Si señor: no puedo permitir que se sospeche de Carolina.

—¿Y por qué?

—Porque sé que la señorita de Gaeden no ha conocido á mi marido ni nunca lo ha visto.

—Señora, eso es muy extraño: ¿cómo podéis saber lo que ha hecho vuestro marido? Cuando lo visteis por la última vez.

Carlota conociendo que se hallaba en un terreno muy resvaladizo, contestó en seguida:

—Mis padres me impidieron que tratase y volviese á ver al baron de Bergfeld desde nuestra separacion. Tocante á este asunto creo que no estoy obligada á dar cuenta de las causas que tuvieron.

—Permitidme, señora, repuso el magistrado, que sin embargo os pregunte si pasasteis el dia 16 de julio del año anterior en Muhlbach.

—Si señor.

—¿Era dia de reunion?

—Si señor.

—Sábado?

—Creo que sí.

—¿En qué ocupásteis la mañana?

Carlota se detuvo, y una palidez mortal apareció en sus mejillas.

—La señora de Rosen y sus hijas han declarado que os ausentásteis desde muy temprano, no volviendo hasta entrada la noche.

—No puedo comprender, respondió Carlota, que fin se ha llevado en tomar declaración á estas señoras, ni á que se dirigen estas preguntas.

—Permitidme, señora, que os haga reparar que no habeis contestado á la mia, y sin embargo debeis hacerlo para justificaros.

—Para justificarme! luego he sido acusada! Ahora conozco á donde se dirigia vuestro capcioso interrogatorio: no me humillaré dando mas explicaciones; seria deshonrarme: callaré por lo que á mi misma me debo.

—Obrad como creais que lo exige vuestro deber: ya sabeis mi resolucion.

El magistrado creyó de su obligacion proceder al arresto de la señora de Bergfeld, carcandola al siguiente dia con el portero de los baños de Pondewil y con la muger de este: ambos reconocieron en ella del modo mas formal á la señora que se habia presentado el 16 de julio á la puerta de su establecimiento.

Aunque no se permitia á la arrestada ninguna comunicacion, se tenian con ella las mayores consideraciones, dándole libros, facilitándole un piano, y cuanta música pudiese anhelar. Se la suplicó que permitiese que los médicos inspeccionasen su mano para que declarasen si habia alguna señal de herida; y efectivamente, por medio del lente y del tacto se reconoció una cicatriz en medio de la palma de la mano, pero casi tan imperceptible que podia ser objeto de muchas dudas.

El baron de Schowald y su familia, recibieron orden de presentarse ante el juez que instrua el proceso. A pesar de que estos los ignoraban, eran públicos ya los lazos que unian á la amiga que habian alojado en su casa con el desgraciado, cuyo cadáver se habia hallado sobre las gradas de la iglesia de S. José.

Nada interesante pudo averiguarse por este medio, á escepcion de lo que arrojó la declaracion prestada por la hija mayor de Schowald. Habia seguido esta una correspondencia epistolar con la señora Weltheim (ó de Bergfeld, porque era una misma persona) desde que habia marchado esta de Muhlbach á fines de julio de 1818, á pesar de que habia dicho que permanecería en dicho pueblo hasta octubre. En sus cartas habia hablado la señorita de Schowald del asesinato que tanto llamaba la atencion del pais, manifestando la de Bergfeld mucho interés en este asunto, y preguntándole repetidas veces si se habia descubierto algo respecto á él. Habia encontrado en un cuaderno de música, que se habia dejado un pedazo de

papel, en el que estaba escrito de mano de la señora de Bergfeld un borrador en que se leia: «Aprecio los motivos que os dictan el consejo que me dais; pero esto y resuella, quiero verte: es preciso poner fin á un estado, cuya incertidumbre es un suplicio para mí. El me conoce, y sabe que en un momento decisivo, la debilidad de mi sexo....»

Aquí concluía el pedazo de la carta.

La condesa de Heldeurath se determinó á marchar inmediatamente á Berlin, para instruir á su marido con todos los miramientos posibles de la situacion de su hija, obteniendo el permiso de despedirse de Carlota. Por una gran casualidad, una persona dotada de un excelente oido, se hallaba en la pieza inmediata, perteneciendo tal vez tambien por casualidad á la policia: una curiosidad, harto indispensable, le hizo aproximarse al tabique que lo separaba de la habitacion de la arrestada, y escuchar con atencion la siguiente conversacion.

—Desgraciada hija, la dijo la madre, temo que no te sean desconocidas todas las particularidades respecto al asesinato de tu marido.

—Madre mia, Dios sabe lo que ha pasado: ninguna explicacion puedo dar sobre este asunto: sea cualquiera mi suerte, la sufriré con resignacion y callaré.

Diose orden para que se sellasen los papeles y efectos que pertenecian á la señora de Bergfeld, en Berlin, inspeccionandolos ante el juez sin que descubriese nada de particular en ellos. Solamente se halló un cofrecito, el reló de oro que la arrestada habia regalado á su esposo cuando se casaron, y el anillo de boda que Eduardo llevaba ordinariamente. ¿Como se hallaban estos objetos en poder de Carlota? ¿Se los habia enviado su marido despues de su separacion? Hallóse tambien y sea dicho de paso, entre varias cuentas de mercaderes, algunas firmadas por Enrique Finecke del comercio de guantes número 91, *Wilhelm Strasse*.

Al mismo tiempo se pidieron informes de la historia del mal avenido matrimonio, cuyas desgracias ocupaban la pública atencion.

A los 17 años Carlota de Heldeurath, hija de padres de alta clase, aunque de mediana fortuna, se habia casado con Eduardo de Bergfeld, calavera, de 24 años, elegante, infatigable bailarín, fanático músico y disipador sin igual. Cuando se casaron, creyeron ambos que se amaban; un año despues, tuvieron un hijo que estrechó algo mas los lazos de su union, pero una aguda enfermedad acabó con él antes de seis meses. Esta prematura muerte llenó de desesperacion á la madre, que al cabo de algun tiempo trató de buscar distraccion en el torbellino del gran mundo haciendo los mas dispendiosos gastos. Eduardo acostumbrado á pasar la vida militarmente, se entregaba sin reflexion á sus pasiones; y llamando muy particularmente la pública atencion, una intriga amorosa en que representaba el principal papel; irritada su muger con semejante conducta, se retiró á casa de sus padres. Este paso causó mucho pesar á la familia de Bergfeld, pero habiendo prometido Eduardo comendarse, lo perdonó Carlota volviendo á la casa de este, aunque poco despues hubo en el matrimonio desavenencias mucho mayores. Furioso el conde de Heldeurath contra su yerno, tuvo que contenerse mucho para no desafiarlo; pero pidió una separacion legal de cuerpos y bienes. Eduardo por su parte, á quien semejante determinacion no podia ser indiferente, no quiso permanecer mas tiempo en una casa, donde tan cruelmente habian censurado su conducta, y se marchó diciendo que iba á recorrer el mundo, y que no volver á en mucho tiempo. La muerte de su madre que acababa de acaecer, lo habia hecho dueño de una crecida suma; en seguida se ausentó y no volvió á saberse de él. Su muger permaneció en Berlin, donde no habia faltado mas que dos meses, en el verano de 1818, que hizo un viaje á las

provincias del Rin, porque atendiendo los médicos á su quebrantada salud, le habian ordenado el cambio de aires y el ejercicio.

Aunque buena en el fondo, pero viva, arrebatada, y dispuesta siempre á ceder á la impresion del momento, Carlota, se entregaba en el acceso de su rabia, á algunos actos, que despues le causaban pesar: su gusto al lujo, y su falta de economía la acarreaban disgustos de consideracion. Habia hecho la conquista de un gran personaje, que le hubiera ofrecido con mucho gusto su nombre y su riqueza, si la existencia de Eduardo no hubiera sido un obstáculo insuperable.

Pesaron los jueces estos antecedentes, é hicieron en seguida que se buscasen á tres sujetos cuyo conocimiento creyeron indispensable: eran estos el leñador que habia acompañado á la desconocida, cuando se presentó en los baños de Podewil y que se habia ausentado sin que hubiese podido obtenerse despues noticias de su paradero. Cecilia, la doncella que habia acompañado á la señora de Bergfeld en su viage y que habia dejado su servicio despues de su vuelta á Berlin, en cuya capital se casó: no sabia escribir, diferenciándose tanto en el fisico á su ama que era imposible el que pudiesen confundirse.

No podia recaer sobre esta la mas ligera sospecha, ni la justicia sacó el menor provecho de su declaracion. Ultimamente se hizo venir á la muchacha que habia servido de guia á la señora de Bergfeld, el 16 de julio de 1818, cuando se separó esta de la compañía de las de Rosen, respondiendo á las preguntas que se le hicieron del modo siguiente. «He estado sirviendo dos años al zapatero de Muhlbach. En el mes de mayo de 1818 una señora llamada Wunderlich alquiló una habitacion en la misma casa. Un dia á mediados de julio, mandó á decirme que tenia que darme un encargo. Subi inmediatamente y hallé á un caballero jóven en cuya presencia me entregó una carta cerrada, diciéndome que la llevase á una señora cuyo nombre no recuerdo. Hallé á esta señora la que, despues de haber leído dicha carta me dijo que estaba dispuesta á seguirme, dirigiéndonos pronta y silenciosamente porque así lo exijia la misma, hacia la casa, donde me habian dado el billete. Recibiome á la puerta la señora de Wunderlich y despues de haberme dado una moneda me despidió. Desde entonces nunca he vuelto á ver en Muhlbach ni al caballero ni á la tal señora, no pudiendo acordarme del vestido que llevaba esta, pero el caballero era alto, delgado, tenia grandes vigotes, pantalones blancos y botas con espolines.

Estas señas convenian exactamente con las de Eduardo, y con las del cadáver hallado el 19 de julio: y Carlota fué conocida al momento por la muchacha. En cuanto á la señora de Wunderlich nada mas se supo sino que se habia ausentado de Sain-Wendel desde el mes de setiembre, sin que se supiese su paradero, y ni si era verdadero el nombre que llevaba. Cuando se concluyó esta larga y minuciosa sumaria, de la que resultaba suficientemente probado el delito, se hizo comparecer á la acusada ante el tribunal de Colonia: uno de los mas distinguidos jurisconsultos de Berlin; doctor en derecho de la universidad de Königsberg, y antiguo amigo de la familia de Heldeurath, solicitó ser el defensor de Carlota.

Llegó por fin el dia destinado para la vista de la causa, tan impacientemente deseado. Un inmenso gentío asediaba desde las 5 de la mañana las avenidas del palacio de justicia, y á pesar de una fuerte tempestad, y de la lluvia que caia á torrentes, nadie se movió, sin casi reparar que se mojaban hasta los huesos.

Al mediodia, mandó el presidente que tragesen á la acusada. Presentóse esta pálida, pero bella como siempre y sin demostrar alteracion. Llevaba un vestido negro y un velo del mismo color, rodeando su cuello una delgada cadena de oro.

Despues de las preguntas de costumbre, se procedió

al examen de testigos: eran estos 44 y todas sus declaraciones confirmaron los detalles de que hemos hecho mencion sin añadir nada nuevo. Dos dias se emplearon en este examen, acreditándose mas y mas la impaciencia del público. El fiscal reasumió todos los cargos que resultaban del proceso contra la señora de Bergfeld: hizo ver que el 16 de julio habian estado juntos los dos esposos en el antiguo castillo de Ottemberg: que en este sitio habia ocurrido una terrible escena entre los dos sujetos igualmente propensos á encolerizarse, y que ambos se hallaban exasperados; tal vez Eduardo se habia valido de la fuerza para obligar á su muger á que le siguiese, y en todo caso no se podia suponer que hubiese ella clavado su cuchillo en el corazon de su marido? El fiscal concluyó pidiendo contra la acusada la vindieta de la ley.

Concluida la acusacion, se suspendió la audiencia por una hora, empezando por todas partes el murmullo de las conversaciones particulares. A escepcion de algunas señoras nadie se atrevia á afirmar la inocencia de Carlota: no se creia que hubiese manchado sus manos con la sangre de su marido, pero ¿no podia haber sido espectadora ó instigadora tal vez, de un crimen cometido por una mano que aun permanecia oculta? Nadie se determinaba á desechar esta hipótesis.

El defensor de la acusada fue escuchado con la mas profunda atencion desde el principio hasta el fin de su discurso tanto que se hubiera oido el ruido de un alfiler al caer en medio de aquel numeroso concurso.

Empezó su defensa manifestando la admiracion que le habia causado el que tuviese el tribunal por cosa cierta que el cadáver hallado en la iglesia de S. José, fue el de Eduardo de Bergfeld. Ninguno de los que habian visto el cadáver antes de dársele sepultura, conocia á Eduardo, ademas de que no bastaba para afirmar el aserto, la mayor ó menor semejanza que este pudiera tener con aquel, semejanza indudablemente aumentada por la imaginacion de los testigos preocupados. Tambien se creia reconocer en el muerto á un extranjero que acababa de establecerse en Coblenza. Los gustos de este sujeto y su solitaria vida no podian equivocarse con la agitada y turbulenta existencia de Eduardo. Pero ¿el anillo? se dirá: ¿nada prueba? No, porque un anillo puede ser robado, perdido, regalado ó vendido. Asegurais que Eduardo de Bergfeld ha sido asesinado, y no presentais de una manera cierta el cuerpo del delito.—En seguida enumeró el abogado los infinitos casos que ofrecian los anales de los tribunales, acerca de muchos inocentes condenados y ejecutados por asesinatos cometidos en personas que luego mas tarde, pero cuando ya no es tiempo, déjause ver sanos y robustos.

Concediendo en seguida por un instante, que el muerto fuese Eduardo de Bergfeld, procuró destruir los cargos de la acusacion: tres horas y media duró su defensa, de la que creemos conveniente hacer un resumen.

Negó la identidad de los escritos, y redujo á su mas mínimo valor los chismes de unos y otros, y las habladurias de algunos testigos; examinó una por una todas las circunstancias y las hizo aparecer sin el carácter de gravedad que se las habia dado, admitiendo por último que el marido de Carlota hubiese sido asesinado, y que ella hubiese presenciado tan horrorosa escena, ¿no se debía suponer que lo hubiese visto sucumbir á manos de un asesino, y que tratándolo de defenderlo habia recibido la herida que tanto habia dado que decir? ¿Y en cuanto á su obstinado silencio, no podia suponerse que lo motivase un juramento que la hubiesen exigido los asesinos, y cuya venganza temiese? Suposicion por suposicion, mejor era esta que la del fiscal.

El presidente tomó en seguida la palabra para hacer el resumen, y no habia llegado á la mitad de su discurso en el que dejaba ver tanto celo como imparcialidad, cuando un portero le entregó un papel que acababa de reci-

bir. El magistrado despues de leerlo dijo sorprendido; Oid el contenido de este papel sin firma que acabo de recibir en este momento.

«Pido ser oido ahora mismo: la acusada es inocente. Que entre el autor de este papel.

La agitacion y la curiosidad habian llegado á su colmo.

«Es Eduardo de Bergfeld, decian unos.» «No, no es él, exclamaban otros al ver entrar á un hombre de elevada estatura, y de un aire verdaderamente militar. Al verle Carlota lanzó un agudo chillido.

Adelantóse el desconocido no sin trabajo hasta que se colocó delante de los jueces. «Me llamo, exclamó, Jorge de Rothkirch, oficial del tercero de dragones. Solicito permiso para hablar un instante con la acusada y despues daré todas las esplicaciones necesarias.»

El presidente consultó al tribunal, el que condescendió á la entrevista, conduciendo á la acusada á una habitacion que estaba al lado de la sala de las sesiones.

«Señora, le dijo el recien llegado; la muerte ha roto todos los lazos que os habiais impuesto: vuestro padre no existe. Ha muerto bendiciéndoos, é ignorando todas las penas que sufrís. Autorizadme para que revele al tribunal la verdad.

Carlota solo respondió con una mirada de reconocimiento y abundantes lágrimas.

Estraño parece que nada supiese el conde de Heldeurath acerca de un proceso en que tan gravemente se hallaba implicada su hija; pero es preciso tener presente que se habian tomado las mayores precauciones para que ninguna noticia de este desastroso negocio llegase á oídos del general, no habiendo entonces en Prusia periódicos que anunciasen el menor crimen que pudiera llamar algo la atención.

Jorge Rothkirch se esplicó de este modo.

«Residía en Coblenza en 1818 donde hallé á Eduardo de Bergfeld á quien conocia ya: estaba cansado de la vida que llevaba, estenuado y descontento de sí mismo y de los demas. Me habló con la mayor franqueza respecto de los disgustos que habia tenido con su muger y del deseo de reconciliarse con ella. En vano buscaba distracciones en las mas escogidas reuniones que solo le inspiraban ya tedio y repugnancia.

Amigo yo del baron de Schowald, frecuentaba mucho su casa, donde vi en el mes de junio á una señora que se llamaba madama de Weltheim, cuya hermosura y gracia me cautivaron de tal modo, que hablé de ella á Eduardo; este deseó ver al punto á una persona que yo alababa tanto, y como no podía ni queria visitar la casa del baron, recurrimos al medio de que la viese en un paseo público.

—Amigo mio, me dijo con la mayor emocion, cuando la vió: esta es mi muger.»

Desde luego constintió en que me encargase de arreglar la conciliacion entre él y Carlota, y aunque rehusé por el pronto tomar parte en asunto tan delicado, al fin cedí á sus repetidas instancias. No me detendré en numerar los pascos que di, porque esto me obligaria á separarme mucho del asunto que motiva mi declaracion. Me limitaré á decir que inflexible al principio la señora de Bergfeld, porque estaba segura de que jamas perdonarian sus padres á Eduardo, no quiso verle ni aun oír hablar de él, pero menos severa despues, temerosa de algun escándalo, ó de alguna calaverada de su marido, constintió en la entrevista que este solicitaba.

Quedó convenido que en un dia en que vendría ella á Muhlbach con sus amigas, una persona á quien bautizaríamos con el nombre de Mme. Freskon, le suplicaria que fuese á visitarlo: debiendo así que recibiera el aviso, dejar por un momento su sociedad, y dirigirse á la casa de una señora respetable que vivia en el mismo pueblo, de donde le acompañaria yo al antiguo castillo de Ottemberg, lugar solitario y en el que nos aguardaria Eduardo.

Todo esto no dejaba de ofrecer algun inconveniente pero Eduardo no tuvo reparo en entrar en Muhlbach, donde era conocido, y su muger, viajando con un nombre supuesto, queria absolutamente que la entrevista quedase sepultada en el mas profundo secreto. El 8 de julio fue el dia designado para la entrevista; pero habiendo sobrevenido una fuerte tempestad, se difirió hasta el 16. Durante este intervalo vi muchas veces á Eduardo y conocí que ocultaba algun atrevido proyecto. La señora de Bergfeld vino á buscarme segun habiamos concertado y en seguida la conduje al castillo donde nos aguardaba ya su marido. Al verle aquella manifestó una viva emocion que apenas pudo reprimir y yo mismo me sentí agitado de presentimientos siniestros.

Eduardo estaba muy animado; y habia dispuesto que le siguiese un leñador con abundantes provisiones de boca. Poco tiempo despues la conversacion se fue acalorando; insistía el marido en una reconciliacion, que reusaba la muger alegando la oposicion de sus padres, exaltándose ambos de tal modo que empezaron á dirigirse mutuamente espresiones picantes y amargas recriminaciones.

Sentia Eduardo mucho calor, que efectivamente era excesivo, y para mitigarle llenaba á cada instante su vaso de vino, que no tardaba en desocuparlo para llenarlo otra vez; advirtiéndome yo que se hallaba en un estado, en que nada razonable debia esperarse de él. Pocos despues, insistiendo en la reconciliacion, y vista la oposicion de su muger, la llenó de improperios, atreviéndose á amenazarla. Previendo la señora de Bergfeld un funesto resultado, si se alargaba la entrevista, quiso retirarse, pero deteniéndola por un brazo su marido, y tomando un cuchillo la dijo: te quieres marchar abandonándome á una existencia que me causa horror; ni antes me verás morir.» E hizo como que se heria.

Eduardo, exclamé yo algo inconsideradamente, le confieso: ¡Eduardo! ¿No os avergonzais de estar haciendo ese papel de comedia?

—De comedia replicó con furor. ¿Pensais que no tengo bastante valor para suicidarme?

Aun no habia acabado de proferir estas palabras, cuando con un movimiento tan rápido como el pensamiento se clavó el cuchillo en el pecho rodando á mis pies cubierto de sangre en tanto que Carlota cayó desmayada sobre el pavimento.

El leñador que se habia quedado cerca de aquel sitio corrió á levantar á Eduardo, pero ya no existia, costándonos no poco trabajo hacer volver en sí á su muger.

En tan terrible crisis mostró la señora de Bergfeld una energia digna de elogio, y no pudiendo soportar la idea de que quedase abandonado el que habia sido su esposo, declaró que no se separaria de él hasta que estuviese segura que se le daria sepultura sagrada. El leñador nos sugirió la idea de llevar el cadaver á las gradas de la iglesia en donde deberia ser muy pronto descubierta: despues de haberle quitado algunas prendas para que se creyese que su muerte la habia causado un asesinato, y no un suicidio, guardó Carlota el reloj y un anillo de su marido, dejándole otro en la mano que no le pudimos quitar, vendándole fuertemente la herida, que derramaba mucha sangre, y separándonos en seguida, Carlota se habia hecho una herida en la mano, y el leñador se ofreció á conducirla á donde se la curasen. Desesperábase esta por haber ocasionado, aunque involuntariamente, semeiante desgracia, por no someterse á la voluntad de su padre que le habia mandado, y á quien habia prometido no volver á ver Eduardo. «Al menos, decia, jamas sabrá que le he desobedecido, y faltado á mi promesa. Si tal supiera me maldeciria. Cualquier resultado que pueda tener tan horrorosa catástrofe, aunque me vea en el patibulo, guardaré un profundo silencio mientras mi padre viva.» En seguida nos hizo jurar al leñador

dor y á mi, que á nadie revelaríamos la escena que habíamos presenciado.

Al momento de entrar en el camino real, reparamos que la señora de Bergfeld habia perdido un guante, volví á bucarlo, pero mi diligencia fué inútil: ella entretanto prosiguió su camino con su guia sin que volviese á verla; porque juzgué prudente no presentarme por algun tiempo hácia la parte de Muhlbach de donde, segun supe despues, habiase ausentado Carlota hacia ya algunos dias. Mi regimiento recibió orden de variar de guarnicion, y tanto por esto, quanto porque nunca me determiné escribir á la señora de Bergfeld, nada volví á saber de este asunto. Hace poco me retiré del servicio, con intencion de pasar á los Estados- Unidos donde vive un hermano mio; pero al atravesar las provincias Rhenanas oí hablar de la causa, objeto de todas las conversaciones. Sin detenerme un momento me dirigí á casa de Schowal quien me contó todo lo ocurrido, enseñándome al mismo tiempo una carta, que habia recibido la vispera, en la

que le anunciaban la muerte del conde de Heldeurabt: no debia perder un momento: este fallecimiento nos relevaba de nuestro juramento, y debia decidir á la señora de Bergfeld á romper el silencio que se habia impuesto. Por esta causa he venido aquí: ya sabeis lo demas.

En seguida manifestó el nombre y habitacion del leñador, quien confirmó en todo la exactitud de los hechos que acabamos de referir.

El presidente del tribunal declaró la inocencia de Carlota de Bergfeld, y como solo estaba presa por esta causa, fué puesta en libertad inmediatamente.

Aunque comunmente el auditorio de un tribunal criminal prefiera la condenacion de los acusados, esta vez aplaudió con entusiasmo la feliz terminacion de un drama que habia presenciado con el mas religioso silencio é interés. Poco tiempo despues Carlota de Bergfeld se casó con el caballero Rothkirckle á quien siguió á los Estados Unidos.

FANTASIAS LITERARIAS.



Vista de Madrid, tomada desde el puente de Segovia.

EL PREMIO DE LA SANGRE.

Yo no se decir á punto fijo que año sucedió lo que voy á referir: solo puedo asegurar que hace ya mucho tiempo.

Cuando se viene de las provincias Vascongadas á Castilla la Vieja, el primer pueblo que se encuentra, como todo el mundo sabe, es Miranda de Ebro, y á poca distancia de este pueblo, en direccion á Burgos, están los montes de Oca, ramificacion de la cadena de montañas conocidas con el nombre de sistema Ibérico que atraviesan toda España. Estas montañas largas y elevadas, forman espantosas quebraduras, rocas escarpadas y cavidades profundas, en que las mas miserables plantas no han carecido nunca de un rayo de sol.

Una calorosa tarde de otoño; diez ó doce hombres que en sus trages era fácil conozer como bandidos, se hallaban juntos en una cueva formada por las rocas á una profundidad de mas de cuarenta pies, y cuyo acceso impedido por las montañas que á la vista se presentan casi

unidas, de tal manera es impracticable que acaso no haya sido nunca conocido mas que de Dios y de los ladrones de que acabamos de hacer mérito. Habia entre estos uno que por la rústica magestad de su persona, sobresalía de entre los demas: este hombre era en efecto su gefe Manuel Aguila, de alta talla, miembros robustos, y mirada penetrante, y cuyos cabellos negros empezaban á encanecer. Su rostro moreno, y ordinariamente alegre, dejaba descubrir síntomas de estar preocupado por alguna idea dolorosa, su trage al estilo de la época, nada ofrecia de notable; solo se le veia sobresalir por encima del chaleco la cinta de un escapulario de la virgen del Carmen, y una cadena de alambre dorado, de la cual pendia un busto de plata de Santiago de Compostela, que hacia mas de cincuenta años, no se quitaba ni aun para dormir.

En el momento en que esta relacion comienza, Aguila estaba sentado sobre una piedra, agarrado con su mano derecha su trabuco, y sosteniendo con la izquierda, y el codo apoyado en la rodilla, su frente sombría y pensativa; de tiempo en tiempo apretaba convulsivamente su arma, levantaba la cabeza y dirigia en derredor miradas llenas de amargura; en seguida viendo aquellos

hombres mudos é inmóviles con los ojos fijos en él, como si esperasen sus órdenes, apartaba la vista y volvía á caer en el mismo abatimiento. De repente, y despues de un largo silencio, interrumpido solo por el ruido de un arroyo que á manera de torrente se despeñaba entre las rocas, los bandidos vieron á su gefe levantar la cabeza, y le oyeron murmurar con voz ahogada estas palabras: «No hay remedio!» Entonces Manuel pasó su mano por la cara y dirigiéndose á sus compañeros, con tono solemne los dijo:

—«Muchachos, hace veinte y cinco años que soy vuestro gefe; reunidos hemos hecho cosas sorprendentes, milagros de audacia, y como era natural, hemos corrido riesgos eminentes; nunca hemos sabido, durante las horas de nuestra vida de bandidos, si oiríamos sonar la hora inmediata; en ningun momento, ni aun de los de mas peligro en que hemos tenido que lamentar la pérdida de algun compañero, me habeis visto este aire triste y pensativo, pero hay circunstancias, hijos míos, en que un hombre no es dueño de sí mismo: escuchadme con atención. Ayer atacamos cerca de Pancorvo los equipages del embajador frances que venia de Madrid; cuando estábamos próximos á apoderarnos de los cofres, fuimos sorprendidos por las tropas que nos persiguen y se trabó una lucha sangrienta en que os portasteis con heroico valor, quedando dueños del campo y del botín. En cuanto á mí, tuve que batirme cuerpo á cuerpo con el comandante de la partida, y poco me faltó para sucumbir.... Si José no viene á mi auxilio, probablemente hubiese quedado en el campo.

«Esta mañana hemos detenido al prior de capuchinos en su magnífica mula de paso, y no queriendo privar de la vida á este buen religioso me lo he llevado á alguna



distancia del camino, en tanto que vosotros le desembarazábais del peso de los duros que traía en la maleta, pues bien ¿lo creéis hijos míos?... en el corto tiempo que tardasteis en ejecutar la operacion, el prior me ha convertido. Esto os admira ¿no es verdad? Manuel Aguila aterrado por un fraile...! Esto es incomprendible; lo conozco y me avergüenzo de confesarlo, pero es la dura verdad; haced de mí lo que queráis, despreciadme,

arrojadme de vuestra presencia; soy un cobarde; no merezco vivir en vuestra compañía...»

En este momento todos le dirigieron la mano; Manuel se levantó, apretó confusamente aquellas manos fraternales con las lágrimas en los ojos y recobrado de nuevo su asiento, despues de algunos minutos de pausa, tomó de nuevo la palabra y su voz aun mas lúgubre y melancólica continuó en estos términos:

—La esplicacion de todo esto se encuentra en mi edad de sesenta años, pues si bien es cierto que el valor y la voluntad se conservan en mí en todo su vigor, no es menos que mis fuerzas se disminuyen, que pierdo la agilidad de los miembros, mi pelo emblanquece, mis rodillas tiemblan y muy pronto la voluntad y el valor huirán así como ha huido la fuerza. Tengo como he dicho, sesenta años, y ved ahí porque ayer me aterrorizó un fraile. Bastante he hecho ya para adquirir celebridad; mi cabeza ha sido pregonada y puesta á precio; al que me conduzca á Madrid muerto ó vivo le darán diez mil ducados. Yo no estoy para defenderme: un día que seamos atacados por las tropas de S. M. no podré resistir al número y caeré en las garras de la justicia como un ladrón vulgar. Entonces me atarán las manos, me harán atravesar lleno de oprobio todas esas campiñas de que hasta aquí he sido dueño y concluirán por aborcar me en la corte, ofreciéndome en espectáculo á la multitud ociosa, Manuel Aguila no debe morir así, bien os haceis cargo, compañeros. No os admire pues el haberme visto triste y cabizbajo todo el día, ni me hagais ninguna reconvenccion, que harto sufro yo ya sin oirlas.»

Aun hubo un momento de silencio, que al fin rompió el mas viejo de los bandidos.

—Manuel, le dijo, ¿por qué ese abatimiento? ¿No estás dotado de una fuerza sobre humana, superior á ella sola á todas las nuestras reunidas? ¿No nos has dicho cien veces y nosotros hemos creído y creemos aun, que mientras lleves pendiente del cuello á Santiago, estarás dotado de un poder divino, y que en tanto que conserves sobre el pecho el escapulario de la madre de Cristo no podrá penetrarte ninguna bala? Cuantos combates no han probado que esto es cierto, Manuel! Porque has de ser tu hoy el primero que desconfies de tí mismo?

—Yo os he engañado, compañeros; este busto de Santiago me lo dió mi padre agonizando cuando apenas tenía diez años; la virgen es un regalo de mi pobre Juanita, y estas preciosas reliquias las he conservado con tanto afán porque me hablan de lo único que he amado en el mundo. El poder que me atribuis está únicamente en mi voluntad y lo perderé sin duda alguna. La proteccion celeste que imaginábais me hacia invencible, es mi brazo y ya la he perdido. Es preciso tomar un partido; permaneciendo á vuestra cabeza el día menos pensado caería en manos de los alguaciles y acaso os perderia á todos; separándome de vosotros evito un deshonor cierto, y os devuelvo vuestros juramentos y vuestra libertad.

—Y piensas dejarnos, Manuel: ¿qué vá á ser de nosotros sin tí?

—¿Queréis verme ahorcar?

—Capitan, dijo uno de los jóvenes, ¿por qué no permanece vd. en este retiro inaccesible, donde no puede correr ningun peligro? De este modo vd. no nos abandona; cada noche le damos cuenta de nuestras operaciones del día, y nos ayuda con sus consejos....

—Sí, y permaneceré aquí oyendo el ruido de las balas, sin que salga una de mi trabuco. ¡Jóven insensato! ¿Imaginas que el aguila puede vivir en un rincón lejos del Sol? Nada, señores, mi partido está tomado, y ya dije que conservo firme la voluntad. Una noche mas en estas montañas, y al amanecer de mañana con cualquiera disfraz y provisto de la parte que me corresponde en el botín, tomaré el camino de Valencia, mi querido y

hermoso país; allí hay alguien que me aguarda; comprare una cabaña, labraré la tierra y moriré tranquilo bajo su apacible cielo.»

El tono de Aguila al pronunciar estas palabras, no dejaba duda de que su decision pudiese cambiar. Por tanto los bandidos no añadieron ni una sola palabra. Habia uno entre ellos que en ciertos momentos parecia escuchar al capitán con extraordinaria atencion y que despues de sus últimas palabras quedó muy pensativo: era este un jóven de gallarda figura y como de edad de 30 años; Manuel lo sacó de su distraccion dirigiéndole estas palabras.

—Mañana, José, antes de partir, tengo que hablarte.

—Capitán, ya sabe vd. que siempre me tiene á su disposicion.

El reló de un convento de las cercanías acababa de dar las doce de la noche; los bandidos dormian profundamente, y el mismo Aguila fatigado con las últimas emociones, se habia recostado por última vez sobre una cama de hojas secas, y gozaba de las delicias del sueño. Solo uno entre todos velaba, José, el jóven que hemos dicho debia tener con Manuel una conferencia; sentado en una piedra con la cabeza entre las manos, estaba entregado á las mas siniestras ideas. Satanás invisible, sentado en el suelo y casi entre sus rodillas, velaba con él, tenia los ojos fijos en los del bandido, y cuando los veia brillar con el reflejo de algun buen pensamiento que iluminaba su alma, los fascinaba y hacia pasar por delante de ellos mil tentaciones del infierno.

Invisible tambien el angel de la guarda de José, estaba detrás de su cabeza y parecia quererlo cubrir con sus alas. Los espiritus puros á quienes Dios concede la doble vista, hubieran podido ver las lágrimas en los ojos del guardian celeste y la pena marcada sobre su frente; él era quien derramaba en el alma del jóven pensamientos dulces como las plegarias, y palabras puras como las lágrimas. Combatiendo con todas sus fuerzas, empleando á su vez el uno, el atractivo divino de las virtudes, el otro el prestigio seductor de los vicios, Ariel y Satanás querian penetrar hasta el fondo del corazon del jóven bandido para apoderarse de esa gran fuerza que Dios ha dado al hombre, llamada voluntad.

José así colocado entre el angel y el demonio, el bien y el mal, el cielo y el infierno, sentia su voluntad fluctuar indecisa, porque jamás supo dirigirla ni dominarla.

Satanás decia al jóven: «La cabeza de Manuel Aguila vale diez mil ducados!... Magnífica suma, ¿no te suena esta cifra en el corazon? Si tienes esta fortuna en tus manos, José, podrás ir á Francia, ese país que tanto has deseado ver. Allí, nada de justicia que te mortifique por tu vida anterior, nada de inquisicion, nada de compañeros celosos; por el contrario te hallarás en una tierra llena de placeres, de torneos, de fiestas reales y de amores. Serás allí un gran señor, jóven, buen mozo y rico, cada día de tu vida será un placer, y cada noche una dicha.»

Ariel decia:

—Amigo, tú estabas desnudo, muerto de hambre y solo en el mundo, cuando Manuel te recogió en Cataluña una tenebrosa noche de invierno; desde entonces te ha querido como á un hijo, y tú le has prometido cien veces amarlo como á un padre.

José se levantó; el angel quiso cogerlo de la mano, mostrándole con el dedo la cama donde le esperaba un sueño reparador y lleno de dulces ilusiones, dió algunos pasos para echarse en ella, pero el demonio le detuvo de la otra mano, y arrastrándolo violentamente lo obligó á volverse á sentar; despues le dijo con voz penetrante:

Escucha; permaneciendo entre estos bandidos, ¿qué esperas? Privado de Aguila, de su audacia, de su fuerza, de su habilidad: tu partida será muy pronto derrotada, puesta en prision y cada uno de vosotros conducido á la horca.

El ángel añadió aun:

—Hasta ahora, José en los diversos combates en que has tomado parte no has hecho mas que defenderte, tú eres el único entre tus compañeros que no ha manchado las manos con la sangre del asesinato. Si cometes el que meditas no tendrás un instante de calma: tú no sabes, amigo mio, lo que es vivir despues de haber cometido un delito; es un infierno en esta vida esperando despues el de la eternidad. Tu crimen quedará impune por las leyes, porque esta autorizado; pero el hombre tiene en sí mismo un tribunal y un juez mas implacable que todos los jueces del mundo; este tribunal es el alma; este juez es la conciencia: reflexiona bien lo que vas á hacer.

El demonio prosiguió:

—En lugar de un porvenir triste y sin esperanza, te se ofrecen infinitad de goces con la posesion de los diez mil ducados.

—José, piensa en Dios!

—José, piensa en el placer!

—Manuel te ha salvado la vida; dentro de poco aparecerá el día y va á hablarte, á llamarte su José con aquella voz afectuosa que no usa sino contigo....

—Decidete, jóven, el tiempo pasa demasiado pronto para no volver. Dentro de algunos instantes el bandido se vá á despertar y perdiste la ocasion. Decidete, corta esa preciosa cabeza con tu puñal y arroja el cuerpo en el precipicio; un momento de ánimo y tu fortuna es hecha.

—Amigo, no oyes el estampido del trueno que produce la tempestad? Dios te hace conocer su poder y su cólera por este medio.

Una nube espantosa se hallaba sobre la cabeza de José; el ruido del rayo se repetia de eco en eco por las montañas; la lluvia caia á torrentes; el viento silvando en los árboles que arrancaba de raiz, parecia querer derribar los picos de las rocas de donde se desprendian de vez en cuando enormes piedras con aterrador estruendo, y la lluvia, el rayo y el viento reunidos formaban un conjunto cuya horrible violencia espantaba. A cada instante largos relámpagos rasgaban las nubes y dejaban ver una luz rojiza é intermisible; los elementos amenazaban confundirse y no parecia sino que el mundo tocaba á su término; tal era el trastorno de la naturaleza. Habitados á estas tempestades, los bandidos dormian tranquilos; José permanecia inmóvil y á su lado Ariel llorando y Satanás riendo.

Hay muchos hombres que han cometido crímenes y han querido disculparlos para con ellos mismos, diciendo que estaban predestinados. José se levantó y exclamó de repente:

—Es la fatalidad quien me impulsa; marchemos!

Y dirigiéndose donde estaba su jefe, el ángel bueno y el malo se lanzaron á él, el uno le detenia, el otro le impulsaba; pero su voluntad habia hablado y se hallaba delante de la cama de Manuel.

A la opaca luz de una lámpara colgada en la bóveda José contempló un instante al hombre por quien aquella misma mañana habia espuesto su vida; pero el crimen estaba cometido en su imaginacion y nada podia ya impedirlo; si ahora miraba á Manuel no era mas que para elegir bien el sitio en que habia de herirlo.

Su mano temblaba sin embargo; Satanás la condujo y se levantó y volvió á caer. Entonces un espantoso trueno se dejó oír, las nubes abrieron paso á un resplandor inmenso; el angel exaló un grito de dolor y se alejó; José, cayó sin sentido al suelo y Satanás dió una carcajada que resonó hasta en la profundidad de los infiernos.

Cuando el asesino volvió en sí, la tempestad habia cesado y todó estaba tranquilo. Al través de las aberturas de las rocas percibió la incierta luz del crepúsculo; su mirada se dirigió hácia su víctima; Satanás le mostró con

el dedo un saco de cuero que habia en el suelo; José lo cogió y metió en él la cabeza de Aguila; en seguida con una fuerza sobrenatural arrastró el cuerpo hasta el precipicio y lo arrojó con violencia. Tomando sin detenerse sus armas y algunas monedas, con el saco de cuero en la mano atravesó el sendero que daba salida á la cavidad en que estaba la gruta y pocos momentos despues se hallaba en el camino de Burgos.

Satanás le habia seguido.

Pasado los montes de Oca en un pequeño valle antes de llegar á Briviesca, se encuentran dos lagunas como de cincuenta pasos de circunferencia cada una, llamadas el pozo Blanco y el pozo Negro. Saliendo de Briviesca se presenta á la vista una hermosa llanura y algunas leguas despues está el pueblo de Monasterio.

En sus diferentes escursiones por los campos, José nunca habia pasado de este pueblo en direccion á Madrid. Como era aun muy temprano y no encontraba á nadie, el asesino que se habia apresurado á alejarse de las montañas, fué sorprendido desagradablemente cuando dejando á la espalda á Monasterio se encontró con tres caminos sin saber cual era el que conducia á la corte. Sentado sobre una piedra esperó mas de una hora sin que pasase un peñano á quien poder preguntar; viendo elevarse el sol, blasfemando de impaciencia tomó el saco de cuero, decidido á seguir cualquiera de las rutas, cuando al levantarse oyó una voz que le dijo:

—Toma el camino de enmedio.

José se estremeció; un sudor frio corrió por todo su cuerpo; sus cabellos se erizaron, sus dientes chocaron con violencia; acababa de reconocer la voz de Aguila. Por un movimiento natural volvió la vista al rededor, pero nadie habia mas que Satanás riendo, aunque invisible á los ojos del asesino.

—Yo soy loco á lo que veo, dijo para sí; mis oidos me han engañado.

En el mismo instante la voz se dejó oír, y José la escuchó á su pesar inmóvil de espanto:

—Toma el camino de enmedio, repito; pronto te hallarás en Burgos; no te detengas nada; sigue á pernoctar en Villarodrigo donde hay una buena posada; desde allí aun te faltan cerca de cuarenta leguas para llegar á Madrid; pero marcha de prisa, con ánimo, que diez mil ducados te esperan al termino del viaje.

José estaba atacado de un temblor convulsivo; quiso lanzar lejos de sí la cabeza á quien la justicia de Dios prestaba una voz aterradora; pero sus nervios estaban de tal manera contraidos que no pudo lograr abrir la mano con que tenia agarrado el saco de cuero; imposible le era dar un paso, pero Satanás le prestó vigor y el asesino una vez recibido el impulso marchó con resolución hácia Madrid. La voz continuó aun:

—Marcha, marcha; piensa en los ducados; mañana atravesarás sin detenerte Torrequemada, Dueñas, Cabezon é irás á dormir á Valladolid (1) magnífica ciudad y antigua corte de los reyes de España; no te detengas sin embargo; pasado mañana llegarás á Olmedo y al otro día al puerto de Guadarrama en cuya cumbre se dividen ambas Castillas; puedes avanzar hasta hacer noche en la venta de la Trinidad de donde solo te faltan cinco leguas y media para llegar á Madrid; en estando en esta villa preséntate al corregidor que al momento te entregará los diez mil ducados.

Y marchando sin descanso, impulsado por el demonio cuando le faltaban fuerzas, José destrozado de

(1) Sin duda en la época á que se refiere nuestra historia no estaba aun abierto al camino, que conduce á Burgos por Luitrago y Aranda, pues de estarlo es probable que siendo mas corto, la cabeza de Aguila, que tan entendida se muestra en esto de caminos y posadas no hubiese dejado de indicárselo á José.

remordimientos y sin saber lo que le pasaba llegó á Madrid. Cuando estuvo delante del corregidor, la evidencia de recibir el premio de su accion y de desembarazarse de la cabeza del bandido, alentó algun tanto sus fuerzas y cuando abrió el saco de cuero, pudo con bastante serenidad sacar por los cabellos la cabeza de Manuel y presentarla al magistrado para que compararse sus facciones con las señas que tenia del bandolero.

Hecha la comprobacion se entregaron á José los diez mil ducados y éste quiso dejar su terrible fardo sobre una mesa del gabinete del corregidor; pero en el mismo instante la cabeza que desde Monasterio habia permanecido muda, dijo:

—Oh! no, José, tu no puedes dejarme aqui; no debemos separarnos tan pronto, porque tengo aun muchas cosas que decirte.

El corregidor que habia visto moverse los lábios de Manuel, no pudo dudar que fuese la cabeza la que habia pronunciado estas palabras y lleno de asombro exclamó: «Jóven, tomad esa cabeza y alejáos pronto de mi presencia, pues de lo contrario os hago conducir á la inquisicion.»

José salió rápidamente, y lleno de angustia fué á hospedarse en una posada de la calle de Alcalá; solo en su cuarto convino en que era necesario concluir cuanto antes la penosa vida que llevaba hacia algunos dias y reuniendo sus fuerzas dijo, dirigiéndose á la cabeza:

—Manuel Aguila, supuesto que el eco de tu voz parece haber permanecido en tu cabeza para vengarse de mi crimen; respóndeme; ¿hasta cuando me perseguirás? ¿qué quieres hacer de mí?

La cabeza respondió:

—La otra tarde, José, cuando me despedí de mis compañeros, dije, bien te acordarás, que queria concluir mis dias en Valencia, mi pais, porque hay alguno en él que me espera; á Valencia quiero que me lleves; tu no podrás deshacerte de mí, y en vano lo has intentado en Monasterio; José, entre los dos hay un lazo misterioso y fatal que no puede romper ningun poder humano. Resuélvete, pues, á llevarme muerto donde vivo queria ir.

Cuatro dias despues José atravesaba el Júcar, camino de Valencia, siempre cargado con su fardo; estaba flaco y envejecido; su brazo derecho sobre todo que sostenia la cabeza de Manuel se habia quedado completamente descarnado; su figura y sus vestidos llenos de polvo ofrecian un aspecto tan asqueroso que cuantos lo miraban se alejaban de él haciendo la señal de la cruz; José, jóven arrogante y alegre algunos dias antes, se habia convertido en un viejo hediondo; cada dia de remordimientos vale un año de existencia, una arruga á la frente y una tortura al corazón.

—Animo, José, le dijo la vengativa cabeza, que ya vamos llegando; esta noche estaremos en Liria; las últimas leguas parecen siempre mas largas ¿no es verdad? ¿quieres que para entretenerte te cuente una historia?

El asesino no tuvo valor para responder.

—Antes que haya concluido habremos llegado sin duda al término de nuestro viaje.

Hace treinta años que yo tenia tu edad; como tú tenia una imaginacion ardiente, una arrogante figura y atrevidos pensamientos; como tú gustaba de que los ojos de las muchachas me mirasen con ternura; entonces me era yo bandido, vivia libre, alegre y feliz cultivando la tierra en esa rica huerta de Valencia; por el dia trabajaba y por la noche dormia tranquilo sin que la menor sombra de inquietud turbase mi sueño; los domingos, despues de misa, los pasaba bailando y diciendo amores á las jóvenes de mi edad, y muchas veces pensé que seria difícil existiese en el mundo un hombre mas feliz que Manuel Aguila. Un dia sucedió que vi por primera vez en el baile á una muchacha llamada Juanita, de negros

ojos, llenos de dulzura y de gracia; al siguiente domingo solo baile con ella, y dos meses despues el cura habia bendecido nuestro amor. Nada faltó á mi dicha; Juanita me dió un hijo en quien coloqué todas mis esperanzas de felicidad. Algunos años despues me vi precisado á ir á Madrid para arreglar varios negocios; parti, pues, recomendando mi hijo á su madre, y su madre á Dios. Antes que yo me casara con Juanita, la habia solicitado un rico hortelano llamado Ricardo, el cual viéndome preferido habia jurado vengarse y en efecto se vengó: durante mi ausencia hizo asesinar á Juanita, y el mismo dia que llegué á Liria hallé al entrar el entierro de la desventurada víctima; en cuanto á mi hijo habia desaparecido con Ricardo. La venganza que por mi parte tomé fue terrible, pero no te la refiero porque pienso que ya hemos llegado.

Era de noche; José se habia parado al concluir la boca de Manuel las últimas palabras y se halló en medio de un frondoso bosque de olivos, naranjos y limoneros, al extremo del cual se distinguía una pequeña eminencia, y en su cumbre una cruz negra de madera hecha pedazos; la luna que penetraba al través de los árboles, esclarecía con su luz melancólica y solemne este lugar triste y sombrío.

—José, dijo la inexorable voz, sácame de este saco; y el asesino obedeció.

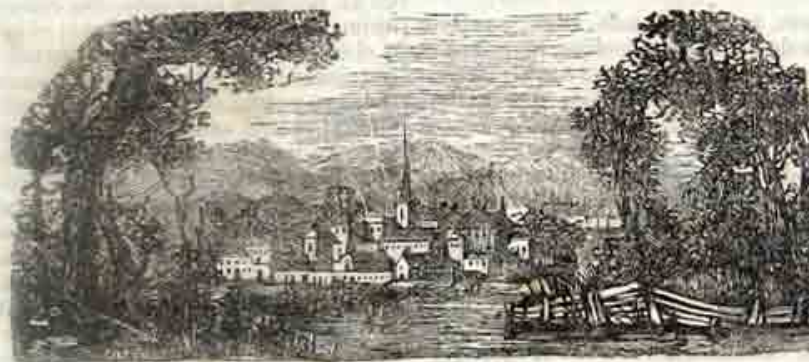
—Esta tumba, continuó la cabeza, es la de mi Juanita al lado de ella quiero reposar; tú has cumplido mi voluntad, pero aun te falta algo que hacer, es necesario que cubras la tierra y me sepultes en ella; en cambio de la vida de que me has privado, préstame los servicios de la muerte. Al fin, Juanita mia, vamos á reunirnos, vamos á dormir juntos el mismo sueño para no despertar sino el dia del juicio! Vamos, José, el último esfuerzo, colócame en ese hoyo que acabas de abrir... Bien, gracias... Ahora bájate porque la voz se me estingue.... Noches pasadas en la montaña te dije que tenia que hablarte y quiero que sepas ahora lo que iba á decirte entonces; bájate mas aun ... bien ... escucha.

Yo te recogí en Cataluña de las manos de Ricardo... tú eres mi hijo! Parricidal Maldito de Dios y de tu padre seas!!...

José cayó al suelo y la voz se estinguió. Satanás que no habia abandonado su presa, se apoderó de una luz rogiza que en el mismo momento arrojó el corazón del bandido, y se sumerjió con ella en la tierra.

Era el alma del asesino que habia disputado al angel Ariel.

GLORIAS DE ESPAÑA. (1)



DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR.

I.

Cuando la España llegó á ser la potencia mas floreciente y poderosa del antiguo mundo, la fue preciso descubrir otro nuevo, en el que estendiese su dominio y la fama de sus glorias. Los dos magnánimos pueblos de la península, animados entonces del mismo entusiasmo, cruzaban los mares, atravesaban regiones desco-

nocidas é intentaban penetrar hasta en la última morada del hombre. Mientras que los portugueses, siguiendo á Vasco de Gama, doblaban el cabo de las Tormentas, exploraban los mares de la Persia y de la China y estendian los limites del mundo conocido, los españoles, siguiendo el camino trazado por Colon y Cortés, avanzaban denodados por un mundo desconocido para registrar sus abismos mas recónditos. El valor de los españoles no podia estar ocioso: amaestrados largos años en una lucha á muerte contra el poder mahometano, se hallaban dispuestos á acometer las mayores empresas y á volar presurosos donde pudiesen dar heroicas pruebas de su audacia y su constancia. El espíritu conquistador habia cambiado entonces de forma y no habiendo ya en España moros que vencer, iban á buscar nuevos enemigos sobre el continente americano que ofrecia vasto campo á sus descubrimientos y grandioso teatro á sus victorias.

A esta porcion aguerrida de aventureros españoles, pertenecen los que en el año de 1513, cruzaban los campos del Darien: unos pocos hombres animosos, que sabian aguantar la fatiga y despreciar los peligros, sin mas

(1) Bajo este epigrafe nos proponemos insertar minuciosamente algunos artículos histórico-novelescos, cuyo objeto será reproducir los rasgos heroicos, hazañas notables y empresas caballerescas, sin que tanto abunda nuestra historia, sin alterar la verdad en el fondo de los sucesos y usando solo de la libertad de novelistas en la expresion, en los incidentes episódicos y en los diálogos introducidos para animar la escena.

designio que el de hallar comarcas nuevas, ricas y afortunadas donde desplegar su valor. Tal confianza en él tenían, que ansiosos de ser siempre los primeros, avanzaban seguros de que su nombre y sus armas les habian de asegurar el dominio en todas partes. Ni les acobarda el frío, ni les detiene el ardiente calor, ni les ahoga el polvo fino y sofocante que sus pies levantan en el desierto. No saben si perecerán de sed y cansancio en la llanura ó si quedarán enterrados en algun remolino de arena levantado por el huracan; pero saben y de seguro, que de un momento á otro pueden verse rodeados por enemigos, incomparablemente superiores en número, habituados al clima del país, dotados de fuerza extraordinaria y estatura colosal. Avanzan sin embargo, y cansados ya de mirar arena y no encontrar alma viviente, solo ansian hallar hombres, sean de la especie que quieran, que si vienen como enemigos poco les importa su número y su fuerza.

Una tribu indígena y guerrera viene al fin á satisfacer los deseos de los españoles, saliéndoles al encuentro y haciendo alarde de su poderío, intenta estorbarles el paso. Los indios inmemoriales poseedores de aquel territorio, miraban con asombro la invasion de aquellos advenedizos é ignorantes aun del efecto formidable de sus armas, salen á desafiarlos con sus arcos y flechas. Los españoles, antes de acometer, querian probar medios de conciliacion y los que habia mas hábiles en el modo de entenderse con los indios, pasaron entre ellos á ofrecerles paz y proteccion; les esplicaron el objeto de su marcha y aun insinuaron la idea de un Dios verdadero entre aquellas gentes idólatras. Solo sirvió este anuncio para enfurecerlos, en particular á los que hacian de sacerdotes y magos.

«Si vosotros, decian, tenéis un solo Dios, nosotros tenemos muchos y ni de él, ni de vosotros necesitamos para proteger nuestro territorio:» despedidos los mensajeros, era forzoso acometer á los indios, que se habian resguardado en los sitios mas ventajosos y tenian ademas distribuido su ejército por toda la campiña. Aleuados con las predicciones lisongeras de sus magos, que en nombre de los dioses les prometian la victoria, salian confiadamente de las filas, desafiaban á los españoles, los insultaban, y blandiendo sus hachas de piedra, sus enormes clavos, incrustadas de puntas de pedernal y de obsidiana los llamaban al combate. Mas, cuando la primera descarga de arcabuceria tendió sin vida á los mas osados, cuando sintieron los crudos golpes de las espadas castellanas y vieron que aquellos pocos hombres revolvián con denuedo y abrian ancho camino por entre su apiñada multitud, un pánico terror se apoderó de todos ellos. Llenos de espanto y consternacion, huían cual fugitivo rebaño, dando horribles alaridos y diciendo que sus dioses los habian desamparado. Otros, implorando la clemencia de los enemigos, se contemplaron dichosos en reunirse al ejército vencedor.

Ningun obstáculo se presentaba ya á la expedicion de los españoles; pero antes de continuarla y llevar á cabo su empresa, determinaron elegir un gefe superior cual ella requeria, y la eleccion recayó en Vasco Núñez de Balboa. Era este un hombre robusto y marcial de treinta y ocho años de edad que habia pasado á América á consecuencia de su horrascosa juventud en la península, y que se habia distinguido por su valor en todos los encuentros con los indios. Viéndose aclamado por sus compañeros, y sintiéndose capaz del grado á que le destinaban, aceptó con entusiasmo, ordenó su pequeño escuadron, en que se contaban ciento noventa soldados útiles, y en 1.º de setiembre de 1513 partió á seguir sus conquistas, diciendo á los soldados: Yo os mostraré esa comarca rica y afortunada que buscáis. Compañeros, imitad mi ejemplo, seguidme, y fijaremos el pendon

de Castilla en el confin mas remoto del suelo americano.

II.

Veinte y cinco dias llevaban los españoles de una marcha penosa por páramos inhabitados, donde ni un pájaro cruzando los aires, ni un cuadrúpedo pisando la tierra, venian á interrumpir el silencio y la monotonía de aquella naturaleza muerta. No es dable referir cuanto sufrieron por la intemperie de las estaciones, por el hambre, la sed y la fatiga. Al despuntar la aurora, el frío los penetraba; pero luego subia el sol en el cielo hasta ponerse casi perpendicular sobre sus cabezas, y entonces la inmensidad del desierto se convertia en un mar de fuego, la reverberacion de la arena á los rayos del sol, deslumbraba su vista, el calor y el polvo ardiente secaban su garganta provocando una sed continua. Algunos soldados perecieron en la llanura antes de encontrar señales de agua y vegetacion en que pudiesen refrigerarse; pero los mas al cabo de tantas fatigas, llegaron á los primeros ramales de la cordillera de altas montañas, cuyas cimas habian descubierto desde muy lejos cerrándoles el paso al occidente. Allí el viento alivaba con su frescura, y no faltaba agua ni vegetacion; pero en cambio, el suelo empezaba á ser negro y pedregoso, y tenian delante de sí aquella barrera formada de peñascos inaccesibles y rocas formidables que era preciso escalar. Tantos obstáculos y tan repetidas privaciones, habian no solo debilitado las fuerzas de los guerreros, sino hasta disminuido su entusiasmo. El desaliento empezaba á cundir en la expedicion, y Balboa mismo procuraba acallar dentro de sí el disgusto y el temor á vista de tantos peligros, y la incertidumbre de un próspero resultado. Sin embargo, él era quien mas animaba á soportar las fatigas, el primero en todas ellas, y el último en disfrutar el descanso que la suerte proporcionase. Llegaba la noche y cuando los soldados rendidos se entregaban al reposo, olvidando sus cuitas en el sueño, él solo velaba sin despojarse de su ropa y sus armas. La misma noche que durmieron en la montaña, cuando ya todos se habian acomodado sobre el áspero terreno, Balboa aun permanecia sentado en la roca y tan inmóvil como el peñasco en que apoyaba su brazo. Contemplaba desde allí todos los hombres que tenia á su cargo, se ocupaba de su suerte, y de la suya propia, y una singular tristeza se apoderaba involuntariamente de su ánimo. Rendido al fin del cansancio reclinó la cabeza sobre el brazo, y apenas cerró los ojos, y el sueño empezó á dominarle, cuando sintió estremecerse los hondos cimientos de las montañas. Apareciósele despues entre una resplandeciente aureola de luz la imagen del valeroso Hernán Cortés. Venia el héroe armado de pies á cabeza; pero la visera del casco levantada permitia contemplar su semblante agradable y magestuoso. A su lado pendia la espada vencedora en Tabasco y en Tlascalá, á sus espaldas se elevaba un ancho trofeo de diferentes armas mejicanas y bajo su pie derecho se veia arrollado el estandarte cogido en la batalla de Otumba. Balboa sobreecogido, contemplaba al célebre guerrero con religioso temor cuando este le habló así.

—No desmayes, intrépido Balboa, cuando ya estas próximo á ver realizados tus designios. Sirvante de estímulo las dificultades, porque el éxito glorioso va á coronar tus nobles afanes. Mañana te se ofrecerá el admirable espectáculo que ningun europeo ha disfrutado todavía. El cielo ha reservado á los españoles la gloria de introducir la civilizacion y la cultura entre estas naciones bárbaras, de aniquilar esos altares inundados en sangre humana, disipando las tinieblas de la idolatria con la clara luz de la verdadera religion. Algun dia recompensará el nuevo mundo con la mas odiosa ingratitude, esta regeneracion social que debe á nuestra patria y los envidiosos enemigos del hombre español, mancharán con negro

colores y atroces columnias, la fama de nuestras conquistas: pero nosotros llevaremos á dichoso término nuestra misión decretada por el Eterno.

Desvaneciase la magestuosa sombra, y Balboa queriendo contestar, hace un esfuerzo que le despierta des-pavorido. Se levanta, dirige sus miradas al rededor: todo estaba en silencio; pero á él le parecía tener aun delante la misteriosa aparicion. El corazon le palpitaba con violencia, un nuevo vigor le anima, y siente correr por sus

venas el fuego del entusiasmo. Todavía brillaban las estrellas en el cielo, y no se presentaba en el horizonte la banda de púrpura precursora del día; pero él necesitaba comunicar á los demas el ardor y las sensaciones que le agitan. El clarin de guerra resuena repetido por los ecos de la montaña y dá la señal de partida. Los soldados, siempre sumisos á la voluntad de su gefe, obedecen á esta señal y se ponen en marcha á pocos instantes.



III.

Mudos é inmóviles de asombro y admiracion quedaron Balboa y sus compañeros, cuando al poner el pie sobre la cumbre de las altas montañas de Panamá, descubrieron un segundo océano que cubria la mitad de la tierra.

¡El mar!... el mar!!!

Esta exclamacion fue general, despues hubo momentos solemnes de silencio, durante los cuales permanecieron absortos los españoles, contemplando desde aquella altura y tan lejos como su vista podia alcanzar, la inmensidad de agua del *mar del Sur*, limitado por la bóveda del cielo, que allá á lo lejos aparentaba bajar á encontrarse con las aguas. Era aquel un delicioso espectáculo: la mañana estaba en calma, el cielo despejado y nada interrumpia el silencio de la naturaleza. El sol elevándose por el oriente producía un magnífico reflejo de luz en la azulada superficie y las olas rizadas, por la brisa, venían suavemente avanzando unas tras de otras hasta fenecer en la base del gigantesco pedestal que sostenía á los españoles.

El primer movimiento de Balboa, fue hincar una rodilla en tierra para dar gracias al Omnipotente, cuyo acto religioso fue imitado por todos los soldados de la expedición y hasta por los indios agregados á ella, que inclinaron cuán poderoso deberia ser aquel Dios desconocido, al ver que unos hombres tan formidables se humillaban en su presencia. Todas las penas de los españoles habían desaparecido á vista de aquel cuadro admirable: las fatigas del viaje, las privaciones, las borrascas sufridas, ya se habían olvidado y la alegría reinaba en todos los corazones. Eran felices, porque habían llegado á un término digno de sus afanes, porque habían dado pruebas

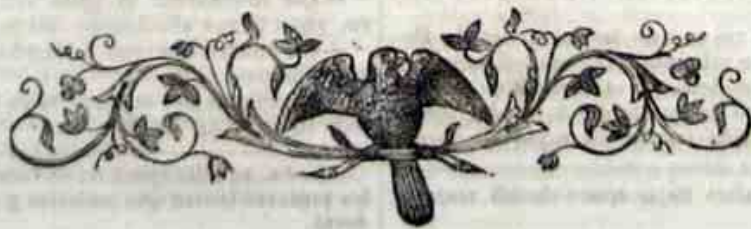
de valor y constancia. ¡Feliz día aquel, en que así lo-graban aumentar la nombradía de los magnánimos hijos de la España!

Impaciente Balboa por tomar, según la usanza de la época, posesion de aquel ignorado mar y tremolar la enseña de su rey en el seno de las aguas, emprendió la bajada siguiendo los declives de la montaña. Esta marcha que de suyo era menos fatigosa, se hacia aun mas llevadera con el júbilo de los soldados. Conforme iban descendiendo, también el mar iba desapareciendo por grados hasta que le perdieron totalmente de vista, precisados á dar vueltas por entre las quebras de la montaña para hallar senderos menos fatigosos. A poco camino empezaron á sentir el aire fresco del mar, á escuchar el sordo y prolongado murmullo de sus olas y á ver las matas de juncos y las conchas esparcidas por la arena. Al llegar á la playa Vasco Nuñez de Balboa en presencia de españoles y de indios entró en el agua hasta la cintura, armado conforme se encontraba y sacando la espada dijo en voz alta estas palabras:

—Tomo posesion de este nuevo mar, en nombre de la corona de Castilla. Compañeros, nuestros brazos y espadas sabrán conservar su dominio.

A estas palabras responden los entusiastas vivas de los circunstantes: aclamaciones que repetidas por los ecos iban con las ondas removidas por Balboa á perderse en las apartadas costas de la India y de la China, donde los portugueses con sus descubrimientos ayudaban también á cambiar la faz del universo. Los cantos de alegría y los cantos de triunfo de los dos belicosos pueblos de la península se correspondían entonces de orilla á orilla cruzando en alas del viento el mar desconocido.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.



ESTUDIOS MORALES.

LOS DOS HUÉRFANOS.

I.

En Breughel, pueblo situado en las cercanías de la ciudad de Breda, vivía un pobre niño campesino, sin padre ni madre y que se mantenía á espensas de la caridad pública: pero esta caridad era tosca, grosera y desprovista de amor: casi siempre cuando daban un pedazo de pan á Pedro, que este era su nombre, le echaban en cara el que no supiera ganárselo. Débil, raquítico, continuamente enfermo, bien necesitaba el pobre niño de las caricias y tiernos cuidados de una madre que lo meciera sobre sus rodillas, que lo calentase con sus besos, que lo durmiera cantándole, que por las noches lo arropara con una buena manta y abrigase sus piecitos frios con una mollida almohada de plumas. Pero ¡ay! lejos de eso, considerábase el pobrecillo muy dichoso cuando por piedad y á fuerza de importunas súplicas le dejaban pasar la noche sobre la paja de una traja: cuando el mozo del corral le permitía partir con el perro los huesos y relieves de su cena. Mas de una vez quiso hacer Pedro lo que los demás campesinos de su edad y ganarse la vida con su trabajo. Encorbado sobre las mieses de trigo quería escardar, es decir, arrancar las yerbas malas; pero pronto, después de esta tentativa, el sudor bañaba su rostro, agudos dolores retorcian su delicado cuerpo y caía desmayado. Entonces las gentes se reían de él, mofábase de su debilidad, llamábanle por burla el *señorito*, y él se levantaba sufriendo física y moralmente, abrumado de vergüenza y lleno de desesperación.

Sin embargo le era preciso vivir; necesitaba en defecto de los campesinos, captarse la benevolencia de sus mugeres que son siempre mas caritativas. Para lograr este objeto ideó grabar groseramente en la corteza de los árboles imágenes de vírgenes y santos. En la aldea de Breughel fueron muy alabadas estas cinceladuras del niño y le valieron pan suficiente para no sufrir los tormentos del hambre, y bastantes escalines (1) para comprar papel, pinceles y colores. El cura de Breughel se encargó de comprar él mismo estos útiles en Breda. Luego que Pedro estuvo en posesión de todos estos tesoros, púsose á pintar desde la mañana á la noche y estableció su obrador en un rincón de la cocina del cura, que unió á todas sus liberalidades el préstamo de una mesita y de un taburete. Las pinturas de aguada de Pedro gozaron pronto de una grande reputación, no soto en Breughel, sino en todos los pueblos de la comarca; el jóven artista compró con el producto de su trabajo buena ropa de abrigo, alquiló un chiribitil en el pueblo, compró una cama y tomó para su servicio á una anciana mendiga que por su avanzada edad no podía ganarse su sustento trabajando.

Un vecino de Breda vió una de las imágenes de Pedro, admiróse de que un niño pudiera hacer dibujos tan lindos sin maestro, sin modelo, sin otras ideas de pintura que las que habia tomado de una liblia de vitela, toscamente iluminada: comprole cuatro estampas de santos

y le invitó á que se las llevara él mismo á Breda. No desperdió Pedro la favorable coyuntura que se le ofreció de ver una ciudad, pues hasta entonces solo habia visto su lugar, y se trasladó á Breda. Su desconocido protector le dió de comer en su propia mesa y lo llevó á la iglesia para que admirase los cuadros que en ella habia.

Al verlos no pudo menos de estasiarse y preguntarle de que modo se hacian esas pinturas tan grandes, tan brillantes y permanentes.

—Nada sé, le contestó su conductor, pero he oido decir que esto se hace con colores preparados al óleo, y que se trasladan á un lienzo estendido (1).

El niño examinó escrupulosamente los cuadros, volvió al siguiente dia á la iglesia y pasó ocho dias meditando en ellos. Al cabo de este tiempo compró todo lo que necesitaba, volvióse á su lugar y un mes después llevó al vecino de Breda un cuadro al óleo. Habia inventado el procedimiento maravilloso de esta pintura asi como en otro tiempo lo hicieron los hermanos Van-Dyck, y sin embargo no era químico como ellos; lejos de eso, no sabia leer ni escribir y solo contaba diez y seis años de edad.

Aunque el vecino de Breda no era mas que un simple tratante en cuadros, comprendió todo lo que habia de maravilloso en aquella creación del niño, tomó por él un verdadero y vivo interés, y resolvió emprender con su protegido el viaje de Breda á fin de presentarlo á un pintor que gozaba entonces de una gran reputación y que se llamaba Peters Koeck. Este animó al huérfano, dióle un aprendiz durante cuatro años, encargándose de mantenerlo, instruirlo y hospedarlo con la condición de que su discípulo trabajaria bajo sus órdenes, y le ayudaría en sus obras, dejándole el producto de todas las pinturas que hiciera en su casa. Pero para esto era preciso que Pedro abandonase á la anciana muger que habia sacado de la miseria, la única criatura en el mundo que habia amado y de quien habia sido amado. No se sintió con fuerzas para arrostrar semejante sacrificio, y se contentó con prolongar un mes su estada en Breda. Durante este espacio de tiempo aprendió á leer y escribir haciendo tales progresos que no pudieron menos de sorprender á su maestro. Cuando volvió á Breughel leía tan bien como el cura y principiaba á escribir mas que medianamente. Como quiera que los gastos de sus viajes habian agotado su reducido peculio, recurrió de nuevo á la pintura, envió quince ó veinte cuadros al tratante en cuadros de Breda, y emprendió uno mucho mayor que los demas, que representaba una disputa burlesca entre Cuaresma y Carnaval. Luego que concluyó esta obra se restituyó á Breda, á pie y con su lienzo debajo del brazo. En el camino se encontró á un caballero jóven, ricamente vestido, á quien seguian un viejo hidalgo y tres criados.

—Ola muchacho! le gritó sin ceremonia el caballero, ¿qué llevas ahí debajo del brazo?

—Un cuadro que voy á vender á la ciudad, replicó el campesino.

—Enséname ese cuadro; si es bueno te evito el trabajo de ir hasta Breda.

(1) Moneda de los Países Bajos que vale dos reales y medio de vellón.

(1) En aquella época no se vendian colores preparados: los pintores tenían que molerlos y mezclarlos en sus obradores.

Pedro dió su cuadro al caballero. Este lo examinó largo tiempo y con minuciosa atención, preguntando en seguida á Pedro:

—¿Quién te ha mandado ir á vender este cuadro y cómo te han dado una comision tan importante?

—Nadie mas que yo me he encargado esta comision, porque el cuadro es mio.

—¿Tuyo? y como eres poseedor de una rosa de tanto precio? continuó severamente el caballero. O mientes ó eres un ladron.

—Ni lo uno, ni lo otro, caballero. Este cuadro es obra mia y por eso voy á venderlo al maestro Jacobo Eleas, tratante en cuadros, que me dará por el un monton de oro.

—No me engañas con semejante embuste. Esta obra maestra no puede ser de un niño, de un rústico campesino. Aun suponiendo que pudiese ser así, aun admitiendo tu estúpida historia, si fueses el autor de este cuadro sabrias que en lugar de un monton de oro vale ciento. En España, donde se encuentran muchos cuadros del mismo maestro, no se pagan menos del precio que te digo.

—¿Qué me decis? exclamó Pedro estupefacto.

—Este lienzo no tiene, es verdad, el nombre del pintor, como los que yo he visto; pero es facil conocer que es obra del mismo artista. Ningun otro posee esa vivacidad de composicion, esa verdad de dibujo, esa fuerza de colorido. Indudablemente este cuadro es de Breughel.

—Pero, caballero, si no me llamo Breughel, sino que residido en el pueblo que tiene este nombre; facil es que el maestro Eleas haya puesto el nombre de mi pueblo como una firma de pintor en los cuadros que le he vendido. Os juro que yo soy quien ha pintado el que teneis en la mano.

—Y has pintado tambien la *torre de Babilonia*?

—Tambien la *torre de Babilonia*, si señor, y el *martirio de los Inocentes*, y la *conversion de San Pablo* y la *Misa de aldea*.

—Siendo así, replicó el caballero, toma doscientos montones de oro que te doy por este cuadro, vuelve á tu pueblo, quiero acompañarte y ser tu discípulo un mes ó dos. Te daré por mi aprendizaje quinientos montones de oro.

—Virgen santa! no os barleis de mí, caballero, ¿cómo queréis que crea en tan ricas ofertas y que no piense que os estáis riendo de mí?

—Don Luis Quijada, dijo el caballero volviéndose hácia el viejo escudero que le seguia, dad á este muchacho los quinientos montones de oro que le ofrezco y pedidle en cambio un recibo por medio del cual reconozca que me debe sus lecciones durante dos meses.

—Durante dos meses! exclamó el viejo, Sr. D. Juan; considerad que hemos recibido la orden de viajar por los Países Bajos, y que no es viajar permanecer dos meses enteros en un villorrio y en casa de un pintor de cuadros.

—Don Luis Quijada, replicó el joven caballero, ya os lo he dicho cien veces: cuando querais que crea y obedezca á las pretendidas órdenes que me alegais sin cesar para obligarme á ceder á vuestros caprichos, es preciso que me expliquéis de donde dimanán estas órdenes. Os he seguido á los Países Bajos, no porque me haya conformado con la voluntad anónima que me habeis indicado, sino porque así era mi gusto, ó me era de todo punto indiferente. Ahora me viene en gana ir á Breughel y permaneceré allí dos meses pintando; iré, me quedaré y pintaré. Podéis, pues, decir á nuestros criados que os quedais en Breda; dadles las órdenes necesarias para mi estada de dos meses en el pueblo.

El viejo, despues de otras largas observaciones concluyó por ceder, y el caballero y Pedro tomaron el ca-

mino de Breughel. Durante el viage entabló D. Juan conversacion con su compañero y no tardó en notar en él un talento perspicaz y despejado, verdaderamente inesplicable en un campesino. No fué menor su admiracion cuando entró en casa de Pedro, cuando vió la pobreza de su habitacion y examinó las obras maestras bosquejadas del artista. Hizo desalojar á precio de oro, á los demás inquilinos de la casa, dió orden á sus criados, que llegaron algunas horas despues que él, para que la adornasen y la amueblasen convenientemente, y transformó aquel chiribitil en un lugar habitable, que parecia un palacio á Pedro y sobre todo á su ama de gobierno. Esta se frotaba los ojos á cada instante para asegurarse que no dormia y que un sueño no la engañaba con sus doradas ilusiones.

II.

Pronto una tierna amistad unió á los dos jóvenes. Mientras que Pedro enseñaba á Juan los secretos de su arte y le referia como habia llegado á ser un gran pintor sin saberlo, Juan le contaba las aventuras y los misterios, no menos estraños, de su vida inesplicable. Nacido en Ratisbona, habia sido criado y educado bajo la custodia y esmerada solicitud de D. Luis Quijada y de una vieja dama alemana que se llamaba Bárbara Blomberg. Desde la cuna se habia visto rodeado de la mas fausta opulencia; sus menores caprichos eran órdenes para su nodriza, así como para su ayo, se prodigaba el oro para satisfacer sus menores antojos. Cuando querian que hiciera alguna cosa, le hablaban de órdenes emanadas de personajes desconocidos que debian ejercer sobre él una omnipotencia sin restriccion, y si preguntaba los nombres de estos seres misteriosos, callaban y le recordaban la orden de guardar silencio.

—Esto me pone triste y me hace muy desgraciado, añadió; daria mi fortuna y mi lujo, consentiria en vivir como el mas obscuro de los campesinos, por tener una madre á quien amar, por poder abrazar á un anciano y decirle: «Padre mio.» Tan loco é insubordinado como soy ahora, seria docil y sumiso delante de aquellos que pudiesen llamarme «Hijo mio.» Pero estas son felicidades á las que debo renunciar para siempre, suspiró enjugándose una lágrima; mi ayo me lo ha dicho y me ha prohibido ademas que trate de penetrar los tristes secretos de mi nacimiento. Si tu quieres Pedro, seras mi hermano, seras mi familia, con tu auxilio llegaré á ser un pintor célebre, y la Europa admirada repetirá con entusiasmo los nombres unidos de los dos huérfanos Pedro y Juan La gloria, oh Pedro! este es el sueño abrasador de mis dias y mis noches. Dar lustre á mi nombre desconocido, revestirlo de esplendor, ennoblecerlo con la fama, ganarme el blason y la familia que me ha negado el destino, conquistarme un escudo de armas y legarlo á mi familia, ser el primero de mi raza, puesto que no soy el vástago de ninguna, hé aqui lo que quiero, hé aqui lo que el arte hará quizas por mí. Tu no eres mas que un mendigo, un huérfano, un campesino, y la España y los Países Brjos admiran y repiten tu nombre. Todo esto lo debes al arte y al genio.

Pues bien quiero llamar como tu en mi auxilio al arte y al genio. No tengo que luchar con los inconvenientes de la pobreza, es decir tengo andado ya la mitad del camino; tu me ayudarás á andar la otra, ¿no es verdad, hermano mio? V tomó las manos de Pedro y los dos se juraron una amistad eterna y sin limites.

Una mañana un correo cubierto de polvo y que viajaba en los hijares de su caballo sus espuelas ensangrentadas, preguntó por D. Luis Quijada y le entregó unos despachos. Tan luego como los hubo leído manifestó una alegría que casi rayaba en delirio y corrió en busca de D. Juan.

—A España! esclamó, á España! es menester que nos volvamos á nuestra patria no perdamos tiempo, venid, D. Juan, venid.

—No puede ser. Todavía tengo que permanecer en Breughel dos meses, despues de los cuales partiré para Italia.

—Virgen Santísima! ¿Qué decis? No partir para España al instante sería atraer sobre nuestras cabezas desgracias sin cuento.

—¿Y qué me importa? me es tan dulce la vida que no merece la pena que la arriesgue por un capricho?

—Seguramente, replicó Quijada, podeis disponer de vuestra cabeza pero no de la mia..... no! eso sería pagar muy mal los cuidados que os he prodigado desde vuestro nacimiento. Así que, sino marchais hoy mismo á España, heridme con vuestra daga, me hareis un gran servicio, abreviareis mi agonía.

D. Juan no pudo ver sin emoción las lágrimas y la desesperación del viejo Quijada.

—Vamos pues, dijo, partiré, ¿Pero quien soy yo ¡Dios mío! para que unos personajes tan poderosos y tan temibles se mezclen en todo lo que hago y dejo de hacer?

—Si mis esperanzas no me engañan todos esos misterios van á aclararse con nuestro regreso á España.

—Pues bien, exclamó Juan, marchemos. Ahora soy yo quien apresura el momento de la partida. Pedro, tu me acompañarás ¿no es verdad? Un cambio feliz ó desgraciado va á ocurrir en mi destino, es preciso que tú participes de él, hermano mio.

Pedro por toda respuesta, apretó la mano de Juan y dió á su vieja ama de gobierno, que lloraba amargamente, la orden de prepararlo todo para el viage.

Los viajeros no tardaron mucho tiempo en llegar á Valladolid, porque D. Luis Quijada derramaba el oro á manos llenas y rebentaba los caballos para ganar algunas horas. Próximos á entrar ya en la ciudad y cuando atravesaban una floresta que la precede, encontraron la cañerías. La turbación de D. Luis Quijada llegó entonces á su colmo, parecía casi loco.

—Pié á tierra muchachos! pié á tierra! arrodillaos! que aquí viene el rey! Por Dios, daos prisa, y dándoles el ejemplo, se arrodilló. Pedro y Juan le imitaron.

No tardó el rey en aparecer. Vió á don Luis Quijada y se dirigió á Juan.

—Sois vos D. Juan? dijo.

—Si señor.

—Os he conocido por las facciones de vuestro padre. ¿Sabeis quien es?

El rubor encendió el rostro de D. Juan.

—No señor, pero si vos lo sabeis, en nombre del cie-

lo y por vuestro glorioso padre el gran Carlos V, dignaos decírmelo. Este es un acto de caridad que los ángeles os premiarán en el cielo porque todos los dias en mis oraciones les pediré que os bendigan.

—Levantáos, jóven, vuestro padre es ilustre; es el mío, es el emperador Carlos V, eres mi hermano.

D. Juan pensó morir de alegría y de sorpresa.

Levantáos Sr. D. Juan de Austria. Señores, deseebrios delante del hermano del rey. Y enlazando el brazo con el del jóven le condujo á palacio.

En medio de su alegría y de su entusiasmo, D. Juan no se olvidó de Pedro, volvió la cabeza hacia él y le hizo una señal con la mano.

—Al siguiente dia fué á buscar al pintor en casa de don Luis Quijada, quien se habia apresurado á ofrecerle la hospitalidad al amigo de D. Juan.

—Hermano mio, le dijo, tú me ves triste en medio de mi grandeza, porque el rey quiere que reciba los órdenes, pues dice que así lo exige la política de España. Pero ni la púrpura del cardenalato, ni la tiara misma podrán tentarme. En los campos de batalla es donde quiero servir á mi hermano, con la espada del emperador mi padre quiero solamente merecer la honra de ser su hijo. Yo suplicaré tanto al rey que no tendrá mas remedio que acceder á mis deseos.

En efecto, no tardó en obtener de Felipe II el honor de marchar contra los moros rebeldes. El dia en que partió para tomar el mando del ejército imperial, Pedro Breughel, pues el pintor flamenco habia tomado el nombre de su pueblo, escrito en otro tiempo en sus primeros cuadros por el vecino de Breda que los esplotaba, tomó el camino de su querida Flandes. Despues de haberse hecho rico, merced á su talento y á la munificencia de Don Juan de Austria, fijó primero su residencia en Amberes y despues en Bruselas; casó con la hija de Peters Koeck, jóven de rara hermosura, y murió en una edad avanzada dejando dos hijos herederos de su nombre y de su gloria: lans sobre todo, conocido con el nombre de Breughel de Velours, adquirió una gran celebridad. El hermano de este último, Breughel de Enfer, se conquistó igualmente mucha nombradía.

Pedro Breughel fué un pintor cuyo estilo franco y fuerte colorido alabó mucho Rubens. Frecuentemente lo proponia como modelo á sus discipulos, y se complacia en decir á Teniers, que en efecto recuerda algo la manera del pintor campesino. «Tu seras mi Pedro Breughel»



ESTUDIOS HISTORICOS.



CARLOS EL MALO.

I.

Al anoecer del 25 de octubre del año de 1356, tres hombres salieron misteriosamente de una choza de pescadores, colocada en medio de las lagunas de Brunemont. Uno de los hombres, acercándose a un grupo de saúces poco distante de la cabaña, desató dos caballos andaluces que allí pacían tranquilamente ocultos a la vista de los pasajeros detrás de enormes montones de cesped, y se los llevó a los otros dos que montaron prontamente. El espolista guió hacia un sendero que empezaba cerca de la cabaña, y los dos ginetes despues de haberse embuzado y echado las caperuzas, le siguieron en silencio refrenando el paso de sus caballerías. Asi caminaron algun tiempo por senderos estrechos, tortuosos y cubiertos de maleza, hasta que uno de los caballeros levantando la cabeza, que llevaba caída sobre el pecho, como hombre entregado a sus reflexiones, miró al guia de una manera indecible, gritándole de pronto:

—Hola! perseguidor de anguillas, mirame!

El pescador se estremeció y volvió la cara.

—Has entendido bien?... Un buen Carlos de oro, si antes de una hora llegamos sanos y salvos al bosque de Oisy; diez raspaduras con este punzon si nos llevas a algun laberinto.

Al dadir esto hizo brillar la boja damasquina de una daga que llevaba bajo la capa: cosa que hizo estremecer

Marzo 25 de 1843

al villano y no le dejó contestar. Los dos ginetes le siguieron hablando en lengua estrangera y su aire sombrío y taciturno, la prisa que se daban a espolear sus corceles, el misterio con que hacian su caminata, el silencio de la noche y ademas el silvestre aspecto de los pantanos por donde iban, les daban un no se qué de siniestro y satánico que hacia muy natural el terror de un alma superstitiosa como la del pescador de Brunemont. Ya atemorizado por las promesas que le hacian, apretó el paso; pero conforme crecia su miedo se aumentaba tambien la rapidez de su marcha é inundado de sudor caminaba siempre sin atreverse a volver la cara, mientras que los caballeros creyendo aquella presteza hija de su celo, avivaban por su parte el paso de sus caballos lo que no hacia mas que aumentar el espanto del pobre pescador.

La última claridad del dia habia desaparecido; el toque de oraciones sonaba en todos los campanarios de las cercanías y húmedos vapores empezaban a levantarse de las lagunas, ocultando poco a poca a la vista las aldeas, los caserios, las chozas de pescadores, las hornaguerras, las matas y juncos del camino. En lontananza algunas luces brillaban por aqui y acullá en las ventanas de las posesiones solitarias; en fin, la noche quedó pronto obscura y profunda.

—Por Santiago de Compostela, señor Rodriguez, dijo a su camarada el caballero que iba delante (porque la senda era ya estrecha para ir dos de frente) que ni veo ni oigo a ese gato montés que nos guiaba por entre los pantanos y que hace poco trotaba de lo lindo.

—Se nos habrá escapado, Hernando?

—No, Rodríguez, no: el rufián no tiene resolución para tanto. Habrá tomado la delantera... si corre como una liebre seguida de perros!

—¡Hol! he! Ghislán, ó como te llamas, ¿a donde estás? Te has metido en ese estanque para remojarte?

—Piedad, señores, piedad! dijo el villano, que se había vendido de fatiga al pie de los caballos. Acabo de ver la *lucécilla* (1) allá bajo, allá bajo, á la derecha, hacia Forestel. Mirad... allí está todavía: es un alma del purgatorio!... Ay! señores míos: somos perdidos! No demos un paso mas, porque la *lucécilla* no tardará en deslumbrarnos para precipitarnos con ella en las *simas*.

Al decir estas palabras, Ghislán se quitó temblando su casquete de piel de nutria y santiguándose empezó á rezar un *padre nuestro*. Los ginetes tiraron de la rienda á sus caballos y mirando fijamente á la derecha, vieron á lo lejos un resplandor rojizo y vacilante, parecido á los fuegos fatuos que se ven en las lagunas; sin embargo el efecto de aquella luz era extraordinario y mágico, porque se eclipsaba, brillaba súbitamente, se acercaba, se ocultaba de nuevo y luego aparecía mas lejos.

—Sea visión terrestre ó sobrenatural, interrumpió brevemente don Hernando de Ayala, ser viviente ó animo en pena, nada debe, ni puede detenernos en este momento!

—No, ciertamente, replicó Rodríguez de Errea, el tiempo es muy precioso para que nos estemos embobados mirando una luz que se pase sola por los pantanos. Vamos, si han, levántate y avanza, porque si dentro de una hora no estamos fuera de estas tierras, puede que te quite algunos ojitos con mi daga en tu zamarra de castaño.

El albrano se enderezó y quiso continuar la ruta: pero lo que había visto y oído le había aturrido de tal manera, que después de haber andado á la ventura en la obscuridad, se encontró perdido. No atreviéndose á decirlo, andaba tan pronto á la derecha, tan pronto á la izquierda como si estuviera borracho, hasta que tuvo que pararse por fuerza... había metido los pies en el agua.

—Estamos perdidos, señores! dijo entonces con voz lastimera.

—¡Perdidos! exclamaron á la vez los dos caballeros.

—Ay! ay! y no embargo había rezado á San Juan miles de salve de casa... pero la luna no tardará en salir.

—La fortuna que tienes, miserable, es que todavía te necesitamos, dijo Hernando de Ayala, dando un puñetazo en la delantera de cada silla, que sino tu alma iría pronto á acompañar á la que anda rondando en estos parajes.

—Por Dios! que no podemos dormir aquí, gr. to Hernando empujando al caballero hacia delante.

—Esperad primero, esperad, si estamos rodeados de agua por todas partes!... No hay que desesperarse, que todavía no se por de tiempo, aun no es la hora de la cita y aun cuando nos reuniéramos á los nuestros, sería preciso esperar las nuevas que Baudry traerá de Forestel y todavía no puede estar de vuelta. Esperemos si os place, que la luna venga á alumbrarnos.

—Esperemos, dijo Hernando, con el tono de un hombre que se dice: es preciso hacer de la necesidad virtud. Y después de una breve pausa.—Con tal que ese zorro viejo de Tristan de Bois haya caído en el lazo!

—En cuanto á eso, señor mio, apostaría mi pescuezo... y aun cuando no saliese de su madriguera, somos nosotros capaces de chamuscársela; pero sacando primero la perra que hay escondida.

—Que la virgen os escuche, Rodríguez!

Cuando aquí llegaban les hizo callar un extraño ruido, que parecía una mezcla confusa de relinchos de caballos, voces de hombres y choque de armas, ruido que se hacia cada vez mas perceptible y que se venia acercando. Despues y súbitamente, se presentó como á un tiro de flecha una rojiza claridad, que era á no dudar la misma luz que antes habían visto girar por entre los pantanos. Ghislán cayó de bruceo; pero los caballeros la miraron inmóviles y silenciosos, y cuando el resplandor dejó de herirles la vista, repararon en un ginele con una antorcha encendida, que cabalgaba con gran prisa por un sendero del bosque. Otros muchos caballeros fueron saliendo de lo mas intrincado y galopaban siguiendo sus huellas. Esta escena fue de corta duracion, porque el que alumbraba se metió por una cortadura del bosque, la tropa pasó entre las sombras y bien pronto desaparecieron todos.

—Es el mismo... es Tristan de Bois, el carcelero de Forestel, dijo Rodríguez dando una carcajada. Confesad, primo, que la farsa está representada á pedir de boca. El viejo corre con sus mejores gentes de armas al castillo de Creve-cœur á encontrar á su delfin de Viennois. Ah! vive Dios! que el negocio va bien y que el rey nuestro amo, verá mañana ese sol que tanto tiempo hace no alumbraba para él.

—No lo verá, replicó con voz sombría el señor de Ayala, si Dios ó el diablo quieren tenernos presos en estos malditos pantanos.

Apenas acababa estas palabras, cuando la luna libre de las nubes que la ocultaban, apareció bella y resplandeciente por encima de los robles del bosque de Oisy.

II.

En el valle pantanoso que baña el Sensec, al sud-este de la ciudad de Arleux y al norte de la abadía de Verger se elevaba el Forestel, uno de los mas sólidos é inaccesibles castillos feudales que poseian en la edad media las provincias de Flandes, de Artois, de Hainaut y de Cambresis. Era en efecto una admirable posicion la de esta fortaleza, colocada como un nido de pato silvestre en medio de los inmensos pantanos que se estienden desde la Abadía de Verger, hasta Ecourt-San Quintin. Cuando desde las alturas inmediatas se dominaba con la vista la vasta superficie de los pantanos, daba tristeza mirar aquella pesada mole de piedra, que parecia salir de las aguas destacándose sobre un horizonte siempre gris y nebuloso. Al acercarse á Forestel no se veian mas que murallas de ladrillo enmohecidas por el tiempo, sin aquellos detalles de arquitectura gótica que hacian tan pintorescos los edificios de esta época. Ni torrecillas con balcones historiados, ni ventanas caladas, ni columnillas y tréboles, ni vidrieras de colores, ninguna en fin de aquellas encantadoras creaciones artísticas, robadas por nuestros antepasados á la imaginacion oriental. Una bóveda ogival abierta entre dos torres, daba paso al interior de Forestel, siendo antes preciso pasar por una larga calle de arena cortada por dos puentes levadizos, el primero sobre el Sensec á un tiro de ballesta de la entrada, y el segundo sobre un foso cuya agua rodeaba las murallas del castillo. El aspecto frio y severo del interior estaba en armonia con la parte esterna, y solo llamaba la atencion en el patio una alta torre cuadrada que en cada piso tenia ventanas ó mas bien barbacanas guarnecidas por enormes barras de hierro.

En octubre de 1366 ya hacia diez y ocho meses que el Rey de Navarra Carlos el malo, escapado sucesivamente de Chateau-Gaillard en los Andelys y del gran Chatelet de Paris, habitaba á la fuerza en este edificio, donde parecia debia terminar en la inaccion, ya que no en el descanso, una vida en otro tiempo tan agitada y

(1) Un fuego fatuo.

turbulenta. Ya se deja conocer cuan importante era el cargo de gobernador de una fortaleza hecha prision del príncipe más intrigante y astuto de su siglo, como ya lo había confirmado escapándose dos veces, cargo confiado ya hacia algunos años á Tristan de Bois, señor de Pien-nes, de una noble familia de Artois. La conducta de este valiente caballero en repetidas ocurrencias, le había granjeado el afecto de Juan, duque entonces de Normandía que no había titubeado en concederle el gobierno de la ciudad de Arleux y castillo de Forestel, y aun le condecoró más adelante con su orden de la Estrella. Cuando se verificó la captura del rey de Navarra, se le confirmó aquel destino con estension de poderes y ciertamente que no había persona que le pudiese desempeñar con más valor, fidelidad y cortesía.

El reloj de arena marcaba las seis y el crepúsculo era aquella noche más obscuro por una espesa niebla que cubría toda la naturaleza. Se habían puesto centinelas dobles, levantando los puentes levadizos y dada la contraseña con gran misterio. No se escuchaba dentro de Forestel más que la voz de alerta, repetida de tiempo en tiempo por las centinelas y por fuera y á lo lejos los graznidos de los ánades que jugueteaban en las lagunas. Todo estaba en calma en el castillo, mientras que su gobernador Tristan, satisfecho de haber cumplido sus deberes del día, se había ido á sentar en su cuarto, bajo la gran campana de la chimenea, y se calentaba alegremente á un buen fuego de cespel, mientras que á su lado el capellan octogenario del castillo, el padre Matias, rezaba á media voz en su breviario. Nada en el mundo parecía capaz de turbar la quietud del alma y cuerpo de estos dos personajes, cuando se abrió la puerta del aposento donde estaban y presentándose un escudero, dijo á Tristan de Bois que volvió bruscamente la cabeza.

—Señor, un caballero que llega á todo escape del castillo de Creve-cœur, dice que trae un mensaje importante y pide hablar sin tardanza á vuestra señoría.

—Estas son otras noticias, padre mio, dijo Tristan, dirigiéndose al padre Matias. Nuestro querido primo Adam Cardevacque, el digno castellano, necesitará de nuestros servicios?

—No, mi señor, no es él, dijo el escudero con aire consternado, sino algún baron todavía más poderoso.

—Mas poderoso! repitieron á la vez el gobernador y el capellan.

—Si en verdad, mis señores, porque el alabardero de guardia ha visto por el postigo y á favor de su linterna, que el correo en el medio de su jubon trae tres flores de lis de oro sobre campo azul.

—Que entre al instante, dijo Tristan y que se le conduzca aquí en seguida.

A pocos momentos se oyeron bajar los puentes levadizos, las puertas rochinar sobre sus goznes y un caballero que entraba en el patio al trote largo. El gobernador había tomado en su silla una actitud digna de sus funciones y cuando entró el mensajero le hizo seña que se acercase, despidiendo con un gesto al escudero que le había guiado. El padre Matias se disponia tambien á salir; pero él le dijo:

—Quedaos, padre mio, que vuestra presencia, no creo sea un estorbo para la explicacion del mensaje..... Qué nuevas traeis, buen amigo?

—No debo dar cuenta de ellas, contestó el mensajero, mas que á mi señor Tristan de Bois, gobernador por mi señor y amo de la ciudad de Arleux y castillo de Forestel.

—A él mismo es á quien hablais, replicó Tristan.

Entonces el heraldo sacó de una bolsita un rollo de pergamino atado con cinta de seda, de cuyo lazo pendia un sello de cera verde y presentándosele al gobernador le dijo:

—Señor Tristan de Bois, tomad ese mensaje que mi amo y señor os envia.

—El viejo capitan tomó la carta y se la dió al capellan; único que podía leerla. El heraldo se retiró á los pies de la sala y el padre Matias despues de bajar algunos grados la lámpara que cogaba de una especie de llaves fijos en la bóveda, desató el pergamino y acercándose á la luz leyó lo siguiente al gobernador que le escuchaba con mucha atencion.

«Carlos, hijo primogenito del rey, duque de Normandía, Delfin de Viennois, señor de Arleux, de Creve-cœur, Rumilly, San-Souplet y otros lugares, á nuestro amado y leal Tristan de Bois, gobernador de nuestra villa de Arleux y castillo de Forestel, salud mi amado. Os hacemos saber, que así que hayais recibido las presentes, vengais á encontrarnos en compañía de cincuenta de vuestros mejores ballesteros á nuestra ciudad de Creve-cœur en Cambresis, á donde hemos llegado en este día y donde tenemos urgente necesidad de los servicios de vuestras buenas y leales jentes de armas. Entre tanto dejad orden de que vuestro prisionero, esté bien y seguramente retenido. No siendo esta carta para otra cosa, pedimos á Dios que os tenga en su guarda.»

—Por San Cristóbal, que esto es maravilloso! exclamó Tristan estupefacto, con lo que acababa de oír. Mas ocurriéndosele que sin testigos podría conversar mejor con el padre Matias, acerca de suceso tan imprevisto, dió un par de silvidos con un silvatico de plata y al instante se presentó un escudero.

—Alojad como se merece á esa doncel, dijo señalando al heraldo del delfin. Servidle á la ceca uno de esos tiernos pavos reales sazonados con pimienta que me ha enviado esta mañana mi compadre el mayor de Arleux; con un jarro de nuestra mejor cerveza. Tampoco olvideis dar buen pienso á su caballo, para que esté tan listo como el ginete al acompañarnos al punto en nuestra expedicion.

—Mi señor, dijo al instante el correo, yo os doy las gracias; pero tengo orden de volverme en el acto y á toda prisa, al lado de mi amo y señor, que todavía esta noche necesitará de mis servicios. Si os place me despediré de vos sin mas tardanza.

—Partid, partid al instante, buen amigo, puesto que hay esa circunstancia. Anunciad á nuestro real y amado soberano, que sin perder un minuto voy á ponerme á sus órdenes. Siguiendo-los vamos y dentro de tres horas á lo mas llegamos al castillo de Creve-cœur.

Partió el heraldo y Tristan de Bois y el padre Matias á quienes ni siquiera había o urrido pedele algunas esplicaciones, embargados por la sorpresa se quedaron haciendo conjeturas sobre la aparicion del delfin en Cambresis y sobre la necesidad que parecia tener de tan pronto refuerzo. Hallaron al fin razones para ello que los sucesos de la época hacian mas ó menos plausibles y un momento despues ya se sentia gran rumor en Forestel. Oficiales y soldados se ponian á toda prisa sus vestidos de guerra: se ajustaban las cotas de malla, se calzaban las celadas y yelmos, se preparaban las ballestas, las alabardas, las espadas de dos manos. Los caballos ya ensillados pisaban en el patio. El venerable capellan de pié derecho en el umbral de la puerta principal, contemplaba estos preparativos con su mirada grave y austera. Tristan antes de poner el pié en el estrivo se acercó para decirle.

—A Dios, padre mio, acordaos de mí en vuestras oraciones y continuad haciendo mas llevadero con vuestras palabras el cautiverio de ese desgraciado príncipe... A Dios, esperc que pronto nos volveremos á ver.

Una lágrima cayó sobre la blanca barba del capellan á quien agitaban vagos presentimientos. Abrazó á su antiguo amigo el caballero que partió sin demora á la cabeza de su gente de armas. Como la noche estaba obscu-

ra, comisionaron á un soldado para que alumbrase el camino con una tea encendida y se dirigieron á Creve-cœur, costeando las tierras de la abadía de Verger. Media hora despues de haber salido de Forestel, desprovisto de sus defensores. Tristan de Bois y su tropa pasaban á cien pasos de Hernando de Ayala y Rodriguez de Urrea á quienes dejamos extraviados en los pantanos de Brunemont.

III.

—Mi capitán, la noche esta muy fria; no podremos quemar los haces de leña que se ven allí?

No hagais tal, canalla y si teneis frio soplad en las puntas de los dedos. Despues levantando la voz, el señor Jehan de Pecquigny prosiguió:

—Hola! vasallos y toda la gente de armas reunida en esta selva, que á nadie se le ocurra encender hogueras, que no hace falta á fe mia alamar á ese viejo alcon de Guillermo de Coucy que duerme tranquilamente en su feudo de Oisy, lo mismo que á los archeros de Forestel con los cuales bien pronto tendremos que habérnoslas.

Hubo algunos murmullos entre la tropa.

—¿Porqué no partimos al instante? decia un robusto alabardero flamenco: ya hace dos horas que estamos titirando en este bosque con los brazos cruzados.

—Y rabiando de hambre y de sed, decia otro.

—Por san Ricquier, dijo un sargento, que si no nos llevais al instante á Forestel, mis camaradas y yo iremos á atacar la abadía de Verger para encontrar cena.

—Por Dios, amigos, no os hagais los descontentos, dijo Pecquigny, disimulando su cólera. No sabeis, mis valientes compañeros, que no podemos separarnos de aquí hasta que llegen los caballeros que tan bien nos pagan. Tal vez se habrán extraviado en su escursión por las cercanías de Forestel; pero no pueden tardar en llegar. Paciencia, paciencia amigos míos, que no tendremos frio, no tendremos hambre y no tendremos sed, cuando dentro de poco ese castillo que se ve desde aquí á la claridad de la luna, ardá como un puñado de estopa, cuando nuestras escarcelas esten llenas de buenos escudos de oro y plata, nuestras alforjas atestadas de jamones, nuestros odres llenos de hipocras y de vino; y mas todavía... no pensais ya en las recompensas prometidas por Felipe de Navarra por la libertad del rey su hermano?... Por mi vida, amigos, que si todo esto no os agrada, sois difíciles de contentar!

Este discurso hizo impresion.

—Os seguiremos hasta la muerte, señor caballero, exclamaron muchas voces: Loor al señor Jehan de Pecquigny y viva el rey de Navarra!

Así hablaban los soldados que se habian reunido de noche en medio de la selva de Oisy, que en su vasta estension comprendia la villa y castillo de Oisy puestos sobre una colina y se extendia por el lado del norte hasta los pantanos que hemos citado presentando en su contorno dos fragosidades profundas: de manera que esta selva mirada á vista de pájaro debia ofrecer la figura de una hoja de castaño. No habia en las provincias del Norte un pais donde los accidentes del terreno estuviesen mas multiplicados, que en esta parte del Cambresis y por tanto no era cosa apetitosa en la edad media atravesar estos parages por senderos que se cruzaban de mil maneras; para perderse en medio de los bosques é ir á parar en pantanos cenagosos difíciles de cruzar. Pero lo mas terrible en aquellos parages era encontrarse con los monteros y guarda-bosques de Guillermo de Coucy, gentes poco tratables y que no tenian escrúpulo en desjarretar á los pasajeros á manera de caza, seguros como estaban de quedar impunes. Causará admiracion que por tan peligrosos parages penetrase sin obstáculo una turba de hombres armados á lo interior del bosque de Oisy; pero cuanto mas fragoso

es un pais, mas fácil es recorrerle sin ser visto, sobre todo cuando hay destreza y audacia como la tenian los soldados de que se trata. Con la ayuda de fieles guias, habian caminado silenciosamente en pequeñas partidas y por diversos senderos, teniendo cuidado de apoderarse de las gentes que encontraban al paso y colgarlas sin escepcion de las ramas de los árboles en los sitios mas espesos. Un escampado á la estremidad septentrional del bosque en lo alto de la colina que desciende en anfiteatro hasta las lagunas de Arleux, era el sitio de la cita escogido por aquella turba de truanes determinados. Juntos como unos dascientos en aquel lugar, se disponian á ejecutar una cosa de que pendia la desgracia y la ruina de la Francia. Tendidos sobre la yerba, preparaban sus armas y esperaban con impaciencia la hora de la partida, echando pestes de los santos y los diablos. En aquel momento la luna desde el cielo esparcia su confusa claridad sobre esta escena. Desde la altura en que pasaba se distinguia por encima de los árboles el Forestel tranquilo como si no encerrase á Carlos el Malo, y á lo lejos las agudas flechas de los campanarios de Arleux, Paluel y Brunemont.

Pocos minutos despues que el señor Jehan de Pecquigny, habia manifestado sus temores acerca de la suerte de los dos caballeros navarros, se oyó un relincho de caballo y Ayala y Urrea precedidos de su guia no tardaron en salir por un sendero al escampado. Su llegada era la señal de la partida y por lo mismo fueron recibidos con aclamacion.

—Por Dios, mis nobles señores, dijo el conde de Pecquigny, alargándoles la mano, que os creia perdidos.

—Poco ha faltado señor conde, dijo Rodriguez de Urrea, y por poco escapamos de esos malditos pantanos para caer en poder de Tristan de Bois, cabalgando hacia Creve-cœur con buena y lucida escolta á fe mia. Gracias sean dadas á ese hueso muchacho Baudry que ha representado su papel de heraldo con tanta destreza. El llevará su recompensa pero ahora es menester darse prisa. Que diez archeros de buen temple nos acompañen al señor de Ayala y á mi que acabamos de explorar las cercanías de Forestel. Tomaremos la delantera é iremos á retorcér el pescuezo á las centinelas avanzadas, antes que tengan tiempo para decir esta boca es mia. Vos no seguireis señor de Pecquigny, y espero que el asalto no durará mucho.

—Así sea, buen señor, replicó Jehan de Pecquigny.

Poco tiempo despues los partidarios del rey de Navarra con ojos inflamados y las armas en la mano se dirigian á Forestel, por los tortuosos senderos del bosque.

IV.

Carlos de Navarra no era un mal príncipe en la acepcion que entonces se daba á esta palabra. Este epíteto de *Malo* con que se ha mancillado su memoria se le impusieron los franceses á causa de las revueltas que fomentó en su pais, y se si examinan sus acciones será forzoso confesar que no fueron tan malas para merecerle este odioso dictado. De todas las acusaciones dirigidas contra este rey solo la de ambicion es fundada, porque esta pasion le precipitó en extravios de los cuales el menos perdonable es la rebelion abierta contra el rey Juan su suegro. Carlos podia aspirar á la corona de Francia, siendo el inmediato heredero de Juan, despues del delfin Carlos su hijo habia hecho los esfuerzos posibles, para aumentar su dominio é influencia en el reino. Dueño ya de parte de la Normandia, su casamiento con la princesa Juana de Francia le habia hecho poseedor de dos ciudades importantes, Nantes y Melun, situadas en el centro del reino, dadas en dote á su muger; pero Carlos poco satisfecho habia reclamado para su muger

los condados de Champaña y de Brie y aun había dirigido sus miras usurpadoras al ducado de Borgoña. La negativa no había hecho mas que irritar su carácter irascible y deseando obtener por fuerza lo que no le daban de buen grado, había sabido con su elocuencia y prodigalidad conmover al inquieto y turbulento populacho de París. Semejante estado de cosas cuando los ingleses eran dueños de una parte de Francia, la ponían cerca de su pérdida, por lo que el rey Juan comprendiendo al fin el peligro de su posición, movido por las enérgicas representaciones de sus consejeros, resolvió apoderarse del rey Carlos. Por dos veces le prendieron y dos veces logró escaparse del Chatelet y de Chateau-Gaillard; mas hecho al fin prisionero en Rouen, en una fiesta pública adonde se le había atraído con estratagemas, no se encontraba castillo bastante fuerte y remoto para encerrar al rey de Navarra. Al fin fue designado el Forestel en Cambresis y á él se le condujo con buena escolta y gran secreto.

Carlos al entrar en Forestel casi había perdido las esperanzas de volver á salir de él. No ignoraba que habrían disimulado cuidadosamente el sitio de su prisión, cosa fácil de hacer en una época en que los medios de comunicación eran tan escasos y difíciles. En los primeros meses de su cautiverio el rey de Navarra había procurado seducir al gobernador á cuya guardia estaba confiado, valiéndose de cuantos artificios puede sugerir el mas ardiente deseo de libertad; pero Tristan había correspondido redoblando su vigilancia, sin olvidar por eso las consideraciones debidas á la magestad que respetaba en la persona de Carlos. Este príncipe orgulloso para reiterar sus instancias y demasiado sagaz para conocer que le importaba fingir resignación, había abandonado su destino á los caprichos de la fortuna, tan frecuentes en un tiempo en que las borrascas políticas se sucedían con rapidez.

Cuando se alejó Tristan de Bois y su tropa, y el castillo de Forestel volvió á quedar silencioso, el reverendo padre Matias con linterna en mano, se dirigió atravesando una larga hilera de aposentos, de los que solo él y el gobernador tenían llave, hasta una puerta que había al final de una galería abovedada. Abrió esta puerta, la volvió á cerrar dando tres vueltas á la llave y subió con trabajo los estrechos y desgastados escalones de una escalera en espiral que conducía á el aposento del rey de Navarra. El alabardero puesto de centinela á la entrada dió un golpe con el aldabon, y al instante un viejo escudero, único servidor que habían dejado al príncipe vino á abrir al capellan.

—Padre mio, dijo á media voz el escudero, el rey mi señor está muy pensativo esta noche, y si vos no le consolais la pasará muy mal.

—Ahora lo veremos, contestó el buen sacerdote, que conocía todo el ascendiente que en diez y ocho meses había sabido lograr sobre el real cautivo, y entró.

La confusión, el desorden en que se encontraba el aposento del monarca, anunciaban la turbulencia de su espíritu naturalmente vivo é inquieto, y agitado aquel día mas que de costumbre. Sobre la paja fresca de que estaban cubiertas las baldosas, yacían revueltos manuscritos raramente iluminados la mayor parte de novelas de caballería ó de romances antiguos, instrumentos de música de todas clases, violas, bandolines, bandurrias, cornamusas, en los que el príncipe poeta y músico distinguido de su tiempo, tocaba algunas veces ó con los que se acompañaba salmodiando sus canciones y las de los antiguos poetas provenzales. Había ademas piezas de armadura por encima de las mesas, vestidos de seda y terciopelo, tapicerías sin acabar y todo confusamente mezclado y sirviendo de pasatiempo á losalcones del príncipe, que á picotazos desgarraban y destrozaban todo, sin que él diera señales de notarlos. Envuelto en una especie

de túnica de terciopelo negro, forrada de pieles y sentado con abandono en un sitial de la época, acariciaba distraído á un soberbio galgo blanco, tendido entre sus piernas. Una lámpara colgada de la campana de la chimenea, alumbraba la pieza dirigiendo su luz oblicuamente sobre el pálido rostro del príncipe. Sus ojos cubiertos por espesas cejas, nada habían perdido de aquel brillo, que en otro tiempo había fascinado á tantas doncellitas de la corte de Felipe de Valois, donde había pasado su juventud; pero sus facciones se habían contraído y ademas su negra y poblada barba, creciendo lo mismo que su cabello sin orden ni arreglo, aumentaba la originalidad de su fisonomía, cuya movilidad excesiva, variaba al infinito su expresión.

Cuando el padre Matias estuvo cerca de él, levantó la vista y le alargó una mano descarnada, diciéndole con voz grave:

—Seais bien venido, padre mio, en todo el día os he visto y esta ausencia me parecia demasiada. Necesito conversar con vos y puedan vuestras palabras ejercer sobre mi mas imperio que la música y la poesía, manantiales de consuelo, otras veces para mi, y a las que en vano he pedido hoy el olvido de mis infortunios!

—Sin cesar, mi señor, pido á nuestro divino salvador os conceda la gracia de llevar con paciencia, las penas y amargura de nuestra pobre vida. Ya parece que había escuchado mi ruego y vos os conformábais con loable resignación á los decretos de la Providencia... de qué proviene el abatimiento en que vuestra señoría me parece ahora sumergido?

—No lo sé, padre mio y me seria difícil explicarlo.... Sin embargo ¿no es habreis equivocado acerca de mis sentimientos? Eso que teniais por resignación, tal vez no lo seria...! Oh! no, y os lo confesaré: sola la esperanza había vuelto la calma á mi espíritu y la fuerza á mi alma. Mas he abierto los ojos, todo el encanto ha cesado, y me hallo frente á frente con la realidad, con la espantosa realidad.... Morir entre los muros de este castillo y por orden del padre de mi esposa, yo, Carlos de Navarra... Ah! horrible es solo pensarlo.

—Calmaos, señor, por favor calmaos. Tened confianza en la justicia del cielo, y si como me habeis dicho muchas veces, á vuestra conciencia no remuerden las faltas que os imputan, todavía podreis pasar dias felices sobre la tierra, que el rey mi señor es demasiado bueno para no perdonaros....

—Sangre y muerte! interrumpió colérico el rey de Navarra. Remiego de su perdon. Vuestro buen rey Juan, como le llamais, es para siempre mi enemigo mortal... Las justas y enérgicas reclamaciones que exigía el honor de mi corona, han asustado á ese débil monarca, mas digno de llevar una ruceta que un cetro, y no atreviéndose á atacarme cara á cara, me ha cogido en el lazo como á una zorra vil. Oh! yo si que tendria que perdonarle.... pero no; odio eterno al rey Juan: ojalá pueda él experimentar como yo, los horrores de un cautiverio sin fin! Odio eterno á él y á toda su raza: odio á muerte á ese pueblo francés al que da miedo mi energía y que ha añadido á mi nombre un sangriento epíteto! Carlos de Navarra dejará su carne y sus huesos entre los muros de Forestel; pero hasta su último suspiro será para ellos Carlos el Malo!

Al pronunciar estas palabras, su mirada de fuego y sus facciones que se alteraban, le daban un aspecto tan temible, que el anciano sin atreverse á replicar, no hizo mas que taparse la cara con las manos, para dejar correr algunas lágrimas de compasión. Así se pasaron algunos minutos en silencio. El rey de Navarra se había levantado y caminaba dando grandes pasos por la estancia, hasta que parándose y mirando al padre Matias, le dijo con voz mas tranquila:

—Hago mal, padre mio, hago mal en arrebatarme de

esta manera y contristar vuestra alma generosa, manifestando de cuan poco me sirven vuestras piadosas exhortaciones. Por otra parte la cólera y orgullosas palabras sientan mal á un rey á quien la fortuna se complace en pisotear y mas desgraciado que nunca lo fueron sus antiguos súbditos, á un príncipe arrancado á su familia, privado de su libertad, despojado de la corona, olvidado, vendido tal vez por los que se decian sus amigos, ultrajado, calumniado por todos, y al que no queda en fin mas consuelo que el de pasar en prisiones una espantosa agonía. Perdon, mi venerable amigo, si he olvidado ahora las atenciones que debo al único hombre que me puede hacer llevaderas las amarguras de la vida. Los padecimientos que atormentan mi alma, estravian á veces mi razon y entonces el miserable cautivo, habla todavía como monarca poderoso.

Al decir esta palabras, Carlos dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Por amor de Dios y de los santos, mi señor, no os abandoneis á tan lúgubres pensamientos.

—Y por que no, padre mio? prosiguió Carlos. Oh! no me hago ilusion. Nunca saldre de esta prision.... en ella morire. Al menos que esta muerte no se haga esperar mucho. De hoy en adelante, la muerte será el continuo objeto de mis reflexiones, puesto que ella sola puede poner fin á mis males.

A medida que se prolongaba esta lúgubre conversacion, la noche avanzaba tambien y la luz de la lámpara comenzaba á debilitarse, confundiéndose poco á poco con la claridad de la luna que entraba en la pieza por una estrecha ventana, desde la que se descubria toda la campiña. El rey de Navarra cuya exaltada imaginacion cambiaba bruscamente de objeto, se llevó al padre Matias hácia la ventana para decirle:

—Ved que hermosa está la noche, que sereno el cielo; toda reposa en la naturaleza y ningun ruido turba el solemne silencio de la noche, que felicidad para mi, si pudiera vagar por esos campos, respirando con libertad el aire puro!... Pero no, este es un beneficio de que todos gozan menos el rey de Navarra. Mirad ahí abajo sobre la plataforma de esa torre, ese valiente centinela; pues bien por su existencia cambiaria de buena gana mis recuerdos de rey y mis esperanzas de prisionero. Feliz soldado! los dias de tu juventud no han sido como los míos de ocio y de seda: como yo, no te has puesto una corona, pero hoy eres libre.... Con tu ballesta al hombro te paseas alegre y sin cuidados, entonando un romance popular: nada puede turbar tu felicidad.... y yol...

Acababa estas palabras, cuando un grito penetrante

lanzado por aquel mismo centinela le hizo e temecer asi como al padre Matias. Miraron espantados y el centinela les pareció herido de muerte. Estendió los brazos, dió un traspies y como se hallaba entonces apoyado en el bajo parapeto que circundaba la estremidad superior de la torre, le arrastró hácia detras el peso de su cuerpo, y cayó á plomo en el foso. El ruido de esta caída fue acompañado por mil clamores de la parte de afuera y poco despues resonaron en todo el castillo los fuertes sacudimientos que daban á la puerta principal. La puerta no tardó en ceder á tan redoblados golpes, y una turba de hombres armados de pies á cabeza se precipitó en el patio, gritando: viva el rey de Navarra...! Mueran los enemigos del rey! Empezó entonces una horrible y sangrienta lucha á la claridad de la luna entre los partidarios y los pocos soldados que habian quedado en Forestel.

Carlos de Navarra y el padre Matias, estaban mudos de espanto. En fin, Carlos dirigiendo la palabra con sangre fria al religioso, dijo:

—Me parece, padre mio, que hacia mal en desesperar. Mi corona se juega ahora en el patio de Forestel. Veamos el fin de la partida. Y se apoyó convulsivamente en el marco de la ventana.

—La partida no es igual, prosiguió con la misma calma aparente el padre Matias, porque á la hora de esta Tristan de Bois se halla con sus mejores soldados lejos de Forestel.

—Ah! vive Dios! exclamó el rey de Navarra incorporándose, ya estoy salvo!

—Todavía no, replicó una voz que salia del fondo de la sala y al instante un archero francés apunta al rey y parte la flecha.... El príncipe se bajó á tiempo; pero el padre Matias que estaba detras de él cayó herido de muerte. Furioso entonces Carlos se apodera de un macizo banquillo de encina y lanzándose sobre el soldado le derriba á sus pies á tiempo que una turba ensangrentada se precipita por la puerta que han violentado con estrépito. El rey ciego de cólera, hiere á los primeros que se le presentan hasta que reconoce á sus partidarios dirigidos por Hernando de Ayala y Rodriguez de Urrea, que se le llevan en triunfo dando gritos de alegría.

Salía ya el sol por encima de los tejados de paja de la villa de Arleux, cuando Tristan de Bois, advertido en Creve-cœur de que era victima de una astucia infernal, llegó con los suyos delante de las ruinas de Forestel incendiado. En cuanto al rey de Navarra, ya estaba en territorio de Picardia, donde la traicion de Pecquigny le aseguraba un asilo.

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA CONQUISTA DE CORDOBA.

I.

Densas y negras nubes encapotaban el cielo, el viento zumbaba sordamente en los edificios y hacia estremecer los altos minarets de las mezquitas de Córdoba. Todo anunciaba á esta poblacion una horrible tempestad en una pavorosa noche del año de 1232. La luz del relampago venia por entre las rasgadas nubes á iluminar las desiertas calles y las plazas solitarias, mientras

que se oían á lo lejos los formidables ecos del trueno, reinaba el mas profundo silencio en la opulenta ciudad, porque siendo la hora del reposo entre los musulmanes, las puertas estaban cerradas, y por maravilla se percibia el resplandor de alguna que otra luz, por entre las arabescas labores de los agujeros de algun edificio. En uno al parecer suntuoso, todavía se hallaba despierta una joven musulmana, tan hermosa como las fantásticas huris del paraíso y tan graciosa como las verdaderas andaluzas de la tierra. Habia despedido á sus esclavas para entregárselas al descanso; pero sobrecogida por el estruendo de la tempestad y de la lluvia que empezaba á caer á torrentes, permaneció suspensa y entregada á

sus reflexiones. Su imaginación la recordaba en aquel instante á su padre y á otros de sus amigos, que obligados por el deber permanecían aquella noche en vela sobre las murallas de Córdoba, ya amenazada por un ejército cristiano. En extremo sensible, no podía menos de comparar la suerte de sus compatriotas á quienes tocaba en aquella hora sufrir el rigor de la intemperie, con la suya á la que debía el verse abrigada en un suntuoso aposento, perfumado por esencias orientales con la techumbre esmaltada de vivos colores, guarnecidas las paredes con tapicerías de caprichosos dibujos y cubierto el pavimento con alfombras y cojines recamados. Ocupada en estas ideas se disponía á empezar la acostumbrada plegaria de la noche, cuando sintió desprenderse y caer al suelo con estrépito la celosía de una ventana que comunicaba con el jardín. Al instante sintió el viento frío que penetraba con violencia en la habitación y hacia vacilar la llama de una lámpara colgada de la bóveda. Zora, pues este era el nombre de la doncella, acudió presurosa á cerrar la ventana; pero cual fue su asombro viendo salir por entre la cortina que la cubría un hombre que se adelantaba al medio de la estancia: un hombre de elevada estatura, pálido, azorado, respirando con dificultad, cubierto de andrajos, casi descalzo y chorreando agua por todo su cuerpo. Zora retrocede y queda inmóvil siguiendo á aquel hombre con la vista. Aterrada con tal aparición, quiso gritar; mas no pudo y concluyó por caer desmayada en los mismos brazos del desconocido que se precipitó al instante á sostenerla.

Cuando volvió en sí, se halló cuidadosamente recostada sobre su lecho de púrpura y con el hombre aparecido, que á una distancia respetuosa la contemplaba abso- tamente con la tranquilidad de un ángel, e incorporándose se á dirigirle la palabra á tiempo que el desconocido, haciendo prontamente una rodilla en tierra sin moverse de su sitio, le dijo con el tono mas patético.—Perdon, señora. Piedad de un infeliz cautivo cuya muerte es cierta si vos no le socorreis.

Después, notando el susto e inquietud de Zora, continuó:

—No temáis, mujer celestial, soy incapaz de haceros daño alguno; perdería mi vida antes que ofenderos. Soy un cristiano caballero á quien vuestros compatriotas han hecho prisionero en un encuentro fatal. Tiempo hace que he sufrido los horrores de una prisión; pero unos padecimientos, de que vos que sois tan feliz no podeis tener idea, me han precisado á buscar la muerte ó la libertad. Arrojando muchos peligros y favorecido por esta terrible noche he logrado fugarme del sitio donde me tenían, que no debe ser muy distante de aquí. He andado errante por los plantíos del jardín, hasta reconocer este edificio por el de aquella cuya bondad ya se ha divulgado entre los cautivos de mi nación, y en fin esa luz me ha guiado para arrojarme á vuestros pies como ante mi ángel de salvación.

Temeridades mayores que esta eran muy frecuentes entre los cautivos cristianos de aquella época para que á Zora causase admiración, así como el tono de sinceridad con que hablaba el desconocido no dejaba duda acerca de la verdad de sus palabras, si ya no la confirmasen por otra parte; la dificultad con que se expresaba en árabe y los restos del traje español que aun le cubrían. Zora se había atrevido á reconocer á el hombre que tenía á sus pies y á pesar del estado deplorable en que se hallaba, sus facciones varoniles, pero agradables, su lenguaje y modales que revelaban una persona de distinción, le hacían en extremo interesante. No se escaparon tan recomendables circunstancias á la perspicacia de la jóven, que ya no temió estar sola con él; indicóle que se levantara y le dijo con voz que manifiestaba compasión:

—En vano procuras, cristiano, evitar la muerte que te amenaza. Solo yo en este aposento, ni puedo ocultarte, ni darte salida sin que seas descubierto. Vuélvete por donde has venido y Alá te guarde: mi padre ó mis gentes podrán venir y entonces eres perdido sin remedio.

—No por Dios, interesante jóven, vos sola lo podeis hacer todo facilmente.

—¿Yo?... ¡sola!

—Si: dadme el traje del menor de vuestros esclavos.... Dadme si podeis una espada. Saltaré al jardín y llegaré á la calle por los mismos parages que he recorrido hasta aquí y á favor del disfraz me confundiré con el pueblo y podré salir cuando al amanecer abran las puertas de la ciudad.

Zora se encontraba allí sola y sin defensa y aquel hombre podía abusar de su posición; sin embargo no fue el temor quien la inclinó á favorecerle. No quiso desmentir con su conducta, la tolerancia excesiva y la acreditada hospitalidad de los árabes, sintiendo además en favor del extranjero la mas viva compasión. Llamó á un esclavo de toda su confianza y que siempre á sus inmediatas órdenes dormía no lejos de su habitación, y le habló al oído algunas palabras, mientras que él no dejaba de mirar al cristiano con ojos espantados. Sin duda la comisión que le dió era muy peligrosa ó muy extraordinaria, porque el esclavo á pesar de su magnífico costumbre de obedecer ciegamente iba á replicar; pero Zora se había puesto un dedo sobre la boca, con cuya seña le indicaba á un tiempo la obediencia y el sigilo.

El esclavo se llevó al desconocido á un aposentillo, donde puso á su disposición un completo traje oriental, sino magnífico, al menos superior al que podía esperar en tan apuradas circunstancias. Ayudado de aquel fiel servidor, se vistió rápidamente, reparó el desorden de su barba y cabello, y cobró mayor ánimo. Entonces volvió á presentarse delante de Zora á la que sorprendió tanto como la primera vez, aunque pasaban por los menos feroces y mas elegantes del Islamismo. No era menor la sensación que experimentaba el cristiano, contemplando á Zora tan llena de atractivos: se miraban con interés y como poseídos de admiración en cortos momentos de un elocuente silencio y sin duda entonces fue cuando un sentimiento mas fuerte que la piedad y la gratitud se deslizó en sus corazones. El esclavo traía un sable sencillo, sin guarnición de turquesas, ni empuñadura esmaltada; pero con una relumbrante hoja de las templadas en Damasco, la que el esclavo dejó ver, des- envainándola un poco al descuido. Zora tomó el sable y adivinando el disfrazado el destino de aquella arma, hincó al punto una rodilla en tierra, para que la jóven pudiese acomodar sobre su hombro la banda de que pendía. Antes de levantarse ya completamente equipado, se apoderó de una mano de su agraciada libertadora, estrechándola contra su pecho, mientras juraba una eterna gratitud.

Ya entonces la tempestad había pasado enteramente, sucediéndola una calma deliciosa. Alguna que otra estrella aparecía en la bóveda celeste, donde tambien se ostentaba la luna, cuando se lo permitían las fugitivas nubes que cruzaban delante de ella. Las flores del jardín, agitadas por el temporal, esparcían una fragancia que embalsamaba el ambiente, y la lluvia depositada en los

árboles se desprendía suavemente cuando el viento mecía las hojas. Preciso era partir y antes que viniese el día, por lo que el cristiano, ya junto á la ventana por donde iba á saltar, dijo á su bienhechora estas últimas palabras:

—«Mi nombre es Alonso Tellez de Meneses; soy un caballero del ejército de Don Fernando, en el que algunos centenares de hombres obedecen á mi voz. ¡Me asiento, señora! pero llevo vuestra imágen en mi corazón y vuestra espada pendiente á mi lado.... nada tengo que temer. El Dios de los cristianos vele sobre vos y premie vuestra caridad. Algun día nos volveremos á ver y entonces (me atrevo á pronosticarlo) no os pesará de haberme favorecido en esta ocasión.

Partió y Zora apoyada en la ventana, tuvo fija la vista en el jardín, hasta que el blanco alquicel de su protogido, se perdió entre las sombras de la noche.

II.

Córdoba era entonces en España la ciudad predilecta de los árabes, la corte y residencia de sus opulentos califas y el emporio de toda la ciencia musulmana. Situada en unas fértiles campiñas regadas por el caudaloso Guadalquivir, que baña también sus muros, debía á estas ventajas naturales y al esmero con que la habían embellecido los califas su maravilloso esplendor. Contaba sobre doscientos mil edificios y entre ellos los baños, alcázares, mezquitas y demás fundaciones de Abderrazun III llamado *el magnánimo*. La suntuosa mezquita principal llamada de la Zeca era el objeto de la peregrinación y de veneración mas rendida de parte de los musulmanes españoles, que se atrevían á compararla con la otra soberbia mezquita de la Meca, donde estaban los restos de su profeta y que ocupaba el primer lugar entre todas las mezquitas del Islamismo. Los árabes de Córdoba eran memorables por su saber: aquella era una ciudad privilegiada, donde abundaban hombres buscados y apreciados en todas partes por su celebridad, y ninguna otra entre los árabes de España puede gloriarse de haber producido tantos hombres eminentes. De ellos, y de sus escuelas provienen muchas obras de ingenio, y muchos descubrimientos que hoy admiramos. A estas escuelas y academias donde florecían las ciencias, particularmente las naturales, acudía toda la juventud ansiosa de instruirse, así como los extranjeros y peregrinos concurrían de todos puntos á admirar las bellezas del arte. Tantas grandezas habían hecho de Córdoba una ciudad de primer orden, donde se habían acumulado riquísimos tesoros y donde se puede asegurar estaba entonces reunido lo mejor de los árabes en España.

Con tan poderosos abricientes no es de maravillar el cuanto que ponían en apoderarse de ella las fuerzas de la España cristiana, acudidas por don Fernando III de Castilla, á quien hoy llamamos el Santo por sus gloriosas virtudes. La caída de Córdoba no solo debía ejercer grande influjo en la península, sino tener eco en todo el mundo, y el rey conociendo, que tal vez sería aquella la mas esclarecida de sus bélicas empresas, había reunido para la conquista á la nobleza del reino, á los valientes maestros y caballeros de las órdenes militares y tropas aguerridas en cuyas filas formaban jóvenes animados de todas las provincias de España. Con tal poderío se presentó D. Fernando delante de Córdoba, después de haber tomado las plazas de Baeza, Priego, Martos, Andujar y sobre todo Úbeda, baluarte de los infieles ya aboyentados de todas las plazas fronterizas. Creía el joven monarca, que había de costar mucho tiempo y mucha sangre apoderarse de aquel casi último refugio de los árabes, que además de fortísimas murallas, tenía para defenderlas una numerosa y decidida guarnición, por haberse ido replegando á Córdoba conforme llegaba el ejército cristiano, las tropas musulmanas que había

por las campiñas. Sin embargo, la providencia que constantemente había favorecido las empresas del santo rey, destinaba la preciosa joya de aquella ciudad para el mejor adorno de su corona, haciéndole dueño de la plaza por un medio inesperado. Empezaba ya á arder en el seno del pueblo árabe la tea funesta de la discordia, que convirtiéndose andando los tiempos en hoguera había de abrasar todo el imperio. Las disensiones civiles á que el pueblo era tan propenso, y que eran siempre indicio seguro de los progresos de los príncipes cristianos, precipitaron también la ruina de Córdoba, porque hubo algunos habitantes descontentos, que pasando al campamento de D. Fernando, le ofrecieron secretamente hacerle dueño de la ciudad. Pudiera esta oferta ser alguna disimulada traición, por lo que el rey no se determinó á aceptarla, hasta que hubo perdido las sospechas de toda perfidia y estuvo seguro de que aquellos árabes conducían de noche y con sigilo á un destacamento de sus tropas, hasta ponerle al pie de las murallas, en sitio de fácil acceso y poco resguardado. Elegida pues la noche que por su obscuridad favorecía mejor los intentos y la marcha de los sitiadores, salieron estos, pocos en número; pero bien armados y prevenidos para todo trance. Llegaban por guías á los árabes que con los gefes de la expedición, eran los únicos que sabían á donde esta se encaminaba; mas ya que estuvieron á buena distancia del campamento, se mandó hacer alto y D. Fernando Nuñez de Temez que era el caudillo de aquellos valientes, les dijo: «compañeros, vamos á fijar el estandarte de la cruz en las almenas de Córdoba. La providencia va á poner por medio de nosotros esa infiel ciudad en manos de nuestro rey: que cada uno procure ser el primero á poner el pie en lo alto de las murallas. Valor y silencio.»

Era por cierto cosa digna de verse aquella multitud de hombres, palpitantes de emoción, moviéndose silenciosamente en la obscuridad y hasta disminuyendo el ruido de sus pasos. Animados de su heroico designio llegaron felizmente á las mismas puertas de Córdoba por la parte de Ajarquia, sin que al parecer hubiesen sido descubiertos de la muralla.

Como iban provistos de escalas para subir á ella, lo ejecutaron intrépidamente los mas arrestados y entre todos el primero, Nuñez de Temez, que animaba á los suyos con el ejemplo y las palabras. Las sorprendidas centinelas enemigas que por allí encontraron, fueron pasadas á cuchillo ó precipitadas por encima de las almenas, adelantándose rápidamente los cristianos, hasta llegar á una de las puertas de la plaza. Resuena entonces el acostumbrado grito de guerra ¡Santiago! ¡cierra España! lanzado por mil pechos varoniles y los árabes que defendían aquella entrada, no pudiendo sostener tan imprevisto como vigoroso ataque, la dejan en poder de los soldados de Fernando.

Ya entonces se había esparcido el alarma por la ciudad, los instrumentos bélicos sonaban, las armas relucían y los habitantes corrían despavoridos por todas partes: hasta los Imanes, desde lo alto de las mezquitas, llamaban al pueblo á las armas dando gritos descompasados. Una asombrosa multitud de árabes acude sobre los cristianos; pero estos procuran atrincherarse, ocultar su escaso número á los enemigos y mantenerse firmes á toda costa mientras llega el nuevo día.

Saben que entonces les vendrá socorro del campamento de su rey y ya ven iluminado por los primeros albores el pendon de Castilla que acaban de fijar en aquellas murallas.

III.

Un grito universal de alegría resonó en el campamento de D. Fernando, cuando se tuvo noticia del fausto

suceso de Córdoba. Todos los soldados querian volar al socorro de sus compañeros, manifestando á gritos el deseo que tenian de verificarlo; pero á todos se adelantó un caballero llamado D. Alonso Tellez de Meneses, persona de mucha cuenta en el ejército y deudo lejano del rey. Asi que la triunfante expedicion no fué un misterio, se presentó á pedirle la venia para ser el primero que acudiese á Córdoba, y el monarca que ademas de estar seguro de la lealtad y valor de aquel caballero, sabia le eran familiares las avenidas y entradas de la plaza por haber estado algun tiempo cautivo en ella, vino en concederlo muy gustoso. Mandóle que se adelantase con quinientas lanzas, mientras él seguia detras con todo el ejército en buen orden de batalla.

Partió don Alonso á toda brida dirigiéndose á la puerta tomada por sus compatriotas, por la que entró al instante seguido de sus valientes á lidiar en las mismas calles de Córdoba. Vanos fueron sin embargo sus ardientes deseos de penetrar á lo interior, y apesar de su arrojado hubo de ceder por el momento. Los enemigos viendo tomada la puerta, habian formado en las mismas calles y á poca distancia de ella, un atrincheramiento que protegido por los edificios de los costados, presentaba un obstáculo formidable que era forzoso superar á fuerza de sangre. Ante esta imponente barrera se paralizó el im-

petuoso ataque de la caballeria, viendo don Alonso caer á muchos de los suyos, traspasados con el diluvio de flechas que cruzaban los aires ó magullados con los enormes maderos y gruesas pedras que arrojaban de lo alto de los edificios, espuesto como estuvo á los proyectiles enemigos hasta que llegó el grueso del ejército. Cuando esto sucedió, el primer cuidado de don Fernando fué hacer que se retirasen los soldados que habian combatido desde por la noche y tan heroicamente habian sostenido su puesto; pero su esforzado caudillo Fernando Nuñez de Temez, llamado desde aquel dia *Fernandez de Córdoba* y progenitor de un linage esclarecido en España, no abandonó la lid á pesar de la sangre que corria de su herida, contestando resueltamente al rey estas memorables palabras:—«Señor, morir ó vencer.»

Repartidas las tropas que entraron de refuerzo, se pudieron atacar varios puntos á la vez, con lo que el combate se hizo general y tan obstinado, que mas parecia degüello en el que cada uno ansiaba satisfacer su vengativa saña. Los árabes reducidos al último extremo se defendieron como desesperados, y cuando los cristianos tomaron su atrincheramiento principal, no hallaron en él mas que muertos, heridos y arroyos de sangre. Ya entonces Tellez de Meneses se dirigia rápido como un relámpago donde le llamaba imperiosamente su gra-



titud, abriéndose camino espedito, acuchillando sin piedad á los fugitivos pelotones de enemigos que se cruzaban al paso. Cuando don Alonso llegó á la casa de su antigua libertadora, la encontró ya invadida: otros soldados habian llegado primero y derribando puertas y ventanas se habian lanzado dentro del edificio, para vengar la resistencia que desde él acababan de hacerles. La llama destructora brillaba en lo interior, de donde sa-

lian gritos lastimeros y tambien algunos soldados llevándose objetos de valor. Don Alonso salta del caballo y sin mirar si los suyos le siguen ó no, penetra dentro de la casa, corre, llega á lo alto de la escalera y se adelanta á las piezas interiores. No se ofrecian á su vista mas que esclavos tendidos sin vida sobre el pavimento: uno de ellos parece que se mueve. Acude ligero, se inclina hácia él, le incorpora y le reconoce.

—«Habla, le dice, ¿dónde está tu señora?... Vengo á libertarla.»

El esclavo entreabriendo los ojos, miró atentamente á don Alonso y sin poder articular una sola palabra, señaló con el dedo hácia una galería y volviendo á cerrar los ojos, se dejó caer mortal sobre la tierra; mas el impaciente caballero que juzgaba llegar tarde al socorro de la que se había hecho señora de sus pensamientos, seguía ya en la dirección señalada por el esclavo, hasta encontrar lo que buscaba en el final de la galería. Ofreciósele de improviso un anciano musulmán, que á pesar de estar herido, aun sostenía en su débil brazo un venablo con el que hacia ademán de defender á una jóven estrechada con él. Era el padre de Zora á quien su actitud, su animación y hasta su magnífico vestido hacían formar un interesante grupo con su hija, cuya hermosura no era disminuida en lo mas mínimo por la palidez que cubría sus mejillas. Cuando ella vió adelantarse aquel guerrero á quien todos cedían el paso, se aumentó su temor é hincó una rodilla en tierra asida á su padre y clamando trémula: ¡Piedad! ¡Piedad!

¡Cual fue la compasión de don Alonso, al ver en tal actitud á la tierna é interesante muger que reinaba en su corazón!

—No temáis, contesta, yo libentaré vuestras vidas: dichoso si pudiera así corresponder á lo que os debo. El cielo os envía en mí un salvador.

Al decir estas palabras, levantó con una mano la visera de su casco, mientras que con la otra presentaba á Zora un sable que ella reconoció bien pronto, así como la voz y la persona que la producía: don Alonso continuó:

—Anciano respetable, toda resistencia es inútil: la muerte y el espanto vuelan por todas partes y cierta es la ruina de los árabes vencidos en sus últimos atrincheramientos; pero seguid mis pasos y os conduciré salvos, donde abjuréis los errores de vuestra creencia y viváis felices bajo mi protección y la de don Fernando III de Castilla que ya es el vencedor de Córdoba.

—¡Solo Dios es vencedor! contesta el padre de Zora. ¡Yo apostatar del profeta y deber la vida al enemigo jurado de mi patria!... jamás: venga primero la muerte.

Yo se acercaba esta en efecto: los gritos de los gefes y la tumultuosa voz de los soldados se percibían mas de cerca entre los clamores de las victimas: ya resonaban dentro del mismo edificio. Una turba desenfrenada inunda la galería, y los ricos vestidos y adornos de los musulmanes no hacen mas que incitar su avaricia y ansia de pillage. Don Alonso atento al peligro de su amada, enlaza el brazo izquierdo á su cintura y blandiendo el sable sobre su cabeza grita con voz aterradora:

—«Alto ¡compañeros! ninguno tenga la osadía de atentar á la vida de dos seres débiles que están bajo mi protección.—Los soldados se detienen respetando la voz y el ademán del caudillo, que volviéndose á Zora la dice enérgicamente:—Ven á ser mi esposa, ven á ser cristiana, ven á pasar una vida tranquila y feliz á el lado de tu amante!»

Por un lado la muerte horrorosa y por el otro un atractivo indecible: allí una soldadesca dispuesta á profanar tanta belleza y aquí un amante protector. ¡Oh! no tiene dudosa la elección en tal alternativa. La jóven no tiene fuerza para resistir, teme perder una existencia creada para el placer y la felicidad y se abandona á su amante. No le contesta una palabra; pero asida á su brazo y medio reclinada en su hombro, revela bien cual es su voluntad. Don Alonso que comprende este movimiento, se apresura á sacarla de aquel sitio fatal.

Zora al seguir á su protector; habia asido suavemente á su padre de la ropa como para traérsele consigo; pero el anciano se desprendió de ella con un movimiento de cólera y despecho. Ya desfallecido, ve que su hija le abandona y va á renegar de su religion y entonces ciego de furor da algunos pasos fuera de sí, para clavar con pulso vacilante su venablo en la espalda del que le arrebató su hija gritando al mismo tiempo:

—¡Zora! ¡Zora! Yo te mald..... No pudo concluir la imprecacion. Un soldado cristiano que observó el peligro de su gefe, acudió presto y derribando al árabe de un revés de su espada, puso sangriento término á su vida antes que consiguiese su venganza.

FRANCISCO FERNÁNDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS LITERARIOS.

LA CATEDRAL DE SEVILLA.



I.

De la fé y del entusiasmo
Soberana produccion,
De tanta generacion
Asombro, respeto y pismo,
Y del mundo admiracion:
Grande y magnífico templo
Digno del Omnipotente,
Que en tí mora eternamente:
Cuando absorto te contemplo,
¡Cuán alto vuela mi mente!

Si, desde el espacio inmenso
Vé tu torre y botareles,
Y de Dios á los doseles,
Entre el humo del incienso,
Subir la voz de los fieles.

Ni la vista audaz que emplea
El águila frente á frente
Con el sol, cuando campea
Allá en el zenit, desea
Ni su volar eminente.

Pues que de tí enamorada
Mas rauda vuela, mas vé:
Por las dos potencias que
Te formaron animada,
El entusiasmo y la fé.

Sí, que en fé santa y entusiasmo ardieron
Los no contaminados corazones
De aquellos piadosísimos varones,
Que «levantemos al Señor» digeron.

«Un templo tal, que la futura gente
Por locos nos repute,
Cuando en él, reverente
Busque consuelos y oblation tribute.»

A tales palabras luego
Ardió una generacion,
A quien diera el cielo en don
Un entusiasmo de fuego,
Una fé de exaltacion.

Y un pobre albañil, obscura
Y ya olvidada criatura,
Que ni midió el Capitólio
Ni estudió á la Grecia, solo
De la docta arquitectura;
De fé y entusiasmo ardiendo,
Vió en sueños tu mole santa:
Y acaso también durmiendo,
Su mano un ángel rigiendo,
Traxó tu gigante planta.

Y un pueblo todo
Arde, se agita,
Y la mezquita
Despareció.

Pero la torre
Quedó empujada,
Por que manchada
Nunca se vió.

No, que en su cumbre el árabe Almuédano
«Solo hay un Dios» gritaba;
Y donde la verdad se proclamaba
Era triunfal padron para el cristiano.

II.

Sobre la casa hundida de la luna
Plantóse el templo del Señor triunfante,
Como sobre un sepulcro alegre cuna,
Como una santa cruz sobre un turbante.

Un siglo entero de entusiasmo y vida,
Vida de fé, se afana,
Y la insigne basílica cristiana
Nace y álzase erguida,
Hasta escuchar sus bóvedas *hosana*.

Que aquel siglo de arrojo y energia
Solo, con sus esfuerzos seculares
Pudo alzar en los hombros los sillares,
Que oscurecen al sol de medio día.

Otro siglo en pos vino
Aun de entusiasmo y fé, y aventajado
En poder, en cultura y en riqueza,
A dar cima al portento peregrino
Al Dios Omnipotente consagrado:
Monumento de triunfo y de grandeza,
Padron de eternidad para Sevilla,
Admiracion del mundo y maravilla.

Ese templo es una historia
De piedra, que nos dejaron
Dos siglos que ya pasaron,
Pero que viven en él.

Pues en él se vé y medita
De su entusiasmo y fé santa,
Y de su poder que espanta
El vivo trasunto fiel.

III.

Dos centurias allí.... Despues vinieron
Otras de corrupcion, que ya gigantes
De entusiasmo y de fe no produjeron.

Indignas de memoria,
Aunque ricas, triunfantes,
Y sabias, no pudieron
Otra página dar á aquella historia.

Obras monumentales
Son huellas de los siglos colosales,

.....
Seres aislados nada pueden, nada:
De arbustos que verdean
Raros aquí y allí, por la abrasada
Region inmensa del desierto mudo,
Y con el viento quemador pelean,
Jamás formarse un bosque eterno pudo.

El entusiasmo y fé cuando no abrasan
A todo un siglo, á una nacion entera,
Meteóros son que brillan y que pasan
Sin el rastro dejar de su carrera.

Ardieron en aislados corazones....
Mas... qué es un corazon?... Insigne Cano,
Inspirado Muri lo,
Cuya paleta el brillo
Venció de la paleta de Ticiano,
Montañés y Becerra:
De entusiasmo y de fé fuisteis varones,
Pero solos aislados en la tierra.
¡Ay! tan solo os fué dado
A la historia de piedra una espresiva
Girnalda de laurel y siempre viva

Poner, y en sus sillares estampado
Vuestro nombre dejar, como el viagero
Lo deja en las pirámides grabado.

VI.

Mole santa, templo angusto,
Del Omnipotente gloria,
De insignes siglos historia,
Obra de entusiasmo y fé.
¿Quién es el necio, el impío
Que te mira indiferente,
Que sin pasmo reverente
Osa en tí estampar el pié?
Quién, cuando en pompa de solemne día,
Mira un pueblo postrado
Delante de tu altar de oro, velado
Con blanca nube que hasta el cielo envía
El sacro aroma del quemado incienso;
Y de tu espacio inmenso
Los ámbitos llenar oye turbado,
Tempestades de altísima armonía,
Con que al pausado coro
El órgano sonoro
Y las campanas que en los aires zumban
Responden, y tus bóvedas retumban;
Y por encanto superior parece
Que habla tu inmensa mole y se estremece,
¿Quién desconoce estar en la presencia
De la sabia eternal omnipotencia?
¿Quién no va allí á pedir con fé, victoria
Y para España libertad y gloria?
Pues cuando del ocaso en los cancelos
El moribundo sol entre celajes
Refleja en tus pintados ventanages,
Y aun dora tus gallardos botareles,
Y de soslayo tu morisca torre;
¿Que mortal, si recorre
Tus solitarias naves,
No se halla de pavor sobrecogido;
Y al escuchar de las campanas graves

El pausado quejido
Y clamorosos sonos,
Con que al mundo adormido
Recuerdan las nocturnas oraciones,
Delante del altar que apenas brilla
A la luz amarilla
De misteriosa lámpara, la frente
No hunde en la tierra helada,
Llora, y teme y espera y se anonada?

V.

En tí de noche y día
Si osa entrar el impío
Se siente de horror frío
El duro pecho helar.
Y que un manto de plomo
Le abrumba y le confunde,
Y que en tierra se hunde
Sin poder respirar.
Y en tí de noche y día
El que por la fé vive
Nuevo aliento recibe,
Ensanchar el corazón.
Bendice si es dichoso,
Si es desdichado llora,
Y le es consoladora
La voz de la oración.
Insigne catedral donde Dios vive
Eternamente, donde el cuerpo santo
Del Rey conquistador culto recibe,
Dó yace el sábio Rey, dó brilla tanto
Trofeo de victoria,
Encanto, iglesia, monumento, historia:
¿Mientras mas te contemplo y mas te admiro
Mas entusiasmo y pura fé respiro....!
Salve, portento santo y sin segundo,
Gloria de España, admiración del mundo.

A. de Saavedra.
DUQUE DE RIVAS.



ESTUDIOS DE COSTUMBRES.



Varela

LA EDUCACION DE UN NIÑO.

¡Juanita!

—¡Jesus, D. Anselmo (1), qué ganas tenía de ver á V!

—Pues yo ignoraba que estuviere V. en este pueblo, que á haber tenido la menor noticia, ya hubiera pasado á ponerme á los pies de V. en su casa.

—¡Vaya y qué cumplido está V! Aunque hubiera V. olvidado enteramente nuestras antiguas relaciones... yo siempre la misma.

—Mucho me alegro, porque la igualdad y la consecuencia son prendas para mí muy recomendables. ¿Y sigue V. solterita?

—No señor; hace siete años que me he casado.

—Hija, lo siento; sin embargo tendré un placer en saber que sea V. tan feliz como merece, y yo supongo.

—No estoy descontenta, pero bien sabe V. que pude serlo mas. Pícaruelo, no lo siento V.... Si V. lo hubiera sentido entonces... en fin, yo no soy de las que ponen un puñal al pecho á nadie.

—No consiste en eso, hija; sino que las circunstancias de entonces...

—Ya; para Vds. nunca son buenas las circunstancias.

—¿V tiene V. familia?

—Tengo tres niños; el último le estoy criando; ha de ir V. á verlos, sí?

—Con la mejor voluntad; por gusto y por deber.

—Sí, vaya V. que le divertirán las gracias y habilidades de mi Miguelito: Miguelito es el mayor; tiene cinco años y medio, pero es lo mas travieso...!

—Supongo que serán dignos de tan buena madre, y que la educacion corresponderá á su talento de V., pero V. no extrañará que yo vaya á cualquier hora, porque mis ocupaciones me dejan muy poco tiempo libre.

—Vaya, ¡que cosas tiene V! Aunque nos conociéramos de hoy! Pero si V. pudiera ir por la mañana, era mejor hora para mí. Mi marido es empleado, no me pregunta V. por él: todos los dias sale tan tarde de la oficina...!

—Justamente iba á preguntar á V. en este momento por su esposo. Pero ya se ve; V. tan viva como siempre... Desde luego doy por supuesto que será sujeto de talento y amabilidad; en una palabra, digno de V.; por que V. no habrá elegido lo peor, vamos.

—No señor, no elagi; él fué el que me eligió. Pero ha salido tan buenazo!

—¿Su nombre?

—Juan como yo.

(1) Aquí habia otro nombre que el autor ha creido oportuno substituir.

—¿Y el apellido?
 —Todos le conocen por los dos apellidos juntos. *Calma y Sufret*.
 —¡Oh! pues con un *Juan Calma y Sufret* no dudo que será V. felicísima.
 —¿Con que irá V. á ver los niños, sí?
 —Doy á V. palabra de hacerlo en el primer rato disponible que tenga.
 —Pues á Dios, D. Anselmo. Con que cuidado con la palabra.
 —Pierda V. cuidado, Juanita, que no acostumbro á faltar á ellas.

Y tomadas las señas de la casa, nos despedimos hasta otro día.

Esto fue en un pueblo.... pero ¿qué importa el pueblo en que fuese? En cualquier pueblo puede suceder esto. A los pocos días y á hora oportuna me personé en casa de mi antigua conocida, que me recibió bajo el techo doméstico con las mismas ó mayores muestras de satisfacción y jovialidad que me había manifestado á campo raso.

—¿Y los niños? le pregunté.
 —Los niños por ahí andan trasteando: el pequeño está durmiendo, Juan en su oficina.
 —Sí, en este momento iba á preguntar por él, pero usted se me adelanta como siempre.... esa viveza tan singular....!

—Lo que es Juan no viene hasta las cuatro de la tarde.

—No, si preguntaba ahora por Miguelito: ¿no me dijo usted que se llamaba Miguelito el niño mayor?

—Ah, sí; pero el caso es que como no esperaba que me favoreciese V. hoy, todavía están sin vestir.

—Señora, de cualquier modo: lo que quiero yo es disfrutar de su amabilidad y de sus gracias, y admirar en ellas el talento y virtudes de su buena mamá.

Salió mi amiga á buscar á su Miguelito, y presentándoseme este caballero en el boston de su papá, haciendo de cabeza la contera y de herradura el puño de marfil que acababa de ser descascarado al galopar por los ladrillos rotos del corredor, que era su picadero. El niño era como una perla; pero como una perla acabada de extraer de las escavaciones de un monumento derruido en los meses del calor; tal venía de cal, polvo y ladrillo. Para descubrirle la tez de la cara, era menester ir quitando capas de polvo como quien quita las lúnicas viscosas que cubren el ojo del besugo, que al cabo nunca se consigue verlo claro. El polvillo del vestido con que no estaba vestido, se soltó fácilmente á favor de unas frías contra mi pantalón blanco de lín; pero al intentar Juanita limpiarle el del rostro con el pañuelo de la mano, opuso el bello Miguelito una resistencia tenaz y encantadora. La pugna entre el proyecto de la mamá y la oposición sistemática del niño fue tomando el carácter de una cuestión seria vivamente sostenida por ambas partes, hasta que Juanita en uso de las prerogativas de la maternidad, y apelando al poder ejecutivo, trató de conseguir por la fuerza lo que no había podido lograr por los medios de la persuasión. Esto irritó la susceptibilidad esquisita del niño en términos que se tiró al suelo, no sin arrojar antes con brío infantil su amada cabalgadura al balcón inmediato, cuyos cristales hubiera roto, si hubiera estado de otras veces alguno que romper. Mientras el bastón volaba á la calle, el niño nadaba en los ladrillos como una tierna ranita, con la diferencia que estas nadan cantando, y aquel nadaba llorando.

—¿No le dije á V. que era muy travieso? me decía Juanita. Que; si no se puede con esta criatura: crea V. que no me deja tiere con cabeza. Después, V. no vé como se me pone en un instante? Así es que se me quita la gana de vestirle; al momento se me ensucia.

—Señora, la decía yo, encantado de la amabilidad de

la criatura: eso es muy natural en los niños; ¿qué quiere V. de su edad?

Instábase su madre á que se levantara, alternando entre el acento suplicatorio y el imperativo, pero el niño á cada proposición contestaba con una rabieta negativa, ó con una patadita de repulsa que encantaba. Acordéme entonces que llevaba unos dulces en el bolsillo, y desde luego resolví emplear este expediente para dulcificar aquellas amarguras. «Miguelito, toma un caramelo, le dije.» A la voz de caramelo se templó la reciera de aquella tempestad, á que contribuyó por su parte Juanita diciéndole: «levántate, hijo mio, que te va á dar dulces este caballero.»

Levantóse en efecto el amable Miguelito; la vista del caramelo fué el iris de su llanto, al cual siguió un *al-canace á última hora* de suspiros, pero sin que dejasen de fluir lágrimas por sus tiernas mejillas á la manera que después de un aguacero, serenada ya la atmósfera, quedan fluyendo por un rato los aleros de un tejado. Juanita le dijo que se limpiara y me diera un beso; el niño ya mas placentero, se dió una brochada de primera mano á la cara con la estremidad de la falda de su blusita, y significó querer aplicar sus labios á mi rostro, que yo bajé hasta ponerle en contacto con el suyo, por pura consideración á la madre, autora del mimo. ¡Ay que beso, señores! Ni el mas diestro albañil prepara mejor su masa de tierra y agua para rebocar una pared, que lo estaba la que en el rostro del rapazuelo se había formado del polvo y el agua destilada de sus ojos, y otra materia también destilada, no de los ojos, sino de otra fuente mas inmediata al sitio de besar. Limpié por mayor con el pañuelo el pegote que me dejó en la cara, pero no pude limpiar bien otro que me había quedado en la patilla izquierda, y que semejava el nido de un pájaro en una zarza.

En seguida ya rompió á hablar Miguelito diciéndome con mucha gracia: «dame un cuarto.» Juanita se echó á reír como una tonta, y yo que por desgracia aquel día parecia hombre rico, porque no llevaba moneda pobre, eché mano al bolsillo, y sacando una peseta, le dije: «toma, querido, este cuarto blanco: ¿no te gustan los cuartos blancos?—Y mucho, me contestó; mas que los negros. ¡Qué rico está el caramelo! ¿tienes mas?—Sí; aun he de tener.»

En esto entró Luisito, el niño segundo, y repartí mis caramelos entre los dos. Pero Miguel que tantas pruebas iba dando de amabilidad y fina educación, la dió también de generosidad arrebatando á su hermanito los dulces de la mano, y diciendo: «son míos todos.» «Que diablo de chico, decía su madre con mucha cachaza, con todo hace lo mismo; de manera que no me deja medrar á este otro.—¿No tienes mas? me decía Miguel.—No, hijo mio, se acabaron.» Pero él, poco satisfecho con la respuesta quiso cerciorarse por sí mismo, y empezó á registrarme los bolsillos con la mano que le quedaba libre, incurriendo en algunas equivocaciones de lugar que en su edad infantil no eran infracciones de ley. Convencido ya y satisfecho comenzó á mirarme de hito en hito: aquí si que esperaba yo oír alguna gracia singular, y en efecto no pude menos de echarme á reír cuando en seguida de aquel rato de contemplación me dijo: «tu tienes los ojos como mi gato.» Bendita sea la madre que te parió, angelito, exclame yo admirado de la ocurrencia.—Pues mire V., dijo la madre, eso no se lo había oído yo nunca.

Vaya di á este caballero que tanto te quiere algunas de las cosas que sabes, le dijo la mamá. Aun no estaba yo prevenido para oírle, cuando ya resonó en mis oídos... redondo y con todas sus letras le echó, señores. Yo estaba entusiasmado con la fina y esmerada educación que mi antigua conocida sabia dar á sus niños, y admiraba las bellas disposiciones y prodigiosos adelantos de un niño de tan corta edad. Pregunté si sabia leer y me dijo mi amigueta que estaba aprendiendo; pero que ya conocia

las letras. «Vaya, Miguelito, trae la cartilla y di las letras delante de este caballero. Trajo Miguelito su cartilla y colocado entre mis piernas empezó á pronunciar precipitadamente y sin cuidarse del orden alfabético á, é, jota, ene, hache, zeda, ó... hê, yo no quiero leer mas. Y rasgó la cartilla en dos pedazos. Reimonos uno y otro de aquel agudo golpe de ingenio, y luego le dijo su mamá. «Vamos, Miguelito, ahora di una fábula.»—No quiero, le respondió el niño con un desembarazo que ofrecia las mas alhagüenas esperanzas para mas avanzada edad.—Vamos, hombre, dila; has de ser condescendiente: vamos á ver: «ayer por mi calle pasaba un borrico; vamos, hombre, sigue, que bien la sabes: «ayer por mi calle pasaba un borrico.» Y pasó el borrico por la calle una docena de veces sin poder arrancar del amable niño otra cosa que la repetición del *no quiero*.

Si la sabe como un papagayo, decia la buena Juanita, sino que no está ahora de humor de decirla; mire V.:

cuando nadie se lo manda, entonces es cuando la dice mejor.

Señora, eso ya se sabe: las gracias de los niños son como el canto de los pájaros. Y no le moleste V. mas, que bastante ha lucido ya sus habilidades el pobrecito. Y V. me dará su permiso, Juanita, que yo tengo muchísimo que hacer.

—¿Qué! ¿se marcha V. ya?

—Sí, hija.

—Pues mire V., Juan todavía no viene tan pronto.

—Crea V. hija mia, que lo mismo me diera aunque tardara un año en venir. Siga V. gozando felicidades con su Juan Calma y Sufret, y solo digo á V. que si la suerte me deparára enlazarme en matrimonio con una jóven que supiera dar una educacion como esta á mis niños....

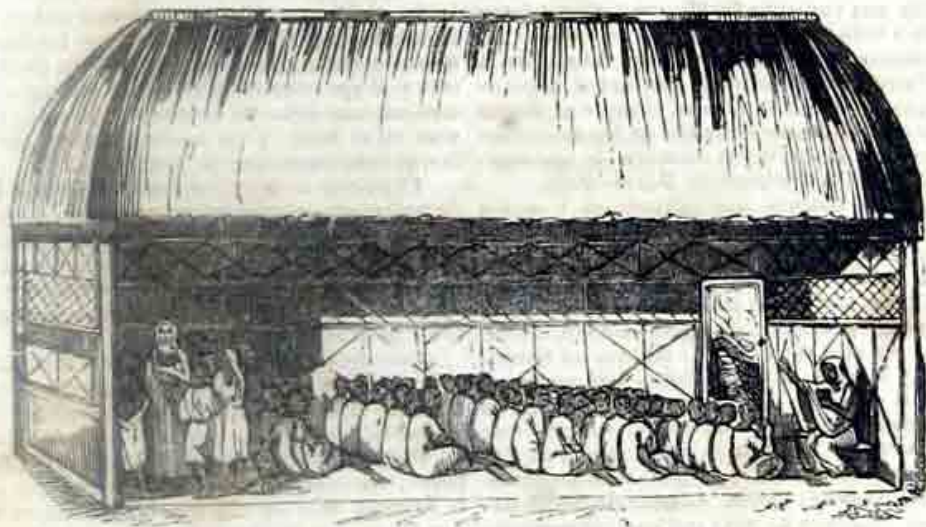
—Qué; ¿seria V. feliz?

—Eso es, seria tan feliz que me ahorcaria de rabia como Judas. A Dios,

1840.

FR. GERUNDIO

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.



Calcuta.

En 1689 el señor Chaunockj, agente inglés en Bengala, obtuvo permiso para establecer una factoria de su nacion en el rio Hoogly, el brazo mas occidental del Ganges, eligiendo al efecto la aldea de Govindpoor, á pesar de hallarse distante del mar lo menos cien millas inglesas, y de ser este lugar uno de los mas mal sanos de aquella costa. Cerca de Govindpoor habia un lago de agua salada que se desbordaba todos los años á la aproximación del otoño; sus aguas al retirarse dejaban una inmensa cantidad de peces muertos cuya putrefaccion viciaba el aire á una gran distancia. El viento del nordeste llevaba al fuerte William, ciudadela de Calcuta, los miasmas fetidos que exhalaban los pantanos que cubrian los campos de sus in-

mediaciones. La mayor parte de los extranjeros llegados de Europa eran victimas de las fiebres pestilenciales frecuentes en semejante situacion. Citase un año durante el cual murieron en el espacio de seis meses sobre 400 ingleses de 1,200 residentes en el pais. Esta mortandad espantosa no pudo impedir el rápido acrecentamiento de la aldea de Govindpoor. Simple factoria en su principio, es hoy la rica Calcuta, la capital de Bengala y de todas las posesiones inglesas en las Indias, el depósito de todo el comercio de aquellas vastas comarcas.

Al entrar en Calcuta sorprende al viagero la estraña mezcla y confusion producida en las calles por la diversidad que se nota en la construccion de las casas. La mayor parte de la ciudad está formada por casas en un todo semejantes á las de las ciudades indianas. Construidas sobre un plano uniforme en aquellas calles estrechas y tortuosas, hallanse entrecortadas por innumerable cantidad de charcas, estanques y jardines. Hay sin embargo

algunas calles, donde se ven casas construidas de ladrillos; este es el barrio de los mas ricos negociantes ingleses: algunas de ellas son muy lindas y espaciosas; y las hay tambien que pueden aspirar al titulo de palacios. Las casas indianas que las cortan de trecho en trecho tienen el aspecto mas singular del mundo: unas están construidas con una especie de argamasa que fabrican los naturales y llaman *chunam*; otras están construidas de bambú y otras finalmente de esteras. Las casas indianas no tienen mas que un piso, y están cubiertas de una especie de bálago. Respecto á las de ladrillo, son muy raras las que pasan de dos pisos y terminan en terrados á la italiana; hállanse situadas de trecho en trecho y tan distantes las unas de las otras, excepto en el barrio de que ya hemos hablado, que cuando ocurre un incendio en las casas de esteras, devora frecuentemente calles enteras sin ser contenido por una sola casa de ladrillo. Desde principio de este siglo se ha enriquecido Calcuta con varios monumentos. El palacio del gobierno, la iglesia Armenia, la iglesia Anglicana, el fuerte Willian y por último el colegio del Obispo, donde se halla establecida la escuela cristiana de niñas fundada por Mrs. Wilson, son monumentos que sorprenden al viajero que no espera hallarlos en una ciudad de estera y de bambú. Al mismo tiempo se trabaja por hacer sano el aire, y ya se ha logrado en parte, aunque queda todavia mucho por hacer para dejarlo enteramente puro y salubre. Han desecado ya todos los pantanos y las charcas situadas en las calles de la ciudad y que eran una de las causas mas activas de mortandad. Han hecho en medio de la villa una vastisima fuente cuyo pilon provee de agua potable á toda la ciudad porque la del Ganges llega á hacerse salobre en el estio á causa del reflujo de la marea. Esta fuente está alimentada por tantos manantiales que el agua se mantiene allí casi siempre al mismo nivel. Cerca de aquella fuente descueña un hermoso obelisco erigido por Mr. Holwell á la memoria de sus compañeros de infortunio las victimas de *Black-Hole*.

La poblacion de Calcuta, que asciende ya á medio millon ofrece como la de todos los grandes centros de comercio, una mezcla de casi todas las razas de hombres conocidas. La libertad que gozan allí todos los cultos, es mirada como una de las principales causas de las prosperidad siempre progresiva de aquella ciudad. El color negro de la raza africana contrasta allí con las facciones sonrosadas y blancas de los ingleses. Las carrozas, los factones y los cabrioles de Europa se cruzan en las calles con las palanquetas de los naturales. Encuéntrese allí una iglesia Armenia, un templo y una iglesia católica, y en medio de todo esto Alfaquies paseando procesionalmente sus estravagantes ídolos. Aunque ciudad de comercio ante todo, Calcuta no está por eso enteramente desprovista de títulos literarios; pues allí se redacta el *Diario de la sociedad asiática*, cuyos informes sobre las antigüedades, las lenguas y las religiones de la India, pueden compararse con los trabajos de la academia francesa de inscripciones y bellas letras. En Calcuta reside el gobernador general de la India y el tribunal supremo de justicia, cuya jurisdiccion se estiende desde la costa Coromandel hasta la de Malaca. Diversas naciones explotan el inmenso comercio de Calcuta; pero principalmente los ingleses y armenios que hacen allí sin disputa mas negocios que todas las naciones reunidas. Sin embargo entre los mercaderes mogoles hay algunos que poseen fortunas comparables á las de la alta aristocracia de Inglaterra; y como el interés es tres veces mayor en Calcuta que en Inglaterra, un capital de un millon de libras esterlinas representa allí un triple de esta suma poseida en Inglaterra. Tambien hay algunos comerciantes griegos en Calcuta, y aunque en escaso número no por eso dejan de sostener su sacerdote. Los portugueses son tan numerosos como los ingleses pero la mayor

parte ocupan allí la última clase de la sociedad. Es verdaderamente notable que ningun pueblo se haya aclimatado mejor en la India. Excepto su religion han adoptado completamente las costumbres de los indigenas. Entre tantos pueblos como componen la inmensa poblacion de Calcuta, los judios forman una imperceptible minoria. La lengua del pueblo de Calcuta es el Bengali que está derivado del Sans-Krit como el Indostani con el cual guarda mucha afinidad.

VIAJES.

MAGUNCIA.

Salimos ayer de Coblenz en el barco de vapor, que diariamente se dirige á Maguncia, viendo desfilir delante de nuestra vista los fuertes de Braubach, el Mexbourg, prision de estado, que amenaza con sus ruinas desde la montaña, Sain Goar Wersel, Eltwil; con sus numerosas campanas y sus risueños campos, la posesion del Principe de Methernich, que dá el mejor vino dorado de todos los del Rhin y despues Biebrich, residencia magnífica del duque de Nassau.

A las cuatro de la tarde se presentó una isleta, graciosamente colocada en medio del rio y en su estension la ciudad de *Maguncia* por lo cual parece salir de las ondas y aproximarse al viajero. Sus torres proyectan largas sombras en las aguas, aumentándose su efecto por la inestabilidad de estas. Aparece en lontananza una inmensa mancha negra, que se estiende desde una rivera á otra y al aproximarse el buque se distingue una hilera de molinos harineros de ruedas de paletas, cosa muy comun en el Rhin, y un inmenso puente de barcas, cubierto continuamente de gentes.

El puerto es muy concurrido, porque hay personas de todas las naciones del mundo; pero no por eso deja de haber agentes de policia, que aquí como en todas las partes del mundo incomodan y molestan al viajero.

Las calles de Maguncia son estrechas y sucias; pero en la orilla del rio hay muchos hoteles cómodos, elegantes y baratos.

Las cartas de recomendacion me abrieron bien pronto entrada entre las familias de Maguncia y conocí que su caracter es mas espiritual que profundo; lijereza, que se puede perdonar en gracia de su amabilidad.

De todas las ciudades de las orillas del Rhin, Maguncia es, sin contradiccion, la que tiene mas simpatias por la Francia. Hay en ella muchos militares del Imperio, que no pueden olvidar la caída tan rápida como terrible de Napoleon. Por esta circunstancia, el viajero, que viene de Paris, tiene que contestar á una multitud de preguntas sobre el estado de esta capital y sostener una discusion con toda la seriedad que se trata en Alemania aun los objetos mas frivolos.

En el teatro se daba aquella noche el Barbero de Sevilla y no es fácil esplicar la grata sensacion, que esta ópera produce en el pueblo de Maguncia.

El dia inmediato por la mañana hube de recorrer la ciudad, devastada por los Hunos, por los vándalos y los alemanes en diferentes épocas, fatídica por las escenas sangrientas que ha visto en sus murallas, y por los bandidos y los principes guerreros que ha producido.

En el siglo XIII y XIV Maguncia se hallaba en un estado floreciente, y en esta época se cultivaba la poesia galante y por lo tanto se hallaban en ella todos los trovadores de Alemania.

Pero en el siglo XV Maguncia adquirió una gloria inmortal por la invencion de la imprenta la obra mas importante y fecunda en resultados, la gran palanca de la

civilización moderna. Juan Gensfleisch de Sorgenloch, llamado Guttemberg por la casa que poseía en Maguncia hizo los primeros ensayos de la imprenta con caracteres móviles en Strasburgo y perfeccionó sus trabajos en Maguncia.

El cuerpo de Guttemberg está en la iglesia de San Francisco y se lee sobre su tumba el siguiente epitafio:

«Al aplaudido por todas las naciones y por todas las lenguas, el inventor de la imprenta Juan Guttemberg, Adam Gelthus erigió este monumento para perpetuar el recuerdo de su nombre. Sus huesos descansan en paz, en la iglesia de san Francisco de Maguncia.»

La patria no ha sido indiferente á la gloria de Guttemberg y en esta gran plaza se ve su estatua colosal en bronce de un distinguido autor.

En la vieja y sombría Catedral se ven los sepuleros del célebre general Lamberg, de Sastrade, muger de Carlomagno y de algunos artistas levantados á costa de las damas de Maguncia. La Biblioteca contiene 100,000 volúmenes y muchos manuscritos entre los cuales están los de san Crisóstomo. Se enseña á los extranjeros el modelo del puente, que Napoleon queria hacer construir sobre el Rhin y un reloj, que representa el sistema de Copérnico.

El estado actual de la Alemania es sorprendente por la actividad que desarrolla en el fomento de la agricultura y bajo este aspecto su estudio puede ser muy útil á la hermosa España.

15 de enero de 1843.

AGUSTIN PARCIAL.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



DON JUAN NICASIO GALLEGO.

No hay en España persona alguna un tanto aficionada á las bellas letras, que no pronuncie con respeto este nombre; no hay poeta ni escritor público, de cualquier género que sea, desde los mas humildes hasta los mas empujados de nuestra época, que no le consulte sus obras y haga en ellas sin mas examen, cuantas correcciones le indique; no hay discusion literaria que no se termine á su arbitrio; no hay en fin quien ose replicar al que en materias de buen gusto asienta una opinion, añadiendo: así piensa don Juan Nicasio Gallego.

Y esta especie de absoluta autoridad, esta incontestable supremacia, esta universal dictadura, ¿de donde procede? ¿en qué se funda? ¿qué par de estantes tiene que destinar el literato en su biblioteca para colocar las obras de un hombre de tanta fama?

No hay libro ninguno que lleve al frente su nombre. Siete odas ó elegias de regulares dimensiones, publicadas en el espacio de 36 años, y alguno que otro soneto ó romance, han bastado á colocar al señor Gallego entre los primeros poetas que honran el parnaso español: de qué calidad sean las tales siete composiciones, inútil es decirlo; además, que no hay en España literato que no las sepa de memoria.

Fenómeno es este que no aciertan á comprender en el día aquellos que, como dice Iriarte,

aprecian por el tamaño
los libros y por el bulfo;

pero el que tiene alma para sentir las bellezas de la poesía, no solo reconoce y acata la justicia de tan merecida opinion, sino que de las siete composiciones del señor

Gallego aun juzga que sobran seis para colocarle en el sitio que ocupa. Quejense algunos de que haya escrito tan poco: lástima grande es ciertamente; pero lástima para las letras, no para su fama.

No me detendré á analizar sus poesías: como noticia sería escusado, pues ya he dicho que nadie las desconoce: como crítica, á ninguno es dado abrir de nuevo un juicio que ha sentenciado ya una generacion entera.

En Zamora nació por los años de 1773, pueblo que nunca ha dado muestras de envanecerse con tal hijo, hasta ahora que mal y de mala manera le ha incluido en una terna de senadores. Allí hizo los primeros estudios, pasando luego á Salamanca donde en 1800 concluyó su carrera y recibió las sagradas órdenes. El trato con Melendez, restaurador del buen gusto de la poesía castellana, inflamó su fantasia y despertó en él ese genio que tan hermosa página ha añadido á nuestro parnaso. Pasó luego á Madrid donde conoció al malogrado Cienfuegos, y al señor Quintana, con quien desde entonces le han unido vínculos de no interrumpida amistad; y en 1805 le nombró el Rey director de la casa de pages. Servia este empleo y publicaba en el Memorial literario, periódico que salia á luz en Madrid, alguna que otra composicion ligera, cuando en el año de 1807 llegó la noticia de la defensa de Buenos-Aires contra los ingleses.

Permitase al que esto escribe dedicar aqui un recuerdo á aquella heroica ciudad, donde tiene á gloria haber nacido, y en cuya suerte no ha cesado ni cesará de interesarse vivamente su corazón, á pesar de las 2,000 leguas que hace mas de 20 años le separan de la que siempre llamará su patria.

No hay ejemplo en la historia de un hecho mas glorioso. Un pueblo abierto donde no habia á la sazón ni un solo soldado, se ve acometido de repente por un ejército de 12,000 hombres, mandado por un habil general. Desafino era soñar siquiera en defenderse; pero las heroicidades que son en su origen sino desatinos? Los habitantes corren en tropel á la plaza y piden á gritos armas y municiones: el Cabildo (asi se llama allí el ayuntamiento) cede á la voluntad del pueblo, toma algunas disposiciones para aquella inconcebible resistencia y llama á la ciudad al Virey don Santiago Liniers, que á la aproximacion de los ingleses viéndose sin tropas, se habia retirado al campo. Los paisanos armados guarnecen las azoteas, los balcones, las ventanas, las puertas; y al penetrar los enemigos en la ciudad, empieza á llover sobre ellos un fuego mortífero. La lucha fué sangrienta, pero breve: al cabo de algunas horas, los ingleses tuvieron que rendirse á discrecion, quedando todos, incluso el general en jefe, prisioneros de guerra.

No es extraño que tan gloriosa accion encendiese el estro de los poetas y produjese la primera oda en que el señor Gallego derramó el fuego poético que encerraba en su alma, y que solo aguardaba para inflamarse una chispa de entusiasmo. No es ya el cantor tierno y delicado érnato del dulcísimo Melendez; es el poeta vigoroso y robusto que empuña la trompa de Herrera y viendo en su fantasia á la América del Sur alzarse sobre los Andes, lanzando el grito de guerra, esclama:

«Golpe terrible en el broquel sonante
dá con el pum y al fragor de guerra
con que herido el metal gime y restalla,
retiembla la alta sierra,
y el ronco hervir de los volcanes calla.»

Por entonces fué tambien cuando á consecuencia de una disputa literaria habida en la tertulia del señor Quintana, hizo en ocho dias la traducción de la tragedia de *Arnault*, titulada *Oscar*, que proporcionó uno de sus mayores triunfos al grande actor *Isidoro Maiquez*, y en la cual dejó á muchas leguas el mérito del original francés.

La sangrienta jornada del 2 de mayo de 1808 fué la que inspiró al poeta su segunda composicion: no hay nada mas hermoso en castellano. Aquella elegia puso el sello á su fama; y bien hubiera podido desde entonces colgar la lira, seguro de que no era fácil elevarse como poeta lirico á mas altura. Muchos años hace que en semejante dia todos los periódicos de Madrid reproducen aquella magnífica elegia llena de noble indignacion y patriótico entusiasmo, en la cual, despues de repetir el grito de *guerra y venganza!* lanzado por la nacion contra los invasores, dice:

Guadalquivir guerrero
torna al bélico son la régia frente;
y del patron valiente
blandiendo airado la nudosa lanza,
corre gritando al mar; guerra y venganza!

En el mismo año hizo el señor Gallego la tercera de sus composiciones, que tituló *Oda á la influencia del entusiasmo público en las artes*, y leyó en una sesion de la academia de San Fernando. Esta composicion es de las menos conocidas, pues no tengo noticia de que se haya impreso nunca; pero en nada desmerece de las demas. Como compuesta bajo el influjo de los sentimientos de independencia que ardian en el corazón del poeta en aquella época, está llena tambien de alusiones á los hechos gloriosos de la nacion, y así es que hablando de la pintura, presenta entre otros, un cuadro magnífico del sitio de Zaragoza, que concluye con esta imagen:

Oh! magia del pincel! Sobre el glorioso
monton de escombros de la antigua torre,
que á la horripóna bomba se desploma,
allí el aragonés su frente asoma
impávida y serena,
y al terco sitiador de espanto llena.

Desde esta fecha corre un largo periodo en que la musa de tan gran poeta enmudece profundamente. La llegada de Napoleon con su ejército obligó al señor Gallego á abandonar la capital y refugiarse á Sevilla, y luego á Cadiz. Allí fue diputado de las primeras cortes que se instalaron en la isla de Leon, y las tareas legislativas no le dejaron espacio sino para tal cual soneto ó himno patriótico. Volvió luego á Madrid, y á la llegada del rey en 1814 fué uno de los perseguidos y encarcelados por sus opiniones liberales. Hallándose confinado en una carcaja de Andalucía, compuso la elegia á *la muerte del duque de Fernandina*, composicion tambien poco conocida del público, y que siento no tener á la vista para trasladar aquí alguno de sus muchos trozos de tierna melancolia.

Ocurrió en 1818 la sentidísima muerte de la reina Isabel de Braganza, y este doloroso acontecimiento inspiró al señor Gallego una de sus mejores obras. La elegia en tercetos que compuso entonces hasta por sí sola para hacer la reputacion de un gran poeta. Siento que los límites de este artículo no me consientan copiarla toda. Recordando en ella el dia en que la reina llena de juventud y hermosura desembarcó en Cadiz, dice:

«Ostentosa su marcha fué. Ostentoso
bajel, favonio con halagos puros,
meció de Cadiz en el golfo hundoso;
Y al ronco estruendo de los bronces duros,
bella como la diosa de los mares,
la saludaron los hercúleos muros.
Aun el rumor de aplausos á millares,
oír, y el grito de las torres creo,
y el festivo sonar de mil cantares.

Observe el jiro poético de estas frases: observe sobre todo el hiperbaton que hay en el último terceto. La feliz colocacion de los verbos determinante y determinado; y dígame si, cuando la lengua castellana se presenta manejada así, tiene que envidiar á la latina ni á

ninguna. En otro lugar hay este sentido: trozo en que el señor Gallego pedía por sus amigos proscritos y el cual suprimieron los censores de aquella época:

«De ti esperaba el fin á los prolijos
y acerbos males que discordia impura
sembró con larga mano entre tus hijos.»

No pocos ¡ay! no pocos, en oscura
mansión, al deudo y la amistad cerrada,
redoblan hoy su llanto de amargura.

Otros gimiendo por su patria amada,
el agua beben de estrangeros rios,
mil veces con sus lágrimas mezclada.»

Desde aquí corre otro período de diez años en que vuelve á enmudecer la musa del Sr. Gallego.

En 1830, con motivo de la muerte de la Duquesa de Frias, compuso la notable elegía que se insertó en la

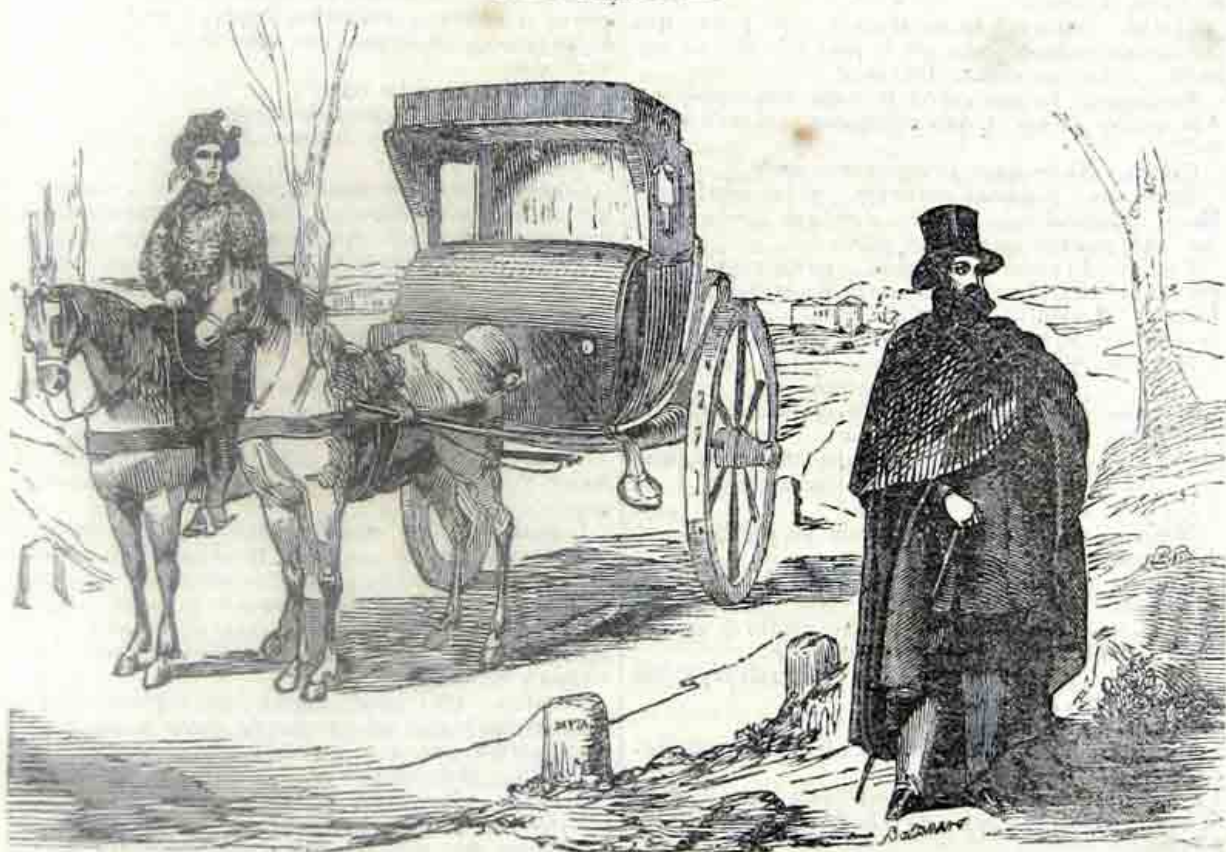
Corona fúnebre, impresa en Madrid entonces, y poco despues, la última hasta ahora de sus poesías, que es una oda al nacimiento de la princesa Isabel, actual Reina de España.

Hé aquí enumeradas las siete obras con que ha llegado á colocarse en primera línea entre los poetas españoles; y no hablo de otras composiciones cortas con que se honraria el mas eminente literato.

La Academia española le abrió sus puertas y últimamente le nombró su secretario perpétuo. En estas útiles tareas, y en el trato de poetas y artistas, que reciben de su amistad y consejos aliento y luz para cultivar con acierto las artes y las letras, pasa su vida retirada y tranquila, gozando ya de una fama que pocos alcanzan de sus contemporáneos.

VIENTURA DE LA VEGA.

ESTUDIOS RECREATIVOS.



TREINTA LEGUAS EN POSTA.

(El camino de Francia fuera de la puerta de Bilbao. Una silla de posta con los caballos enganchados está parada en la primera plazuela que forma el camino. El postillon montado silva un aire nacional. Un jóven elegante embozado en su capa se pasea por el camino y mira indistintamente á su reloj y hacia la puerta).

CARLOS. No distingo nada! no viene! (con impaciencia). No vendrá?... — Postillon ¿qué hora es?

POSTILLON. Las cinco acaban de dar.

CARLOS. Las cinco nada mas! No tarda; esperemos...

— No me puedo estar quieto. (se pasea con inquietud).

— Postillon, ¿qué casa grande es esa que se ve ahí á la izquierda? Parece una iglesia.

POSTILLON. Es el cementerio.

CARLOS. ¿Y esas otras de mas adelante?

POSTILLON. El parador y los tejares donde venden vino. Mire v.l.; vé vd. sobre la derecha, un poco mas largio una porcion de casas? pues ese es Chamberí.

CARLOS. ¿Donde vá este otro camino paralelo al que hemos traído?

POSTILLON. Lo que es el camino no vá á ninguna parte; los que andan por él pueden ir á la puerta de Fuencarral y por la ronda á San Bernardino y á la cuesta de Arce y á San Antonio de la Florida que está....

CARLOS. Ya sé donde está San Antonio, me acuerdo de haberlo visto un día que fui de campo á la Moncloa.

POSTILLON. Pues mire vd., yo no he visto la Moncloa mas que de paso desde el camino que vá á la puerta de Hierro en los tres años que estuve corriendo por la carrera de Valladolid. Mala carrera; las ocho leguas desde Olmedo son fatales; me acuerdo un día.... (*mirando á Carlos que se ha alejado sin oírlo*) Calle! pues el señorito no aguarda á razones.

CARLOS. (*Volviendo hácia el carruaje y mirando al reloj*). Es imposible que no vaya yo atrasado.—Postillon, ¿qué hora es?

POSTILLON. Diablo! ya me lo ha preguntado vd. tres veces. El cuarto poco mas....—Ola, aquel pobre despachó. (*á Carlos*): Quitese vd. el sombrero que pasa por allí uno que llevan á enterrar.

CARLOS. Yo no saludo á quien no me contesta.

POSTILLON. Es igual: yo saludo á todo el mundo: eso no cuesta el dinero.

CARLOS. (*mirando hacia Madrid*). Me parece que distingo un coche que sale por la puerta... Sí, no hay duda.... Con que calma, Dios mio!

POSTILLON. Es que corren la posta como nosotros. A propósito: ¿piensa vd. que nos estemos aquí hasta la noche?

CARLOS. Yo te pagaré como si corriéramos.

POSTILLON. Entonces corriente. (*á los caballos*)—Moro!... Bandolero!... Soooo!.... Si bajo....—(*á Carlos*) Otro muerto; este es mas pobre.

CARLOS. El coche se aproxima.... no me engaño.... es ella; la he visto. (*corriendo al coche y abriendo la portezuela*). Matilde!... mi querida Matilde!... (*ayudándola á bajar*). No temais nada; no tembleis de esa manera.

MATILDE. Sostenedme; no tengo fuerzas para andar.

CARLOS. ¿Que palidez! ¿Que tenéis?

MATILDE. Me siento morir. (*Dirigiendo los ojos al cielo*) Dios mio! protejedme!—Carlos, he venido porque os lo habia prometido y no podia faltar á mi palabra.... ya la he cumplido, dejadme retirar ahora.

CARLOS. Renunciar á vos! Jamas!

MATILDE. He hecho mal y el cielo me castigará; no debo seguirlos.

CARLOS. ¿Y como volver atras ahora? ¿Como entrar en vuestra casa? La suerte está decidida; confiad en mi amor... ahí tengo una silla de posta y dentro de algunas horas estamos al abrigo de toda persecucion.

MATILDE. ¿Crecis que puedan perseguirnos? Nos amenaza algun peligro?

CARLOS. Al contrario....

MATILDE. Vamos pues; antes perderme que esponeros por mí.

CARLOS. Que feliz soy! (*sosteniéndola hasta la silla; la ayuda á montar y entra de tras de ella*).—Postillon! á galope.

POSTILLON. A galope! Moro!....

(Cruje el látigo y la silla parte á todo escape. Matilde con la cabeza oculta entre su pañuelo permanece algun tiempo sin decir una palabra).

CARLOS. Matilde, sois mia y nada en el mundo puede ya separarnos; ¿por qué llorar así?

MATILDE. Jamas mi padre me perdonará?

CARLOS. ¿Y por qué? es tan bueno, y os quiere tanto! Cuando lleguemos á Francia y nos casemos olvidará todo. Es verdad que yo no tengo su inmensa fortuna, pero en cambio soy de muy buena familia y os amo tanto!....

MATILDE. Sin eso, ¿crecis, Carlos, que me hubiese

decidido á dar un paso semejante?

CARLOS. Era indispensable; vuestra tia os llevaba fuera de la capital á sus haciendas de Burgos y allí sin duda otro casamiento....

MATILDE. Jamas hubiera consentido: vos no me conocéis; no tengo mas que diez y seis años, pero no me falta caracter, y el juramento que he hecho lo sostendré hasta la tumba.

CARLOS. Como el mio: vivir y morir con vos.

MATILDE. (*Con exaltacion*). Siempre! ¿no es verdad?

CARLOS. Siempre!

POSTILLON. (*Parándose y haciendo resonar el látigo*).—He!... Vamos vivo; caballos para estos señores.—Me parece que no se quejará vd. del servicio.

MATILDE. ¿Dónde estamos?

POSTILLON. En Alcobendas.... la primera posta. Que lleven vds. buen viaje.

CARLOS. Gracias, toma propina y di que se despiden.

POSTILLON. Diablo! un duro de agujetas... El señorito es generoso.

CARLOS. Cuidado con decir á nadie que me has visto.

POSTILLON. Descuide vd. señor (*al otro postillon que vá á montar*). Despacha, Pepe; (*á media voz*).—Es un príncipe extranjero que roba la hija de un comerciante.

POSTILLON 2.º ¿De veras?

POSTILLON 1.º Un duro de agujetas.

POSTILLON 2.º Muy enamorado debe de estar.... Arreee!...

CARLOS. No se me quita el miedo en tanto que estamos en las inmediaciones de Madrid. Felizmente aun es temprano.—Postillon, ¿qué casa es esta?

POSTILLON. La venta de Pesadilla.

CARLOS. ¿Y esa otra posesion que se ve mas adelante, á quien pertenece, á algun asentista?

POSTILLON. Al contrario, es de un honrado magistrado.

MATILDE. (*Retirándose al fondo de la silla*). Ya ve quien es.

CARLOS. ¿Lo conocéis?

MATILDE. No, pero he oido hablar de él.... Es el honor y la virtud personificada. Cuidad de que no me vea.

CARLOS. No hay cuidado; no se distingue un alma en toda esta llanura...—Arrea, postillon! (*los caballos salen á galope*).—Ahora que ya estais mas tranquila, mi querida Matilde, decidme como os la habeis arreglado para escapar del colegio y de casa de vuestro padre; cosa que nunca me atreví á esperar y que ahora estoy viendo y no concibo.

MATILDE. Oh! tengo mucho que deciros, porque como nunca hemos hablado mas de cinco minutos.... ¡si mi aturdimiento no os molesta....

CARLOS. Molestarme vos!...

MATILDE. Pues bien: voy á contaros mi historia. Mi primera desgracia fué haber perdido mi madre cuando todavia era muy niña; mi padre, comerciante en Burgos donde vivia con su hermana y toda su familia, vino contra la voluntad de mi tia á establecerse en Madrid, con objeto de darme una brillante educacion, y continuar sus negocios en mas estensa escala; respecto á este último punto por lo menos creo que no haya perdido el tiempo, pues segun dicen hoy es inmensamente rico.

CARLOS. Ya lo creo; uno de los primeros capitalistas de España.

MATILDE. En cuanto á mi, me puso en un colegio donde casi nunca iba á verme y de donde rara vez me hacia salir, lo cual no dejaba de mortificarme: felizmente hice amistad con Carolina, una hija de un conde viudo tambien, que me quiere en extremo y como es mayor que yo me ha dado algunos consejos.... Jamas me

separáramos; habíamos encontrado una llave de la biblioteca de la señora....

CARLOS. ¿Quién es esa señora?

MATILDE. La directora del colegio; siempre se la llama así.

CARLOS. Perdonad; como yo no he estado en ningún colegio de señoritas....

MATILDE. En esta biblioteca había unos libros tan divertidos; y luego que cuando la señora los tenía, bien podíamos nosotros leerlos; este era nuestro mayor placer: los llevábamos al cuarto y sin que nadie nos viera, nos pasábamos horas y horas con ellos. Puedo aseguraros que *la Nueva Eloisa* y *Amalia Mansfel*, las he aprendido casi de memoria. Oh! cuánto he amado á Ernesto de Waldemar!

CARLOS. ¿Qué decís?

MATILDE. Esa fué mi primera inclinación; pensaba en él noche y día y aun soñaba haberlo visto. Qué felicidad, decía para mí misma, el ser amada de un hombre semejante; fortuna, porvenir, familia, todo me parece que se lo hubiera sacrificado. Yo había hecho su retrato y me lo representaba gallardo, noble, generoso... con una sonrisa tierna y melancólica, ojos negros, cabello rizado... y cuando en el baile de la distribución de premios vinisteis á invitarme para un vals, ¿os acordáis de mi turbación?

CARLOS. En efecto.

MATILDE. Pues bien, es porque ví que os parecíais á él completamente.

CARLOS. ¿Es posible?

MATILDE. Oh! si lo es, y desde entonces solo he pensado en vos y no he vuelto á pensar en él; es una iniquidad haberle sido infiel...

CARLOS. No por cierto; al fin es un ente imaginario que no ha de reconvenirnos por esta falta.

MATILDE. Sin embargo, yo creo que él hubiera triunfado á no ser por Carolina á quien debéis estar muy agradecido. Siempre me hablaba de vos y me decía que era imposible que con esa fisonomía no fuérais amable, valiente y entendido, y sobre todo de muy buena familia. Yo creo que en todo tenía razón; ¿no es verdad?

CARLOS. Sin duda.

MATILDE. Desde entonces por todas partes me seguís porque yo en todas partes os hallaba; cuando me dísais aquella carta un día al bajar la escalera del colegio, yo no quería leerla, Carolina fué quien la leyó primero y yo despues mas de mil veces. En la soledad y el silencio, sin pensar mas que en vos, vuestra imagen se ha grabado poco á poco en mi corazón, y ved ahí como un veros y sin conoceros apenas, os he amado con delirio.

CARLOS. Querida Matilde!...

MATILDE. Hace unos quince días que vino mi tía á pasar en Madrid la temporada de carnaval, mi padre estuvo en el colegio y me dijo: «Querida Matilde, ya has cumplido diez y seis años y no debes permanecer aquí; yo voy á emprender un viaje muy largo para mis negocios y tu no puedes acompañarme; te irás con tu tía que consiente en llevarte á Burgos donde reside... Allí vivirás en intimidad con sus hijos y deseo que entre tus primos, que tengo entendido son muy amables, halles uno que logre agradarte y á quien dar yo despues el título de yerno.»

CARLOS. No lo dije!

MATILDE. ¿Qué había yo de hacer sino daros aviso del peligro que me amenazaba? Entonces fué cuando me comunicásteis el proyecto de huir á Francia, de que no quisiera en el primer momento ni aun oír hablar; pero Carolina mas juiciosa que yo, me hizo ver que no había otro medio, que esto era muy natural, que todas las jóvenes tiranizadas obraban así y que ella misma tenía en Inglaterra dos primas que no se habían casado de otra

manera. Por otra parte apenas de no veros y de dejar á Madrid y sepultarme en una provincia, me decidió; faltaba ejecutar este gran proyecto y he aquí como lo hicimos.

CARLOS. Veamos.

MATILDE. Mi padre debía partir ayer día 5 para Portugal y mi tía hoy día 6 para Burgos: así os lo escribí.

CARLOS. La única carta que tengo de vos, miradla sobre mi corazón.

MATILDE. Me contestásteis que me esperábais esta mañana fuera de la puerta de Bilbao en la primera plazuela con una silla de posta; siguiendo el consejo de Carolina he pedido permiso en el colegio para salir á despedir á mi padre y pasar la noche en casa á fin de estar dispuesta á la hora de marchar con mi tía; en cuanto salió mi padre ayer tarde de Madrid, escribí á mi tía que no me esperase que habíamos cambiado de proyecto y me iba con él al viaje.

CARLOS. Perfectamente; vuestra tía os cree con vuestro padre y vuestro padre con vuestra tía, de manera que en mucho tiempo la trampa no se descubre. Vamos, que para colegialas no lo han arreglado vds. muy mal...

MATILDE. ¿Es verdad que no? Carolina tiene un talento admirable, pero yo he estado mil veces por renunciar al proyecto. Ayer sobre todo cuando mi padre me abrazó me eché á llorar y poco me faltó para confesárselo todo; pero lo que me contuvo fué...

CARLOS. Vuestro amor...

MATILDE. Si, y además el temor de que Carolina se burlase de mí, sin eso me parece que no vengo, porque hago mal en engañar á mi pobre tía que me quiere tanto y me ha criado como si fuese mi madre. Dios mío! como corre este postillon!...

CARLOS. Tranquilizaos; ya llegamos á la posta.—¿qué pueblo es este?

POSTILLON. S. Agustín. (llamando á otro postillon). Gregorio...! á caballo (aproximándose á Carlos.) Si tiene V. la bondad de despacharme.

CARLOS. (dándole dinero). Toma y que se despachen ellos.

POSTILLON. Al instante, (bajo á su compañero) No pierdas tiempo que son enamorados... y dan buena propina.

POSTILLON. Gracias por la advertencia. (Monta y arretra los caballos. En seguida se pone á cantar.)

Amor no pongas amor
donde no hay correspondencia.

CARLOS. Que diablo de camino...! Postillon, no tan de prisa que se va á hacer pedazos el coche.

POSTILLON. Esto no vale nada; es que han echado piedra para componerlo... en llegando á Venturada lo que falta de la posta es muy buen camino.

MATILDE. ¿Venturada es un pueblo?

POSTILLON. No señora; es una aldea de 28 casas; allí me he criado yo. Soy hijo del sacristan y por eso le he cogido un poco afición á la música; cuando era muchacho cantaba con mi padre en la iglesia... (cantando en voz alta.)

Moreno pintan á Cristo,
morena á la Magdalena

CARLOS. Bien; basta, basta, que llamas la atención de todos los que pasan.

POSTILLON. (Cantando sin hacer caso.)

A la jota y mas á la jota,
á la jota que te la pegué.

CARLOS. ¿Quieres callar con mil santos?

MATILDE. Que aridez de terreno! No se parece esto á un bosque que he visto en la Galería Topográfica junto á una ciudad que ahora no me acuerdo su nombre. ¿La habeis visto vos?

CARLOS. El que ¡la Galería? Una tarde entré con unos amigos pero reparé poco; no soy aficionado á pinturas. Solo me acuerdo de un monte nevado...

MATILDE. Ah! sí, el monte de S. Bernardo. Que cosa tan deliciosa!

CARLOS. ¿Deliciosa? Pues no dejará de ser un buen rato el andar por aquellas breñas!

MATILDE. ¿Es Venturada ese pueblo?

POSTILLON. Si señora; en seguida está Cabanillas donde se mudan caballos y allí empieza la sierra.

MATILDE. Cuanto me alegro! (á Carlos) ¿No habeis pasado nunca por este puerto?

CARLOS. Yo! en mi vida; no conozco mas puerto que el de Santa María y eso de nombre porque vive en él una tia mia.

MATILDE. Eso es muy distinto; este puerto no es una poblacion, son montañas.

CARLOS. Malo, no faltarán ladrones. ¿Teneis miedo á los ladrones?

MATILDE. (Con ternura.) Estando con vos! Que dispare!e!

CARLOS. Sin embargo...

MATILDE. (Con exaltacion.) Casi me alegraría de que nos saliesen para que pudierais defenderme.

CARLOS. Yo os lo agradezco.—Pero el dia se adelanta ¿no teneis hambre?

MATILDE. Yo no; ¿y vos?

CARLOS. Tal cual.

MATILDE. (Con disgusto.) Como! estamos uno al lado de otro y pensais en comer!...

CARLOS. ¿Y por qué no?... Yo acostumbro á almorzar á las once; pero hoy como me he levantado á las cinco, cosa que nunca me acontece...

MATILDE. Yo me levanto temprano todos los dias.

CARLOS. Y luego con el ejercicio y el aire del campo siempre dá apetito.—Postillon; ¿donde pararemos á tomar un bocado?

POSTILLON. En Buitrago, señor. Antes no hay ningun pueblo donde se pueda comer nada; allí como para la diligencia tienen buena fonda.

MATILDE. Me es igual.

CARLOS. ¿Y á qué hora llegaremos?

POSTILLON. A eso de la una.

CARLOS. Perfectamente; nos detenemos hasta las dos y apretando un poco podemos llegar temprano á Aranda.

MATILDE. Aranda habeis dicho!

CARLOS. Si, unas 28 á 30 leguas de Madrid.

MATILDE. La Virgen me asista!

CARLOS. ¿Qué teneis?

MATILDE. Ahora recuerdo que mi tia siempre que vá á Burgos duerme en Aranda.

CARLOS. ¿Estas segura?

MATILDE. Segurísima; en la posada del Leon de Oro. Me parece que os lo escribí...

CARLOS. Es verdad.

MATILDE. ¿Con que nos hallamos en este momento en el mismo camino que ella?

CARLOS. Este es el camino de Francia, no tengo duda.

MATILDE. (Con impaciencia.) Pero tambien es el de Burgos.

CARLOS. ¿Y tengo yo la culpa de que no haya mas que un camino para Francia?—¿Postillon, hay otros caminos para Francia?

POSTILLON. Si señor; por Valladolid y por Zaragoza.

MATILDE. ¿Veis?

CARLOS. ¿Y sabía yo eso por ventura?

MATILDE. Un hombre debe saberlo.

CARLOS. Vos que salis ahora del colegio, está bien que lo sepais; pero yo que en mi vida las he visto mas gordas; quiera Dios que no me pierda en el camino del Canal ó de la venta del Espiritu Santo. Pero no tembleis así, tranquilizaos...

MATILDE. Que me tranquilice cuando el coche de mi tia puede encontrar el nuestro, y reconocirme y verme con vos!... Moriria de verguenza.

CARLOS. Es imposible que nos alcance porque hemos salido de Madrid primero.

MATILDE. Pero ¿y si nos alcanza?

CARLOS. Entonces la dejamos pasar delante; os ocultais en el rincon de la silla, os tapais con el velo y con la capa y ¿quien ha de conoceros?... ¿Quién se atreveria á venir á ver el coche estando yo en él?

MATILDE. ¿Es fuerza que me tranquilice?

CARLOS. Sin duda.

MATILDE. No deseo otra cosa porque esta idea me hace temblar.

POSTILLON. (Sonando el látigo.) Ya estamos en la parada... Eh!... Postillon... dos caballos.

(Mudan los caballos y la silla parte.)

MATILDE. Postillon, ¿qué pueblo es ese que se vé á la izquierda?

POSTILLON. Es la Cabrera, señorita.

MATILDE. Por aquí debe haber un convento.

POSTILLON. Si señora; ¿vé V. esa cosa blanca ahí entre las piedras?... pues ese es. Aquella piedra larga y seguida que parece una torre es el pico de la Miel y mas adelante hay otros picos que llaman el Ancho de la cruz.

CARLOS. A proposito, ¿habeis visto el baile la Encantadora? Me he acordado por la cruz, porque en el baile hay tambien no se que cosa de cruces.

MATILDE. Lo vi una noche con mi tia.

CARLOS. Como me gusta la Encantadora; es decir la que representa el papel en el baile...

MATILDE. Caballero!

CARLOS. ¿Qué mal hay en eso? ¿No gustábais vos de Ernesto de Waldemar?... Esto por lo menos es positivo.

MATILDE. Que diferencia!

CARLOS. Toda en vuestro favor, bien lo sé, porque encantais con vuestros divinos ojos, con esta linda mano y ese cuerpo...

MATILDE. Caballero! ¿Habeis creido?...

CARLOS. ¿Por qué rechazar al amante mas tierno y respetuoso...? No sois mia... mia para siempre?...

MATILDE. Aun no, retiraos... No os arrimeis tanto á mi. Me habeis prometido llevarme á Francia donde debemos uniros ¿habeis olvidado vuestros juramentos?

CARLOS. No por cierto; pero ¿por qué tratarme ahora con tanto rigor? Dejadme que os abrace...

MATILDE. Jamas! Cuando me hablais así, me dáis miedo.

CARLOS. Bien; dejadme al menos esta mano que la estreche sobre mi corazon....

MATILDE. (Retirándola con fuerza.) No es eso por cierto lo que yo esperaba de vos, y si al instante no cambiáis de tono y de maneras, me parece que os aborreceré.

CARLOS. Perdonad; es imposible conservar la razon al lado de una persona que se ama como yo os amo; sírvame el amor de disculpa. Matilde, ¿me quereis aun?

MATILDE. No sé, pero permaneced lejos de mí... al otro lado de la silla.

CARLOS. No me perdonais!

MATILDE. Eso depende de vos, veremos.

CARLOS. Como! mi amor y mi ternura...

MATILDE. No quiero oír semejantes palabras.

CARLOS. Y de qué os he de hablar?

MATILDE. (Con impaciencia.) De lo que querais, de cualquiera cosa.... ¿No sabeis ser amable sin hablar de amores?

CARLOS. Creo que sí.

MATILDE. Pues sedlo.

CARLOS. Sedlo.... sedlo... para hablar se necesita un objeto.

MATILDE. (Con frialdad.) Todos los teneis á vuestra

disposicion. (un gran rato de silencio durante el cual pasan la parada de Lozoyuela.) ¿Y bien, caballero?

CARLOS. Y bien, señora, yo no sé lo que queréis y si he de decir la verdad no me ocurre gran cosa que decir cuando corro la posta... Afortunadamente ya distingo las torres de Buitrago.

POSTILLON. ¿Paro en la fonda, ó en la casa de posta?

CARLOS. En la fonda. (A Matilde) ¿No es verdad?

MATILDE. ¿Y pensais deteneros aqui cuando mi tia nos sigue los pasos y en una hora podemos perder la ventaja que le llevamos?

CARLOS. Es preciso almorzar porque no comer ni dormir es el mejor medio de ponerse malos.

MATILDE. (Con sequedad). Poco me importa.

CARLOS. Lo digo por vos.

MATILDE. Me es igual; no necesito nada.

CARLOS. Eso es una fortuna, pero yo que no la tengo....

MATILDE. Almorzais andando.

CARLOS. Como gustéis. (Aparte) No deja de ser divertido; catorce leguas sin salir del coche (alto) —Postillon, he cambiado de idea; á la casa de posta.

POSTILLON. Esta bien, señor.

CARLOS. Diga V. que me saquen cualquiera cosa para tomar un licado.

POSTILLON. (Presentándole un poco de bacalao frito pan y un vaso de vino.) No hay mas que esto á no esperar que se disponga.

CARLOS. Venga; admirable desayuno! Yo que todos los dias tomo frito de criadillas y chuletas á la papillot.

MATILDE. (Con ironia.) Vaya una calamidad!...

CARLOS. No, pero estoy acostumbrado y siempre es penoso salir de regla. (Con impaciencia al postillon que se aproxima con el sombrero en la mano.) ¿Qué ocurre?

POSTILLON. Las agujetas y si el señor quiere dar alguna...

CARLOS. Toma lo justo y no pidas mas.

POSTILLON. Me habian dicho que el señor daba propina.

CARLOS. Si, cuando estoy contento.

POSTILLON. Me parece que debe de estarlo.

CARLOS. Con este desayuno...! (Al otro postillon.) Acreea tú vivo!

POSTILLON 1.º Señor!....

CARLOS. (Con cólera) Todavía!...

MATILDE. Dadle aunque no sea mas que una peseta; pobrecillo!...

CARLOS. No es por el dinero; pero si uno se deja dar la ley por estas gentes. (Al segundo postillon que ya ha montado.) En camino y de prisa.

POSTILLON 1.º (Gritando.) Ves como quieras, chico, no mates el ganao por servir á un borterero que roba á una bailarina.

CARLOS. (Sacando la cabeza por la portezuela) ¿Qué dice ese bribon?

MATILDE. (Sofocada.) ¿Veis á lo que me habeis espuesto con vuestras economias?

CARLOS. Postillon! para, que voy á dar una leccion á tu compañero.

MATILDE. Es inútil que perdamos tiempo en eso.

CARLOS. La culpa tengo yo de haber sido generoso con ellos; en lo sucesivo, no pagaré ni un ochavo mas de lo justo.

MATILDE. Para que nos injurien de nuevo. (Momento de silencio. Matilde se recuesta y se queda dormida.)

CARLOS. (Aparte.) Me alegro; con esto me ahorro de hablar. (Mirando a Matilde dormida.) Que linda es!... encantadora figura, aire distinguido y una cabeza romántica.... Debeis ser criatura!... Algo voluble; pero no es culpa suya; las educan tan mal en esos colegios!... Afortunada-

mente no tiene mas que diez y seis años y cuando sea mi mujer yo la enseñaré á mi modo, porque si tiene defectos tambien tiene cualidades poco comunes: veinte y cinco mil duros de dote, hija única y un padre viejo y poderoso!.... Ello me ha costado un año de hacer el cadete; pero se puede dar por bien empleado; son tan raras las muchachas con dote en estos calamitosos tiempos.. y como en la vida la ocasion de hacer fortuna no se presenta mas que una vez... si no se atrapa... (cerrando los ojos.) No porque yo sea dissipador; tengo al dinero una aficion desinteresada y lo aprecio únicamente por lo que vale. Sin embargo, en tomando el dote es preciso lucirlo; una comida por semana á los amigos del Casino, palco en los teatros, un par de caballos y un tilbury.. qué menos?...

(Se duerme; la silla corre sin parar hasta Somosierra, donde Carlos se despierta para pagar el postillon que murmura porque no le da propina).

MATILDE. (Entresueños)—¿Qué es eso? ¿qué ocurre?

CARLOS. Nada, querida amiga, dormid que yo os despertaré cuando haya alguna cosa notable, algun punto de vista bueno. (Aparte.) —Ya vá siendo tiempo de que llegemos, porque estoy reventado.—Postillon! ¿Cuanto estamos de Madrid?

POSTILLON. Unas 17 leguas.

CARLOS. ¿Nada más?

POSTILLON. Ahora iremos mas de prisa porque vamos á bajar el puerto. Desde el alto verá vd. que hermosa vista se presenta.

CARLOS. Bien, bien, arrea y no te pares.

MATILDE. (Soñando.) Padre mio! ¿Me perdonareis?

CARLOS. Pues, soñando con su familia.

MATILDE. Padre! tia!.. (Despertando) —¿Donde estoy?

CARLOS. A mi lado, querida mia.

MATILDE. Ah! ¿sois vos?..

CARLOS. Sí, vamos á bajar el puerto.

MATILDE. El puerto de Somosierra! Qué hermoso paisaje! Aqui se dividen las Castillas y entramos en la provincia de Segovia. (Dirigiendo á todos lados la vista con entusiasmo.) Mirad, esa casa es el portazgo y aquella otra una hermita.

CARLOS. ¿Y ese rio que se vé á lo lejos?

MATILDE. Hay dos; el Serrano y el Cerezo; ambos poco caudalosos van á engruesar las aguas del Duero que se encuentra mas adelante.

CARLOS. Tres rios! es demasiado; y habrá provincias que no tenga ni uno. Pero veo que conocéis este pais perfectamente; ¿habeis venido por aqui antes de ahora?

MATILDE. ¿Es menester viajar por un pais para conocerlo? ¿Para qué sirve el estudio de la geografia?

CARLOS. Es que yo no estoy enterado..... (aparte) Qué fastidio de viajar con una muchacha mari-sabidilla!

MATILDE. (aparte) No deja de ser divertido ir en un coche con un hombre que no sabe nada, ni siente nada.

(Los dos guardan silencio. Carlos parece que medita pero no piensa en nada y se pone á silvar un aria de la Norma. Matilde contemplando el pais, hace algunos apuntes en un libro de memorias. Asi pasan las postas de Castillejo y Fresnillo de la Fuente y llegan á Onrubia.)

CARLOS. (Bajándose de la silla) Gracias á Dios! Creí que no llegábamos nunca á esta parada. (A un postillon que está sentado en un banco delante de la puerta) ¿No nos ves llegar? Vivo los caballos.

POSTILLON. No los hay.

CARLOS. Como! ¿No hay caballos?

POSTILLON. Acaba de pasar un correo inglés y se ha llevado los que habia.

CARLOS. Tú me engañas.

UN JÓVEN. (*Con un capote, una boina y un cigarro en la boca.*) Le ha dicho á V. la verdad, caballero; no hay caballos, pero vienen al instante.

CARLOS. ¿Cree V. que soy tonto? Caballos hay y la prueba es que los estoy viendo.

POSTILLON. Son los de la Mala y estos no se pueden dar á nadie.

CARLOS. Sean para quien quiera, yo te mando que los enganches al momento.

EL JÓVEN. Es imposible.

POSTILLON. Primero engancharía á V.

CARLOS. Tunante?... Tu me insultas.

MATILDE. (*desde la silla.*) Por piedad, Carlos; calmaos.

EL JÓVEN. Antonio, has hecho muy mal en injuriar á este caballero; ya sabes que debes respetar á todo el mundo.

CARLOS. (*Amenazando.*) Esta canalla parece que se quiere subir á las barbas; yo le enseñaré política á todos....

EL JÓVEN. A todos no, caballero. No levante V. tanto la voz, y si á pesar de mis excusas no está V. satisfecho....

CARLOS. Ciertamente que no; y si hubiese aquí alguido con quien poder entenderse....

EL JÓVEN. (*siempre son calma.*) Yo no soy mas que el hijo del maestro de posta; pero soy oficial de los del convenio..... y estoy acostumbrado á ver enemigos mas terribles que vd....

CARLOS. (*con aire mas cortés.*) No digo lo contrario... y á do ser por la persona que acompaño y porque no puedo retrasar el viaje....

EL JÓVEN. (*con indiferencia.*) Como vd. guste.

CARLOS. (*Aproximándose al coche.*) Si no fuera por vos.... pero estando vuestra tia tan cerca seria una imprudencia....

MATILDE. (*con ironía.*) Teneis razon y os agradezco el sacrificio; pero es inútil porque están ahí ya los caballos.

EL JÓVEN. Ya ve vd. caballero, que no lo habiamos engañado.

CARLOS. Basta; reconozco la lealtad de su proceder de V. y entre personas de honor..... Postillon! enganchara.

POSTILLON. Al momento.

CARLOS. (*Despues de haber montado y saludando al jóven.*) A la órden de vd.; tendré mucho gusto en que volvamos á vernos.

EL JÓVEN. Igualmente.

TODOS LOS POSTILLONES. Buen viaje!!! (*dan una cajada y la silla echa á andar.*)

CARLOS. (*algo turbado.*) Hemos perdido un tiempo precioso, porque faltan aun tres leguas para Aranda y empieza á anocheecer.

MATILDE. No importa; se puede viajar de noche.

CARLOS. No lo permitiré yo ciertamente; debeis estar rendida y yo tambien.

MATILDE. ¿Es decir que pensais deteneros en Aranda?

CARLOS. Sin duda.

MATILDE. Y mi tia!

CARLOS. Vuestra tia es una persona racional y no puede menos de conocer que despues de andar treinta leguas en posta se necesita una buena comida y una buena cama.

MATILDE. ¿Y si nos encuentra?

CARLOS. No lo temo. ¿No sabemos ya que para en la posada del Leon de Oro?... pues bien, nos vamos á otra. ¿No ha de haber mas que ese parador en el pueblo? —Postillon, ¿qué posadas hay en Aranda ademas de la del Leon de Oro?

POSTILLON. Hay dos muy buenas; la de la Soledad y la del Escudo.

CARLOS. Apostaria que son mejores que la del Leon. —Muchacho! en el Escudo nos apearemos.

MATILDE. (*suplicándole con las lágrimas en los ojos.*) —Por Dios, no me comprometais de esta manera.

CARLOS. Es inútil que os canseis; yo soy vuestro caballero... vuestro protector y debo velar por vos á despecho vuestro... Yo estoy molido y vos debeis estar tambien... No habeis tomado nada en todo el dia, vuestra mano abrasa y hasta me parece que teneis calentura.

MATILDE. (*con desesperacion.*) Creo que sí; pero yo lo he querido... mi suerte está decidida... aun cuando debiera morir, lo prefiero á esponerme á las reconvencciones de mi tia.

CARLOS. Pues, las exageraciones de costumbre! no hay medio de que escuchéis razones... En primer lugar que yo no veoese peligro de encontrarla; pero poniendonos lo peor y suponiendo que encontramos á vuestra tia y á vuestro mismo padre ¿que importa eso en el extremo que las cosas han llegado? Nada en el mundo puede impedir ya el que hayais salido esta mañana de Madrid, yo la conngigo en una silla de posta... y por el honor de la familia... por vuestra reputacion, el resultado no puede ser otro que un casamiento.

MATILDE. (*aparte con dolor.*) Tiene razon!

CARLOS. Llorais!.. eso no es contestar; (*aparte.*) Cuidado si son melindrosas estas chiquillas! (*alto.*) ¿Volveis la cabeza á otro lado? ¿No quereis verme ni hablarme?

MATILDE. (*Con voz ahogada.*) No, no; dejadme.

CARLOS. Como gustéis; asi como asi ya estamos en Aranda. Parece grande la poblacion á juzgar por lo poco que se distingue. Las nueve de la noche y no se ve una luz encendida. Estas gentes de provincia se acuestan á la hora que nos levantamos en Madrid. —Matilde! Matilde! —No responde; ¿si se habrá puesto mala? No la estrañaria; aunque no fuese mas que el cansancio y la necesidad.... treinta leguas sin tomar alimento!

POSTILLON. (*Parando delante de una puerta y mirando el látigo.*) Eh! la puerta!....

(La puerta se abre y la silla entra en el patio; la posadera y los criados rodean el coche. Carlos coje en sus brazos á Matilde medio desmayada tapándole la cara con el velo.)

POSADERA. La señora parece que está enferma.

CARLOS. Si, mi muger se halla indispueta.... En cuarto.

POSADERA. ¿Con dos camas?

CARLOS. Es claro... y buena lumbre.

POSADERA. (*Gritando.*) Catalina!... el número 2.

CATALINA. Bien, señora, (*alumbrando.*) Por aquí caballero....

(Un cuarto con dos catres. Una mesa y algunos taburetes de madera; otras sillas ordinarias; una cofaina y un jarro de Talavera; cortinas de cotton, una estampa de la Virgen pegada en la pared, un espejo chico con marco ordinario y un reloj de pared que no anda.)

CARLOS. (*Poniendo á Matilde en un taburete.*) No es nada; ya se le pasa—que sirvan aqui la cena.

CATALINA. Está bien.

CARLOS. ¿Qué nos darán?

CATALINA. Eso es cosa del ama; si quiere vd. bajar á informarse á la cocina, allí mismo puede escoger....

CARLOS. Me parece un consejo muy prudente. Voy á pedir la cena mientras dispones las camas. (*Tomando la mano á Matilde.*) Vamos, Matilde, tranquilízate y no temas nada; estamos al abrigo de todo peligro. (*A Catalina.*) ¿Es por aquí?

CATALINA. Si señor... la puerta de la izquierda. (Se vá Carlos.) La señora parece que sufre mucho. ¿Quiere vd. que le den alguna cosa? ¿No me oye la señora?

MATILDE. Si, buena muger.... si: muchas gracias.

CATALINA. Voy á buscar las mantas; en acostándose se sentirá vd. mejor.

MATILDE. (Queda sola y va saliendo poco á poco de su estado de estupor). ¿Dónde estoy?... Sola en fin! Ah!... respiro... ¿Qué es lo que á mi me pasa?... si es un sueño es espantoso... (Mirando al rededor). No, es demasiado cierto... soy suya, suya para siempre!... Oh! no, eso no es posible; la razon me abandona; este no es el hombre que yo amaba, el que mi imaginacion se habia formado... Qué diferencia, Dios mío!... Horrible realidad!... ¿Y á quién debo de acusar?... á mi, á mi sola. Soy muy culpable, pero tambien soy muy desgraciada. Insensata!... no he escuchado mas que mis ideas novelescas y he despreciado los consejos de la razon; merezco bien el castigo... Pero ser suya!... pertenecerle!... Ah! el castigo es mayor que la falta... y sin embargo ¿cómo escapar de su poder? Mi honor, mi reputacion se hallan en sus manos. Dios de bondad! ¿quién vendrá en mi auxilio? (dando un grito y juntando las manos). Ah!... mi tia, mi tia que me ama; sin duda para salvarme, la conduce el cielo por el mismo camino. (Sacando la cartera y escribiendo). Todo lo sabrá.

(Catalina entra con la ropa de la cama, sin que Matilde que continua escribiendo repare en ella).

CATALINA. ¿Manda vd. algo señorita?

MATILDE. No, ¿qué hace vd. ahí?... yo no he llamado.

CATALINA. Es verdad; pero he venido á arreglar su cama de vd. y la de su marido.

MATILDE. (Suspirando). Ah!

CATALINA. Está vd. temblando como una azogada.

MATILDE. (Turbada). Temblando!... No por cierto... Diga vd.... ¿conoce vd. la posada del Leon de Oro?

CATALINA. Ya lo creo, como que está sirviendo en ella una prima mia.

MATILDE. ¿Está muy lejos?

CATALINA. No señora; aqui en esta misma calle; cuatro puertas mas abajo.

MATILDE. Bien (Aparte mirando á Catalina). ¿La enviaré con ella? No; no quiero permanecer ni un momento mas; yo llevaré la carta y si reusa verme; (con confianza) no puede ser; mi tío!... la hermana de mi padre!... mi única madre!... Me recibirá con los brazos abiertos, estoy segura.

CATALINA. ¿Qué tiene vd. señorita? está vd. muy agitada.

MATILDE. Necesito tomar el aire.

CATALINA. Si vd. quiere, tenemos un pequeño jardin, y como hace luna... Venga vd. la enseñaré.

MATILDE. Es inútil, yo lo buscaré; quédese vd. para arreglar la cena y las camas; eso es lo esencial... (oyendo ruido). Ya sube!... al momento vuelvo. (Se va precipitadamente).

CATALINA. He aqui una señorita bien guapa, pero bien extravagante.

CARLOS. (Con dos criados que suben la cena). Despacharse; poner los cubiertos... (á Catalina). ¿Y mi muger?

CATALINA. Ha salido hace un momento; dijo que volvia al instante, que iba á tomar el aire.

CARLOS. Bien; el aire le hará provecho. (viendo entrar á un criado con una cazuela). Perfectamente; ya está aqui el conejo. Aqui sirven con una actividad admirable; no sucede así en Madrid. (Después de un momento de silencio). Me parece que tarda mi muger. ¿Se habrá perdido por los corredores?

CATALINA. No lo creo; es tan chica la casa!... Si vd. quiere la iré á buscar.

CARLOS. No será malo, porque me gusta poco esperar. ¿Están las camas corrientes?

CATALINA. Faltan las almohadas; ¿pongo una ó dos?

CARLOS. Para mi dos, para la señora no sé.

CATALINA. ¿El señor no sabe las costumbres de la señora?

CARLOS. Aun no.

CATALINA. Vamos, son recién casados.

CARLOS. (sentándose). Lo veo y no lo creo; una buena cena, una buena cama y una linda muchacha!... Esto es mas de lo que yo me habia prometido. (Momento de silencio). Qué diablo, como tarda; estoy muerto de hambre (paseándose). ¿Si se habrá olvidado de la cena?... Hay mucho desorden en aquella cabeza... Yo no le diré nada porque la amo; pero en siendo mi muger ya la enseñaré á que no me haga esperar. (Sentándose con impaciencia). Diga lo que quiera, yo me voy á servir, (se echa en el plato, y al mismo tiempo abren la puerta). Ola!... ¿ya ha parecido vd., señorita? (sin mirar quien ha entrado). La cena se enfria. (Una señora de alguna edad en traje de camino se aproxima y pregunta por don Carlos de Vargas).

CARLOS. Soy yo, señora... es decir, soy y no soy, porque aqui estoy de incógnito y me admira que sepa vd. mi nombre.

LA SEÑORA. Suplico á vd. que continúe cenando.

CARLOS. Gracias! y continúo porque tengo mucha necesidad.

LA SEÑORA. Yo soy doña Luisa de Castro.

CARLOS. (dejando caer el tenedor de la mano). Señora!... (aparte). La tia de Matilde!... Buena la hemos hecho!

DOÑA LUISA. He salido esta mañana de Madrid y hace muy pocos minutos que he llegado á Aranda; apenas habia puesto el pie en la posada cuando me han entregado esta carta, cuya letra no dudo que vd. conoce.

CARLOS. Es la de Matilde.

DOÑA LUISA. Voy á lérsela á vd. (lee) «Aranda 6 de marzo á las nueve y media de la noche en el parador del Escudo.»

CARLOS. La fecha es bien reciente.

DOÑA LUISA. (leyendo) «Mi querida tia; mi segunda madre; salvadme; una culpable es quien os escribe, una culpable que solo en vos tiene esperanza. Estraviada por los consejos de una amiga, por la lectura de novelas, por mi juventud y por mi inesperienza, he amado... No, eso es profanar esta palabra... he creído amar á un ser que mi imaginacion se habia forjado á su manera; pero he visto que cuanto en el me habia alucinado, no existia mas que en mi cabeza; no lo conocia y me ha bastado conocerlo para destruir todas las ilusiones. Un solo dia á su lado ha sido suficiente para convertir en odio el amor que le tenia. Antes morir que ser suya.»

CARLOS. Basta señora....

DOÑA LUISA. Lo mismo he hecho yo; sin acabar esta carta he corrido en busca de mi sobrina que aguardaba su sentencia; queria echarse á mis pies y yo la he recibido en mis brazos. Todo lo sé, vuestras relaciones, vuestro viage... nada ignoro.

CARLOS. Señora....

DOÑA LUISA. (Con severidad). Omito decir á vd. lo que opino de su conducta: á Matilde puede perdonarse por su juventud, por su inesperienza, pero á vd. caballero que ha tratado de seducir y robar una jóven de diez y seis años abusando de su candor y solo para apoderarse de su dote, para vd. no hay perdon: vd. no ha tenido en cuenta las consecuencias de semejante paso ni la enormidad del delito, que en último extremo la justicia no dejaria impune.

CARLOS. Tendria vd. valor!

DOÑA LUISA. Lejos de mi semejante idea: tal proceder es indigno de mi caracter y eso ademas seria dar un

escándalo. Escúcheme vd. con atención. Mi hermano ha salido de Madrid persuadido de que su hija se venía conmigo. Mi sobrina salió esta mañana de casa de su padre cuando aun no era de día, en un coche, diciendo que me iba á buscar para partir en mi compañía...

CARLOS. Así es....

DOÑA LUISA. Pues bien hágase vd. cuenta de que así ha sucedido y que hoy no ha visto vd. á mi sobrina.

CARLOS. No entiendo lo que quiere vd. decir.

DOÑA LUISA. Quiero decir que nadie en el mundo mas que vd. y Matilde saben lo que entre ambos ha pasado, y si llega á traspasar una palabra será por boca de vd., pero sepa vd. que en este caso tengo dos hijos militares para quienes la reputacion de la familia es mas sagrada que para mi misma y sabrán defender el honor de su prima si alguno se atreve á mancillarlo.

CARLOS. (*Turbado.*) Señora, vd. me conoce mal y puede estar segura que mi honor y mi delicadeza son suficientes garantías de mi silencio.

DOÑA LUISA. Así lo creo; ahora deme vd. la única carta que tiene de mi sobrina.

CARLOS. Tome vd. y me considero feliz dándole esta prueba de mi sinceridad.

DOÑA LUISA. Está bien, me vuelvo con mi sobrina (*con intencion*) que no se ha separado de mí, ¿entiende vd? Con ella llegaré á Burgos donde los buenos consejos y la leccion de boy la corregirán de sus defectos, hijos de la poca edad, porque tiene nobleza de sentimientos y bondad de corazon, con cuyas cualidades todo se consigue.

UN CRIADO. Aquí están las perdices.

DOÑA LUISA. (*sonriendo*) Dejo á vd. con ellas y me vuelvo á mi posada. Siento haber interrumpido la cena. Beso á vd. la mano. (*Se va.*)

CARLOS. (*Solo tirando con cólera la servilleta*) Hábrase visto aventura igual? Tenia miedo de que hablase! Buen papel haria yo si les contara á mis amigos lo ocurrido! Poquito se burlarian!.... Treinta leguas en posta con una muchacha divina, la cena en la mesa, las camas dispuestas y todo ¿para qué?... Para sacar en limpio unas agujetas de quince dias y dos mil reales que me cuesta el viaje. No ha sido mala leccion...! Bien dice el refran....

«Mejor es tener, que correr.»

M.***

FANTASIAS LITERARIAS.

M. DE WODENBLOCK.

HISTORIA MARAVILLOSA.

Todos los que hayan visitado la ciudad de Rotterdam, no pueden menos de acordarse de una casa que habrán visto, situada en medio del barrio que atraviesa el canal que conduce á la Haya y Leida, cuya casa le habrán enseñado como la morada de uno de los obreros mas hábiles que ha producido la Holanda. La industria de este obrero consistia en fabricar instrumentos de cirujia escediendo á otro alguno en conocimientos de mecánica. Nadie mejor que él sabia reparar las injurias de la edad ó las deformidades de la naturaleza; si alguno tenia las espaldas desiguales, su habilidad las nivelaba al instante; pero la reputacion de que maese Tumingvort gozaba en toda Holanda, provenia particularmente del arte maravilloso con que fabricaba piernas de madera ó de corcho, y ciertamente los miembros artificiales salian de su mano con tal gracia, finura y delicadeza, que viéndolos casi daba gana de preferirlos á un pie lleno de callos y durezas ó á una pierna atormentada por la gota.

Una mañana que maese Tumingvort acababa de terminar un par de pantorrillas para una bailarina, vió entrar en su taller á un criado que le suplicó fuese al instante á casa de su amo, M. de Wodenblock, uno de los banqueros mas opulentos de Rotterdam. Tumingvort se puso al momento la mejor de sus pelucas, se caló el sombrero tricorno, cogió su caña y se dirigió á casa del negociante.

Mr. de Wodenblock habia adquirido su fortuna por sí mismo, y como nada en el mundo apreciaba tanto como su robusta persona, no entendia de partir con nadie el fruto de sus largos trabajos. Algunos dias antes de la visita de maese Tumingvort, uno de sus sobrinos habia llevado el atrevimiento y la insolencia hasta el estremo de pedirle algun socorro; rara vez Mr. de Wodenblock

trataba con ceremonia á los parientes á quienes no habia favorecido la fortuna, así es que echó al sobrino á la ca-



lle con bastante dureza. Desgraciadamente para él al quererle dar un punta-pie para obligarlo á bajar mas vivo los peldaños de la escalera, perdió terreno y la rodó toda hasta el mismo portal. Aturdido con la caída se creyó muerto en el primer momento; pero vuelto en sí halló que el destrozo estaba limitado á la fractura de la pierna derecha y tres de los mejores dientes.

Su primera idea fue perseguir al sobrino ante los tribunales, como culpable de una tentativa de asesinato premeditado sobre su persona; pero como era naturalmente caritativo y bondadoso, se contentó con hacerlo encarcelar por deudas.

Gracias al celo de un buen dentista, los tres dientes usados y carecomidos que M. de Wodenblock se habia roto

al caer, fueron reemplazados por otros tres sanos y blancos, y en cuanto á la pierna rota, se confió su curacion al mas hábil cirujano, el cual despues de examinada la fractura juzgó la amputacion indispensable. Desde la edad de catorce meses, M. de Wodenblock habia contraido la costumbre de andar siempre que se le antojaba; ademas el movimiento de una silla de manos le producía el mismo efecto que un emético, y teniendo en cuenta sin duda que la voluntad de la providencia es que los hombres anden, como se infiere del hecho de haberles dado piernas, se determinó en fin enviar á buscar á Maese Tumingvort para encargarle una pierna artificial en reemplazo de la que tuvo desde que nació, perdida por tan fatal accidente.

El artista entró modestamente en la habitacion de M. de Wodenblock que se hallaba en la cama con la pierna izquierda estendida todo lo larga que era, y disimulando la falta de la derecha una magnífica colcha que la cubria.

«Tumingvort, le dijo, sin duda habreis oido hablar de mi accidente que tiene consternada á toda la poblacion... mas dejando esto aparte, lo que yo exijo de vos es que me fabriqueis una pierna tan buena como os sea posible.

Tumingvort se inclinó profundamente.

«El precio no importa nada, siempre que esta pierna escada en perfeccion á cuantas habeis hecho hasta ahora. Yo quiero una pierna de corcho, ligera y elástica, cuyos resortes nada tengan que envidiar á los mejores relojes de Génova: como no entiendo nada de vuestro arte no puedo explicarme de una manera mas exacta, pero lo que deseo es una pierna tan buena al menos como la que he perdido; poned manos á la obra y en estando concluida mi cajero os entregará la suma que le pidais.»

Tumingvort se inclinó de nuevo asegurando á M. de Wodenblock que su deseo de agradarle le obligaba mas que todas las promesas del mundo, y se despidió ofreciéndole para dentro de seis dias una pierna que dejase atrás á las mas perfectas y mas ágiles con que la naturaleza hubiese dotado jamas á ser viviente.

De parte de maese Tumingvort, este compromiso no era una vana jactancia, porque á la habilidad material que exigia su arte, el mecánico holandés reunia un alto y profundo conocimiento de las leyes de la estática y de la dinámica. Desde mucho tiempo trabajaba por descubrir un secreto que habia sido ya objeto de esquisitas pesquisas de los mas poderosos genios; este secreto creia haberlo descubierto la mañana del mismo dia en que fue llamado por M. de Wodenblock. Así como todos los que se han ocupado en la fabricacion de piernas artificiales, no ignoraba que para conseguir su perfeccion, la mayor dificultad que habia que vencer, era la de hacer entrar en la composicion de una pierna de palo ó de corcho, resortes representando las articulaciones naturales que pudiesen reemplazar convenientemente el admirable mecanismo de la rodilla y del tobillo y obedecer á la voluntad. Tumingvort imaginaba haber hallado los medios de vencer esta dificultad, y resolvió aplicar su maravilloso descubrimiento á la pierna destinada á M. de Wodenblock.

En la noche del sexto dia, Tumingvort se presentó en casa del negociante que le aguardaba con impaciencia, llevando bajo del brazo la pierna perfectamente liada y empaquetada. En el momento de desenvolverla, una sonrisa de orgullo se dejó ver en el rostro del artista que ocupó una porcion de horas en explicar á M. de Wodenblock las mejoras que habia introducido en el mecanismo interior; el negociante encantado invitó al mecánico á que pasase en su compañía el resto de la noche, á lo cual accedió Tumingvort con tanto mas gusto cuanto que deseaba asistir á la mañana siguiente al ensayo que iba á hacerse de la pierna maravillosa, y asegurarse por sí de la manera como esta llenaba sus importantes funciones.

En efecto, al otro dia, concluidas las disposiciones preliminares, M. de Wodenblock salió de su casa y echó á

andar por la calle admirado de sí mismo y dando mil y mil gracias al obrero que le habia fabricado tan perfecta pierna; no era menos la admiracion de todos los que lo veian al observar la marcha regular del negociante y la manera como los resortes artificiales de su pierna reemplazaban á los músculos y los nervios naturales. Nadie podia creerlo aun despues de estarlo viendo, y sin el ruido que hacian las ruedas de la máquina, el mismo M. de Wodenblock hubiera olvidado que su persona física no estaba tan completa como el dia en que tuvo la desgraciada ocurrencia de despedir con el pie al bueno del sobrino.

En el arrebato de su alegría, continuó marchando hasta la casa de ayuntamiento; allí vió al pie de la escalera á uno de sus amigos M. Vanontern y aceleró el paso para saludarlo; los dos, aunque distantes aun el uno del otro se alargaban ya amistosamente la mano; pero no fué poca la sorpresa de Vanontern al ver pasar al negociante aceleradamente y sin detenerse para preguntarle por la salud. Como hasta entonces el impulso que la pierna recibía de los resortes, la habian guiado por el mismo camino que M. de Wodenblock queria seguir, este no habia podido notar que estaba dominado por una fuerza mecánica mas poderosa que él; pero cuando quiso mandar esta fuerza, la encontró rebelde. Bien hubiera querido detenerse para hablar con M. Vanontern pero como la maldita pierna no suspendió su marcha, se vió obligado á seguirla. En vano intentaba pararse agarrándose á las balastradas, á las paredes y á las rejas de las casas; la pierna le tiraba con tal violencia que por no dislocarse los brazos el infortunado Wodenblock se veia obligado á dejarse conducir.

Despues de haber recorrido como un loco todas las calles de Rotterdam, llegó á la orilla del canal de Leida y en cuanto vió la casa del mecánico empezó á gritar con todas sus fuerzas. Tumingvort se asomó á la ventana lleno de espanto: «Miserable, gritó el negociante, baja aquí al momento!... Tu me has engañado; esta pierna no puede detenerse ni un momento. Desde que he salido de mi casa no ha cesado de arrastrarme contra mi voluntad, y Dios sabe donde me vá á conducir. Baja pronto y librame de este suplicio; si tardas estaré ya muy lejos y no me podrás alcanzar.»

Tumingvort, bajó precipitadamente pálido y fuera de sí; porque estaba muy lejos de haber previsto el efecto del mecanismo de la pierna. Sin perder un minuto corrió detrás de M. de Wodenblock con objeto de arrancarlo de la cruel situacion en que se hallaba; sin embargo este, ó mas bien su pierna continuaba andando sin parar. Tumingvort era viejo y le costó mucho trabajo ganar terreno para alcanzar al comerciante; por último pudo agarrarlo y lo levantó como Hércules al gigante Anteo, pero este medio fue ineficaz porque aumentándose el movimiento de la pierna le obligó á él mismo á andar cincuenta pasos en menos de un minuto. Entonces puso á M. de Wodenblock bajo sus pies empleando toda su fuerza para arrancar el resorte principal del movimiento; pero en el acto de tocarlo el pobre Wodenblock se escapó de las manos y fué despedido con la velocidad del rayo, atropellando en su impetuosa carrera á dos robustos ingleses y cinco vendedores de pescado. En vano gritaba pidiendo socorro con espantosos lamentos; nadie lo podia detener.

«Soy perdido! decia, soy perdido; detenedme por el amor de Dios! detenedme que no puedo mas. ¿No habrá una alma caritativa que quiera romper esta maldita pierna? Tumingvort! Tumingvort!... tu me has asesinado.»

Tumingvort estaba sumido en la mayor consternacion y no comprendia nada de lo que habia hecho, ó mas bien habia hecho mas de lo que habia querido hacer. De rodillas con las dos manos juntas fuertemente y los ojos desencajados veia al mas gordo comerciante de Rotterdam, el hombre mas grave de toda Holanda, corriendo ahora

como un toro enfurecido á lo largo del canal de Leida y dando gritos de desesperacion, apesar de la fatiga de tan veloz carrera, y de la enormidad de su peso.

Mas de veinte millas hay desde Rotterdam á Leida y estaba el sol aun sobre el horizonte, cuando la señorita Backschneider y su hermano que se hallaban junto á la ventana del salon, frente á la fonda del *Leon de Oro*, tomando tranquilamente el tée, vieron pasar por la calle



un hombre que corria como un desesperado. La palidez de la muerte se hallaba pintada en el rostro de este hombre; su boca se abria con extrañas contorsiones como si quisiera articular algunas palabras ó tomar aliento y sin volverse á derecha ni á izquierda iba adelante con tal velocidad que habia ya desaparecido antes que la familia Backschneider hubiese tenido tiempo ni aun para esclamar.

«Dios mio! no es M. de Wodenblock, el rico comer-

ciente de Rotterdam el que acaba de pasar? ¿Donde va de esa manera? Imposible que no le suceda alguna cosa extraordinaria.»

Al siguiente dia, que era domingo, los habitantes de Harlem vestidos de limpio se dirigian á oír misa á la iglesia, cuando vieron una figura humana atravesar como una flecha la plaza del mercado, tenia el rostro blanco, verde, encarnado, de todos los colores y los labios cárdenos, los dientes descarnados y las manos agarrotadas. Muda de horror la gente, le abrió paso y no hubo cristiano en Harlem que no creyese que era un cuerpo sin vida que por efecto de un poder sobrenatural conservaba todavia la facultad de correr.

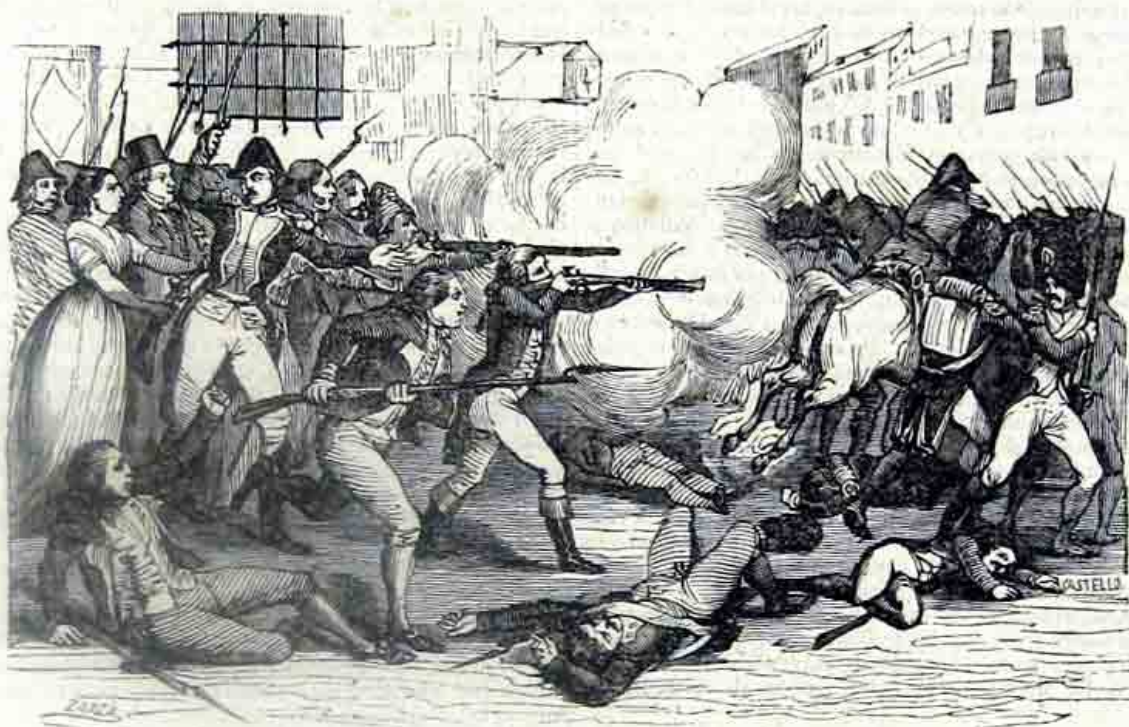
Siempre sometido á una fuerza irresistible, este ser espantoso apareció sucesivamente en todos los pueblos, ciudades y bosques de Alemania. Semanas, meses, años pasaron y continuó mostrándose de tiempo en tiempo en distintos puntos de la parte septentrional de Europa. Poco á poco, la ropa que le cubria se deshizo, la carne se consumió y no quedó mas que un esqueleto disecado. Solo la pierna de corcho conservó su forma y su movimiento y desde entonces no ha cesado de arrastrar en su rápida carrera el esqueleto hediondo á que está unida.

Tumngvort habia hallado el secreto del movimiento perpétuo, y los resortes de la pierna maravillosa no se detendrán jamás.

NOTA. Los redactores del *Museo de las Familias* saben de buena tinta que la pierna de corcho se ha detenido al fin. Semejante á Bertran de *Roberto el Diablo* á todos los mercados con el sello de una eterna fatalidad, incluso el Judio errante, nuestra pierna ha tratado de buscar, y ha hallado por último, á quien endosar el anatema de que se hallaba cargada. La pierna de corcho ha comunicado el movimiento perpétuo á la imprenta, que de resultas ha empezado á correr y Dios sabe donde irá á parar.



GLORIAS DE ESPAÑA.



Daxiz y Velarde

O EL 2 DE MAYO.

I.

Después que el emperador Napoleón, hubo paseado el carro triunfante de sus victorias, desde las llanuras del mediodía hasta las áridas cimas del norte, quiso aun encadenar á él la gloriosa monarquía española. Entonces, que en el apogeo de su gloria disponía con solo un mandato de los destinos de Europa, fijó su vista en los ricos campos de Iberia, y al verlos poseidos por un pueblo desfigurado de lo que fué en otro tiempo y de lo que realmente podía ser, se lisonjeó, ciego con su prosperidad, de conquistarlos sin ningún género de sacrificios. El magnánimo pueblo español, sufrido hasta la estremidad, había tolerado la corrupción de su gobierno, había visto progresar un favoritismo escandaloso, y hasta había sacrificado derechos imprescriptibles, en obsequio de sus monarcas y por conservar la apetecida paz á sus hogares. Así el pueblo olvidado de su firmeza y su resolución vió recompensadas su lealtad y mansedumbre con la mas pérfida alevosía, y que adelantándose en fin, la cruel horda de invasores que había subyugado á la Europa, se apoderase de sus campos y fortalezas, no por medio de una noble lucha en que se muere con gloria en un cam-

Abril 25 de 1853.

po de batalla, sino por medios cautelosos y á favor de los títulos de protección y alianza, que equivalían entonces á los de traición y de intriga. Yacia aletargado el león español, en tanto que sus enconados enemigos meditaban como arrojarle sin riesgo las cadenas, para luego burlarse con atroz perfidia;.... pero no: tan repetidos ultrajes habían depositado en los pechos verdaderamente españoles, cuanto podía contribuir á exaltar su entusiasmo: las sospechas de mala fe, se habían convertido en realidad, y se acercaba el momento en que las pasiones se desarrollasen con toda su energía, con todo el vigor que les presta el ardiente amor de la patria. Tan vehementes y encontrados afectos como hervían en todos los pechos debían manifestarse por un grito formidable de indignación y de venganza, y este grito que fue unánime en toda España, le lanzó el primero el pueblo heroico de Madrid, en el memorable día 2 de mayo de 1808.

La sagaz política de Napoleón, que ya había hecho desaparecer de entre sus súbditos al *descado* rey en quien fundaban sus mas gratas esperanzas, destinó el referido día para trasplantar á Francia todos los vástagos de su régia estirpe, que pudieran sucederle en la corona ó representarle en la autoridad. El pueblo, aunque en la incertidumbre de si se consumará ó no tal atentado, acude como en observación á las cercanías del palacio de sus reyes, donde se ofrecía entonces un singular contraste. A un lado guerreros formidables amaestrados en largas campañas, batallones apiñados é imponentes escuadrones, vencedores en Marengo, Austerlitz y Jena: á el otro ciudadanos pacíficos, artesanos indefensos, ancianos y

para conservarlos en magníficas urnas sepulcrales, fueron conducidos, así como las cenizas de otros héroes inmolados en aquel memorable día, á la iglesia del santo patri no de Madrid. Su traslación en un suntuoso carro fúnebre, se verificó con toda la apariencia del triunfo y cada año, al celebrarse el aniversario de su muerte, se esponian públicamente en tan triste como grandioso catalaico para inspirar de nuevo á los madrileños patrióticos sentimientos. Mas solo hoy día, y despues de treinta y cinco años, goza la memoria de los heroes los completos honores que la patria decretó.

El fúnebre aniversario que vamos á celebrar, es el primero en que el suntuoso monumento consagrado á las ilustres víctimas, se ostenta felizmente concluido, no solo en su grandioso conjunto, sino hasta en los últimos detalles que tanto le embellecen. Una alta y cuadrangular pirámide, elevando su cúspide por encima de los cipreses que la rodean, revela á las edades futuras el sitio en que yacen las cenizas triunfadoras. Las imágenes alegóricas del valor, la constancia, la virtud, y el patriotismo, rodean el pedestal que decoran con sus emblemas respectivos. La urna cineraria se halla colocada en el nicho del frente principal del sarcófago, en cuyo frontispicio triangular muy rebajado, se miran los bustos de Daoiz y Velarde, unidos en una misma medalla. Descuelga todo el monumento sobre un anchuroso y alto zó-

calo, al que se sube por cuatro graderías. Tambien se halla consagrado por la patria, con el nombre de *campo de la lealtad*, aquel territorio regado algun día con la sangre de las víctimas y hoy convertido en ameno jardín terminado por una elegante verja circular. Deliciosa alianza de la naturaleza con el arte, de la vegetación con la arquitectura, que en contraste con el triste destino y la severidad del obelisco, aleja de él todo aspecto fúnebre y le ciñe cual graciosa guirnalda, siempre fresca y floreciente.

Todos los años viene allí el sacerdote á ofrecer la hostia propiciatoria al Todo-poderoso en sufragio por las ilustres víctimas, y el pueblo entero de Madrid concurre desde el romper el día á la religiosa ceremonia. En medio de aquel profundo silencio en que parece mas solemne el estampido del cañon que á lo lejos retumba, ardientes plegarias se elevan al cielo, corren lágrimas de entusiasmo y recuerdos de honor y de gloria vuelan en torno del monumento. Al fijar la vista en la urna cineraria, ornada con el laurel de la victoria, comprende el pueblo el precio de una muerte gloriosa, y erec escuchar á las mismas víctimas, que desde el frío sepulcro le exortan á imitar su heroico ejemplo.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

CARTA DE UN VIUDO.

Amigo y Sr. D. Antonio.

Su apreciable carta de vd. escrita en diciembre de 1842, me la ha entregado el cartero en marzo de 1843. Lo que á la pobrecilla le habrá sucedido por esos caminos sabe Dios. El Señor me envíe la muerte por tales corteros. Traia el sobrescrito por detras, y por delante tres ó cuatro sellos de cajas, administraciones, provincias y reinos diferentes, con muchos guarismos, señales y nombres de lugares enmendados, añadidos, quitados y vueltos á poner. Tambien daba indicios de haber sido abierta cuatro ó cinco veces, y vuelta á cerrar otras tantas, ya con lacre, ya con oblea, con cera, con hostia, con cola y con pan maseado; lo cual prueba la infinita diversidad de métodos que se han llegado á inventar de cerrar cartas; esto es, que estamos casi tan adelantados en el arte de cerrarlas como en el de abrirlas, ¡bendito sea Dios!

Al fin llegó (que no es poco) aquí á Madrid á donde se conoce que primitivamente la habia vd. dirigido.

Si ha sido ó no leida despues que salió de sus manos hasta llegar á las mías, es cosa que importa poco; tanto mas habra brillado en tal caso el buen ingenio de vd. y la sana doctrina vertida en ella, y quien sabe si á alguno le habrán aprovechado las juiciosas reflexiones que acumula para consuelo de mi desgracia.

Pero ¡ay señor mio! que por mas que vd. me predique sobre filosofía y conformidad cristiana, yo no puedo consolarme de la perdida de mi difunta Catalina. ¡Qué muger! ¡Qué muger aquella!

No digo que no tuviese sus defectos; pero virtuosa.... ah! eso cual ninguna. Bien me lo dijo á mi su ma-

dre la vispera de nuestra boda, que llamándome aparte con mucho misterio, y agarrándome entrambas manos, esclamó con tono solemne: «D. Norberto, se lleva vd. una muchacha.... una muchacha!.... que ya ya!....

—Aunque este panegirico no estaba concebido en los términos mas claros, despues andando el tiempo, pude conocer la razon que tenia mi suegra en cuanto á la austeridad de la virtud de mi muger.—Contemple vd. Sr. Don Antonio, que ni de novio ni de casado, he tenido que echarle en cara el menor deslíz, y despues de viudo, no digamos. Esta satisfaccion de su propia virtud y pureza de costumbres, la tenia tan orgullosa y tan sobre sí, que mal año me dé Dios si algunas veces no me pasaban por la cabeza las ideas mas extravagantes; porque á cualquier pelotera de las tres ó cuatro que soliamos tener á la semana, siempre me tapaba la boca con decirme: «¿Que tienes tú que echarme á mí en cara, majadero? ¿Donde habias tú de encontrar una muger como yo, picaro?» Y otras cosas á este tenor.

—De manera, que habria ocasiones, repito, en que yo hubiera trocado una migajita, un si es no es de la virtud de mi muger, por un granito de la dulzura y mansedumbre de otras.

Me preguntará vd. como era posible tener peloteras con una muger tan virtuosa: yo lo diré.

Mi difunta Catalina, Sr. D. Antonio, tenia allá como otras muchas mugeres (casi todas) cierta idea de la virtud y de la moral que merecía ser esplicada. Su madre al enseñarle los diez mandamientos de la ley de Dios, le habia hecho comprender, por lo que yo acá me imagino, que de los diez, cinco de arriba y cuatro de abajo se podian suprimir sin el menor inconveniente para las mugeres casadas. Es decir que con tal que una muger guarde, recate, y defienda de los otros hombres lo que llaman no sé por qué, el honor de su marido, para todo lo demas tiene licencia y ancho campo; á esto dan ellas el nombre de virtud.—Así, aunque vd. oiga decir que una

muger es altanera, iracunda, envidiosa, murmuradora, chismosa, codiciosa, ignorante, holgazana, puerca y bachillera, si al mismo tiempo no se le han probado en debida forma media docena de las travesuras que han dado tanta celebridad á la griega Aspasia y á la romana Mesalina, guárdese vd. bien de negarle el título de virtuosa. En estas ideas, como digo estaba muy empapada mi difunta, creyendo que un marido recibe un favor extraordinario cada y cuando que su muger se digna desperdiciar una ocasion de ponerle en estado de figurar en un cuadro de san Lucas.

Nosotros los maridos por el contrario, solemos estar en el error de que no embargante la limpieza de costumbres, le queda á una esposa algo mas que hacer para merecer el título de perfecta casada. Esta discordancia de opiniones dá margen á disturbios como los que algunas veces turbaban la paz de mi matrimonio.

Sucedía por ejemplo, irme yo á vestir, registrar mi pantalon, y encontrarme que de los diez y seis botones con que el sastré le habia dotado, el tiempo destructor y la incuria de mi muger habian sacado la raiz cuadrada dejándole reducido á cuatro solamente. Llegábame á Catalina con el pantalon en la mano, y en el tono mas melodioso y patético que me era dable, le suplicaba tuviese á bien surtir á los doce ojales restantes de sus correspondientes agarraderos. Si por desgracia mia estaba ella ocupada en aquel momento en alguna labor de canamaro (que solian encargarle sus amigas porque lo hacia con gran primor) ó bien abismada en la lectura de una de esas novelas francesas que han dado en traducir en Barcelona, de las que el diablo me lleve si he podido jamas entender dos páginas, me contestaba resueltamente que no le daba la gana. De aqui nos enredábamos de palabras: yo insistiendo en que para salir necesitaba el pantalon, y que el pantalon para ponerse necesitaba los botones, sobre todo ciertos y ciertos botones; ella enfurecida y colérica, denostándome con mil epitetos injuriosos y lamentándose y clamando que no habia aguante para verse tratada de aquella suerte una muger de sus prendas.—Con otra babas de dar, bribon, me decia; con otra que te pusiera... como meretes, ya que no estimas en lo que debes á una muger como la que tienes.—Y tras esto se acongojaba tanto la pobrecita y se ponía tan aflijida, que solía tirarme el libro ó la almohadilla, ó cualquier otro trasto á la cabeza.

Verdad es que pronto venia yo á contentarla, y estaba tan acostumbrada á eso, que si me descuidaba un poco, tomaba la mantilla y se iba en casa de sus padres á desahogar su pena.

Aun ahí era el diablo que entonces se destacaba mi suegra y me echaba unas pelucas de mi flor.—«Norberto, me decia, no oprimas á tu muger, que la cuerda que mucho se tira, salta. Mira que te hablo por experiencia. ¿Que te importa que mi hijo no sea tan cominera ni tan metida en casa como otras? ¿Qué afán es el tuyo de quitarle su paseito diario y la visita de una docena de amigas? ¿Ha de estar todo el dia hecha un ama de llaves? Lo principal, hijo, es que sea virtuosa y que no te haga entrar en el número de los maridos desgraciados que andan por esas calles, mohinos y cabizhajos sabe Dios por qué.»

En esto paraban siempre nuestras rencillas. Catalina volvía á casa, nos abrazábamos: yo le hacía un regalillo, ó le tomaba un abono en el teatro ó cosa tal; ella en cambio para que yo no la acusase de descuidada se traía un par de costureras y luego me decia, al cabo de la semana: «Norberto, dame seis duros para esas mugeres; entre ellas y yo todo lo hemos puesto á la vela.»

Aquí tiene vd. el cuadro de mi vida con Catalina mi difunta muger. Pues con todo eso, y ser ella tan pura como un angel, confieso, vea vd. mi necesidad, que mas de cuatro veces tuve celos. Figúrese vd., entre otros lautea, que ella tenia un primo en los Escolapios, mucha-

cho de unos 13 años, vivaracho, travieso, y de buena disposicion. Venia á comer á casa los domingos, y todo el dia le pasaba jugueteando con su prima y dándole besos. Creció luego y se fué espigando hasta hacerse un moceton terrible; pusiéronle á militar, porque para los estudios no era cosa, y como decia con razon su madre el que es de tropa, tonto ó no tonto, puede llegar á general, y una vez con la faja ¿quién sabe?—No por verse ya con charreteras dejó de visitar á su prima, y siempre seguia en la costumbre de retozar con ella y besuquearla. A mi que me tienta el diablo por celoso me hacian ya cosquillas aquellos juegos, porque no me paraba en que era primo, sino en que tenia ya 22 años y unos bigotes de á terciá. En fin con este trato y frecuentacion creció el afecto, digámoslo asi, del primo, y como era natural degeneró en pasion frenética.—Ya habia yo tratado de preaver esta contingencia, avisando á mi muger que mirase lo que hacia; pero Catalina siempre encastillada en su virtud, desechaba mis amonestaciones, y enojada respondia que porque habia ella de romper con todos sus parientes por contemplar mis manias. (Note vd. la exactitud de la palabra *todos*.) Pasó algun tiempo asi hasta que un dia vino á mis manos, no sé como una carta en que el primo hacia á mi muger la pintura mas patética de su amor, y las proposiciones mas atrevidas que era posible imaginar. Añadia el insolente, «que si mi muger se contentaba con seguir como hasta entonces compadeciéndole y no se decidia á fallar á misera-»bles consideraciones que no eran debidas á su estúpido marido, se saltaria la tapa de los sesos, ó lo que es peor se casaria.—La lectura de esta carta me enfureció: ciego de cólera busco á mi muger, y dándole en rostro con el atrevimiento de su primo «Mira, le dije, mira como tu ligereza alienta á ese malvado; mira como te falta al respeto y atenta contra mi honor. Tuya es la culpa, ó mas bien mia que me he fiado hasta aquí en falsas apariencias de virtud, como si fuera virtuosa la muger casada que escucha y tolera galanteos.» A estas añadí otras mil reconvenções é invectivas amargas: pero Catalina tomando un continente grave y magestuoso rechazó mis acusaciones, diciendo que aquella carta era la mayor prueba de su virtud, pues demostraba que el primo no estaba muy contento y que por consiguiente algo le quedaba que desear: que siendo su primo mas jóven, mas galan, mas amable y mas enamorado que yo, ella habia tenido la heroicidad de no rendirse á sus deseos, no obstante la compasion que le inspiraba el apasionado mancebo; por último, que este último rasgo de mi necia estupidez la convencía de que yo era incapaz de apreciar sus prendas y virtudes.

Este discurso me convenció: púseme de rodillas delante de Catalina é imploré, pero en vano su perdon.—La ausencia del primo á quien su despecho amoroso obligó á admitir un empleo de tres á cuatro mil duros en la Habana, tampoco bastó á reconciliarnos. Catalina jamás olvidó la escena que acabo de referir á vd.—Desde aquel dia hicimos vida aparte: desde aquel dia ¡ay Sr. D. Antonio! perdió su salud mi tierna esposa y fué siempre de mal en peor desecaciendo hasta que me la arrebató la muerte.

Yo inconsolable la lloro noche y dia, y recordando su mérito, su honradez, su alta virtud, y lo que con ella me ha pasado, tengo hecho propósito firme de ahorcarme antes que poner á otra en el lugar de mi virtuosa Catalina.

No vaya vd. como soltero á achacar esto á animadversion contra el estado del matrimonio, no, solamente si vd. piensa en casarse, procure antes hablar conmigo, y le daré ciertos consejos que han de redundar muy en provecho de su bien estar, por el cual nadie se interesa tanto como este su amigo y atento servidor, etc. etc.

EL ESTUDIANTE.

ESTUDIOS HISTORICOS.



LA INOCENCIA SACRIFICADA,

I.

En una noche de mayo del año de 1355, alumbraba la luna con macenta luz, retratando su faz plateada en las ondas del caudaloso Duero. De tiempo en tiempo venian á eclipsar su brillo espesos nubarrones preludios de una tempestad; empero el vendabal furioso que reinaba, los hacia pasar rápidos sin dejarlos que impidieran á la luna se reflejara en el espejo de las ondas. A impulsos de Eolo y de la coeriente, bogaba una barquilla por el Duero tan lijosamente adornada como las gondolas venecianas, aunque no se oian en ella los armoniosos instrumentos de que siempre iban precedidas las embarcaciones de la reina del mar.

Sopulral era el silencio que reinaba en la barquilla, y hasta hubiera sido difícil afirmar si conducia á alguno á no haber sido porque empezó á desviarse de su ruta virando á la derecha del rio. Al llegar á su orilla se vió á un hombre saltar de un brinco á tierra, y ponerse á amarrar á un árbol á falta de ancla su fragil embarcacion. Mira inconstantemente como reconociendo el sitio donde se halla, y despues de una pequeña pausa—Si, dice, estoy en Tocés desillas, esta es la corte de Castilla; ese grande edificio que veo enfrente es el convento de santa Clara, allí estara! si, allí está rodeada de cándidas palomas como ella. ¡Que contraste! aquí el albergue de la inocencia y á poca distancia el palacio de D. Pedro el Cruel, la mansion del crimen. ¡Dios mio! ponedadme si profano vuestros altares! ya no puedo vivir mas tiempo ausente de la que adoro, y un Dios justo no quiere victimas.... pero ya me es-

tará esperando, vamos allá, y con paso resuelto se dirigió al convento de santa Clara. Las llaves que llevaba le franquearon las puertas y pudo llegar sin que le sintieran hasta la celda en que le esperaba la novicia Clotilde, hija de D. Alonso Perez de Guzman, gran personaje de la corte de D. Pedro. Su padre hizo encerrarla en el convento por no querer dar la mano á un caballero tambien de la corte, y por saber que trataba de amores con Don Luis Fernando de Carrillo, noble jóven del partido de D. Enrique de Trastamara declarado entonces este príncipe traidor de la patria y usurpador del trono de Castilla. La jóven Clotilde, pura como la brisa de una mañana de primavera, y hermosa como el ser mas bello, estaba en su celda en la que entraba la luna por una ojiva ventana abierta; postrada ante la imagen de una virgen pidiéndola que la perdonase si la abandonaba. Apenas la vió D. Luis se arrojó en sus brazos. —Perdona, le dice, si interrumpo tus plegarias, bien mio! ya es hora de que las suspendas y de que partamos sin detenernos un instante, vámonos. —No, exclamó Clotilde, espera un momento... ¡Cielos! ¿qué voy á hacer?... no, no, yo no parto gran Dios! —Perjura! le dice D. Luis, así correspondes á mi amor?... Me has engañado, falsa! y te quieres consagrar á una religion pura? Tú has decretado mi muerte; mas tu conciencia, si la tienes, me vengará, si, me vengará. En el altar, en el coro, en tu lecho te perseguirá mi imagen, la imagen de una victima que tú sacrificas, ella interrumpirá tus oraciones, te robará la calma del corazon y te se aparecerá en sueños repitiendo con finelbre acento ¡venganza! venganza! —¡Ah! calla por piedad! No me atormentes mas... yo muero... y cayó desmayada en los brazos de D. Luis; este aprovechando la ocasion, saltó precipitado de la celda llevando á Clotilde en sus brazos. Al tiempo de salir, no se cuidó de la puer-

ta que impelida por el aire tan fuerte que entraba por la ventana, se cerró dando tan grande portazo que retumbó al momento por todo el edificio y despertó á la comunidad que se levantaba dando gritos. Al ver que estaban abiertas las puertas que daban entrada al convento, empezaron á pedir socorro por las ventanas gritando: traición! ladrones! traición! Los vecinos asustados y alarmadas las tropas, corrían estas á ocupar sus puestos y todos acudían á la defensa. Tocaban los clarines alarma, y por do quiera resonaban los atabales, y la desaforada muchedumbre gritaba por las calles á las armas castellanos! Guerra! guerra! ¡Viva Castilla.

Llega D. Luis á la barquilla llevando aun desmayada á Clotilde, al entrar en la embarcación retrocede como horrorizado y echa mano á la espada diciendo: villanos! defendeos ó pagais con la vida vuestro osado atrevimiento; al oír estas voces y el estruendo que poblaba en la población, volvió en sí Clotilde.

La reina de la noche iba ya perdiendo su magestuoso brillo, su séquito de estrellas huían presurosas como si temieran que les alcanzara el astro vivificador, y éste dando una nueva vida al universo espereñ por toda la inmensidad profunda un fresco ambiente que refrescado mas con el vapor que exhalaban las aguas del Duero petrificaba los miembros de nuestros fugitivos amantes.

Viendo D. Luis que los dos bultos que habia dividido en su barquilla permanecían sordos á su reto, se abalanza á ellos y ve á favor del nuevo día dos hombres ensangrentados y cubiertos de heridas. Retrocede turbado sin poder articular ni una palabra, y al irle á preguntar Clotilde la causa de su turbación... un grupo de soldados les cerca presentándoles el filo de sus armas é intimidándoles la rendición. Se apoderan de la barquilla, y al entrar en ella varios soldados, se vuelven furiosos con las espadas en alto y clamando: mueran los asesinos de los fieles de D. Fadrique! y á no haber sido por el golpe de las tropas que se interpuso, hubieran concluido con la vida de los dos amantes.

La sorpresa por un lado y el temor de no poder acudir á Clotilde por otro, le impidieron á D. Luis el hacer uso de su espada defendiéndose hasta el último de sus agresores; pues prefería primero morir matando, que caer en poder de sus enemigos. Cercados de guardias les condujeron á la torre del edificio de S. Antón, que aun existe contiguo al palacio de D. Pedro, y desde allí llevaron á Clotilde á su convento.

A pocos días de estar preso se le presenta en la torre un notario real precedido de dos monjes y le notificó la sentencia de muerte por asesino de Lope y Fernando, criados de D. Fadrique, por seguir los reales del rebelde D. Enrique, y por hurtar á una virgen consagrada al señor etc. etc.—Yo asesino? replicó encolerizado D. Luis, miente, vive Dios, el villano que tal diga, y no es noble ni caballero.—Las pruebas os hacen reo, dijo el notario, se os encontró al pie de la barca, en ella dos hombres llenos de estoqueadas y vos con la espada en la mano; qué mas justificación? Es verdad, pero el cielo es testigo de mi inocencia, á su tribunal apelo, y si la posteridad es justa, me vengará. Padres, dijo el notario, aquí quedais á cumplir vuestra obligación, ayudadle á bien morir; á Dios hermano, y el cielo os dé la paz.

Continuaba Clotilde en el convento, á la que á no haber sido por el favor que gozaba su padre con el monarca, la hubieran sentenciado á la misma pena que á su amante. Dos góticas ventanas que tenia, miraban al Duero, y desde ellas se veía no tan solo la altura donde hoy se halla la ermita de la Peña, sino hasta el radio de 6 ó 8 leguas de circunferencia. Las ventanas todavía existen en la posición descrita. La desgraciada novicia ignoraba cual era el estado en que se encontraba D. Luis y así fue mayor su asombro cuando al oír tocar las trompas y los atabales, se asomó á una ventana y vió á su ama-

do en el acto de ir á efectuar su ejecución.

Sacaron á D. Luis de la torre, y cerrado de monjes y guardias que formaban la fúnebre procesion, pasaron el puente de Duero y marcharon hasta el alto donde hoy se halla la ermita de Ntra. Sra. de la Peña ya referida. Llegaron pues á aquel sitio, y le volvieron á leer la sentencia de muerte, la que habia de ejecutarse arrojándose desde la cima de una gran peña al Duero. Se dirije á ella D. Luis con noble continente, encomienda á la justa posteridad su venganza, y despues de rogar que no dierran parte de su fin á su amada Clotilde, alza los brazos al cielo... pero ¡ay! al dirijir al mundo por última vez una ávida mirada, ve á Clotilde en una de las ventanas referidas con los brazos abiertos, tiende él los suyos hacia ella, y haciendo renacer sus fuerzas, salta al aire cual si fuera en alas del amor á abrazar á su adorada por última vez y cae sepultándose en las hondas del Duero: Clotilde enagenada del mismo delirio quiere abrazarle tambien, se arroja de la ventana, y hallan entramos su tumba en el fondo de las aguas. ¡Amantes! cuando paseis por el sitio de la ejecución de D. Luis, allí vereis la ermita de Ntra. Sra. de la Peña, rogad por su alma, y acordaos que son mas felices en el mundo de la ilusion que lo fueron en el de la realidad.

LA INOCENCIA VENGADA.

II.

Aun no habia pasado un mes que fueron asesinados los dos criados de D. Fadrique, cuando pasando este una noche por una de las calles que estaba contigua al palacio, y que hoy se llama de las Cocinas, vió á un venerable anciano de rodillas enfrente á una cruz recientemente rayada en la pared, y que alzando las manos al cielo, no dejaba de pedirle vengase las muertes que allí se habian ejecutado, y vengase tambien á la inocencia sacrificada al furor de los hombres injustos siempre, y mucho mas cuando se hallan poseidos de esa hidrópica sed de venganza. Interrogado por el motivo de sus quejas, declaró que habiendo oido el ruido que hicieron los asesinos de las víctimas por quien pedía, se asomó á una ventana, y solo vió como agarraban unos soldados á dos hombres muertos y recibían las órdenes de dos sujetos, que al parecer eran los asesinos, á juzgar por los puñales que tenían en la mano y con la precipitación que huyeron. Mandó D. Fadrique que le dejasen solo con el anciano, á quien le rogó le dijese quienes eran los asesinos, y cuanto vió en la noche del horrible crimen.

Amigo Don Pedro de que en su reino se procediese con la mas recta justicia, aunque fuese en contra de su persona, dió oídos á las quejas de D. Fadrique, y convocó á toda la corte á su palacio, para proceder como era justo en pública audiencia. En un gótico y magnifico salon del alcázar de D. Pedro, bajo cuya fachada principal corria el Duero, estaba el jóven monarca sentado en su purpúreo trono, y rodeado de todo lo mas espléndido que encerraba la corte de Castilla. Allí los ricos hombres, ostentaban los orgullosos timbres de sus linages en el blason de sus armas, los grandes maestros los laureles de cien victorias obtenidas de las armas sarracenas, y así sucesivamente. Solo faltaba el noble D. Fadrique, hermano del monarca, gran Maestre de Santiago y declarado vencedor en el torneo celebrado en albricias del nuevo alumbramiento de doña Maria de Padilla, y de las victorias obtenidas sobre las armas de D. Enrique, como la toma de la ciudad de Toro etc. Torneo que se celebró el día anterior á la ejecución del horrendo crimen cometido con sus dos mas fieles servidores á quienes debia la vida. Es anunciado por un heraldo, y al entrar se postra de hinojos ante su rey, le besa la diestra, y comienza á declamar en alta voz pidiendo venganza de las muertes

de Lope y Fernando tan vilmente asesinados, y que arrastraron en pos de sí dos víctimas inocentes. Declara también que pide la venganza en nombre del cielo que está indignado, á cuya justicia se remite si los hombres no se la hacen, lo que no esperaba, porque jamás se permitirían en la corte unos asesinos que eran el oprobio de Castilla y la deshonra del reino. Conmovero el jóven monarca, le mandó levantar, y arrojándose en sus brazos, le concedió ser juez de su causa para que la sentenciase á su placer. D. Fadrique entonces elevándose sobre el primer escalon de la grada del trono de D. Pedro, dijo con voz atronadora: ciudadanos: Dios nos dice, que quien á hierro mata á hierro muera, mas no mereciendo nuestros aceros mancharse con sangre villana, las mismas tumbas que sirvieron para las víctimas inocentes, sean el último asilo de los asesinos. Al decir esto una multitud de hombres agarraron á Simuel Zuley, y Ruy Lo-

pez, criados de D. Pedro, para arrojarles por un balcon al Duero: al ver Lopez su fin inevitable, ¡maldicion! esclama, sobre el tigre que nos mandó devorar á dos corderos ¡venganzall.... iba repitiendo por el aire hasta que se ahogó su voz en el fondo de las aguas. Zuley rogó suspendiesen un momento la ejecucion, y mirando á don Pedro le dice: escucha, cruel monarca, el magnifico oriente de tu reinado pasó ya, te hallas en el apogeo de tu gloria; mas ¿ves una roja nube precedida de una bandada de cuervos que eclipsa su brillo....? Pues bien, esos cuervos que vienen de la Galla te devorarán las entrañas, y la sangre inocente de que se halla henchida esa nube, caerá sobre tu frente ¡malditooo!.... y ya iba repitiendo la última vocal por el aire, ahogándose su melancólico sonido en las ondas del Duero.

ANTONIO PIRALA.

ESTUDIOS LITERARIOS.

ROMANCE

ESDRUJULO JOCO-SERIO.

Si es verdad, mi dulce Flérida,
que tu corazon angelico
corresponde al fuego plácido
con que le amo hasta los tuétanos.

Sube conmigo á la góndola
y caminito de Arévalo
de Madrid salgamos prófugos,
que es pueblo dañino y perfido.

Rápidos como la pólvora
huyamos del vulgo létrico
de portillas efimeros,
plañidores y epilepticos,

Que maldiciendo sacrilegos
del buen Horacio y su método
llaman talento á la crápula
y creacion al retruécano.

É invocando al hondo Tártaro
con chirridos de murciélagos
fulminan rudas apóstrofes
contra el pobre humano género;

Que apenas pasiega bárbara
los emancipa del eutévano,
pasa la vida en sus vértebras
como el Etna sobre Encélado.

Huyamos del Judas intimo
que al amigo franco y crédulo
prodiga falaces ósculos
y despues le quita el crédito.

No oigamos la necia cháchara
de aquel orador acéfalo
que presume de Demóstenes
y no sabe los preteritos.

Huyamos deesos apóstatas
que gritando á ignaro sequito
«¡viva la patria y su código!...»
la venden despues á Wellington.

Un ¡adios! y sea el último,
á esa caterva de médicos
que si visitan diez prójimos
dan con los nueve en el féretro.

Y al que la echó de demócrata,
y hoy con sus estafas émulo
de ricos hombres y principes
arrastra carrozas de ébano,

¡Y niega un pan á los míseros
en cuyos hombros intrépidos
se alzó á grandeza ridicula
muy superior á su mérito!

¡Fuego al proyectista trápala
á quien das el oro inédito,
fiado en sus lindos cálculos
que pintan seguro el éxito.

Y luego figura pérdidas
en la bolsa ó en el piélagos,
y solo cobras en lágrimas
el capital y los réditos!

Miremos con tedio y lástima
al universal prosélito
que hoy aplaude al de Granátula
y ayer á Fernando séptimo.

¡Maldicion al vil hipócrita
que bajo exterior ascético
cubre la avaricia sórdida
con que despoja á los huérfanos!

No mas Madrid, que su atmósfera
imprognan vapores fétidos
y es laberinto de crímenes
mas confuso que el de Dédalo.

¿Qué importa á placeres frívolos

renunciar? Sin tanto estrépito
podemos vivir mas prósperos
en cualquier parte..... en Cintruénigo.

Bástanos cabaña rústica
bajo limpio sol benéfico,
donde nuestro amor sin límites
nunca desmaye decrepito.

Y bajo los verdes árboles
oler de la rosa el pétalo
y oír á la viuda tórtola
fiar sus quejas al céfiro;

O á la mariposa aligera
perseguir con vano anhélito
de la clavellina al pámpano
y del tomillo al orégano;

Y así en ventura recíproca,
sin enemigos malévolos,
con serenidad de espíritu
llegar de la vida al término.

MANUEL BRETON DE LOS HERMOSOS.

ESTUDIOS MORALES.

AULO SILIO.

1.

«Mas Jesús decía; padre
mío, perdónalos, que no
saben lo que hacen.»
San Lucas.

La noche hacia ya tiempo que habia estendido sus negras alas sobre el horizonte de Roma, y la luna acababa de ocultar su plateado disco sumergiéndose los campos del Lacio en sombras impenetrables, cuando un jóven de aventajada estatura y gallardo andar se dirigia á grandes pasos á la via-apia, por medio de unas hazas incultas y pedregosas: era Aulo Silio descendiente de una de las mas nobles familias de Roma y único vástago de ella. Dotado de imaginacion volcanica, robustecida por la continuada lectura de los poetas griegos y latinos se habia formado una inmensidad de ilusiones irrealizables en la sociedad en que vivia.

—Introducida la secta de Epicuro, ahogada la libertad en Roma por Augusto, y prostituido por Tiberio aquel emporio, en otro tiempo de las virtudes republicanas, se convirtió en una cloaca inmundada de los mas bajos vicios. La adulacion, la molice, la prodigalidad, la incontinencia y sobre todo la maldita sed de riquezas ocupaban todas las clases del estado y Caton ó el destructor de Catilina se hubieran avergonzado de ser romanos si hubiesen despertado de su feliz sueño. Imperaban á la sazón, Diocleciano y Maximiano Herculeo, y eran Césares, Constantino Cloro, y Galerio Maximiano. Orgulloso este último con las victorias que obtuviera de los persas, no pudiendo tolerar que los cristianos ayunasen al mismo tiempo que él celebraba con bacanales sus triunfos, por supersticion y crueldad hizo con violentas instancias que el viejo y débil Diocleciano diese aquellos edictos furiosos contra los fieles, edictos que segun la expresion del gran Constantino estaban escritos con plumas bañadas en sangre. La iglesia de Nicomedia fué arrasada, profanados los vasos sagrados y quemados todos los libros al rayar la aurora del dia destinado á las fiestas terminales, y esta fué la señal para que todo el imperio se convirtiese en un lago de sangre.

Por eso Aulo que aun conservaba su corazon puro, vivia fastidiado en medio de aquellas escenas de horrores y de corrupcion. Refugiose por último al amor cre-

yéndole su único recurso; pero golpes que resonaron en lo profundo de su corazon fué lo que recibió en vez de las quimeras que se habia forjado: mil veces creyó encontrar el tipo ideal que se creara y mil veces tambien sufrió un desengaño cruel. Desesperado al fin, abandonó aquella sociedad corrompida y se aisló dedicando todos sus cuidados á su madre ya anciana, y reduciendo todas sus diversiones á leer la epopeya sublime de Homero, ó á llorar con Dido y con el desterrado Ovidio. Jóven en las pasiones y viejo en las ideas era un anacronismo entre aquel pueblo, una rosa en medio de un cenagar.

En la tarde de la noche á que me refiero, salió á visitar la fuente Egeria y á contemplar el suntuoso sepulcro de Cecilia Metela; pero despues mirando la tumba vinieron á su mente las ideas que inspiran los que murieron y sumergido en ellas estuvo, hasta que un sucio murciélago salió del mausoleo y con su sordo zumbido le sacó de su letargo: conoció entonces que era tarde y se apresuró á retirarse.

Al atravesar aquellos campos abandonados, descubrió al escaso resplandor de las estrellas varios bultos que salian al parecer de la tierra y que se perdian á poco en la oscuridad. Agitada su fantasia con tan rara aparicion, se acercó cautelosamente al sitio donde la tierra daba paso á estos seres y descubrió la boca de una caverna (1) por donde salieron dos mugeres al tiempo que llegaba.

La una alta y gruesa mostraba en su pausado modo de andar que ya habia pasado la primavera de la vida, la otra mas pequeña y mas airosa tenia movimientos mas ligeros, y su talle era flexible como la palma de Delos. Un velo espeso cubria el rostro de ambas.

Aulo Silio permaneció inmóvil; era aquella aparicion tan nueva, y pasó tan rápidamente que no hallaba en su imaginacion á que atribuirle; pero luego que salió de este estado de sorpresa siguió como por instinto las dos mugeres que ya casi se perdian en la oscuridad.

Mil pensamientos bullian en su cabeza mientras las veia á lo lejos como dos fantasmas. Unas veces creia exaltado con Homero que eran Ceres y su hija Proserpina que salian del reino de Pluton, otras que eran dos genios, ya en fin dos estatuas griegas que se habian puesto en movimiento, tal vez *Niobe y su hija*. (2) Pero estas suposiciones, la razon las fué desechando sucesivamente.

(1) Las catatumbas de S. Sebastian que se hallan en este sitio y que servian de iglesia á los primitivos cristianos.

(2) Este grupo ha sido descubierto en el siglo pasado, y el sabio anticuario Winckelman dice, que es una de las mejores obras de los artistas griegos.

Un acontecimiento imprevisto cambió todas sus ideas.

Tocaban las mugeres los linderos de la via-apia cuando fueron detenidas por dos hombres que saltaron de un sepulcro y las arrastraron violentamente consigo. Silio oyó sus abogados gemidos y voló á socorrerlas: de un golpe derribó á uno de los raptos, que no esperaban tal contrario, y apoderándose de su espada puso en fuga al otro despues de una ligera resistencia.

Las mugeres luego que se repusieron del susto, le dijeron con un tono dulcísimo: Dios y su madre os premien.

Aulo se ofreció á servirles de custodia hasta la ciudad y aceptaron con agrado. En seguida entablaron plática durante el camino y el romano encontró tanta sabiduría en las palabras de la madre (pues así la llamaba la mas pequeña) y tanto candor en la hija que dudaba si eran humanos aquellos seres, aun despues de haberles visto llorar.

—Creo que son pretorianos (decía el jóven) los que os han asaltado sin duda para robaros: siento mucho haber dejado impune su delito.

—La venganza (contestó la madre) nos la prohíbe Dios; el mismo dió el ejemplo pidiendo á su padre celestial por los que acababan de crucificarle y que lo estaban befriendo.

—Tambien podrán arrepentirse (añadió la hija) y Dios es misericordioso.

Estas palabras sencillas penetraron el corazón del jóven romano. —¿Qué Dios prohíbe la venganza?... (decía en sus adentros) ¿Qué Dios rogó por los mismos que le estaban crucificando?... Cual es el Dios de la misericordia?... Ninguno conozco con estos atributos.

Sumergido en tales pensamientos, llegó á Roma y á la casa de las mugeres que se despidieron de él llenas de agradecimiento.

Aulo Silio se retiró á su habitacion ocupado por ideas que hasta entonces jamás le habian ocurrido.

La esperanza de hallar aquel ser puro y bello que tanto buscara, volvió á renacer en su alma. Las palabras de la madre le admiraban; pero las de la hija llegaban á su corazón: no la habia visto; mas en aquel cuerpo airoso y gallardo no podía haber una cabeza mal formada y solo una boca linda podía despedir sonidos tan armoniosos. Así sueñan los enamorados.

Pensativo, filosófico, pero mas animado llegó á su casa y aquella noche estuvo menos triste que las otras.

II.

«No es bajo el ramaje de los bosques, ni sobre los espedes de las fuentes, donde se presenta la virtud con su mayor poder: es preciso mirarla en la oscuridad de las prisiones, y entre los arroyos de sangre y de lágrimas.

Chateaubriand. Genio del Cristianismo

Pasaronse ocho dias sin que Aulo Silio hubiese vuelto á ver á la madre ó la hija, y tambien le habia sido imposible encontrar la casa donde las dejó la noche que las salvó.

De nuevo le entró el desaliento y las brillantes esperanzas que se habian refrescado en su alma, se marchitaron poco á poco. —Nueva hoja seca y caída del árbol de su corazón.

El noveno dia salió deseando respirar el aire libre, y al atravesar por junto al teatro de Marcelo vió un inmenso gentío que cubria la entrada del suntuoso palacio de la Justicia edificado por Augusto. Se dirigió allí por curiosidad y poco á poco fué arrastrado por la turba hasta que se halló en una sala espaciosa; en el extremo opuesto á donde estaba el jóven Silio, se levantaba un trono en

cuyo centro habia un rico asiento de marfil terminado por la estítua de Temis, diosa de la equidad, de la paz y de la ley. El pretor estaba sentado en esta silla, y á su derecha los sacrificadores y un pedestal con la estítua de Diocleciano; á su izquierda centuriones y soldados; delante azotes, grillos, esposas, uñas de hierro y cadenas, una máquina de tormento, una hoguera pequeña ó hornillo, infinitos instrumentos de suplicio y muchos verdugos. Lo restante de la sala lo ocupaba el pueblo.

Aulo oyó preguntar al magistrado:

—¿Cuáles son vuestros nombres?

Una voz de muger dulcísima y no desconocida para el poeta respondió:

—Gliceria y mi hija Sara.

La sangre del jóven romano se agolpó á su corazón al oír esta voz; en el instante Aulo se abre paso al través de la multitud y llega hasta una baranda de hierro que separaba al pueblo del tribunal: allí mira alrededor con ojos desencajados y vé en medio de los verdugos á las dos mugeres que salvó en la via-apia; pero ambas sin velo, cargadas de cadenas y en un traje distinto.

Si dulce y respetuosa se habia representado el poeta á la madre, aun lo era mas su noble figura, y el rostro de la hija sobrepujaba en candor y belleza á cuantos creó su imaginacion: la tez del jazmin es menos delicada y fresca que su cutis; su boca era una granada entreabierta, y sus ojos los de una gazela; brillaba en sus mejillas el sonrosado color de la virginidad y en su alma frente la inocencia purísima: era hermosa como Ester.

Madre é hija llevaban túnicas azules, coturnos y mantos negros. (1)

Aulo Silio al verlas quedó inmóvil y como fascinado.

El juez siguió la interrogacion dirigiéndose á ambas.

—¿Teniais noticia de los edictos que se han publicado contra los cristianos?

—La teniamos: contestaron madre é hija con entereza.

—Pues entonces, ó sacrificad á los Dioses ó vais á ser atormentadas.

—Nosotras no sacrificamos (contestan) sino á Dios uno y trino que crió el cielo y la tierra y murió por salvarnos. Este nos dará valor para que suframos los tormentos.

El pretor entonces manda preparar la tortura y que la sufran Gliceria y Sara. Los verdugos obedecen y se apoderan de ambas; estienen sin piedad aquellos cuerpos delicados sobre el ferreo caballete y dan un impulso bárbaro á las ruedas. Los débiles miembros de Gliceria y Sara crujen de un modo horroroso y las lágrimas se deslizan con abundancia por sus rostros contraídos y desfigurados por agudísimos dolores.

Aulo Silio lloraba tambien y la cólera brillaba en sus ojos que brotaban sangre casi.

—Sacrificad, dijo el juez algo conmovido.

—Solo al Dios verdadero que murió por salvarnos, respondieron entre abogados suspiros; pero en medio del dolor sus ojos se elevaban al cielo con una espresion divina.

Irritado el pretor con esta constancia manda que les den nuevos tormentos. Los verdugos rodean con un borcegui de bronce el pequeño pie de Sara y lo comprimen fuertemente sin cuidarse de sus gritos; á su madre que la animaba la golpean con azotes de abrojos puntiagudos.

Silio estaba fuertemente conmovido y agitado por diversas ideas; pero al ver oprimir tan sin piedad aquel pie donoso que él hubiera puesto sobre su corazón, y aquella resistencia tan heroica en seres débiles, no duda mas; salta la baranda de hierro, derriba la estítua de Diocleciano que hacia de Dios, derrama el incienso, vuelca los flameros y dice:

—La religion que dá ese valor á seres tan débiles es la verdadera, las demas son adulaciones, creaciones de

(1) El traje de los mártires.

los hombres, mentiras. Martirízadme: soy cristiano.

No era ya aquel jóven mustio que atravesaba las calles de Roma con los ojos bajos; era Natam reprendiendo á David, Moises derribando el becerro de oro y rompiendo colérico las tablas de la ley. Sus ojos estaban animados de un fuego divino y parecia que su cabeza despedia rayos de luz.

Los soldados luego que se repusieron de la sorpresa y terror que les inspiró accion tan atrevida é impensada, se arrojan á él y le maniatan. Glicería y Sara dieron gracias á Dios por la conversion de aquel jóven, y el pretor mandó que retirasen á los tres cristianos y los condujesen á la cárcel Mamertina, hasta que la clemencia del emperador determinase si habian de ser quemados ó arrojados á las fieras.

III.

Gamina en paz, bendita alma, que ya has llegado al término por ti tan deseado.

F. Luis de Leon.

Ya habian pasado tres dias despues del juicio que he referido y tambien el dia anterior se habia celebrado la comida libre, el cuarto por la mañana el pueblo esperaba impaciente en las puertas de la cárcel Mamertina. Aquellos umbrales los habian pasado otras veces reyes para seguir el carro triunfal de los cónsules y emperadores, ejércitos enteros arrastrando cadenas; ahora seres débiles para ir á recibir el martirio.

Giran las robustas puertas rechinando sobre sus goznes de bronce y el pueblo dá paso á una larga comitiva. Marchaban delante los patricios romanos en yeguas negras como la noche sin luna, con cascos rematados por una loba de metal con relumbrantes corazas y largas espadas de Iberia, seguialos la infanteria precedida de un centurion y de un águila y despues entre espesas filas de soldados mercenarios iba Aulo Silio cargado de cadenas y detras de él Glicería y Sara casi atrastrándose por lo maltratado de sus miembros. Sus rostros aunque marchitos por los dolores conservaban su hermosura y una sobrenatural alegría brillaba en ellos.

Ambas mugeres animaban al jóven romano que marchaba contento á dar su vida por una religion que hacia cuatro dias habia abrazado y que tenia entusiasmada su alma.—Es tan dulce tambien cuando se acerca el momento de salir de esta vida miserable y llena de espinas oír hablar de otra, y de otra mas feliz!!!

Un nuevo golpe le esperaba al catecúmeno mas terrible casi que la muerte. Cuando se acercaba la fúnebre comitiva al lugar del sacrificio, una muger anciana, desgreñada, los ojos desecados, y que apenas se sostenia en sus debiles piernas se dirije al jóven romano al través de la multitud y se abraza con él á pesar de los soldados que lo quisieron impedir.

—Hijo mio! (decia entre sollozos) ya te encontré ¿donde has estado?... No has venido á ver á tu anciana madre? Te he buscado á pesar de mi flaqueza y no te he hallado. ¿Qué tienes?... ¿Dimelo?... ¿Por qué no me abrazas?...

Observa entonces la desolada madre las cadenas que sugetaban las manos de su hijo, mira los soldados que le rodean y calla por un momento, luego sigue:

—¿Pero que es esto?... Tú entre cadeñas?... ¿Tú rodeado de soldados?... tú! que eres tan bueno!... ¿Qué has hecho? No me respondes?... lloras?

—Madre mia, soy cristiano.

—Tu serás lo que quieras; pero porque estas cadeñas? Soltadle, que es mi hijo, Aulo Silio (y cubria el rostro del jóven de besos y de lágrimas).

Aulo no queria dar á su madre, á lo que mas amaba en el mundo la terrible noticia. Un pretoriano descubrió la verdad con brutal lenguaje.

La madre entonces se abraza mas estrechamente con su hijo y grita:

—No, no, él sacrificará á los dioses, no quiere que muera su madre, y si él muriese, yo le seguiria. Quitadle las cadeñas (añadió con imperio.)

Silio estaba inmóvil con el corazon traspasado de un dolor tan intenso y fatigoso, que no podia llorar: no sentia su muerte; pero su madre estaba allí, anciana, desvalida... Casi dudó su alma, poco firme todavia en la fé. Esta misma sin embargo le consoló: recordó que Jesu-cristo murió clavado en un madero por salvar al hombre, que su madre Santisima al pié de la cruz contempló á su hijo dar el último suspiro entre mil tormentos, y que el Salvador vió las penosas angustias de su madre y las sufrió por el hombre.

Esta reflexion le mantuvo firme. Los soldados en tanto cansados de las exclamaciones de aquella vieja la separaron bárbaramente de su hijo y á este le hicieron andar á empellones.

La madre se desmayó al retirarla de Aulo Silio, y no pudiendo su débil salud resistir á las sensaciones tan fuertes que habia sufrido, cayó en un delirio espantoso. Unas mugeres cristianas le condujeron en brazos á su casa.

Silio empujado por dos verdugos andaba dejándose el corazon atras: solo el que consoló á Job pudo aminorar con el balsamo de la misericordia sus dolores: tambien Sara y Glicería le alentaron con sus dulcísimas palabras parecidas á las armonias de los ángeles.

Llegan al fin al lugar del suplicio donde una hoguera los aguardaba, su rojiza llama a umbrada por el Sol y destacándose en una atmósfera pura y azul era horrible.

Los tres cristianos se pusieron de rodillas y pronunciaron una breve plegaria. Los verdugos les intimaron por última vez que sacrificasen á los dioses, y ellos por respuesta se aproximaron á la hoguera. El centurion entonces hizo una señal, y los sayones precipitaron en el fuego á Aulo Silio, Glicería y Sara. Las llamas bajaron al principio, dejando descubiertos los mártires que estaban de rodillas con la vista en la region de los bienaventurados, á poco el humo y el fuego los ocultaron para nunca mas parecer.

La gloria se abrió y recibió en su seno las tres alma coronadas de estos dichosos mortales.

J. GIMENEZ SERRANO.



UN EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.



Un chapelchuri.

Hacia fines de 1841, una silla de posta que iba á todo escape por el camino que conduce á Bilbao, se detubo de improviso y dos hombres descendieron «te puedes retirar, dijo uno de ellos al postillon, que el coche no puede llegar hasta la hacienda de G.*** donde vamos; indicanos solamente el camino que hemos de seguir.

—Al momento, mi coronel, replicó el postillon: ¿vé V. S. esa pequeña villa ahí mas adelante? pues es necesario atravesarla, y despues otro pueblecito que se encuentra mas allá y en seguida está la hacienda; no puede equivocarse con ninguna y ademas en preguntando á cualquier paisano... aquí las gentes del pais tienen el

mayor gusto en enseñar el camino á los viajeros, sobre todo si son señores tan generosos y tan buenos como V. SS.

—Es decir, que quieres propina para beber; toma y vete.

—El postillon los dejó despues de hacer mil reverencias y de llamarles hasta principes, y se volvió con su silla por donde había ido.

Sin embargo nuestros viajeros no eran principes, ni siquiera marqueses ó condes; sino coronel del ejército el uno llamado Mauricio, y oficial el otro, y ambos encargados de una comision por el gobierno.

—¿No sabes por qué he despedido la silla de posta? preguntó Mauricio á Felix, que así se llamaba el oficial.

—Supongo que por lo que has dicho al postillon.

—No tal; hay otro camino por donde hubiéramos podido ir; pero he querido pasar por estos pueblos tan llenos de recuerdos para mí.

—De recuerdos! ¿es aquí dónde estuviste herido al principio de la guerra?

—Sí, Felix, de esa terrible guerra en que he perdido tantos amigos y tantos valientes! esa sangrienta lucha en que he visto caer muertos á mis pies mis hermanos y mi anciano padre, guerra de desolacion en que tambien yo hubiera sucumbido sin el socorro de una jóven....

—Nunca me has hablado de esa aventura: una jóven que supongo sería bonita, interesante....

—Sí, una niña, bella y pura como un angel, pero que desgraciadamente era carlista.

—¿Qué importa? replicó Felix; yo no soy liberal cuando se trata de una linda muchacha; las mugeres son buenas para quererse bajo todas las formas de gobierno y en todos los países del mundo. ¿Pero como fué el librarte la vida á ti soldado cristino?

—No sé por qué, pero el resultado es que ella lo hizo.— Como tu sabes, era una guerra de esterminio en que hubo prodigios de audacia y de valor, en que se peleaba á muerte, y por ningun partido se hacian prisioneros antes del tratado. Yo fui herido en la desgraciada accion de Arrigorriaga el 11 de setiembre de 1835, bien me acuerdo; mandaba nuestras fuerzas el general Espartero que como yo salió herido tambien y á no ser por su arrojo las consecuencias hubieran sido mayores porque los carlistas habian ocupado el puente de Belucta y el general con sus ordenanzas se lo hizo desalojar dando una carga y facilitando de este modo la retirada á la division. Yo quedé á disposicion de los enemigos: uno de los gefes mandó que me acabasen de matar, y entonces solo pronuncié dos palabras.—«Madre mia!»—era todo lo que me ocupaba en aquel instante; resignado despues esperaba mi muerte, cuando una jóven se adelanta gritando al gefe que habia pronunciado mi sentencia:—«Hermano! hermano!... tiene una madre! dejalle; puesto que está herido, él morirá si Dios lo quiere así! Yo te lo suplico, hermano mio; mira que débil está; no puede hacer daño á los nuestros!...» Su voz era tan espresiva y su accion tan enérgica que todos quedaron inmóviles. El gefe miró á su hermana, mandó retirar á los soldados y se retiró él mismo diciendo: «me está prohibido salvarlo pero bien puedo dejarlo morir.»

Quando quedé solo con la jóven besé sus delicadas manos que habian roto ya el pañuelo blanco que llevaba al cuello y se ocupaba en vendar la herida que yo tenia en la pierna. «Venga vd. á nuestra casa, me dijo, allí encontraremos á mi madre que es muy buena y no negará á vd. la hospitalidad; este retiro es sagrado, y mi padre mismo defenderá á vd. en cualquiera trance mientras vd. sea nuestro huésped.— Pero su padre de vd., niña, le replique, será carlista y odiará á los cristinos.— En el campo de batalla, si señor, respondió, porque el rey se lo manda; pero no á un enemigo herido é indefenso á quien ofrece un asilo, porque Dios se lo prohíbe.»

Llegué pues, aunque trabajosamente, conducido por este angel á la cabaña, donde reinaba la virtud, la religion, la caridad y la ignorancia, y encontré en efecto á la madre de mi libertadora, quien me recibió con agasajo y me prodigó los mas exquisitos cuidados sin hacerme la menor pregunta ni procurar enterarse de mi nombre siquiera.

En este venturoso retiro pasé los dias mas penosos de mi padecimiento, al lado de la interesante Ignacia, que así se llamaba la jóven. Pobre niña!... Que encantadora sencillez!... ¿Quieres que te confiese todo?... pues creo que he estado enamorado de ella.

—Como! de una niña, interrumpió Felix.

—Sí, de una niña; yo la he amado de distinta manera que se ama á las mugeres... no por su belleza ni por sus atractivos, sino como una madre ama á su hijo.

—¿Y le has hecho alguna declaracion?

—No me hubiera entendido; pero oye la conversacion que tuvimos la vispera de mi partida.

«Mi querida Ignacia, le dije, es preciso que ya parta y todo mi sentimiento consiste en que me hallo pobre y no puedo dejarte una pequeña suma que te probase mi reconocimiento y contribuyera á mejorar la fortuna de tus padres.

—Oh! no tenemos necesidad de nada y es mucho mejor que seamos pobres, porque en esta guerra estamos seguros de que nuestra cabaña será respetada; pero no es eso lo que yo apetezco, un recuerdo del corazón no vale muy caro; para eso no se necesita oro, y la guerra nada puede contra los recuerdos del cariño.

—Un recuerdo! exclamé, eso no es bastante; toda mi vida pensaré en tí, mi querida Ignacia, porque yo te amo.

—Ah! que dicha, Dios mio, gritó saltando de alegría; yo tambien, tambien yo le amo á vd. aunque es vd. un cristino.... Si mi padre lo supiera sin duda me regañaría, pero no lo puedo remediar, me parece que hace mucho tiempo que le conozco á vd. y me encuentro tan feliz á su lado como al lado de mi hermano. Ayer cuando vd. dijo que tenia que marchar y mi padre le dió en la mesa el salvo-conducto, me subí á mi cuarto y estube llorando toda la tarde porque de seguro ya no le veré á vd. mas... vd. no puede querernos, no somos de su misma opinion....

—Bien, Ignacia, no llores mas, yo te aseguro que vendré á verte; quizás vuelva rico y entonces... Pero es preciso que me prometas esperarme... eres demasiado niña y vas á olvidarme, estoy seguro.

—Yo una niña! me replicó empujándose sobre las puntas de los pies; voy á cumplir muy pronto quince años. Mire vd., vé vd. este ramo de romero bendito? es la virgen quien le ha dado su bendicion... pues el ramo me dirá si vd. me olvida.

Yo no pude menos que sonreirme, ella lo observó y continuó vivamente.

—Ah! si, vds. los militares cristinos se burlan de estas cosas!

—No por cierto, hija mia, yo no me burlo de lo que tu crees.

—Es igual; voy á esplicar á vd. el misterio. Este ramo se guarda cuidadosamente en memoria de una persona lejana; cuando esta persona se olvida el ramo se deshace y desaparece sin quedar mas que el tronco.... en tanto que conserva algun pedazo aunque pequeño hay alguna esperanza.

—Está bien, le dije, yo te respondo de que lo conservarás entero... La hora de la marcha llegó y me despedí de esta buena familia. Ignacia permaneció en una altura del camino en tanto que pudo verme, y yo volví sin cesar la cabeza hasta que la perdí de vista. Seis años han pasado desde entonces y muchas cosas han sucedido, de alferéz que era me encuentro de coronel y...

—Y has olvidado á Ignacia, interrumpió Felix.

—No en verdad; siempre en servicio activo no he tenido tiempo para ocuparme de ella, pero tampoco es ha apartado de mi imaginacion. Si no me equívoco en uno de estos pueblos debe residir, porque por estos campos fué la accion....»

Hablando nuestros dos amigos pasaron de aldea en aldea sin cuidarse del camino que les habia indicado el postillon, hasta que se apercibieron de que estaban perdidos y determinaron preguntar al primer paisano que encontraran. Al pasar por una casa de campo de bastante buen aspecto, vieron una familia del pais de rodillas toda de-

lante de una virgen colocada sobre la puerta. Esta familia se componía de un hombre y una mujer de edad, y un niño como de diez años: á la vista de los viajeros se levantaron precipitadamente y ya iban á entrar en la casa, cuando Mauricio preguntó al anciano por el camino de la hacienda de G...; el buen hombre enjugó sus ojos y le mostró el camino con una voz interrumpida por los sollozos que se esforzaba á contener.

—¿Que tiene vd.? le preguntó Mauricio ¿qué desgracia es la que le aflige á vd. así? ¿Hay un contratiempo de fortuna? No tema vd. nada que aquí está mi bolsillo.

—Gracias, mi buen señor, replicó el viejo; nosotros éramos pobres, muy pobres; pero la herencia inesperada de un pariente nos ha hecho ricos, y gracias á Dios de nada necesitamos: otra y mucho mayor es nuestra desgracia y contra ella nada valen las riquezas; solo Dios y su santa madre pueden hacer un milagro y por eso le pedimos cuando vds. han llegado.

—¿Pero podríamos saber?...

—Entren vds. señores y lo verán, yo no podría decirlo replicó el anciano.

Los viajeros entraron en la casa y siguieron al viejo hasta que se detuvo en una habitación cuyos muros estaban guarnecidos de imágenes de santos, había una cama á la cabecera de la cual estaba un sacerdote sentado en una silla. Entonces el anciano que los habia conducido les dijo: —«Es mi hija que muere... Los médicos no conocen su enfermedad y no la pueden salvar porque dicen que no han visto nada parecido.»

En efecto en la cama vieron á una jóven agonizando y no pudieron contener un movimiento de espanto al reconocer en la infeliz los síntomas de una muerte cierta. El sacerdote se levantó y preguntándoles si entendían algo de medicina, aunque su uniforme les daba suficientemente á conocer, tomó la mano de la enferma y la dirigió hacia Felix que se hallaba mas próximo á la cama, el cual, aunque completamente extraño al arte de curar la tomó por no privar de este consuelo á su afligida familia. En cuanto á Mauricio este no se determinaba á moverse; aun no habia visto la enferma y estaba como petrificado.

La puerta de la habitación se abrió y apareció el médico; se adelantó hacia el sacerdote y le dijo; ¿la ha confesado vd.? ¿Puede vd. decirnos algo que nos dé luz sobre tan extraña enfermedad?

—Si, replicó el cura, pero es á vd. solo á quien tengo que hablar.

Los viajeros iban á salir, pero el sacerdote los detuvo. «Tengan vds. la bondad de permanecer un momento

porque su presencia me dá esperanzas; no se porque razon su venida la he considerado como una dicha. Vds. no nos conocen pero ¿qué importa? la desgracia es por sí sola un parentesco.» Los oficiales se quedaron, y el médico y el sacerdote salieron de la estancia; algunos minutos despues volvieron á entrar, y dirigiéndose el médico al padre; «nada podemos hacer, le dijo, porque su hija de vd. muere de amor...»

—De amor! exclamó el anciano como ruborizado, no puede ser; mi hija me lo hubiera dicho. Es imposible!

—Tenga vd., replicó el médico mostrándole un ramo de romero seco metido en una cajita; cuando esta última rama haya desaparecido, su hija de vd. no existirá ya.

Esta escena pasó delante de los dos amigos; Mauricio como si volviese de un letargo se adelantó precipitadamente á preguntar si sabían el nombre del que la jóven amaba. —«No, replicó el sacerdote; Ignacia me ha dicho que no lo supo jamás.»

—Ignacia! Ignacia! exclamó Mauricio; es ella; Ignacia agonizando... yo quiero verla, y se precipitó sobre la cama gritando, Ignacia! Ignacia! respondeme.

La jóven hizo un movimiento, levantó la cabeza y dirigiendo los ojos á Mauricio exclamó... Ah! es él... es... y apretándole la mano cayó como aletargada.

Todos los circunstantes temblaban sin poder contener los sollozos creyendo que habia exhalado el último suspiro. El médico se adelantó, tomó la mano de la jóven y declaró que se habia operado una revolucion extraordinaria en el pulso y que si continuaba habria esperanzas. Por segunda vez abrió la enferma los ojos mirando en derredor como para buscar algun objeto. Mauricio se aproximó y la dijo besándola la mano; «soy yo, yo que te amo, y que he venido segun te ofreci.» Entonces la jóven se incorporó y con una fuerza extraordinaria exclamó; «Eres tú!...»

El coronel permaneció al lado de la cama y durante este tiempo Felix refirió á la familia lo que Mauricio le habia contado por el camino, añadiendo que á su amigo era á quien Ignacia amaba hacia ya seis años.

La jóven recobró completamente la salud, porque Mauricio no la abandonó ni un momento, confiando á su compañero la comision de que ambos iban encargados. Poco tiempo despues se celebró en Madrid una boda suntuosa en cuyo contrato es fama que puso su firma un elevado personaje... era la del coronel Mauricio y la bella Ignacia, conocida despues con el nombre de la linda vizcaina.

M.***



ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

LA ISLA DE MADERA.

La isla de Madera está situada en el oceano Atlántico distante unas 600 millas de la corte occidental de Berbería á los 33-grados de latitud norte y en la direccion que llevan los buques por lo comun cuando navegan á lo largo de la costa de Africa para la india y otras regiones meridionales. Forma una especie de óvalo, estendiéndose cerca de treinta millas en longitud, y variando considerablemente en su latitud; pero sin estrechar demasiado, pues por donde menos tiene siempre 15 ó 16 millas. Toda ella habiéndolo con propiedad es una elevada montaña ó gran colina, en cuyo medio sobresale un soberbio pico de 100 pies de elevacion. Las faldas de esta montaña son otras tantas ramales que dividen en valles todo el terreno. El clima es extraordinariamente hermoso, combinándose el calor delicioso de la latitud meridional con la frescura húmeda de las mareas; lo que produce la mas grata y saludable temperatura. A esto se agrega la mas pintoresca y variada perspectiva, viéndose en unas partes miserables rocas y profundas precipicios que rodean altas pendientes con sus hendiduras perpendiculares, cuyos asientos están por un lado desnudos y sin yerba, mientras por el otro se presentan vestidos de una infinita variedad de alpinos. En otras se descubren estendidos valles verdientes, por donde corren con placida belleza riachuelos que serpentean despues de desprenderse de las rocas, saltando aqui y alla en pintorescas cascadas. Todas las pendientes de las colinas, en particular las que miran á mediodia están vestidas de viñas, y en las partes superiores hay multitud de naranjos, limoneros, granados, arrayanes y royales silvestres. Gran cantidad de castaños ocupan las eminencias de los montes.

Tales son las escenas de variado aspecto que presenta la isla. La mayor parte de sus producciones fueron alli introducidas por los primeros expedicionarios portugueses, que aunque no los primeros descubridores, son los que primeramente la colonizaron y dieron á conocer á los europeos y los que permanecen hoy poseyéndola. La ciudad de Funchal, fundada por ellos es casi la única poblacion de la isla, y está situada en un valle sobre la costa meridional, y tiene un excelente puerto defendido por cuatro sólidos fuertes. Son sus calles estrechas y pendientes, y corre por medio de ellas un cauce de agua, que limpia y aseca sin que se molesten sus moradores. Las casas varían mucho en su tamaño y perspectiva; pero tienen todas primorosa exterioridad y elegancia, en especial las principales. Entre los edificios públicos ocupan el primer lugar el castillo ó palacio del Gobernador, el del obispo, la casa ayuntamiento y las iglesias. La catedral es un soberbio edificio gótico con diez capillas, cuatro de cada lado y dos en la parte superior. Estas capillas están todas vestidas de cedro cincelado de esquisito trabajo, y una de ellas merece principal mencion, pues sus paredes están forradas de mármol, y colgadas con tapicarias y pinturas de gran precio. El monasterio de S. Francisco Javier es un bello y espacioso edificio, y los que viven en él, se muestran amables y muy urbanos con los extranjeros que van á visitarlo.

La ciudad de Funchal que contiene una poblacion de 30,000 almas está edificada en la pendiente de la montaña que se prolonga á larga distancia, y termina en eleva-

das prominencias. Por toda la colina se encuentran esparcidas muchas casas de campo, cuya blancura resalta mas á causa de los jardines y viñas que las circundan. Cada una de estas casas ó alquerías tiene una estensa bodega, donde se elaboran los vinos, que actualmente forman el ramo principal de comercio de la isla. El vino de Madera es conocido por todo el mundo civilizado. El método de hacerlo es estremadamente sencillo, mucho mas que el que se emplea en otras partes. La mayor parte de los cosecheros ponen los racimos de uvas en grandes cajas de madera cuadrada en las que se meten algunos hombres descalzos de pié y pierna, y pisan estrayendo todo el mosto que pueden. Luego sacan los escobajos y los atan en manojos con unas cuerdecillas para colocarlos bajo unas prensas tambien de madera, ó alzaprimas donde los aprensan por medio de una gran piedra puesta en el extremo de aquellas. Concluida esta operacion, se recoge el mosto en las vasijas en que ha de fermentar sin volverle á tocar hasta que está ya hecho el vino. De este el mas delicado se produce en la parte meridional de la isla, siendo los del distrito del norte, mas endebles y ligeros. Todos los años se extraen de Madera, segun cómputo exacto, cerca de cuarenta mil pipas de vino y la mitad de ellas va á los establecimientos ingleses de las Indias orientales y occidentales. Es tan grande la diferencia de calidad de cada vino, que su precio en la viña varía desde cinco á cincuenta libras esterlinas. En el mercado se distinguen por los cinco nombres siguientes. El de primera calidad, se llama *Londres especial*; el de segunda, *del mercado de Londres*; el de tercera, *del mercado de la India*; el de cuarta, *del mercado de Nueva York*; y el de quinta, de *Cargamento*. Ademas de estos vinos hay otros menos abundantes, conocidos por los nombres de *servial*, *málvasia dulce*, *málvasia seco*, y *tinto ó rojo*.

El vino de Jerez y otros vinos españoles, han empezado á obtener estos últimos años cierta preferencia en Inglaterra; pero ostensiblemente, pues los que miran este tema con detencion, aseguran que aunque se dice haber provenido de la aprehension de que los de Madera tienen mucho ácido, en realidad se consumen dichos vinos como antes, solo que los negociantes para contemporizar con la preocupacion los hacen pasar bajo otros nombres, despues de preparados con oportunas mezclas y elaboraciones.

Los habitantes de la isla tienen en lo general puesta su atencion casi esclusivamente en el cultivo de las viñas, descuidando el de las mieses que son mas inmediatamente necesarias á la vida del hombre. Asi es que la cantidad de trigo que se recoge, escasamente alcanza para dos meses de consumo, viéndose precisados á procurarse de América trigos, harinas y arroz en cambio de sus vinos: de los nuevos establecimientos traen el pescado salado en grandes cantidades; y de los estados Berberiscos adquieren carneros y bueyes. Esta dependencia de otros países cesaria sin la menor duda en el momento que se aplicasen á los demas ramos del cultivo, porque cada pié del terreno de la isla es capaz de dar grande cosecha de los mejores granos. Para convencerse de esto, basta saber que alli se crian patatas, pepinos, melones, sandías, calabazas en grande abundancia, como igualmente crecen pereros, manzanos, abridores, melocotoneros, ciruelos y cerezos, que dan los mas sanos y sabrosos frutos, grandes y finos. Los melocotones especialmente son en ciertas ocasiones tan abundantes que sirven para

engordar los cerdos. Ninguno de estos frutos se esportan por lo comun de la isla; pero hay otros que se envian á las regiones glaciales; tales son la nuez, el limon, la naranja, la castaña, la granada y los higos, que son los principales. En las campiñas dilatadas de la isla y en las situaciones frescas se producen naturalmente, y sin cultivo fresas, grosellas, frambuesas moras de zarza; y tambien los frutos ya antes nombrados requieren poca ó ninguna cultura.

El castaño y el nogal forman una gran parte de la madera de los montes. El pino es tambien árbol que se cultiva generalmente en las tierras mas elevadas y crecen á suficiente altura para poderle emplear en todos los usos domésticos. Las familias del laurel se encuentran en los mas calientes. Algunas veces tienen de 20 á 30 pies de circunferencia, y su madera es de un color hermoso. La palma crece á la mayor altura, pero su fruto no llega á madurar perfectamente, sin duda porque todas son hembras, y no hay machos plantados en la isla. El álamo es muy comun en todo el país, y conserva su hoja mucho mas tiempo que los de Europa del mismo género. En los jardines de los particulares se crían con mucho éxito algunos cinamomos, y pies del café, de modo que puede decirse requiere solo generalizarlos mas para que lleguen á ser un artículo de comercio.

Respecto á flores, las llamadas reales son muchas, hermosas y variadas. Las plantas cultivadas cuidadosamente en los jardines ingleses, crecen allí espantosamente en los campos, y los vallados están entapizados de geranios, mirtos, jazmines, azucenas y rosas.

Por esta breve descripción de las producciones de la isla puede ver el lector, que no será mucho adelantar si se emite la idea de que Madera puede ser en realidad el jardín del mundo. En efecto, su templado clima y la fertilidad de su suelo forman allí un paraíso que brinda á todos los placeres de la vida, pues ademas crecen en ella y fructifican todas las plantas de las Indias mas escogidas, y las de las regiones de Europa, aun las de las regiones mas septentrionales. En cuanto al género animal hay en la isla conejos, hurones, chochas-perdices, gallinetas, perdices, codornices. Las costas están completamente llenas de pescado de excelente calidad, aunque los habitantes siempre exclusivamente ocupados con sus cosechas de vino, no se dedican á la pesca y tienen que comprarlo de otras costas. Tienen igualmente excelentes especies de patos, gallinas de indias, y gallinas caseras. Solo los carneros y bueyes son poco numerosos y de inferior clase.

La isla contiene una poblacion de cien mil almas. Cuando la descubrieron los portugueses la hallaron desierta de habitables y los que ahora se llaman sus naturales son descendientes de los primeros pobladores. Es una raza mista, aunque la mayoría indudablemente procede de portugueses. Son todos del culto católico, muchos viajeros han asegurado que es excesivo el número de clérigos y frailes que hay en Madera; pero esto no es exacto, puesto que todo el clero incluyendo frailes y monjas no pasaba de trescientos individuos hace ya algunos años. Los usos de estos últimos son poco diferentes de los de Europa como que estan por sus hábitos mercantiles en comunicacion con los ingleses y otros extranjeros establecidos en Funchal. Los de tierra adentro solo acuden á este punto en las ocasiones de grandes espectáculos y festividades. Entonces se notan las diferencias de esta parte de la poblacion, que es la que hoy puede llamarse indigena. Es una raza de color cobrizo, de gran perfeccion y vestida con aseó. Los hombres llevan calzones de lienzo blanco, anchos, y por cima unas botas de becerro, no faltando algunos que solo llevan una bota en una pierna, y en la otra no llevan nada: la camisa aunque blanca es de lienzo hasta, y abierta en términos que deja ver todo el

pecho. Un gorro azul que apenas le cubre la coronilla de la cabeza y un chaleco corto celeste generalmente adornado con botones de plata, forman lo restante de su traje, excepto en invierno, que llevan largas capas, sino llueve las dejan sueltas sobre sus hombros con cierto descuido. El traje de las aldeanas no deja de ser elegante, pues consiste en unos corpiños celestes con franjas encarnadas y un monillo corto, generalmente encarnado ó azul claro, ceñido al cuerpo de forma que descubre el talle. Un capotillo corto encarnado, ó púrpura ribeteado de azul y un gorrillo ó baret celeste, sus pendientes de oro ó plata, y algun adorno en el pelo. Muchas jóvenes son bien hechas, aunque generalmente hablando sus facciones son bastas, pero no desagradables; cachetudas, cutis moreno y pies grandes, el cuerpo proporcionado y los ojos llenos de fuego, grandes y negros. En Madera están las mugeres recargadas de trabajo, su principal deber es atender á toda la provision de su casa mientras que sus maridos estan ocupados en las viñas. Así es que ellas se procuran el combustible, y frecuentemente se las ve acarrear cargas de éste á la ciudad á venderlas para su sustento, ademas de otros gastos. La falta de carne, que tanto debia abundar allí, es causa que ésta pobre paisano del interior, tan laborioso, casi nunca puede comerla. Su alimento ordinario es pan, uvas ó frutos. En lugar de vino beben aguapré que es un género de cerbeza floja, estraida de los escobajos de los racimos, despues de aprensades; los que despues de haber fermentado adquieren cierto ácido, aunque no lo conservan mucho tiempo. Es cosa singular y dura, que estos infelices no disfrutan del mismo vino que han preparado por sus manos.

El trato de estos aldeanos es franco y afable y sus pasiones generosas. Son ademas muy hospitalarios.

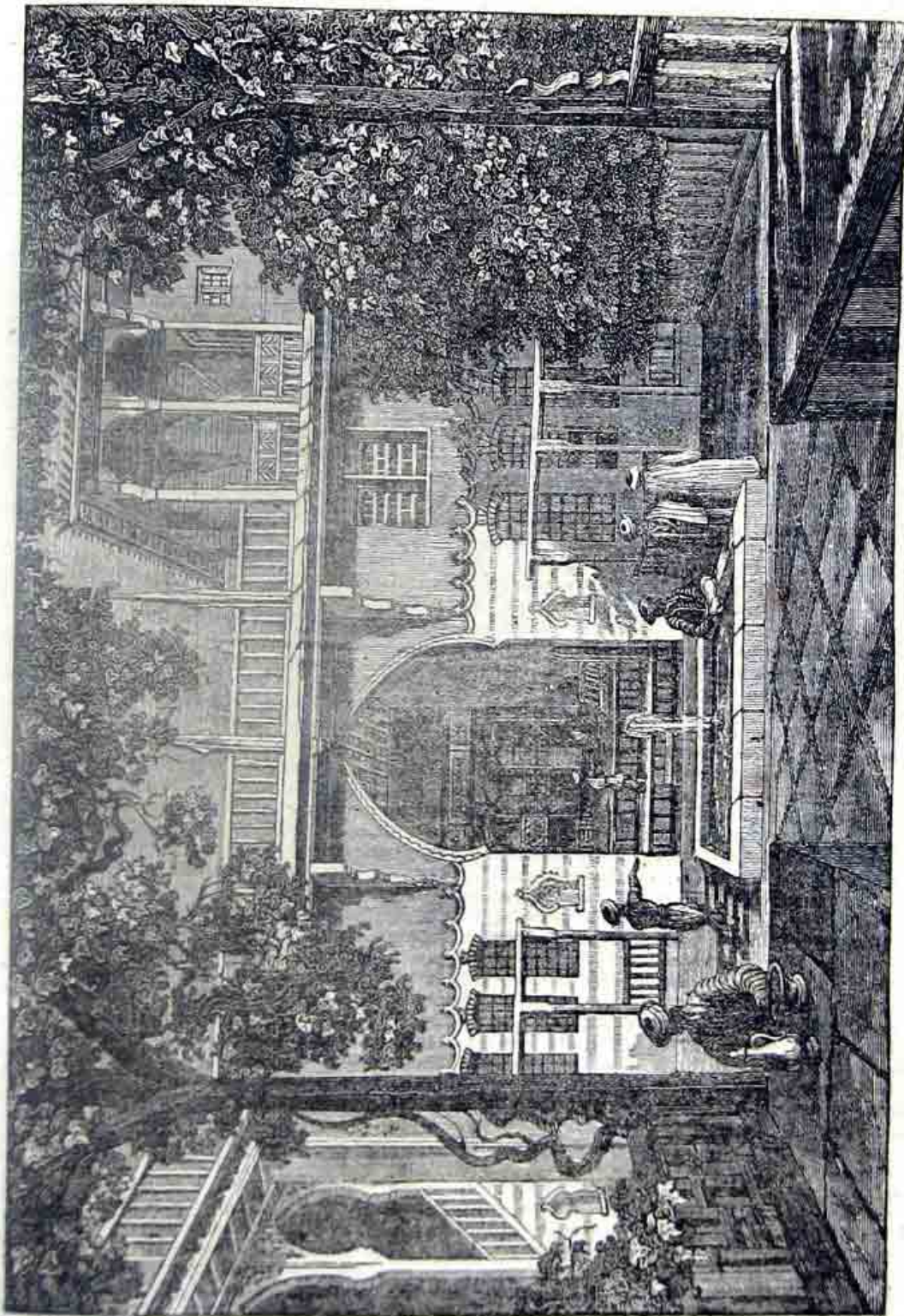
En Madera, no hay coches ni carruages de lujo y comodidad, porque no lo permite el mal estado de sus caminos, que generalmente están llenos de asperezas y desigualdades, y sumamente estrechos. Unas carretilas tiradas por bueyes son los medios de transportar grandes pesos de una alquería á otra ú á la costa. El vino se estrae del interior en pellejos á hombros de los aldeanos hasta donde pueden llegar los carrillos referidos que en barricas los conducen despues á la costa.

Machico es despues de Funchal un puertecito célebre porque trae su origen y su nombre de que fué allí donde un inglés llamado Markltram, fijó su morada con su esposa y donde acabaron uno y otro sus dias, despues de haber naufragado en aquella costa. Estas dos criaturas y algunos marineros que las acompañaban, fueron los primeros que pusieron el pié en la isla, y sus extraordinarios sucesos son bien interesantes.

Los ingleses tan espuestos á padecer enfermedades del pulmon, han puesto toda la atencion en el clima de Madera, siendo el resultado de sus observaciones y esperiencias, que la atmósfera de la isla no tiene rival por la igualdad y salubridad de su temperatura. El invierno es doce veces mas caliente que el de Italia, y el verano cinco grados mas templado. En Madera no hay cambios violentos en todo el año. Las lluvias vienen distribuidas. De aquí procede que los tísicos y todos los atacados de consuncion consiguen prolongar mucho su vida trasladándose á Madera, y disfrutar allí de grandes alivios, motivo porque acuden á ella muchos extranjeros.

José TENORIO.

ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista del patio interior de una casa en Damasco.

COSTUMBRES DE LOS TURCOS.

Difícil es formarse una idea exacta de las costumbres de un pueblo que aunque diariamente visitado despues de tantos siglos, nos es todavía imperfectamente conocido; cuya lengua ha sido despreciada por nuestros orgullosos sabios, como la lengua de un pueblo bárbaro, y del cual poseemos por consecuencia muy pocos de esos datos infalibles que se sacan de la poesía de un pueblo. Est, dificultad se agrava aun mucho mas con las relaciones exageradas de los viajeros. Los unos han elogiado á los turcos con exceso; los otros no han querido ver en ellos mas que unos hombres crueles, ignorantes y fanáticos; que han llevado el hierro y el fuego á la hermosa patria de los Pericles y los Demóstenes. Seguramente no es hoy, en que aun humea la sangre derramada en la Grecia moderna y en que tantas lágrimas corren todavía por la muerte de sus héroes; no es en semejantes momentos cuando conviene disculpar á los otomanos; pero la misma crueldad puede consurarse en los verdugos de la Polonia, y esta será la suerte que quepa á la Italia el día en que triunfen los fogosos carbonarios. En todas partes la víctima tiene simpatías, si bien las mas de las veces sin resultado á causa del egoismo de los gobiernos, pero vivas y sensibles cuando despiertan el alma de los simples particulares. En todas partes la opresion, fruto amargo que los feroces gefes se complacen en ensangrentar, levanta un grito de maldicion y de odio.

Como quiera que sea, sería injusto considerar á los otomanos bajo el mismo punto de vista que á los pueblos europeos, porque mas que una verdadera nacion, son un ejército acampado. Rigen á los países subyugados como una tierra de conquista, y los tributos impuestos á los súbditos no son á sus ojos mas que un rescate de las cabezas que debían ser cortadas: en los griegos, en los armenios y en los judios no ven mas que pueblos sojuzgados; ¿qué interes podrian escitar hombres á quienes ellos designan con el nombre de *perros*?

Orgullosos con los estrangeros, no deponen su exterior altanero sino ante aquellos á quienes reciben como huéspedes, y entonces la hospitalidad franca y generosa que les conceden, recuerda la de los antiguos patriarcas. Su caridad para con los pobres no tiene límites, y así lo atestiguan los numerosos establecimientos conocidos con el nombre de *Karanserais*. Los señores acomodados emplean una parte de sus rentas en edificar hospicios y dotarlos, ó al menos en construir en un camino árido fuentes rodeadas de árboles. Con la sensible hospitalidad de los tiempos primitivos, han conservado tambien la piedad mas edificante; jamás el musulman emprende un negocio importante sin haber antes dirigido al cielo su plegaria; en seguida lleno de confianza en la bondad de Dios, espera los sucesos con una resignacion santa y cuando le ocurre una desgracia, en vez de derramar lágrimas, humilla su frente hasta tocar el polvo, y se consuela al pensar que Alá lo ha dispuesto así.

Respecto á su habilidad en la guerra, sus títulos son bien gloriosos; basta citar las empresas de Mahomet, de Selman, y de esos guerreros á quien no pudieron resistir ni los esfuerzos desesperados de los Paleólogos, ni el brillante valor de los aguerridos soldados del Ródano, ni la audacia de los aventureros itálicos que mandaba Minotti. Si los turcos modernos se hallan en este punto lejos de sus antepasados, no es porque hayan degenerado en valor; sino porque hoy que la sangre fria y el cálculo han reemplazado al fogoso espíritu guerrero de los antiguos, y deciden solos de la suerte de los combates, los ejércitos oto-

manos, mal disciplinados, sin táctica y teniendo solamente una artillería mezquina y mal organizada, no pueden luchar con las naciones de Europa que les llevan estas ventajas.

Su gobierno en tiempo de paz es todavía mas ruinoso. Un déspota débil en los momentos difíciles, que goza de un poder ilimitado para hacer el mal; venalidad escandalosa que entrega las plazas al que mas ofrece; ministros rapaces, sacerdotes ignorantes y fanáticos: tales son las plagas que minan el imperio otomano. Así es como va perdiendo de día en día su fuerza y pronto cesará de contarse en el número de las naciones. Verdad es que sus últimos soberanos han intentado útiles innovaciones; pero algunos han pagado esta temeridad con su cabeza, y necesaria ha sido una horrorosa mortandad para que Mahmud pudiese destruir el cuerpo de genizaros, siempre dispuesto á sublevarse. Tambien ha introducido otros cambios en las costumbres de sus súbditos; pero estos progresos son lentos, y su fruto será sin duda muy tardío, mientras que el imperio está abierto por todas partes á las tentativas de ambiciosos vecinos.

Fuera de los tiempos de guerra el turco parece olvidar, en la tranquilidad de su retiro, las penas de esta larga peregrinacion que se llama vida. Para él la existencia no es mas que un feliz sueño que debe concluir en el sepulcro, un banquete cuyas delicias es menester saborear á toda prisa. Grave, silencioso, indiferente á todos los mezquinos intereses de la tierra, pasa sus días muellemente recostado sobre los cojines de su sofá, en medio de las nubes odoríficas de su brasero de perfumes ó de su pipa de boquilla de ambar. Saborea su café de Moka, y el opio lo transporta en sueños al paraíso de Mahoma donde brillan las huries de ojos negros. Para ahuyentar el tedio, sus mugeres forman en torno suyo coros de danza que acompañan las canciones voluptuosas y la dulce armonía de los laudes. Despues de la comida de la tarde hace las abluciones de costumbre, dirige al cielo su plegaria cuando la voz del *muezin* se oye desde lo alto de los minaretes y se duerme en medio de los delirios de amor en los brazos de su bella esclava de Circasia.

Las mugeres aunque escrupulosamente guardadas, no por eso están privadas de toda libertad, como dicen ciertos viajeros. Desde luego se aseguran una especie de independencia por medio de su dote cuya propiedad les pertenece; y el uso de la poligamia es bastante raro, aunque el Coran permite casarse con cuatro mugeres. Además saben veogarse de un marido infiel, gracias á ciertas mugeres judias ó armenias que tienen libre entrada en los harenes. Dicese que ciertas flores arrancadas de tal ó cual modo pueden sostener una correspondencia amorosa, y se citan hermosos aventureros introducidos en el temible encierro á pesar de los ojos perspicaces de los eunucos. Sobre todo los cementerios turcos, plantados de plátanos y de cipreses son célebres por este género de citas.

Sus habitaciones á pesar de su poca apariencia, recomendada por los peligros que rodean al que hace ostentacion de sus riquezas, están en lo general magníficamente decoradas en el interior. Multitud de patios rodeados de galerías y adornados de fuentes, vastísimas salas cubiertas de soberbios tapices de Persia, techos artesonados de maderas preciosas, adornados de arabescos de oro y azul y pinturas de flores, una sala de baños en medio de la cual brota un surtidor de agua que cae con dulce murmullo en recipientes de mármol, ventanas que en aquel hermoso clima dejan libre entrada al viento y á los pájaros del cielo, balcones adornados con macetas de flores, y sobre los cuales trepan los jazmines y las madreselvas, vastos jardines adornados de alegres kioscos y bosquesillos, donde las lilas, el laurel, las rosas y los naranjos

mezclan su follage, y donde el viento juguetea en una atmósfera de perfumes: en el sitio mas retirado, el ha-rem solitario, tal es la agradable mansion en que el musulman, y sobre todo el habitante de Damasco espera el dia en que deben cumplirse las promesas del Coran.

Pekin.

ARQUITECTURA CHINESCA.—MONUMENTOS DE PEKIN, JARDIN Y PALACIO IMPERIAL DE YOUEN-MIN-YOEN.

La arquitectura chinesca ha sido tan combatida en estos últimos tiempos y calificada de mal gusto que es necesario un valor á prueba para arrostrar una preocupacion tan profundamente arraigada y reclamar en su favor una pequeña página en la historia de las bellas artes cuando no se le ha reusado á los inventores de la pólyura y de la imprenta. Un número considerable de planos y de modelos de edificios transportados de Canton á Europa justifican la verdad de tan severa critica; pero para ser justos es menester no olvidar la impetencia y atraso de aquel pais en la pintura y el dibujo que se observa en la representacion de sus alegorías, y así podremos conocer como esos brillantes destellos de su habilidad artística que admiramos en Europa no son bastante para hacernos formar una idea exacta de los adelantos de aquel pais. Escaso es desgraciadamente el número de viajeros que han logrado penetrar en el corazon del celeste imperio y forzoso es recurrir á la historia de sus viajes y las relaciones descriptivas de sus monumentos artísticos para apreciar debidamente el mérito de la agricultura adoptado por los chinos. Pekin fundado en el siglo trece de nuestra era por Houbilai, hijo menor de Tchingiskan, es hoy la capital del imperio y la que merece llamar la atención y ocupar el primer puesto en el rango de las ciudades de primer órden por la grandeza de sus monumentos. Allí es donde se deben estudiar las construcciones chinescas, allí es donde se encuentran las obras maestras de los Bramantes y de los Palladios; allí, en las orillas de Hoan-Ho es donde se hallan los datos mas luminosos para resolver el problema del origen del mundo. Nosotros le consideramos bajo este punto de vista, nosotros solo consideramos ahora el Pekin monumental. Los Duhalde, los Gaubil, los Barro, los Macartney y otros nos sirven de guia en nuestras reflexiones porque estamos persuadidos que la relacion de los hechos resuelven mas ventajosamente que el ruido de las discusiones las dificultades á que no dieron solucion los siglos de las hipótesis.

Al este de Pekin se ve un soberbio y magestuoso arco de triunfo; este monumento digno de la suntuosa capital á que sirve como de prelude da entrada por tres distintas galerías á una espaciosa avenida como de legua y media de estension que recorre la multitud de vendedores que conducen diariamente los objetos de su comercio á la ciudad. Mas distante y como cosa de media legua se descubren dos enormes y gigantescas torres octogonales, y de figura regular; son enteramente uniformes, cada una es de tres cuerpos enteramente semejantes al inferior, excepto en las dimensiones que disminuyen conforme su elevacion; estos tres pisos que pueden considerarse, están cubiertos de una especie de mosaico de teja brillantemente barnizado y decoran su exterior con esculturas é inscripciones en honra de los arquitectos que construyeron estos edificios; interiormente se hallan salones de mucha estension des-

tinados para el alojamiento de los numerosos guardias de policia que vigilan aquel cuartel.

Pekin está dividido en dos cuarteles, chino y tártaro, y sus murallas, sobre todo las de la ciudad tártara Kin-Tchngi, son, despues de sus puertas, el primer objeto de admiracion que se ofrece á la vista del viajero. Si se considera una muralla de treinta pies de ancho, terraplenada de forma que pueden correr doce ginetes de frente y guarnecida de espesas y elevadas torres se tendrá una idea aproximada de las gigantescas trincheras que defienden á Pekin de las agresiones exteriores, y si al pueblo chino se le echa en cara su falta de gusto no podrán al menos vituperarle en sus monumentos de ese aspecto mezquino que resalta en la mayor parte de nuestras elegantes construcciones europeas. Considerando á Pekin ceñida de estos muros ciclopedianos no se hallarán palabras bastantes para admirar á este pueblo que no satisfecho de elevar entré él y sus enemigos del-norte una barrera tan admirable, como la gran muralla que determina sus limites, construye aun otras tan formidables como aquellas en torno de sus ciudades.

Tiene Pekin seis puertas de entrada en forma de torres cuadrangulares, con una ininidad de ventanas abiertas en sus fachadas y una guardia considerable que reside siempre en el departamento inferior de ellas.

Apenas el viajero penetra en Pekin en su scalles tiradas á cordel de ciento veinte pies de ancho y que ya admiraba en el siglo XII Marco-Poló, cuando no era aun mas que la Kan-Balon de los Mongols, el espectáculo cambia enteramente, el caracter de grandeza de los primeros monumentos se trueca por el lujo y las riquezas de los templos y de los edificios y establecimientos públicos. No obstante la arquitectura interior de la ciudad es digna de la mas amarga censura en cuanto á que no saben adornar sus fachadas sino recargandolas de postizos muchas veces ridiculos, ignoran los medios de enlucirlas y decorarlas en si-mismas, tienen que valerse de medios puramente estraños; por eso las recargan de estatuas, broncees, dorados y pinturas que por si solas manifiestan el atraso en que se hallan respecto á este género de trabajo, oscureciendo así algunas obras que debieran su mayor mérito á la sencillez. Tal es el principal y mas grande defecto del palacio imperial que por su magnificencia é inmensidad puede reputarse por la primera maravilla de Pekin. Este palacio situado cerca de la puerta del sur presenta la forma de un rectángulo casi cuadrado, está circundado de una espesa muralla de fabrica perfectamente almenada y cubierta de teja amarilla; cada puerta está guarnecida con su torre ó castillo y la competente dotacion de soldados.

La disposicion de los techos causa á primera vista un efecto singular dando á este palacio un-aspecto raro y sorprendente, estos techos descienden describiendo una curva desde el punto mas culminante ó desde los lados del plano que forma el cuerpo inmediatamente superior, y sobresalen de las paredes exteriores del edificio. Están graciosamente adornados de florones y atributos que figuran la faja de la cornisa. Estos dos techos están sostenidos por multitud de columnas, barnizadas de verde y cubiertas de figuras doradas, y forman la corona del edificio. Su interior es una serie de salones que se sobrepujan unos á otros en riqueza y magnificencia, constando además el palacio de otras muchas habitaciones y galerías.

La primera sala que se encuentra al entrar es muy espaciosa. Se baja á ella por una escalera de mármol adornada de figuras y estatuas de bronce y construida en forma de espiral. Este salon, ó con mas propiedad, este patio, se halla bañado por un arroyo que la cruza, habiendo construido sobre él una porcion de puentes tambien de mármol. En el fondo se descubre una fachada con tres puertas; la del centro está reservada esclusivamente para el emperador y las otras dos son para dar entrada á lo

mandarines y grandes del estado cuando vienen á tributarle su homenaje. Estas puertas conducen á un segundo salon, el mas vasto de todos los del palacio, circundado de una magnífica galería; en esta es donde se hallan custodiados los tesoros de la corona, la pedrería, las armas y todos los presentes ofrecidos al hijo del cielo Thien-tseu.

En este patio está tambien la sala imperial llamada de Tai-Ho-Thsien. Se eleva del suelo natural de ella á la altura de cinco gradas ó escalones, mediando entre cada una de ellas la estension suficiente para colocarse un número considerable de personas; aqui es donde se reúnen los mandarines para cumplimentar al emperador teniendo

cada uno su puesto designado entre las gradas que ocupan segun el rango y dignidad de la autoridad que representan. Su forma es cuadrada y su estension pasa de ciento treinta pies; sus artesonados están barnizados de verde, y guarnecidos de dragones dorados. El trono se eleva en medio de esta sala, sin otra inscripcion que esta palabra: *Chin* que quiere decir *santo*.

En la plataforma de esta sala hay grandes vasos y tihores donde se queman perfumes los dias de ceremonia; y soberbios candelabros figurando pajaros de todos colores; esta plataforma se prolonga por un extremo hasta conducir á otras dos salas de las que, una es circular y



Una señora china.

rodeada de ventanas, las paredes están barnizadas con una goma particular que solo poseen los Chinos, y que les sirven para el mismo uso que á los Europeos los espejos. Esta es la sala de vestir ó torador del emperador; la otra pieza es un salon de recibimiento.

Tales la descripción ligera de este inmenso palacio que ocupa una estension de doscientas treinta y siete toesas de levante á poniente; y trescientas tres de norte á sur; fácil será ahora concebir como serán los otros palacios del estado y de los príncipes de la familia imperial, y si ante esta construcción admirable y colosal no enmudece la crítica Europea hácia la arquitectura chinesca, que nos en-

señen al menos habitaciones parecidas, y no tacharemos sus palabras de injusticia y prevención. Pero los Chinos no han conceptuado completa su obra con esto solo, han añadido á la suntuosidad Tsu-Kin-Tchhing de la belleza de los jardines que le rodean.

El parque de Touen-Min-Youen, es la mansion mas bella del palacio imperial, sin que se eche de menos ni ceda á ninguno de nuestros mas deliciosos jardines de Europa. No tiene esa regularidad monótona y artificial, que cansa, ni al mismo tiempo se parece á esa confusión de los parques ingleses, que queriendo imitar á la naturaleza la exageran y la escuden mucho mas de lo que quieren repre-

sentar. El Youen-Min-Youen sin descender del carácter grandioso que forma su ornamento mas bello, presenta en un espacio de diez millas inglesas de estension, los sitios mas agradables y variados. El bosque, las rocas, la llanura y los valles todo ha sido dispuesto con tanta inteligencia que desde cualquiera de los numerosos pabellones contruidos en el jardin se disfruta de un punto de vista sorprendente. Las aguas que forman el encanto de estos sitios y que sin ella, serian inútiles hasta los esfuerzos de la naturaleza misma, las han conducido ingeniosamente conteniéndolas en estanques, en canales y lagos, cuyos bordes desiguales y declives parecen obra de la casualidad, sin que se observe la mano del hombre que lo ha conce-

bido y lo ha realizado. Las rocas formando atrevidos promontorios parecen contemplando las apacibles aguas del lago sobre que amenazan desplomarse. Hasta los árboles han sido escogidos, procurando armonizarlo todo, y al efecto se han elegido aquellos cuyas hojas podian prestar tintas mas agradables y bellas para que la vista solo tenga que admirar espectáculos encantadores; en fin en medio de las delicias de la mas activa vegetacion se eleva el magnifico palacio que acabamos de describir formando el mas sorprendente contraste las bellezas del arte y de la naturaleza, y aun critican los Europeos el gusto y la ciencia de tan admirables arquitectos

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LOS GEMELOS.

Eudisia Raborsky acababa de casarse con Ivan Nioloff, y el castillo de Koursuff en las cercanías de Arangel resonaba con el ruido de las fiestas de su boda. Eudisia tenia hermosos ojos azules, largos cabellos rubios y una encantadora figura; pero alegre y coqueta gustaba del inmenso de aduladoras galanterías. Ivan Nioloff era el mejor de los hombres; pero ardiente y apasionado tenia un carácter fantástico y celoso. Los nuevos esposos se amaban tiernamente, y sin embargo el cielo de su amor estaba constantemente cargado de nubes. Circulaban además rumores muy funestos, pues se aseguraba que á consecuencia de escenas violentas habian mediado fatales palabras entre Eudisia y su marido.

Ivan Nioloff tenia un hermano gemelo que se le parecia tanto que hasta sus mismos padres los equivocaban. Los dos eran notablemente hermosos; pero si su fisonomía era absolutamente la misma, su carácter era enteramente opuesto. Ivan se mostraba sombrio y colérico, Miguel por el contrario dulce y tranquilo.

Algunos años antes del casamiento de Eudisia, un accidente funesto ocurrido á Ivan habia venido á establecer entre su fisonomía y la de su hermano una diferencia notable. Ivan habia perdido un ojo en la caza y ya su persona no podia compararse con la de su hermano; de que resultó cierta tibieza en el cariño de los dos gemelos. Ivan á despecho de si mismo no podia perdonar á Miguel que fuese mas hermoso.

Agregábase otra circunstancia fatal. Eudisia á quien habia sido presentado Miguel despues de la ceremonia nupcial, no pudo menos de admirar la prodigiosa semejanza que debió haber existido entre los hermanos, en tiempo en que los dos eran hermosos. Hermosos los dos! luego uno de ellos habia dejado de serlo. Esta palabra de Eudisia habia despedazado el alma de Ivan.

Nada se escapa al ojo perpicaz de un celoso. Ivan no tardó en conocer que Miguel amaba á su esposa; su acalorada imaginacion exagera las ventajas que su hermano le lleva en la actualidad; se persuade que le robará el amor de Eudisia y los celos le devoran.

Miguel en efecto ardía en la mas violenta pasion hacia su coñada; y aunque se esforzaba por ocultársela, ella la habia descubierto. Ay! la esposa de Ivan por su secreto sentimiento de piedad, no se atrevía á lan-

zarlo de su presencia, y aunque pura y sin tacha lo toleraba á su lado.

Una tarde hallábase sola con él. Miguel sumergido en una meditacion dolorosa no le dirigia ni una sola palabra. Una idea terrible, contra la cual lucha secretamente, dió á su semblante una espresion siniestra.

—Que tienes, le pregunta Eudisia con inquietud.

—Nada, balbuceó Miguel con una especie de enagenamiento; nada sino que parto.... y no me atrevia á decirte lo.

—Partes! cuando? y por qué!

—Cuando! hoy, ahora mismo. Por que? No me lo preguntes.

—Marchas para mucho tiempo?

—Para siempre.

Eudisia se puso pálida y se levantó.

—Te comprendo, le responde. Está bien, noble Miguel! A Dios

La infeliz tenia los ojos llenos de lágrimas.

—Ah! has leído en mi alma sin que haya tenido necesidad de hablar! Respondió Miguel. De nada me arguye mi conciencia y sin embargo he sido comprendido. Gracias! gracias! A Dios.

Iba á salir y volvióse inmediatamente.

—Tengo que pedirte un favor, continuó, es el primero.... y el último. Dame un rizo de tu pelo: te será devuelto cuando deje de existir; y entonces rogarás por mi ¿no es verdad?

Aquella misma noche dejó á Koursuff, llevando al lado de su corazon un rizo de cabellos rubios.

Desde la partida de su hermano, Ivan mas amable ya con su muger, sentia renacer la paz en su alma. Eudisia tambien parecia feliz.

—No, no quiero ser celoso, le dice su marido presentándole una sortija riquísima de brillantes, en la que estaba grabada la palabra *confianza*.

Al siguiente dia ella le dió un anillo tambien en el que se leia *fidelidad*.

Pero esta felicidad no debia ser muy duradera. Un noble señor del pais, el conde Rouskoi, que pasaba por el mas bizarro oficial de la Rusia, iba frecuentemente al castillo de Koursuff. Habia servido en los ejércitos del Czar Alexis, y aunque todavia estaba en la primavera de la vida era citado entre las hermosas como un héroe de aventuras galantes, y pasaba por irresistible.

Eudisia recibia sus homenajes con su candor habitual, pero tambien con su coqueteria acostumbrada. Reia de las tiernas declaraciones del Conde, porque ninguna conmovia su corazon.

—Cruel Eudisia! dijo este, al fin llegareis á lograr

que haga tambien un viage á la Palestina, y que como Miguel Nicoloff vaya á visitar el santo sepulcro.

—Como! Está allí?

—Así se asegura al menos. De este modo terminarán sus pesares; por lo demas ¿qué os importa?... No sois cruel con todos!

La puerta se abre violentamente. Ivan Nicoloff montado en cólera por los rumores públicos que sostenian que la bella castellana no habia podido resistir al brillante caballero, se lanza sobre Rouskoy. Una escena violenta estalla y median entre los dos las palabras mas insultantes. En vano la voz suplicante de Eudisia quiso conjurar la tempestad.

—Silencio! le grita Ivan fuera de sí; conozco todas tus perfidias é intrigas. Miguel no está en Palestina; ronda disfrazado estos alrededores. Dos amantes y dos traiciones Retírate y gozate en tu triunfo; Miguel ó Rouskoy me matarán y quedarás libre pronto.

Los dos rivales salen juntos: es inevitable una catástrofe.

Aquella misma noche al pie de los muros del castillo se perpetró un horrible asesinato. Al despuntar el día se encontró el cuerpo de Ivan Nicoloff, debajo de las ventanas de su muger, atravesado con tres puñaladas. Está sin vida y el monstruo que le ha pasado el corazón, le ha desfigurado el semblante.

Por ¿qué? Sin duda por un exceso de barbarie ó por un refinamiento de venganza. Ya no se distinguen las facciones de la víctima, y solo se le reconoce por el vestido. El cadáver es Ivan; pero el asesino ¿quién podrá ser?

Se levanta un clamor público que acusa á Eudisia de haber participado del crimen; citanse palabras estrañas que habia pronunciado Ivan pocas horas antes de su muerte, y que confirmaban esta sospecha. Perezca la muger adúltera! grita todo el pais indignado.

Rouskoy á la primera noticia del asesinato se puso en fuga; Eudisia sola es presa y conducida á Arcangel. La indignacion contra ella es general. La causa se instruye con una actividad admirable. La acusada mal defendida, abandonada de todo el mundo y reconocida culpable á la vez de adulterio y de asesinato oye pronunciar su terrible sentencia que la condena á ser enterrada viva.

La muger del Wai wode de Arcangel, la princesa Prosorosky, tomó un vivo interes por Eudisia durante el fatal proceso: hubiera deseado salvarla, pero las leyes del pais eran de una severidad inflexible. Ningun perdon habia que esperar.

El otoño estendia sus velos nebulosos sobre la campiña. El aire se impregnaba de frios vapores; la palida luna se dibujaba en el horizonte como un signo magico, y la sombra se estendia debajo de los cielos. La princesa Prosorosky paseaba por su cuarto con estremada agitacion. Sabia que Eudisia, enterrada hasta el cuello en la plaza pública de Arcangel, haria ya unas cuantas horas que seria victima del mas horrible de los suplicios, del mas lento de los tormentos.

Dios mio, que no pueda socorrerla! decia en voz baja la princesa; desgraciada!.....

De repente le asalta el pensamiento cristiano de ir á llevar los consuelos de la piedad á la culpable. Se pone un velo negro, sale furtivamente de su casa y se dirige apresuradamente á la plaza pública. La hora era muy avanzada y la noche estaba silenciosa. Ni una persona encontró en las calles. Oh! que espectáculo tan horroroso! Pocos instantes de vida quedan ya á Eudisia. Su cuerpo de formas tan perfectas, no tardará en ser devorado por los gusanos del sepulcro aun antes que la victima haya exhalado su último suspiro. Ya no se vé su gracioso talle y sus blancas espaldas; solo su cabeza, que no tiene mas velo que una hermosa y larga cabellera rubia, se vé allí saliendo de la huesa. Por el día

está espuesta á los ardores del sol y de noche al frio de las neblinas.

La princesa ahogando un grito de horror, se aproxima con paso vacitante.

—Pobre desgraciada! le dice. No he podido enternecer á los hombres....al menos roguemos juntos al cielo! Y en una piadosa actitud se arrodilla á su lado.

—Gracias! le responde Eudisia. Pero yo no puedo imitaros. No puedo orar con las manos juntas.

—Ah! El acento y el corazón os quedan; Dios os moverá al arrepentimiento....

—¿Arrepentirme! De qué? respondió Eudisia, yo no he cometido ningun crimen, os lo juro... estoy inocente, señora. Mis jueces se niegan á oirme...y yo he perdido la cabeza...hubiera debido pedir perdon, no para mí, sino para el hijo que llevo en mi seno! Lo he hecho así! No lo sé.

—Que! ibais á ser madre?

—Sí; y este hijo ¿qué ha hecho? por qué ha de morir tambien el inocente?

—Ah! esclama la princesa fuera de sí. Corro á hablar á mi marido; esta es una atrocidad sin ejemplo....contra la naturaleza y las leyes. Una muger en cinta!...; oh Dios mio!

Se separa de la condenada, salva las distancias como llevada en alas de los vientos. Se arrodilla delante del Waiwode; este la escucha con atencion, y la suplicante triunfa.

Ahora mismo, respondió, voy á mandar que se suspenda el suplicio. Si hubiera sabido que estaba en cinta!.....Oh! la ley respecto á este particular está terminante.... Es menester salvar al hijo; la madre morirá despues.

Sale seguido de su muger, y da la orden para que saquen inmediatamente á la condenada de su huesa. Un criado se presenta.

—Principe! Un viajero que viene de luengas tierras pide con instancia veros.

—Como se llama?

—Ivan Nicoloff.

—Qué oigo!.....imposible... que entre!

Las facciones de Ivan aunque alteradas por el sufrimiento y las fatigas, no podian ser desconocidas. No hay duda; es el marido de Eudisia. Mirad su talle y su fisonomia, su aire sombrío y la falta de un ojo.

—Como! dijo el principe estupefacto. No fuisteis asesinado?

—Ningun acero me ha herido, monseñor, no se quien pueda ser ese que ha perecido.

—Pero si tenia vuestra ropa.....

—¿Tenia tambien mi cara?

—Sus facciones es abau desfiguradas. ¿Donde estábais aquella noche? ¿Qué habeis hecho desde aquella época? ¿Porqué os presentais tan tarde?

—Aquella noche, señor, á consecuencia de un arrebatado de celos insensatos, quise evitar el crimen, abandonando á la vez á mi muger y á mi pais: mi delirio habia llegado á su colmo, y formé un voto solemne.

—Cual?

—Ir al sepulcro de Cristo y rogar al cielo por mi muger y por mí. Si no hubiera partido, monseñor, habria cometido algun atentado, muerto á alguno, á mi muger quizá. Así es que me dirigí hacia la tierra Santa; nada he sabido de la catástrofe de Koursoff; y luego que he cumplido mi voto, en el momento de volver á mis hogares, supe, juzgad cual seria mi horror, que mi Eudisia habia sido condenada por crimen de adulterio y de asesinato á ser enterrada viva.

Ivan no puede continuar; una palidez livida se esparce sobre sus mejillas arrugadas. Medio espirante de cansancio y de terror cae sin voz en la silla. Todo se sabe ya; todo está explicado. Pero no es demasiado tarde!

Largos momentos transcurren. Se llevan á la condenada envuelta en una especie de sudario, y mas pálida que su mortaja. Su fisonomía está sin movimiento, y sus ojos abiertos extraordinariamente con la espresion de la mas espantosa sorpresa.

Saliendo Ivan de su letargo se lanza hácia ella. Eudosia se levanta y dirige á su marido una mirada penetrante, exclamando: ¡Ivan! Sus brazos se estienden hácia él: despues sucede una horrible convulsion: despues nada: la imagen de la muerte.

Se le prodigan los socorros del arte; son llamados los mas célebres doctores. Nada deja entrever la posibilidad de salvarla. Pronto siente Eudosia los dolores de un parto prematuro y dá á luz un niño muerto. La fiebre y el delirio se apoderan de ella: su estado es desesperado. Ivan no menos digno de lástima que ella, pasa los dias y las noches estudiando los progresos de la enfermedad; se consume á su lado. Al verlos se diria que eran dos espectros: acostado el uno, y de pie el otro.

El conde Rouskoy sabedor del regreso de Ivan y vuelto tambien á sus dominios, envía á preguntar con frecuencia por la salud de Eudosia; lo hacia con interés? No. No la perdonaba ni el peligro que habia corrido, ni el dextero que habia tenido que sufrir. Su amor se habia convertido en odio.

¿Quién hubiera podido creerlo? Habia sucedido un milagro. Eudosia no murió. Pero aunque no estuviera afectada de enagenacion mental no recuperó completamente su razon. La condenada de Arcangel no acababa de comprender bien su posicion, su reposo, su libertad y su dicha. Frecuentemente miraba á Ivan con inquieta sorpresa como si no le reconociera perfectamente. En seguida arrojándose en sus brazos le pedia perdon de no se que recelos, y le prodigaba las mas tiernas caricias. En fin no importan esas penosas agitaciones, está salvada, que es lo esencial. El tiempo y Dios harán lo demas.

—Amigo mio, dijo una tarde Eudosia á su marido: mira la sortija que me diste antes de la cruel escena de Rouskoy ¿donde está la que yo te di en cambio?

—La he perdido, respondió Ivan con aire sombrío; lo he sentido mucho; no renueves mi dolor.

—Querido Ivan ¿has cumplido la promesa que me hiciste al darme esta sortija donde grabaste la palabra confianza. ¿Te acuerdas?

—No.

—Es extraño, replicó Eudosia temblando. Pareces haber olvidado completamente el pasado de nuestra existencia. No conservas en la memoria ninguna de las circunstancias mas felices de nuestros bellos dias. No sé que miedo se apodera de mí.... Pero me parece por momentos que no eres el Ivan de otros tiempos.

—¿Mas menos al de hoy? interrumpió Nicoloff en tono de reprension. Creí por el contrario que habia llegado á mudarme ventajosamente; pues ya no soy celoso, y mi amor se aumenta cada dia.

Doy gracias al cielo por esta feliz mudanza, amigo mio.

No te admires, Eudosia, de que haya perdido la memoria. Piensa en lo que he sufrido antes de abandonar á Koursoff, y despues de mi regreso de la tierra santa. Las fatigas y la desesperacion han debido alterarla necesariamente. Tú misma tambien, tus males te han mudado; pues ya no eres festiva y coqueta; eres la mas perfecta de las mugeres y sin embargo examinate; tus palabras y tus pensamientos son á veces incoherentes. En esto eres como yo.

—Es verdad, responde la dulce Eudosia, tambien he perdido como tú la memoria. Tienes razon, amigo mio. Si á veces no acierto á comprenderle, es mia la culpa y no tuya. Hemos sufrido tanto los dos!

—No nos acordemos ya de lo pasado, Eudosia. Gozemos de la felicidad presente. No tengo mas que un desco-

en el fondo del alma: el de hacerte olvidar nuestros infortunios, el de ser digno de ti.

—Pues bien: lo crearás, querido Ivan! Precisamente tu dulzura inalterable y tu bondad continua son las que turban frecuentemente mi corazon.... ¡has tomado tanto imperio sobre mí...mi sorpresa en ciertos momentos.... casi raya en demencia.

—Quieres que me trasformo, replicó Ivan frunciendo el entrecejo. Sea, volveré á ser celoso, me haré violento y uraño.

—No, amigo mio, permanezcamos felices.

Una larga pausa sigue á este singular diálogo. Eudosia rompe el silencio con una especie de turbacion y de espanto.

—Yvan! ¿qué es de Miguel?

Nicoloff tiembla á su vez, lanza una terrible mirada á su compañera y se altera visiblemente sus facciones.

—¿Qué es de él?...Dios solo lo sabe, responde con tono áspero y seco; no hay ninguna noticia de su paradero.

Al pronunciar estas palabras sale bruscamente. Eudosia le ha vuelto en parte á su naturaleza primitiva: su semblante se oscurece. No hay duda, la armonia ha vuelto á interrumpirse entre los dos esposos y su dicha ya no puede ser completa.

Eudosia no cesa de mirar á su marido con atencion inquieta. Ivan por su parte principia á desviarse de Eudosia con un sufrimiento mal comprimido. El conde Rouskoy entretanto vuelve á presentarse en el castillo de Koursoff. Vuelve á reproducir sus tiernos cuidados y solicitud hácia la castellana, pero ya no es el amor quien le guía; solo abriga en su alma el odio.

—No es parece cosa muy singular, dijo un dia el conde á Eudosia, que no se oiga hablar ya de Miguel Nicoloff? me han contado que en sus lejanos viages habia tenido la misma desgracia que su hermano....

—Cual.

—Perder el mismo ojo.

—Dios mio, que decis! exclamó Eudosia asustada. Estais seguro de ello?...

—Porqué dudarlo, señora, replicó el conde con una risa satánica. Yo al menos lo creo y tengo por feliz al que cree en todo y admite todo, porque se ve libre de la molestia de ocupar su imaginacion en el exámen de todas las cosas y se dispensa del estudio y de la reflexion; porque al fin ¿no es verdad que es un trabajo el dudar y un descanso el creer?

Eudosia se levanta agitada y convulsa; quejándose de un fuerte dolor de cabeza, se despidе del pérfido, y cayendo sobre un sillón derrama un torrente de lágrimas.

Algunas horas despues la encuentra Ivan arrodillada en su oratorio: estaba pálida y fria como una estatua de mármol. Quiere levantarla y estrecharla entre sus brazos, pero ella le rechaza con espanto.

—Eudosia! estás mala?

—En efecto no me siento bien.

—Tu me asustas. Quieres que llame al médico?

—Ivan! no es él de quien necesito. Me han asegurado que la vieja nodriza que os crió conoce el secreto de una infinidad de plantas medicinales....ha hecho curas milagrosas. He enviado á buscarla esta mañana aunque vive lejos de aquí. Sé que hace muchos años que no la habeis visto. Permittedme que la consulte.

—Que capricho tan singular, Eudosia! Jamas he podido creer en los remedios de esas mugeres... ni tú tampoco creias en ellos en otro tiempo. Ademas no sabes que la edad y las enfermedades han alterado algo la razon de mi nodriza?

—Segun eso os oponéis á mi deseo?

—No, no, que venga la nodriza; no pongo ningun impedimento.

—Ivan, quiero que os vea.

—Está casi ciega.

—No importa, la hablareis ¿no es verdad?

—Lo haré así puesto que lo exigis. Pero á que viene ese tono de indiferencia, por qué ese *vos* en tus labios? Qué he hecho yo para semejante cambio en tu conducta Eudisia!

—Nada, te amo mas que nunca; pero tengo necesidad de que Dios me ilumine.

En aquel momento llegó la nodriza al castillo de Koursosf y fué introducida hasta donde estaba Eudisia.

—Ivan, dadle la mano, dijo esta.

Nicoloff se apresuró á sostener los pasos de la vieja aldeana y le dirige palabras de ternura; pero la nodriza en vez de parecer conmovida, no manifestó otro sentimiento que el de la sorpresa.

—Como! sois vos Ivan, continuó examinándole de mas cerca y meneando la cabeza con incredulidad. Esto me parece extraordinario; no os hubiera conocido, no tenéis la misma voz, y si no fuera por el ojo que os falta hubiera creído que érais Miguel.

Eudisia ocultó el semblante entre sus manos con un temblor convulsivo y la aldeana continuó:

—Teniais una señal en el brazo derecho, permitidme que lo mire.

—Ya no está, respondió Ivan; un vaso de agua caliente cayó en este brazo, levantó la piel y ha desaparecido la señal.

En efecto al descubrir su brazo se vieron las huellas de una gran quemadura. La nodriza quedó estupefacta.

—Está visto; no comprendo nada de todo esto, replicó. Pero donde se ha ido la señora?... Eudisia se habia marchado del castillo con la cabeza ardiendo y llevando sobre su frente la señal de la demencia. Hablaba en voz baja. Qué palabras! justo cielo.

—No es Ivan, es Miguel. Vivo criminalmente con mi cuñado.... si tengo un hijo será el fruto de un amor culpable.... es verdad que ignoraba mi posición. Ay! ahora la conozco. Es menester huir... pero él! Yo le adoro; y que sacrificio el suyo perder un ojo por salvarme!

Un hombre caminaba cerca de ella y lo habia oido todo: este era Rouskoy.

—Ah! me seguís! exclamó Eudisia, tal vez me habreis escuchado. Mirad, mi desesperación ha llegado á su colmo. Mi marido el mejor de los hombres....

—Vuestro marido! repite Rouskoy. Señora! á que viene el fingir conmigo; bien sabéis que ha perecido; que ha sido asesinado.

—Por quien?...

—Segun todas las apariencias por el que tenia un interés en hacerlo, por el que habia proyectado sucederle en su fortuna.... y heredar tambien.... su muger....

—Ah! callad, callad por Dios.... interrumpe Eudisia fuera de sí.

Y un grito de horror sigue á estas palabras.

Ivan oyo este grito.... Buscando á su muger se hallaba poco distante del lugar de esta escena. Se lanza hácia el conde, pero su compañera ya no estaba allí.

Nicoloff con tono irritado interroga á su enemigo. Las respuestas son insultantes; ningun testigo está al lado de ellos, y aquella entrevista amenazadora no podia menos de tener consecuencias terribles. Al siguiente dia debían batirse.

Que era de Eudisia! No habia vuelto á parecer en el castillo ¿la desgraciada se habria suicidado en un acceso de delirio? La buscan por todas partes y se espasme la alama en el pais. ¿No se la volverá á ver mas?...

No muy distante del castillo de Koursosf habia un monasterio de mugeres. En el espeso bosque que rodea este convento es donde debe verificarse el combate á muerte de Ivan y de Rouskoy. Cual será el juicio de Dios?

La noche se aproximaba cuando llaman á las puertas

del claústro. Piden socorro para un hombre herido de muerte. La victima es conducida por unos aldeanos del pais que lo habian hallado en el bosque moribundo al lado de otra persona bañada en sangre. Esta última habia dejado de vivir.

El herido es recibido en el monasterio con la mas compasiva caridad. Una multitud de religiosas le rodean; pero entre ellas hay una que no lleva el vestido de las esposas del señor. Al aspecto del moribundo retrocede esta llena de terror.

—Rouskoy! esclama:

—Eudisia!

Al pronunciar el conde este nombre con voz inarticulada, lanza al principio un gemido lúgubre; en seguida manifestando en su atroz semblante la alegría de una venganza monstruosa, prosigue con tono sepulcral:

—Podéis volveros al castillo; su dueño ya no está en él; ha muerto.

—Le habeis matado!.....Ivan mio!

—Decid mas bien vuestro Miguel.

—Miserable! todavia!

—Quien podria estar mas seguro que yo del verdadero nombre de mi último adversario? Replica el infame con una carcajada que parecia salir de los infiernos. Todo lo puedo confesar ahora sin espanto y sin peligro; porque me llega mi última hora. Eudisia! sabedlo todo; mi mano ha matado á los dos hermanos.

Al dia siguiente de esta terrible escena fueron enterradas las dos victimas: Nicoloff y Rouskoy. La consternacion reina en el claústro.

Pasadas cinco semanas un monge que venia de la Palestina solicita hablar á la viuda de Ivan. Eudisia lo recibe y lo escucha.

—Noble señora, dice el religioso presentándole un medallon; un caballero á quien he asistido en sus últimos momentos en Judea y que habia entrado en la orden á consecuencia de una gran pesadumbre me ha suplicado en su confesion general que pusiera en vuestras manos esta dolorosa prenda de amor que prometió enviáros cuando hubiese cesado de vivir. Os acordais de sus últimas palabras: *rogarás por mí ¿no es verdad?*

—Dios mio! esclama Eudisia apoderándose del medallon y reconociendo los cabellos rubios que encierra. ¿Habeis dicho que murió en Judea? y quien era este...

—Miguel Nicoloff.

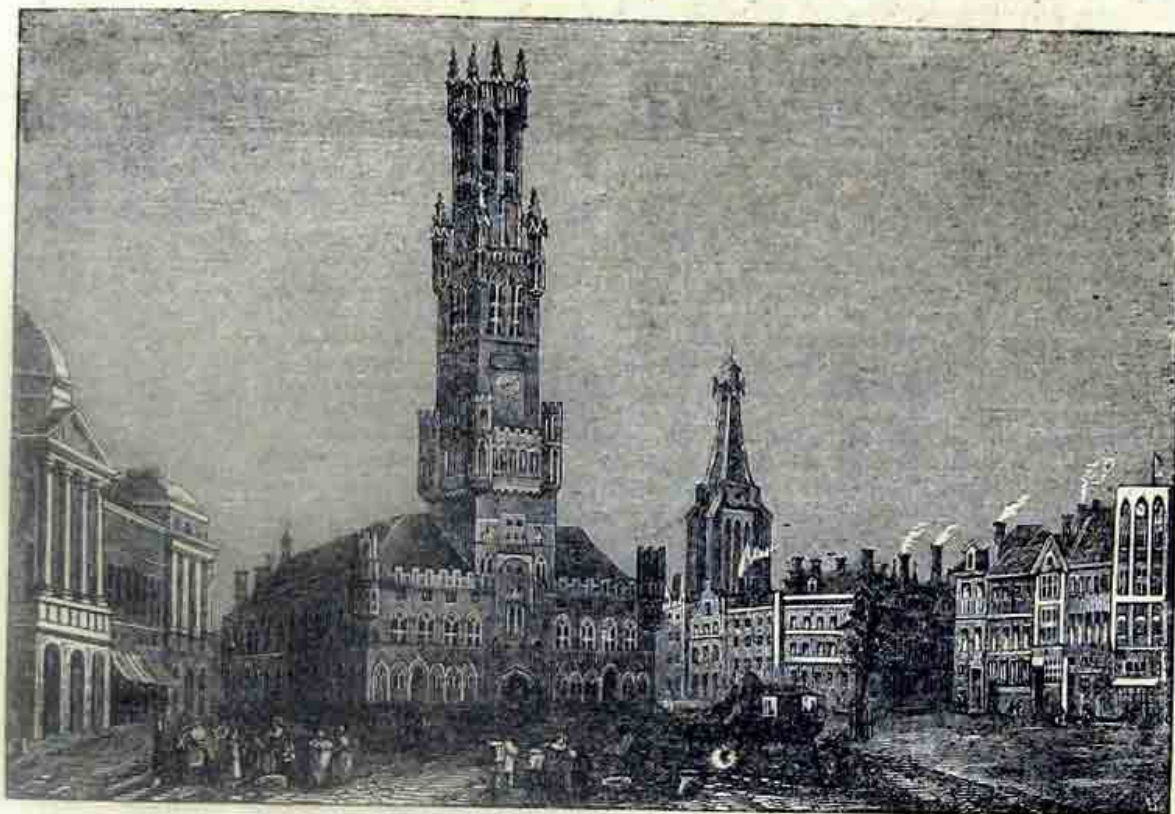
Eudisia cae desmayada atacada de horribles convulsiones.... una hora despues ya no existia.

Se llegó á explicar el doble misterio? se supo la verdad? Jamas.

Los unos sostenian que Miguel habia perecido efectivamente en Palestina, sin embargo ninguna de las informaciones que se hicieron al efecto tuvo resultado positivo. Parecia averiguado que el monge que vino de Judea, asistiendo realmente en su última hora á un caballero ruso que habia entrado en la orden y se llamaba Miguel Nicoloff, habia recibido de él los cabellos de Eudisia. ¿Pero esto no podia ser tambien una estratagemá habilmente combinada? Otros aseguraban que al saber Miguel la muerte de Ivan, no habia hallado otro medio para salvar á su cuñada, que saltarse el ojo y hacerse pasar por su hermano, favorecido por su estremada semejanza; pero qué sacrificio tan inaudito! y qué sublime esfuerzo de valor!

Por otra parte el conde Rouskoy habia declarado al tiempo de morir que él habia sido el asesino de los dos hermanos. Verdad es que este enemigo furioso y vengativo pudo muy bien inventar esta mentira infernal para dar el último golpe de muerte á la desgraciada Eudisia.

ESTUDIOS HISTORICOS.



Vista de la ciudad de Brujas.

ALDOVRANDUS MAGNUS.

CAPITULO I.

LA MADRE.

Todavía se vé en Brujas, no lejos de la academia real de pintura, una casa de madera cuya construcción data evidentemente del siglo décimo quinto. Transformada en nuestros días en una especie de cortijo, fué en 1490 nada menos que la morada del mas rico comerciante de la rica ciudad de Brujas. Llamábase este comerciante Nicolás Aldovrando y todos los años enviaba á Levante veinte barcos cargados de paño y telas; los cuales le traían en cambio mercaderías de aquellas apartadas costas. Semejante comercio emprendido con fondos considerables le rendía anualmente tres millones de florines; su es que fué uno de los que mas se alegraron cuando terminadas las diferencias entre el archiduque Ma-

Mayo 25 de 1843.

similiano y los vecinos de Brujas, volvió la paz á favorecer la industria y las especulaciones.

Una tarde despues de haber pasado todo el dia en disponer la remision de sus mercancías, en dictar cartas para sus comensales y examinar sus libros de cuenta y razon llevados por mas de veinte dependientes que diariamente trabajaban en su escritorio, entró en el salon donde se hallaba su esposa. No pudo reprimir un movimiento de disgusto al verla acariciar tiernamente á un jóven de 15 á 16 años sentado á sus pies y que apoyaba lánguidamente la cabeza sobre las rodillas de su madre.

—¿Hasta cuando, exclamó, has de estar mimando á Antonio como si fuera un niño de dos años?

A la brusca voz de su padre se levantó Antonio, y con la cabeza baja, su cara fresca y rosada, medio oculta bajo su larga cabellera rubia, escuchaba la reprobacion de su padre sin responder y con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Que linda cosa, continuó el viejo comerciante, llevar un gorro de terciopelo que una gota de agua echa á perder y vestido de seda que cuesta mas dinero que el que podría V. ganar en un año entero! Pero no tiene V.

la culpa, caballerito, sino su madre que fomenta semejantes ridiculeces y fruslerías.

Aquella á quien se dirigía la última reprensión de Aldovrando se levantó del sitio donde estaba sentada y se dirigió pausadamente hacia la ventana contra cuyo alfeizar se apoyaba su marido. A no ser conocidas las inmensas riquezas de este último, difícilmente hubiera podido esphicarse como un viejo tan regañón se había casado con una criatura tan bella y amable. Ella tendría 32 años lo mas, y sus hermosos cabellos negros, recogidos con cuidado, prestaban un encanto irresistible á su frente pura y pálido semblante, lleno de cierta melancólica magestad indefinible. Hija del Burgomaestre de Brujas, había abandonado hacia diez y seis años, por obedecer á su padre, la corte de la condesa María, su madrina, para casarse con Aldovrando, viudo en segundas nupcias y el mas rico comerciante de toda la ciudad. Ni el uno ni la otra encontraron la felicidad en esta union; Aldovrando jamás pudo perdonar su propia fealdad y su avanzada edad á la hermosa y joven muger que había ido á habitar bajo su propio techo; y á esta le fué imposible, á pesar de su resignacion á la voluntad paterna y su deseo de llenar sus deberes de esposa, olvidar la corte brillante de su madrina y comparar su existencia actual con la de otros tiempos. Para complacer á Aldovrando hubiera debido vestirse de paño burdo, levantarse al rayar el dia, ponerse á la cabeza de los quehaceres domésticos y dar á los criados el ejemplo de amor al trabajo. Margarita jamás se sintió con semejante valor, y ni una sola vez intentó meter sus manos pequeñas y blancas en la Caldera de la legía que las hubiera quemado. Pasóbase los dias enteros en el salon donde vino á buscarla su marido sin otra distraccion que su devocionario y su labor, sin mas consuelo que su hijo. A las órdenes imperiosas de su marido y á sus reprensiones, las mas veces brutales, oponia la mas eficaz y la mas invencible de todas las resistencias, la fuerza de inercia. Nunca replicaba, jamás discutía. Una obediencia absoluta parecia que era el único resultado de las órdenes que recibía; pero aquella organizacion débil y tímida jamás hacia una concesion á lo que no miraba como justo y necesario. Habitado Aldovrando á mandar á todos y verse obedecido puntualmente, jamás hasta entonces había podido triunfar de aquella débil criatura. Cuando vio al hijo separarse de la madre y que esta no respondía á sus reprensiones, se sintió devorado por la cólera.

—No pueda presentarme á vosotros, exclamó, sin ver desaparecer de vuestros semblantes la alegría y la felicidad y tornarse tristes y afligidos á mi aspecto ¿no soy vuestro marido? ¿No soy vuestro padre?

Antonio alzó la vista hacia su madre como para leer en su rostro lo que debía hacer. Margarita le indicó que se alejara y mientras el niño desaparecia con la ligereza de un pájaro, se agarró del brazo de Aldovrando.

—Antonio está malo hace algunos dias, dijo ella; por eso no he querido que bajase á los almacenes como de costumbre. ¿Sabéis el cuidado que me inspira la poca salud de ese niño?

—El demasiado regalo es la causa de la mala salud de Antonio, señora, y si llevase una capa de paño burdo en vez de jubon de seda y unos calzones como su padre no tendria que temer sin cesar las toses y los esputos de sangre. Pero queréis vestirle á lo gran señor y ahí tenéis las consecuencias.

Desde las primeras palabras abandonó Margarita el brazo de su marido, se puso á horiar con gran atencion y parecia hacer tan poco caso de las palabras de aquel, ó aceptarlas con tanta resignacion que Aldovrando fuera de sí al ver tanta sangre fria, cogió una silla con violencia y la tiró á los pies de su muger haciendo mil pedazos sobre las baldosas de mármol. Mar-

garita levantó los ojos, retiró un poco su silla y su bastidor y continuó horiando. Avergonzado Aldovrando de su propia cólera y furioso al ver la serenidad de su muger, reclinó los dientes y dió tal estiron á la cadena de oro que llevaba al cuello que la hizo tres pedazos.

—En fin, murmuró, todo esto vá á acabar muy pronto: ya que no puedo hacer que mi hijo me obedezca, se ira de mi casa.

A esta amenaza un temblor se apoderó de todos los miembros de la pobre madre y echó á su marido una mirada llena de temor y de desesperacion. Aldovrando sorprendió esta mirada que dió á su corazon una cruel alegría, porque por primera vez veia que uno de sus tiros iba bastante bien apuntado para obligar á la victima á descubrir lo que padecia.

—Si, continuó, Antonio saldrá de mi casa; y no tardará un año, ni un mes, sino que será mañana.

Apartó ella vivamente su bastidor y se levantó pálida, atórdida, y próxima á desmayarse.

—No lo hareis, dijo, no lo hareis.

—Si haré tal, interrumpió él con una violencia casi feroz. Antonio partirá mañana mismo para Ostende de donde se embarcará á bordo de uno de mis buques que se dá á la vela para Levante. Dirigido á mi consocio que está al frente de nuestra casa de comercio en aquel pais, permanecerá en él cuatro ó cinco años durante los cuales aprenderá la lengua oriental y no se andará con melindres para mudar de un sitio á otro las sacas, medir paño y escribir en los libros de comercio.

—Eso no es posible, no es posible, señor mio! Queréis divertirlos con mi terror. Separarme de mi hijo, quitarme mi alegría, mi solo consuelo, mi única felicidad! Oh! Eso no es posible.

—Pero os quedará vuestro marido, señora. Refunfuñó el viejo sin compasion.

—Pero no sabéis que Antonio es mi vida, que sin él no me queda ya mas que morir?

—Pero os quedará vuestro marido. Repitió el inflexible Aldovrando.

—¿Qué queréis que sea de él solo, débil, enfermo, durante las fatigas y peligros de una larga travesía, en un pais estrangero, lejos de los cuidados de su madre! Oh, no le hareis que marche! Nicolás, amigo mio, tened compasion de mi! Que no marche!

—Gracias á Dios, señora, que he llegado á convoseros. Gracias á Dios que hacéis caso de lo que yo digo. Pero no por eso dejare de hacer lo que he dicho. Dad orden de que preparen todo lo que necesita vuestro hijo para el viage: mañana al amanecer se despedirá de vos.

Enjugó ella sus lágrimas; reprimió el movimiento convulsivo que agitaba todos sus miembros y se cruzó de brazos resueltamente.

—No marchará Antonio, dijo fijando en su marido miradas tan llenas de firmeza que hizo bajar al viejo los ojos.

—Si tratase de desobedecerme, le haria embarcar por fuerza.

—Antonio no marchará.

—Yo le enviaré á bordo atado de pies y manos.

—Antonio no marchará.

—Yo le maldeciré.

—Antonio no marchará. ¿Qué importan amenazas, que importan maldiciones que no escuchará Dios porque son injustas y crueles? Escuchadme bien, Aldovrando: yo he puesto un religioso cuidado en ocultar á las miradas de todos mis padecimientos y vuestra dureza; yo he querido que en el pueblo me creyesen sino feliz, tranquila. Yo he dicho á todos que erais bueno para mi, y mi mismo padre no ha sabido nunca ni por mis labios ni por mi rostro los tormentos y violencias que haciais sufrir á una pobre mu-

ger. Todavía haré lo que he hecho porque lo exige mi deber de esposa y de cristiana.... Pero si me separáis de mi hijo, de mi niño, de mi único bien, si fuérais á arriesgar su frágil existencia á países remotos... Ah! desgraciado de vos, porque iría á buscar á mi padre, le contaría todo, le enseñaría esas astillas de muebles tirados por un hombre á una muger, por un marido á aquella á quien ha jurado proteger delante de Dios! Pediría á mi padre un asilo para la madre y para el hijo. Si mi padre no bastara á protegerme contra vos, iría á echarme á los pies del conde Felipe, imploraría su justicia en nombre de su madre que fúe mi amiga. Guardaos, Aldovrando, de separar la leona de su cachorro.

—Lo dicho, dicho. Replicó el viejo impasible.

Margarita se precipitó hácia la puerta. Aldovrando le impidió el paso, y una lucha cruel iba á trabarse entre ellos cuando se abrió la puerta de repente y dejó ver á un hombre como de cincuenta años de edad, y cuyo rico vestido de terciopelo parecía anunciar un personaje de la mas alta distincion.

A la vista del extranjero Margarita y Aldovrando se detuvieron por un movimiento reciproco. El semblante del viejo comerciante notablemente desfigurado por la rabia, se esforzó en tomar una expresion tranquila y la madre de Antonio, pálida como la muerte, quiso balbucear, aunque en vano, con sus labios convulsivamente contraindos algunas palabras de bienvenida al recién llegado. Este último fingiendo no haber visto nada de la extraña escena de que la casualidad le hacia testigo, saludó respetuosamente á Margarita y alargó la mano al mercader.

—Heme aqui de vuelta al fin; llego de Colonia donde mis negocios me han detenido cerca de seis años. El año ha sido bueno y la recoleccion de escudos de oro no ha faltado, amigo mio, añadió dando con cierto aire de familiaridad una palmada en el vientre de Aldovrando. Aqui traigo algunas letras de cambio de mase Sprangue que me cambiareis por 200,000 florines, si ya no es que preferis guardarlas para hacerlas valer en vuestro comercio, como las diferentes sumas que os tengo entregadas.

—Vuestra confianza me honra demasiado y procuraré hacer valer vuestro dinero de una manera que justifique vuestra confianza, replicó el mercader, á quien la palabra oro dulcificaba siempre bastante. Ea, Margarita, dá las ordenes necesarias para que dispongan inmediatamente la habitacion del señor Memlinck, á fin de que pueda descansar un rato.

—Tengo mas necesidad de cenar que de dormir, y si gustais esperar aqui hablando con vuestra esposa la hora de la cena; suplicándola entretanto que acepte como testimonio del respetuoso afecto que le profeso, un rosario que he traído de mi viaje, el cual, despues de haber sido bendecido en Roma por el Santo Padre, ha tocado en Colonia la urna de las bienaventuradas vírgenes y mártires.

Y sacó de su bolsillo un magnífico rosario cuyas cuentas de oro macizo brillaban ostentando á la asombrada vista las circeladuras mas maravillosas. Margarita alargó su mano al extranjero quien la llevó respetuosamente á sus labios sintiéndola abrasadora y convulsiva. Su corazon se conmovió á la idea de los sufrimientos de la pobre muger, aunque todavia ignoraba el motivo de sus pesares. Desgraciada! Cuán caro paga una fortuna que no disfruta!

—Mamá, mamá, no vienes á cenar? exclamó Antonio entrando atolondradamente en la sala y que gracias á la irreflexion de su edad habia olvidado ya las duras palabras que le habia dirigido su padre. Cuando lo vió se detuvo avergonzado y confundido; pero al descubrir á Memlinck corrió á arrojarse en sus brazos.

—Ah! padrino mio, habeis vuelto ya! Me alegro, por que tengo que enseñaros algunas cosas si me das palabra de no reírte de mí. He seguido vuestros consejos del año

último; he hecho algunas pinturas del modo que me dijisteis.

—No fastidies á tu padrino con majaderias, interrumpió bruscamente Aldovrando. Ea, compadre, vamos al comedor.

Memlinck presentó la mano á Margarita. Antonio pasó graciosamente sus dos brazos al rededor del izquierdo de su padrino y los cuatro tomaron asiento en la mesa. No dejaba de ofrecer un espectáculo extraño la diversa expresion de cada uno de aquellos semblantes agitados por sensaciones diferentes. El viejo Aldovrando hacia penosos esfuerzos por parecer festivo y risueño; pero las palabras, aunque alegres por su sentido, no lo eran en la expresion; sus carcajadas groseras carecian de franqueza y sonaban como falsas. Margarita procuraba hacer graciosamente los honores de su mesa para obsequiar al amigo por quien experimentaba tanto mas afecto cuanto tierno y paternal se mostraba este con Antonio, y ponía todo su cuidado en hablar con una aparente serenidad de espíritu; pero cada vez que sus miradas se volvian hácia su hijo, la desesperacion oprimia su pecho y venia á ahogar su voz. Memlinck se esforzaba por aparentar que no veia las lágrimas que llenaban los ojos de la pobre muger; pero él mismo se sentia triste y disgustado: una especie de tortura parecia apretar todos sus miembros, y hasta el apetito que tenia al entrar en casa de su compadre habia desaparecido al sentarse á la mesa con unos conyidados tan poco dispuestos. Solo Antonio comia con una hambre de diez y seis años y nada adivinaba de los pesares de su padre y de su madre.

Largó rato duró aquella extraña cena, en la que los mas exquisitos vinos parecieron amargos á Memlinck y no lograron volver la calma á su huésped: Margarita hizo señas á Antonio para que rezara la oracion de gracias. Todos se levantaron y fuéronse á sentarse debajo de la alta chimenea en la que ardía un buen tronco de encina. Antonio á quien las caricias incessantes de su madre hacian mas tierno y mas niño que lo es uno comunmente á su edad, se apoyó cariñosamente contra el pecho de su padrino y se puso á jugar con la cadena de oro que pendia de su cuello. Aldovrando sin escuchar la graciosa charla del niño se entregaba á pensamientos amargos, mientras que Margarita, la pobre Margarita veia con terror la frente de su marido cada vez mas sombría y amenazadora. Memlinck entre tanto aparentando que no se ocupaba mas que de su ahijado espiaba furtivamente á los dos esposos y no tardó en comprender por las tristes miradas que Margarita dirigia á su hijo que el niño era causa de graves agitacionés domésticas.

CAPITULO II.

EL PADRINO.

A medida que avanzaba el tiempo, crecian los temores de Margarita: apenas podia sostenerse en su asiento y sus manos ajitaban maquinalmente las agujas de hacer medias, sin advertir que no formaban una sola malla. En este estado oyó las nueve de la noche, y Aldovrando dió la señal del rezo, llamando con un pito de plata que llevaba en su cintura, á todos sus dependientes y criados, y á doce ó trece trabajadores que vivian en su casa. Todos se arrodillaron sin meter ruido en el salon con la cara vuelta hacia una virgen colocada encima de la chimenea, reinando el silencio mas profundo y religioso. Entonces el amo de la casa, sentado en medio de la asamblea, principiò con voz lenta y grave á rezar las oraciones de la noche; recitó primero la *oracion dominical*, en seguida el *credo* y el *confiteor* y concluyó con el *Ave Maria*. Margarita entonces en los transportes de su dolor y sin que de ella

se apercebiera, mezcló su plegaria débil y sollozante con el desembarazo severo é insensible del viejo, que pronunciaba con indiferencia las palabras de amor dirigidas á la divina protectora del pecador, aquella que reunió la pureza angelical de una virgen al sublime carácter de la maternidad. Aldovrando no se atrevió á interrumpirla, y Memlinck se sintió conmovido hasta el fondo del corazón cuando la oyó esclamar con lastimera expresión:

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros!

Terminada la súplica, se levantó Antonio y fué á arrodillarse delante de su padre y le dijo:

—Papá, me dá V. su bendición?

Esta era la costumbre de todas las tardes. Cuando Aldovrando vió al niño arrodillado y con la cabeza respetuosamente inclinada, se enterneció un poco y una ligera emoción alteró su voz mientras ponía sus manos sobre la frente de Antonio.

—Duerme en paz, le dijo; yo te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo.

—Amen, exclamó Margarita, amen volvió á repetir.

Antonio se separó de su padre y fué á arrodillarse también delante de su madre para recibir su bendición; pero esta estrechó convulsivamente contra su pecho al niño y lo cubrió de besos y de caricias. Aquel transporte volvió al viejo toda su cruel resolución: se dirigió á ellos, cogió por el brazo á Antonio, sorprendido y consternado por el dolor de su madre, y dijo:

—Vete á la cama que ya es hora.

En seguida se volvió á Memlinck y le dijo.

—Dios os guarde, compadre.

Todos se levantaron y el mercader permaneció solo con Margarita. Esta se echó á los pies de su marido sin fuerzas, sin resistencia, sin valor. Aldovrando la mira fríamente, y como le alargase ella los brazos para suplirle, le pregunta:

—¿Está todo dispuesto para la partida de Antonio?

Margarita lanza un agudo grito y cae sin conocimiento. Su desmayo desconcierta al viejo mercader, que jamás había visto á su mujer en semejante estado de agitación. Trata de hacerla volver en sí; pero se dió tan malas trazas que fueron inútiles todos sus esfuerzos. Entonces aquel cuerpo helado y á la vista de aquellos miembros inmóviles y fríos, tuvo miedo y llegó á creer que Margarita estaba muerta. Mil siniestros pensamientos asaltaron su imaginación; un mundo hubiera dado por no haber concebido aquel fatal proyecto, á cuyo golpe tal vez había sucumbido su mujer. Rependiase espantado su obstinación inexorable en no ceder á las súplicas de la pobre madre. Ora se encorvaba sobre Margarita, la cogía las manos, derramaba agua sobre su frente y esperaba con ansiedad el resultado de aquellos socorros; ora se levantaba violentamente, renunciaba á sus tentativas inútiles y marchaba con pasos precipitados por el vasto salón, acusando alternativamente á Margarita, á su hijo y á sí mismo. Tan pronto volvía donde estaba su mujer, como se separaba de ella sin atreverse á llamar ni pedir socorro, estraviada casi su razón. Al fin tomó el partido de coger á Margarita en sus brazos, echarla sobre su cama y llamar en seguida á sus camareras. Pero no era empresa fácil para un viejo levantar la pesada é inmóvil carga de una mujer tiesa por las convulsiones y tal vez por la muerte. Cubierta la frente de un sudor frío muchas veces intentó poner en ejecución su proyecto; pero cuando después de increíbles esfuerzos lograba levantar el cuerpo, se escapaba de sus brazos y volvía á caer sobre las baldosas con un ruido siniestro. En fin después de inútiles ensayos que duraron más de un cuarto de hora, logró su objeto, y encorvado bajo su carga llegaba ya á la alcoba de Margarita cuando se halló de pronto frente á frente con Memlinck. Al aspecto inesperado de su huesped, Aldovrando dejó caer en tierra á Margarita, que

permaneció inmóvil á sus pies con los cabellos esparcidos y como un cadáver. Memlinck dirige alternativamente sus miradas sobre aquel triste objeto y sobre el semblante pálido y descompuesto del viejo: en seguida se inclina sobre la desgraciada mujer, pone la mano sobre su corazón, consulta su respiración por medio de un anillo de oro finísimo que colocó delante de sus labios y conoce que vive todavía. Sin proferir una palabra, levanta fácilmente en sus brazos robustos aquella carga bajo la cual había sucumbido Aldovrando, y la coloca sobre la cama en una pieza inmediata; en seguida se puso á prodigarla cuidados activos é inteligentes, sin reparar en el viejo que á corta distancia permanecía con la cabeza inclinada y los brazos cruzados, lleno de estupor y como anonadado. Al cabo de algunos minutos un suspiro débil salió del pecho de Margarita, Memlinck cojió de la cintura de la enferma un pito de plata del que hizo salir un agudo silbido que llenó la casa entera. Momentos después dos mujeres medio vestidas y llenas de terror corrieron al lado de su ama.

—Desabrochad una de vosotras el corsé á la señora, dijo Memlinck con tono solemne de médico; entretanto la otra puede calentar la cama; después de lo cual la acostareis y cuando todo esté concluido vendreis á avisarnos á la sala.

Las mujeres se dieron tal prisa en ejecutar las órdenes de Memlinck que no tardaron este y Aldovrando en entrar en la alcoba. Un segundo suspiro se escapó nuevamente del pecho de Margarita, y sus labios quisieron balbucear algunas palabras.

—Antonio! Antonio!

En seguida en medio de un sacudimiento convulsivo, se incorporó de repente, vió á su marido y le alargó los brazos gritando:

—No me separeis de él!

Y cayó desmayada

Memlinck hizo señas al viejo para que saliera, prescribió á las criadas lo que debían hacer para socorrer á su señora y fué á unirse con Aldovrando en la pieza inmediata.

—Ahora bien, amigo mío, le dijo, aunque no me corresponde mezclarme en vuestros asuntos de familia, queréis decirme que causas han producido tan deplorables resultados? Tened presente que si volvéis á esponer á vuestra mujer á una crisis semejante, la mataréis infaliblemente.

—Sin embargo, replicó Aldovrando con voz inflexible, es menester que ceda, es menester que obedezca.

—¿Pero que exijís de ella?

—Nada de ella, sino de mi hijo: quiero que parta mañana para Levante á fin de que estudie allí la lengua, á fin de que se ponga al corriente de los asuntos del país; en una palabra, que llegue á ser un correspondiente inteligente y con el tiempo un consocio que me secunde y reemplace en los cuidados de mi comercio.

—Siendo como sois rico, ¿es por ventura prudente ese partido? En Levante reinan fiebres frecuentemente mortales; vuestro hijo, de una complexion delicada corre gran riesgo de sucumbir á ellas; además no creo yo que su madre, si llega á resistir á su partida, pueda sobrevivir á su muerte. ¿Y por alguna que otra ventaja para vuestro comercio, queréis esponeros á perder todos vuestros vínculos de familia?

—Semejantes reflexiones son fáciles para los que como vos cuentan por millares los florines: pero yo.

—Pero esos millares de florines, como decís, respondió Memlinck con ironía, en vuestra edad, no pueden compararse con el dolor y tal vez la vida de una mujer y de un niño. Escuchad sin embargo. Existen para vuestro hijo y para mi ahijado medios de fortuna muy seguros y menos peligrosos que el comercio. Precisamente Antonio ha recibido del cielo el don precioso necesario

para ser feliz por el mismo camino, por el que Dios ha querido que yo lo sea. Diez y seis años hace que os conozco y en todo ese tiempo no me habeis preguntado cual ha sido el origen de mis riquezas, contentándoos con recibir los florines que os enviaba del extranjero para que los hicierais valer en vuestro comercio. Viajando siempre y lejos de Brujas, mis dignos compatriotas, ocupados en su tráfico de lana y paños, ignoran que he nacido entre ellos, que gozo en el mundo de una gran celebridad y que el duque de Borgoña, el rey de Francia y nuestro santo Padre se disputan la satisfaccion de tenerme á su lado en su corte: testimonio y prueba de aquella verdad del evangelio que *ninguno es profeta en su patria*. Yo me consuelo, trato de consolarme de esa indiferencia de mi pais natal, indiferencia que no deja de serme amarga, por que es comun á mis mas íntimos amigos... Pero oigo la voz de vuestra esposa que vuelve de su desmayo. Concluamos. Yo no tengo hijos; conocéis una parte de mi fortuna, y la que no conocéis todavía vale por lo menos el resto. Renunciad á vuestros proyectos de partida para nuestro hijo; confiádmelo, y yo adopto á mi ahijado y le dejo toda mi fortuna que no tendra que esperar mucho tiempo, porque cuento 60 años de edad. Aceptais?

—Acepto, balbuceó Aldovrando, estupefacto con aquellas ofertas tan brillantes como inesperadas.

—Vamos, pues, á tranquilizar á vuestra mujer.

Y entraron en la alcoba donde Margarita repetía con una especie de delirio.

—Dejadme! dejadme!

—Si, os lo dejaremos, respondió Memlinck tomando la mano húmeda y fria de la pobre madre. Antonio no dejará á Brujas, ni á su madre: solo vendrá á vivir conmigo en mi casa, donde podreis verle y abrazarle á todas las horas del día.

Margarita fijó sus miradas en Aldovrando como para recibir de él la confirmacion de las palabras que Memlinck acababa de dejar caer suavemente sobre su corazon; Aldovrando hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

La alegría llegó á ser casi tan funesta á Margarita como le habia sido el dolor. Sus agitaciones nerviosas volvieron á atacarla, y el resto de la noche se pasó en los cuidados que fue preciso prodigarla. El sol principiaba á aparecer, cuando los dos viejos pudieron retirarse á descansar. Memlinck no tardó en dormirse profundamente; pero el mercader de paños, despues de haber llamado inútilmente el sueño, tuvo que levantarse al fin y bajó á sus almacenes y escritorio, donde su semblante mas severo y melancólico que de costumbre inspiró en todos el temor y el silencio.

CAPITULO III.

SU HISTORIA.

Alabara del almuerzo, es decir, á las once de la mañana, Aldovrando vió á Memlinck que se dirigia á él.

—Margarita se siente bien, dijo el padrino de Antonio; mi ahijado la hace compañía, y la campana no tardará en llamarnos al comedor: venid, pues.

Se agarró del brazo del mercader y lo introdujo en el comedor. El corazon del viejo latía con mas violencia al acercarse á aquella á quien la vispera habia tratado con tanta brutalidad, y por su parte Margarita no se sentia menos conmovida. Pálida, vestida de blanco y recostada en un gran sillón de ébano, veíanse en su semblante las huellas de sus dolores de la vispera; una larga mancha azulada se extendía sobre uno de sus brazos que medio cubrian los anchos pliegues de su manga. Al ver á su marido no pudo menos de temblar, y este con un tono de voz áspero que se esforzaba por hacer aparecer tranquila y dulce, se informó con bastante torpeza de la salud de

Margarita. Esta balbuceó una respuesta ininteligible y Memlinck puso término á la embarazosa situacion de ambos diciendo á Antonio que rezara el *benedicite*.

Antonio obedeció; todos se sentaron á la mesa, pero nadie comió á escepcion de Memlinck, cuyo apetito tenia algo de sobrenatural. Mientras que con tanta pasion se entregaba al placer de la mesa, no se ocupó en manera alguna de los que se hallaban á su alrededor; pero le fué preciso renunciar con sentimiento á las viandas de que habia alternativamente llenado y vaciado su plato, y cuando puso término á los estasis de la glotoneria, entró en la vida real, vació de un solo trago un gran vaso de vino, se volvió á Margarita y la dijo:

—Antonio vá á ser mi hijo, mi heredero y mi discípulo, Antonio llegará á ser lo que yo he sido y soy; un pintor.

—Un pintor!

—Pues qué? Creéis que la profesion que gana cien millones de florines en treinta años no equivale á la del mercader de paños? replicó Memlinck con el indecible aplomo del hombre que goza de los dos mas excelentes lastres del mundo, la digestion de una buena comida y la satisfaccion de una fortuna considerable. Si, amigo mio; los bocetos que la casualidad me ha hecho encontrar ayer en el cuarto de mi ahijado me han revelado en él disposiciones maravillosas para mi arte, y quiero que Antonio, puesto que el cielo me ha negado un hijo, llegue á ser á la vez el heredero de mi gloria y de mis riquezas.

«Escucha, Antonio, continuó arrimando hácia sí al niño y haciéndole sentar sobre sus rodillas, porque las apariencias de Antonio eran tan infantiles que no podia menos de ser tratado como un niño á pesar de sus quince años: ya sabrás las pruebas que te esperan y las recompensas que coronarán tus trabajos y tu perseverancia.

«Cincuenta años hace que un jóven llegó á la ciudad de Brujas, herido, devorado por la fiebre, medio desnudo, sin calzado y en un estado de miseria capaz de conmover al corazon mas empedernido. Soldado hacia algunos meses, no habia podido resistir á las fatigas de una profesion, para la que se necesita un cuerpo y un corazon de hierro. Como jamas se habia sentido con valor para robar ni con fuerzas para vejar á los pobres paisanos á fin de sacarles algunos escudos enterrados en un rincón de su jardín, carecia de todo y se veia hecho el ludibrio y el blanco de las chanzonetas de sus camaradas. Menos sufrido de lo que necesitaba, contestó con estocadas á los sarcasmos de los bufones, y si buenas cuchilladas dió buenas cuchilladas le valieron, recibiendo al fin una en el pecho que le dejó moribundo á orillas de un camino. Una muger anciana pasó casualmente por allí, se compadeció del pobre soldado y logró arrastrarlo hasta su cabaña, donde le curó lo mejor que pudo, su ancha herida. No murió, pero su estado no era mejor, porque la llaga se envenenó, y apareció la fiebre, causando un fuerte delirio al enfermo. La pobre muger no sabiendo que hacer para socorrer al moribundo que forcejeaba en los transportes de la agonía, fué á ver á la superiora del hospital de Brujas y la suplicó que enviara á buscar al enfermo que se hallaba en su casa desprovisto de todo socorro. La buena religiosa de San Juan no vaciló; dos enfermeros partieron al punto con una camilla, y el moribundo levantado de la paja podrida sobre la cual yacia despues de un mes, se fué colocado en una buena cama y rodeado de cuidados tiernos y compasivos. Un sacerdote sentado á su cabecera le hablaba del cielo y le ayudaba á soportar con paciencia sus dolores mostrando'le á Cristo enclavado en una cruz; las buenas hermanas con su voz dulce y sus tiernas atenciones quitaron, por decirlo así, al dolor sus mas crueles espinas, de modo que el soldado, merced á tantos consuelos y cuidados, sintió que su enfermedad perdía poco á poco su violencia. Pero la convalecencia vino len-

tamente y exigía cien veces más precauciones y presentaba casi tantos peligros como la enfermedad. Durante las primeras semanas el soldado no dejaba la cama sino para ir a respirar un poco de aire fresco y calentarse al sol durante algunos minutos; volvíase en seguida á su cama donde la mano caritativa y cuidadosa de una hermana lo arropaba con unos buenos cobertores, como lo hubiera hecho la madre más tierna y cariñosa. Entonces largas horas principiaban para él, porque recordaba con amargura las faltas de su juventud, reconocía la justicia de los castigos con los cuales Dios le hacía espíar los errores de su juventud que confesaba había sido muy culpable.

En efecto el jóven tenía muchas faltas de que reprehenderse. Hijo de un carnicero, se había visto constantemente rodeado por parte de su padre del afecto más estremado, mientras que su madre con una ternura exagerada, satisfacía todos sus caprichos; así es que llegó á ser desobediente y desidioso, entregándose insensiblemente á una vida de desórdenes y de locuras, en la que no pudieron contenerle ni las reprensiones de su padre, ni las lágrimas de su madre. Perdía todo su tiempo en la ociosidad, en lugar de seguir las lecciones de su maestro y de instruirse en el arte de la pintura que había logrado aprender con gran sentimiento de su padre, que hubiera preferido verle heredar su profesión lucrativa y honrada de carnicero. Pero el jóven se acomodaba mal al olor del tallero y tenía demasiado orgullo para resignarse á trabajar con el machete en la mano al lado de unos muchachos cubiertos de sangre; además prefería ir al obrador de pintor, porque aunque era muy corto el camino, sabía alargarlo de modo que no llegaba á él en toda la mañana, es decir, que disipaba con su mala conducta las horas que hubiera debido emplear con utilidad manejando el pincel. Y era tanto más culpable en no hacerlo así; cuanto que anunciaba brillantes disposiciones; sin embargo, á pesar de la conducta desarreglada y desidia de su discípulo, el viejo pintor Rogers no pudo resolverse á enviarlo á sus padres, ni renunciar á hacer de él con el tiempo el honor de la admirable profesión que tiene por patron á San Lucas.

Alentado en su desarreglada conducta por la tolerancia de su maestro y por la debilidad de su madre, que retrocedía ante la idea de contar á su marido los estravios de su hijo, Juan, así se llamaba el jóven, no salía nunca de la taberna y la embriaguez vino á juntarse á sus demás defectos. Una mañana, volvió á su casa desgreñado, sónico, con el vestido descompuesto, tambaleándose, y de este modo atravesó el patio y entró donde estaban sus padres. Juzgad cuál sería la sorpresa de estos cuando vieron entrar á su hijo en semejante estado! Su padre principalmente que ignoraba que Juan estuviera fuera de su casa montó en cólera y cojió al embriagado jóven por un brazo para meterlo dentro viendo que trataba de marcharse otra vez. Trabajó entre ambos una lucha terrible; en la cual la copa del jóven, de que tiraba el viejo con todas sus fuerzas se rasgó de pronto, cayendo el infortunado padre de espaldas y rompiéndose la cabeza contra el pavimento.

¡Oh! ¿Que horrible fué aquel espectáculo! Apesar de los sesenta años que han transcurrido desde aquella hora fatal, el culpable tiembla todavía bajo el peso de los remordimientos y del dolor al recuerdo de aquel fatal accidente!

Memlinck ocultó la cara entre sus manos y continuó después de una breve interrupción:

Dios no quiso limitar á esto el castigo del culpable jóven. Su madre acudió á los gritos que este daba. A la vista del cadáver de su marido, pierde la razón; y no tardó en sucumbir, muriendo pocas semanas después de la catástrofe. ¿Que más os he de decir? Habiéndose quedado huérfano, perseguido por el horrible pensamiento de haber sido la causa de la muerte de su padre y de la que le había dado el ser, Juan se entregó más desafora-

damente que nunca á su vida licenciosa y buscó el embrutecimiento y el olvido en la embriaguez. Un año después ya no le quedaba una sola blanca de su patrimonio, disipado en locuras, y le fue preciso dejar por orden de las autoridades una ciudad que había deshoarado con el escándalo y con el ruido de sus desórdenes.

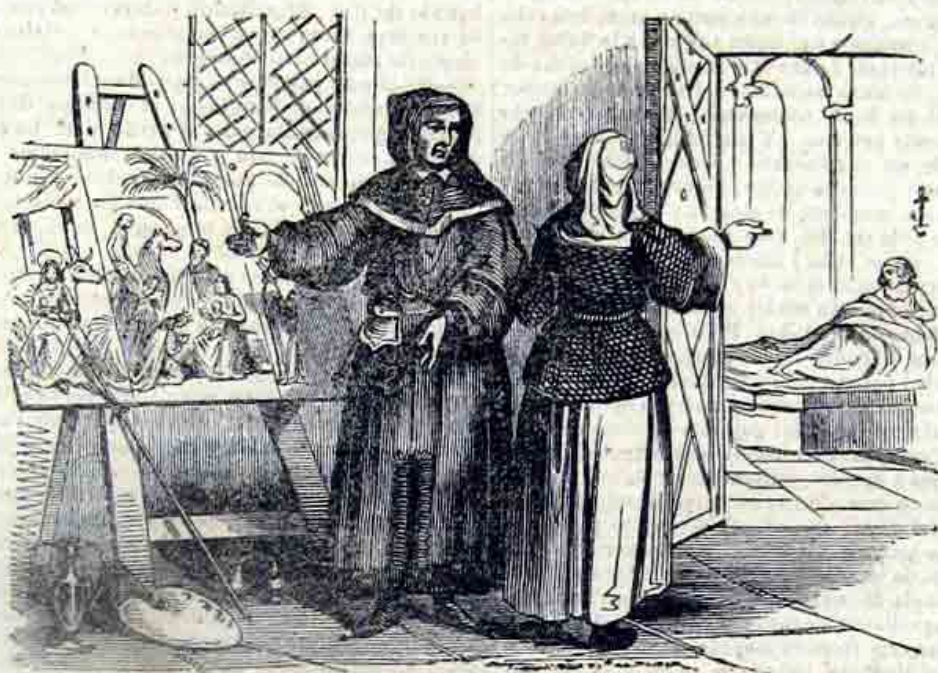
Que hacer? que partido tomar? Al salir de la ciudad, pasaba casualmente una compañía de soldados; tomó plaza en sus filas y se alistó bajo su bandera.... Soldado! Que existencia, Dios mío; sobre todo en aquellos tiempos de desórdenes y de guerra! Pillar, robar, incendiar, asesinar, ser testigo, ya que no cómplice, de toda clase de crímenes; esponer su vida bajo la orden de un capitán brutal que no conoce otro medio de hacerse obedecer que el baston y el insulto; he aquí cual fue por espacio de tres años la suerte de Juan. Ya sabéis lo demás, el pobre soldado fué herido, abandonado por sus camaradas que le despearon antes de cuanto tenía, una anciana lo recojió en su cabaña de donde fué trasladado al hospital de S. Juan.

Larga fué la convalecencia y Dios se dignó, durante las largas y penosas horas que retenían á Juan en su cama, hacer jermínar en su alma las semillas del arrepentimiento y de la virtud que echaban en ella las exhortaciones y los ejemplos de las caritativas hermanas que servían en el hospital. Había visto tan cerca la muerte, que parecía resucitar á otra vida y juró á Dios y á nuestra señora ser en lo sucesivo tan buen cristiano y tan honrado ciudadano como separado había estado hasta entonces de la verdadera senda.

Encantadas con su conversión las hermanas, redoblaron desde entonces su tierna solicitud y sus cuidados para con el pobre convaleciente, y éste para asegurarse su reconocimiento, resolvió pintar para la capilla de las piadosas mugeres un cuadro que ellas por su demasiada pobreza no podían encargar á un pintor de nombrada. Les comunicó, pues, su proyecto, y aun cuando ellas no contaban demasiado con el cuadro del soldado, no por eso dejaron de proporcionarle todo cuanto necesitaba: colores, pinceles, y una tabla. Juan se refugió en un rincón abandonado del hospital y puso mano á la obra, procurando recordar lo mejor que podía las lecciones del maestro Rogers. Algunos meses pasaron, al cabo de los cuales llegó la solemnidad de las Pascuas. Juan acababa de dar la última mano á su cuadro; pero cansado, desanimado, hubiera de buena gana echado al fuego su obra sino le hubiese asaltado el temor de ser reprendido por haber gastado tres hermosas tablas de madera fina que hubieran podido servir para cualquier otro objeto. Salió, pues, enfermo del sitio que había elegido para su obrador y se metió en la cama calenturiento, desesperado, porque el convencimiento de su falta de talento y de su incapacidad en un trabajo que había emprendido tan locamente, le abrumaban con el peso de la humillación y del pesar.

Hallándose á la sazón en Brujas, á donde había ido á llevar un cuadro que le había encargado el conde de Flandes, el célebre Juan Van-Dyck, inventor de la pintura al óleo, pasó el jueves santo según la usanza de las personas de alto rango, al hospital para hacer obras de caridad, servir á los enfermos en el refectorio y lavarles los pies. Casualmente pasó cerca del cuarto que Juan había elegido para su obrador, y viendo en el suelo pinceles y colores, por un instinto de pintor, empujó la puerta y vió el cuadro.

Este representaba la adoración de los reyes, á uno de sus lados se veía la presentación de Jesús en el templo, y en el otro, el niño Dios acostado en el establo sobre una punta del manto de la virgen. Juan había pintado su propio retrato en aquel cuadro, representándose con el traje que usaba en el hospital y la cabeza cubierta con un gorro y asomado á una ventana.



Juan Van-Dyck quedó sorprendido delante del cuadro.

—¿Quién ha pintado esto? preguntó.

—¡Ah! replicó una hermana encogiéndose de hombros, es un pobre enfermo que llamemos no pueda curar y que pasa su tiempo pintando esas cosas. Por lo demás él lo hace por un buen motivo, porque sabe que somos demasiado pobres para comprar un cuadro para nuestro altar mayor, y ha querido pintarnos uno, pero parece que no está muy contento con su obra.

—¿Dónde está ese hombre? interrumpió Van-Dyck.

—Allí abajo; á lo último de la sala; allí lo vereis acostado con calentura: tanto ha sentido, según parece, no haber pintado mejor su cuadro! Van-Dyck se llegó á ver á Juan y se descubrió la cabeza delante de él.

—Hermano, le dijo, benditos sean la santa Virgen y san Lucas, nuestro divino patron, porque sois un gran pintor.

Juan le miró lleno de estupor como atontado y temiendo estar delirando.

—Sí, replicó el generoso Van-Dyck, si, la fortuna y la gloria os esperan. Levantáos, pues. Salid como Lázaro del sepulcro de la pobreza para resucitar á la fortuna y á la felicidad. Si necesitáis dinero, tomadlo: me lo pagaréis con el primer cuadro que hagais, una vez que la adoracion de los magos pertenece al hospital de S. Juan, pues parece que se lo habeis regalado.

¿Qué más puedo decir? Juan se levantó, Juan siguió á Van-Dyck; Juan fue presentado al conde de Flandes, Felipe el Bueno, se vió alojado en Gante en el palacio del príncipe; ganó sumas considerables, viajó, fué recibido en todas partes como si hubiera sido un alto y poderoso señor, y concluyó por amontonar los florines que habeis hecho valer en vuestro comercio, macede Aldovrando, porque Juan, el pobre soldado y el pintor de fama, soy yo. ¿Queréis ahora, decid, queréis que vuestro hijo, mi ahijado, llegue á ser mi discípulo, viva en Gante conmigo y herede un día mi fortuna, y según espero tambien mi gloria? Sí, porque los bocetos que he visto suyos anuncian una verdadera vocacion de pintor; fácil

es conocer que S. Lucas ha puesto el fuego divino de su arte en el corazon de ese niño. Sí, yo lo espero, toda la cristiandad sabrá un dia el nombre del pintor Aldovrando, como sabe mi nombre, el nombre de Memlinek.»

Margarita alargó su mano blanca y delicada á Memlinek, quien la llevó á sus labios. El viejo mercader permaneció pensativo largo rato, despues del cual dijo con tono brusco:

—Teneis mi palabra; que parta con vos.

Una lágrima corrió por las pálidas mejillas de la pobre madre é hizo un movimiento como para correr hacia su hijo. Memlinek comprendió lo que pasaba en el corazon de Margarita.

—Gracias; mañana nos pondremos los tres en camino.

—Los tres? Replicó el mercader.

—Los tres, si; necesito á vuestra esposa para instalar á vuestro hijo en mi casa. Y además es necesario que el niño no se separe tan bruscamente y á un mismo tiempo de su pais natal y de su madre.

Y como Aldovrando vacitase, añadió Memlinek.

—Y sobre todo: ¿no es necesario, que dé á alguna persona de confianza, para que os entregue despues, los pergaminos que deben establecer nuestro proyecto de asociacion para el lucrativo negocio de Levante de que me habeis hablado esta mañana?

Haciendo sonar de este modo el oro en los oídos del viejo, el pintor concilió todas las dificultades y la madre y el hijo partieron con él para Gante al amanecer del siguiente dia.

CAPITULO IV.

UN CLÉRIGO QUE SE MUERE DE HAMBRE.

A medida que las mulas, sobre las cuales cabalgaban, se alejaban de Brujas, Antonio y su madre sentian á ivitar se

el peso que oprimía su pecho. Su imaginación como un pájaro escapado de la jaula que lo tenía cautivo, se entregaba á mil alegres retozos, iba de la tierra al cielo y del cielo á la tierra, giraba de una parte á otra, brincaba por el espacio, cantaba y calentaba sus alas á la llama vivificante de la libertad. Jamás Margarita, desde el día de su casamiento, se había separado del viejo Aldovrando; jamás, desde el día de su nacimiento, se había alejado Antonio de la casa paterna. ¡Y sin embargo hélos ahí á los dos libres de un yugo severo y triste! Hélos al lado de un indulgente y tierno amigo, recorriendo la campiña, con el corazón inundado de alegría y el cuerpo bañado de aire puro y de sol. De este modo anduvieron tres ó cuatro leguas; al ver la loca alegría de Antonio, nadie hubiera reconocido en él al niño enfermizo, y por cuya salud se hallaba siempre su madre acometida de mil zozobras desgraciadamente fundadas. Pero quien principalmente estaba loca de contento era Margarita, á quien su brillante serenidad parecía haber vuelto la frescura y belleza de su juventud. Una ligera animación coloreaba sus mejillas habitualmente pálidas: guiaba á su mula con desembarazo y se complacía en hacerla dar botes bajo el látigo ó obligándola á morder impacientemente el freno. Con los cabellos en desorden veíase tan pronto galopar con la rapidez del rayo; tan pronto detenerse y esperar riéndose al viejo pintor y á Antonio, que hubiera querido imitar los juegos de su madre, pero á quien detenía una desconfianza tímida de su talento en equitación; en seguida cuando aquellos la alcanzaban, volvía á sus locas carreras, desaparecía frecuentemente á sus miradas y volvía con su cabalgadura bañada de sudor y el bocado cubierto de espuma.

Una vez los dejó completamente, descendió la larga pendiente de una colina y desapareció á la vista de sus compañeros. Estos esperaban sin embargo que pronto llegarían á reunirse con ella; pero con gran sorpresa suya, Margarita no volvió, y llenos de inquietud apretaron el paso temerosos de que la hubiese ocurrido alguna desgracia. Antonio sentía deslizarse las lágrimas por sus mejillas, y maese Memlinck, sin participar á Antonio lo que experimentaba, no dejaba de alarmarse. Después de media hora de marcha precipitada descubrieron al fin al pie de un árbol á Margarita, apeada de la mula y que desde lejos parecía sentada descansando; pero á medida que avanzaban, distinguieron poco á poco que no estaba sola sino al lado de un hombre tendido á sus pies y á quien prestaba socorros. Cuando llegaron á donde estaba, la encontraron en efecto ocupada en hacer volver en sí á un joven desmayado, vestido con una mala sotana toda desgarrada y que abriendo al fin los ojos, los dirigió en torno suyo con una especie de enagenación; incorporóse en seguida y rechazó dulcemente á las personas que habían acudido en su auxilio.

—Gracias por vuestros cuidados, dijo, gracias por vuestros cuidados, mas funestos que útiles! porque tal es mi miseria que prefiero cien veces morir á vivir de este modo.

—Tan joven y tener semejantes pensamientos! dudar de la providencia! exclamó Memlinck. Ea, joven, esos discursos no son dignos del vestido que llevas.

—Los vapores del hambre turban el espíritu y la religión, replicó el clérigo: hace tres días que no como.

—O! muchachos! venid acá, dijo Memlinck á los criados que le acompañaban. Descargad una mula y dad de comer á este joven. Servidle lo que haya de mas nutritivo y mejor: una lonja de jamon y una botella de vino del Rin.

—Ese sería el medio infalible de que se pusiera peor, interrumpió Margarita presentando al enfermo una rebanada de pan, sobre la cual brillaba el oro succulento de una brillante conserva de frutas. Esto aprovechará mas á su estómago vacío y débil, que el jamon.

El clérigo tomó al principio lánguidamente los alimentos que le presentaba Margarita; pero avivándosele el apetito, á medida que comía, no tardó en devorar la rebanada de pan, procurando indagar con sus miradas cada vez mas vivas, si su bienhechora estaba dispuesta á ofrecerle algun otro alimento.

—Basta esto por ahora, dijo Margarita con una sonrisa que acabó de conquistar el corazón del clérigo, á pesar de que este alargaba la mano derecha en demanda de nueva ración de pan y dulce; montareis á la grupa de la mula de uno de nuestros criados, y nos acompañareis hasta Gante: allí hablaremos de vuestra posición y acordaremos el medio de mejorarla, si lo mereceis como parece.

El clérigo dió gracias á su bienhechora, montó en una mula detras de un criado, y la pequeña caravana se puso en camino para Gante, á donde llegó sin otro accidente á media noche.

En la mañana siguiente cuando todos nuestros viajeros se hallaban reunidos para almorzar en la espaciosa sala cubierta de madera, que en todas las casas, servía en aquella época de salon y comedor, vieron llegar al clérigo: había hallado al lado de su cama, gracias á la solicitud de Memlinck, una sotana nueva en vez de la destrozada ropa que llevaba la víspera: decentemente vestido, bien peinado, después de haber descansado y dormido en una magnífica cama, no era ya un mendigo moribundo como el día anterior, sino un joven de agraciada figura y cuya fisonomía espresaba aun mas la dulzura que la inteligencia. Antes de sentarse á la mesa, y á invitación del dueño de la casa, recitó el benedicté é hizo honor en seguida, con un apetito de veinte años, á la comida que acababa de bendecir.

Concluida esta, colocáronse todos debajo de la alta chimenea en la que ardía un robusto tronco de encina, y el joven sacerdote, después de haber dado afectuosas gracias á sus bienhechores, les refirió por qué consecuencias, todas naturales de su pobreza, lo habían hallado muriéndose de hambre al pie de un árbol.

Hijo de un carpintero de Utrecht, padre de catorce hijos, nombrado Florencio Boyens; Adriano era el mas joven de aquella numerosa familia y había visto antes de contar doce años morir primero á su padre y después á su madre. Cada vecino se encargó por compasión de uno de los catorce niños y Adriano tocó á una vieja, tia suya que vivía en Lovaina y lavaba en aquella villa la ropa de los religiosos que dirigian el colegio de Portiers; era este una casa donde se daba de comer gratuitamente á los escolares. A fin de que su sobrino adquiriese los títulos necesarios para disfrutar de los beneficios de una mala cama, una sopa todos los días á las once, y un pan de tres libras cada dos días, hizo que aprendiese bien ó mal á leer y á escribir; así se halló el niño, merced á la protección del hermano portero, admitido entre los alumnos de la casa. No tardó en manifestar algunas disposiciones para el estudio, y aun obtuvo en filosofía y teología éxitos tan brillantes que el superior del establecimiento consiguió de Maria de Inglaterra, hermana de Eduardo IV, y viuda del duque de Borgoña, Carlos el Temerario, que pagase los gastos necesarios para el grado de doctor de Adriano. Pero los beneficios de la ilustre princesa se limitaron á esto solo, y el nuevo doctor, de resultas de cierta travesura propia de la edad, se vió obligado á salir del convento de Portiers, donde esperaba permanecer como profesor. Sin asilo, sin pan, sin recursos al salir del convento, tomó á la ventura el camino de Gante, en cuyo camino hubiera muerto de frío y de hambre si la Providencia no le hubiese deparado en Margarita un ángel de consuelo que le volviera á la vida.

—Señor doctor, dijo Memlinck á su huésped, no dudo de la verdad de vuestro relato, sin embargo me permitiréis que tome algunos informes en Lovaina, donde tengo

muchos amigos. Si como espero, esos informes confirman lo que acabais de contarnos, yo gozo de algun crédito en la corte del príncipe Felipe, y no dudo alcanzar que se utilicen ventajosamente vuestros títulos y vuestra ciencia de doctor.

Tres ó cuatro dias despues llegaron en efecto los informes mas favorables del mundo. Pero antes de pasar adelante en esta historia, volvamos á Brujas donde quedó maese Aldovrando despues de la partida de su hijo, de su muger y de Memlinck.

CAPITULO V.

UNA REVOLUCION.

La edad, la ocupacion de los negocios, un carácter duro, y la falta casi absoluta de educacion hacian poco sensible el corazón del viejo Aldovrando, aun para su muger y su hijo. Sin embargo, desde que las dos personas que hacia tan desgraciadas se separaron de él experimentó un vacío inmenso y le pareció que todo faltaba á su alrededor. Apenas los veia de ordinario dos horas al dia, en el momento de comer: pero desde que marcharon Antonio y Margarita, sentía su ausencia desde la mañana hasta la noche, y poco faltó para que no enviara un mensajero con orden de hacer volver al que la víspera habia querido desterrar con peligro de su vida á Levante, y á la muger cuyo corazón habia desgarrado sin misericordia. De estas sensaciones resultó mostrarse mas sereno y tiránico que lo era comunmente. Sus dependientes y criados experimentaron los efectos de su mal humor, y en la casa solo se oía la voz áspera del viejo que amenazaba y rugía. Aquella disposicion de espíritu acurrió una catastrofe que trastornó toda la ciudad de Brujas.

En los dias de trabajo excesivo maese Aldovrando tenia la costumbre de poner á secar los paños enmedio de la plaza que habia delante de su casa y á orillas del arroyo. La casualidad hizo que acertaran á pasar por allí los soldados del Duque Felipe, quienes hallaron solaz y recreo en derribar las estacas que sostenian las cuerdas y echar en el lodo las piezas de paño espuestas al aire. Los obreros, testigos de aquella grosera diversion de los soldados, se contentaron con renegar de los arcabuceros, y ya se disponian á levantar las estacas, cuando de repente se presentó Aldovrando. Al ver el daño causado por la compañía de soldados, se entregó á una violenta cólera, reprendió á los obreros su cobardía y prorumpió en denuestos y amenazas contra el Duque Felipe y su gobierno:

—Esa es la proteccion que nos dispensa ese buen señor que nos gobierna. Nos abruma con los impuestos y nos entrega á los insultos de sus soldados, si ya no es que esos insultos son el resultado de sus propias órdenes. Preciso es que la sangre de vuestras venas no sea bameza para que hayais soportado sin venganza la afrenta que esos insolentes os han escupido al rostro. Quitaos de mi presencia, dignos sois de esos insultos y los soldados hubieran debido sacudirlos, porque les habriais presentado fácilmente la espalda para recibir los palos.

Estas palabras, estas reprensiones, estos cargos de cobardía que su amo les echaba en cara produjeron una viva impresion en los obreros. Entretanto una segunda compañía de soldados pasó por la plaza, y no tardó en ser recibida con invectivas á que el capitán respondió dando la voz de *fuego*. Apenas pronunció esta orden cuando las balas silvaron por todas partes á los oídos de los soldados, rebotaron sobre sus corazas y derribaron mas de un casco en tierra. Los arcabuceros contestaron á estos ataques, y siete ó ocho obreros mortalmente heridos cayeron bañados en su sangre. A este espectáculo sus

camaradas rompieron todo freno, y se arrojaron sobre los soldados. Siguióse de aquí una confusion espantosa y un combate encarnizado en el que los obreros, despues de haber perdido mas de la mitad de su gente, lograron degollar á todos los soldados sin exceptuar á su capitán. Pero apenas habian alcanzado esta victoria cuando sobrevino un nuevo cuerpo de tropas y fué preciso principiar otra vez el combate. Y como en todos los barrios de la ciudad tomasen los vecinos las armas y corriesen á su defensa, Brujas no tardó en llegar á ser un verdadero campo de batalla; las campanas tocaron á rebato, cerráronse las puertas, y despues de un dia entero de mortandad y de combate no quedó vivo un solo soldado. Los magistrados se esforzaron inútilmente en hacer valer su influencia entre los combatientes y en dirigir palabras de paz y reconciliacion á los amotinados; su sacrificio solo sirvió para esponer sus vidas, y los vecinos no cesaron de matar hasta despues de haber obtenido una completa y absoluta victoria. Entences fueron á buscar á maese Aldovrando, que se habia retirado á su casa espantado de su propia obra; lo llevaron á la fuerza al palacio de la villa y allí le proclamaron Burgomaestre en reemplazo de maese Coppens, su suegro, que fué destituido por demasiado irresoluto y adicto al Duque. Bastante embarazado con aquel peligroso honor, maese Aldovrando maldecia en tono bajo su cólera funesta, y hubiera dado la mitad de su fortuna por salir de un paso tan difícil; pero ya no le fué permitido vacilar, y tuvo que arengar al pueblo y jurar defender la libertad de Brujas hasta la muerte.

Demasiado pronto llegó la ocasion de sostener ese juramento, porque el Duque de Flandes, informado de los sucesos que habian pasado en Brujas, se presentó en dos dias á la vista de la ciudad rebelde con un ejército considerable y máquinas de guerra sin número. Bloqueó á la ciudad, se apoderó del canal y dió órdenes para que principiáran inmediatamente los preparativos del asalto. Los brujenses entonces se apercibieron del peligro que les amenazaba y el populacho corrió en tumulto al palacio de la villa en busca de su burgomaestre á fin de que conjurase aquella tempestad. Maese Aldovrando propuso enviar un parlamentario al príncipe, que no habia querido verificarlo por su parte, manifestando de este modo su intencion de no conceder merced alguna á sus súbditos rebeldes.

—Es menester, exclamaron todos, es menester que vos mismo seais el parlamentario: marchad inmediatamente.

—¡Como! amigos míos, replicó Aldovrando espantado, quereis que me presente en el campo del duque, yo á quien habeis nombrado vuestro burgomaestre, yo á quien él considera como el jefe de la revolucion!

—Y no lo sois en efecto? exclamó un vecino. No habeis sido vos quien nos ha lanzado en el peligro en que estamos? Sin vos, se veria Brujas amenazada del asalto, del pillaje y del incendio? No habeis sido vos tambien quien por defender vuestros intereses privados no temisteis esponer á vuestros compatriotas á una calamidad general? Partid inmediatamente ó desgraciado de vos!

—Si, si, que marche, ó desgraciado de él! replicaron todos á una voz, que marche ó desgraciado de él!

—Y le rodeaban, le amenazaban, le oprimian y le injuriaban. El infeliz Aldovrando se vió, pues, forzado á salir del palacio á disponer que se bajara un puente levadizo y dirigirse al campo del duque, con un ramo verde en la mano en señal de súplica. Marchaba á pasos lentos, cuando Felipe el Hermoso, que dirigia los trabajos del ataque, lo descubrió y lo dejó llegar hasta él sin manifestar la menor hostilidad. Aldovrando se arrodilló delante del príncipe, quien sin dignarse mirarle, continuó dando órdenes á sus oficiales.

—Allá abajo una catapulta. Por este lado apuntad

vuestros cañones. Las escalas se arrimarán sobre aquel punto. Los ballesteros, colocados sobre aquella altura protegerán el asalto y desguarnecerán las murallas.

—Monseñor, perdon, perdon! piedad! exclamó Aldovrando.

—No se dará cuartel á nadie, continuó el príncipe fingiendo siempre que no veía al parlamentario, todos cuantos se hallen dentro de la ciudad serán pasados al filo de la espada. Nada de horca, porque esta operación sería demasiado larga. Se dará muerte á todos cuantos se encuentren, sin hacer prisioneros; el saqueo durará ocho días con sus noches; en seguida se pondrá fuego á las iglesias á donde se refugiarán las mugeres y los niños. Después de todo esto será arrasada la ciudad.

—Monseñor, monseñor, perdon!... perdon! gritó Aldovrando, agarrándose de la capa del príncipe.

—Ah! ah! una serpiente quiere mordirme, dijo el duque rechazando con el pie al viejo. O! es un vecino de nuestra buena y fiel ciudad de Brujas. Pero ¡calla! es su mismo jefe, su burgomaestre; qué digo? su señor, ó mas bien monseñor Aldovrando. Levántese vuestra magestad; semejante actitud no conviene á un poderoso monarca como sois vos. Levantaos, yo soy quien debo descubrirme.

Y se quitó irónicamente su caperuza de terciopelo y obligó al viejo á que se sentara en el sitio elevado que se habia colocado á la entrada de la tienda del duque, por honor y para que pudiese seguir mas cómodamente las operaciones del sitio.

—Tal vez no os hallareis bastante alto, señor, añadió el duque cogiendo por la barba al viejo y tirándolo á sus pies. Mirad, mirad donde quiero hacerlos subir. Desde allí dominareis sobre nosotros y sobre vuestros súbditos.

Al pronunciar estas palabras enseñaba una horca.

—Monseñor, hágase vuestra voluntad, respondió Aldovrando con valerosa resignación. Puesto que yo soy la causa involuntaria de los desgraciados sucesos que han pasado, justo es que yo sufra las consecuencias y lleve el merecido castigo. Si he merecido la muerte, mandad que me la den. Ya lo veis, yo mismo os traigo mi cabeza. Pero compadeceos de los pobres vecinos extraviados cuyo delito es haber cedido á un momento de efervescencia y de haber acudido al socorro de sus hermanos que eran degollados. No derrameis sangre! Bastante se ha derramado ya. Que la mia sea la última que corra, y bendeciré la mano que haga caer mi cabeza.

—Muy bien: usad de un lenguaje enérgico y digno. Escuchad, dentro de una hora estaré Brujas en mi poder, si me dá la gana, y vereis la suerte que le espera. Quiero sin embargo mostrarme todavía misericordioso con ella. Volved al lado de los vuestros: que dentro de un cuarto de hora, se presenten aqui cuarenta de los jefes de la sedición y vos á su cabeza, descalzos y con la cuerda al cuello, y que me traigan una contribución de diez millones de florines. A este precio perdono al resto de la población. ¡Id! Si dentro de un cuarto de hora no estais de vuelta, el asalto comenzará y ya sabeis lo que seguirá al asalto.

Aldovrando volvió á Brujas: la multitud le esperaba á la puerta, y no le dieron tiempo para llegar al palacio de la villa donde pensaba manifestar las intenciones del príncipe; fué preciso que diera cuenta de su comisión inmediatamente y en medio de la apiñada y alborotada multitud.

Cuando habló de los diez millones de florines, los ricos pusieron el grito en el cielo, porque ellos eran los que debían pagar esta contribución; cuando declaró que el duque quería que se le entregasen cuarenta de los jefes de la sedición, prorrumpió el populacho en maldiciones, porque casi todos los que habian hecho la revolución y se habian erigido en magistrados pertenecian á la hez del pueblo.

—Es menester vengarnos del autor de todos nuestros males, del que nos ha arrastrado al abismo donde nos hallamos! exclamó la multitud. Es menester llevar su cabeza al príncipe, y mostrarle de este modo cuanto detestamos nuestra sedición y al traidor que nos ha impedido á ella.

Y se arrojan sobre el viejo, le hieren, y lo despedazan. Pocos instantes después vióse una cabeza caer de las murallas y rodar al campo del duque. Este reconoció la cabeza del viejo Aldovrando.

—Bravo, bravísimo, exclamó, esas gentes me enseñan como debo tratarlos.... Al asalto!

Y las trompetas suenan, las tropas se ponen en movimiento, el cañon principia á vomitar la metralla; las puertas de la ciudad se abren otra vez y una larga procesion se estiende por el glacis. Era el clero y todos los religiosos; los uos llevaban reliquias y los otros cruces; el dean de Nuestra Señora apareció el último, llevando en las manos una hostia consagrada.

Entonces todos los soldados se arrodillaron por un movimiento espontáneo, y el duque mismo se vió forzado á imitarlos. El anciano sacerdote llegó hasta el príncipe y le echó la bendición con el santo copon, exclamando:

—Monseñor! en nombre de Cristo, que estais mirando, muerto por vuestra salvacion en la cruz!... perdon para los brujenses arrepentidos.

—No hay perdon, replicó el duque.

—Perdon, en nombre de Dios vivo.

—No hay perdon!

Un murmullo sordo de desagrado se esparció entre los soldados; los oficiales del duque le rodearon, sorprendidos al verle tan obstinado en negar una gracia solicitada, por decirlo así, por el mismo Dios.

—Pues bien, los perdono por el amor de Dios, pero no por compasion hacia ellos, dijo el duque con evidente repugnancia; porque esos revoltosos, esos asesinos no merecen mas que la cuerda y el saqueo. Uno solo de ellos valia algo y lo han asesinado cobardemente. Padre, entremos en la ciudad, les perdono la vida, ya que Dios os ha inspirado el pensamiento de pedirmela en su nombre. Ahora mismo acordaré la clase de castigo con que deben espíar su crimen estos vecinos sin cesar en revueltas y que no tienen ni fe ni ley.

Este castigo consistió en una multa de doscientos florines y la imposición de tres nuevas contribuciones onerosas.

CAPITULO VI.

LA VUELTA A GANTE.

Los sucesos que acabamos de referir habian pasado con tal rapidez que Margarita, Juan y Memlinck, quienes desde el siguiente día de su llegada á Gante, habian marchado á la aldea de Damme, donde estaban los obradores del pintor, supieron bruscamente y á un mismo tiempo la sedición de los vecinos de Brujas, el sitio de esta ciudad y la muerte del viejo Aldovrando. Margarita tributó lágrimas sinceras á la muerte de aquel en cuya compañía habia pasado tantos años, y habia sido el padre de su hijo. Antonio no se mostró menos desconsolado por la pérdida de su padre. Durante una semana entera, Margarita y su hijo permanecieron encerrados juntos en un retiro absoluto. Al cabo de este tiempo madre é hijo volvieron á su vida habitual que cada día hacia mas dulce la tierna solitud de Memlinck. Margarita, siguiendo el uso del país se habia cortado sus hermosos cabellos; vestida completamente de negro, color que no debia abandonar en lo sucesivo, ocultaba su frente, su rostro y su cuello bajo espesos velos, y por espacio de tres meses antes

de sentarse á la mesa, en vez de decir el *Benedicite*, el dueño de la casa recitó el *De profundis*, según la antigua y piadosa costumbre de Flandes.

Poco á poco entró todo en el orden habitual, y la familia del viejo Aldovrando se instaló en casa del pintor que ya no debía abandonar, porque la confiscación de los bienes del mercader había seguido á su muerte violenta, y no quedaban ya á su viuda y á su hijo otros recursos que la fortuna de Memlinck notablemente disminuida por la ruina y muerte del depositario de una gran parte de su dinero. Pero él soportó esta pérdida con una serenidad sin ejemplo y ni aun quiso que Margarita supiese que ya nada poseía sobre la tierra y que solo debía á la amistad del padrino de su hijo un asilo y una existencia que les pusiera al abrigo de la miseria.

Cinco años opacibles y laboriosos siguieron á tantas agitaciones, vicisitudes, desgracias y peripecias. Estos cinco años los empleó Memlinck en iniciar á Antonio Aldovrando en los misterios de la pintura, Adriano en consagrarse á sus estudios teológicos y en recibir el sacerdocio, Margarita en cuidar á aquellos tres hombres y rodearlos de calma y felicidad. Gracias á su activa é inteligente economía, había en cierto modo triplicado la renta de Memlinck haciendo desaparecer los pequeños desórdenes é innumerables contribuciones que imponen al patrimonio de los célibes y viudos todos los que los rodean.

Antonio no tardó en aficionarse al arte de su tutor y se puso á trabajar con tal ahínco que el bueno de Memlinck se vio más de una vez obligado á moderar una actividad perjudicial á la salud del joven. Sin contar sus trabajos del taller, Antonio consagraba cada día cuatro horas al estudio de la química, necesario entonces para obtener, en la fabricación de los colores y en sus medios de aplicación, perfeccionamientos que habían llegado á ser indispensables, á consecuencia de los descubrimientos hechos por los hermanos Wan-Ittyck, descubrimientos cuyos misterios no querían revelar á nadie. Memlinck ayudaba en todos sus experimentos al joven y tuvo su parte en el descubrimiento de las composiciones admirables que contribuyeron á la confección de los colores de Aldovrando, tan famosos por su brillo y su duración. En fin, Memlinck halló bastante talento y superioridad en su discípulo para permitirle que espusiera sus cuadros al público. Dejaron pues todos cuatro la aldea de Dammé, de donde no habían salido hacia ocho años, y se volvieron á Gante, á donde llegaron el 4 de febrero de 1500. Memlinck alquiló una casa, la llenó con sus cuadros y con los de Aldovrando, que según el uso de la época bautizó su nombre firmando sus obras *Antonius Aldovrandus*.

Mientras que los dos artistas se ocupaban de estos cuidados, Adriano se paseaba por las calles, se detenía delante de cada edificio notable y hacia tantas paradas que concluyó por no encontrar su camino y perderse completamente: tímido y pusilánime no se atrevió en un principio á preguntar á nadie su ruta, y aun cuando hubiera podido intentar semejante acto de valor, esto no le hubiera servido, porque se hubiera olvidado al salir de informarse del nombre de la calle donde estaba la casa nuevamente adquirida por Memlinck. Marchaba pues á la ventura, perdiéndose cada vez más y con el estómago vacío. Por lo demás sentíase mucho más atormentado con la inquietud en que debían hallarse sus amigos por no verle volver, que con los sufrimientos que le causaban el frío y el hambre. En tanto que de este modo andaba cada vez más extraviado, oyó sonar sucesivamente todas las horas de la noche hasta las nueve en que las campanas de todos los edificios públicos y religiosos tocaron á la queda. Entonces sintió correr un sudor frío por su frente, y se puso en marcha precipitada hacia una gran claridad que descubrió de pronto alrededor de una calle.... Hallóse en medio de una silenciosa plaza, no lejos del mercado del viernes, en-

tre gentes de armas, escuderos, lacayos y pages que se agitaban en la mayor confusión. Cuando vieron aparecer á Adriano en traje eclesiástico lanzaron por todas partes gritos de alegría.

—Miradle! miradle! Dios nos lo envía al fin! Y dos mugeres corrieron; le agarraron por la mano, le hicieron subir una escalera, lo llevaron por muchos corredores oscuros hasta un gabinetito estrecho é incómodo donde estaba una dama vestida con un traje magnífico y un niño que acababa de nacer. Al lado de la dama que parecía moribunda, un caballero joven de extraordinaria hermosura estaba arrodillado y lloraba estrechandola las manos.

—Oh Juana! Juana! decía, porque tus injustos celos te han llevado á esa fiesta? No estarias aquí ahora sin auxilio y sin socorro!

—Un sacerdote, un sacerdote, yo me muero! Murmuró la joven señora.

Adriano á una señal del caballero, se inclinó hacia ella. Cuando ella le vió se animó su semblante:

—Dios os envía para salvarme, dijo, escuchad mi confesión y dadme la absolución. En nombre de Cristo apresuraos, porque mis momentos están contados.

Adriano á la primera ojeada que dirigió á la dama, comprendió que el estado de la enferma no era desesperado, pero que exigía pronto socorros, aunque fáciles de dar. Como durante su estada en Dammé había estudiado el arte de la medicina y curado á más de un enfermo en los pueblos inmediatos, el deseo de ser útil y aliviar á un ser que padecía le quitó de repente su timidez.

—Señora, dijo, voy desde luego á daros la absolución de vuestros pecados porque en los casos urgentes nuestro santo padre el Papa nos autoriza para absolver antes de la confesión; en seguida, cuando el alma esté ya tranquila, nos ocuparemos del cuerpo. Alargó las manos sobre la enferma, pronunció las palabras sacramentales de la absolución é hizo una corta y fervorosa plegaria, después de lo cual tomó el pulso á la enferma, declaró que se la podía sin peligro trasladar á un lugar menos incómodo, presenció la traslación, se sentó al lado de la cama y prescribió varios medicamentos que obraron un maravilloso y repentino efecto. Todavía se hallaba allí cuando llegaron apresuradamente el médico y el confesor.

—No hacéis ya ninguna falta, les dijo bastante ásperamente el joven caballero. Mientras que os buscaban por todas partes porque habíais abandonado vuestros puestos donde os mandaba quedar vuestro deber, Dios nos ha enviado este sacerdote para recibir la confesión de la princesa, proporcionándonos además en él un médico experimentado. El solo acabará la obra que ha principiado solo. Podeis marcharos.

Y mientras que se alejaban confusos y avergonzados, una palabra resonaba de una manera extraña en los oídos del pobre Adriano: esa palabra era el título de princesa dado á la señora á cuyo lado se encontraba. Pero lo que más le sorprendió fué ver venir al caballero con el niño recién nacido en los brazos.

—Es menester bautizar provisionalmente á mi hijo, dijo, y esta comisión os pertenece de derecho.

—¿Cuales son los nombres del niño y los de su padre y madre? balbuceó maquinalmente Adriano.

—Su madre se llama Juana, reina de Castilla; su padre Felipe, Archiduque de Austria.

«En cuanto á mi hijo, lo pongo bajo el patrocinio del bienaventurado S. Carlos, y es mi voluntad que reciba desde hoy mismo el título de Duque de Luxemburgo y el collar del Toison de Oro.»

El pobre sacerdote lleno de sorpresa y humildad se arrodilló porque se hallaba delante de su soberano, el príncipe Felipe el Hermoso, Archiduque de Austria, hijo del emperador Maximiliano.

La noche pasó tranquila y reposada para la princesa enferma. Al rayar el día, Adriano quiso marcharse por algunos instantes al menos, y ya se disponía á coger su capa con intencion de ir á tranquilizar á sus amigos inquietos por su ausencia; pues esperaba á favor de la claridad del día, de un guía que pensaba pedir y del nombre de Memlinck que debía ser conocido de las gentes del palacio, descubrir la casa recientemente alquilada por el pintor; pero al movimiento que hizo, despertó la princesa, lanzóle miradas llenas de una especie de locura, se agarró de su brazo y exclamó:

—No quiero que os separeis de mí, porque si os marchais vendrán y me arrebatarán á mi hijo y á mi marido.

Adriano la miró sin comprender nada de aquellas palabras.

Entonces se incorporó ella, se puso á recapacitar y á llorar amargamente.

—Oh! exclamó, mi razon se estravía, el pesar me vuelve loca! No tengo nadie á quien confiar mis penas! Nadie que no me engañe y venda los secretos que en un momento de desesperacion dejó escapar de mi corazon. Padre, os debó la vida; habeis bautizado á mi hijo! Sois sacerdote: pues bien, bajo el sigilo de la confesion os voy á confiar el secreto que me mata, que me volverá loca si es que ya no lo estoy.

Adriano hizo un movimiento como para oponerse á aquella peligrosa confidencia, pero Juana hizo la señal de la cruz, rezó el confiteor, fórmula de la confesion, y sin notar los temores del sacerdote:

—Padre mio, dijo, estoy celosa. Dios no me ha hecho hermosa y me ha unido con el mas hermoso de los hombres. Sin duda sus decretos supremos han querido castigarme con esto de alguna grave falta que haya cometido sin saberlo, porque Felipe no me ama y mi existencia ha llegado á ser un suplicio intolerable. Los celos devoran mi corazon.... los celos! Oh! si supiescis lo que me hacen sufrir! Amar sin ser amada! ¿No es verdad que el infierno no tiene mayores tormentos? Todo es una sombra para mí, todo me inquieta! Mi marido, á quien mi ternura y mis temores llenan de hastio, huye de mí y cuando no está á mi lado, me muero. Si he dejado en mi enfermedad la cama por asistir al baile, si he llegado á ser madre aquí, Dios mio, es porque Felipe estaba allí y yo no podía vivir sin Felipe. Yo le he dado una corona: he aquí porque se la ensaó conmigo. Le he dado esa corona por que le amaba. Ya canoceis mis dolores; oh Dios mio!, Dios mio! voy á volverme loca.

Todavía hablaba y el sacerdote procuraba tranquilizar á la pobre muger, que daba en efecto señales de agitacion; síntomas demasiado ciertos de la demencia, cuando entró el archiduque, con la frente fruncida por la cólera y por el disgusto. Abrazó friamente á la princesa; se llegó á la cuna de su hijo, que se hallaba en una pieza inmediata y despues de haber dado á las mugeres que estaban allí presentes orden para que se retiraran, hizo señas al sacerdote para que le siguiese:

—Padre, le dijo, he oido la confesion de la archiduquesa, y la casualidad que os ha hecho el cirujano y confesor de mi muger, acaba de haceros tambien su confidente. Ya comprendereis que la gratitud y la necesidad os ligan para lo sucesivo con mi casa. Sed fiel para el porvenir como habeis sido útil por lo pasado, y hareis vuestra suerte. Os nombro, pues, capellan mayor de la archiduquesa y reemplazareis á su confesor, que ha marchado esta noche pasada por orden mia á España, donde meditará en un calabozo sobre los peligros de la indiscrecion.

Ese eclesiástico habia, como vos, sorprendido el secreto de los accesos de demencia que se apoderan de vez en cuando de la archiduquesa: tuvo la debilidad de confiar este secreto á uno de los empleados de mi casa, y este empleado es su compañero de viaje. Ya veis que se cas-

tigar del mismo modo que se recompensar.

Ahora quiero que sepais cual es mi voluntad respecto de vos. No saldreis de este palacio, bajo ningun pretexto; nadie os conoce aquí, y no direis á nadie ni vuestro nombre ni de donde venis. Dentro de algunos dias se solemnizará el bautismo de mi hijo; despues partirá su madre para España en cuyo viaje la acompañareis, porque es preciso que sepais que ya no os separareis de la reina hasta la muerte. Si alguno os conoce en Gante que os tenga por muerto. En efecto nada hay ya en vos del pobre sacerdote que todavia erais ayer noche. Segun vuestras obras, así será el pago, ó una fortuna inmensa, ó una prision eterna. Elejid.

CAPITULO VII.

EN PRAGA Y EN VITORIA.

Memlinck, Antonio y Aldovrando permanecieron sumergidos en la mas viva inquietud sobre la suerte de su amigo; todas las diligencias sin número que practicaron para descubrir su paradero, fueron totalmente inútiles. Pasaron, pues, en la afliccion y en el luto las fiestas del bautismo del príncipe recién nacido y no tomaron la menor parte en los regocijos con que la ciudad de Gante celebró este acontecimiento con tanta solemnidad como entusiasmo. La ceremonia se verificó en la iglesia de S. Bavon, y el capellan mayor de la reina, que echó al niño el agua santa, tuvo constantemente oculto su rostro con el capuchon de su muceta de modo que nadie pudo ver sus facciones.

El sentimiento de dolor causado por la desaparicion misteriosa de Adriano concluyó por amortiguarse poco á poco en el corazon de sus amigos, gracias á los brillantes y repetidos triunfos que obtenia Antonio con sus pinturas. En efecto su exposicion atrajo muchos curiosos; el nombre del jóven artista se repitió con entusiasmo en la ciudad, y el vecino mas rico de Gante, Adam Spendlemans compró los principales cuadros de Aldovrando para enviarlos de regalo á los duques de Parma y de Plasencia, que favorecian mucho en sus estados el comercio del rico mercader.

El nombre de Aldovrando se extendió, pues, gloriosamente en Italia como se habia extendido en Flandes, y la España misma no tardó en saber este nombre célebre, porque un dia llegó á casa del jóven pintor una carta dirigida á él que contenia una póliza de mil piezas de oro contra el mas rico mercader de la ciudad, y en la que se le pedia en cambio de esta suma el mejor y mas importante de sus cuadros. La obra preciosa debia ser remitida á Madrid al capellan mayor de la reina, á quien solo se designaba en la carta por su título honorífico, pero sin espresar su nombre. Aldovrando se apresuró á satisfacer al deseo de un eclesiástico que pagaba tan bien y le envió una *Ascension de la Virgen*, que todavia se admira en la galeria del Vaticano, en Roma.

La fortuna estaba decidida á prodigar sus favores, al jóven Aldovrando; y no los limitó á lo que ya habia hecho por él. Jorge Podebrac, duque de Bohemia, en otro tiempo protector de Memlinck, escribió á su antiguo pintor para que enviase á su discípulo á la corte de Praga, acompañando esta peticion con los mas ricos presentes y con las promesas mas seductoras. Memlinck resolvió aceptar estas ofertas y partir con tanta mayor prontitud, cuanto que Aldovrando estaba perdidamente enamorado, segun creia, de la hermosa Ana Spendemans, hija del rico mercader, no obstante que la inmensa fortuna de este hacia imposible una union que el coquetismo de Ana no debia por otra parte hacer desear á su pupilo, ni al viejo pintor ni á Margarita. Partieron, pues, á pesar de las lagrimas del jóven enamorado, que creia eterno su

delos, y que muy pronto no pensó ya en él en medio de las fiestas que el duque Podobrac daba para celebrar la llegada de los dos pintores á su corte. Quiso además que habiéndose su palacio, les señaló criadas y mandó que les sirviesen siempre una magnífica mesa.

Aldovrando, á pesar de su amor, se puso á pintar con ardor. Principió para el altar mayor de la catedral de Praga un cuadro maravilloso de ejecución, que representaba á *Motés y la zarza ardiendo*; las flamas estaban reproducidas con tanta verdad que la hija del príncipe, la niña Fernanda-Juana-Maria, cuando vio el cuadro, grito echándose sobre las piernas de su madre:

—¡Oh! no quiero tocar esa zarza, porque me quemaré los dedos.

A esta palabra debió su fortuna el cuadro; porque por insignificante que fuese la opinión de un niño en materia de pintura, ha quedado como un hecho histórico y ha llegado hasta nosotros.

Poco tiempo después de este suceso, una enfermedad rápida y mortal arrebató á la princesa en muy pocas horas. Su pérdida puso en la mayor desolación á toda la corte de Praga, y Aldovrando resolvió pintar el apoteosis del ángel llamado al cielo. En este cuadro representó el mundo abierto, y mostró á la virgen María con manto azul, hallando con los pies, según la tradición artística de la época, á la serpiente, origen del mal, Mercurio, con sus alas en los talones y el caduceo en la mano, visible de la ciudad de Praga á la reina niña y la presentaba á la madre del Salvador. Fernanda-Juana-Maria se elevaba en los aires, vestida con una túnica amarilla, cuyos pliegues ondeaban con una ligereza y verdad maravillosas. La parte superior de la composición estaba ocupada por santos y santas católicos, mezclados con dioses y diosas de la mitología. En la parte inferior se elevaban campaneas, edificios, flores y praderas pobladas de aves, animales, plantas y mercedes con sus trajes simbólicos. Jamás ignora nada en éxito á esa mezcla de sagrado y de profano, muy en boga al principio del siglo XV. Aldovrando recibió del duque de Podobrac una bolsa con mil rúbdalos, una cadena de oro de igual valor y el resto del anticipo.

Antes de con tantas liberalidades pintó todavía en Bohemia la *Torre de Babel*, la *visita de Lath*, un retrato de la duquesa de Bahemia, y dos paisajes de muchísimo mérito. Orgulloso Podobrac con poseer en la corte tan gran artista, le dió varias condecoraciones y le casó con una viuda joven de raza hermosa, de la primera nobleza y de una fortuna considerable, la condesa Juana Jablonska. Celebráronse las bodas á la luz de las antorchas en los jardines del rey, y nadie pudo figurarse el alborozo y entusiasmo de Margarita al ver á su hijo rodeado de tanta gloria y tanta felicidad.

Poco tiempo después de su casamiento Aldovrando mandó construir un palacio magnífico, y no tardó en ver acudir á él de todas partes discípulos que iban á consultarle los secretos de su arte. Entre los más célebres venía á Andrés Gualph y Og de Basan; sus rápidos progresos y la dulzura de su carácter agradaban tanto á Aldovrando que decía de ellos: «si hubiesen vivido en tiempo del diluvio, Noo no hubiera podido negarles ser de mi compañía en el arca.»

Venir y un año después de la desaparición misteriosa de su amigo Adriano Boyars, Antonio Aldovrando, Membrick y Margarita llegaron á Vitoria á tiempo que se ponía en el mar. Venían de Praga á la ciudad española, cediendo á las vivas instancias de Carlos V, que quería contar trabajos de la mayor importancia á los dos célebres artistas. Estas instancias del emperador habían tenido por objeto, primero una reduta escrita por la mano del mismo emperador, después muchas cartas firmadas por el cardenal arzobispo de Tortosa, ministro y gobernador del reino de España. Los viajeros que se habían apesado en

el palacio que la hospitalidad del príncipe de la iglesia les había designado como morada, pensaban descansar de las muchas malas noches pasadas en el coche y no presentarse al ministro hasta el día siguiente, cuando un paje de este último vino á suplicarles en nombre de su señor que inmediatamente pasaran á verle. Sorprendidos con esta inesperada petición, se dispusieron en el acto á obedecer, aunque sin llevar consigo á Margarita; pero el paje les replicó que las órdenes que había recibido comprendían igualmente á la madre de Aldovrando. Partieron, pues, los tres en las literas que los esperaban y se dirigieron á palacio.

El paje que los servía de guía los introdujo en un salón, decorado con una suntuosidad verdaderamente regia, en el que hallaron al cardenal gobernador, vestido de púrpura y cubierta la cabeza con el sombrero rojo. Muchos altos personajes, entre los que se notaba don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, y el condestable don Íñigo Velasco, conversaban con él de los negocios del estado, y le referían la grande y gloriosa victoria que acababan de alcanzar en los campos de Villalar y que había dado el último golpe á los facciosos reunidos bajo el nombre de *membros de la santa liga*. El cardenal, asombrado de aquel favor inesperado de la fortuna, prorrumpió en las exclamaciones más alegres, palmoteaba como un niño, se arrodillaba delante de una imagen de la Virgen y volvía á levantarse para dar nuevos gritos de júbilo.

—¡Ah! han sido vencidos! exclamó. Nada tenemos ya que temer de ellos. Sois unos grandes, y hábiles militares, señores. Su magestad, nuestro imperial señor, os recompensará como merecéis. Quien hubiera podido prever un desenlace tan feliz á esta guerra, en que los rebeldes habían llevado siempre la mejor parte?... Porque en efecto ¿no me sitiaron hace algunos meses en Valladolid? No me fué preciso huir de aquella ciudad, de noche, á pié, y llegar como pude á Rio Seco? No me han obligado á escribirles una carta algo humillante antes de volverme mis muebles y mis bagajes que abandoné en su poder? En fin, ya están vencidos! Benditos sean Dios y la Virgen santísima.

—Sí, monseñor, vuestra habilidad ha sabido triunfar de la *santa liga*, interrumpió don Fadrique Enriquez.

—Mi habilidad! No me digáis locuras en que no penséis y de las que no creo una palabra, señor almirante. No lo sido yo, pobre eclesiástico, lanzado por la voluntad del emperador en los negocios públicos, de que nada entiendo, no he sido yo quien ha vencido á los rebeldes: sino vos y el condestable don Íñigo.

—Al menos á vos toca decidir de la suerte de los vencidos y de los prisioneros, replicó el condestable. Que nos mandéis que hagamos de ellos? El cadalso no debo ver caer las cabezas de los gefes, y la prision y el destierro poner á los demas en la imposibilidad de turbar en lo sucesivo el reposo de España?

—El cadalso? el destierro? la prision? Nada de eso, señores. No estáis vencidos? Pues misericordia con ellos. Quese pongan en libertad á los prisioneros para que vuelvan á sus casas.

—Pero eso será principiar de nuevo la guerra civil! Libres é impenes, volverán á tomar las armas y será menester batirlos otra vez. ¿Seréis entonces tan felices como lo habeis sido?

El cardenal los miró con aire consternado.

—No habéis de mí como si hubiese sido el autor de vuestras victorias. Como yo sabéis muy bien que ninguno parte he tenido en ellas. Ah! porque el emperador mi señor se obstina en que yo sea ministro! Pues bien; guardad vuestros prisioneros, pero nada de cadalso. Voy á escribir al emperador, y el glorioso Carlos V decidirá de la suerte de los vencidos. Ahora dejadme; porque quiero hablaros esos ilustres pintores que están ahí es-

perando, y ya sabeis que el emperador mi señor honra y quiere que honremos como él á los pintores y á los artistas.

El cardenal despidió con un saludo al almirante y al condestable. En seguida se llegó donde estaban Margarita y sus dos compañeros que habian permanecido respetuosamente retirados mientras que el cardenal acababa de hablar con don Fadrique Enriquez y don Inigo Velasco.

El principe de la iglesia apenas podia disimular su alegría; se cruzó de brazos y miró de hito en hito á Margarita.

—La España y el emperador mi señor se honran al recibir á pintores tan célebres como vosotros, principió á decir.

Pero de repente abandonó el disimulo, se puso á llorar como un niño y se arrojó en los brazos de Memlinck.

—No conoceis ya al pobre Adriano, á quien la señora Margarita impidió que muriera de hambre al pié de un arbol? Mas si vuestros ojos no me han reconocido, vuestro corazon al menos no os dice que es un amigo el que tenéis delante? Ah! si, yo soy, yo Adriano Boyers, yo el hijo de un carpintero. ¡Ay! si, hijos míos, soy arzobispo, cardenal, gobernador de las Españas! He sido capellan mayor de la reina Juana-la-Loca, despues embajador, luego rejente del reino. Si! yo que me he perdido en las calles de Gante, por mi demasiada torpeza en hablar la casa donde debia vivir con vosotros, yo que no sabia ganarme el pan y que hubiera muerto de hambre sin vuestra caridad, se empeñaron en que gobernara la España con el cardenal Jimenez, el mas hábil diplomático del universo. Continuamente se reía de mi simplicidad y me hacia firmar todos los documentos peligrosos: esto me ha valido la reputacion de gobernador atrevido, de hombre audaz, á mi, hijos míos, á mi que me conoceis tan bien! Ademas, Carlos V. no ha querido creer en mi ignorancia y en mi debilidad, que le he confesado cien veces. Todo cuanto bueno hacen los que me rodean, se me atribuye á mi, pero si sucede algo malo, entonces la culpa es suya. ¡Tan gloriosa é irrevocablemente está establecida mi reputacion de hábil y previsior! Esos dos señores que han salido de aqui acaban de obtener una gran victoria..... Y yo hasta ignoraba que se hubiese dado la batalla. Pues bien! Han tenido valor para venir á decirme que la gloria de haber terminado la guerra civil me pertenece. He aqui lo que es la corte, hijos míos. Asi es que no he gozado un dia, una hora de felicidad desde que la voluntad de Dios me separó de vosotros!... Pero al fin nos vemos otra vez... Abrazadme, ya lo veis, lloro de alegría, oh! cuantas veces he pedido á Dios porque llegase este feliz momento, porqueno ha estado en mis manos realizar este deseo. Mientras vivió el duque Felipe, tuve que ocultar mi nombre á todos: despues fui llamado á gobernar la España, y este pesado cargo no deja tiempo ni libertad.... Bendito sea Dios! ya no moriré sin haber tenido el gusto de veros y abrazaros.

Hallábanse aun los cuatro entregados á sus recuerdos, con la voz conmovida, el corazon palpitante, el alma llena de alegría y de ternura, cuando de repente un hombre, joven todavía, pero de continente grave y severo, entró en la sala. A su vista, el cardenal lanzó un grito de sorpresa y se arrodilló.

—Oh! mi señor, sois vos á quien veo! Dios quiere darme todas las felicidades hoy, pues que me concede el gusto de ver á vuestra majestad y á unos amigos que en otro tiempo aliviaron mi pobreza.

El emperador Carlos V recibió con bondad las palabras de afecto de Adriano, y volvióse á Memlinck y á Antonio Aldovrando.

—El cardenal me ha hablado frecuentemente de vosotros, y aun en mi infancia hice una composicion latina

cuyo asunto era vuestra beneficencia. Os acordais de ella, mi amado preceptor? Sed bien venidos á mi corte, en ella recibireis de mi la hospitalidad, por que el cardenal vá á separarse de vosotros y de mi.

—Separarme de vos y de ellos! exclamó dolorosamente Adriano.

—Si, mi fiel amigo, mi hábil servidor; la España á quien acabais de dar la paz, anonadando por medio de combinaciones arriesgadas y sublimes la faccion fatal de la *santa liga*, la España vá á verse privada de vuestros útiles servicios; pero estos servicios los prestareis al mundo católico. Y al pronunciar estas palabras, Carlos V levantó al cardenal que permanecia arrodillado, se arrodilló él entonces y dijo con respetuosa solemnidad:

—Sucesor del papa Leon X, Adriano VI, muy santo padre, bendecid al emperador católico, porque el sacro colegio acaba de concederos la tiara.

—Oh! este es un sueño! un sueño horroroso! yo, papa! No es posible! A tanto habia de llegar mi desgracia! No sabeis, señor, que yo no soy mas que un pobre hombre, sin talento para los negocios, débil, tímido?...

—Bien sabeis el caso que siempre he hecho de esa modestia exagerada, replicó el emperador. Cuando mil hechos no probasen vuestra habilidad, la derrota de la *santa liga* bastaria para ponerla en evidencia. Vuestra santidad partirá mañana á Roma.

Adriano derramó esta vez lágrimas amargas: besó respetuosamente la mano del emperador, y al retirarse éste se volvió á sus amigos, que estaban prosternados humildemente delante del nuevo soberano pontífice:

—Todavía no soy papa, hijos míos; dejadme vivir el resto de esta noche con vosotros, libre, sin aparato, como viviamos en Dammé. Mañana seré papa, hoy quiero ser Adriano Boyers.

Al decir esto, dió el brazo á Margarita y los cuatro fueron á tomar asiento á la mesa sobre la cual Adriano habia mandado disponer la cena. Despidió á los escuderos y prohibió que nadie entrase. Tomando en seguida un gran pan y un cuchillo:

—Vamos, dijo, quien quiere pan? Os acordais que tenia este encargo en nuestro dulce retiro de Dammé?

Una lágrima, pero feliz, pero escitada por los recuerdos de lo pasado, corrió por las mejillas del nuevo papa. Despues se puso á partir pan y distribuyó rebanadas á sus tres convidados.

CAPITULO ULTIMO.

DONDE EL NOVELISTA DEJA

HABLAR AL HISTORIADOR.

Al dia siguiente, el papa Adriano VI partió con gran pompa para Roma, á donde fué á ceñir la tiara. Se sabe que murió al año de pontificado, y que su vida sencilla y frugal formaba un singular contraste con la pompa y el fastuoso lujo de su antecesor.

Por lo que hace á Memlinck y Antonio Aldovrando, volvieron á Praga colmados de los favores de Carlos V. y hasta un año despues no vino la muerte á separar al maestro del discípulo. He aqui como M. Beckfors, historiador ingles, refiere la muerte de estos dos pintores.

El duque de Bohemia, Jorge de Podebrac, quiso celebrar con un espléndido banquete la vuelta de los dos favoritos. Aquella fiesta fué desgraciadamente interrumpida por la muerte repentina de Memlinck, que hacia tiempo estaba acometido de un apetito voraz que le hacia engullir con una rapidez asombrosa cuanto se le ponía delante. Habíante servido un sollo monstruoso que no bien hubo dejado en esqueleto, cuando sintiendo un frio mortal, llamó á su querido Aldovrando, le apretó la mano

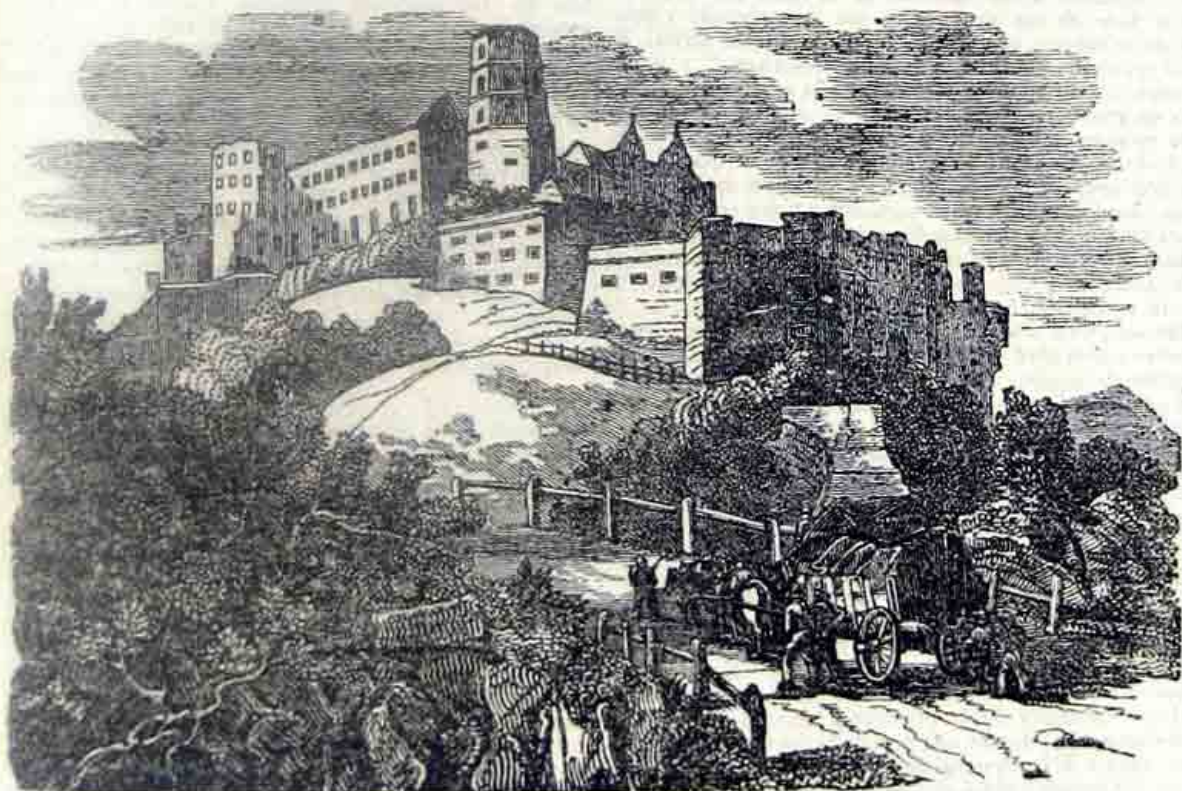
y espiró. Aldovrando vivió largos y felices años que fueron embellecidos por el nacimiento de cuatro hijos, á quienes Jorge dió carta de nobleza. Al fin cansada la fortuna de prodigar sus favores al pintor, obscureció la tarde de su vida con un infortunio imprevisto. Como trabajaba día y noche con sus discípulos en una serie de cuadros que debían representar toda la historia de los godos y vándalos, el lienzo principió á escasear, y Fernando, conolido por las lamentaciones de su favorito, convocó un consejo solemne y le mandó que asistiera á él con Andres Gueph y Og de Basan que llevaron el croquis de la gran obra histórica. Reúnese el consejo, Poderae sube á su trono, las trompetas suenan, los pintores llegan y esponen sus obras á la admiracion de la augusta asamblea, que á una voz confiere á Aldovrando el título de *Magnus*. En seguida se ocuparon del objeto de la convocacion y votan un subsidio para cañamazo.

Muchos miembros de la nobleza se distinguieron en esta ocasion por sus elegantes discursos, y su alteza publicó una proclama en la que declaraba culpable de alta traicion á cualquiera de sus fieles súbditos que ocultase ó enajenase todo rollo ó paquete de cañamazo en el interior de sus estados, impidiendo ó perjudicando por este medio la coleccion que el muy noble y poderoso caballero Aldovrandus Magnus estaba por real autorizacion encargado de hacer. Pronto se vieron llegar de todas partes los carros y carretones que llevaban al palacio de Aldovrando el tributo de cañamazo. Pero transportado de reconoci-

miento é inflamado por ese entusiasmo al que debemos tantas obras admirables, resolvió sobrepujar á sus obras maestras reproduciendo en el lienzo el asunto del príncipe Dahomire, que el año de 1021 fué sepultado por un terremoto en el sitio mismo donde hoy se eleva el palacio de Radzen. Animado por tan glorioso asunto pedía en alta voz cañamazo; pero en lugar de cañamazo sus discípulos con la barba y las cejas abrasadas le llevaron la triste nueva del incendio de su almacén, donde el fuego no habia perdonado ni un pedazo de lienzo. Que desgracia para un genio que tocaba ya el apojeo de su gloria! un parasismo de dolor fue el fatal resultado y gritando sin cesar: Dahomire! cañamazo! S. Lucas! «Aldovrandus Magnus espiró.» No hubo en Praga una persona que no sintiese su muerte. El duque jimió, los cortesanos lloraron, sus discípulos pintaron la catástrofe, el pueblo vistió luto, la universidad compuso epitafios y el profesor Clod Lumpewitz aventajó á todos. Su obra ha sobrevivido felizmente al naufragio del tiempo y nosotros tenemos el placer de poder presentarla á nuestros lectores.

*« Pictor Alexandri titulum gerit Aldovrandus:
Pictor erat magnus: magnus erat Macedo
Mortis erat similis (sic fertur) causa duobus:
Huius regna, autem illi cannaba deficiunt. »*

ENRIQUE BERTHOUD.



GLORIAS DE ESPAÑA.

LOS INFANTES DE ARAGON.

I.

A una serie nunca interrumpida de belicosos triunfos, se debió el establecimiento y la prosperidad de la antigua corona de Aragón. Tuvo su cuna, lo mismo que la de Asturias, en las elevadas cumbres de las montañas: refugio indispensable de los que al declararse en contra del colosal y despótico poder, que entonces oprimía á la España, necesitaban valerse de la seguridad que podía prometerles una buena posición local, puesto que sus fuerzas eran insignificantes para la empresa que acometían. Llegaba un día sin embargo, en que el corto número de hombres determinados tomaba mayor incremento, y pocos guerreros, acostumbrados á vencer y ansiosos de la gloria del vencimiento, salían de los sitios ásperos y encumbrados y descendiendo á lidiar en las llanuras, iban ganando palmo á palmo contra los moros usurpadores un terreno que de antiguo les pertenecía. Los intrépidos aragoneses así lo hicieron, y entre sus célebres victorias del siglo undécimo, ningunas tan importantes y numerosas como las del reinado de D. Sancho I. Célebre es este personaje en los anales de Aragón, por los singulares acontecimientos de su vida, por la continua serie de sus victorias, y por la inesperada y poco gloriosa muerte que vino de un golpe á terminarlas. El fue quien dió unidad á la naciente monarquía, y quien ensanchó sus límites, ganando por la armas en la llanura un gran número de ciudades y de villas á los infieles. Se apoderó de Barbastro á vista de los reyes moros de Lérida, de Monzon, de Balaguer y de Fraga, que lejos de acudir á impedirlo, acudieron sí á pagarle tributo. Estendió sus conquistas por Navarra tomando á Bolea en las márgenes del Guga, y siendo el fundador de la nobilísima Estrella. Tan esclarecido príncipe tenía proyectada la conquista de Zaragoza y para asegurar mas el buen resultado de esta expedición importante, quiso antes apoderarse de Huesca, y en el año de 1094 se puso con todas sus armas sobre esta ciudad. Grandes obstáculos se oponían á la rendición de la plaza: su renombre de *vencedora*, heredado desde el tiempo de los romanos, comprometía á que no le desmintiesen los muchos y muy aguerridos campeones que allí se habían refugiado. La fortaleza y seguridad de los muros era otro no pequeño obstáculo; pero lo que sobre todo daba mayor cuidado, era que los de Huesca en virtud de secretas inteligencias con D. Alonso rey de Castilla, habían conseguido de este monarca, despachar un cuerpo de tropas, que entrando por tierras de Navarra, distrajeran hácia aquel punto, sino todas, al menos parte de las fuerzas que sitiaban á Huesca. Así sucedió en efecto, y los infantes de Aragón, Don Pedro y Don Alonso, que ya ejercitaban su valor al lado de su padre Don Sancho, salieron de orden suya al encuentro de los enemigos. En la presteza y bravura con que los desbarataron, dieron una prueba brillante de su heredado valor y de fraternidad de armas. En medio de las guerras y funestas disensiones entre hermanos, que tan repetidas veces nos presenta nuestra historia nacional, consolador es por cierto encontrar aquí dos ilustres hermanos, tan unidos siempre por los vínculos del parentesco como por su unánime y constante cooperación á un mismo designio.

Cuando los victoriosos infantes dieron vuelta al campamento, perdida era para los de Huesca toda esperanza de socorro. Tarde ó temprano la ciudad había de rendirse; mas este suceso no se verificaba con la prontitud que convenia al impetuoso carácter de Don Sancho. A pesar de que tomando la plaza por asalto, no se haría dueño de ella á tan poca costa como había creído, estaba casi resuelto á apelar á este último extremo y salía con alguna frecuencia á reconocer las murallas enemigas. Aconteció que un día en estas exploraciones por los puestos avanzados del campamento, se adelantó el Rey mas de lo que acostumbraba. Como que nunca faltaban en las almenas de Huesca, gentes para observar cuanto pasaba en la campiña, era espuesto caminar por allí. No faltó quien se adelantase á hacer presente esta circunstancia al Rey don Sancho que iba solo y sin armadura delante de su séquito; pero él embebido en sus pensamientos no hizo caso del aviso. Era porque al reconocer los muros de la ciudad, había hallado por fin un sitio el mas apropiado en su concepto para dar el asalto y no pudo menos de mostrarse á sus gentes, deteniéndose un poco y estendiendo el brazo hácia la muralla. Una flecha silvó al mismo tiempo en los aires y vino con fuerza á clavarse en el costado de don Sancho, que herido de muerte, lanzó un grito de dolor al que contestaron otros de júbilo en las murallas enemigas. Cundió la nueva de esta desgracia con la celeridad del rayo por todo el campamento, produciendo en él suma agitación y llegando á tiempo de que los infantes don Pedro y don Alonso, acudiesen á recoger el último suspiro de su padre: con él tambien recojieron sus postrimeras palabras.

—Muero hijos míos, les dijo; pero es con el consuelo de que vosotros, que habeis coadyuvado á mis empresas, sabreis terminarlas noblemente.

—Y vengar vuestra muerte, clamaron los jóvenes.

—Si, prosiguió el mayor, juntos pereceremos ante esa pérdida ciudad, ó conseguiremos que vuestra sangre que de vengada en la ruina y esterminio de sus orgullosos habitantes.

II.

—A pesar de la animosa resolución de los dos hermanos para vengar cuanto antes la prematura muerte de su padre el rey don Sancho, seis meses eran pasados cuando el estandarte de la media luna aun tremolaba sobre los muros de Huesca. Bien conocían los sitiados, que cada gota de sangre del difunto monarca había de producir torrentes de la suya propia, y en virtud de esta convicción se defendían desesperadamente, sin omitir medio ni diligencia alguna para conservar su existencia y entorpecer la acción de sus enemigos. Tenían además á su favor otra ventaja de que sabían aprovecharse. En medio de los encontrados intereses de los poderosos de aquella época, y de la revuelta que en las costumbres y en el orden civil producían tantos años de guerra encarnizada, fácil cosa era indisponer á los unos contra los otros, y fortalecer un partido con aquellos mismos, que en el orden natural de las cosas debían ser sus mas declarados enemigos. Que los habitantes de Huesca hallasen prontos á sostener su causa á los moros de Zaragoza, que al fin tenían su misma religion e intereses, no debe causar admiración; pero la maravilla es que contasen tambien en-

tres favorecedores, algunos señores cristianos. Los hubo que no escrupulizaron preparar sus huestes para que unidas con las de la morisma, cayesen sobre las tropas fieles que al mando de los infantes sitiaban á Huesca. Ejemplo que no es el único en nuestra historia para manifestar, que las pasiones é intereses particulares sofocan á veces la voz de la religion y el deber. Division inconcebible en presencia del enemigo comun, demasiado fuerte para obtener por sí solo ventajas decididas aun cuando no mediara escision tan funesta. En otros paises se separan despues de la victoria ó se unen por obtenerla; pero en España los partidos se sostienen vigorosos é irreconciliables en medio de la lucha de que pende la suerte, la libertad y la civilizacion del pais.

En la ocasion presente no se verificó esta especie de anomalia sin ir acompañada de uno de aquellos rasgos singulares, que revelan la originalidad del caballeresco caracter de nuestros antepasados. El infante don Pedro, el mayor de los dos hermanos, y el que aun en vida de su padre ya se titulaba rey de Ribagorza y de Sobrarbe, era entonces el que habia heredado la corona y los estados de Aragon, y el que por consiguiente dirigia y apretaba mas el sitio de Huesca. Ya tenia él algun indicio de la conjuracion y daño que se le aparejaba, mas para que no le quedase duda sobre el particular, cierto dia le presentaron un desconocido al que sus tropas acababan de sorprender á la entrada del campamento, diciendo que necesitaba hablar al rey sin tardanza.

—Vengo á comunicaros, le dijo, un mensaje importante de parte de D. Garcia conde de Cabra.

Atendió el semblante del monarca al escuchar aquel nombre, lo cual conoció por el mensajero se apresuró á decir:

—¿Bien conoce el conde mi señor que estareis quejoso de él, porque tomó parte á favor de vuestros enemigos; mas antes que procurampais en reconvencciones contra su conducta, permitidme que os la explique. Debeis ver en él, un hombre que precisado por sus compromisos y por la fidelidad que debe á su palabra á ser vuestro enemigo, quiere al mismo tiempo ser un contrario generoso. Pudiera acometeros de improviso, hallandolos desprevenidos; mas le repugna todo medio de venganzas, que no sea el de su noble esfuerzo. Me envia espresamente á deciros que sus vasallos con los de D. Gonzalo y las numerosas tropas de Almozaben, rey de Zaragoza, vendrán de un momento á otro á caer sobre este campamento y hareros levantar el cerco de la ciudad. Previo este aviso, podéis atender á vuestra seguridad, por que temerario seria resistir á tantas fuerzas reunidas y en este caso deberéis vuestra salvacion al mismo que contra vos cupiéra la espada; mas si os aperridis á la pelea, será un desafío á toda ley y cortesania.

—No me estraña la artificiosa conducta del conde, ni desconozco sus secretas y ambiciosas miras: lo que si me importa, es que haya hombres..... verdaderos aragoneses que le sigan. ¿Es posible que esos soldados, algunos de los cuales militaron bajo las banderas de mi padre, tengan valor para venir á clavar sus aceros en el pecho de sus hermanos de armas?

—Subditos valientes y leales, los que siguen al conde de Cabra, sabrán cumplir sus mandatos y arriesgarse por él en la batalla; al paso que desearian que el cielo les otorgase la merced de emplear sus brazos y espadas en pro de otra causa mejor.

—Decis bien.

—¿Me ordenais alguna cosa que decir al conde mi señor?

—Sí: podéis decirle, que agradezco su aviso aunque no le necesitaba, que en cuanto á levantar el asedio de esta plaza, hemos hecho juramento de no verificarlo hasta su rendicion y castigo, y que si no nos es dado cumplir nuestro juramento sera, porque antes pereceremos

lidiando con los que se precian de desleales á su religion y su patria.

III.

Cuando, según lo prometido, llegaron las tropas coligadas á vista de Huesca, hallaron á las de Aragon apercebidas á todo trance. Estaban los moradores de la plaza, tan debilitados por el largo sitio, carencia de vituallas y por las fatigas de la guerra, que seguro el rey don Pedro de que no saldrían á molestarle, no titubeó en dejar á sus espaldas la ciudad, saliendo á presentar batalla á sus enemigos en la estensa llanura de Alcoraz, célebre desde el suceso de esta contienda. Allí reunidas las tropas de los dos hermanos esperaron á los enemigos que si eran superiores en número, no estaban tan disciplinados ni tenían tan buena causa que defender. El infante D. Alonso que mandaba la vanguardia, fué el que impelido por el ardor de su juventud y su enojo santo por la muerte de su padre, se precipitó el primero espada en mano sobre los enemigos. Siguióle con todo el grueso de la gente de guerra, el ilustre Bacalla, el progenitor de la estirpe de los Lunas, y el que por su valor y merecimientos, obtenia entonces toda la privanza de los dos principes. El Rey D. Pedro, dispuesto á acudir donde mas necesaria fuese su presencia, animaba con su resolucion y serenidad á los que advertia sobrecogidos por el gran número de infantes que ocupaba el valle. Entretanto la batalla se hizo general sin que la victoria se inclinase á uno ni á otro bando, á pesar de los inauditos esfuerzos de los dos partidos beligerantes. Los ciudadanos de Huesca no se atrevieron efectivamente á salir de sus murallas, limitándose á contemplar desde lo alto de ellas una lucha tan terrible en aquella vasta campiña, donde tremolaban tantas banderas, donde deslumbraban los vivos reflejos del sol en cascos y corazas y donde resonaba un espantoso estruendo, producido por los clarines y otros instrumentos bélicos, por el continuo golpear de las armas, lamentos de los heridos, clamor y algazara de los vencedores. Antes se acabó la luz del dia, que el ardoroso hrio de los combatientes y fué preciso reservar para el inmediato, el término de una contienda que impedian continuar las densas tinieblas de la noche. Congojosa fué esta para los cristianos que desconfiando aun del éxito de la batalla deseaban apresurarle cuanto antes. D. Pedro, el mayor de los dos hermanos y el que tenia mas responsabilidad en las consecuencias de aquella jornada, pasó toda la noche á solas en su tienda y abismado en tristes reflexiones. Sentia á veces desfallecer su valor; mas cuando le acometia tan inusitado desaliento, acordábase de su padre y aun se le figuraba delante de sí, con ojos brillantes como fuego, indicándole con espresion amenazadora el sitio donde tenia clavada la flecha. De esta especie de enagenacion mental salia el infante con mayor denuedo, y tan resuelto á la pelea cual si ya le animase secreto presagio de la victoria. No se dudó un momento de ella así que la aurora anunció el nuevo dia, con cuya luz se distinguió claramente á los enemigos desfilando en retirada por el camino de Zaragoza. Como las tropas de Aragon habian permanecido sobre las armas toda la noche, partieron con celeridad inaudita en pos de los fugitivos, dándoles alcance para hacer en ellos una horrible matanza. La gente del rey Almozaben á pesar de ser la mas interesada en aquella lucha, fué la primera á huir y pasada á cuchillo; pero los pocos soldados cristianos que habian auxiliado á los moros preferian morir en sus puestos antes que volver las espaldas. Hubiera perecido hasta el último, si los infantes gozosos por la victoria y cansados de tanta mortandad, no hubieran cruzado el campo en sus veloces caballos gritando:

—Dad cuartel á los cristianos.

A esta voz repetida en el acto por los gefes del ejér-

cito, debieron muchos la vida y entre ellos el mismo conde de Cabra, hecho prisionero en la refriega. Así terminó esta batalla la mas reñida, sangrienta y memorable de la época. El número de enemigos muertos se hace subir á cuarenta mil, entre ellos cuatro reyezuelos ó capitanes principales. Por esta causa el vencedor D. Pedro ordenó, que en los cuarteles de su escudo, se pusiesen

cuatro cabezas rojas sobre el fondo plateado donde ya estaba grabada la cruz de Aragon.

A los nueve dias de la batalla, este nuevo blason de la victoria, ya estaba plantado sobre las rendidas murallas de Huesca.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS DE AGRICULTURA.

Cultivo del Té.

El arbolito cuyas hojas producen esa bebida aromática que la costumbre ha hecho indispensable á muchas personas, es indigena de la China y del Japon, únicos paises donde se cultiva con un objeto útil. Está siempre verde y se asemeja algo al murto. Su altura varia entre tres y seis pies, resiste los climas mas opuestos, pues se cria igualmente en las cercanias de Canton, donde el calor es al-

gunas veces insoportable aun para los naturales del pais, y en las de Pekin donde el invierno es generalmente tan rigoroso como en el Norte de la Europa. Pero sobre todo en la provincia de Nankin, cuyo clima goza de un temperamento medio entre los dos extremos de que acabamos de hablar, es donde se coge el té de una calidad verdaderamente superior. La mayor parte del que se lleva á los mercados de Canton y se vende á los europeos esta preparado por los industriosos habitantes de la provincia de Fokien. Esta planta preciosa parece prospera mas en los vallados, sobre la pendiente de las colinas espues-



Cultivo del Té

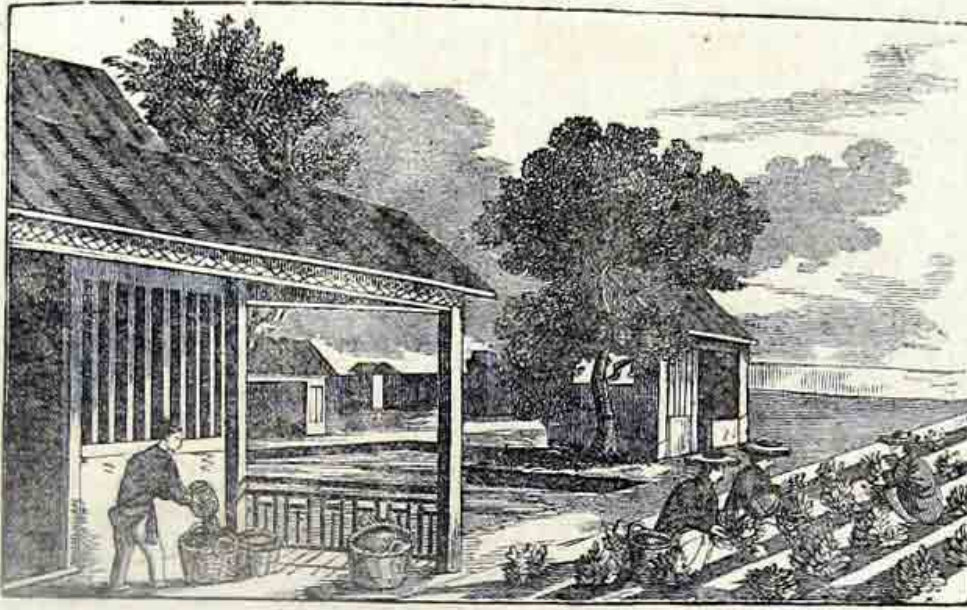
tas al mediodia y principalmente en las orillas de los rios ó arroyos.

Giovani Botero, que en 1590 publicó un tratado sobre las causas de la prosperidad de los pueblos, es el primer autor que ha hablado del té sin pronunciar su nombre: pero lo describe tan bien que es imposible equivocarse: los chinos, dice, tienen una planta de la que extraen un jugo delicado que les sirve de bebida, reemplaza al vino y los preserva tambien de todas las enfermedades que causa entre nosotros el uso immoderado de los licores fermentados.

El arbol del té se propaga por la simiente. Esta operacion está representada en la primera lámina que acompa-

ña á este artículo. Abrense á iguales distancias unos agujeros que forman hileras regulares, y en cada uno de ellos se depositan seis y aun doce granos; porque apenas es productiva la quinta parte. Se los riega cuidadosamente hasta que llegan á brotar, y aunque entonces pueden pasarse sin este cuidado, el cultivador inteligente prepara el terreno todo los años y lo limpia de yerbas inútiles.

Algunos viajeros aseguran que el mejor té se cria en las montañas escarpadas en medio de las precipicios, y que no pudiendo los chinos llegar á esos lugares inaccesibles, acostumbra perseguir á los monos que los habitan y provocarlos arrojándoles piedras, á fin de que es-

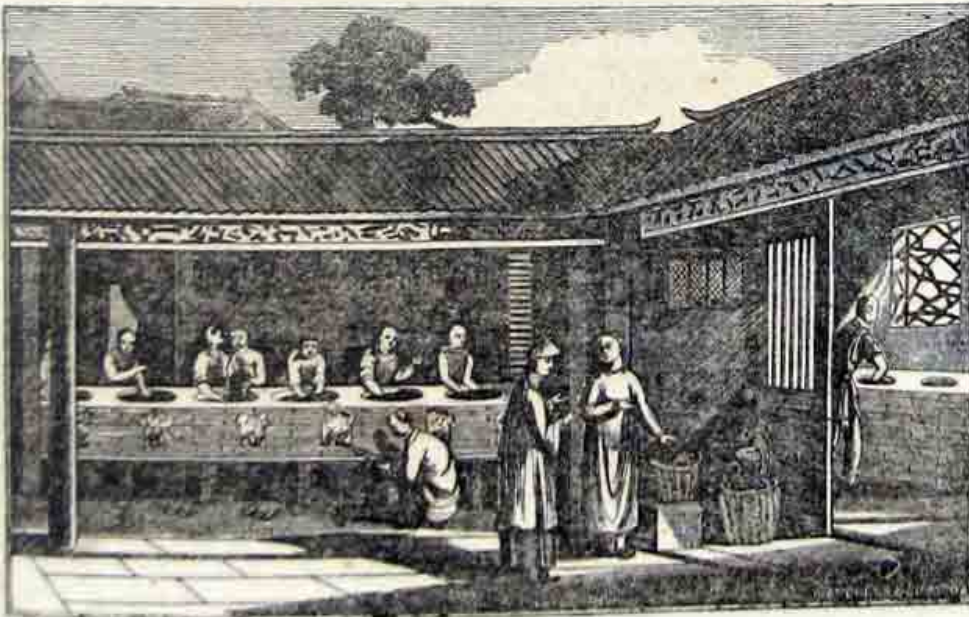


Cosecha de las hojas del Té.

dados estos animales por tales medios les lancen en cambio ramas de té. Este cuento ridiculo se refuta por sí mismo, pues que se trata de una planta que necesita la industria del hombre para medrar.

La primera cosecha se hace al cabo de tres años; las hojas están entonces en todo su verdor y son muy abundantes; á los siete años el árbol ha llegado ya á toda su altura, y el follaje es escaso y correoso; entonces se corta el arbolito por el pie lo cual produce en el siguiente estio una cosecha fértil de vástagos nuevos; algunas veces en embargo se difiere esta operación hasta los diez años.

Cójese el té con las precauciones mas minuciosas; cada hoja es arrancada separadamente del tallo; y se exige una excesiva limpieza de los que se ocupan en este trabajo. Existe en el Japon, cerca de una ciudad llamada Utsi, una montaña donde se cree que el té adquiere un sabor mas exquisito, por cuyo motivo se reserva todo para el emperador: un ancho foso rodea aquel lugar privilegiado y prohíbe su entrada á todo el mundo á escepcion de los guardas. Protejido el arbusto por sus asiduos cuidados sufre poco la niemperie de las estaciones, pues hasta se procura que nunca contenga polvo su follaje. Algunas semanas antes de la recoleccion, los trabajadores destina-



Desecacion y preparacion de Té verde.

dos á ella, se alimentan con viandas escogidas, porque hasta se teme la influencia de su álito. Durante esta operación sus manos estan cubiertas con guantes; y se bañan dos ó tres veces al día.

Apesar de la lentitud de tales procedimientos, un hombre solo puede cojer de diez á quince libras de té en un día. Se hacen tres ó cuatro cosechas al año desde fines de febrero hasta el mes de agosto; los productos de la primera son los mas estimados; en China se les llama té imperial; no van á los mercados de Canton, y las últimas cosechas mas ó menos mezcladas son casi las únicas que llegan á Europa.

Están de tal modo divididas las tierras en la China, que el número de haciendas de alguna estension es muy reducido, si es que existe; el propietario y su familia bastan comunmente para el laboreo, y las hojas se venden en el acto á las personas que se encargan de secarlas y de ponerlas en estado de ser remitidas á los mercados de Canton.

Los medios empleados para la desecacion varian segun la calidad. Algunas veces se contentan con esponerlas bajo un velo á los rayos del sol, removiendolas frecuentemente; el método representado en el tercer grabado y que vamos á esplicar, solo se aplica al té verde.

La pieza destinada á este uso contiene de diez á veinte hornillos, en cada uno de los cuales se coloca una vanga de hierro poco profunda. Al otro extremo hay una larga mesa muy baja cubierta de esteras. Cuando las vasijas están calientes á la temperatura conveniente, se echan en ellas algunas libras de hojas recién cogidas; apenas perciben el calor se abren y sueltan parte de su jugo; entonces es preciso menearlas con la mano con sumiligerza hasta que no puedan tocarse, sin quemarse los dedos: en seguida las sacan con una especie de cuchara plana y las depositan sobre las esteras, donde los que deben enrollarlas las cogen en pequeñas cantidades y las vuelven en la palma de la mano cuidando de no dadas mas que una sola direccion: otras personas echan aire con una



preparacion y mezcla del Té.

abanicos, á fin de que refrescadas al momento conserven mejor su pliegue. Esta misma operacion se repite tres ó cuatro veces, y mas si es necesario; pero en cada una de ellas las vasijas reciben un calor menos fuerte, y los mismos procedimientos se renuevan con una lentitud y precisiones siempre progresivas. Hubo un tiempo en que se creyó que el té verde se secaba en platos de cobre, y que su color era debido á esta circunstancia que hacia al mismo tiempo perjudicial su uso; pero la falsedad de esta opinion esta hoy reconocida.

El origen del uso del té en China se pierde en la noche de los tiempos: es universal en todo el imperio y se encuentra en la mas humilde cabaña como en el palacio imperial. El que el pueblo consume es, no solamente de una calidad inferior, sino muy floja; porque los naturales del pais aprovechan las hojas ya hervidas, rociandolas con agua fria.

Los chinos toman el té tres veces al dia por lo menos, y las gentes acomodadas muchas mas. Forman una parte de los sacrificios religiosos. En China se prepara del mis-

mo modo que entre nosotros, pero no se añade ni leche ni azucar.

He aqui algunos detalles dados por M. Ellis acerca de una visita hecha por lord Amherst á Kivang, mandarina de una clase elevada: el té que nos sirvieron, dice, es el llamado Yn Tien, que solo se emplea en las grandes ceremonias: es una hojita verde y muy aromática; sobre las tazas de lord Amherst y de Kivang pusieron una vajilla de plata horadada, á fin de detener al pasar el liquido la mas pequeña partícula de las hojas. Estas tazas se asemejan á las nuestras de café y se colocan sobre bandejas de madera ó metal que recuerdan los bares chinos.

En el Japon donde el té es tambien una bebida comun á todas las clases, se le reduce á polvo estremadamente fino; se llenan las tazas de agua hirviendo y se echa en cada una de ellas con la punta de un cortaplumas, un poco de este polvo. Se guarda en cajas muy elegantes.

El poco tiempo que ha transcurrido desde la introduccion del té en Inglaterra, puede hacer mirar como un verdadero fenómeno la estension prodijiosa de este ramo

de comercio. Dicesa que los holandeses introdujeron su uso á principios del siglo 17; pero no se encuentra ningun vestigio hasta 1650. Diez años despues, un aeto del parlamento lo equiparó, como materia imponible, al café y al chocolate. Su uso sin embargo estaba muy distante de generalizarse aun entre las personas de alto rango. Pepes dice en su diario de 25 de setiembre de 1661:

«Envíe á buscar una taza de té, bebida china que jamas habia probado.»

Tres años despues, algunas libras de té no eran consideradas como un presente indigno de un rey; Carlos II recibió semejante agasajo de la campaña de las Indias Orientales que en 1667 dió por la primera vez orden á sus agentes para que le enviaran cien libras; dicesa que las primeras se vendieron á sesenta chelines cada una (300 rs.)

Este comercio no hizo mucho progreso en Inglaterra. Al principio del siglo XVIII la importacion no subió á ochocientas mil libras en los dos primeros años. pues solo era entonces un objeto de lujo reservado á la opulencia: servíase el té en teteras de la mas hermosa porcelana, y se tomaba en tazas tan pequeñas que apenas contenian un par de cucharadas. Es probable que á esta época se refiere la sabida anécdota de John Bull, que cuenta que un muggercampesina al recibir de regalo algunas onzas de té bregó que era una legumbre extranjera; la hizo hervir

mucho tiempo para dejarla muy tierna, en seguida arrojó el agua y logró persuadirse que aquel plato de nuevo jenero era excelente. En 1831 entraron en Inglaterra 26,043,223 libras de té.

En Francia el uso del té no se estendió en mucho tiempo fuera de un reducido círculo de casas ricas, de algunos cafés y de los puertos de mar que están habitualmente en relaciones con la Inglaterra y Holanda. Hoy se cuentan pocas casas de familias acomodadas, no solo en las ciudades sino hasta en el campo mismo, donde no se use el té, ora como medicina, ora como objeto de consumo, principalmente en las sociedades llamadas *soirées*. En Portugal está tan en boga su uso que el mayor obsequio que puede recibir un forastero ó extranjero es una taza de té, que llaman *char*. En los Estados Unidos, las sociedades de la templanza, que se esfuerzan por arrancar al pueblo de sus hábitos de embriaguez, han llegado á sustituir en muchas partes el uso del té al de los licorres fuertes. Este cambio ha producido notables mejoras en la conduccion de los barcos y carruages, en la construccion de caminos y de trabajos industriales de toda especie. Respecto á la influencia que esta substitution puede ejercer sobre las costumbres del pueblo, es demasiado evidente para que nosotros nos detengamos en demostrarla con ejemplos que podriamos tomar de ese mismo pais que acabamos de citar.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

Biografía de un Ojoso.

Todos los hombres tenemos lo que se conoce vulgarmente con el nombre de manías: las sociedades las tienen tambien y hasta los pueblos y las naciones enteras no están desgraciadamente exceptuadas de esta plaga. España es uno de los países de que se ha apoderado con mas impetuosidad la manía de imitar á todos los demas, de ahí el origen de las modas ó sea el arte de buscar los medios de asemejarse unos á otros; de ahí ese furor de hacerse empleado de donde proviene la afeccion de la empuñadura. El escribir de literatura es tambien hoy una verdadera manía; apenas un muchacho ha limpiado á su tapa el polvo que cogió en los bancos de la cátedra, en las ocasas y ceremoniosas visitas que la hacia, cuando reclama grave y satisfecho: *ya soy literato*. Y armado de sus gafas ó su lente, mueble inseparable del hombre que se dedica á las bellas letras, y calado su sombrero hasta las cejas, mide sus pasos reflexivo y meditabundo sin dignarse dirigir una mirada á los demas como no sea desdenosa y espresando una pedantesca superioridad. En estos calamitosos tiempos que corren, primero que á manejar la pluma y á ojear nuestros autores clásicos se aprende á esteriorizar el individuo y despues se arroja impudico cualquier mocete imberbe en brazos de la proteccion de un editor, y dispone á su antojo de la parte inferior de un periódico, zarcando folletines ó plagian-do y prohibiendo novelas francesas ó rancios cronicones. Esta es la literato-manía, y hay literatos en pretension, literatos de surtido y pocos literatos buenos y de profesion. Yo que no me considero exento de las manías que afligen á la humanidad, fui pretendiente á un empleo y como no logré alcanzarlo cal también en la manía de escribir. Púsemme á ello con gran entusiasmo despues de aderezar mi pluma y disponer

mi papel en cuartillas, lo primero que me ocurrió fue empezar con un asunto histórico, pero no me salia bien y emprendí con una letrilla satirica, y como tampoco me ocurriesen conceptos, abandoné este camino últimamente despues de empezar siete distintos pensamientos y cada uno siete veces, resolví aburrir de mi poca vena y convencido de mi mucha necesidad en emprender una senda tan estrecha y tortuosa, sin haber siquiera reparado en las huellas brillantes y luminosas que dejaron los que antes la recorrieron y recorren con tanto acierto y seguridad; resolví, pues, salirme, á pasear, ocupacion diaria y frecuentemente única que desempeño con una maestría y un aplomo particular, y que si no me dá hora ni provecho no me deja ignorar por lo menos las ocurrencias de la capital, la aparicion del cometa, las noticias políticas, y el asunto sobre que versa la discusion en las córtes. Leo en el café los periódicos y todos los anuncios y carteses que se fijan en las esquinas, estoy al corriente de las publicaciones nuevas de periódicos, libros, etc. doy razon de las funciones de teatros, de quien posee el especifico para curar radicalmente y sin molestia los callos, y por último de donde se vende el acreditado balsamo toni-purgativo panquimagogo perfeccionado. Todo esto lo veo, lo oigo, lo leo sin costarme el dinero y sin que tenga necesidad de que me lo cuente nadie.

Sin embargo como esta ocupacion no se paga ni está como debiera pensionada por el gobierno, cuando creo seria de gran utilidad estos ayuda-memorias universales, no estrañaran los que hasta aquí hayan tenido el heroico sufrimiento de leerme, que mi estado financiero corra parejas con el del estado, es decir que mis acreedores son tantos y por tan considerables sumas como los de este: son no obstante los que representan el suficiente número de artifices, maestros y proveedores que cualquier hombre hourado necesita para cubrir sus necesidades físicas y estomacales. Esta es una de las razones mas poderosas que generalmente me hace huir del nido con los primeros albores de la mañana, y al que no vuelvo sino á la

hora crítica de efectuar la trasmigración de mi tísica olla á la enorme y ardiente cavidad de mi estómago; esto es si no me he hallado algún amigo antiguo que llegue casualmente de afuera, y al que por vía de portazgo ó derecho de aduana, le exijo dos pesetas con mucha prisa y urgencia para pagar una friolera en una tienda, celebrando la oportunidad de encontrarlo porque me evita un viaje á mi casa, y corriendo si logro mi intento á depositarlas á una modesta hostería ó cuando mas á la fonda de Europa.

El día en que me dió la ridícula manía de escribir, me encontraba no se porque anómala casualidad con la dicha de contar en mi aseado bolsillo (y digo aseado por que es la parte mas desusada de mi vestido) la considerable suma, el inagotable tesoro para mí de veinte y cuatro rs., en dos monedas que fácilmente adivinaran mis lectores; cuando quise echarme una ojeada y reparar en cual de los objetos que me rodeaba podría emplear mi cuantioso capital, eran tantos los que pretendían y suplían relevo que por querer atender á todos no me encontraba con valor suficiente para emplearlo en nada. Sacaba mis monedas, las contemplaba ansioso, las miraba con la escrupulosa atención de un anatómico, leía el año de ellas y después lamentando el sacrificio con ánimo decidido y resolución heroica me las volvía á guardar.

Esta operación la efectué distintas veces después de salirme á la calle y enderezando mi escuálida y aerea persona por el Prado, seguí caminando maquinalmente y como impulsado por secretos resortes hácia el paseo de las delicias en dirección del canal, como si el movimiento regular y automático de mis piernas estuviera de acuerdo con la sucesión de ideas y reflexiones téticas y desconsolidadoras en que me habia sumergido entonces después de la revista metálica. En aquel momento hacia en mi mente los ratiocinios mas abstractos que pudiera imaginar el mas aferrado filósofo, nada para mí significaban el dinero, ni ambicionaba riquezas ni gloria, ni comprendí la agitación y continuo desasosiego de la multitud, solo en mi sombría contemplación, en mi éxtasis sublime, leía en el firmamento Dios, universo, creación... y el hombre nada. En este estado, casi de enagenación mental, y peligroso por el parage, promediaba por entre las espesas calles de árboles y orilla del agua la distancia que separa el embarcadero del puente de Sta. Isabel, cuando hirió mis oídos una voz lastimera que parecia salir del fondo de la tierra y que decía: triste de mí!... Miré á todos lados, di algunos pasos en todas direcciones y mi admiración creció al paso que no lograba descubrir ningún humano ser viviente: tú, compañera improvisada de encarnelamiento!, pretendes que te relate la historia de mis infortunios!... repitió la voz con tono mas lúgubre. Esta vez confieso que bañaba mi rostro un sudor copioso, un frío glacial se apoderó de mis miembros, al reconocer que aquel acento era yo mismo quien le producía, apesar que mis labios permanecían cerrados é inmóviles.

Pues bien, continuó, te contaré breve y compendiosamente mi aventurera vida, que si se hubiera de escribir, no bastaría una masa de tinta igual á la que se aposenta de agua entre las margenes de ese hediondo canal!

Al llegar aquí observé con menos espanto aunque con mas admiración que la voz salía del fondo del bolsillo de mi chaleco; fui á echar mano y con las yemas de los dedos dentro de él me quede parado y estupefacto sin determinar á profundizar por temor de interrumpir al que decía así:

Nací en las inmediaciones de Méjico de padres nobles y honrados, segun me han asegurado porque nunca los conocí. Mi madre se llamaba Mina y murió de sobre parto y mi padre el Tiempo, ambos señores muy respetables: mi padre vive pero es tal su afición á los viajes que nunca hace parada en ninguna parte, siempre va corriendo, ya es anciano y dicen los que le conocieron que tiene

muy mal genio. En fin como mi padre me abandonó, habieron la caridad, Dios se lo premie, de recogerme en una casa de expositos donde á fuerza de calentarme los huesos me sacaron ya descortezado y como dicen los de esta tierra sin el pelo de la dehesa; pero donde acabaron mi educación fué en la misma capital de Méjico. Allí me bautizaron porque es uso de mi país reformarle á uno la cara y no recibir este sacramento hasta que estan persuadidos que es el niño susceptible de larga vida. Reformaron mi rostro poniéndome de manera que parezco hermano de Carlos IV; me bautizaron con el nombre de peso duro español, me pusieron nacido el año de 1790, y me dieron el empleo de veinte rs. al servicio del rey de España. Inmediatamente me reunieron con muchos otros paisanos míos y me entregaron á un general para militar bajo sus órdenes; pero él dijo que soldados tan formidables y naturales del país, éramos peligrosos y que mejor estaríamos en la península: discurrendo así nos mandó á todos prisioneros de guerra. Aquí empieza el triste relato de mis desgracias. Después de una navegación feliz en que nada ocurrió notable arribamos á Cádiz y allí nos entregaron, recontándonos escrupulosamente á una señora, esposa del general; étenos en tierra extranjera y sin esperiencia de mundo; mientras estábamos reunidos se pasaba tal cual, pero bien pronto empezaron á diseminarnos destinando á cada uno á distintos depósitos y cuarteles. Valgame Dios cuantos trabajos y sinsabores he pasado en este proceloso mundo! (ya habrán conocido mis lectores que la conversacion pasaba entre el duro y la peseta que hacían mi tesoro y mi felicidad aquel día). A mí me destinaron inmediatamente y después de haberme tenido encerrado y privado de la luz del sol en un secreto cajon de una cómoda, al poder de un comerciante que daba ganancias á los que nos ponían de sirvientes ó en tutela, es decir que nos alquilaban como si fuéramos trages de máscara.

Ya por fin salí de Cádiz después de otros sucesos insignificantes, y me transporté á Madrid con gran contento mio y con esperanzas de mejor fortuna en el magrriento zurrón de un mayoral de mensagerias. Aquí me entregó mi conductor por encargo de su familia á un jóven que se hallaba estudiando y que en union de otros compañeros míos traíamos el encargo especial y única misión de servir para satisfacer el importe de su posada. Puedes concebir lo veloz y puntual que acudiria mi jóven amo, retratándose en su semblante y en el de otro camarada que le seguia las muestras mas evidentes del gozo y satisfaccion. Pero ¡qué rápidos fueron estos momentos y que fugaz mi existencia en su poder! En manos de un estudiante un peso duro es como la aparición brillante de un meteoro cruzando temerario y atrevido el espacio que ilumina sin lucir, es como el pálido reflejo de un relampago que huye antes de aperebirse el que lo mira, y cuando se ha esperado largo tiempo; no celebrarian tanto los judios la llegada del Mesias ni recibieron al Salvador en Jerusalem con tanto aparato y regocijo, como se magnifica y aplaude su ingreso en el esquilnado fondo estudiantil.

La noche comenzaba á estender sus sombras cuando esto acacia y mi amo y su amigo entablaron una agitada discusión acerca del objeto á que me habian de destinar, olvidando la sagrada misión para que habia sido llamado; ello es que después de andar un rato me encontré en una sala donde se desplegó á mi vista un espectáculo nuevo y que me llenó de admiración. Al rededor de una mesa circular en cuyo centro se divisaban montones de paisanos y compañeros míos se hallaban sentados una porcion de hombres que pálidos como la muerte y silenciosos como el sepulcro fijaban su vista inmovil en las manos de otro hombre que corria con gravedad y uniforme movimiento las cartas de una baraja. De pronto aquellos hombres que contemplaban con sobrenatural fijexa al que debia decidir

su suerte, se conmovieron con distintos afectos aunque era igual la causa que les habia impulsado aquel eléctrico serudimiento. Me hallaba en una casa de jergo! Allí me habian conducido mis incautos poseedores: allí donde cada instante, cada momento se firma quizá la sentencia de muerte de algun infeliz que se ha dejado arrastrar por tan abominable pasion; allí donde se condena á una familia entera á la indigencia, allí que al par que se juega el dinero se aventura el honor y la reputacion; allí en fin donde el hombre encargado de descorrer el velo de las ilusiones y de las esperanzas recoge el fruto sin duda de algun crimen! A esta tenebrosa mansion me condujeron y bien pronto comencé á girar en torno de aquella familiar mesa. Cien veces salia de su centro, y cien otras volvia á quedar en él; algun dia logré que me arrancaran de aquella casa pero fué para volver con mas violencia; ya por fin salí de aquel baratro infernal cuando despues de girar, dar círculos rapidos como una peonza sacudida por el inocente brazo de un niño, vine a parar mi movimiento como aquella estingue su vida, en lo mas céntrico de las circunferencias que describe. Es decir me habia tocado la suerte de remunerar al dueño de la casa que prestaba su tranquilidad, y levantaba el edificio de su fortuna sobre la ruina de los demás.

Este hombre cuyo semblante no parecia inmutado con la horrible tortura del remordimiento; era padre de familia, se procuraba una ostentacion sin límites, era dádivo, y aquel mismo dia salí de su inmundo poder á favor de la cariñosa súplica de una linda jóven diezochena hija suya, y que imploraba la paternal generosidad para adquirirse el indispensable guante anteado que ciñe la torreada mano de las niñas de su edad.

Aquí te confieso, compañera de infortunio, que transcurrí mis instantes como en un sueño delicioso; la linda jóven me contempló con el rostro radiante de alegría, depositándome despues con maternal cariño en su inocente regazo; sorprendí sus secretos, contaba los latidos de su corazón, no se me ocultaban sus mas íntimos pensamientos, y alcancé las primicias de su pecho virginal. Si mi destino me hubieran consultado, jamás lográra el consentimiento de mi separacion, aquel era mi venturoso, la realidad de mis esperanzas y el término de mi ambicion... Oh! que deliciosos fueron aquellos momentos porque no me habra confundido el cielo antes de apartarme de aquella celestial criatura! En fin estos no son mas que desahogos tristes y dolorosos recuerdos de una pérdida cuya ingratitud lloro, y cuyo amor solo alcanza mientras tuvo obstáculos con que luchar para rendirme.

Cuando me vi tronado y rotas mis relaciones por el fútil é insignificante pretexto de unos guantes, tomé la desesperada resolucion de viajar y emigrarme á tierras extrañas, resolucion á que contribuyó en gran parte un camarada antiguo que se ofreció acompañarme. Atravesé la Francia y pasé á Bélgica, donde no comprendia el idioma y que por primera aventura me rompieron la cabeza y me dejaron tuerto; si, me la rompieron imprimiéndome un sello ardiendo en la frente á manera de condemna á los trabajos públicos; esta es la señal que conservo de aquel país, un ojo menos que se quedó en los relieves del grabado. Con tal recibimiento, ya suplicas que me apresuré cuanto me fué posible para salir de aquel país, y no hallando proporcion de restituirme á España, pasé á Inglaterra donde como si no fuera bastante un sello, me imprimieron otro en esta mejilla derecha; sin esta circunstancia nadie me hubiera protegido, porque en aquellas tierras parece ignominioso el nombre español, no se respeta su pabellon, y hasta los que pretenden entrar á su servicio tienen que sufrir la penalizacion de un sello.

Malttratado y molhino tube la suerte de que me recojiera un lord inglés que habia determinado hacer un via-

je por España; nos pusimos en camino y arribamos felizmente.

Necesitaria mucho tiempo si hubiera de contarte minuciosamente toda mi vida; solo pretendo bosquejar algunos de los pasages mas importante de ella; porque ¿cuando podria detallarte el como he sido enterrado en vida y otras cosas de este genero? Bástete saber por ahora que con frecuencia me han utilizado para pagar una luneta del teatro; soy tambien el tipo comun, el precio señalado por arancel que sirvo (y cuantas veces he servido) para recompensar los albagos lisongeros y engañosos de lindas y esbeltas viuditas de capitanes y coroneles ó de huérfanas de consejeros, que se muestran amables y sensibles para mitigar la pena y el ardor de una pasion fogosa muchas veces funesta! Y cuantas nos merecieran una condecoracion honorifica por tan ilustrada filantropia! Tambien represento un papel brillante en las fondas de Paris ó de Genieys; pago las misas de difuntos ricos; sirvo en el café para ratificar la paz de dos rivales desafiados á muerte, soy el consuelo de la desgracia; alumbro al santísimo sacramento y colocado en la nevada mano de una elegante y hermosa señora sirvo para llamar la atencion, golpeando en la bandeja de la limosna para los niños expositos.

Despues de todos estos sucesos, tristes unos y alagüenos y otros despues de tantas miserias que he sufrido moral y físicamente, acaban de dar á mi ancianidad el golpe postremo. La depravacion y maldad de los hombres no satisfechos con el ridiculo y veleidoso papel que me han hecho representar casi siempre en la sociedad, me han arrastrado hasta el punto de ser mofado, escarnecido y despreciado por todo el mundo. Si; unos hombres que comerciaban con nosotros y que nos trataban como á viles esclavos, me condujeron á Gibraltar donde en el tenebroso subterráneo de una alquimia, y sin apiadarse de mis súplicas, sufrí todos los tormentos que en otro tiempo empleaba para los hombres un santo y sanguinario tribunal.

Allí me atenazaron, me aserraron y me sepultaron en las llamas; últimamente me estrajeron hecho una mómia, diseada como un ave, arrancadas las entrañas y trabajaron convencidos de mi inocencia en restituirme á mi forma primitiva.

El fuego y la tortura habian desecado mis miembros y les fué necesario para devolverme mi volumen natural que otro cuerpo extraño y oscuro como el crimen, recomplazara á aquel que habian sustraído. Desde entonces mis canas tan solo han sufrido los desaires del menosprecio, y mis oídos acostumbrados á las lisonjas y á los albagos no oyen ya mas que crueles inyecciones y sarcasmos. Si; me desprecian, me llaman falso... falso yo! cuando la franqueza ha sido siempre mi lema y la honradez mi escudo. Yo que me he visto codiciado de los hombres y ahora...

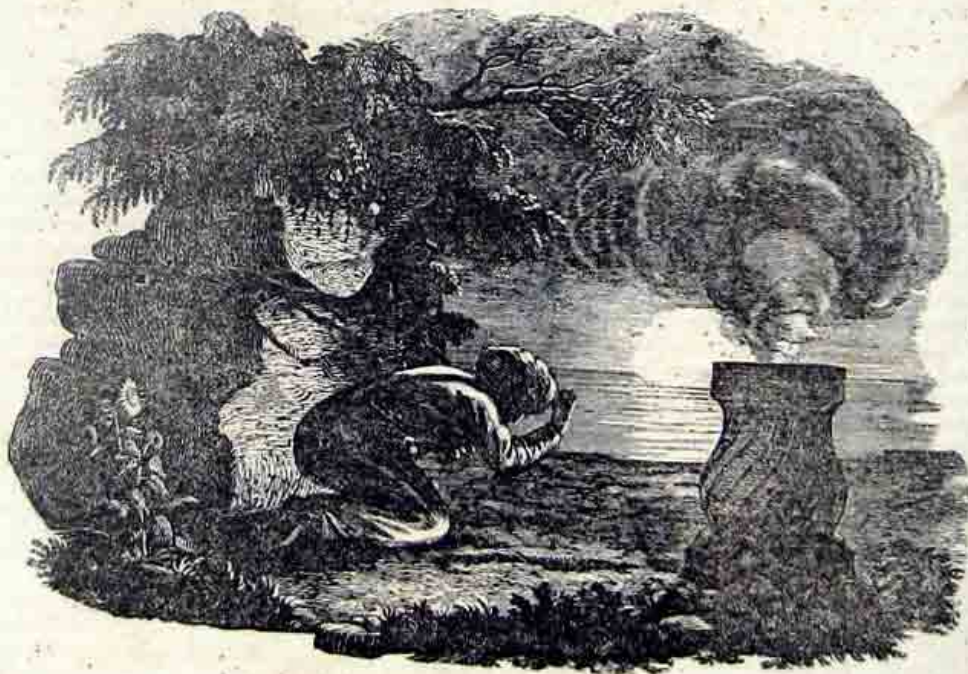
Al oír estas últimas palabras hirió rápida mi imaginacion una idea que me consternó. Hundi los dedos que habian quedado suspensos en el borde de mi bolsillo, saqué la parladora moneda, la miré por todos lados, la balanceé en la yema de uno de mis dedos, la hiqué el diente, y... Oh! rabia y desesperacion! aquel duro en que se cifraban todas mis esperanzas... era RELLENO!

J. LEGUEY.

LOS ADORADORES DEL FUEGO.

La tribu de los Parsis habitaba antiguamente la Persia hasta que lanzada de este país por una invasión de los Arabes, fue á establecerse en el mediodía del Indostán. Niebbux, en la historia de sus viages, habla de ella como un pueblo tranquilo, de costumbres dulces, hospitalario; y dá pormenores muy curiosos acerca de las costumbres, conocimientos y ceremonias religiosas de esos últimos descendientes de los antiguos Persas. Todavía hoy pasan por sectarios de Zerdust ó Zoroastre, reconociendo como él un Dios eterno y omnipotente. Sin embargo en este cismo hay cierta mezcla de idolatria, porque tributan culto al sol, á la luna, á las estrellas, y sobre todo al fuego, mirándolos como simbolos visibles de Dios invisible. Como las vestales de los Romanos conservan en sus templos un fuego perpetuo que alimentan con cierta madera odorífica y muy costosa, á lo que parece, pues además del fuego sagrado, sostenido en los templos á espensas de la tribu, los mas ricos del país que pueden procurarse esta madera preciosa tienen tambien su fuego per-

petuo en sus casas. Niebuhr asegura que en Bombay he visto en un templo de los Parsis uno de esos fuegos que no se habia apagado en doscientos años; y llega á tanto su veneracion hácia este elemento, simbolo segun ellos de la vida y de la eternidad, que no se atreven ni aun á soplar una luz, temerosos de que su soplo empañe la pureza de la llama. Por lo que hace al culto que tributan á los astros, se explica por la influencia que les suponen sobre los destinos de este mundo en general, y sobre los de los individuos en particular. Por lo demas carecen de toda idea de astronomia. No falta quien diga que si pudiese haber una idolatria racional y que no ofendiera á la majestad divina, seria sin disputa la de los adoradores del fuego y del sol que es su mas fecundo manantial. En efecto, qué mas brillante simbolo del brillo de su majestad divina que ese astro en el cual nos dicen los profetas hebreos: *Dios ha colocado su tienda: (Et posuit tentoria in solo).*



GLORIAS DE ESPAÑA.



Asesinato del último conde de Castilla.

EL ÚLTIMO CONDE DE CASTILLA.

I.

Acompañada tan solo de una joven y linda camarera, se hallaba doña Sancha, la hermana de don Bermudo el rey de León, en uno de los aposentos con magnificencia preparados en la antigua vivienda de los soberanos. Ya estaba algo avanzada la noche, mas no parecía deseo de entregarse al reposo, el que había conducido a doña Sancha a su habitación. Habíase despojado, si, de los costosos y pesados adornos de su vestido de infanta: un sencillo y suelto brial ocultaba las formas de su hermoso cuerpo, y todo su pelo reunido negligentemente en una sola trenza que caía a su espalda, contrastaba admirablemente por su lustre de azabache con el fondo mate de aquella blanca lana como la nieve. No estaba serena la noche, y aquel sofocante calor que al aproximarse una tempestad se concentra en lo interior de las habitaciones se dejaba sentir entonces en el suntuoso gabinete de doña Sancha. Hizo pues que abriesen las ventanas, y deseosa de aspirar mas fresco ambiente, fue a apoyarse en la barandilla de uno de las que daban al jardín. Encontrábase entonces desierto y silencioso, sin mas rumor que el producido por la caída del agua de las fuentes, y por el ramaje mecido del viento que empezaba a soplar con alguna violencia. La infanta pasó sus miradas por aquellas sombrías masas

Junio 25 de 1843.

de verdor, ante cuyo obscuro fondo se divisaba alguna que otra blanca estatua de piedra, derecha sobre su pedestal cual mudo é inmóvil centinela de aquellas soledades. Mas allá del jardín solo se percibía una estensa campiña y luego un horizonte cubierto de opacas nubes. Contempló la infanta como el fulgor de los relámpagos las rasgaba de vez en cuando, y como si aquel efecto natural fuese para ella un triste presagio, abandonó la ventana yendo a sentarse en el sillón que su servicial camarera tenia preparado. Allí permaneció entregada a una profunda abstracción mental, mientras que su atenta servidora algun tanto apoyada en el respaldo, deseaba vivamente entablar la conversacion y echaba de menos las confiancias de su señora á las que estaba mal acostumbrada. Bien conocia ella, sin embargo, su situacion y que algun vago presentimiento debía agitarla; cuando menos, aquel sobresalto que al pudor virginal de una doncella inspira la proximidad de su boda. Porque es de saber, que esto sucedia en el año de 1029, y doña Sancha, heredera del reino de León, estaba en visperas de casarse con don Garcia, conde de Castilla. Enlace era este muy deseado y dispuesto de antemano para felicidad de ambos reinos, que debia celebrarse con inusitada pompa, allí mismo, en la ciudad de León en presencia de lo mejor de la España. El conde don Garcia con una comitiva semejante á un ejército, habia ya llegado á Sabagun y por eso la infanta, que hallaba muy natural se adelantase por verla antes que ninguno, le estaba esperando de un momento á otro y tan profundamente agitada como se ha dicho. En

tre tanto la camarera hablaba de la boda, estrañando ver tan triste á la que era entonces la muger mas feliz de la España.

—Feliz lo fui hasta ahora, decía doña Sancha, mas quien sabe si mi vida apacible y risueña de soltera, vendrá á turbarse con esta boda, cuya idea me intimida?

—Por Dios, tened mas confianza en el porvenir. La felicidad no os puede faltar, á vos que vais á reunir en vuestra persona las coronas de Leon y de Castilla, para labrar la felicidad de tantos pueblos, á vos que os llevais por esposo un príncipe tan galán que os adora... ¿Y como no ha de adoraros? si os ve tan jóven, tan hermosa, tan amable, tan...

—Mira, interrumpió la Infanta, podias esperar para adularme á que estuviese sentada en el trono.

Fueron pronunciadas estas palabras con cierta expresion de ironía que hizo creer á la doncella fuesen una reconvenccion, por lo que apartándose algun tanto, dijo puesta la mano sobre su pecho:

—Señora! no he espresado mas que los verdaderos sentimientos de mi corazón.

Conoció la Infanta que sus palabras habian herido á la sensible camarera y como no habia sido su ánimo entristecerla tendió una mano acompañando el movimiento con apacible sonrisa. Con tal ademán de benevolencia, la muchacha se apresuró á estampar sus labios en aquella mano querida, dejando al mismo tiempo caer una lágrima que sentida por la Infanta la conmovió á su vez y la hizo echar un brazo al cuello de su leal confidenta para estrecharla contra su seno. Quedaron entonces aquellas dos cabezas femeninas en inmediato contacto, confundidos los cabellos, inmóviles y como embargadas por un voluptuoso éxtasis.

En aquel momento una música suavísima empezó á sonar en el jardín y enfrente de las ventanas.

Sorprendidas las dos mugeres se miraron una á otra, pero en silencio: aquella era una mirada de inteligencia, de placer y de admiracion. Toda su curiosidad cedía entonces al deseo de no perder un solo sonido de aquella celestial melodía. Así permanecieron absortas, hasta que llegado el fin de la sonata aérea y misteriosa, una vozcita humana pronunció allí cerca estas palabras:

—Doña Sancha... señora mía?

—Ah!... él es, exclamó la Infanta precipitándose á la ventana.

Era efectivamente el conde don García. Un mancebito de pocos años, pero crecido y gallardo segun dicen los historiadores. Entonces resaltaba aun mas la gallardía de su persona, porque deseoso de agradar bajo todos aspectos á su querida, se habia vestido con toda la riqueza y elegancia que su estado le permitia; así es que á pesar de la obscuridad de la noche, bien brillaban las recamadas labores de su ropilla de seda, la rica joya que pendiente de una cadena de oro le caía sobre el pecho y la estrella de diamantes, donde estaban prendidas las plumas de su gorra de terciopelo.

Apenas vió el conde á doña Sancha puesta en la ventana, se acercó mas para saludar á la señora de sus pensamientos y entablar uno de aquellos diálogos dichosos entre amantes que se ven correspondidos. Los primeros momentos se pasaron en manifestarse el recíproco placer que experimentaban al verse y renovar la fe de su constante amor. Despues curiosa doña Sancha no pudo menos de preguntar al conde el motivo de su imprevista llegada.

—No ha sido otro, contestó, mas que el deseo de veros, señora mía; el de llegar cuanto antes á hincarme de hinojos ante la deidad que adoro.

—¿Y nadie sabe en Leon vuestra venida?

—Ahora creo que sola vos sois sabedora mas se divulgará dentro de poco tiempo. En cuanto amanezca he de entrar en el vecino templo á dar gracias á nuestro

patron san Isidoro y allí es forzoso que alguno me acompañe. Entre tanto el sueño y el descanso eran cosas imposibles para quien ansiaba veros y he querido causaros esta sorpresa.

—¿Donde queda vuestra escolta?

—¿Escolta? A esta ciudad no trage ninguna: el acompañamiento no hubiera servido mas que para entorpecer la celeridad de mi caminata y hacer que todos me reconociesen. En Sahagun quedan el rey de Navarra, sus hijos y todo su ejército; con él se han incorporado mis valientes tropas y la mejor de mi corte. Oh! ya venís como son las gentes de Castilla. Todos están impacientes por conocer á su soberana.

—Mal hicisteis, conde, en venir así, solo y sin armas.

—Y para qué las armas?—Vaya, dejad esos temores.

—Teneis quien muy mal os quiere.

—Nunca hice mal á ninguno.

Quedó pensativo el conde, conociendo que su amada podia tener razon. Propúsole ella si gustaba que supiesen en el alcazar su llegada, y cuando él estaba contestándola que no convenia se divulgase, sintieron de improviso un estraño rumor hácia aquella parte por donde don García mandó retirar á los músicos. Parecióle al conde que huían los suyos, que habia visto relucir armas y que alguna gente se acercaba.

—Esperad, dijo, no sé que sucede á los míos.

Antes de que la infanta se avalanzase para impedir su movimiento, ya estaba don García lejos entre la espesura para reconocer á los que llegaban. Quedó la pobre muger en la misma actitud y deteniendo su respiracion, para que no la impidiese prestar oido atento á lo que sucedia. El mismo rumor, algunas voces confusas y movimiento entre el ramaje, fué lo único que observó; pero despues del ruido se fué aumentando, oyó gritar ¡Traidores! y reconoció la voz de su esposo. Yano fué entonces duena de sí misma, empezó á pedir á voces socorro y mientras que su fiel camarera iba á demandarle alborotando el palacio; ella sola y resuelta buscó la salida del jardín y corrió en pos de don García. Encontrósele la desconsolada muger en medio de tres hombres desafortados, con las espadas en la mano y tuvo al conde por perdido, al reconocer en aquellos hombres á los tres hijos del conde de Nagera, á los tres hermanos Velas, don Rodrigo, don Diego y don Iñigo, que tenian de largo tiempo premeditada la muerte de don García. Habia este levantado el destierro á su padre y aun habia procurado satisfacer los agravios que á sin razon decian haber recibido de los condes de Castilla; pero aquellos vengativos nobles eran incapaces de perdonar, y apoderados entonces de la persona del conde se le llevaban para que suscribiese á todos sus ambiciosos designios, ó de lo contrario saciar en él su saña de un modo ruidoso. Estorbósele doña Sancha, que precipitándose desesperada entre ellos pugnaba por asirse de su amado, llamandoles traidores y malos caballeros. Exasperados los Velas con las imprecaciones y amenazas de aquella muger, y conociendo el tiempo que les hacia perder, la repelieron brutalmente sin miramiento á su sexo y categoria. ¿Quién podrá referir la cólera del condecito al ver tratar así á la señora de su corazón? La mitad de su vida habia dado por vengar tamaño ultrage, y su indignacion fué tanta, que en un sacudimiento de su ira, logró á pesar de su corta edad, desprenderse de los que le tenian sugeto. En aquel instante recibió una estocada mortal que le tiró Rodrigo Vela y luego otra y otra con que quisieron asegurarse los rencorosos hermanos de su muerte, sin que e desfallecido conde pudiese amparar á la infanta, ni menos guarecerse en la vecina iglesia de san Isidoro.

Huyeron los asesinos é iluminóse el jardín con las antorchas que trajan los criados y demas gentes que habian salido del palacio. Hasta el mismo don Bermudo acudió en busca de su hermana, y cuando llegaron todos al H-

do de la catástrofe solo encontraron un espectáculo bien doloroso. Doña Sancha medio arrodillada en tierra, con el cabello suelto y desordenado, con su blanco vestido teñido de sangre, se hallaba sosteniendo el cadáver de su esposo, el que tenía algun tanto incorporado del suelo. La horrible impresion que aquella desgraciada jóven recibia era tal, que permaneció como insensible: ni una palabra, ni un sollozo se exalaban de sus labios. Unicamente las lágrimas bajaban como dos hilos por su rostro en el que estaba pintada la mas espantosa agonía. Cuando entre los que rodearon aquel lastimero grupo, reconoció al rey su hermano, abrió al fin sus labios para clamar con una enérgica espresion de dolor y de amargura.

—¡Venganza.... venganza!!

II.

Hay hacia la parte oriental del reino de Leon y por el lado en que dicho reino confina con la antigua Castilla, una dilatada cordillera de montañas, que sirve de limite natural á entrambas provincias. De aquellas enormes masas de piedra, se desprenden á trechos algunos ramales que se prolongan mas ó menos en las vastas llanuras de Castilla. Por entre los áridos peñascos de uno de estos desfiladeros, vagaba un hombre, al caer de una hermosa tarde, procurando internarse cada vez mas en aquel terreno solitario, cubierto de malezas, barrancos y cabildales sombrías. Ya hacia buen rato que estaba recorriendo tan áspera montaña y sus fuerzas iban debilitándose: ya estaba roto el calzado de sus pies y sin embargo caminaba con ardor, sin que el aspecto de alguna habitacion, de alguna miserable choza viniese á aliviaria en su fatiga. El terreno se iba presentando cada vez mas árido y la especie de sendero por donde se subia insensiblemente hasta la cumbre, no ofrecia la mas minima huella de pie humano y solo, si, frecuentes cortaduras, ya por las quebras que habia formado el descenso de las aguas, ya por los largos ramos que interrumpan el paso. El caminante estenuado de fatiga, se reciono sobre una Peña en uno de los recodos de aquel sendero agreste. Parecia dominado por una incomprendible emociion: experimentaba un vago terror, cual si tuviese delante de sí algun ser sobrehumano, como si alguna formidable aparicion se levantase ante sus ojos. El corazón le palpitaba con violencia, un sudor frío inundaba su frente y temblaba desde los pies á la cabeza. En tanto que él era victima de tan terrible agitacion, todo estaba tranquilo y silencioso al rededor suyo. El sol que resplandecia casi junto á el horizonte, doraba las cimas de las rocas y no se escuchaba mas ruido que el del zumido del viento que mecía con suavidad los pinos de la montaña.

De improviso el viagero se incorpora, se creo ya descubierta, perdido: empuña la espada que desnuda yacia á sus pies y permanece inmóvil y como clavado en tierra. El eco de una voz humana habia llegado á sus oidos. Fija la vista en las sinuosidades del camino, observa con escrupulosa atencion y ve cruzar por entre una quebrada de las peñas, un grupo de hombres que se venian acercando hácia donde él estaba. Entonces no tuvo tiempo mas que para esconderse rápidamente entre las matas. Al pasar aquellos hombres que eran soldados de infantería, por el sitio donde habia descansado el desconocido, uno de ellos se dejó caer sin mas ceremonia sobre la yerba diciendo á sus compañeros:

—Descansemos un instante aquí. A fe mia que sudo á mares con esta maldita cuesta!

—Oh! contestó otro, tendiéndose á el lado de su compañero, y si despues de tanta fatiga no perdiéramos el viaje ya lo podremos dar por bien empleado.

—Lo que es eso, dijo uno, no tiene remedio. Si como dicen es cierto que el traidor está agaxapado en este

monte desde que se escapó de Monzon, cogido es sin duda alguna. Todas las veredas que salen al llano estan tomadas por nuestras tropas y otros destacamentos iguales al nuestro cruzan la cumbre por todas partes.

—Y cuando se le pille ¿que harán con él?

—Matarle, descuartizarle, desollarle vivo.

—O tal vez le quemarán en Monzon como á sus hermanos.

—Mejor seria que le tuviesen colgado cabeza abajo, de una de las almenas del castillo.

—A bien que él se lo tiene bien merecido, porque la muerte del buen don Garcia es cosa que clama el cielo. Yo mucho me alegrara que cayese en nuestro poder.

—Asi serian nuestras las doblas de oro que doña Sancha ha prometido al que logre echarle la mano.

Toda esta conversacion pasó rápidamente entre los soldados sin que tomase parte uno de ellos, que se habia quedado de pie mirando de cuando en cuando á todos lados con amenazador ceño. Cuando le pareció que ya era tiempo de desplegar sus labios, dijo:

—Como yo supiera donde está metido ese infame, lo aseguro que las doblas de oro no serian de otro mas que del hijo de mi padre.

Despues como vió que sus camaradas aplaudian el aire fanfarron con que se espresaba, exclamó:

—Por Santiago! que no quisiera mas gusto que el ver á ese pícaro ante mis ojos.

Una sorda exclamacion salió entonces de entre los arbustos que habia á espaldas de los soldados. Volviéronse ellos á mirar fijamente hácia aquel sitio y vieron que la maleza se agitaba por sí misma, como para dar paso á un cuerpo: por entre las hojas vieron brillar una espada y luego salir intrépidamente hácia ellos un hombre de sinestra catadura.

—¡Rodrigo Vela!!

Asi gritaron á la vez aquellos cobardes, huyendo des-pavoridos desde el primero hasta el último. ¡Tanto fué lo que les impuso aquella repentina aparicion! Don Rodrigo plantado y con espada en mano, les gritaba tambien:

—¡Canalla! Venid á ganar las doblas de oro.

Ellos en tanto seguian huyendo y con tal precipitacion que uno se deslizó y cayó en un barranco. Don Rodrigo corrió al instante sobre él y poniéndole la punta de la espada ante los ojos, le dice:

—Eres muerto sino me contestas la verdad en lo que voy á preguntarte.

El soldado trémulo por toda respuesta hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Qué es de mis hermanos desde que fueron cogidos en el castillo de Monzon?.... Habla.

—Han sido quemados vivos.

Rechináronle los dientes á don Rodrigo y no quiso saber mas. Despues arrojando al suelo sus insignias y ropa de caballero, volvió á decir al soldado.

—Pronto, cambia tu ropa por la mia.

Y vistiéndose rápidamente el toscó gaban y la gorra de caido le dijo al despedirse.

—¿Me prometes no moverte de este sitio?

—Os lo juro.

—Pues bien, te dejo con vida.

—Acto continuo y siempre con espada en mano empezó á huir por entre las rocas, cruzando por entre los matorrales y deteniéndose á trechos para cobrar aliento y escuchar; pero ni esta precaucion ni el haber mudado de traje pudieron salvarle. La salida del monte estaba ocupada por tropas á quienes habian ya alarmado los fugitivos. Cuando mas seguro pensó escapar por una vereda, se encontró cara á cara con los que venian en su persecucion. Ríndete, traidor le gritan; pero don Rodrigo, resuelto á morir matando, se arrojó de espaldas á un árbol haciendo una defensa desesperada. Acuden mas soldados, las espadas le cercan por todas partes y á pesar de la de-

sigual contienda, él hiere á muchos de sus enemigos, sin recibir por su parte la mas pequeña herida. Los soldados parecia que solo trataban de desarmarle: tenian orden de cogerle vivo y al fin lo consiguieron.

III.

Hallábase la plaza de Leon llena de un numeroso gentio indistintamente mez ludo. Como en todas las reuniones populares de las plazas públicas, se encontraban allí cuantos tenian costumbre de acudir á pasar el tiempo y saber las últimas noticias. Siendo ademas la hora del mercado los que concurrían á sus negocios venian á disputar el terreno á los curiosos y á los desocupados. Habia allí pobres pecheros, sin blanca en la bolsa, mirando de reojo á los ricos desdeñosos de la ciudad, allí habia forasteros y tambien soldados con el tostado rostro y altivo mirar de los veteranos. Toda aquella heterogénea muchedumbre iba formando grupos y corrillos que se ensanchaban sucesivamente y en los cuales no faltaba asunto de conversacion. Hombres habia allí que á falta de noticias eran capaces de inventarlas por su cuenta; pero los últimos sucesos de Leon y la muerte de don Garcia no eran tan añejos que dejasen de servir de pábulo á las observaciones. La opinion dominante era que tales acontecimientos iban á cambiar el porvenir de la España. La preponderancia extraordinaria que el rey don Sancho de Navarra acababa de adquirir con el condado de Castilla, heredado por su esposa doña Nuna, hermana mayor del malaventurado don Garcia, inquietaba bastante los ánimos: mayormente que el dicho rey don Sancho habia entrado ya por tierras de Leon, para sofocar con las armas las pretensiones que al condado de Castilla alegaban el rey don Bermudo y su hermana doña Sancha, antes viuda que casada. Otros que pretendian estar mejor informados de los negocios políticos, tranquilizaban al pueblo asegurándole que de este suceso, del que todos temian una guerra general en España, iba por el contrario á resultar la paz y concordia de todos, por medio del casamiento de doña Sancha, heredera del reino de Leon con don Fernando primogénito del rey de Navarra el que habia de reunir en su persona los estados de sus padres y el de su esposa, y á quien no bastando el título de conde era preciso darle el de rey de Castilla. Ni faltaba allí tampoco quien para corroborar esta noticia, afirmaba que el casamiento ya estaba estipulado y que solo esperaban para que se verificase el completo castigo de los asesinos del último conde; pues doña Sancha con tan estraña como firme resolucion, se negaba á admitir nuevo esposo sin que se cumpliese este requisito.

Todas estas habillitas se tenian entre las frecuentes in-

terrupciones que ocasionaba el volverse para mirar alguna doncella de esbelto talle que cruzaba hacia don Isidoro, cubierto el rostro con un velo y seguida de cerca por la dueña cuidadosa ó alguna respetable matrona, ó tal vez para dejar paso franco á algun rico-hombre, que con su sombrero encasquetado se dignaba contestar apenas á los profundos saludos que le hacian. Pero lo que suspendió todas las conversaciones y deshizo todos los grupos, fué el sonido de una tristísima botina que se oyó, á deshora en uno de los ángulos de la plaza. Agolpóse hacia allá la multitud, por entre la coal abricada calle los ministros de justicia dejaron ver un horrendo espectáculo. Venia puesto sobre una mula un hombre, ó por mejor decir, un tronco de cuerpo humano, pues traia cortados los dos pies, las dos manos, la lengua, y aun arrancado uno de los ojos. Nadie hubiera conocido á don Rodrigo en estado tan lastimoso, si no hubiera vuelto á sonar la trompeta y el pregonero no hubiera pronunciado en voz alta estas palabras:

— Oid, oid, esta es la justicia.... que manda hacer.... la infanta doña Sancha.... en este traidor.... por la muerte alevosa.... que dió.... al conde don Garcia.... su marido. — Quién tal hizo.... que tal pague.

Grande habia sido el delito de aquel hombre y mucho indignacion habia causado en el pueblo; pero entonces un profundo sentimiento de terror y de compasion dominaba á todo el concurso, viendo pasear al reo por todo el mercado en tan deplorable situacion. Al fin percibió en la hoguera, las ideas tristes se desvanecieron pronto y nadie volvió á ocuparse del trágico suceso.

El casamiento que algunos pronosticaban, se verificó en efecto, y de él provino la tranquilidad y ventura de los pueblos. La constancia con que doña Sancha promovió y llevó á cabo el castigo de los poderosos asesinos del hombre que habia obtenido su primer amor, manifestó de cuanto era capaz aquella muger que sentada despues en el trono de Castilla, supo desprenderse hasta de la última de sus joyas, para realizar las vastas empresas de su esposo sin gravamen de los pueblos. Es seguro que don Fernando no hubiera logrado el título de *magnus* sin haber tenido á su lado á esta muger heroica; pero tuvo ademas la fortuna de que en su época se llegara casi á realizar el gran pensamiento, la alhagüena ilusion de los soberanos sus antecesores, cual era el hacer de todos los reinos de España una misma familia. Don Fernando I de Castilla, debió la gloriosa serie de sus celebres conquistas á la unidad que en su persona logró la monarquía, cuando reunió los castillos y leones bajo una misma corona en el escudo real de España.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.



ESTUDIOS HISTORICOS.



ZINGA,

REINA DE MATAMBA Y DE ANGOLA.

De todos los estudios á que podemos dedicarnos, el de la historia tal vez es el mas atractivo. En él es donde el hombre estudia al hombre y aprende verdaderamente á conocerle. Al volver este inmenso espejo hacia tiempos pasados, países lejanos y pueblos casi desconocidos, el espíritu queda confundido viendo las pasiones humanas reproducirse y multiplicarse bajo tantas y tan diversas formas, ora sea el mal ó el bien el móvil de un gran movimiento moral ó político. Estudiando, pues, en ese libro de bronce donde se escribe la historia, es como el hombre aprende que en todos los lugares, y en todas las edades del mundo, el alma posee facultades siempre dispuestas para los grandes crímenes y para las grandes virtudes.

Entre las épocas notables que nos presenta la historia, hay que se distinguen principalmente por la influencia que ejercen en el porvenir; á este número pertenece sin duda la época del siglo 16. (1) La separacion de las dos reinos fué de la mayor importancia, sobre todo para los asuntos políticos del Africa y del Asia, en los años que siguieron á la reforma y las contiendas de portugueses y holandeses en el Japon y en el Congo; las intrigas de Matamba y otros en la Abyssinia y en los reinos de Matamba

ba y de Angola tuvieron una funesta influencia sobre la dificultad que experimentaron en seguida los europeos para introducir el comercio y las luces en esta parte del Africa y Asia. Además los misioneros tan recomendables por otra parte, no llenaron su deber de ministros de paz, esaltados como estaban con la oposicion que hallaban algunas veces en hombres tan cristianos como ellos.

Zinga, reina de Matamba, cuya biografía presentamos, tuvo una parte activa en las luchas que ensangrentaron el Africa en aquella época. Cruel y vengativa, como el hombre mas salvaje de su nacion, aunque era muger y se anticipó á su tiempo, fué en un principio aparentemente el instrumento de los misioneros católicos, para someterlos despues mejor á su voluntad.

Zinga ó Nzingha, segun se pronuncia en lengua abhondi, era hija de Zinga-n-Bandi-Angola, octavo rey de Matamba. Nació en 1582 y tuvo por madre á Changuella Cancamba, concubina favorita del rey Bandi-Angola. El horóscopo de esta muger haria creer en la astrología. Todos los adivinos del país, convocados en su nacimiento predijeron que seria un monstruo de crueldad.

— O ael mama aol!... ma ael!... (1) exclamaron aterrORIZADOS todos los que notaban las señales que presentaban las líneas de su cara.

Pero al lado de estos signos habia otros que tambien anunciaban que seria una muger singular y distinta de las demas. Así debió conocerlo su padre cuando le dió una educacion mucho mas guerrera que las que recibian las princesas africanas. Bandi-Angola pertenecia á la secta de los Guiagos (2); frecuentemente bendecia á su hija

(1) ¡Oh! Que monstruo va á ser esta niña!....

(2) Relacion de los reinos de Matamba y de Angola.

(1) Y los primeros años del 17; si bien los acontecimientos que los señalaron, deben considerarse como consecuencia necesaria del 16.

con todas las ceremonias santas de aquella religion sanguinaria, esto es, rodeándose de cadaveres de niños recién nacidos y bebiendo sangre humana. No falló tan funesto augurio: naturalmente cruel, aquella educación la dió una ferocidad de tigre, y siendo todavía muy jóven fué llamada á prestar el homenaje de su piedad hácia sus sanguinarios dioses. Murió su padre, y sus funerales fueron lo que debian ser, los de un rey de Africa de la religion de los Guiagos. Doscientas inocentes criaturas humanas fueron degolladas y devoradas en el festin funerario de aquel pueblo antropófago... y la gloria del rey difunto fué celebrada en aquel *tombo* (1) con los cantos de los verdugos acompañados de los gritos de las mugeres, de los niños y de los viejos que caian bajo el hacha ó el puñal de la misma Zinga que tributaba culto á los dioses abriendo el pecho de una doncella y bebiendo su sangre!.....

Y sin embargo decia que la repugnaban estas ceremonias, y que odiaba los festines de carne humana y las libaciones de sangre humana. Pero antes que todo era ambiciosa y vengativa; queria el trono y la venganza. Para obtener uno y otra necesitaba de la fuerza, y sobrado se la alcanzaba que esta fuerza solo se hallaba en el pueblo. Era, pues, preciso halagar sus pasiones.... Hubo un momento sin embargo en que creyó poder hallar algun apoyo entre los cristianos, y aqui es donde principió á revelarse el jenio superior de esta muger.

Algunos años antes de la muerte de su padre, Zinga habia tenido un hijo que amaba con ternura... La hiena no ama á sus cachorros?... El viejo rey amaba tambien á este niño, porque era hijo de Zingha á quien mas queria de toda su numerosa familia. El príncipe Ngolam-Bandi, heredero de la corona de Angola, y de Matamba, temia la competencia de su sobrino; sobornó á sus esclavos y el desgraciado niño fué ahogado en un baño de agua hirviendo.... Al saber su muerte Zinga sintió un verdadero dolor, porque al fin era madre (2); pero juró no llorarle sino el dia en que quedara vengada. Ngolam tembló al saber su juramento... porque conocia demasiado á su hermana....

Al morir Bandi-Angola dejó cuatro hijos: Ngolam-Bandi, Zinga, Cambo y Fungi. Ya he dicho que la educación de Zinga fue totalmente guerrera; la de sus hermanos Cambo y Fungi lo fue igualmente; pero sease que tuviesen menos valor ó coraje natural, Zinga fué la única á quien temió su hermano desde su advenimiento al trono.

Apenas murió su padre habiase retirado Zinga á una lejana provincia de Cabazzo, desde donde escitaba á los pueblos de Matamba á la sublevacion. Ngolam-Bandi descubrió muchas conspiraciones, castigó á los culpables con la ferocidad natural de su nacion y queriendo complacer á sus pueblos declaró la guerra á los portugueses para reconquistar de ellos las provincias de Angola, de que estaban en posesion... Pero qué podian hordas sin disciplina, y hombres desnudos y mal armados contra tropas tan valientes como lo eran en aquella época los portugueses?...

Véanse las *Cartas edificantes, la relacion histórica de la Etipcia occidental*, tomo II). Los Guiagos eran antropófagos mas crueles que ninguna otra tribu del Africa aun en aquella época.

(1) Sacrificio.... Cuanto mas elevada era la jerarquia de las victimas, tanto mas grato era á sus sanguinarios dioses el *tombo*. Los que deseen mas pormenores de este horrible culto, pueden ver el segundo tomo de la obra titulada: *Relacion histórica de la Etipcia occidental*, etc. por J. B. Labat, las *cartas edificantes* etc. etc.

(2) Sabido es que antes de la introduccion del cristianismo, la ceremonia del casamiento era casi desusada en Congo y en el reino de Angola. Ninguna de las *historias de Africa*, aun las que mas estensamente hablan del asesinato del hijo de Zinga, nombran á su padre.

Los negros fueron batidos, tomada la capital y el rey tuvo que huir... La reina su muger y sus dos hermanos Fungi y Cambo fueron conducidas prisioneras... Por lo que hace á Zinga debió su salvacion á sus planes de revueltas, hallándose á la sazón muy lejos de Cabazzo. Ngolam-Bandi conoció que él era el mas débil, y como verdadero negro africano comprendió tambien que el disimulo era el único medio, sino de vencer, al menos de recuperar lo que habia perdido. Envio embajadores al virey de Portugal en Angola, quienes prometieron mucho en su nombre... Celebróse un tratado, los portugueses evacuaron el pais y dieron libertad á las rejas prisioneras; pero cuando llegó el caso de que Ngolam cumpliera sus promesas, la eludió todas, dando motivo para que se encendiera de nuevo la guerra.

Un nuevo virey, don Juan Correa de Souza, llegó á Angola. Era este un portugues, como habia muchos en aquella época, de relevante mérito, muy honrado, celoso de la gloria de su pais que no queria ver humillado por la perfidia de un negro salvaje. Habló con energia y Ngolam tuvo miedo... pero para congraciarse con el virey quiso enviarle una embajada solemne, y como conociere la capacidad y el valor de su hermana Zinga, le propuso una paz *fraternal* pidiéndola que salvase al pais y fuese á hablar ella misma en persona al virey... Zinga se sonrió al recibir este mensaje.

— Sí, contestó; iré sin falta...

Largo tiempo hacia que deseaba conocer á los europeos porque sabia que solamente entre ellos podia hallar civilizacion, y que la civilizacion por si sola podia formar un pueblo de aquellas hordas numerosas que cubrian las arenas de los desiertos del Africa... Solo un motivo secreto pudo obligarla á aceptar la mision que la diera su hermano. Mas disimulada que él, afectó creer tanto mas en su arrepentimiento cuanto que aun no habia sonado la hora de la venganza... y el camino que se le proponia era el mas seguro para llegar á ella.

Partió, pues, para Angola con un tren magnifico. Su hermano añadió al que ella tenia habitualmente todo el fausto que le inspiró su orgullo para que su enviado y su hermana tuviesen la mas alta consideracion entre los europeos, que no dejaban, decia él, su risueña y fértil Europa sino por el cebo de las piedras preciosas y minas de oro enterradas en sus arenas abrasadoras.... De Cabazzo á Angola, Zinga fue conducida sobre los hombros de sus esclavos: hay mas de cien leguas entre estos dos puntos.

Al llegar á Angola fue recibida en la puerta de la ciudad por los magistrados acompañados de la milicia que se puso sobre las armas, y las tropas de linea y la artilleria de la plaza le hicieron el mismo saludo que al virey....

Fue alojada en el palacio Ruiz Avagazo y tratada esplendidamente, así como su numerosa comitiva, á espensas del rey.

Cuando fue admitida en la audiencia del virey, vio al entrar en la sala del trono, que habia allí un sillal de terciopelo con franjas de oro para el virey y en frente de él una magnífica alfombra, pero sobre la cual habia solamente dos cojines de brocado. Al punto conoció que este era el asiento que la estaba destinado, y esta diferencia, que parecia aludir á su estado salvaje, la desagradó. Nada dijo, pero á una señal suya, una de las jóvenes esclavas de su comitiva vino á ponerse sobre la alfombra y apoyándose sobre sus codos, presentó su espalda á su senora, que sirviéndose de ella como de un sillón, permaneció sentada de esta manera todo el tiempo que duró la audiencia.

Zinga mostró en esta conferencia un talento extraordinario. Escusó sin baja á su hermano por la falta de cumplimento á los tratados, pidió la paz, pero con dignidad y manifestando al virey que si los portugueses tenían la ventaja de la civilizacion y de una disciplina desconocida entre los Africanos, ellos gozaban la de estar en su patria en medio de los recursos que todo el poder del rey de

Portugal no podia procurar á sus súbditos... Este lenguaje dejó sorprendido al consejo, y con él convencido Zinga al virey, concluyendo un razonamiento digno del hombre mas hábil en una negociacion espinosa. El virey insistió fuertemente en exigir del rey de Matamba un tributo anual á fin, decia, de comprometerlo mejor, puesto que ya habia faltado una vez á su promesa. Pero esta cláusula era demasiado humillante para que Zinga pudiera acceder á ella. Su ambicioso orgullo aspiraba á la corona de Matamba y la queria limpia de toda afrenta.

—Señor, contestó al virey, jamas accederemos á esta condicion. Vos mismo no debiais exigirle de un pueblo que habeis reducido al último estremo de desesperacion. Se pagará el tributo el primer año, y al segundo será violada la paz nuevamente para libertarse de él. Contentaos con pedir por ahora, pero de una sola vez, todo lo que podemos concederos; á esto se agregará la restitution de los esclavos portugueses y el ofrecimiento de la alianza de un rey poderoso. He aqui todo lo que yo puedo acordar en su nombre.

En esta misma audiencia se discurrió y concluyó el tratado, despues de lo cual el virey acompañó á la princesa, y como notase que la jóven negra que la habia servido de asiento continuaba en la misma posicion, aunque su señora se habia levantado, hizo esta observacion á la princesa, la cual contestó con altivez:

—La embajadora de un gran rey jamas se sirve dos veces de una misma cosa.

En esta época fué cuando viéndose obligada para salir del país á permanecer en Angola, se instruyó en la religion cristiana para adherirse á los europeos. Muchos de los misioneros portugueses que estaban en Angola, asunto de la mision de Africa, hablaban la lengua abandi é instruyeron á la princesa, la cual para quitar á su hermano todo recelo, mandó á decirle que lo hacia solo por conocer mejor á la nacion portuguesa. Ngolam-Bandi aprobó esta determinacion: Zinga recibió el bautismo en la iglesia principal de Loanda, siendo sus padrinos el virey y la reina de Portugal (1) y tomó en las pilas bautismales el nombre de Ana que era el de la reina. Partió en seguida colmada de honores por el virey, que la acompañó hasta muchas leguas, y volvió á Matamba, donde ella llamaban grandes desiguos.

Ngolam-Bandi la recibió con aparentes muestras de reconocimiento, pero ambos se engañaban enteramente y debian desconfiar el uno del otro. No obstante el africano fingió y manifestó deseos de hacerse cristiano, recibiendo la conveniente instruccion de un misionero, pero durante este tiempo hacia sordamente los preparativos de guerra. Envio á sus otras dos hermanas para ser bautizadas en Angola (2); mas apenas las dos princesas regresaron á Cabazzo, cuando Ngolam-Bandi dispuso algunas correrias por el territorio portugues, declarando de este modo la guerra sin ningun motivo.

Algunos pretenden que su hermana Zinga habia ganado al *singhille* consultado por el rey, y que le habia pronosticado una victoria completa sobre los portugueses. El desgraciado principe fue por el contrario enteramente derrotado, abandonado por sus tropas casi todas seducidas por su hermana. Obligado á huir solo tuvo tiempo para arrojarle á nado y pasar un brazo del Coanza á fin de llegar á una isla desierta, donde no fue seguido mas que de algunos criados que él creia fieles, pero que eran los ministros de muerte enviados por la venganza. Cercado en esta isla el desgraciado principe pronto se vió reducido á la última desesperacion. La profundidad y la extension del rio le cerraban toda salida del lado opuesto

á los enemigos... Las bestias feroces le rodeaban rugiendo. Entonces fué cuando murió envenenado, no por su mano, sino por la de sus gentes. Fué enterrado en la isla donde murió con las mismas y sanguinarias ceremonias que su padre.

Tan luego como Zinga supo que su venganza habia principiado, se volvió á Cabazzo, y aprovechandose del amor de los pueblos hácia ella, se hizo coronar y abjuró el cristianismo, ofreció incienso y sacrificios á los ídolos é hizo votos sangrientos y hecatombes humanas.

Su hermano dejó un hijo confiado al *giagakasa* (1), hombre de mérito superior y digno del depósito que habia recibido. Zinga queria la cabeza de su sobrino; necesitábala para asegurar en sus sienas la corona; necesitábala sobre todo para que su propio hijo, sacrificado por su hermano, estuviese tranquilo en su tumba...

Pero el jóven rey estaba seguro en medio de un campo formado por el *giaga-kasa* que habia reunido en torno suyo algunos súbditos fieles. Zinga conoció que solo la astucia podia ponerle en sus manos; así que propuso al *giaga* casarse con él, añadiendo que hacia mucho tiempo que le amaba y queria coronarle.

Zinga era hermosa entre las de su nacion. El *giaga* se enterneció; pero la seguridad de su pupilo le hacia prudente y rehusó el partido que aquella le ofrecia. Bien podia Zinga emplear la fuerza, mas temia una revuelta, porque mientras aquel niño viviese, no podia menos de temblar sobre su trono. En fin un dia tomó una resolucio, no como una muger ordinaria, sino como quien *ella* era... Marchó de Cabazzo y se dirigió al campo de su sobrino sin comitiva y casi sola... Colmó al niño de caricias, sedujo al *giaga*... el desgraciado llegó á enamorarse perdidamente de ella... Celebróse el casamiento y en medio de la alegria y de las fiestas, empleó toda la seduccion de una astuta negra y el talento de una muger de Europa para atraer al tutor y al pupilo hasta Cabazzo; lo que al fin logró... allí estaba su fuerza. Apenas llegó á la ciudad, en medio de la misma plaza mayor, sacando con una mano su puñal, mientras que con la otra conducia á su sobrino, degolló ella misma al infeliz niño... cogiendo en seguida su cadaver, lo arrojó al rio que baña las murallas de la ciudad.....

—He hecho lo que los Singhilles me han mandado, dijo despues de aquella sangrienta ejecucion.... He matado al hijo de Ngolam-Bandi como él habia matado al mio.

Y mirando en torno suyo con ojos de cólera y de sangre, parecia desafiar á todos y provocar un murmullo. Pero nadie se atrevió á hablar; el pueblo bajó la cabeza y se sometió temblando á una muger tan temible... Ademas era amada... valiente, era muger, y muger superior... debia dominarlos.

Una vez libre de la inquietud que le causaba su sobrino supo desbacerse tambien de todos cuantos pudieran tener algun titulo á la corona y no perdonó mas que á sus dos hermanas, no se sabe por qué... tal vez á causa de su nulidad, porque no podia ser por ternura fraternal....

Habiase servido de la alianza de los portugueses para traer las cosas al punto en que estaban, y sus intrigas se hallan esplicadas en todas las historias de los reinos de Angola y de Matamba. En la actualidad necesitaba mantenerse donde estaba, y el apoyo que la importaba obtener, era el de los Africanos... de esas hordas numerosas de quienes aquella hábil muger, que se habia anticipado á su tiempo, queria hacer un pueblo. Sabia que ellos aborrecian á los cristianos é hizo olvidar su bautismo de redencion por medio de un bautismo de sangre humana, cometiendo los mas espantosos horrores de la secta de los

(1) D. Juan Correa de Souza; la reina se llamaba doña Ana Meneses.

(2) Recibieron los nombres de doña Bárbara de Silva y doña Garcia Ferrejo, que eran los de sus madrinas

(1) *Adivinos profetas* que hablaban en nombre del espíritu de un antepasado. Estos hombres son muy vanerados en Africa.

Guiagos. Observó escrupulosamente los *quixales* (1), y aventajó á la feroz Tem-Ban-Dumba, legisladora de los Guiagos.

No pudiendo como ella sacrificar á la divinidad sangui-naria un hijo varon recién nacido, adoptó á uno, y des-pues de la ceremonia de la adopción, lo mató ella misma para hacer de él un unguento execrable que preservaba de todos los males.

Exenta de todo temor dentro de sus Estados, Zinga se ocupó entonces de poner en ejecución los vastos de-signios que la habían llevado á Europa, á pesar de abor-recer á los europeos. Leyes informes comparativamente á las nuestras, pero sublimes para el estado salvaje de sus pueblos fueron promulgadas por ella... y en segui-da resolvió reconquistar de los portugueses las provincias del reino de Angola que la habían usurpado. Olvidó las obligaciones que tenia para con ellos como las que la im-ponia su bautismo, y en fin declaró la guerra tan pronto como por medio de una demanda humillante quiso el vi-rey darla á conocer que su título de cristiana la hacia tributaria del rey de Portugal.

—Yo no lo soy de nadie, respondió. Las armas deci-dirán quien á quien se deberá ese tributo.

Entonces abrazó abiertamente y por medio de una re-nuncia pública la secta de los Guiagos, llamó á su alrede-dor á todas las tribus guiagos del interior del Africa, que acudieron en tropel al lado de una reina *cuya flecha, de-cian, siempre daba en el blanco*. Despojandose, como aquellos crueles antropófagos, de todo sentimiento huma-no, llegó á ser su soberana y hacerse adorar por ellos... des-de entonces su poder fue formidable. Así pasó treinta años. Siempre combatiendo, siempre victoriosa, cruel y ven-gativa, pero grande por su heróico valor, probó al mun-do, que existía en un pais salvaje y lejano un ser que pre-feria la muerte á la esclavitud. Quizas fue arrastrada de-masiado por la necesidad de vengarse... pero es preciso no olvidar la nación á que pertenecía y el tiempo en que vi-va. Zinga apasionada y vengativa, como todos los ne-gros, debía necesariamente llevar sus pasiones hasta el exceso en un pais donde el que ciñe la corona y empuña el cetro puede todo lo que quiere.

Uno de los medios mas poderosos que empleó para do-minar á sus pueblos fue el de mostrarse inspirada y saber por un espíritu familiar todo cuanto se tramaba contra ella ó contra el Estado. Durante sus relaciones con los portugueses, adquirió una voluntad decidida de civilizar á su nación, que aunque ejecutó imperfectamente, fueron bien recibidas sus mejoras por las de Angola y Matamba. Estaba ademas dotada de un caracter resuelto y pron-to, y los misioneros que mas de cerca la trataron, dicen que es notable como habia adaptado á las costumbres afri-canas lo que habia observado de bueno en las costumbres europeas. Sus pueblos la veneraban y aun veian en ella algo de divino. Un dia despues de su segunda conversion, un esclavo que trabajaba en el jardin del hospicio se fu-gó precipitadamente al sir que llegaba la reina; el padre Antonio de Gaeta, entonces en Cabazzo, le preguntó por-que se habia marchado tan aceleradamente.

—Porque he hecho un robo á uno de mis camaradas, respondió el negro y con solo que me hubiese visto la reina, lo hubiera conocido y me habria castigado, porque tiene un espíritu que se lo dice todo. (2)

Así servian sus venganzas á sus designios. Recojió los huesos de su hermano y los encerró en una caja por-

(1) *Quixales*, leyes de los Guiagos dadas por su legislado-ra, Tem-Ban-Dumba. Estas leyes son mas sanguinarias que las de Dracon.

(2) Zingha tenia organizado tal sistema de espionaje que todo lo descubria. De este modo hacia creer que recibia re-velaciones del cielo.

tátil, cubierta de planchas de plata cinceladas, y se en-sagró un singhille á su culto. En las circunstancias des-afecidas, solia consultar el espíritu de su hermano, de su hermano asesinado!..... asesinado por ella (1)...

Su venganza, como he dicho antes, era terrible como el fuego del cielo. Comunmente no se limitaba á una per-sona, una familia, una aldea ó un pueblo... sino que una provincia entera era saqueada, incendiada y destruida.

De este modo se vengó del jefe de la provincia de So-no, porque dijo que ella era despreciable. Otro sufrió la misma pena por una simple palabra y doscientos treinta de sus oficiales perecieron con él, repartiendose despues los cadáveres de las victimas entre sus antropófagos que celebraron un festin de júbilo. (2)

Es costumbre en Angola que á la muerte de un hom-bre poderoso se entierre con él una de sus mugeres para servirle en el otro mundo—Acababa pues, de morir el je-fe de la casa de la reina; dos mugeres del difunto se dis-putaron el honor de seguirle, y como hablaben de esta extraña disputa á Zinga, mandó comparecer á su pre-sencia á las dos mugeres para decidir la cuestion. Pero apenas designó cual de las dos aspirantes habia de enter-rarse con el muerto, cuando llamó á la otra que se re-tiraba y dijo friamente:

—Que esta tambien sea arrojada en la huesa con su compañera.

Zinga era de un carácter eminentemente guerrero; á la cabeza siempre de numerosas tribus de Guiagos que habia sabido atraerse, recorría las provincias como un torrente furioso, destruyendo y asolando cuanto encun-traba al paso y convirtiendo en un desierto las mas fer-tilidades provincias.—En fin los portugueses atormentados y desesperados resolvieron lanzarla al interior del Afri-ca; pero sirviéndose de las armas de Zinga, no comba-tieron al principio abiertamente y se contentaron con ha-cer enemigos entre sus mismos aliados, y aun sobrepu-jaron sus esperanzas.

Los portugueses proclamaron rey de Congo á Ngola-Aarij, único que habia podido salvarse de la mortandad de la familia real, y le ofrecieron su apoyo si hacia la guerra á Zinga; este se la declaró, y entonces los por-tugueses creyendo haber logrado lo bastante para intima-dar á la africana, le propusieron su cooperacion para su-meter á Ngola Aarij.—En esta ocasion fué donde Zin-ga manifestó un corazon grande y noble.

—Yo soy reina, dijo al enviado cristiano fuera de si de cólera, vuestro virey me insulta... Como se atreve, el que no es mas que gobernador á hablarme en esos tér-minos, á mí que soy una soberana! Acaso me ha venido para hablarme de un tributo á su rey? No, yo no estoy vencida, repitió muchas veces golpeando el suelo con un venablo que llevaba siempre en la mano. Tengo buenas tropas, y valor; yo me batiré. En cuanto á un tributo si vuestro gobernador lo quiere, lo pedirá á mi cadáver, porque mientras viva no lo obtendrá.

(1) En las relaciones históricas del reino de Angola se hallan referidas minuciosamente las crueldades de Zinga, pero son tan escandalosas que no he querido ensangran-tar inútilmente estas páginas hablando de aquellas mon-truosidades. Por lo tanto pasó en silencio los asesinatos de mugeres embarazadas, el suplicio del agua ras y de la sal en los miembros cortados y una multitud de horrores que hacen estremecer un corazon humano.

(2) Para cubrir los gritos de las desgraciadas victimas cuando se verificaba un Tombo (sacrificio) en el campo, mandaba Zinga tocar toda clase de instrumentos militares, y para limpiar el sitio inundado de sangre, empleaba un medio que nadie adivinaria fácilmente: hacia talar la tierra á sus esclavos!... *Relacion histórica de la Eti-opia, tomo. 4.º páj. 63; cartas edificantes historia de An-gola.*

Los portugueses la conocían bien: vieron que era preciso pelear y levantaron nuevas tropas. Recorrieron las márgenes del Coanza; de diez y siete islas que hay en este río, tomaron dos y bloquearon á la reina en la de Dongij; en esa misma isla donde su desgraciado hermano había muerto envenenado por ella... Pero los remordimientos la dominaban muy poco... Reducida pronto al último extremo por la mosquetería de los portugueses, tuvo que oír á un parlamentario que la dió doce horas de término para rendirse. Rendirse!... ella!... Zinga!... Mandó llamar al *singhille* (1) de su hermano y le dijo que interrogase al *espíritu*... El espíritu respondió lo que era menester para reanimar el valor, no de la reina, que no había sufrido la menor alteración, sino de los que la rodeaban y ella veía abatidos... Esto sucedía por la tarde... Pasó la noche... A la mañana siguiente los portugueses no vieron á nadie en la isla... no oyeron ningún ruido... Se temieron alguna estratagemas... pero como penetrasen en la isla, la encontraron enteramente desierta... Solo al rededor del sepulcro erigido á Ngolan Bandi yacían catorce cadáveres de doncellas degolladas por Zinga para dar gracias al espíritu de su hermano... Durante la noche había abandonado la isla, atravesando el río á nado en un sitio que había parecido bastante impracticable á los portugueses para colocar centinelas en él; se había retirado á toda prisa á la provincia de Oaceo.

Furiosa por sus reveses penetró en los mas apartados desiertos siempre en busca de enemigos portugueses; solo sus propias provincias de que aquellos eran dueños, recuperó á Matamba, marcó con un hierro ardiendo á la reina Matamba—Muago que la defendía para los portugueses, y como una buena salida de los desiertos con el hambre y la sed de carne y sangre humana llegó á ser el tercer nun de los mas intrépidos.

Aproyechándose entonces de su ausencia el giaga Gai-songe (2) se apoderó de las provincias que la quedaban, arrojó los ojos pueblos, incendió las casas é hizo todo cuanto había hecho en otro tiempo su cruel soberana... Al saber Zinga estas noticias, volvió á marchas forzadas á salir al giaga de sus estados. En seguida se retiró á Partes, pero combatiendo siempre... Entonces acabó de desenvolverse el carácter de Zinga y se dió á conocer tal como era. Conoció que los europeos y ella debían unirse para que pudiese dominar á las naciones bárbaras que gobernaba... Un nuevo reves le hizo conocer que esas mismas nociones que la habían desilucidado cuando obtenían alguna victoria, la iban á abandonar... Un medio le quedaba de atraerse á los portugueses y no se desdijo en emplearlo. Sus últimas victorias la ponían en estado de no aceptar si no una paz honrosa y dió muestras de querer abrazar nuevamente el cristianismo. El rey de Portugal que tenía orden de su corte de llevar á cabo á toda costa la conversión verdadera ó fingida de Zinga, le envió al momento misioneros y un embajador... El capuchino Antonio de Gaeta recibió su abjuración y la reconcilió con la iglesia. Convencida además que sus pueblos no podrán civilizarse sino por la religion cristiana, Zinga abrazó esta vez la doctrina del evangelio con ánimo resuelto y decidida voluntad de permanecer fiel á ella. Por medio de un tratado renunció solemnemente á sus pretensiones, á pesar de ser justas, al reino de Angola que poseía el rey de Portugal, quien á su vez estipuló con ella una alianza ofensiva y defensiva para sostenerla en el reino de Matamba. Tenia entonces

Zinga setenta y cinco años (1). Publicó varios edictos para abolir la secta abominable de los guiagos y sus supersticiones impías: grandes planes concibió esta muger, que á pesar de su carácter naturalmente cruel y sanguinario, fué una gran reina y supo mostrar jenerosas virtudes al lado de los mas odiosos y repugnantes vicios. Ella se atrevió á lo que nadie hubiera intentado, pero que su alma verdaderamente heroica le hacia mirar como un deber de la corona que ceñía, á luchar contra un pueblo que queria sojuzgar á su nacion con un vigor que revelaba la fuerza y el temple de su carácter y toda la estension de su porvenir. Dedicóse asiduamente á hacer florecer la civilization en sus estados cuando la sorprendió la muerte el 17 de diciembre de 1663. El género de su enfermedad fué poco conocido; sin embargo segun refieren las memorias del padre Antonio de Gaeta, pereció de una flusion de pecho mal curada... Tenia entonces 82 años.

La reina Zinga murió con grandes muestras de arrepentimiento, dejando á su nacion medio civilizada é inconsolable con su pérdida.

«Cuando fué al palacio, dice el padre Antonio de Gaeta, vi á la reina adornada con sus mejores y mas preciosas joyas y vestidos. Tendida sobre una camilla cubierta con un manto de oro cuyas puntas estaban recogidas sobre su pecho y sujetas con un broche de rica pedrería, ostentaba en su cabeza un casco ceñido con una corona de oro, guarnecida de plumas de diferentes colores; dobles collares de coral y gruesas perlas y pendientes riquísimos adornaban sus orejas y cuello: sus brazos hasta los codos y sus piernas hasta los talones estaban recargados de brazaletes y anillos de oro y piedras preciosas, y de crines de elefantes trenzadas ingeniosamente, lo que constituye uno de los mas preciosos adornos del pais. Sus pies pequeños calzaban lindas sandalias de terciopelo rojo cerradas con un boton de coral, y toda ella estaba rodeada de flores...»

«Hacia el medio dia se la espuso en el pórtico de las audiencias en una cama de respeto, cubierta con una tela del pais llamada gabú. Estaba como sentada con su rosario en la mano y apoyada contra un cojin que uno de sus pajes sostuvo durante muchas horas como una estatua...»

El mismo padre Antonio refiere que en el acto de ser espuesta á la admiracion pública, viéndola sus súbditos adornada con la corona en la cabeza, dieron las mas señaladas muestras de alegría, porque creian que había renunciado; pero cuando advirtieron que no les echaba su bendicion como acostumbraba hacer, entonces prorrumpieron en sollozos y ahullidos lastimeros, tirándose contra el suelo, arrancándose los cabellos y cubriéndose la cabeza con polvo para deplorar de este modo la pérdida de su reina incomparable.

Zinga gastaba un lujo escosivo en sus vestidos; habitualmente llevaba telas hechas en el pais de cortezas de árboles y tan finas que no las igualaba el mas hermoso raso de Europa; usaba siempre dos vestidos, de los cuales el uno la servia de taparabo y el otro de manto. Pero los dias de ceremonia constituian su manto real los mas ricos brocados de Asia y Europa. Su cetro era un baston cubierto de terciopelo rojo bordado de perlas y guarnecido de campanillas de oro y plata.

(1) Antes de su última paz con los portugueses, intentó otra alianza con los holandeses, aunque esto fué por poco tiempo; en seguida volvió á dirigirse á los portugueses segun los misioneros, porque *eran católicos*; pero el hecho es que Zinga no desperdió coyuntura, y tuvo por mejores aliados, á los portugueses que á los holandeses... En esta misma época obtuvieron estos del emperador del Japon la facultad de comerciar en este pais con la condicion de que habian de escupir el crucifijo y la imagen de la virgen y pisotearle.

(1) Ya hemos dicho que este nombre se daba á un adivino consagrado como sacerdote al espíritu de un antepasado.

(2) Era este un hombre eminentemente notable; pero es preciso no leer su historia en los misioneros, que le tratan como un incrédulo herético, y dicen de él muchas falacias.

Algunas veces se vestía á la portuguesa para representar, decía riéndose, el papel de dona Ana.

Era aficionada á la caza, pero habia de ser peligrosa. En su habitacion se veian, dice el padre Antonio, los despojos de leones y tigres que habia matado y los cuales enseñaba con orgullo.

Tenia trescientas mujeres para su servicio; diez de ellas la acompañaban constantemente y no debian perderla un solo momento de vista.

Comía siempre en público: tendiase en el suelo una gran estera del pais y encima un mantel de lienzo de Europa: Zinga se sentaba sobre un cojin y comía sin tenedor ni cuchillo. Repartía pedazos de vianda enteros entre sus criados, que por respeto, aunque no tuviesen hambre, debian comerlos al instante sin dejar nada. El padre Antonio vió que en un dia ordinario la sirvieron hasta ochenta platos...

Entre ellos habia, dice, lagartos, langostas, y ratones asados con el pelo y la piel: Zinga le ofreció uno, y el padre le dió las gracias.

Vosotros los europeos, le dijo, no sabeis lo que es bueno y delicado.

Algunas veces comia con gran ceremonia y á la europea: entonces usaba bajilla de oro y plata, y sus criados la servian de rodillas, segun el ceremonial de las cortes de

España y Portugal, pero esto lo hacia muy raras veces. No tenia coches porque en Matamba y Angola no hay ni caballos ni mulas. (1) En vez de caballos, tenia esclavos robustos que se mantenian en casas particulares bajo la direccion de un superintendente. Sirven de ellos como de caballos. La actividad de estos hombres es tal que algunas veces andan veinte y cinco leguas en un dia con cargas pesadas.

Esta relacion que es fiel, puede suministrar profundas reflexiones á los que atacan á los blancos con tanta acritud por la manera con que tratan á los negros en sus casas... Jamás les han hecho sufrir esa humillacion y esa degradacion de embrutecimiento; que agreguen á esto el horror de las supersticiones giagas, y seguramente los negros no echarian de menos á su patria africana.

Sucedió á Zinga, su hermana, la princesa Cambo (doña Bárbara). En vano pusieron en sus manos el arco y las flechas y el venablo como señal de la reja autoridad. Al perder á Zinga, el reino de Angola perdió una gran soberana que no podía ser reemplazada. Cambo era débil, ciega y ademas estaba casada con un miserable que, aunque cristiano, no tardó en introducir entre aquel pueblo las ceremonias impias que Zinga habia logrado destruir á costa de tanto trabajo. Nacida en Europa Zinga hubiera sido una Cristina ó una Isabel.

ESTUDIOS DE VIAGES.

UN SUEÑO.

CAPITULO I.

Refrigerio de despedida.

Señores, propongo un brindis fantástico por nuestro ilustre anfitrión el príncipe Pokiloff.

—Señores, denunció al preopinante Rafael Destré poeta lírico y dramático como perdidamente borracho!

—Propongo mi brindis al príncipe, llenad vuestros vasos.

—Viva el príncipe!

—Viva nuestro amigo!

—Viva Pokiloff!

—Viva todo!

Toda esta hermosa lógica se desplegaba en una divertida noche del invierno de 183...entre once y doce de la noche al rededor de una mesa servida con un lujo y un gusto asiáticos en un hermoso palacio de la calle de Rivoli. Los actores de aquella graciosa escena eran cinco buenos mozos, cuatro de ellos franceses por nacimiento y por lo demas, y el quinto ruso nada mas que por nacimiento. El tal ruso era en verdad hombre de gran corazón, de buen talento y de un carácter bellissimo. Aunque muy joven aun, habia viajado mucho y de consiguiente aprendido mucho y entre sus habilidades tenia la no común de gastar bien magnificas rentas.

En el momento en que introducimos en escena al príncipe Pablo Pokiloff habia venido á pasar el carnaval en París y al otro dia era preciso que se pudiese en camino para Rusia que ya deseaba ver apesar de los encantos sin fin de nuestra metrópoli; tan cierto es que el suelo natal tiene una fuerza de atraccion, las mas veces irresistible! En sus viajes á París se hacian grangeado

Pokiloff muchos amigos ó al menos muchos compañeros de diversion que se llamaban tales. Pero en verdad que este príncipe reunia todo género de dicha; porque al cabo habia encontrado cuatro amigos verdaderos; abiet una friolera! los conservaba hasta despues de haberles prestado dinero! Repito que era afortunado en todo. Estos cuatro amigos eran los alégres locos que acabamos de oír disparatar tan maravillosamente: He aqui su retrato.

Rafael, el poeta, es un lozano y apacible jóven de veinte años: si, tiene poco mas ó menos esa edad de indecision en que su alma poética quisiera recorrer todos los caminos del arte. Asi es que Rafael ha hecho hasta aqui con igual ardor versos, novelas, dramas, comedias, folletines y vaudevilles. En nada es completo pero se le conoce la inspiracion y se prevé que el dia en que fije su rumbo dejará señalado gloriosamente el nombre de Rafael.

Si me preguntáis mas, añadiré que tiene mediana estatura, que sus cabellos son castaños y sedosos, sus ojos de azul oscuro, su boca de rosa algo marchita y sus manos de formas suaves y delicadas.

Gilberto, el pintor de historia, tiene ya sus veintiocho años: es un talento en toda su fuerza: no es discípulo de ningun maestro: su pincel es atrevido, original, abrasador! Tiene valor acreditado y una perseverancia capaz de cansar á la misma suerte: bajo un exterior de hierro oculta un corazón sensible y generoso. Es robusto y de buena estatura; su voz vibrante, cabellos y ojos negros, cara morena; he aqui á Gilberto por dentro y por fuera.

Ovidio ha sido poeta y pintor y escultor y todo lo que es del oficio. Ha tenido triunfos y reveses, reveses muy pocos. Por lo demas goza de una renta bastante buena y no esta muy mal avenido con la vida. No tiene nada de hermoso y sin embargo dicen de él: «Es un hombre encantador.» Sus amigos le quieren con exceso.

Por último, Próspero, en nada se parece á los demás: (1) Solo algunos portugueses tienen por via de lujo mulas en Moanda.

nunca brilló en parte alguna y probablemente no brillará jamás. Es arrogante mozo, de modales elegantes, con un buen caudal pero que desgraciadamente nada ha aprendido y ha pasado su vida ocioso: esto le hace infeliz y apesar de eso no le dá la bastante fuerza para entregarse á un estudio serio, el mejor remedio contra el fastidio! Próspero es uno de esos hombres que por la mañana, cuando se levantan, quisieran que hubiera llegado ya la noche: que no tienen recuerdos ni esperanzas; que persiguen los placeres sin encontrar nunca el placer que envidia el vulgo y que compadece el hombre inteligente. Lo que hace que Próspero no sea totalmente nulo es su buen corazón nunca desmentido y su estremada complacencia con sus amigos.

Al cabo de algunos instantes de un silencio causado por la llegada de un soberbio plato de merengues, continúa Pokiloff:

—Amigos, mis buenos amigos, ya sabéis que os dejo mañana. Esta cena quizá es la última que hacemos juntos: la vida tiene tantos azares! Si queréis crearme guardemos nuestra razón para cuando nos despedamos. Me entendéis; no es verdad? Despues, cuando nos acordemos vosotros de mí y yo de vosotros tendremos solo una confusa idea de los momentos que hayamos pasado juntos. Esto sería triste para nosotros, amigos.

Amados oyentes míos, dijo Rafael un poco trastornado, pero que sin embargo habia sentido vivamente lo que Pablo acababa de decir, monseñor acaba de anunciar ahora una gran verdad: Ese querido Pablo! pensar que mañana á estas horas estará ya lejos de nosotros, el alma de nuestras reuniones: me aflige solo el pensarlo!

Y todos tendieron las manos al buen Pokiloff. En aquel momento ninguno tenía las lágrimas en los ojos, todos las tenían en el corazón.

—No os afligáis por eso, compañeros míos: dentro de un año estare de vuelta en París. Hoy estamos á veintisiete de febrero; pues bien! el carnaval que viene me volveréis á ver.

—Un año, objetó Próspero, es una eternidad!

—Lo cierto es, que para mí va á ser este año atrozmente largo! dijo Ovidio.

—Un año, añadió Gilbert; antes me moriré yo de impaciencia.

—Para mí, suspiró Rafael, ese año es la eternidad.

—Pero por Dios! Señores, qué es lo que va á hacer que ese año os parezca tan largo? Vamos es que tiene apuros de dinero alguno de vosotros? hablad: es otra cosa que yo pueda remediar? decidme!

—Ah! tú no puedes hacer nada por mí, dijo Rafael, sabes que apesar de mis largos trabajos no he podido tener el gusto de ver representada una comedia tía: ayer recibí mi *Muger filósofa* en el teatro francés: pero me dijeron al mismo tiempo que tardaría un año en representarse. ¡Que triste voy á vivir hasta entonces!

—Juzga de mi impaciencia, Pablo, al saber que dentro de un año estará aquí de vuelta de Nueva York mi hermano Edmundo. Hermano mío! qué años hace que no le he visto!

—Y entonces, que alegría Gilberto, no es verdad? dijo el principe.

—Pues hacedos cargo, dijo Ovidio, de lo que es amar, ser amado y esperar todo un año para casarse. Eso me está pasando á mí, señores: los padres de mi hermosa Blancia me han aceptado por yerno; pero asuntos de familia hacen que se suspenda el casamiento todo ese tiempo.

—Y á tí, Próspero, qué te hace desear tanto el próximo invierno?

—A mí? el que haya pasado un año mas: son tan largos los días.

—Señores, exclamó el principe riéndose interiormente de una idea que acababa de ocurrirle: vamos á beber.

—Pues y lo que nos encargaba hace poco?

—Olvídadlo y bebed: aquí hay vinos de España que tienen mil virtudes. Vamos, acercadme vuestros vasos y anegad esos pensamientos sombríos: amigos, la vida real es triste: feliz el que sabe forjarse una de ilusiones y soñar despierto: ese es un sabio, creedme. Gozar es vivir, que el principio de esta vida es el placer. Gocémosle, pues, hasta la locura que los mas locos son los mas cuerdos.

—Tiene razón! bebamos.

Al dar las dos, solo el principe estaba despierto y en pie. Miraba con gusto á sus cuatro compañeros que dormían estrepitosamente en posturas originales.

—Está bien, dijo.

CAPITULO II.

A seiscientas leguas de París

Veinte días despues de aquellas escenas de locura se paraba en una fonda de la ciudad de Sarefta en el gobierno de Saratof entre el Don y el Volga, una silla de posta notable por la solidez de su construccion y cerrada cuidadosamente por fuera por medio de un candado. Algunas horas antes acababa de llegar otra silla al mismo parador. Se habia apeado un hombre alto de modales elegantes y despues de dar algunas órdenes se puso á la ventana. Cuando vió pararse el segundo carruaje dejó su punto de observacion y el mismo fué á abrir la portezuela cerrada con candado. Echáronse á tierra cuatro jóvenes y reconociendo al hombre que los sacaba de aquella especie de carcel ambulante se encolerizaron de una manera horrible y se oyeron salir de su boca casi simultaneamente estas poco pacificas exclamaciones.

—Cobarde!

—Oh! tu te batirás!

—Vil Cosaco!

—Ya puedes defenderte!

Vamos, señores! un poco de paciencia: qué diablo!

—No os pongáis en ridiculo delante de las gentes y seguidme.

Supongo, lector, que has reconocido los cinco amigos de la otra noche ¿no es así?

—Rechinando los dientes y crispando los puños siguieron los cuatro viajeros á Pokiloff á un cuarto amueblado mas á estilo de París que de Londres, y en medio del cual habia una mesa perfectamente cubierta como para burlar su cólera.

—Señores, dijo el principe, tomad asiento, que supongo no queréis matarme en ayunas.

—Se está burlando de nosotros!

—Vamos, señores, no esteis tan enfadados; si supierais lo feos que pareceis con vuestras barbas de veinte y tres días, trabajo os habia de costar el no reiros.

Miráronse los cuatro amigos y no se encontraron mutuamente muy bonitos.

—Pero en donde diablos estamos! preguntó Ovidio, cuya cólera se habia apaciguado á la vista de la mesa. — ¿Donde estáis? Señores, á seiscientas leguas de París, á trescientas mas allá de san Petersburgo, en Sarefta, Colonia de Moravos, á ciento ochenta werstas de las hordas kalmukas.

—Y se os puede preguntar, caballero, qué significa esta gracia demasiado pesada?

—Principiemos por sentarnos y comer: luego hablaremos de todo esto.

—Señores y desgraciados compañeros, exclamó Gilberto: declaró al principe Pokiloff, el hombre mas descarado del universo; pero comamos primero: que despues de haber comido nos explicara su infame conducta.

Se comió entre risas y gruñidos: despues habiendo pedido y logrado el principe gran silencio, comenzó así:

—Amigos míos....

—Si... ya estamos... pero en fin sigue.

—Amigos míos, deberíais darme gracias y besar la tierra que piso!— Cuando nuestra última entrevista en París, la noche de aquella elocuencia que os ha traído aquí, me expresásteis todos con calor el deseo de tener un año más: este año que os separaba a ti de un hermano, a ti de una esposa, a ti de un triunfo y a ti de otro año os hubiera parecido que no acababa nunca, por el grandísimo deseo de que corriese mucho. Dadme las gracias, señores; porque voy a proporcionaros los medios de vivir sin fastidio. Os he dicho que hace algunos años ansiaba yo por volver a mi Rusia si bien he callado una causa menos imperiosa, pero también importante que me llama a este país. Tenga encargo de mi gobierno para hacer un estado exacto de la situación actual de los pueblos kalmukos y voy a pasar diez meses entre ellos: como no pienso divertirme mucho en ese tiempo he creído que era buena ocurrencia y sobre todo agradable para vosotros y para mí el no separarnos. Me resta vencer vuestra irresolución: el uno no hubiera querido dejar su novia, el otro sus cuadros, el otro sus comedias, el otro su París. Suponiendo que hubiéseis consentido, habríais tratado de hacer preparativos y de despediros de cuantos allí conocéis: yo no podía detener mi marcha una hora: mientras vosotros saboreábais los vinos de España os dejé un instante y dimis órdenes. Cuando volví os di vinos preparados químicamente: esto os proporcionó primero un sueño profundo; después un letargo profundo en que quedabais sin fuerza ni voluntad: me hacía dueño de vosotros y me facilitaba realizar mis proyectos; os encerré en mi silla de postas. Supongo que os han cuidado bien allí. Solo hace dos días que estais curados y tenéis la conciencia de vuestra situación: así es que estos dos días ha costado muchísimo el conservaros encerrados en la jaula. En una palabra, ya estais aquí. No me dejéis y dentro de diez meses os restituyo a París. Sin embargo si alguno echa de menos su capital lo bastante para no poder aguantar tanto tiempo que lo diga; todo lo que yo tengo está a su servicio: es dueño de partir; mas es, le regalo mi silla de posta en memoria de nuestros viajes.

—Buen loco sería yo, dijo Rafael en volver a ese procaico París: debe de haber por estos países una poesía salvaje de que quiero penetrarme.

—Un pintor está bien en todas partes, es el amante titular de la naturaleza: nada hay que pueda escaparse a su pincele: yo me quedo.

—Oh amigos míos, mucho quiero a mi Blandina, pero pronto será mi muger y no siempre tendré yo ocasión de ver a los Kalmukos. Me quedo y ¿tú, Próspero?

—Yo no me separo de vosotros.

—Bien! bravo! señores: amigos míos, me volveis vuestra amistad. ¿Veis como todo está en entenderse? Y si me hubiérais muerto? Vamos, vamos, viva! ya no nos separaremos. Mañana principiamos nuestras correrías: esta noche, viva la broma!

CAPITULO III.

Expediciones.

Al siguiente día se dirigieron los jóvenes a las chozas Kalmukas; pero a siete werstas de Sarefta se detuvieron para visitar la fuente que lleva el nombre de aquella ciudad. La fuente de Sarefta está situada en un parage muy pintoresco: una inmensa llanura se extiende sobre la cadena de colinas que la rodean y descubre parte del Volga que corre a lo lejos. A la distancia de doce werstas se ve la fortaleza de Jaritza sobre el Volga. Los riachuelos que serpentean por la falda de la montaña están cubiertos por la sombra de manzanos silvestres, encinas y otros árboles.

El manantial que surte la fuente es muy abundante:

tiene otros diez y seis manantiales pequeños que surten a su alrededor. Se ha visto por medio de varios ensayos que aquellas aguas no ceden en cualidades minerales a las de Carisbad: con todo han disminuido de algunos años a esta parte las romerías a la fuente Sarefta. Muchas causas contribuyen a este olvido de los extranjeros: en primer lugar la molestia de andar siete werstas desde Sarefta y en segundo el acabarse de descubrir la Taverne del Caucaso. Además los rusos por lo común desprecian lo que produce su país. La mejor prueba que puede darse de la bondad de las aguas de aquella fuente, es el gran uso que hacen de ella los habitantes.

Al dejar los árboles que rodean a Sarefta encontraron la caravana a los pocos instantes en medio de una inmensa llanura en que solo se veían el cielo y la hermosa campiña.

Puede compararse el país de los kalmukos a un vasto mar en que sirve de brújula el ojo penetrante de los miradores. Concíbese una extensión de cuatrocientas werstas desde donde apenas se descubre un corto número de habitaciones a las orillas de algunos rios. Aquella misma comarca está enteramente sin árboles: no se ven allí mas que algunos arbustos, colinas y pantanos y solo a un kalmuko pueden servir de guías tales señas, cuya misma regularidad confunde al extranjero. El kalmuko nomada sin fijarse en la menor huella del camino y hasta sin prestar atención conduce sus caballos y camellos por varios centenares de werstas, como dirigiría un piloto su navio.

Al atravesar la llanura, departiendo alegremente acerca de las cosas desconocidas que les llamaba la atención dijo el príncipe a sus compañeros.

—Sin duda ignorais, señores, el origen de la palabra kalmuko? Escuchadme y os la diré. Los kalmukos se llamaban Eulcutes: pero este nombre ha caído entre ellos tan en desuso que solo le conocen los eruditos. Ellos se llaman a sí mismos Chalmukos porque no pueden pronunciar de otro modo y Strahlemberg hace derivar este nombre de la palabra tártara rusa *Kalbak* (gorro). Por qué por qué los kalmukos llevan siempre gorro? Pero también le llevan los tártaros y otros muchos pueblos. Es mucho mas probable que esta palabra venga de *khalmak*. El mismo Abulhasi parece confirmar nuestra opinión llamando a ese pueblo *khalmaka*; según esta expresión tártara, la palabra kalmuko significa o infiel o derivado. ¿Cual de las dos significaciones debe adoptarse? todos están por la última y encuentran así ocasión de explicar que al separarse este pueblo de los comarcanos conservó la raíz de su origen y recibió el nombre de *Khalmak*, ó su derivado Kalmuko. Esta opinión se ve apoyada en los antiguos libros mogoles donde se hace mención de una gran tribu del pueblo Kalmuko, parte de la cual se había establecido al principio en las cercanías del Thibet mientras la otra se retiró hacia el este donde acaba por confundirse con otros pueblos vecinos del Caucaso.

Al concluir el príncipe su discurso hizo reparar a sus oyentes en un kalmuko que en un hermoso caballo se adelantaba hacia ellos con gran velocidad: cuando ya estuvo cerca:

—Mirad, amigos, dijo el príncipe: ahí tenéis un hermoso tipo de la raza que vamos a ver: ese es un verdadero kalmuko.

—Si, dijo Ovidio, si, ese hombre cuya cabeza alumbra también el Sol en este momento es de la raza que yo llamo la variedad mogol, raza de hombres que ocupan casi todo el Este y una parte del Norte del Asia. Si, es: es la tez de un color de hollín claro, los cabellos negros y raros, la cara aplastada, ancho de juanetes, estrecho de barba, los ojos separados, la nariz poco pronunciada, las orejas grandes y desprendidas, las quijadas salientes, la cabeza cuadrangular. En tal figura, la barba estrecha y las quijadas salientes serian signos físicos

mónicos de perversidad si aquellos ojos separados y aquellos anchos juanetes no significasen lo contrario, de donde acaso podía inferir un apasionado de Labator que había allí dentro tanto de bondad como de maldad. Esta especie de hombres tienen además por lo común la parte superior de la cabeza bastante desenvuelta cuyo indicio de veneración pudiera explicar en mi concepto la tendencia de los pueblos asiáticos á forjarse muchos dioses en sus religiones idólatras para satisfacer su necesidad de adorar.

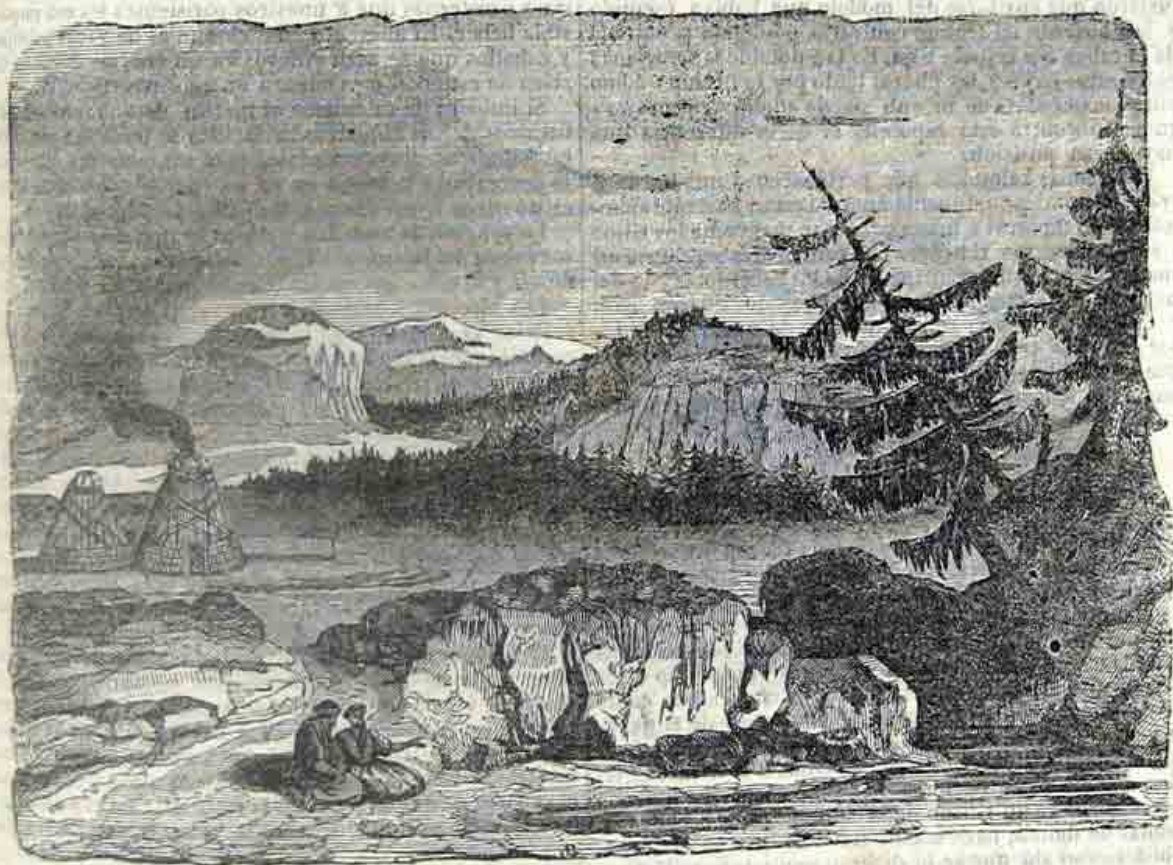
El kalmuko había llegado hácia ellos. Hizole Pokiloff una señal y detuvo su caballo; paró el tártaro el suyo y los cuatro franceses hicieron alto á su voz á algunos pasos del príncipe que hablaba el kalmuko en idioma

rudo y gutural. Pronto vieron á Pokiloff en marcha con el tártaro á su lado y le oyeron gritar.

—Amigos, ya tenemos un guía: Uhachi nos conducirá lo he arreglado con él, y á la verdad que nos será muy útil porque acaba de decirme que ya estábamos en el camino mas largo para llegar á las moradas de sus hermanos: dejémosle que nos guie.

Se puso el kalmuko á la cabeza de la caravana y tan bien la dirigió que al anochecer se encontró á la vista de las chozas de una horda que acampaba á la orilla de un ancho riachuelo.

—Señores, exclamó Rafael, señores, os suplico os detengais un momento: dejadme contemplar un rato el aspecto de ese pueblo nómada. Todas esas chozas me re-



uerdan las viviendas de los castores: cuanto mas me gusta todo eso que la calle de Richelieu! ¡Qué hermoso es y que raro!

También Gilberto se había detenido y en un album todava virgen bosquejaba con grandes rasgos de lapiz la copia del pais salvaje que se ofrecia á sus ojos.

—Oh, oh! dijo Ovidio: ved que caballos de tanto mérito: ya entablaremos relaciones con esos guapos.

Almirado Prospero de lo que veía paseaba continuamente sus miradas de sus amigos á las chozas ó de las chozas á sus amigos y repetía con un tanto de envidia.

—Cualquiera diría que están contentos de veras, que se divierten. ¿Cuanto me divertirá yo un poco? La casita de un kalmuko se parece á una gran quilla redonda que parece apoyada en dos cilindros de madera de tres ó cuatro pies de alto: la circunferencia es de seis á ocho toesas. La armadura consiste en una especie de enrejado

de madera por la parte baja y por la alta en una ensambladura de estacas puestas oblicuamente y reunidas en el vértice por una especie de corona á que están sujetas. Por fuera están cubiertas las chozas de un fieltro asegurado con fuertes cordones hechos de pelo de camello. Cuando se enciende lumbre se contentan con alzar la cubierta de fieltro que está en la corona superior para dejar paso libre al humo.

Se necesita haber visto semejantes chozas para formarse una idea exacta de su construcción. Resisten á la lluvia y á las tempestades mas violentas. En invierno son mas cálidas y en verano defienden mejor del Sol que las tiendas de campaña de nuestros soldados. No pasando nunca de una semana la residencia de los kalmukos nómadas en el mismo sitio, no podían inventar cosa mas cómoda que sus cabañas que desarmar y conducen facilmente sobre camellos.

Imitando á la naturaleza es como los kalmukos debieron imaginar habitaciones cubiertas de fieltro. Su vida errante por aquellos lugares en que escasea la madera impidió á aquellos nómadas el abrir cavidades cómodas á ejemplo de otros pueblos ó construir cabañas con maleza y estacas. Puede que á alguno cansado de dormir á cielo raso, se le ocurriese la idea de hacer con lana de sus ovejas una especie de choza á semejanza del nido tan comun en aquel pais del pájaro llamado *remes-vjjet*. Este notable pájaro prepara con cierta lana una especie de saco largo que ata con tanto arte á las ramitas que ni el viento ni las tempestades pueden hacer daño á su flotante morada. Este parece el método seguido por los abuelos de los kalmukos para formar las chozas que con el tiempo se perfeccionaron ó hicieron mas sólidas por medio de piezas de madera. No pudiendo los kalmukos fijar sus viviendas mas que en tierra tuvieron que apartarse del modelo que habian escogido y las hicieron en sentido contrario poniendo la entrada de la cabaña en la parte baja. Es tan notable la semejanza entre estos nidos y las chozas tanto por la hechura como por el material, que ni aun puede admitirse como argumento contra esta hipótesis la corta diferencia que hay en su posicion.

Las tiendas kalmukas que pertenecen á una horda ó gran division de aquel pueblo nómada están bastante apartadas unas de otras á fin de procurar mas cómodos sitios á sus numerosos rebaños. Las principales secciones en una horda son la del principe, la de los sacerdotes y la del mercado que en lengua kalmuka lo mismo que en rusa y tartara se designa con el nombre de *bazar*. Al rededor de estas tres divisiones estan las chozas comunes que no se diferencian de las de los personajes mas distinguidos sino en que son algo mas pequeñas, ó mas sucias.

CAPITULO IV.

Gobierno pintoresco.—El estatuario.

Algunos dias despues de su llegada fueron los viajeros á la cabaña de justicia, donde estaba el principe, era indispensable este paso para alcanzar su proteccion todo el tiempo que pasasen en sus estados: ademas era una coyuntura de estudiar las costumbres kalmukas en todas sus variedades y los parisenses se habian propuesto no dejar perder una. Hallaron, pues, al vice-Khan sentado como de costumbre con las piernas cruzadas frente de la puerta y alzado sobre almoadones de fieltro y de alfombra: sus dos hijos mayores estaban sentados á su derecha: tenian delante unas horteras llenas de carne. Se indicó á los viajeros en un rincon de la choza cogines hechos con fundas de fieltro, haciéndoles señal de que se sentaran. Obedecieron sin que se lo digeran segunda vez. Entonces principió una larga conversacion entre el vice-Khan y Pokiloff que parecia conocer perfectamente la lengua kalmuka. Mientras el dialogo en que advirtieron nuestros amigos que se trataba de ellos observaron á su gusto la habitacion y los que en ella habia.

Le pareció el principe kalmuko de unos cuarenta años cerca: su fisonomia era hermosa, traia vestido de seda y estaba con su rosario en la mano. Aun hablando con Pokiloff parecia que continuaba sus rezos mentalmente dando vueltas en los dedos con mucha prisa las cuentas de que se componia el rosario. Habia en la choza dos cajas, una maquina kalmuka para el dinero; y una larga estaca clavada en el suelo llena de ramitas cortas para colgar allí los gorros. Sobre una especie de mesa en forma de altar se veian varias copas de ofrenda, y encima colgadas varias imagines de dioses. Frente de aquella mesa estaba la princesa sobre un asiento alto cubierto de seda, rodeada de sacerdotes. Acabada la conversacion del vice-Khan y del principe se tomó el té.

Les habian traído en una gran vasija de hierro que pusieron sobre un pie de madera. Cuando se dió la señal los ghellungs ó sacerdotes que estaban presentes sacaron su copa del lienzo que la envolvía y el que habia hecho el té despues de haber ofrecido la primera copa á los dioses, llenó las de los sacerdotes, y luego la de la princesa, antes de probarlo hizo cada uno una corta oracion: nuestros franceses se inclinaron por no disgustar al poder.

Luego que se hubo tomado el té cada uno se retiró silenciosamente. Asi acabó la solemne presentacion de los viajeros al principe.

El té significa mucho en la vida de los tártaros, y difícilmente se privarian de él. Otra bebida que tambien hacen mucho uso es el *tehigan* leche de yegua que tiene en sí algo de embriagador; sobre todo los sacerdotes beben mucha. Mas la bebida ordinaria es agua sacada de estanques ó cisternas que á nuestros parisenses les era imposible beber. El alimento mas comun es de vacas, ovejas y caballos que se asan enteros en un enorme monton de cisco de estiércol ó se cuecen en enormes calderas.

Si hubiera de calcularse el mérito de una religion por los actos de sus ministros mala idea se formaria de la de los kalmucos. Sus sacerdotes eran los hombres que mas se acercaban á la bestia en su voracidad, que vieron nunca nuestros cinco amigos. Bebian á proporcion.

La religion de aquellos pueblos es una de las numerosas ramas del Islamismo. Considerable es el número de sus dioses y el culto que se les tributa carece de reglas fijas.

Los sacerdotes kalmukos se dividen en tres clases. La inferior se compone de jóvenes eclesiásticos que se llaman *manchis*: la media comprende la reunion de sacerdotes de un orden inferior llamados *ghitzull*; la clase superior se compone de ghellungs. Ademas de esto cada orden tiene un sacerdote de grado mas eminente que se llama *Lama*. Las fiestas religiosas son muchas. Una de las mas importantes es la de *Urus* que celebra la renovacion del año y durante la cual nombra el Lama los nuevos sacerdotes. No deben contraer matrimonio; pero si no se cuidan de la estimacion de los otros sacerdotes pueden tomar una concubina y entonces se retiran con algunos parientes ó amigos á un lugar apartado donde ejercen la medicina y la ciencia de los agujeros.

El sitio en que se construyen las cabañas de los sacerdotes y que se llama la *khurull* está siempre próximo al *Oerguen* ó palacio del principe y consiste en varias chozas que no se distinguen de las demas sino en la mejor cubierta de fieltro. Están aisladas á alguna distancia unas de otras y describen una linea ovalada que parece ocupar el espacio de dos werstas en la *khurull*. En el punto interior vacio es donde se ven las chozas destinadas á la oracion.

Cuando fueron los viajeros admitidos á visitar el gran Lama encontraron allí gran número de sacerdotes que puestos delante del altar de Burkhan tocaban una música bastante monótona. Uno de los sacerdotes mas distinguidos colocado á la izquierda del altar parecia dirigir aquella música con una campanilla que tenia en la mano. Los otros sacerdotes tenian varios instrumentos que llaman *el buré*, *el bishkurr*, *el gangdoug*, *el kengherhué* y *el tsilang*.

El *buré* tiene la forma de un tubo de tres anas de brago: es de metal y compuesto de tres trozos que se adaptan exactamente el uno al otro. En cuanto al sonido se le puede comparar con el del sacabuche ó de la bocina.

El *bishkurr* es una especie de flauta: la pieza de medio es de madera dura ó de hueso; la embocadura y el resto es parte de cobre y parte de hoja de lata: tiene de largo casi una ana.

El *gangdung* es una trompeta de hierro batido ó de laton que los *kenghergistas* emplean alternativamente con el *kengherque*.

Este es una especie particular de tambor cubierto de pergamino de un lado á otro. Los dos lados que son chales están á corta distancia uno de otro. Su circunferencia es casi la misma que la de los tambores comunes. Se lleva á cierta altura sobre un palo y se toca con un mazo en forma de cabeza de dragon.

El *tsilang* es una especie de platillo que tienen en medio la forma de una copa de sombrero. Se usan dando el uno contra el otro unas veces en toda su superficie, otras solo en la mitad y alguna en las orillas.

Figuraos el ruido que se arma cuando tocan en diversas cabañas todos estos instrumentos á la vez. Cuando hay fiestas dura esta música algunas horas de la mañana y de la noche. En las pausas de la oracion sirvieron leche aceda (*tschigan*): los mismos sacerdotes salieron para tomar aquella bebida, y descansar un poco de aquella larga sesion. El príncipe Pokiloff y sus amigos tuvieron que sorberse tambien buenos tragos de aquella maldita bebida para no echarlo á perder con los sacerdotes; en recompensa los condujo un *ghellung* viejo á un altar sobre el cual estaban las imágenes de los dioses y despues de haberles recomendado que tuvieran los sombreros en la

boca para que su aliento no profanase su divinidad tuvo á bien declinarles sus nombres todos cual mas faciles de pronunciar. Los principales eran *Dehakdchamuni* el mayor de todos los dioses, despues *Yaman*, *Dagor Okin-Teugheri*, *Tsagaan-Dara-Eki*, *Nojon-Dara Eki*, *Nidomber Vsuktehi*, *Medari*, *Mansachari*, *Erlins*, *Khan* y otros mas.

Las imágenes de estos dioses suelen estar pintados en lienzos amarillos. Gilberto pintó varias con gran satisfaccion de los fieles. Otros dioses hay á quienes se honra mas. Sus estatuas eran de bronce fundidas en algunas ciudades de la Rusia Europea y estaban lo bastante bien ejecutadas para que Ovidio felicitase al *ghellung*. Habia otros dioses simplemente de tierra que los hacian los mismos sacerdotes con admirable habilidad.

Muchas veces fue Prospero testigo de aquella fabricacion de divinidades, el pobre jóven que habia esperado disipar su eterno fastidio en aquel viage, seguia fastidiándose y al ver á Gilberto Rafael, Ovidio y Pablo llevar la vida con su acostumbrada indiferencia maldecia la suerte que habiéndole dado al parecer los elementos de felicidad le hacia tan infeliz.



Sucedió un dia que estando el fastidiado Próspero viendo como un *Manchchi* reproducia una imagen del Dios *Medari* se le ocurrió la idea de imitar el trabajo del jóven sacerdote: halló el barro mas dócil en sus manos de lo que habia creído y en muy poco tiempo consiguió darle una forma humana mas correcta que le dada por el *Manchchi* á su *Medari*.

Cuando vieron la obra los compañeros de Próspero se burlaron por lo que tenia de grotesco; pero con talento y buena intencion. Picado un tanto el aprendiz de estatuario resolvió tomarse mas tiempo y hacer algo que se prestase menos á la crítica. Algunos dias despues fue á buscar á su cabaña á un anciano *ghellung* á quien se habia encargado el insigne honor de crear una nueva estatuas del gran *Dehakdchamuni*. Al presentarle su bostezo de *Medari* le pidió lecciones y consejos diciéndole que le fisonja omnipotente con los sacerdotes *kalmukos* que le parecia tan admirable la religion lamista que el tendria por una suprema felicidad el poder reproducir dignamente las imágenes de sus dioses. Enternecióse el anciano *ghellung* al oír esta declaracion; consintió con alegría enseñar á Próspero cuanto supiese en el arte. Apró-

vechando el aprendiz las lecciones que recibia y los principios que el gusto le inspiraba; pronto pudo ofrecer al examen de sus amigos un dios bastante bien hecho. Por aquella vez solo recibió parabienes y desde entonces no se volvió á fastidiar mas.

CAPITULO V.

Baja Justicia.—Grandes fiestas.

A poco tiempo se alejó la horda de las orillas del Don para acampar en las del Kuma. En un instante se desarmaron y cargaron en camellos todas las tiendas. Al tercer dia de haber marchado de las margenes del Don, se establecieron en una fresca y verde campiña.

Entre los *kalmukos* se administra justicia por el príncipe en persona asistido de sus *sargatchi*. Mientras residió en las poblaciones el príncipe con sus compañeros tuvieron ocasion de asistir á una solemne audiencia presidida por el Vice-Khan en la cabaña de justicia.

Sentado que se hubo el príncipe, los *sargatchi* que entraban, se acercaron á él uno tras de otro, doblaron la

rodilla derecha inclinando el cuerpo y tocaron con la mano derecha el brazo izquierdo del príncipe lo que es entre ellos señal de respeto y de saludo. El príncipe tocaba también la mano del *sargatchi* que después se alejaba retrocediendo y se sentaba.

Desde tiempo inmemorial tienen los príncipes kalmukos y mogoles este consejo particular (*sarga*) (1) que sin embargo no puede nunca hacer oposición a su poder como quiera que el jefe del consejo tiene la facultad de deponer los miembros a su antojo. Los deberes de los *sargatchi* ó miembros del consejo han sido siempre como hoy ocuparse de los asuntos del pueblo con el jefe. La *sarga* se compone de ocho miembros. Hacia el año 1761 habiendo sido nombrado Ubachá sucesor de Khan Donduk Dachi, el gobernador ruso tuvo á bien poner trabas al poder de aquel príncipe, decidiendo que los *sargatchi* estarían adictos al consejo de negocios extranjeros, y á fin de unirlos mas á los intereses de la Rusia se les concedió un sueldo anual de cien rublos.

Cuando los kalmukos tienen que prestar juramento se cuelga en la cabaña de justicia una imagen que por lo común representa el dios del tiempo (*Otchirbani*).

La práctica exige que el demandante perjudicado en su derecho por aquel contra quien se dirige la queja encargue á otro la prestación del juramento que en general se confía á un sacerdote, disposición muy bien entendida si reflexionamos bien en las bases de la religion kalmuka. Un criminal no teme cometer un crimen mas y el hombre que no teme atacar la propiedad de los otros tampoco respetará la santidad del juramento: un ladrón y un asesino, maldito el escrúpulo que tendran de jurar en falso. Para evitarlo manda la ley de los mogoles que el que se querrela haga justificar su queja por medio de juramento sin que pueda justificarse aquel á quien se demanda. Con todo, esta costumbre tiene ciertos abusos. Entre los kalmukos no se suele jurar sino en cuestiones de dinero y la fórmula depende el importe de la deuda. Las de menor cuantía exigen pocas ceremonias: para las de mayor son necesarias algunas otras. El juramento que vícion prestar los viajeros era por una demanda de seis rublos. Unos cuantos sacerdotes y legos estaban sentados en dos filas que partían de la cabaña: á cierta distancia se quemaba estiércol seco para poder encender una linterna cuando comenzase la ceremonia. Los acusadores y acusados se hallaban aun en la *sarga* del príncipe, donde se hacia por concluir el asunto sin llegar al juramento.

Por último aparecieron acusados y acusadores seguidos de numerosa comitiva. Continuó su discusión hasta que estuvieron á presencia de la imagen y aun algun tiempo después, cerca de ella. Al fin el que prestaba el juramento se echó tres veces á tierra pronunciando delante de los *Otchirbani* expresiones que no pudieron entender nuestros franceses: se adelantó en seguida hacia la imagen y la tocó en la frente. Los asistentes kalmukos hicieron otro tanto por espíritu de religion: se bajó la imagen y se separó la asamblea.

Las tres grandes fiestas principales de los kalmukos son: el *urus* que se celebra al principio del año y que no habian podido ver nuestros europeos; el *zagaon* que significa fiesta blanca y se celebra en el mes primero de la primavera y la *salla* ó fiesta de las lámparas que se hace á fines del otoño. Sobre todo estas dos últimas fiestas son extraordinarias.

Algunos dias antes de principiar el *zagaon* se oyeron los instrumentos de la *kurull*, familiares ya á los oídos de los cinco amigos, á pesar de que el excesivo frio de entonces obligaba á los sacerdotes á encender lumbre en las cabañas de oracion con tanto mas motivo, cuanto que allí se estaba sentado sin gorro ni guantes. Se adoraron

(1) De la palabra *sar* que significa *mando*.

aquellas chozas interiormente con cortinas de seda y en los altares se veían copas de ofrenda, la mayor parte llenas de figuras de masa: al lado de las copas se pusieron pedazos de masa, mayores llenos de manteca y formando piramides: tenia también el altar soberbias colgaduras.

La fiesta del *zagaon* se instituyó en honor de una victoria alcanzada por *Dchakdchamuni* contra seis falsos doctores, con quienes tuvo que combatir una semana entera. Durante aquel tiempo de plegarias reinó un silencio perfecto en las chozas de los kalmukos y los devotos se llevaron á la *kurull* para decir allí sus rezos. Lo mismo hicieron el vice Khan y su esposa.

Los sacerdotes celebraron con cánticos y juegos la noche del último dia consagrado á la oracion que es la última del tercer mes del invierno: y en la mañana de la fiesta se quitó la nieve de delante de cada *kurull*. Se erigió allí una imagen de *Dchakdchamuni* cubierta por un quitasol, pero de manera que pudiese recibir el *Burkhan* los primeros rayos del sol. A uno y otro lado de la imagen habia copas con ofrendas y *balig* puestos en mesas delante de los cuales se veía en una gran escuella un gran *balig* de manteca, cuyas líneas trazadas encima se dirigian hacia la imagen. Al salir el sol los tres sacerdotes mas distinguidos de la *kurull* llevando una especie de platillos, se sentaron sobre el felpo mientras otros de pie y sentados formaban un semicírculo. Los sacerdotes tenían sobre las rodillas hojas escritas en lengua tanguta. Mientras se cantaba se acercaban á la imagen grupos de kalmukos, se prosternaron ante ella, después en procesion daban vuelta á las chozas donde se reunian, y por último venian á colocarse juntos en el centro para asistir á las ceremonias religiosas. El frio era bastante porque se hacia esta ceremonia muy de mañana: y sin embargo los sacerdotes que oficiaban tenían la cabeza descubierta y la mayor parte de los cabellos cortados al rape; mas no por eso se pudo notar que les incomodaba.

Terminada la plegaria, los sacerdotes y gran parte de los legos se trasladaron á la gran choza de reunion á donde se llevaron la imagen de *Dchakdchamuni*, las figuras de *balig* y las copas con ofrendas. Los sacerdotes cantaron una corta oracion después de la cual se levantaron de repente y cada uno trató de acercarse á las imagenes colgadas en la cabaña para tocarlas con la frente. Lo mismo hizo la multitud y los sacerdotes y el pueblo después de haber tocado á las imagenes retrocedian para acercarse simultáneamente diciendo: *Mendu*: el tumulto era tan grande que habia tropezones por todas partes. Los gritos de *Mendu* y los apretones de manos duraron algunos instantes al cabo de los cuales se sentaron los sacerdotes sobre la alfombra y se trajó te y aguardiente. Al mismo tiempo se distribuyó á la asamblea pedazos de carne fiambre y después de aquel desayuno se deshizo la reunion.

Al salir de aquella ceremonia se fueron á casa del Vice-Kan que sentado con su esposa cerca del fuego recibia el saludo del *zagaon* de los que entraban: y aquella audiencia destinada á dar y recibir tal saludo, duró mas de una hora. En semejante fiesta es costumbre ir provistos de tortas, azucar, ubas de Corinto, higos y otras frutas secas y se hacen regalos reciprocamente mientras se dice y se responde *Mendu*. Hasta los kalmukos mas distinguidos hacen que les lleven un saco con las frutas que dan y que reciben.

Después de este recibimiento se trasladó el Vice-Kan con su esposa á la cabaña de su madre para hacerla el saludo del *zagaon*, y luego se fué á casa del Lama. Habiendo vuelto el príncipe, fué á verle el Lama á su vez y el Vice Khan le cedió el puesto de honor. Entonces se sirvieron á los asistentes, copas llenas de vino tartaro y de aguardiente: los sacerdotes solo debian humedecer sus

dedos; pero pocos observaban esta restriccion al paso que los otros y aun los principales *bakichi* trataban de cobrarse el tiempo de abstinencia.

El *Pristaw* y otros *kalmukos* de categoria se reunieron para comer en casa del *Vice-Kan*. Se sirvió carne y arroz frios porque los muchos convidados y el gran frio impidieron el que se calentáran; pero las bebidas disminuyeron un poco el frio y todos fueron á su casa muy alegres.

Mientras así se divertian en las chozas del principe se ejecutaba en la *kurull* una ceremonia religiosa que se hace con figuras de harina y miel. Les tienen los *kalmukos* la veneracion que solo se acercan á ellas con mucho respeto y no se atreven á tocarlas con las manos desnudas; miran como un delito el aproximarles la boca á causa del aliento. No se hacen mas que para las fiestas solemnes y despues que figuran en el altar se las arroja al agua. Así que se fué luego en procesion por las orillas del *Kuma* para echar las que habian servido en la fiesta del *zogaan* que acabaron medio embriagados sacerdotes y señores, casadas y doncellas, tanto que los guardas del principe hubieron de estar velando al rededor de su choza.

La fiesta del *zogaan* dura desde el dia primero hasta el octavo del primer mes de la primavera, y como el dia primero se celebra con mas pompa se le llama el gran dia de la fiesta de *zogaan*. El segundo dia se celebró en casa del primogénito del principe y los otros en la *kurull*. La alegría causada por las bebidas no se advertía solo en los discursos de los sacerdotes sino tambien en las danzas y en los cánticos.

A los sacerdotes les están prohibidas las danzas y canciones que no sean religiosas; mas durante la fiesta del *zogaan* aun los *bakichi* mas circunspectos no se conforman rigurosamente á este precepto. Mucho se bailó en la casa del principe, se cantó en las otras; pero en las de los sacerdotes escitándose la embriaguez un sentimiento religioso, hacían que les llevasen las imágenes del *Burkhan* para tocarlas con su frente. El principe y su familia estaban presentes á la comida, bebían con mas moderacion.

El último dia del *zogaan* debia celebrarse en casa del *Lama*; pero se escusó por devocion ó por economia. En cuanto á la cantidad de licores bebidos en tal fiesta, basta decir que cada *kurull* compró un tonel de vino y otro de aguardiente.

Llegó la fiesta de las lámparas, tercera y última de las fiestas solemnes del año. Muchos dias antes de aquel en que comienza se hacen por mañana tarde y noche las plegarias cotidianas de la *kurull* para prepararse á la fiesta y hay muchos instrumentos de música, mientras en las chozas particulares se celebra ese tiempo de oracion con vino tataro y jugando á los vaipes.

La fiesta trae su nombre del modo con que se celebra, es decir, encendiendo lámparas, *sulla* en *kalmuko* significa lámpara: está consagrada á festejar su nacimiento como y su disposicion es verdaderamente singular. El *kalmuko* que ha nacido la víspera, se considera aquel dia como si tuviera ya un año. Llegado el dia de la fiesta se entregan todos á las disposiciones de la ceremonia que se verifica por la noche cuando principian á brillar las estrellas. Las lámparas hechas de una especie de pasta se llenan de grasa, en medio de la cual se pone un tallo de la planta llamada por los botánicos, *stipa capillata* que envuelven en algodón para que sirva de torcida. Cada familia *kalmuka* tiene una lámpara comun con tantas muchas como años tienen todos los miembros de la familia reunidos: estas lámparas se ponen juntas ó separadas. Las personas de distincion hacen levantar delante de su cabaña una especie de altar llamado *deuder* que también se coloca muchas veces cerca de la *kurull*. Su altura suele ser la de un hombre, tres ó cuatro pasos de

largo y la mitad de ancho: están compuestos de ramas legidas y puestas en pedazos de madera cubiertos de cespéd.

Cuando se acercó la noche se juntaron los sacerdotes cerca del *deuder* de su *kurull*. Al lado de cada uno de los altares, habia un *logoncillo* que rodeaban los sacerdotes esperando para encender las lámparas, á que saliese de su cabaña y abriera la comitiva la familia del *Vice-Khan*. Al cabo aparecieron el principe y la princesa, se pusieron á la cabeza de la procesion y marcharon seguidos de una inmensa corte, mientras se paseaba tres veces, al rededor del altar en procesion y al compás de una música estrepitosa la imagen de *Sukuda*: á cada vez se prosternaban el principe, su familia y todos los asistentes. El paso de la marcha cambiaba al tenor de la música y habia la oscuridad mas profunda en el bosque de *Kuma* donde se celebraba la fiesta. El parage en que se alzaba el altar y en torno del cual se hacia la procesion, estaba lleno de barrancos, cuevas y desigualdades que hubieran hecho imposible la marcha á cualesquiera otros que á los *kalmukos*: estos que de dia tienen la vista penetrante del alcon, y de noche la del mochuelo, hicieron su marcha sin novedad. Así dió vuelta la procesion á la *kurull* y en seguida se retiraron todos á las chozas para celebrar la fiesta bebiendo y jugando.

CAPITULO VI.

Recuerdos de París.

Mas de nueve meses eran transcurridos desde que nuestros amigos habian principiado á ver los países de los *kalmukos* y aun no conocian la mitad de las varias y extravagantes costumbres de aquellos pueblos nómadas. Se habia pasado el tiempo mucho mas de prisa que creían estudiando sus usos originales y nuevos, incorporándose en sus viajes á pesar del mal tiempo y fortificándose para en adelante contra la intemperie de las estaciones, tomando notas acerca de lo que mas interesaba á cada uno de ellos en su arte ó en sus gustos.

El mas feliz de los cinco parecia Próspero. Todos los dias consagraba algunas horas á hacer y á tallar con instrumentos groseros pero preciosos para él, figurillas en que hubiera reconocido un artista, toques vigorosos y casi inspidados del talento y acaso del genio. Llegó á copiar un dia un *kalmuko* en su traje original y recibió por su obra la sencilla enhorabuena de toda la horda y la mas inteligente y no menos sincera de sus amigos.

¿Quién me habia de decir á mi, repetía con frecuencia que me darian las primeras nociones de escultura los *kalmukos*, pueblo salvaje de quien no he tenido noticia en tanto tiempo? Buenos *kalmukos*! val si pudiera resolverme os daria un abrazo.

Por último viendo que se acercaba la época de volver á Francia tuvieron que pensar en su marcha los cinco compañeros de aventuras, aunque les quedaba mucho que estudiar en el país. A pesar de las pruebas algo penosas que sufrieron, no renunciaron á la idea de visitarle otra vez algun dia. Próspero sobre todo, pensaba que debia hacer este viaje como denda de agradecimiento. Cuando por la mediacion de Pablo, se despidieron los franceses del *Vice-Khan* fue un dia casi triste para toda la horda: ellos habian sido buenos y amables con todos; lo sintieron; principalmente el anciano *Ghellung* que habia enseñado su arte á Próspero, esperó un verdadero pesar en separarse de su discípulo.

Muchos amigos esperaban al principe *Pokiloff* en su patria la moderna capital de Rusia, le llamaban allí tambien las órdenes del gobierno para que diese cuenta de su encargo: sus compañeros que no querian dejarlo, le acompañaron en su consecuencia á San Petersburgo.

Todo en la ciudad imperial parecia admirable á los

cuatro franceses: la memoria reciente de lo que acababan de pasar entre los kalmukos y la esperanza de ver a Paris tan en breve concurrían a hacerlo todo encantador a sus ojos. Se apearon en el palacio de su ilustre amigo a quien obsequiaron con fiestas por espacio de tres dias: Rafael y Gilberto como apasionados siempre por su arte visitaron los monumentos esparcidos en los cuarenta y dos barrios de San Petersburgo, la Academia imperial, la ciudadela, las treinta y cinco iglesias mayores, la estatua equestre de Pedro I vaciada en bronce sobre una roca de granito y de peso de tres millones, gran recuerdo de Catalina II. Los acompañaba Ovidio; como hombre de erudición y de gusto en todas las cosas daba su parecer, mu. has veces importante, siempre útil. Próspero para quien la vida era mas dulce y los dias menos largos desde que despuntó en él el arte de la escultura se aprovechaba a la sazón tanto de lo que oía como de lo que miraba. El cicerone era el amable y entendido principe Pablo que hacia los honores de su Petersburgo con galantísima linura.

Partieron: no diré las mil locuras que hizo la diversidad: oya con la alegría del regreso y con las esperanzas que cada uno tenía en Paris: tambien os ahorraré el camino: por otra parte ya no miraban nada: porque alrabo estaba Paris. Vieron rápidamente y sin entusiasmo a Berlin, Hannover, el Rin y Bruselas. Despues pasaron por Lille, Arras, Amiens: una noche era cuando llegaron a esta última ciudad.

Tubo entonces el principe Pokiloff uno de esos caprichos que ya le conocemos: se le puso en la cabeza añadir un epilogo a la comedia que acababa de representar con sus cuatro amigos y cuyo prólogo había sido el robo de Paris. Se habian apeado en la fonda de Francia. Pablo encargó una cena espléndida y sus amigos a quienes una noche separaba del logro de sus deseos, le festejaron dignamente; para ello bebieron con una perseverancia admirable, tanto que el principe pudo darles vinos preparados de la misma manera que los de la noche del 27 de febrero. La misma causa produjo los mismos efectos, es decir, que llevaron a los cuatro viajeros dormidos a la silla de posta del principe que no los dejó esta vez, sin que ellos diesen siquiera señales de despertar.

CAPITULO VII Y ULTIMO.

El despertar.

Basta una noche para llegar de Amiens a Paris y una noche muy corta cuando se puede como el principe ruso admirar a los postillones a fuerza de generosidad. Al dia siguiente de la cena paraba la silla de posta delante de la fonda de donde habia salido un año antes calle de Rivoli. No habian despertado los cuatro amigos. El principe pidió la habitacion de la noche de la cena y habiéndola ocupado hizo poner todas las cosas en el mismo estado que al fin de aquella extravagante travesada, y despues mandó que condujesen allí a sus amigos. Todo esto requirió algun tiempo. Por último al fin de la noche que siguió a la llegada de la caravana se despertaron los viajeros casi al mismo tiempo. El principe Pokiloff que fué quien me lo contó me ha asegurado que aquel fué uno de los momentos mas deliciosos de su vida. Por supuesto me dijo que se frotaron los ojos, lo menos tres veces pues que los abrieron tan grandes como vuestra gabela.

—Vamos, amigos míos, dijo Pablo: se acerca el dia y yo voy a marchar: despertad pronto que nos quedan pocos momentos de estar juntos.

Levantóse Rafael y con paso vacilante todavia fué a correr las cortinas de una ventana y volvió a sentarse

adormilado: no había hecho mas que ver las calles de Rivoli alumbradas por el gas, un inocente centinela que se soplabá los dedos, despues árboles a su izquierda, y a la izquierda sobre el pabellon de Marsan una luz naciente primer rayo del dia.

—Por San Nicolas! añadió Pokiloff, dormis admirablemente, mis queridos compañeros: si hubierais escuchado hace una hora: haciais a cuatro un coro deronquidos mas energético que el diabolico Wals de Roberto: es una idea que daría yo a Berlioz.

Las nueve de la mañana eran cuando el principe no habia conseguido aun convencer a sus amigos de que habian soñado, ni podido ellos persuadirse de que no habian soñado.

La disputa era acalorada.

Entró un criado y todos corrieron a él.

—Amigo, exclamaron todos ¿a cuantos estamos?

—A 28 de febrero, dijo el mozo. Pero ahí tenéis señores, tres cartas que me han dicho urgían mucho porque las personas que las llevaron a vuestra casa tenían orden de buscaros por do quiera para entregaroslas.

—Dame.

—A ver!

—Trahe!

Rafael, Ovidio y Gilberto abrieron sus cartas y dijeron al mismo tiempo.

—Por vida de san... bien decía yo, 28 de febrero de 183... Tenemos ya un año mas, esto no es sueño.

Rafael leyó.

Caballero:

El director del teatro francés tiene el honor de participaros que hoy se va a ensayar la comedia en cinco actos y en verso de la *muger filósofa* de que sois autor. Si os espera en el teatro en este momento para arreglar algunas disposiciones preparatorias.

Su atento servidor, etc.

—Adios, Pablo, eres un buen autócrata, dame la mano, hasta luego, que alegrí!

Y Rafael salió corriendo.

Leyó Ovidio.

Mi querido yerno: he sabido por vuestra última carta desde san Petersburgo que debiais llegar a Paris el 25 de este mes, estamos a 28 y no os he visto. Tengo el gusto de deciros que se zanjaron todas las dificultades. Corred pues a abrazar a vuestra futura, y a decirnos el dia en que quereis llamarla muger vuestra.

Recibid un abrazo etc.

—Pablo hasta luego, y se lanzó Ovidio por la escalera.

Leyó Gilberto.

Hermano mio Gilberto: una hora hace que te estoy esperando ¿dónde andas? ven que te abrace tu Edmundo.

El pintor no pudo decir una palabra: apretó la mano de Pokiloff, como si quisiera pulverizársela, y tiró a tierra dos sillas para tomar la puerta.

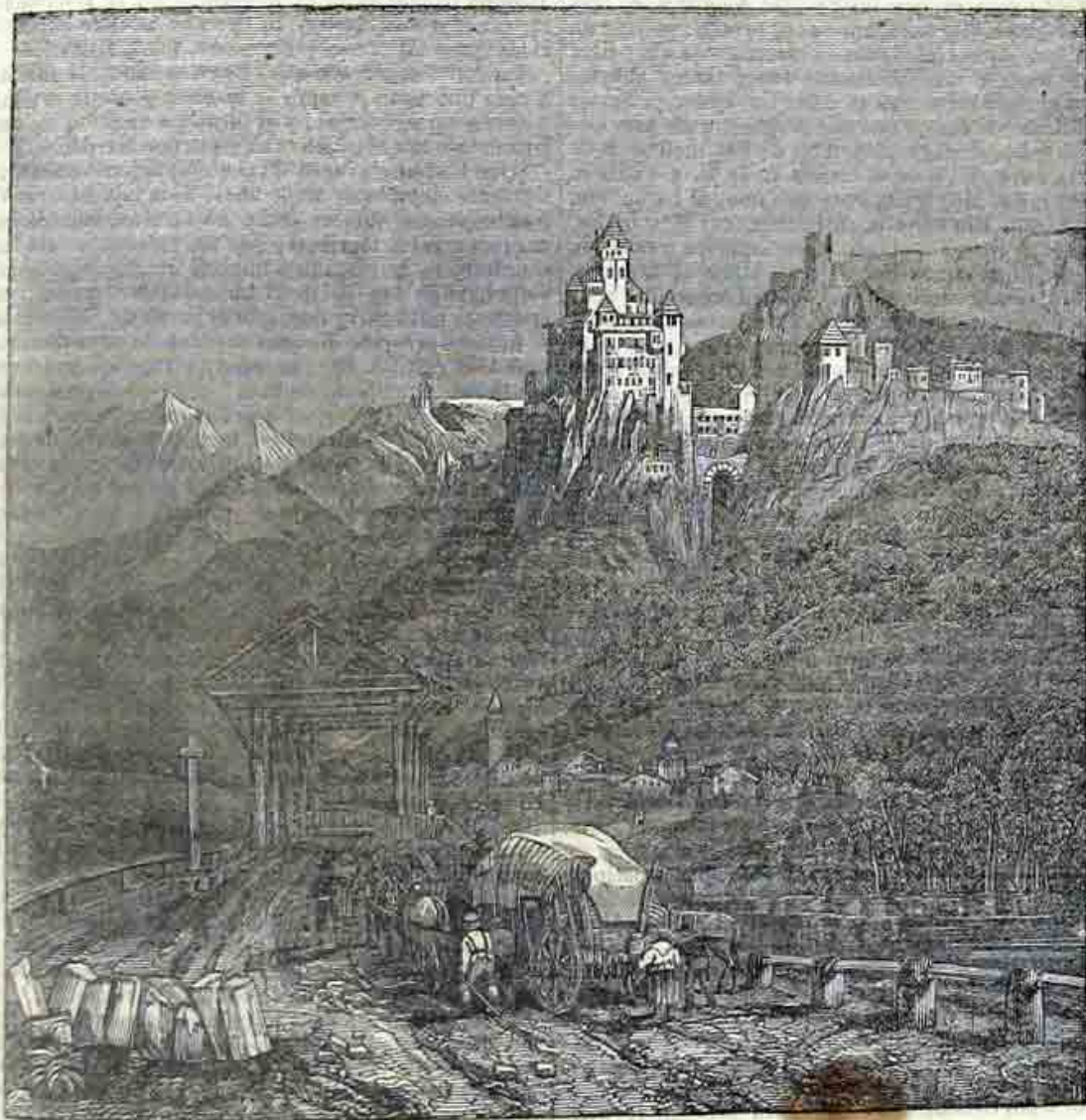
—Alegres locos, dijo el principe, andad, no calumneis nunca la vida. Y tu, Próspero, no tienes a nadie que te espere en Paris?

—Oh! sí, mi buen Pablo, respondió el nuevo artista: la que me espera aqui es el trabajo, el arte de Fidias, ¡quizá... la glorial!

PABLO WERNER.



ESTUDIOS RECREATIVOS.



Vista del castillo de Tronsberg

EL BARON VON KOELDWETHOUT DE TRONSBURG.

El baron Von Koeldwethout de Tronsberg tenía la cara todo lo buena que puede esperarse de un baron. No acertó decir que vivía en un castillo, porque esto es muy natural ni que el tal castillo era viejo, porque ¿qué baron alemán habló nunca castillo nuevo?

Raros acontecimientos se enlazaban con aquel venerable edificio. Entre los mas horribles y misteriosos se cuenta el de, que siempre se encañonaba el viento por las chimeneas con el mayor estrépito y silaba lo mismo

entre los árboles del bosque inmediato. Cuando lucía la luna se deslizaban sus pálidos rayos al través de las aberturas de ciertas troneras hechas en los muros y despedían una luz mortecina sobre parte de las salas y galerías al paso que dejaban sumergido el resto del castillo en una profunda oscuridad.

Tratando de esplicarme la causa de estos extraordinarios incidentes, he llegado á descubrir en algunos pergaminos viejos muy llenos de polvo y muy perfumados de antigüedad que uno de los antecesores del baron que se encontraba en apuros de dinero habia asesinado á un pasajero perdido que le preguntó por el camino cierta noche.

Ya que estamos tratando de los antepasados del baron,

me acuerdo que reclamaba á voz en grito derechos que creia tener al respeto de todos por la estension de su genealogia. Me horripila de antemano la idea de fijar el número exacto de aquellos venerables abuelos, pero puedo afirmar sin temor que contaba muchos mas que la mayor parte de los hombres de su tiempo. Lo que yo desearia es que viviese ahora para que tuviera todavia mas. Triste cosa es para los grandes hombres de otro tiempo el haber venido al mundo tan pronto, porque un hombre que nació trescientos ó cuatrocientos años hace no puede esperar razonablemente tener tantos abuelos como un quidam de nuestros dias. Cualquiera pelagatos podrá jactarse de contar una genealogia mucho mas larga que la del personage mas noble de hoy incluso la de su Gracia Lord W. ó de su Gracia Lady F. y confieso que no es justo. Muy bien! Pero volvamos al baron Von Koeldwethout. Era á fé mia un buen mozo, bien hecho, de cabellos negros, de poblado vigote, que iba á caza con frac verde Lincoln con botas y un cuerno al hombro. Cuando él hacia sonar aquel cuerno bien conocido, acudian al punto otros venticuatro caballeros de clase inferior con fraques verdes un poco mas vastos, con botas algo menos finas y cogiendo todos venablos duros como el hierro galopaban en persecucion de las javalies: algunas veces se esponian á encontrar un oso, en cuyo caso el baron mataba desde luego el animal y guardaba la grasa para obsequiar á sus favoritos.

Ya veis que era bien alegre la vida del baron de Tronsberg y mas alegre aun la de sus vasallos que bebian todas las noches vino del Rin hasta que se caian sobre la mesa y poniendo las botellas en el suelo para mas desembarazo pedian sus pipas. Nunca se vieron matones tan lenguaraces, tan risueños y tan divertidos como los huéspedes de Tronsberg.

Pero los placeres de la mesa ó de debajo de la mesa requieren un poco de variedad y mas cuando son las mismas veinticinco personas las que se sientan cada dia en los mismos puestos, para embriagarse con los mismos vinos y referirse y escuchar siempre las mismas historias. El baron se fastidió y sintió necesidad de nuevas distracciones. Se trabó de palabras con sus caballeros y probó á zurrar dos ó tres cada dia despues de comer, probablemente para facilitar la bastante penosa digestion de los manjares alemanes. Le pareció esto, por espacio de dos ó tres dias una diversion tan sana como agradable: la continuó por prudencia y se cansó por exceso. Al cabo de una semana se quejó de su monotonia y recayó en su mal humor buscando desesperadamente alguna nueva distraccion.

Cierta tarde, despues de una brillante caceria en que el baron Von Koeldwethout sobrepujo al mismo Nemrod y al famoso Gillingwasser, despues de haber degollado un oso magnífico y cogido en triunfo al castillo, se sentó tristemente á la izquierda de la mesa, fijando la vista con aire de displicencia y enfado en la ahumada bóveda de la sala. Se echó sendos tragos de vino, pero cuanto mas bebía, mas fruncia el entrecejo. Los caballeros honrados con la peligrosa distincion de sentarse á su lado, no bebian menos que él y tambien arrugaban el entrecejo.

—Yo lo mando! exclamó repentinamente el baron, dando un fuerte puñetazo en la mesa y retorciéndose el bigote con la mano izquierda. Bebamos á la salud de la baronesa de Tronsberg!

Los venticuatro caballeros vestidos de verde Lincoln se pusieron pálidos, á escepcion de sus veinticuatro narices cuyo color era inalterable.

—He dicho que bebamos á la salud de la baronesa de Tronsberg, repitió el cazador paseando sus miradas de torno de la mesa.

—A la salud de la baronesa de Tronsberg! gritaron los caballeros de frac verde.

Y sus veinte y cuatro gargüeros se humedecieron con veinte y cuatro copas de vino del Rin, cada una de las cuales contenia por lo menos el valor de una pinta imperial y sus veinte y cuatro lenguas lamieron sus cuarenta y ocho labios, guiñando los ojos.

—Esa es la encantadora hija del baron Von Swillenhause, dijo Koeldwethout, entrando en esplicaciones. Mañana mismo antes de ponerse el sol la pediremos en matrimonio á su padre. Si desecha nuestra abianza, le cortaremos las orejas.—Bebamos, pues, á su salud.

Un ronco murmullo salió de en medio de la asamblea, y cada uno llevó primero la mano al pomo de su espada, y despues á sus orejas, y al fin todos vaciaron sus copas lanzándose miradas con una expresion terrible.

¡Que hermoso asunto de contemplacion suministra el siguiente ejemplo de amor filial! Si la hija del baron Von Swillenhause hubiese dicho á su padre, humedeciéndole sus pies con las lágrimas, que su corazon no era libre; si se hubiera desmayado ó hubiese tratado de persuadir al viejo hidalgo con palabras húmedas de lágrimas, podia apostarse mil contra uno que el baron de Swillenhause se hubiera arrojado por una ventana de su castillo, y demolido el castillo. Pero la señorita reprimió su lengua y sus lloros, cuando desde bien temprano se presentó al siguiente dia el mensajero que llevaba la demanda de Von Koeldwethout, retirándose modestamente á su alcoba, donde aguardó la llegada del pretendiente y de su comitiva. Apenas supo que el caballero de poblado bigote era su futuro esposo cuando se apresuró á buscar á su padre anunciándole que estaba dispuesta á sacrificarse por su dicha y tranquilidad, y aun añadió que haria gustosa este sacrificio si habia de dar un poderoso protector á la debilidad de la casa de Swillenhause.—El venerable pergamino que me guia en esta historia hace á este propósito una reflexion maliciosa, tratando de la hermosura varonil y de los bigotes del baron; pero como yo soy un historiador de una discrecion á toda prueba, no me detendré mas tiempo sobre esta reflexion.

Si la hija del baron Von Swillenhause tubo ocasion de prendarse de la cara de su esposo, mucho mas motivo tubo este para enamorarse de las facciones de su novia. Las mas delicadas tintas de la fruta madura, y el suave colorido de las flores, no igualan la mezcla de lirio y rosa de su hermosísimo rostro ni al brillante azul de sus ojos. La vid con su elegante adorno no es mas graciosa que los bucles de espesos cabellos negros que jugueteaban al rededor de su frente. En fin, su dulce voz era para los oidos encantados de Swillenhause la mas dulce música que puede oirse sobre la tierra.

En el mismo dia de la llegada del baron, hubo en el castillo una gran fiesta. Los veinte y cuatro caballeros amigos de Koeldwethout, protestaron eterna amistad á los doce caballeros de Swillenhause, y prometieron al viejo baron beber su vino hasta ponerse amoratados, queriendo decir probablemente hasta que el color de sus caras tomase el de sus narices. Todos se dieron una amistosísima palmadita en el hombro al tiempo de separarse, y el baron de Koeldwethout volvió á su casa alegremente seguido de todos sus compañeros.

Los osos y las javalies tuvieron huelga durante seis mortales semanas! Unieronse las casas de Koeldwethout y de Swillenhause, enmohecieronse los venablos y el cuerno del baron cesó de producir sus sonidos poderosos... y armoniosos.

Ya habia pasado el buen tiempo para los veinticuatro caballeros. ¡Ay! sus dias de gloria y de felicidad se habian calzado á su vez sus botas de viage y ya se alejaban.

—Amigo mio! decia la baronesa.

—Amor mio! decia el baron.

—Que groseros, que calaveras son esos hombres...

—Porque lo decís, señora? dijo el baron estupefacto. La baronesa le enseñó desde la ventana, cerca de la

cual estaban sentados, á los venticuatro caballeros que bebían en el patio el último trago de vino para prepararse bien á correr uno ó dos javalies.

—Esta es mi comitiva de caza, señora, dijo el baron.

—Licenciadla! amor mio, murmuró la baronesa.

—Licenciadla! exclamó el baron en el colmo de la sorpresa.

—Para complacer á mi amor, respondió tiernamente la baronesa.

—Para complacer al diablo, señora, replicó el baron.

La baronesa lanzó un agudo chillido y cayó desmayada á los pies de su esposo.

Que podía hacer el baron? Lo que cualquiera otro hubiera hecho en semejante caso.—Llamó á la camarera, hizo venir al doctor, y precipitándose en seguida en el patio, sacudió á dos de los caballeros mas acostumbrados al ejercicio de la caza, y dando al diablo á los demas, los maldijo enérgicamente y los despidió.

No seré yo quien diga porque medios ó grados ciertas mujeres llegan á dominar á sus maridos como lo hacen; sin embargo yo tengo bien formada mi opinion sobre este particular, y creo que ningún miembro del parlamento debería casarse; porque de cuatro miembros casados, por lo menos tres no votan sino con arreglo á la conciencia de sus mugeres, si es que las mugeres tienen conciencia. Lo único que me importa decir ahora es que de un modo ó de otro la baronesa tomó pronto un gran ascendiente sobre la persona de su marido y que poco á poco, de dia en dia, de año en año, el baron condeyo por caer en todas las cuestiones y disputas y renunciar á todas sus antiguas manías. Robusto todavía á la edad de cuarenta y ocho años, no tenía ya festines, ni caza, ni caza.—Nada en fin de cuanto le gustaba ó de lo que estaba acostumbrado á gozar; y aunque fiero como un león y duro como el acero, se dejaba manejar como un barrego por su propia mujer dentro de su mismo castillo de Grogewig.

Era todavía no conocemos todas las desgracias del baron; la privacion de los placeres, la supresion de sus mas queridos hábitos no podian compararse, ni aun entrar en paralelo con el aumento constante de su familia. Cerca de un año despues de su casamiento, vino al mundo un baroncito muy bien formado, en honor del cual los vasallos de Tronsberg dispararon muchos fuegos artificiales y trajeron multitud de toneles de vino; al año siguiente llegó una baroncita; al tercer año otro baroncito, y de este modo en cada año un baron ó una baronesa, y en una ocasion dos juntos, hasta que el desgraciado baron Koeldwethout se vió padre de una familia de doce hijos.

En cada uno de estos aniversarios la venerable baronesa de Swillenhausen daba pruebas nada equivoacas de su sensibilidad nerviosa y se inquietaba vivamente por la salud de su hija querida la baronesa de Koeldwethout, haciendo con este motivo observaciones morales sobre la conducta de su yerno, deplorando la suerte de su desgraciada hija. Y si Koeldwethout se permitía insinuar siquiera que su muger no era mas desgraciada ni menos querida que las mugeres de otros barones, la vieja baronesa de Swillenhausen suplicaba á todo el mundo que notase que ella sola compadecia los pesares de su hija. Por otro lado sus pacientes y sus amigos decian que ella contemplaba demasiado á su yerno, que no alzaba bastante el grito contra él y que si habia sobre la tierra un animal bruto y malo, ese el era el baron de Tronsberg.

El pobre marido soportó en lo que pudo todas estas injurias y molestias y cuando llegaron á serle intolerables, perdió el apetito, la alegría y cayó en el mayor decaimiento del mundo. Pero mayores eran los pesares que le estaban reservados y cuando se desplomaron todos á la vez sobre su cabeza, aumentóse su melancolia. Con trabajo deudas; los cofres de Tronsberg se vaciaron poco á poco, aunque la familia de Swillenhausen los consideró

siempre como inagotables, y precisamente en el momento en que la fértil baronesa iba á hacer una décima tertia adición á la genealogía de la familia, Von Koeldwethout observó que no tenía ni un sueldo.

—Yo no sé que deba hacer ya sino matarme, dijo el baron desesperado.

El viejo pergamino, que decididamente me parece haber sido escrito por una mano muy maliciosa, añade que este es un singular modo de arreglar sus asuntos. Según mi opinion, es por lo menos una brillante idea.—El baron tomó de un armario un cuchillo viejo de caza, y despues de haberlo pasado muchas veces por su bota, lo aproximó á su garganta.

—Hum! murmuró, todavía corta poco.

Si fuera yo malicioso podría insinuar que en aquel momento asemejábase algo nuestro baron á aquel otro acometido como él de la mania del suicidio, quien despues de haber visto el rio en que pensaba arrojar desde lo mas elevado de una escarpada roca, se volvió tranquilamente á su casa, pretestando que el agua no estaba bastante profunda; pero dejo semejantes reflexiones al autor del pergamino ya muchas veces mencionado y vuelvo á mi Koeldwethout.

Volvió á suavizar su cuchillo de caza, y preparábase á una segunda tentativa de destruccion, cuando fue interrumpido por los gritos alegres de los baroncitos y baronesitas, cuya habitacion estaba en una torre vecina, con ventanitas guarnecidas por barras de hierro para impedir que se cayesen en el foso.

—Si fuese todavía muchacho, dijo nuestro hombre suspirando, podría hoy matarme hasta cincuenta veces sin temor de interrupcion. O! llevad un frasco de vino y la mayor de mis pipas á la salita abovedada, detras del salon.

Un criado ejecutó maravillosamente las órdenes del baron en el espacio de poco mas de media hora, y Von Koeldwethout, informado de que todo estaba dispuesto, entró en la pieza abovedada cuyas sombrías paredes brillaban á la luz del fuego de la chimenea. La botella y la pipa estaban colocadas sobre una mesita; en una palabra, la pieza tenía un aire muy confortante.

—Deja la lampara, dijo el baron.

—No quereis nada mas, señor? preguntó el criado.

—Sal.

Obedeció aquel, y Koeldwethout echó el cerrojo á la puerta.

En seguida, dejando á un lado el cuchillo de caza, y llenando un gran vaso de vino, el Sr. de Tronsberg se dejó caer sobre una silla, apoyó sus pies sobre los morrillos de la chimenea y se puso á fumar.

Reflexionó en multitud de cosas. Dios sabe de qué naturaleza eran sus reflexiones!—Es probable sin embargo que sus ideas tendrian relacion con sus pesares presentes y con sus placeres de niño, ¡ay! tan distantes entonces.—Esta reflexion debió necesariamente llevarle á sus pobres caballeros tanto tiempo hacia dispersos por el pais, sin que se supiera su paradero á escepcion de dos de entre ellos que habian tenido la desgracia de ser decapitados y de otros cuatro que murieron de borrachera. Su imaginacion corrió largo tiempo por entre los osos y los javalies; despues tomando su vaso lo apuró hasta las heces y levantando la vista, creyó apercibiese de que no estaba solo.

No, no estaba solo! porque del otro lado de la chimenea vió sentado un ser horroroso y arrugado, con ojos cóncavos y sanguinolentos, rostro cadaverico y de una longitud desmesurada, sombreado por largos mechones de cabellos negros. Este ser fantástico le pareció envuelto en una especie de túnica de color azul sembrada de calaveras y huesos. Sus piernas estaban encajonadas, no en escarcelas, sino en tablas de alahud, y de su hombro izquierdo pendía una capa corta que parecia fa-

bricada con pedazos de mortaja. Esta aparicion ninguna atencion manifestó prestar al baron, pero contemplaba fijamente el fuego frotándose las piernas por encima de sus escarcelas improvisadas como para restablecer la circulación de la sangre.

—Hé! exclamó el baron, dando una patada en el suelo para llamar la atencion del huésped desconocido.

—Hé! replicó el otro, ¿quien está aqui?

—¿Quien está aqui? repitió el baron sin asustarse de aquella voz hueca y de aquellos ojos opacos.

Yo soy quien debería hacer esta pregunta. ¿Como habéis entrado aqui?

—Por la puerta, respondió el espectro.

—Quien sois?

—Un hombre.

—No lo creo.

—Poco me importa que no lo creais.

—No, no lo creo.

La aparicion miró algun tiempo al valiente baron de Grogzwig y le dijo familiarmente:

—Veo que no hay medio de engañaros. Teneis razon, no soy un hombre.

—Pues entonces ¿quien sois?

—Un genio, respondió la aparicion.

—Pero no por eso sois mas hermoso, respondió el baron con una mezcla singular de ironia y de desprecio.

—Yo soy el genio de la desesperacion y del suicidio, dijo el desconocido lentamente: me conocéis ahora?

Al pronunciar estas palabras la aparicion se volvió hacia el baron como para prepararse a obrar; y lo que en ello hubo de notable fue verla, quitándose la capa, enseñar un puñal que le atravesaba el cuerpo, arrancarlo violentamente y colocarlo sobre la mesa tan tranquilamente como si hubiese sido un baston de viaje.

—Ahora, dijo el espectro, echando una mirada al cuchillo de caza, estais dispuesto?

—Todavía no, contestó el baron, es menester que acabe de fumar esta pipa.

—Despachaos.

—Parece que teneis mucha prisa.

—Si! si, la tengo: aun me queda mucho que hacer en Francia y en Inglaterra, a donde pienso dirigirme desde aqui. Mis momentos están contados.

—Bebeis? dijo el baron tocando la botella con la pipa.

—Bastante, respondió el genio secamente.

—Jamás con moderacion?

—Jamás, respondió la aparicion suspirando; esto enjendra la alegria.

El baron lanzó una segunda mirada á su nuevo desconocido, que consideraba como un visitador extraordinario y fantástico, despues le preguntó si tomaba una parte activa en todos los asuntos parecidos al de que trataban á la sazón.

—No, respondió el genio evasivamente, pero siempre estoy presente.

—Supongo que sera para ver si las cosas pasan de la regla, dijo el baron.

—Precisamente para eso, respondió la aparicion jugando con el puñal cuyo acero examinaba. Daos toda la prisa que podais, porque me espera un joven aburrido por las riquezas y la ociosidad.

—Matarse por que tiene demasiado dinero! exclamó el baron, prorrumpiendo en la mas desahogada risa del mundo. ¡Ja! ja! ja! es peregrina la idea!

—Esta era la primera vez que el baron reía despues de argo tiempo.

—Decidme, replicó el genio con aire suplicante y lleno de ansiedad, acostumbrais á reiros con frecuencia?

—¿Por qué me haceis esa pregunta?

—Porque vuestras risas me sientan mal: suspirad todo cuanto querais, esto al menos me causará placer.

El baron suspiró maquinalmente, y el genio recobrando aliento le presentó el cuchillo de caza con la mas selecta ductora política.

—Ah no es muy mala idea, dijo Koëldwethout, tentando la punta fria del acero, matarse por que se tiene demasiado dinero.

—V! dijo la aparicion con petulancia, menos mal que matarse por no tener bastante.

No se si la lengua del genio fue mas viva que lo que su voluntad le permitia al pronunciar estas palabras; á la creia que el baron habia tomado ya una resolución irrevocable para no prestar mucha atencion á sus palabras, solamente se que Koëldwethout se arrepintió, abrió los ojos y pareció considerar el negocio bajo un punto de vista completamente nuevo.

—Pero en resumidas cuentas, dijo el señor de Grogzwig, nada hay que no pueda remediarse.

—Menos vuestros cofres vacios, gritó el genio.

—Pueden llenarse.

—Vuestra muger riñe, murmuró sordamente la aparicion.

—Ob! se la hará callar, nada mas facil, dijo el baron; y como si acabase de tomar una resolución súbita y desesperada, su mano derecha atormentó largo tiempo las tenazas que á la sazón empuñaba como para amenazar á alguien.

—Pero teneis trece hijos.

—No todos han de ser desgraciados.

El genio se irritaba evidentemente al ver el cambio de opinion del baron, pero hizo como que reía, preguntándole que cuando acababa de chancearse.

—No me chanceo, dijo Koëldwethout, jamas he hablado tan seriamente.

—Pues bien! me alegro de ello, dijo el genio sonriéndose con un jesto horrible, porque francamente las bromas y los largos discursos son mortales para mi. Vamos, dejemos este mundo de miserias!

—En efecto, dijo el baron jugando con el cuchillo, este mundo solo lo es de miserias, pero no creo preferible el vuestro..... Al contrario, añadió mirándole lentamente, vuestra cara indica que dejando este mundo no seria mas feliz en el otro.

—Despachaos, gritó el genio rechinando los dientes.

—Dejadme tranquilo, dijo el baron. Quiero tomar el tiempo conforme venga, respiraré el aire fresco de la mañana, cazaré y si se trata de atarme corto, hablaré mas alto que la baronesa y enviaré á pasear á los Swillenhausen!

Diciendo esto se repantigó el baron en su sillón y soltó tan fuerte carcajada que hizo temblar la habitacion.

El genio retrocedió dos pasos, miró fijamente al baron con cierta espresion de terror, cojió su puñal, volvió á hundirlo violentamente en su cuerpo, lanzó un ahullido de espanto y desapareció.

Vol Koëldwethout no volvió á ver la aparicion. Umenando el efecto á la amenaza redujo pronto á la razon á la baronesa y á los Swillenhausen y murió mucho tiempo despues sin fortuna, pero feliz, dejando una numerosa familia que habia educado con el mayor esmero en la ciencia de la caza de los osos y javalies.

Al terminar esta historia quiero dar un consejo á mis lectores. Si motivos semejantes á los que dejo indicados, los hacen alguna vez hipocondriacos y melancólicos, cosa que puede suceder á todos, procuren examinar las dos faces de la cuestion; vuelvan la medalla y contemplan su reverso. Nosotros principalmente, jóvenes incautos, á quienes el dolor conduce algunas veces á la cobardia del suicidio, pensad en vuestra madre que dejais en este mundo, y en Dios que vereis en el otro: pedidle un consejo y seguramente os inspirará la idea conservadora de Koëldwethout.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

CUADRO ANDALUZ.

.....
 Nunca viven sin comadres
 y en sus desafíos todos
 se dicen dos mil apodos
 y luego quedan compadres.

(BIAIARTE. Juicio imparcial de la nacion.)

El. Guenas noches, cara é roza.
 Ella. Mu glenas las tengo osté,
 El. Po osté buji, zaleroza?
 Ella. Iga er majuelo, pa qué?
 El. Pa replicarle una coza.
 Ella. Jable osté, que bien l' escucho,
 yo tengo mu fina oreja.
 El. Zi quiero yo icirlo mucho,
 y está tan arts eza reja!..
 Ella. Que no bajo, zó abichucho!
 El. Facencia. Pos zepa osté
 que tiene una cara é sielo,
 uns sintura y un pié
 que apenas zé vé en er suelo
 cuando baila. Chachipé!
 Ella. Tonto eso me lo zabia,
 con que agor zó esgalchao.
 El. No te joya, prenda mia,
 que de jablar n' é acabao,
 oiga un ratico, mi via.
 Zepa osté que yo me muero,
 gachona, por zus peanos,
 y que cuar naide la quiero.
 Ay, que sintura, que brasos!
 viva er garbo! jui! zalero!
 Ella. Ende cuando enamoraos
 está osté de mí?
 El. Churrú,
 ende que l' hube miráo
 ezor ojos, ay Jesús!
 y eze cuerpo tan zaiáo.
 Me jago tiestos, morena,
 zi te dignelo en la caye
 porque tos te icen onena,
 arrecójaze eze taye
 ó svaya una moza glenal.
 Ella. Largueze osté, monigote,
 que zi z' escurre mi Quico
 l' enfila por er cogote
 y güelvo á osté mas mico
 é lo que es zó endinotel!
 Mas ya por ay! z' asoma.
 Corre Quico! ven acá!
 El. Na por Dios, zi to jué groma.
 Ella. La groma, ya la vera.
 Quico. Oyes, Quico!
 Di, paloma.
 Ella. Pero...pregunto...este mozo...
 El. Que me vino á jonjabal
 kzo no es sierto...

Quico. zonzoniche, ó á Portugá
 vá volando zi yo tozo.
 Ella. Ezpricame tú, mugé.
 Quico. Na mas qu' ezo ha succio.
 Ella. Conque er zeñó queria....

Quico. zer de pronto mi querío,
 mi curriyo, mi gaché.
 Ella. Pos zeñó, esta osté aviao!
 Quico. cariyo l' ha de costá
 el antojo, zó arrastrao!
 con la er zantolio no má
 va osté á zé esmondongao.

El. Cayese osté, zó manté,
 que yo con naide me meto,
 conque no m' insurte osté
 y deje er camino escueto:
 no riño con churumbé.

Quico. Porque me fartan, qu'esdicha!
 las paliyas qu' osté tiene!
 á lo menos tengo chicha,
 zea churumbé ó zea nene,
 pa ensartarlo cuar zarchicha.

El. No z' enfae osté, mi amigo,
 no es rigulá z' apajole
 por tar coza....

Quico. Cuando igo
 qu' en zu tripa he baila el Ole,
 mejó que lo baila Trigo.
 Conque prestó... la navaja!
 que la candonga es canguelo,
 zi no tiene, yo en la faja
 traigo dos, que vive er cielo!
 er que las vé, vé mortaja.
 Amos hombre que m' espera
 mediasumbre en la paniya;
 espachemos é carrera!

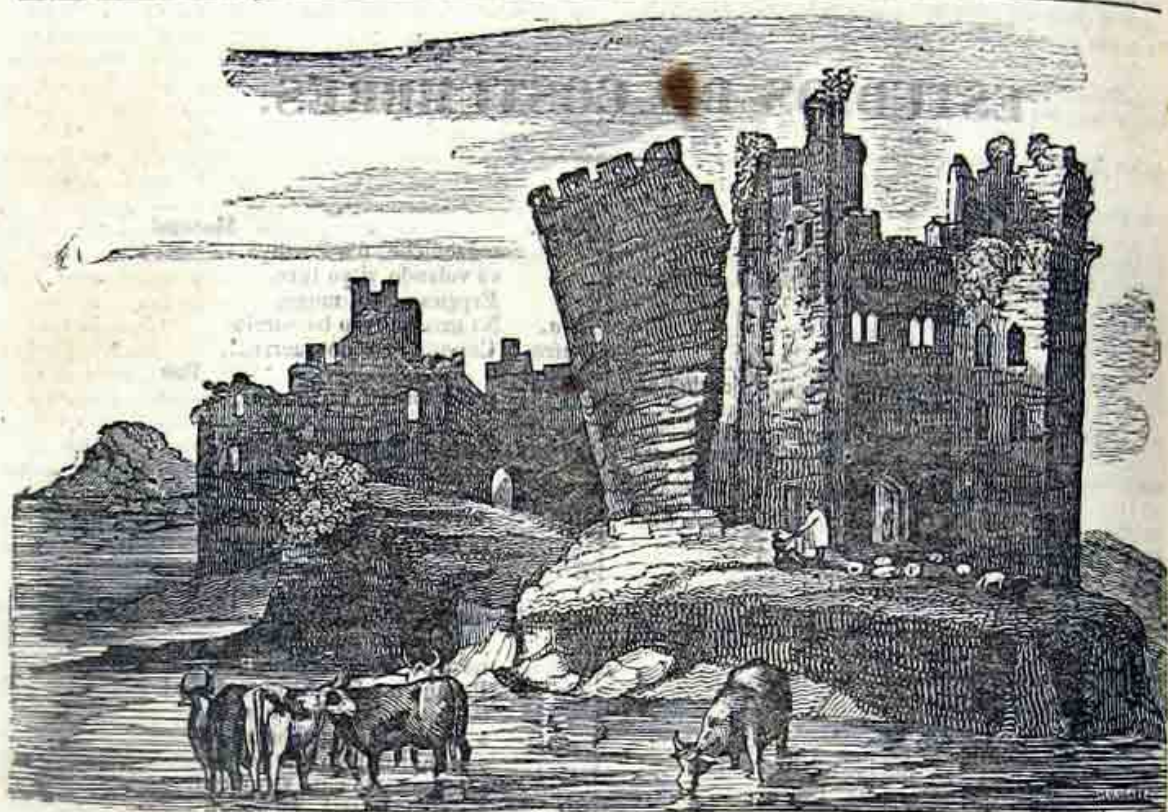
El. Y es carlon ó manzaniya?
 Quico. Na ze l' importa; amos juera!
 El. Es que tengo yo parné....

El. y no poco, en er borsiyo
 pá conviá á zu mercé
 á que z' empine un cuartiyo.

Quico. Ice osté bien; á bebé!
 Eme eza mano, chacó,
 y viva nuestra amista!
 Paloma, quéate con Dió,
 presto güelvo, voy á echá
 un trago con er zeñó.

Marzo de 1843.

ENRIQUE CISNEROS NUKVAS.



Castillo de Caerphilly.

La Inglaterra así como la Italia posee muchas torres inclinadas; la mas notable es la de Caerphilly en el Glamorganshire. En proporcion su pendiente es mucho mayor que la de cuantas pueden citarse; elevada de setenta à ochenta pies, se sale once de la perpendicular.

La singularidad de su posicion llama sobre todo la atencion del viajero si la considera desde el estanque que se halla al pie, y dificilmente podra reprimir cierta impresion de pavoroso espanto viendo aquella masa de piedras próxima à caer, y que solo retiene la solidez del cimientto. Antiguamente existia en el mismo sitio un castillo que demohieron los Galos en una de sus tentativas para sacudir el yugo de los normandos; el de que forma parte la torre fué construido en 1221, su estension solo cedia à la residencia real de Windsor y debe haber sido uno de los mas hermosos de la Gran Bretaña; sus dependencias y fortificaciones ocupan un espacio de cerca de seis fanegas de tierra. Hallase situado en un llano poco espacioso limitado por colinas, à nueve millas de Cardiff.

La causa de la inclinacion de la torre es bastante singular: Eduardo II, ese rey tan desgraciado como hombre y como príncipe, fué sitiado en ella en 1326 con sus favoritos los Spencer por las tropas de la reina. La resistencia fué larga y obstinada; uno de los medios empleados para vencerla fué colocar al pié mismo de la torre un horno, en el que echaron à derretir metal que era lanzado sobre los sitiados: estos aprovecharon un triunfo momentáneo para libertarse de aquel metal en fusion, y fuese por ignorancia ó de intento, echaron agua encima: la explosion fué tan violenta que arrancó la torre de sus cimientos, tomó la posicion que ha conservado siempre.

Lastorres inclinadas de Bridgenorth en el Shropshire y de Corfe en el Dorsetshire son muy inferiores à la de que acabamos de hablar, y deben la singularidad de su

posicion à conmociones semejantes, difiriendo solo las circunstancias.



Castillo de Bridgenorth.

GLORIAS DE ESPAÑA.



Vista del patio de los Leones en la Alhambra.

EL ENBAJADOR.

I.

En el año de 1478 una corta, pero escogida cuadrilla de gentes cristianas, se dirigió hacia Granada, cruzando rápidamente su estensa y deliciosa vega. Los moros no por casualidad se vieron cruzar a los extranjeros, y como los que de propósito estaban puestos á observar en las alcazars de las puntas de las montañas, creyeron que aquella entrada de cristianos sería para proponer alguna batalla, algún desafío ó otra empresa belica y caballeresca de las que la vega era teatro con mucha frecuencia. Por esta causa contemplaban á los gentes con curiosidad, mas bien que con admiración, y muy especialmente á un hombre que parecía capitán de aquella tropa; delante de la cual iba remonta con una armadura tersa y brillante cual un espejo de bruñida plata y un casacaete con sisinos pesados de plumas de colores. Los gentes entre tanto, se dirigían directamente á la ciudad, y entonces fácil fué conocer que asunto mas serio que un desafío traía á los cristianos por aquella parte. En efecto, llegados á la puerta de Eleira, se adelantó don Juan DE VERA, cau-

Julio 25 de 1813.

dillo de los extranjeros y se hizo anunciar como un embajador de los reyes don Fernando y doña Isabel. Introducido bajo este caracter en Granada, atravesó rápidamente sus estrechas y tortuosas calles, la anchurosa plaza de Viceramba, tan célebre por las justas y juegos de cañas que en ella se verificaban, y subiendo á la colina de la Alhambra, en breve estuvo delante de este alcázar de los reyes moros. En él habian desplegado toda su oriental magnificencia en reinados pacíficos sobre un pueblo tan industrioso como guerrero: épocas que habian sabido aprovechar para dejar al mundo un monumento embellecido con maravillosas creaciones artísticas. ¿Cual sería el efecto mágico de este admirable monumento, entonces que se hallaba en todo su esplendor, cuando en nuestros días á pesar de la incuria, de los terremotos, y aun de manos destructoras y envidiosas, todavía conserva esta joya del tiempo posado lo suficiente para entusiasmar nuestra admiración á vista de sus primores!

Como el aspecto exterior de la Alhambra mas era de fortaleza que de palacio, el caballero cristiano al mirar aquellas altas torres y fuertes muros, estaba muy distante de imaginarse el sorprendente cuadro que pronto se habia de desarrollar ante sus ojos. Sabedor el rey de Granada de que un embajador venia á hablarle en nombre de los poderosos reyes de la España cristiana, quiso recibirlo con toda la pompa, con toda la deslumbradora

magnificencia que su corte sabia y podia ostentar. Hizo pues que le introdujesen por determinados sitios de aquel vasto alcazar, y don Juan atravesando calles de rosales y de mirtos, aposentos frescos y perfumados, salió al patio de la Alberca y siguiendo la margen del estanque llegó en breve á la torre de Comares y entró en su principal sala llamada de embajadores. Notable era esta sala entre todas las de la Alhambra por su alta cúpula de maderas de cedro, incrustada de esmaltes de vivos colores, por sus paredes adornadas con labores vistosas de aquellas que por su caprichoso giro y por ser formadas de un estuco usado por los árabes, han obtenido el nombre de *arabesques*. Muley sentado en su trono y rodeado de los principales magnates de su corte, acompañando bien con sus trages riquísimos la decoracion de la sala, recibió cortesmente al embajador español, cuya gallarda estatura y ademán severo, no dejó tambien de llamar la atención de los moros. Don Juan no era sujeto capaz de intimidarse en presencia de los guerreros musulmanes, ni de revelar inoportuna admiracion á vista de tantas grandezas. Lleno por el contrario de aquella confianza que inspira el conocimiento del propio valor y el celo por la causa de su patria, se adelantó con desembarazo y gallardia hácia Muley, y con tono mas propio tal vez del que dá órdenes, que de el que espone un respetuoso mensaje, pronunció estas palabras:

— Rey de Granada: los poderosos monarcas don Fernando y doña Isabel, reyes de Castilla, de Leon y de Aragon, me envian á reclamar el tributo que se debe á su corona. Saber quieren al mismo tiempo, que causa ha podido obligaros á faltar á un pacto que vuestros antepasados tan firmemente estipularon y tan religiosamente cumplieron.

Este mensaje no podia llegar á peor ocasion. Granada, capital entonces de toda la parte de Andalucía que habia quedado por los moros, centro de la grandeza y los placeres, situada en un terreno fértil y ameno, aun no daba indicios de la decadencia que precedió á su ruina, cuando empezaron á agitarla las funestas disensiones de sus tribus. Los opulentos magnates allí refugiados al ser conquistadas otras ciudades, se hallaban poco dispuestos á satisfacer un tributo que odiaban. Además estas mismas poblaciones recién conquistadas, mantenian secreta inteligencia con los reyes de Granada, bajo cuya proteccion se ponian así que lograban sustraerse al dominio de los cristianos. Un rompimiento era ya inevitable, y los moros tenían para este caso bien fortificadas y perirechadas las ciudades y villas de la frontera; teniendo además gente armada en los desfiladeros de las montañas. Con tales preparativos y dispuestos los moros á romper con los reyes de Castilla, siempre hubiera dado Muley espera y negativa respuesta al embajador, si ya el arrogante ademán de este no la hubiera provocado. Toda la indignacion del monarca se dejó traslucir en esta contestacion, que acompañó de intento con insultante y altanera sonrisa.

— Ese tributo de que hablais fué un oprobio indigno de mi raza. Decid á vuestros soberanos, que los reyes que acostumbraban pagarle, ya han muerto. Hoy reino yo en Granada, y en mi casa de moneda no se fabrican para Castilla mas que hojas de cimitarra y hierros de lanza.

II.

La notable respuesta del rey moro, que podia pasar por un desafío, hizo comprender á don Juan de Vera, que toda esperanza de convenio estaba perdida y que forzoso le era volver á sus reyes con tan desabrida contestacion. Mas ni era tan urgente el desempeño de este mensaje, ni las relaciones entonces entre los dos pueblos rivales eran tan escasas, que le impudiesen examinar las magicas bellezas de la Alhambra. Si notuviera un interés

en indagar el estado de sus opulentos enemigos, le bastaria en realizar uno de los mas ardientes deseos de su juventud. Repetidas veces allá en su tierra habia oido hablar de la grandeza de la Alhambra morisca; pero lo que entonces tenia ante sus ojos escedia á las ilusiones de su imaginacion. Figurábasele que habia entrado en algun palacio de encantadoras ó en alguno de los magicos castillos á donde la buena suerte solia conducir á los caballeros andantes, y para un hombre acostumbrado á las severas y religiosas creaciones de la arquitectura gótico-bizantina no podian menos de tener algo de mágico, fantástico y voluptuoso las de la arquitectura morisca. La severidad de las costumbres mahometanas no permitia que un profano penetrase en los recónditos gabinete en los aposentos de baños y en las frescas salas de misteriosa luz, donde los moros tenían recatadas sus bellezas. Ignoradas quedaron estas para don Juan, que tampoco pudo subir al *tocador de la reina* en la torre de Comares, desde el que se dominaba toda la Alhambra, el *generalife* y la deliciosa vega. Allí, en medio de los ardores del estío, acudian la reina y sus damas á respirar la fresca brisa de las sierras y á recrear su vista en la contemplacion de lo que se llamaba paraíso de la tierra. Fuera de esto, el cristiano pudo recorrer grandes patios, embaldosados de mármol y circuidos por galerias columnatas que sustentaban arcos cuajados de menudas labores, entre las que se leian tambien inscripciones árabes, y mirar pórticos de lijeras y casi transparentes firmas. Todo esto embelleció con los productos de una vegetacion lozana, con arbolitos de fresca sombra, con macetas de flores, con limoneros, rosales y arbustos odoríferos, que crecian en los patios y en los sitios donde su efecto calculado debia ser mas sorprendente. Entró en salas incrustadas de azulejos de vivos colores que competian con los de las techumbres, particularmente en la llamada de *justicia*, la de *las dos hermanas*, y la de *los Abencerrajes*, por la que se paseaban entonces algunos de estos orgullosos guerreros bien ajenos de creer que sus cabezas habian de rodar algun dia por aquel pavimento, y que su sangre habia de enturbiar la cristalina fuente que en medio de la sala resonaba.

Cuando el entusiasmo del cristiano caballero llegó á su colmo, fué al penetrar en el suntuoso recinto conocido con el nombre de *patio de los leones*. Llábase de esta manera por la fuente que hay en medio, cuyas orlas de alabastro están sostenidas por doce leones de mármol. Solo las pretensiones que dicen tuvo el arquitecto árabe constructor de esta fuente de imitar la piscina de Salomon ó el mar de bronce, sostenido por doce buyes para lavatorio de los sacerdotes de la antigua ley, esplica el motivo de haber infringido abiertamente la ley de Mahoma, que prohíbe á los suyos la representacion de seres vivientes en obras artisticas. La poca práctica que en esta representacion tenían la comprueban las toscas formas de los leones de la fuente, comparadas con las ágiles granadas labores, menudas como encaje, de los lijeros arcos, que sostenidos sobre delgadas columnas de mármol blanco rodean todo el patio. Hallábase entonces animado con la presencia de varios guerreros granadinos, ostentando las varias divisas y colores de sus tribus, entre las que campeaban las blancas y azules de los Abencerrajes y las rojas y verdes de los Zegries: todos con aquella elegancia, aquel tipo caballeresco que caracterizaba á los moros andaluces, sin haerles perder el valor indomable de su antiguo origen. Tantos objetos y tan nuevos, bien podian embargar la atención de don Juan, pero habia además otra causa para que el se detubiese como de intento en aquel sitio. Los moros no solo habian observado desde su entrada, sino que se le iban acercando en actitud desdenosa; por consiguiente el acelerar sus pasos para salir, sería dar indicios de una timidez de que estaba muy ageno. Todo al contrario, y

había el calculado á cuantos musulmanes podría dar que hacer un solo caballero cristiano, y como la prudencia no es la virtud que mas tenían de sobra los impetuosos paladines de Castilla, resolvió hacer frente á los moros diciendo para sí.

—Por Dios! que he de darles una leccion, si se atreven á insultarme.

Esto era precisamente el designio que los moros traian. Dullíales la sangre en el cuerpo, al ver tan cerca de sí un enemigo declarado de su raza y la arrogancia con que habia espuesto su embajada acrecentaba mas los deseos que tenían de vengarse. Esperimentaban entonces como una necesidad de desahogar su cólera insultando al que la habia producido.

—Bien defende el cristiano la causa de su rey, dijo el primero que se acercó como á complimentarle, aunque la espresion de su voz hacia de este elogio un vituperio.

—Si supieran, contestó otro, sostenerla con obras en el campo, conforme saben hacerlo con palabras en la corte, cierto que el rey de Castilla tendria poderosos defensores.

—Todo caballero español, contestó dignamente don Juan procurando aparentar serenidad, tiene no solo palabra, sino brazo para defender donde quiera la causa de su rey y confundir el orgullo de los enemigos de su religion.

—Oh! si... contestó el moro con burlesca ironia, la religion que hace creer la pureza de la madre siempre virgen!

Acertó el infiel con el lado vulnerable del religioso caballero que gritó fuera de sí:

—Perro!... blasfemo! He de arrancarte la lengua y mas ponerla en la Virgen sin mancha.

Y el estallar de la cólera del cristiano paladin, no fue un poco enérgico que dejase de alcanzar al zegri con su boca-tapa-boca con su manopla de acero. Retrocedió el infidel musulman tirando inmediatamente del alfanje. Sus demas compañeros creyeron que debian sostenerle, y se agruparon al rededor, los gritos de muerte y de venganza resonaron en todo el patio y don Juan se vió rodeado de enemigos sedientos de su sangre: pero él ya habia puesto mano á la espada, habia procurado resguardarse con uno de los pilares del patio, y comprendiendo que se hallaba en puesto donde era preciso sostener el honor de su patria, mil vidas hubiera dejado en él, antes que infamar alguno de los cuarteles de su escudo. Felizmente pronto fue sacado de tan azarosa posición.

—El rey!... ¡el rey!

Enfáticamente, al escuchar estas palabras todos se quietaron cesando el paso al mismo Muley, que seguido de su guardia llegó hasta los contendientes. Los abenarrages se retiraron al instante, los zegries envainaron sus aceros, murmurando en voz baja, y solo don Juan permanecia frente á frente, en profundo silencio y con las armas en la mano. Una indicacion de Muley bastó para que el zegri rindiése el arma á los pies del soberano, á quien, aunque no le pesaria que humillasen al embajador enemigo, todavia conoció que era deber de su politica el evitar tan loca querrela que pudiera ocasionar fatales resultados. Viendo á don Juan poco dispuesto á imitar la accion del moro, le dijo afablemente:

—Señor caballero, no os empeñeis en sostener un fútil combate. Por el contrario, ofrecedme tambien vuestra espada, dando así á entender que os ponéis bajo mi protección. Ella os protegerá aqui mejor que pudieran hacer vuestras armas.

La espada de don Juan la recibió Muley como un regalo y se la quiso devolver. El conservar un recuerdo de este suceso, tan oportunamente terminado por su interés

vencion, inspiró sin duda este deseo al rey moro, que entregó á don Juan al tiempo de su partida una cimitarra morisca de fino acero damasquinado, con empuñadura de mástil labrado y vaina de cordoban carmesí con filigranas de plata. Aceptó él con gusto un cambio tan honorífico y ventajoso, diciendo estas palabras al monarca.

—Vuestra alteza, señor, me regala un arma muy preciosa y muy cortante; espero que llegará el dia de manifestar que sé servirme de ella.

III.

Apenas el señor de Vera se incorporó á su pequeña escolta de hombres que impacientes le esperaban, cuando todos juntos dieron la vuelta hácia sus tierras poco satisfechos del resultado de su mensaje. Platicando iban por qué parages emprenderian su ruta, para no pasar cerca de alguna fortaleza morisca que no hubiera dejado de enviarles alguna granizada de flechas, pues desde la notable respuesta del rey moro, y los últimos acontecimientos ya podian mirarse como rotas las hostilidades. En esto oyeron á poca distancia pisadas de caballo y volviendo la cabeza, vieron venir un moro al galope por el camino en que se encontraban. Fácilmente reconoció en él don Juan, al infiel con quien habia tenido la reyerta en el patio de la Alhambra. Aquel moro poseido de los sentimientos rencorosos é implacables de su raza, sin olvidar ni ver satisfecha la pública afrenta que habia recibido, creyó que á él pertenecia buscar la satisfaccion personal saliendo á el alcance del cristiano hasta un sitio en que su rey no pudiera tan pronto interrumpirlos. Para comprender esta conducta del moro, es preciso recordar que en los habitantes de Granada estaba ya perdida aquella ferocidad característica de los hijos del desierto y reemplazada por el pundonor y sentimientos caballerescos de los guerreros orientales muy difundidos en toda la peninsula. Por esta causa el altivo zegri no hizo mas que ajustarse una fuerte coraza dorada sobre el mismo traje que llevaba en la corte, cambiar su turbante por otro con almete de acero y montando en su caballo de batalla salió al galope á la vega, sin mas idea que la de alcanzar á su enemigo, sin mas designio que el de lograr pronta venganza.

Así que divisó á don Juan y estuvo á una distancia suficiente para que le oyese, gritó:

—Aguarda, caballero, aguarda. Tú que sabes insultar en los palacios, veamos tambien si sabes combatir en la llanura.

Don Juan volviéndose á los suyos, les dijo:

—Dejadme solo con él. Su fatalidad le trae á su ruina.

Recordó interiormente á la virgen que era su causa la que iba á defender, y bajando su lanza partió inmediatamente contra el moro. Avinóle bien esta impetuosidad y premura, porque quitó gran parte de la carrera á el caballo del moro que sobre ser mas poderoso estaba mas descansado. El primer choque fué terrible, ambos campeones se acertaron de lleno, pero ninguno saltó de la silla porque ambos eran vigorosos y estaban bien resguardados. Quebráronse las lanzas y don Juan perdió el escudo, quedándole el brazo izquierdo adormecido del golpe, y el caballo del moro mal parado del encuentro, se desbocó sin que su amo casi doblado sobre el arzon trasero pudiese contenerle en aquellos primeros instantes. Así recorrió algun trecho de la campiña, hasta que enloquecido sobre la silla y manejando diestramente la brida, volvió el careel hácia el cristiano que sobre él acudia blandiendo la cimitarra de Muley. Prontocechó de ver el buen temple de aquel arma, cuya superioridad queriendo evitar el Zegri, hizo el arriesgado movimiento usado en los combates para precipitar al contrario arrojándole de la silla. Entonces perdió el equilibrio, y un golpe dado con fuerza

y oportunidad le hizo caer el primero en tierra, donde antes que pudiera incorporarse, se encontró con la rodilla del cristiano puesta sobre su pecho donde le dió el golpe mortal.

Don Juan ufano con los despojos del vencido, se apresuró á salir cuanto antes de aquel territorio, dando triunfante la vuelta á su país.

Esta fué la primera sangre vertida en la vega de Granada, para sancionar el rompimiento de la tregua y ser causa de una guerra de diez años entre dos naciones enemigas irreconciliables. Todas las fuerzas de la España cristiana concentradas por las poderosas manos de Fernando y de Isabel persiguieron y encerraron dentro de la orgullosa capital de Andalucía á toda la infiel población de las campiñas. Larga fué la lucha, obstinada, y

fecunda en hazañas increíbles y portentosos hechos de armas: como que en ella además de los recursos del arte militar que la época permitía, se desplegó también cuanto pueden sugerir de atrevido y heroico el entusiasmo nacional y el sentimiento religioso. Apesar de todo, sin las costumbres populares, sin las pasiones tan exaltadas y energías, que fomentaban la division mas deplorable en el momento decisivo en que era mas necesario reunir todas las fuerzas en defensa de la causa comun, todavía no hubieran logrado las armas victoriosas de los españoles triunfar tan pronto como triunfaron de aquel último baluarte de los moros en España.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABILLER

ESTUDIOS HISTORICOS.

UNA REINA.

Marina (ó Maria) Mniszej era una jóven polaca, á quien el destino no prometió al nacer ninguna corona. Su padre Jorge Mniszej, nombrado palatino de Sandomir por Sigismundo Augusto en la época de su elección no tenia siquiera una de esas cualidades que pudiesen justificar los favores con que andando el tiempo habia de colmar la fortuna á su familia. Carecia de gloria y era ambicioso; pero como le faltaban todos los medios de enconbrarse, resulta que debemos sustituir el nombre de intrigante al de ambicioso. La educacion que dió á su hija todavia niña fué basada en principios de moral bastante dudosa y cuando desenvolviendo los años en Marina cualidades demasiado notables para no ser apreciadas, recibieron los proyectos de ambicion de su padre una especie de verosimilitud, se apresuró á hacerla dócil á sus lecciones para que las pusiese ella en práctica llegada que fuese la ocasion. Se asegura que una circunstancia que refiere la historia y que pudiera muy bien no ser mas que un hecho inventado despues del suceso, contribuyó á hacer educar á Marina como hija de rey para que la corona fuese ligera á su frente cuando se la diese un dia.

—Porque decia una prediccion, Marina será reina.

Una hechicera del Norte, una de esas mugeres conocidas en la historia de los cimbrós debió la vida en una ocasion al palatino y su arte la introdujo en el palacio de Mniszej.

—Una hija tuya reinará un dia sobre un gran pueblo, dijo la Sibila al palatino mirando á Marina con atencion.... Su belleza y su alma le grangearán una corona.

Esta muger cuyo nombre ha conservado la historia se llamaba Koricka. Y desde que se oyó tal profecia en el palacio de Sambor se crió á Marina como á la hija de un soberano.

Ahora, para la inteligencia de la propia historia de Marina, es necesario hablar de los acontecimientos que pasaban á la sazón en Moscovia.

Emancipados los rusos hacia poco tiempo del vasallaje de los tártaros... no por eso gozaban de la mas apacible quietud interior.... Iban III. primer soberano ruso, que recibió el título de Czar habia vencido á Selim II y triunfado de los polacos y de los caballeros porta-espadas; mas no tenia fuerza bastante para domar la fe-

roz indóle de los subditos que gobernaba. Casi todas las disputas acababan con el hierro ó con el veneno, y cuando subió al trono de los Czares Iban IV fué bárbaro como el pueblo á quien iba á gobernar.

Fué Iban IV sin duda un despota estravagante y cruel; pero fué legislador: la Rusia le debió entonces un código de leyes: inmenso beneficio para aquella época; acaso hubiera sido otro hombre si hubiese alcanzado otro tiempo; mas embrutecido por la disolucion, cruel hasta la ferocidad, acabó por no tener siquiera el valor que hasta entonces le habia hecho perdonar muchísimas cosas. Vinieron los tártaros de Krimea á incendiar los arrabales de Moscow. Suecos y Polacos fueron igualmente vencedores de los rusos é Iban en su brutal furor, blasfemando de la suerte y vencido en todas partes, mató á su propio hijo en un acceso de frenesí y murió manchado de crapula y de sangre bajo la capucha de un fraile.

En su reinado conquistó la Rusia á la Siberia, descubierta por Anika Strogonoff y conquistada y sogada por un cosaco llamado Yermack.

Al morir Iban IV dejó dos hijos que le sucedieran, Fedor I y Demetrio todavia niño: Era Fedor débil de espíritu y de cuerpo, tímido, supersticioso, é incapaz de reinar. Su padre, hombre sumamente hábil, creyó que la corona de Moscovia no se conservaria en su casa, sino tenia Fedor un consejo que gobernase por él. Su testamento otorgado en 10 de marzo de 1584 tuvo, pues, por principal objeto formar una especie de regencia compuesta de cinco miembros para ayudar á Fedor en el santo y penoso cargo de soberano. Dependia de esta disposicion la suerte de la Czarina y del jóven príncipe Demetrio: les asignaba por dotacion y residencia la ciudad de Uglitsch del Volga... Era precisa esta esplicacion para continuar esta historia.

Tenia Fedor á la muerte de su padre 27 años: pero entregado absolutamente á prácticas de devocion abandonó el gobierno del estado á Boris Godunoff, presidente del consejo, que redujo pronto á la nulidad aquella especie de pentarquia y gobernaba la Moscovia bajo el título de Regente.

Boris Godunoff contaba á la sazón treinta y dos años. su talento era notable.... su alma de un temple no comun. Mas siendo vicioso por naturaleza y de ambicion sin limites, fácil es de conocer el camino que tomara. Le estaba abierto el del trono á la muerte de Fedor: si desaparecia un solo obstáculo: el jóven Czarowitz Demetrio... Cuando se cercioró Boris que la inocente czar-

tura era la única barrera que le separaba del trono se abrió y aquella sonrisa fué una sentencia de muerte....

Avisada la madre del regio niño de los siniestros proyectos de Godunoff palideció y se deshizo en lágrimas, pero nunca abandonan á una madre el valor y la prudencia cuando pelagra su hijo: se tomaron para el Czarowitz las mas minuciosas precauciones. Resuelto Boris á consumir su crimen, puesto que ya era conocido envió al punto á Uglitsch asesinos al efecto. La Czarina leene los reconoció bajo el nombre de inspectores de palacio y desde aquel momento no se separó ya de su hijo. El aya del joven príncipe que había ofrecido primero su criminal cooperación dándole veneno se horrorizó luego de aquella impia promesa y se negó á ayudarles. Los sicarios tenían, pues, que luchar á un tiempo con su propia compasión porque aquel niño sentenciado por el crimen era lindo, gracioso, bondadosísimo... y con la vigilancia de una madre y la de una nodriza decidida que continuaba su ternura y su celoso cuidado cuando el sueño ó una necesidad precisa apartaban á la Czarina del príncipe un solo instante.

Mas Godunoff estaba impaciente; bramaba de furor al saber que no se habían ejecutado sus órdenes. Mandó un mensaje á Biatoffszcoi jefe de los asesinos para que de ninguna manera se apiadase. Sonó la hora de la muerte para el regio vástago y en un momento de descuido de la madre llevó el aya la víctima á la galería que daba al patio del palacio, donde estaban Biatoffszcoi y demas asesinos. Sabia Demetrio que debía temerlos, sin comprender el horror de su riesgo. Latió su corazón, pusieronse blancas sus encendidas mejillas y una especie de calofrío agitó los bucles de su cabellera.

—Vamos con mi madre, dijo en voz baja á su nodriza, que acudió al punto en su busca alarmada con la desaparición de su muy querido niño.

—Hermoso collar tencis, príncipe mío, exclamó Biatoffszcoi levantando la pesada cadena de oro que rodeaba el cuello del Czarowitz....

—¿La quereis? dijo el niño levantando su hermosa cabeza rubia y mirando al asesino con carinosos ojos.

La respuesta á tan dulce voz fue una puñalada que dio Biatoffszcoi en la garganta de la joven víctima: al punto quedó mutilado su cadáver que cebaron sobre el de su nodriza que había intentado defenderle....

El pueblo de Uglitsch amaba á Irene y á su hijo tan hermoso, tan interesante; aquel niño destinado á reinar en ellos algun día! Mataron á los asesinos, ninguno de ellos volvió á Moscow á cobrar el precio de su infamia: y aquella justicia expiatoria no tuvo mas resultado que vengar un crimen, porque el efecto meditado de aquel crimen se realizó al fin, y cuando murió Fedor á causa de sus enfermedades de allí á pocos meses subió Boris Godunoff al trono de los Czares y recogió el fruto de su crimen.

Fue Fedor el último príncipe de una dinastía que en el espacio de 736 años dió á la Rusia cincuenta soberanos.

Después de haberse abierto el camino del trono con el asesinato de su legítimo soberano y con otros crímenes, fué al príncipe Boris no querer aquella corona que había comprado tan cara. Cuando la colocó en su frente le pareció á la Europa lo que era siempre de los soberanos moseovitas, una venda manchada de sangre y cada día se señaló con mas repugnantes crueldades. Ahora comienza el drama en que tan gran papel hace Marina Muiszej. Era necesario sentar estos preliminares.

En la época á que hemos llegado tenían los jesuitas gran influjo en una parte de la Europa y el proposito de entenderle al mundo entero. Sin discutir ahora el mayor ó menor bien que podia resultar de su dominacion, diremos solamente que casi siempre llevaba consigo la cultura y el progreso: entonces descaban ellos hacer á la Moscú

católica y aquel deseo si ocultaba alguna ambicion tenia al menos una apariencia loable. Pero les era muy difícil no solo conseguir el objeto, sino hasta el tratar de emprenderlo. Solo se les presentaba una coyuntura: á la verdad tenían que esponer la Polonia y la Rusia á una pérdida mutua ó al menos á espantosas calamidades: ¿mas qué importa? fuerza era probar para lograrlo.

Parecia haber triunfado Boris Godunoff de todos los obstáculos de que le habia rodeado su situación. Reinaba en una especie de calma cuando cunde de repente por toda la Rusia una voz estraña: «Se dice que Demetrio no cayó bajo el puñal de los asesinos, sino que vive y viene á reclamar del usurpador el trono y la corona de sus padres» Corre al punto esta noticia, adquiere consistencia y sabe Boris á no dudarlo que ha salido su víctima del sepulcro y que está en aquel momento en casa del Palatino de Sandomiro Jorge Muiszej, padre de Marina y decididamente protegido por Sigismundo III rey de Polonia.

Es verdad....

Algunos meses antes habia comunicado el metropolitano de Rostoff al patriarca de Moscow que en el monasterio de Tschudow habia un fraile jóven que se decia el Czarowitz Demetrio: no hizo caso el patriarca de este aviso y viendo el metropolitano el sorprendente efecto de aquella rara noticia.... se lo refirió al mismo Czar que asustado todo como si viera un espectro mandó en el acto á Smirnof Vassilieff, uno de sus secretarios, remitiese una órden para que se desterrase para siempre de los confines del imperio al fraile del monasterio de Tschudow Sminoff se lo dijo á Eufeano, compañero suyo, quien avisó inmediatamente al jóven fraile proporcionándole los medios de huir con otros dos frailes que no quisieron abandonarle... Marcharon hácia Kiow teniendo cuidado de no hospedarse mas que en conventos. En la celda que dieron al fugitivo en el monasterio de Novogorod Swersky dejó el siguiente billete:

«Yo soy el Czarowitz Demetrio, hijo de Ivan IV y no olvidaré la buena acogida que me han hecho en esta santa casa, luego que suba al trono de mi padre...»

El archimandrita (1) á quien se entregó este billete no dió parte á las autoridades superiores: le guardó y á nadie dijo nada. Tambien es estraño que se ocultó la evasión del jóven fraile al Czar quien le creyó ya en el destierro.

Este fraile á quien llamaban en el convento Gregori ó bien Grischka (Gregorito) segun decian los partidarios de Boris no era mas que el hijo de un pobre bidalgo de Galitch y se llamaba Yuri (Gregorio) Otrepieff. Lo cierto es que el tal Gregorio Otrepieff ora no fuese mas que esto, ora fuese realmente el infeliz Demetrio era un jóven de talento, resuelto, que vivió siempre entre las familias de Romnoff y de Tscherkasky, ambas enemigas del usurpador y de sus primeras. Cansado Otrepieff de servir se metió fraile: hizo por algun tiempo una vida errante cambiando muchas veces de convento y entregado al parecer á una profunda melancolia, lo que observaban los que vivian con él... Por último, al pasar por el monasterio de Thudow el patriarca Jacob reparó en su talento y su saber, se le asoció en clase de secretario y le llevó consigo al palacio de los Czares. Pero pronto se opuso Otrepieff á continuar con el patriarca ó porque el aspecto del que ocupaba su puesto ofendiese la vista del jóven proscrito, ó porque aquel aparato de grandeza inflamase la ambicion del aventurero: pidió, pues, y consiguió volver á su retiro. Entonces se descubrió y fué desterrado como hemos dicho mas arriba. Pero ¿sobre quien pesaba la proscricion? ¿Castigaba Godunoff solo á un falsario ó heria el usurpador á su víctima dos veces?

(1) En otro tiempo el superior de una iglesia griega.

Después de haber vagado el fugitivo largo tiempo llegó por fin á las tierras de Polonia, asilo comun de los enemigos de los rusos: allí vivió bastante triste: reducido á esconderse solo para asegurar su vida porque no estaba en la miseria, estuvo varios meses en casa de los palatinos de Kiovia y de Rusia roja y después en la del príncipe Akan Wisniowiecki: en casa de este fue donde dió á entender por primera vez que era el Czarowitz Demetrio. El príncipe le dió entonces á conocer á su hermano Constantino y este le presentó á su cuñado Jorge Mniszej, padre de Marina, á quien la hechicera de los bosques de la Lithuania le habia predicho que sería reina. Ahora comienza el nudo del misterioso é interesante drama de esta muchacha.

Una noche en medio de una conversacion de mucha importancia para el príncipe proscrito vinieron á anunciar al príncipe Wisniowiecki que su huésped, pues habia algunos dias que Gregorio habitaba en su palacio, acababa de ser atacado de una enfermedad con síntomas

muy alarmantes: prodigáronle los mas asiduos cuidados, mas el infeliz jóven estaba malo en efecto: declaró el médico que no habia esperanza y el enfermo pidió un confesor. Es de advertir que hasta aquel momento no habia dicho el jóven de un modo terminante que fuese el Czarowitz Demetrio.

Habia en casa del príncipe Akan un sacerdote católico polaco de la compañía de Jesus, llamado el reverendo padre Gaspar Sawicki: él era quien enseñaba á Gregorio Otrepieff á hablar y á escribir el polaco: y él fue tambien el que entró en el cuarto del moribundo para recibir su confesion.

El momento era solemne. Marina cuyos pensamientos fijos largo tiempo en el trono tenian una mira que parecia próxima á satisfacerse, no habia podido menos de dirigir sus ojos varias veces hacia aquella victima de una feroz ambicion, que venia á morir en una tierra extraña, junto á una muger de quien su amor habria podido hacer una reina... Gregorio era jóven, era hermoso,



La confesion.

Marina le amó y este pensamiento de muerte le helaba el alma... Su padre cuyos ambiciosos sueños se desvanecian al ir á realizarse estaba sombrío y meditabundo. Los otros personajes de este drama extraordinario, aunque se hallasen menos directamente comprometidos que Marina y su padre, lo estaban al menos por su interes en suscitar alborotos importantes entre los rusos. La vida ó la muerte de aquel hombre que podia resolver todas las cuestiones principales era por consiguiente de suma importancia para todos. Sin embargo no habia hablado: mas una circunstancia singular fue mas elocuente que él.

En medio de su delirio, en el ardor de su fiebre habia tenido siempre como un instinto de oponerse á que le viesen un objeto que tenia sobre el pecho. Al cabo en un desmayo completo no tuvo fuerzas para impedir que descubriesen lo que con tanto empeño ocultaba. Era una cruz de diamantes y de rubies de gran valia y en una palabra tal como pudiera tenerla un soberano. Al volver en sí pareció Gregorio turbado y no habiendo querido después responder á ninguna pregunta, aun he-

cha con el mayor interes, recayó en su estado de abatimiento y así es como hizo creer que aquel era el último dia de su vida.

Cuando se presentó el jesuita en la galeria donde le esperaban las dos familias reunidas, con todos sus amigos, era grave su aire y su espresiva fisonomia revelaba grandes cosas.

—Monseñor, dijo al príncipe Wisniowiecki, es tan importante lo que tengo que decirles que no pueda hablar sino delante de vos y de los miembros mas íntimos de la familia.

Todos los que no estaban designados por el jesuita se retiraron al instante.

—Monseñor, prosiguió el padre con suma agitacion: no nos habiamos engañado, el infeliz que está espirando bajo de vuestro techo, es el príncipe Demetrio, el hijo de Iban.....el Czar de Moscovia.

Marina no pudo contener un grito....

—El mismo acaba de confesarme este importante secreto, no á título de confesion, porque él no pertenece al rito latino.... Oh! dijo el jesuita dejando caer

en una silla; cuanto ha sufrido el desdichado! y cuanto sufre todavía! Morir así lejos de los suyos, sin una mirada amiga que le acompañe al sepulcro.... Oh! ¿Que cuenta tan estrecha tiene que dar a Dios el que le ha conducido á ese extremo de desgracia!

Marina lloraba.....

—Pero ¿no hay esperanza? preguntó ella con angustia.

—Yo le he dejado muy mal; rendido del esfuerzo que habia hecho para hablarme. El médico le ha prescrito el mayor reposo; pero se promete ya muy poco.

El palatino Mniszej estaba abrumado.

—¿Y qué os ha dicho? preguntó por fin al jesuita.

—Pocas cosas pero que descubrian todo y lo confirma este rollo de papeles.

Y presentó á los dos príncipes un rollo de pergamino en que estaba escrito lo que sigue.

«El cadáver que teneis delante (1) ya le encontréis destrozado en un camino; ya cubierto de harapos muerto de hambre, de miseria ó de frío en el atrio de una iglesia, este cadáver es el de vuestro soberano, de Demetrio Ybanowitch, Czar de Moscovia... En el momento de comparecer ante Dios juro y protesto que soy el único y legítimo sucesor al trono de Moscovia, de mi padre el Czar Iban. Boris Godunoff fué mi asesino: queria la corona y no podia poner en ella la mano sin mancharla con mi sangre... Mi madre y yo fuimos desterrados á Uglitch; los sicarios de Boris fueron á buscarme allí: mi aya vendida al asesino me entregó á él y debi pelear: solo la providencia me salvó. Un alemán llamado Simon que solia la hora del asesinato vistió á otro niño con mi traje y el desgraciado fué herido en mi lugar, escarado de noche, los asesinos se llevaron chasco. Simon me habia escondido y al día siguiente el buen hombre me condujo á Polonia con riesgo de su vida: á muy poco tiempo le perdí... Yo era todavía niño pero la intensidad del peligro me reveló el horror de mi posición como si hubiese sido ya adulto.... quedé pues abandonado, proscripto, miserable... sin haber podido olvidar un solo instante que mi puesto era un trono.»

ENCOMENDADME A DIOS.

—¿Ha muerto ese hombre? exclamó el Palatino de Sandomir...

—Oh! Dios mio! decia Marina llorando y juntando las manos; con que no hay esperanza!

Mniszej habia caído en un profundo estupor... Tomó á su hija en brazos, la besó con emoción y la dijo que se calmara.

—Al instante podemos saber si es el hijo de Iban: aquí mismo, en Sandomir hay un gentil hombre del príncipe Sapiika llamado Piotrowski y otra persona de mi confianza.

Uno y otro pasaron un año entero cerca del desgraciado Czarowit en Uglitch. Que vengan al momento.

Hicieronse los dos reconocimientos: una señal muy visible á un lado de la frente, una berruga, un brazo mas corto que el otro eran signos demasiado notables para que no las conociesen dos hombres que habian estado viendo al príncipe todos los días por espacio de un año. No solo le reconocieron, sino se hallaron las señas.

Gregorio continuaba sin conocimiento. La enfermedad luchaba con una naturaleza llena de vigor, con una naturaleza de 20 años. No parecia que el infeliz ansiaba la vida, sin embargo salió esta vencedora de la muerte. Desaparecieron los síntomas alarmantes. Marina y su padre le cuidaron no solo con el respeto debido al soberano de Moscovia, sino con un interés mas tierno, sobre todo la jóven porque le amaba.

(1) En la aventurera vida que llevaba el jóven príncipe era natural que llevase escrito este documento para después de su muerte.

Pronto aquel afecto se convirtió en amor y aquel amor en una pasión profunda. El alma de Marina simpatizaba mucho con la fuertemente templada de Demetrio, con aquella alma dominada por el único pensamiento del poder y de la venganza y para quien era indiferente todo lo que mediase entre la púrpura y el sayal. Para él no habia mas que dos coronas, la de fraile ó la de Czar.

—Para mí, decia á Marina, cuando prestándole el apoyo de su brazo le conducia lentamente por los jardines de palacio para respirar un aire mas puro, para mí, la decia con aire triste, no tiene la vida mas que dos moradas, el palacio de un soberano ó el claustro.

Y Marina le escuchaba con los ojos humedecidos con lágrimas que hace correr una voz amada cuando pronuncia nobles palabras... Ella amaba aquel jóven de frente altiva, de mirada profunda, cuyo espíritu medio cultivado en su primera infancia se entreveia bajo de un esterior agreste y casi salvaje; porque aquel hombre, cuya vida habia corrido hasta entonces entre las últimas clases de la sociedad, presentaba á los ojos de Marina una índole rara, llena de contrastes y de encantos.

Pronto fué ella amada como amaba. No pudo Demetrio ver, sin conmoverse de corazon, aquella niña tan hermosa, tan notable por la elevación de sus pensamientos que se los consagraba y que se le consagraba ella misma. Aceptó él este doble don. Su confianza no tuvo ya límites: descubrió al Palatino de Sandomir todas las relaciones que habia conservado con la Rusia; eran inmensas. Por último el 25 de mayo de 1604 Demetrio Czar de Moscovia y Jorge Mniszej Palatino de Sandomir, firmaron en Sandomir residencia del último, un tratado por el cual se obligaba Demetrio á casarse con Marina tan luego como fuese reconocido por Czar de Moscovia, dándole en propiedad los ducados de Novogorod la grande y Pskow. Se obligó tambien solemnemente á hacer edificar para ella una iglesia católica y á dar un millon de ducados al Palatino de Sandomir.

Se ve que este no se descuidaba.

Decia un artículo adicional exigido por el P. Gaspar Sawicky que debia el Czar establecer en Moscovia la religión católica á toda costa. (1)

Prevenido Sigismundo favorablemente por Jorge Mniszej acogió al príncipe desgraciado como podia hacerlo un gran rey.

—Dios os guarde, Demetrio, le dijo el rey de Polonia cuando le fue presentado. Seais bien venido á nuestra corte porque en virtud de las pruebas que nos han dado os reconocemos por príncipe legítimo de Moscovia y considerandoos amigo nuestro y bajo nuestra especial protección os autorizamos á tratar con los señores de nuestro reino, dándoles igualmente permiso para que os ayuden con su ayuda y su consejo.

Y en el mismo día le asignaba el rey Sigismundo una pensión de 40,000 florines.

Nada podia el rey sin la Dieta, y Juan Zamoiski que podia todo con aquella asamblea estaba contra la expedición á Moscovia. Acosado Sigismundo, por las instancias de Mniszej se limitó á proteger secretamente á Demetrio y á suministrarle de aquel modo todos los auxilios para la empresa. Marina, cuya ambición se duplicaba entonces por el amor, exhortaba á sus compatriotas para que sirvieran la causa de un príncipe sin ventura y le proporcionó gran número de señores que se alistaron en su bandera para combatir á Boris Godunoff. Reunióse junto á la ciudad de Leopold toda aquella juventud ardiente y deseosa de castigar á un usurpador asesino. Marchaba Demetrio á la cabeza de tan lozana tropa que animaba con su aire altivo y resuelto. Se conocia que iba en busca de su corona ó la muerte.

A poco fué reforzado el ejército con gran número

(1) Esto fue lo que perdió á Demetrio.

de moscovitas tráfugos. El nombre de Iban era el de un tirano mucho mas para el resto de Europa que para sus súbditos: habia dado leyes á la Rusia, y héchola triunfar de los tártaros: era valiente y esta cualidad le habia tapado muchos vicios á los ojos de una nacion totalmente guerrera: el nombre de su hijo fué, pues, omnipotente. Todos los que sirvieron á las órdenes del Czar se incorporaron á las banderas de Demetrio y cuando pasó el Dnieper el 16 de octubre de 1604 tenia ya un ejército que le daba derecho á hablar como señor.

Tembló Boris sobre el ensangrentado trono que ocupaba solo por asesinatos. Conoció que necesitaba reunir todas sus fuerzas para vencer á un enemigo que podia engrosar hasta el punto de aterrarle á él. Junta un ejército de 80000 hombres y le envia contra el que llama impostor con órden á Iban Schouiski que le manda que le lleve su cabeza.

Parece que debe terminar aqui tan extraño drama: Demetrio no tenia mas que 15000 hombres y las fuerzas rusas eran muchisimas mas. Los polacos piden la batalla: formaban la tercera parte del ejército del Czarowitz. Demetrio lleno de ardor y de fé en su causa acepta con alegría. Mas antes de dar la señal de acometer se adelanta á su ejército y arrodillado esclama:

—Dios mio! bien conocéis mi alma! si mi causa es justa, dadme la victoria: si es injusta que ahora mismo me parta y me confunda vuestro rayo como á un sacrilego impostor!

Comenzó el combate; fué desesperado. Tan sangrienta fué la carniceria que andaban los dos partidos sobre sangre. El ejército moscovita quedó destruido. Y entre tanto se libraba Boris del castigo muriendo como un justo. Falleció en Moscow como soberano legitimo y le sucedió su hijo Fedor y subia al estrechado trono. Mas la muerte de su padre cambió tambien su destino y cuando se presentó Demetrio al ejército ruso Romanoff mismo le ayudó y le reconoció por soberano. En todas partes fué bien acogido, de todas partes salió vencedor. En seguida entra en Moscow. A su vista lanza el pueblo gritos de alegría, se echan á vuelo las campanas de todas las iglesias. Huven flores sobre el jóven soberano: es un delirio, es una alegría tanto mas viva cuanto que Demetrio es jóven y hermoso y que su historia tiene un color romantico y lastimero que redobla el interés por él y le hace irresistible.

Empero varios horrores señalan esta entrada que ha debido ser un puro triunfo. Gritos de muerte y desesperacion se mezclan á los cánticos de alegría del pueblo alborozado. Es entregada á los verdugos la Czarina viuda de Boris y ahogado su hijo Fedor sobre el matitado cadáver de su madre... Toda la familia de los Godanoff acabó en los suplicios.

Irene madre de Demetrio se habia retirado á un monasterio de Moscow. Pasados los primeros momentos corrió el hijo á su madre y la pidió su bendicion. Le abrazó Irene con ternura, le reconoció por su hijo y al siguiente dia fué coronado Demetrio en la capital de Moscow como su legitimo soberano. Un terrible huracan que derribó la cruz y detuvo la comitiva pasó por un agüero de los que tanto influyen en los ánimos y principalmente en aquella parte del Norte. Mas cuando se vió á Demetrio precipitarse sobre el sepulcro de su padre y llorar y pedir venganza contra quien le turbó sus últimos dias se creyó en una desesperacion que no podia ser finida. Los grandes dolores llevan un sello que no engaña.

As que se instaló pacífico poseedor de la corona de su padre sobre el trono cuyas gradas habia enrojecido con su sangre quiso que la que amaba le dividiese con él. Partió para Sandomir una solemne y magnífica embajada encabezada por Atanasio Wassilieff con encargo de pedir á Marina en nombre del Czar de Moscow. A i

se realizaban á un tiempo para la jóven sus sueños de amor y sus sueños de ambicion, al paso que su padre no pensaba en mas que en el porvenir de suegro de un soberano.

Habianse celebrado en Cracovia las bodas de Marina con todo el ceremonial de los soberanos antes de salir de Polonia. Seguida Marina de una magnífica comitiva se habia trasladado al palacio de Tirley elegido para la celebracion del casamiento. Allí fué recibida por Sigismundo III que se la concedió segun se decia entonces, al Czar Demetrio en cuyo nombre se desposó el embajador moscovita Atanasio Wassilieff siendo padrinos el rey de Polonia, la princesa Constanza, archiduquesa de Austria desposada tambien de Sigismundo. Asistian á este acto gran número de señores polacos todos del rito católico y monseñor Rangoni Nuncio del Papa. El cardenal Maciowsky fué quien dió la bendicion nupcial á la jóven Czarina que muy feliz veia colocar sobre su frente la doble corona de los reyes y del amor correspondido.

El 13 de abril llegó Marina á las fronteras de su imperio. Entonces principió para ella la existencia que solo habia entrevisto imperfectamente en sueños. Entonces vió el amor de Demetrio junto con el orgullo del soberano y aquella ambicion que habia de ahogar despues todo recuerdo amoroso en el corazon de la muger no estaha aun tan desarrollada en el de la jóven que no sacrificase la esterilidad de la vida pública por ir á buscar la suave y deliciosa impresion de un amor profundo en todo lo que se la presentaba y podia ofrecerle.

Advertia que era amada hasta en los mas estériles cuidados de una etiqueta que empleaba el amor como un medio mas de cautivar.... Entró en Moscow rodeada de un pueblo rendido que invocaba sobre aquella union todas las alegrías del cielo: y la bella Marina cuyas pasiones recibian un encanto mas con el reflejo de las emociones de aquella grande alma que rayaba al cabo en sus altos pensamientos y en la dicha del amor que eclipsa todas las otras. Marina estaba en aquel instante resplandeciente de hermosura sonriendo á aquel pueblo que se volvía el suyo.

Por do quiera iba el clero á darle el pan y la sal: todos los dias la daban en nombre del Czar telas preciosas y de esas pieles tributa de los habitantes de las orillas del Oby que no se pagan con dineros mientras magníficos trineos la llevaban con la rapidez del viento á los palacios dispuestos para recibirla. Al fin el 12 de mayo acabó aquel viage que fué para Marina un verdadero encanto. Llegó cerca de Moscow, allí hubo de detenerse para hacer otro sacrificio á la etiqueta soberana: se levantaron tiendas para que fuesen admitidos los grandes del imperio á besar su mano mientras se acercaba la coronacion. Despues rodeada de todo un pueblo que admiraba su belleza se dirigió al monasterio de las virgenes, retiró de la Czarina viuda, madre de Demetrio. En aquel santo lugar fué donde volvió á verle no ya fugitivo, desgraciado, vagamundo, próximo á morir de miseria en un camino estraviado, sino hermoso y enaltecido con todo el prestigio del poder y con el lujo de la soberania.

Permaneció Marina al lado de Irene hasta el dia de su coronacion. A la mañana partió para Kremín donde fué recibida en la sala Almenada por los primeros Boyardos y los embajadores de todos los reyes de Europa: tomó asiento en el trono, y habiéndole presentado Miguel Nagoi la corona de monarca y la diadema las besó devotamente. Entonces Basilio Schouiski arengó á Marina en nombre de la nobleza del imperio y despues se puso en marcha la comitiva para la iglesia de la Asuncion, donde debia hacerse la doble ceremonia de la consagracion y de la confirmacion del casamiento.

El camino que siguieron los nobles desposados esta-

ba cubierto de terciopelo encarnado y de telas de oro: montones de flores caían á sus pies mientras tronaba la artillería de la fortaleza, repicaban las campanas y que empavesadas las ventanas con banderas y blasones se veían llenas de un gentío inmenso que llamaba todas las bendiciones del cielo sobre los jóvenes soberanos. La misma naturaleza en toda su pompa en aquella época del año parecía querer contribuir á la magnificencia de la fiesta: el tiempo era muy hermoso y el sol derramaba torrentes de luz sobre las cúpulas de oro de la antigua ciudad Moscovita haciéndolas resplandecer con mil fuegos.

Llegado que hubieron á la iglesia colocáronse los esposos en un estrado que se alzó en medio de la nave: el Czar ocupaba un trono de oro que le habia enviado el emperador de Persia para tan solemne ocasion y Marina un trono de plata... A una seña del patriarca se acercaron á la Czarina las damas de su servidumbre entre las que se veían señoritas de las primeras familias del imperio y le quitaron su corona de novia: se arrodilló ella delante del patriarca que impuso la cruz santa á la jóven polaca que venía tan de lejos á buscar una corona!... en aquel momento se alzaron nubes de perfumes girando en torno de los antiguos pilares de la iglesia. Esparció el órgano sus religiosos sonidos por bajo sus bóvedas gólicas y cien voces puras entonaron en honor de los esposos el himno de *tu plurimos annos*... Despues echó el patriarca al cuello de Marina la cadena de monomaco, le consagró, le dió la comunión... Así fué como Marina Maszaj, hija del Palatino de Sandomir, se vió consagrar y coronar soberana de un gran imperio aun antes de ser mujer del soberano de aquel imperio, porque no se celebró el matrimonio hasta despues de la ceremonia de la consagración. Luego que se acabó todo el Czar y la Czarina ambos jóvenes, ambos hermosos y mas en aquel instante en que estaban satisfechos todos los sentimientos mas imperiosos de sus corazones, Demetrio y Marina salieron de la iglesia de la mano con la corona y con el manto imperial. Llegados al dintel del templo se pararon y el príncipe Maszajski tiró sobre ellos segun antigua usanza de Moscovia multitud de monedas de plata que tenia en un vaso sagrado... las recogió el pueblo y aquel dia duró mucho en la memoria de los polacos de Moscow.

Las mas santuosas fiestas inauguraron el advenimiento de Marina aumentando su alegría por espacio de un mes. El amor que la profesaba Demetrio, se conocia sobre todo en las fiestas en que el lujo del Asia duplicaba el que el gusto de occidente acababa de introducir en los desiertos de la Rusia. Y sin embargo el cielo no estaba ya tan sereno, el horizonte se cargaba de nubes y Marina albagada con las diversiones y los besos de amor de su esposo se dormía como él, á pesar del ruido de la tempestad que resonaba ya de una manera silenciosa bien cerca de ellos.

Es una desgracia estar mucho mas adelantado en luz que el pueblo que uno es llamado á regir cuando no se tienen fuerzas para hacerle plegarse á la voluntad, que seria preciso siguiera. Habia habitado Demetrio bastante tiempo en la tierra de la libertad, en esa Polonia siempre querida, siempre admirada aunque se critica alguna vez su turbulencia y la agitación de su vida política para no conocer toda la reforma que requeria la Rusia para llegar á ser un gran pueblo. Pedro el Grande que reinó despues de él experimentó lo mismo y no pudo realizar sus proyectos de reforma sino consolidándolos con cascadas de sangre. Pero Demetrio al llegar á un trono vacante, no solo bajo su propio peso, sino bajo todo el que intentase mandar y mas aun hacer innovaciones que pronto el efecto de la crueldad de un pueblo, que todo lo echaba en cara el rodearse de estrangeros y el distribuir todas las gracias á los polacos... Independiente

y de carácter activo quiso Demetrio seguir su inclinación; inclinación que le llevaba á proteger á los paisanos de la mujer que adoraba y á quien por otra parte creia capaz de civilizar á sus súbditos: no respondió, pues, sino con una sonrisa de desprecio á la queja que le dirigió Tatitschsheff públicamente por haber comido ternero.

Pero la queja mas importante á los ojos de los rusos y sobre todo de aquellos viejos Boyardos, apoyo entonces del trono de los duques de Moscovia, fué la obstinación de Demetrio en conservar el traje polaco. Pronto se formaron complots recorriendo los descontentos las tabernas de Moscow donde bebe el pueblo con tanto gusto la caliente bebida que se compone de enebro. Allí se habló de Demetrio, se atacó la verosimilitud de los hechos que las mismas jentes de Moscow habian acogido con transporte pocos meses antes: en breve tomaron cuerpo aquellos planes que antes no tenían consistencia: los descontentos se agruparon en torno de una bandera y la sentencia del jóven Czar y de Marina estaba en estas palabras. *Odio y muerte á los estrangeros...*

Basilio Ibanowitsch Schuiski, el mismo que habia arreglado á Marina en nombre de la nobleza rusa, fué el escogido por la rebelion para su gefe. Se descubrió la primera conspiración. Entregado Schuiski á un tribunal, le sentenció á muerte, y hubiera perecido á no ser por Marina, que no pudiendo separar la idea de aquel hombre del glorioso dia de su coronación pidió y obtuvo de Demetrio su perdon. En el momento de firmar se detuvo.... Parecia que un presentimiento siniestro le gritaba que fuese justo ó que le costaria la vida.

—Por qué me pides esa gracia? dijo á Marina mirándola con tristeza: á la verdad que no puedo firmar.

Marina se sonrojó y palideció en un momento. Parecia que el Czar declinaba su poder... Se acercó ella á Demetrio, pasó un brazo al rededor de su cuello, lo atrajo dulcemente á sí, y despues besándole en la frente, le miró con aquellos ojos que hacian latir el corazón de quien seguía siendo su amante.

—Hazlo por mí! le dijo ella... firmalo por mí! Él tambien la miraba con ojos de amor. La estrechó fuertemente contra su pecho... y firmó. Infeliz...! lo que habia firmado era la sentencia de muerte para los dos...!

Una noche (el 16 de mayo de 1607) estaba el tiempo revuelto: el aire hacia torbellinos de polvo en los vastos campos que se paraban entre sí los palacios de Moscow. Comenzaba á llover, y para huir de la tempestad se entraban muchas gentes en las casas, y muchas en las tabernas. En el rincon mas escondido de una de estas habia un hombre sentado, cuyo rostro medio oculto con la piel de su gorra no dejaba ver mas que una boca que se sonreía á veces con una espresion infernal. De cuando en cuando un movimiento involuntario, hacia que se descubriese, el vestido brillante, la cadena de oro y la manga bordada de pedrería de los Boyardos: pero al momento componía la ancha capa parda que le tapaba y de nuevo se quedaba hecho un oscuro desconocido en medio de aquella multitud estraña tambien.

Parecia que aquel individuo escuchaba con mas particular atención á otro hombre que hablaba con fuego de los rusos y de los polacos. Claro estaba que el orador era uno de esos rusos, verdaderos hijos de la Moscovia, fiel á sus costumbres y dispuesto á dar su sangre por ella. Era alto, de estatura atlética y sus facciones llevaban el sello de una alma tan pura como fuertemente templada... Pronto se alzaron las voces: el ruso parecia animarse, conoció que no seria dueño de sí mucho tiempo: se echó á la calle y se alejó de la taberna luchando contra la tempestad que redoblaba con violencia.

—Gloria á Dios! salud á Kosma! dijo una voz á su lado haciéndose oír apesar del huracan. Volvióse el ruso

con viveza ... y vió cerca de sí al hombre de la capa que acababa de dejar en la taberna.

—¿Qué me queréis y de donde sabéis mi nombre? le preguntó.

—He visto á Kosma Minin (1) delante de los enemigos de la Rusia. Le he visto en Nijniy socorrer con su dinero á sus conciudadanos menesterosos. He visto á Kosma defender delante de los ancianos de su pueblo los intereses de todos contra los suyos.... ¿Es este el mismo á quien he visto fraternizar con nuestros tiranos?

—Entrecabrióse la capa del desconocido y á la luz de la lámpara que ardía delante de la imagen de S. Nicolás reconoció el ruso ciertas insignias y se descubrió.... El desconocido puso un dedo en su boca.

—Silencio...! ¿Continúas siendo verdadero hijo de la antigua Moscovia?

Kosma levantó los ojos y las manos al cielo.

—Dios me es testigo, exclamó.

—No te exijo juramento.... te exijo que te muevas!

—Contra quien...?

En aquel momento una turba de jóvenes montados en caballos de la Ucrania pasó á galope cerca de ellos gritando y cantando y haciendo girar en sus manos los rübles desnudos. Al pasar uno de ellos cerca de Kosma le quitó la gorra con la punta del sable, la tiró al suelo y desapareció riendo alegremente con sus compañeros. Todos llevaban el uniforme polaco!..

Fué Kosma á recoger su gorra, cuya piel se había manchado.... la sacudió, se la puso.... y volvió con calma hácia el desconocido.... Pero su fisonomía mudó, se tornó feroz y su respiración penosa... se ahogaba.

—Vamos! le dijo el desconocido! que te parecen tus hermanos los polacos? ¿por que no te has echado á los pies de sus caballos para servirles de alfombra....?

Un sonido ronco y terrible salió del pecho del prisionero de Nijniy.

—Ah! exclamó dándose en la frente con entrambos puños.... Dios mio! aconsejadme! y despues alzando notablemente su cabeza:

—Príncipe Schuisky, dijo al Boyardo que seguia to-



La Gorra quitada.

dos sus movimientos con maligna curiosidad: sin duda los polacos abusan de su influjo sobre nuestro Czar; pero no debemos olvidar que fue en Polonia donde se conservó nuestra joya mas preciosa para volver entre nosotros: ¿no es la Polonia quien nos ha devuelto esa última gota de la preciosa sangre de Rurick....? Nuestro muy querido Czar ha sido salvado por la Polonia, príncipe...!

Una risa brutal respondió á este noble arranque.

—La sangre de Rurick! exclamó al cabo tambien eres tu del corto número de tontos que creen semejante fábula...? Demetrio fué degollado y no ha salido mas de

(1) Kosma Minin, carnicero de Nijniy-Nowogowod. Este hombre que será colocado entre los mas ilustres de su patria si llega á tener un Plutarco adquirió gran popularidad por sus virtudes y servicios. Sin embargo ha estado sepultada su memoria cerca de doscientos años. El emperador Alejandro fué el primero que le hizo justicia. La estatua de Kosma forma en el día uno de los principales adornos de Moscú.

su ataud... Ese no es mas que un impostor... Querres contribuir á la salvacion de tu patria...?

—Como?

—Ven aqui, mira.... ¿Qué ves sobre esas puertas!

—Dos cruces encarnadas. (1)

—Pues bien, indican la muerte de los que duermen ahí su último sueño; el sol no saldra ya para ellos... Vete á Nijniy, Kosma, y haz en tu ciudad lo que nosotros vamos á hacer en Moscow.

Kosma no respondió al príncipe.

Si Demetrio es un impostor, respondió al cabo, es preciso que muera. Mas y si no lo fuese...? y los expresivos ojos del honrado patriota decian al ambicioso que su brazo moscovita bien podia castigar un culpable, pero que no heriria una victima....

—Medios tengo de saberlo, añadió.... Entonces hará mi deber, segun la conviccion á que llegue.

(1) Los rusos habian marcado las casas de los polacos con una cruz encarnada el 17 de mayo cuando la matanza de Moscow.

Y descubriéndose con respeto, pero sin bajeza ante el príncipe Basilio Schuiski, se fué al instante.

Basilio le miró alejarse con una expresión indefinible.

—Bueno! anda á consultar á tu Pojarski (1) Consultad vosotros mientras nosotros obramos... Cuando se haya concluido todo nos direis si hemos hecho bien ó mal.

Al amanecer del siguiente día el ruido de la bocina y el de un gentío inmenso que lanza gritos de muerte despertó á los habitantes del Kremlin: todo dormía en aquel antiguo recinto en que cansados de alegrías y fiestas reemplazaba el reposo por algunas horas al baile y á toda una vida de placeres. Romanoff, el primer oficial de la cámara del Czar, oye gritar fuego! sale y encuentra al Tatichcheff al frente de una porción de pueblo ebrio de furor y de sangre. Romanoff le ha salvado una vez la vida, pero ¡cuan débil es este recuerdo cuando el espíritu de partido despierta las pasiones mas terribles del hombre! Romanoff á medio vestir se adelanta á Tatichcheff quien le dá dos puñaladas y va caer ensangrentado en la antecámara de la cámara imperial, gritando:

—Tracción...! sálvate, Demetrio, hijo de Iban... hay tracción!

Y muere.

Demetrio ha cogido sus armas: algunos guardias le rodean, resiste al pueblo; pero se aumenta por momentos la masa de los insurrectos. Todo es matanza alrededor del Czar: el mismo cae atravesado de un balazo... El pueblo se arroja sobre él para acabarle: pero él incorporándose sobre una mano, los mira todavía como rey:

—Mirad! esclama, os atreveis á herir á vuestro Czar...? Yo soy Demetrio: el hijo de Iban...!

Los asesinos retroceden... Quiz es se hubiera salvado... pero en aquel momento acude Schuiski á quien han ido á avisar para sostenerlos: los vé indecisos.

—Y si en realidad fuese el Czar! decian en voz baja mirando casi con remordimiento su víctima cubierta de sangre!

—Amigos! exclamó Schuiski: yo tambien tenia mis culpitas; mas fui al monasterio y supliqué de rodillas á la Czarina que por Dios me confesase la verdad y me declaró soluzando que habia favorecido la impostura. Ese hombre no es hijo suyo, es un falsario!

Que entonces el infeliz bajo mil brazos que van con rumbo á buscarle las fuentes de la vida. Esta misma turba irritada por el asesinato, sedienta de sangre porque acaba de derramarla corre dando voces de muerte á la habitación de Marina. Un paje polaco cuyo nombre debe conservarse para que le honre la posteridad, Omolski, defendiéndose por un instante la puerta del cuarto de la Czarina contra la furiosa tropa que no entra sino pisando su cadáver.

Marina medio vestido, pálida, asustada, sale al encuentro de los asesinos. Quiere hablar á los furiosos; porque aunque vivamente conmovida no sabe aun todo lo que acaba de perder. Todavía tiene esperanza... Pero ahullidos de rabia son la única respuesta de los asesinos. Sale un tiro y una bala hiere á una camarera de Marina que se ha interpuesto á su señora: era una jóven judía liberada por Marina de una union que ella detestaba y cuya suerte habia hecho despues casandola con un caballero polaco llamado Chmielnicki. En breve cae la débil baronessa de mugeres y el pueblo llevaba ya sus cruentas matanzas á la Czarina cuando llegan los boyardos al teatro de la matanza y se apoderan de la victima que reservan para tormentos superiores á la muerte... En aquella horrible jornada corrió á torrentes la sangre. Vengóse

(1) El príncipe Pojarski era un hombre cuyas virtudes le hacen parecerse mucho á Kosz. Liberal y justo en el pensamiento, hubiera sido un grande hombre para su patria si hubiera vivido un siglo despues. El emperador Alejandro le erigió tambien una estatua con la de Kosz.

la fuerza bruta con todas las invenciones del odio. Fueron degollados todos los polacos. El palatino de Sandomir y los Wismowiechi únicos previsores se defendieron con tal obstinacion que capitularon los rusos. Y Marina tuvo al menos un padre para llorar sobre su corazon la perdida de un marido amado y de una corona.

Basilio Schuiski recojió el fruto de su crimen. Se necesitaba soberano luego que cayó Demetrio. Basilio no pidió ni designó á nadie; era de ilustre cuna, popular, diestro adulaba al pueblo y sobre todo á los comerciantes.

—¿A qué luchar contra él? se dijeron los boyardos.

Y conduciéndole al punto al Kremlin le saludaron en la plaza mayor padre de la Rusia y Basilio Schuiski se sentó sin remordimiento en un trono que acababa de ensangrentar por sí mismo. Pero el remordimiento no era para él. Solo los nombres de Marina y su padre le traian recuerdos penosos cuando los pronunciaban á su presencia... Los alejó de Moscow. Una fuerte escolta condujo á la Czarina y al palatino á Jaroslaw del Volga.

¿No tenia yo razon para decir hace poco que á la infeliz Marina la estaban deparados tormentos acaso mas atroces que la muerte? La muerte no es mas que un instante de agonía... Pero aqui siempre sufrir... siempre...! siempre...! Y Marina no contaba mas que 20 años...!

Con todo, Schuiski se alarmó con el efecto que produjo en Polonia la carnicería de Moscow. Humeaba aun la sangre polaca y pedía una venganza que comprendió la patria y ardía por realizar. Quiso Schuiski prevenir todo acto hostil: puso en libertad todos los prisioneros polacos y Marina fué dueña de regresar á Polonia. Se puso en camino; mas con que mortal tristeza...! Atravesaba como prisionera aquel mismo pais en que los pueblos se prosternaban á su tránsito... Muchas veces lloraban los ojos de la jóven Czarina con abrasadora amargura por aquella juventud anatematizada á los veinte años: sus lágrimas humedecian su velo de viuda; rodeaba con sus tristes pliegues su frente sin corona y llena de pesares...! Salía de su roto corazon el grito de agonía de una alma desesperada y mas cuando pensaba en que aquella corona perdida habia sido cubierta por una mortaja y sepultada en una tumba.

—O Demetrio! esclamaba muchas veces, retorciéndose las manos.

Y la infeliz vertía de esas lágrimas amargas que queman los ojos y hacen morir cuando recaen sobre el corazon.

Una noche, acababa de atravesar la comitiva uno de esos páramos que se llaman *steppas* en Rusia cuando se oyen gritos de repente: carga sobre la escolta una partida de hombres á caballo y la ponen en fuga. No creyendo Marina y su padre que este combate pudiese interesarles hacian de él poco caso cuando reconocieron en el jefe de los vencedores á Stadnicki su pariente y uno de los que habian servido á las órdenes de Demetrio.

—Señora, dijo á la Czarina, tengo la dicha de ser el primero en anunciaros la felicidad que os espera. De aqui á algunos pasos vais á encontrar al frente de un numeroso ejército al hijo de Iban, al Czar de Moscovia.

—A Demetrio! exclamó Marina fuera de sí.

—Si señora: venid que os espera. Salvado por un favor del cielo de las catástrofes de Moscow, pronto será dueño de toda la Rusia. Al saber vuestro visjo ha dejado el camino de Jaroslaw y me envia para libertaros. Daos prisa que está impaciente.

Quedó Marina absorta en una profunda meditacion. ¿Como era posible que se hubiese libertado otra vez Demetrio del puñal de los asesinos? No podía el corazon de la jóven abrirse á tanta esperanza ni á tan indecible

alegría: su frente continuaba abatida y en sus ojos no se veía el fuego de su mirada.

Al recibir el Palatino aquella nueva, no quiso profundizarla: altamente intrigante poco le importaba quien fuese su yerno con tal que fuese soberano. Pusieronse en camino padre ó hija para volver á Moscow; él lleno de confianza y Marina incierta, trémula y agitada de un presentimiento funesto.

Las noticias que recibió el Palatino de Stadnicki, fueron sin embargo bastante probables para infundir á la Czarina alguna confianza. Decía que Demetrio se escapó del Kremlin y de Moscow por los subterráneos de la fortaleza. Acabo de una larga enfermedad y de muchos dias de padecimiento, se habia sentido capaz de montar á caballo y de conducir las tropas á la guerra, por lo que habia entrado en Rusia al frente de un numeroso ejército que se aumentaba cada dia y cuyo nervio eran los príncipes Rozinski y Juan Sapieha: estaba campado en Tuchino á tres leguas de Moscow.

Al fin se acerca Marina al campo donde debe encontrar á Demetrio. Apenas se pronuncia su nombre se vé rodeada de una multitud que la proclama soberana con una especie de delirio. Hasta ella misma arrastrada por lo extraño de su posición se siente con vértigos: el estruendo de la música militar, lo brillante de los uniformes, lo reluciente de las armas, los clamores, los gritos de ¡viva la Czarina! ¡viva nuestra madre! todo la turba, le hace latir el corazón, oscurece su mirada ya incierta. Apeáse del caballo y guiada por su padre y Stadnicki se dirige á un campamento en que se vé desde lejos un grupo de hombres magníficamente vestidos, uno de los cuales se separa y la sale al encuentro.

Nunca habia creído Marina que efectivamente se hubiera saltado Demetrio. Sin duda habria dado su sangre por reemplazar hasta la última gota que sacaron los asesinos á su esposo: y por dulce que fuese esta esperanza ¿podia acogerla habiendo visto el furor del pueblo: cebarse hasta morir, en el cadáver de su víctima...? Y si en efecto hubiese podido penetrar en la sombría noche de Marina el rayo de una ilusión harto preciosa para ser rechazada, pronto se hubiera desvanecido esa ilusión al solo aspecto del hombre que se acercaba en aquel instante. Es repugnante en todo su exterior: su fisonomía expresa sentimientos viles, su mirada oblicua busca la tierra y las mas bajas pasiones se formulan en su sonrisa falsa y perversa. Marina siente helársele el corazón al recibir de aquel hombre una mirada de odio triunfador. ¿Quién es? Ella le conoce; ¡oh! sí, le conoce; pero ¿donde le ha visto...? Cree estar bajo la influencia de un ensueño infernal. Una revelación le habla de aquel hombre, y sin embargo no puede darle nombre á aquella cara que la hace estremecer. De repente la rodean dos brazos, la estrechan con fuerza y una voz murmura á su oído:

Marina, acordaos del parador aislado del bosque de Zulosz... Aquel dia me robasteis una linda novia; pero hoy me encuentro con una muger mas bella, una esposa mas noble... Gracias por el cambio.

Marina no le oyó concluir: herida en el corazón se habia arrojado en brazos de su padre diciéndole:

—Llebadme de aqui ó me muero.

Luego que se quedó sola con el Palatino, rompió en sollozos sin poder explicar á su padre como conocia á aquel hombre; pero lloraba y gritos ahogados salian de sus trémulos labios.

—Marina, la dijo su padre ¿has podido tu creer en medio de tantos acontecimientos extraordinarios en la resurrección de los muertos? Por lo que hace á mi nunca espere tornar á ver á Demetrio.

—Ah! exclamó al fin Marina, no sabeis quién es el hombre que osa tomar el respetado nombre de mi Demetrio, de mi señor, de mi amo...! Es un miserable judío, la escoria de los humanos; es aquel hombre á quien quité la

jóven que casó despues con Chmielnicki... Dios mío! tened compasión de mí.

El Palatino no sabia lo que le pasaba

—Pero ¿estás bien segura, dijo por último á Marina, de que ese hombre es el mismo de quien conservas tan terrible memoria?

—No puedo dudarle, respondió Marina.

—Y hacéis bien, dijo una voz.

Y en aquel instante entró el falsario en la tienda.

—Si; en efecto, soy el judío Jankeli. Me habeis reconocido, Marina: lo veo: no se olvida aquel á quien se ha ofendido aunque sea el último de los hombres... En cuanto á vos, conde, no me conocéis, pero si un tanto á mi tio Egidi el sabio rabino.

Y se sonreía el miserable con satánica expresión.

—Un dia me puso al cuello este talisman y me dijo que viniese á Rusia y proclamase que era el Czarowitz, hijo de Iban el terrible. He llegado á Siarodub y he dicho: «Yo soy Demetrio, hijo de Iban, vengo á reclamar de Shuiski la corona de mi padre.» Me han recibido bien. Todas las ciudades inmediatas se han rendido: han llegado Boyardos á prestarme juramento y mis tropas han ido aumentándose. Entonces ha sido cuando se han presentado en mi campo los príncipes Sapieha y Poznyki. Con su auxilio se ha hecho formidable mi ejército: por todas partes me ha coronado la victoria. Estoy á las puertas de Moscow y voy á entrar... Ya veis, Marina, que no soy el miserable judío, la escoria de los hombres. Tengo una corona que dar: es un don magnífico, ¿no es verdad? pues bien! yo la pondré á vuestros pies.

—Jamás! exclamó ella con vehemencia.

—¿Y porqué no? repuso el impostor con calma y mirando á Marina con una sonrisa infernal. Vuestro primer marido si que era el impostor, yo soy el verdadero Demetrio.

—Cuando yo me casé con él, respondió Marina, mis padres, mis amigos, todo el pueblo le proclamaba heredero de los Czares de Moscovia... Y además...

—Y además vos le amábais, ¿no es así? Eso es lo que me queréis decir. En cuanto á mi, vuestro amor y hasta vuestra ambición me son indiferentes: me dais mucho oro porque le quiero mucho y os dejaré que reineis como os acomode y que ameis á quien se os antoje.

Un sentimiento de aversión se pintó en todas las facciones de Marina. Jankeli solo le correspondió con una sonrisa y prosiguió.

—Pero es preciso que os deis prisa á reconocerme públicamente. Vuestro terror al verme, ha chocado ya mucho: es menester destruir ese mal efecto. Creedme: esta es buen partido para los dos: para mí el oro, mucho oro, y para vos el poder... y la venganza.

A estas palabras sacó el Palatino á su hija de la tienda y le enseñó á lo lejos á Moscow con sus cúpulas.

—Marina, la dijo el anciano polaco, allí hay una corona... y enemigos que tu puedes hollar.

Túrbase la Czarina: late su pecho á las palabras de venganza y de ambición: sus ojos brillan!

—¿Qué tengo que hacer?

—Abrazar á ese hombre.

Y el mismo Palatino echa su hija en los brazos del cobarde y codicioso judío.

El ejército que los observaba, dió gritos de alegría, en su estruendo hizo temblar los muros del antiguo Kremlin. Con todo, no fue aquella la sentencia de Moscow. Al cabo se resolvió Sigismundo III á intervenir en los asuntos de Rusia: él mismo entró en el reino, resuelto á unirle al de Polonia ó á hacer que proclamasen Czar de Moscovia á su hijo Ladislao. El fué en persona á poner sitio á Smolensko y mientras estaba parado ante los muros de aquella ciudad se dirigió Herman Zolkiewski sobre Moscow y habiendo encontrado al Czar Schuiski cerca de Kluclin, le batió completamente, se apoderó de él y de

toda su familia (que llevó en triunfo á Varsovia) entró en Moscow, proclamó á Ladislao Czar de Rusia y para acabar con el impostor Demetrio le ofreció en nombre del rey Sigismundo III, un principado y mucho oro... Zolkiewski le conocia bien. Aceptó al punto el miserable é iba á firmar el tratado cuando lo supo Marina. Corrió al falsario con la emocion, con la cólera de una muger ambiciosa.

—Miserable! le dijo con gesto de desprecio; miserable! ¿crees tu que me voy á quedar contigo y sin un trono? Tienes que reinar ó morir.

Estas nobles palabras son apagadas por el príncipe Sapicha y sus soldados... Rozinsk está por Sigismundo. Tiran de los sables, se baten, corre la sangre y en medio de aquel desórden, huye el impostor y se retira á Kaluga. Solá en medio de aquellos hombres que no reconocian casi ningun freno se resuelve Marina á debérselo todo á su propia grandeza. Recorre las filas, promete, amenaza,

ruega, suplica, manda y acaba por excitar el entusiasmo de aquellas hordas indisciplinadas. Todos juran reponer en el trono á Demetrio, de quien no se cuidan sino al marido de Marina Mniszej. Deja ella entonces su traje de muger, se viste de soldado, y echando un carcaj á su espalda, monta á caballo y corre á Kaluga, se apodera del impostor, le impone de nuevo el nombre de Demetrio y le conduce al campo diciéndole:

—Cobarde! aprende á dar tu vida por un trono!

Entre tanto habia sido coronado en Moscow Ladislao, Marina hecha una heroína y un ejemplo de valor para los hombres que la rodean, se defiende con la furia de una leona contra un ejército entero en un monasterio donde se habia fortificado. Corrido Zolkiewski de verse detenido en la carrera de sus triunfos por una muger se disponia á un asalto que incendiando el convento debia aniquilar á todos los que encerraba. Marina no queria vivir por vivir, deseaba vivir para reinar y vengarse:



El asesinato.

este deseo la dió una fuerza que hizo prodigios... Se escapó del convento despues de haberle pegado fuego ella misma y llevando siempre consigo al impostor como simulacro de soberano vuelve á Kaluga, se encierra y se fortifica.

Aquella sed de reinar, aquella ambicion guerrera se hizo vuelto en Marina rabia desenfrenada que le quitaba su naturaleza y la convertia en un ser excepcional en la creacion. Aquel israelita, aquel hombre la causaba odio y desprecio, y sin embargo le eran preciosos sus dias; temia por su existencia: ella proclamaba Czar de Moscú y verdadero Demetrio á aquel ser envilecido: ella queria que tubiese un trono por que le partia con él.

Tanto teson le valió muchos partidarios y de nuevo se volvió á la cabeza de un ejército de descontentos que ansiosos de poder seguir una bandera acudian á la suya. Mas pronto iba á sonar la hora de sus últimos reveses.

Tambien se habia grangeado Marina varios Kanés de tartaros y bastante partido entre los cosacos. Desconfiado siempre el impostor porque él era cobarde y falso; dudó de la fidelidad de Urmamed, Kan de Kasimoff; sin decirle palabra á Marina, resolvió perder aquel hombre; formó este designio como podia formarle un miserable como él.

Invita á Urmamed para una partida de caza: lleva al

confiado tártaro á lo mas espeso del bosque: allí á pretexto de una conversacion importante le hace apearse: y mientras el príncipe tártaro cree escuchar á un amigo recibe dos punaladas que tienden al valiente á los pies del cobarde asesino.

Hecha la muerte se apresuró Jankeli á abrir un hoyo para enterrar allí el cadaver de su víctima. Despues volvió á Kaluga á anunciar á los suyos que habiendo atentado Urmamed contra su vida habia tenido la suerte de defenderse: pero que temiendo Urmamed su cólera, habia huido hácia Moscow á guarecerse entre los enemigos.

Marina conocia al infame... leyó su crimen en la palidez de su frente y en el temblor de su cuerpo. Retrocedió al ver al monstruo que se habia puesto horrible luego que sus manos se tñeron en sangre y apartó de él los ojos con aversion. Empero otra mirada habia leido en el alma del asesino. El príncipe Urmamed pariente de Urmamed, resolvió vengar su muerte: y un día que se hallaba el impostor en un estado completo de embriaguez le apuñaló Urmamed en la propia mesa, mató á toda su comitiva y salió al punto de Kaluga con sus tartaros.

Privada Marina de repente, de sus mejores tropas se ve un dia sola y en manos de los boyardos que la hicieron encerrar en la mas estrecha prison. La infeliz

debía espiar mas que nadie la desgracia de marchitarse sus brillantes esperanzas. (1) Y sin embargo, vencida por la suerte llegó al extremo de desdicha de nezar con sus enemigos. Rezar ella! Marina. ! Oh! cuanto podia sufrir, en efecto! y mas cuando uniendo al rigor el insulto, la respuesta a su peticion fué una negativa.

Entonces sí que quiso Marina morir... Una noche, tendida sobre la húmeda paja de su prision mientras soñaba en tormentos y cadalsos y no en gloria ni en trono oye ruido de armas y gritos de gente que combate... Rómese la puerta del calabozo y se precipita a los pies de Marina un hombre que besa sus manos mojándolas de lágrimas y diciéndola con ahogada voz que la siga. Levántase ella y mira aquel hombre. Es que Dios ha oído sus quejas... O providencia! me he salvado! exclamó ella.

Habia tenido Marina por compañero en los juegos de su infancia a un jóven polaco llamado Zarucki. Con el tiempo la amó él y la amó de corazon como merecia Marina porque era una muger noble y hermosa. No la era indiferente Zarucki; mas habia deslumbrado ya los ojos de Marina la profecía de un trono y respondió al jóven:

—Para ofrecermos vuestra obediencia era preciso poder mandar.

Se alejó él desesperado y se ignoró su suerte por espacio de muchos años. Marina misma casi habia perdido ya la idea de él; mas con qué magica luz se presentaba! Cuando los verdugos iban a apoderarse de ella para el tormento y la muerte, oia una voz que la traia a la memoria todas aque las horas de juventud tan brillantes y tan dulces. Encontraba un corazon apasionado, una mano trémula oprimia la suya rompiendo sus cadenas mostrándole con la otra la libertad... Vencida por su emocion lloró y refrescaron las lágrimas sus ardientes ojos abrasados por largas vigiliass y por terribles sueños de una ambicion engañada. Todas las impresiones de su juventud que son siempre tan dulces, se apoderaron de su alma dándole una dulcísima alegría. Se echó en los brazos de Zarucki y le dijo:

—Pronta estoy a seguiros ¿a donde me llevais?... Ahora soy gefe de cosacos; tengo una gran partida compuesta de hombres decididos. Nada teneis que temer bajo su custodia. Os llevaré con vuestro padre... Venid a ver vuestra patria. Al escucharle palideció Marina y retiró su mano de la de Zarucki.

—Ya no tengo patria, respondió ella moviendo lentamente la cabeza: no, ya no hay patria para mi... sino donde haya un campo de batalla, un trono... ó un sepulcro!

La quieres? esclama el jóven gefe. ¿Queréis arrostrar nuevos peligros? pues bien, los correremos juntos... venid en medio de nosotros... mandareis a hombres sencillos y hasta salvages, pero sumisos a vuestra voluntad.

Vuestro dosel imperial será mas hermoso que ninguno de los de los reyes de la tierra, porque es la bóveda del cielo... vuestro trono no se compondrá de cuatro tablas de pino cubiertas de terciopelo... sino que reposará sobre el animal mas noble de la creacion... Vuestro imperio no tendrá limites porque le llevaremos hasta donde puedan llegar nuestros caballos y hasta donde alcance la punta de nuestras lanzas. Venid, Marina.

Siguióle ella conmovida a la perspectiva de la vida que se la presentaba en toda novedad... Monta en un soberbio caballo blanco y se encuentra en medio de una tropa de cara fiera y valerosa, provista de brillantes armas y cuyos gritos de amor la acogen como a su reina. Marina siente en su corazon una de esas impresiones que

(1) He consultado para esta biografía, todas las historias de Rusia que tenemos, y en especial las del Everque y Castera; pero me complace en rendir homenaje a un libro en que he hallado detalles muy interesantes a saber: en el del conde Arturo Potocki.

deciden de todo un destino... en aquel momento tom su belleza un caracter sublime. Medio vestida con un rico traje desgarrado en la prision, suelto el cabello y con ojos fulminantes blande en su débil mano de muger el asta de una lanza cuya punta dirige a Moscow... y en seguida parte haciendo a los cosacos señal de que la agan. Todos se precipitan en pos de ella. Zarucki se dejó arrastrar por aquella muger cuya ambiciosa sed enardecia la venganza. No tarda el oriente de la Rusia en ser devastado por ellos: por do quiera señalan su tránsito con el hierro y el fuego. Con todo, Marina se cansa pronto de aquella soberania movible: quiere reinar... pero reinar en paz. Zarucki que no sabe mas que obedecerla, se dirige sobre Astracan, cuya conquista apetece ella. Le toman y muere a manos del vencedor el principe Dimitriewicz Khworotiniú que osó defenderse... Ni aun se habia de resistir a Marina; y en aquella ciudad medio destruida a sangre y fuego, donde casi todas las mugeres están viudas ó huérfanas se sonrie Marina todavía porque es soberana.

En aquella época fué cuando se unieron Kosma Minia y el principe Pojarski para defender su patria y libertarla de sus enemigos interiores. A su noble llamamiento alzóse y ofreció sus servicios toda una juventud decidida. El primero a quien batieron como el mas terrible fué Zarucki. Vencido por fuerzas superiores tuvo que huir al desierto con unos cuantos que al cabo le dejaron.

Era Marina buena presa para los rusos: querian vengar en ella todos los desastres de sus guerras intestinas; así es que era perseguida con todo el encarnizamiento de una venganza salvage... pero para lograrlo era menester herir un corazon generoso, apasionado que cubria siempre el suyo....

Sucedia esto en la mitad del invierno de 1612... del invierno!... en esa parte de la Rusia en que las mismas fieras temen el rigor del frio.—Marina se arrastraba penosamente sobre la tierra endurecida que sus pies hacian sonar con un ruido siniestro... Muchas veces de sus ojos secos y abrasados con el fuego de la fiebre se desprendian algunas lágrimas que el frio helaba al punto sobre sus mejillas. Llorar... Marina!... Ella!... Ah!... es que la infeliz temia ahora tambien por un ser querido!... por su hijo, pobre flor nacida en una tempestad, al borde de un abismo... y que debia gozar muy pocas primaveras... Zaroucki miraba a esta muger... a este niño... casi moribundos de fatiga, de frio y de hambre!... y la rabia hacia rechinar sus dientes. Pero entonces al encontrarse sus miradas con las de Marina, se sentia con fuerzas para auxiliar su marcha... para llevar a su hijo... De este modo atravesaron los dos proscriptos aquellas soledades inmensas en que ni una casa se ofrece a la vista del hombre... un dia decidieron subir a los montes *Oural*s... Dejaron la nieve sobre la cual acababan de descansar y que se ostendia a lo lejos delante de ellos, sobre aquella naturaleza privada de vida, como una sábana sobre el cadaver que vá a ser amortajado.

Los desgraciados caminaban con el mayor trabajo sin hablarse por que hay dolores que solo pueden espresarse con el silencio... De repente se levanta en torno suyo una tormenta, la nieve les envuelve y los ciega; una tempestad horrorosa la hace arremolinarse y los obliga a permanecer quietos, porque no ven huella que puedan seguir... hallándose como en una nube espesa. Aquella cortina se rasga de pronto, y allí, delante de ellos, déjase ver una horrible aparicion... eran hombres... pero enemigos... porque al descubrir a los proscriptos lanzan ahullidos de alegría... Zaroucki saca su sable... pero su mano helada por el frio no puede cerrar el puño... Los salvages que le rodean se tien de su debilidad y lo hieren todos a una con sus lanzas y sus sablos... El infeliz cae a los pies de Marina enroje-

ciendo la nieve con su sangre y dirigiendo la última mirada á la muger que le costaba la vida....

Durante el corto tiempo, que duró su agonía vió á Marina atada con correas y cuerdas, y rodeada de aquellos hombres cuya áspera y negra barba y espresion casi satánica les daba el aspecto de *demonios de un infierno de hielo*.... Marina, silenciosa y altiva no respondía á sus preguntas, y sin embargo entendía su lenguaje porque aquellos hombres eran rusos, pero sabía tambien que por lo mismo que eran rusos, no podia esperar perdon ni piedad de ellos....

De pronto un grito penetrante y dulce hace estremecer aquel corazon cuya angustia no habia revelado ninguna emocion exterior: Marina responde á ese grito con el de una alma despedazada... es su hijo, el niño Demetrio que la llamaba con su dulce voz.... pobre niño!... pobre ángel.... tan temprano llamado al cielo!..

El jefe de la tropa hablaba en voz baja con algunos de sus hombres... la suerte de Marina era la que en su infernal consejo ventilaban....

—Que muera! decia el jefe.

—La recompensa será mayor si la llevamos á Moscow!... decia otro.

—No podrá llegar, decia un tercero, viendo á Marina que se caia desfallecida sobre la nieve enrojecida con la sangre de Zaroucki....

En aquel momento uno de los caballos hiere la tierra con su pie, el sonido es sordo y retumba debajo de la tierra. El jefe se sonrie con la alegría de un demonio; hace una señal que entienden sus compañeros; con las hachas que llevan en el arzon de sus sillas golpean la nieve endurecida y logran romper el hielo que cubre al Jaick; pronto las aguas del rio surgen por encima de la abertura.... Los rusos levantan el cuerpo de Zaroucki y lo arrojan al rio; ejerciendo así sobre un cadáver su venganza. En seguida se acercan á Marina la cojen y la anuncian que el Jaick será su última mo-

rada.... Marina no responde.... ¿Que habia de decirles? su alma conversaba ya con Dios... y su última palabra debía ser una plegaria.... Entonces sus verdugos la agarraron, y como en los juegos de los demonios del infierno, la lanzan con gritos de alegría en su tumba helada!..

En aquel instante redobló su violencia la tempestad, la tormenta arremolinó la nieve sobre aquella abertura que acababa de tragarse una de las hermosas obras de la creacion, y le sirvió de piedra sepulcral. Los rusos miraban silenciosos desaparecer hasta el menor vestigio de su víctima... Ya no cantaban!.. el horror de semejante espectáculo habia avasallado hasta á los verdugos!..

—Ya hemos concluido, dijo al fin el jefe... partamos!.... Y volvieron á subir el monte á caballo, cuando el mismo grito dulce y lastimero rompió otra vez el silencio de la soledad.. Era el huerfante que yacia sobre la nieve casi agonizando de frio y de hambre....

—Ola! dijo el jefe aproximándose á él.... eres tú de este mundo, vastago maldito?... El niño alzó hacia él dos grandes ojos casi apagados y levantó sus brazos... el jefe lo tomó en los suyos... El pobre angel no lanzó ni un grito... un solo gemido, dulce como su rostro infantil, se escapó de su pecho, cuando la pesada mano del verdugo de su madre apretó con una correa su cuello blanco y redondo como el de un cisne... en seguida arrojó el cuerpo sobre la nieve y corrió á unirse con sus compañeros á todo el galope de su caballo... Pronto el ruido de su carrera se debilitó por grados.... La soledad volvió á entrar en todo el horror de su silencio, y el cadáver de un niño quedó como el único vestigio del drama que acababa de representarse.

LA DUQUESA DE ABRANTES.

UNA ORGIA EN EL MAR.

FANTASIA

A MI AMIGO JUAN MARTINEZ VILLERGA.

—Otra botella!

—No, Guillermo, cuatro!

—Bien! bien! venga vino.

—Si, si, vino, gritaron todos.

—Ola! capitan, bebed!

—A la salud de nuestro capitan, compañeros, dijo Guillermo levantando su copa.

Y brindaron de nuevo. Todos bebieron, á bordo de la fragata, brindando por cada uno y haciendo beber á los demas. Las copas se cruzaban, rompiéndolas al son de las cántigas que sus vinosas voces entonaban y en tanto la nave surcaba los mares sin cuidarse de ellos, así como aquellos hombres ebrios se olvidaban de ella y con ella de su propia existencia. Reian desaforadamente con una botella en la mano: esta botella era su único porvenir, su única esperanza, y mientras les durase se creian mas poderosos que reyes. Su corona régia era una copa de vino: sus riquezas un tonel.

La embriaguez subía de punto: uno de ellos se levantó para llamar á otro que se paseaba agitado por la popa.

—Eh! Betini, venid, y beberéis con nosotros.

—Gracias.

—Por Dios, que habeis de beber en mi copa!

—Os repito que no; estamos en un gran peligro, y vos sobre todo, capitan....

—Silencio, dijo el que le invitaba, y arrojó el vino de su copa en la cara de Betini, dando al mismo tiempo una estrepitosa carcajada que fué imitada por los demas, tirándole tambien el vino y hasta las copas á la cabeza.

—Miserables ¿qué haceis?... Ah! me vengaré!

—Si, vengaos; pero ya no beberéis mas vino del que teneis encima.

Estas palabras fueron acogidas con una salva de aplausos, y Betini brotando fuego por los ojos, se precipitó en la cámara.

—Mi capitan, dijo Guillermo, desde que soy piloto en vuestra fragata no os he visto tan alegre!

—Si: este vino es capaz de alegrar á un muerto, menos á ese necio de Betini.... ¿Dónde está Betini? Que venga á apurar mi copa, ó le arroje al mar para que sirva de alimento á los peces.... mas hambrientos de carne que él deseoso de beber vino.

—Capitan, gritó uno de los pasajeros que salia de la cámara con los cabellos herizados y los ojos espantados; capitan....

—¿Quién me llama?... ah!... el diablo! pues no es mala ocasion....

—El diablo! exclamaron todos riéndose. Que se lleve a Betini, que ha bebido bastante....

Silencio, desgraciados.... silencio, capitán, y veamos un medio de salvarnos, porque estamos perdidos.

—¡Perdidos!... dijo el capitán examinando las botellas. Ah! mientes, aun queda vino.

Bebámosle y nos acompañarás. El diablo debe siempre tomar parte de lo que me pertenece.

—Ah! Guillermo, capitán, repito que estamos perdidos; el buque está ardiendo y vamos todos a perecer!

—Perecer!... exclamó el capitán bebiendo, deja que se acabe el vino, y entonces.... es mas dulce la muerte....

—Dios mío! están borrachos y no hay remedio! repuso fuera de sí aquel infeliz pasajero.

Todos los demás habían salido precipitadamente de la cámara, y se lanzaron sobre el capitán gritando:

—Venid a salvarnos!

—A salvaros.....sí....

El capitán dió una carcajada y cayó al suelo, quedando inmóvil como un cadáver.

Ya no podían beber: el vino se había acabado y las llamas se iban apoderando de la fragata; los pasajeros

imploraban el socorro del cielo; pero no les quedaba otro recurso que la muerte.

El capitán insensible a todo menos al fuego, al sentir el calor de las llamas, quiso incorporarse y se oyó que decía:

—Por vida de....de ese diablo!.....Betini....

Y la risa pronta a estallar en sus labios, se abrasó en su boca. Ya no existía!

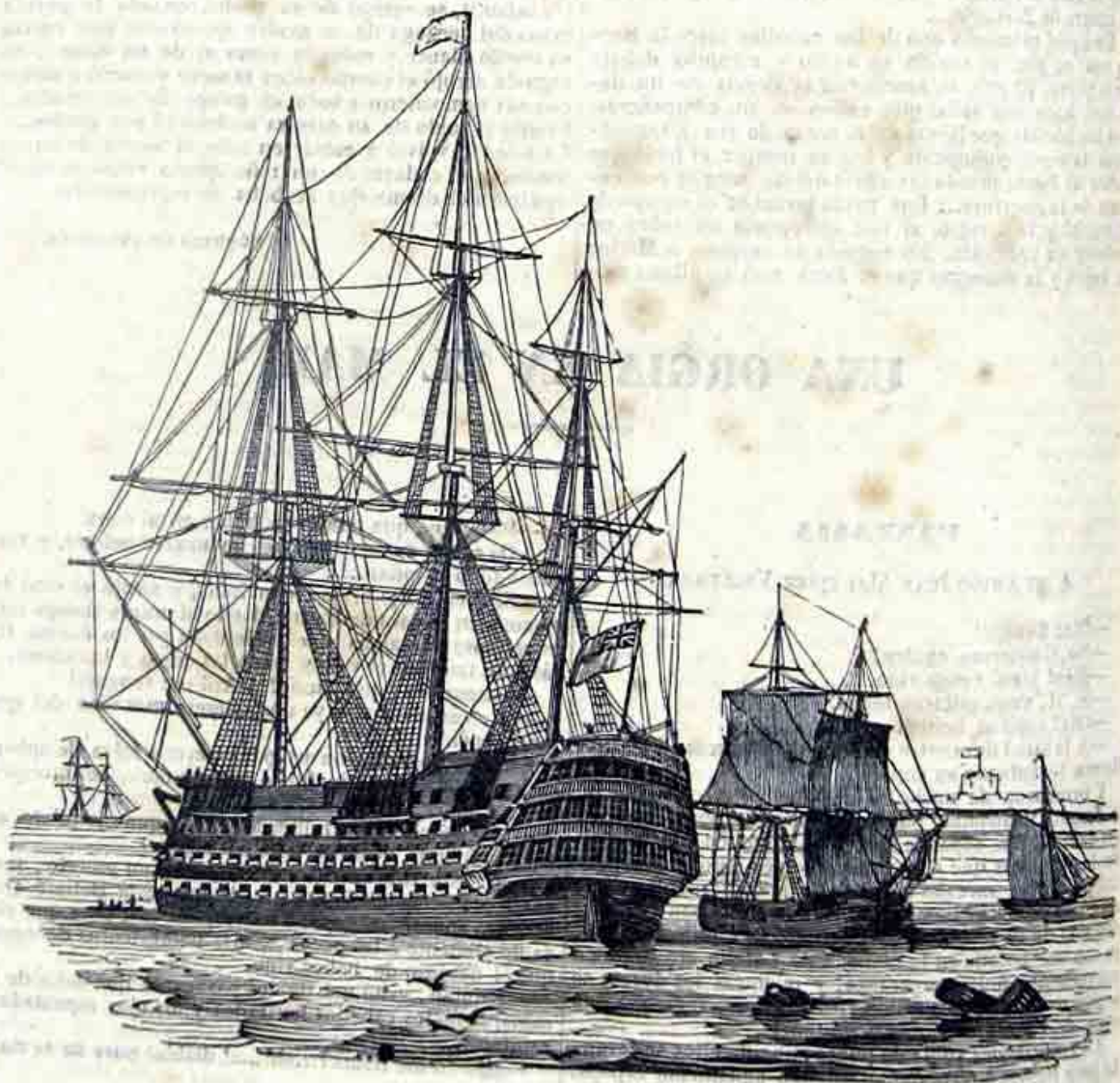
Los menos borrachos haciendo un esfuerzo, se levantaron para buscar un refugio en la proa y un hombre, o mas bien un demonio los iba precipitando en el fuego; la ferocidad de su risa solo igualaba a la ferocidad de las llamas.

El buque voló y un poco antes se distinguió en el *bauprés*, la sombra de un hombre, de Betini, que se arrojó al mar diciendo:

—Estoy vengado..... miserables!

Su cuerpo había caído en las aguas que lo sepultaron como sepultaban a la fragata y las cenizas de aquellos desgraciados que no habían tenido otro porvenir que la botella.

TEODORO GUERRERO.



ESTUDIOS DE VIAGES.

AMSTERDAM. (1)

Teatro de Variedades.

Llegamos á AMSTERDAM de noche y lloviendo. Desde el sitio en que nos apeamos hasta el hotel del *Gran Doelen* á que nos condujo nuestro buen *Soetens* habia una distancia regular. Al atravesar un puente, mi pobre Pelegrin que ya iba andando con bastante trabajo, resvaló, y alzó con sus botas y su humanidad en tierra, ó por mejor decir en lodo; levantámosle entre los dos, y le llevamos hasta el hotel asido de los brazos, ni mas ni menos que como en las plazas de toros de España se suele conducir á un picador que acaba de sufrir un porrazo solemar. Entramos en el hotel, nos acomodamos en la cámara núm. 32, se mudó Tirabeque de ropa, nos calentamos, bajamos á comer, y acabada la comida, á propuesta de *Mr. Soetens* nos fuimos á pasar la noche al teatro de Variedades.

Pero antes, también á invitacion suya, entramos en el *café francés de Hamell*, el mas concurrido de la mas florida juventud de AMSTERDAM. Tomamos nuestro té y pasamos al teatro. Hay en AMSTERDAM tres teatros, el francés, el alemán y el holandés que era este. Quince *soas* cuesta la entrada con asiento de luneta ó de galería, pero son quince *soas de florin*, que equivalen á unos 6 ó 7 rs. de España; si bien, allí 15 *soas* son tan friolera como serian aquí 6 ó 8 cuartos; todo consiste en el precio respectivo de las cosas con arreglo al valor de las monedas. Así la Holanda es carísima para un español, puesto que 10 pesetas de aquí hacen menos de 5 florines allá y con 3 florines allá no se hace tanto como con 3 ó 4 pesetas acá, por manera que yo me engañé mucho en mis cálculos, ó viene á resultar una diferencia de carista de España á Holanda como de 4 á 10. Observacion, que pienso no es indiferente para quien se proponga viajar.

Pero vamos á nuestro teatro. — «Guardad esos billetes, nos dijo *Soetens*, para el uso que despues os diré» En efecto no hicimos mas que enseñarlos á la entrada, y los guardamos en seguida. Tomamos tres asientos seguidos de luneta, los primeros que se nos depararon, porque tampoco están numerados allí. El teatro no era grande, pero se notaba que la sociedad era bastante escogida. Dió principio la representacion, que consistió en dos *Vaudevilles* alternados entre canto y declamacion como en Francia. Los actores se conocia que ejecutaban con propiedad, gracia y desembarazo, mas para nosotros no pasaba de una pantomima, puesto que la representacion era en holandés, y no podiamos comprender una sola palabra. — «Estando algo, Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego. — Señor, me respondia, lléveme el diablo si hasta ahora he podido entender mas de toda la comedia, sino que hay una dama vestida de hombre, y un amante que rabia de celos, lo cual me indica que los celos son una enfermedad rabiosa hasta en Holanda.»

La pieza debia estar sembrada de chistes, porque de tiempo en tiempo los serios holandeses daban de mano

á su natural gravedad, y reian con toda su alma. Las señoras y caballeros que estaban cerca de nosotros, creyéndonos también holandeses, solian mirarnos como quien desca compartir con otros los goces de una salcómica; yo reia también con ellos sin saber de qué, y Tirabeque lo hacia tan á lo vivo, que logró llamar la atencion con sus risotadas, y luego añadió: «¡qué graciosa es la comedia, mi amo! ¡Como me divierte!» Pero una cosa vino impensadamente á alegrarnos mas que á todos los holandeses juntos; y fue que uno de los aires cantables del Vaudeville era el de nuestra antigua cancion española:

General Santolcildes;
con tus soldados etc.
Trailo, Marica, trailo,
trailo, Marica.

Tirabeque saltaba del asiento, y confieso que á mi también me alegró el diablo de la centinela, tan plebeya como ella es, por el placer de verla adoptada en un pais y en un sitio donde no podia esperarlo. No faltó sin embargo un holandés á quien debió hacer mas gracia que á nosotros, puesto que se puso á acompañar en alta voz á los cantantes, lo cual produjo que un agente de policia lo echará mano y le hiciera salir del teatro con mucha complacencia del público. Yo no sé si en el entusiasmo de aquel hombre tendria mas parte el vinillo que un resto de aficion de los naturales del pais á los aires musicales de los españoles que por allá en otro tiempo anduvieron.

Concluyóse un acto, se bajó el telon, y entonces fué cuando vi la cosa mas nueva y menos usada que en materia de teatros he presenciado. Caláronse todos los sombreros (esto no es nuevo); en seguida cada uno fué sacando su puro ó su pipa (esto ya es nuevo); y comenzaron á fumar de lo lindo (esto es mas nuevo todavía.) Mas de 400 pipas humeaban en el salon; la atmosfera se fue condensando, y las hermanas holandesas sufrían la humarada con una impasibilidad admirable, como quienes á ello estaban muy acostumbradas. Del rigor inexorable del sistema prohibitivo de la Francia en materia de fumar en sociedad, hasta la libertad completa y absoluta que reinaba en aquel teatro de la ciudad mas considerable de Holanda, vean vds. si hay grados de distancia, y si habrá diferencia de costumbres de pueblo á pueblo.

No paró en esto todavía. — ¿Qué es lo que queréis tomar ahora? nos preguntó *Soetens*. — Yo nada, le respondí. — Hariais mal; vos no debeis perder el derecho que os da vuestro billete; no teneis sino entregarle, y pedir (sin que nada os cueste) ó bien un ponche, ó una botella de de cerbeza, ó unas copas, ó lo que mas os acomode. — Bien, le dije, saldremos á tomarlo. — Ah, nó, aquí mismo.»

En efecto, de trecho en trecho entre las mismas lunetas hay unas mesitas de muelle, las cuales se suben, y sobre ellas se sirve lo que pide cada uno á la presentacion del billete, que se entrega definitivamente entonces, sin mas coste que el de los 15 *soas* de entrada. El salon se convirtió instantáneamente en café de confianza; todos fumaban y bebían, y nosotros bebimos y fumamos también, con arreglo al *adum Roma fueris*. Los tres golpes de anuncio de levantar el telon intimaban poner término al refresco; los mozos acudieron á limpiar las mesas, se bajaron estas, se levantó el telon, dió principio el segundo acto, y así continuó poco mas ó menos el resto de la

(1) Este artículo está tomado de los viages de Fr. Gerónimo recientemente publicados y que se hallan de venta en el gabinete literario calle del Principe número 23.

ncion hasta las 11, que salimos muy complacidos de haber visto una novedad teatral.

Idea general de la poblacion.

Eso fué lo que procuramos al dia siguiente, formar una idea de aquella ciudad bajo mil aspectos notabilísima. El amigo *Sootens* no nos pudo acompañar, por tener aquel dia ocupaciones perentorias. El guia ó *comissionaire* que nos tocó no podia ser mas cortado para el objeto: él se las podia apostar á desgarrado al mas desgarrado holandés, pero vive Dios que en punto á andar, cada zancada soya nos hacia á nosotros echar un medio galope: incan-

sable y nada compasivo, nos molió, fatigó y asendereó muy á su sabor, como si se hubiera propuesto decir «¿Queréis ver á AMSTERDAM? Pues yo os haré ver mas AMSTERDAM de lo que deseard pudiérais.» Y lo cumplió á las mil maravillas, pese á nuestras piernas.

AMSTERDAM, ese gran depósito mercantil del Norte, y uno de los primeros del universo, esa gran plaza de mercado del continente europeo, esa ciudad-isla que sostiene relaciones comerciales con todos los pueblos conocidos del globo, está toda fundada sobre estacas en un terreno fangoso mas bajo que el nivel del mar, entre el lago de *Harlem*, el lago mucho mas estenso todavia del *Zuidersee*, y entre los rios *Amstel* é *Yó Wy*: cruzada en su interior por cuatro anchísimos canales que corren paralelos al foso que la circunda, amen de otros mil canales que dividen la po-



Vista del Real Palacio de Amsterdam.

blacion en 95 islas, unidas por 290 puentes de piedra ó de madera, construidos de modo que dejan paso á las embarcaciones, de manera que por las calles de AMSTERDAM andan los buques de arriba á abajo ni mas ni menos que cruzan los coches por las calles de Madrid. ¡Espectáculo nuevo y singular para un español!

Hacíaseme inverosímil y difícil de creer, á mi Fr. Gerundio, eso de que 30,000 casas y multitud de otros vastos y soberbios edificios hubieran de estar fundados sobre estacas clavadas en el cenagoso suelo: mucho mas cuando al entrar en el Palacio Real me decian tambien: «este palacio está sostenido por 13,695 estacas; cuando al visitar el Palacio de la Marina me decian tambien: «18,000 estacas sostienen este edificio.» Pero no tardé en convencerme de la verdad, puesto que yo llegué en ocasion que se estaban echando los cimientos del gran edificio que ha de servir de Bolsa en sustitucion de la antigua: y tube el gusto de ver por mis mismos ojos clavar en el agua las estacas que le habian de servir de cimiento. Eran estas de unos 50 á 60 pies de largas, es decir, eran árboles enteros, é introducíanlas con el auxilio de una maquina manejada por diez ó doce hombres que trabajaban al son de una cantinela del pais cantada á coro, tan pausada como el carácter de sus habitantes, y cuyos compases marcaban los golpes de los operarios.

La existencia de AMSTERDAM es un prodigio diario. Mirada desde la torre del palacio real, se la vé interior y esteriormente como embutida en agua; y lo que es mas, se alcanza á ver el mar del Norte como suspenso sobre toda la Holanda septentrional, amenazando desplomarse sobre ella, tragarla, sumirla, ahogarla bajo el peso de sus flotas. ¿Quién contiene, quien refrena las aguas del amenazante Océano? Los diques, esa obra atrevida de los emprendedores holandeses. Si los diques se rompieran, si descuidaran su esmerado entretenimiento por algunos meses no mas, ¡ay de ellos y de su pais! El mar se lanzaria sobre ellos y se absorveria poblaciones y habitantes. De vida ó de muerte es para ellos el asiduo entretenimiento, la buena conservacion de los diques. Millares de florines consume cada dia; millones y millones de florines invierte cada año la sola ciudad de AMSTERDAM en el entretenimiento y conservacion de los grandes diques.

El que separa las aguas de su puerto consiste en dos líneas de estacadas, á distancia de 80 pies, dejando abiertas para la entrada de los buques 21 embocaduras, que se custodian con mucho cuidado durante la noche, y que constituye al mismo tiempo uno de sus mas deliciosos paseos. La ciudad está circundada de un foso guarnecido de 26 bastiones, cada uno de ellos con un

molino de viento. Y el pueblo tiene la configuración de una herradura, ó mas bien del salon de un coliseo por dentro.

Calles, casas, coches y carros.

Por fortuna el tiempo se habia declarado otra vez en bonanza. Desde el momento que salimos del hotel halló Tirabeque no poco que admirar, y no poco sobre que hacer preguntas, lo cual nos convino muy mucho para conseguir algunas pausas de nuestro sucesivamente andante *comisionaire*.

Quando él vió las de *Amsterdam* (casi todas de ladrillo con su remate en festones), tan altas y supinas, y con mas inclinacion todavia en su parte superior que las de *Rotterdam*, como amenazando desplomarse sobre los transeúntes, « Señor, me dijo, en el medio consiste la virtud. » Y se me plantó en medio de la calle. — Ven aquí, hombre, le decia yo, que bien sé que te ha de gustar ir por estas anchas aceras de ladrillo colocado de plano, por el cual se anda lo mismo que por una sala. — Así será, mi amo, y yo iria por ellas de buena gana, y así podría seguir mejor á este desdichado de *comisionista*, que sin duda se ha figurado que venimos á ganar algun jubileo á *AMSTERDAM*. — Mira, desde aquí se goza todo el efecto que hacen las casas del otro lado, con sus fachadas pintadas al oleo y barnizadas, con sus soberbias ventanas de grandes y clarísimos cristales. — Si señor, que son muy bonitas, y hacen una vista hermosa, pero crea vd. que las veo perfectamente desde el medio de la calle.

« Oiga vd., Sr. *Comisionista* (añadió) hágame vd. el favor de no correr tanto. ¿ Me dirá vd. qué significan aquellas ruedas que se ven en todas las casas casi debajo del alero del tejado? — *Oui, Monsieur; elles son des poultes*. — Que son *pulidas*, ya lo veo yo; pero queria saber qué servicio hacian. — No te ha dicho que sean *pulidas*, hombre, sino *pollas*, trócleas ó garruchas, que servirán para hacer subir á los últimos pisos de las casas lo que sea necesario. — Es verdad, repuso el *comisionaire*; aquí apenas se sube cargamento alguno por las escaleras; todo se hace por medio de esas garruchas, que es mas económico, mas sencillo y mas breve.

« Dígame vd., querido (le pregunté yo despues); no habiendo visto una sola piedra ni grande ni chica en todos los Países-Bajos, y hallando ahora empedradas las calles de *AMSTERDAM*, ¿ se servirá vd. decirme de dónde se trae esta piedra? — Oh! sí, esta piedra se trae de Suecia ó del Luxemburgo. — ¡ Oh diablo! esto será muy costoso. — Al contrario, los buques lo traen de lastres, y cuesta una friolera. En tal caso mas os admirará lo que os voy á decir. ¿ Veis esta poblacion tan numerosa, y tan rodeada y empapada de aguas por dentro y fuera? Pues aquí no hay agua potable. — ¡ Como! ¿ Una poblacion de 220 mil almas no tiene agua que beber! — Absolutamente: en vano el gobierno ha intentado muchas veces hacer venir la de *Utrecht*, que es exquisita. Se rees coge la que se puede de las lluvias en bellas y vastas cisternas: la demás se va á buscar ó bien al pequeño rio *Veelt* distante 2 leguas de aquí, la cual es mediana, ó bien á *Utrecht*, que dista 10, y es mejor; pero la multitud de canales, la facilidad y baratura de los trasportes hace que los muchos artículos de que carecemos los tenemos abundantes y á un precio módico. »

Habiendo esto íbamos por la anchurosa calle de *Heer Gracht*, larga como de media legua, cuando de repente dá Tirabeque un grito de sorpresa diciendo: « Señor, señor, un coche andando sin ruedas! » Así es la verdad. Usan en *AMSTERDAM* una especie de coches sin ruedas (*traineaux*), tirados por uno ó dos

caballos, en que la caja descansa sobre dos varas que van arrastrando por el suelo, y por consecuencia sin hacer oscilacion ni ruido alguno. Son muy comunes en *AMSTERDAM*, pero no podrian usarse donde el empedrado fuese de piedras prominentes como en España, y no planas como allí. Los coches de ruedas se usan poco, y aun antes eran prohibidos, á causa de la poca solidez de terreno, escepto para algunos grandes señores que gozaban de este privilegio.

No menos le admiró á Tirabeque la figura de los carros del país, todos pintaditos de verde y muy limpios, sin timon, y sin que los caballos vayan uncidos á él, sino delante marchando libremente sin el peso del carro. El carretero es el que gobierna con sus mismos pies una especie de timon corvo, con el que dá al carro la direccion que le conviene ó acomoda, lo cual tampoco podría hacerse sino en un terreno como aquél, todo llano y sin la mas pequeña cuesta ni descenso, sin el mas pequeño declive.

Ellas y ellos.

Mucho reparas, Pelegrin, y con mucha detencion observas las hermanitas de este país. — Señor, ¿ qué cosa mas natural en un extranjero? — Y bien, ¿ qué te parecen? — Señor, parecenme bastante bien en lo general y en lo particular, y nunca pensé yo encontrar en una tierra tan pantanosa y tan húmeda unas habitantas tan frescas, tan sanotas, tan coloradas y tan robustas. — No lo son solo ellas, sino que tambien los hombres lo son en general. — Señor, en ellos no he reparado, pero bien podrá ser, porque como dice el refran español: « donde buenas yeguas paren, buenos potros se crian. » — Pleheyo es el refran, Pelegrin, y de estilo en demasia humilde. — En un lego todo está bien, mi amo; cuanto mas que aquí no hay quien me pueda corregir la plana, y lo que importa es que nos entendamos los dos, que pienso habrá vd. entendido bien lo que he querido decir. — Sí, sí, demasiado. »

« Señor ¿ y qué casta de mugeres serán esas que llevan una patena de plata ó de oro en cada sien, y una especie de tirabuzon ó saetrapos del mismo metal, que en otras parece tambien un muelle de acero, como si fuera un muelle de reloj? — Muchas mugeres del país usan ese género de adorno, pero las que mas comunmente le gastan son las Frisonas. — ¿ Las de la tierra de los caballos frisonos? — Eso es, de la *Frisia*, una de las provincias mas septentrionales de Holanda. — Señor, así son ellas tan mugeronas y tan rollizas. — En la *Frisia* todo es de mucha talla, Pelegrin: la raza humana, la de los caballos, la de los carneros, la de las vacas, todo es corpulento, aunque no todo igualmente robusto. »

Seguramente es particular el prendido de las mugeres de los Países-Bajos, especialmente de las Frisonas y de otras provincias limítrofes. Consiste este en una cofia de finísimo lienzo y muy ajustada á la cabeza con un ancho y fino encaje que cae sobre la frente, y unas laminas ó planchas de plata ú oro que pasan formando un semicírculo por detras de la cabeza viniendo á rematar en forma de patenas sobre las sienes y á cuyas estremidades arrancan dos especies de tirabuzones ó sean dos espirales del mismo metal, de los cuales cuelgan dos largos pendientes. Estos adornos suelen costarles 20 ó 30 doblones de nuestra moneda. Y como generalmente son de plata ú oro, y ellas los llevan siempre tan limpios y tan bruñidos, relumbran las cabezas de las holandesas á larga distancia que parece que llevan en ellas dos luceros.

Esto y un zagalejo de percal, con su jubonde guar-

niciones, que bajaban desde la cintura como una cuarta ó media tercia, es el traje comun de las mugeres del pais. Y su aseó en los vestidos guarda perfecta armonía con el aseó de las casas.

Los holandeses con sus anchos pantalones de pana azul, sus sombreros de copa y alas tambien anchas, y su andar pausado y sin gallardía, remedan á algunos mercaderes ambulantes de Galicia y de Castilla la Vieja. Y aun el vestido del dia de fiesta de los paisanos del *Rhynland* y del *Delfland*, con su sombrero de tres picos, su calzon corto con cuatro grandes botones de plata en la pretina, y su chupa de calamaco con espesa botonadura de metal, trae á la memoria mas de cuatro tipos españoles, y representan una página vieja y bien conservada del libro de nuestra antigua dominacion.

Se entiende que se habla de la clase comun del pueblo. Por lo demas las señoras no se distinguen en el gusto y maneras de vestir de las francesas y españolas, sino en el uso de ciertas telas de mayor abrigo; y los diarios de modas de París están tan difundidos entre las familias ricas como lo están para felicidad y ventura de la España entre las nuestras. Los señores holandeses son mas dados á vestir, vivir y comer á la inglesa que á la francesa. En Holanda se ve mas la Inglaterra que la Francia, y aun á mi juicio los holandeses son una media tinta entre los ingleses y los alemanes.

Comercio, industria, y riqueza.

Se ha dicho hace mucho tiempo que los holandeses son los traginantes del comercio marítimo de Europa. Así es y no puede menos de ser; porque los habitantes de un pais donde á veces se suele pagar 40 florines, ó sea mas de media onza española por una libra de uvas, no parecen que se pudran dedicar mucho á cabar viñas. Así pues colocados á la orilla del mar y á la embocadura de grandes rios que penetran en el corazón de la Europa, se han hecho los arrieros del comercio, y con sus buques chatos y barrigudos, tan pesados como ellos, llevan mas cargamento que los de ninguna otra nacion; y esto unido á la facilidad de su maniobra hace que nadie pueda trasportar tan barato como ellos, y se han hecho dueños del cabotaje de toda Europa.

Pues bien; la Holanda es un pais mercantil; AMSTERDAM es el gran mercado de la Holanda, es el puerto de sus puertos, es su emporio comercial, con que bien puede el lector discurrir lo que será AMSTERDAM. Supónese que el ilustre autor de *Telemaco* tenia á la vista el puerto de AMSTERDAM cuando describió este interesante cuadro de la ciudad de Tiro: Yo no podia saciar mis ojos del espectáculo magnífico de aquella gran ciudad donde todo estaba en movimiento. Yo no veia allí como en las ciudades de la Grecia holgazanes y curiosos que acuden á saber noticias á la plaza pública, ó se entretienen en pasar revista á los extranjeros que arriban al puerto (1). Los hombres están ocupados en descargar los buques, en trasportar las mercancías ó en venderlas, en arreglar sus almacenes, ó en ajustar cuentas con los negociantes extranjeros.»

¿Y qué hubiera dicho el hermano Fenelon, si como Fr. Gerundio hubiera visitado el *arsenal de la marina*? Por cierto que el muy reverendo arzobispo francés podia con ser tan mal recibido del conserje como lo fué el menos reverendo fraile español; porque si bien creyéndolos franceses frunció el ceño y se nos mostró no nada

(1) De buena nos libramos con no haberle dado al Sr. Fenelon el antojo de venirse por España en lugar de ir á la Grecia, que sinó, mas cerca habia comparacion.

simpático, cuando le dijimos que éramos españoles no se manifestó mas adicto y devoto; españoles y franceses le hacíamos poquisima gracia, pero al fin, aunque harlo recalcitrante, nos otorgó bruscamente un permiso para visitar el establecimiento.

¡Qué cosa tan vasta y tan magnífica es el *arsenal de la marina* de AMSTERDAM! Aquello es una poblacion entera. Como unos 3000 operarios trabajaban en la construccion de multitud de buques de todas clases y tamaños, entre ellos varias fragatas y un navio de tres puentes y de 95 cañones; la hermosa fragata *Doggersbank* de 60 cañones se iba á botar al agua la semana próxima. El ruido del martillo y de la sierra retumbando en los vientres de aquellas grandes máquinas que dentro de poco tiempo habian de surcar los mares de uno á otro extremo del globo, me hacian recordar tristemente, á mi Fr. Gerundio el inanimado silencio que siete meses antes habia observado en el *arsenal de la Carraca* de Cadiz.

Salimos de allí, y pasamos á ver el *gran depósito mercantil* de AMSTERDAM. Consiste este en dos larguissimas hileras de edificios unidos, á un lado y otro de un ancho canal, en que se depositan los géneros y mercancías de todas las principales ciudades mercantiles del mundo. Cada una de ellas tiene un almacén particular, que se distingue por el nombre de la poblacion escrito sobre la puerta correspondiente. Buscamos las de España, y senos hizo no poco extraño no encontrar á *Barcelona*, mucho mas habiendo visto á *Cadiz* y alguna otra plaza española de comercio. No pudimos averiguar la causa de esta falta. El aspecto de este *gran depósito*, de una estension que se pierde de vista, es tristísimo. El pardo-oscuro de las fachadas de los edificios y el color casi negro de las puertas y ventanas, entristece tanto al observador como alegrará á los dueños la riqueza que dentro de ellos hay encerrada.

Entre los ramos de comercio de esportacion de los holandeses, ademas de los finisimos lienzos, del precioso papel de Holanda, y otros artículos conocidos y sabidos de todos, merece particular mencion la *pescas del arenque*, (1) pues como decia muy bien Voltaire: «la *pescas del arenque*, que parece una cosa de bien poca importancia en la historia del mundo, ha dado á la Holanda marinos intrépidos y temibles, acostumbrados á una vida dura, sobria y activa, á una disciplina severa, y á una grande economía.»

Mas de 2,000 barcos destina sola la ciudad de AMSTERDAM á la *pescas del arenque*: el arte de salarlos y conservarlos fué inventado por un tal *Guillermo Beukels*. Parece que un inventor de salar arenques no debia hacer gran figura entre los hombres célebres; sin embargo la memoria de *Guillermo Beukels*, está en gran veneracion entre los holandeses, y el mismo emperador Carlos V no se desdeñó de visitar la tumba del autor de un descubrimiento que tanta riqueza ha reportado á la Holanda. La noche de San Juan, á las 12 de ella, cuando en España empieza la gente á entregarse á la broma y al jaleo de la verbena, entonces es cuando en Holanda se dá principio cada año á la *pescas del arenque*. En España la noche de San Juan se gasta el dinero en pescar monas, en Holanda se pescan arenques que les valen dinero: cada pais tiene sus usos y costumbres, y cada pais es tan rico ó tan pobre como le lleva el genio, y vamos andando, que mas goza el pobre que se divierte que el rico que cabula y se afana.

Habiamos observado mucho traer y llevar de una parte á otra una especie de herradas de madera barniza-

(1) En uno de los próximos números dedicaremos un artículo con sus correspondientes gravados á dar una idea exacta de las cualidades, *pescas* y preparacion de este pescado.

das de verde por fuera y de blanco por dentro, sin atar lo que en tales vasijas llevaban las mugeres. Al tiempo que íbamos á preguntárselo al *domestique* aparecióse nuestro *M. Soetens*, que nos andaba buscando. Hicimosle la pregunta, y nos respondió que todo lo que en aquellos recipientes veíamos trasportar era leche.— ¡Poder de Dios! esclamó mi Pelegrin, ¡y qué abundancia de leche! ¿Y donde hay vacas para dar tanta leche? —En primer lugar, *Sr. Pelegrin*, las vacas de Holanda dan más leche que las de otros países, tanto que aquí una vaca mantiene una familia; lo cual no solo consiste en los buenos y abundantes pastos, sino también en el esmero é inteligencia con que se las cuida. En segundo lugar, *Sr. Pelegrin*, todos los años traemos de Jutlandia un número considerable de vacas, que engordan en nuestras praderas, y con sus productos constituyen uno de los principales ramos de riqueza del país.

«Y no me dirá vd. *Sr. Soetens*, qué hacen vds. aquí con las vacas para que engorden tanto y den tanta leche?

—Por decontado aquí nunca se las maltrata; jamás ni el pastor ni el labrador las castigan con golpes como en otras partes.—Mire vd. *Sr. Soetens*, eso va en genios; me alegrara que viera vd. las tundas que las sacuden allá en España: allí el pastor ó el mozo de labranza que no tiene fuerzas para romper una buena vara de acebo sobre las costillas del animal no sirve para el oficio. Aquí miman vds. mucho á los animales.—Oh! eso no, lo sabeis bien. Aun se miman mas á las abejas: porque otro de los ramos de la riqueza del país es la educación de las abejas, en lo cual se ocupan muchos cantones de las provincias de Over-Yssel, de la Gueldre, de la Holanda y la Zelandia: y aun la mejor miel es la que se coge aquí cerca de AMSTERDAM. ¿Queréis saber como se trasportan la abejas de una á otra provincia, para proporcionarles el necesario alimento? Como las abejas son enemigas del movimiento y de la inquietud, se conducen las colmenas sobre unas angarillas con muchísimo cuidado y con infinitas precauciones.



Vista interior de la antigua Bolsa de Amsterdam.

«Páreceme, *Sr. Soetens*, que los ramos de riqueza de vds. no valen entre todos ellos un comino. Leche, miel, quesito, algún ganadillo.... en España sin tanto trabajo ni tantos arcamacos cogemos mucho pan, mucho vino, mucho aceite, tenemos muchos rebaños de ganado lanar y vacuno, mucho garbanzo, mucha perdiz, mucho pavo.... aquella es la tierra de Dios, *Sr. Soetens*; allí es el vivir.—Que la España es país mas fértil que el nuestro no os lo negaré yo, *Sr. Tirabeque*, si bien aquí se suplén bien la falta de pan con el arroz y la patata, la del vino con la cerveza, y con el anisete y el curazao, que son muy afamados los de Holanda, y así de lo demás; el arte suple también en mucho á la naturaleza, á él debemos el coger los frutos en un país tan frío como este, con mas anticipación que en otro alguno; y sobre todo, los artículos de que carecemos nos los proporcionamos á poca costa por medio de nuestros buques que nos traen fácilmente las producciones, los artefactos, los objetos todos de necesidad, de comodidad, y aun de lujo de

todos los países del globo. De nada se carece en Holanda: aquí hay todo lo que puede alhagar la sensualidad del rico: vos habeis visto y estais viendo la opulencia que respiran nuestras ciudades: pues bien, las aldeas no son menos ricas respectivamente: un labrador, un artesano holandés disfruta de mas comodidades en su casa, posee un menaje mas decente, goza de un pasar mas seguro que las clases mas regularmente acomodadas de Francia; aquí no hay masas de indigentes como en Inglaterra; un aldeano holandés pasaría en otra parte por un rico particular. Y es que aquí se trabaja sin descanso, se saca todo el partido posible del terreno, y se surca arrojadamente los mares para buscar en el último confin del mundo lo que la naturaleza haya negado á nuestro suelo.»

Ni Tirabeque se atrevió á replicar, ni yo tenía que responder á esto, porque efectivamente veíamos y palpábamos la verdad del razonamiento de *Mr. Soetens*, y lo veíamos y palpábamos no con poca envidia.

Añabulatio.

Ahora bien; apliquemos la Moral de esta historia. ¿Qué parte le toca á la España de la opulenta AMSTERDAM? ¿Dónde están, preguntaba yo, los españoles que deberian acrecer este gran mercado á que concurren los comerciantes de Europa, los de América, del Asia y de la India?

En vano los busqué. En aquella ciudad mercante, que un tiempo fué nuestra como todo el país, ¿ni siquiera tenemos ahora un cónsul! O se le habia hecho retirar por *incesario* ó le habia sido *necesario* retirarse por *desatendido*. No pensamos en la moral de la historia.

Las fieras.

Pasamos por el *Muelle imperial*, por el del *Príncipe* y el de los *Caballeros*, que son los mas anchos y suntuosos. Cruzamos el *Puente de los enamorados* sobre el *Amstel*, de 35 arcos, y como unos 700 pies de longitud. Recostados sobre su barandilla de hierro me decía Tirabeque: «Señor, pareceme que los enamorados holandeses no ban de ser de genio de tirarse al río; tengo para mí que no se ha de contar de muchos que se arrojen de este puente por amores.—¿Y por qué nó? —Señor, porque es tierra esta muy húmeda y muy fria, y calienta poco el Sol. ¿Con qué sabe Dios lo poco que sucede ya de esto allá donde el sol achicharra, cuanto mas...—Vaya, vaya, déjanos ahora de esas materias.»

Seguimos un rato por las frondosas afueras de AMSTERDAM, y luego nos internó otra vez *Soetens*, llevándonos á la historia natural, jardín botánico y casa de fieras. No he visto en parte alguna, creo que incluso el Jardín de plantas de París, una coleccion de fieras mas rica y numerosa, ni mejor atendida y cuidada. Divirtiöse Tirabeque muy á su sabor en los departamentos de los monos, que los habia por centenares de todas castas, familias, figuras y tamaños. Imposible parece que los holandeses sean tan aficionados á monos. El conserje nos avisó que iba á dar de comer á las fieras, por si gustáramos presenciar el espectáculo. Así lo hicimos, teniendo el gusto y el disgusto al mismo tiempo de ver á los tigres y hienas, de que habia tambien no poca abundancia, devorar docenas de cuartos de carneros; que en todas partes, no que en España solo, mantienen los hombres por recreo las fieras danimas, y las alimentan con carnes de animales inocentes, por efecto de la civilizacion que hemos ido alcanzando.

Vimos los animales queridos de Robinson, los *llamas*; el *pelicano*, símbolo del amor maternal que se abre el pecho para alimentar á sus hijos; y por último el departamento de los testáceos y reptiles, donde se hallaban varias especies de galápagos; cocodrilos, salamandras, serpientes-piton ect. todos vivos, y envueltos entre cobertores que juraria ser de nuestras fábricas de Palencia. Estremeciase Tirabeque de ver á las serpientes vibrar sus guijos de tres puntas, recuerdo del *linguis vibrantibus ora* de Virgilio, y asustóse mas cuando vió al conserje rodearse las serpientes á los brazos haciendo de cada uno de ellos un caduceo sin temor de que le picáran, que tanto llegan á familiarizarse los hombres y los animales venenosos á fuerza de trato y comunicacion.

Museo, academias, templos, sociedades.

Salimos de entre las fieras no con poco placer de Tirabeque, en cuyo semblante se notaba un *timeo* qui-

dem, timeo, que no podía disimular, y habiéndonos encontrado con un jóven abogado amigo de *Soetens* y que llegó á hacerse nuestro tambien visitamos todos juntos el *Museo de pinturas*, fundado por Luis Bonaparte, y compuesto de poco mas de 400 cuadros escogidos, casi todos de la escuela holandesa; el *Ateneo*, rico en preciosos manuscritos; la *Academia Real de bellas artes*; la sociedad *Felix Meritis* y otras varias instituciones.

Entramos en seguida en algunos templos protestantes, haciéndome notar en el llamado *Oudekerk* (que es el mayor) á nuestro Felipe II en el trasero firmando el tratado de Munster, por el que reconocia la independencia de las Provincias-Unidas, y renunciaba su derecho á ellas. En la cristaleria de sus ventanas estaban pintadas las armas de todos los Burgomaestres de la ciudad. La *Sinagoga de los judios portugueses*, la mayor y mas bella de todas las sinagogas de Europa; bien que tambien es AMSTERDAM el pueblo en que hay mas judios, pues se acercan á 30.000. El *templo católico* de la calle de *Doelen*, donde se hallaba un sacerdote predicando en alba y estola á un bastante crecido auditorio. Ni una palabra entendiamos sino las pocas que nos tradujeron *Soetens* y el jóven abogado su compañero.

Por la noche nos llevaron nada menos que á dos tertulias; y á fé que en ellas se acreditaron nuestros dos hermanos holandeses de conocedores del país, y de hombres de buen gusto en el trato social, pues en una y otra habia una coleccion de jóvenes señoritas de lo mas escogido que en el extranjero habiamos visto. No era en verdad demasiado brillante el papel que en aquellas sociedades haciamos los españoles, puesto que apenas se encontraba alguna que otra persona con quien pudiéramos entendernos en el mal francés que nosotros hablábamos.

A pesar de todo, Tirabeque tuvo el atrevimiento de hacerme allí mismo proposiciones de alargar nuestra permanencia en AMSTERDAM: por lo que me vi en el caso sino de hacer lo que Mentor hizo con Telémaco en la isla de Calipso, porque allí no habia proporcion de arrojarle al mar, pero sí de anticipar nuestra salida de la última tertulia y de llevarle al dia siguiente fuera de AMSTERDAM.

LA GROENLANDIA.

Esceptuando algunas colonias danesas, fórmas la poblacion de la Groenlandia de una tribu de ese pueblo conocido con el nombre general de Esquimales, que se estiende desde el golfo de S. Lorenzo hasta las estremidades de la Bahía de Bassin. La semejanza de idioma, de costumbres, de trajes y de constitucion fisica pone este hecho fuera de duda.

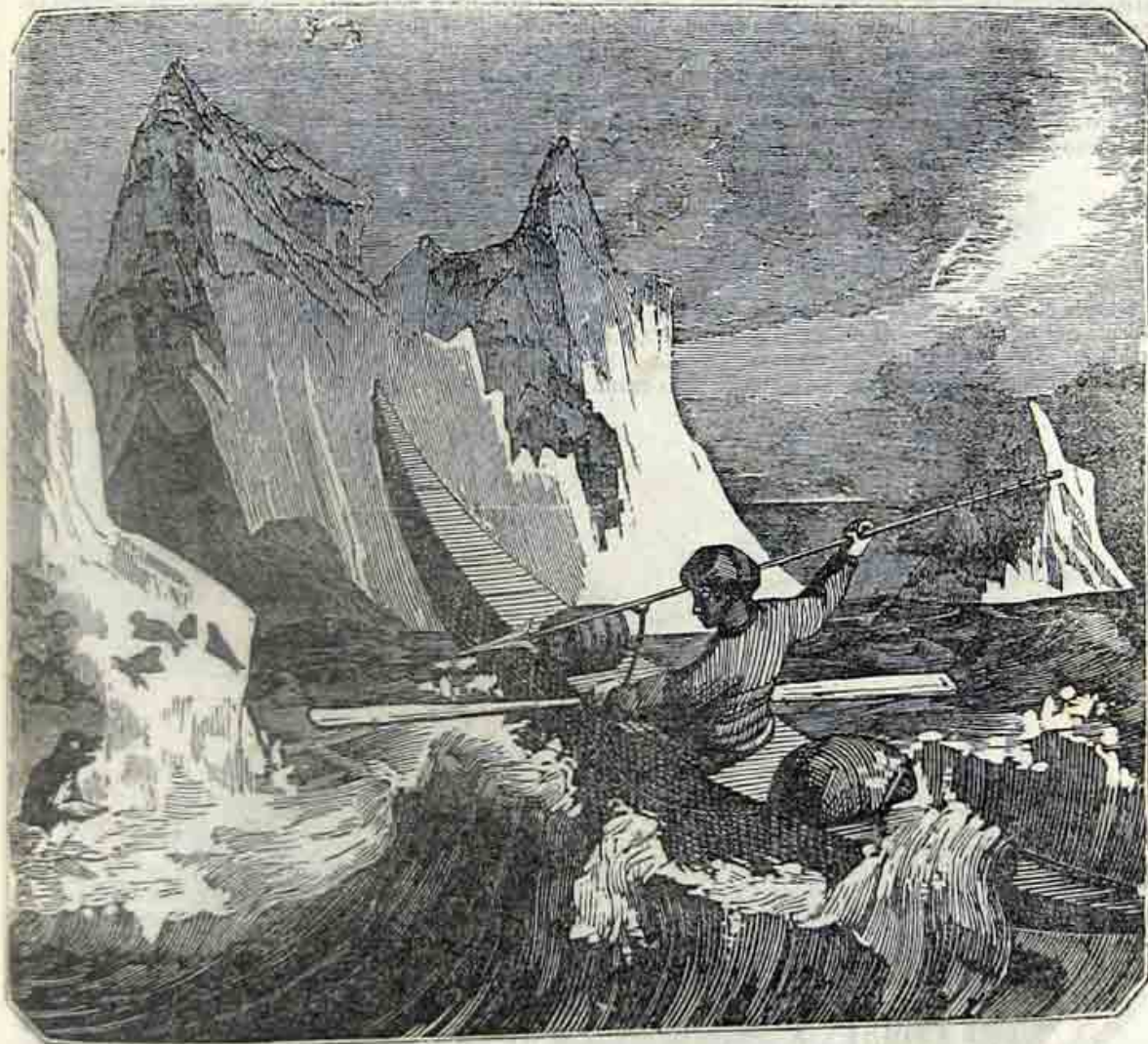
Los Groenlandeses son pequeños; muy pocos tienen mas de cinco pies, y la mayor parte no llegan á esta talla. Sus cabellos son largos y negruzcos; y la barba escasa. Tienen el pecho elevado y anchas espaldas, principalmente las mugeres acostumbradas desde jóvenes á llevar cargas muy pesadas. Son diestros, ágiles y mañosos. De humar festivo y sociable, se curan poco del porvenir. El agua es su bebida ordinaria; la conservan en una vasija de cobre ó de madera primorosamente labrada. Los hombres hacen los instrumentos necesarios para la caza y pesca y preparan las maderas para construir sus barcos que las mugeres cubren con pieles. Estos barcos lijeros y largos son insubmerjibles, pues las pieles que los cubren forman una especie de puente en el que penetra el Groenlandés por un agujero hasta la cintura, teniendo cuidado de atar á su cuerpo los

bordes de este agujero de modo que cierre todo paso al agua. Llevados por estos lijeros barquibuelos arrosan los mas recios temporales y van, con el arpon en una mano y el remo en otra, á atacar aun en medio de los arrecifes y pasos mas difíciles de los mares de hielo, á los bueyes marinos que les suministran los objetos mas necesarios á su existencia.

La carne de estos animales es el principal alimento de los Groenlandeses; su piel sirve para vestirlos y para cubrir sus barcos; los nervios se transforman en hilo;

las vejigas en botellas, la grasa les sirve de manteca y sebo, hasta la sangre misma de este animal es para el Groenlandés una bebida excelente que prefiere al mejor caldo de vaca. En una palabra, el Groenlandés no concibe que se pueda vivir sin bueyes marinos.

Mucho se ha escrito acerca de los bueyes marinos; la mayor parte de los autores los han considerado como desprovistos casi completamente de inteligencia, pero esta asercion es de todo punto errónea. Cuando estos animales ven por la primera vez algun hombre



Groenlandes persiguiendo á los Bueyes marinos.

aproximarse á ellos, no manifiestan temor alguno; permanecen tranquilamente acostados en tierra, aun viendo matar y desollar á sus semejantes. Pero pronto se aperceben de la inminencia del peligro y toman sus medidas de precaucion contra los cazadores. Refugianse en lo alto de las rocas escarpadas ó de algun peñasco, á fin de precipitarse en el mar tan pronto como se apróximase el enemigo. Cuando campan en este lugar, tres ó cuatro de ellos se ponen de centinelas mientras los otros duermen. En cuanto aparece un barco, los centinelas dan la señal de alarma é inmediatamente se pone la trampa en movimiento. Todos se arrojan entre las costras de suerte que á la llegada de la embarcacion

se encuentran debajo del agua, exceptuándose solamente las hembras que están criando. Estas madres valerosas permanecen en la playa para proteger á sus hijos; cuando son atacadas, agarran con los dientes á sus hijuelos por la parte posterior del cuello y se sumergen con ellos en el mar, procurando que sus cabezas queden fuera del agua para que no se ahoguen. A veces permanecen algunos machos al lado de las hembras, y cooperan á la defensa de los hijos hasta perder la última gota de sangre.

Las mugeres en la Groenlandia ejercen los oficios de carnicera, cocinero y zurrador. Despues de haber preparado las pieles hacen vestidos, zapatos, botines y

gorras. Ellas son las que construyen las tiendas y las casas, siendo de albañilería, porque la carpintería pertenece á los hombres. Como los Lapones, tambien los Groenlandeses saben vivir sin molestia en esas miserables chozas durante los inviernos tan rigurosos de aquellas rejiones cercanas al polo. Hasta en el estío tan corto en esos climas, frias y húmedas nieblas cubren las costas y las islas. Basta un soplo de viento norte para traer el frio del invierno en la mitad del estío. Y sin embargo en esta última estacion, la presencia continua del Sol durante tan largo tiempo hace el calor insoportable, principalmente en las gargantas abrigadas por las rocas. Es tal el poder de la costumbre, ó como se dice vulgarmente, el amor de la patria, que el escaso número de Groenlandeses que se han alejado momentáneamente de su pais para visitar las rejiones mas templadas de Europa, se han vuelto inmediatamente al sitio de su nacimiento.

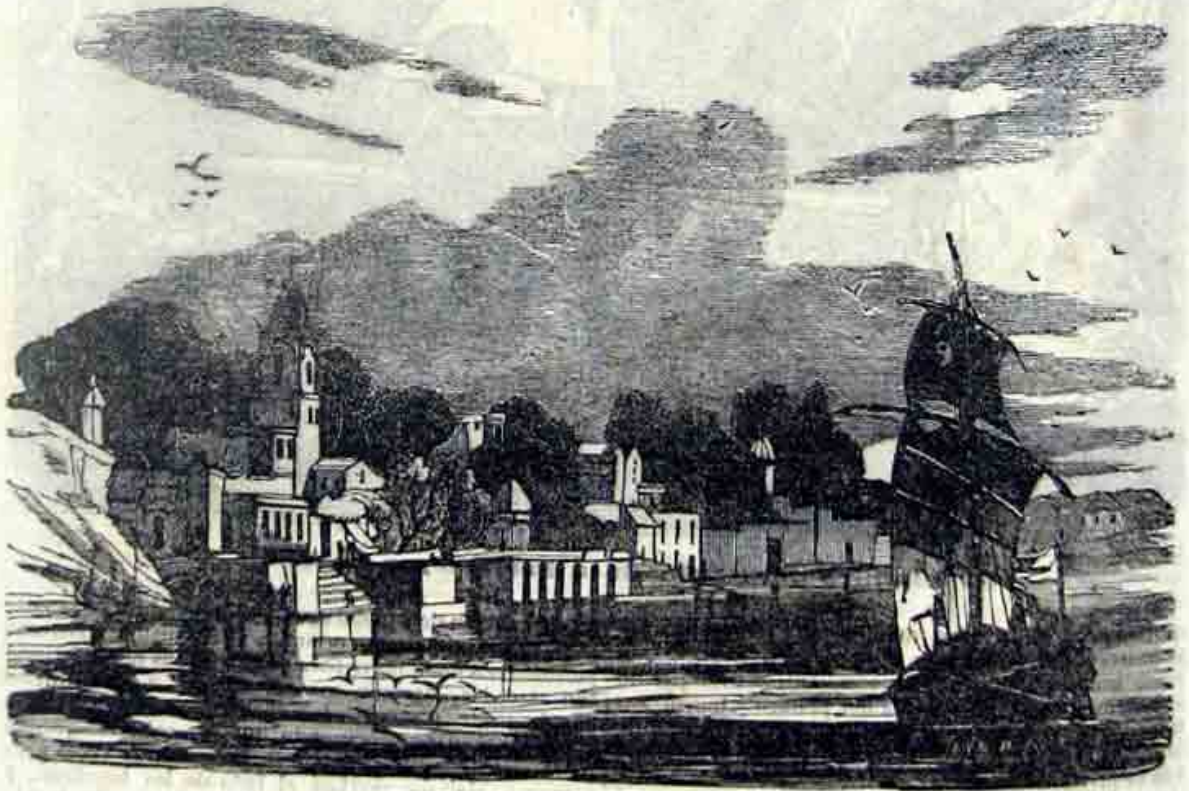
CAWNPORE.

Situada en las márgenes del Ganges á 200 leguas de Calcuta que es hoy la ciudad principal de la India construida en medio de una llanura arenosa, Cawnpore ha recibido poco de la naturaleza, pero mucho de la mano

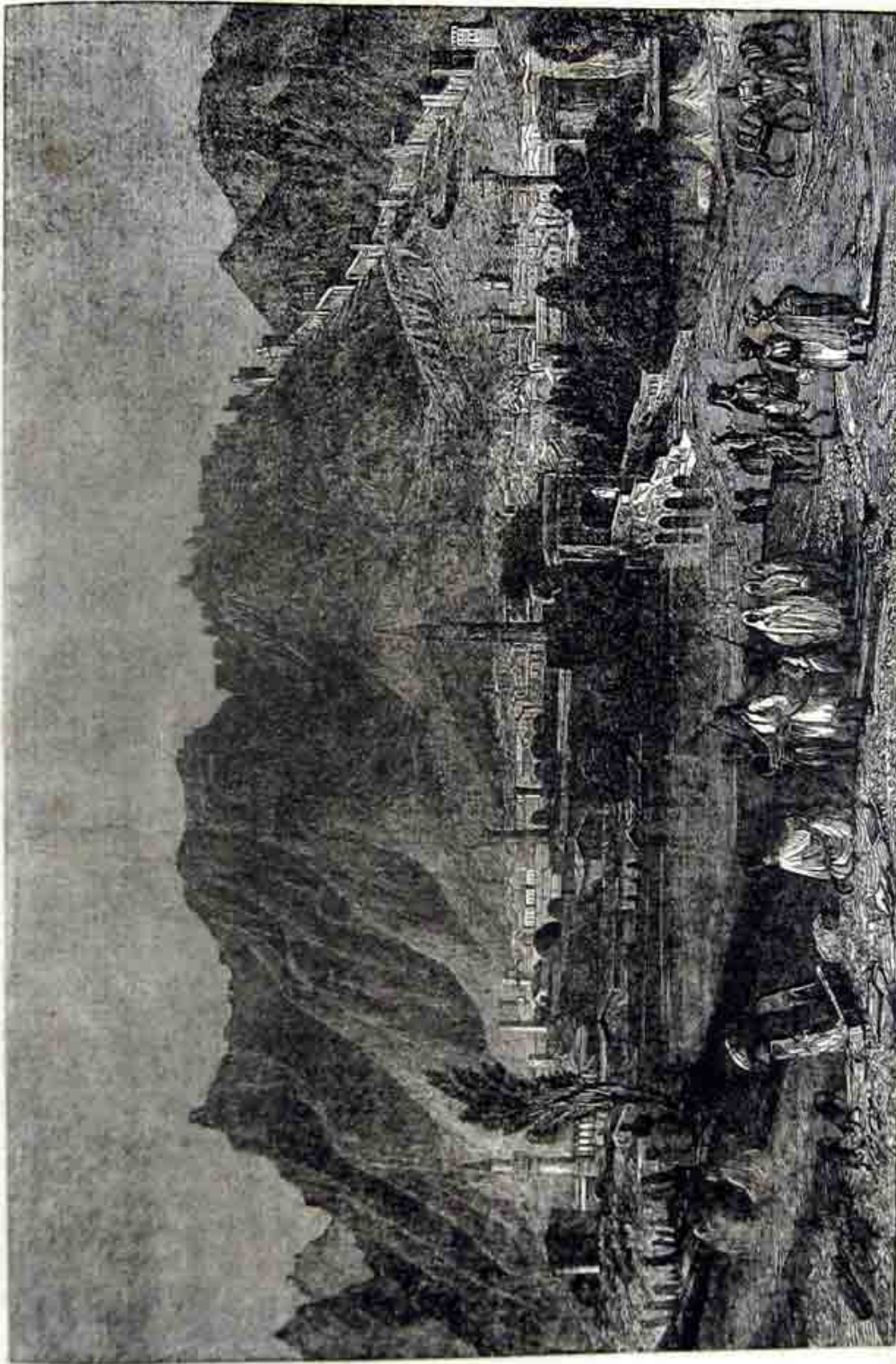
de los hombres, que la han dado el aspecto mas pintoresco. Los *Padocks* ó jardines de que estan rodeadas las casas, son mayores que en la mayor parte de las ciudades de la India y se asemejan á parques, sobre todo en la estacion de las lluvias, en que la tierra se reviste con una alfombra de verdura. Crianse en ella ventajosamente casi todas las legumbres y frutos de Europa, aun en la estacion mas fria; los alberchigos y las uvas poco comunes en el resto de la india, son allí excelentes, asi como las naranjas, las manzanas y los melones.

Las casas de Cawnpore están mal construidas, pero son grandes y cómodas, con todas las precauciones necesarias para preservar á las habitaciones del excesivo calor de aquel ardiente clima. Todas tienen una pieza destinada para baños, elemento indispensable para conservar la salud de sus habitantes.

En el extremo de la plaza de Cawnpore hay una larga calle de árboles que sirve de paseo. Como esta ciudad tiene guarnicion inglesa, el paseo presenta por las tardes, despues de puesto el sol, el aspecto de una poblacion europea. Llénase de carruages de todas formas, en que las mugeres elegantes ostentan las modas de Inglaterra y Francia, mientras que apuestos caballeros cabalgando en hermosos caballos de raza europea ó en el ligero alazan árabe, caracolean al lado del caballo salvaje ó de los *poneys* velludos del pais.



Vista de la ciudad de Cawnpore en la India.



Vista de Antioquia en Siria



MAP OF THE UNITED STATES

ESTUDIOS DE VIAGES.

Antioquia.

Cualesquiera que sean las sensaciones que experimente el alma de un viajero al visitar la Siria moderna, es imposible que el sentimiento que despierte en él mas fuerte y mas vehemente no sea el de una profunda tristeza. En este suelo donde la naturaleza ha hecho tantos esbozos para el hombre, donde la tierra es suficientemente fértil para justificar la espresion de la Escritura cuando habla de la tierra prometida como de un jardín, donde susurran los arroyos de leche y miel, bajo de un cielo en que se respira una atmósfera dulce y agradable con las brisas de la mar, y embalsamado con el perfume de las flores; en un país donde la naturaleza parece haberse complacido en dotarle con toda su poesía y riqueza, es muy doloroso no hallar á cada paso mas que señales de destruccion, ruinas y sepuleros que buella con sus pies el imposible musulmán. Empero si fuerte es esta impresion dolorosa al recorrer toda la estension de tan bella comarca, lo es mucho mas en las cercanias de la célebre Antioquia.

Esta ciudad compuesta de otras cuatro, debió su fundacion á Antígona, y despues fue engrandecida ó mejor dicho reedificada por Selencus Nicator que la dió el nombre de su padre. Está situada próxima á el Oronte y á el Eufrates, y tambien cerca de las villas de Apamea, de Seleucia y de Laodicea. Era la metrópoli de la Asiria y fue mucho tiempo residencia de sus reyes; segun Strabon y todos los geógrafos antiguos sobrepojava en grandura á Alejandria de Egipto y aun á la misma Roma. Resplandecia con todo el brillo de las artes, y la molice de los príncipes asiáticos introdujo los refinamientos del lujo. Bajo el poder de los emperadores romanos acabaron de entorpecerse sus costumbres totalmente. En esta época fue cuando las fiestas celebradas en el monte sagrado de Dafne se hicieron dias de prostitucion. Mas la aurora del cristianismo se elevó radiante en Oriente, y al grito severo y grave de la nueva doctrina, la ciudad de Antioquia á imitacion de los que han consumido su existencia en una vida disipada y licenciosa, y que al verla en riesgo de terminar se encierran arrepentidos en un claustro, se llenó de entusiasmados discipulos, y la sangre de innumerables mártires se vertió en su recinto. Seria imposible describir los rasgos numerosos de sublime heroismo de hombres que abandonaban sus cuerpos á horribles torturas, y sin exhalar un suspiro ni una queja entregaban su vida demandada por sanguinarios tiranos. Un sacrificio como este hay ciertos hombres que serian capaces de soportarle por el honor de una gloriosa resistencia á una opasion opresiva é injusta; pero una muerte tan cruel, con tanto opróbrio y martirio, solo podian tolerarla hombres que detras del verdugo veian sonreír á el ángel que coronaba la corona dispuesta para las nobles victimas.

Mientras el antiguo mundo desaparecia debilitado con la continuada orgia, los bárbaros se esparcieron como un

torrente sobre todas las provincias del imperio romano, y por todas partes no dejaban mas que ruinas que atestiguan su paso. Antioquia no escapó á sus golpes, y entonces comenzó de nuevo la obra de destruccion consumada ya por los mamelucos en 1269. Los fanáticos discipulos del Coran destruyeron mas que los salvages del norte; derribaron hasta la última columna de esta ciudad de palacios, y en lugar de tantos monumentos no edificaron nada, porque estos hombres insociables no necesitaban sobre la tierra mas que un espacio para orar á la salida del sol, y una tumba donde encerrar su cadáver.

En la época de las cruzadas, Antioquia fue el campo de batalla donde brilló el valor de los esforzados y esclarecidos guerreros que lanzaron al grito de *Dios lo quiere*. En este teatro resplandecieron los héroes de la caballeria: Tancredo que reinó en esta ciudad. Ricardo corazon de Leon, Felipe Augusto y Suenon, jóven y príncipe Sueco que sorprendido en una emboscada y rodeado de enemigos se defendió todo un dia, y sucumbió al lado de su amada que combatió tambien como una reina de Amazonas. Emisarios del cielo fueron los que escabaron la tumba que le estaba destinada por lecho nupcial; y por la noche una ráfaga luminosa y brillante, y desprendida de la bóveda celeste indicaba el lugar donde reposaba el héroe. No lejos de sus muros andubo largo tiempo errante un monarca que perdió todos sus valientes en un desfiladero, aplastados por las inmensas rocas que de lo alto rodaban impelidas por los musulmanes, sobre hombres sin medios de defensa. Un dia entero permaneció escondido entre el ramaje de un arbol corpulento, y por la noche aprovechando su oscuridad emprendió el camino de Antioquia, y acudió á llamar á una de las puertas de la ciudad que se hallaba entonces en poder de los cristianos; este rey era Luis VII. Las guerras no contribuyeron poco á la ruina de los monumentos de este pueblo illustre; los cruzados fanáticos y ciegos por su entusiasmo no respetaban demasiado las ciudades conquistadas, y en las crónicas de aquel tiempo se busca en vano noticias y descripciones que excitarian el mayor interés, y que seria tan fácil procurarse en un país rico aun en tantos bellos edificios.

Hoy la famosa Antioquia no es ya mas que una miserable villa conocida con el nombre de Autakith. Contiene aun una poblacion de diez mil habitantes, pero diseminada en los restos de su antiguo recinto que llegó á contener setecientos mil. Una parte de sus murallas y de sus acueductos escapados milagrosamente de las demoliciones de los bárbaros y de los terremotos, son los únicos testimonios que se conservan de su antigua magnificencia. La antigua reina del oriente, despojada de su grandeza, se muestra triste como una virgen que ha perdido su corona, y nadie participa de su dolor sino es el viento de la noche que gime en las ruinas de sus palacios, ó mecendo los cipreses de sus tumbas; y el europeo que visita aquellos países y vuelve la cabeza á la vista de tantas ruinas con el corazon traspasado de dolorosas reflexiones y pensamientos.

ESTUDIOS HISTORICOS.

D. RODRIGO CALDERON

MARQUES DE SIETE IGLESIAS CONDE DE LA OLIVA.

I.

Nació don Rodrigo en la ciudad de Amberes por el año de 1574 cuando España dominaba los estados de Flandes. Su padre, don Francisco Calderon, era capitán del ejército y se distinguió entre los españoles por su valor en los combates y por la hidalguía de su trato.—Su noble figura interesó sobre manera á una doncella alemana, doña María Sandelin, de ilustre familia y hermosa en extremo; pero de su galanteo tuvo un hijo, que fué don Rodrigo, quedando este legitimado luego que se casaron.

A poco tiempo de efectuado el matrimonio falleció doña María su madre, y obtenida licencia real se apartó del servicio su padre don Francisco, regresando á Valladolid con su hijo, de donde era natural y en donde poseía un regular patrimonio.—Aqui se ocupó de facilitarle una educación esmerada; y en efecto correspondió á sus deseos, pues en la universidad, en donde cursaba, sobresalió siempre como un talento privilegiado por su naturaleza.—Contrajo esponsales su padre en segundas nupcias, y no acomodándose bien el genio de don Rodrigo con su madrastra, convino en separarlo de su lado para evitar disgustos de familia: no sin gran sentimiento, pues le amaba con delirio como fruto de sus primeros amores.—Le mandó á Madrid en calidad de paje del Vice-canciller de Aragon. Poco tiempo estuvo con dicho señor, pues luego que don Rodrigo penetró las intrigas y estilos de la corte le pareció que sería mejor servir á don Francisco Rojas de Sandoval, marqués de Denia, á quien el rey Felipe III hizo en 1598 duque de Lerma y su privado, entregándole enteramente el gobierno de estado.

Colocado don Rodrigo en esta casa y viendo á su señor tan favorecido del rey, concibió desde luego felices esperanzas á su porvenir.—Se dedicó por el pronto con el mayor cuidado á conocer el corazón del duque y grangearse su voluntad; como á la noble figura de don Rodrigo le acompañaba un talento claro y una puntualidad sin límites, logró conseguir grande estimación, nombrandole desde luego su paje de bolsa.—Trataba el duque con don Rodrigo algunos asuntos de política y le admiraba ciertamente la prontitud y agudas resoluciones con que este le aconsejaba; de modo que cada día le distinguía mas y se envanecía en llevarlo á su lado.

Aqui se vé á don Rodrigo con el pie levantado para pisar el primer escalon de la fortuna. Esta le fué muy propicia porque le prodigó sus favores á manos llenas; mas luego un tiempo que le volvió la cara y su falta le ocasionó, para su mayor ventura ó desgracia, el trágico fin de su vida.—Su fama póstuma há quedado consignada en la historia; y de la muerte de este hombre tiene origen precisamente el proverbio vulgar de quienes mas orgullo que don Rodrigo en la horea.

Con el aprecio particular que le dispensaba el duque de Lerma se captó tambien la voluntad del monarca: fué nombrado don Rodrigo ayuda de cámara de S. M.—El brillo de este empleo en aquella época dió lugar á que se le conociese entre los cortesanos; y para dar mayor esmalte á su posición social contrajo matrimonio con doña Inés de Vargas, señora de la Oliva, en la provincia de Estremadura. A esta gracia le sucedieron otras: el hábito de Santiago con la encomienda de Ocaña: el título de Castilla de conde de la Oliva y el de capitán de la guardia alemana del rey.—Protegió la fortuna á don Rodrigo con todos estos progresos, y sin cansarse en su veloz carrera le puso por sucesor del conde de Villalonga que desempeñaba el ministerio de estado.—No solo fué nombrado don Rodrigo secretario del despacho de estado, sino que tambien se le confirió al mismo tiempo el ministerio de gracia y justicia, logrando con el acierto de su conducta toda la confianza del rey.

En tan elevado puesto no podia menos don Rodrigo de conocer el servicio que le habia hecho el duque de Lerma.—La privanza de este con el rey empezaba á flaquear por momentos: se le atribuía por sus emulos que vendia la justicia; que no premiaba el mérito, y que el premio se fería al mayor interés.—Por la grandeza se divulgaban estas voces contra el primer ministro para que legasen á oídos del rey; y para librar su persona de la jurisdicción civil cuando descendiese de la gracia pidió, por consejo de don Rodrigo, y obtuvo de su santidad Paulo V el capelo de cardenal. Hizo mas, logró la entrada en los ministerios de su hijo el duque de Uceda y su sobrino el conde de Lemos para afianzar mas su favor con el monarca.—Pero... cosa rara: su mismo hijo que no tenia talento, vicios ni virtudes, le disputó la privanza, y unido con el partido de los nobles trabajó sin cesar hasta derribarle del alto puesto que ocupaba, cuya caída tuvo efecto en 1619.—Todos le abandonaron, menos don Rodrigo, que siempre le sirvió con caballerosidad. El rey Felipe no miraba con gusto en el duque de Lerma el esplendor de la púrpura cardenalicia, y esto hizo que lo recibiera friamente en los despachos.

Por la novedad referida quedó don Rodrigo como el ministro de mas talento, siendo en los negocios de estado su privado unico.—Temia, no obstante, en su conciencia que los tiros se asestarían en adelante contra él por la amistad que le unía con el duque; y porque los contrarios de aquél no cesaban de minar para derribarle tambien de la gracia. Y no era vano su recelo... bien pronto empezaron á esparcir en el pueblo que don Rodrigo adolecía del mismo defecto que su maestro el duque, esto es, que se le habia pegado mucho la avidez de adquirir riquezas.—Como todo podia esperarse de un rey tan variable é indolente como Felipe III, no se descuidó en prevenirse. Hizo, pues, que se les espidiese una real cédula por la que se le declaraba buen ministro y se le absolvía de todo aquello en que hubiese faltado anteriormente; y para conseguirla pretestó al rey que su fin era ponerse en salvo de las asechanzas de sus emulos, pues estos sin mas motivo que verle favorecido de S. M. intentaban su ruina por todos los medios imaginables.—Aquiótese con

esta cédula real y continuando en su privanza se hacia servir y tratar con magestuosa soberania.... El poco caso con que miraba á la grandeza de España: el no devolver visitas á nadie, y el rehusar las audiencias, le dió el nombre de *orgullosa*: nombre que escitó mas la envidia y el deseo de venganza de sus émulo.

Viendo don Francisco Calderon á su hijo elevado sobre los hombros del poder, procuraba con prudentes consejos hacerle presente las vicisitudes humanas.—Entre las muchas reflexiones que le hacia era una de ellas la que sigue:

—Hijo mio, cuanto mas eminentes son las torres, mas espuestas se encuentran á la violencia de un ardiente rayo; procura librarte del rayo de la envidia para que no seas ahogado con el humo.

Estas razones nacidas del amor de un padre que no estaba muy satisfecho de ver subir al hijo como la espuma del mar en los preludios de una gran tormenta, hizo que se resfriase la correspondencia de ambos porque don Rodrigo creia que eran ideas tristes sugeridas por la madrastra á quien aborrecia y negaba como tal.—Murió al fin esta y entonces se trajo á su lado al padre: le hizo dar el hábito de caballero de S. Juan por recomendacion del príncipe Filiberto, gran prior de la orden; tambien la plaza de alcaide de Consuegra; le puso el hábito de Santiago, y le nombró teniente de la guardia Alemana con la encomienda mayor de Aragon, no tanto por la renta, cuanto porque le diesen el tratamiento de señoría.—No queriendo su padre mas empleos se retiró otra vez á Valladolid con bastante temor de la ruina de su hijo porque no escuchaba sus consejos.

Buena será antes de pasar mas adelante; fijar los empleos, mercedes y gracias que obtuvo don Rodrigo Calderon para ser despues degollado en la plaza mayor de Madrid; que leccion para el hombre que se engreie con los favores de la fortuna!

B.

El rey Felipe III le concedió los titulos de Castilla de conde de la Oliva y marqués de Siete-Iglesias.—Le hizo caballero del hábito de Santiago, comendador de Ocaña, capitan de la guardia Alemana, conde de la casa de los reyes de Aragon, secretario del despacho universal de Estado, Hacienda y Gracia y Justicia, oidor de la chancilleria de Valladolid, Alguacil mayor, archivero y alcaide en propiedad de la cárcel real de la misma ciudad, correo mayor, regidor dos veces con voz, voto y primera antigüedad.—Merced de un maravedi en cada buelta de las que se imprimiesen cuyo producto ascendia á 6000 ducados al año: un balcón perpetuo en las casas de ayuntamiento y otro en la casa de comedias: patrono del convento de monjas de Portaceli en dicha ciudad: patrono de la capilla mayor de la Merced de Madrid (hoy es plazuela del Progreso).—Tenia un aposento en el coliseo de la calle de la Cruz: era tambien regidor con voz y voto de Soria y Palencia, y últimamente le estaban consignados los derechos del palo Brasil, cuyo producto anual excedia de 12000 ducados. Se graduaban sus rentas en total por sueldos y mercedes en mas de 200,000 ducados (dos millones doscientos mil reales 70).

Con su genio altanero, pues el mundo le ofrecia campo estrecho á su persona, se hacia servir por sus criados con lujo y magnificencia.—Tenia sin embargo la pretension de ser muy caritativo con todos, valiéndose de los sacerdotes para que distribuyeran limosnas secretas y remediando por sí propio muchas necesidades.—Era generoso y su corazon no abrigaba ideas mezquinas.—Una noche salió disfrazado de su casa, citado por una dama á la que habia solicitado con gran dificultad: para regalar á la misma llevaba un rico bolsillo con 300 duros. Antes de llegar á la casa determinada le salió un hom-

bre al encuentro, y parando su marcha, le dijo:

—Señor, soy un caballero ilustre en sangre, pero tan escaso en bienes de fortuna, que en el dia de hoy no me he desayunado ni he podido hallar remedio á mi desgracia. Le suplico que me socorra con una limosna, pues tengo una hija doncella alimentada con agua solamente: y á no encontrar algun alivio en vos, estoy determinado á permitirle que busque para los dos el preciso sustento... ¡Así Dios le libre de muerte repentina!

Compadecido don Rodrigo con arenga tan tierna le entregó el bolsillo con los 300 doblones diciendole:

—Toma, pero te encargo que cuides mucho á tu hija y nunca des lugar en tu pecho noble á tan impropio pensamiento.

A estas razones le conoció el caballero: le dió las gracias humillándose hasta besarle los pies (pues todo cabia en un noble agradecido). Le despidió por fin con estas palabras.

—Pues que me has conocido, calla y vete con Dios, amigo: no pases necesidades, que no te faltará consuelo en ellas.

Retiróse don Rodrigo á su casa muy contento y muy ageno del intento que llevaba: pensativo sí, meditando sobre aquel suceso, pues consideraba que tal vez le estarían aguardando para quitarle la vida, y que Dios le habia salvado infaliblemente por aquel medio del mal paso que iba resuelto á ejecutar.

El 18 de octubre de 1615 se celebró en Burdeos el matrimonio del príncipe de Asturias (despues Felipe IV.) con la infanta doña Isabel de Francia, y en Burgos el de Luis XIII con la infanta de España doña Ana.—El 9 de noviembre se hizo en el rio Vidasoa el cange de las dos princesas con la mayor magnificencia. Por la corta edad de los novios (pues tenían 11 años) quedó sin ratificar el matrimonio, y cuando se acercó el plazo para festejar públicamente este suceso, hubo en agosto de 1618 funciones reales en la plaza Mayor de Madrid.—Don Rodrigo en el apogeo de toda su grandeza, se presentó al frente de su compañía, como capitan de la guardia Alemana, en un fogoso caballo blanco ricamente enjaezado. Su gallarda figura y aquel lujo oriental llamó la atencion de la real familia: especialmente la grandeza, los nobles y el pueblo que era inmenso, fijaron sus miradas en él... y escitados á una vez por el rayo de la envidia que le predijo su padre, le declararon una guerra sin descanso por el enojo que su orgullo les causara.... El rival que mas enconado se manifestó en su persecucion fué el ambicioso Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, que ya le disputaba en secreto la privanza del rey como gentil-hombre que era del príncipe.—Muy ageno de lo que pasaba en el interior de los espectadores cortesanos, se consideraba don Rodrigo ufano porque todos les respetaban pero el mismo confesó despues que habiéndole asaltado de repente una triste idea le quitó el sosiego en la fiesta, pues su corazon leal le pronosticó anticipadamente el trágico fin que tuvo.—Declaró que en aquel momento se preguntaba á sí mismo.

—Rodrigo, si tan crecido concurso como el que hoy te teme y te venera, te viera mañana sobre un funesto cadalso padecer afrentosa muerte... ¿qué diria de tu fortuna? ¡Tan cierto es que se verifica en estos pasos de la vida humana lo que refieren algunos sábios ponderando la excelencia del corazon del hombre!

Idea fué que dominó á Don Rodrigo cerca de cuatro meses y abatió sobre manera su fantasia: tanto que, pasando las noches casi en vigilia y viendo por otro lado la tela que se le estaba urdiendo por sus contrarios, no vaciló en apartarse de los negocios públicos.—Creia, y discurreria bien, que dejando sus altos empleos y quitándose de la vista de los cortesanos, podria vivir tranquilo en la oscuridad del mundo politico... conjurando de este modo la tempestad cuyo trueno resonaba ya sobre su cabeza.

—Decidido por último á llevar á efecto ns pensamiento, obtuvo una audiencia particular del rey el día 8 de enero de 1619. En ella le presentó su renuncia que decía así:

—«Señor: si el mucho tiempo que sirvo á V. M. con toda lealtad, merece algun aprecio y consideracion; justo será conseguir por premio de mis desvelos el retiro á la vida privada, que tanto anhelo, junto á mi querido padre. Una vez apartado de los negocios del Estado, desistiran mis émulo de poner las continuas asechanzas que en último resultado traerian la ruina infalible de mi persona.—Por esta razon me he decidido á renunciar desde hoy todos mis empleos; y espero confiado que V. M. escuchará benigno el sentimiento de un vasallo fiel, acogiendo su renuncia bajo el manto de la clemencia real.—Tranquilo en mi hogar doméstico, bendeciré desde allí una y mil veces la generosidad de V. M. y pediré sin cesar al Dios supremo por la mayor gloria y prosperidad de V. M.—»

Después de varias esplicaciones verbales quedó convencido el rey, al día siguiente se comunicaron las órdenes exonerando á don Rodrigo de sus cargos públicos.

Este suceso, de por sí muy ruidoso en aquella época, no dejó de ocasionar frecuentes disputas entre sus apasionados (que tenia muchos) y entre sus contrarios.—Quien pretendia que habia caído de la gracia del rey por un hecho desagradable; quien inventaba á su manera motivos que no existian.—Lo cierto es que desde aquel momento sus enemigos, con especialidad el conde-duque de Olivares, redoblaron sus esfuerzos, por la sombra que en todas partes les hiciera, para deshacerse de su persona.... venganza que les tenian jurada de mucho tiempo.—Pusieron en juego cuantos recursos é intrigas les fué posible, y le imputaron cosas propias de la ignorancia del siglo, las cuales corrian de boca en boca hasta que consiguieron alucinar el vulgo y enemistarle con el monarca.

Marchó don Rodrigo á Valladolid, segun se habia propuesto, con su muger y dos niños; pero los amigos que habia dejado en la corte no cesaban de escribirle que se pusiera en salvo porque se trataba, nada menos, que de formarle una causa criminal y que sería victima en su fallo.—Aunque dotado de una alma fria y serena, tanto le ponderaron el peligro que corria, que llegó á temer.... y este miedo le hizo concebir la idea de fugarse á una potencia estrangera. Antes de decidirse consultó sus temores con una monja del convento de Portaceli de Valladolid, conocida por su vida ejemplar.... la preguntó: que debería hacer para libertar su vida y opinion de las iras de un rey irritado, pues tenia en su mano el salvarse con la fuga; y le contestó la religiosa—Que mejor se salvaria estándose quieto.

Sosegose en algun tanto con el dictámen de la monja, y por último se resignó á esperar su buena ó mala suerte en Valladolid, recogiendo no obstante sus papeles y ocultando entre amigos y confidentes las joyas y el dinero que tenia.—Preparado á todo lo que pudiera sobrevenirle, bien pronto conoció los efectos de su error.

III.

El día 20 de febrero de 1619 á las once la mañana, fué preso de orden del rey por don Francisco Ramirez, consejero de Castilla, y puesto con seis guardas de vista en una sala de las casas que llaman del Gordon.—Nombró el rey por jueces de su causa á los consejeros de Castilla don Francisco de Contreras, don Luis Salcedo y don Diego del Corral; y escribano que actuase en ella á Lázaro de los Heros. Inmediatamente descubrieron por pregones todos los papeles, alhajas y dinero que se habian ocultado, cuyo inventario ascen-

dió á una gran riqueza.—Después de muchos dias mudaron á la fortaleza de Santorcaz; pero no creyéndole allí seguro fué trasladado á Madrid. Le depositaron en su misma casa, calle ancha de S. Bernardo, en una sala principal con diez guardas de vista al cuidado de don Manuel de Hinojosa, caballero de Santiago: estaba cerrada la sala dia y noche con un centinela de vista continuo que se remudaba de dos en dos horas, y en las piezas inmediatas se hallaba el resto de la guardia con su gefe. No habia en ella mas que dos velas encendidas sobre un candelabro dorado y no se abria aquel fatal y triste aposento sino para mudar la guardia y entrar la comida y cena cuyos actos precisamente habia de presenciarnos el gefe de ella. Se le servian manjares en abundancia y condelicadeza; pero solo comia lo necesario para vivir.

Durante su prision fué abandonado de todos aquellos á quienes habia colmado de favores.—Solo el cardenal don Gabriel de Trejo, sobrino de la condesa su muger, le visitaba todos los dias y le consolaba en su alieccion. Luego que este hombre supo la desgracia de su tío don Rodrigo, á quien debía su fortuna y amaba tiernamente, dejó á Roma y vino á Madrid con la idea de penetrar en la prision y salvarle; pero fueron en vano los pasos porque sus enemigos no le permitieron la entrada en palacio y después de algunos meses le comunicaron una orden del rey para que se volviese á Roma.—Nadie le hablaba sino el P. Pedrosa, religioso carmelita, que era su confesor, y los letrados y procuradores, aunque siempre á presencia de la guardia.

Con este trato constante siguieron los procedimientos judiciales.... duraron 28 meses desde su prision hasta que se le notificó la primera sentencia. En las causas que se le formaron á la vez, una civil y otra criminal, se le hicieron muchos cargos por el fiscal. Los mas notables fueron los hechizos que decian habia dado á los reyes y demas personas cuyas voluntades se atrajo en su vida pública: los venenos y muertes que se le achacaron principalmente, la de la reina doña Margarita de Austria (1) y en una palabra cuantos asesinatos se cometieron en Madrid durante su mandato: asesinatos que, segun la historia, eran tan comunes como atrasada se encontraba en aquel tiempo la civilizacion.—En cualquier amorio lo primero que se cruzaba por parte del galan era la espada: por una simple mirada se arrojaba el guante, y nadie iba seguro por la calle á las diez de la noche sin ser provocado á un reto, ó recibir una estocada por el caballero enamorado creyendo al otro su embozado rival.

—Por los indicios únicamente que resultaban de la causa determinaron los jueces ponerle en el tormento el dia siete de enero de 1620, tolerando con mucho valor sin declarar el mas leve delito, los rigores de aquella bárbara costumbre.—Nada se omitió, pues le fué aplicada toda la ley. Esto unido á la enfermedad de gota que padecia, le postró en cama, de la cual levantábase muy pocas veces; y cuando lo hacia andaba con dos muletas, vendado el brazo con un tafetan por haberle quedado maltratado del tormento.—Contiguo á la sala donde estaba habia un cuarto que le servia de oratorio al que salia á misa todos los dias (2) acompañado de sus guardas. En otro cuarto inmediato tenian los jueces su tribunal.

(1) Murió el 3 de octubre de 1611 en el Escorial, de sobre parto del infante don Alonso el Caro, llamado así porque costó la vida á su madre.

(2) Se conserva el altar que tuvo. Es una pintura italiana antigua de bastante merito artistico. La tabla principal representa el cenáculo, la portezuela de la izquierda, la anunciacion del angel Gabriel, y la otra la visitacion de la Virgen con Sta. Isabel.

En este mismo año se mandó venir á Madrid, para ser tambien victima de la ambicion de Olivares, á don Pedro Giron, duque de Osuna. Era en este tiempo uno de los mayores políticos del siglo, de ilustracion acreditada y general valiente: habia mostrado siempre mucha fidelidad en el servicio de las armas y un entusiasmo grande por la gloria de su nacion.—Pues este hombre de tanto mérito que desempeñaba el vireynato de Nápoles se le puso tambien en prision en la fortaleza de la Alameda luego que llegó á Madrid, sin poder conseguir nunca que se viera su causa, y se le tuvo encerrado hasta que murió de hidropesia.

El 9 de julio de 1621 se notificaron á don Rodrigo, por el escribano Lázaro de los Heros, dos sentencias; una civil y la otra criminal cuyo testo basta solo leerlo para conocer la parcialidad con que fué juzgado. Decía así.

Sentencia.

En el pleito y causa criminal que con especial comision de S. M. ante nos há pendido: ante el señor licenciado don Garcia Perez de Araciel, de su consejo, por por real cédula hace oficio de fiscal de la una parte; y de otra don Rodrigo Calderon, preso por mandado de S. M., y su procurador en su nombre, fallamos, como á los autos y méritos de este pleito, que debemos declarar y declaramos: que la parte de dicho pleito en cuanto acuzó á dicho don Rodrigo de culpado en la muerte de la magestad de la reina N. Sra. doña Margarita de Austria, y no haber probado la dicha acusacion, damosla por no probada: y en cuanto le acusó de haber dado hechizos y con ellos haber procurado atraer á sí las voluntades del rey y otras personas, de haber dado veneno al R. P. maestro fray Luis de Aliaga, inquisidor general y confesor que fué de S. M.; de haber hecho matar á don Alonso Carvajal, caballero de Santiago, y al P. Cristobal Suarez, de la compañía de Jesus; á Pedro Caballero y Alonso del Camino: y declaramos así mismo no haberlo probado, y absolvamos y damos por libre al dicho don Rodrigo Calderon.

Otro sí: en cuanto le acusó de la prision que hizo á Agustín de Avila, alguacil de corte, y del proceso que contra él fulminó y haberle querido matar en la prision con veneno, y últimamente su muerte y todo lo demas acaecido en ella; y del dicho proceso resultó haber cometido delito de asesinato y muerte alevosa, haber hecho matar á Francisco de la Juara, por mérito del sargento mayor don Juan de Guzman á quien se lo pagó y otras personas, y lo demas que en dicha acusacion se contiene, y haber pervertido el juicio de esta causa con la mucha mano que en todo tenia, que penurias y se trató en esta corte ante los alcaldes de ella, y amenazando y persiguiendo á uno de ellos porque quisiera tratar la averiguacion de dicho delito; y en haber ganado ó impetrado cédula de S. M. de perdon y liberacion de sus delitos por malos medios, damos y declaramos por bien probada, y por la culpa que en ella resulta contra dicho don Rodrigo Calderon le debemos condenar y condenamos á que de la prision en donde está sea sacado en una mula enfrenada y ensillada, y en ella sea conducido por las calles públicas á voz deregonero que publique sus delitos hasta la plaza de pregonero que publique sus delitos hasta la plaza de pregonero; y que en ella sea degollado en un cadalso por la garganta hasta que muera.—Y mas le condenamos al perdimiento de la mitad de sus bienes que aplicamos á la real hacienda; y por esta nuestra sentencia, definitivamente juzgada así lo pronunciamos y mandamos con costas.—El licenciado don Diego del Corral y Arellano.

Por la otra sentencia civil, que contenia 246 cargos de poca monta, le condenaron en 1250 ducados, y le degra-

daron de todos sus oficios, títulos y mercedes; pero sin tomar en boca á sus hijos.

Oyó don Rodrigo con gran valor su sentencia contestando despues al escribano que quedaba enterado. Le volvió en seguida la espalda con su natural orgullo, y dirigiendose á un crucifijo dijo con voz sonora:

—Gran Dios, cúmplase en mi vuestra divina voluntad.

Resignado en la desgracia nunca perdió su genio altivo, aunque demostró públicamente la conformidad cristiana.—Protestó de la inocencia de todo cuanto se le imputaba y por consejo de los abogados apeló de la sentencia... Le señalaron jueces para su vista, pero temiendo su parcialidad los recusó y nombraron otros nuevos.—Despues de mes y medio, en cuyo tiempo no omitió medio el conde-duque de Olivares, que no pusiera en movimiento para inclinar al rey á que se llevase á efecto la sentencia, declararon los jueces:

—Que respecto á la condena civil se le perdonarán los 1250 ducados que le habia impuesto al acusado; pero que en cuanto á la sentencia criminal no habia lugar á la súplica.

Recibió esta noticia con mas serenidad en la apariencia que la vez primera y conoció desde luego en su talento precóz que no habia remedio humano para él pues estaba designado para victima de sus contrarios.—Apelaron de nuevo los procuradores, y en revista mandaron ejecutar la sentencia de muerte, sin embargo de suplicacion de la primera sentencia.—Esto sucedió el lunes 18 de octubre de 1621 á los treinta y dos meses de su prision.

IV.

Desde las tres de la tarde del mismo dia 18 de octubre dieron ya licencia para que le visitasen doce religiosos; y don Rodrigo se fué disponiendo con gran fervor para morir.—Dormia en un catre de damasco azul guarnecido de oro y plata, y desde este dia durmió sobre un colchon en el suelo con sola una almoadá, sin desnudarse y sin mas ropa que su capa.—Tenia una sobre-mesa de cuero. Aunque le servian delicados manjares comia muy poco porque los mandaba repartir á los pobres. Pasaba lo mas de las noches en oracion mental: por el dia se ocupaba en leer libros devotos, en particular las obras de santa Teresa.—En el delirio de su fatal destino, hizo cuanto pudiera hacer el criminal mas arrepentido. No cesaba de implorar la misericordia de Dios, ya que en los hombres no encontraba la justicia: se llenó el cuerpo de cilicios llevando en el pecho una cruz de puntas aceradas.—Tanto se espiritualizó aquel hombre que edificaba su ejemplo, asegurando su confesor que tuvo que reprenderle tanta aspereza y negarle la autorizacion que le pidió para publicar por las calles el dia de su muerte las fragilidades humanas. Tan poco se le daba ya de los respetos del mundo, menos el honor que pretendia conservarlo ileso siempre.

Martes á media noche 19 de octubre, sin que nadie lo llegase á penetrar, fué á llevarle la nueva de su muerte el P. Pedrosa, religioso carmelita.—Hallóle de rodillas en oracion, y preguntándole don Rodrigo ¿que á qué venia? le contestó el padre:—

—A pasar con V. S. la noche.

Entraron despues á conversar acerca de los gustos de la vida del hombre; y el P. tomó el tema de aqui con bastante sabiduría, haciéndole comparaciones concluyentes de las glorias mundanas con las glorias eternas.—Don Rodrigo afectado por una exortacion de esta naturaleza dijo.

—Pues bien, padre mio, deseo con ansia sacrificar á Dios mi vida, y muchas mas que tuviera, por mis enemigos á quienes perdona mi corazon porque no conoce la protervia.

Conociendo el P. lo preparado que estaba le declaró: que á la mañana siguiente vendria Dios á darle gracias por su buen propósito, pues necesariamente tenia que emprender el viaje largo el jueves sin falta.

Ninguna duda le quedó ya del enigma de su fatal destino, y le contestó friamente.

—Tan ageno estoy, padre mio, de sentir mi muerte que me confieso muy agradecido por la noticia que me comunica y por el favor que me hace en acompañarme, animando mi espíritu con su elocuencia cristiana en tan duro y penoso trance.

Estas y otras razones, decia, mezcladas en lágrimas y afectuosos abrazos de agradecimiento, propios de su heroica constancia. Puesto de rodillas con el crucifijo en las manos hizo un fervoroso acto de contrición, compuesto por él mismo, dando gracias á Dios porque le concedió tiempo para llorar sus culpas. Despues le propuso el P. Pedrosa los premios que Dios ofrece á los que saben aprovecharse de los trabajos que en esta vida se padecen por su amor; y en esta plática se pasó el resto de la noche, dirigida siempre á la preparacion para la muerte.

En la mañana del dia 20, despues de reconciliarse, tomó la comunión al celebrar el sacrificio de la misa en el oratorio. En sus afectos de fé decia:

—Señor, pues hoy venis á mi seno despojado de toda vuestra grandeza, vaya yo mañana á vos dignamente.

Concluida la misa se puso á rezar el oficio de difuntos y el de la Virgen, segun tenia costumbre todos los dias por espacio de 6 años antes de su muerte. La virtud de la caridad la acreditó con las muchas limosnas que repartia, aun estando en la prision, y con las obras pias que dejó fundadas, como son, la capilla que á su costa labró en el Carmen descalzo de esta corte dedicada á santa Teresa de Jesus: la iglesia que se halla en el desierto de las Batuecas en la que se celebraban todos los dias dos misas por su alma, y doce en el monasterio de Portaceli de Valladolid por las del Purgatorio en general.—Despues que salió del oratorio, en virtud de la licencia que le comunicaron del rey, hizo testamento de 2.000 ducados, disponiendo algunas cosas en beneficio de su alma, y mandando que se le enterrase en el Carmen descalzo, debajo del altar de santa Teresa.

A las 2 de la tarde del mismo dia 20 de octubre, ignorante el pueblo de Madrid de esta novedad, se empezó á desembarazar la plaza mayor. Se levantó el cadalso á las 10 de la noche con orden espresa de que habia de estar concluido á las 2 de la mañana: dispusieron los jueces tenerlo oculto al pueblo para evitar el concurso, y tal vez temerosos de algun alboroto, pues aunque don Rodrigo tenia muchos émulos, eran mas sus apasionados. Y no se dudaba que era tan grande la compasion de las gentes en este dia que si por dinero se hubiera podido conseguir su libertad, le habrian pesado por oro algunos de sus mismos enemigos.

Toda la noche la pasó con los doce religiosos que le asistieron conversando tranquilamente. Por la mañana del último dia de su vida entró un carmelita á entregarle la memoria de las mandas que ofrecian á Dios las monjas de su religion. La recibió con alegría, y nada se hablaba á que no contestase con tanta serenidad de ánimo como si estuviera fuera del lance riguroso en que se hallaba, obrando en todo con la urbanidad propia de caballero.

Sin embargo de la grandeza de alma que aparentaba don Rodrigo no dejaba por eso de tener sentimientos que partian el corazon de los que le escuchaban. Con los ojos arrasados de agua, y encarandose en su confesor, le dijo:

—Padre mio... á mi me han quitado la hacienda, la honra, los hijos... en el dia me quitarán la vida. Siento en el alma no dejarles para subsistir independientes de

todo gobierno; pero bastante les dejo con el ejemplo de mi tragedia.—Verdad es que Jesus no sintió la muerte sino lo poco que los hombres siguen su ejemplo.

Concluido este discurso pidió recado de escribir y con la mayor calma escribió en efecto una carta á su anciano padre, que entregó al P. Pedrosa, con encargo de que la pusiera en el correo. El texto literal de la enunciada carta era el siguiente:

Padre y Señor mio: no creo que las noticias tristes que por esta doy á V. S. le asusten, segun lo que tengo comunicado en mis anteriores. Triunfó la emulacion, pero con tan siniestro designio, que, habiendo sido su fin el perderme, me han ganado pues me aseguran lo principal que es mi salvacion, segun la confianza que tengo en la divina misericordia.—En la revista se me ha confirmado la sentencia de muerte, que padecere hoy tan gustoso porque deseo por instantes ofrecer la garganta al cuchillo y derramar mi sangre por el mismo salvador del hombre que tan libera mente la derramó por mí... y por que así place á la justicia del rey mi señor.—Mucho me dilato y el tiempo es corto para lo que tengo que suplicar á V. S.—Lo primero que este quebranto lo sacrifique y ofrezca á Dios para que me sirva de gloria ó alivio en el Purgatorio: que me encomiende V. S. á Dios y me dirija su bendicion; y que reciba en su benigna proteccion á su hija y nietos, mi muger é hijos, amadas prendas de mi corazon; pues ya no les queda otro padre en quien confiar.—Aunque me veo en este lance sin el consuelo de V. S. puedo decir: pater meus, tu quare me reliquiste me?—El mismo señor que dijo estas palabras me conceda ver á V. S. en la gloria; y en esta vida, ya que la mia es corta, me le guarde muchos años en su santa gracia, y le libre de émulos para amparo de sus nietos.—A Dios, padre mio.—Madrid 21 de octubre de 1621.

RODRIGO.

Pidió en seguida el vestido con que habia de morir, que era una sotana larga, y viendo que tenia esta cuchillo pidió unas tijeras. Se lo cortó por sus propias manos ayudándole uno de los guardas en esta operacion haciendo al mismo tiempo.

—Debo ir escotado para que el verdugo pueda hacer su oficio sin estorbos.

Púsosele, mas como advirtiese que no llevaba la cruz de Santiago le dijo su confesor.

—Asi ha de ir V. S. porque es orden.

Cumplase la orden, respondió, pero venga mi capa en la que tengo el hábito y me la pondré sobre la sotana. Luego se armó las espuelas, y de este modo entró en el oratorio, oyó misa y recibió por última vez el pan de los angeles.

Eran las 10 de la mañana cuando llegó don Pedro Mansilla, alcalde de corte, con sesenta alguaciles á caballo y treinta de á pie. Dió las últimas órdenes y dispuso que le sacasen á las once en punto. Poco antes de la ora marcada entró el P. Pedrosa al oratorio en donde estaba don Rodrigo y le dijo:

—Señor, ya dicen que Dios nos llama, y que es hora de ir á buscarle al punto.

Besó la tierra y contestó á su confesor.

—Padre mio, muy flaco me siento de cuerpo y alma.

—Confianza en Dios y gran fervor, señor, le dijo el P., que nunca se há necesitado mas que en esta ocasion.

Pidió un vaso de agua y despues manifestó en algun modo el sentimiento que tenia de ir por las calles públicas, pues se le hacia muy largo el plazo de verse en el cadalso.

Entró á despedirse del alcalde Mansilla, que era amigo suyo: se adelantó este á recibirle á la mitad de la sala; se estrecharon las manos y le rogó que mirase

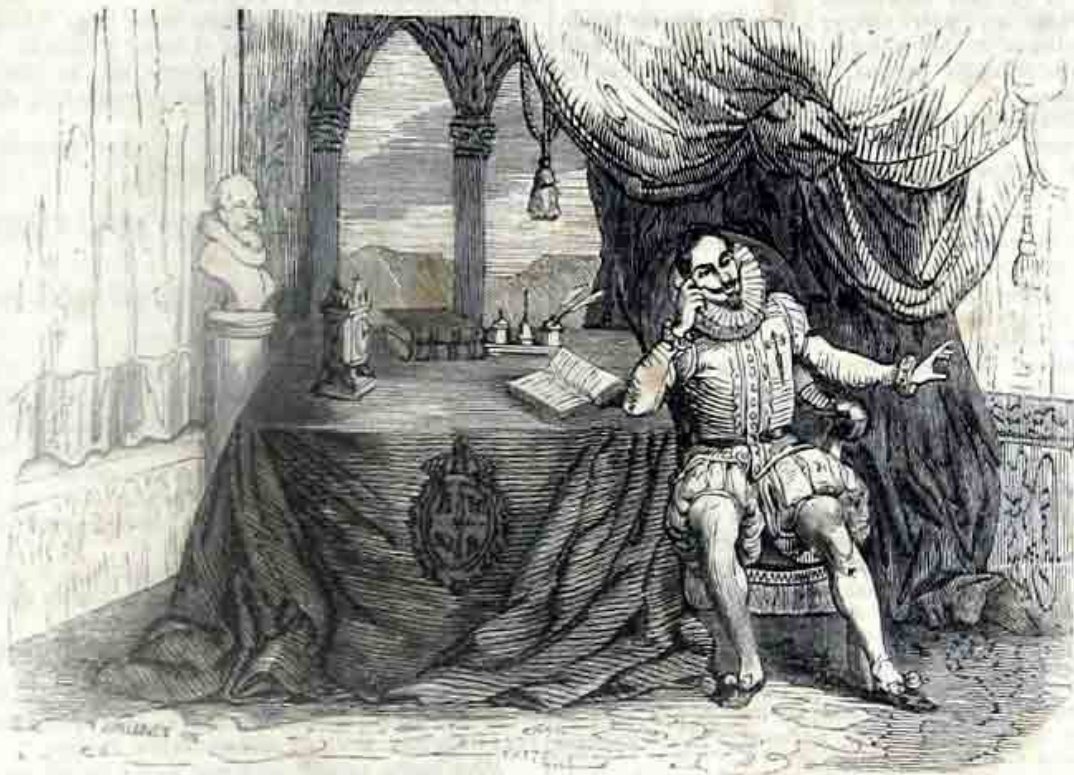
con compasión á su infeliz muger y desgraciados hijos. Un abrazo fué la despedida para siempre de estos dos amigos.....escena tan tierna no pudo menos de hacer derramar lágrimas á los que la presenciaron porque el heroísmo y constancia de *don Rodrigo* movía la compasión. El valido del rey que tanto habia mandado, reducido á ser la curiosidad del pueblo de Madrid!

Un inmenso gentío discurría por las calles: en los balcones, ventanas y tejados de la carrera se apiñaban los curiosos espectadores. Las bocas-calles cerradas y obstruidas por los coches..... las tiendas todas cerradas. El bullicio del concurso con la seriedad del acto, pues hasta el cielo se presentó nublado, hacia un contraste bien extraño por cierto.

Llevaba el cuello suelto hasta los hombros, su cabeza erguida y la barba hasta el pecho, pues no se la quitó en todo el tiempo que duró su prision.—Con aspecto noble y sereno consolaba carinosamente á cuantos se lamentaban de su desgracia, diciéndoles.

Que les agradecía su compasión, siendo el único obsequio que podían hacerle, encomendarle á Dios, pues que le llamaba este y cumplía su santa voluntad en obedecerle.

Se despejó la escalera y el portal de la casa, aguardándole en la calle los ministros de á pie y á caballo con los cristos de la cofradía de los ajusticiados. Bajó con valor admirable y al pie del último escalon estaba una hermosa mula de su caballeriza ricamente enfiernada y ensillada. Aquí se compuso airosamente la ro-



D. Rodrigo Calderon en la prision.

pe. puso el pie en el estribo, teniendo el otro el verdugo, y con la rienda en la mano montó con tanto desembarazo como si fuera á fiestas: luego se compuso el espuz echándole sobre el hombro porque no fuera con desaire, y tomando el cristo lo besó tres veces.— En esto fue el verdugo para atarle las piernas con una cinta.—Viendo esto *don Rodrigo*, le dijo:

—No me aies, amigo, que no me escaparé, pues ya se que voy á morir:—

Sonéguese V. S. que es órden, le contestó el P. Pedroso.—Pues si es órden, ata, amigo, respondió *don Rodrigo*.

Puesto á caballo, que eran las once en punto empezó á marchar al cadalso sin perder el color ni mostrar flaqueza, mirando la muchalumbre del pueblo que le esperaba, pues no podían los ministros abrir paso á la mula.—Levantó los ojos al cielo y ofreció á Dios con mucho espíritu al primer paso de su afrenta...era

tanto el concurso que estuvo detenido mas de un cuarto de hora.—Caminaba por la calle ancha de san Bernardo, rodeado de religiosos y con el crucifijo en la mano derecha y las riendas de la mula en la izquierda: lastimado el pueblo decia á gritos.

—Dios te perdone: Dios te dé valor: Dios te dé buena muerte.

Y mirando *don Rodrigo*, respondía á todos.

—Asi sea.—Dios os lo pague.—Voy á cumplir la voluntad del rey del cielo y de la tierra.

En la plazuela de santo Domingo se dió el primer pregon, que fué leyendo á voces el pregonero, lo siguiente:

—Esta es la justicia que el rey N. S. manda hacer en este hombre porque hizo matar á otro, asesinando aleyosamente. Y condenado en sentencia le mandan degollar.—¡Quien tal hizo que tal pague!

Ordenóse que no pidieran limosna pública, y que

las campanillas de las cofradías y el pregonero fuesen muy adelante para que no se perturbase á don Rodrigo. —No faltaban temores de alguna desgracia ó tumulto por los muchos apasionados que tenia y por la lástima que causaba su trágico fin.

Por esta razon habia guardias en las bocas-calles á fin de evitar la confusion de coches. Mientras se publicaba el pregon se detuvo el acompañamiento, y en este descanso dijo al confesor.

—Padre mio, esto no es ir afrentado sino en triunfo.

—Dice V. S. bien, le contestó el padre, pues Dios le espera en la plaza mayor con los cielos rasgados para arrebatár su alma y colocarla en las esferas celestes.— Luego pasó por el convento de monjas de los Angeles (1) y lo llevaron por delante de la casa de don Luis Salcedo, consejero de Castilla; y continuando la carrera miró á su confesor diciéndole.

—Padre mio ¿podré ofrecer á Dios el haberme traído por las casas de mis injustos jueces?—Pues en esto imitaré al Salvador porque lo mismo hicieron con él los fariseos.

—Esta bien.... que V. S. se lo ofrezca, le contestó el P.—pero no se me divierta con cosas tan pueriles.

Esto prueba el ánimo y entereza que llevaba don Rodrigo pues atendia vigilante á su hora, y se acordaba, no obstante de que el viaje al cadalso enagena al hombre de mas valor, de haber pasado por las casas de don Diego del Corral y don Francisco de Contreras, que habian sido sus jueces; pasándole despues por la de don Alonso Calzada, juez que le señalaron para la revista.

Continuó su carrera por la plazuela de santa Catalina de los Donados, y al atravesar el arroyo del arrenal para entrar en la calle de las Fuentes, dijeron unas mujeres en alta voz.

—¡Dios vaya contigo y te perdone tus culpas.

A lo que respondió con los ojos fijos en el santo Cristo.

—¡Mi Dios! por la sangre preciosa que derramásteis en la cruz haced lo que pide vuestro pueblo.

Luego subió por la plazuela de Herradores, calle Mayor y al avistar la plaza rehusó entrar por la calle de la Amargura (hoy del 7 de julio) que era por donde pasaban todos los reos. Con este motivo dijo:

Yo no soy criminal ni traidor al rey; soy un caballero que vá á sacrificar la vida por la envidia de sus emulos; por consiguiente quiero entrar por la calle de Boteros (hoy de la Milicia nacional). Hincó espuela á la mula y se dirigió por allí.

Llegó al cadalso, que se hallaba puesto en la acera del medio día de la plaza, se desmontó con arrogancia y arrojándose á una contrabaya, se recogió el capuz sobre el hombro derecho. Subió seis gradas por sí solo en donde le esperaba el P. Pedrosa y así que le vió mostró tanto regocijo que se echó á reír alargándole la mano para subir el resto de la escalera.

Como encontrase don Rodrigo el patíbulo sin luto, dijo al padre.

¿Porqué se halla este cadalso sin luto?

—Señor, le contestó el P., hasta las diez estuvo enlutado segun estilo para todos los nobles; pero llegó órden de que se quitase, dejando cubierta únicamente la silla. En lo demas yo respondo de que se degollará á V. S. por delante como á buen caballero y fiel ministro del rey. Conviene sin embargo no distraerse, pues la hora se acerca y el diablo anda muy listo.

Rodeado por los doce religiosos que le acompañaban, manifestó su deseo de descansar un poco.—Todos se arrodillaron para recomendarle el alma: rezó el misere-re, el credo en latin y la letania de la Virgen, todo sin

(1) Está derribado en 1838.

la menor turbacion.—Concluido el acto, dijo al padre:

—Estoy muy contento porque se ejecute en todo la voluntad del Señor: bueno será reconciliarme antes de morir para que vuestra paternidad me aplique la bula que aqui traigo (la sacó del pecho) entregándola con su fé de bautismo y la protestacion de la fé.

Hízolo así, y despues de recibir la bendicion, besando la mano del confesor, se levantó y se fué á sentar en la fatal silla.—Al sentarse se mejoró de postura, volviéndose á levantar para arreglarse la ropa. Se echó el capuz atrás y preguntó al verdugo:

—¿Estoy bien, amigo?

—Si señor, respondió el verdugo, y perdóneme V. S. por amor de Dios, pues soy mandado.

—Si, amigo de mi alma, le contestó abrazándole cariñosamente.

Prosiguiendo en actos de contricion para el fin de su vida le manifestó el P. Pedrosa.

—Ea, señor, esta es la última hora: llegó el fin de la batalla; necesario es conservar el ánimo y valentia.

—Nunca, padre mio, le contestó, me he visto mas contento y animoso, pues veo tan próximo el fin de mis trabajos.

Llegó el verdugo para atarle los pies: entonces don Rodrigo se volvió á él preguntándole:

¿Qué haces, amigo?

Contestáronle los padres que era estilo, y respondió á esta razon:

—Pues haz tu oficio.

Le ató los brazos á los de la silla que ofreció prontamente diciendo:

—Ata....

Y habiendo concluido la operacion le exigió al verdugo que le abrazase dándole al mismo tiempo el beso de paz en el carrillo izquierdo.—Tambien sugeté el cuerpo á la silla con una cinta de colonia negra muy ancha y estando en la operacion le habló su confesor así:

—Señor, tambien ataron á Jesucristo.... con cuya idea feliz empezó á conmemorar la sagrada pasion con vivos afectos de fuego de amor divino.

—Si has acabado, le dijo al verdugo, alza el capuz y quitame una banda que traigo al cuello, que es para que me vendas con ella los ojos.

—Quitósele en efecto el verdugo, le tapó los ojos y le desabotonó la camisa poniendo el cuello á un lado. Como era preciso al vendarlos atar el tafetan por detras creyó que iba á degollarse como traidor, y con una viveza impropia de aquel penoso trance, le dijo:

¿Qué haces, amigo, mira que no ha de ser por ahí? Hasta en el lance fatal vigilaba por la honra de sus hijos, y para que estuviera tranquilo le volvió á asegurar el P. Pedrosa.

—Que seria por delante.

Luego que tuvo vendados los ojos, al dar el reloj los dos se hizo la acostumbrada señal con un lienzo blanco, y entonces su confesor con eficaz espíritu le dijo:

—Señor, diga V. S. por tres veces Jesus.

Lo repitió don Rodrigo fervoroso... pero al mismo tiempo de pronunciar la tercera echó el verdugo el cuchillo á la garganta.... y aseguraron despues los religiosos, que fué tan excesivo su valor y estuvo tan en Dios, que le oyeron pronunciar despues de degollado la dulce palabra de.... ¡Jesus!

Ocasionó su muerte entre las jentes del pueblo una confusa griteria, pues todos, hasta sus mismos emulos, explicaban con las lagrimas en los ojos el sentimiento de la desgracia de don Rodrigo..... manifestando por último el P. Pedrosa desde el cadalso en la plática de costumbre.

—Que el alma habia volado al cielo porque no habia conocido hombre que muriese con mejor disposicion.

En seguida se publicó el pregon para que ninguno quitase de allí el cadaver ... pena de la vida el que lo contrario hiciese. El verdugo y el mullidor de la cofradía, le desataron de la silla, tendiendo el cuerpo sobre un paño negro, apoyándole la cabeza con el rostro descubierto en dos cogines de terciopelo, y poniéndole una cruz encima del pecho. Cuatro blandones con achas de cera amarilla, lucian en las esquinas del patíbulo.

Así permaneció hasta cerca del anochecer, visitado de todas las religiones de Madrid y un inmenso pueblo que iba á rezarle. Todos los señores mandaron decir misas por su alma mientras duró la justicia.

Por el conde de Luna y el de Benavente se convido para el entierro á los grandes, títulos y cofradías de la corte; pero no tuvo efecto este aparato porque llegó una orden del rey prohibiendo la pompa y mandando que le llevasen sin clamor de campanas, con solo la cruz de la parroquia, seis clérigos sin candelas y seis religiosos de san Juan de Dios. Estaba la capilla mayor del Carmen descalzo toda enlutada. También fué orden disponiendo que todo se quitase, y al momento se ejecutó, excitando este proceder mucho mas la compasión pública al verle enterrar sin grandeza.... ¡hasta allí no le dejó la saña de sus contrarios!

El dos de diciembre siguiente, previo real permiso, se celebraron en dicha iglesia sus honras con mucha solemnidad. Asistió toda la grandeza y se puso el hábito de caballero de Santiago encima de la tumba.

Se libró mandamiento de ejecución contra los bienes de don Rodrigo por 2.601,031 maravedises de costas (76,645 reales); igual ejecución por las condenaciones aplicadas á S. M. que importaron 727,708 maravedises (21,103 reales). Además las joyas y linas que tenía se aplicaron á la real hacienda, las cuales ascendieron á 1.000,840 ducados: las alhajas que salieron de

almoneda pública por la hacienda el 23 de noviembre de 1621 fueron tasadas en 700,700 ducados. La casa que vivía era de su propiedad; y esta, unida con los coches y mulas de su caballeriza, fueron tasadas en 264,700 ducados. De modo que el total confisco de sus bienes importó 1.966,240 ducados, esto es, 21,628,640, reales vellón.

Después de algunos años reclamaron el cuerpo de don Rodrigo las monjas del convento de Portaceli de Valladolid. Lleváronselo en efecto y le tenían colocado en una bóveda de la capilla mayor (pues hasta el día se salvó de la piqueta destructora aquel monasterio); cuyo cuerpo se conserva acartonado, no obstante los 222 años que ocurrió su muerte, sin mas lexion que la degolladura. Las monjas lo manifiestan á muchas personas, y le tienen en un justo aprecio como patrono que fué de su convento.

¡Así acabó este infeliz, ó mas bien dicho feliz caballero del siglo XVI, víctima de la estúpida ignorancia de aquel tiempo; de la indolencia del rey Felipe IV, y de la intriga del conde-duque de Olivares y sus compañeros.!

No se contentaron con perseguirle hasta el sepulcro: de la opulencia en que debieron quedar sus hijos los dejaron tan pobres que tan solo recibieron en herencia 23.000 reales, es decir los 2000 ducados que el rey le concedió testar únicamente. ¡severo castigo para unos niños que no eran responsables de las faltas de su padre.!

Existe un cuadro célebre de este pasaje histórico pintado en 1836 por el jóven don Carlos Luis de Rivera, representando á don Rodrigo cuando le llevaban al suplicio: cuadro que en la esposicion de pinturas de París salió premiado su autor, y también gustó mucho en la esposicion de la Academia de San Fernando.

JULIAN S. MILANÉS.

ESTUDIOS DE INDUSTRIA.

LOS ARENQUES.

Su forma, señales exteriores y preparacion.

El arenque es una de las producciones naturales que tiene mas influencia en la suerte de las naciones. El té, la hoja del té, las especias que se producen en la zona tórrida y el gusano de seda, no influyen tanto sobre la riqueza de las naciones como el arenque del oceano atlántico. El capricho y el lujo exige las primeras: la necesidad reclama el arenque. El Batavo ha elevado la pesca al grado mas alto. Este pueblo precisado á crear para su libertad un asilo, no hubiera hallado sino recursos débiles en su faciticio territorio, pero la mar le ha abierto sus tesoros haciendo de ella un campo fértil donde una inmensidad de arenques presenta á su laboriosa actividad una cosecha segura y abundante. Todos los años parten flotas numerosas para cogerla, y conociendo que el arenque es el objeto mas importante de las expediciones marítimas, la han llamado *la gran pesca*, que la consideran como sus minas de oro.

El arenque.

Este pescado tiene la cabeza pequeña, el ojo grande,

la abertura de la boca corta, la lengua puntiaguda y guarnecida de dientes, la línea lateral visible apenas, negruzca la parte superior, manchada de lunares rojos los lados y la parte inferior plateada y las aletas grises. La abertura de sus agallas es muy grande y no es sorprendente que no pueda cerrarlas cuando se halla



fuera del agua, y que perezca inmediatamente por el desecamiento natural de estas.

Su carne está impregnada de una especie de grasa que le presta un gusto muy agradable y que produce en la oscuridad una luz fosfórica. El alimento á el que debe principalmente estas cualidades, consiste comunmente en huevos de pescado, y en gusanillos y lombrices. Los habitantes de las riberas de la Noruega han encontrado frecuentemente en los intestinos de este pescado.

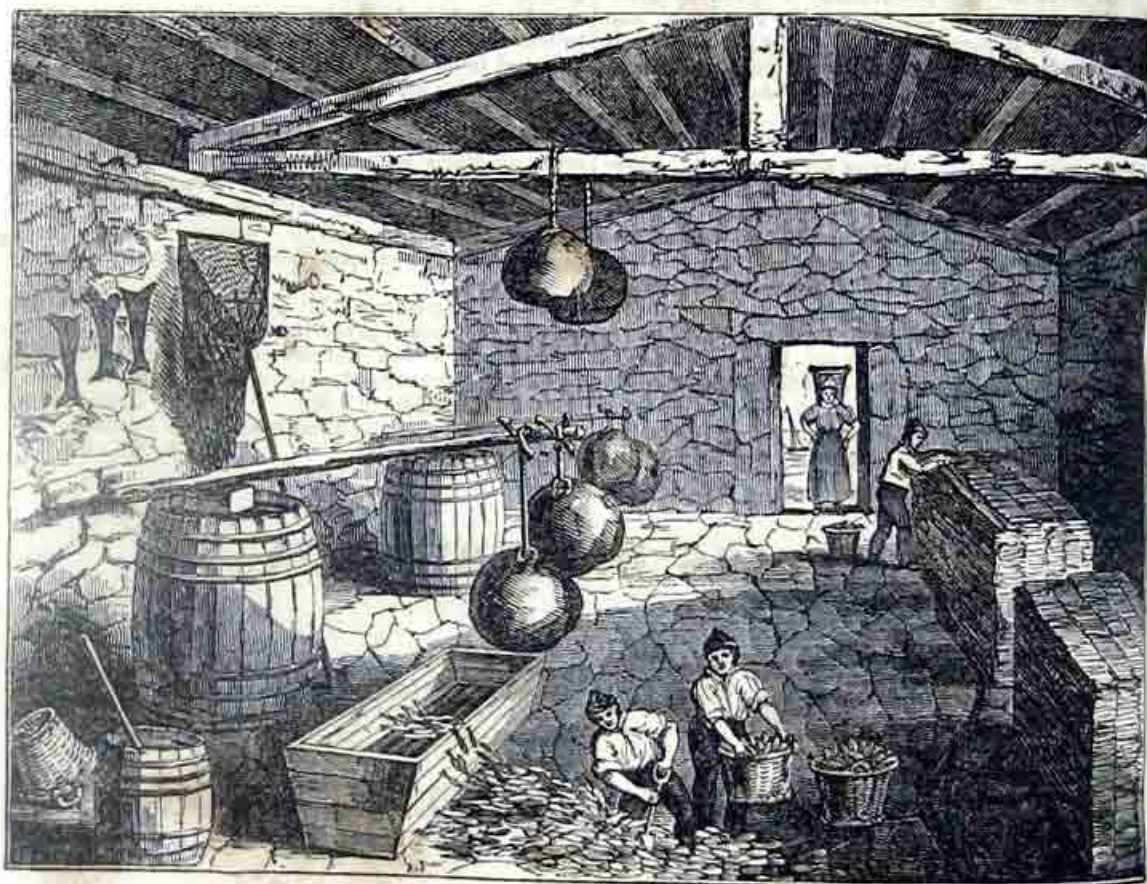
gusanillos rojos que llaman ellos *roeaat*. Este alimento contenido en el canal intestinal de los arenques hace que se corrompan con mas facilidad si se tarda en salarlos despues de cogidos, ó bien los dejan metidos en agua hasta que han concluido de digerirlos.

Estos pescados no fueron para los pueblos un objeto inmenso de comercio hasta la época en que se empleó para preservarlos de la corrupcion, las diferentes preparaciones que sucesivamente se han inventado y perfeccionado. Hasta poco antes de terminar el siglo XIV en que Guillermo Denkelzoon, pescador célebre de Bierohel inventó el arte de salar los arenques, debian ser y eran en efecto menos buscados y apreciados.

Los arenques se preparan de diferentes maneras aun-

que difieren poco en los detalles; y segun los distintos países y regiones en que se emplea y cuyos resultados son mas ó menos agradables al gusto y ventajosos al comercio, segun la naturaleza misma de estos detalles, como tambien segun los cuidados, la atencion y la experiencia de los preparadores.

En plena mar es donde se hallan los arenques mas gordos y mas suculentos, y se les denomina arenques nuevos ó arenques verdes, cuando son producto de las pesquerias de la primavera ó del estio; y arenques frescos cuando los cogen en el otoño ó en el invierno. Comunmente se endurecen, y son gustosos y muy sanos especialmente los de la primavera: se comen sin cocer y sin alterar su sabor con ninguna clase de sazonamiento.



Preparacion de los arenques.

En Islandia y en la Groenlandia se contentan con secarlos esponjendolos al aire y estendiendolos sobre las rocas. En otras comarcas los curan al humo ó los conservan de otras dos maneras: primeramente salándolos muy poco y esponjendolos al humo tambien poco, nada mas que en cuanto toman un colorcito dorado, y segundo, salándolos un poco mas, dejándolos un día entero en una salmuera espesa, ensartándolos despues por la cabeza formando largos hilos que suspenden de una especie de chimeneas que llaman *ahumadero ó secadero de arenques*; encendiendo un fuego de hojas de arbol que hace mucho humo y poca llama, en cuyo estado permanecen mucho tiempo hasta que caobian su color natural en una tinta muy oscura, y entonces los embarrican ó guardan entre paja.

Como generalmente se escogen los arenques mas grandes para conservarlos, se ve en medio de esta operacion estenderse una luz fosfórica muy brillante mientras conservan la sustancia grasosa de que están impregnados, y cuando esta se desprende en gotas, se ve caer como si fuera una lluvia de fuego.

En fin, la preparacion que reporta al comercio inmensos beneficios es la que da á los arenques el nombre de arenques blancos.

Para esto despues que están fuera de la mar se les abre quitándoles los intestinos, se les pone en una salmuera espesa y abundante lo suficiente para que estén completamente sumergidos; se sacan al cabo de quince ó diez y ocho horas; se les coloca en toneles; se transportan á tierra y se les coloca en banastas ó barriles

poniendo alternativamente una capa de arenques y otra de sal.

El grabado que acompaña á este artículo, representa una familia de pescadores ocupados en la preparación de estos pescados en una habitación destinada exclusivamente para este objeto. Conducidos en canastas y depositados en el suelo, los arrojan despues en una artesa llena de salmuera; en seguida los colocan en barricas poniendo una capa de sal por cada una de arenques y prensándolos despues.

Tienen mucho cuidado de que sean los toneles ó barricas de madera de roble bien curada, y de que estén perfectamente contruidos para que no se rezume la salmuera y se corrompan.

Blok asegura que los Noruegos escogen para este efecto madera de abeto que comunica á los arenques un gusto especial, que hace á el pescado ser preferido con ventaja, especialmente en Polonia.

En Suecia cuando es muy abundante la pesca de los arenques y baja el precio de estos pescados estraen de ellos el aceite haciéndoles hervir en calderas, y despues de bien purificado les sirve para alumbrarse, y la parte mas sólida que queda en ellas, es decir el residuo de la operación, es de gran utilidad como abono muy especial para las tierras.

De los arenques.—Sus emigraciones.

Por mucho tiempo se ha creído que los arenques se retiraban periódicamente á las regiones del círculo polar y que acudían anualmente á buscar en los mares hiperboreos un asilo contra sus enemigos, un abrigo contra los rigores del invierno, y que no hallando un alimento proporcionado á su prodigioso número se desbandaban al comenzar la primavera colonias numerosas que se extendían por las riveras meridionales de Europa y de América. Se ha creído conocer la ruta de estas regiones errantes. Se creía que estas inmensas tribus se dividían en dos tropas cuyos innumerables destacamentos cubrían á lo lejos la superficie de los mares. Una de estas columnas se dirigía al rededor de las costas de Islandia y se extendía por cima del famoso banco de Terranova, é iba á poblar las ensenadas y bahías del golfo americano; el otro tomando el rumbo al oriente descendía por las orillas de la Noruega, penetraba en el Báltico, ó girando al rededor de las Orcades, avanzaba entre la Escocia y la Irlanda fijándose junto á esta isla y extendiéndose al oriente de la Gran Bretaña llegaba hasta España y ocupaba las costas de Francia; de la Batavia y de Alemania que bañan el Océano. Despues de ofrecerse durante largo tiempo á las redes de los pescadores, los expedicionarios tomaban otra vez su camino y desaparecían para ganar sus boreales y profundos retiros.

Durante mucho tiempo nada ha podido destruir esta opinion acerca de sus maravillosas emigraciones, esforzándose por lo tanto en explicar su constancia, su extensión y su período regular; pero despues ha proporcionado la esperiencia de hechos irrefragables, que es imposible reconocer esta navegacion anual y estraordinaria. Hase observado que se pasan muchos años sin que se vea aparecer en la mayor parte de las costas que hemos mencionado, como tambien en los puntos pretendidos épocas de estos animales, se logran tambien en gran cantidad durante todo el año; que su número varia frecuentemente segun la calidad de las aguas que frecuentan, y sin ninguna conexión con las estaciones, ni con su alejamiento del asilo septentrional, ni con la extensión que recorren despues de salir de su habitación polar; y en fin que ninguna señal positiva ha demostrado nunca su ingreso regular bajo las he-

ladas superficies de las mas altas latitudes.

Todos los años se les ve llegar hácia las islas y regiones continentales de América y de Europa que mejor les conviene, ó hácia las costas septentrionales de Asia. Siempre que tienen necesidad de buscar alimento nuevo, ó de desovar, abandonan el fondo de los mares sea en primavera, en el estio ó en el otoño, y se aproximan á las embocaduras de las corrientes ó de los rios mas á propósito para su objeto.

En la época que estos peces cuya historia escribimos abandonan su mansion de invierno, aparecen en tropas á quien preceden ó anuncian durante algunos dias varios de su especie, observándose siempre que ordinariamente viene un número mas crecido de machos que de hembras. Cuando despues empieza el tiempo de desovar, frotan su vientre contra las rocas ó arena, se agitan, imprimen movimientos rápidos á sus aletas, se inclinan tan pronto de un lado como de otro, aspiran el agua con fuerza, y la arrojan con violencia. Las legiones que se presentan en esta época entregándose á estas penosas operaciones, efecto de una imperiosa necesidad, cubren una estensa superficie y muestran una imágen de orden. Los mas grandes, los de mas resistencia y los mas atrevidos, se colocan en las primeras filas formando de esta suerte una especie de vanguardia llevando en pos de si y como escoltados millones de estos peces que se oprimen unos á otros en aquellas inmensas y compactas hileras. Es imposible calcular el número de arenques que perecen víctimas de los cetaceos y de otros muchos pescados y aves marinas, y mucho mas difícil contar los que se cojen en las bahías, donde se sofocan precipitándose y oprimiéndose contra los bajo-fondos de las costas. Esto se verifica de tal suerte en la pequeña ensenada de la Noruega, que en muchas ocasiones ha sido el producto de una pesca de mas de veinte millones de estos individuos, siendo muy pocos los años que no pasa de cuatrocientos millones el resultado total de ella. Blok ha calculado que los habitantes de las cercanías de Gothembourg en Suecia cojen cada año mas de setecientos millones de estos peces. Y que es todo este número comparado con los arenques que conducen en sus barcas los pescadores de Holstein, Mecklembourg, de la Pomerania, de la Francia, de Irlanda, Escocia, Inglaterra, los Estados-Unidos, del Kamtschatka, y principalmente los de Holanda que en lugar de esperarlos en sus costas les salen al encuentro en plena mar, dispuestos en numerosas y verdaderas flotas?

Los arenques—Su pesca.

Al principio del siglo XV empleaban los holandeses para la pesca de los arenques grandes redes y embarcaciones considerables á las que llaman *Fuys*, y despues de este mismo siglo y aun hace muy pocos años que empleaban en la pesca mas de tres mil lanchas ocupadas por cuatrocientos cincuenta mil hombres, dedicados esclusivamente á este objeto.

Las redes de que se sirven estos mismos holandeses tienen mil y doscientos metros de longitud y se componen de cincuenta ó sesenta piezas ó partes distintas. Las fabrican con una seda gruesa que hacen venir de Persia, y que es de mucha mas duracion y consistencia que el cáñamo. Las ennegrecen al humo para que su color natural no espante á los arenques. Estas redes las sostienen en su parte superior prendidas de grandes toneles y barricas, tendidas luego á la profundidad conveniente con piedras ó otro cuerpo pesado.

Se arrojan las redes en los puntos mas estrechos entre los que está indicada la aparición de estos pescados por las aves marinas y otros enemigos suyos, así tambien por una cantidad mas ó menos considerable de una

sustancia grasosa ó viscosa que se estiende por la superficie de los mares á la aproximacion de sus legiones, y que se reconoce fácilmente cuando la atmósfera está tranquila. Esta materia grasosa es muchas veces una señal evidente de la proximidad de una columna de arenques, y con particularidad si se estiende durante una noche sombría pero tranquila, porque entonces conteniendo algunas partículas fosfóricas se divisa en toda su estension como una capa un poco luminosa. Esta última indicacion es tanto mas útil, cuanto que se prefiere la oscuridad para su pesca. Estos animales como muchos otros pescados se precipitan hácia los fuegos que se les presenta; y se les atrae á las redes engañándolos por medio de faroles que se colocan de la manera mas conveniente en distintos puntos de los barcos, ó en las riveras y costas mas inmediatas.

Tantos cuidados no son solo el efecto de las especulaciones particulares, sino que hace mucho tiempo que los gobiernos penetrados de una importante verdad, cual es, ser imposible tener marina sin marineros y que estos sean buenos sin tener grandes pesquerias y pescadores hábiles, y conociendo que nada puede formar mejor estos, ni reportar mas utilidad al comercio, ni puede al mismo tiempo ser tan ventajoso al estado ni á la prosperidad de los habitantes como la pesca de los arenques, han buscado todos los medios posibles de favorecer y estimularles en sus felices resultados, no solo para lo presente sino para el porvenir. Se han establecido sociedades en Suecia, Dinamarca y Prusia protegidas por sus respectivos gobiernos, y cuyos esfuerzos se dirigen tan solo hácia este importante objeto. El gobierno holandés sobre todos no ha descuidado nunca ni cesado de tomarse grande interes y las mayores precauciones sobre ello. Redoblando incesantemente su vigilancia hácia un ramo tan precioso de la industria pública y privada, ha multiplicado de dos siglos á esta parte y variado segun las circunstancias, los actos de su continuo desvelo por su conservacion, proclamando siempre que este era el principal comercio de su país, y la mina de oro de su patria. Ha pagado un precio considerable cuando lo ha juzgado prudente por cada barco que se empleaba en la pesca de los arenques. Ha procurado que ademas de las diferentes preparaciones que se emplean,

se busquen medios para que segun las estaciones en que se cojen y sus cualidades, adquieran un gusto mas agradable y seamas fácil su conservacion. Ha cuidado principalmente que no comprometa el deseo de pescar demasiado los resultados del porvenir, bien sea efectuándolo en estaciones poco á propósito ó en la época de la reproduccion de estos peces que son entonces demasiado pequeños. En su consecuencia tiene mandado que todo pescador ha de prestar juramento antes de partir para la gran pesca de no tender sus redes antes del 25 de junio, ni despues del primero de enero, y ha determinado la dimension de las mallas.

Ademas ha prescrito las precauciones necesarias para que fuesen los arenques embarrilados lo mejor posible. Para la salazon vijila el gobierno que empleen la sal mas esquisita. Los arenques que cojen en el primer mes pasado el 24 de junio los preparan con sal gruesa; los que se pescan entre el 24 de julio y el 15 de setiembre con sal fina, y les está rigurosamente prohibido mezclar arenques de sal gruesa con los de la fina. Los barriles deben estar perfectamente colmados de modo que al colocarles la tapa los presen. Están determinadas con exactitud las dimensiones de estos; y la madera que deben emplear ha de estar bien curada y despojada completamente de su albura. Les está prohibido entornelar con los arenques buenos aquellos que se ponen blandos ó que empiezan á descomponerse; la marca igual de los peces que contiene un barril indican la época en que se han cogido, y seguramente que nada se ha descuidado ni omitido para la preparacion de estos pescados de todo cuanto podia ser conveniente.

No se ha obtenido peor éxito tampoco en los ensayos practicados para acimatar los arenques en aguas nuevas y distintas, que el que han alcanzado para su conservacion. Se ha logrado en Suecia transportarlos sin que perezcan á otras aguas nuevas para ellos. En la América septentrional han logrado reproducirlos colocando huevas de estos pescados á la embocadura de un rio que tampoco habian frecuentado nunca, y al cual esta nueva cria ha contraido la costumbre de acudir anualmente arrastrando consigo otra multitud de individuos de su especie.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

Asturias.

Asturias país lleno de recuerdos gloriosos, célebre y famoso en otro tiempo por la bravura con que sus naturales defendieron su libertad é independencia á despecho de los dominadores del mundo, mas célebre y famoso por la inmensidad de metales preciosos que arrancados por ellos de sus auríferas montañas despues de satisfacer la genial codicia de los pretores, corrian á henchir las grandes arcas del tesoro romano. Asturias, cuna de la nobleza y de la restauracion española en donde encontraron su humillacion y su sepulcro los vencedores del Guadalete, que con el transcurso del tiempo llegó á ser segunda vez la columna sobre la que se levantó la libertad de la patria, dando la primera el grito de insurreccion y guerra contra el poder colosal del

emperador Napoleon, el suelo en fin que dió el ser á los Campomanes y Jovellanos, llegó á tal estado de abandono y olvido por efecto de la rudeza é ideas equivocadas de los siglos que precedieron al nuestro, que era apenas conocido de los españoles y enteramente ignorado de los extranjeros.

Bastábale á este país si otros timbres no le ennoblecieran, el aspecto encantador y siempre risueño que ofrecen sus variadas y hermosas perspectivas; sus fuentes, rios y cascadas, el verdor y producciones vegetales de que constantemente está cubierto y la multitud de pueblos vistosamente situados que por do quiera se descubren, para atraer así la atencion de los que á mucha costa buscan en países lejanos estas bellezas. Empero ni ellas, ni los testimonios irrecusables de sus antiguas riquezas, ni las que ofrece en todos los ramos de la industria minera, han podido sobreponerse á las trabas onerosas de la legislacion feudal, á las disposiciones reglamentarias y restrictivas, á la abundancia

efímera de oro y plata que atrajo el descubrimiento de la América y al cúmulo de rancias preocupaciones con que estas causas se fortalecían.

En pos de épocas estériles en que preponderaban ideas menguadas y fútiles, vino otra en que á lo ideal substituyó lo positivo, y lo vano y quimérico se echó á un lado para dar entrada á pensamientos fecundos, á proyectos regeneradores. Los países así como las cosas se estiman por lo que son, no por lo que figuran bajo de una apariencia mas ó menos agradable; lo que antes como tribal ó inservible era reputado, hoy como inestimable tal vez se mira. Así es que Asturias antes reputada en nada, porque no producian sus vegas el olivo como en las de Andalucía, el arroz como en las de Valencia, y el vino como en las de Castilla, empezó á fijar las miras del gobierno á fines del siglo pasado por los abundantes criaderos de carbon mineral descritos y dados á conocer por el sabio é ilustre Jovellanos.

Este pensamiento entonces naciente dió impulso al espíritu de especulación general que desde entonces fué aumentando progresivamente hasta el punto de animación y de altura en que se encuentra: y no es solo ya el carbon de piedra, la materia que forma el objeto de combinaciones industriales, el hierro y otras sustancias de estimación que no con escasez depositó la naturaleza en Asturias son buscadas con ahinco. Los ensayos que se practican superan casi generalmente á los cálculos que se habian formado, y todo presenta un campo ameno de intereses y de esperanza, para la prosperidad de la provincia, y adelantamiento de la riqueza de la nación.

Tiempo es ya de que se vaya difundiendo el conocimiento de un país de que tan escasas noticias se tiene apenas de que ofrece la mayor importancia. Los datos parciales, las observaciones, los experimentos que se vayan publicando, llegarán á formar un conjunto de noticias para la historia física y geográfica del principado que reclama la conveniencia y el interés público. Esta idea preñada á la publicación del presente artículo: las nociones generales que en ella se emiten, servirán de preámbulo á otras sobre distritos determinados que tal vez vayamos ofreciendo al público y ojalá que este trabajo aunque sencillo alcance á despertar el ánimo de algunos inteligentes, que animados de los mismos sentimientos y con mas plenitud de datos y mas aventajadas disposiciones prosigan una obra de que aquí solo formamos ligeros trazos.

Aquella zona que por la banda del N. se halla ceñida por la robusta cordillera de los Montes Vindios; por la del S. por el oceano cantábrico; que se prolonga de oriente á occidente desde el rio Santiuste al Eo en una estension de 42 leguas, es la region de los antiguos *Asturians Transmontanos* así llamada por su posicion ultramontana con respecto á la de los *Astures Lancienses* ó *Augustanos* que ocupaban lo que hoy es provincia de León sujeta antes que la primera á la servidumbre romana. Los límites actuales de Asturias son casi los mismos que tuvo en la primitiva época y que conservó en las sucesivas; porque siendo obra de la naturaleza no se vio sujeta á las variaciones que sufrió la division territorial en otros distritos.

El brazo desprendido del Pirineo que forma una cadena continuada de montañas desde los límites de Francia hasta que se hunde en el mar de Galicia, parece en punto por la mano del Criador para servir de valladar impenetrable contra las irrupciones del oceano cantábrico. Aquella parte de los montes que forma la línea divisoria entre Asturias y León, denominóse en tiempo de los Romanos *Mons Vindios*, *Montes Erbareos* ó *de Europa* en la edad media, y hoy con el nombre genérico de montes *cantábricos* es conocida toda la cordillera desde el punto de partida, hasta en el que finaliza en los cabos de Finisterre y Ortegal.

Su direccion aunque paralela al mar de Cantabria no

toca sus aguas, sino que deja un espacio de irregular anchura entre ellas y las cumbres, donde están una parte de las provincias vascongadas, la de Santander, Asturias Lugo y la Coruña. Por la vanda del N. salen multitud de ramales corpulentos que se encaminan en direccion paralela hácia el S. En el punto de arranque son tan altos como el mismo de quien se derivan; y se tocan sus bases: se van luego degradando en proporcion que se aproximan al mar: se subdividen y ramifican y llegan á desaparecer totalmente antes de llegar á la costa.

Al principio entre unas y otras median pendientes escarpadas, terrenos agrestes y profundas quebradas. A medida que se internan en el territorio se van reduciendo á colinas, dejan mayores espacios, y forman diferentes valles de agradables perspectivas, tierras fértiles y amenas y una vida vegetal lozana y variada.

En las cumbres, en las laderas y en las tierras bajas brotan gran multitud de manantiales de agua purísima que reunidas con otras que los cruzan en su curso forman muy luego riachuelos, que á su vez se engruesan y congregan para formar rios que atraviesan todo el país. Hay fuentes intermitentes, minerales, betuminosas y con las de mas combinaciones de sustancias terrestres que se usan para baños medicinales. Las aguas termales de las Caldas y las de Nava son las que se aplican mas generalmente para curar varias dolencias.

El curso de los rios debió en otro tiempo estar obstruido por las cordilleras que los atraviesan ofreciendo un formidable obstáculo al paso de las aguas. Estas intercepciones debieron formar grandes lagos, en los que hoy son valles cerrados por todas partes, sin mas salida que la que se abrieron las corrientes en el trascurso de muchos siglos, ó por alguna otra causa bastante poderosa para vencer la incalculable resistencia que presentaban las montañas interpuestas.

Los rios que á poca distancia de su nacimiento empiezan á engruesarse, por la afluencia de aguas que de puntos diferentes se les agregan, corren como las montañas principales de N. á S. con inclinacion mas ó menos marcada. Tres son los que merecen la primera atencion en Asturias los cuales brotando de las fuentes de la cordillera madre van recogiendo otros varios formando á su entrada en el mar un caudal bastante considerable. El Nalon *Nellus* ó *Nilon* es el mayor de todos y el mayor tambien de la Cantabria: el Sella (*Sallia*) es el que le sigue, y el Navia (*Navilubion*) el tercero. Sus aguas transparentes como el mas puro cristal corren con rapidex por terrenos pedregosos, atravesando terrenos por lo regular deliciosos, y cortando peñas de mucho espesor é increíble consistencia. Son notables estos rios por la multitud de peces que alimentan, su sabrosidad y admirable reproduccion, que parece supera las exigencias del hombre. Distinguese principalmente el salmon, conocido en toda España y comparable al mejor de los apreciados en cualquiera otro país.

La formacion y composicion geonóstica de las montañas de Asturias, ofrece notables variedades, no pocas anomalías y continuas alteraciones. Dominan por lo regular los terrenos calizos en los puntos cercanos á la cordillera y en la cordillera misma. Hacia la parte central y la costa abundan mas los graníticos y pizarrosos; á las veces se mezclan y confunden, interponiéndoseles las arcillas, las margas, las tierras volcánicas, las carboníferas, etc. Las calcáreas son siempre las mas fértiles, de pastos mas sabrosos, de mas agradables vistas, pero poco estimables en la parte mineralógica, si se exceptúan los criaderos de hierro que se encuentran abundantes en las montañas calcáreas.

En ellas existen cavernas de estension desconocida, algunas muy espaciosas, adornadas con estalactitas y cristalizaciones que ofrecen todos los caprichos, todas las invenciones que la imaginacion concibe, cuando contempla

estas lúgubres estancias. En algunas se vé con admiración que han servido de cementerio por siglos enteros á las comarcas circunvecinas, segun la acumulacion de huesos y esqueletos humanos que en ellos se encuentran. Su uso debe de ser remotísimo; pues no hallamos en la historia, época alguna en que se acostumbrase á sepultar los cadáveres en las cuevas, y aun sorprende mas el que muchas de estas se hallen en parajes ásperos, apartadas de las poblaciones y en puntos que ofrecen dificultad ó peligro para su llegada; debiendo advertir que algunos hubo necesidad de introducirles tierra de la parte exterior para cubrir los cadáveres, operacion que no pudo verificarse sin gran trabajo por los inconvenientes y riesgos del paso.

Los terrenos silíceos son en Asturias los menos productivos para la agricultura, y aun algunos por su infertilidad no se cultivan; pero en estos mismos encontraron los romanos aquella profusion de oro que escitó por varios siglos su admiracion y su entusiasmo. Sin embargo puede decirse con verdad que la parte mineral mas rica y que dá mayores y muy fundadas esperanzas, se halla entre las dos citadas formaciones caliza y silícea, mirandose como el medio entre dos extremos.

La mezcla, la variedad y diversa composicion del terreno de Asturias, supone tambien diversidad de sustancias, muchas de ellas de alta estimacion en el comercio. Cualesquiera que contemple por algun rato la constitucion del suelo de esta provincia se convence plenamente de que su destino es el de la mineria y otras industrias, asi como las llanuras feraces de la Andalucía convidan á establecimientos rurales. Son ya de incalculable estima las producciones minerales que se han reconocido, pudiendo asegurarse que otras muchas y no menos preciosas, yaten aun ignoradas en el lecho donde primitivamente las colocó la naturaleza.

Fue tan abundante el oro en la época del imperio, que se ha tenido por muchos como fabulosa y por casi todos como exajerada. No obstante, la unánime deposicion de escritores eminentes testigos oculares de lo que refieren; la autoridad sobre todo del famoso Plinio que desempeñó en varias provincias de España el cargo de quéstor en tiempo de Vespasiano, debian de dar un peso inmenso á los hechos que refieren sobre la riqueza admirable de los astures, y efectivamente la observancia y los cálculos bien entendidos que posteriormente se hicieron acreditan de que no fueron menos circunspectos los historiadores romanos en este punto que en los demas de que trataron.

Reconócese con toda distincion en diferentes parages del principado las prodigiosas obras que emprendian aquellos conquistadores para obtener por medio del lavado las arenas auríferas de las montañas primitivas; aun se ven los pozos, las minas y los socabones para aglomerar arenas, con todos los demas trabajos que Plinio nos describe con admiracion, asegurando que superaban á los fabulosos de los gigantes. Vino en seguida la irrupcion de los bárbaros, y sobre las desastrosas guerras y universal asolacion que ella produjo, en que fueron envueltas las obras consagradas al fomento de la prosperidad pública, faltaron á un tiempo la inteligencia y los cuantiosos fondos que eran necesarios para darles acción y vida; faltó tambien una legislacion menos opresiva que la feudal que los septentrionales pusieron en rigurosa observancia, faltaron estímulos al trabajo, libertad para disfrutar su debida recompensa, y toda idea benéfica, todo pensamiento útil, todo soplo de adelanto, quedó cubierto con lona sepulcral por un período á lo menos que abraza ocho siglos.

Cuando la mano bienhechora de la restauracion de las luces quiso levantarla, nuevos incidentes peculiares á la monarquía española, lo estorbaron, y la industria minera permaneció muerta en medio de tantas otras que

resucitaban. Sobre hallarse aun existente y vigoroso el injusto sistema feudal; presentóse al mundo antiguo de improviso otro nuevo con la multitud de sus desconocidas producciones, con sus perlas y sus metales preciosos, presentados prodigamente por los conquistadores y primeros negociantes que el interés condujo á tan lejanos países. La atencion general y las ideas mercantiles se encaminaron allá rápidamente: nadie absolutamente pensó en lo que por aqui poseiamos y las leyes reglamentarias que entonces se promulgaban; y el espíritu irresistible que se apoderó de los españoles de ir á buscar raudales de oro y plata, á las regiones vírgenes y afortunadas del Nuevo Mundo, redujo las nuestras á la horfandad y al desamparo; y en tal estado se hallan. Cuando se pongan en ejercicio los medios que plantearon los Romanos ó otros analogos segun los conocimientos noventamente adquiridos, podremos certificar prácticamente el desengaño sobre los grados de certidumbre que tienen las relaciones de sus primeros historiadores.

Dejando á un lado los metales preciosos pues sin ellos pueden ser prósperos y poderosos los estados, otras materias encierra el suelo asturiano con cuyo beneficio puede aspirar á un grado superior de riqueza capaz de influir muy particularmente en la general del reino. El hierro de que tenemos inagotables minas, el cobre que se encuentra en diferentes partes, el plomo, la calamina, el cobalto ya descubiertos y el azabache, el sueno, los mármoles, pizarras, margas etc. son otros tantos artículos que pueden alimentar un ramo de comercio muy interesante, y una parte principal de industria que hoy no existe.

Pero mas que todo atraen la atencion general y la particular de los que están dedicados á esta clase de especulaciones las numerosas vetas y estensos filones de carbon fósil con que á la naturaleza le plugo enriquecer el territorio de los Astures. Y no se contentó con solo la abundancia, sino que dió una colocacion la mas adecuada á sus criaderos para la extraccion marítima, para la terrestre á otras provincias y para el consumo interior.

Se estienden los filones desde las orillas del mar hasta las altas cumbres de la cordillera. Dividense en mil brazos que á la vez se ramifican y esconden por puntos diferentes, atravesando las montañas, cortando los valles en direcciones irregulares. Muchos de estos brazos que antes se creia formaban por sí un sistema independiente, en el día se han reconocido como dependientes ó enlazados con otros que se hallan á considerable distancia, por lo que hay una fundada presuncion de que todos los criaderos de carbon de Asturias son ramas de un tronco comun que estendidas por su suelo corren al de Leon por las Bahías, Luna y Omañas en donde tambien en muchas partes se ha descubierto.

Cuantos estén al alcance de los infinitos usos á que en estos últimos tiempos se ha aplicado el carbon de piedra, y del incansable afán con que se busca, podrá formar juicio de la importancia suma de las minas de Asturias, mas abundantes y estendidas que todas las que posee la Gran Bretaña.

Antiguamente era este un país poblado de espesos y dilatados bosques de lozana vegetacion. La estension que desde el siglo 17 esperimentó el cultivo y la poblacion con haberse aclimatado el maiz y la batata, los fué reduciendo; pero aun no hace un siglo que desde la vertiente septentrional de la cordillera se dilataban hasta el centro de la provincia. Hoy solo hay bosques naturales en sus confines mas montuosos con hermosos y corpulentos árboles, y sin embargo están destinados, no por la mano de la naturaleza, sino por el bárbaro tratamiento de los habitantes, á desaparecer muy luego, si el poder de la ley no refrena la licencia é impunidad con que se talan é incendian. Los árboles que de ordinario se crian espontáneos en estos bosques son: el roble, la encina, la

haya, el espino albar, el abedul, el acebo, el tejo, el tilo, el fresno, el manzano, el peral, el cerezo y algunos otros con diferentes arbustos y matas.

Se ven los campos en todos tiempos cubiertos de plantas que ni el calor estival ni las heladas de enero alcanzan á desterrar en su mayor intension. Crecen sin cultivo muchas muy apreciadas por sus conocidos usos en la medicina y en las artes; y todas las que en los países del norte se emplean con sumo provecho en la formación de prados artificiales: se encuentra con abundancia la zarzaparrilla, la dulcamara, la gayuba, la violeta, la sanguinaria, la corqueja, el lúpulo, la esparceta, etc. En los jardines se cultivan además otras plantas de los trópicos que se estiman para recreo.

Los árboles frutales que están al cuidado del hombre, son casi los mismos de los climas mas meridionales de España. El limon, el naranjo, el granado y el albaricoque se crían al aire libre; la uva es de excelente gusto, y el vino de mediana calidad; produce también diferentes especies de melocotones, ciruelas, peras del mas delicado gusto, cerezas y guindas con extraordinaria abundancia y las manzanas sin duda algunas mas delicadas de la península y aun tal vez de Europa; son muy comunes los higos, las brebas, castañas, nueces y avellanas, de que se hace comercio de exportación para el extranjero. Dividense las propiedades rurales en dos grandes secciones, una destinada á prados y pastos para los ganados, otra á tierras de labor, en estas se siembran la escanda, el trigo y el maíz, que son los cereales que forman el ramo principal de aumento, crejense muchas legumbres y esquivas y variadas hortalizas.

Se cria mucho ganado vacuno, caballar, mular y de toda que se estrae en gran número para otros puntos de la Península. La raza de los caballos muy estimada en tiempo de los romanos, no es hoy seguramente la que era entonces; porque la superior estimación que adquirieron las mulas, hizo como es natural que los cráneos se inclinasen á este lucrativo ramo, descendiendo el de caballos que ofrece menos interés. El ganado vacuno no es corpulento por razon del terreno quebrado y la estrechez de las veredas, pero robusto y vigoroso, con las demas cualidades que le pueden dar estimación entre los labradores. Hay en los montes osos en bastante abundancia, lobos, zorros y corzos: los javalies muy comunes hoy son muy raros de resultas de la gran matanza que en ellos se hizo en las fuertes nevadas del invierno de 1817. Ha desaparecido también la especie del lince ó lobo cerbal desde hace unos treinta años sin que se sepa la causa.

No puede haber un país que mas conveniencia y mejores proporciones ofrezca que el de Asturias para establecimientos industriales, con particularidad aquellos que tienen necesidad de emplear en crecidas porciones el combustible, y una fuerza impulsiva para las maquinas. Para lo primero puede contarse con el carbon de piedra en la mayor parte de los distritos, y con el vejeo en algunos; y en todas aguas vivas abundantes con cascines y saltos, para emplearlas sin trabajo en cualquier artefacto. La inmediación de la costa y los muchos puertos que en ella se cuentan, facilitan la extracción de los productos á cualquiera punto del globo, superabundan los brazos que ansian por ocupacion y trabajo por un mezquino estipendio, y se encuentran los establecimientos con baratura y abundancia. Parece extraño que en donde existen tan esenciales medios para las empresas industriales, no se hayan planteado hasta ahora en escala grande, habiendo en Europa ese espíritu de especulación que por donde quiera se descubre y tuciosos capitales, cuyos dueños desean utilizarlos.

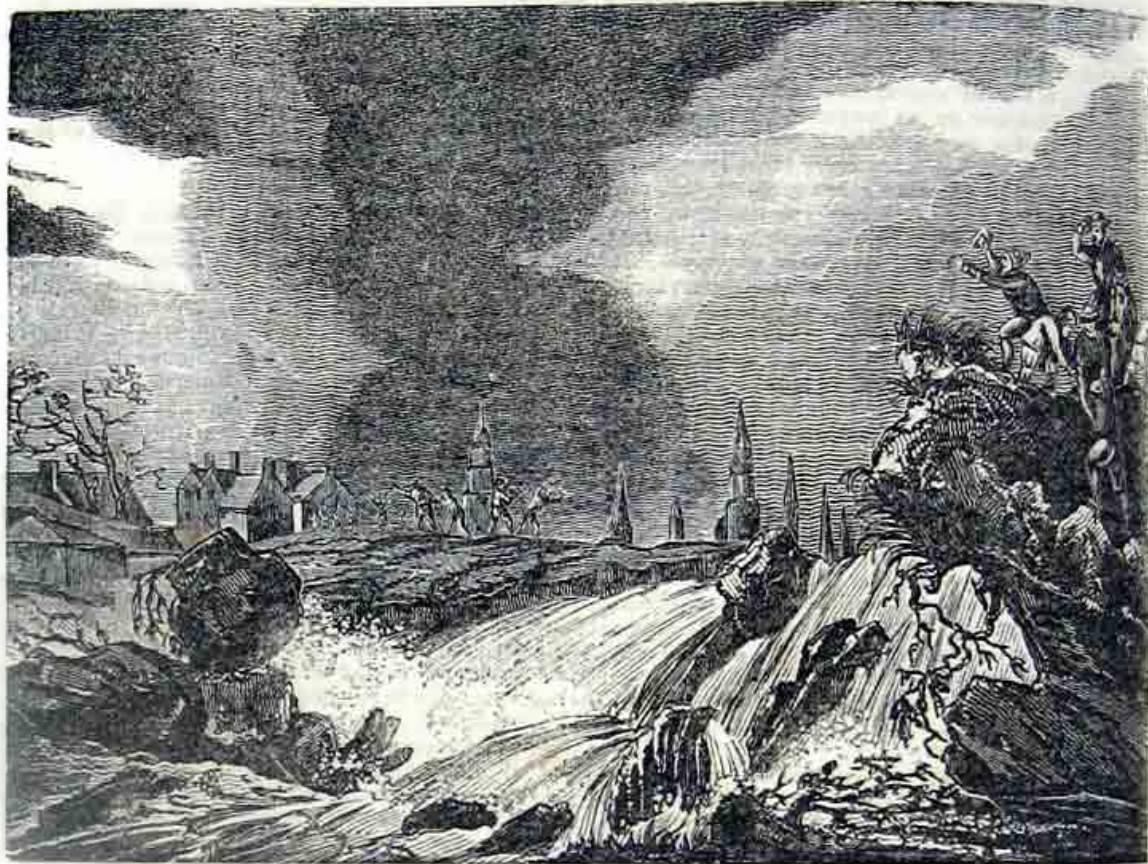
JOSÉ ARIAS DE MIRANDA.

Rotura

DE LOS DIQUES DE HOLANDA.

Voltaire decia con razon de la Holanda que era la obra mas prodigiosa de la industria humana. En efecto, la Holanda es la conquista de la industria sobre la mar, que parece debe sumergirla á cada instante con la facilidad que sumerge un navio roto y desarbolado por la tempestad. Pero ¿que resiste á la voluntad y á la inteligencia del hombre? cuando se miran hoy esos diques, verdaderas murallas que oponen la Holanda á los asaltos de un enemigo siempre terrible y amenazador, cuando se ven esas ciudades florecientes construidas sobre las olas como Venecia, ofreciendo á sus moradores un asilo tan seguro como las que pueblan el resto del continente Europeo, no puede menos de tributarse la mas profunda admiración á los primeros hombres que concibieron tan atrevido pensamiento, á los primeros fundadores que debieron decir al Oceano, como Dios en la Biblia: «No pasarás de aqui.» Pero aunque el hombre á fuerza de energía y de inteligencia, haya conseguido casi la conquista del mundo material, no obsta para que la naturaleza recobrando su imperio de una manera terrible haga sentir su poder á las débiles criaturas que han ensayado dominarla. ¿Cuántas veces ha destruido su cólera, como dicen los poetas, en un solo dia la obra de muchos siglos! El grabado que acompaña representa á los ojos del lector una de esas espantosas catástrofes que Dios consiente alguna vez para recordar al hombre su debilidad y pequenez, cuando place al rey de los elementos desencadenarlos contra él. La historia de Holanda hace mención de tres grandes inundaciones, acaecidas á consecuencia del rompimiento de los diques. Una de ellas tubo lugar en la noche del 19 de noviembre de 1421, todo el medio dia de la Holanda se inundó: setenta y dos pueblos desaparecieron totalmente, y cerca de cien mil almas perecieron en este espantoso diluvio. Otra inundación ocurrió en 1430, pero esta vez no fué tan considerable el número de victimas. Toda la vasta estension de agua que llaman el Zuyderzee, fué ocasionada por una de estas invasiones, y existen bajo sus aguas ciudades y ruinas sobre las que navegan hoy los buques holandeses. La gaceta de Londres refiere de esta manera la inundación de 1686.

«El viernes 22 de noviembre, soplo del sud-este y durante todo el dia, un viento fortísimo acompañado de un continuo aguacero y truenos. A la hora de ponerse el sol soplabá el viento del oeste, despues del nor-oeste y así variaba á cada instante con una rapidez increíble. La tempestad duró toda la noche arrojando cada vez mas. Las chimeneas y los techos de muchas casas cayeron por tierra, pero estos desastres no eran mas que el preludio de los que habian de seguir. Los diques se rompieron no pudiendo resistir la violencia de los embates de la mar alterada horriblemente por la tempestad, y al dia siguiente por la mañana estaba cubierto una gran parte del país por las aguas que se elevaron en muchos puntos á ocho pies mas de la altura de los diques. Una multitud de habitantes, de ganados y de bestias sucumbieron ahogados; el agua seguía avanzando y penetró en la villa de Delfzil elevándose tanto que sus moradores no tuvieron tiempo que el de refugiarse en los puntos mas elevados de sus habitaciones. Todo el lugar de Oterdam desapareció con las aguas, á Termunderkil, no le quedó una casa, y de trescientos habitantes solo escaparon diez y nueve del furor de la inundación. Bereskes, Weywert,



Rotura de los diques.

Wollendorp, y todos los pueblos de las cercanías de Eems quedaron casi destruidos por la violencia de las corrientes. No tardó mucho también la ciudad de Eems, en ser envuelta en esta calamidad general, y el sábado y domingo de la misma semana se inundó su parte mas baja, no divisiéndose de todos los cuarteles del oeste mas que los tejados de las casas á flor de agua y los campanarios que se elevaban por encima de esta nueva mar.»

«En una palabra, añade la gaceta, prestando á su relación el interés de un acontecimiento reciente, nos faltan las palabras, y la pluma se nos cae de la mano al pintar el cuadro de desolación que presenta aquel desgraciado país. Toda la provincia á escepcion de las alturas de la villa de Eems se halla sepultada en las aguas; ciudades enteras estan sumergidas; y los desgraciados habitantes que se han refugiado en los techos de sus casas se hallan reducidos al último extremo de miseria; no se oye por todo el país mas que gritos y lamentos que parten el corazón, ó el son lúgubre de las campanas que llaman á

los habitantes de los puntos mas elevados para que se dan al socorro de sus infortunados compatriotas. Por todas partes surgen barquichuelos que cruzan para salvar á los desgraciados que se resignaban á morir; pero quiz les falta el tiempo. El agua se eleva cada vez mas; qué espectáculo tan horrible! qué ansiedad! En Otterdam tan solo escaparon de la muerte veinte y cinco personas; de Peterhone solo han quedado tres casas en pie y toda la Holanda está en consternación.»

Los progresos hechos en el arte de construir los diques hacen mas raras las inundaciones consiguientes á su rotura. Pero nunca admiraremos bastante los formidables baluartes levantados por la industria del hombre contra los asaltos del Oceano. No son los diques de los Países Bajos los que solamente merecen fijar la atención de nuestros lectores, porque tambien se han hallado otros perfectamente dispuestos sobre las costas habitadas por naciones salvages.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

ALI-MEHMET, VIREY DE EGIPTO.

Ali-Bajá (Mehemet ó Mohamet) virey de Egipto, es el príncipe que en Oriente y quizá en el mundo ente-

ro se muestra mas habil en el arte de gobernar, si se le juzgase por el éxito que ha obtenido. Llevado á una esfera superior y dotado de un génio emprendedor y audaz, ha sabido alzarse de entre la multitud de Bajás que pesaban durante tantos siglos sobre el suelo oriental, á desembarazarse de todos los que podian detenerle en su carrera. Sus miras administrativas y políticas son pre-

fundas y ha logrado Ali llevar á cabo lo que Bonaparte bosquejó en la corta mansion que hizo en Egipto, aprovechándose tambien de las disposiciones que habia sabido inspirar á los pueblos, preparándolos para un cambio que debia hacerlos felices. Nacido en 1769 de parientes oscuros en la Cavala, villa y puerto de mar de la Pometia, perdió sus padres siendo aun niño, y halló un asilo y un protector en casa del gobernador de la Cavala, el que admirado de sus felices disposiciones se propuso educarlo como á su propio hijo. Siendo aun muy joven y cuando apenas habia salido de su niñez, ya dió á su padre adoptivo una prueba de su valor y de su genio. Los habitantes de una poblacion vecina reusaban satisfacer el tributo acostumbrado, en ocasion que carecia el gobernador de medios de reducirlos. Entonces se le presentó Ali pidiendo tan solo algunos hombres armados para hacer entrar en su deber á los rebeldes. Se dirigió á la villa, penetró en la mezquita y preguntó por los cuatro personajes de mas importancia é influencia, solicitando verlos para comunicarles un negocio urgente é interesante, y cuando los tuvo en su poder, los cargó de cadenas y amenazó degollarlos a la primera tentativa que hicieran para resistir ó escaparse, conduciéndolos de esta suerte a la Cavala. Inmediatamente hicieron efectivo el impuesto, y el éxito feliz de su atrevida empresa abrió al joven Ali un empleo y la mano de una joven viuda muy rica y pariente del gobernador; entonces hallándose poseedor de una considerable fortuna puso todo su anhelo en aumentarla; se dedicó al comercio del tabaco, empleando sus capitales en especulaciones de esta especie que son en aquellas comarcas de un lucro considerable, y con las que adquirió riquezas que le dieron una influencia extraordinaria y que no le impedian tomar las armas siempre que se le presentaba ocasion. Una de estas fue cuando los franceses invadieron el Egipto contra los que hizo su primera campaña. El gobernador de la Cavala organizó y equipó un cuerpo particular cuyo mando dió á su hijo, con el encargo de llevar por congreso á Ali-Mohammed. El primero cansado y aburrido de las fatigas de la campaña tardó poco en abandonar el mando de su tropa, y en cederse á Mohammed quien se distinguió en varias acciones brillantes, logrando que el capitán-baja le elevase en consideracion á sus servicios á un puesto superior. Desde este momento fue cuando comprendió que se hallaba en posicion de aspirar á otro rango mas elevado, y desde entonces escitada su ambicion pensó en un porvenir glorioso y brillante para el que no habia economizado medio alguno que pudiese servirle á alcanzar su objeto. Procuró sobre todo, captarse la voluntad de los soldados albaneses, y secundó marchando á su cabeza los proyectos de la Puerta para el completo aniquilamiento de los mamelucos. La gran reputacion que adquirió con el prestigio de las repetidas victorias que obtuvo sobre ellos excitó la envidia y el odio de los bajás sus superiores los que adivinando facilmente las ambiciosas pretensiones, de su sublevarse se propusieron derribarle del aprecio que le merecia al Gran Señor, y lograron que le intimase la orden de abandonar el Egipto nombrándole bajá de Salonica. Desconcertado Ali con este inesperado golpe puso en juego todos los resortes que pudiesen impedir el triunfo de sus enemigos; y logró que el pueblo, los soldados y los ulemas insurreccionados secretamente por él se opusieran abiertamente á su partida, elevando hasta el trono sus reclamaciones.

Tardando mucho la resolucion á sus súplicas depusieron al bajá de Egipto y le reemplazaron con Ali, pero éste demasiado sagaz para admitir un nombramiento hecho por una dominacion ilegal, esperó el firman del Gran Señor, que llegó por último confirmando en el lugar existente de gobernador del Egipto con la dignidad de bajá de tres colas. Las circunstancias no eran las mas fa-

vorables; los soldados carecian de sus haberes hacia mucho tiempo, se hallaban en un estado completo de insurreccion; los mamelucos tenian á su cabeza á Elyf Bey, sostenido por la influencia inglesa y que hacia la guerra al bajá legitimo alcanzando algunas ventajas sobre él. Interesaba á los ingleses colocar en el gobierno de Egipto á Elyf Bey y así procuraban agitar en Constantinopla en su favor todos los resortes de la politica. Las intrigas de estos y sobre todo la promesa que hizo la Inglaterra al Gran Señor de garantizarle un empréstito de mil quinientos bolsillos, le decidieron á enviar una expedicion de tres mil hombres al Egipto para deponer á Ali Bajá. Estas tropas desembarcaron en Alejandria y despacharon á Mohamed un emisario intimándole orden de presentarse en este punto para ser conducido á Salonica en calidad de bajá. Ali conoció el lazo que le tendian y discurrió obedecer bajo pretextos plausibles, haciendo cundir entre sus principales oficiales el contenido de la orden que habia recibido y su disposicion á cumplirla, lo que en rigor no era mas que efecto de su astucia por que sabia muy bien que en Alejandria le esperaba la muerte. Todos sus oficiales corrieron al instante á protestarle que no permitirian nunca su partida, y el diestro bajá aprovechando este momento de entusiasmo les hizo una corta pero vehemente alocucion, y les exigió juramento sobre el Coran, libro sagrado para ellos, de que nunca le abandonarían y que sueñarían si era necesario por la causa que abrazaban. Prestaron inmediatamente el juramento y añadieron á éste una ceremonia sencilla pero antigua, que forma para los albaneses un lazo indisoluble que no les es dado quebrantar sin infamia, ésta consiste en pasar uno despues de otro por encima de un sable desnudo que sostienen por sus estremidades y cerca del suelo los dos mas ancianos. Presentaron al divan otra nueva súplica que apoyaba energicamente el embajador francés por todos los medios que estaban á su alcance, pero no obtuvieron resultado alguno en estas gestiones, ni conocieron sin duda la razon que asistia á Ali-Mohammed hasta que remitió á Constantinopla dos mil bolsillos que pudo reunir y le prestaron sus amigos, contribuyendo cada uno con lo que le permitian sus facultades. Solamente entonces llegó el firman del Gran Señor confirmando por segunda vez en el bajalato de Egipto. Al poco tiempo vióse amenazado por un enemigo formidable que proyectaba atacarle en su capital; los ingleses habian declarado la guerra á la Puerta y se presentaron rápidamente con veinte y tres buques de guerra y seis mil hombres de desembarco dispuestos á invadir el Egipto; pero sus colosales proyectos anunciados fastuosamente se limitaron á la ocupacion de Alejandria, donde no pudieron sostenerse por los continuos descalabros que sufrieron en diferentes encuentros, y porque la mayor parte de sus generales y gefes habian muerto ó estaban prisioneros, viéndose obligados á humillarse ante los vencedores para obtener el permiso de retirarse. Ali orgulloso con esta victoria volvió sus armas contra los mamelucos, los que despues de perder muchos de sus gefes mas acreditados, y quedar alternativamente vencedores y vencidos, aceptaron la paz bajo las condiciones que propusieron y que les fueron garantizadas; consistiendo aquellas en que les permitirian regresar al Cairo y disfrutar tranquilamente de los despojos de su antigua fortuna. Pero era su poder aun bastante formidable para imponer al déspota de Egipto, y así decidió este su destruccion. Pensaba que los mamelucos fomentarian nuevas escisiones y turbulencias para derrocar su gobierno, y en el momento mismo que fingia darles pruebas mas evidentes de su amistad, colmandoles de gracias y de honores, en medio de una ceremonia solemne en que Toussoum su hijo, encargado de la guerra contra los wahabitas iba á ser revestido con las insignias del mando, los hizo degollar de la manera mas pútrida y cruel. De

cuatrocientos setenta mamelucos que formaban parte de aquella comitiva convertida para ellos en marcha fúnebre, ninguno escapó á los golpes de sus verdugos; el esterminio fué general en las provincias, y setenta y ocho de ellos que conducian al Cairo fueron asesinados tambien durante una noche.

Hasta aqui hemos referido los acontecimientos que han señalado el primer período de la vida del hombre que gobierna hoy día el Egipto. Desde el esterminio de los mamelucos se ha constituido dueño y señor de aquella rica comarca, y para sacudir el yugo del sultan y ser su rival, le ha sido necesario introducir las artes y la táctica militar de los Europeos en el Egipto bárbaro, para hacerse poderoso con la civilizacion. Puede juzgarse hasta qué punto ha logrado su objeto examinando el grado de riqueza y de adelanto en que se halla Alejandria desde su dominacion.

Hay hombres á quien la naturaleza ha prodigado sus dones concediendo á algunos el imprimir un sello particular á todo lo que emprenden, á todo lo que tocan y personificándoles por decirlo así con sus obras. Imposible es visitar á Versailles sin invocar el recuerdo de Luis XIV y de su corte; cuando desapareció á los ojos del pueblo francés la estatua que decoraba la columna de Vendome, reemplazaba ese mismo pueblo con el pensamiento á su dios sobre el altar de bronce; citar la Meca es hablar de Mahomet; hablar de Alejandria es recordar las glorias del conquistador del Asia, buscando para sus buques un asilo entre la India y la Grecia, y dando al inmenso imperio que creaba una metrópoli comercial donde pudieran trocarse las riquezas y tesoros de sus tres continentes. El Nilo hace imposible con su rapidez y sus inundaciones la fundacion de cualquier establecimiento considerable sobre las movedizas riveras del Delta, y el vencedor de Darius escogió para su puerto el abrigo que forma la pequena isla de Faro no lejos de Canope, única que se halla en esta playa y en mas de cincuenta leguas de estension. El estrecho istmo comprendido entre la mar y el lago Marcotis que enlaza el Egipto á la Libia, fué el punto escogido para la fundacion de una ciudad destinada á ser bajo la dominacion de Alejandro la capital del mundo pagano, la cuna de la teologia cristiana, y que pasando sucesivamente de los griegos á los romanos y de estos á los árabes, á los turcos y á los mamelucos, despues de tantas fortunas diversas y de tantas revoluciones destructoras habia de llegar un día en que se alzara de sus ruinas aun para mostrarse poderosa y ser enriquecida por un hijo de la Macedonia.

La posicion que disfruta intermedia entre la Grecia y la Arabia, entre el Delta y la Cirenaica sin duda alguna que ha influido extraordinariamente en los destinos de Alejandria, observando que todas las antiguas villas de Cartago, Ptolemaida, Efeso, Troya y tantas otras cuyas ruinas baña el Mediterráneo, tuvieron que vencer para su fundacion dificultades inmensas, y sufrieron graves deterioros consiguientes á su posicion geográfica, mientras que las que han sobrevivido, Smirna, Constantinopla, Atenas, Roma, Messina y Marsella, han debido su longevidad á particularidades locales, mas bien que á las consecuencias de los sucesos políticos que hayan podido favorecerlas. Estas ventajas de situacion, puramente relativas, son tanto mas incontestables respecto de la existencia de Alejandria, cuanto que su suelo por si no goza ninguno de los privilegios que la naturaleza ha concedido á otros, y presenta por todas partes una aridez notable.

Los romanos llamaban á esta estremidad de la costa livica, rivera blanca, y en efecto por cualquier punto que se aborde á ella, no se percibe mas que una playa arenosa y blanquecina en donde solo interrumpe la monotonía de aquellas superficies planas y de las estensas

líneas que terminan sus dilatados horizontes, algunos grupos de palmeras esparcidas al acaso.

Es necesario estar muy próximo á la costa para distinguir algunos puntos notables, como la torre de los árabes, por ejemplo, construccion moderna que enseña al Oeste el sitio de la antigua Taposiris; la del Marabú, en la que se trabaja por descubrir el surgidero, y en fin la columna Pompeya, elevándose magestuosa y solitaria por encima de las cúpulas de la ciudad que apenas sobresalen del nivel de la superficie de las aguas. Al pie de las murallas hay dos radas separadas una de otra por un espolon que une la isla de Faro al continente y á cuya estremidad se eleva ese famoso monumento, una de las siete maravillas del mundo, y cuyo nombre fué tomado de la roca que le sirve de base. La rada del este casi inutilizada por las muchas arenas que se han acumulado en ella, está hoy día abandonada y solo sirve para recibir los buques que tienen que hacer cuarentena. Pero la del oeste, el antiguo puerto de Eunosto defendido de los embates de la mar por una linea de rocas que se hallan á flor de agua, ofrece un anclage seguro á los navios y contiene todo el año una ciudad flotante que apenas deja percibir por entre sus aparejos y sus mástiles, las enlucidas murallas de Alejandria.

Mientras que un piloto árabe encamina á un viajero por medio de los escollos que hacen indispensables sus servicios, sus miradas se fijan en una gran casa situada en medio de la escollera ó espolon y muy semejante en su construccion á las modernas europeas. Este es el arsenal que se halla cerca del arsenal, como si Mehemet Ali quisiera que los europeos reconocieran á primera vista en esta proximidad, ó mas bien en esta singular colocacion, al hombre de brazo fuerte, al rey industrial y al bajá fundador y mercantil. Descúbrese en seguida los vastos talleres, los depósitos ó almacenes de maderas y las calas de construccion sobre las que se elevan por encanto los buques, como enormes esqueletos de cachalotes vomitados por las olas sobre la playa. A la entrada del arsenal se halla el muelle siempre cubierto de géneros, mercancías y marineros, punto de una importacion y esportacion continua que se estiende hasta el dique de un canal al que Mehemet Ali ha puesto el nombre del Gran Señor, y cuya deferencia no le ha impedido combatir á las tropas de su soberano cuando ha llegado la ocasion. Sobre la ribera derecha del Mahmudi, están situados los almacenes destinados para conservar los géneros que desembocan por el canal procedentes del Nilo; estos almacenes son construcciones inmensas que recuerdan los graneros de los Faraones; despues en la costa del oeste y hasta la torre del Marabú se divisa una estensa linea de molinos de viento, nuevamente introducidos en Egipto por el mismo hombre que ha creado los arsenales y las escuadras, y que ha dado lecciones de táctica á los escuadrones del Sultan.

El cuadro que presenta el arsenal, es sublime por la actividad que se ve desplegar y por la vida que le anima. El continuo golpear de las hachas y de los martillos, el rechinar de las sierras, de las poleas y de los cabestantes, los ecos de los pifanos y tambores y los gritos que de todas partes se oyen en todos los idiomas conocidos, forman una verdadera torre de Babel; el codicioso canto de los obreros que arreglan sus esfuerzos á compás; los buques que entran y salen, y los cañonazos de las baterías de los fuertes que contestan á las salidas de los navios extranjeros; todo este movimiento de la industria, del comercio y de la guerra, presenta un espectáculo singular y maravilloso colocado entre una mar y un desierto de arena.

Un cuadro de otra naturaleza pero no menos admirable presenta el interior de la ciudad para el que solo conoce los usos de la vida Europea y pisa por primera vez el suelo oriental. Apenas salta á tierra un extranjero

sultado un ingeniero francés sobre este objeto describió sus proyectos y aprobados que fueron se pusieron inmediatamente por obra. Fué preciso destruir una parte de la ciudad y avanzando las aguas hácia esta nueva ribera ofreció ya un terreno firme y á propósito para las calas de construcción, logrando seguidamente á beneficio de otras considerables escavaciones que el agua presentase una profundidad suficiente. En vez del cuartel que se derribó ha hecho construir un arsenal completo, ha establecido cabestrerías, fraguas, talleres de arboladuras y de velas, un depósito general de útiles y herramientas, un obrador de brújulas y hasta una fundición de artillería é instrumentos de guerra que ha planteado en el Cairo.

Hizo venir de los puertos de Europa una multitud de obreros, que recompensaba liberalmente, y á quienes hacia enseñar sus respectivos oficios á mas de mil seiscientos árabes y no pasó mucho tiempo sin que en esta rivera que apenas era susceptible de sustentar corbetas se lanzaran fragatas y buques del mayor porte. Y cuando todo esto no bastára á demostrar el genio activo y emprendedor del hombre que rige los destinos del Egipto, bastaría para caracterizarle el hecho que tuvo lugar con el director de los trabajos marítimos cuando terminó el primer navio que posee de cien cañones. Botado al agua el *Ibraim* de cien cañones, preguntó el bajá si los soberanos de Europa ondeaban sus pabellones en navios de mas porte, y habiéndole contestado que sí, que los habia de tres puentes y armados de ciento veinte cañones, pero que el puerto de Alejandria no era suficiente para sostener embarcaciones de tanto fondo, repuso: —Pues que se empiece á ahondar desde mañana, y construidme un buque igual á los de que habláis. Efectivamente hoy dia posee Mehemet-Ali un navio de tres puentes que en nada cede á las mas aventajadas construcciones de Francia y de Inglaterra.

Un espectáculo mas interesante aun que el de estos inmensos resultados, es la destreza y actividad de tantos hombres arrancados á una independencia ociosa. Allí se miran mezclados los hijos de las tribus, los árabes del Nedjd, y los negros de Kordofan ocupados cada uno en los diversos talleres que pueblan aquel grandioso é inmenso arsenal. Testigos de la inteligencia de estas razas á las que por mucho tiempo se ha supuesto una organización inferior á las de otros pueblos, admiramos la voluntad decidida del hombre que ha logrado desenvolver

en el ánimo inculto de aquellos seres, gérmenes por tan largo tiempo apagados, y nos llevan nuestras reflexiones á pensar que sean estas las primeras luces de la civilización que deben penetrar un dia en el corazón del Africa, condenada por nuestras preocupaciones á eterna barbarie.

El aprendizaje fué penoso: el castigo se prodigaba para despertarlos de su flojedad y pereza, y para escarmentar su inclinación á los hábitos y costumbres anteriores. El látigo fué por largo tiempo la sola potencia del arsenal, y cada gefe de peloton no tenia otro medio de que valiese para mantener y dirigir los aprendices puestos á su cargo, porque el trabajo diario reemplazó súbitamente á las delicias de la vida errante, á la fácil navegación del Nilo y al disfrute tranquilo de las dulzuras del Sol sobre las plazas de Alejandria y del Coiro; y bastaba lamentar en silencio haber perdido tanta dicha, para atravesar la cólera y los golpes violentos del contramaestre. Mas el bajá lo exigia así, y todo se ha olvidado ya, lo mismo el reposo de las ciudades que las correrías del desierto.

Tambien se ha recurrido á otros móviles ya mas poderosos que el temor al castigo. Esta juventud impresionable y sencilla, se ha hecho accesible á los alagos del estímulo y de los honores, y se ha interesado su ambición, sábiamente escitada. En los talleres son considerados segun su capacidad, y los grados y ascensos de esta armada industrial son conferidos á los indígenas en reemplazos de los Europeos, á medida que su instruccion les hace hábiles para su desempeño. Capitan existe hoy que no aspira antes de su alistamiento mas que á guiar un camello por medio de los arenales. Mehemet ha conseguido enriquecer su ciudad de Alejandria con cinco brigs, y tres corbetas, seis fragatas y diez navios, fruto adquirido en tan corto número de años de unos hombres arrancados á una vida casi salvaje, además de haber construido un puerto inmenso y de establecer un arsenal completo. El Occidente le es tambien deudor de una leccion saludable y de un ejemplo de laboriosidad por los resultados que ha obtenido de la organización regular de mil seiscientos bárbaros, y ha enseñado á los reyes que en el mismo espacio de tiempo, sería capaz de cambiar el aspecto de Europa y de duplicarla sus resultados, con los tres millones de hombres y los cuarenta mil millones de reales que exige anualmente en observancia armada.

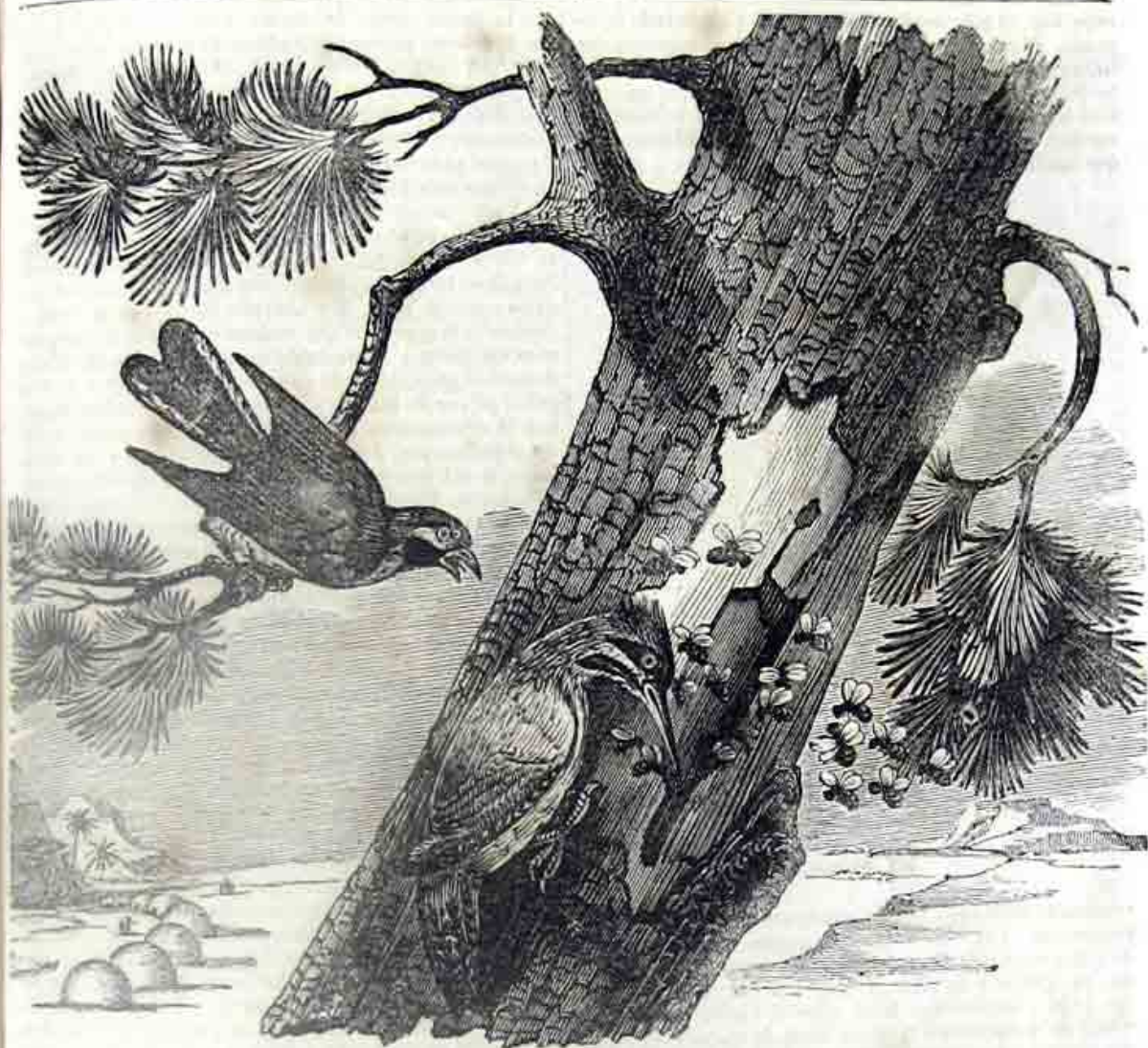
HISTORIA NATURAL.

EL CUCLILLO INDICADOR Y LOS PICOS.

Hemos reunido en la viñeta dos pájaros que han excitado vivamente la atención de los naturalistas por la singularidad de sus costumbres. El que se halla inmediatamente á un nido de abejas pertenece á la familia de los cuclillos. Si ha de darse crédito á las relaciones de los viajeros, este pájaro que habita el país de los Hotentotes en Africa cerca del cabo de Buena Esperanza, sirve de guia para hallar miel en el desierto, y conduce á los viajeros hácia los árboles en que conoce se encuentra un nido de abejas salvajes; esta circunstancia le ha dado el nombre de indicador. Mañana y tarde sin descanso la pasa dando chillidos penetrantes para llamar la atención de los cazadores, á los que confestan estos con tono mas grave y acercándose á él. Cuando los percibe va á cer-

nerse sobre el árbol que encierra la colmena, y redobla sus chillidos y revolotea en torno hasta que los cazadores han puesto manos á la obra. Mientras que se apoderan de la miel se mantiene á alguna distancia observando esta escena con mucho interés, y esperando su parte de botin que nunca olvidan separar. Para un Hotentote es casi un crimen matar á un pájaro de estos, y la palabra *vicki* que en su idioma significa miel, es una imitación del sonido que forma su grito de llamamiento.

Debajo del nido de abejas se ve asido al tronco otro pájaro de pico prolongado y cuyas garras fuertes, nervudas y armadas de uñas arqueadas y poderosas le sirven para sostenerse pegado á la corteza. Su cola compuesta de diez plumas largas y truncadas en su estremidad le sirven de punto de apoyo en la violenta posición que se ve forzado á tomar para trepar y encaramarse con facilidad (como se vé en la segunda viñeta), y dar grandes picotazos á el árbol que quiere despojar de su



El Cuelillo Indicador.

corteza ó penetrar hasta su centro. Esta ave es el pico que se encuentra en todas partes del globo donde la naturaleza ha permitido la reproducción de los árboles. Existen mas de treinta especies distintas tanto en su tamaño como en los colores de sus plumas, que en algunas son de una brillantez y hermosura extraordinaria.

El pico ataca los árboles para buscar gusanos de que se sirve como principal alimento, y los horada para proporcionar un nido profundo. Reconoce fácilmente las cavidades practicadas en los troncos por estos insectos y los que se hallan careados en su centro. Estos últimos son los que prefiere para habitar. Sus picotazos se oyen á bastante distancia y hace un ruido muy semejante al que ocasiona los golpes violentos de un martillo; y trabaja con tal actividad, que despoja en poco tiempo á los árboles mas corpulentos de toda su corteza. Cuando agujerea un tronco arroja con sus patas las astillas y el polvo, y se vé frecuentemente al pié de aquel y debajo del punto en que ha hecho su agujero un monton considerable de estos despojos. Debilitan así los árboles á el estremo que son tronchados bien pronto por los vientos, y el daño que haría en los bosques sería inmenso si fuera tan numerosa su especie. Los propietarios procuran la extincion de estos pájaros que no dejan de atacar tambien muchos troncos sanos y robustos. Eran muy raros

los árboles de cuarenta pies que usaban nuestros antecesores para la construcción de sus galeras que no tuviese lo menos tres taladros hechos por el pico destructor de este pájaro. El padre Charlevoix refiere que los bosques destinados en Santo Domingo para madera de construcción los hallaron acribillados de agujeros al estremo de no poder aprovechar un solo pie. Hay en esta isla una especie de pico que no es tan grande como una alondra, y su pico es tan fuerte que en un dia taladra hasta el corazon un palmito, con la circunstancia que la madera de este árbol es tan dura que con dificultad la libran los mejores instrumentos de hierro, por esta razon son conocidos estos pájaros en aquel pais con el nombre de carpinteros.

La estructura de su pico y aun de todo su cuerpo está en armonia con sus costumbres. La forma de aquel es recta, terminado en punta, ancho por su base, fortificado con una media caña ó estria cortante; y se halla adherido á un cráneo de un espesor increíble. Su lengua larga y afilada está terminada por una punta dura, huesosa y cubierta de una especie de sustancia viscosa que forma la lengua propiamente dicha, y que le sirve para que no se le huyan los gusanos que busca su pico sobre la corteza ó en el centro de los troncos.

Las tres especies de estas aves que se conocen en Eu-

ropa son, el pico verde, el pico negro y el pintado ó jaspado. El primero es mas comun, se le conoce con distintos nombres segun los países y se le vé aparecer en las primaveras, así como en invierno se cree que emigran ó se ocultan. Los gusanos y los huevecillos de estos que encuentra en los árboles no forman solo su alimento por que tambien busca las hormigas, las aguarda à su paso



El Pico.

lendiendo su lengua larga y glutinosa en el sendero que frecuentan, y la retra despues cuando se halla cargada de estos insectos. Otras veces ataca à los hormigueros con sus garras y su pico, y saca à la vez las hormigas, sus crías y almacenes. Si se abre el buche de un pico verde se le encuentra siempre lleno de hormigas, y generalmente estos pájaros en nuestros climas son pequeños

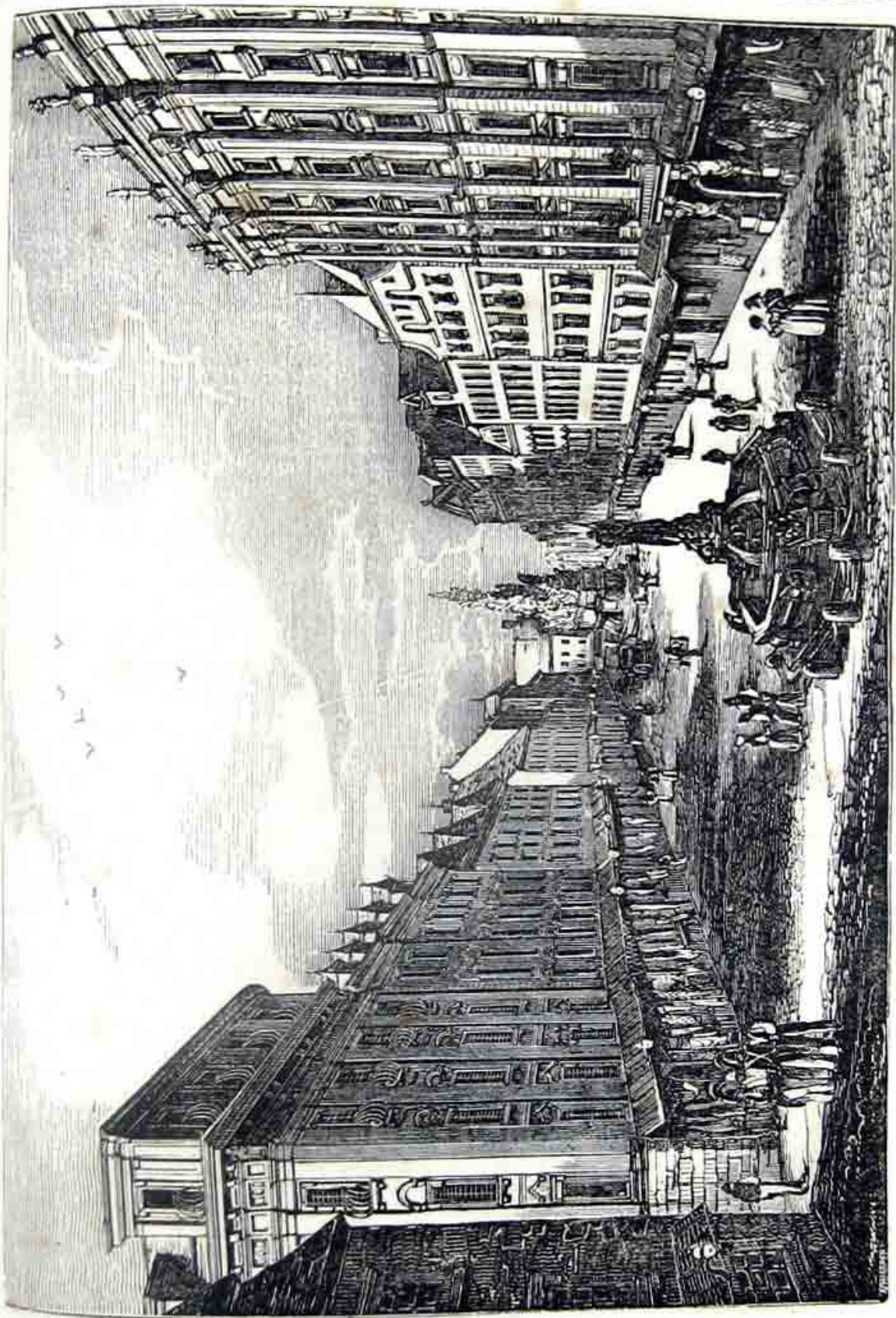
por lo tanto nadie los busca. El clima templado de Italia los hace permanecer durante el invierno en aquel país, allí suelen estar mejor cebados y son susceptibles de poderse servir à la mesa. Otros autores pretenden que el pico verde hace su mansion en Alemania durante el invierno y que ataca las colmenas de abejas, pero siendo aquel país mas frio que el nuestro nos parece un poco aventurada esta asercion.

Vulgarmente se cree que el pico verde anuncia la lluvia con un chillido particular, doloroso y prolongado que se oye de muy lejos y que los habitantes del campo y de las aldeas le han traducido con algunas variaciones por *plieu, pleu ó plui*. En algunas provincias le llama el pueblo el *procurador del molnero*, porque suponen que anuncia lluvia y la creciente necesaria al movimiento del molino. Los ingleses le conocen con el nombre de *rain foul* (pájaro de lluvia) y era conocido entre los romanos con la denominacion de *pluvia avis*, que tiene la misma significacion. En Roma las apariciones y los movimientos del pico se consultaban por los agoreros cuidadosamente. Plinio refiere que un pico vino à posarse sobre la cabeza de un pretor en el momento mismo que se hallaba sentado en su tribunal para administrar justicia, y que se dejó coger sin oposicion alguna. Consultados los adivinadores ó agoreros sobre este prodigio contestaron, que Roma estaba amenazada de destruccion si dejaban escapar aquel pájaro y el pretor de muerte si le retenia. Colocado el pretor en una situacion critica por esta declaracion, no dudó un momento sacrificarse por su país y mató por su mano al pico augural. Poco tiempo despues, añade Plinio, dejó de existir tambien el pretor. En nuestros dias una prediccion semejante aunque la siguiera un efecto tan rápido no hubiera adquirido suceso ni crédito mas que en el ánimo de algunas personas débiles ó supersticiosas, y se hubiera explicado la muerte del pretor efecto del terror que ocasionó la prediccion en su espíritu hallándose ya predispuesto à la muerte.

Entre las creencias supersticiosas del pueblo romano, no debemos pasar en silencio la fabula de la transformacion en pico verde de *Picus* abuelo del rey Latinus, víctima de la envidia y de los hechizos de Circe, que despues uno de los dioses campestres de los romanos bajo el nombre de *Picumnus*, y aseguraban que en tanto que la loba amamantaba à Rómulo y à Remus, habian visto posarse en su cuna à este pájaro sagrado.



Vista de una cabaña inglesa.



Vista de la plaza de Greven en Viena.



PLATE I. THE GREAT HALL, WESTMINSTER ABBEY.

e
q
n
t
c
s
t
q
e
e
d
d
p
E
f
n
s
p
n
e
q
u
i
c
d
E
s
q
b
t
b
l
d
y
G
m
l
d
v
o
d
a
t
i
c
a
r
h
n
e
n

ESTUDIOS DE VIAGES.

AUSTRIA.—VIENA.

Viena, capital de la monarquía austriaca, está situada en la ribera derecha del Danubio y sobre un riachuelo que la atraviesa y se pierde en el mismo río. Fortificaciones regulares separan la ciudad de los arrabales, que son treinta y cuatro, algunos de ellos bañados por los riachuelos de Wien y de Alserbach; otros dos están atravesados por un brazo del Danubio, sobre el cual hay construidas tres puentes. Su circunferencia es casi la misma que la de París, pero su población y la estension de sus edificios son mucho menos importantes. Consta aquella en efecto de menos de 300,000 habitantes, comprendiendo en este número la población de sus arrabales.

La situación de Viena es deliciosa: colocada en medio de una llanura á que dan vistosa variedad colinas escarpadas, y al lado de uno de los grandes rios de Europa, rodeada de paseos encantadores y de tierras fértiles, ofrece una mansion encantada, si un clima variable y un cielo frecuentemente nebuloso no disminuyen sus monumentos así como á sus campiñas un aspecto monótono; la ventaja de estar bañada por el Danubio casi desaparece en vista de algunos inconvenientes; el serriamiento de las nieves engruesando los riachuelos que traza este río, le hace desbordar de tal suerte que una parte de los arrabales está continuamente inundada á una gran altura.

Todo está amontonado en la ciudad; las calles que se cruzan irregularmente no están alineadas ni bien niveladas, y aunque empedradas no son limpias ni cómodas. En tal la desigualdad del terreno que hay calles que pasan por encima de otras en forma de puentes. La única que hay hermosa es la de Herrenstrasse. Las plazas públicas estrechas é irregulares están llenas de monumentos de gusto general de mal gusto. La estatua ecuestre de Carlos de dimensiones colosales de José II colocada en la plaza de José, hace por el contrario honor al talento de Zauner que la ha ejecutado.

La población que habita la ciudad vive en casas altas y reducidas. No hay en su recinto otro paseo que el jardín, donde se hallan los principales almacenes de seda y donde se reúnen todas las tardes los ociosos y los extranjeros.

Desde que la estación lo permite, los vieneses abandonan la ciudad, los habitantes acomodados se retiran en carros á los arrabales que distan 600 toesas. A uno y otro lado de la esplanada intermedia hay hermosas fontanas y conventos transformados en cuarteles, calles de árboles la cortan en distintas direcciones; pero no están empedradas, son como las de los arrabales, muy sucias en estío á causa del polvo y en invierno á causa del lodo. Por lo demás los arrabales, mucho mejor situados que la ciudad, tienen muchas calles anchas y espaciosas. Hay en ellas algunos palacios de verano, pertenecientes á familias principales, y muchas casas que se ven de una arquitectura rica, no carecen de cierta elegancia y están rodeadas de numerosos y vastos jardines. En las calles estuviesen empedradas, indudablemente

te los arrabales constituirían una mansion de las mas agradables. En el que tiene el título de Landstrasse está situado el Belvedere, construido por el príncipe Eugenio y que hoy pertenece al emperador: este edificio es el mas hermoso de la capital y contiene la galería imperial de pinturas.

Hase observado que el consumo de comestibles es en proporción mas considerable en Viena que en las demas poblaciones grandes á causa de la decidida afición de sus habitantes á la buena carne. Pocos países hay donde se coma mas. La abundancia jeneral dá á los vieneses la facilidad de saciar su pasión gastronómica: otro de sus placeres favoritos es el baile y el paseo, y para satisfacerlo acuden á los jardines de *Augarten* y al *Prater*, que es una vasta pradera cubierta de bosques, de robles y hayas, que divide una hermosa calle de una legua de largo. En tanto que se entregan á la alegría, bajo la sombra de los árboles, que están entremezclados de casas, de cafés y de figones, millares de carruajes de todas clases y de caballos recorren en todos sentidos la gran calle que termina en un pabellon que es la meta de las carreras; allí se encuentra el Danubio, y sobre sus orillas una calle plantada de árboles. En este paseo es donde se ve la carroza del emperador de Austria seguir modestamente la hilera de los demas coches, sin que jamas el príncipe los haga parar para que le dejen paso. En la mayor parte de las capitales de Europa, los simples lacayos del soberano, como todos cuantos se le acercan, tienen un aire de importancia necio y ridículo; en Viena son sencillos y modestos, y lo que es mas raro en jentes que se rozan con la grandeza, honrados.

Un médico inglés, Adam Neale dice en la relacion de su viaje á Alemania: «Desde 1768 la población de Viena ha experimentado un aumento conocido, merced á la afluencia de los emigrados de Italia, de los Países Bajos, de la Holanda, de la Polonia, de la Suiza y de los Estados Germánicos. Pero al mismo tiempo ha crecido tambien constantemente el número de muertos en una proporción mucho mas considerable, sin que pueda designarse ninguna causa á esta mortandad, á no ser que provenga de ser demasiado reducido el ámbito de la ciudad para la numerosa población que contiene. Así es que en 1786 este número era de nueve á diez mil anualmente; pero desde 1790 ha subido sucesivamente hasta catorce, quince y aun diez y seis mil, número que comparativamente excede en mucho al aumento de población. Hoy el término medio de la mortandad es de un individuo sobre quince, mientras que en Londres no es mas que de uno sobre treinta; en Viena los ejemplos de longevidad son raros en proporción, de modo que puede decirse que en esta capital la vida humana corre dos veces mas peligro que en Londres. No sé si esto provendrá de la glotonería que se atribuye á los habitantes, y que hasta se ha hecho proverbial, ó mas bien del clima que es muy vario, pues comunmente en menos de dos horas el calor mas sofocante sucede al frio mas riguroso. El aire de Viena, si no lo purificáran todos los dias un viento fresco que se levanta á las diez, llegaría á ser pestilencial. El agua de las fuentes es allí insalubre y causa frecuentemente violentos cólicos á los extranjeros; y el agua del Danubio es tan gruesa y cenagosa que es imposible beberla si no se la filtra con el mayor cuidado.

Los arsenales de Viena contienen una colección muy

rica y curiosa de máquinas de guerra antiguas y modernas, entre las cuales se ven cuatro enormes piezas de cañones turcos, monumentos de las victorias del príncipe Eugenio; una de ellas, que tiene la fecha de 1516, fué tomada en Belgrado en 1717; pesa ciento setenta y nueve quintales y puede lanzar una bala de ciento veinte y cuatro libras; otra fundida en 1560 pesa ciento diez y siete quintales y puede recibir una bala de sesenta. También se hallan en el gran arsenal dos máquinas de maderera, una de las cuales dispara una bala de piedra de cuatrocientas libras, y otra una bala de doscientos cincuenta. Hay igualmente un mortero de hierro de un calibre enorme, cercado de aros de hierro de dos pulgadas de espesor cada uno, y otro mortero de bronce mas grande sobre el cual están grabadas estas palabras: *Segismundo, archiduque de Austria 1404*. Las paredes exteriores del edificio están rodeadas de una cadena prodigiosa que tiene doscientos pies de longitud, pesando cada eslabon veinte y cuatro libras. Esta cadena es solo un pedazo de la que los turcos arrojaron al Danubio cerca de Baden en Hungría para impedir que se aproximasen las lanchas cañoneras de los austriacos. Entre los restos de armaduras antiguas está el gorro de terciopelo carmesí de Godofredo de Bouillon y el chaleco de piel de búfalo de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, horadado en el costado derecho por la bala que terminó la existencia de este príncipe en la batalla de Lautzen en Sajonia en 1632.

En otro arsenal se enseña la cabeza de Cara Mustafa, gran visir y capitán del ejército turco en el último sitio de Viena en 1683. El destino de este hombre tuvo algo de extraordinario. Fue el favorito de la sultana, madre del gran Turco, la cual le elevó a las primeras dignidades del Estado. Empero siéndole contraria la suerte en el si-

tio de Viena, fue ahorcado en Belgrado por orden del sultán y enterrado en secreto: al tomar las tropas austriacas esta ciudad, desenterraron su cuerpo y enviaron su cabeza en un saco de sal á los vecinos de Viena. En una relacion del sitio de esta ciudad, impresa en Londres en 1684 refiere, un testigo ocular, que durante el sitio de Viena, *Cara Mustafa* se hacia transportar cada tres dias en una especie de caja de hierro herméticamente cerrada para visitar las fortificaciones. ¿Creeríase que este visir, que tanta pusilanimidad mostraba, hubiese concebido proyectos gigantescos? Pues á nada menos aspiró que á subyugar el occidente de la Europa despues de haber sometido la capital del Austria. Invadió su territorio á la cabeza de trescientos mil hombres, mandados por cinco príncipes soberanos y treinta y un bajás. Formaban su tren de artillería trescientos cañones. Sabido es que Viena fue reconquistada de los turcos por el valor de los polacos mandados por su Rey Juan Sobieski.

Al frente de los mas hermosos edificios de Viena es preciso colocar el palacio imperial, llamado el Burgo, que ha dado su nombre á la plaza en la cual tiene su entrada (Burg-Platz). Este palacio es un antiguo edificio irregular que encierra magnificas colecciones de mineralogía, objetos artísticos, curiosidades y medallas; colecciones que tal vez sobrepujan por su riqueza á las de las demas capitales de Europa.

El emperador habita la parte del palacio llamado Schweitzerhoff. Este palacio está cercado de edificios notables: en un lado se ve la antigua chancillería del imperio, adornada de cuatro grupos de colosales dimensiones; en el otro está la biblioteca imperial que contiene treinta mil volúmenes, seis mil ejemplares de los prime-

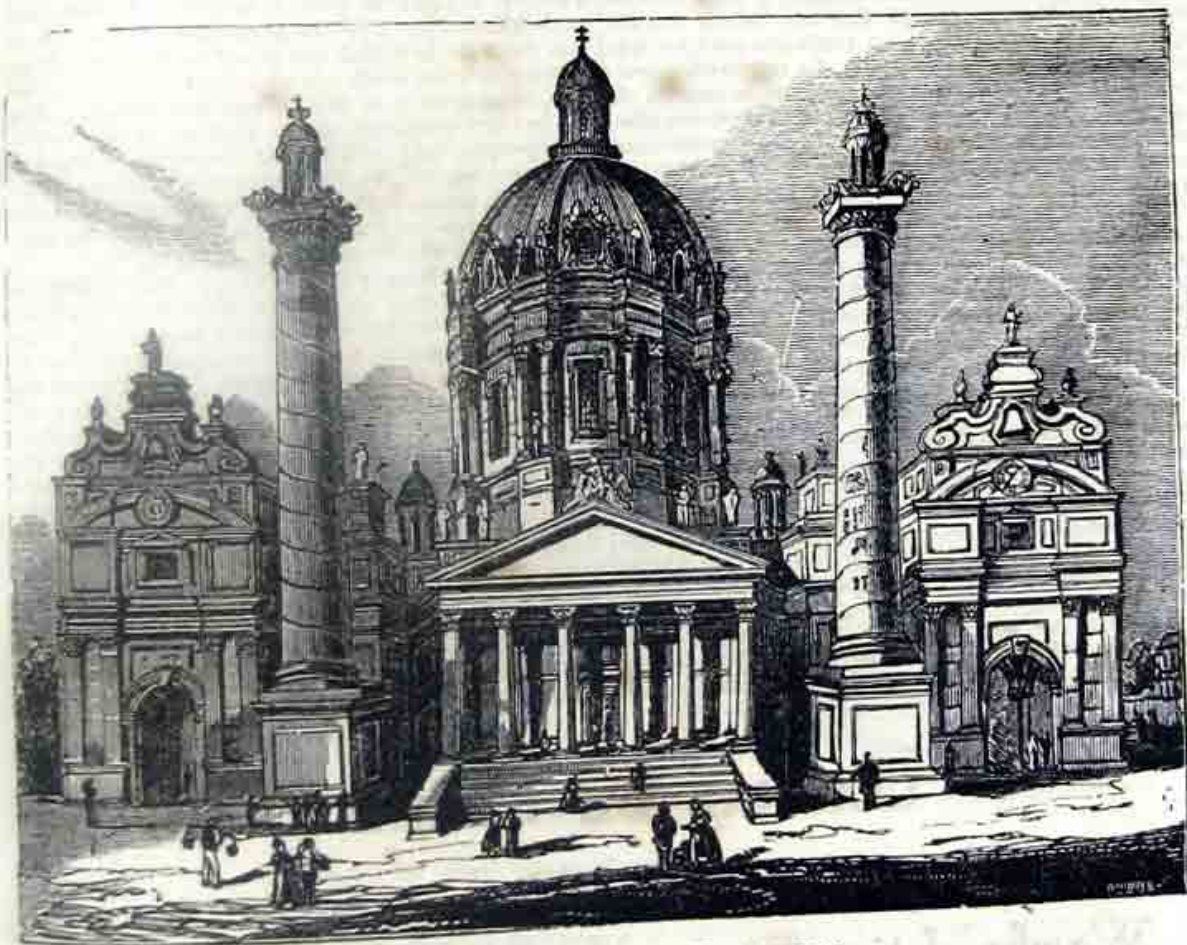


Vista del palacio de san Miguel y palacio imperial en Viena.

ros ensayos de la imprenta, y doce mil manuscritos (1). Mas lejos está la escuela de equitación, obra maestra de arquitectura, á la cual se unen las dos salas del reduto y el teatro del Borgo. En el jardín público, llamado Volksgarten, hay un templo en el cual se admira la bella estatua de Tesco, una de las obras maestras de Canova.

Para formarse una idea de la riqueza de Viena en hermosos edificios sería menester pasar revista al palacio del duque de Sajonia-Teschen, propiedad hoy del archiduque Carlos; la casa de monedas, la chancillería de corte, la casa del consejo de guerra, la chancillería de Bohemia, la de Hungría, la casa de villa, el palacio del arzobispo, el de la universidad, los teatros, el palacio de la asamblea de los Estados, de estilo gótico, el observatorio etc. etc.

Las iglesias de Viena merecen ser vistas. En la torre de la de San Esteban, que goza el título de catedral, llama la atención una campana que pesa 36,000 libras, y que está fundida de los cañones tomados á los turcos cuando levantaron el sitio de Viena. Esta torre tiene mas de cuatrocientos pies de altura. San Esteban encierra treinta y ocho altares de mármol, los sepulcros del emperador Federico IV, del príncipe Eugenio de Savoya etc. La iglesia de san Pedro construida con arreglo al modelo de la magnífica basílica de su nombre en Roma, tiene una cúpula cubierta con cobre; en la iglesia de los agustinos pueden admirar los curiosos el mausoleo que Canova ha erigido á la archiduquesa Crisтина, y el de Leopoldo II por Zauner. La iglesia de san Ruperto data de 740. En un subterráneo de la iglesia de Capuchinos están en-



Iglesia de san Carlos Borromeo.

terrados los príncipes de la casa de Austria; contiene setenta y cuatro feretros, principiando por el de Matias.

(1) Esta biblioteca posee ochocientos volúmenes de grabados; y doscientos diez y siete de retratos; entre los manuscritos se hallan los jeroglíficos mejicanos que aun no ha habido quien pueda explicarlos; un manuscrito de Dioscórido con dibujos de plantas sobre vitela, pintadas en el siglo V; el original del senado-consulta que regularizó las leyes el año 567 de Roma; el manuscrito del Taso, de la *Jerusalén libertada*, el papiro egipcio etc.

Existe en Viena una costumbre muy singular respecto á la sepultura de los individuos de la familia imperial; aunque sus cuerpos se depositan en la iglesia de los capuchinos, sus entrañas son trasladadas á la de san Esteban y sus corazones á las de los Agustinos. Cerca del arrabal de Wieden está la iglesia mas regular de Viena, San Carlos Borromeo, que fué construida en cumplimiento de un voto hecho por el emperador Carlos IV para que cesara la peste de 1713.

Las escuelas de instruccion pública son numerosas en Viena. En el instituto politecnico se enseña todo lo que

tiene relacion con las artes, la industria y el comercio. La academia de medicina y de cirujia es notable, tanto por su organizacion como por la belleza de su edificio. La universidad que cuenta setenta y nueve profesores y á la cual concurren mil doscientos estudiantes, posee una biblioteca de cien mil volúmenes. Ensenáanse en ella la anatomia, la química, la física y las ciencias naturales. La escuela de los orientalistas está destinada á formar intérpretes para facilitar las relaciones del Austria con la Puerta Otomana. Ademas de estas escuelas existen otras para los jóvenes de la nobleza. Las bellas artes se enseñan en un establecimiento especial; en otros se ocupan de su aplicacion á los productos de la industria. Hay una academia de ingenieros; el conservatorio imperial donde se forman músicos distinguidos; el número de discípulos de este establecimiento sube á doscientos; contiene archivos musicales muy importantes, una biblioteca compuesta de obras teóricas é históricas, relativas á la música y una coleccion de instrumentos antiguos y modernos de todos los pueblos de la tierra. Hay una escuela normal que provee de profesores, y un seminario para los que se dedican á la carrera eclesiástica. La universidad protestante solo es frecuentada por un reducido número de discípulos, porque los protestantes ricos prefieren educar á sus hijos en sus casas. En fin la ciudad posee cinco grandes colegios y sesenta escuelas elementales, que segun dicen, están mejor sostenidas que las que existen en Francia de la misma clase. Una de ellas está destinada para los niños pobres que aprenden en ella gratuitamente á leer y escribir, la aritmética y el dibujo. Asisten á las otras los hijos de los artesanos en los dias festivos. Crecido número de niñas pertenecientes á familias acomodadas se educan en conventos, pero existe una institucion especial para las hijas de los militares.

Viena posee gran número de institutos de beneficencia, entre los que debemos citar una escuela de sordomudos y la casa imperial de huérfanos. Hay ademas en uno de sus arrabales una casa de correccion y de trabajo para todas las mendigos de la provincia; otra de detencion reservada para los vagos que no son criminales, y se tiene muy buen cuidado de no ponerlos en comunicacion con ellos, como acontece en Francia; por último otra casa semejante está destinada para los jóvenes de clases acomodadas.

Viena es por sus manufacturas, que ocupan á sesenta mil individuos, la ciudad mas importante de la monarquia austriaca. Fabricanse en ella sederias, te-

jidos de oro y plata, cintas, cotonias, objetos de quinacalla, instrumentos de matemáticas, agujas, papeles de tapiceria, coches excelentes, relojes, instrumentos de música etc. etc. Véanse tambien en esta ciudad muchas fábricas de porcelana de las que una sola, la del gobierno, emplea ciento cincuenta pintores y quinientos operarios.

El canal de Neustadt, concluido en 1803 pone á Viena en comunicacion con el Danubio; los barcos suben con el auxilio de esclusas hasta el estanque que hay delante de la casa de ayuntamiento. En 12 de febrero de 1833 se abrió un vasto edificio destinado á la exposicion anual de todos los productos naturales é industriales de los estados austriacos.

Desde la caida del imperio francés, Viena ha recibido grandes mejoras; los arrabales se han aumentado con mas de seiscientas casas, y los viejos soldados franceses que en otro tiempo entraron allí vencedores, apenas conocerian hoy mucha parte de la ciudad. El número de sus habitantes ha subido en proporcion, en cada una de esas casas de la ciudad tan grandes, tan altas y de una arquitectura tan sólida, se apaña una poblacion que habitualmente consta de mas de cuarenta personas; algunas hay que contienen mayor número: la casa Tratner, por ejemplo, está habitada por cuatrocientos inquilinos y produce mas de 156,000 francos: la del antiguo hospital civil de propiedad particular, es una especie de pueblo con diez patios y la habitan mas de doscientas familias, produciendo de renta sobre 1,248,000 rs.

Las fortificaciones interiores que rodean la ciudad propiamente dicha, así como las murallas que forman el circuito de los arrabales, no bastan para hacer de Viena una plaza que pueda ofrecer alguna resistencia. Su guarnicion no pasa de 12,000 hombres. Los franceses han entrado en ella dos veces, pero si esto fuese una humillacion, pocas capitales hay que no la hayan sufrido igual.

A pesar de su importancia, Viena ha visto nacer pocos hombres célebres. Citanse entre ellos algunos escritores que han ilustrado la literatura alemana, el historiador Schrockh, el médico Collin, el poeta Enrique de Collin, J. B. Alxinger y el literato Mastalier. Verdad es que hasta ahora parece que las letras y las ciencias no han ofrecido mucho solaz y recreo á las ciencias de Viena. Las representaciones teatrales no son para ellos mas que un mero pasatiempo, una ociosidad, y su gusto en esta clase de materias está muy lejos de dar la ley en Alemania.

GLORIAS DE ESPAÑA.

Wamba el triunfador.

I.

Habiendo muerto el rey godo Recesvinto en el año seiscientos setenta y dos de la era cristiana, ni dejó hijos que heredasen su corona, ni entre sus hermanos se encontró alguno que pudiera dignamente sucederle en el mando. No estaba entonces tan afianzado el derecho hereditario en la sucesion al trono de España, que no sufriese en algunas circunstancias extraordinarias las modificaciones que reclamaba el bien comun, y para que este quedase firmemente asegurado, se necesitaba entonces

en el solio un varon de prendas nada vulgares aunque su estirpe no fuese de sangre real. Hacia falta un hombre con el teson suficiente para llevar á cabo la reforma de leyes y de costumbres, que el rey Recesvinto habia dejado casi en proyecto; para lo cual era preciso que el hombre elegido tuviese el primero las leyes grabadas en el fondo de su corazon por haberlas practicado toda su vida. Los nobles, los poderosos, todos los personajes de mayor influencia en la causa pública y por tanto los mas interesados en la eleccion del nuevo soberano, viendo que los hermanos del difunto rey eran poco á propósito para sucederle en tan espinoso cargo, determinaron unánimemente elegir á Wamba á quien la opinion pública designaba como el varon mas digno de ceñir á su frente la corona. Wamba era hombre principal, muy estimado por los reyes que le habian conocido, á los que

habia prestado sus servicios en épocas mas tranquilas: era tan inteligente en las cosas de guerra como en las de paz, y el mayor elogio que de él puede hacerse, es decir que era digno en un todo del cargo importante á que le destinaban. La mayor dificultad consistia en hacersele aceptar, porque Wamba que en algun tiempo habia figurado bastante en la corte, se hallaba en aquella sazón retirado en una de sus posesiones campestres, donde se distraia algunos ratos en la fútil ocupacion de la agricultura, y donde habia resuelto pasar los dias que aun le quedasen de vida, desengañado ya á favor de una larga experiencia de lo que valen las grandezas de la tierra.

Los comisionados del pueblo, firmes en su resolucion, fueron á buscar á Wamba á su solitario recinto, apenas resguardado por una endeble tapia por encima de la cual asomaban los arbustos y las ramas de los árboles cargados de fruta sazónada. Una hermosa calle, cubierta

de finisima arena y bordeada de cespéd, les condujo á lo mas sombrío del vergel. Aquellos hombres profanos al sentir la frescura y puro ambiente de aquel sitio, al respirar el aroma que las flores exhalaban, al escuchar el gorgojo de las aves, que habian elegido para su morada aquella predilecta mansion, empezaron á comprender que pudiera muy bien haber felicidad lejos de la corte y el mundano bullicio. ¡Tanta es la influencia de las bellezas naturales, tanto lo que alivian las fatigas de ánimo y de cuerpo, que no pudieron menos de sentirla entonces los hombres menos á propósito para ello!

Wamba descansaba junto á una cristalina fuente, mirando complacido como un chorro de agua cristalina bajaba con sorc'o murmullo á refrigerar sus vegetales. A su lado tenia la azada con que acababa de facilitar el paso á las aguas cuyo curso seguia cuidadoso. Nada es comparable á la sorpresa que le causó la nueva de su eleccion, y mirando con disgusto á los mensajeros, rehusó desde



Ofrecen la corona á Wamba el triunfador.

hizo la seductora corona que á sus ojos ostentaban, anunciándoles que preferia la tranquilidad y las delicias de su vida privada á todo el brillo de la soberanía.

—No quiera el cielo, les dijo, que cambie yo esta vida apacible y retirada, donde la práctica constante de la virtud endulzará las penas de mi vejez, por el falso esplendor del trono que ya sé los disgustos y sinsabores que encierra.

No desistieron los enviados de su intento á pesar de la repulsa de Wamba, porque ya la llevaban prevista. Por el contrario insistieron manifestándole que no venian á ofrecerle la corona como un medio de mejorar su situacion y asegurar su felicidad, sino como un sacrificio que era preciso hiciese á la utilidad general.

—No por vos, ni por vuestro engrandecimiento os ofrecemos la corona, le decian, sino por nuestro bien y la prosperidad de la patria que vos solo podeis asegurar;

asi es que por nuestro amor habeis de aceptarla.

—Para gobernaros á vosotros, replicaba Wamba, era preciso conoceros á fondo, y yo que separado del mundo hace tanto tiempo vivo ausente de la corte, mal me puedo prometer el conocimiento capaz de proporcionaros ese bien que tanto deseais.

Al ver la obstinada repugnancia de Wamba á aceptar el gobierno, uno de los principales mensajeros no quiso que volviesen á instarle, porque habia concebido otro genero de argumento tan energético como persuasivo. Acercóse á Wamba con aire resuelto y denodado ademan y blandiendo ante sus ojos la espada desnuda le dijo:

—Al filo de esta espada perecerá todo aquel que anteponga su reposo privado á la salud general, y á quien mezquinas consideraciones impidan atender á la salvacion de su patria.

Solo así conoció Wamba cuan tenaz era el empeño

de aquellos hombres, y al mismo tiempo con ligonera para él la convicción de los que en él habían fijado su última esperanza. Wamba cedió al fin, abandonó con sentimiento su pacífico asilo para dirigirse á Toledo, donde fué conducido con gran pompa á la iglesia metropolitana. Allí el venerable arzobispo Quirico, sucesor de S. Ildefonso, le tomó el juramento de gobernar el reino con fidelidad, equidad y justicia. Religiosa ceremonia de que tal vez por aquella época sola nuestra patria presentaba el ejemplo. Despues que el nuevo monarca hubo jurado observar el primero las leyes, levantó el arzobispo en ambas manos la riquísima corona de los antiguos reyes godos y la suspendió sobre la cabeza de Wamba que entonces pareció rodeada de celeste y misteriosa aureola, y cuando pronunciadas las palabras del rito la colocó al fin sobre sus sienes á vista de un inmenso pueblo, innumerables gritos de júbilo resonaron en todos los ámbitos del templo.

II.

Acertada fué la elección de los que habían designado á Wamba como el hombre mas apropiado para manejar las riendas del gobierno. No tardó mucho en revelar su talento y grandiosas ideas, así que pudo darlas competente desarrollo en la vasta esfera á que le habían ascendido. La prudencia con que se condujo en el ejercicio de la potestad suprema en aquellos criticos tiempos ha sido intachable y sin embargo no bastó á calmar la inquietud de los descontentos y de los amantes de alborotos. Las reformas que Wamba planteó en todas las clases del estado, si bien eran saludables á la generalidad, no así al interés individual de algunos ambiciosos que al fin se declararon en abierta rebelion: entonces le fué preciso al electo monarca desplegar sus conocimientos en el arte de la guerra. Los contrarios sin embargo no habían osado declararse cerca del sitio donde Wamba residia, temiendo los efectos de su pronta cólera y contando con la distancia como un seguro recurso, fué en la Galia gótica donde primero levantaron la cabeza. Hilperico conde de Nimes, era el jefe natural de aquella empresa á cuyo triunfo había destinado todas sus riquezas, valiéndose además para lograrlo de su crédito é influencia en el país. Pudo este accidente comprometer el nuevo reinado de Wamba, porque Paulo, griego de nacion, general ilustre á quien envió sin tardanza á sofocar la insurreccion, despues de haber tenido secreta inteligencia con los parciales enemigos, se declaró enteramente á su favor. Envanecido con sus primeros triunfos llevó su osadía al extremo de coronarse por rey comitiendo y despreciando al legítimo monarca. Conoció Wamba que era llegada la hora de ponerse en campaña, acudiendo en persona al estremo de los conjurados, y al frente de sus tropas que se pusieron en marcha gustosas, acudidas por tal príncipe partió á buscar los enemigos. Pacificó al paso la Navarra y Cataluña, donde había cundido también la insurreccion y atravesando los pirineos con un ejército ya victorioso, sujetó varias ciudades y villas de Francia, sin parar hasta poner cerco á Nimes, ciudad fortísima, último asilo de los magnates sublevados.

Obstinada fué la defensa que hicieron amparados por las murallas de aquella ciudad; mas también fué ejemplar el castigo de los rebeldes, porque exasperados los del partido real con tan larga resistencia, cuando al fin entraron en la ciudad lo llevaron todo á sangre y fuego. Con tan célebre conquista no solo quedó ya cimentada una verdadera paz, sino que pudo Wamba ver humillado á sus plantas á Paulo y á veinte caudillos de la sublevacion. Favorecido así el monarca por la fortuna, cuando supo que el rey de Francia Chilperico II intentaba venir á repeler lo que él llamaba una invasion hecha en Francia le ahorró parte del camino y llegando al sitio de donde

no era lícito pasar sin violar la fé de los tratados, esperó por cuatro dias en campaña abierta á los contrarios, que no llegaron á corresponder á esta invitacion. Hasta los triunfos en los mares que eran desconocidos en los annales de la gótica monarquía, se lograron en los felices tiempos de Wamba, cuyas fuerzas navales derrotaron una poderosa armada de los sarracenos.

Tan célebres victorias eran dignas del triunfo mas ostentoso, y aquel rey modesto en su origen, pero de grandiosas ideas cuando se trataba de sostener el prestigio del puesto que ocupaba y de ensalzar las glorias de su nacion, determinó celebrarlas con una entrada triunfal á manera de las que habían verificado los héroes y emperadores romanos. Toledo, que si no era el lugar de su nacimiento, era por lo menos el de su predileccion y el de su opulenta corte, debía ser también el sitio elegido para celebrar su triunfo. Un dia entero duró la entrada de las tropas vencedoras en aquella ciudad embellecida por el monarca con obras tan costosas como útiles, y aquel dia fue de júbilo para todos. Las calles estaban adornadas, cubiertas de flores y yerbas olorosas y por entre la inmensa muchedumbre que las obstruía, desfilaba la brillante comitiva que empezaba á ordenarse en la vega y subia en magestuosa columna hasta el alcazar de los reyes. En medio de aquellos veteranos tan notables por su bizarría como por la satisfacción que se pintaba en sus semblantes, iban los prisioneros, los rebeldes á quienes el rey había hecho merced de la vida: pero condenados á perpetua prision. Iban vestidos de sucio ropaje y montados por irrision en unos camellos para que mejor fuesen el blanco de las miradas y burlas del pueblo. Paulo principal promovedor de la discordia llevaba la cabeza despojada de su cabellera y puesta en ella por escarnio una corona de cuero negro. Despues y en medio de toda la gala y magnificencia de su corte se ostentaba sobre un rico carro triunfal el rey Wamba, cuya majestuosa persona se mostraba revestida con los coturnos y clamide purpúrea de los emperadores romanos. Seguian considerable número de banderas, armas y despojos de los vencidos y todo cuanto se juzgó digno de contribuir al engrandecimiento del triunfo. La multitud que se agolpaba ansiosa por todas partes, elevaba sobre el eco de los bélicos instrumentos sus cantos de alegría y sus aplausos de victoria, para ensalzar á aquel rey que en sus bahañas y entrada triunfal emulaba dignamente los celebrados triunfos del Capitolio.

III.

El viento de la noche mecía blandamente los arboles plantados al rededor del claustro de la antigua abadía de Pampliega, é introduciéndose despues en la iglesia por la entreabierta portada del claustro, hacia también oscilar la llama de varios cirios que ardian al rededor de un fúnebre atahud. La confusa claridad de la luna aunque penetraba por las altas ventanas, no podia bajar hasta el pavimento cuyas losas se hallaban cubiertas por densas sombras. Producianlas los altos y robustos pilares de sillería que sostenian la bóveda y en los que se reflejaba entonces el amarillo resplandor de las antorchas. En el atahud que alumbraban, yacia un hombre pálido é inmóvil como un cadáver y envuelto en un negro ropaje. Aquel hombre era el rey Wamba; aunque nadie le hubiera conocido en aquel sitio, en aquel traje y despojado además de su barba y su flotante cabellera, símbolo entonces de la nobleza y la soberanía. Un silencio mortuorio reinaba en toda la iglesia, hasta que por la entornada puerta lateral que daba á el claustro, penetró un monje, turbando con el ruido de sus pasos aquel solemne silencio. Era un monge benedictino, anciano y venerable que acercándose lentamente hacia el atahud parecia que iba á tomar posesion anticipada del sitio que en bre-

de debería ocupar; pero su intencion era velar por algun tiempo al difunto, como se inferia del libro del rezo divino que llevaba bajo el brazo. Arrodillóse junto á la tumba permaneciendo un rato en oracion, despues se levantó y acercándose al cadáver no fué dueño de contener su deseo de dirigir la última mirada al que antes de ser rey va fuera su amigo. Al ver tan desfiguradas aquellas nobles facciones y rapada aquella cabeza donde poco antes se ostentara la corona real, al ver tendido sobre el sepulcro al poderoso triunfador, se convenció mas y mas de cuan ilusorias son las grandezas de la tierra. Poseido de un terror religioso, tomó asiento en las gradas de la tumba y abriendo el libro empezó á recitar fervorosamente sus salmos. Entretanto el supuesto cadáver empezó á moverse.

Si la ponzoñosa bebida que suministró al buen Wamba la perfidia cortesana, fue suficiente para producirle un continuado letargo, durante el cual sus enemigos pudieron lograr sus ambiciosos intentos, no fué suficiente á terminar los dias que aun le quedaban de existencia. Wamba no estaba muerto: en aquel momento volvia en sí y cual si despertara de un profundo sueño, no sabia donde se encontraba ni lo que habia pasado por él. Sentia solo una debilidad extraordinaria y no podia darse cuenta de sus ideas desconcertadas, hasta que habiendo levantado la mano sobre su frente al encontrarla despojada del cabello, carácter de su soberania, entonces empezó á acordarse y á comprender.

No pudo ejecutarse este pequeño movimiento sin llamar la atencion del monge que estaba orando. Sonósele al principio, poniéndose inmediatamente en pie, fijó los ojos en el abad: pero acudiendo á tranquilizarle su esperiencia de largos años que le hacia superior á ridiculas preocupaciones, contubo los ademanes de viva sorpresa que le causó el ver al rey con los ojos abiertos. Poseido de la mayor alegría se arrojó sobre el abad exclamando:

—Señor!... ¡Señor!

Quiso Wamba incorporarse: pero estaba tan débil que no pudo verificarlo, por lo que el anciano abrazándole con él le ayudó á levantar diciéndole:

—Oh! no habeis muerto, rey mio! No: vos no debiais morir tan pronto.

—Morir! Yo?

Esta fue la única contestacion de Wamba, y las palabras del monge, y el aspecto fúnebre de cuanto le rodeaba fueron para él un rayo de luz que le hizo comprender perfectamente su posicion. No dudando ya de que le habian querido enterrar vivo, se dejó caer casi des-

mayado, y en medio del terror que esta idea le infundia, aun pudo entregarse á una profunda meditacion. Toda su vida pasada se le representaba entonces, deslizándose rápidos los sucesos á su vista desde que le sacaron de su humilde mansion para subirle al trono, hasta que desde ese mismo trono le habian lanzado á la tumba. Acordóse del dia de su coronacion, de los de sus conquistas, de sus victorias y de la humillacion de sus enemigos y de su último triunfo en Toledo, y al verse entonces tendido sobre aquel lecho de muerte, conoció toda la importancia de tan grande y terrible leccion y cobró ánimo para saber aprovecharla.

Entretanto el buen religioso habia cuidado de apartar todo lo posible cuantos objetos fúnebres pudieran afectar la vista de su recuperado soberano. Quiso llevarse en sus brazos, mas no fiándose de sus escasas fuerzas para tanto empeño, así que vió al rey mas restablecido y animoso le dijo:

—Salgamos de aqui.

—Si: ayúdame á bajar.

Y Wamba sostenido por el monge, bajó de la tumba y llegó paso á paso hasta el medio de la iglesia. Allí se detubo para decir á su compañero con tono solemne:

—No me niegues la verdad de lo que voy á preguntarte. ¿Ha circulado ya por toda España la noticia de mi muerte?

—Si señor.

¿Para qué habia yo sido trasportado á este sitio?

—Para que se os diese sepultura.

¿Quien se sienta ya en el trono que yo ocupaba?

Ervigio... y aun dicen que vos en el primer acceso de vuestro mal le habeis autorizado para ello.

¡Ojalá sea feliz! Yo bendigo la Providencia divina.

Seguió Wamba caminando en silencio, caída la cabeza sobre el pecho y apoyado en el religioso, hasta que salieron al claustro de la abadía. La frescura de la noche reanimó algun tanto á Wamba que levantó los ojos al cielo, donde la luna brillaba en todo su esplendor. Entonces cediendo á una inspiracion repentina ó realizando el designio que ya llevaba premeditado, cayó de rodillas delante del monge, diciéndole con entusiasmo:

—Padre mio, este hábito que me han puesto para que fuese mi mortaja, será mi vestidura en los dias que el cielo aun me concede de vida. Que nadie se atreva á dementir la noticia de mi muerte. Entre vuestros monges viviré solo para Dios, porque desde ahora he muerto para el mundo.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS MORALES.

MARIA.

L.

LA NOCHE EN UN CONVENTO.

Antes de principiar la relacion que vá á seguir, el autor debe manifestar desde luego que en esta ocasion nada refiere que no descansa sobre pruebas escritas, fides y auténticas. El hecho principal de las aventuras vá tan á desenvolverse á los ojos del lector, aunque por conocido, se halla confirmado por varios escritores, notables jueces, por su erudicion é imparcialidad.

En apoyo de todo esto puede consultarse al principe Alejandro Labanoff y su *coleccion de cartas de Maria Stuart*, edición de 1839. A esta moderna autoridad

puede añadirse la correspondencia de Trogmorton, escrita en 1576, y el testimonio del doctor Lingard, que por su cargo de consejero y limosnero del rey Luis XV debió conocer muchas particularidades sepultadas largo tiempo en el secreto. Además cuando publicó su *adicion á las memorias de Castelnan* le fué fácil consultar el archivo del convento de Soissons y asegurarse de la realidad de los hechos que él, sacerdote é historiador, no ha vacilado en atestiguar como auténticos.

Una sola voz se levanta contra la verdad de estos hechos, la de Gilberto Stuardo en su libro publicado en Londres año de 782, pero como observa juiciosamente el principe Labanoff, el testimonio de Trogmorton, y de Lingard, personas que estuvieron en posicion de conocer la verdad, merece mas crédito que la simple protesta escrita doscientos catorce años despues de la principal cir-

cuñstancia de la historia cuyos detalles vamos á transcribir.

En 1568 hacia fines de enero ó de febrero, porque los doctos autores que acabamos de enumerar no están acordados sobre este punto, dos hombres embozados en largas capas, bajaron de un coche que paró á media noche delante de la puerta de la abadía de Nuestra Señora en Soissons.

Uno de estos viajeros dió tan fuerte aldabazo que toda la comunidad se despertó asustada. Mientras que las novicias inclinadas sobre sus camas, se preguntaban en voz baja que significaba semejante visita á tales horas, y la muy noble y muy venerable señora María Mowbray abadesa, se incorporaba en la suya llena de inquietud; la aldaba renovó dos ó tres veces con brutalidad su llamamiento á la vigilancia de la hermana tornera. Esta, toda asustada, sin esperar á que la llamase el pitó de plata de la superiora, entró precipitadamente en la celda de la abadesa.

—Madre, exclamó, van á romper las puertas del convento. Mi dulce salvador Jesus, que desgracia nos amenaza?

—Ninguna, dijo la abadesa. ¿No hace un año que la villa de Soissons pertenece al rey de Francia, que le debe ayuda y proteccion? (1).

En seguida se levantó precipitadamente de su cama, vistióse de prisa, cubrió con el velo sacramental su cabeza septuagenaria y bajó aceleradamente en compañía de la tornera, porque los aldabazos se redoblaban con mas fuerza.

—¿Quién llama así y á semejante hora? preguntó la abadesa.

—¿Quiéren vds. abrirnos! replicó una voz gruesa acompañando á estas palabras con un voto soldadesco que tenia algo de blasfemo. Necesito hablar ahora mismo á la abadesa de este convento.

—La señora abadesa está aquí conmigo, dijo la voz trémula de la tornera.

El tono grosero del que gritaba detras de la puerta se endulzó un poco y pronunció algunas palabras en lengua extranjera.

—Dios mio! exclamó la abadesa con estremada turbacion, abrid pronto, hermana tornera, daos prisa!

Y como para dar todavía mas prontitud á los esfuerzos de la religiosa que se apresuraba en correr los cerros y dar vuelta á las llaves, le repetia:

—Abrid! abrid! en nombre de nuestro Salvador!

Desembar: zada la puerta de los innumerables cerros de hierro que la tenían cerrada, se abrió y dejó entrar á los dos desconocidos.

—Tomad este depósito que me han encargado que os entregue, dijo uno de ellos.

—Y yo os doy la carta que acompaña á este depósito, añadió el otro.

—Un depósito! á mí! de donde viene? preguntó la madre estupefacta.

—Un noble señor lo ha confiado á nuestro honor haciéndonos responsables de él con nuestra cabeza, respondió el menos grosero de los dos desconocidos.

Después depositando á los pies de la abadesa, mientras que esta tomaba la carta, un envoltorio de regular tamaño, saludaron profundamente, salieron y cerraron la puerta detras de ellos. Pronto se oyó el ruido de los dos caballos que partieron al galope.

—Las mujeres se miraron con sorpresa, pero sin verse, porque la corriente de aire producida por la puerta, cerrada bruscamente, había apagado la linterna de

la tornera, en tanto que la superiora principal iba á abrir la carta entregada con tanto misterio.

—Cerrar la puerta, hermana, dijo la abadesa, tomad el envoltorio que nos han dejado esos desconocidos y llevadlo á mi celda.

Mientras que la vieja religiosa se esforzaba por llegar á tientas á la escalera que conducía á su celda, la tornera se bajó para obedecer la orden que acababa de recibir, y sus manos buscaron el paquete depositado allí, sobre las losas del claustro. En la oscuridad tropezó su pie con el envoltorio y salió de él un vajido de recien nacido. A este ruido la abadesa lanzó un grito lleno de sorpresa y espanto. Por lo que hace á la tornera creyó morirse de miedo: indudablemente la hubiera consternado menos la aparición de Satanás en persona.

—Señora, balbuceó, porque la voz rehusaba salir de su garganta, señora! Dios mio, tened piedad de nosotras!

Y acompañó estas palabras de espanto persiguiéndose dos veces seguidas. El exorcismo, lejos de calmar los gritos de la criatura, no hizo mas que redoblarla.

—¿Que será? ¿Qué haremos?

—Callar y seguirme, interrumpió la abadesa con tono imperioso levantando del suelo el misterioso envoltorio.

La madre puso su mano sobre la boca del niño y atravesó rápidamente el claustro. Al entrar en su celda se precipitó hácia una luz y abrió la carta que le habían entregado los viajeros. Apenas sus ojos principiaron á leer cuando se inundaron de lágrimas y tubo que enjugarlos para poder acabar.

—Hermana tornera, este niño es un depósito precioso y sagrado que nos han confiado. Demos gracias á Dios porque nos ha escogido para ejercer una obra de misericordia. Esto es todo lo que puedo decirlos del mas solemne de los secretos que jamas han sido confiados á mi vieja experiencia. Id á buscar en los establos la leche necesaria para apagar la sed que obliga á este niño á dar gritos dolorosos. Desde que amanezca, nos ocuparemos de los medios de buscarle una nodriza, porque es menester que esta niña no salga del recinto del claustro de Nuestra Señora. Debe crecer y tal vez vivir y morir á la sombra de nuestras paredes protectoras y santas.

Todas las ideas de la tornera se hallaban en desarreglo, y á pesar de su gran deseo de adivinar el misterio, nada comprendía de cuanto pasaba á sus ojos, ni aun de lo que oia y ejecutaba. Al ir á la vaquería en busca de leche para un niño, se preguntaba si soñaba ó si realmente estaba despierta. Luego que hizo levantar á los vaqueros, no menos asombrados que ella de verse á semejante hora interrumpidos en su sueño por orden de la abadesa y para ordeñar las vacas, volvió con la leche á la celda. La superiora meció sobre sus rodillas á la niña, como lo hubiera hecho la madre mas tierna, y murmuraba un aire de cántico á manera de canción, para apaciguar á la infatigable gritadora. La leche tibia obró mejor que el canto sagrado: la niña bebió con avidez y no tardó en dormirse sobre las rodillas de la abadesa que no se atrevia á hacer movimiento alguno temiendo despertarla y permaneciendo así inmóvil hasta que las campanas tocaron á matines. Entonces depositó dulcemente la tierna niña en su cama, y sin reparar en el extraño contraste que ofrecia un recién nacido dormido sobre el lecho virginal de una religiosa, se dirigió al coro, donde se hizo notar mucho menos por el terror de sus oraciones que por la prontitud con que dirigía el oficio de la mañana. Terminado este oficio volvióse á su celda con toda la viveza de sus viejas piernas, que parecían haber hallado algo de la vivacidad de la juventud. Por fortuna la niña dormía todavía en un profundo y dulce sueño: sus labios sonrosados se agitaban dulcemente, como si continuaran bebiendo la leche que ac-

(1) En 1566 la parte del condado de Soissons que María de Coney, hija de Enguerrand, había vendido en 1404 al duque de Orleans, se incorporó de nuevo á la corona.

baba de mitigar su hambre y había en sus grandes párpados cerrados cierta gracia que conmovió a la vieja religiosa é inspiró algo de maternal a su corazón habituado hacia mucho tiempo a las austeras indiferencias del ascetismo. Lejos de tratar de combatir un sentimiento tan dulce y tan nuevo, entregóse por el contrario sin reserva y gustó a una alegría indecible al verse protectora de aquel pobre ser abandonado sobre la tierra. Con una inteligencia que no debía esperarse de una mujer educada en un claustro desde su mas tierna infancia y que había visto consumirse allí lentamente sesenta años de su vida, dió las órdenes necesarias para que los cuidados que habían de prodigarse a la niña fuesen esmerados y bajo su inmediata vigilancia. Por un egoísmo de ternura que ciertas afecciones de mujer comprenden solamente, no quiso encargar a una nodriza la educación de aquella niña de quien la divina Providencia la había hecho madre immaculada, y resolvió que una cabra continuase el oficio comenzado ya en la noche por las vacas. Ella misma fué a elegir entre el rebaño la mas jóven, la mas blanca y la mas linda, y la hizo colocar en un establo que se formó lo mas cerca posible de la celda abacial: en fin con un instinto que todo lo preveía y comprendía dispuso lo necesario al cuidado de su hija adoptiva y a la vigilancia personal é inmediata que queria ejercer sobre ella. Una madre no lo hubiera hecho mejor que la abadesa.

—Mientras ella se ocupaba de todos esos diferentes cuidados, las demas monjas formaban mil conjeturas sobre el ruidoso susceso de la noche y las aventuras de la mañana. La abadesa no tomaba ni había tomado la menor precaucion para disimular la llegada de una criatura recién nacida a la comunidad de que era superiora. La única cosa que reservó fué el origen de aquella niña: era pues, necesario atenderse sobre el particular a suposiciones generales y a las incesantes preguntas dirigidas a la superiora. Pero era menester entregarse con precaucion a estas pesquisas, porque la abadesa no confiaba sus secretos a nadie, ni queria que se ocupasen de ellos. Envanecida la tornera con la importancia que la daba aquella ventura y encasada al verse siendo el objeto de la atención general, contaba a quien queria oírta hasta en los menores detalles, y aun mucho mas, las circunstancias de la llegada de los desconocidos, la carta misteriosa y la manera estraña con que habían entregado la niña a la abadesa. En tanto que rodeada de un grupo de novicias principaba por la séptima ú octava vez su inagotable narracion, la madre Mowbray se presentó de improviso y turbó inesperadamente al auditorio y a la oradora.

—Hermana tornera, dijo la superiora con el tono fúnebre y sin réplica con que solia hablar a sus ovejas, retiraos a vuestra celda, donde recitaredis veinte veces el *Miserere mei Deus* de rodillas y los brazos en cruz. Hacednos de vuestra disciplina a cada salmo. Hermanas novicias, os impondreis la misma penitencia, id y rogad a Dios que modere en lo sucesivo la intemperancia de vuestra lengua así como el fervor de vuestra curiosidad.

La tornera y las novicias se retiraron confusas y conternadas a sus celdas, donde cumplieron el rudo castigo que les había impuesto la abadesa y que les valia su curiosidad. La noticia de la manera que la superiora empleaba para corregir la indiscrecion, no tardó en propagarse por el claustro é hizo las conversaciones y conjeturas no menos vivas, al menos mas reservadas.

Si la abadesa no permitia que se ocupasen del origen de su tierna protegida, en cambio dejaba a las hermanas que prodigaban sus caricias y sus cuidados a la niña, que recibió solemnemente el bautismo de manos de monseñor el obispo de Leon en persona.

La abadesa tuvo a la niña en la pila con Don Gerónimo Mac Mahon, viejo benedictino, su confesor. Estas dos solas personas tuvieron conocimiento de la redacion de la partida de bautismo, escrita de mano del prelado,

que la guardó con otros papeles en una caja de oro sellada con su sello, depositandola despues en un paraje seguro y solo de él conocido. La niña fué puesta por su padrino y por su madrina bajo la invocacion de nuestra señora, protectora de la abadia, y llevó en adelante el nombre de Maria.

Diez y nueve años transcurrieron, al cabo de los cuales la abadesa permaneció sola dueña de su secreto, porque el obispo había muerto así como también el viejo benedictino: en todo este tiempo no cesó de velar sobre su pupila con la solicitud de una madre. Quiso que su educación fuese mucho mas esmerada que la que entonces se daba a las jóvenes, nada indicaba en ella la intencion de destinar a su abijada a tomar el velo en la abadia de Nuestra Señora. Lejos de esto la daba consejos sobre la conducta que debía observar un dia en el mundo y aun dejaba entrever muchas veces que altos destinos estaban reservados a la niña.

Como quiera que sea, Maria llevó desde el dia de su bautismo el traje de las novicias de la abadia de Nuestra Señora. Su hermosura era estremada; nada puede dar mejor idea de la pureza de sus facciones y de la gracia de toda su persona, que aquellas palabras de Brantome las cuales parecen escritas espresamente para ella:

«La blancura de su rostro apostaba con la blancura de su velo a quela podia mas, pero el artificio de su velo perdía la apuesta y la nieve de su blanco rostro eclipsaba a la otra. Tenia aun la perfeccion de la voz muy dulce y muy buena.»

De este modo, a escepcion de algunas religiosas enemigas de la superiora, todas la amaban y la adoraban en el convento y ninguna de ellas la tuvo envidia por el favor que aquella le dispensaba. Sin darse cuenta de los motivos de esta opinion, habíanse acostumbrado a mirar a Maria como una persona superior por su rango a todos los miembros de la comunidad y a la cual debían tributar toda clase de miramientos y hasta respetuosa veneracion.

—Maria pasaba una vida dulce y llena de serenidad. Algunas veces se atrevió a preguntar a la abadesa sobre los misterios de su nacimiento, pero esta la prohibió dulcemente que tratase de penetrar secretos que las circunstancias no la permitian aun revelar. La jóven se resignó, y no volvió a hacer mas preguntas; solo algunas veces se la veia vagar triste y pensativa en los jardines y bajo los espesos árboles de la abadia, pero una palabra de su madrina bastaba casi siempre para volverla a la alegría y a sus juegos con las novicias.

Por lo demas ella sobresalia siempre en todos los ejercicios por la flexible gracia de sus menores movimientos y por su loca travesura de niña que sabe cuanto la aman. Jamas abusó de la predileccion que se la tenia y solo empleó su influencia para con su madrina en obtener el perdón de alguna liviana falta cometida por una novicia.

A fines del año 1587 la abadesa de Nuestra Señora de Soissons cayó en una melancolia profunda. Recibia continuamente cartas, las cuales parecia que acrecentaban su dolor. En fin a pesar de su avanzada edad, emprendió un viaje que duró tres meses: su pesar, lejos de disminuirse a la vuelta, no hizo mas que contraer un carácter mas grave, y mas amargo. Pasaba los dias y las noches al pie del altar y entregábase a los mas duros ejercicios de la penitencia invitando continuamente a Maria a que orase a su lado y mezclase sus plegarias a las suyas.

—Grad, decía, orad, hija mia, porque Dios para desarmar su cólera, necesita las súplicas de un ángel inocente y puro como vos! Orad, Maria, orad, porque una gran desgracia amenaza a la mas digna y santa de las mugeres! Si la cólera celeste no se apacigua, va a cometerse un gran crimen sin ejemplo.

—A fines de febrero recibió la abadesa otra carta. La noticia que contenía esta misiva produjo en la anciana religiosa tan fatal impresion que cayó sin conocimiento al leerla. Cuando volvió á la vida, su razon pareció algunos instantes estraviada. Decía palabras incoherentes y sus labios octojenarios que habian proferido siempre alabanzas á Dios, se contrajeron fuertemente para no dejar exalar quejas contra el rigor divino. Lágrimas abundantes pusieron tregua á aquella crisis, merced á la llegada de Maria, que provocó con su presencia el llanto de la abadesa, arrojándose en sus brazos y estrechándola violentamente contra su pecho.

—Niña mia, la dijo, llora porque el crimen se ha ejecutado! Lloro, porque la reina Isabel acaba de hacer asesinar á su hermana, la reina Maria Stuarda!

—Y qué es eso de la reina Maria Stuarda y la reina Isabel? preguntó Maria sorprendida, pues por primera vez llegaban á sus oídos aquellos nombres en el retiro del claústro de donde jamas habia salido.

—La una es victima, la otra verdugo, replicó la abadesa. La una es una mártir, la otra una hereje. Rogad á Dios, hija mia, para que la misericordia divina reciba á la una en su seno y perdone á la otra y le dé el arrepentimiento de su inaudita maldad.

—Orad, hija mia, orad, porque principian dias de luto y de desgracia! orad porque la mano del señor se ha extendido sobre Escocia, mi patria; orad, la sangre corre! La guerra civil ruje y los hijos dejan matar á su madre sin sacar sus espadas para defenderla! Orad, porque es menester que corazones puros desarmen la cólera celeste! Orad, porque hay pobres huérfanas abandonadas, solas sobre la tierra, sin proteccion y sin apoyo!

—Al día siguiente se celebró en la abadía de Nuestra Señora de Soissons, como en todos los conventos de Francia un oficio fúnebre por el descanso del alma de Maria Stuarda, reina de Escocia. Maria oró con mas fervor quizá que el que tenia de costumbre porque sabia que su madrina era escocesa y habia visto el dolor que la habia causado la noticia de la muerte de la reina mártir.

CAPITULO II.

LA ESPULSION.

Desde su fatal viage, y principalmente desde que supo la muerte de la reina de Escocia, la abadesa de Nuestra Señora de Soissons se encorbaba rápidamente bajo los achaques de la caducidad que parecian haberla respetado hasta entonces á pesar de sus ochenta años. Su frente apareció señalada con surcos mas profundos; se apagó el brillo de sus ojos, un temblor convulsivo hizo débiles y torpes sus manos, y su voz antes tan clara y sonora solo pronunciaba palabras ininteligibles. Pronto necesitó que la llevarán al coro, á la hora de los oficios, porque sus piernas paralizadas se negaban á todo movimiento. Solas su alta inteligencia y su infatigable actividad de espíritu conservaron su poder y su fuerza. Gobernaba como en tiempos pasados el convento con su voluntad firme y tal vez manifestaba mas energía que otras veces contra todo lo que pudiera aparecer una tentativa de invasion á su poder absoluto. Una hermana priora, de gran influencia en la comunidad y que ligada por su nacimiento á la familia real, creia poder prescindir en algunos puntos insignificantes de la rigurosa observancia de la regla, fué reprendida por la abadesa, que le dirigió una amonestacion severa y pública. Maria no se ocupaba de otra cosa que de recibir y llevar las órdenes de la superiora á las religiosas del convento, porque Maria habia llegado á ser el ayudante de campo de su madrina y su enfermera, velando á su lado de dia y noche y prodigándole los cuidados de una ternura filial. Ay! estos cuidados no pudieron vencer los progresos de la enfermedad ni calmar el

dolor profundo que devoraba á su bienhechora; frecuentemente al mirar la vieja religiosa á su ahijada se desahucia en lágrimas y se entregaba á la desesperacion. Estrechábala contra su pecho, cubria de besos su frente invocaba para aquella inocente niña la misericordia de Dios. Estado tan violento no tardó en gastar la poca fuerza y existencia que quedaba á la octogenaria y cuando la dijo el médico de la abadía despues de haber pasado media hora estudiando los síntomas de su mal.

—Madre abadesa, siempre me he encomendado á vuestras oraciones en este mundo; espero que no me olvidareis y que continuareis vuestra intercesion mañana á los pies de Dios.

La abadesa miró al médico con viva emocion.

—¡Luego no me engañaba! respondió la enferma. Dios mio! es preciso que abandone á la huérfana que no tiene mas apoyo que yo sobre la tierra. Maria! mandad que venga Maria! Necesito hablarla ahora mismo.

La huérfana que segun costumbre estaba en la pieza inmediata, acudió al punto.

—Hija mia, la dijo la vieja religiosa con una viva agitación, hija mia, es menester que tomes el velo hoy, ahora mismo! Es menester que pronuncies tus votos. Muchas veces te he dicho que no estabas destinada á la vida del claústro y me he opuesto á tus deseos cuando me suplicabas que te dejase tomar el hábito. Ahora soy yo quien te suplica que lo hagas, quien te lo manda en caso de necesidad... Dios mio! dejadme vivir hasta que termine esta ceremonia, hasta que la huérfana tenga un asilo seguro! Que vayan á buscar á monseñor el obispo; en nombre de Cristo y de su salvacion que venga inmediatamente!

Su agitación continuó aumentándose mientras ejecutaban sus órdenes y fueron á buscar al prelado. Este tan pronto como conoció el peligro de la abadesa y el ardiente deseo que tenia de verte, se apresuró á ir, y la encontró casi en el delirio de una fiebre ardiente.

—Monseñor! exclamó ella cuando lo vió, en nombre del cielo, dad el velo á sor Maria! Que sea religiosa de Nuestra Señora de Soissons antes de que yo muera. Si comparezo en la presencia de Dios antes que se verifique, me pedirá severa cuenta de haberme entregado á esperanzas insensatas y de no haber abrigado á esta pobre huérfana en la casa de Dios.

—Hermana, yo os prometo cuidar que se lleve á efecto la suprema voluntad que manifestais, pero una toma de hábito no se improvisa.

—Por la salvacion de una alma cristiana en peligro, monseñor, si, por mi salvacion, haced lo que os pido, porque participareis de la terrible responsabilidad de mi falta.

Al decir esto levantó los ojos al cielo con desesperacion, se encendieron sus mejillas y brillaron sus ojos con una luz extraña.

—Esa jóven, preguntó el obispo, reúne todas las cualidades necesarias para ser admitida entre las religiosas de la abadía de Nuestra Señora de Soissons? Es de nacimiento lejítimo? Desciende de noble familia? Trac una dote de doce mil libras?

—La dote está allí, replicó la abadesa señalando el tesoro de la comunidad depositado en su celda. Por lo que hace á la nobleza y á la lejitimidad de su nacimiento, no lo hay mas puro ni mas ilustre.

—Y las pruebas?

—Las pruebas! repitió la abadesa pasando sus manos descarnadas por su abrasada frente. Las pruebas? Donde estan? Quien es el poseedor de ellas?

Estubo recordando por mucho tiempo, entre las ansias de la muerte que ya paralizaba su memoria. Nada podia recordar y casi se desesperaba, cuando de improviso dió un grito.

—Ah! Dios mio, gracias por haberme vuelto la me-



memoria! El obispo... monseñor... el obispo vuestro predecesor... yo se las he entregado en depósito. Que todos saigan, que solo vos y Maria sepais el secreto de su nacimiento. Acercaos, yo os le confiaré tambien; pero al ojo y al oido, porque es un secreto de vida y de muerte. Habria veneno y puñales contra ella si se supiese!... Es la hija de... es la hija de...

El obispo y Maria se inclinaron para escuchar. Maria iba en fin á saber el nombre de su madre; mas ah! los labios de la agonizante no proferian mas que sonidos ininteligibles... Su cabeza cayó sobre la almohada, sus párpados se cerraron, se escuchó un ligero estertor y el cadáver quedó inmóvil por toda la eternidad.

Maria se hincó de rodillas, y el obispo rezó la recomendacion del alma, de pie y con las manos estendidas sobre el cuerpo inanimado. Cuando terminó su lúgubre ministerio se volvió hacia Maria, para decirle:

—No temais, hija mia, que no olvidaré el interés que me tomaba por vos, la que Dios acaba de recibir en su seno, y la última voluntad que ha espresado respecto de vos. Voy á registrar los papeles de mi antecesor en esta diócesis y espero que no habrá obstáculo á que entreis pronto en la religion. Las pruebas de vuestro nacimiento legitimo son tan necesarias, cuanto que sin ellas no podreis tomar el velo en ningun convento sin dispensa del santo padre, y el soberano pontífice no concede este favor mas que con extrema reserva y solo cuando se trata de una persona de estirpe real.

Maria apenas le entendió porque estaba rezando bañada en lagrimas y puesta de rodillas al pie del lecho de su bienhechora.

De vuelta en su palacio episcopal, el obispo fiel á su promesa, registró por sí mismo los papeles y títulos que su predecesor habia depositado en los archivos de la diócesis. En un mes de laboriosas investigaciones, nada pudo descubrir relativo á Maria y como el anciano capellán su padrino, habia muerto ya hacia tiempo, el obispo se encontró en una perplejidad terrible. Bien conocia que la difunta abadesa no hubiera experimentado tantas angustias por una persona de origen vulgar. Las últimas palabras de la moribunda le habian dejado entrever que Maria era vástago de alguna ilustre familia; pero tan incompletos indicios no le bastaban para cumplir con el ri-

gor de los cánones eclesiásticos: resolvió pues consultar á la nueva abadesa de Nuestra Señora de Soissons. Precisamente habian elegido á la priora á quien la abadesa habia severamente reprendido antes de su muerte, la que sin poderlo remediar conservaba un sentimiento de amargura y aversion contra la protegida de la difunta. Discutió con severidad y rigor la cuestion que le presentaba el obispo y le demostró que el testimonio verbal de la abadesa difunta, por respetable y digno de crédito que fuese, no podia reemplazar á las pruebas escritas de nobleza y legitimidad que exigian la regla de la orden y los cánones de la iglesia.—Aun si la abadesa hubiera nombrado al padre y madre de esa jóven; pero no ha articulado mas que algunas vagas palabras entre las convulsiones de la fiebre y de la agonía! Creedme, monseñor, tengamos resolucion para cumplir hasta lo último y por completo los deberes que nos están impuestos. Nadie puede mas que yo, por la infraccion cometida, hace veinte años, en el convento de nuestra señora, por la presencia de una estrangera.

—Y qué! preguntó el obispo, tendriais intencion de despedir á la jóven Maria del convento en que habita desde que nació?

—Monseñor, al recibir de vuestras manos la investidura del título de abadesa, he jurado respetar y hacer respetar la regla del convento que gobierno con peligro de mi conciencia. La presencia de una estrangera aqui, es contra la regla y acarrea graves inconvenientes.

—Y qué queréis que se haga esta pobre criatura, ignorante del mundo y cuya vida se ha pasado dentro de un claustro, sin contacto alguno con las cosas de la vida real.

—Monseñor la colocará en otro convento.

—Con que vos, dijo el obispo con severidad, me aconsejais que infrinja en otras casas religiosas las reglas cuya ejecucion tan rigurosamente reclamais para este convento...?

—Monseñor ejecutará lo que tenga por mas conveniente: no es á una humilde religiosa á quien pertenece darle consejos. Yo cumplo con mi deber, pido la observancia rigurosa de la regla de la orden, pongo término á los abusos fatales para la disciplina del convento. Aquí concluye cuanto mi conciencia me prescribe.

Salió, saludando con respeto al obispo, que se quedó solo, descontento y perplejo, porque la nueva abadesa estaba en el lleno de sus derechos y no hacía mas que cumplir su deber con severidad. Triste é indeciso fué á dar á María estas malas noticias.

La joven se hallaba en aquel momento de rodillas en el coro, cerca de la losa sepulcral que cubria el atahud de su bienhechora. Al ver al obispo corrió hacia él llena de esperanza, mas en cuanto fijó su vista en el místico semblante del prelado todo lo comprendió.

—Nada habeis hallado entre los papeles de el obispo vuestro antecesor?

El prelado bajó la cabeza por toda respuesta.

—¿Así, no podré tomar el velo y consagrar mi vida á Dios! Cúmplase su voluntad divina. Me queda el doloroso consuelo de pasar mi vida rezando y llorando sobre el sepulcro de mi bienhechora.

—Ah! hija mia, ni aun esa triste felicidad os dejan! La regla de la abadía de Nuestra Señora de Soissons, prohibe que se reciban en el claustro mas pensionistas que las destinadas á tomar el velo.

María lanzó un grito de terror.

—Me despiden! exclamó; ¡Oh Dios mio, Dios mio, me despiden!

El obispo quiso cogerla de la mano; pero ella le rechazó,

—¡Me despiden! volvió á decir. Lo ois bienhechora mia, lo ois santa muger, y no pedis á Dios que me llame á vuestro lado! Me echan á la calle! Y que quereis, monseñor, que sea de mi en un mundo que no conozco y cuyos padecimientos y miserias ni aun sé de oidas? Sin protector, sin asilo, sin pan tal vez! O Dios mio! Dios mio, tened compasion de mi y haced que muera.

—No os entreguéis á la desesperacion, dijo el obispo profundamente compadecido; hallareis un asilo en mi casa; yo soy muy viejo y pocos dias me quedan de vida, pero sabré dejaros despues de mi muerte á cubierto de las asechanzas y peligros del mundo. Vamos, hija mia, seguidme y poned término á tan dolorosas emociones; abandonando este recinto.

Ya se la iba trayendo suavemente, cuando se le escapó para irse á poner de rodillas sobre la tumba de su madrina.

—A Dios! exclamaba; á Dios! madre mia. A Dios la que tan cariñosamente me ha sostenido en mi juventud! Vos que me ofreciais á vuestro lado una existencia tan dulce y tan pura! A Dios! me despiden de este claustro; me prohiben el venir á orar sobre esta losa. Me despiden madre mia, me echan á la calle! Oh! vos no escuchais mis quejas y mis suspiros! Vos no velais sobre mi! Vos ya no me amais cuando vivo todavia antes de salir de este convento del que me arrojan.

El obispo la sacó fuera de la iglesia, la hizo subir á su lado en la litera que le esperaba á la puerta de la abadía y la condujo al palacio episcopal.

El obispo de Soissons, como ya se ha podido ver en el coloquio que tubo con la nueva abadesa de Nuestra Señora acerca de la huérfana, era un anciano dotado mas de caridad que de firmeza de carácter. Habitado hacia largo tiempo á las libres y brillantes costumbres de la corte de Francia, no hacia mas que cinco ó seis años que habia venido á residir en su diócesis donde procuraba espiar por medio de una vida grave y severa los errores de una existencia mundana hasta entonces. Habia traído consigo á su destierro, como él decia, á su hermana la señora Lydoria de Penevent, viuda del conde de este nombre y que habia ejercido sobre su esposo hasta el momento en que pareció de un arcabuzazo delante de Rouen, la autoridad mas absoluta y mas tiránica. Viendose viuda vino á buscar un asilo junto á su hermano, porque la muerte del conde le dejaba casi sin medios de subsistir é influyó mucho en la determinacion que tomó el obispo de salir

de la corte para residir en su diócesis. Poco á poco y sin mucho trabajo ni resistencia se apoderó del espíritu de su hermano, conforme se habia apoderado del espíritu del difunto capitán y no gobernó menos imperiosamente al uno que al otro. Nada se hacia en la casa sin el beneplácito de la señora Lydoria. Siempre vestida de negro desde los pies á la cabeza y la barba engastada en su almidonada valona de viuda, presentaba por costumbre una cara avinagrada y descontenta, gruñía desde la mañana hasta la noche, siempre tenia por que reprender, nunca aprobaba y ponía en práctica aquel pensamiento de yo no se que emperador romano: «Que me aborrezcan, con tal que me teman.» En los primeros tiempos de esta dominacion, el obispo acostumbrado á la vida dulce y lisongera de la corte no dejaba de revelarse de cuando en cuando; mas como era preciso estar en una guerra continua y al cabo y al fin la resistencia de nada aprovechaba, porque la victoria quedaba siempre por su hermana, prefirió al fin una sumision pacífica á una sumision tempestuosa: así á lo menos se ahorraba ruido y fatiga. Por consiguiendo la señora Lydoria mandaba á su arbitrio en la casa episcopal, dirijia á los criados, arreglaba los gastos y aun estendia su poder temporal sobre los negocios puramente espirituales. Ella nombraba para los canonicatos, proponia candidatos para los curatos vacantes é hizo un dia tal guerra al obispo por haber escogido un vicario en secreto y sin deliberacion de familia que el pobre anciano estuvo á punto de perder la cabeza. Hubo ocho dias largos de reconvençones, gritos y quejas.... sin contar con que á la hora de ponerse a la mesa habia que esperar por la comida, sin contar con que el obispo en vano llamaba por la mañana para que le trajese el desayuno, le era preciso saltar de la cama para ir en persona á buscar al ayuda de cámara ocupado en otra parte por orden de la señora Lydoria. En una palabra, el infierno es un paraíso en comparacion de la vida que llevó por una semana el infeliz obispo, vida que no cesó hasta que él halló medio de revocar el nombramiento del vicario y reemplazarle con un protegido de su hermana.

Ahora que se conocen estos detalles se comprenderán los apuros del prelado al acercarse á su casa con la joven. Habia cedido al pronto á los sentimientos de su buen corazon y á la compasion muy natural que le inspiraba el abandono de María; pero entonces casi se arrepentia de su accion caritativa, porque sabia que á su hermana no le acomodaria malita la cosa, el tener una estrangera consigo y sobre todo una desconocida cuya admision en el palacio episcopal no habia ella autorizado de antemano.

Cavilaba para encontrar algun medio de presentar á su protegida bajo un punto de vista favorable y ninguno le ocurría; á pesar del rigor de la estacion le corria el sudor por la frente y su corazon palpitaba con violencia. Imposible era ya volver atras, la suerte estaba echada y era preciso seguir adelante, fuesen las que quisiesen las consecuencias de su resolucio. María habiendo salido ya de la abadía de nuestra señora, aunque hubiera querido volver se hubiera encontrado las puertas cerradas irremisiblemente. Se acercaba pues hacia el peligro acusado entre sí á las mulas porque trotaban demasiado aprisa y conocia que le faltaba el animo á medida que iba distinguiendo las ventanas de su casa. Al fin las mulas se pararon, y uno de los dos pages que seguian detras de la litera vino á correr las cortinas y poner el banquillo por donde se bajaba de esta especie de carruajes.

El obispo bajó el primero y por un recuerdo maquinal de la antigua galanteria de su juventud, se quitó su capucha y presentó á María el brazo en el que ella se apoyó temblando; así fué como subieron las escaleras del palacio arzobispal de Soissons

III.

QUE NO CONVIENE MIRAR POR LA VENTANA.

No hay cosa que inspire tanta elocuencia y astucia como la necesidad. Al subir las primeras gradas de la escalinata el buen obispo no sabia aun de que modo presentaria á Maria á la terrible viuda para que tubiese acogida menos terrible; pero á medida que se acercaba á su hermana, y que el peligro era mas inminente sus ideas confusas y sobresaltadas se iban combinando en términos de sugerirle dos ó tres medios de mejorar la difícil llegada de la jóven. Al poner el pie en el descanso de la escalera ya estaba resuelto á decir á la señora Lydoria que la jóven religiosa no venia á casa mas que interinamente: que el no habia querido decidir de su suerte antes de tomar los buenos consejos de su hermana y aun se prometia como un medio seguro de obtener buen resultado, el no dejar traslucir sus deseos de conservar á Maria en su casa, sino llevar el maquiavelismo hasta manifestar repugnancia á esta última determinacion. Este proyecto hubiera sido feliz sin duda alguna, si la fatalidad no hubiera venido á echar á pique los planes del digno prelado. Tuó el caso, que en el momento en que el paje que le precedia abrió la puerta de la señora Lydoria, por un accidente ó por torpeza le hizo tan bruscamente que dió un escorron y aun descalabró á la irritable viuda que salia á recibir á su hermano.

El paje recibió un bofetón aplicado por la mano mas fuerte que hubo jamas pegada á el brazo de dueña; pero ese bofetón de la mejilla blanca y sonrosada del brinamelo, no bastaba á la cólera y dolor de la enfurecida. Al ver la mirada que dirigió al obispo y á su protegida, temió aquel que todo estaba perdido, y hubiera querido huir, mas perdió toda su resolucion. Maria tímida como una jovencita que sale del convento por la primera vez de su vida, estaba temblando y con los ojos bajos.

El hermano mio, dijo la viuda á quien la efervescencia de la cólera concedia el don de vista doble, qué significa esto? Nuestra casa debe servir de refugio á todos los vagamundos que os encontréis al paso?

—Hermana mia, contestó el obispo entre dientes y sin saber lo que se decia, si vos la abandonais, qué sera de esta pobre muchacha?

Y quien es esta pobre muchacha? preguntó la gruesa señora.

El obispo le contó en pocas palabras la historia de Maria.

—No faltaba mas que una bastarda en casa! interrumpió la viuda. Por santa Lydoria mi patrona, ya la tenemos aqui! Dios quiera que no sea causa de escándalo y que no venga á revelar á vuestros diocesanos las faltas de su obispo.

—Vaya! hermana, vaya! dijo el prelado con enojo, tales palabras no debian salir de vuestros labios! y delante de las gentes de mi casa! delante de esta jóven!

—Ya vereis como esta jóven, que ya me euesta un sermoncito vuestro, concluye por echarme ella misma! Estadme á mi y ponedla en mi lugar: si ha de ser, cuanto antes mejor.

Maria que estaba llorando á lágrima viva se arrojó á los pies de la señora Lydoria.

—Señora, exclamó, me hallo sin asilo, sin guia, sin apoyo, sola en el mundo! Salgo de un convento del que me arrojan y en el que habia entrado casi el dia de mi nacimiento; pero antes de causar disgustos á monseñor, antes de escitar vuestra indignacion, quiero mas salir de esta casa: prefiero morir!

La señora Lydoria queria satisfacer su deseo de chispear; pero no cometer una mala accion, la desesperacion de Maria la conmovió tanto mas cuanto que el dolor de

la herida de la cabeza ya se habia enteramente disipado.

—Vamos niña, dijo ella, que no se trata de echar la sogá tras el caldero! No quiero yo que digan en Soissons que echo yo del palacio episcopal á los que mi hermano concede hospitalidad. Aqui hallareis un asilo, hasta que nosotros dos hayamos determinado lo que hay que hacer con vos. Seguidme y dejad lágrimas y sollozos que para nada sirven.

Acostumbrada á las tiernas caricias y á la solicitud maternal de la abadesa su madre, cuando Maria perdió el único afecto que conservaba en el mundo, no habia hallado á lo menos en el convento, mas que frialdad é indiferencia; pero á vista de la brutal proteccion que le arrojaban como una limosna, sintió que se le oprimia el corazon y retrocedió delante de tal hospitalidad.

—Id hija mia, la dijo cariñosamente el obispo, seguid á mi hermana.

—¿Qué haceis? Venid! añadió la vieja y cogiendo del brazo á Maria que se sintió apretada como un gorrion entre las garras del águila, se la llevó á los aposentos interiores.

Habia tanta dulzura, tanta resignacion, y tanta gracia en el carácter de la jóven que á fuerza de paciencia consiguió ganarse el afecto de la anciana muger y casi hacerse amar de ella; pero Lydoria amaba tambien á su hermano, y se puede congelar por las tracamundanas que armaba al digno y pacífico prelado, lo que tendria que sufrir la pobre Maria. A la menor equivocacion en las órdenes que recibia de la viuda, tenia que sufrir las mas violentas reconvenciones y someterse á descortesias y amargas indirectas sobre su ignorado nacimiento y su pobreza que la ponía á merced de la caridad episcopal. Fuera de esto, casi estaba desempeñando con la viuda el oficio de camarera, no se apartaba de su lado en solo momento y aun por la noche dormia cerca de ella en un gabinetillo. Asi que la señora Lydoria experimentaba el menor insomnio, su voz implacable llamaba á Maria que no disfrutaba mas reposo ni consuelo que durante su sueño. Tenia que estar de pié derecho á la primera voz de su ama, y venir al instante á sentarse á la cabecera para escuchar su tos y no perder ninguna de sus quejas por la desgracia de no poder dormir y ponerse á leer las horas de la buena señora hasta que sus ojos se cerrasen y concluyese por volverse á dormir. Entonces Maria cuando estaba bien segura del sueño de la señora Lydoria, se volvía á su cama teniéndose por dichosa cuando la vieja no la obligaba por segunda vez á empezar con fatigada voz la lectura soporifera de las horas. Cuidado con que Maria reprimiese el menor bostezo! Cuidado con que sus miembros tiritasen con el frio que los penetraba! Cuidado con que bajase la voz y sus ojos se adormeciesen, porque la reprenidia al instante con voz inexorable, echándola en cara su ingratitud con palabras muy duras y aun insultantes.

La pobre niña sucumbia bajo el peso de tantos padecimientos. Sus mejillas poco ha tan frescas y sonrosadas tomaban un color pálido y mate; sus ojos brillaban de un modo extraño y se hundian dejando cavidades con visos plomizos. Jamás la sonrisa entreabria sus labios, ni aun con las buenas palabras que le decia el obispo á escondidas.

—A escondidas, porque la señora de Penevent se le redoblaba el mal humor asi que notaba que la suerte de Maria, inspiraba compasion.

No parece, decia, sino que yo la hago desgraciada? La trato como á hija propia; no se separa de mí un momento, y tiene una cara tan triste que parece la muger mas digna de lástima que hay en el mundo! Es culpa mia que ella tenga un humor melancólico y un carácter sin expansion? Siempre gasta conmigo la reserva de una estrangera; se estremece al oír mi voz como si yo la causara miedo. Esto es insoportable; pero qué se ha de ha-

cer! es una huérfana que no tiene mas apoyo que yo, y es preciso tener paciencia, porque si yo la abandonára, ¿qué sería de ella? Si, Maria, decidlo, que hariais si yo os abandonára, vos que no teneis asilo y pan mas que por mi caridad?

Un año se pasó sin que hubiese mudanza en la penosa situacion de Maria y sin que una queja ó una reconvenccion saliese de sus labios. Cuando hablaba de su bienhechora que así llamaba á la señora de Penevent, era en términos respetuosos, y siempre habia impuesto graciosamente silencio á las personas que se compadecian de ella á costa del mal genio de la condesa.

—No me pertenece, les decia, juzgar ni dejar que juzguen á la protectora que me ha recogido. Nunca la pagaré bastante el agradecimiento que la debo. Estos sentimientos eran sinceros y los experimentaba en el fondo de su corazon. Pobre yedra, fragil y mezquina, ceñia con sus delicados lazos la vieja encina que le servia de apoyo, por arrugada que estubiese la corteza de este arbol!

Maria á pesar de la reserva que guardaba con todos lo familiares y dependientes del palacio episcopal, no habia dejado de conciliarse el afecto general por su amabilidad, su benevolencia y su hermosura. La amaban á ella tanto como aborrecian á la señora Lydoria, y estaban á quien mas elogios haria de la huérfanita dentro y fuera del palacio. El obispo la queria como si fuera hija y se le llenaban los ojos de lágrimas al verla sufrir las mortificaciones del genio maldito de su hermana. Se ingeniaba de mil maneras para proporcionarle algun consuelo sin alarmar á la señora de Penevent; pero esto tenia mala compostura y mas de una vez por aliviar á la huérfana empeoró su situacion.

El único momento del dia en que Maria podia disfrutar algun desahogo, era en la hora en que la señora Lydoria, despues de la comida, que segun la costumbre de la época se servia al mediodía, se entregaba á las dulzuras de la siesta, tendida en su lecho de reposo para dormir algunos instantes. Maria se retiraba entonces á su cuartito, abria la ventana y respiraba un poco de aire puro; porque la condesa no solo tenia por sistema el no salir nunca de su aposento, sino que exigia que las ventanas estubiesen siempre herméticamente cerradas. La claraboya que dejaba entrar la luz en el gabinete de Maria, daba á una plaza plantada de árboles, y tenia vistas á la derecha al jardin de la casa inmediata, propia del mercader de paños mas rico de Soissons, cuya muestra *del arbol rojo* gozaba de una fama y un crédito sin igual en la ciudad. La vida doméstica de la apacible familia que habitaba en aquella casa, ofrecia por su movimiento un espectáculo lleno de atractivo á la huérfana prisionera. El mercader de paños se llamaba Jehan Pastelot y tenia en su compañía á su madre y su hermana. La primera gobernaba la casa y la segunda ayudaba á su hermano en las tareas de su comercio. Ella era la que contestaba á los compradores, la que media las telas y la que llevaba los asientos de cuenta y razon, maravilla ante la que se extasiaban cuantos venian á comprar á la tienda, porque en aquella época era milagroso que una muchacha supiese leer y escribir; pero Juana habia tenido por maestro á su hermano y habia aprovechado con prontitud las lecciones del que amaba y respetaba con todo su corazon. Cuando su padre murió no tenia mas que cuatro años y Jehan la prodigó desde aquel dia cuidados paternales y un extremo cariño. Así es que ella no habia tenido mas que un pensamiento, un deseo, un objeto; complacer á su hermano, merecer una sonrisa de Jehan y oírle decir con su voz grave y apacible. —«Eres una buena hermana.»

Reinaba entonces la alegría en la casa y la señora Pastelot suspendia sus quehaceres domésticos para regocijarse con la buena armonia de sus hijos y participar de

su satisfaccion y su ternura. Todos los dias despues de comer daban un paseo como de media hora en el jardinito que habia á espaldas de la casa. A tales horas no venian parroquianos á el almacen porque todos los vecinos estaban comiendo ó durmiendo, por eso ellos aprovechaban el rato, para que les diese el aire, para charlar alegremente entre sí, regar las flores que coloreaban en sus platabandas, ó sentarse bajo un cenador entoldado con las anchas hojas y los dorados racimos de una frondosa parra. Mas de una vez el corazon de Maria se dilataba al resenciar la dicha que gozaban aquellas tres felices criaturas y mas de una vez se oprimia tambien pensando que ella no tenia ni madre que la amase, ni hermano que la protegiese. Oh! que no hubiera podido ella, conforme lo hacia aquella jóven, pasar el brazo al rededor de la cintura de su hermano, mirarle con grata sonrisa, arrojarle suavemente á la cara, por retozona sorpresa, puñados de hojas de rosa y huir delante de él segura cuando la alcanzase de recibir un beso en la frente! Ademas que interesante le parecia poder presentar el brazo á una madre que se apoyaba en el de firme, que bendecia á Dios en voz alta por la alegría que le causaban sus hijos y que nunca tenia para ellos ni una mirada severa ni una palabra aspera. Oh! que á tal precio, de buena gana se hubiera ella sentado detras del mostrador de la tienda y se hubiera estado trabajando todo el dia sin cesar! ¡Cuanto hubiera deseado asociarse á las tareas domésticas de aquella buena anciana! porque todo era felicidad en aquella familia tiernamente unida, así el trabajo como el reposo.

Maria pues, pasaba el tiempo de la siesta de la condesa, accechando con envidia las recreaciones de la familia Pastelot. Casi siempre la voz agria de la vieja venia á zancarla de aquel risueño espectáculo y le era preciso volver á su vida monotoná, sofocante, humillada; se era preciso aguantar todos los caprichos, todas las injusticias y griterias de la señora Lydoria, mas amargas todavia para la jóven por el recuerdo de la paz y felicidad que acababa de presenciar.

Sucedio que un dia Juana corria como una loca para escapar de su hermano cuyos carrillos habia chafatinado con una gorda ereza de las negras; Maria para no perder nada de aquella divertida escaramuza, se inclinó sobre la ventana y fué vista por la alegre pareja. Casi avergonzados por verse sorprendidos en aquellas niñerías y mas por persona de casa del obispo, se pararon al instante: Juana encarnada y confusa fué á esconderse bajo el cenador de pámpanos y Jehan fingió mirar con atencion una rosa que descollaba en medio de un rosal. Maria no menos desconcertada se retiró precipitadamente de la ventana; mas por pronto que lo hizo dió tiempo al manco de notar su hermosura y reconocer á la jóven que habia visto hacia poco tiempo en casa del obispo, el dia que fué á llevarle terciopelo para una casulla. La miró con tanta mas atencion, cuanto que Maria era objeto del interes de toda la ciudad, gracias á las maravillas de dulzura y paciencia que contaban de ella las gentes del palacio episcopal.

Maria estaba aun escondida detras de la ventana con el corazon palpitante y trémula de emocion, cuando la señora Lydoria, que habia estado llamando á la jóven sin que esta la oyese á causa de su turbacion, llegó caminando de puntillas.

—¿Qué haceis ahí? exclamó triunfante por hallar al fin un motivo verdadero para reñir á Maria. He aqui el modo que teneis de abusar de mi confianza y como os sabeis aprovechar de mi sueño! Que es lo que tanto escita vuestra curiosidad en esa ventana?

Se asomó y vió á Jehan solo, porque el emparrado ocultaba á su hermana.

—¡Intrigas por la ventana! ¡Inteligencias con un jóven! ¡Virgen santísima! ¡Que escándalos en casa de un

obispo! Buen modo teneis de agradecer la hospitalidad que os doy! Preciso es que la vieja abadesa que os educa, os haya inculcado á fe mia ideas muy singulares acerca del recato que conviene á las jóvenes. Lo entendeis, semejante estado de cosas no puede durar mucho tiempo. Voy á buscar á Monseñor y convenir con él en lo que debemos hacer en tales ocurrencias.

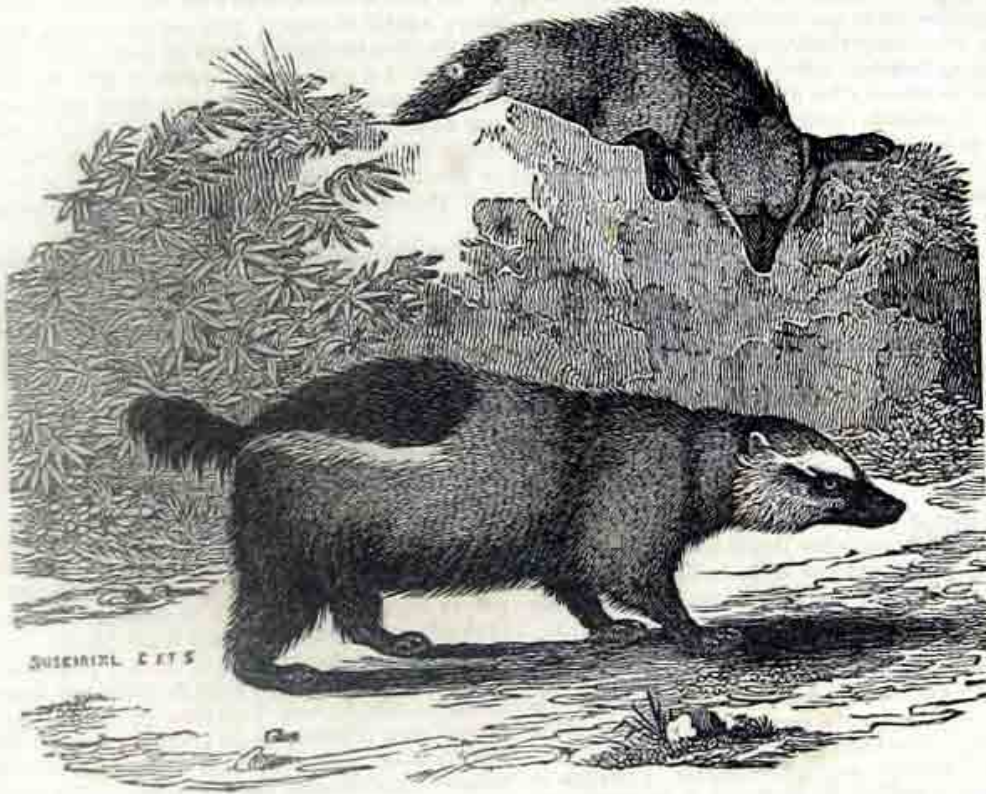
Quando la señora Lydoria apelaba á su hermano y decia estas fatales palabras: *voy á buscar á Monseñor*, pasando del tono chillon á las notas mas bajas de su voz, era porque se disponia á emplear algun medio violento.

Maria que tenia esto muy bien sabido, exclamó conternada.

—En nombre del cielo, señora, no me acuseis, no me condeneis sin oirme. No soy culpable mas que de haber mirado por casualidad al vecino jardín y de haber sido vista por las personas que en él se hallan.

—No añadais la mentira á la intriga, interrumpió á speramente la señora Lydoria, que hizo á la joven ir delante de ella, la encerró en su cuarto dando dos vueltas á la llave y se fué en seguida á buscar al obispo.

(La conclusion en el número inmediato.)



EL GLOTON DEL NORTE.

Este animal es conocido por los rusos con el nombre de *rossomak*, y descrito por Lineo con el de *ursus gulo*. Buffon confundia con él el volveren de America, simplemente por desmeotir al naturalista sueco á quien enviaba mucho, y porque sabia que habia calificado al volveren como una especie distinta que llamaba *ursus lucus*. De esta suerte los escritores mas célebres se dejan esclavar de las pasiones mas pueriles.

El gloton es un animal plantigrado, es decir, que anda sobre la planta entera del pie, como el oso y el tejón, y no sobre los dedos como el perro. Sus formas tienen mucha relacion con el tejón y con las marmas cuyas costumbres son enteramente idénticas. De manera que sien-

do una especie intermedia entre los osos y las marmas forma por decirlo así el tránsito natural de los plantigrados á los digitigrados.

Su figura es la de un perro grande de monte, pero tiene las patas mas cortas y casi toca con el vientre en el suelo cuando anda. Su piel es muy estimada de los rusos que la prefieren á todas excepto la de armiño de que se sirven para hacer gorras y manguitos. Su color es pardo ó castaño muy oscuro, tiene la cola bastante corta, ancho de cuerpo y en general sus formas son toscas y pesadas; habita las comarcas mas frias del norte y del Asia y se encuentra con frecuencia en la Laponia y en los desiertos de la Siberia.

Olaus fué el primer naturalista que ha escrito acerca del gloton, pero ha exagerado su voracidad al extremo de haberse hecho proverbial. Cuenta este autor que cuando devora un cadáver come hasta ponerse el vientre co-

mo un tambor, y que en seguida lo comprime entre dos troncos hasta que consigue vaciarlo; entonces vuelve al cadáver para saciarse otra vez y comprimirse de nuevo, y así sucesivamente hasta que consigue aniquilar su presa por grande que sea. Semejantes narraciones están refutadas en sí mismas. Otros naturalistas y particularmente *Gmelin* han aventurado el decir que este animal por una escepcion única entre los seres vivientes, no gozaba del instinto de la conservacion y cimentan esta opinion en que cuando vé un hombre no experimenta ni demuestra señal alguna de temor, y se le acerca con indiferencia como si no temiera peligro alguno. Suponiendo que sea cierto lo que refieren, no prueba seguramente otra cosa sino que viviendo en el desierto donde no alimenta temores de hallar otro ser mas fuerte, ignora lo que debe temer de la presencia del hombre, pudiendo desde luego asegurar que cualquier animal que careciese del instinto de la conservacion, no viviría veinte y cuatro horas. Pero prescindiendo de relaciones exageradas vamos á ocuparnos en lo que de cierto toca á su historia.

El gloton vive siempre solitario y cuando mas algunas veces con su hembra; habita en un hoyo que hace él mismo con las manos y las patas, y escoge siempre un terreno seco e inclinado, como la pendiente de una colina y resguardado con ramages de abeto ó de álamo blanco. Solo abandona su madriguera de noche para ir en busca de alimento que consiste en rengíferos, antes y otros animales. Si habita alguna comarca donde tienden sus lazos los cazadores de armiños, empieza por acudir á los puntos donde acostumbran á poner las trampas, que conoce muy bien y en las que no se prende nunca, apoderándose de los animales que han caido. Si le falta este recurso, busca la pista de algun rengífero, la sigue con constancia y acaba por sorprender dormido al animal que persigue. Pero por tarde que le sienta fácilmente logra salvarse huyendo, porque el gloton marcha con lentitud y no puede correr. Así es que ordinariamente se le escaparía su presa sino emplease mil astucias para sorprenderlos.

Muchas veces se oculta entre algun ramage espeso ó en el vacío tronco de un árbol desde donde puede acechar, y espera pacientemente emboscado sin moverse, hasta que la casualidad ó mas bien su prevision conduce una víctima á su puesto.

Conoce las sendas frecuentadas por los rumiantes salvajes, cuando salen de los bosques para pacer en la llanura, y calcula sus vueltas para acometerlos cuando á la salida del sol se restituyen al bosque. En este caso sube en un árbol y se aposta sobre alguna rama que esté pendiente sobre el sendero que deben cruzar, y cuando se aproxima algun rengífero se lanza á él y le asegura de

tal suerte con los dientes y sus garras que es imposible defenderse ni librarse de su enemigo; generalmente lo le devora hasta despues que espira su victima de la herida que la hizo del primer golpe que siempre es mortal y se goza de su agonía y de los impotentes esfuerzos que hace por huir; hasta que despues de muerta satisface el gloton su apetito, conduciendo despues los restos del cadáver sino es muy pesado á la espesura del bosque y ocultándolo en un zarzal ó chaparro espeso para encontrarlo cuando lo necesite, ó bien sino puede transportarlo le cubre con hojas y sarmientos.

Otros muchos animales carnívoros existen como el raposo y el lobo que acostumbran igualmente á ocultar los restos de la presa que no pueden devorar entera, mas sea por olvido ó por desconfianza no vuelven jamas á buscarla; pero no le sucede á este lo mismo, que sabe muy bien encontrarla cuando le agujonea el hambre y no puede apoderarse de una presa palpitante.

El gloton se encuentra en las mismas selvas que el zorro azul ó el isates, y tiene el instinto suficiente de servirse de este último como de proveedor á falta de otro mas útil. Así que cuando quiere coger una liebre ó otra clase de caza menor, la sigue á larga distancia cuidando que no le vea para no espantarla y la sigue hasta el momento en que cae en las garras de algun isates; entonces se presenta el gloton y se ve aquel en la necesidad de huir abandonando su presa para no ser victima él mismo.

Tan valiente como voraz se defiende intrépidamente de los perros y hasta de los mismos cazadores, pero como tiene tan cortas las patas no puede huir con ligereza y los cazan á fuerza de palos. No obstante necesitan para atacarlos con perros lo menos tres, y muy rara vez alcanzan la victoria sin que queden heridos y estropeados uno ó dos, porque se defiende con las garras y los dientes y las heridas que hace son crueles y profundas.

Schoeffer pretende que cuando el gloton se halla muy acosado de hambre, se lanza como la nutria á las orillas de los rios y de la mar, y nada y se sumerge fácilmente para coger los peces que espantados se ocultan entre las piedras y agujeros del fondo. Pero sin negar enteramente este hecho, es menester desconfiar de su veracidad porque su organizacion no está en armonia con las costumbres de los animales acuáticos ó anfíbios.

Como se acomoda muchas veces á alimentos ya en un estado de putrefaccion á falta de otros mas frescos, fácilmente se concibe que frecuente en ciertas ocasiones las riberas para rebuscar en las inmundicias que las olas arrojan á ellas, y esto sin duda ha hecho creer á los observadores superficiales, que pesca por sí los peces que le han visto comer.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

CASAS DE HUÉSPEDES.

I.

He aquí la carta que pocos días há, puso en mis manos el cartero:

S.... 15 de setiembre de 1843.

«Despues de tres años de permanencia en esta poblacion, conozco mi querido amigo, la necesidad de pasar algun tiempo en la corte, ya que los viages á las principales capitales de nuestras provincias, ni el voluntario

destierro, de que he probado, han podido curarme de la melancolia que se ha hecho habitual en mí, he determinado volver al bullicio y distracciones de la capital, tal vez así consiga, lo que no he podido alcanzar por otros medios; la tranquilidad de mi corazon; ademas querido amigo, tu vives en Madrid, y esta sola razon... (hago gracia á los lectores, de cuatro lineas que hay despues de aquella palabra empleadas, en cumplimientos amistosos).

«Bien sé que no te parecerá muy buen remedio para mi mal, ir al sitio en que se encuentra su causa, porque supongo sabrás, que ella ha vuelto ya ahí; pero en-

no el inconveniente de encontrarla alguna vez, y alisar algo con este motivo, en mi propósito de herrar de mi corazón, la causa de mi desgracia, y entre morir de tristeza en este pueblo, sin sociedad y sin distracciones, he preferido tomar el primer partido.

«Voy pues, á hacerte un encargo, confiado en tu amistad; ten la bondad de buscarme una casa de huéspedes, para la entrada del invierno, que será cuando llegue á esa, ya conoces mis gustos y yo desde luego apruebo la que tu escojas. En cuanto á la calle, me es indiferente, no siendo en los extremos de la población, vé antes de hacer la elección, todas las mas casas de huéspedes que puedas, y vuelvo á repetirte, que la que tu elijas, está bien elegida.

«Tengo algunos negocios que arreglar aun, por lo que no puedo estenderme mas por hoy. Adios, anhela darte un estrecho abrazo, tu amigo

Enrique.

«P. D. Contéstame á vuelta de correo, acerca de mi encargo, para dárselo á otro, si no pudieras hacerle tú.

La cumplimento de la anterior posdata, conteste aceptando el encargo: por mas que me fuera incomodo, no estaba en mi mano recusar. Enrique es un amigo de la infancia que me cuenta sus secretos mas ocultos, yo supe los motivos que le alejaron de Madrid, aprobaba su resolución de volver á él, y lo decia (ignorante de mi) que pedata variado, pues encontraría cuando llegase, una habitación á su gusto.

Voy pues á cumplir á mis lectores, (pero con la condición de que no hagan correr la voz) la causa de la melancolía de mi amigo. Dos años hacia que habia llegado á Madrid, para seguir la carrera de leyes, y ningun motivo habia tenido, para perder la calma natural en su estudio, y los dorados sueños y brillantes ilusiones que habian se le habian: una noche, le ofrecieron sus compañeros de posada, presentarle en cierta reunion, que daba prodigiosamente un rico propietario de la corte; aceptó nuestro Enrique, y mas le valiera no haberlo hecho, porque de aquella noche datan sus disgustos, y la amargura de su corazón. Tiempo hacia que vagaba por aquellos brillantes salones del brazo de uno de sus amigos sin decirle algo, cuando la casualidad le hizo fijar la vista en un jóven de hermosa cabellera castaña, languidos ojos, nariz fina y blan-a tez, levemente sonrosada, y cuya fisonomía manifestaba cierta expresion de viveza, acompañada de dulzura; desde aquella noche, huyó del corazón de Enrique la calma, para dar lugar á la mas violenta pasión.

En fuerza de diligencias, halló medio de que le presentaran en casa de la jóven, y lo que es mas, logró con el tiempo, grangearse la voluntad de doña Orosia su tia, enora quise habia encargado de ella, desde que quedó huérfana, y que hacia sufrir no poco á la jóven, con su orgullo, su enojo de las costumbres pasadas y critica de los presentes, con ser gazmoña y devota, sin duda por no poder en algo su espíritu vacío de sentimientos generosos y nobles.

Matilde, que tal era el nombre de la muchacha, correspondió despues de algun tiempo, á el amor de Enrique, el cual estaba cada momento mas entusiasmado, apesar de los celos inconcebibles, de las pruebas mas duras, y de las exigencias mas injustas, que se veia precisado á sufrir todos los dias.

Tanto en aquella época nuestro Enrique, necesidad de salir de Madrid por algunos meses, para arreglar en secreto, ciertos negocios de familia, lo cual contrarió á sus amores, que no hay para que decir, se ofrecieron en abundancia, y aumentaron la renta de correos, con dos reales cada uno; libertamos al lector de la pintura de su correspondencia, bastie decir que despues de mil palabras va-

rias de sentido, de gemidos, lloros, gritos y otras cosas por ese estilo, Enrique tomó el camino de su casa quedando Matilde en la suya.

Llegó el viajero, y tubo la satisfacción de recibir una carta apasionada de Matilde, en que le repetia por escrito, lo que por centésima vez le tenia dicho de palabra, sucesivamente fué recibiendo otras epistolas, aunque no tan apasionadas, luego empezaron á faltar algunos correos, hasta que por último cesó de todo punto la correspondencia.

El motivo de esta mudanza, no fué otro que las nuevas relaciones, entabladas con un comandante de caballería, que habia llegado á la sazón de guarnicion á Madrid, y á quien la buena de doña Orosia protegía, por la identidad de ideas y rarezas que tenia, ó aparentaba tener el comandante con las suyas.

En tanto, Enrique se veia precisado á alargar su vuelta, por mas tiempo que el que pensaba, contentándose con lamentarse de la inconstancia y falacia de las mugeres, cosas ambas que tenia oídas desde que iba á la escuela; y en que no habia querido creer por completo, hasta que un dia recibió la noticia del casamiento de Matilde, con el comandante.

Furioso Enrique, determinó venir á Madrid, abandonándolo todo, y con la cabeza llena de mil planes de venganza; á que hubo de renunciar, luego que supo que Matilde se llevaba muy mal con su marido, llegando hasta maltratarla, y que á consecuencia de estos disgustos, doña Orosia, que habia tenido una no pequeña parte en la realizacion de aquella union, habia muerto.

Entonces fué, cuando tomó Enrique la determinacion de recorrer varias capitales de provincia, para distraerse, y probar á arrancar de su pecho, la imagen de la ingrata y desgraciada Matilde; viendo que no lo conseguia, se aisló en S..., donde se dedicó sin descanso al estudio, pero nada de esto sirvió, sino para convencerle de la dificultad de extinguir en su corazón, el fuego de su delirante amor.

La carta que encabeza este desaliñado articulo, ha hecho saber á mis lectores, la determinacion de Enrique de venir por algun tiempo á la corte, y el compromiso en que estoy, de buscarle casa; van pasados algunos dias, y ninguna diligencia he hecho; y como esto no sea cumplir como debia, con toda eficacia el encargo de un amigo, he resuelto empezar sin demora á desempeñar mi cometido.

II.

El forastero que esté en la inteligencia, de que cuando llegue á la capital, le es sumamente fácil encontrar un alojamiento á su gusto, se lleva seguramente un buen chasco, si es un celibato, que raya en los 34, que cansado de usar de la libertad de su estado, desea entrar ya en otro mas pacífico, si el objeto de su venida á la corte, ha sido buscar una muger de ciertas y determinadas circunstancias, á quien dar la mano, para atravesar unidos el camino que les falta hasta el sepulcro; que desconfiando, él encontrara á centenares, mugeres con todas esos requisitos, con todas las circunstancias que desee, pero que no pretenda hallar una casa donde hospedarse, con las comodidades y perfeccion que apetezca porque puede estar seguro, de no encontrarla. Yo me he convenido ahora que he corrido y examinado varias posadas, de que en Madrid, mas facil es hallar muger, que una regular casa de huéspedes.

Para desempeñar mi encargo empacé por leer todas las mañanas el Avisador, Diario y nuevo Avisador, y formar una lista de los anuncios de señoras viudas que ceden un bonito gabinete y sala decentemente amueblada, en uno de los mejores sitios, á un caballero solo; de otra señora que jamás ha tenido huéspedes, pero

que con motivo de las circunstancias, se ve en la precisión de admitir uno ó dos caballeros que la ayuden á pagar gastos y de otros infinitos, entre los cuales se encuentran algunos que por 5 rs. ofrecen á todo ciudadano del género masculino, (siempre hombres, ¿en qué consistirá esa repugnancia de las patronas á tener señoras de huésped?) un desayuno de chocolate, al medio día sopa, un buen cocido, un principio y un postre, con el guisado y ensalada de ordenanza por la noche, todo esto con asistencia ó sin ella, en lo que hay poca diferencia.

Armado de mi lista y de mis anteojos para columbrar los papeles atados á la estremidad del balcón, echéme por esas calles, y empecé á subir y bajar escaleras por la de una hermosa casa de la calle del Príncipe, la cual segun noticias de un criado que me la enseñó, se cedía en su totalidad, ó solo en parte. El criado vá de pieza en pieza, diciéndome con cierto tono de orgullo.

—Este era el gabinete del señor conde; aquí tenia el tocador la señora condesa, el dormitorio de la señorita es ese que está á la derecha, estas tres piezas las ocupaba el sobrino del señor conde; como no será fácil encontrar quien tome todas las habitaciones, la señora piensa admitir cuatro huéspedes, y que la sala sea comun para todos.

—Bien, y por el gabinete, la pieza que servia de tocador, una comida regular y cama, qué es lo que se paga?

—La señora me tiene encargado que siendo un caballero solo, pida 40 rs.

Despedime diciendo, veria si encontraba otra que tuviese mejores vistas, y subí á una casa de la calle de Pontejos, en que se anunciaba un gabinete y alcoba, entro y me dirigen á una sala bastante bien amueblada, aunque no tanto como la de la anterior, estaba ocupada por un caballero y un peluquero que le rizaba el pelo, por un señor obeso que escribia sobre un velador en papel sellado y en forma de memorial, por un paisano y un militar, que daban grandes voces disputando acaloradamente sobre política, y por un hombre ocupado en empaquetar en un baul zapatos de señora, juguetes para niños, y otras chucherías, que sin duda llevaba á su familia, pues aquel era el que dejaba desocupada la habitación. El gabinete era regular y la alcoba bastante buena.

—Cuanto es lo que pide vd. por este cuarto? pregunté á una señora vestida de negro, que parecia de unos 50 con pico de años, y cuyo aire y maneras le daban á conocer á tiro de cañon por la patrona de la casa.

—Yo le diré á vd., la habitación es muy buena, y ademas puede vd. disfrutar de la sala para recibir y aun para leer ó escribir, porque los compañeros son excelentes señores, y no se siente entre ellos una mosca, la comida con dos principios, y una buena cama, todo esto le costará á vd. 22 rs., que no es nada, si se hace vd. cargo de que ademas el balcón es un coche parado.

La despedida fué parecida á la de la casa anterior, pasé á recorrer otras ocho poco mas, poco menos como la que acabo de describir.

Despues de ver como dos docenas de casas, mejores ó peores, pero ninguna que conviniera á Enrique, di conmigo en la de la señora que anunciaba no habia tenido nunca huéspedes; era en la calle de Jardines, un criado me condujo á una sala decentemente amueblada, y en la que tube tiempo mientras vino la dueña, de notar que entonces los habia, pues sobre una silla se veia un sombrero y un baston; y en un rincón un sable de caballería y un sombrero de ayudante; abriose la puerta del gabinete y.....

—Pero qué veo, si me engañarán mis ojos, nó, es ella, es Clara, la linda costurera, la hija de mi antigua patrona ¿como te vá, querida Clara?

—Muy bien, y vd. está bueno?

—Perfectamente, cuanto tiempo hacia que no le veia, donde has andado, ah! picarilla, te habrás casado ya con aquel boticario que te acompañaba á paseo los dias de fiesta.

—No me hable vd. de ese tunante, que se ha portado tan feamente, me pidió mil rs. que dijo necesitaba para el examen, y luego que se recibió se casó con otra, y no le he vuelto á ver mas.

—Infamia como ella, abandonar á una muchacha como tú, con 18 años, con tu blancura, tus colores, tus palabras de amor, amen del caudalillo que le dejó tu madre.

—Ba! eso me importa poco, no ha faltado sin embargo quien se acuerde de mi, y quien ponga á mis pies sus caudales..... pobres hombres! que facil es engañarlos!

Contóme Clara su vida, abundante en situaciones curiosas, y que por demasiado larga omito á mis lectores, viniendo despues de rodar de mano en mano á parar á las de un procurador, con cuya ayuda, ó mas bien á su costa, habia puesto la casa que destinaba á huéspedes, segura de prontas ganancias, experimentada como era en esta industria por haberla tenido su madre, contando con otros medios de prosperar y dotada de finisimo tacto para conocer que huéspedes la convienen, y para hallar motivo de cerrar ó romper los ajustes, segun esta conveniencia. No siendo la mia, hacer ninguno con ella para mi amigo, me despedí de la muchacha, no sin que me encargara que fuera á verla con frecuencia.

Recorri en pocos dias una porcion considerable de casas de huéspedes, hasta venir á parar á un cuarto segundo de la calle de Preciados, que era el anunciado en 5 rs. y me encontré con una alcoba, por la cual se entraba, no sin gran peligro de quedar atascado entre la puerta y una silla á un gabinete como de hasta unos doce pies y no en cuadro, porque su figura era tan regular como la que forma una gota de trieta oprimida entre dos papeles, tales eran los ángulos entrantes y salientes, que formaban los tabiques de las demas habitaciones, y los cañones de las chimeneas de abajo; una ventana convidaba con deliciosas vistas á un tejado, en que se podia divertir el huésped presenciando los amores de las zapaquillas y Micifús de la vecindad. Los muebles consistian en un tablado de pino y una silla introducida á golpe de mazo entre aquel y la pared de la alcoba; en el gabinete cinco sillas (que no sé porque se han de llamar de Vitoria, si se hacen en el portal de mi casa) y de una betusta cómoda, colocada delante de la puerta de la sala, que estaba condenada en la actualidad, porque la habitaban tres estudiantes.

Cuando salí me encontré con el que abandonaba el palacio que acababa de ver, y á petición mia me dió los informes siguientes; que el cuarto era un infierno, donde no se podia permanecer en razon á los ejércitos de animalitos que tenian, declarada cruda guerra al atrevido que durmiera en aquella alcoba, sin distinguir de colores ni de opiniones; ademas la vecindad era malignísima, y no se podia estar en la tal habitación, durante el día, porque el machacar la suela del zapatero de arriba, los palos que la vecina del frente llevaba de mano de su marido, el coro de chiquillos que chillaban, lloraban y cantaban el *Mambrú se fué á la guerra*, y el martillo del herrador de la casa de al lado, producian un ruido diabólico, esto sin contar las veces que sacaban al balcón de la calle una cotorra sin mas gracias que dar chillidos, y las en que el citado albeitar herraba á fuego, y repartia por todo el barrio un purisimo olor á cuerno quemado.

Me informó tambien de la diversion que todas las tardes proporcionaban á la vecindad los estudiantes, apedreando desde el balcón al perro de la tendera de la

esquina, ó llamando á los vendedores, charlando con las muchachas de enfrente, y escupiéndolo á los que pasaban por la calle; y me aconsejó no llevara á aquella casa á ninguno que bien quisiera, dile las gracias y abandoné por aquel día mi comenzada tarea.

No sé si á mis lectores les sucederá que al despertar por la mañana, empiezan á recordar lo que hicieron el día anterior y las ocupaciones del presente; de mí sé decir, que es el primer trabajo diario en que se ocupa mi imaginación, luego que le he realizado una mañana, sé que por resultado que despues de subir y bajar tanta escalera, despues de examinar multitud de casas de huéspedes, desde la calle del Prado á la de Calderon, desde la plazuela de la Villa á la de Bilbao, todavia no tenia cuarto donde alojar á mi amigo y lo que es mas, que segun su carta recibida el día anterior, debía llegar en el presente.

En este caso, determiné contarle mis diligencias, y el poco fruto de ellas, pues no habia encontrado ninguna casa de huéspedes que le conviniera, porque en unas la mala escalera, en otras la tristeza de la habitación, en estas el ruido de la vecindad, en algunas las disputas entre los huéspedes y la patrona, sobre si traia ó no maiz en la soya, y si habia parecido el pábilo de una vela de sebo en la ternera, (lo cual era una prueba irrecusable en pro del sistema económico de la cocinera) todas estas circunstancias me decidieron á esperar que viniera Enrique, para recorrerlas juntos otra vez y que él escogiera.

III.

A la hora en que me dijeron debía llegar la diligencia estaba puntual en el despacho de las generales, pero tu- le que esperar hora y media, para tener el gusto de abrazar con la mayor alegría á mi amigo Enrique.

Siempre de buen humor ¿cuanto me he acordado de tí me dijo él.

—Siempre, le respondí, y con mas motivo cuando te ves.

—Amigo, estás muy grueso y de buen color; cuántas cosas tengo que decirte!

—Si vieras que novedades ha habido entre nuestros amigos, unos se han casado, otros han ido al extranjero, ya te contaré ya.

—Ah! y como estamos de casa de huéspedes? en qué calle la has tomado?

—Hombre yo te diré, he visto muchísimas, pero te confieso que no he tomado ninguna, porque temia no acertar con tu gusto, y me ha parecido mejor que te

vengas á mi casa, mientras las volvemos á ver juntos.

Enrique se negó absolutamente á aceptar, y por de pronto se quedó en la hermosa fonda de las diligencias peninsulares, nueva y perfectamente establecida, diciéndome con cierto tono de mal humor, que no habria formado mucho empeño en buscarla, porque no creia obra de romanos hallar una habitación á gusto suyo. Yo callé esperando otra ocasion para contestarle.

Recorrimos otra vez las 300 y mas casas de huéspedes que habia yo visto, y ninguna le pareció bien á mi amigo, que callaba cuando yo me reia á carcajadas, y le repetia siempre que bajáramos de alguna habitación que no le habia acomodado:

—Cuando yo te lo decia.

Un día subimos á un cuarto principal que tenia papeles en el extremo del balcon; la que parecia dueña de la casa, nos rogó con amabilidad volviéramos á la mañana siguiente, porque la señora que iba á dejar desocupado el cuarto, y que marchaba á Valencia, estaba entonces ocupada con el escribano y su administrador tratando de intereses, y no se atrevia á interrumpirla.

IV.

En aquella tarde salí yo para Cadiz, á donde me llamaba un negocio de importancia, y aunque no pensaba detenerme mucho tiempo, luego que llegué conocí tardaria algunos meses, en poder regresar á Madrid.

Enrique debió volver solo al día siguiente á la casa de huéspedes. Por el primer correo tuve la satisfacción de recibir la siguiente carta suya:

«Querido amigo: soy el mas feliz de los hombres, la señora de quien nos habló aquella patrona el día de tu repentina salida de esta, era Matilde... Matilde que ha- ve cerca de un año está viuda! Matilde me amaba aun, y me he convencido hasta la evidencia, de que no tubo ella la culpa antes por el contrario se opuso cuanto pudo al fatal casamiento que tanto me ha hecho pasar: dentro de veinte días, me uniré á ella para siempre... A Dios, cuánto siento no estés aqui, pues entonces sería completa mi alegría.

En mi contestacion, la daba le enhorabuena, y me ofrecia á ser padrino del primer vástago de Enrique; conque tengan vds. cuenta señores míos, que he pensado obsequiar el día del bautizo con un escarpin de dulces, á todos los lectores que bayan sido dotados de la necesaria dosis de paciencia, para seguir mi mal pergeñado articulejo hasta aqui.

REMITIDO POR A. F. R.

FIESTAS DE LOS JUDIOS.

Es curioso conocer las fiestas consagradas por los antiguos hebreos y que tan frecuentemente se mencionan en la Biblia. Dispersada la nacion judáica sobre el ámbito de la tierra presenta aun hoy dia un espectáculo digno de atención, esperando el Mesías, conservando sus creencias, y permaneciendo fieles á sus prácticas.

Vamos á describir algunos detalles relativos á las cuatro fiestas que anualmente celebraban los judios; tres de ellas las celebraba solo el pueblo de Dios; mas la cuarta, que llamaban *fiesta de las trompas* ó *de las trompetas*, que representa el grabado que acompaña á este artículo, y que la consideraban como el aniversario de la creación, no era peculiar y originaria de los hebreos sino que tambien la observaban todos los que vivian en el tem-
por del Señor.

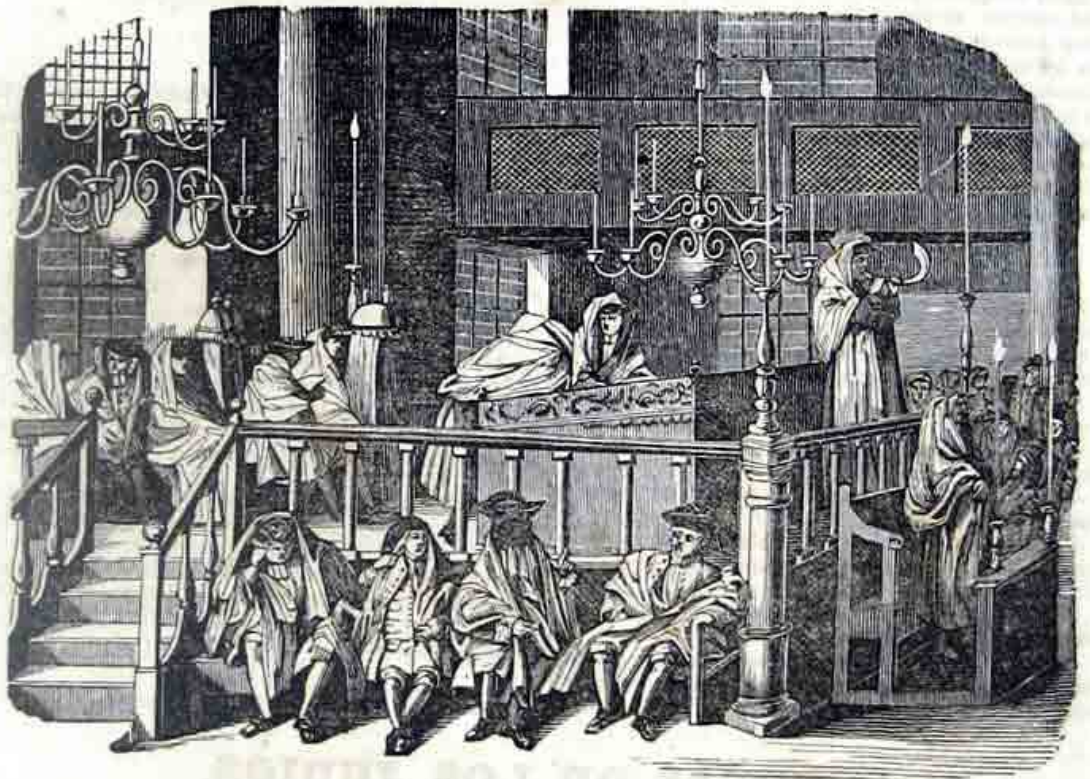
El séptimo mes que corresponde al nuestro de setiembre, era antiguamente el primero del año en conmemoracion de la creacion y continúan considerándole como el primero del año civil. Pero despues del abandono del Egipto, el séptimo mes (Abib) constituye una nueva era en la historia de los israelitas. El Señor dijo á Moises y á Araon: «este mes será el primero de los meses; será el primer mes del año; santificad el mes de *abib* (el mes de los frutos) celebrando la pascua en loor del Señor «vuestro Dios; pues que es en el que el Señor vuestro «Dios permite que emigreis durante la noche del Egipto.»

El doctor Gil observa acerca de lo que acabamos de citar, que celebrando la fiesta en el primer día del año entrante parece natural que fuera instituida para dar gracias y mostrar su reconocimiento por los sucesos felices

del año espirado; y como en esta estacion habian recogido ya todos los frutos de la tierra y no solo el trigo y otros granos sino hasta el aceite y el vino, para impetrar tambien las divinas bendiciones sobre los productos de la siguiente primavera. Sea de esto lo que quiera, los judios ademas creen que corresponde este dia al del aniversario de la creacion, y los ecos de las trompetas son para ellos el emblema de los ecos celestes, en cuyo momento se reunen todos los astros de la mañana para alabar a Dios, y los angeles y los siervos del Señor se entregan enteramente á los trasportes del regocijo. Puede interpretarse esta fiesta tambien como una advertencia hecha á los judios á fin de prepararse para el dia de la espacion que era el décimo dia, y para la fiesta de los tabernáculos señalada para el dia 15 á mitad del séptimo

mes. Los judios santificaban esta fiesta con ejercicios piadosos, las trompetas resonaban por todos los ángulos de las sinagogas, y despues de una comida abundante dedicaban el resto del dia á las practicas religiosas.

La Pascua. Fué instituida esta fiesta que ya hemos citado en conmemoracion á el aviso que dió Moisés á los hebreos, cuando llamando á todos los hijos de Israel les dijo: «cada familia inmolará este dia en el umbral de la puerta de su casa un corderillo y con su sangre la rociará toda; ninguno de vosotros saldrá de ella hasta por la mañana, porque seriais exterminados y cuando pase el Señor por delante de vuestras puertas, y mire la sangre de que se hallarán teñidas, no permitirá que penetre en vuestras casas ni que os hiera el angel exterminador. Conservareis esta costumbre que debe seros m-



Fiesta de las Trompetas.

«violable lo mismo que para vuestros hijos, y cuando os opregunten porque se rinde este culto religioso, les contestareis, esta es la victima inmolarada al transito del Señor cuando salvó las casas de los hijos de Israel de la «destruccion egipcia.»

La fiesta de las semanas: Esta fiesta la celebraban siete semanas ó cincuenta dias despues de la pascua y es conocida en el nuevo testamento con el nombre de *pentecostés*, derivado de una palabra griega que significa cincuenta. Fué instituida en conmemoracion de la ley de Dios dada en el monte Sinai, cincuenta dias despues de haber salvado á los Israelitas. La pentecostés, era tambien llamada *fiesta de las mieses*, porque cae al terminar la época de la recoleccion del trigo, y ofrecian al señor dos panes hechos con las primicias y veinte de hari-

na de flor, rindiendo á este tiempo solemnes acciones de gracias.

La fiesta de los tabernáculos. Esta fiesta la observaban los israelitas por espacio de siete dias despues de tener cerrados en sus graneros todos los frutos de los campos; acogian y hacian participar de su alegría y de sus festines, al levita, al extranjero, á la viuda, á la huérfana é imploraban la bendicion de Dios sobre sus tareas. En conmemoracion de la mansion que hicieron sus antecesores en el desierto habitando en tiendas de campaña, construyen unas especies de cabañas con ramas de árboles, y permanecen en ellas durante los siete dias en que se celebra la fiesta, y toda la nacion debe ir á Jerusalem á adorar el tabernáculo de Jehovah.

ESTUDIOS LITERARIOS. (1)

**Esta carece de título
Vds. se le pondrán.**

Voy á escribir en esdrújulos
¡Ocurrencia singular!
No diré qué ¡voto al chápiro!
Que aun no sé lo que saldrá.
Suplico á todo católico
Que se ponga en mi lugar
Y si el órgano de Móstoles
Toco por casualidad,
Reflexione que los dactilos
Son fruta de Barrabás.
En verdad que tiene intringulis
Y nadie lo negará.
En unos pies tan diabólicos
Las ideas espresar,
Y esto de estar siempre dándole
Tras un asonante en á
Solocara al mismo Sófoeles
Pero valor—en avant.

¡Oh Plácida de las Plácidas
Criatura angelical,
Tú cuyo aliento es un céfiro
Que me refresca al pasar,
Tú cuyos ojos suavísimos
Me embriagan con su mirar,
Tú cuyos labios de almivares
Blanda armonía me dan,
Tú eres la Huri de mis canticos
Si oo lo llevas á mal,
Tres días hace ¡Oh mi Tórtola!
Que te di mi libertad;
Ayer amorosa epistola
Puse en tu mano al pasar
Y hoy pulso en tu honor mi cítara;
Esto marcha voto á tal:
Con tal que los Cielos pródigos
Favorezcan nuestro afán
Y nos alejen fatídica
La sombra de tu mamá.
De amor en el hondo piélagos
Naveguemos sin pesar
Viento en popa aproximándonos
A puerto de libertad.

Mucho me temo, carísima,
Que de esto vas á sacar
Lo que el negro de la plática
¡Oh esdrújulos de Salán!
Pero yo soy franco, Plácida,
Te voy á desengañar.
Soy el hombre mas ridiculo
De toda la cristiandad,
Y este cariño volcánico
No sé lo que durará;
Mi genio es altivo y aspero
Mas áspero que un zarzal:
Cuando me enfado, á Caligula
Dejo mil pasos atrás.

Y temo, paloma Cándida,
Que no hemos de congeniar.
Y así, aunque me veas, Plácida,
Con mas barbas que el Dios Pan
O mas sério que Anaxágoras
Que no se rió jamás,
No me impacientes la cólera
Porque sería capáz
De una de pópulo bárbaro
Si me llego á acalorar.
Item; quiero ser el único
Que inciense, niña, tu altar,
Porque si fueras tan pérfida
Que me dieras un rival,
Aunque yo no soy tan bárbaro
Que me apriete el pasa-pan
Ni que promueva colérico
Un combate singular
Esponiendo mis mandíbulas
A un soplamocos fatal,
Declino por lépus léporis
Y no te vuelvo á mirar.

Si te ha enamorado Plácida,
Mi mérito personal
Lo apruebo: no soy un Cíclope
Ni un Ganimedes; mas ah!
Si fias en mi retórica
Te juro que haces muy mal
Porque soy de humor tan tétrico
Que en un mes no suelo hablar

Tampoco en esas Termópilas
Que algun sastre montaráz,
Travillas apellidándolas
Nos hizo ¡infame! adoptar;
En esas estrechas cárceles
Potro de la humanidad
Que encogen fibras y músculos,
Pienses que me he de encerrar;
Ni que voy á hacerme víctima
Del calabozo de un frac:
No señor: bragas muzlimicas
Y viva la libertad,
Y si me apuras un ápice
Visto á lo San Sebastian.
Si así me quieres, magnífico!
Si nó, lo puedes dejar
Que no por vanos escrúpulos
He de estar como Jonás
En el famélico estómago
De la ballena voráz.

Plácida mia, medítalo
Por San Hilarion Abad
Mira que soy un Autócrata
Mira que te voy á asar,
Mira que vas á ser víctima
De aqueste génio infernal,
Mira que soy muy exótico;
Vas á sudar alquitran
Si te propones pacífica
Mis rarezas aguantar.

Con estos pelos de búfalo
Que dados de baja están,
Con este gesto tan ácido
Anómalo, irregular,

(1) Esta composición ha sido leída con aplauso en el Liceo de Valladolid y se nos ha remitido por el autor para su inserción en nuestro periódico.

Con las barbas que en naciéndome
No me las pienso afeitar....
Plácida... por los apóstoles
Soy un amante fatal.

Y luego estoy reñidísimo
Con el arte de bailar
Y en este siglo del fósforo
Solo enamora un galán
Con el rigodon insípido
O con el lúbrico *wals*.

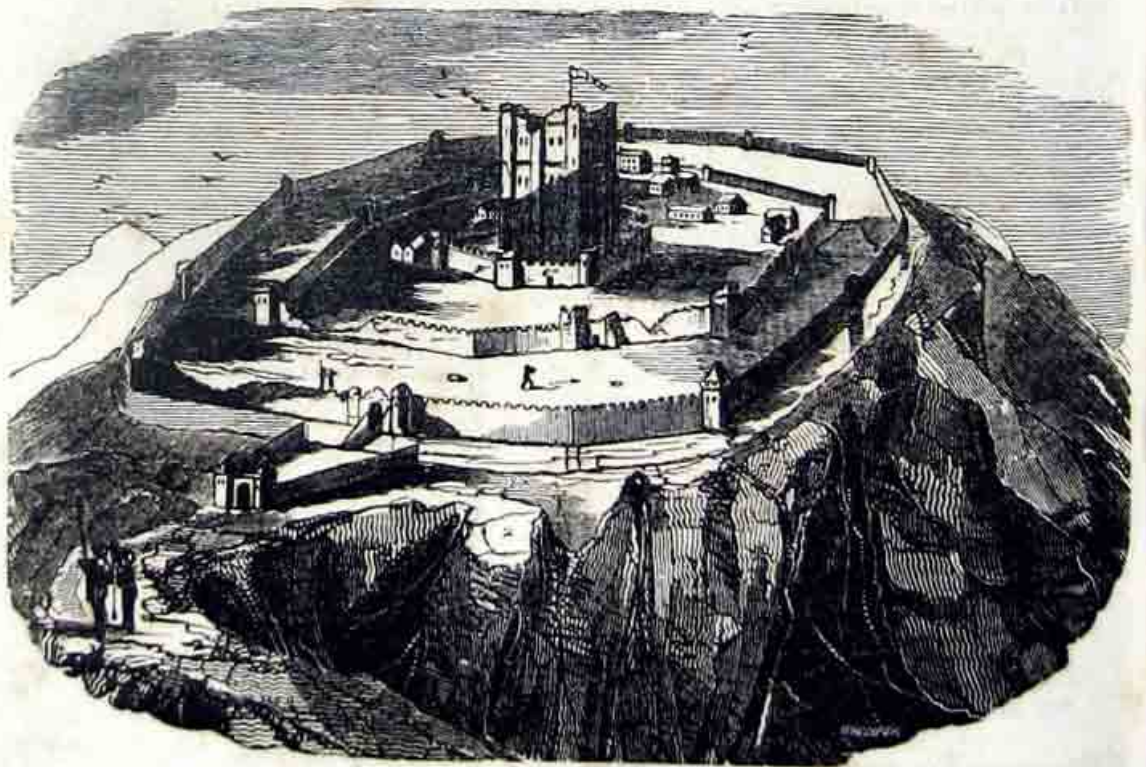
Y además tengo a la música
Afición particular:
Me tengo por filarmónico...
No soy valga la verdad
Ni como el cisne de Pésaro
Ni como el tierno Mozart
(Es Mósar, en la penúltima
Pero a ti que más te da)
Mas ay! aborto unos cánticos
Que te harán horripilar.
Unos gorgoritos, Plácida,
Dignos de un orangutan.

Míralo bien, por San Crispulo,
Que soy poeta además
Romántico, cadavérico,
Escéptico, funeral,
Antropófago, famélico,
Escéntrico, singular,
Livido, fantasmagórico,
Raquítico, antisocial,
Sulfúreo, aéreo, fantástico
Y paupérrimo que es más.
Si mis cánticos horrisonos
Suelto en tono sepuleral,
Más que unas exequias fúnebres
Te van a hacer sollozar;
Esto cuando soy Eráclito

Porque otras veces me dá
Por imitar a Demócrito
Y plagiar a Jüvenal
Componiendo unos epigramas
Con aceite de alacrán;
Y entonces ¡Virgen Santísima!
Voy a ridiculizar
Hasta la menor partícula
De tu anticuado papá,
(Que Plácida entre paréntesis
Le temo... como a un caimán)
Porque yo no tengo prójimo
Ni a mi me sé perdonar.
Si todos estos obstáculos
No te hacen volver atrás,
Oh Plácida placidísima,
Bien puedes asegurar
Que ni Job el pacientísimo,
San Lorenzo ni San Juan,
Ni todos los Santos Mártires,
Se te pueden comparar.
Mas si piensas en un ápice
Contrariar mi voluntad,
Pronto te cito de un látigo
Ante el atroz tribunal
Y en un arrebato lírico
Te rompo la erisma ¿estás?

¡Oh público, estos esdrújulos
Me van a sacrificar
Y como es probabilísimo
Que estés harto hasta no más,
Me darás tu beneplácito
Que me voy a descansar.

V. SAINZ PARDO.



Vista general de un castillo sobre una eminencia.

ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista de la catedral de Worms.

ORILLAS DEL RHIN.

Worms es una ciudad antigua del gran ducado de Sajonia, situada en la orilla izquierda del Rin, y que presenta en la multitud de ruinas que la circundan su antigua riqueza y esplendor. En su seno se han celebrado diferentes dietas y concilios; entre estos últimos el mas memorable ha sido en 1122 el que tuvo lugar entre el emperador Enrique V y el papa Calisto con objeto de fijar las

atribuciones y jurisdicción de los obispos. Las dietas mas célebres son, la que en 1495 preparó la paz general de Alemania, la que en 1517 ratificó esta misma paz y la que en 1521 tuvo por consecuencia expedir el famoso edicto de Worms contra Lutero; esta misma ciudad fue la primera en adoptar la confesion de Aushurgo. Desde el siglo XIII ha sido testigo de continuas diferencias con sus obispos y teatro de frecuentes guerras; ha disfrutado del privilegio de llamarse ciudad imperial y esta circunstancia ha contribuido á distinguirla entre todas las demas ciudades de las orillas del Rin.

Octubre 25 de 1843.

Estas orillas tan célebres por su pintoresca topografía, no lo son menos por sus maravillosas tradiciones, y sus habitantes son tan inclinados á este género de superstición que dan entera fe á todas las leyendas de la edad media en que nunca falta el diablo á desempeñar un papel principal. No se descubre en este país un precipicio, una roca un poco escarpada, ó una ruina que no la citen trasmitida de generacion en generacion como teatro de alguna aventura extraordinaria, y que refieren aun en nuestros días á los viajeros que acuden á visitar aquellos lugares. En una parte os contarán los barqueros la historia de la ondina de Lurley que atraía á los viajeros con sus armoniosos cantos para estrellar sus bateles contra las rocas; no pasaran por delante del castillo de Broemser sin que refieran los combates del bizarro señor de este nombre que peleó en la Palestina, como dió muerte á un monstruoso dragon y los despojos que ostentaba como trofeo. Mas allá aparecen por cima de las aguas del rio siete puntas de roca que llaman las siete hermanas, y que dicen fueron siete jóvenes de extraordinaria hermosura convertidas en peñascos en castigo de su empedernido corazón. Las cercanías del bosque negro y del lago de Mammelsee suministran por sí solos materia para llenar mas de un volúmen de leyendas antiguas; á cualquiera que pasa por su inmediacion le refieren como habiendo intentado sondear este lago, no se le habia hallado fondo; y como un príncipe que intentó cruzarlo en una balsa, le sepultó bajo sus aguas. Los castillos de Epstein, de Falkenstein, de Rolandsek, y el valle de Vispertal tienen tambien sus tradiciones y entre todas vamos á referir una algun tanto dramática á la que dan mucho crédito en el país, y que por su singularidad basta para formar idea de las demas.

El camino del diablo.—El soberbio castillo de Falkenstein situado en el punto mas culminante de una escarpada montaña, dominaba todos los valles de las cercanías; pero necesitaron para su fabricacion emplear mucho esfuerzo y gran número de años, particularmente para abrir en la roca un sendero, único que conducia al castillo, y tan estrecho que no podian marchar dos hombres de frente. Su posicion lo hacia inconquistable porque una sola piedra que lanzaran á los enemigos los precipitaria en el abismo que estaba á sus pies. El punto agreste y solitario en que se hallaba edificado parecia haber influido en el carácter de sus poseedores, porque los señores de Falkenstein eran renombrados en el país por su aspereza é inhospitalidad, permanecian siempre cerrados en su retiro, descendian á los valles rara vez y eran respetados y temidos de todos los demas señores castellanos que conocian no habia medio de forzar su morada. Solo un caballero concurría alguna vez al castillo impulsado por un objeto extraño de hallar en un lugar tan desierto; por la hija del baron de Falkenstein hacia la que experimentaba inclinacion el jóven Beppo. Los encantos de la jóven Irmengarda y su rara belleza eran admirados de toda la Alemania, y en los últimos torneos de Worms habian roto distintos caballeros en honor suyo infinito número de lanzas, ansiosos por obtener su mano, pero á todos menos á Beppo habia rechazado la aspereza brutal de su padre.

No obstante nunca se determinaba á pedirle su hija; veinte veces se habia acercado al baron con ánimo decidido de hablarle y otras tantas la palabra habia espirado en sus labios al encontrarse con su adusta mirada y severa expresion. Un día que desde una ventana se entretenian en discurrir acerca de la dilatada estension que dominaba la elevacion de su morada, y que contemplaban el mágico cuadro que se desenvolvía á su vista, le dijo Beppo. «Convento en que no hay otro castillo que disfrute de una situacion tan pintoresca como este, pero es muy penoso y difícil su acceso.—Y quién os obliga á que vengais? repuso el castellano con su aspereza natu-

ral.—Irmengarda vuestra hija, replicó, á quien amo por lo que me atrevo á suplicaros me otorgueis su mano.» El baron sonrió, lo que en su carácter era un presagio fatal: «Caballero, le dijo, os concedo la mano de mi hija pero con una condicion.—La acepto cualquiera que sea, repuso vivamente Beppo.—Pues bien, seréis el esposo de mi hija si durante esta noche haceis abrir por las rocas un camino por el que se pueda llegar á caballo hasta la puerta de mi castillo.» En seguida de haber pronunciado estas palabras, se retiró sonriendo y dejando al desventurado jóven absorto y sumido en el mas profundo dolor.

La empresa era de tal naturaleza, que el pensarlo ni menos intentarlo era una locura, pero Beppo descendió al llano de Kronenberg, y fué á buscar á un experimentado y antiguo gefe minero que trabajaba allí mismo en las minas de Santa Margarita y le participó sus designios. Este le contestó meneando la cabeza: «Conozco la calidad de esa roca y no podría hacerse lo que pretendéis con trescientos hombres que trabajaran incesantemente trescientos dias, y ya podéis calcular cuan imposible es hacerlo en una noche. Abandonado de toda esperanza fué á sentarse el caballero á la entrada de la mina, y su desesperacion era tanta que meditaba precipitarse en el abismo que tenia bajo sus pies. Permanecia inmóvil y calculando la estension de su desgracia; las horas trascurrían rápidamente, la noche se hacia cada vez sombría y se habian levantado un viento impetuoso que silbaba lúgubramente al introducirse por la boca de la mina, cuando Beppo levantó sus ojos y vió delante de sí á un hombre de extraño aspecto vestido con el traje de los mineros y cuyos ojos brillaban siniestramente. «Caballero, le dijo, dirigiendose á Beppo; he oido lo que habeis propuesto á nuestro gefe y director; pero no conoce su obligacion y yo me comprometo á llevar á cabo la empresa que no se atreve él á intentar. Una sola condicion exijo si aceptais mi oferta, y mañana, llegareis á caballo hasta el castillo por un sendero abierto por medio de las rocas, con tanta comodidad como si recorrierais la magnífica calzada de Worms á Spire. Mi fortuna entera replicó Beppo, y todo lo que exijas te lo otorgo desde luego y te lo garantiza mi fe y palabra de caballero, si consigues abrir el camino. Convenidos, replicó el minero al punto y desapareció á los ojos de Beppo quien creyó habia descendido á la mina para buscar los demas trabajadores y empezar la obra.

Eran ya las once, la noche se oscurecia cada vez mas é Irmengarda no pensaba aun en entregarse á las dulces horas del sueño. Sabedora de la resolucion de su padre estaba triste y apoyada en una ventana, sin conservar ninguna esperanza, y escuchando sin embargo si se oia algun ruido en la montaña. El silencio mas profundo reinaba interrumpido solamente de vez en cuando por los agoreros graznidos de las aves nocturnas que se posaban en las elevadas torres del castillo y la luna que se habia mostrado al principio de la noche, habia desaparecido completamente tras de las nubes que cubrian el cielo. De pronto llegó á oidos de Irmengarda un rumor espantoso que parecia elevarse del fondo del valle y percibió distintamente el ruido de los picos y de los demas útiles que conmovian las rocas. No dudo entonces que un ejército de mineros se ocupaba en abrir el camino, y el señor de Falkenstein despertó con el estruendo y entró en la sala encalderizado. Beppo es un loco que nos va á inutilizar el camino que tenemos para bajar al valle. Se aproximó á la ventana para ver si distinguía los operarios, pero al mismo tiempo se levantó un huracan furioso que silbaba de una manera horrible, las puertas del castillo se estremecian, recibian sus goznes, y en medio del rugido de la tempestad se dejó oír una carcajada. Asustada Irmengarda se abrazaba á su padre que perdió tambien la serenidad y los días se

arrodillaron para recitar algunas oraciones. La tempestad se fué disipando poco á poco y el viejo baron ya mas tranquilo procuró calmar á su hija diciéndola que cesaba el peligro, pues que se habia alejado cruzando el espacio el negro cazador. El varon permaneci6 en la sala y reclinándose en un sill6n se qued6 dormido.

Apenas los primeros rayos del sol doraban las llanuras de Kronenberg cuando le despert6 el trote y los ruidos de un caballo; lleno de sorpresa se diriji6 á la ventana y vi6 un dilatado camino abierto en la roca y por el que avanzaba Beppo con la ligereza que le permitia su corc6el. El baron y su hija apenas podian dar

crédito á sus ojos, pero no les era lícito ya dudar que el joven Beppo era el mismo que se acercaba al puente levadizo.

Mas cuando tocaba al fin de su carrera, ansioso por alcanzar el logro de sus deseos, se oy6 una carcajada sobre natural. tembl6 el terreno que pisaba el caballo, se hundió y el desventurado Beppo precipitado de roca en roca fué á sepultarse en el abismo.

Hace mucho tiempo que del castillo de Falkenstein solo existen ruinas, pero el camino abierto en la roca subsiste aun perfectamente conservado y conocido con el nombre de *camino del diablo*.

ESTUDIOS HISTORICOS.



Acclamacion de Padilla por los Toledanos.

JUAN DE PADILLA

I.

Vindos por el matrimonio Fernando V. de Aragon é Isabel I. de Castilla, conocidos despues por los *reyes catolicos*, gobernaron muchos años la España llevando juntos la firma en los titulos y cédulas reales.—La union de estas dos coronas trajo beneficios inmensos al pais, con pocas excepciones todas las provincias á un solo cetro, con su fuerza, se emprendieron conquistas que elevaron el reino á un grado de prosperidad nunca visto; haciendo pasar á la Europa el pendon castellano por la inclina-

cion de sus hijos á la gloria y por la bizarría en el manejo de las armas. Consecuencia natural de aquel gran suceso; pues unos reyes tan queridos, tan guerreros, tan llenos de bondad para con sus pueblos, á la par que sabios y prudentes, estendieron maravillosamente sus dominios.

Jamás la esclarecida Isabel, tuvo en consideracion el linaje ni las riquezas para conceder los mandos de las armas y las principales magistraturas; solo ensalzaba el mérito, el valor y la virtud de los caballeros castellanos en donde lo encontraba; atendiendo lo mismo al noble que al plebeyo.—En su tiempo, y bajo de su espada victoriosa, fueron arrojados los moros de toda España, en la que poseian desde la traicion del conde don Julian las

mejores de sus provincias. Granada... la hermosa Granada, córte ostentosa de aquellos usurpadores, estaba desafiando con sus soberbias torres los pendones de castilla. Estrechada por un sitio de diez años, tuvo que ceder á las huestes de Isabel; entregando Boadil las llaves del régio alcázar de la Alambra, y obedeciendo á los reyes católicos con indecible gloria de todo el orbe cristiano. Con este golpe cayó para siempre el poder agarenense en España.—En su tiempo conquistaron el reino de Nápoles, uno de los más florecientes de Italia, que por justos derechos de sus ascendientes pertenecía á don Fernando; teniendo que luchar las armas castellanas bajo el mando del valiente general Fernán González, con los naturales de aquel país, á la vez que con numerosas tropas francesas que intentaron apropiarse de aquel reino y fueron arrojadas de toda Italia.—En su tiempo se tomaron á los moros muchos castillos y pueblos en las playas de Africa.—Y últimamente en su tiempo se descubrieron los reinos del nuevo mundo; pudiendo decirse con vanidad, que no había region donde luciera el sol, que no conocieran sus moradores el pabellon castellano, siempre triunfante en el campo de batalla.

Cinco hijos tubieron los reyes católicos: el único barón que se llamó Juan, casó con Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano. Murió de enfermedad á los seis meses sin dejar sucesion.—Las tres mugeres, Isabel, Maria y Catalina se enlazaron con los reyes de Portugal é Inglaterra; pero también fallecieron en la primavera de su vida.—Solo quedó como heredera del trono la hija segunda, conocida despues por la reina doña Juana la loca que casó con Felipe I., llamado el hermoso, príncipe de Austria.—De este matrimonio nació el infante don Carlos (despues emperador Carlos V. de Alemania y I. de España.)

Privados, Fernando é Isabel, del hijo barón y de la mayor de sus hijas, atendieron con cuidado á la sucesion de tan dilatados reinos.—Llamaron á España á doña Juana y su esposo Felipe para que los españoles jurasen á los que habían de reinar por sus reyes legítimos; y reunidos en Toledo unas córtes numerosas compuestas de los tres brazos del Estado, el noble, el eclesiástico y el plebeyo, á presencia de los reyes católicos fueron aclamados presuntos monarcas, en la iglesia catedral, el día 22 de mayo de 1502.—Luego que fué jurado don Felipe en las córtes de Toledo y Zaragoza, visitó á Valencia y Cataluña en cuyos países fué recibido con festejos públicos y una alegría difícil de explicar.—Salió para Flandes en enero de 1503, dejando á doña Juana en Medina del Campo con su madre; pero esta princesa que amaba con pasión á su esposo, no podía soportar la ausencia.—Pidió permiso muchas veces para ir á buscarle... la reina católica la entretenía reusando su consentimiento; mas viendo doña Juana que se la obstruía la marcha con pretestos frívolos, dispuso el viaje por sí misma, sin contar con su madre, desde la fortaleza de la Mota en donde se hallaba.—Súpole la reina Isabel, y envió á don Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, para que la detubiese á toda costa.—Cuando llegó el obispo, ya encontró á doña Juana en la puerta de la fortaleza dispuesta á montar. En este conflicto la mandó de un modo cortés, de parte de la reina su madre, que detubiese la partida: doña Juana, enagenada con su viage, no solo resistió la orden, sino que prorrumpió contra Fonseca palabras muy duras y descompuestas.—Este proceder obligó al obispo á mandar cerrar la fortaleza: el tesoro de doña Juana fué tal, que, no permitió volver á su cámara; quedándose muy enojada, en una habitacion inmediata á la puerta, hasta que la reina madre vino en una litera desde Segovia y pudo convencerla á que esperase el regreso de su padre que estaba en Aragon.—Callóse por entonces doña Juana; pero vuelto su padre insistió con más interés en su marcha, y don Fernando

mandó aprestar una armada en la que salió doña Juana para Flandes en marzo de 1504.

La muerte de Isabel la Católica, á los 56 años de edad, ocurrida en Medina del Campo el 26 de noviembre, fué la señal de grandes disturbios en España.—Para conjurar la tempestad que ocasionaría su falta, aquella gran reina, conociendo la nulidad de su hija y celosa hasta despues de la muerte por la paz y ventura de sus pueblos, dejó en su testamento una cláusula que decía así:

—Ordeno y mando, que si la princesa doña Juana, mi hija, no estuviere en estos mis reinos cuando yo fallezca, ó estando en ellos, no quisiere entender en el gobierno de ellos; el rey Fernando mi señor, los rija, administre y gobierne por la susodicha mi hija hasta tanto que el infante don Carlos, mi nieto, hijo primogénito de los Príncipes, sea de edad legítima á lo menos de 20 años cumplidos.—

Fernando, que no desconocía la propension de los castellanos á la novedad, porque eran naturalmente revoltosos y atrevidos; deseando alejar toda sospecha personal que tendiese á continuar en el mando, proclamó por reina á su hija doña Juana en la tarde del mismo día que espiró doña Isabel.—Se alzaron los pendones de Castilla por doña Juana y por Felipe su marido, que estaban en Flandes y llamadas cortes por estamentos, fueron jurados en Toro el 11 de enero de 1505 como reyes de España, con vivas aclamaciones del pueblo.

Con este rasgo de desprendimiento, y por las razones de alta política que había para no entregar el reino al extranjero Felipe, que ignorante de nuestras costumbres é inclinaciones, y sin libre facultad su muger para gobernar, (doña Juana padecía de enagenacion mental) tal vez daría en tierra con la monarquía; esperaba Fernando que los grandes de España, movidos de su propio interés convendrían con los procuradores de las ciudades en que gobernase él solo, á nombre de su hija, hasta que su nieto el príncipe Carlos llegase á la mayor edad.—¡Vana fue su esperanza!—Todos los grandes y nobleza del reino se dividieron en dos partidos. El más juicioso portaba, que sin grave daño de los pueblos no podía separarse de la regencia á Fernando, que en todos sus actos merecía bien de la patria por su valor en la guerra; por su prudencia en el desempeño y administracion de los negocios; y porque era necesario acatar con respeto la última voluntad de la reina doña Isabel.—Por el contrario, el otro partido decía: que estaba en el caso de ceder el campo á su yerno Felipe y retirarse á sus estados, pues bastante tiempo habían sufrido los castellanos el yugo de los aragoneses.—Los españoles, propicios siempre á las novedades, se adhieren á ellas fácilmente y las aplauden, creyendo que todo ha de ser mejor que lo presente, cuando por lo comun suele suceder lo contrario.—La sana intencion de Fernando y sus cartas á los ayuntamientos manifestando el riesgo que iba á correr la paz y el bienestar de los pueblos, no fué bastante á contener la nueva situacion creada por la muerte de Isabel.

Escitado Felipe por los mensajeros de la nobleza, temeroso del carácter valiente de Fernando, aprestó una armada y con tropas de desembarco se vino á España con doña Juana, dejando en Bélgica á su hijo Carlos. Llegaron al puerto de la Coruña en abril de 1506, y al momento prepararon los nobles festejos públicos en todas partes, pero los plebeyos miraban con frialdad estas demostraciones de alegría, sin duda porque les repugnaba el ser mandados por Flamencos, y porque preveían las consecuencias.

Todos los cortesanos, luego que se divulgó la noticia, corrieron á cumplimentar á Felipe, abandonando á Fernando.—Únicamente quedaron con él sus dos fieles servidores, Federico Toledo, duque de Alva, y Federico Enriquez, almirante de Castilla. En esta alternativa y viendo los ánimos de los españoles inclinados á su ruina,

determinó retirarse á sus estados de Aragón. Antes de efectuarlo propuso á Felipe una conferencia: admitida por aquel concurrió el noble Fernando al sitio y hora señalada. Para quitar todo recelo hostil á los alemanes, iba de incógnito, con muy pocos soldados, y estos vestidos de luto y sin espadas.—Felipe por el contrario, se presentó al frente de mil soldados cuyos pechos brillaban con el oro de sus corazas: y aunque el negocio se presentaba entre armados con un desarmado, era tal la nombradía de Fernando, que antes se dieron rehenes por ambas partes: sin duda porque los estrangeros no conocen la generosidad é hidalguía de los españoles en mediando un acto de pura confianza.—Reunidos los dos monarcas en el Robledal, contiguo á la Puebla de Sanabria, bien pronto fueron cercados por los mil soldados alemanes: dos horas duró la entrevista del suegro y el yerno; pero nada se concertó en ella.—Ultimamente en otra conferencia habida en Renedo, aceptaron las condiciones convenidas por ambas partes; y firmadas en Benavente, se cedieron á Fernando algunas provincias en la península, y el reino de Nápoles y Sicilia fuera de ella, para donde se embarcó sin perder momento.

Don Felipe y la reina doña Juana, recorrieron como en triunfo las principales ciudades de España. Llegaron á Burgos, y allí concluyeron el término de su reinado, porque Felipe, invadido de unas calenturas malignas que tuvo en la ciudad, murió el 25 de setiembre de 1506, á los 29 años de edad y el sexto mes de haber entrado en España.—En su corto reinado no dejó mas memoria que la institución de la orden del Toison de oro.

Este suceso inesperado conmovió los ánimos, tanto, que los partidarios de Felipe creyéndose comprometidos por su mal proceder cuando cayó del poder Fernando, y porque el príncipe Carlos no podía gobernar por la inmadurez de edad; corrieron de aquí para allá fuera de sí: llevaban armas de una parte á otra, pertrcharon las cañales; tuvieron juntas clandestinas, y todo anunciaba una gran revolución.—Los partidarios de Fernando que se quejaban de haber sufrido una tiranía bajo el mando de Felipe, trataron de apoderarse de la reina doña Juana para consultar á su padre, escitándole á su vuelta; pero temiéndose unos y otros, por la guerra que los aprestos amenazaban, de repente se hablaron los caudillos de ambos partidos, y, entendidos en la cuestión, convinieron desde luego en que se encargase del mando supremo de la nación á cuatro de los principales sujetos. Por parte de Fernando se nombró á Bernardino Velasco, general de caballería, y Federico Toledo, duque de Alba; por la de Felipe, á Diego Pacheco, marqués de Villena, y Pedro Mantique, virey de Navarra; cuya determinación afirmó la locura de los hombres perdidos y evitó grandes males á la patria.

Alentos los nobles por el esplendor de la corona, se hicieron con gran magnificencia los funerales á Felipe. Después se pidió á doña Juana que tomase sobre sí el gobierno del reino; pero esta señora, concretada á buena madre y mejor esposa, se dedicó exclusivamente á honrar las cenizas de Felipe, tan hermoso y tan prontamente malogrado.—Decretó marcharse de Burgos, ciudad inhóspita para ella, fijando la corte en Tordesillas.—En su emigración, solo estaba contenta con la vista del féretro de su querido esposo, sin cuidarse de otra cosa. Transcurridos dos meses, mandó que se repitiera otra vez el funeral con la misma solemnidad que la vez primera; y después que en un carro cubierto de planchas de oro y llevado por fogosos caballos, se trasladase el cadáver al pueblo donde iba á fijar su residencia. Todo se cumplió; y la reina, aunque estaba en días de parir, le seguía de cerca acompañada de los nobles y gran multitud de gente de todas clases.—Con este aparato y grandeza se hicieron de noche las jornadas, causando admiración el silencio con que caminaban tantos príncipes y varones

ilustres, al lado de su reina, atendiendo con esmero á sus lastimosas insinuaciones.—El jueves 14 de enero de 1507, tercer día de este viaje, llegó á Torquemada, en donde nació la infanta doña Catalina, á los tres meses y veinte días de muerto su padre.

Aquí se vió la necesidad de entregar el gobierno del reino al consejo real, apoyado por el cardenal Jimenez de Cisneros; y contra la opinion de los partidarios del joven Carlos, fué llamado otra vez el rey católico don Fernando para que rejentase la nación mientras la minoría de su nieto.—Llegó, pues, á España: se encargó felizmente del mando; y en el intervato de los 8 años que gobernó, fué conquistado el reino de Navarra en una sola campaña de 20 días, al mando las tropas del duque de Alba.—Murió por fin el rey don Fernando en Madrigalejo el 22 de enero de 1516, y ocupó el trono el príncipe Carlos á los 16 años, sin contradicción alguna, no obstante que se encontraba en Flandes.

La reina doña Juana vivía en Tordesillas, donde su padre la habia depositado, con un tren régio y una corte muy lucida.—No se ocupaba en otra cosa que en la educacion de su hija Catalina, y en repetir los funerales á Felipe, á quien aun no habia mandado enterrar despues de diez años.—Por esta razon dejó prevenido al morir Fernando, que el cardenal Cisneros, hombre de gran talento, hiciese las veces de virey, hasta que Carlos se presentase en España.—Bien persuadido estaba el Cardenal que el genio altivo de los españoles, con dificultad obedecerian á otro que no fuese el rey á quien estaban sumisos por costumbre; pero confirmado el nombramiento por Carlos, y revestido ampliamente con la facultad Real, se dedicó el octogenario cardenal á reprimir los amagos de movimientos populares que empezaban á chispear por algunas partes.

El disgusto entre las gentes del pueblo, cundia cada vez mas al ver gobernada por un fraile anciano esta gran nacion.—Para asegurar la paz y constituir una fuerza armada á las órdenes de los corregidores, mandó levantar por primera disposicion, una milicia urbana en todas las ciudades y villas: comprendiendo en ella á los jóvenes desde 17 á 30 años, concediéndoles como remuneracion de este servicio, la inmunidad de cargas y el poder usar libremente las armas de dia y de noche. Esta medida que tanto halaga actualmente á la generalidad del pueblo por la creencia política de que sin ella no hay libertad ni está defendido el pais, la recibieron entonces como un grito de alarma y tiranía para esclavizar los hombres, y hacerlos ciegos instrumentos de un corto círculo de magistrados.—El nuevo tributo era intolerable á los honrados castellanos, y opusieron una tenaz resistencia á los capitanes encargados de los alistamientos.—De todas partes cruzaban cartas al virey Cisneros, quejándose de esta contribucion de personas y amenazando con la desobediencia; pero observando que no se hacia caso alguno, dió la señal Valladolid de guerra popular.—Sus habitantes tomaron las armas; cierran las puertas, reparan las murallas como por encanto, ponen grandes guardias y centinelas avanzadas en los caminos, se burlan de los decretos del virey, y echan por último fuera de la ciudad á los nobles que desaprobaban el voto popular.—Las demas ciudades formaron alianza por medio de mensajeros; y la de Burgos especialmente tomó una parte muy activa, dirigiendo á Flandes una carta que decia así:—

—LA COMUNIDAD (1) Y PUEBLO DE BURGOS Á CARLOS SU REY: SALUD.

—El capitán Cristóbal Velazquez nos ha presentado cartas de vuestro Virey para que permitámos alistar mil jóvenes con el fin de auxiliar á los magistrados.—Es-

(1) Así se llamaba entonces á los ayuntamientos.

to ha parecido tan mal, señor, tan fuera de costumbre y tan intolerable, que los ciudadanos están decididos á vivir en cualquiera otra parte primero que sufrir una esclavitud tan dura.—Ni puede suceder otra cosa, señor, porque los nuevos tributos conmueven naturalmente los intereses de los hombres y los ponen en ansiedad.—Con el medio que el Virey juzga mirar por la paz, solo conseguirá suscitar tumultos.—¿A qué pues, conduce el apartar mil jóvenes de sus talleres y llenarlos de inmundades?... Quién podrá tolerar el orgullo é insultos de soldados de esta naturaleza?—Entregados á la licencia con el uso de las armas, no podrá reprimirse su ferocidad; y lo que es mas triste, tratarán á los pacíficos habitantes como vencedores á vencidos.—Nada hay mas propio para la conservacion de los reinos que ser el príncipe amado: nada mas contrario que el ser temido..... V. M. debe estar seguro que los españoles le quieren.—Por esta razon, y cuando confiaban que se les aliviaria de las cargas impuestas por vuestros abuelos, ven con disgusto que se inventan nuevos pechos, vibrando las espadas, poniéndoles en la alternativa: ó de sufrir la muerte, ó de negar la obediencia á vuestros representantes.

Todas las ciudades rechazaron la orden de Cisneros; y conociendo que iba á producir un levantamiento general de los pueblos, retiró los edictos y se calmó la pública ansiedad.

Grandes esperanzas se tenian en el joven Carlos. Decian unos, que su prudencia era superior á su edad, pues 16 años en un rey que habia nacido para serlo, eran mas que en otro particular 25.—Otros disputaban lo contrario, fundados en el testamento de Isabel. Por la divergencia de opiniones reinaba una agitacion sorda en todos los ánimos, precursora de muchas calamidades: y mientras se discutian tan contrarios pareceres con el fuego de las pasiones, muy agenos de que pudiera estar tan cerca, arribó el Príncipe Carlos á la costa de Galicia desembarcando en la Coruña el 19 de setiembre de 1517.—Todos los próceres y la nobleza corrió espontáneamente á besarle la mano; y en su viaje con el mismo fin falleció Cisneros en Roda el 8 de diciembre siguiente.

La presencia del joven monarca apaciguó los ánimos en algun tanto.—Juntó cortes en Valladolid en febrero de 1518, donde se juró por rey, otorgándole al mismo tiempo el servicio de 600.000 ducados.—El extranjero Guillermo de roy (por sobre-nombre Jebraés) era un ministro tan ambicioso que desde luego se apropió asi mismo el arzobispado de Toledo, que valia en aquella época cerca de siete millones anuales.—Su afección por las riquezas no se limitaba á esto: vendía los destinos protejiendo decididamente á los Flamencos, á los que conferia los principales empleos de la nacion.—Tan extremada era la confianza que el rey tenia en *Mr. Jebraés* y demas privados flamencos, que abusando de su posicion saqueaban la España.—El escándalo rayaba en su mayor altura: fué tal la extraccion de dinero para Flandes, que en poco tiempo se embarcaban mas de dos millones de cuentos de oro.—Agotadas las monedas de aquel metal, cuando llegaba á verse alguna en los cambios, se hacian por su rareza estremos de admiracion en el pueblo, cantando por lo bajo la copla siguiente:—

—Doblon de á dos, norabuena estés
Pues con vos no topó Jebraés.—

La marcha inesperada del nuevo monarca y de los extranjeros que le acompañaban, irritó de tal manera á los españoles que fué el principal fundamento de la guerra conocida con el nombre de las *comunidades de Castilla* (1) en cuya guerra figuró en primer término *don*

(1) Sandoval.—Alcocér.—Mr. Henri Ternaux.—Diez, y otros varios tienen escrito sobre aquel suceso; pero la his-

Juan de Padilla, como general de las tropas populares.

II.

La muerte del emperador Maximiliano, acaecida el 12 de enero de 1519, hizo que Carlos marchara velozmente á tomar posesion de aquella corona, porque el rey Francisco de Francia, trataba de disputarle el derecho.—Antes de su partida dió las órdenes para reunir una gran armada en las aguas de la Coruña; llamando al mismo tiempo las cortes del reino.—Este suceso produjo una afliccion general porque se hizo creer al pueblo que *Mr. Jebraés* y otros extranjeros hacian marchar al rey violentamente para pasarlo ellos como príncipes y robar á España mas de lo que estaba.—Con esta idea, cuando el rey se preparó para salir de Valladolid, se levantaron los vecinos de la ciudad, al sonido de la campana de la torre de san Miguel: tomaron las armas, y queriendo detener al rey le suplicaron que arrojase de su lado á los privados extranjeros que tan mal le aconsejaban.

Impavido el rey, no obstante, salió á Tordesillas para despedirse de su madre y continuar su camino á la Coruña.—Luego que llegó reunió las cortes convocadas: las arengó prolijamente, pidiéndolas por fin un servicio extraordinario para subvenir á los grandes gastos del viaje.

Solo el procurador por Toledo, Pedro Laso de Gorman, se opuso con franqueza á la salida del rey, negando su voto al servicio reclamado, porque la miseria del pueblo no permitia nuevas exacciones. Por esto se le persiguió y tuvo que huir ocultamente.—Al fin se embarcó Carlos para Alemania, dejando encargado del gobierno del reino al cardenal Adriano (1) natural de Utrecht en union con el consejo real.

Don Juan de Padilla, joven de muchas esperanzas, á la cualidad de ser hijo de Toledo, reunia la circunstancia de pertenecer á una de las familias mas ilustres.—Estaba casado con *doña Maria Pacheco*, hija del conde de Tendilla, señora muy apreciada por su conocimiento en las ciencias exactas.—La influencia de *Padilla* con las gentes del pueblo era ya grande; pero tomó mas vuelo su reputacion cuando dió á conocer sus opiniones públicamente por el hecho que sigue.

Mr. Jebraés con la idea de aumentar las rentas reales, discurre el medio de sobrecargar las alcabalas (2) señalando un impuesto á la nobleza.—Logró tanto por sus promesas, y se manejó tambien, que obtuvo el consentimiento de algunas ciudades; menos Toledo, ciudad tan rica como celosa de su libertad, que hizo al ministro ambicioso una tenaz resistencia. Ganó sin embargo algunos regidores, que se encargaron de admitir la proposicion.—Reunido que fue el concejo le dieron cuenta de la peticion de *Jebraés*, apoyándola con sofismas y concluyendo con que asi lo exigia el servicio del rey.—Los que estaban en el secreto aplaudieron la idea, diciendo á una voz, que sacrificarian gustosos cuanto poseian por su soberano; pero *don Juan de Padilla*, con aquella energia propia de su edad,

—Jamás...gritó, jamás consentiré yo que la nobleza de Castilla y Leon sea tributaria. Nosotros conquistamos estos reinos regando el suelo mil y mil veces con sangre castellana.—Ni Alonso VIII ni sus sucesores pudieron nunca poner en ejecucion esta medida: y yo estoy pronto á morir en defensa de nuestros derechos.

taria mas prolija y veráz está publicada en 1840 con el título de *movimiento de España* por don José Quevedo, bibliotecario del Escorial, de la cual se han tomado los principales datos.

(1) Despues fué Pontífice con el nombre de Adriano VI.
(2) Tuvo origen esta contribucion en 1342 cuando Alonso X cedió la plaza de Algeciras.

La elocuencia y el ardor con que habló *Padilla* produjo tal efecto en el concejo, que la mayoría se puso de su parte, quedando derrotados los partidarios de *Jebres*.—Cuando se acabó la asamblea le acompañó un gentío inmenso a su casa donde llegó lleno de alegría porque la victoria parlamentaria conseguida sobre el avaro *Jebres*, era la trompeta que llamaba a las armas para sacudir el yugo tiránico de los extranjeros. En el delirio del entusiasmo popular llevaron a *Padilla* en hombros: iban del brazo nobles y plebeyos enlazados por una misma causa, guiados por banderas y gritando alternativamente.

¡Viva Castilla! ¡viva el pueblo! ¡viva *Padilla*!

Su padre, observando el gran ruido que venía por la calle, y viendo a su hijo como en triunfo le salió al encuentro... estrechándole entre sus brazos, le dijo:

—Juan, tu has hablado como un noble digno de una estirpe ilustre; pero temo mucho que el rey te ha de pagar mal el servicio que acabas de prestarle.

¡Fatal pronóstico que se vio después realizado! Desde aquel momento pisó el primer escalón para el suplicio.

El amor del pueblo hacia su caudillo *Padilla* crecía por momentos. Cundió la voz de que se le iba a prender por un alcázar; y esto bastó para conmoverse la ciudad: el grito de ¡viva el pueblo! se arrojó fuera de ella al gobernador, se ocupó el alcázar, fortificaron las puertas, y fue proclamado general *Juan de Padilla* encargándole del mando supremo.

Toledo, por haber sido muchos años corte de los Alonsos, tenía su voto gran peso en la balanza de la opinión.—Bien pronto se comunicó el incendio a todas las ciudades y villas de Castilla, y se formalizó la revolución como una chispa eléctrica.—No se hablaba de otra cosa que de estremar a los procuradores porque habían concedido al rey en la Coruña un servicio mayor que el pedido.—En las grandes revueltas populares son inherentes los desmanes, pues la locura envanece al hombre y no conoce entonces la prudencia.

Segovia fue la primera que dió la señal de los desórdenes. Estando reunido el ayuntamiento, el 29 de mayo de 1520, se presentó en medio de la plebe *Hernando López* desaprobando el levantamiento. No bien le oyeron algunas palabras cuando ya se encontró cercado: le llamaron traidor con gran gritería; le arrastraron vivo por las calles, y después le colgaron de un palo en el sitio llamado «la cruz del Mercado».—Observando la muchedumbre que el alguacil *Roque Portal* estaba sentado escuchando sobre la rodilla los hechos que veía, le preguntó uno de los plebeyos.

—¿Qué estás haciendo corchete?

—Estoy anotando, contestó, los autores de esta muerte infame para pedir contra ellos.

Acabada de pronunciar esta palabra, un grupo se apoderó también de su persona, llevándole a colgar en seguida del mismo palo.—Igual suerte corrió el procurador a cortes *Fernando Tordesillas*, a quien sacaron desde el concejo en el acto de estarse sincerando, con una toza al cuello, ahorcándole entre los dos que ya estaban colgados.

El *Virey Adriano*, para contener este mal ejemplo mandó tropas desde Valladolid a las órdenes del *Alcaide* *Bonquillo* para que castigase los crímenes; pero los segovianos, avisados de esta novedad pusieron la ciudad en estado de defensa nombrando por su jefe militar al regidor *Juan Bravo* (segundo caudillo de aquel movimiento).—Los zamoranos declararon enemigos de la patria a los diputados a cortes, y su ejemplo fue seguido por las demás ciudades envidiando la osadía de los de Segovia.—Los de Burgos, no queriendo quedarse atrás, capitaneados por el sombrero, *Bernardo Roca*, persiguieron furiosamente al corregidor que tuvo que guare-

cerse por salvar la vida en la Iglesia de San Pablo: allí le obligaron a entregar la vara; y corriendo con ella a la plaza, cercó la multitud a *Diego Osorio* cantando:

—A ti te queremos por Gobernador.

—A ti te queremos por Corregidor.

En vano buscó escusas *Osorio*: le nombraron su jefe los amotinados, y vibrando las espadas desnudas a su frente, le llevaron en triunfo a la casa de *García Mota*, procurador que había sido en las cortes de la Coruña.—Sin obedecer las palabras de templanza que les dirigía *Osorio* entraron en las habitaciones; todo lo saquearon y quemaron en medio de la plaza, sin respetar los escritorios de la reina católica doña *Isabel* que estaban allí; pues únicamente se salvó de las llamas el testamento y un cofrecito lleno de alhajas.—Desenfrenado el pueblo, y sin hacer caso de nadie, emprendieron sobre la marcha con las casas de los procuradores en las cortes anteriores de Valladolid, *Pedro Cartagena* y *Diego Soria*, que tuvieron igual suerte.—Cansados ya de correr de uno a otro lado, hicieron publicar a media noche el pregon siguiente:

—Que todo ciudadano de cualquier gerarquía y edad se reuniese armado, al rayar el alba, para acometer el alcázar; en el concepto de que negando su auxilio al pueblo, sería juzgado como desertor y traidor a la patria.—

En efecto, al aparecer la aurora del siguiente día, se juntó una multitud extraordinaria y fueron formados hasta el puente levadizo del alcázar: intiman al alcaide su rendición, saltan el foso; arriman las escalas; y suben por fin a las primeras almenas, porque ni tenía el castillo soldados para su defensa ni provisiones para un día.—Mirando el alcaide desde lo alto la osadía del pueblo, se entregó bajo palabra de honor y franqueó el alcázar.—Vencedor el pueblo, e ingreído con la victoria, no teniendo ya con quien pelear, bajó de nuevo con grande alborozo para incendiar la hermosa casa del francés *Mr. Jofré*.—No contentos con esto buscaron con avidez su persona, y tan pronto como fue hallado, le arrastraron por las calles, haciéndole pedazos con una locura sin ejemplo.—Para cubrir esta alevosía, hicieron que el corregidor *Osorio* pronunciase, después que estaba muerto, la sentencia capital de *Mr. Jofré*, so pena de hacer lo mismo con él sino ejecutaba la voluntad del pueblo.

Mientras que esto pasaba con los burgaleses se secundaban iguales demasías en las demás ciudades, tanto que de una causa justa y noble en su origen, la hicieron degenerar en una democracia que estremeció a la grandeza y al pueblo sensato. Unidos estos por su propio interés, como era natural, empuñaron también las armas poniéndose a la defensiva bajo la sombra del gobierno del *virey*.—Tal proceder intimidó algún tanto a los furiosos y para conjurar la tempestad que ya tronaba sobre las cabezas de los imprudentes, que en tan corto tiempo tanto querían avanzar, consignando sus principios repúblicanos con incendios y con asesinatos; se vieron en la imprescindible necesidad de reunir en *Ávila* una junta magna compuesta de los procuradores de las veinte ciudades levantadas.—El primer decreto de esta asamblea, luego que se constituyó, fué el llamarse *Junta santa* para granjearse con este título mayor dignidad.—El segundo fué deponer del gobierno al *virey Adriano* y al consejo real; y el tercero separar de sus destinos a los corregidores y demás empleados públicos, nombrando otros en su lugar, con el fin de sujetarlo todo a su imperio.

Con tales disposiciones fué erigiendo el disgusto de día en día, y se empezó a minar el edificio, basado sobre arena, hasta que cayó al suelo.

III.

Juan de Padilla, sin malograr el tiempo como los demas, y cuyo generoso comportamiento en Toledo no habia consentido al pueblo desman de ninguna clase, vino á Segovia con un ejército escogido y buena artillería. —El general Antonio Fonseca que con las tropas de Ronquillo, sitiadoras de la plaza, no podia empuñar una batalla con *Padilla*, marchó rápidamente sobre Medina del Campo. —Sin entrar en la poblacion, pidió desde fuera los cañones que alli tenia el gobierno; pero los de Medina se los negaron bajo el pretexto de que no podian tolerar que tales instrumentos sirvieran para destruir los muros de sus aliados.

Al ver Fonseca esta arrogancia, se presentó con sus tropas en la mañana del 21 de agosto de 1520: amonestó segunda vez á los de Medina; y como le llenasen de insultos, atacó por la tarde esta hermosa villa, (1) entregando á las llamas mas de 900 casas. —Ni por esto se rindieron los Medinenses. Tan entusiasmados estaban que las mugeres, abandonando á sus hijos entre las llamas, animaban á los defensores, gritándoles:

—«Varones, manténeos firmes: esposos pelead; defended la artillería de esos ladrones. —Nada os importen vuestras casas y bienes: que se arruinen, que se quemen, que ardan.... nosotras, con tal que seáis libres, con tal que salveis la patria, con el uso y con la aguja os daremos de comer. —No consentais que por vuestra cobardía se esclavice al pueblo y se arruinen las ciudades aliadas.»

El valor, la heroicidad con que se defendieron los Medinenses fué tan extraordinaria, que ni la vista de las tropas enemigas formadas ya en medio de la plaza; ni el incendio de sus casas, fué capaz de hacerles desmayar en la lucha por no entregar la artillería: así es, que observando Fonseca esta temeridad, por no arruinar enteramente la villa, mandó retirar las tropas. —«Enaguardados con la victoria se entregó el pueblo: capitaneado por un tundidor de paños llamado Bobadilla á los mayores excesos. ¡Una calamidad tras otra! Asesinaron á los regidores, Gil de Nieto y Lope de Vera, al grito de «mueran los traidores» estando en el mismo concejo reunidos: quemaron en una hoguera de sarnientos al librero Téllez; é hicieron lo mismo con otro vecino, tan solo porque les oyeron desaprobar aquellos hechos, que marchitaban el laurel de la gloria cogido en la defensa.

El incendio de Medina, poblacion muy rica por el gran comercio que hacia de lanas, lastimó muchos intereses. Esto exasperó de tal manera á los populares que se renovaron los alborotos en todas partes. —En Valladolid, luego que llegó la noticia, demolieron hasta los cimientos la casa que tenia el general Fonseca; el virey Adriano y el consejo real tuvieron que escapar de oculto á Medina de Rio-seco. —En una palabra, fueron tantas las persecuciones y tales las venganzas, que, los hombres tímidos cansados ya de sufrir, corrieron al campo de batalla á pelear contra los populares. —El primer destacado que sufrieron por resultado de su loca conducta, fué la obstinada resistencia de los castillos de Alaejos y Coca, cuyos alcaldes los defendieron valerosamente é hicieron muchas bajas en la multitud falta de orden y disciplina. —En esta situacion la *Junta santa* decretó trasladar el lugar de sus sesiones á Tordesillas, donde la reina doña Juana tenia fija la residencia, para adquirir de este modo mayor autoridad. —*Padilla* fue el encargado de tomar la corte por bien ó por fuerza.

El delirio de los santos padres del Arcópagó, luego

(1) Tenia en aquel tiempo 14000 habitantes: en el dia, segun Miñano consta de 3,300.

que se constituyeron en la corte, hizo que tomase la guerra un encono mayor por ambos partidos. —En Burgos echaron violentamente al corregidor Iñigo Velasco. En Nájera se sublevaron contra el duque Antonio Manrique, poniendo sitio á sus dos castillos; pero como este desempeñaba á la sazón el cargo de virey de Navarra, bien pronto reunió tropas y vino á sosegar la furia de unos pocos. —No consiguiendo á su intimacion pacífica otra respuesta que insultos y amenazas, dió la señal de ataque á los soldados, y abierta la brecha entraron en la villa causando muchos males: apresó á los tres cabezas del motin y los ahorcó frente á las puertas de sus respectivas casas. —

Don Antonio Acuña, obispo de Zamora, naturalmente bullicioso, nada deseaba con mas ansia que la guerra: su génio era mas propio para enristrar la lanza que para llevar en sus manos el báculo de la paz. —Por un choque parcial que tuvo con el conde de Alva, trocó la mitra por el casco guerrero. Se presentó á la *Junta santa* ofreciendo sus riquezas y sus servicios, y habiéndole facilitado un escuadron de lanceros del ejército de *Padilla* marchó como el rayo sobre Zamora. —Provocó la batalla bien seguro de las simpatías que tenia en la poblacion, y saliendo el conde con las tropas de la plaza, se adelantó á ellos, les habló: concluyendo por abrazarse unos y otros entrando despues en la ciudad entre aclamaciones del pueblo. —Este obispo, tan célebre en aquella revolucion por su travesura, luego que entró en Zamora organizó con una prontitud admirable 1500 hombres pagados con sus rentas. —Entre ellos formaba un batallon de clérigos esclusivamente que le dió el titulo de «batallon sagrado» cuyos individuos dice el cronista de Aragón, Argensola, que tan perdido tenían el miedo á las armas del rey como á las censuras del Papa. —En todas partes encontrábase Acuña: en todas partes atizaba el movimiento de la plebe, como que era su elemento, pues gozaba sobremanera con los gritos y el estruendo de las armas.

Cada dia que pasaba se complicaba mas la situacion; y viendo el rey Carlos (coronado ya emperador de Alemania) que iba tomando el carácter de una guerra desastrosa: nombró vireyes, en union con el cardenal Adriano, al condestable Iñigo Velasco y al almirante Federico Enriquez con instrucciones para que obrasen con las tropas imperiales, mientras los negocios de aquellos vastos estados no le permitieran su venida á España. —Federico dudó algun tiempo en aceptar el cargo porque preferia la vida privada á mandar en una guerra civil. Pero como los populares empezasen á incomodar su villa de Medina de Rio-seco, por haber amparado en ella al fugitivo Adriano, marchó allá con prontitud y tomó el mando. —Velasco, aprovechando la ocasion favorable de su nuevo nombramiento, se reconcilió con los burgaleses, abriéndole las puertas de la ciudad, de donde fué espulsado dos meses antes, saliendo á recibirle los principales de ella con caballos ricamente enjaezados, vestidos de gala, y celebrando justas y torneos para hacer mas ostentosa su vuelta. —Los plebeyos mas furibundos contemplaban en silencio el lujo y vanidad de los que pasaban, siguiéndolos por la curiosidad con ojos amenazadores, las cejas bajas, y muy tristes porque se consideraban engañados por los ricos. —En esto arribó á Cartagena una division de 3000 hombres de vuelta de su espedicion con Moneada á la isla de Gelves. —Indecisas estas tropas por el partido que habian de seguir, fueron por último del primero que llegó. —Toda la infantería veterana se puso á las órdenes de Antonio Zúñiga, gran prior de S. Juan, que la ganó con un sobre-plus, la caballería en número de 1500, parte se unió con el obispo Acuña y otra parte fue llevada por sus gefes á Velasco.

Pedro Girón, entonces conde de Ureña, se encontró

ha altamente resentido del rey por la dureza con que le recibió antes de su partida para Alemania.—Conociendo que era la ocasión de vengarse, pues se generalizaba la guerra, se fué también á Tordesillas; logró una sesión extraordinaria de la asamblea popular, y en ella les arengó de esta manera:

—«Con razón, ilustres, patricios, os plugo llamar *Junta santa*, porque este nombre sagrado demuestra claramente una celestial inspiración y el objeto de vuestra gloriosa empresa. Debo, por tanto, saludaros con aquel profundo respeto con que acataron los antiguos romanos á os esclarecidos Decios, Fabricios, Brutos y Catones. Aquellos, despreciando los honores; desafiando á la misma muerte... se consagraron á la patria, defendiendo la república hasta consolidar la libertad.—Los intereses del arruinado pueblo están en vuestras manos. No os detengáis pues, llevad á cabo el drama porque no necesita ya más que osadía.—Daos prisa, destruid los planes de los enemigos: que sientan, antes de saberlo, lo que determinéis contra ellos.—Valéos de mí como consejero, como soldado, y si os pareciese como jefe... todo lo desempeñaré con gusto por cortar de raíz los males que sufren el pueblo.»—

El discurso de Giron fué escuchado por la junta con un profundo silencio, y después que acabó de hablar se le comisionó por el Presidente.

—«El congreso os dá las gracias por el generoso ofrecimiento de vuestros servicios.—Ya sea dentro de este mes, ó ya fuera de él, ocupareis el primer lugar en el mundo español, pues los individuos de esta asamblea contarán tranquilos en la autoridad de vuestro linaje, y no dudarán que con vuestro valor y conocimientos militares haréis mucho impulso á la guerra.»—

Después que Giron se retiró le nombraron por unanimidad capitán general del ejército; y este nombramiento fué la puñalada en el corazón á la causa de los comuneros por las consecuencias fatales que trajo después.

Juan de Padilla, ómeo general de las tropas hasta aquel día, no pudo menos de resentirse al ver que la junta daba la preferencia á Giron, estimando en muy pocos sus servicios. La nombradía de Padilla y la esperanza que en él tenía depositada el partido popular, le había atraído hasta el punto de mirar con ceño que otro le mandase.—Fingiendo, pues, que los toledanos le habían se retiró con sus tropas, y de esta división tuvo origen principalmente su completa derrota por los nobles.

Luego que Pedro Giron fué dado á reconocer por general en jefe, en lugar de *Padilla*, los soldados se presentaron por el obispo Acuña en quien confiaban más.—Para no admitirle, puso por excusa su dignidad episcopal, declarando al mismo tiempo que ayudaría á Giron con su lanza y con sus consejos.—Aquietadas las tropas, y alistados rápidamente los proletarios que encontraron por excusa la falta del ejército de *Padilla*, entraron á poco tiempo, Giron y Acuña, en Valladolid con 10,000 infantes, 1,000 caballos, muchas máquinas de guerra y artillería de todos calibres.—Se difundió el terror por todas partes; pero la nobleza, unida á los vireyes juntó también las tropas imperiales.—Muchos plebeyos resentidos por los insultos que habían sufrido en las filas, unos de los insultos que habían sufrido en las comisiones de los pueblos, otros asustados de los crímenes cometidos por hombres calientes, y otros en fin llevados por el cebo de mejorar de fortuna, volaron á tomar las armas voluntariamente contra sus hermanos.

El conde de Haro fué nombrado general en jefe contra los populares, é inmediatamente puso su cuartel en las montañas del Bioneco á donde mandó concentrar las tropas.—Giron, por la vana ligereza de los comuneros, empezó á vadear desde luego una desgracia. Situado el ejército en Villabronca y pueblos inmediatos se cruzaban los mensajeros de un campamento á otro para ajustar

una paz honrosa; poniéndose en inteligencia secreta con Giron el almirante de Castilla, mientras que el infatigable Acuña andaba entre los soldados haciendo preparativos y exortándoles á la batalla, sonando ya con la victoria.—Es de advertir que el ejército de los comuneros era más numeroso que el de los imperiales, y por esta razón se pusieron estos á la defensiva únicamente para no aventurar el primer choque.—Mas como Giron estaba convenido en el plan secreto de abandonar á los populares, dispuso que se retirasen las tropas á Villalpando, para que invernasen la infantería, pues lo avanzado del otoño y la inclemencia del tiempo molestaba al soldado. Por este medio, dijo á los oficiales, no se pierden de vista las murallas de Medina cuyo asalto podrá darse cuando más ventajoso parezca.—Recelando Acuña de la funesta intención del general escuchaba con prevención sus palabras diciendo á los oficiales siempre que tenía ocasión.

—Que la retirada dispuesta por Giron no podía mirarse sino como un subterfugio para retardar la victoria, destruyendo á los nobles para siempre; porque de este modo las tropas populares se entorpecían con el ocio, y viendo fallidas las esperanzas concebidas, se irían desertando á suscasas.

Los apasionados á Giron llevaban muy á mal pasar las noches al raso y por esto aprobaban la retirada; de modo que Acuña aun cuando estaba persuadido que la victoria se le escapaba de las manos, sin embargo, para que no cundiese la desunión entre los oficiales ahogó su sentimiento siguiendo á Giron con las tropas.—A su entrada en Villalpando hubo algunas contiendas entre los soldados porque los del partido de Acuña insultaban á los vecinos, y los de Giron se oponían á tan extraña conducta.

Apercibido el conde de Haro, del movimiento de los populares, sacó también sus tropas de Medina, haciendo alto en los puntos que aquellos ocuparán.—Dividida la fuerza en tres columnas, una de ellas atacó el castillo de Villagarcía y con escalas fué tomado sobre la marcha; animados los nobles con esta primera victoria, y entusiasmados los soldados se empeñaron en marchar contra Villalpando; pero juzgando el conde que era de más importancia tomar á Tordesillas y salvar la reina doña Juana del furor de los plebeyos, hizo mover todas las tropas velozmente sobre aquel punto.

Tordesillas, corte de Castilla en aquel tiempo, estaba murado, con una guarnición de 500 infantes y 200 caballos. La guardia de la reina y de la Junta santa se componía de un batallón de 400 clérigos zamoranos que trajo el obispo Acuña.—Reunidas las tropas reales en Tordesillas, luego que llegaron á su vista cercaron la plaza, disponiéndose también los de adentro á la pelea; enviaron los nobles un parlamento; pero como le tirasen, sin respetar el derecho de la guerra, se indignaron las tropas é inmediatamente ordenó el conde el asalto.—En el primer ataque cayeron 150 muertos y muchos heridos por las saetas y tiros de los de la plaza; abierta la brecha con la artillería entraron varios soldados por un punto desamparado de la muralla, y cuando precisamente iba á tocarse retirada, entonces, un plebeyo llamado Gil de Nieto, enarboló la bandera sobre el muro, gritando victoria... victoria...! Esto bastó para entrar la confusión en la plaza, contribuyendo mucho al desenlace la oscuridad; sin embargo, el batallón de clérigos hizo una defensa tan heroica dentro de la población, que perecieron casi todos, al lado de muchos procuradores unidos á las filas como simples soldados para defender el alcázar de la libertad. Toda la noche estuvo disputándose palmo á palmo el terreno por un puñado de valientes peleando en las calles con lanza en mano y cuerpo á cuerpo sin temor á los enemigos; pero como empezase á confundir la voz á las diez de la mañana, de que estaba

entrando la caballería pesada de los enemigos por la puerta real, creyéndose ya perdidos intentaron la fuga, llevándose la reina, por el puente que pasa el río Duero. —Cargados entonces por el conde al frente de la caballería, huyeron en desorden todos los comuneros, dejando abandonada la reina en el atrio de palacio. Entre los que fueron apresados en la fuga hubo cuatro procuradores de la Junta santa que al día siguiente los degollaron en la plaza. —Presentados á la reina el conde de Haro y todos los caballeros nobles que le acompañaban, le besaron la mano según costumbre, después de haberla dicho el gran peligro que habían corrido por salvarla.

La rapidez con que fué tomada Tordesillas desconcertó á los populares de tal modo, que, cuando Giron y Acuña empezaban á mover las tropas para auxiliar la plaza, llegó el correo con la noticia de haberse perdido todo menos el honor. Divulgada por las filas desconfianza los soldados de Giron, diciendo á voces:

—Que la libertad española se había hundido cuando Juan de Padilla dejó el mando del ejército: que los nobles habían introducido á Giron para que hiciese traición á los pueblos.

Creyendo Giron comprometida su vida por el movimiento que contra él se proyectaba, aparentó que iba á demoler el puente del Duero, junto á la fortaleza de Simancas, retirándose con alguna caballería al pueblo de su padre en donde permaneció oscurecido como mero espectador de la guerra; el germen de la discordia quedó sembrado, no obstante, en las filas del ejército y no pudo menos de dar el fruto á pocos meses después.

IV.

Grande fue la consternación en todas partes cuando se supo la toma de Tordesillas. —Los segovianos que estaban bloqueando todavía los castillos de Coca y Alaejos levantaron el sitio retirándose en desorden á sus casas, pero al ejecutarlo hizo una salida con la guarnición el alcaide Gonzalo, cogiendo prisionero en ella al célebre tundidor de paños de Medina, llamado Bobadilla, asesino de los regidores en el mismo concejo, y lo hizo ahorcar al día siguiente de las almenas más altas del castillo. —Los gefes del ejército que había en Villalpando para sostener la deserción diaria de los visosos soldados, se dirigieron con las tropas á Valladolid, á fin de alentarlas y esperar las órdenes de la Junta santa. También se reunieron allí todos los comuneros, determinando llamar inmediatamente á Juan de Padilla para que se encargase del mando y salvase la libertad castellana. —Luego que Padilla recibió la orden en Toledo, voló con sus tropas y fué recibido en Valladolid con muchos vivas y grande alegría. —Era pública la voz entre los populares y... ¡desgraciado aquel que no lo dijese! que Padilla cual otro Aníbal, espejo de la lealtad y de la constancia, tenía reservado el consolidar la república de las naciones. —Encargado del mando de las tropas, las arengó con energía y reanimó en algun tanto el abatido espíritu del soldado. —El incansable obispo Acuña por otra parte salió con una columna á levantar gente, exigir dinero y hacer alarde de sus fuerzas, aterrando los enemigos. —A su paso por Madrid fué recibido con festejos públicos saliendo á buscarle sus apasionados: aumentó sus fuerzas con una columna de jóvenes madrileños, partiendo para Ocaña de donde desalojó á Zúñiga, conde de Miranda. —Uno tras otro se persiguieron hasta el Romeral: allí se travó la batalla encarnadamente, peleando ambos gefes con su lanza en primera fila; quedó dueño del campo el obispo y libertó á Toledo de los bloqueadores, entrando victorioso en la ciudad que le aclamó por su arzobispo. Continuó sin embargo las operaciones de la guerra en varias provincias saltando en su marcha dos castillos, pero como se

aproximasen á Burgos produjo una conmoción entre los plebeyos que fué reprimida por Velasco con solo el disparo de dos cañonazos, que ocasionaron la muerte de uno y varios heridos, metiéndose en sus casas los demás. —En el silencio que reina después de una gran tormenta los burgaleses se contentaban con decir en sus corrillos:

—¡Ojalá que te acerques á nuestros arrabales, Acuña! ¡con qué aplausos te recibiríamos saliéndote al encuentro... con qué prontitud serían arrojados los tiranos que ahora nos insultan!

En estos términos se explicaba la opinión popular, y por donde pasaba el obispo conquistaba la estimación, mas con palabras que con el valor. —Entre las varias arengas que dirigía á la multitud cuando entraba en la plaza de una villa era generalmente la que mejor éxito producía la siguiente.

—Al empuñar esta lanza, les decía, arde mi sangre en las venas: anciana ya, pero muy fuerte para poner coto al saqueo de los pobrecitos pueblos y defender la libertad de todos. —Ningun genero de ambición me movió cuando abracé vuestra comun causa, por que por mi dignidad y por mi esclarecido linage todo me sobra. Mis rentas de 40,000 ducados; mis desvelos y mi vida la consagro á vosotros, infelices... En ello, bien lo sabe Dios, no llevo otro fin que aliviarnos de los tributos; adquirir una gloria póstuma y conseguir por último el verdadero descanso del alma. —Si me ayudais con dinero y con soldados el triunfo será vuestro. —La causa es santa y vuestro gefe Acuña nunca os faltará. —

En todas partes se le contestaba con entusiasmada gritaría.

—¡Llevanos á donde quieras: no haremos contigo estipulación alguna. De ti lo esperamos todo: á ti entregamos nuestros bienes y nuestras personas. —

Aprovechaba Acuña el primer hervor del entusiasmo para alistar nuevas tropas y llevarlas á Valladolid al ejército de Padilla. —La mucha artillería que reunieron y el aspecto favorable que volvió á tomar la guerra con su nuevo general á la cabeza empezó á infundir terror en la nobleza. —Uno y otro partido hacian grandes esfuerzos para conseguir la victoria decisiva en la jornada de Villalar.

Revistadas las tropas de los comuneros por su general Padilla y por los gefes de las ciudades Juan Bravo, Pedro y Francisco Maldonado, hicieron movimiento con su crecida artillería desde Valladolid al pueblo de Zaratano. —Varios fueron los pareceres en aquel cuartel: unos decían que debía atacarse primero á Tordesillas como punto principal del enemigo: otros por el contrario preferían que era mas conveniente invadir á Simancas ó Torrelabaton porque no tenia tan fuertes guarniciones. —En esta divergencia de opiniones tuvo que ir enfermo Acuña en una litera para hermanar los gefes y decirlos á que atacasen á Torrelabaton. —Después de este suceso marchó el obispo con su columna á socorrer á Toledo muy estrechado otra vez por el conde de Miranda. —Formado en batalla el ejército de Padilla, amagando el combate ya sobre Simancas ya sobre Tordesillas, acometió por fin á Torrelabaton el 27 de enero de 1521; pero con tal impetu que jugando toda la artillería se hizo dueño del alcázar á las 24 horas. —El ejército enemigo, formado al frente de los fosos y sin atreverse á empuñar la batalla tuvo que retirarse; mas los populares no sacaron el partido consiguiente de la victoria, pues quedándose dormidos sobre los laureles dieron lugar á que se relajase la disciplina del soldado con el ocio y empezase la deserción.

El conde de Haro, atento siempre á la negligencia de Padilla, bien pronto reunió otra vez las tropas que tenia diseminadas en guarniciones para aventurar el combate final. —Trajo á su lado los principales nobles

de Castilla: juntó 6,000 infantes; 1,700 caballos, y 6 piezas de artillería de montaña.—Decidido á provocar á Padilla á una batalla campal, marcha en su busca: llega á Peñafór y allí concierta el plan de su operacion militar.—Observando Padilla que todas las fuerza enemigas se dirijan contra él, y teniendo poca confianza en sus tropas, pues si bien eran iguales en número no lo eran en valor; marchó como un relámpago á Valladolid con el fin de levantar gente tumultuariamente porque la república se encontraba en el último apuro.—Convocó la Junta santa y corriendo las calles y plazas les habló de esta manera:

—Ciudadanos: la ruina de los pueblos confederados se prepara con la derrota de mis tropas. ¡Jóvenes patriotas! si os venis conmigo hay esperanza de que los vireyes puedan ser vencidos.—Ellos confían en su fuerte caballería; pero...un esfuerzo por la patria, basta. Me vuelvo al ejército para dar mi vida gustoso y detener el furor del enemigo.—Decidid vuestra suerte pues el punto no sufre dilacion alguna.—

Dos dias duró la ausencia del general, y el conde de Haro se habia puesto ya á la vista del cuartel de Padilla en Torrelabaton.—Cruzáronse los parlamentos de uno á otro campo y esto hizo sospechar que algunos populares hubieran sido sobornados.—Lo acobardado que estaba el ejército y lo poco fuerte que era el pueblo para un sitio, obligó á Padilla á mover las tropas á media noche para esperar socorro en lugar seguro; mas la indisciplina de los plebeyos hizo que al romper la marcha pegasen fuego al fuerte de la villa.—Avisado el conde por las luminarias de la fuga clandestina de Padilla, ordenó que la caballería mandada por 30 grandes de la primera nobleza corriera al escape para perseguirlo; y este arrojo multiplicó el desaliento de los confiados populares.

Amaneció el martes 23 de abril de 1521 día funesto para las libertades de Castilla y empezó á llover en abundancia; de modo que este incidente, aumentó la confucion de la tropa que iba mas dispuesta á huir que á pelear, por el miedo que infunde en el soldado una retahíla, y porque todas las apariencias indicaban un gran despojo.—Padilla, sin embargo, con aquella serenidad propia de una alma fria, caminaba al rededor de su ejército compuesto de 7000 infantes, 500 caballos y 15 piezas de artillería. Les arengaba con frecuencia, escitándoles el honor para que no abandonasen sus banderas, en cuando los enemigos con el cuerpo encubertado de arena vibrasen las espadas á su vista pues que su lanza, en su diera, era bastante para rechazarlos.—En tal situacion dieron vista al pueblo de Villalar (campo célebre por el hecho de armas que presencié) y como apareciese al mismo tiempo la vanguardia de la caballería enemiga los soldados entonces empezaron á gritar.—

—Que en sitio tan desventajoso y lloviendo no convenia batirse con tan numerosa caballería: que era mejor y mas facil entrarse en Villalar en donde guarecidos entre las paredes podrian emprender la batalla sin ser heridos por la espalda.

Conociendo Padilla que este pretexto dieran los condes para ocultar su torpe miedo, quiso aprovecharse de alguna desventaja á la caballería enemiga: les mandó volver caras con una voz de trueno porque la osadía, les dijo, cuando no queda otro arbitrio, es las mas veces la victoria en los combates. Ni por esto pudo contener á los soldados.—Llegaron por fin las tropas á una llanura junto á Villalar, conocida de mucho antes por el campo de los nobles.—El conde de Haro sacando partido del buen agüero de aquel nombre y pronunciando un breve discurso á las tropas alusivas al objeto: hoy vais á salvar, les dijo, valerosamente, la monarquía, y con ella la gloria nobleza de España; dividió el ejército en dos columnas; la izquierda á un inmediato mando, y la dere-

cha confiada á los caballeros.—En esta forma se arrojaron al ejército popular; mas como viese Padilla que ni aun en Villalar se detenan los soldados, pues su inclinacion era á no dejar de huir, volviéndose á los pocos nobles que llevaba adheridos á su causa, y algunos pincetes dispuestos á medir sus lanzas con los enemigos, les habló de esta manera.

—Vosotros veis como yo nuestra desgracia: los proletarios, menestrales y labradores rehusan el batirse. Solo resta que un puñado de valientes muramos para dar á los pueblos una prueba de nuestra fidelidad.

Acaladas estas palabras en lance tan fatal, volvieron caras contra el enemigo, y contuvieron el impetu primero de su crecida caballería.—Trabado ya el combate á la arma blanca, acometió por la derecha el conde de Benavente con la infantería, y una lluvia de dardos caian sobre los pocos esforzados de Padilla.—Los disparos de la artillería obligaron al conde sin embargo, á detener su arrojó en la mitad del camino.—Acosados ya por todos los flancos, Saldaña que mandaba la artillería sin muchos conocimientos para jugarla, huyó con el pretexto de la lluvia y la humedad de la pólvora, dejando clavados los cañones en unos barbechos. (1) En lo mas recio de la pelea Juan de Padilla, buscando una muerte gloriosa enristró su lanza y dirigiendola contra Pedro Bazan, (por estar armado ligeramente y sin malla este caballero) le arrojó del caballo al primer golpe: generalizada la accion quedaron tendidos en la refriega mas de 400 hombres en solo diez minutos que duró.—Mezclados ya los combatientes fueron hechos prisioneros Padilla y los demas gefes de las ciudades mas visibiles por su nobleza.—Por espacio de dos horas persiguieron los escuadrones de caballería á los fugitivos populares, matando á muchos ó hiriendo á otros por la espalda: hasta que cansados ya se mandó por el conde dar cuartel al soldado raso con tal que arrojasen las armas.—De los rincones de las casas de Villalar sacaron despues muchos plebeyos que, segun con quien caian, los maltrataban ó dejaban marchar libremente.—Los campos de Villalar, cubiertos de armas y cadáveres ofrecian una vista lastimo-

Reunido el consejo de guerra aquella misma noche para determinar sobre la vida de Padilla y de los demas nobles prisioneros, opinó la mayoría porque se les decapitase al momento para quitar toda esperanza á los comuneros.—Eran las doce cuando les intimó el alcalde de corte la sentencia de que serian degollados á la mañana siguiente, menos Pedro Maldonado que le reservó la vida el conde hasta la resolucion del emperador, (fue decapitado despues en Valladolid):—Padilla recibió la noticia con aquella sangre fria, cual si le hubieran anunciado otra cosa, preparandose á morir con una resignacion verdaderamente cristiana. Al venir la aurora del 24 de abril de 1521, dia señalado para el fatal sacrificio, escribió dos cartas: una para su muger, doña Maria Pacheco, y otra para la ciudad de Toledo.—Lo original de estos dos escritos y las ideas que se abrigan en ellos, merecen apreciarse, porque dan á conocer el talento y el carácter hidalgo de Padilla.—Decia así la carta á su esposa:

—Señora:

Si vuestra pena no me lastimara mas que mi muerte, yo me tuviera por bien aventurado, aun cuando fuese llorado por otros muchos.—Quisiera tener mas tiempo para escribiros algunas cosas dirigidas á vuestro consuelo: pero ni á mí me lo dan, ni yo querria dilatar la corona de laurel que espero.—Vos, señora, como cuerda sienta su desdicha, y no mi muerte, que siendo ella tan justa de nadie debe ser plañida.—Mi alma, pue ya otra

(1) Algunos historiadores dicen, que la inutilizó Pedro Maldonado.

cosa no tengo, dejo en vuestras manos: vos, señora, haced con ella como con la cosa que mas os quiso.— A mi padre y señor no escribo porque no me atrevo, pues Dios ha reservado para otro hijo su heredero en la ventura.— El verdugo me espera y no quiero alargar mas la carta por no dar lugar á que sospechen que trato de alargar la vida.— El criado Sousa, como testigo ocular y depositario del secreto de mi voluntad, os dirá lo que aqui falta.— Dejo este mundo, con el cuchillo á la garganta, para mi eterno descanso.—

J. de Padilla.

La otra carta, aunque lacónica está concebida en los términos siguientes.—

—A la ciudad de Toledo:

¡Luz del mundo..... corona de España! con la sangre de tu hijo *Juan de Padilla*, se refrescan tus pasadas victorias.— Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus hazañas, la culpa no fué mia; estuvo en mi mala estrella.— Como á madre te requiero me recibas; pues Dios no me dió mas que perder de lo que aventuré por ti.— Me pesa mas tu sentimiento que el sacrificio de mi vida. Pero mira, .. que son vueltas de la fortuna que jamás tiene sosiego.— Voy al cadalso muy alegre porque muero por tu libertad; tu criarás á tus pechos quien podrá tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que cuenten mi muerte, y mi fin te dara testimonio de mi deseo.— El alma te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del cuerpo nada digo porque no es ya mio. No puedo escribir mas; tengo el cuchillo al cuello, con mas pasion de tu enojo que temor de mi pena.—

Concluidas las cartas fueron sacados con mucho aparato á la plaza de Villalar por el órden siguiente.—Padilla, general de los pueblos sublevados, iba el primero: Juan Bravo, caudillo de los Segovianos, el segundo; y Francisco Maldonado, de los Salamanquinos, el tercero.— Caminaba delante el pregonero publicando á grandes voces el género de muerte y la causa.— Pero llegando al suplicio, cuando estaban con las cabezas inclinadas sobre el tajo para recibir el golpe de la cuchilla, dijo el pregonero otra vez, dictando el alcalde «que eran castigados por traidores.»— No pudiendo sufrir Bravo en aquel trance la nota de traidor, exclamó con una voz que llegó al cielo:—

—Miente, el alcalde.—

Sonriéndose Padilla entonces le contestó:—

—¡Ah Bravo... Bravo! ayer éramos héroes; hoy somos traidores.— Ayer fué cuando debimos morir como nobles y valientes; pero hoy ya como verdaderos cristianos... como piadosos.—

¡Así acabó *Padilla* su jornada, víctima de su amor á la patria; y con él se sepultaron los comuneros de Castilla!—

V.

Vencido el partido popular con la muerte de su caudillo, no se descuidaron los contrarios en hacer mudar de aspecto todas las ciudades confederadas, ofreciéndoles una amnistia general (fué confirmada despues por el emperador) sin exceptuar mas personas que los principales de los conjurados.—Los toledanos sin embargo, no sucumbieron: hicieron gran sentimiento por la desgracia de su general, y despues de un cumplido funeral, que respiraba luto por todas partes, fué presentada á las tropas la esposa de *Padilla*, acompañada del obispo Acuña y de una multitud numerosa.—La ternura con que les habló fué bastante para inflamar de nuevo á los populares, queriendo vengar las cenizas de su esclarecido compatriota.—Poco conluido Acuña del valor de aquellas masas, cuyo entusiasmo se evaporaba facilmente á presencia del peligro, determinó fugarse á Francia. No podia borrar de su imaginacion el suceso desgraciado de Villa-

lar.—A los veinte dias de la muerte de *Padilla* meditó para ocultar mejor su retirada, llamar á un convite á todos los gefes populares; y en efecto habiendo concurrido á cenar aquellos, se los dejó en la mesa á media noche, huyendo disfrazado con direccion á Navarra, cuya provincia estaba invadida por un ejército francés, aprovechándose de la contienda interior de los españoles.—Conocido en Villamediana por un heraldo del duque de Najera, fué preso por el alferrez Perote, conduciéndole con buena escolta á la fortaleza de Simancas.—Allí se dió al obispo un trato correspondiente á su alta clase y dignidad.—

En su genio inquieto bien pronto concibió la idea de dejar el encierro, fugándose por un cubo del castillo.— Estaba una noche sentado al brasero conversando tranquilamente con el alcaide llamado Mendo Noguera: en el delirio creyó que era la ocasion de poner en planta su pensamiento. Cojió de repente un puñado de ceniza; se lo tiró al alcaide, y mientras se limpiaba este los ojos, le arremetió con un cuchillo hiriéndole de muerte.—El hijo del alcaide que le servia de page, entró en la cámara al mismo tiempo que esto sucedia; mas como viese correr la sangre de su padre empezó á gritar con locura... ¡alerta... alerta!... y como aúdiase gente a esta consigna fué atado el agresor con mucha dificultad.—Entonces el alcalde don Rodrigo Ronquillo sumario brevemente al obispo don Antonio Acuña, por el crimen tan alejoso sin guardar inmunidad de ninguna clase; y á los tres dias justos espíó su delito, dándole garrote sobre una de las almenas de la fortaleza de Simancas por donde intentó escapar.—¡Así acabó tambien á poco tiempo el segundo caudillo de los comuneros de Castilla!—

Ni la desgracia de Acuña, ni las muchas tropas que amenazaban á Toledo, hicieron desmayar á sus naturales.—La esposa de Padilla tomó á su cargo la continuation de la guerra, deseosa de vengar la muerte de su marido y la sostuvo nueve meses peleando con heroismo hasta que no pudo mas.—

El Conde de Haro, con el ejército vencedor de Villalar, hubiera podido hacer sucumbir facilmente á los toledanos; pero como los franceses habian ocupado la Navarra sin costarles nada, y trataban de poner sitio á Logroño, tuvo que volar con las tropas á Burgos, dejando á Toledo para despues.—Reunido allí el ejército, se dió el mando al duque de Najera y marchó como el rayo en busca de los franceses.—En el campo de Ezquiroz, junto á Pamplona, alcanzó las tropas invasoras, y allí mismo se dió la célebre batalla del 31 de julio de 1521, en la que fueron derrotados completamente los franceses por el valor castellano, quedando muertos en el campo mas de 6000 hombres; ganada toda la artilleria, y hecho prisionero el general *Mr. Asparrós* con las personas notables que le acompañaban.—Unos cuantos coraceros fueron los únicos que salvaron llevando á Francia la noticia de su derrota.—

Vuelto el ejército victorioso sobre Toledo no tenia ya que vencer.—Doña Maria Pacheco sin embargo, vestida con basquiña larga de estamena forrada de martas, corpiño de terciopelo, mangas estrechas y un sayuelo de buriel que le servia de capa, montaba á caballo; pasaba revista á los soldados; les alentaba con el estandarte popular, y hacia en fin las funciones de un valiente general con aplauso de los habitantes.—Así resistieron los toledanos una lucha gloriosa de nueve meses á las órdenes de su generala, hasta que cansados de sus continuas fatigas, sin esperar socorro de otra parte, y promovida la discordia en el interior de la plaza, tuvieron que capitular entregándose á Zúñiga, conde de Miranda.—

Doña Maria no creyéndose segura porque veia vacilar la fidelidad de todos aquellos á quienes tenia por mas adictos á su causa, emigró con sus criados á Portugal, disfrazada de aldeana; llegando á Braga sin entrar en pu-

blacion, y fijando por último su residencia en Oporto.—
Fue muy considerada allí; pero llena de disgustos mu-
rió de una pulmonía fulminante en Marzo de 1531.—
La ilustre proscriba dejó mandado en su última vo-
luntad, que llevasen sus cenizas frías á Villalar para unir-
las con las de su malogrado esposo.—No pudiéndose
cumplir el justo deseo con que bajó á la tumba, y enter-
rándola que fué frente al altar de S. Gerónimo de la Seo de
Oporto, se la fijó un epitafio que decia asi:—

Maria... de alta casa derivada,
De su esposo Padilla vengadora.

Honor del sexo.... ¿aqui enterrada.—
Muriendo en proscripcion se vio privada
De ir cual quiso, á la tumba de su esposo;
Pero Sousa y Fieorhoon sus criados
Le procuraron sepulcral reposo.—
Luego que el cuerpo consumido fuere,
Bajo una losa deben verse unidos
Los restos de *consortes* tan queridos.—

JULIAN SAIZ. MILANES.

ESTUDIOS DE AGRICULTURA.



Preparacion del terreno para sembrar la caña.

LA CAÑA DE AZUCAR.

Entre las numerosas clases de caña que se conocen, las tan solo son las que se cultivan; la caña santiaguada, originaria de las Indias orientales, y la caña dulce comun de las Indias occidentales; se ignora si fué conocida en la antigüedad; pues la historia hace mencion de ella cada vez que desde el tiempo de las Cruzadas, y aun despues que su descubrimiento fué una de las ventajas que reportaron. En la isla de Chipre se plantaron cañas en 1163 existia ya en Sicilia un molino ó ingenio de azucar; en 1420 se propagó su cultivo en la Madera, pocos años despues en Canarias, y á Cristobal Colon se debe su introduccion en la isla de Cuba, en su segundo viaje.

En la America del sur, en las Indias occidentales, y en las islas del mar pacifico crece y se propaga por si y no necesita alguno de cultivo, pero aunque los naturales se servian de ella como de un alimento, ignoraban de todo punto los medios de extraer el azucar. Un veneciano descubrió á fines del siglo diez y seis el arte

de refinaria, y su secreto oculto algun tiempo acabó por ser conocido en toda la Italia, Francia, Inglaterra, la España y poco á poco de Europa entera; pero la Francia particularmente adquirió muy pronto una gran superioridad en esta manipulacion.

La labor que necesita la plantacion de la caña, es considerada como el trabajo mas penoso de los negros, y así durante las horas mas fuertes del calor suspenden sus faenas para descansar, y durante el tiempo que se ocupan de ella es mayor tambien su racion que la que disfrutaban ordinariamente. Preparan el terreno ahondando hasta que lo disponen en hoyos de tres ó cuatro pies en cuadro; para esto hay negros encargados de determinar los ángulos, que lo hacen clavando estacas en los puntos que limita la figura de la labor, y auxiliados de una larga cadena que les sirve en este trabajo para darle toda la regularidad necesaria. En las escarpas que forman los lados de los cuadros con la tierra estraida de ellos, siembran batatas, y en el fondo de estos yaco y muchas veces tambien trigo indio. Acabada la recoleccion de estas semillas, abonan de nuevo el terreno y componen las casetas destinadas á recibir la caña.

—Esta se propaga por medio de varetas ó estacas de diez ó doce pulgadas de largo, y las ponen en agua por espacio de veinte y cuatro horas antes de plantarlas, y si la tierra no tiene suficiente humedad en el momento de la plantacion, ligan los vástagos en haces pequeños, los cubren de hoja de la caña, y los riegan abundantemente dos ó tres veces al dia. La lluvia es absolutamente necesaria para el desarrollo de esta planta, y una sequia prolongada despues de estos cuidados los haria infructuosos. Cuando la estacion es favorable clavan en cada cuadro dos ó tres vástagos; pero los más experimentados los entierran en posicion horizontal, dejando al nivel de la superficie y descubiertos los nudos de donde debe brotar la yema.

Al cabo de once ó doce meses hacen la recoleccion, y para asegurarse de si ha llegado á su completo estado de madurez, cogen una caña por muestra, la esprimen y el jugo que presta le dejan al sol para que se evapore la parte acuosa y segun el aspecto que presenta la otra parte que se cristaliza, así determinan si está en disposicion de segarse. Para esto se colocan los negros en una hilera y armados de hachas cortas, tronchan la parte superior de la caña que es la reservada para la plantacion: esta última la conservan cuidadosamente, y el resto las cortan en trozos de tres pies de largo juntándolos en haces que atan con los tallos más tiernos que son verdes y flexibles. Los segadores á medida que avanzan van arrancando las hojas que pasan de mano en mano y se amontonan á alguna distancia, con objeto de despejar el tránsito á los negritos más jóvenes que son los que atan los haces; las mujeres los transportan en la cabeza hasta la entrada del molino y entonces los desatan y depositan á un lado las cañas verdes que los ligaban y que sirven para alimentar el ganado.

Tres cilindros colocados unos al lado de los otros, constituyen la parte inferior del ingenio ó molino, entre cuyas superficies se prensa la caña á impulsos del movimiento de dos ruedas dentadas. El negro encargado de alimentarle se mantiene incesantemente á su vista, y cuando hace mucho viento es tan rápido y precipitado el trabajo que apenas bastan dos hombres: el jugo pasa su-

cesivamente por un canal de madera, conuido por bajo de los cilindros, á un receptáculo colocado á un costado del molino en donde se encuentran dos espejos de tamicos tambien de madera y en los que se purifica de todas las particulas de caña ó fibras que pudiera arrastrar consigo; pasando despues á otro conducto de metal que termina en el local donde están situadas las calderas. La caña despues de prensada resbala por sí misma por un plano inclinado que atraviesa la pared y que la despide á un depósito contiguo, en el que se hallan una porcion de viejos y mugeres entretenidos en recogerlas y ponerlas á secar al sol y se sirven de ellas despues para hacer Imbre.

La sustancia de la caña vá á depositarse en inmensas calderas de cobre que algunas contienen 600 gallons que equivalen próximamente á unas 2400 pintas; esta enorme masa de líquido está puesta al fuego y á una altura menor en un grado del que necesita para hervir el agua natural; se ponen algunos cantos de cal que hacen subir á la superficie todos los cuerpos estraños que se agitan en el líquido, se trasiega despues á otra caldera llamada el clarificador, donde la despuman hasta que aparece transparente, pero cuidando mucho de que no levante hervor; despues la pasan á otra caldera, pues que regularmente son cuatro, pero de más calida que las anteriores; en esta la dejan hervir y la despuman nuevamente hasta que el jugo se purifica y adquiere cierto grado de consistencia; entonces suele estar de un color parecido al de el vino de Madera, y ya más reducido su volumen por la ebullicion, la pasan sucesivamente á otras calderas menos espartosas, y si aun no ha adquirido toda la transparencia que se desea, se la purifica nuevamente. En el mismo local hay generalmente seis grandes vasos ó artesas de madera de once pulgadas de profundidad y de siete pies de largo por cinco de ancho. En estos depósitos se vá enfriando y coagulando poco á poco hasta que toma la forma de una masa irregular de cristal, quedando aposada en el fondo la melaza.

Todos los dias transportan el azucar de la vispera á unas grandes barricas, donde la tienen cinco ó seis semanas de modo que la parte no cristalizada descende gota á



Recoleccion de la caña de azucar.



Ingenio de azucar.

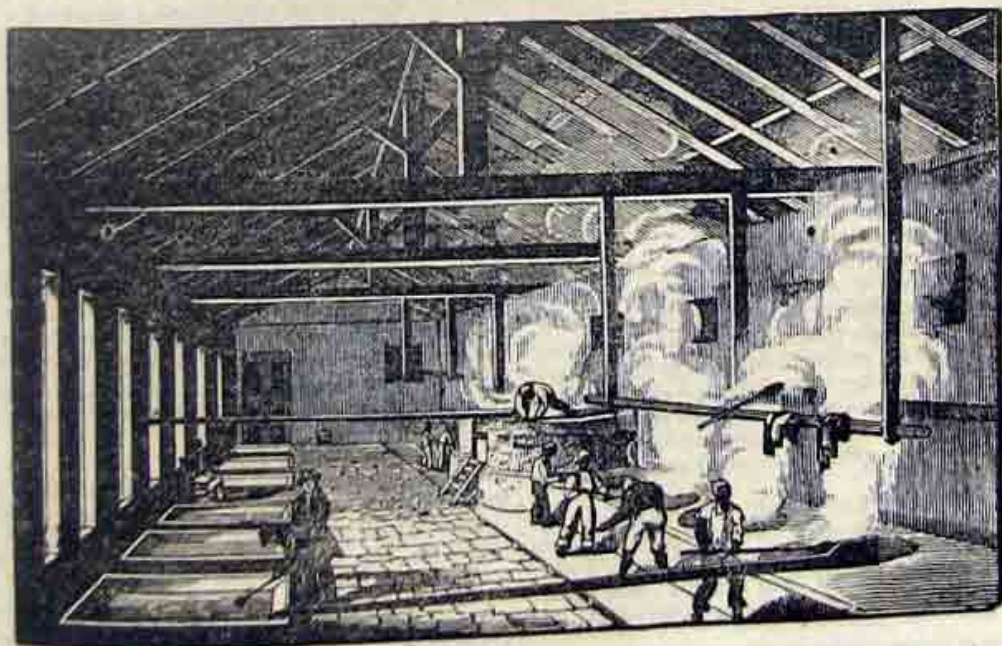
sta en un depósito que hay preparado para recibirla; después sufre otras preparaciones por medio de las que se obtiene un azucar mas ó menos clara, y cuando ha estado de correr se tapa la barrica y ya está dispuesta para la esportacion.

El excesivo calor del clima hace hervir el jazo al instante mismo que se estrae de la caña, y el intervalo de media hora bastaria para que fermentase.

Los refinadores prefieren los azúcares que presentan opacidades mas agudas y brillantes, y cuyo color tira un poco á gris; las que tienen el grano menos pronunciado y el color amarillento son poco estimadas; esta es la ra-

zon porque los azúcares de las Indias orientales no son admitidos en el comercio, y porque es imposible refinarla ni conseguir una cristalización perfecta; es un azucar que degenera casi hasta ser parecido al de la pasa.

El trabajo de los refinadores consiste en despojar el azucar en bruto ó de primera mano de las sustancias grasientas de que se halla aun impregnada. Para conseguirlo disuelven el azucar con agua de cal, lo pasan por diferentes vasijas haciéndolo hervir y despumándolo de todo lo que arroja á su superficie por efecto de la ebullicion; después lo hacen pasar por una manga de una tela de lana muy gruesa y tupida; se pone nuevamente á hervir y



Aparato para clarificar la azucar.

se ajita con una batidera; esta azucar imperfecta aun y caliente, se vierte en vasijas de barro que llaman formas. Tienen la figura de un cono hueco y en el punto donde termina hay hecho un agujero que cuidan de tapar con un paño mojado. Estas vasijas las tienen colocadas en posicion inversa á su figura, es decir, la base arriba.

Cuando el azucar puesta en las formas empieza á enfriarse, se cubre su superficie de una capa cristalina que se quiebra facilmente; se quita el paño que impide se escape la parte no cristalizada; se agujerea con una lesna y se introduce en moldes de dimensiones proporcionadas á la cantidad de liquido que debe desprenderse; despues de cinco ó seis dias se retiran las formas para enterrarlas. Esta operacion consiste en cubrir con azucar en polvo la base y en llenar los vacíos producidos por el descenso de la parte liquida con una disolucion de arcilla. Cuando se hallan los panes en esta disposicion, se cierran enteramente las puertas y ventanas para impedir que el aire exterior desecue esta tierra; el agua que contiene filtra poco á poco por entre las moleculas de azucar, dilata la parte superflua que la colorea, y arrastrada por su peso, desciende á otras vasijas colocadas para recibirla debajo de las formas: al cabo de algunos dias se quita la tierra ya totalmente desecada, se repite toda esta operacion, y cuando ha producido su efecto, no resta mas que

trasportar los panes á la estufa donde cuidan de mantener un calor siempre igual.

No son las cañas solamente las que suministran el azucar; la sabia del álamo blanco contiene un jugo de un gusto azucarado muy agradable, y que se obtiene facilmente haciendo una incision en el tronco del árbol cuando empieza á brotar la hoja. El arce del Canadá contiene un jugo dulce tambien que los naturales recogen igualmente por medio de una incision y con el que hacen un licor fermentado que equivale al azucar; pero aunque por distintos procedimientos se consigue de estas sustancias un resultado que se aproxima mucho al azucar de caña, nunca llega á adquirir la blancura de esta.

La Francia á consecuencia de las guerras con Inglaterra y de la incomunicacion con sus colonias, trató y ha logrado en efecto reemplazar la azucar de caña con un producto indigeno; en la actualidad la azucar de remolacha que se fabrica en muchos puntos de aquel reino puede sin disputa rivalizar con la del Nuevo Mundo. En España y aun en Madrid mismo se ha tratado del establecimiento de fabricas de azucar de remolacha, pero aqui no podrá conquistar nunca esta planta la voga que ha adquirido en otros países porque en nuestras costas del Medio dia se cria la caña de azucar, siempre preferible, y casi tan buena como la de América.

ESTUDIOS LITERARIOS.

MARIA. (I)

IV.

EL REFUGIO.

La señora Lydoria halló al obis, o maquinalmente arrellanado en un ancho sillón entregado á mil dorados ensueños. Al ver á su hermana que vino á interrumpir bruscamente su muelle felicidad, la beatitud soñolienta de su semblante, dulcemente animada con los recuerdos de sus juveniles años, tomó de repente una expresion resignada que no se escapó á la vieja.

—Mi presencia te incomoda, hermano, le dijo con una voz ahogada por la cólera, pero los motivos que me traen á tu lado son graves y no admiten espera. Un escándalo vergonzoso deshonra tu casa! Si no le pones inmediatamente término, tendré que marcharme de ella.

—¡Ojalá! dijo para sí el obispo.

Pero en vez de esperar esta idea con sus labios ó con sus miradas, aproximó un sillón á la condesa y se volvió hacia ella para escucharla; pero la señora de Penevent, estaba demasiado ajitada para sentarse, ni permanecer quieta en un sitio. Así es que recorría á grandes pasos la sala y cargaba fuertemente los pies sobre el pavimento. Sin este movimiento lleno de violencia, tal vez no hubiera podido hacer salir la voz de su garganta contraída por la cólera, si bien esta voz salía articulada con sonidos ásperos y guturales.

—Maria! exclamó al fin, Maria!.... tú protegida! Ahora mismo acabo de sorprenderla haciendo gestos desde la ventana de su cuarto á un jóven, al pañero Juan Pastelot! He tenido que arrancarla de la ventana, que encerrarla en mi cuarto despues de haberla reprendido, co-

mo merecia; su indigna conducta!.... Y ahora vengo á ti. ¿Qué es eso? Te ries de lo que digo? ¿Parece que estás satisfecho de tu propia deshonra, pues que la deshonra es de tu casa? Por santa Lydoria, mi patrona, que esto es para volver loca á cualquiera!

En efecto habíase dilatado la fisonomía del obispo á las palabras de la señora Lydoria: cuando le refirió la supuesta intriga de Maria con el pañero, frotóse las manos y se aproximó á la chimenea para calentarse mas voluptuosamente las plantas de sus dos gruesos pies. El disgusto no apareció en sus facciones sino desde el momento en que la condesa contó los medios de violencia empleados por ella.

—Todo se ha perdido!.... Todo se ha perdido! hermana, dijo con cierto aire de importancia y sonriéndose como para desmentir algo sus palabras. Si hubieras fingido no ver nada, antes de quince dias hubiera recibido la visita de maese Juan Pastelot, que vendria muy humildemente á pedirme la mano de mi protegida. Juan Pastelot es un buen muchacho, incapaz de amar á una doncella con otros fines que los de casarse con ella, sobre todo cuando esta doncella está bajo mi proteccion! El es piadoso, morigerado; provee de paños y seda á nuestra casa episcopal, pero por tus gritos y tu caracter violento todo lo hemos perdido. Te lo repito, tú has ahuyentado á los hermosos pájaros que principiaban á gorjear la cañion del amor y ahora nos costará un trabajo inmenso volverles la voz.

—¿Qué estás diciendo?

Digo que Maria no hallará un esposo mejor que Juan Pastelot y que quiero reparar el daño que has causado á sus amores ahuyentándolos tan imprudentemente. En fin, con el favor de Dios espero poner las cosas en buen camino.

—Y es así como debes mirar por el honor de tu casa? ¿Es así como cumples lo que el deber te impone? Ya sé lo que debo hacer! exclamó la condesa, lanzándose fuera de la habitacion de su hermano y cerrando la puerta

(1) Véase el número anterior.

con tal violencia que pareció estallar un trabucazo; toda la casa se estremeció desde sus cimientos.

El obispo sin prestar atención á este acto de violencia, cojió un pitó de plata y á su sonido acudió uno de sus pages.

—Vé á la tienda del *Arbol rojo*, en casa de maese Pastelot el pañero, y di que tenga la bondad de venir inmediatamente, dijo el obispo. Si te pregunta el motivo de este llamamiento, dile que tal vez necesitaré paño para una sotana nueva.

El page obedeció y el obispo se aproximó un poco mas á la chimenea, porque al salir su hermana y el page habían penetrado por la puerta una corriente de aire frío.

Apenas habían transcurrido diez minutos cuando maese Pastelot se hallaba á las órdenes del obispo, quien no pudo menos de admirarse de la serenidad del jóven.

—Oh! oh! dijo para sí el mozo es menos novicio de lo que yo creía; ahora será mas difícil la empresa.

Salve, maese Pastelot, dijo echando alegremente su bendición al jóven que se había arrodillado, y haciéndole señas para que se levantara y se sentara á su lado. Como están vuestra respetable madre y vuestra linda hermana Juana?

—Monsieur les hace honor y á mi tambien, replicó el pañero.

—No os falta mas que una muger y un hijo para ser el mas feliz de los hombres. Logrado esto creo que nada os desearia en este mundo.

—Monsieur dice bien.

—Pues por qué no os casais?

—Porque todaviasoy muy jóven, monsieur; además no es cosa tan facil casarse.

—Por qué? Vos sois un buen muchacho; no hay en todo Sautons un almacén mas acreditado que el vuestro y si que poseis cuatro buenas cosas. Por nuestra señora de Sautons, no conozco villana ni señorita noble que no considerara muy feliz de teneros por esposo. Podeis dar la mano de la que mas os agrade, y tan luego como digeis vuestra eleccion tendrais una esposa.

—Monsieur me trata con demasiada benevolencia! No sé, monsieur, por qué se me ha llamado?

Mund el picaruelo! murmuró el prelado. ¡Por San Juan, que su sangre fría hubiera hecho honor al mas frío amigo, no hay para que disimular; todo se sabe. Os han visto hacer señas y dirigir miradas á una linda muchacha que merece vuestra eleccion.

—Os juro, monsieur, que no comprendo una palabra de lo que me decís. El obispo se irritó al ver la impudencia de Juan.

—Pues que, dijo, ahora mismo no estábais haciendo señas á mi pupila Maria?

El pañero no pudo menos de sonreirse.

Monsieur, replicó, ahora mismo estaba retozando en la jardin con mi madre y mi hermana; Juana vió en una ventana de vuestro palacio á una muger que nos mira, y estamos en nuestros juegos, porque nos avergonzamos de ser sorprendidos en estos juegos por vuestra respetable hermana la señora condesa de Penevent. Después de cuando conocimos que era la señorita Ma-

ria, se fué á su vez el obispo; pero acompañó á su pupila un suspiro abugado, porque conoció que Juan decía la verdad.

—Comesco, amigo mio, que ha habido un error en esto. Y que no es cierto que haciais señas á mi pupila á mi hermana. Perdonad, amigo mio. Mañana voy á mi taller á vuestro almacén para que compréis el paño que sea necesario para una sotana nueva. Hasta mañana.

Juan volvió á arrodillarse para recibir la bendición episcopal que le dió el prelado; despues, cuando el jóven se hubo retirado, corrió con toda la viveza que le permitian sus viejas piernas al departamento de su hermana.

—Todo ha sido un engaño, le dijo sentándose porque la precipitacion que empleó para justificar á su protegida le habia dejado sin aliento. No hay la menor intriga entre maese Juan y Maria; Pastelot, añadió reprimiendo una sonrisa, creia que eras tú, hermana, la que estaba en la ventana.

La sonrisa del obispo no se escapó á la mirada penetrante de la señora de Penevent, que se puso todavia mas palida de rabia, pero se dominó y contestó:

—Poco me importa que seas el juguete de maese Juan el pañero! Afortunadamente no tengo porque ocuparme ya de sus intrigas insolentes y de sus excusas mas insolentes todavia.

—Luego sabeis tambien la verdad como yo?

—Se, se que he echado del palacio episcopal á la que no se avergonzó de introducir en él el escándalo!

—A Maria! has echado á Maria! lanzar vergonzosamente de mi casa á esa pobre niña que no ha cometido otra culpa que tu malicia y tu maldito caracter! Donde está? Quiero que vuelva á mi casa. No consiento que salga de ella! ¿Qué será de la pobre niña que no tiene mas apoyo en el mundo que yo? Como! despues de calumniarla vergonzosamente, quieres reparar tu falta echándola á la calle! Bastante tiempo he sufrido tus caprichos, pero por el santo sacrificio de la misa que esta vez no será así!

Y salió dejando á su hermana estupefacta al ver por la primera vez despues de diez años á su hermano contrariarla abiertamente.

Cuando la condesa salió de la habitacion de su hermano, entró mortada en cólera en el cuarto donde habia encerrado á Maria. Sin proferir una palabra, la cojió por el brazo, la condujo ó mas bien la arrastró hasta la puerta exterior del palacio episcopal, y allí, enseñándole el umbral, le dijo: Si volveis á poner los pies en esta casa, haré que os echen á palos como merecen las muchachas de vuestra clase. Id á buscar al cómplice de vuestras intrigas, pero no pronuncieis jamás mi nombre ni el de mi hermano, si no quereis que os eche el verdugo del pueblo, como yo os echo de esta casa.

Y se entró dejando á la pobre Maria desolada, y moribunda, la cual desmayandose al fin cayó en la escalera con la cara oculta entre las manos. En aquel momento salió Juan Pastelot, tan preocupado de su singular conversacion con el obispo, que sin verla tropezaron sus pies con la infeliz muchacha. Esta levantó maquinalmente la cabeza y Juan reconoció á la protegida del obispo.

—Señorita Maria! exclamó.

Esta solo contestó con suspiros.

—Todo lo comprendo ahora, dijo; esa infame muger os ha echado! Quiere vengarse en vos de su grosero engaño y yo soy la causa inocente de vuestra desgracia! Veamos, añadió dulce y afablemente, cuales son vuestros proyectos? Qué vais á hacer? porque es un deber mio ayudaros con mis consejos y mi apoyo. Dónde quereis que os conduzca?

—¡Ay! yo misma no lo sé! No conozco á nadie en el mundo! Estoy sin asilo y sin protectores! solo me resta morir!

—No será así, replicó el compasivo jóven, conmovido de tanta afliccion, no quiero que se diga que os dejó abandonada á tanta desesperacion. Pero como no sea este el sitio ni el momento mas apropiado para semejante conversacion, hacedme el honor de venir á casa de mi madre. Allí encontrareis una proteccion mas útil y mas positiva que la que puede ofrecerme un jóven como yo. Enjugad vuestras lágrimas, señorita, porque os juro por

la salvacion de mi alma, que ni mi madre ni yo os abandonaremos jamás.

—Bien pensado! bien dicho! interrumpió una voz bronca, pero benigna, que nada menos era que la del obispo, quien aproximándose á Juana y Maria, sin meter ruido, pudo oír su conversacion. Bien pensado y bien dicho! Todo lo he oido! Sois un buen muchacho, maese Pastelot, y tú Maria, á pesar de las necias é injustas prevenciones de mi hermana, volverás á mi palacio y ella tendrá que confesar los agravios que te ha hecho.

Maria hizo un gesto de espanto y se aproximó instintivamente al pañero.

—En realidad, continuó el obispo, la vida que te dá mi hermana no es soportable y los acontecimientos de hoy no la harán mejor. Por otro lado si te refugias en casa de maese Pastelot, mi hermana cantará victoria, y á decir verdad, la calumnia hará entonces mejor su oficio, pues preguntará por qué has escogido un refugio precisamente en la casa del que se te acusa que amas. Es preciso pues, apelar á otro medio para arreglar todo esto.

—Ese medio es muy sencillo, objetó Juan.

—¿Como! exclamó el obispo estupefacto; lo habeis encontrado? Y cual es ese medio, amigo mio?

—Que lleveis á la señorita Maria á casa de mi tia Catalina Margerin la hermana de mi madre, que tiene un almacén demodas en la Plaza mayor, conocido con el nombre de la *Perla de oro*, y le digais que quereis que la señorita entre de aprendiz. Vuestra recomendacion vencerá todas las dificultades y mi tia Margerin acordará cosas mas difíciles que esta á una visita personal de monseñor el obispo.

—¿Qué te parece este proyecto, querida mia? dijo el obispo.

—¡Oh! lo acepto agradecida.

—¡Bien! muy bien! exclamó el prelado. Enjuga tus ojos, Maria, y apóyate en mi brazo. Y vos, amigo mio, volved á vuestra tienda y punto en boca sobre todo esto. Este es un secreto que debe quedar entre nosotros cuatro: mi hermana, que jamás sale de casa, yo que le guardaré y vosotros dos, á quienes prohibo decir una sola palabra, ni aun á nuestra tia, Juan, ni á vuestra madre y mucho menos á vuestra linda hermana. Afortunadamente nadie ha pasado por delante del palacio durante nuestra conferencia, y yo he procurado tenerlos ocultos detras de esta columna. Adios, maese Pastelot.

El pañero saludó al obispo inclinándose hasta el suelo y Maria y su protector se dirijeron á la tienda de modas.

La señora Margarita hallábase ocupada en servir á algunos parroquianos cuando vió al prelado entrar en su casa. En el acto todos los concurrentes se arrodillaron y el obispo les dió su bendicion. Jázguese cual seria la admiracion y la alegría de la modista al recibir á la ilustre visita.

—Me alegro de veros tan buena, mi querida señora, Margerin, dijo el obispo en alta voz y de modo que le oyesen todos los compradores que llenaban el almacén, porque sabia cuan dulce era aquella publicidad para la modista. Vengo á pedir os un favor: aqui teneis una muchacha que amo como si fuera hija mia: no piensa mas que en aprender á bordar y en el comercio de telas, y he resuelto que vos seais su muestra. Aqui os la traigo: vuestras condiciones serán las mias: ademas yo vendré frecuentemente á visitar á mi pupila y hablar con vos.

Volvió á echar su episcopal bendicion á la arrodillada concurrencia, saludó á la señora Margerin, besó á Maria en la frente y se retiró dejando á la modista llena de orgullo y de alegría. Esta despachó con la mayor celeridad á sus parroquianos, y acercándose despues á su nueva discipula le pidió permiso para abrazarla. Merced á sus maneras afectuosas, la señora Margerin no tardó en captarse la amistad de la pobre niña, que poco há habia si-

do tan maltratada por la temible hermana del obispo.

Terminados estos obsequiosos preliminares instaló á Maria en un lindo cuarto, el mejor de toda la casa, y se ocupó en seguida del ajuar de su jóven huésped, porque los vestidos de seda que acostumbraba á ponerse en casa de su tio no cuadraban ya á su nuevo estado. Ambas se pusieron á cortar sobre el mostrador y al anochecer casi habian concluido un vestido como en aquella época llevaban las muchachas de la clase media de Soissons. Al dia siguiente todo el mundo en la ciudad sabia que monseñor el obispo habia puesto en calidad de aprendiz á su pupila en casa de la señora Margerin, y todo el mundo envidiaba á la modista, sobre todo cuando vieron al obispo ir á visitarla segunda vez á la mitad del dia, á aquella venturosa mujer sentarse familiarmente en la trastienda y no desdenarse de beber un vaso de excelente vino de grosella que ella sabia preparar, como monseñor se complacia en decirlo, mejor que todas las amas de gobierno pasadas, presentes y futuras.

V.

MAESE PASTELOT TOMA ESTADO.

La señora Catalina Margerin; hija de un rico vecino de Soissons, se casó á los 21 años con un jóven comerciante de telas á quien amaba desde su infancia y que vivia en la vecindad. Jamas la mas leve ajitacion turbó sus puros y cándidos amores, y su union no fué menos tranquila ni menos feliz. El trabajo y la ternura, tal fué su vida hasta el dia fatal en que la muerte vino á arrebatár á Margerin despues de quince años de matrimonio. Catalina estuvo á punto de sucumbir bajo el peso de su dolor, y sin los tiernos cuidados de su hermana, la señora Pastelot, la desesperacion la hubiera conducido al sepulcro; pero el afectuoso cariño de aquella excelente muger la volvió á la vida, y poco á poco se resignó á la cruel separacion que la dejaba entregada á tan grande y triste aislamiento.

Diez años hacia ya que le habia sucedido esta desgracia y sin embargo aun vestia luto; pero habia recuperado insensiblemente su jovialidad. Solo en su tienda de la que no salia sino muy de madrugada para ir á misa, jamas se habia quejado de la voluntad de Dios. Sin embargo, cuando dos esposos pasaban por delante de su tienda, suspiraba y si algun niño de sonrosadas mejillas y carita redonda venia á jugar delante de la puerta de su casa, sentia llenarse sus ojos de lágrimas. Y no se diga que desde la muerte de Margerin, no hubiera podido casarse ventajosamente, pues, á pesar de sus cuarenta y cinco años, Catalina estaba todavia fresca y hermosa; pero á todas las proposiciones de casamiento que se le hicieron, respondió siempre con una terminante negativa, alegando que habia hecho firme propósito de llevar hasta la muerte el nombre del marido que por espacio de quince años la habia dado tanta felicidad. En nada alteró su antiguo género de vida: solo recibió á su servicio á una criada anciana, mas bien para que la hiciera compañía, que por los cuidados que pudiera prestarle. Con tales antecedentes puede inferirse cual seria la acogida que hallaria Maria al lado de aquel pobre corazón despojado del único afecto que le habia llenado. Catalina principió á amarla desde luego como hubiera amado á su hija si Dios le hubiese concedido una. Maria encontró en aquella ternura sencilla y dulce lo que jamás le habian dado ni la brutal proteccion de la condesa, ni la insuficiente benevolencia del obispo, ni la envidiosa fraternidad de sus compañeras de convento, ni aun el cariño de la vieja abadesa; porque en las maneras de esta habia un no sé qué de respetuoso para la niña, que reprimia las efusiones del corazón. La señora Catalina por el contrario, amaba á su aprendiz como á una compañera, con el

la salvacion de mi alma, que ni mi madre ni yo os abandonaremos jamás.

—Bien pensado! bien dicho! interrumpió una voz bronca, pero benigna, que nada menos era que la del obispo, quien aproximándose á Juana y María, sin meter ruido, pudo oír su conversacion. Bien pensado, y bien dicho! Todo lo he oído! Sois un buen muchacho, maese Pastelot, y tú María, á pesar de las necias é injustas prevenciones de mi hermana, volverás á mi palacio y ella tendrá que confesar los agravios que te ha hecho.

María hizo un gesto de espanto y se aproximó instintivamente al panero.

—En realidad, continuó el obispo, la vida que te da mi hermana no es soportable y los acontecimientos de hoy no la harán mejor. Por otro lado si te refugias en casa de maese Pastelot, mi hermana cantará victoria, y á decir verdad, la calumnia hará entonces mejor su oficio, pues preguntará por qué has escogido un refugio precisamente en la casa del que se te acusa que amas. Es preciso pues, apelar á otro medio para arreglar todo esto.

—Ese medio es muy sencillo, objetó Juan.

—¡Como! exclamó el obispo estupefacto, lo habeis encontrado? Y cual es ese medio, amigo mio?

—Que lleveis á la señorita María á casa de mi tia Catalina Margerin la hermana de mi madre, que tiene un almacén de modas en la Plaza mayor, conocido con el nombre de la *Pera de oro*, y le digais que quereis que la señorita entre de aprendiz. Vuestra recomendacion vencerá todas las dificultades y mi tia Margerin acordará cosas mas faciles que esta á una visita personal de monseñor el obispo.

—¿Que te parece este proyecto, querida mia? dijo el obispo.

—¡Oh! lo acepto agradecida.

—Bien! muy bien! exclamó el prelado. Enjuga tus ojos, María, y apóyate en mi brazo. Y vos, amigo mio, volved á vuestra tienda y punto en boca sobre todo esto. Este es un secreto que debe quedar entre nosotros cuatro: mi hermana, que jamás sale de casa, yo que le guardaré y vosotros dos, á quienes prohibo decir una sola palabra, ni aun á nuestra tia, Juan, ni á vuestra madre y mucho menos á vuestra linda hermana. Afortunadamente nadie ha pasado por delante del palacio durante nuestra conferencia, y yo he procurado tenerlos ocultos detras de esta columna. Adios, maese Pastelot.

El panero saludó al obispo inclinándose hasta el suelo y María y su protector se dirigieron á la tienda de modas.

La señora Margarita hallábase ocupada en servir á algunos parroquianos cuando vió al prelado entrar en su casa. En el acto todos los concurrentes se arrodillaron y el obispo les dió su bendicion. Júzguese cual seria la admiracion y la alegría de la modista al recibir á la ilustre visita.

—Me alegro de veros tan buena, mi querida señora, Margerin, dijo el obispo en alta voz y de modo que le oyesen todos los compradores que llenaban el almacén, porque sabia cuan dulce era aquella publicidad para la modista. Vengo á pedir os un favor: aqui teneis una muchacha que amo como si fuera hija mia: no piensa mas que en aprender á bordar y en el comercio de telas, y he resuelto que vos seais su muestra. Aqui os la traigo: vuestras condiciones serán las mias: ademas yo vendré frecuentemente á visitar á mi pupila y hablar con vos.

Volvió á echar su episcopal bendicion á la arrodillada concurrente, saludó á la señora Margerin, besó á María en la frente y se retiró dejando á la modista llena de orgullo y de alegría. Esta despachó con la mayor celeridad á sus parroquianos, y acercándose despues á su nueva discípula le pidió permiso para abrazarla. Merced á sus maneras afectuosas, la señora Margerin no tardó en captarse la amistad de la pobre niña, que poco há habia si-

do tan maltratada por la temible hermana del obispo.

Terminados estos obsequiosos preliminares instaló á María en un lindo cuarto, el mejor de toda la casa, y se ocupó en seguida del ajuar de su jóven huespeda, porque los vestidos de seda que acostumbraba á ponerse en casa de su tio no cuadraban ya á su nuevo estado. Ambas se pusieron á cortar sobre el mostrador y al anochecer casi habian concluido un vestido como en aquella época llevaban las muchachas de la clase media de Soissons. Al dia siguiente todo el mundo en la ciudad sabia que monseñor el obispo habia puesto en calidad de aprendiz á su pupila en casa de la señora Margerin, y todo el mundo envidiaba á la modista, sobre todo cuando vieron al obispo ir á visitarla segunda vez á la mitad del dia, á aquella venturosa mujer sentarse familiarmente en la trastienda y no desdenarse de beber un vaso de excelente vino de grosella que ella sabia preparar, como monseñor se complacia en decirle, mejor que todas las amas de gobierno pasadas, presentes y futuras.

V.

MAESE PASTELOT TOMA ESTADO.

La señora Catalina Margerin; hija de un rico vecino de Soissons, se casó á los 21 años con un jóven comerciante de telas á quien amaba desde su infancia y que vivia en la vecindad. Jamas la mas leve agitacion turbó sus puros y cándidos amores, y su union no fué menos tranquila ni menos feliz. El trabajo y la ternura, tal fué su vida hasta el dia fatal en que la muerte vino á arrebatár á Margerin despues de quince años de matrimonio. Catalina estuvo á punto de sucumbir bajo el peso de su dolor, y sin los tiernos cuidados de su hermana, la señora Pastelot, la desesperacion la hubiera conducido al sepulcro; pero el afectuoso cariño de aquella excelente muger la volvió á la vida, y poco á poco se resignó á la cruel separacion que la dejaba entregada á tan grande y triste aislamiento.

Diez años hacia ya que le habia sucedido esta desgracia y sin embargo aun vestia luto; pero habia recuperado insensiblemente su jovialidad. Solo en su tienda de la que no salia sino muy de madrugada para ir á misa, jamás se habia quejado de la voluntad de Dios. Sin embargo, cuando dos esposos pasaban por delante de su tienda, suspiraba y si algun niño de sonrosadas mejillas y carita redonda venia á jugar delante de la puerta de su casa, sentia llenarse sus ojos de lágrimas. Y no se diga que desde la muerte de Margerin, no hubiera podido casarse ventajosamente, pues, á pesar de sus cuarenta y cinco años, Catalina estaba todavia fresca y hermosa; pero á todas las proposiciones de casamiento que se le hicieron, respondió siempre con una terminante negativa, alegando que habia hecho firme propósito de llevar hasta la muerte el nombre del marido que por espacio de quince años la habia dado tanta felicidad. En nada alteró su antiguo género de vida: solo recibió á su servicio á una criada anciana, mas bien para que la hiciera compañía, que por los cuidados que pudiera prestarle. Con tales antecedentes puede inferirse cual seria la alegría que hallaria María al lado de aquel pobre corazón despojado del único afecto que le habia llenado. Catalina principió á amarla desde luego como hubiera amado á su hija si Dios le hubiese concedido una. María encontró en aquella ternura sencilla y dulce lo que jamás le habian dado ni la brutal proteccion de la condesa, ni la insuficiente benevolencia del obispo, ni la envidiosa fraternidad de sus compañeras de convento, ni aun el cariño de la vieja abadesa; porque en las maneras de esta habia un no sé qué de respetuoso para la niña, que reprimia las efusiones del corazón. La señora Catalina por el contrario, amaba á su aprendiz como á una compañera, con el

abandono de una alma codiciosa de amor, y que al fin halla el objeto en que poder dignamente emplearlo. Esta ternura inteligente nada tenia de exagerado en su expresion: era un bien estar apacible que esperimentaba al lado de Maria, y un deseo infatigable, pero sin quisquillosa importunidad de agrada-la; adivinaba sin trabajo todo lo que podia ser grato á su jóven aprendiz y se lo proporcionaba antes que ella tubiera tiempo para desearlo. Poníase alegre y placentera siempre que Maria se entregaba á esas largas conversaciones, en las que un indiferente no hubiera encontrado mas que lugares comunes, pero que abundaban para ella en mil vinculos morales que estrechaban sus corazones en una deliciosa y placida armonía.

Ambas se levantaban al amanecer y su primer cuidado era ir á misa, despues de lo cual volvian á ayudar á la vieja doméstica en los quehaceres de la casa y se vestian con sencillez y gracia para pasar á la tienda. Apesar de sus cuarenta y cinco años los hermosos cabellos blancos de la señora Catalina nada habian perdido de su hermoso matiz cenciento, y sus ojos negros brillaban con un destello juvenil que nada quitaba por lo mismo á sus regulares facciones de su expresion llena de dulzura. Su toca de una blancura extraordinaria la cuadraba á las mil maravillas y su vestido negro hacia resultar la nitidez de sus pequeñas manos, despues de adelgazar graciosamente un tallo reslondo; el conjunto todo de su persona tenia un no sé qué de agradable y esbelto que naturalmente atraía de treinta y cinco años, aunque se pudiera examinarla severamente.

La hermosura de Maria, sentada á su lado, se caracterizaba por el contrario por una gran distincion de formas y de maneras.

Los parroquianos no dejaban de manifestar cierto embeleso al preguntar á esta jóven, que parecia una reina, el precio de las telas. Asi es que se entendian mejor con la señora Catalina; pero cuando oian la voz suave de aprendiz, cuando experimentaban su gracioso modo de complacer á ella era á quien se dirijan con preferencia. Maria se puso pronto al corriente de su profesion con una facilidad que no pudo menos de encantar y asombrar á la maestra, no debiendo omitir que la jóven aprendiz habia reemplazado desde el dia siguiente de su llegada á un viejo borracho e insolente que venia todas las tardes á ajustar las cuentas de la modista que como casi todas las mugeres de la clase media de la época, sabia apenas escribir y leia con dificultad.

Menos el tiempo que empleaban en comer, pasaban el restante del dia en la tienda trabajando con actividad, pero sin fatiga y con las innumerables distracciones que ofrece la presencia de compradores incesantemente renovados. Pero la noche era su momento de felicidad y de amor. Sentábanse al lado de una gran mesa: Maria tomaba los libros del comercio ó se ocupaba en hacer caleta; la señora Catalina la hablaba de mil cosas enteramente nuevas para la pobre niña que habia estado tanto tiempo encerrada. Su ignorancia de toda la vidare al admiraba por su naturalidad á la naturalidad misma de la buena modista; las pláticas duraban hasta las ocho; sucediales la cena sin interrupcion y á las nueve se ponian á rezar delante de un estucillo de ébano y marfil. En seguida las dos nuevas amigas se retiraban á sus respectivos cuartos y no tardaban en dormirse felices y tranquilas.

Era el lunes cuando Maria entró en casa de la señora Margerin y al llegar el sábado no comprendia como se habia pasado tan pronto la semana. El tiempo volaba para ella con una rapidez que no habia conocido ni en el convento ni al lado de la gruesa hermana del tiempo.

—Es pues, hija mia, dijo la señora Catalina cuando al recoger del sábado se cerró la tienda y Maria se dispuso como de costumbre, á sentarse delante de la gran

mesa: esta noche tenemos que hacer algo mas que coser gorritos ó bordar mantillas. Mañana vienen á comer conmigo mi hermana y sus dos hijos, y es menester pensar en hacerles un buen recibimiento. Vamos, pues, á mudarnos nuestros vestidos y en seguida bajaremos al horno para hacer una buena torta; porque mi sobrino Juan es muy aficionado á las tortas y no se contenta con poco. ¿Qué buen muchacho es! añadió, cuando le veas, estoy segura de que te agradará.

Las mejillas de Maria se encendieron con un brillante carmin; afortunadamente la señora Catalina se hallaba al extremo opuesto de la trastienda y no reparó en la inocente turbacion de la jóven. Aun no se habia re- puesto totalmente de esta agitacion cuando la señora Margerin vino á ayudarla á quitarse el vestido y la condujo á la cueva, donde segun costumbre del país, estaban la cocina y el horno.

Pasóse la noche en la fabricacion de la torta, ayudando Maria á la señora Catalina con tal destreza é inteligencia que la dejaban admirada. Despues subieron á sus cuartos, donde numerosas abluciones no tardaron en hacer desaparecer los rastros blanquecinos que la harina y la pasta habian dejado en los brazos robustos de la señora Margerin é incrustado en los afilados dedos de Maria. En seguida se acostaron y debemos decir, como fieles historiadores, que Maria se durmió aquella noche mas difícilmente que de costumbre.

La mañana del domingo no causó menos agitacion en casa de Pastelot; su madre y Juana hablaban largamente de la nueva aprendiz de la señora Margerin, que ya deseaban ver, y el corazon de Juan palpitaba sin que pudiera darse cuenta de los motivos que lo hacian palpar. Al fin llegó la mañana solemne; la señora Pastelot fué á la misa mayor con sus hijos, y allí en la iglesia encontró á la señora Margerin y á Maria. Catalina saludó con una sonrisa á su hermana y á su sobrina. Estas saludaron á la aprendiz que les contestó con una reverencia y ocultó el rubor que le subia á la cara con el libro de devociones que tenia en la mano. Juan no experimentaba menos embarazo, y jamas habia asistido con menos atencion al santo sacrificio de la misa. A pesar de sus esfuerzos, sus miradas se dirigian involuntariamente á Maria.

La misa se concluyó al fin y tomaron el camino de la casa de la señora Margerin. Las dos jóvenes se agarraron del brazo, Juan ofreció el suyo á su tia, mientras que su madre se apoyaba en el otro. De este modo atravesaron la Plaza mayor y llegaron al almacen de modas. Durante el camino la señora Margerin no cesó de repetir bajo mil formas el elogio de su aprendiz, sin olvidar que monseñor el obispo la habia hecho, á ella la señora Margerin, tres visitas en cuatro dias, acompañando esta gran noticia de algunas reflexiones sobre la eleccion que de ella habia hecho el prelado entre todas las modistas de la ciudad para confiarle su pupila; pero afortunadamente no vió la sonrisa que aquellas reflexiones hicieron asomar á los labios de su sobrino.

Al llegar la noche Juan sintió que hubiese pasado con tanta rapidez aquel dia, y le parecia que diez siglos le separaban todavia del domingo siguiente. Juana no acababa de ponderar cuán hermosa y amable le habia parecido Maria, y la señora Pastelot estaba encantada de ella por los cuidados de que la habia rodeado.

—No es orgullosa, decía, sin pensar que hablaba de una aprendiz de su hermana, porque del mismo modo que todos estaba encantada de que Maria la hubiese tratado con cariño, é involuntariamente rendia homenaje á la superioridad que la pupila de la abadesa de Nuestra Señora ejercia sin saberlo sobre todos cuantos la veian.

Un año entero pasaron de esta suerte la venturosa familia y Maria. El obispo venia á visitar con frecuencia á su protegida para sustenerse á las escenas violentas de su hermana, que le reprendia como un insulto hecho á

ella misma el cariño que profesaba á la jóven que ella habia echado á la calle. Asi es que aquel tomaba el partido de hacer parar su litera delante de una de las casas de la vecindad de la señora Margerin, se deslizaba suavemente á lo largo de la calle y muy arrimado á la pared hasta que llegaba á la tienda, donde gozaba el triple placer de ver á Maria, de agradar á la señora Margerin y de conversar con los parroquianos que llenaban la tienda.

Por lo que hace á Juan siempre hallaba asuntos que le obligaban, primero una ó dos veces por semana, luego todos los dias, despues dos ó tres veces al dia, á ir á casa de su tia, donde pasaba horas enteras. La señora Catalina se sonreia disimuladamente, y Maria, cuando la visita de Juan tardaba un poco y dejaba pasar la hora acostumbrada, sentia inquieto y triste; pero su hermosa y noble fisonomia radiaba de gozo desde el momento que se presentaba el jóven pañero que verdaderamente por su buen porte y galante figura justificaba el interés de la aprendiz.

Sucedio, pues, que un domingo, apenas vió Juana á Maria, se le abalanzó al cuello mas tiernamente que de costumbre y que la señora Pastelot cojió á la jóven por la mano y la condujo á la tienda, que por la santidad del dia estaba cerrada.

—Mi querida Maria, le dijo con sencillez, Juan os ama, queréis ser su muger?

Maria ocultó su cara sobre el hombro de la modista y se puso á llorar dulcemente; pero las lágrimas que derramaba eran de alegría. Luego que pasó aquel momento de feliz emocion, añadió la señora Pastelot:

—Juana abraza á tu hermana.

Las dos encantadoras criaturas se abrazaron tiernamente y Juan besó la mano de su madre.

¡Qué alegre fué la mañana y qué sabrosa la comida que siguieron á estos esponsales!

Despues de comer fueron á pasear por el jardin; Juan se apresuró á ofrecer su brazo á Maria; ésta era la primera vez que hablaba á solas con ella.

Es verdad, le dijo, que me amaréis siempre?

Maria dejó caer timidamente su mano en la del venturoso novio y su cabeza se inclinó sobre su pecho, pero á levantó al punto, murmurando. Porque ocultar lo que tengo á dicha poder decirlo, si, Juan yo os amo.

Juan sintió doblársele las rodillas. Sin embargo, no tardó en repouerse de esta lijera y viva emocion, y no sé que continuarian diciéndose, pero cuando la familia entró en la trastienda, los semblantes de los dos enamorados jóvenes espresaban una dulce intimidad y ya habian perdido la falsa vergüenza de su felicidad.

En la mañana del siguiente dia monseñor el obispo de Soissons recibió la visita de maese Juan Pastelot, vestido con su traje de fiesta. Sin duda el prelado sospechaba la causa de aquella visita ó la leia en el rostro del jóven, porque antes que este se levantase y mientras todavia le echaba la bendicion episcopal, le dijo:

—Ola! parece que ahora no confundes á las muchachas solteras con las viejas viudas? Ya las miras de hito en hito y aun deseas verlas mas de cerca: esto es lo que se lee en tus ojos.

—Puesto que monseñor adivina el motivo de mi visita, espero que se dignará consentir....

—Darte á Maria en matrimonio? Mas de un año hace que he concebido este proyecto y que espero su ejecucion. Si, amigo mio, te doy la mano de esta muchacha querida, y me felicito de confiar el cuidado de su felicidad al jóven mas digno que yo conozco.

Juan saludó profundamente al obispo.

—Monseñor se dignará asistir al banquete nupcial?

Y para celebrar yo mismo tu casamiento en mi iglesia episcopal con todo mi clero. Quiero desplegar una pompa que hará hablar de tus bodas por espacio de cien años.

—Gracias, monseñor, contestó el novio confundido, y se disponia á pedir otra vez la bendicion del obispo y á volverse á su casa, cuando lo detuvo el prelado diciéndole:

—Pero me parece, amigo mio, que olvidamos una cosa.

—Cual es? monseñor.

—La mas exencial despues de tu muger, la dote.

—He previsto vuestros deseos, monseñor; pues firmaré en el contrato de matrimonio cuatro mil escudos para mi mujer.

Sin contar los doce mil que ella aporta al matrimonio, si; doce mil escudos que sus ignorados padres enviaron con ella y le fueron entregados á la difunta abadesa de nuestra Señora de Soissons. En cuanto á mi regalo de boda, espero que no quedarás descontento. ¡Como! esta noticia de una fortuna que no aguardabas, no te causa sorpresa ni alegría!

—Yo era bastante rico para los dos, monseñor, y hubiera querido....

—Y bien, acaba, hubieras querido....

—Hubiera querido que Maria lo recibiera todo emi, añadió bajando los ojos.

—Eres un buen muchacho, replicó el obispo; pero Maria no te estará por eso menos agradecida y no vendrán mal los doce mil escudos. A Dios. ¿Cuándo es la boda?

Dentro de quince dias, monseñor.

Juan fué á llevar las buenas noticias que habia recibido del obispo á Maria y á su familia. Desde aquel mismo instante las cuatro mugeres pusieron con ardor mano á la obra. Las dos jóvenes amigas se ocuparon del ajuar; la señora Pastelot de la habitacion nupcial y la señora Margerin, que sonreia por la felicidad de Maria y lloraba por separarse de ella, limpiaba la plata, sacaba del armario sus manteles adamascados y pasaba revista á toda la vajilla que habia de servir en la comida, en la cual queria escederse por asistir á ella el señor obispo. En fin llegó el tan deseado como memorable dia. A las doce de la mañana dos literas con la librea episcopal pararon delante de la casa de la modista; la encantadora novia subió la primera en compañía de la señora Pastelot, de Juana y de la señora Margerin; Juan y tres de sus amigos se colocaron en la segunda, y la comitiva se dirigió á la iglesia catedral, adornada como para un dia de gran solemnidad.

El obispo revestido con sus insignias pontificales, esperaba á los futuros esposos en el pórtico de la iglesia y les dió el agua bendita, como lo hubiera hecho con un príncipe. En seguida los condujo hasta el pie del altar mayor, donde los dos sindicos de los gremios de pañeros y comerciantes de telas sostenian el velo nupcial que cubria las cabezas de Juan y Maria. Terminada la ceremonia dirigió el obispo una breve arenga á los nuevos esposos y en seguida acudió al festin de boda que hizo el mayor honor á la señora Margerin y del cual se habló en toda la ciudad durante ocho dias.

A la semana siguiente dió una brillante comita en el palacio episcopal á la familia Pastelot. Su hermana la señora Lydoria, se hallaba ausente hacia un mes, pues asuntos interesantes de familia la habian llevado á París.

VI.

LA FÉ DE BAUTISMO.

En el espacio de diez años, un solo acontecimiento grave presenciaron las personas que hasta ahora han representado un papel mas ó menos importante en esta historia, y fué la muerte de la condesa Lydoria de Penvent, que falleció en París dejando al buen obispo una libertad de la que no supo que hacer y un descanso con

que se sintió al principio casi desgraciado. Pero no tardó de sacar su partido de aquella vida dulce y tranquila, gracias á la respetuosa amistad que le profesaban Juan Pastelot, su jóven esposa y todos los individuos de la familia del pañero, comprendiendo en este número á Juana, venturosamente casada con un platero de la ciudad. La señora Margerin, despues de haber vendido su tienda, se fué á vivir con su sobrino y con su antigua aprendiz. El obispo nunca estaba mas contento que cuando convidaba á comer en su palacio á la familia Pastelot ó iba á comer en casa del Pañero. Allí se despojaba de su carácter episcopal, reanimábase con un vaso de vino y contaba anécdotas de la corte de Enrique II, de las que la pura y casta Maria no comprendia una palabra y con las cuales se sonreia Juan Pastelot. Sin embargo de esto el prelado no dejaba de alijirse por no ser todavía padrino de un hijo del pañero, pues esta era la única felicidad que Dios habia negado al jóven matrimonio. Entonces los ojos de Maria se llenaban de lágrimas, y el viejo prelado se reprendia su imprudente exigencia; pero algunos momentos despues volvía al mismo tema porque esta era una idea constantemente fija en su cerebro septuagenario y debilitado por la edad.

Menos esta felicidad nada faltaba al bienestar del pañero, y si continuaba ejerciendo su profesion, era mas bien por tener una ocupacion que le libraba del fastidio de la ociosidad, que por aumentar su fortuna, la cual bastaba á cubrir todas sus necesidades. Maria pasaba el día desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde en el mostrador de su marido; pero en cuanto daban las once dejaba para el día siguiente los asuntos secos, y se entregaba á los quehaceres de la tarde, de los que la sacaba casi siempre el obispo, estimulado por las pláticas que le preparaba la señora Margerin y mas estimulado todavía por el deseo de pasar un rato en conversacion con aquellas honradas gentes. La amistad del prelado hacia el pañero aumentaba la buena consideracion y favorable concepto que daban al digno comerciante de paños del *Arbol rojo* su fortuna; su honrado carácter y la amabilidad de Maria. Nadie sospechó de la sinceridad del íntimo afecto que el buen prelado mostraba al pañero, y seguramente era preciso que estas personas reuniesen difíciles y raras condiciones para que la sencillez de una poblacion pequeña permaneciese intacta, respecto á personas á quienes toda la ciudad miraba.

A fines de junio de 1603 fué preciso reparar el altar mayor de la iglesia episcopal, y el prelado no consintió que nadie mas que él se encargase del cuidado de sacar del tabernáculo los vasos sagrados y las hostias consagradas. No sin gran sorpresa halló entre estos objetos una caja de oro sellada con el del obispo su predecesor y colocada cuidadosamente en un rincón, que quedaba siempre oculto detras de la puerta que se abria el altar del depósito misterioso. Se llevó á su casa esta cajita y despues de haber consultado largo tiempo consigo mismo si debia abrirla ó dejarla intacta, decidió que habiendo transcurrido ya mas de veinte años desde que murió el obispo, podia satisfacer su curiosidad sin escrúpulo de conciencia. Rompió, pues, el sello y encontró un bucle de cabellos encerrado en un medallón de oro. Dos perlas preciosas acompañaban á esta reliquia; el uno era una perla de bautismo concebida en estos términos:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Yo, Luis Gerónimo, obispo de la diócesis de Soissons, el 10 de febrero del año de nuestra redencion 1603, derrame las santas aguas del bautismo sobre la cabeza de una y muy poderosa princesa Maria Estuard, hija legitima de Su Magestad Cristianísima Maria, reina de Escocia y de Inglaterra, y de Jacobo, conde de Bothwell, siendo sus padrinos el muy venerable her-

mano Mac Mahan de la orden menor de san Benito, obispo de Soissons y la muy venerable señora Maria Mowbray, abadesa del monasterio de Nuestra Señora de Soissons.

«En fé de lo cual firmo

«† Gerónimo, obispo.»

He aqui lo que contenia la carta unida á esta fé de bautismo:

«Querida y venerable señora Maria.»

«En este momento que os escribo estoy cautiva en el castillo de Lochleven, y acabo de dar á luz una niña. Todo lo temo por el destino ya que no por la vida de esta pobre criatura, por cuyo amor he sufrido tanto. El 18 de julio de este año de gracia, cuando mi esposo, el conde de Bothwell tuvo que emigrar á la Noche, los lores miembros del consejo privado de Escocia me propusieron que protestase contra mi union con dicho conde y la declarase forzada é ilegítima; pero aunque esta es la verdad, porque he dado mi consentimiento para este matrimonio teniendo un puñal sobre mi garganta, me he negado tenazmente á ceder á los deseos de los lores del consejo privado porque llevaba un hijo en mis entrañas, y esto hubiera sido llenarlo de oprobio y vergüenza para toda su vida. Así lo he escrito á mi familia de Lorena que me ha afeado altamente mi maternal perseverancia. No tengo en este mundo otra amiga fiel y segura mas que vos á quien confiar esta querida niña nacida en el cautiverio y en medio de las inquietudes. Educadla secretamente en vuestro convento, sin revelar á nadie, ni aun á ella misma, el secreto de su nacimiento. Si llegan para mí mejores días la llamaré á mi lado; pero si la adversidad continúa persiguiéndome, prefiero que viva obscura é ignorante de su sangre real: sé demasiado lo que cuesta llevar una corona. Sin embargo no la obligueis á tomar el velo y pronunciar votos hasta despues de mi muerte. Adios! querida y amada Maria, dulce compañera de mi juventud en la hermosa corte de Francia; adios, os confió el tesoro mas precioso que queda á una pobre reina, la cautiva de su hermano. Un amigo generoso que no me atrevo á nombrar por temor de perderle, se encarga con esposicion de su vida de llevaros á mi hija. Adios!

«Maria, reina.»

Al leer el obispo estos documentos se sintió á la vez lleno de sorpresa y de inquietud.

—Por vida mia, exclamó, que he hecho un pan como unas hostias: he casado á un pañero con la hija de la reina de Escocia y hermana del rey Jacobo que acaba de subir al trono de Inglaterra por muerte de la reina Isabel! Dios quiera que no me suceda alguna desgracia de todo esto.

Mientras examinaba los títulos de nacimiento de Maria, vino á avisarle un page que la abadesa del convento de Nuestra Señora de Soissons le suplicaba pasase inmediatamente al convento para un asunto de la mas grave y alta importancia. Por un presentimiento imperioso comprendió el obispo que se trataba del secreto que la casualidad acababa de descubrirle, y ocupado de esta idea se dirigió al convento, donde halló á la superiora en una estrema agitacion y en presencia de un jóven caballero á quien prodigaba los mas humildes testimonios de respeto.

—Monsenior, dijo cuando vió al obispo, aqui está su alteza real el príncipe de Gales que viene á preguntar por una jóven que hará treinta y cinco años salió de este convento. ¿Teneis monsenior, conocimiento de este hecho, de que yo no conservo memoria?

Al pronunciar estas palabras estaba pálida y temblaba de pies á cabeza.

—Mas bien deberíais acordaros de esta jóven, interrumpió el obispo, que no se sentia menos embarazado y comprendia la necesidad de justificarse á costa de la abadesa: vos sois la que deberíais acordaros que á pesar de mis instancias la echásteis del convento, bajo el pretexto de que nada, no obstante el testimonio de la abadesa en la hora de su muerte, establecía la legitimidad de su nacimiento, y que no podia ni tomar el velo en esta abadía ni permanecer mas tiempo aqui como pensio-nista.

La abadesa estaba mas muerta que viva, porque el jóven principe con una fisonomía naturalmente severa fijaba sobre ella miradas que espresaban un amargo descontento.

—Y donde está la desgraciada que habeis echado de este convento? preguntó el principe.

—La he recojido en mi casa, se apresuró á contestar el obispo, y si vuestra alteza real me lo permite, quiero decirle todo lo que ha sucedido á esa persona y aun llevaré á vuestra alteza donde está ella. Pero, añadió, creo que este negocio exige reserva y si mi palacio episcopal no es una mansion indigna del heredero de la corona de Inglaterra....

—Acepto vuestra hospitalidad, señor obispo; pero démonos prisa, porque estoy impaciente por conocer los detalles de esa aventura que es para mi del mayor interés....

Antes de salir se volvió á la abadesa y la dijo:

—Habeis obrado muy mal, señora, pero si á todos estos perjuicios agregais el de revelar el secreto de mi nombre y los motivos de mi visita, el rey de Francia os castigará severamente.

En el camino, dentro de la litera donde habia subido el jóven principe, le contó el obispo todo lo que sabia de Maria; si bien no le dijo una palabra del hallazgo de los pergaminos, porque el principe de Gales parecia querer hacer un misterio del nacimiento de la que habia ido á buscar al convento de Nuestra Señora.

El prelado vió la frente de su huésped obscurecerse extraordinariamente cuando llegó á la revelacion del casamiento de la hija de Maria Estuard, y mucho mas cuando fué preciso confesar que su marido era el pañero de la tienda del árbol rojo. El principe paseaba aceleradamente por la sala mientras que el obispo en una inquietud mortal se encomendaba interiormente á Dios.

Al fin se paró el principe y colocándose en frente del prelado, le preguntó:

—No sabeis nada mas sobre el origen de esa mujer?

Fijo sobre el obispo miradas tan imperiosas que el anciano prelado fue á buscar los pergaminos del tabernáculo y se los presentó. Al verlos el hijo de Jacobo I dió un fuerte golpe en el suelo con el talon de su bota y profirió palabras de cólera que aunque dichas en inglés no asustaron menos al que las oía.

—Y esa mujer, replicó, tiene noticia de estos pergaminos?

—Hará poco mas de dos horas que los he hallado, é ignora su existencia.

El principe volvió á leerlos y pareció deliberar largo tiempo sobre lo que convenia hacer. Al fin resolvió ver á Maria y no decidir nada antes de haberla hablado; mandó pues al obispo que la hiciera venir al momento.

—Para que nada sospeche, dijo el prelado aturdido, mandaré á decirle que es para unos retazos de terciopelo.

El principe hizo un jesto de cólera tan violento que el obispo estuvo á punto de morir de miedo.

—O Dios mio! murmuró enjugándose la frente, Dios mio! qué sucederá de todo esto?

No tardó en venir Maria. Al ver su noble continente y su hermosura serena y celestial, el principe se sintió algo desarmado. Quitó se el sombrero de anchas alas

que hasta entonces habia cubierto su cabeza y la saludó silenciosamente. Maria le miró con sorpresa dirigiendo en seguida sus miradas al rostro demudado del obispo. Ella sin embargo conservó su serenidad y preguntó que tenia que mandarla monseñor y en qué podia serle útil.

—Señora, dijo el principe, que parecia tomar de pronto una resolucion, es un consejo que quiero pedir.

—Un consejo, señor, ¿un consejo de mi? replicó Maria sonriéndose.

—Sentaos y escuchadme. Hay en una ciudad de Francia, no importa cual, una muger de origen ilustre; remontémonos mas alto, de origen real quizas.... Esta muger es la esposa de un mercader, y se ha casado ignorando su ilustre cuna.... me escuchais bien?

—Os escucho, señor, con toda mi alma, replicó notablemente conmovida.

—Hoy van á revelar á esta muger el secreto de su nacimiento. ¿Qué pensais que debe hacer?

—Vive su madre? preguntó Maria con interés.

—Su madre ha muerto.

—Maria sintió llenarse sus ojos de lágrimas.

—¿Y su padre? añadió con voz alterada.

—Su padre no merece ni su respeto ni su ternura. Tambien ha muerto.

—Y qué proponen á esa muger?

—Que deshaga su mal casamiento, que no puede ser legitimo, porque lo ha contraido ignorando que lo era.

—Y esa muger qué recibirá en cambio del rompimiento de su matrimonio?

—Un asiento al lado de un trono.

—Señor, dijo Maria levantándose y con voz firme, si esa muger vacilase en permanecer fiel á su marido y pensase en salir de su feliz obscuridad, no mereceria mas que el desprecio.

Y como Carlos la mirase con asombro:

—Si, el desprecio! añadió, porque llenaria de desesperacion y de vergüenza la vida del que no vació un momento en levantarla hasta él, en partir con ella su fortuna y su nombre cuando no era mas que una pobre mendiga sin asilo. No es verdad, monseñor, que esto seria una infamia?

El obispo fingió no oír y pareció absorto con el brevario que no cesaba de ojear.

—Y si se tratase de vos, nada cambiaria vuestro modo de pensar, señora?

—Sé que se trata de mi, señor, vuestras palabras me han esplicado claramente las palabras misteriosas de la digna abadesa que me ha recojido y educado. Ellos me dicen porque la santa muger me prodigaba respetos estraños; ellas me dicen tambien porque me abrazaba tan apretadamente el dia en que la comunidad rogaba á Dios por el reposo del alma de la reina de Escocia, Maria Estuard.

El principe estaba confundido al ver tanto valor y tanta elevacion de pensamientos.

—Maria continuó diciendo:

—Señor, si estais encargado de revelarme el secreto de mi nacimiento, ya lo sé; si venis de parte del rey Jacobo mi hermano, á proponerme un asiento al pie de su trono, agradezco en el alma su piadoso recuerdo, pero no puedo aceptar su ofrecimiento. Quiero vivir y morir siendo la muger del hombre honrado que me ha hecho feliz en tantos años. Ya no existe en Soissons Maria Estuard; solo queda la muger de Juan Pastelot.

El principe Carlos ocultaba con ambas manos su rostro. Por lo que hace al obispo, creíase el juguete de un sueño y se movia convulsivamente en su sillón. El hijo de Jacobo se levantó al fin y se arrodilló delante de Maria.

—Yo soy el nieto de vuestra madre, dijo, yo soy vuestro sobrino, el principe Carlos de Gales! dadme á

dejar vuestra mano, porque sois una noble y digna criatura! Voy á partir para Londres, y contaré fielmente al rey mi padre todo lo que acabo de oír: yo le suplicaré que llame á su lado á vuestro marido, porque el que ha sabido merecer tan nobles afecciones, no puede ser un hombre vulgar. Mi padre le dará títulos de nobleza y...

—No, dijo Maria, no, monseñor! Juan Pastelot no es mas que un simple ciudadano; la nobleza, los títulos y las grandezas le sentarian mal. Yo le amo, le respeto, le venero; sus menores deseos son órdenes para mí; pero sufriria mucho si le viese entre los grandes señores que se rían de su honradéz y se mofarian de sus maneras francas y naturales. Monseñor, dejadme abrazar una vez, solo una vez, al hijo de mi hermano, y nada tendré que pedir á Dios sino que me reuna un día con mi madre en el cielo! En el cielo, donde no hay reinas, ni vasallos, señores ni pecheros, si no bien aventurados, iguales delante de la elemencia divina.

Llevad palabras de bendicion y de ternura al rey mi hermano! Decidle que su hermana la humilde y pobre mujer de un pañero, rogará al Todo poderoso todos los días por él. Los reyes tienen necesidad de plegarias mas que los otros hombres, no es verdad, monseñor?

—Sí, replicó gravemente el jóven príncipe, la corona es una carga pesada y frecuentemente fatal. Tal vez otros con prudencia en alejaros tanto de ella. Adios, señora, voy á contar al rey mi padre lo que acabo de ver y de oír: su prudencia apreciará la generosa resolución que habeis tomado. Adios, querida tia.

Y la abrazó afectuosamente, y al marcharse, se volvió diciendo:

—Antes que nos separemos, no tenéis nada que mandarme!

—Que os acordéis algunas veces de mí.

—Jamás os olvidaré, modelo de las esposas y del amor conyugal. Pero ¿y vuestra fortuna?

—Cobro suficientemente nuestras necesidades.

—Cuando queráis obtener una gracia del rey mi padre de mí, os prometo que la alcanzareis á la primera peticion.

—Gracias, Carlos!... gracias por vuestra generosidad, monseñor.

—Vuestra alteza real medirá qué quiere que se haga de estos títulos, preguntó el obispo presentando los pergaminos al príncipe.

—Entregadlos á mi tia.

—De mi madre! una carta de mi madre! oh! dádme la, diédmela!

Y leyó la carta sollozando: despues cuando terminó la lectura, dijo:

—Aun me queda un deber que cumplir. Yo guardo con el mayor cuidado estos cabellos, santa y preciosa reliquia de mi madre; pero respecto á esta fe de bautismo y á esta carta, mirad lo que debo hacer.

Y arrojó dos pergaminos en la chimenea, donde fueron devorados por las llamas.

—Y ahora, id con Dios, monseñor el príncipe de Saboya.

El príncipe partió y el obispo se quedó solo con Maria, que oprimia contra sus labios los cabellos de su madre.

—Juan Pastelot, dijo, vá á quedar sorprendido y admirado cuando sepa toda esa maravillosa aventura y vuestro generoso sacrificio.

—Nada sabrá Juan Pastelot, replicó ella.

El obispo cogió la mano de Maria, la llevó respetuosamente á sus labios y la humedeció con una lágrima de admiracion, exclamando:

—Sois la mas noble y santa de las mugeres.

—Ahora es preciso dejar correr muchos años y transportarnos al mes de febrero de 1649. Maria y Juan Pas-

telot, sentados los dos cerca de una alta chimenea hablaban dulcemente de tiempos pasados y se sonreian aun á los recuerdos tiernos y sabrosos que evocaban. Al lado de ellos una muger que parecia contar cuarenta años y una jóven de rara hermosura que tendria á lo mas diez y siete los escuchaban con respetuoso silencio: era aquella la hija y esta la nieta de los esposos Pastelot, la linda Francisca, ya prometida á Enrique Rapartier, á quien su padre daba en arras una fabrica de paños que producía los mas hermosos tejidos de lana que se hacian en Francia. Sentada esta jóven en un cojín á los pies de su abuela, prestaba atento oido á la relacion de las pompas nupciales desplegadas por el obispo de Soissons en las bodas de su protegida, cuando entró un eriado á anunciar la llegada de un jóven caballero que deseaba hablar á la Señora Maria Pastelot.

Maese Pastelot mandó que entrase y se presentó un jóven de 19 años, vestido de negro, cuyo color de luto convenia perfectamente á su fisonomia pálida y aflijida. Aproximóse respetuosamente á la dama nonagenaria, hincó una rodilla en tierra, sacó del pecho una carta sellada de negro y no pudo reprimir sus sollozos. Maria rompió el sello y respondió con lágrimas á las lágrimas del caballero; este se arrojó en los brazos de la anciana y estubieron largo tiempo en esta actitud, mientras que los testigos de esta escena inesperada y el mismo Pastelot se miraban sorprendidos.

—Que, exclamó al fin Maria, los miserables no han respetado á su señor, á su soberano! le han asesinado! Ay! extraña á las cosas de este mundo, ignoraba en el fondo de mi humilde existencia hasta el cautiverio y los peligros de mi sobrino! Carlos! vos que yo he visto tan noble, tan generoso habeis perecido bajo el hacha de un verdugo!

—Si, amada tia. Si, al descargar su golpe Isabel contra la reina vuestra madre, enseñó al pueblo inglés como se derriba una cabeza coronada. El pueblo se ha aprovechado de la leccion y ha tratado al nieto como ella trató á la abuela.

Pastelot y sus hijos escuchaban estupefactos aquellas revelaciones del alto origen de Maria. Pero la pobre muger estaba demasiado traspasada de dolor para notar su turbacion.

—Ellos le han juzgado, le han condenado y decapitado! En medio de sus sufrimientos y en tanto que, semejante á Cristo, su divino modelo, aproximaba á sus labios el caliz de amargura, se ha acordado de vos, que habeis preferido la felicidad de vuestro marido y una existencia obscura pero sin agitacion al brillo seductor, pero fatal de una corona! La carta que tenéis en la mano, os la escribió la vispera de su suplicio: un fiel criado la recibió de él arriesgando su vida y me la ha entregado. Leedla mi querida tia! Leed, hija de Maria Estuard, quiero oír por última vez las palabras del rey mártir.

—Maria leyó con voz trémula:

«Querida y amable hermana de mi padre, en la vispera de comparecer delante de Dios, mi soberano juez, quiero daros el último testimonio de mi ternura y de mi memoria. Sé que todavía sois de este mundo y que nada ha turbado la vida tranquila y feliz que supisteis elegir, pues respetando vuestro secreto, me he contentado con enviar todos los años á un fiel mensajero que inquiriese y me trajese noticias vuestras. Mi hijo os entregará esta carta dentro de la cual hallareis un bucle de mis cabellos para que los coloquéis al lado de los de vuestra madre asesinada como yo! Y despues con solad á mi hijo! pobre huérfano! Repetidme que quiero que perdone como yo perdono á los que son causa de mi muerte. Adios! querida y amada tia, nos veremos en el cielo.

Carlos, rey»

—Ahora que ya he cumplido el deber que me habia confiado mi padre para con vos, querida tia, dadme vuestra bendicion y recibid mi adios de despedida.

—Como! os marcháis ya?

—Voy á reconquistar el reino de mi padre.

—Vais á arrojaros en medio de sus asesinos? Os matarán tambien.

—Que me importa ya la vida! El marqués de Omond, á la cabeza de un poderoso bando, se dispone á combatir al infame Cromwell: mi puesto está allí. Adios.

—Señor! dijo María arrodillándose, mientras que los demas la imitaban instintivamente en torno suyo, señor! ignoro lo que pasa en este mundo y no sé mas que humillarme delante de vuestros impenetrables designios; pero si la voz de una pobre mujer puede llegar hasta vos, Dios mio, escuchad á la mas humilde de vuestras siervas y protejed á este pobre huérfano!

En seguida se levantó y con una majestad, que no era afectada, puso las manos sobre la frente de Carlos II, hizo la señal de la cruz y dijo:

—Id ahora, señor, y que Vuestra Majestad llene su deber.

El monarca proscripto iba á retirarse cuando Juan Pastelot se acercó á él respetuosamente.

—Señor, le dijo, yo no soy rico, pero aqui teneis á mi hija que vá á casarse honradamente. Si os dignais permitirme que os ofrezca para ayudar á vuestros nobles proyectos trescientas mil libras...

—Oh! haceis bien, Juan, esa conducta noble merece mi aprobacion, exclamó María.

—Señor, añadió la madre de Francisca, yo participo

de los sentimientos de mi padre y sacrificaremos con alegría hasta nuestro último escudo para servir vuestra causa: si tabiese un hijo, su vida os perteneceria.

—Oh! exclamó Carlos II, una sangre real no se derramie jamás: vosotros todos sois nobles y jenerosos Estuardos. Gracias, gracias! porque acabais de derramar un bálsamo de consuelo sobre mi lacerado corazon... No necesito aceptar vuestros jenerosos ofrecimientos; el rey de Francia ha puesto á mi disposicion sumas considerables. Adios, todos, adios! Rogad por el rey Carlos. Y se alejó.

Entonces el viejo Pastelot se acercó á María y apretando sus dos manos entre las suyas, dijo:

—Me habias ocultado tu secreto, María! No has querido abandonar al humilde pañero para ir á sentarte al lado del rey tu hermano!

—El pañero no se casó conmigo siendo yo una pobre, huérfana, sin nombre, echada del palacio episcopal?

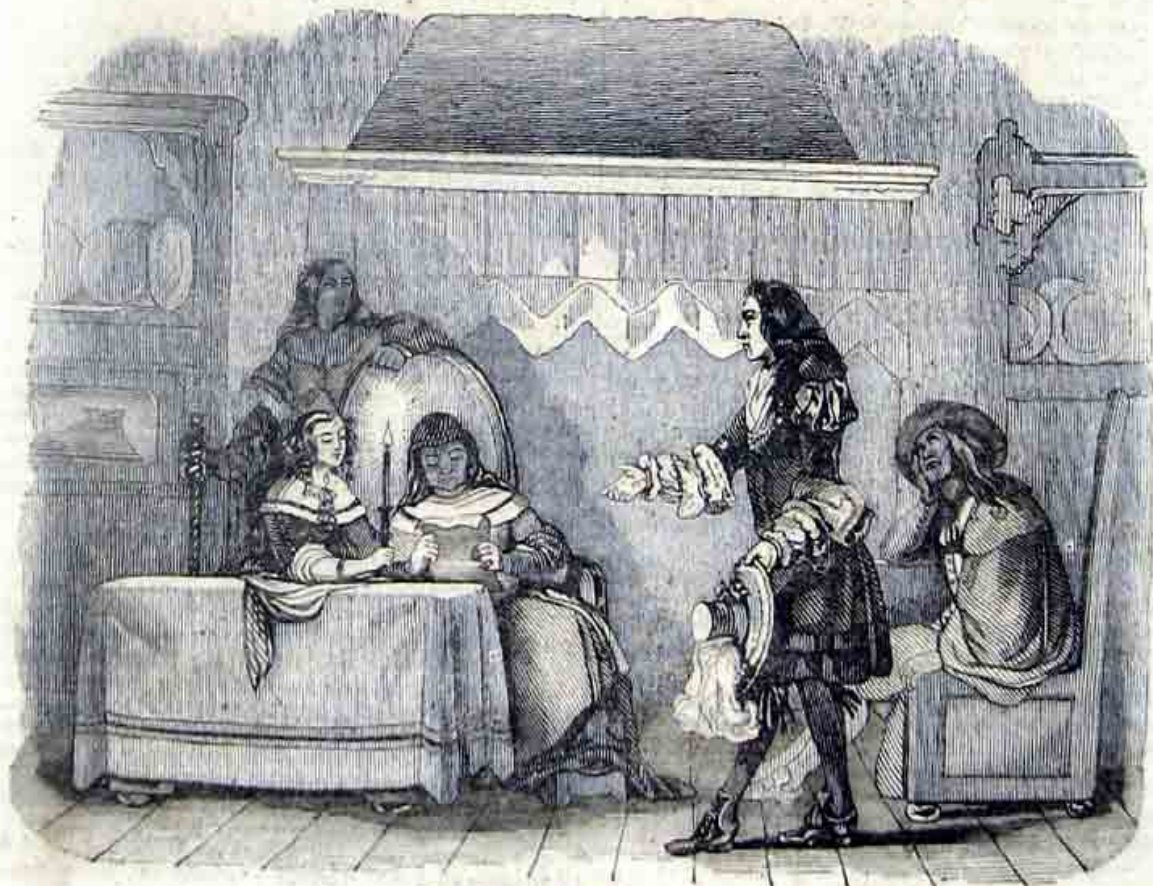
—Pero al menos porque no me has dicho el ianenso sacrificio que hacias por mí?

—Por qué el pensamiento de este sacrificio, que no era nada para mí, hubiera turbado tu felicidad; porque hubieras creido que yo echaba de menos un rango en el cual no pensaba.

En seguida interrumpiéndose de pronto añadió:

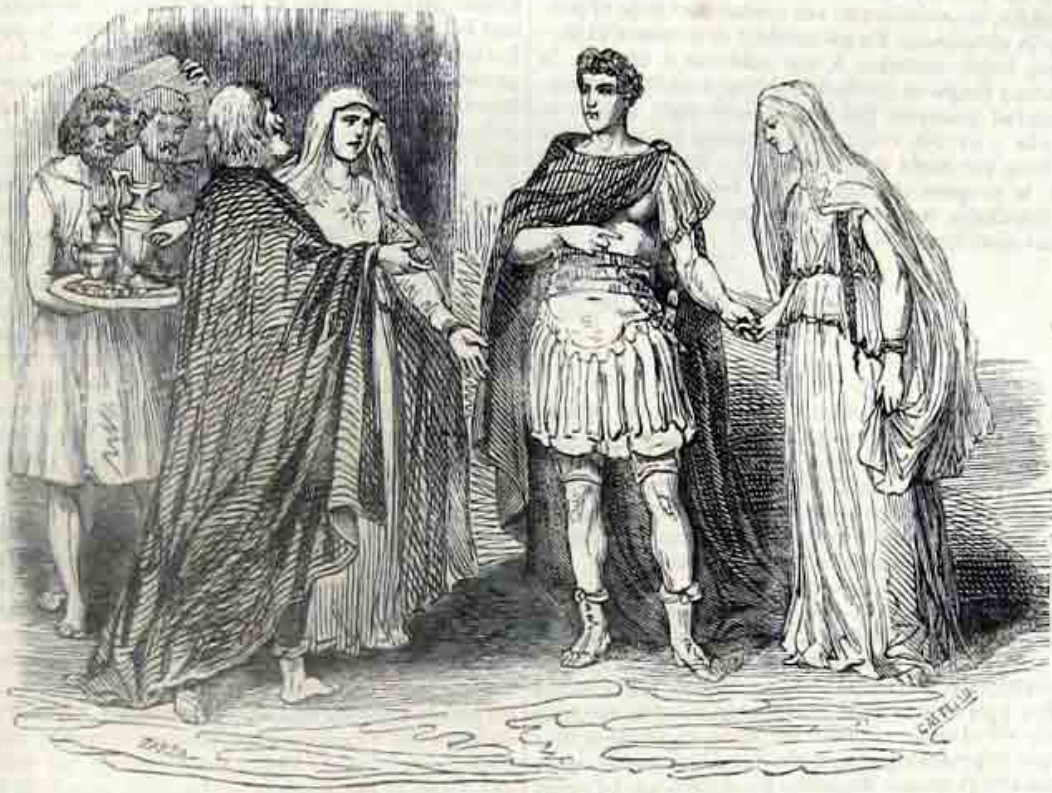
—Vamos, hijos míos, vamos á la cocina. Ya es tiempo de que pensemos en hacer la torta de boda. A pesar de mis ochenta años, quiero amasarla con mis propias manos.

ENRIQUE BERTHOUD.



La familia Pastelot.

GLORIAS DE ESPAÑA.



LA COMPETENCIA GENEROSA.

I.

Roma, rival recelosa de Cartago á la que disputaba el imperio del mundo, necesitaba la posesion de la Iberia para adjudicarsele definitivamente. Sucumbia al fin Cartago en la peninsula sin que esto asegurase á Roma la conquista, porque los hispanos humillaban por sí mismos sus legiones en lucha terrible y duradera. Si al fin la Iberia fué suya, si el capitolio dictó sus leyes á nuestros primitivos compatriotas, mas fué resultado de la política que de la fuerza. Grande era el renombre y prestigio de Roma, mucha su influencia en las provincias conquistadas y considerables sus fuerzas militares; en embargo de todo se olvidó ó lo juzgó insuficiente por su único empeño, que era captarse la voluntad de los españoles: prenda la mas segura de su dominacion. Un suceso notable á que dió motivo la noble y desinteresada conducta de Escipion, manifestó cuanta podia ser la eficacia de aquel político medio, y que tan acreditado general sabia mejor que otro alguno conquistar sus creaciones. Este suceso, que ha pasado á la pos-

teridad como un bello ejemplo de virtudes morales en la persona de Escipion, es tambien el primero que nuestra historia presenta para bosquejar el generoso carácter español, altivo al par que agradecido.

Cuando los soldados de Roma se apoderaron de la opulenta Cartagena, la primera ciudad de la España Cartaginesa, entre los riquísimos tesoros que pillaron sus manos codiciosas, encontraron otro no menos estimable, cual fué una jóven española de extraordinaria belleza. Pasmados quedaron los Romanos á vista de tal hermosura y gallardía, y tanto que no atreviéndose á profanarla, resolvieron reservar para su buen general una joya de tanto precio. Digna era efectivamente de Escipion, hombre que en el ardor de la juventud y de los combates, habia manifestado ya toda la madurez de los patricios de una época, que por la rigidez de sus costumbres ha pasado á proverbio. Escipion naturalmente honrado y generoso, respetaba las virtudes morales y sabia practicarlas sin esfuerzo: sabia vencer sus pasiones lo mismo que á los enemigos. Cuando le presentaron aquella jóven, creyó que la misma diosa de la hermosura con todo el hechizo de sus gracias era la que tenia á la vista, y no poco trabajo le costó disimular en presencia de todos, la involuntaria complacencia que se experimenta al contemplar un objeto agradable, y la sensacion particular suya á vista de aquella que le inspiraba sentimientos tan nuevos

como gratos. La bella esclava por su parte, tímida y modesta cuando se atrevió á mirar á Escipion con ademán vergonzoso, se consoló al encontrar una presencia tan dulce y majestuosa. Habíase ella figurado al Romano caudillo, cual guerrero adusto, formidable como la fama de sus victorias; mas cuando halló templada la severidad del mando, con la tierna y apasionada expresión de su semblante, bajó sus ojos, conmovida, sí; mas no de terror. Escipion mas prendado de aquel ademán de pudor, que de las gracias personales de la española, supo disimular sus sensaciones bajo el pretexto de la compasión. Fingió también desconocer el motivo que habia inducido á sus soldados á traerle la prisionera y elogió su conducta, atribuyéndola solamente á piedad generosa. Dió sus órdenes para que fuese agasajada y servida con respeto, aquella cuya posesion no cederia por nada de este mundo: posesion dichosa que él se propuso obtener, no en fuerza de las tiránicas sugestiones del terror, sino en virtud de las respetuosas atenciones del cariño.

II.

Ni el tiempo, ni las finezas de Escipion, ni cuanto puede endulzar la amarga situacion de una cautiva, pudieron verificarlo en la jóven española. Triste siempre y temerosa, porque habia llegado á penetrar los sentimientos del guerrero que disponia de su suerte, no sabia hablarle mas que de gratitud, y estimacion cuando el dejaba traslucir los afectos que le agitaban.

—Tu no has venido á ser mi esclava, la decia, sino á disponer de un corazon que te adora, á mandar como soberana en un hombre que se contemplará feliz en hacerte venturosa. Esos romanos que habras tal vez reputado como feroces conquistadores, tienen también sus virtudes, y en cuanto á mí, amante tan respetuoso como lo pueda ser el mejor de tus compatriotas, es tal el respeto que te profeso que seré victima de mi pasion antes que causarte el menor disgusto. No quiero mi felicidad sino viene ofrecida por un voluntario amor.

—Pues bien, exclamó arrebatada la jóven con sus ojos llenos de lagrimas, generoso Escipion, ofrece al mundo una prueba de esos sentimientos tan puros. Si; yo no te amo, es porque no debo, es porque la virtud y las severas costumbres de mi pais me lo prohiben. Ni yo soy mia, ni es libre mi corazon: es del hombre á quien he dado la fé y palabra de esposa.

—Tú! exclamó Escipion estremecido.

—Si; guerrero ilustre, á otro hombre estoy ya unida. Ignoo cual sea su suerte; pero en tanto que vivamos siempre seremos el uno para el otro.

Después arrojándose á los pies del caudillo exclamó.

—A ti acudo y no temo engañarme: tu favor imploro, pidiéndote me vuelvas á los brazos de mi prometido esposo, del hombre digno de todo mi amor. Mucho te pido, mas no serias tú el magnánimo Escipion, sino fueses capaz de esfuerzo tan heroico.

Mientras que ella hablaba así, la tenia el romano suavemente asida de las manos, mirándola con interés y respeto; pero al escuchar su atrevida súplica, la soltó y dejó caer su cabeza sobre el pecho, cual si le hubieran clavado un dardo en el corazon. Guardó por breve rato profundo silencio, corto indicio del despecho que le roia las entrañas y de la indecision en que fluctuaba. Al fin los ruegos de la hermosa desconsolada y los gritos de la virtud, hicieron su efecto en aquel corazon generoso.

—Mucho pides, mujer! esclama. No es bastante resistir á mi pasion, sino que me obligas á constituir la felicidad de otro hombre á costa de toda mi dicha! Esfuer-

zo era este digno de un Dios; mas por tí, mujer adorable, haré yo ver cuanto cabe en la virtud del hombre, acercarse á la divinidad.

III.

Para unos conquistadores á quienes la sed de oro habia traído principalmente á España, para los que no tenían mas afán, que el de aumentar el tesoro de Roma con las inmensas riquezas de la península, los presentes hechos con aquel codiciado metal debian ser del mayor agrado. Esta fué la razon por la que los padres de la hermosa cautiva, al saber en poder de quien se hallaba redugieron todo su haber á dinero, creyendo deslumbrar al general romano, que á tal precio no dudaria el volverles su querida hija. Aun no se habia acabado entre los españoles aquella primitiva sencillez y aquella moderacion de costumbres, que solo les hacian mirar como verdaderos bienes, los que el hombre se proporcionaba con el trabajo de sus manos en el cultivo de los campos. No comprendian porque aquellos conquistadores venian desde tan lejos y se afanaban tanto, por sacar de las entrañas de la tierra, una cosa á su parecer superflua; mas aun cuando el oro hubiese ya tenido para los naturales toda la importancia que luego le han dado las facticias necesidades de los hombres, los padres de la doncella no hubieran titubeado en sacrificar la mayor cantidad que les fuese posible por volverla á tener en su compañía.

Luceyo, príncipe de los Celtiberos, el que tenia ya derechos de esposo sobre aquella ilustre jóven, dejaba á los padres tentar los medios de avivar la estrangera codicia: menos indignos de él, que juzgaria rebajar el mérito de su querida, haciendo estimable lo que no se podia pagar á costa de ningun tesoro del mundo. Rico, respetado, y con grande influencia en el pais, la habia empleado toda en adquirirse prosélitos, contaba ya á sus órdenes mil y cuatrocientos jóvenes animosos, dispuestos á servir su causa, y habia jurado que si los romanos no devolvian la esclava ó la entregaban indigna de la pureza que el tálamo nupcial exigia en las esposas, habian de sentir los efectos de su venganza, tan severa como tan ruidosa, como la que en otro tiempo tomaron los griegos por el cautiverio de la hermosa Elena. Ni las ideas de los padres, ni los designios del mancebo se habian de realizar, porque á todos estaba reservada la mas agradable sorpresa.

Cuando los aflijidos padres de la prisionera llegaron á implorar la gracia de Escipion y ofrecerle sus ricos regalos, se les presentó el guerrero trayéndoles su hija de la mano. La blanca y sencilla túnica que ceñia su talle con toda la elegancia de las ropas talares antiguas, las gruesas trenzas de sus cabellos negros y lustrosos realzaban el mérito de su singular hermosura, algo cubierta por un velo, destinado á disimular el pudor de la jóven al verse objeto de las miradas de todos. Sus padres que por algun tiempo habian estado privados de su vista, creian verla entonces por la primera vez y mas hermosa que nunca, sin que se penetrasen de su dicha, hasta que el mismo Escipion la puso entre sus brazos. Mayor todavía fué su sorpresa, cuando los magníficos presentes que destinaban al rescate de su hija, le fueron ofrecidos en dote por Escipion, que no quiso rebajar todo el mérito de su conducta aceptando las riquezas. Mil afectuosas demostraciones de los padres le manifestaron su agradecimiento, y en cuanto á la jóven sus interesantes miradas le dieron á entender, que solo ella compadecia el amargo dolor oculto bajo la serenidad de su pecho y tranquilidad de su semblante, que solo ella conocia el valor de aquel sacrificio.

Ninguno empero dió una muestra tan señalada de amistad como el príncipe Luceyo. No queriendo dejarse vencer, sino competir en generosidad, vino á presentarse á Escipion, no como celoso rival ó agraviado enemigo, sino como aliado leal y constante. El y sus esforzados ginetes quedaron desde entonces á las órdenes de Escipion, cuya noble conducta y sagaz política hicieron convertir en decididos auxiliares á los que venian como declarados enemigos.

—La amistad mas sincera, le dijo Luceyo, y la gratitud mas respetuosa, no bastan para recompensar servicio tan insigne. Tuvos son mi brazo y espada, héroe insigne, á quien el cielo destina la conquista de nuestra patria, porque te hizo hallar primero el secreto de reinar en nuestros corazones.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.



CRONICAS ESPAÑOLAS.

BELTRAN DE LA CUEVA.

I.

Pasaban en la antecámara del rey don Enrique IV, aguardando la salida del rey y de la reina, don Juan Beltrán, marqués de Villena, uno de los mas poderosos señores de Castilla, anciano respetado en aquella época por uno de los mas sabios, y don Beltrán de la Cueva, joven que gozaba grande favor en la corte, y cuya elevacion miraban con zelos las gentes de palacio. Llegó á don Beltrán con aire risueño y afable el marqués de Villena, y tocándole familiarmente en el hombro: habeis descansado, le dijo, de vuestra fatiga de ayer... En el torneo estuvisteis admirable. Entre tantos caballeros de la primera nobleza de Castilla, no hubo uno solo que pudiese igualar vuestra destreza y valor. Leon, Córdoba, Guexara, Sandoval, en vano intentaron disputaros el premio: solo sirvieron para aumentar el brillo de vuestra victoria. Mas de una dama hacia en secreto votos, por vuestro triunfo... vos á fuer de galan depositastes la rica banda destinada al vencedor á los pies de la reina!

—Ninguna mas digna de ella!... Enrique hacia celebrar el torneo para solemnizar el triunfo de sus armas vencedoras en Gibraltar; era forzoso hacer ese obsequio á la buena rey en la persona de su bella esposa.

—Y os lo he agradecido á fe: es tal la amistad, el amor que os profesa el rey que quiere fundar un monasterio de monjes gerónimos en la Mejorada, sitio donde se celebró el torneo. Quiere immortalizar vuestro triunfo.

—No el mío... marqués de Villena, el vuestro sí... que á vuestra prudencia, á vuestros acertados consejos se debe el éxito de tan brillante jornada. La corona de Castilla se debe todo su esplendor. Sois el alma de su po-

litica, el hombre que desde el fondo del palacio hace mover nuestras huestes vencedoras, y abate el orgullo de las lunas africanas.

Un aire de satisfaccion y triunfo se retrató en el rostro del anciano marqués, que tomando la mano de Beltrán le contestó.

—Vos sois la causa Beltrán... Bien lo sabeis... Perfidios consejeros se habian apoderado del ánimo de Enrique, de Enrique cuya alma enérgica ha debilitado el abuso de los placeres. De orgia en orgia en medio de hombres corrompidos y concubinas repudió á Blanca de Francia á pretexto de esterilidad para cubrir á los ojos del mundo su vergonzosa impotencia... Llamó al trono de Castilla á Juana de Portugal, esa jóven hermosa á quien en breve despreció, sometiéndose á los encantos de Catalina de Sandoval, esa muger artificiosa de quien se valió don Lope de Haro, para tener en perpetua tutela á Enrique, tutela que hubiera arruinado al estado y que empobreció á Castilla.

—Si, su prodigalidad le hacia dar en un solo dia á los admiradores de Catalina, mas ciudades y villas que vuestras tropas arrancaban á los moros en un año.

—Yo que era el amigo de Enrique, prosiguió con el mayor calor el marqués, que le amaba de veras, que en las guerras civiles con su padre don Juan II, no habia titubeado en esponer mi cabeza en un cadalso por servirle, fui olvidado por torpes lisonjeros que hambrientos espian un momento de favor para arrancar á Enrique un pedazo de su corona... Le hablé, y no fui oido. Entonces me retiré de la corte, y me consagré al estudio de las ciencias, y á la soledad en mi castillo de Cuellar, y sin vos jamas hubiera vuelto á la corte.

—Sois el mas docto de este siglo en la judicaria; los astros no os revelaron vuestra vuelta al poder?

—Me revelaron, contestó el marqués con sonrisa, que debería mi nueva privanza á un enemigo á quien en pago daría yo la muerte.

—Ya veis cuan errado es el cálculo de la astrología.

—Cierto.... Yo me hallaba en vuestra casa donde vos ageno á las intrigas de la corte, exento de toda idea de ambicion os ocupabais en el cultivo de vuestras tierras sin pensar mas que en la bondad ó esterilidad de las cosechas. Dos peregrinos que volvia de orar ante el sepulcro de Santiago Apostol de España, os piden hospitalidad.... el uno venia casi desfallecido, le socorristeis afable y generoso.... quisisteis enteraros de sus penas, hablasteis de la situacion de Castilla, de los abusos que hacian cometer al rey en el gobierno... de las perfidias de Lope de Haro.... del interesado y vergonzoso amor de Catalina de Sandoval, del abandono en que se hallaba la reina Juana, del descontento del pueblo empobrecido por las liberalidades del rey con sus cortesanos.... Dios dirigia vuestros labios... no sabiais con quien hablábais. El peregrino doliente y enfermo.... era Enrique IV: y don Lope de Haro.... su compañero. El rey vuelto en sí, y oyendo donde no lo esperaba el lenguaje austero de la razon y de la verdad, lanzó de su lado á don Lope de quien era un verdadero juguete y esclavo. Catalina de Sandoval, fué desterrada de Castilla, doña Juana volvió á ocupar el lugar á que le llamaba su nacimiento, y á vos quiso Enrique desde entonces teneros á su lado.... Vos demasiado generoso impusisteis una condicion á vuestra privanza, que otros hubieran mendigado....

Beltran le interrumpió vivamente diciéndole: Marqués de Villena no hablemos de eso.

—Exijisteis, continuó el marqués con las señales mas marcadas de agradecimiento, que el rey viera á un amigo vuestro.... Me presentasteis al momento á Enrique que con los brazos abiertos, y con lágrimas en los ojos queria espíar á fuerza de afecto los pasados agravios.... Le seguimos desde entonces y á no deberos mi poder os confieso, Beltran, que me causaria celos vuestro ascendiente en el ánimo del rey, infinitamente superior á mi privanza.

—Vuestra politica, la consumada experiencia de vuestros años, os ponen á cubierto de temor de rivalidad.

—Veinte años de trabajo no han podido conducirme aun al término de mis deseos.... el maestrazgo de Santiago! y al pronunciar esta palabra, exaló un hondo suspiro que revelaba toda la ambicion de que estaba llena su alma. Ya iba á obtenerlo cuando al morir le plugo al rey don Juan nombrar á su hijo Alfonso nino aun. Enrique lo ha renunciado en su nombre, y creo que al fin lograré el premio de mis afanes.... El rey no ha revelado aun el nombre del sucesor que destina á su hermano.

—Quién podrá ser sino vos marqués?

—Vos Beltran, con vuestra juventud, con vuestro aire noble, y magestuoso talle sois el mancebo mas apuesto y garrido de la corte de Castilla. Todas las damas suspiran de amor por vuestros ojos.... pues bien dividamos por igual.... para vos la hermosura y los placeres, para mí el poder, y sus sinsabores. Sed vos el objeto del amor de la corte, yo el móvil de su gobierno.

—El amor para mí! dijo con desesperada tristeza Beltran, mirando fijamente al marqués. El amor!... Ah! yo lo reuso. Guardad vos el poder. Cuantas veces marqués echo de menos mi soledad de Bribiesca! allí sí, allí era yo feliz. Qué muger hay en la corte que pueda hacer la felicidad, el encanto de mi vida? Qué podrá darme en cambio de un corazon de fuego?... algunas frias miradas de ternura, algunas sonrisas de vanidad.... queréis que abata mi frente para ensalzar el orgullo, para adornar el carro de alguna inconstante y fementida que haga alarde de haber rendido á sus engañosas gracias al favorito del monarca, cual esa impudente Guiomar que ha enredado en sus finestas redes á Enrique y le hace con su infame conducta el oprobio y el escán-

dalo de Castilla? El marqués con aire misterioso y creyendo percibir algun ligero ruido en la cámara del rey, fija la vista en la puerta, y cogiendo de la mano á Beltran, le dice con voz baja.

—Silencio! un corazon pervertido rara vez torna decididamente á la virtud.... En vano derribasteis á Catalina de Sandoval. Enrique nos ha creado otra rival, esa doña Guiomar la primera de las damas de la reina....

En este momento se abrió la puerta de la cámara del rey, y un page anunció en voz alta: ¡El rey! Salio este acompañado de los ricos hombres de Castilla. Recibió con la mayor afabilidad, el cortes salado del marqués y de Beltran, y volviéndose al primero, le dijo.

—Hoy es dia de mercedes, y no me habeis de recibir marqués de Villena.... Don Guzman os hago merced de los tributos que por este año debe pagarme la ciudad de Toro. Don Guzman, dobló respetuosamente la rodilla y besó su mano.

—A vos Manrique de Lara, os doy las tercias de Omedo y de Tordesillas....

El marqués de Villena llegose al lado del rey y casi al oido, con cierto tono de reconvenccion murmuró: —Que prodigalidad! señor. Ya os llaman D. Enrique el prodigo!!

Volvió el rey la cabeza hacia donde estaba su austero ministro, iba ahora, le dijo, á darte una ligera señal de mi aprecio.

—La mayor que podeis darme, contestó Villena con afectada gravedad, es refrenar ese natural generoso y magnifico. V. A. va á quedarse sino, sin una sola villa de su reino.

—Está bien; no mas mercedes por hoy contestó el rey habituado á obedecer las insinuaciones de Villena, pero me permitirás que entregue á Beltran esta que para él ha traído el clavero y dos comendadores de la orden de Santiago. No me riñais marqués, no soy yo quien se la otorgó... Es el papa Pio II á quien plugo nombrarle gran Maestre de la orden de Santiago.

—Gran maestre de Santiago! repitieron á la vez con el mayor asombro, casi todos los cortesanos. Beltran quedó cofuso, y D. Juan Pacheco marqués de Villena, permaneció inmóvil como si un rayo lo hubiera reducido á cenizas, alteradas visiblemente sus facciones.

Esforzose en dominar su emocion, y despues de un rato de silencio dijo al rey:

—Vuestro padre al morir, dejó en administracion ese maestrazgo á vuestro hermano el infante D. Alfonso.

—D. Alfonso es un niño de diez años, respondió el rey. Yo como su tutor lo he renunciado. La orden de Santiago ha menester un gefe que la dirija, la guerra con los moros es cada dia mas activa.

Beltran lleno de confusion, asombrado con tan inesperada merced, dobló la rodilla, y puesto delante de D. Enrique con el tono mas respetuoso, V. A. dijo, me confunde.... esa dignidad debe conservarla vuestro hermano. Castilla creerá, que yo se la he arrebatado... y despues añadió con tono resuelto. La rehuso.

Un rayo de esperanza brilló en la ceñuda frente de Villena.

—Yo quiero yo mando, respondió el rey con sequedad y firmeza al mismo tiempo, que seas gran maestre. Tu renuncia de nada serviria ya á mi hermano. El pontífice y la orden harian un nuevo nombramiento. A mi encomienda, como hijo predilecto de la iglesia la ejecucion de su voluntad.... Dios os guarde, grande Maestre. Venid conmigo señores y reparando que el marqués de Villena permanecia inmóvil como clavado en su puesto, se dirigió con afabilidad y le dijo: y vos D. Juan Pacheco, no me acompañais hoy á paseo?

El marqués siguió al rey y apretando sus puños, con

var agitada y nerviosa iba repitiendo entre sí: gran Maestro de la orden de Santiago!!!!

Solo quedó en la cámara del rey D. Beltran á quien parecia un sueño la rápida elevacion de su fortuna, y que conocia que iba á aumentar por ella, al número de sus enemigos, uno terrible y poderoso el marques de Villena, herido en su amor propio, burlado en el objeto de sus pretensiones. Despues de algunos momentos se dirigió á la estancia de la reina, que levantándose á recibirlo, le dijo con el aire mas amable y gracioso.

—Yo tambien tenia que daros mi parabien, Beltran, vencedor ayer en el torneo, hoy gran maestro de la orden de Santiago debeis de ser muy feliz.

—D. Beltran mirando con profunda tristeza á la reina respondió.—Lo creeis señora? permaneció algunos instantes absorto en sus reflexiones y despues continuó con acento conmovido. En mis primeros años crei que la felicidad consistia en el estudio de las ciencias, en ser superior á los demas hombres en conocimientos, ¡ilusion! Llamado á mi pesar á la corte crei que la felicidad se cifraba en poder hacer dichosos á otros hombres, en la gloria, en los honores merecidos: ilusion señora! Dios solo hace el bien por el bien mismo, las débiles criaturas necesitan otra recompensa.... Mi alma se ha creado una divinidad que la llena toda. Ella seguia con sus ojos mis esfuerzos en el torneo de ayer.... ella sostenia mi brazo al lidiar con la flor de los caballeros de Castilla.... y una sonrisa suya coronó mi triunfo. La idea de un amor correspondido, me haria hacer milagros, remover el mundo. Sin ella no hay para mi energia, no hay prevenir, no hay nada.... Pierdo mi fuerza, me abandono mi genio.... Ah! señora, señora! Hay hombres desgraciados que osan levantar su mirar al cielo..... hay insensatos, que intentan fijar sus ojos en la estrella de la mañana.

Durante estas palabras, la reina tenia los ojos bajos, sus mejillas se colorearon, y manifestaba el mayor embarazo al oír una confesion que hacia largo tiempo no era un secreto para su alma, y que esta se complacia en la idea de ser amada. La reina doña Juana estaba hermosa en aquel momento. Los rizos de sus hermosos cabellos negros caian airosa y descuidadamente sobre su cuello, jamas sus ojos de fuego habian sido mas dulcemente expresivos, ni mas tierna su voz. La palidez de su rostro producida por los continuos disgustos que le ocasionaba la desarreglada conducta de Enrique la hacia mas interesante.

—No es la felicidad compañera siempre del poder, le contestó, repuesta algun tanto de su turbacion. Miradme á mi. Yo en medio de mi juventud me consumo sobre el trono como la flor arrojada en medio de un arrenal. Para apreciar á una muger se necesita un hombre. La reina reina en Castilla. Para ocultar su nulidad quiere el rey enseñarse á sí propio. Ayer Catalina de Sandoval.... hoy doña Guimar.... mañana la primera que le presente el escudo, y que solo servirá para publicar su defecto y escandalizar el reino.... yo en tanto objeto de desprecio, no recibo por premio de mi sacrificio ni aun la consideracion debida á un nacimiento.

Al escuchar estas palabras Beltran, olvida un momento que la muger con quien hablaba era la esposa de su rey, que él mismo era el favorito de este rey, y lleno del mayor entusiasmo exclamó:

—Despreciaros, señora?... A vos que sois un ángel de hermosura y de bondad!... Y por quién? Es vuestro esposo, y no os ama! vuestro amor! puede acaso reservar Dios á sus elegidos una dicha comparable á un suspiro de ese puro seno, á las lágrimas de esos hermosos ojos? Ah! mi alma se anonadaria con tanta felicidad!

Una palabra destruyó su ilusion. La reina le dijo con dulzura,

—Son las tres, y el rey debe de estaros aguardando ya.

Vuelto en sí Beltran al verse despedido de la presencia de la reina, lanzando un triste suspiro. No hubiera tenido jamas, la dijo, señora valor de revelaros este secreto sino estubiese dispuesto á daros hoy mismo un último y eterno á Dios.

Conoció la reina todo el pesar que habia causado á Beltran, el único tal vez que por ella se interesaba en la corte de su esposo.

—Eterno? le contestó palideciendo repentinamente.

—Sí señora: las gracias y favores que sobre mi prodiga vuestro esposo me fatigan, hacen cada vez mas penosa mi existencia que una llama secreta, ardiente é impetuosa devora sin cesar. En vano he procurado comba-tirla.... mi razon es impotente, y solo encuentro un medio para templar mi desgracia.... un medio solo, mi fuga. Tornaré al asilo antiguo de mi niñez de donde nunca debiera haber salido, á aquellos campos donde era tan feliz, donde sus moradores jamas os han visto.

—Pero os debeis al rey que os ha colmado de honores, que hoy mismo os concede el maestrazgo de Santiago, dignidad que os da en Castilla un poder casi igual al suyo.... Enrique es desgraciado, está débil, enfermo, necesita de un amigo.... le abandonareis?

—Yo no puedo serle útil, respondió Beltran con un tono de voz profundamente desanimado. El espectáculo de mi infelicidad redoblaría sus penas. En vano me esfuerzo á disimular en su presencia. Mis palabras ya no tienen aquella energia, el fuego con que reanimaron su espíritu, cuando por la vez primera le hablé en mi casa de Bribiesca. Entonces no conocia yo el amor. Hoy lánguido, frio, inmóvil.... como él; pasamos juntos horas enteras sin distraernos de nuestra melancolia. Ah! mi alma abatida no es capaz ya de reanimar la suya; me es forzoso partir.

—Vos érais el alma de la corte, el disponedor de los festines suntuosos de Palacio, el mantenedor de los torneos, el que con su destreza cautivaba el corazón de nuestras damas, y alegraba la sombría tristeza del monarca. Ahora ya hace tiempo que todos os observan pálido, triste, meditabundo.

Beltran ocultando su rostro con ambas manos y dejando escapar sordos gemidos, contestó.

—Debilidad! locura! gloria, ambicion, porvenir todo lo he sacrificado á un sueño, á un sueño que.... es tal vez un crimen. Decis, señora que todos me ven pálido y triste. Ah! sí, aqui hay un fuego que consume vorazmente mi vida: la tristeza proviene del corazón.... la palidez del remordimiento. Las fuerzas me faltan, dejadme partir.

—El rey os lo impedirá.

—El! gritó don Beltran, él menos que cualquier otro, jamas.

—Y Yo?

—Vos!, y se estremeció todo Beltran mirándola fijamente como temiendo no haber oido bien.

—Sí, yo que soy vuestra reina mando que os quedeis.

Al nombre de la reina, dejó caer con abatimiento la cabeza Beltran.—Señora, dejadme marchar, y haciendo una cortés reverencia se dirigió hácia la puerta.

Juana de Portugal reuniendo todas sus fuerzas le llamó con voz débil.

—Gran maestro! no tiene ningun poder sobre vos la reina de Castilla? Tampoco os merecerá Juana de Portugal que no os pueda detener ni un momento? Quién me defenderá contra esa rival odiosa doña Guimar, que se ha apoderado del cariño de mi esposo? vos derribateis la privanza de Catalina de Sandoval.... por vos torne á la corte desde mi destierro de Maqueda, y habré de volver á él?... y ceder el puesto á una infame con-

cubina? Reina os he dado toda mi confianza.... muger, me pongo bajo vuestra proteccion. Nada podrá con vos una reina, una muger? La abandonareis en su desgracia? La entregareis á la insolencia de una favorita? Si, el rey no me ama querra á cualquier costa desembarazarse de mi.... me repudiará tal vez como á la infeliz Blanca de Francia.... tendré que descender del trono.... Ah! Beltran, os quedareis, si, os quedareis. Yo nada quiero, nada os mando, suplico solamente.

Beltran se arrojó á sus pies.

—Vos suplicar, señora! suplicar? mandad, mi vida es vuestra. No me acuseis de abandonaros. Huia de vos es verdad, porque os amo ciega, frenética, insensatamente, y este amor que es mi encanto y mi tormento, no es un capricho leve y momentáneo.... lo sentí desde el instante en que por la vez primera os ví cual un ángel purísimo de hermosura y de bondad. En vano agoté mi vida combatiendo este amor que le domina. En vano para calmar su fuego abrasador estoy de continuo al lado de vuestro esposo, cuya presencia debería extinguirlo, y á su vista vuelve á encenderse mas vivo, mas impetuoso, mas eterno.

—Callad por Dios!... callad, dijo Juana volviendo á otro lado la cabeza medio desfallecida, y abandonando maquinalmente su mano á Beltran que la cubrió de apasionados besos.

Juana se desasíó de su mano, y asustada se retiró algunos pasos atrás.

—No temais angel mio, la dijo Beltran levantándose, si.... siempre os respetaré, me acordaré que sois mi reina, y maldicion sobre mi si intentare abusar de mi felicidad! Ah! mi alma no basta á contenerla, y pienso que me ha de costar la vida. Pensar en mi, un angel! oh! creo que es un sueño, sueño delicioso del que tiemblo despertar. Yo huir? Yo salir de palacio?... no, jamas. Siento renacer toda mi antigua energia. Mi amor, señora, es un rayo de la debilidad que me revela toda la estension de los deberes que me impone.... Ayer era para mi el poder una carga pesada, insoportable; de hoy mas me será ligera. Odios, partidos, rivalidades, muerte, todo lo desafío. Gran Maestre, yo armaré si es preciso para protegeros toda la órden, para sosteneros en el trono haré mi nombre respetable y poderoso, y veré en mi Castilla, mas que un hombre, un héroe, mas aun, un fanático dispuesto á morir por su idolo.

Al hablar asi Beltran, la espresion daba un nuevo realce á sus hermosas y varoniles facciones: el entusiasmo de sus ojos, su elocuente gesto hacian de él mas que un amante vulgar. Contemplabale enagenada la reina, todas sus dudas se disiparon.

—Beltran, vuestras palabras vuelven la calma á mi agitado corazon, le dijo con una voz casi tremula de emocion, lo aliviáis de un peso insoportable. Podré sin crimen confesar que os amo! Ah Beltran cuanto he combatido, pero que muger en mi situacion hubiera resistido? Ah! porque en dias mas afortunados no os encontré Beltran en Lisboa en la corte de mi padre.... libre entonces antes de ser reina, hubiera preferido vivir oscura con vos en cualquier rincon del universo. Ahora tambien puedo amaros con un amor puro.... pensad en Juana como en la gloria, como en Dios, desplegad un valor magnánimo, una adhesion generosa, y todos vuestros esfuerzos encontrarán su recompensa en este corazon que es todo vuestro, y que se confía á vos, sin que le atormenten los remordimientos. Enrique puede volver, añadió despues con amable sonrisa, él es incapaz de apercibirse de nuestro afecto, pero tiemblo á Guiomar.

—Yo os libertaré de ella.

—Cautela! Yo misma devoro en secreto mi afrenta y aparento ignorar su criminal conducta.... Si intentase destruir este capricho de Enrique no lo lograria y nos

perderiamos ambos. Mañana nos volveremos á ver. —Mañana! tanto aguardar! dadme una prenda de vuestro amor ó creeré que mi felicidad ha sido un sueño. Y al decir estas palabras señalaba con el dedo una cruzcita de oro que la reina llevaba pendiente de una cinta al cuello.

Juana se la quitó y presentándola á Beltran.—Tomad le dijo, esta cruz de oro que el papa Nicolas III regaló á mi familia bendegida de su santa mano, y que me puse mi madre al cuello el dia de mi nacimiento. Una tradicion constante ha hecho mirar este don como un preservativo contra las desgracias. Tomadla, mi felicidad queda desde hoy unida á la vuestra, que la virtud de esta cruz santa proteja de hoy mas á los dos.

Beltran puesto de rodillas besó la mano que le ofrecia este amoroso don.—Os juro conservarla sobre mi corazon. No volverá á vuestro poder hasta despues de mi muerte. Y la colocó sobre su pecho.

La reina le acompañó hasta la puerta de su estancia y allí se despidió Beltran de su amante.

—Hasta la noche.

—Hasta la noche, respondió la reina volviendo á su cámara real.

Cuando Beltran se vió fuera de la cámara de la reina quiso un momento estar solo, enteramente solo, que nadie viniese á turbar la embriaguez de su alma. Antes de haber visto á Juana de Portugal su imaginacion se habia creado un ser ideal de hermosura y de perfeccion. Cuando comparaba otras mugeres que se presentaban á su vista no las podia amar, y se juzgaba un insensato adorando lo que no podia existir sobre la tierra. Y sin embargo este amor, esta belleza existian, y al ver á Juana encontró todo lo que su imaginacion se habia creado y la amó como si la hubiera vuelto á ver despues de una ausencia.

Beltran sacó de su pecho la cruz de oro que habia recibido de la reina, y la cubria de besos. En tan dulce ocupacion le sorprendió doña Guiomar, la favorita de Enrique IV. Desconcertado Beltran con su presencia ocultó rápidamente su precioso tesoro, y le rogó que se sentase á su lado. Doña Guiomar era muger hermosa, de ojos vivos y en su aire se notaba la mayor desenvoltura.

—Muy sentimental estais, don Beltran. Al fin habeis abandonado vuestro aire tético y melancólico. Haced bien, ya hace tiempo que la corte de Castilla no se regocija como á vuestra llegada de Bribiesca. Entonces los saraos, los festines, los torneos, se sucedian sin interrupcion. Ahora os habeis hecho tan grave y meditabundo que sin la gloriosa conquista de Gibraltar no hubieramos vuelto á tener el gusto de admirar vuestra bizarría en las fiestas. Sabeis que estubisteis muy gallardo don Beltran? Contenta debió quedar la dama de vuestros pensamientos.... y aun tal vez os hizo algun misterioso regalo de amor, ese que ahora mismo besabais con tanto entusiasmo, y que escondisteis al entrar yo.

—Yo, señora?

—Vamos, decidme su nombre, ó tal vez quereis que yo lo adivine?.... En el torneo cuando alcanzasteis el premio fuisteis á depositarlo.

—Señora!

—Para mayor disimulo, añadió vivamente Guiomar, á los pies de la reina.

—Era un obsequio debido á la esposa de Enrique.

—No ha de valeros, don Beltran vuestro disimulo. Yo he de penetrar vuestro secreto; será doña Elvira de Albornoz.... la duquesa de Haro.... ó la joven condesa de Medina; no hay en la corte mas consumadas bellezas que estas, y la de la reina doña Juana.

Las sospechas de una muger celosa podian á la verdad fijarse sobre cualquiera otra que sobre la reina, pero era sin embargo muy peligroso no destruirlas enteramente. Beltran como hombre que sabia, que no basta negar

para convencer, y que á una muger sobre todo es preciso darle una prueba, la dejó hablar largo tiempo, renovar sus alusiones, y confirmarse mas y mas en sus sospechas. Cuando parecia mas confundido, reducido al silencio, y en la imposibilidad de defenderse, mirando á doña Guiomar con ojos apasionados.

—Ah! Guiomar! Guiomar! la dijo. No, hay en Castilla una hermosura que las eclipsa á todas. Cuan injusta sois! Me perdonareis señora, añadió afectando el mayor embarazo, si me justifico completamente á vuestros ojos? No os ofenderéis si os hago una declaracion que debia morir conmigo?

—Al mismo tiempo le enseñó una flor que mientras habia estado hablando con ella, habia con la mayor destreza arrancando de su adorno.

Esta mañana al salir del cuarto del rey, dejastes caer esta flor, yo la recogí ansioso. Ah! la hubieran pisado!... Yo separándome de las miradas que de continuo espian vuestras acciones en palacio la puse sobre mi corazon.... porque habia estado sobre vuestra cabeza. Oh! dejadme la Guiomar llevar aun otra vez á mis labios, y permitidme que la llame como ahora poco la llamábais..... un regalo misterioso del amor.

—Con que era yo la causa de vuestra melancolia?

—No habeis adivinado la causa? No es extraño, los amos del rey no os han permitido leer en el corazon del vasallo. Temia incurrir en vuestra desgracia conociendo mi pasion que habeis sorprendido.

En este momento la reina que salia de su cámara al ver á don Beltran y doña Guiomar hablando, se para en el umbral de la puerta y escucha con las señales de la mas viva conmocion.

Doña Guiomar, como una de las mugeres mas habitadas en coqueteria, se dejó persuadir de lo que tanto aconsejaba su amor propio.

—Vuestro amor lejos de indignarme, le contestó, me honra de placer. Qué muger podria ofenderse de él? Sois el primer caballero, el jóven mas galan de Castilla. Jamas me perdonaré el haberos hecho tanto padecer. Á fuerza de amor procuraré espian el no haber correspondido antes á vuestra pasion. Desterrad la tristeza y que la alegría vuelva otra vez á animar vuestro semblante.

—Y el rey don Enrique? replicó Beltran.

—La ambicion, el orgullo me han arrojado en sus brazos; el amor era imposible. Si la Providencia busca la perfeccion y las brillantes cualidades para el trono, tú, Beltran hubieras sido el rey de Castilla.

Beltran afectó besar amorosamente su mano, que Guiomar le tendió con la mayor amabilidad, la reina al observar esto hizo un ademán de despecho y se retiró á su estancia.

Hecha esta confesion amorosa, fuele preciso á Beltran so pena de volver á suscitar en el ánimo de doña Guiomar todas sus primeras sospechas, consentir para la noche siguiente en una cita que ella tuvo el arte de vencer concederle cuando ella era la que la solicitaba. Beltran entregó con rostro alegre pero con la desesperacion en el corazon, á Guiomar la llave de una puerta secreta que desde la cámara del rey conducia á su cuarto á ella contiguo.

Guiomar al despedirse de él le apretó la mano afectuosamente.—Tu constancia es acreedora á todo, le dijo. Hasta la noche!

Beltran la acompañó hasta la puerta de la estancia, y al despedirla con afectada sonrisa, murmuró entre dientes y con la mayor desesperacion.

—He sido convertida en infernal una noche de delicias... Si pudiera prevenir á la reina!!!

Y marchó á encontrar al rey que paseaba con la noche en los jardines del palacio.

II.

Don Beltran de la Cueva, tenia su aposento en el palacio real, y sus ventanas daban una de ellas enfrente de la cámara de la reina, y la otra sobre las deliciosas márgenes del Pisuerga. Entrambas se hallaban cubiertas con dos grandes cortinas de terciopelo carmesí con ancha franja de oro, y en el fondo de la estancia, habia una puerta principal por donde se comunicaba con el resto del palacio, y á uno de los lados, y muy disimuladamente habia practicada en el muro una pequeña puerta falsa para pasar secretamente á las habitaciones del rey. La llave de esta es la que don Beltran se vió forzado por no despertar sus zelosas sospechas á entregar á doña Guiomar.

La hora de la queda habia ya sonado, todo se hallaba en silencio en el palacio y la ciudad, cuando don Beltran colocado en la ventana que daba frente á la cámara de la reina, despues de contemplar la hermosura de la noche tan serena y apacible, ocupado en sus amorosos pensamientos, tomó el laud, y considerando que aun la reina tal vez no se habria entregado al sueño, preludió unos cuantos sonidos con su laud, y con su hermosa voz cantó unas trovas amorosas.

A poco de haber empezado á cantar don Beltran notó que abrian una de las ventanas de las habitaciones de la reina, pero el balcon se cerró de repente al terminarse la última estancia. Maldecia Beltran su imprudencia temeroso de haber indignado á la reina con su libertad, y arrojó lejos de sí con enfado el laud sobre uno de los sillones; y corrió la grande y pesada cortina de terciopelo de la ventana. Un momento despues sintió pasos y abriéndose la puerta del fondo vió entrar á la reina. Corrió á su encuentro, besó reverente y enamorado su mano, diciendo:

—Que felicidad! al fin puedo libremente arrojarme á vuestros pies.

—A los míos? mirad D. Beltran que os equivocais.

—No os comprendo respondió Beltran, vuestra voz está trémula, pálido vuestro rostro, y llenos de lágrimas vuestros ojos. Si son los remordimientos señora los que así os atormentan decidlo, señora, y me vereis por la última vez. Antes mi destierro á que estaba resuelto ayer, primero mi muerte que costaros una sola lágrima, que turbar la paz de vuestra alma. Hablad, decidme, qué os aflige? En qué he podido ofenderos?

—Preguntárselo á doña Guiomar, esa muger voluptuosa que vende sus gracias al poder, que quiere con su orgullo encadenar á la vez al monarca, y al favorito esa muger como el genio del mal se interpone siempre, entre mí, y mis mas caras afecciones. Ella me ha arrebatado el aprecio de Enrique... ella me hace el ridiculo juguete de vuestra pasion.

Pero Beltran deteniéndola en el momento en que iba á marcharse, se arrojó á sus pies, le contó como habia sido sorprendido por Guiomar, como para destruir sus sospechas que iban aproximándose á la realidad, se habia visto obligado á aceptar una cita. El calor y la verdad de sus palabras persuadieron á Juana de Portugal, cuyo corazon ya habia perdonado aun antes que sus labios confirmasen el perdon.

Beltran habló aun mas, no para justificarse, el amor comienza por ser tímido y mudo, despues vienen las declaraciones, los juramentos, la fiebre que se apodera del cerebro, que hace palpar el corazon, que inflama las miradas, la necesidad de decirse que se aman, y la confianza de dos almas que se descubren enteramente su interior todo eso explicado en una especie de lenguaje sutil, especial, inagotable cuyo secreto solo

poseen los amantes y que en su exaltacion solo pueden comprender; despues al fin asi como el enfermo despues de un gran esfuerzo cae aplanado, asi se aplanan todas estas pasiones, y llega el momento de la última prueba la mas peligrosa de todas, el silencio....

Un ligero ruido hacia la puerta secreta vino á interrumpir los mas vivos juramentos de un amor eterno. Admirados innóviles los dos amantes escucharon en silencio, eran pasos lentos que cada vez se aproximaban mas. Un momento despues oyeron meter una llave en la cerradura.

—Dios mio, que ruido es este? exclamó muerta de miedo y turbacion la reina.

—Maldicion! grita desesperado Beltran. Van abrir aquella puerta. Ocultaos pronto.

—Nos han descubierto! Estoy perdida.

—No tengais cuidado. Ocultaos en el hueco de esta ventana, detras de esa cortina desde ahí podreis oírlo todo sin ser vista.

—Conque sabeis quién es?

—Un demonio del infierno doña Guiomar.

La reina se escondió cuidadosamente detras de la cortina que cubria la ventana donde pocas horas antes habia estado D. Beltran tocando el laud. Apenas habia concluido de colocarse en ella cuando la puerta secreta cediendo á los esfuerzos que hacian para abrirla, dejó ver á doña Guiomar, cuya aparicion dejó á Beltran tan parado como si un rayo le hubiese herido repentinamente.

—Sabeis Beltran, que tengo que reñiros? le dijo doña Guiomar con la mayor familiaridad tomando asiento á su lado. Es menester que seais mas cauto. El amor os hace delirar. Ya se ve.... habeis sido hasta ahora tan callado, que quereis indemnizaros de tanto silencio. Bella trova por cierto. Yo la escuché desde el aposento de D. Enrique, y procuré distraerle para que no comprendiese su sentido. Veis cuan pronto os ha tornado vuestra antigua alegría?

—Señora, esa trova.... murmuró con la mayor confusion Beltran.

—No me he incomodado, Beltran, no por cierto. No soy tan desdeñosa como os figurais, ni debeis quejarnos de mis rigores. De hoy mas no cantareis penas ni desdenes. Amor y solo amor debeis cantar.

—Beltran estaba en brasas, y asi solo respondia á las afectuosas palabras de doña Guiomar por monosílabos.... Tanta felicidad!

—Sabeis, le dijo al fin Guiomar, que vuestra pasion os hacia mudo, y vuestro amor ya correspondido mudo tambien.

—Es que ahora....

Oyose en este momento alzar el picaporte de la puerta del fondo que se hallaba cerrada, y dar dos ó tres golpes llamando para que la abriesen.

Sobresaltóse doña Guiomar.—Quien puede ser? Dios mio! y á estas horas.

—Lo ignoro absolutamente, señora, os juro que no esperaba á nadie.

Repelláse los golpes con mas esfuerzo en la puerta, y al mismo tiempo gritaban desde afuera.—Beltran! Beltran!

—Cielos el rey! exclamó aterrada doña Guiomar. Somos perdidos. Salvadme, Beltran, y al mismo tiempo se dirigia á esconderse detras de la cortina de la ventana donde poco antes se habia ocultado la reina. Detúvola Beltran inmediatamente, y señalando á la ventana de enfrente la dijo.—Qué vais á hacer?

No.... detras de aquella cortina.

Colocóse en el hueco de la ventana medio muerta de terror y de sobresalto Guiomar y Beltran, trémulo abrió la puerta al rey. Creyóse perdido, vendido, no habia remedio alguno para él. El esposo ultrajado, el amante

engañado venia á sorprenderle en su doble crimen. Sin embargo, el semblante del rey no espresaba ni la indignacion ni la cólera, solo si el disgusto de que tanto tiempo le hubiesen detenido á la puerta.

—Creí que no querias abrirme.

—Señor! respondió timidamente don Beltran.

—Estoy tan desvelado, dijo el rey tomando una silla, y sentándose muy tranquilamente, que no he podido conciliar el sueño, y he venido á pasar la noche á tu lado. Siéntate tu tambien. Acuérdate cuantas noches hemos pasado juntos conversando sobre los negocios del reino, sobre mis amores, ú oyendo las cántigas amorosas que tu componias á la dama de tus pensamientos, dama que nadie conoce y que solo existe en tu fantasia. Sabes que si fuese un ser real casi llegaría á estar zeloso de ella? Me parece que de algun tiempo á esta parte, se ha entibiado el afecto que me profesabas.

—Podeis creerlo?

—En mi, al contrario, cada vez me es mas necesaria tu presencia que tanto me escaseas. No quiero que el nuevo cargo de gran maestro te distraiga del gobierno de palacio. Quiero verte todos los dias, hablarte á todas horas. Yo te recompensaré esta exactitud. Y que te podré dar ya? No eres gran maestro de Santiago? no mandas mas que mis ministros? No reinas tú por mi en Castilla?

—Imposible me será, contestó lleno de rubor don Beltran, pagaros tanta bondad, creed que cada vez soy mas indigno de ella, y al mismo tiempo le besó la mano.

—No digas eso. Tu eres mi único, mi intimo amigo; el hombre llega á una edad en que su corazon se niega á contraer nuevos vinculos, en que se gasta la energia del alma, en que el fuego del corazon se concentra en antiguos recuerdos en vez de dilatarse á nuevos objetos. Yo agoviado con los disgustos de reinar, con las enfermedades que debilitan mi cuerpo, me he anticipado á la edad, estoy ya en ese caso. Vivo solo y nada nuevo veo en derredor de mi. No amaré mas que lo que hasta ahora he amado. Tres objetos Beltran, tres solos. Juana mi esposa á quien á pesar de mis infidelidades aprecio y respeto: Guiomar que con sus graciosos atractivos forma el encanto de mi vida, y tu que no me abandonarás jamás. He aquí los tres únicos seres que me unen al mundo los únicos de quien me fio, que quisiera ver á todas horas, y que no abandonaré jamás. El cielo me ha negado un descendiente á mi corona, un hijo que yo hubiera procurado hacer mas feliz que yo, en quien hubiera cifrado mi gloria, mi porvenir.... ah!

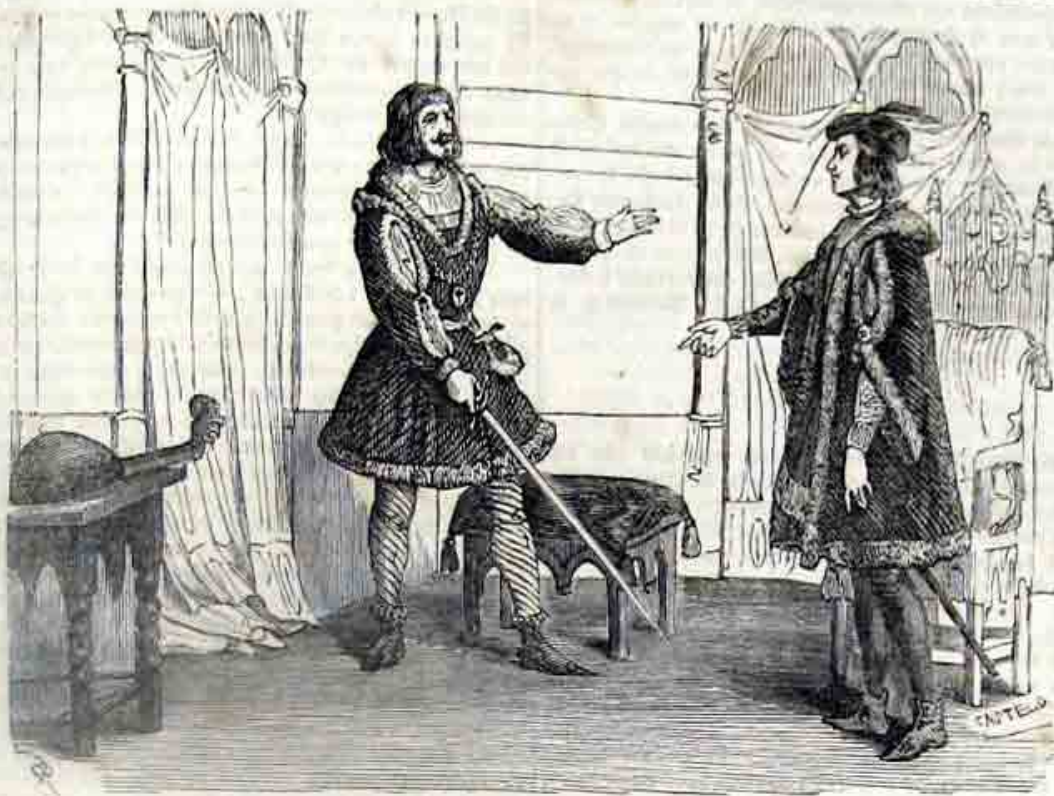
—Olvidad ese pensamiento, desechad esa idea que es vuestro tormento.

—Decis bien no hay tomento mayor que ser condeñado á aparecer sobre un trono como una fugaz exaltacion que cruza la esfera sin dejar la menor señal en pos de sí. Esta idea me arrebató, acalora mi cabeza.

Un largo silencio siguió á estas palabras. En vano las miradas del rey habian buscado las miradas de su amigo. Beltran con los ojos bajos, mudo, parecia confundido por su conciencia y aunque ningun movimiento revelaba la presencia allí de la esposa y de la querida del rey, le preocupaba el peligro que á cada instante podria tener la estancia del rey en su cuarto, era indispensable á toda costa alejarle de allí y libertar á la reina de la mortal ansiedad en que necesariamente debia encontrarse.

—Señor, le dijo, debeis retiraros. Pasar la noche en vela podrá alterar vuestra quebrantada salud.

—Estoy bueno, respondió el rey. La noche es de las mas apacibles del otoño. Necesito respirar el aire puro. En esa ventana cuyas vistas son sumamente agradables hablaremos con comodidad. Levantóse al mismo tiempo y se dirigia á la ventana cuya gran cortina habia dado un abrigo á la reina muerta de terror.



Aparta, te digo que la he de ver!

Beltran viendo el peligro, se puso delante del rey, y le dijo: El aire es demasiado fresco, os hará mal.

—No importa, contestó el rey, dirigiendo sus pasos á la ventana.

—Es imposible replicó Beltran poniéndose delante de él, y procurando detenerle.

—Estoy resuelto, dijo el rey con tono decidido.

Al mismo tiempo se oyó un grito detras de la gran cortina de terciopelo, que cubria la ventana y se oyó el golpe de una persona que caia al suelo, viéndose por debajo de la cortina la franja de un vestido blanco.

Beltran, dijole el rey entonces. He ahí el obstáculo que se oponia á que respirásemos juntos el aire del Purgatorio en esa ventana. Voy á ver tu linda dama. Beltran deteniéndole respetuosamente, le dijo en ademán suplicante.—Señor!

—Aparta te digo que la he de ver!

Beltran que comprendió todo lo terrible de su situación, que iba á perder á la reina, sacando la espada cerro el paso el rey, que quedó asombrado de su accion.

—O juro, le dijo, por Santiago de cuya orden soy gefe soberano que no pasareis de aqui, y al mismo tiempo trazó sobre el pavimento una linea con la espada.

—Maestre! temprano os revelais contra vuestro rey.

—Siempre obré como caballero. Esa muger que ha venido desfallecer el temor de vuestra vista, moriria de dolor, si llegárais á conocerla. Está en mi cuarto bajo mi protección.

—Su nombre al menos, repuso el rey lleno de curiosidad.

—Jamás. El que cobarde ó jactancioso revela el nombre de la muger que corresponde á su amor, es un villano, un traidor, un mal caballero.

—Sin duda es Guiomar: solo esa belleza pudiera interesaros el ocultarla de mí.

—Juro por esta cruz, que es una muger casada. Ved si me importa defender su honor.

—Tal vez la duquesa de...

—Señor no lo habeis de saber.

—El rey alargándole con afecto la mano se la estrechó diciéndole. He ahí el pundonor castellano. Asi me gusta. Yo te fio mis amores y tú me reservas los tuyos.

—El secreto de vuestros amores es el secreto de toda Castilla: el mio morirá en mi corazon.

—Hasta mañana! dijo el rey con ironica sonrisa: conozco cuanta habrá sido tu impaciencia durante mi visita, y yo que queria prolongarla toda la noche!!!!

Beltran fue á despedir al rey aunque sin salir de su aposento, pero en el momento en que despues de haber salido D. Enrique vuelto de espaldas á su cuarto desde la puerta le hacia una profundisima cortesia, doña Guiomar salió rápidamente de su escondite, corrió á la ventana de enfrente, tiró de la cortina, y vió á la desgraciada reina tendida en el suelo, pálida, privada de conocimiento.

Cuando Beltran volvió para ir á buscarla se dirigió á él con los ojos encendidos de cólera, lanzó una mirada de despecho á Beltran que quedó aterrado, confundido al ver descubierto el secreto de su corazon.

—Todo lo sé, le dijo. Te burlabas de mí, miserable!!! y sin aguardar su respuesta le volvió la espalda saliendo por la puerta principal.

—Mañana voy á partir con los caballeros de Santiago para mi fortaleza de Uclés, le gritó con voz trémula D. Beltran, doña Guiomar ifo contestó ni volvió la cabeza.

Juana á fuerza de los cuidados de Beltran volvió prontamente en sí el recuerdo de la terrible escena que acababa de pasar, el peligro que habia corrido reanimaba todos sus temores, las palabras que habia

oído despertaban sus remordimientos, la esposa criminal creía ver aun el fantasma acusador de su esposo, y su imaginación aterrada le representaba que su enemiga, su rival tenía en sus manos el terrible secreto de que podría prevalecer su maldad.

Todos ignoraron el suceso fatal de esta noche. Guiomar solo lo sabía, pero Guiomar no podía abusar de él sin perderse. La reina había estado oculta bajo la cortina de la ventana de la derecha. Doña Guiomar había estado escondida bajo la cortina de la ventana de la izquierda. Si la una era la esposa, la otra era la querida favorita del rey; y ambas se habían encontrado a deshora de la noche en el aposento de D. Beltrán de la Cueva.

III.

Al día siguiente, Beltrán trató de marchar con los caballeros de la orden de Santiago a la fortaleza de Uclés, pero el rey lo resistió tenazmente. Sin embargo, Beltrán conoció que era indispensable. Cuando en el corazón de las mujeres se despierta una pasión, miden su extensión, se alarman al principio, tratan de huir del peligro, y llaman en su ayuda la razón; todo es entonces dudas y combates, y no ceden sino llorando a su debilidad. Una vez conocida de las gentes su derrota, todo cambia de aspecto, callan los lloros, adormécense los remordimientos, y como su sola excusa está en el exceso de su pasión entregarse á ella con embriaguez, refugándose en su amor como en su único abrigo. La culpable esposa había resistido con todas sus fuerzas, y temiendo haber cedido á un sentimiento débil, á un capricho efímero, trataba para asegurarlo de que la ternura de su amante se manifestase con nuevas pruebas, porque le parecía ser menos culpable cuanto mas estaba apasionada, y la que mucho había sacrificado, se juzgaba con derecho á exigir muchos sacrificios de su amante.

Así que la reina buscaba la presencia de Beltrán, con una ansia capaz de alarmar á este sobre su mútua seguridad, espiaba sus pasos, gestos y palabras, zelosa de un bien que debía exclusivamente pertenecerle, y que tan caro había comprado á precio de su tranquilidad y de su honor.

Doña Guiomar cruelmente engañada, herida en su vanidad, no había olvidado una ofensa que jamás perdonan las mujeres, y todo debían temerle la reina y Beltrán de ella, sino de una venganza calculada al pronto, al menos de alguna indiscreción de aquellas que revelan después inmediatamente la verdad. Así don Beltrán vigilado por esta parte se conducía con la mayor reserva, tratando con estudiada indiferencia á la reina que se alarmaba de su frialdad, pues evitaba cuidadosamente el hallarse á solas con ella, viendo ordinariamente á su real querida en la cámara del rey.

Este resistía siempre el dejar marchar de su lado á don Beltrán, pero una invasión de los moros del reino de Córdoba y Sevilla en las fronteras de Castilla, vino á servir poderosamente á sus intentos. Marchó don Beltrán al frente de sus caballeros, y algunas tropas á contener sus correrías. Seis meses duró la expedición, y la corte de Castilla presentó un aspecto triste y sombrío de que vino á sacarla un suceso grande, muy ansiado en Castilla, y que debía influir altamente en sus destinos. La reina doña Juana iba á dar después de largos años de esterilidad un heredero á la corona de Castilla.

Un día que el rey estaba en su cámara rodeado de sus cortesanos, y mas contento que de ordinario el marqués de Villena le dijo:

—Vuestra alteza, está hoy mas satisfecho que nunca. Desde la partida del gran Maestre de Santiago nunca os vi tan alegre.

—Jamás he tenido iguales motivos de contento. Íñigo de Haro volvió de desempeñar su comisión en Alcalá. El maestre torna hoy victorioso de su expedición contra los moros de Córdoba.... tú has concluido un tratado de paz ventajoso con mi querido hermano y suegro Alfonso de Portugal.

—He empleado, replicó con afectada modestia, todas mis fuerzas para terminar en provecho de ambos pueblos las diferencias que de antiguo los dividen, y crea V. A. que me reputo feliz en tener la ocasión de prestaros este nuevo servicio.

—Yo tambien tengo un proyecto que ha de afirmar esta alianza. Y vos Juana, dijo después dirigiéndose á la reina, no me preguntais por la respuesta que ha traído Íñigo de Haro. Quiero pagaros la galanteria que habeis usado conmigo bordando asidua, y secretamente esta banda.... Pensábais ocultármela hasta que estubiese concluida.... no es verdad? Os sorprendí en tan grata ocupacion y confesásteis que era un don que destinábais á mi amor.... que de hoy mas será toda mi delicia..... El mensajero que envié al santo Diego de Alcalá, ese bendito religioso por quien el cielo ha obrado tantos prodigios, suplicándole me revelase la suerte de mi sucesor á la corona ha oído de la boca misma del Santo su divina inspiracion. Llegó á los últimos momentos cuando el portentoso lego tendido sobre una cruz de ceniza, rodeado de la comunidad penitente aguardaba con la muerte el premio de su virtud. Oyó la demanda de su rey en aquella hora solemne, alzó al cielo los ojos, é inspirado contestó á Íñigo de Haro. *Falved á Enrique y aconsejadle penitencia.... De Juana de Portugal nacerá una hija que será el germen de desastrosa guerra civil en Castilla. A Enrique sucederá una Princesa modelo de virtud cuyo poder no bastará á contener un mundo.* Quiso mas despacio preguntarle Íñigo de Haro.... pero el cántico de los moribundos que entonaban los religiosos, acompañó los últimos suspiros del santo.

—Creéis Enrique, dijo la reina, en esa prediccion?

—Yo creo firmemente en las palabras de los Santos, contestó el rey con tono firme y religioso.

—El marqués de Villena que no era tan decidido creyente como el rey replicó. El oráculo no es muy difícil de cumplirse. Si teneis una hija, la ley, la práctica inmemorial, constante de Castilla la llamará al trono de su padre.... la guerra civil es tan facil predecirla que hasta ahora todos los reinados anteriores al de V. A. han sido barto agitados. Vos mismo, señor, anunció con cierta ironía, tomásteis las armas contra vuestro padre D. Juan II.

—Marqués de Villena, no me recordeis una accion que me destroza el alma.

Un paje entró en este momento á anunciar la llegada del gran Maestre de la orden de Santiago, que habiendo dejado sus tropas se había adelantado una jornada para presentarse al rey. Diversos efectos causó este anuncio en el semblante de los cortesanos. Cualquiera hubiese podido notar la turbacion de la reina.

Entró D. Beltrán armado de pies á cabeza, y sobre su rica armadura el manto blanco donde campeaba airosamente la roja cruz de Santiago, alzó la visera del bruñido casco, dobló la rodilla y besó la mano del rey que alzándole afectuosamente del suelo le estrechó en sus brazos, diciéndole.

—Beltrán, ya se me hacia insoportable vuestra ausencia.

—Seis meses há que ni un solo momento he dejado de pensar en vos, y al mismo tiempo dirigió una expresiva mirada á la reina.

—Sin embargo, dijo el marqués de Villena con cierto tono de afectada cortesía, los habeis aprovechado. Sois tan buen guerrero como gallardo cortesano.

—Hemos sabido vuestras victorias, dijo tímidamente la reina que hasta entonces no había tomado parte en la conversacion.

—Si, la interrumpió el rey, me ha ganado las villas de Andojar, Baeza, Ubeda, y ha llegado hasta las murallas mismas de Córdoba devastando sus fértiles campiñas y talándolo todo.

—El hambre les hizo pedir la paz que en vuestro nombre les otorgué, contestó el Maestre.

—Cara se la habeis vendido, Maestre! exclamó con desdenosa sonrisa doña Guiomar.

Por un movimiento que no es fácil reprimir al ver atacada á la persona que se ama, salió á su defensa la reina y contestó mirando severa á Guiomar. Nada ha exigido para sí ni para los caballeros de su orden.

—Cierzo, dijo el rey, y me recordais la deuda en que estoy.... Concedo á vuestra orden las alcabalas, y los diezmos del terreno conquistado, y á vos os reservo por premio estos brazos, y al mismo tiempo le esticécho afectuosamente en ellos, y os hago merced de la orden de la Banda.... para probaros cuanto es mi afecto os encargo está que la reina con sus propias manos ha bordado para mí.... Besadla la mano....

Beltran besó la mano de doña Juana que al mismo tiempo y en voz baja le dijo, llegó á su destino.... la bordaba para tí.

Torhados quedaron ambos por un momento, pero el rey los sacó de esta situacion, preguntando á don Beltran.

—Maestre, de vuestra gloriosa expedicion habeis vuelto enteramente libre? Habeis olvidado los amores de aquella dama cuyo coloquio vine á interrumpir una noche....

—Señor, esa pregunta, le interrumpió Beltran.

—Os parece indiscreta.... ya delante de estas damas sería poca galanteria hablar de amores que no inspirasen ellas.... No os atrevéis á esplotaros francamente.... lo veo, pero yo que no tengo ningun miramiento que guardar, responderé por vos. No, Maestre, vuestro corazon no se halla comprometido.

La reina respiró, pues temia si podria el rey sospechar algo de su pasion.

—Ha llegado el momento, continuó este, de verificar el proyecto mucho tiempo en silencio meditado, y que os ha de sorprender.

—Alguna nueva bondad de V. A.

—He querido ayudar los designios del marqués de Villena. Las diferencias que existian con el Portugal, han quedado terminadas por un tratado que ha concluido la politica.

—Falta solo que lo firmeis, señor, y me llenará de orgullo vuestra aprobacion, dijo el marqués como ministro.

—Hago aun mas.... he querido poner el sello á este tratado de paz con la alianza del hombre mas poderoso de Portugal...: en una palabra, os preparo Maestre un matrimonio brillante.

Un iris mortal se apoderó de la reina. Doña Guiomar dió los ojos clavándolos alternativamente en la reina, y en el Maestre para espiar el efecto que les causaba esta proposicion.

—Si, continuó el rey, la hija del embajador, el duque de Vasco. No es una belleza perfecta? ojos negros, penetrantes, talle esbelto.... á vos Juana qué os parece?

—Cierzo, contestó la reina pudiendo respirar apenas. Es una joven hermosa.... muy bella si.... ya lo habeis tratado Maestre.

—El maestre es muy hipócrita en amor, continuó el rey, yo se ciertas cosas.... estoy seguro que ya ha reparado en tantas gracias.... además es una de las herederas mas ricas de Portugal.... noble como el mismo rey, habeis enmudecido?

El Maestre en efecto parecia haber enmudecido, volvió en sí de su turbacion y con una sonrisa demasiado afectada dijo.

—Eso mismo me ha hecho callar. Quién soy yo? Qué podré ofrecer á esa jóven en cambio de tantas ventajas?

—Mi amistad, seiscientos mil escudos y un ducado en Castilla.

—Tantas mercedes á un hombre oscuro, murmuró con ira el marqués de Villena, sin embargo así se firmará mi tratado.

—Es preciso que esteis enamorado ó loco para renunciar estas ofertas, y yo se que no sois ni lo uno ni lo otro.

—La reina aguardaba con la mas viva ansiedad la contestacion del Maestre, este besando respetuosamente la mano del rey de rodillas, se levantó diciendo.

—Por lo mismo las reuso.

Dudó el rey si habia oído bien, brilló un rayo de contento en el rostro de la reina, y Guiomar siempre observadora aienta se dispuso á sacar partido de esta insinuacion para su venganza.

—Decis preguntó el rey, que las reusais.... haceisme una afrenta, añadió despues tomando un ademan severo, contando con vuestro consentimiento, he dado al duque mi palabra real.... pensadlo bien, Maestre porque ya no me está bien, ni la puedo revocar.

—Mi corazon, respondió tartamudeando el Maestre.

—Vuestro corazon! Me habrá engañado! tal vez un amor caballeresco le exalta hasta ese punto. Yo indagare caal es el móvil de ese sentimiento que os hace renunciar tanta fortuna. Yo descubriré donde se oculta esa hermosa desconocida que os hace resistir mi voluntad. La reina.... ó doña Guiomar podrian solo en Castilla merecer de un hombre tanto sacrificio.

Juana temblaba llena de terror, pero el rey al pronunciar con tono firme las últimas palabras, habia dirigido su vista á doña Guiomar de quien recelaba algun tanto.

—Como habil cortesana, y muger ultrajada no quiso esta dejar afirmar estas sospechas antes bien creyó ver una ocasion de revelar el fatal secreto que encerraba en su corazon, sin hablar precisamente una palabra de él.

—Señor, respondió con despique, vuestras ofertas son magníficas, y el Maestre aunque muy galan no las rehusaria sin un amor correspondido: examinad, añadió despues con la mayor intencion, el semblante de vuestras damas y conocereis fácilmente al objeto de su adoracion. La que viereis estremecerse al oír hablar del matrimonio del Maestre, la que veais pálida y temblando bajar la cabeza para ocultar su turbacion dispuesta á desmayarse... esa, esa señor es el objeto verdadero de su ardiente pasion....

La reina en efecto se hallaba casi á punto de desmayarse. Beltran midió de una sola mirada el gran peligro que amenazaba, y se resolvió á salvarla. Con tono firme interrumpió á su enemiga que habia jurado vengarse de él, y que se hallaba en posicion de hacerlo impunemente en aquel momento.

—Quién os ha hablado de amor?... No me ha dejado concluir V. A. decia, que mi corazon.... era demasiado altivo para humillarse á recibir por esposa á una muger de quien nunca podré ser igual.

—Bah! y era esa toda vuestra repugnancia, dijo el rey frotándose las manos! con un movimiento de alegría. Entonces yo os haré decidir. Mi voluntad se cumplirá.

—Y se firmará mi tratado, añadió el marqués de Villena por lo bajo.

—Dentro de unos dias marcharé á Lisboa á pedir al duque la mano de su hermosa hija.

—Es inútil, el duque está en Valladolid en mi Palacio mismo.

—Le veré mañana.... o pasado mañana.

—Podeis verle ahora mismo.... le estoy aguardando.

—He caído en el lazo, dijo entre sí Beltran.... no hay evasión alguna!

El rey dirigiéndose al marqués de Villena, le dijo. Marqués de Villena, avisad al duque de Viseo, que espero me presente las condiciones de la paz con Portugal, y añadidle que le espera tambien conmigo su yerno el duque de Alburquerque.

—Señor! exclamó el Maestre arrojándose á sus pies.

—Tambien vos me interrumpis. Alzad duque de Alburquerque, señor de Cuellar, Atienza y Roa.... tomad por ahora estas villas para vuestro acostamiento...

El marqués de Villena cuyo caracter envidioso se habia dado ya á conocer, salió á cumplir el mandato del rey pensando entre sí en qué vendria á parar tanta elevacion.

La reina cuya posicion era en extremo violenta se apresuró á aprovecharse de esta ocasion para retirarse con sus damas.

—Os felicito por vuestro enlace, dijo al marchar á Beltran, puede satisfacer la mas alta ambicion, sed feliz muy feliz, gran Maestre.

—Llamadle duque, señora, dijo el rey.

—Todavía no lo soy, replicó el maestre.

Al salir de la régia estancia con la reina, doña Guiomar con una insolente é irónica mirada dirijiéndose á don Beltran, le dijo:

—Yo tambien os doy el parabien, señor duque!!!

Pocos momentos despues un page anunció la llegada del duque de Viseo, que inmediatamente se presentó al rey. Adelántase afectuosamente á recibirle.—Os aguardaba, le dijo, con impaciencia.... El duque de Alburquerque, el gran maestre de Santiago, acepta el honor que le dispensais enlazandole con vuestra hija. Yo en su nombre os doy las gracias y os acreditaré cuán satisfactoria me es esta union.

—V. A. lo ha dispuesto todo y yo he tenido un placer en conformarme con su voluntad, respondió el duque; viendo el maestre que el rey tomaba en la mano el pergamino y el sello real que iban en algunos minutos á decidir de su existencia, cuando el rey tenia la pluma en la mano para firmar su contrato matrimonial.—Permitidme, le dijo deteniéndole, que os dé una prueba de mi agradecimiento en presencia del duque. Esta union que colma mi felicidad, que me llena de orgullo, no ha de ser preferida á vuestros intereses. Firmad primero la paz con Portugal.... despues mi matrimonio.

Arqueó el duque las cejas, pero habil diplomático disimuló su disgusto.—Me es indiferente. El marqués de Villena ha estendido el tratado.

El rey cojiendo la pluma dijo. Ahora mismo quedará concluido, y se disponia á firmarla ya, cuando el Maestre le detuvo nuevamente, diciéndole.

—Un momento, V. A. no leerá siquiera las bases del tratado? El señor duque tendria un placer en leerlas.

—Con mucho gusto. Cogió el tratado el duque y comenzó á leer. *Castilla cede á Portugal para siempre...*

El rey á quien comenzaba á fastidiar tanta dilacion y que se veia amenazado de oír la larga lectura de un tratado, interrumpió al embajador.

—Es inútil os tomeis ese trabajo, Villena lo habrá visto bien.

—Inútil ese trabajo! exclamó el Maestre, y se trata de enagenar una porcion del territorio de Castilla.

—Sabed replicó el embajador que por indemnizacion se reserva mi rey esta pequeña porcion de territorio.

—Pequeña porcion!!!... y es la mas rica y poblada de Castilla que la fertiliza el Duero!

—Mirad señor, dijo aproximándose al rey, y desplegando ante sus ojos la carta geográfica de Castilla..... aquí la teneis pintada. Debeis ceder todo este terreno que cine una faja encarnada.

Enrique no sabia que pensar siguiendo sobre la carta las líneas que le trazaba el dedo del Maestre, no pudo menos de sentir en su corazon la pérdida del fértil pais que querian arrebatarle, y se admiraba de que el marqués de Villena hubiera podido prestarse á tan exageradas concesiones, esperaba con placer tal vez que su favorito, en la discusion con el embajador, recuperase alguna parte.

—En efecto, dijo, podrá haber algun error.

Los ministros de V. A. lo han mirado bien, contestó el Embajador, lo han juzgado indispensable, y tal es añadió despues con toda la arrogancia portuguesa la voluntad del rey de Portugal.

—Y el rey de Castilla aqui presente no tiene tambien su voluntad? No puede anular la disposicion de sus ministros?

—Duque de Viseo, duque de Alburquerque, dijo el rey, mediando entre los dos en cuyos rostros se veia pintado el orgullo y la irritacion. Todo puede componerse, que esta querella politica no altere vuestras relaciones, recordad que sois padre é hijo.

—Soy castellano, replicó el Maestre animándose cada vez mas, y las bases del tratado se resienten de haberse sacrificado los intereses del pais á la influencia estrangera.

—Qué os atreveis á decir?

—En vano continuó el Maestre levantando cada mas la voz, en vano se lanza á la lucha invencible el Leon de Castilla contra el Agareno, si dócil ha de dejar arrancar de sus garras por un principe cristiano el terreno con tanta sangre recobrado! Perdereis por un solo golpe de pluma lo que costó cien batallas ganar?

El calor con que el Maestre pronunció estas palabras hizo una impresion grande en el ánimo del rey, sus temores despertados al par que su orgullo siguieron la impulsión que el Maestre les daba: el representante de Portugal le pareció su mas terrible enemigo. El duque de Viseo, podia apenas dominar su cólera.

—Duque de Alburquerque, gritó, temed que vuestra oficiosidad no ocasione un rompimiento.... temblad de ofender á Alfonso de Portugal!!

—Duque de Viseo! temblad de escitar la cólera de Enrique de Castilla!

—Tranquilizaos, les gritó el rey, pero ya no era tiempo, la cólera habia llegado en ambos al último extremo.

—Será nulo el tratado? dijo el Embajador dirigiéndose al rey.

—Decididlo, duque de Alburquerque contestó el rey entregándole el pergamino donde se hallaba escrito.

—Pues queda roto desde este momento, dijo el Maestre rasgandolo en el acto.

—Perdereis la alianza de Portugal.

—Tendremos la de Francia.... la de Navarra?

—Señor, queréis la guerra.

—Jamás la he rehusado.

—Permitidme marchar á Lisboa.

—Salid hoy mismo de la corte de Castilla.

—Veinte caballeros, dijo el Maestre, os acompañarán hasta la frontera.

El duque de Viseo lanza una mirada feroz al Maestre, y una sonrisa desdeñosa de compasion al débil Monarca, y salió haciendo una fria reverencia de la cámara real.

Aturdido el rey con la escena que acababa de presenciar apenas volvía en sí de su admiracion. Bravo modo de concluir un tratado matrimonial! exclamó. Un tratado de paz y un casamiento deshechos en un instante. Ah! Maestre cuanto os debo! y os juro que lo siento solo por vos.

—Yo no lo siento, señor, he cumplido con mi deber, he sostenido vuestro derecho.

—Demasiado! Tal vez os costará salir de nuevo al tiempo.

—Nada importa, vos vendreis á mi lado y la victoria coronará nuestro esfuerzo, pero os habeis alterado, y V. A. debe retirarse á descansar.

—Pasaron á la cámara de la reina, y al ver á esta el Maestre en voz baja, la dijo:

—Ya estareis desengañada, no soy ambicioso.

—Y ese matrimonio?

—Lo he roto.

—Como?

—He declarado la guerra á Portugal.

—Ah! y mi padre?

—Yo repararé ese golpe.

El rey se había recostado sobre un ancho sillón, fatigado al parecer de la entrevista anterior.

Un page entró, y anunció desde la puerta al marqués de Villena.

—El ministro! dijo la reina al Maestre en voz baja.

—No había pensado en él, contestó sobresaltado el Maestre.

—Decid al marqués que no puedo ahora recibirle, dijo el rey al page desde el sillón.

Pero el marqués de Villena se hallaba ya en la puerta de la cámara sin esperar el permiso del rey, y al oír sus palabras,

—Sin embargo, le dijo, es preciso que os hable en este momento; un negocio del estado.

—Estoy fatigado ya de trabajar en los asuntos del reino hoy. Necesito descanso.

—V. A. me escuchará, replicó friamente el marqués..

—Yo me escuchará y no saldré de vuestra presencia sin manifestaros los peligros á que os espono un inconsiderado favorito. No temo incurrir en vuestra desgracia, pero sí provocarla.

El rey descontento, pero detenido por esta firmeza, miró al marqués con sorpresa, y leyó en su severo semblante una resolución decidida, y entonces se resignó á una conferencia cuyo objeto preveía.

El Maestre que conocía también el fin que motivaba la entrevista, saludó al rey, y dirigiéndose al marqués le dijo:

—Mi presencia podría seros importuna.... Podeis hablar con toda libertad.

En vano el rey le hizo una seña para que se quedase allí, afectó no comprenderla. La reina y sus damas, salieron tambien, y dejaron solo al rey con el ministro.

Un momento permanecieron en silencio, hasta que el marqués lo rompió diciéndole:

—Es cierto que un tratado político por diez meses concluido laboriosamente, fruto de lealtad y continuas negociaciones ha sido en un momento hecho pedazos por la osada de un joven inesperado, cuya ciencia consiste solo en lucir su talle sobre un brioso alazan en los torneos, y galantear á vuestras damas?

—Despacio, marqués de Villena.... no habeis de esa manera.... La acción de que os quejais es solo mia, entiendo yo, lo entendeis? Sera un capricho si quereis, pero debéis respetar los caprichos de vuestro rey.

—No, señor.... no, os engañais. V. A. es incapaz de semejante veleidad. Esta desgracia es solo el preludio de que la misma mano prepara á nuestra desgraciada patria.

—Pero....

El marqués continuó con mas fuerza.—Vuestro padre D. Juan II abandonó ciegamente la suerte del reino, y del reino á un favorito, á un hombre que de la nada había elevado á la cumbre de la grandeza de Castilla.... á D. Alvaro de Luna... le nombró duque.....

Condestable.... gran maestre de Santiago.... lo mismo que vos habeis hecho con D. Beltran. El pueblo se indigna, vos mismo, señor tomásteis las armas. Las cor-

tes del reino condenaron su conducta. D. Alvaro fué separado del lado de vuestro padre, pero su ceguedad le llamó de nuevo menospreciando el voto nacional. Don Juan perdió el amor de su pueblo.... y el rey hizo degollar en público cadalso al objeto de su predileccion. Mirad no prepareis igual paradero á la elevacion de vuestro amigo.

El rey con un gesto de horror exclamó.—Jamás, jamás.

—Mientras pude seros útil estuve siempre á vuestro lado; en el campo de batalla, en el palacio, fui siempre vuestro mejor vasallo. Hoy al destruir el acto, que os lo confieso era el fruto de la mas previsora política habeis roto el vínculo de confianza que nos unia, permitidme que me retire, y ponga á vuestros pies el cargo de Condestable.

—Marqués!

—No, el orgullo me hace obrar así.... aunque ofendido el amor propio de un rico-hombre de Castilla de ceder el poder á un aventurero sin mas título que vuestra excesiva bondad, hubiera en silencio sacrificado mi resentimiento á vuestra gloria, si este hombre fuese capaz de salvar el estado de las borrascas que van á agitarlo, porque os lo juro, señor, yo no le aborrezco. Pero su ambicion hasta ahora contenida, amenaza invadirlo todo, y aunque yo pudiera dividir con él el poder, conozco mi impotencia para evitar los males y no quiero responder de ellos á Dios ni á los hombres, y me he determinado á separar mi causa de la suya.... y de la vuestra tambien. Solo una palabra.... una palabra sola puede retenerme á vuestro lado. Yo la imploro de V. A. cualquiera que sea la idea que os dé este paso de mi. Debeis conocerme y sabeis que os he sacrificado mas de una vez mi vida.... mas aun.... mi reputacion. Por vos, por Castilla, no por mí, pronunciad esta palabra, os lo suplico. Decidme que alejareis de Palacio á ese peligroso joven, y os consagraré con alegría el resto de mi vida.

Al hablar así el marqués se arroja á los pies del rey, le coge las manos, las estrecha entre las suyas trémulas de emocion. El anciano ministro, suplicando de rodillas por la primera vez á nombre de tan altos intereses era mas respetable en esta humilde actitud que lo habia sido nunca rodeado de todos los homenajes del poder.

El rey visiblemente conmovido desasíó sus manos de las del marqués diciéndole con voz débil:

—Levanta. Tus servicios me son necesarios pero la amistad del Maestre es indispensable á mi corazon.

—Alzóse del suelo el marqués de Villena con dignidad.—Basta, señor... he cumplido mi deber: os he dicho la verdad, os he advertido el peligro. Mi conciencia está tranquila. Cómplase la voluntad de Dios. El guarde á V. A. y os haga feliz.

Dió algunos pasos para salir pero al volverse aun para mirar al rey, le vió cubrirse la cara con las manos para ocultar su enternecimiento, y volvió otra vez hacia él.

—No debia yo separarme así de Enrique IV.... del amigo de mi juventud.... del hijo de mi bien hechor. Tal vez algun dia os aflijirá la desgracia. Pluguese al cielo que sea vano mi presentimiento, tal vez os vereis vendido por los que os rodean, y á quienes mas amais; y entonces solo, desgraciado, exclamareis: Villena! mi fiel Villena, donde estais!.... Pues bien señor, yo estaré allí.... volveré.

El rey le tendió la mano y sintió caer en ella una lágrima al tiempo de besársela el marqués.

—Pero entonces, continuó este, tal vez os impedirá el rubor confesar que os habeis equivocado, y que yo tenia razon; para evitaros esta confesion humillante tomad este anillo que me entregó vuestro padre como prenda de su amistad el dia en que mis esfuerzos logra-

ron terminar la guerra civil, y reconciliaros con él. Desde entonces no he dejado ni un solo día de llevarlo siempre conmigo. Me recordaba la memoria del padre, los deberes para con mi rey su hijo. Tomadlo, señor. Si algún día teneis necesidad de mí, enviadme este anillo. Su vista será una orden inviolable.... obedeceré.... sin preguntar y sin hablar una sola palabra seguiré al que me lo presente.... volveréis á ver á vuestro lado á vuestro mejor amigo, á vuestro mas fiel vasallo.

Al mismo tiempo colocó el anillo en el dedo del rey, le tomó la mano y la apretó contra su corazón.

—Plegue al cielo que nunca mas vuelva á mi poder este anillo... y que esta despedida sea hasta la eternidad. Y se marchó apresuradamente sin volver la vista atrás.

Doña Guiomar que iba á entrar en la cámara real en el momento en que el marqués de Villena se despedía decididamente del rey y le entregaba el anillo, se paró á la puerta situada á la espalda del marqués y del rey de quienes no podía ser vista, oyó sus últimas palabras, consideró atentamente el anillo, y revolviendo en su cabeza mil planes de venganza decia en su interior.—Ah! precioso anillo, tú vendrás á mi poder.

Entró despues en la cámara del rey aun afectado con la entrevista última de Villena, se arrojó en sus brazos exclamando:

—Guiomar! Guiomar! que infeliz soy! todos me abandonan.

—Yo nunca os abandonaré, le contestó la artificiosa cortesana procurando templar su dolor.

IV.

Cerca de dos años habian pasado despues que el marqués de Villena se habia retirado de la corte de Castilla. Beltran le habia sucedido en todos sus cargos, y su poder apoyado en la amistad que le dispensaba el debida monarca, y en el afecto de la reina llegaba á su apogeo. Tena en su poder el sello Real y aun mas tarde las órdenes se ejecutaban sin mas que su firma. La corte presentaba un nuevo aspecto no obsiante haber nacido una heredera del trono, y que por esse acontecimiento se habian celebrado santuosas y variadas funciones veíase en ellas en vez de la alegría que escitan siempre en el pueblo un sombrío silencio prelude seguro de desastres. Una parte de la nobleza se habia voluntariamente á imitación de Villena retirado á sus tierras y castillos. Otros propalando las voces mas ultrajantes al rey y á la reina habian osado poner en duda la legitimidad de la princesa heredera del trono, y ó habian levantado manifestamente el estandarte de la sedición y la revuelta, ó se aprestaban secretamente á ello esperando ocasion segura y oportuna. En vano procuraba D. Beltran imponer al pueblo desplegado al rededor del trono gran fausto y magnificencia que contrastaba con la miseria general. Las partidas de caza eran muy frecuentes, y muy del gusto de la reina y de D. Beltran porque no asistiendo el rey por lo regular á ellas les ofrecia los medios de estar juntos substrayéndose á las miradas é indiscretas sospechas de los cortesanos. Nada mas bello y animado que estas cacerías en que la jóven reina rodeada de la flor de los ricos-hombres de Castilla animaba con la voz y con el ejemplo á la multitud agrupada en su rededor: tranquila é intrépida sobre su cabalgadura en medio del tumulto, de los relinchos de los caballos, de los ladridos de los perros, del sonido de las trompas de caza. Siempre la primera en salvar los obstáculos, en desafiarse los peligros no teniendo por rival infatigable mas que á su amante, magnífico, poderoso, jóven y atrevido como ella. Cuan hermosa estaba entonces la reina de Castilla.

Un día que se hallaban cazando en el bosque de Tor-

desillas, y que los monteros habian recibido como de ordinario la orden de marchar adelante sin cuidarse de ellos, un suceso imprevisto acabó de separar á la reina y á D. Beltran de toda la comitiva. Al atravesar un pequeño arroyo el caballo de la reina fogoso é intrépido se resistió á entrar en él y al querer obligarle se desbancó echando á correr por otro camino distante del que seguían los cazadores. D. Beltran metió espuelas á su caballo y siguió con igual velocidad el de la reina inquieto y alarmado temeroso de un accidente, pero sin poder pasar delante para cortarle el paso. Parecian dos hábiles jinetes disputando el premio en una carrera. Abandonáronse á merced de los caballos que al cabo de un cuarto de hora se detuvieron fatigados. Encontráronse en un sitio desconocido, la tarde era tempestuosa, y grandes gotas arrojaban la proximidad de un fuerte aguacero. Tendieron la vista para ver si descubrian algun sitio donde refugiarse, y solo vieron en medio del bosque el humo que se levantaba de una casa bastante cercana, y se determinaron á dirigirse á ella. D. Beltran aló antes los caballos á un tronco de un arbol, y dando la mano á la reina se encaminaron con gran presieza hacia la casa porque comenzaba ya la lluvia, y los truenos anunciaban estar encima la tempestad. Llamó á la puerta con grandes y repetidos golpes, reinaba dentro de ella el mas profundo silencio, volvió á llamar y nadie le respondió, asomándose entoaeces por una ventana que se hallaba abierta y solo á la altura de una vara del suelo, vió que la casa se hallaba absolutamente deshabitada.

—No hay nadie! y la tormenta arrecia á cada instante, y está ya encima de nosotros.

—Si nos hemos alejado demasiado de nuestra comitiva, contestó la reina.

—Estas ventanas están demasiado bajas, apoyaos en mí, es fácil penetrar en esta habitacion y guarecernos de la tempestad. Es una nube de verano.

Al mismo tiempo tomando en brazos á la reina la ayudó á entrar en la habitacion, y reconociéndola dijo D. Beltran:

—Esta casa está enteramente sola.... Aquí hay una puerta cerrada, y no se oye nada, nada absolutamente. Aquí podremos aguardar á los monteros los caballos que hemos dejado en el camino á la entrada de la senda del bosque que conduce á esta casa les servirán de guía para encontrarnos. Temblé por vos y os he seguido pero al alcanzaros ya habiamos perdido de vista á vuestra comitiva, la tempestad nos sorprendió, y ha sido preciso buscar un refugio.

—Un refugio, decís bien: en las agitaciones que perturban á Castilla bien necesita la reina de un asilo.

—Siempre triste, siempre melancólica. Desde que habeis dado una heredera á la corona de Enrique ha huido la paz de vuestro corazón, en donde quiera recelais peligros y traiciones.

—Como no recelar Beltran! dijo la reina dando un tristísimo suspiro, si terminadas apenas las justas y torneos, los festines que el rey hizo celebrar por el nacimiento de su hija, muchos de los ricos-hombres de Castilla han levantado el grito de la rebelion contra ella; han puesto en duda la legitimidad de su nacimiento, y reclaman por Príncipe heredero á Alfonso el hermano menor de Enrique mi esposo.

—El rey recibió el mensaje que don Pedro Girón Maestre de Calatrava, y los condes de Alba y de Plasencia cabezas de conspiracion, le han dirigido desde Villacastin y ha puesto la decision de tan grave negocio en manos de cuatro árbitros, dos nombrados por los conjurados y dos por él mismo.

—No se aquietaron con la sentencia.

—Una hábil mano, un hombre avezado á la sedición, y ejercitado en la intriga, los dirige aunque sin mostrarse abiertamente.

—El marqués de Villena! exclamó dolorosamente la reina.

—Yo he adoptado un recurso que tal vez aplacará la rebelion. El Papa Paulo Segundo, accediendo á mis súplicas ha lavado sobre los conjurados, y ha enviado un Nuncio que los invite á la paz.

—Añaden, dijo la reina con religioso terror, que desde su silla ha predicho un castigo terrible aterrador.

—Sí, contestó sonriéndose Beltran, una profecía que yo haré cumplir y que nos ha de ser sumamente útil.

—Que el jóven Alfonso por pecados ajenos moriría temprano y de repente.

—Ese pronóstico vale por un ejército; su realizacion por tres victorias.

—Ah! Beltran, dijo la reina llena de fuego apoyándose en su brazo, el porvenir de mi hija tal vez depende de él.

—Cuanto la amais!!

—Si la amo! dijo la reina poseida del mayor entusiasmo. A mi seno largo tiempo estéril no concedió una hija el cielo sino despues de haberle hecho violencia con mis plegarias, con las de un pueblo entero. Desde entonces tú lo sabes, me he alejado del tumulto de la corte, del busto, de los vanos placeres de la sociedad, porque vida en que nació mi Juana, yo he muerto para la tierra, para todo el género humano, excepto para ti, Beltran. Yo solo veo á ella y á ti en el universo. La revolucion que agita á Castilla, el fuego de la guerra civil que devasta los pueblos y conmueve mi trono, no me alia cuando estoy sentada junto á su cuna, tanto como cuando rápido de un leve insecto que padiera perturbar su inocente sueño. La desgracia que sobre mi frente ha arrojado su nacimiento, me la hace mirar como tan interesante, y las penas que sin saberlo me causa encienden mi amor....

La reina interrumpió repentinamente sus palabras segun en la habitacion que estaba cerrada se oyó ruido de traste, pasos, y despues sintieron meter una llave en la cerradura.

—Silencio! dijo Beltran, viene gente,... van á abrir la puerta.

—Tal vez nos habremos entregado nosotros mismos en manos de nuestros enemigos.

—Ocultos podremos verlo todo, nada temais, yo os defenderé á todo trance.

En efecto, apenas se habian ocultado la reina y don Beltran en uno de los cuartos de la casa que parecia al principio deshabitada, cuando se abrió la puerta de la habitacion que se hallaba cerrada, y de ella salieron varios hombres que por su traje humilde parecian gentes del pueblo, y una muger que debia de ser la ama de la casa.

El uno de ellos llamado Jacobo dirigiéndose á los otros les dijo mirando ya despejado el cielo.

—La tempestad ha pasado, amigos míos.

—Hasta luego, dijo despidiéndolos otro llamado Alvaro.

—Antes un abrazo Jimena, dijo Jacobo dirigiéndose á la muger de la casa que rechazó sus caricias, ó un beso! que os he de dar dos á la fuerza. Oia! oia! sois mas orgullosa que una reina. Ya lo creo, dicen que la muger no se hace de rogar con ese Beltran de la Cueva á del infierno.

El Maestro al oír esto quiso salir del sitio donde con la reina se hallaba oculto; pero la reina le detuvo agarrándose á su brazo y diciéndole en voz baja. Quédate aqui conmigo y escuchemos.

—Con que Jimena, continuó Jacobo, un beso sin escrupulo, ese es un buen ejemplo.

—Silencio, le gritó Alvaro. Jacobo, deja tranquila á la reina, y no vuelvas en mi presencia á hablar mal de la reina, y al mismo tiempo le apretó fuertemente el brazo.

Si es cierto lo que dicen de ella no es tanta su culpa como la de ese maldito mancebo á quien ya se le aproxima la hora de pagar en el infierno su pecado.

—Ya lo creo, replicó Jacobo, y qué ageno estará el con la reina en Tordesillas de lo que les preparamos.

—Chit!.... no seas hablador, y está puntual esta noche en la torre del Duero.

Allí vereis nuestros señores, á las doce, cada uno dará su contraseña, y su nombre al entrar.

—No faltaré, contestó Jacobo. aqui tengo la mia, y la enseñé al mismo tiempo.

—Y nosotros tambien respondieron los demas. A Dios!

—Yo me quedo á esperar á mi hijo que me ha de acompañar tambien. Marcháronse los hombres, retiróse á la pieza de donde habia salido la tia Jimena murmurando entre dientes.—Yo me voy á arreglar lo que ese diablo de Jacobo ha descompuesto en la habitacion. Es mucho hombre! en bebiendo un poco de vino ya no se le puede aguantar!

Alvaro se recostó sobre una silla diciendo al mismo tiempo.—Estoy cansado, readido.... y esta noche que deberé pasar en vela.... con esta irán ya seis que no se han cerrado mis ojos.

El cansancio no tardó en efecto en hacerle dormir profundamente. Todo quedó en silencio.

Beltran mirando á la reina que aun no habia vuelto en sí del susto y sobresalto que le causó la aparicion de aquellos hombres y sus atrevidas y descompuestas palabras.

—Me aqui, la dijo, una revelacion que no esperaba. Una tempestad que nos denuncia una conspiracion.

—No es ese descubrimiento contestó llena de dolor la reina, Beltran el que mas aflige tu corazon.

—Es verdad: cien veces he estado por salir y abogar con sangre la voz de aquel infame que se atrevió á pronunciar vuestro nombre con su maldiciente lengua... Ah! maldito el dia en que me visteis, señora, sin mi hubierais sido respetada, idolatrada del pueblo.

—Que me importa, contestó la reina despues de un momento de silencio, lo que digan de mí! No se yo mejor que ellos mi desgracia. Ah! lo que ellos no pueden comprender, lo que no saben, los que únicamente ven mi culpa es que mi corazon ha luchado largo tiempo, que mis lágrimas han arrasado mis ojos, que el remordimiento ha destrozado mi alma, que el esposo que debia sostener mi virtud me ha abandonado. Ellos no saben esto y te acusan de haberme seducido. Desean tu muerte, y tu vida es necesaria, para mí es mi existencia.

—Yo impediré sus designios. Quedaos un momento aun aqui, ese hombre que tranquilo ronca podria despertar. El tiempo urge.

—Nuestros cazadores no parecen.

—No deben de tardar.... el tiempo se ha despejado.

Don Beltran salió del aposento donde se hallaba escondido, se dirigió á la silla donde estaba Alvaro, y le despidió tocándole familiarmente en el hombro diciéndole:

—Buen hombre!

—Despertando de improviso echó este mano á su puñal, y levantándose azorado miró á don Beltran á quien con tono brusco preguntó.

—Qué es eso? Quién sois? Quién os ha mandado venir aqui?

—Nadie, le contestó con la mayor sangre fria.

—Lo creo. Solo la casualidad nos puede proporcionar semejantes visitas. Vuestras manos demasiado blancas no están ejercitadas en el trabajo, y llevais en vuestros vestidos mas oro que nuestras familias ganan en toda su vida.

—Soy un caballero de la comitiva de la reina, que habiendo sido arrojado por mi caballo desbocado en la

—El marqués de Villena! exclamó dolorosamente la reina.

—Yo he adoptado un recurso que tal vez aplacará la rebelion. El Papa Paulo Segundo, accediendo á mis insinuaciones ha lanzado sobre los conjurados, y ha enviado un Nuncio que los invite á la paz.

—Añaden, dijo la reina con religioso terror, que desde su silla ha predicho un castigo terrible aterrador.

—Sí, contestó sonriéndose Beltran, una profecía que yo haré cumplir y que nos ha de ser sumamente útil.

—Que el joven Alfonso por pecados ajenos moriria temprano y de repente.

—Ese pronóstico vale por un ejército; su realizacion por tres victorias.

—Ah! Beltran, dijo la reina llena de fuego apoyándose en su brazo, el porvenir de mi hija tal vez depende de él.

—Cuanto la amais!!

—Si la amo! dijo la reina poseida del mayor entusiasmo. A mi seno largo tiempo estéril no concedió una hija el cielo sino despues de haberle hecho violencia con mis plegarias, con las de un pueblo entero. Desde entonces tú lo sabes, me he alejado del tumulto de la corte, del fasto, de los vanos placeres de la sociedad, porque el día en que nació mi Juana, yo he muerto para la tierra, para todo el género humano, excepto para ti, Beltran. Yo solo veo á ella y á ti en el universo. La revolucion que agita á Castilla, el fuego de la guerra civil que devasta los pueblos y conmueve mi trono, no me ataca cuando estoy sentada junto á su cuna, tanto como el viento rápido de un leve insecto que padiera perturbar tu inocente sueño. La desgracia que sobre mi frente ha arrojado su nacimiento, me la hace mirar como mas interesante, y las penas que sin saberlo me causa acrecientan mi amor....

La reina interrumpió repentinamente sus palabras porque en la habitacion que estaba cerrada se oyó ruido de gente, pasos, y despues sintieron meter una llave en la cerradura.

—Silencio! dijo Beltran, viene gente,... van á abrir esa puerta.

—Tal vez nos habremos entregado nosotros mismos en manos de nuestros enemigos.

—Ocultos podremos verlo todo, nada temais, yo os defenderé á todo trance.

En efecto, apenas se habian ocultado la reina y don Beltran en uno de los cuartos de la casa que parecia al principio deshabitada, cuando se abrió la puerta de la habitacion que se hallaba cerrada, y de ella salieron varios hombres que por su traje humilde parecian gentes del pueblo, y una muger que debia de ser la ama de la casa.

El uno de ellos llamado Jacobo dirigiéndose á los otros les dijo mirando ya despejado el cielo.

—La tempestad ha pasado, amigos míos.

—Hasta luego, dijo despidiéndolos otro llamado Alvaro.

—Antes un abrazo Jimena, dijo Jacobo dirigiéndose á la muger de la casa que rechazó sus caricias, ó un á Dios! que os he de dar dos á la fuerza. Oia! oia! sois mas orgullosa que una reina. Ya lo creo, dicen que la nuestra no se hace de rogar con ese Beltran de la Cueva ó del infierno.

El Maestro al oír esto quiso salir del sitio donde con la reina se hallaba oculto; pero la reina le detuvo agarrándose á su brazo y diciéndole en voz baja. Quédate aqui conmigo y escuchemos.

—Con que Jimena, continuó Jacobo, un beso sin escrupulo, ese es un buen ejemplo.

—Silencio, le gritó Alvaro. Jacobo, deja tranquila á mi tia, y no vuelvas en mi presencia á hablar mal de la reina, y al mismo tiempo le apretó fuertemente el brazo.

Si es cierto lo que dicen de ella no es tanta su culpa como la de ese maldito mancebo á quien ya se le aproxima la hora de pagar en el infierno su pecado.

—Ya lo creo, replicó Jacobo, y qué ageno estará el con la reina en Tordesillas de lo que les preparamos.

—Chit!.... no seas hablador, y está puntual esta noche en la torre del Duero.

Allí vereis nuestros señores, á las doce, cada uno dará su contraseña, y su nombre al entrar.

—No fallaré, contestó Jacobo. aqui tengo la mia, y la enseñé al mismo tiempo.

—Y nosotros tambien respondieron los demas. A Dios!

—Yo me quedo á esperar á mi hijo que me ha de acompañar tambien. Marcháronse los hombres, retiróse á la pieza de donde habia salido la tia Jimena murmurando entre dientes.—Yo me voy á arreglar lo que ese diablo de Jacobo ha descompuesto en la habitacion. Es mucho hombre! en bebiendo un poco de vino ya no se le puede aguantar!

Alvaro se recostó sobre una silla diciendo al mismo tiempo.—Estoy cansado, readido.... y esta noche que deberé pasar en vela.... con esta irán ya seis que no se han cerrado mis ojos.

El cansancio no tardó en efecto en hacerle dormir profundamente. Todo quedó en silencio.

Beltran mirando á la reina que aun no habia vuelto en sí del susto y sobresalto que le causó la aparicion de aquellos hombres y sus atrevidas y descompuestas palabras.

—¿Ve aqui, la dijo, una revelacion que no esperabamos. Una tempestad que nos denuncia una conspiracion.

—No es ese descubrimiento contestó llena de dolor la reina, Beltran el que mas aflige tu corazon.

—Es verdad: cien veces he estado por salir y ahogar con sangre la voz de aquel infame que se atrevió á pronunciar vuestro nombre con su maldiciente lengua... Ah! maldito el día en que me visteis, señera, sin mi hubierais sido respetada, idolatrada del pueblo.

—Que me importa, contestó la reina despues de un momento de silencio, lo que digan de mí! No se yo mejor que ellos mi desgracia. Ah! lo que ellos no pueden comprender, lo que no saben, los que únicamente ven mi culpa es que mi corazon ha luchado largo tiempo, que mis lágrimas han arrasado mis ojos, que el recordamiento ha desrozado mi alma, que el esposo que debia sostener mi virtud me ha abandonado. Ellos no saben esto y te acusan de haberme seducido. Desean tu muerte, y tu vida es necesaria, para mí es mi existencia.

—Yo impediré sus designios. Quedaos un momento aun aqui, ese hombre que tranquilo ronca podria despertar. El tiempo urge.

—Nuestros cazadores no parecen.

—No deben de tardar.... el tiempo se ha despejado.

Don Beltran salió del aposento donde se hallaba escondido, se dirigió á la silla donde estaba Alvaro, y le despertó tocándole familiarmente en el hombro diciéndole:

—Buen hombre!

—Despertando de improviso echó este mano á su puñal, y levantándose azorado miró á don Beltran á quien con tono brusco preguntó.

—¿Qué es eso? Quién sois? Quién os ha mandado venir aqui?

—Nadie, le contestó con la mayor sangre fria.

—Lo creo. Solo la casualidad nos puede proporcionar semejantes visitas. Vuestras manos demasiado blancas no están ejercitadas en el trabajo, y llevais en vuestros vestidos mas oro que nuestras familias ganan en toda su vida.

—Soy un caballero de la comitiva de la reina, que habiendo sido arrojado por mi caballo desbocado en la

carrera, me he extraviado en el monte, quisiera saber en donde estoy.

—En mi casa, respondió secamente. El bosque es del marqués de Valdestillas. Donde quereis ir?

—A Tordesillas á reunirme con la córte.

—Tomad esa senda estrecha, echad luego por el camino de la derecha, y á una legua encontrareis el Duero, seguid su corriente y ella os dirigirá á Tordesillas.

—Quereis servirme de guía, y os daré esta bolsa llena de oro?

—Imposible, hoy he andado á pie ya nueve leguas y esto es demasiado para un hombre, además tengo mucho que hacer.

—Al menos recibid este Enrique de oro, por vuestra afabilidad, le dijo sonriendo Beltran al alargarle la moneda.

—Tomóla Alvaro diciendo.—Un Enrique de oro! generoso sois por vida mia, caballero, pronunció estas palabras con tono burlesco y icónico, y con la punta del puñal hizo una cruz en la moneda.

—Qué haceis? ultrajais el busto del rey? le dijo irriado Beltran.

—No os altereis, buen cortesano: no queremos tan mal en el pueblo á S. A.—Señalaba únicamente esta moneda que no tardará en volver á vuestro poder. Debo ya un año de tributo al rey, y otras gabelas al señor feudal de este terreno. Para que los cortesanos esteis tan gordos y lucidos, es preciso que el pueblo esté flaco y miserable. Despues con cierta impaciencia señalando á la puerta, le dijo.

—Con que señor cortesano, ya sabeis vuestro camino, buen viaje!

En este momento se oyó la trompa de los monteros que habiendo echado de menos á la reina, y divididos corrían en todas direcciones por el bosque en su busca, y en la del gran Maestre. Al oír su sonido Alvaro con tono socarrón le dijo á don Beltran, que asomándose á una de las ventanas correspondió al toque de los monteros con su cuerno de eza.

—Ya os llaman: apresuraos, mirad que Beltran, el Maestre, el duque de nuevo cuño dicen que es inflexible en la etiqueta y no os perdonará vuestra falta.

Con estas injurias volvióse repentinamente don Beltran gritando miserable! fué á lanzarse sobre Alvaro que con su puñal se aprestó á la defensa.

En el mismo momento la reina viendo el peligro de su amante, salió del sitio donde se hallaba oculta, y por una casualidad para el Maestre entraron varios de la comitiva de la reina.

Sorprendido Alvaro al ver la repentina aparición de la reina en su casa, y la llegada á ella de los monteros reales, conoció que el hombre que había tenido antes á su disposición era don Beltran, y solo pudo con un furor concentrado esclamar—Ah! era él.

La reina reanimada de su terror con la vista de sus gentes les dijo: prended á ese asesino.

—Dejad señora á ese miserable, contestó el Maestre. Es preciso que me respondas; dijo despues, dirigiéndose á Alvaro de quien ya se habian apoderado los monteros; á ese solo precio te ofrezco mi perdon.

—Yo no lo imploro, contestó desdenosamente Alvaro.

—Qué ibais á hacer en la torre del Duero?

—Y qué os importa?

Estoy al corriente de todo: la casualidad me ha entregado tu secreto. El nombre de tus cómplices?

Alvaro guardó un profundo silencio.

—Vamos, continuó el Maestre, eres un conspirador honrado, no quieres responderme, si todos te se parecen, bien guardado quedará el secreto: pues que no quiere responderme, registradle.

El preso entonces echó mano á un pedazo de pergamino que intentó inutilizar pero en vano, porque los

monteros reales se apoderaron de él, apesar de su resistencia. Gran pena mostró por ello Alvaro que esclamó tristemente, son perdidos!

El Maestre á quien entregaron el pedazo de pergamino que con tanto afán defendía el preso, leyó escritas en él, estas misteriosas palabras—*Justicia de Dios, Torre del Duero Alvaro Ruiz*. Quedó un momento parado, y despues repentinamente como el hombre á quien ocurre un proyecto interesante.—Bueno, muy bien, dijo, yo descubriré lo demas por mi mismo ya que tu no lo quieres revelar. Tu capa, tu sombrero, tu puñal y ese enorme baston. Asi como asi tú estabas cansado, habiais andado nueve leguas. Llevadle á descansar á uno de los subterráneos del castillo.

Lleváronse á Alvaro los monteros, y llamando aparte el gran Maestre al capitán le habló en voz baja comunicándole sus órdenes.

Inclinóse este respetuosamente despues de recibirlas diciéndole.—Está muy bien, seréis obedecido.

—Tomareis, le añadió el Maestre, sesenta peones de los mas esforzados, y cuando yo diese la señal entrareis en la torre, y no dejareis uno solo de los que allí estubieren con vida.

—La señal? le preguntó el capitán.

—El Duero corre al pie de la torre, allí sus aguas en su profundo cauce parecen dormidas como las aguas muertas de un lago, ni el mas leve soplo del aire las agita, arrojaré al rio desde una de las ventanas cualquier objeto.... ese enorme baston, y el sonido de su golpe os avisará el momento de cumplir mis órdenes.

Al tiempo de marcharse el capitán de los monteros, le llamó nuevamente el maestre.

—Se me olvidaba, le dijo: Desconozco el número, y el nombre de los conjurados: tal vez podré encontrar con alguno por quien se interese mi corazón á su pesar. Para libertarme de ceder á una debilidad que podrá serme funesta, os repito, que todos, todos han de morir aun cuando yo mismo intentase cubrirlos con mi cuerpo. Que una barca esté debajo de las ventanas de la torre.

—Descansad señor, contestó el capitán, los derribaré á cuchilladas á vuestros pies.

—Duque de Alburquerque, no me acompañais? dijo la reina dirigiéndose á don Beltran.

—Señora, voy á cumplir con mi obligacion, voy á salvar al rey.

—Dónde vais?

—A la torre del Duero!

—El gran maestre salió con parte de los monteros reales.

Pocos instantes despues entraron otros monteros reales de los que venian buscando á la reina, los que traian preso á un mancebo jóven á quien presentó el gefe de ellos á la reina.

—Acaba de ser arrestado este jóven, hijo del que intentaba asesinar al duque. Se le ha registrado, y solo le hemos encontrado un puñal y un pedazo de pergamino en que hay trazadas unas palabras cuyo sentido no hemos podido comprender.

Tomó la reina el pergamino misterioso y leyó.—*Justicia de Dios, Torre del Duero, Lain Alvaro*. Ah! que felicidad esclamó llena de contento. Marchemos.

—Dónde quiere ir V. A. dijo el gefe de los monteros. Aun queda una hora de dia. Se continuará la cacería?

—No, contestó la reina. Volvamos á palacio.

J. MUÑOZ MALDOSADO.

(La conclusion en el número inmediato.)

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

EL CUARTO PRINCIPAL Y EL CUARTO 3.º

I.

EL CUARTO SEGUNDO.

Mores multorum vidit.

HOR. ART. POET.

Tel est l'interieur de cette famille.
Jouv. L'Hermitte de la Chaussée-d'Antin.

Entre las infinitas cosas chocantes que se notan en los usos y trato comun de todas las clases, de todas las profesiones, de todas las edades, por el que trata de pintar las costumbres de su época, al buscar en la sociedad el original, la fisonomía y los rasgos esparcidos en varias partes, que tiene que reunir y compaginar, para formar su modelo; merecen no poca atención, ciertas frases introducidas por el uso, y que aunque acompañadas de un gesto estravagante y afectado, y de una pronunciación ligada, es preciso repetir para librarse de la calificación de grosero; ó de poco enterado de las fórmulas sociales.

Yo que me he propuesto omitir siempre el beso á *el, la mano, servidor de vd., vd. dispense, estoy á la pira de vd.* y otras frases por este estilo, que sin que lo ochemos de ver van convirtiéndose en estravagantes, ridiculas y de mal gusto; porque antes que todo soy apuesto á faltar á la verdad, y ni tengo alicion á besar mano, ó si acaso es así quiero mas hacerlo que decirlo, ni estoy bien con eso de servir á nadie, ni si por una distraccion pongo el tacón de mi bota sobre el pie de alguno, me ha de dispensar porque yo se lo mande, ni por último, me agrada la figura que hace un hombre á los pies de cualquiera de sus semejantes, ya pertenecan al género femenino ó peor aun si al masculino estuy al presente en grande aprieto; pues me hallo en la alternativa de no decir donde vivo; lo cual es indispensable para la inteligencia de los siguientes renglones, ó de usar la consabida fórmula ofreciendo mi casa á los que esto lean, aunque yo por supuesto esté muy lejos de permitirles que dispongan de ella, y aunque por otra parte tenga una seguridad de que nadie ha de hacer uso de tal ofrecimiento.

Echando una ojeada por lo que llevo escrito, se me ha venido á las mientes que puesto que he probado ya que sino uso el cumplimento, no es porque le ignoro sino porque me repugna, bien podré en gracia de la brevedad dejar esto á un lado, y ahorrando rodeos y preámbulos (otra de las cosas que me horripilan casi tanto como las frases ceremoniosas) entrar en la materia; y por Dios que voy á hacerlo sin gastar mas tiempo, empezando del modo siguiente:

Doña Braulia Gutierrez, Luis su hijo, empleado en una oficina de rentas, la criada, un sirviente y yo ocupamos un cuarto segundo de la calle Mayor ya hace algunos años; relaciones antiguas de aquella señora con su familia, me decidieron á irme á vivir á su casa, que tambien puedo llamar mia, puesto que vamos á partir juntos y hasta ahora ningun motivo tengo para arrepentirme de ello, el solo defecto de doña Braulia y del

cual no la han podido curar ni su difunto marido con sus exortaciones, ni sus 58 años con haberla dejado sin muelas ni dientes, es la curiosidad y mas que todo su pasion por hablar contando á su modo, todo cuanto vé y oye, y á veces tambien lo que ni oye ni ve; en cuanto á lo demas, no puedo tener queja de ella, me cuida como á su hijo, y tan pronto como toso ó estornudo, me importuna con cien preguntas y consejos relativos á mi salud.

Por fortuna yo paro poquísimo en casa, lo cual me salva de una gran parte de su charlataneria, aunque no de toda, pues aprovechando el tiempo que tardo en tomar el guisado, la ensalada y las pasas, operacion que ejerunto todas las noches momentos antes de entrar en la cama, me refiere cuanto sabe de nuevo, y me informa de todos los chismes de la vecindad, poniéndome al corriente de la mala vida que el tendero de la derecha de nuestro portal dá á su muger, de las visitas frecuentes que á la perfumista de la izquierda hace el hijo de la viuda del cuarto bajo interior, en tanto que su marido confecciona en el laboratorio jabones y cosméticos, y sé el número de los que suben á ver ciertas vecinas de la boardilla, que deben menos á la opinion que al favor público.

Una noche que me retiré á casa algo mas temprano que de costumbre, vino mi doña Braulia al comedor y me dijo que el cuarto tercero, vacante mucho tiempo hacia, le habia alquilado la familia de Julian, jóven pintor amigo de Luis y á quien habia visto en casa algunas veces, me habló del muchacho, asegurando que era un loco, un holgazan que se habia encaprichado por una muchacha, á quien no habia visto mas que una vez, y poco á poco, me fue refiriendo todo lo que sabia de la aventura del pobre jóven, yo libre de las digresiones y reflexiones de doña Braulia, voy á contarla por si logra interesar á los demas tanto como á mi.

II.

UN ENCUENTRO Y UNA PÉRDIDA.

En una hermosa mañana de invierno, en que el sol habia disipado la niebla que permaneciera tenazmente pegada á la poblacion durante toda la noche, el hermoso Salon del Prado presentaba aquel magnífico golpe de vista, que ofrece cuando se halla lleno de todo lo mas elegante de la corte, de personas de todas profesiones, desde la aristocracia, diputados, comerciantes, abogados y empleados, hasta los artistas y artesanos mas infelices: cuando el tiempo permite que las señoras largo tiempo aprisionadas en sus casas por las lluvias y el hielo, concurren allí á lucir sus elegantes trages, á saludar con una sonrisa á los conocidos, cuando en fin la diversidad de carruages, de caballos, y de libreas, llaman la atención del provinciano y del curioso.

Julian, habia admirado varias veces este magnífico cuadro, y se dirigia al Salon á la hora en que mas concurrencia habia, sin otro objeto que el de distraerse y pasear; iba á cruzar desde la hermosa fuente de Cibetes al Prado, cuando la violencia conque los caballos que

arrastraban un coche hácia el sitio en que se hallaba, le hizo retirar por un movimiento natural al paseo de Recoletos, pero aquella direccion tomó tambien el coche cuyos caballos no podia hacer obedecer el cobero, la violencia era terrible, el carruaje chocó con un guardacanton y se rompió; pocas personas habia cerca de él, Julian se encontró el mas inmediato, se adelantó con timidez, á ofrecer su mano para ayudar á bajar á dos señoras, de las cuales la una tendria sobre 34 años, y daba indicios de que habria sido muy buena figura, sin que esto sea decir que no se conservara todavia bastante bien: la segunda á quien daba el nombre de hija unas veces y otras de Carolina, era una niña, si por niña se entiende á una jóven de 17 años, tímida y dulce, alegre y juguetona aun.

Pasado el primer susto y no habiendo recibido ningun daño, se alejaron del carruage, rodeado ya de multitud de curiosos; el jóven desconocido ofreció su brazo para acompañarlas hasta el Salon, tartamudeó algunas palabras, recibió las repetidas gracias que le dieron, saludó no sin que el encendido color de sus mejillas atestiguase el poco trato de gentes y se alejó.

Nuestro jóven era tambien un niño, cuyo corazon se hallaba virgen aun de violentas pasiones y de crueles desengaños; cuidaba poco de presentarse á los ojos del mundo, con ese oropel que vale á veces tanto sino mas, que un entendimiento claro, y que un alma pura, su traje sencillo, descuidado y con dos años de atraso al que prescribia el último figurin, daba materia á un elegante para media hora de critica. Pero la mas jóven de las dos señoras, á quien acababa de prestar un servicio, no le miró de este modo, reparó solo en sus hermosos cabellos caidos sobre la espalda, en sus grandes y ardientes ojos negros, y en las palabras que su boca habia pronunciado con tan dulce acento. No se fijó en su gaban raído, ni en la hechura antigua del sombrero, ni echó de ver la mala figura del lazo de su corbata y el color de sus guantes de mal tono. Habia en su modo de hablar tanta gracia, manifestaba tal nobleza en su mirada, su mano temblaba de tal modo al asir la de una muger, que Carolina acostumbrada á tratar con algunos jóvenes cuyas palabras afectadas, cuyos estudiados modales y fria superficialidad, eran fáciles de conocer aun por una niña de 15 años, conservó indeleblemente grabada en su pensamiento la imagen de Julian, perdió su alegría juguetona, para dar lugar á una porcion de ideas que bullian en su cabeza, su madre notó pronto aquella mudanza y se propuso averiguar la causa, pero inútilmente, era un pensamiento, una imagen que la seguia por todas partes, un delirio, una fiebre, un transporte que la acompañaba al baile, al teatro, al paseo; de dia, de noche, á todas horas; era que amaba por primera vez, y á un ser que solo habia visto un momento y á quien probablemente no volveria á ver mas.

En cuanto á Julian, siempre tímido y melancólico, se habia hecho mas desde la aventura del Prado, apetecia la soledad y evitaba encontrarse con sus amigos, solo á Luis era á quien confiaba sus secretos y con quien se desahogaba, echándose la culpa de no haber seguido hasta saber donde vivia aquella muger que le habia robado el sosiego y la tranquilidad, concurría todos los dias al sitio donde la habia visto, y cuando divisaba un carruage amarillo con caballos blancos, se paraba y quedaba inmóvil fijando en él una mirada, pero pronto veia que eran desconocidos los que iban dentro; proseguia entonces sus investigaciones y empleaba dia y noche en andar por las calles, tratando de descubrir la casa de la muger que en tan pocos momentos habia hecho tal impresion en su corazon. Todo fué en valde, Julian no pudo adquirir el menor indicio y pensó con razon que sin duda se habrian marchado de Madrid las señoras á quienes prestó su auxilio.

Tal era el estado del amigo de Luis, cuando su familia fué á habitar el cuarto tercero de mi casa. La frecuencia con que doña Braulia subia á ver á sus vecinos, y su perspicacia para observar y averiguar cuanto escitaba su curiosidad, la pusieron pronto al corriente de todas las interioridades del cuarto tercero, y pasando noches, comiendo estofados y tomando ensaladas, no tarde yo tambien en estar enterado de ellas, y lo que es mas de las comparaciones que doña Braulia hacia con el orden interior del cuarto principal, ocupado por un flamante marqués que aunque amo, dificilmente estaria tan bien enterado de aquel como ella.

El contraste que formaba el régimen domestico de ambos cuartos, era efectivamente curioso, y ya que por ahora nada interesante puedo decir de Julian, dejémosle ocupado en inútiles investigaciones, para introducirnos con lo que yo pude oír y observar, y con las noticias de doña Braulia, primero en el cuarto tercero y despues en el principal.

III.

EL CUARTO TERCERO.

Estaba amueblado con mucha sencillez, una mesa con un reló y dos floreros colocados en el intermedio de los dos balcones, un espejo y seis cuadros representando pasajes de la Atala, cuatro rinconeras con varios cachibaches, una silleria antigua con el indispensable sofá, colocado en el sitio de ordenanza, esto es en el testero de la sala componian el adorno de ella. Otra silleria de raso labrado, un gran cuadro al oleo, una mesa y un velador con un juego de café encima, ocupaban el gabinete. La alcoba principal, contenia una gran cama, una mesa de noche, un crucifijo y media docena de estampas en raso, representando igual número de santos. Los demas dormitorios eran tan oscuros, que se necesitaba algun tiempo de permanencia en ellos, para poder enterarse de su figura y capacidad. El comedor pieza reducida con una ventana alta, que daba á un tejado, el llamado despacho, cuartucho con luces que le transmitia una ventana, la cual las recibia de otra que daba á un patio oscuro; la cocina en la que el fregadero y el fogon estorbaban cerrar la puerta, y algunos pasillos por los que no era posible andar, sin llevar en los codos testimonio de su reciente blanqueo, constituian la habitacion.

Los padres de Julian, tres hermanos pequeños y la criada, completaban la familia, en la cual reinaba aquella intimidad que se nota entre personas que estando juntos siempre, viviendo en un cuarto reducido y encontrándose continuamente cara á cara, se ven precisados á hablarse: en tales casas el marido tiene continuamente necesidad de decir alguna cosa á la muger, ya para que le ponga un boton en la camisa, ya para que le cosa una trabilla, ó para pedirle las calectas que llevó la lavandera, porque todo esto pasa por mano de la muger, único medio de que una sola criada pueda atender á todos los quehaceres de la casa: verdad es que este mismo trato continuo, tiene sus inconvenientes, porque no siempre se está de acuerdo y en tal caso, es mas fácil que haya choques y que se turba la paz de la familia.

El marido llegaba algunos dias fatigado del trabajo de su oficina, cogia un periódico para distraerse pero bien pronto los chiquillos metian ruido gritando y alborotando en la habitacion. La muger acostumbrada á esta música no lo notaba siquiera, pero los repetidos silbavamos callando! que no tardaba yo en oír desde mi cuarto, al marido, la advertian su disgusto.

—Iros de aqui á jugar al comedor, les decia su madre, que meteis mucho ruido.

Los chicos obedecían y se alejaban cargados con los juguetes y muñecas, pero como en el comedor estaban solos, el uno pegaba al otro y se le oía continuamente á la madre:

—Mirad que voy á pegaros á todos sino os estais quietos.—Arturo! deja á tu hermana, no la hagas daño pero todo esto no servia de nada, uno esquivaba por una puerta, otro corría á caballo en un palo tocando la trompeta, otro se cogía los dedos en el quicio de una puerta, despues habia lloros y gritos, el padre exclamaba:

—Diablo de chiquillos, no se puede hacer nada en esta casa con el ruido que meten.

—Déjalos, decia la madre, es preciso que se diviertan, que mal hacen los pobres.

—Eso es, replicaba el marido, con esas tonterias los pierdes y les das mala educacion consintiendo todo. De ahí se originaba una disputa y una desazon, hasta obligar á la muger á llorar, pero la llegada de cualquier amigo, la tranquilizaba y al acostarse ya se habia olvidado todo.

Cayó malo mi vecino del cuarto tercero, subí á verle varias veces como era regular, y tuve ocasion de observar los desvelos de la muger tan pronto como el enfermo lo estuvo gravemente; ella preparaba los remedios, ponía las sanguijuelas, velaba de noche cerca de su marido, y se levantaba cuantas veces era preciso, adivinando sus deseos, así es que este llamaba á su mujer tan pronto como salía de la alcoba por un momento.

Un orden y economia estremados habia en la casa, su ama estaba en todo, ayudaba por las mañanas á la criada, preparaba la comida y hasta barria. Hay varias familias en Madrid que apesar de gozar de regular fortuna, no tienen mas que una criada fuera de los casos en que necesitan una ama de cria ó nñera, ó de los en que algun consite en la casa, hace necesario un refuerzo para el servicio de la cocina, aconteciendo frecuentemente que la criada, poco acostumbrada á tales laberintos, y si á que su ama la ayude, comete mil torpezas, la pone en ridiculo, y dá margen á que los convidados critiquen.

Yo no se como hacen, se le oía decir á mi vecino muchas veces, no te duran nada las criadas, y en casa de don fulano tienen seis criados, de los que el mas moderno hace ocho meses que está á su servicio. Esta era una prueba clara de la estremada economia y gobierno de su muger, de que inspeccionaba y descendía á todas las minuciosidades. La criada no podia escatimar ni sisar nada, porque su ama estaba siempre vigilante y sabia perfectamente el precio de los comestibles, ademas siendo sola, el señor la mandaba una cosa, la señora otra, era preciso dejar un trabajo y empezar otro, que extraño era que se marcharan las sirvientas?

Lo que mas que todo debia tambien incomodarlas, era el sermón matutino, de que yo tambien participaba desde mi cuarto.

—Benita, ande vd. mas de prisa, es ya medio dia, y no ha hecho vd. nada, vendra alguno y lo encontrará todo revuelto.

—Señora que quiere vd. que yo le haga, acaso he parado de-de que me levante?

—Benita, ha roto vd. una sopera.

—Yo no señora, habrá sido el gato.

—Si la hubiera vd. puesto en su sitio, no hubiera sucedido eso.

—Ya, y quien puede tenerlo todo en su sitio, si la mandan á una veinte cosas á la vez; por último, señorita, si vd. ha de estar siempre riñéndome de la mañana á la noche eso no me acomoda por 50 rs. que me dá vd. luego diez casas donde entrar á servir, con que busque vd. criada, que yo me marche mañana.

En este dialogo que se repetía con frecuencia, tenia tambien una no pequeña parte, el ejemplo de la vida que en el cuarto principal se llevaban los criados en

estremo luerativa y descansada, comparativamente con la que aguardaba á las que entrasen á servir en el cuarto tercero.

IV.

EL CUARTO PRINCIPAL.

Esta magnífica habitacion que se estendia por el interior de la manzana, mucho mas que las de el segundo y tercero, estaba amueblada con lujo, preciosas colgaduras de raso de diferentes colores esparcian en las piezas una luz agradable, magníficas alfombras, muebles perfectamente trabajados y á la última moda, daba toda a conocer al que allí penetraba, que se hallaba en una casa opulenta; y efectivamente su dueño que algunos años antes solo podia disponer de un caudal regular, sugelo á los vaivenes de la suerte, á que le esponia cediendo á su pasion por el juego, cuyo vicio le servia de única ocupacion en la capital de provincia en que se hallaba; habiase encontrado por la muerte de un pariente suyo, dueño de estensas y lucrativas posesiones, y con un título de marqués que satisfacía su orgullo y el de su muger. No contento con el aislamiento en una corta poblacion, resolvió venir á la corte, y pronto su casa, las reuniones que daba en ella, y su magnífico tren, fueron citados en todo Madrid, bien que no faltaba quien asegurara, que estos despilfarros y excesivos gastos, asi como la satisfaccion de su vicio dominante, le habian obligado á deshacerse de algunas de sus mejores posesiones.

La moda deidad á quien en aquella casa adoraban desde su dueño hasta el último sirviente, exige que los esposos vivan lejos y que haya criados separados para el servicio de cada uno, todo esto se observaba puntualmente en lo cual no habia gran trabajo siendo tan grande la habitacion, y sucedia que aunque tubieran deseo de verse, por no emprender un viaje dejaban de hacerlo, lo cual tiene sus ventajas; pues el trato ceremonioso evita disputas y querellas; pero tambien tiene sus contras.

Los chiquillos no incomodaban á sus padres como en el cuarto tercero, porque vivian lejos de ellos, los mas pequeños eran confiados á criados que no solian tratarlos con la mayor amabilidad, y de cuya viciosa educacion habia de resentirse necesariamente despues; los mayores tenian un preceptor óayo.

Si alguna vez caia malo el marqués, la esposa estaba tambien como la del cuarto tercero cerca de él, pero con cierta palidez y espresion de dolor estudiado en el espejo, se negaba á las visitas de cumplimento, consultaba á dos docenas de los mejores médicos de la corte, y en llegando la noche, se acostaba tranquilamente, descuidando en los criados cuyo celo alababa; no eran sus manos delicadas las que estendian las cataplasmas y cantáridas, no aplicaban las sanguijuelas, ni enjugaban el sudor del enfermo, lo mas que hacia era llevar las tazas de cocimiento, arreglar las almohadas, ó estirar la colcha.

En el cuarto principal, habia un criado para cada servicio, todos sabian su obligacion diaria; despues que la doncella, por ejemplo, habia vestido á la señora, arreglado sus chales, mantillas, y compuesto la pieza del tocador, era libre para hacer cuanto la acomodase; el portero no hablaba dos veces al año con la señora, y la cocinera solo la habia visto desde una ventana, así es que hacia y deshacia, cortaba y rajaba á su gusto, sin que nadie fuera á decirle—para que hecha usted tanto carbon en la hornilla—ya he dicho que no traiga V. los platos finos á la cocina—pues que se ha acabado ya el aceite?—donde han ido los postres que sobraron ayer? de todas estas impertinencias estaban libres en el cuarto principal.

Nadie averiguaba el precio de los comestibles, y es-

tos se traían en abundancia, aconteciendo no pocas veces que una gran parte de las provisiones, que el encargado de la compra traía por la mañana, por supuesto después de cobrar la sisa, volvía á la tienda del frente, donde eran tomadas por una tercera parte menos, que lo que habian cobrado por ellas, algunos momentos antes; ó bien con la misma rebaja pasaban á la cesta de la criada del cuarto tercero, que ganaba la diferencia hasta su justo valor, el cual se las vendía á su ama.

En el cuarto principal, con tal de que la casa tuviera cierto aspecto de grandeza, y que los criados digieran en la vecindad.—«Servimos en casa del marqués F., buenos amos, pagan al corriente, tienen diez criados y no reparan en pequeneces» Todo lo pasaba la marquesa, tenía una mirada de desprecio para ellos, los dirigía rara vez la palabra, y dejaba que hicieran lo que quisieran poco menos que á su vista.

Dejemos ya de hablar del cuarto principal y tercero, volvamos á nuestro Julian, que causado de correr calles y tomar noticias, sin saber el paradero de su amada, ha desistido ya de su propósito y resuelto no hacer mas diligencias para encontrarla, puesto que tan inútiles han sido las que lleva practicadas.

V.

DOS CARTAS.

Un día que entraba en casa mas melancólico que nunca y decidido ya á ocuparse con constancia en el estudio de su difícil arte, lo cual le proporcionara la ventaja de tener ocupada su imaginacion con otra cosa que sus sueños de amor, vió á la puerta un coche amarillo con caballos blancos, los recuerdos que tal objeto escitaban en él y su costumbre de examinar todos los carruages de estas señas, le hicieron dirigir la vista al interior de la caja; pero cual fué su admiracion al reconocer dentro de ella á las mismas dos señoras que socorriera en el Prado, cuando la rotura del coche le este partió al momento, y Julian quedó como clavado en aquel sitio, sin que la emocion que experimentaba le permitiese seguirle, sus piernas flaqueaban y cuando se halló en estado de tomar movimiento, ningún carruaje amarillo habia en toda la calle, entonces se entregó á la desesperacion y al dolor; habia perdido por segunda vez á la que jamas se separaba de su pensamiento.

Una idea vino á reanimarle, se le ocurrió que las señoras tal vez bajarían del cuarto principal, subió al segundo, y con una violencia y una expresion particular, que casi daban miedo, empezó á preguntarme las señas de los que vivían en casa del marqués, para tratar de averiguar algo por medio de ellos, yo se las fui dando de todos los que sabia que componian la familia de mi vecino, cuando le dije que tenía una hija como de unos diez y siete años, cuando le di todos las señas, me estrechó en sus brazos, y empezó á correr y á gritar como un demente: la hija del marqués y Carolina eran una misma persona.

Julian se introdujo pronto en el cuarto principal y habló diferentes veces á Carolina; pasaremos en silencio algunos meses, en que las visitas secretas del vecino

del cuarto tercero, se hicieron demasiado frecuentes, y volveremos á tomar el hilo de esta historia, desde que en una de ellas Julian encontró á Carolina pálida, triste y desfigurada, tenía una revelacion que hacer á su amante, y muchas fueron las lágrimas que vertió al decirle que era imposible ya ocultar su deshonra..... pasados los primeros momentos, y no encontrando otro medio, arreglaron un plan de huida, Julian se proponia conducir á Carolina á casa de un amigo de su confianza cuya madre atendería á aquella; la separacion con que vivían en casa del marqués, y no haberse prestado á todo los criados que sirvieran tambien á Julian para sus visitas secretas, contribuyó á la realizacion del proyecto que habian formado, y una mañana, se echó de menos en casa del marqués á su hija mayor.

Infinitas fueron las diligencias que se practicaron para dar con ella, pero todas infructuosas. Ocho dias despues doña Braulia me entregó un pliego con sobre para mí, dentro de él habia dos cartas, una para el cuarto principal y otra para el tercero.

Cuando el marqués recibió la carta que le iba dirigida, estaba enfermo á causa de los grandes disgustos que le habian sobrevenido, el deseo de reponer su caudal de los excesivos gastos que le redugieron á una pequeña parte, le hizo jugar mas que otras veces, la suerte no le favoreció, él abrigando una esperanza de recuperar las pérdidas siguió jugando, hasta que quedó arruinado; puede concebirse el efecto que haría en él la lectura de la carta, en que le confesaban la falta de su hija; así como la marquesa, cuyo orgullo se veia ajado.

Inquietos en el cuarto tercero por no saber el paradero de Julian, recibieron con la mayor alegria la carta que los tranquilizaba y prometia verle pronto, lo cual deseaban con ansia, para notificarle el contenido de otra carta recibida la vispera por la que habian sabido la muerte de un hermano acaccida en Méjico y que los hacia dueños de una fortuna inmensa.

VI.

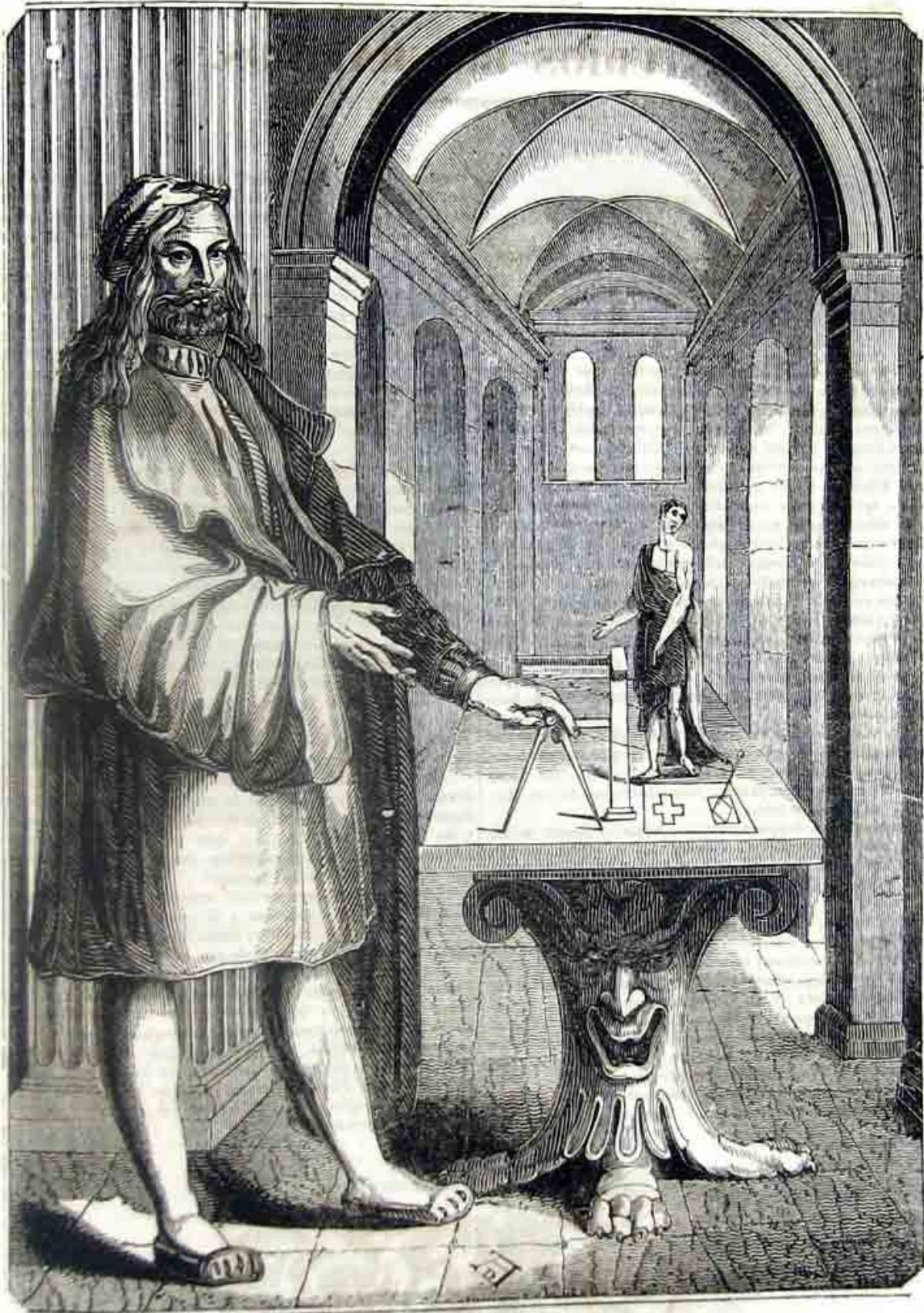
CONCLUSION.

Quince dias despues, Julian y Carolina eran esposos, y habian sido perdonados por sus familias.

Empezaba yo á cejar pocas noches há, cuando doña Braulia me dió una esquila elegantemente impresa, en que Julian y Carolina me ofrecían un cuarto segundo de la calle del Carmen donde habian ido á vivir con sus familias; he estado á visitarlos, y tenido ocasion de observar que los antiguos inquilinos del cuarto principal, han olvidado las rarezas que la moda y las preocupaciones les obligaban á hacer, y los del cuarto tercero su modesto método de vivir, sanando de gran parte de las ridiculeces que hacian por costumbre; habiendo adoptado toda la familia, un término medio, entre las ceremoniosas estravagancias de la clase elevada, y las llanas confianzas de los que no se determinan á vivir con todas las comodidades, que su fortuna les permite.

EL INCOGNITO.





Alberto Durer.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

ALBERTO DURER,

INVENTOR DE LA PINTURA Y DEL GRABADO EN ALEMANIA.

Hablado de Alberto Durer, se dice que si hubiera nacido en Italia, si hubiera estudiado en Roma delante de las grandes obras de la antigüedad, hubiera sido el pintor mas célebre. Su padre, era un hábil platero de Nuremberg, y le hizo aprender el dibujo, con objeto de dedicarle á su profesion, pero los progresos que hizo el jóven Alberto en este arte fueron tan rápidos y sorprendentes, que hicieron concebir á sus maestros y á su padre la idea de que sería imposible aprisionar su genio artístico en el estrecho círculo de un obrador de platería.

Recibió las lecciones del mas acreditado pintor de Nuremberg, y aprendió á pintar y á grabar en madera. Despues recorrió el jóven artista la Alemania, los Países Bajos, visitó á Venecia, á Colmar y á Balá, perfeccionando siempre su talento, y regresando otra vez á Nuremberg, donde por obediencia á su padre, casó con la hija de un hábil mecánico; pero esta muger de carácter desagradable y altivo le dominó atormentándole hasta su muerte.

En esta época fué cuando se distinguió Alberto por sus magníficas composiciones, entre las que merecen citarse como de un mérito sobresaliente, un san Juan Bautista, una Virgen Maria, una adoracion de los Magos, y su propio retrato.

Algunos años despues volvió á Venecia donde se hizo notable, y ejecutó el cuadro del martirio de san Bartolomé, que Rodolfo emperador de Alemania compró y remitió á Praga. La reputacion de que gozaba Alberto en esta época se hizo europea. De vuelta á Nuremberg produjo una multitud de bellisimas composiciones que todos los príncipes á porfia se disputaban el poseer. Los primeros soberanos de Europa se apresuraron á que reflejara sus imágenes el sublime pincel de este grande artista, y le prodigaron su confianza y su amistad. Carlos quinto y Maximiliano le dieron el título de primer pintor de su corte; el primero quiso hasta concederle un título de nobleza, y Fernando rey de Bohemia y de Hungría le colmó de presentes.

El gran mérito de Alberto Durer y la nombradía y crédito de sus producciones le acarrearon numerosos

enemigos, pero la dulzura de su carácter y la nobleza de sus sentimientos le conciliaban el aprecio y distincion de los mas altos personajes y el afecto de todas las personas que le rodeaban. Una pequeña parte de su correspondencia se ha conservado y de ella se deduce que no vivió feliz apesar de los homenajes que le tributaron y de la gloria que por doquier le seguia y que tanto alhaga al amor propio del hombre.

Para comprender en toda su estension el mérito de este esclarecido artista, bastará conocer que Rafael adornaba religiosamente su estudio con los bocetos que le remitía Alberto, y que el Guida, ese pintor tan delicado y tan suave, tenia por modelo las obras de Durer y las ponía en contribucion para la composicion de las suyas.

En este tiempo se hicieron célebres algunos artistas ademas que por sus obras en el genero que cultivaban, por su carácter de universalidad: tales fueron Leonardo de Vinci, Miguel Angel y otros. Este carácter era tambien el de Alberto Durer porque á la vez poseía las bellas letras, y era excelente matemático, buen ingeniero y escultor, pintor y grabador. Fue el primero que enseñó á sus compatriotas las reglas de la perspectiva y las proporciones en las artes. Inventó el grabado al claro obscuro y al agua fuerte, y le es debida la Alemania del primer tratado que se publicó en aquel país sobre el arte de fortificacion.

El número de las producciones de Alberto Durer es infinito. Sus retratos son admirables por su semejanza, y sus paisajes son otros tantos modelos por el encanto y la singularidad de su frescura y de su propiedad.

Su mejor obra es el cuadro que representa á Jesucristo en la cruz rodeado de una gloria. Bajo de esta figura principal se ve un grupo de papas, de cardenales y de emperadores entre los que se halla retratado el mismo Alberto, sosteniendo un pequeño cuadro en el que se halla escrito su nombre.

Las composiciones de este artista son notables por la firmeza de su ejecucion y la correccion del dibujo, pero no puede decirse otro tanto de la expresion de las figuras, ni de la precision de sus contornos.

Su muerte produjo un luto universal, no solo en su patria, sino en todo el mundo artístico. Nació el 20 de Mayo de 1471, y bajó al sepulcro el 6 de Abril de 1528. Sin las desazones y graves disgustos que le proporcionó su esposa, es probable que hubiera continuado mas largo tiempo su brillante carrera de triunfos, satisfecho con los homenajes que le tributaban de aprecio y consideracion, lo mismo en su patria que en las demas naciones.



ESTUDIOS GEOGRAFICOS.



Vista original del castillo de Priorio en Asturias.

NOTICIAS GENERALES

DEL DISTRITO DE OVIEDO A PROAZA

EN EL PRINCIPADO DE ASTURIAS.

Presentada ya al público la ligera reseña de esta provincia, y habiendo allí indicado de qué en posesión ofrecía algún otro trabajo más determinado, sobre distritos ó comarcas particulares, para ir allegando materiales curiosos á la par que interesantes para la historia civil, física y geográfica de Asturias, tan poco conocida como digna por mil títulos de serlo, cumplimos hoy en parte con el empeño contraído, publicando el presente artículo, que por referirse á la capital y sus cercanías nos pareció que debía ocupar el primer lugar.

Tiene su asiento la ciudad de Oviedo sobre un terreno elevado y descubierto, cuyo dilatado horizonte se termina por los altos montes que á lo lejos en forma circular la ciñen por todas partes, exceptuando la del N. O. por donde se encuentra el océano á las cuatro leguas. El terreno de la ciudad y sus contornos no es

comparable en la feracidad con otros muchos de la provincia: Arenisco ligero y poco sustancioso, al mismo tiempo que frío por estar á la esposición de los vientos arrasantes del N. y N. E. no se echa de ver aquel vigor, aquel lujo de vegetaciones que hace tan bellas y productivas las vegas que atraviesan el Nalon, Narcea, y Sella con sus afluentes. En cambio el suelo de Oviedo compuesto en gran parte de capas de arena que descansan sobre otras de peña blanda también arenisca, retiene poco las humedades á pesar de las frecuentes lluvias: el clima es sano, la situación alegre, despejada y de agradables vistas.

Aunque la fundación de Oviedo no haya sido hecha por el rey Fruela con previa meditación empezando por elegir sitio más conveniente, pues se aprovechó del entonces agreste en que poco antes habían levantado el monasterio de S. Vicente levita y mártir los presbíteros Fromistano y Máximo, reúne con todo circunstancias que lo hacen muy recomendable, para que lo ocupe un pueblo grande y floreciente. Se halla en el centro del país que desde las épocas más remotas compone lo que hoy se llama Asturias, solo cuatro leguas distante del mar, por todos lados circundado de pueblos, barrios y alquerías que lo abastecen profusamente de mantenimientos. Entre sus mismas casas están las canteras que dan la piedra de construcción, junto á ellas hay grandes bancos de yeso y de marga, á poca distancia cal, arena pura y diferentes arcillas para la fabricación de teja y

ladrillo, y minas de carbon de piedra á sola una legua de la ciudad.

Aunque Oviedo es un pueblo regalado, vistoso, cómodo y agradable, no es muy visitado de transeúntes y viajeros, ora porque se halla escéntrico con respecto á la capital del reino y á otros pueblos que hoy gozan de celebridad, ora porque se apagó aquella devoción fervorosa que un tiempo arrastraba á Oviedo en romería á los príncipes, y á los grandes, á adorar las venerables reliquias que desde la invasion sarracénica allí se custodian. En medio de verse privada de esta falta de concurrencia, y de la de extranjeros que inundan el mundo con las relaciones apasionadas de sus viajes, parece que al acercarse á la ciudad se reconoce en ella la muestra ostentosa de haber sido corte de ocho reyes y el punto de donde salieron los esforzados guerreros, que ensanchándose primero hácia las tierras de Castilla y Leon, llevaron mal paradas las huestes musulmanas hasta las columnas de Hércules, plantaron sus pendones sobre las torres de la Alhambra, y los trasportaron en triunfo hasta los últimos confines del nuevo mundo. Descuella magestuosa entre los edificios de Oviedo la hermosísima torre de la catedral de esvelta y airosa forma, que parece enseñorearse de la ciudad y de la campiña, y que todo cuanto la rodea la está obediente. Ella sola demuestra á quien la descubre de lejos de que la poblacion en que se halla es la cabeza de las comarcas situadas acüende los montes y que lo fue en otro tiempo de un estado que sirvió de base á la poderosa monarquía de Felipe segundo.

Saliendo de Oviedo por el ameno campo de san Francisco siguiendo la direccion del S. O. por el camino de las Cabitas queda á la derecha y á corta distancia en sitio alegre y desembarazado, la Casa-Hospicio, uno de los establecimientos de su clase mejor montados que hay en el reino. Débese su fundacion á la piedad é ilustrado celo del digno Regente de esta Aduana don Teodoro Gil de Jaz, que á mediados del siglo pasado con las suscripciones y limosnas, que fué recolectando, y con los oficios caritativos á que se prestó aun la gente mas necesitada, fué levantando la obra que consagró á la horfandad y á la indigencia. El trozo de calzada que desde aquí sigue hasta donde llaman Lagar de Omaña es debido tambien á las disposiciones de este magistrado.

Desde el indicado punto algo mas elevado que Oviedo, se ofrecen perspectivas imponentes y tambien deliciosas. Descúbrense por la derecha los picos herizados de la cordillera de la Mesa que viene en degradacion á circunvalar el valle de Grado, al paso que otro brazo que se desprende en los altos de Cuero, dividiendo el partido de Salcedo del concejo de Teberga, y el de Proaza del de Tameza, corre por Linares hasta el Nalon en donde termina. Al frente se presentan las montañas calcáreas que atraviesan desde las eminencias del Aramo hasta las colinas peñascosas del Concejo de las Regueras, y á la izquierda descuella en primer término la famosa Peña de Morcin, llamada hoy así por que el lugar de su nombre que le cae á la banda oriental. Esta gran mole es un estribo de la citada del Aramo la mas elevada de toda esta parte, ofrece muy gratos recuerdos históricos y religiosos; porque en su cima estuvo escondida del furor de los infieles, por tiempo de unos cien años, la sagrada arca de las reliquias que el arzobispo de Toledo Urbano condujo á Asturias, cuando con otros prelados y próceres del reino vino huyendo á guarecerse á estas montañas de las armas sarracenas. En tiempo de don Alonso II se trajo á Oviedo en solemne procesion depositándola en la capilla de san Miguel, que por esto se llamó *Cámara Santa* que el rey solo para este objeto hizo labrar, y allí existe hoy. El monte en donde se conservó tan venerable depósito,

tubo el nombre de *Monte sacro*, de donde vino el de Monsagro que conserva. La capilla en donde se custodió el arca existe tambien, y un pozo dentro de ella en donde estuvo metida para mayor seguridad.

Llegando al lugar de Santa Marina, el terreno empieza á variar de calidad y de posicion, hasta allí era arcilloso y arenisco, y ya se descubren á flor de tierra algunos trozos de Peña Caliza, que van prontamente estendiéndose á medida que se sigue el descenso á la Conca del Nalon, cuyo lecho se alcanza á ver. Ya cerca de concluir la bajada, se encuentra la Iglesia Parroquial de Priorio, obra que corresponde al estilo de la llamada *arquitectura asturiana*, que estuvo en uso desde los primeros años de la restauracion de la monarquia, hasta que se dió á conocer la *gótica ó tedesca*. Esta bien conservado este edificio, pues aunque tiene algunos agregados de época reciente, no desfigurán la parte antigua de modo, que no pueda ser reconocida con toda distincion.

Mas abajo en el fondo del barranco por donde corre el arroyo *Gafo* están las termas conocidas por las Cadas, á donde acuden en las temporadas de baños multitud de enfermos así de Asturias como de las Provincias limítrofes. La casa ofrece todas las comodidades, que pudieron obtenerse del sitio apretado que ocupa. Se construyó para alivio de la humanidad doliente, por la Diputacion del Principado, siendo Procurador general don Martin de Cañedo, en el año de 1776 bajo la direccion del arquitecto don Manuel Reguera Gonzalez por planos de don Ventura Rodriguez. Se amplió la obra en 1828, siguiendo el orden primitivamente adoptado. El manantial casi en grado de hervor es tan abundante, que provee todos los baños, y quedan sobrantes que no se aprovechan.

Al salir del sitio estrecho y sombrío, que ocupan las termas, en donde hay un gracioso paseo de árboles de sombra, se descubre de frente y á distancia como de doscientos pasos del camino, el antiguo castillo del Priorio, hoy casi arruinado, y en otro tiempo fortaleza de gran nombradía. Está fundado sobre un peñon calizo, que se mira aislado en un llanito de arena formado por el rio Nalon, que pasa por la derecha á corta distancia. Tubo cuatro torres, una en cada ángulo que flanqueaban las cortinas: dos están destruidas hasta la altura del muro, otra aunque en mal estado se sobrepone algunas varas, y la del homenaje conserva en parte las almenas que la coronaban.

Las cortinas que unian las torres, están por algunos puntos casi íntegras, y por otros no muy arruinadas. Hay distribuidas oportunamente flecherías y claraboyas, con vestigios de obras exteriores, cuya estension y forma no se pueden reconocer. La del Castillo es irregular, como lo es la Peña sobre que asienta. Todas las paredes son de piedra con argamasa tan tenaz, que sobre resistir abandonadas á la intemperie por tantos siglos, son impenetrables á los golpes de la barra y del pico. Aun en tal decadencia, y en medio de sus ruinas es el castillo una de las obras militares mas importantes que nos han quedado de la edad media, y un monumento del poder que habia alcanzado la autoridad feudal entre nosotros.

Aunque no poseemos noticias de quien haya sido su fundador, sabemos que estuvo siempre bajo del dominio señorial de los Obispos de Oviedo, quienes tenían en él un *Encomendero*. En las revueltas y asonadas, que en épocas distintas agitaron el principado, se miró como de mucha importancia la adquisicion de la fortaleza de Priorio. Ya en el año de 1306, vino D. Alonso de Castilla, primo de D. Fernando el Emplazado á arrasarla con sus torres, porque en ellas se abrigaban los sediciosos que entonces habia, causando daños y estorsiones á la tierra. En 1381, Garcí-Alvarez de Palomar lo mantuvo por el Obispo contra las tentativas del rebolto-

contra la pared interior en donde estaban los infelices refugiados. Salió en tan mortal conflicto la esposa del notario suplicando á sus hermanos con la ternura y la vehemencia de que es capaz el corazón de una mujer colocada en situación semejante, de que se condoliesen de aquellos miserables; y que no ejerciesen con ellos un acto tan atroz é inhumano. Fueron inútiles todos sus ruegos, perdidas todas sus instancias. Concediéronle únicamente como por muestra de especial favor de que pudiese ella sola salir, para libertarse de la suerte que los demás tenían irrevocablemente que sufrir. Rehusó desechada y resuelta una condicion que no era compatible con sus sentimientos honrosos: Ni el aspecto de una muerte horrible y cercana, ni las súplicas encarecidas que todos le hacían, para que evitase un sacrificio inútil pudieran recabar de ella de que mudase de propósito. No quiso admitir el don amable de la existencia, á trueque de presenciar el bárbaro suplicio de su esposo ni sobrevivir á su desgracia. Avivado el fuego, internose en la gruta el humo y la llama, que batiendo en la pared interior, reducía á los once refugiados á la última agonía. No pudiendo ya resistir mas tiempo, perecieron todos lanzando terribles imprecaciones contra sus verdugos, y dirigiendo en momento tan apurado fervorosas plegarias á su Criador. La esposa del notario abrazada con el estrechamente mantuvo todo aquel denuedo y admirable resolución que se vecha de ver en el caracter distintivo del bello sexo, hasta que exaló su postrimer suspiro. Heroína digna de mejores tiempos en que supiese apreciar en todo su valor el inminente sacrificio á que se consintió, y la alta virtud que él supone! Hasta su nombre y prosapia no ha negado la historia contemporánea, tan solícita en transmitirnos relaciones genealógicas de personajes parásitos, que ni por su saber, ni por sus hechos tuvieron nunca un lugar entre las glorias de la patria.

La cueva en donde aconteció esta catástrofe tuvo desde entonces y retiene hasta hoy, el nombre de cueva del Notario, y hasta hoy tambien el que por allí transita siente emociones de compasion y horror, que realzan la aspereza y sombrío aspecto de aquel sitio.

Créese comunmente de que Tuñon ocupa el punto mas central del principado en todas direcciones, y que tirando desde él, cuatro líneas á los cuatro cardinales, resulta á todos igual distancia. Aunque no sea así con precision matematica, no hay duda de que se advierte muy poca diferencia, aunque se note bastante en el mapa.

Saliendo de dicho pueblo por el angosto canal que dá paso al rio se llega sobre el lugar de Villanueva situado en el valle de Proaza que forman entre ambos una sola parroquia. Sin embargo, cada uno es capital de distintos concejos: anomalia que si en siglos anteriores tenia explicacion en la mezcla y confusion de las jurisdicciones; no se sabe como disculparla en la época que alcanzamos en que el espíritu de reforma invade hasta lo que debiera reputarse como sagrado. Ciñen el valle de Proaza muy altos montes: por el oriente levanta su nevada cabeza el de Andrisas, y por norte y occidente, la cordillera de Linares. Atraviesa el llano el mismo rio Trubia que va á Tuñon, sin fertilizarlo con su riego, como pudiera conseguirse sin gran dispendio. Aun así de los feraces de la provincia; abrigado con las montañas, siendo su suelo compuesto de tierra suelta y sustanciosa, produce abundantes cosechas de los frutos del pais, y otros tambien mas delicados prevalecerian si hubiese cuidado en cultivarlos. Se dá al aire libre el limon y la naranja, buenas uvas, y excelentes manzanas de que se hace la sidra que no hay otra que la aventaje.

Proaza hoy habitada por pacíficos labradores, nada presenta de notable á los ojos del viagero. Contemplando empero, de que fue pisado su suelo por ejércitos y teatro de sucesos muy señalados, y punto que muchas

veces escitó las pretensiones de los señores feudales sostenidas á sangre y fuego, se para la imaginacion, y se agolpan reflexiones que entretienen el pensamiento. Los picos que circundan este valle estubieron antes coronados de castillos, y en el llano hubo dos de que daremos alguna razon. El antiguo nombre de la vega, en que están situados Villanueva y Proaza era *Falde-olallés*, con el cual es conocido actualmente un campo de la ladera del mismo valle, que atraviesa el camino que vá á Oviedo. Refiere el Obispo D. Sebastian de que con noticia de la rota de los Moros en Cobadonga, salió el Gobernador de Gijon Munuza con los que allí habia, y pasando en retirada por el sitio en donde está Oviedo, fué alcanzado en *Olallés* tres leguas mas arriba, por los cristianos que le seguian, desbaratado y muerto con todos los suyos. Mariana llama á este sitio *Olatú* seguramente por equivocacion. Ambrosio de Morales, dice de que en su tiempo se conservaba entre los naturales de *Olallés* tradicion de este suceso cuya se mantiene de la misma manera, afirmando los habitantes de que en su distrito hubo una gran batalla en la que llevaron la peor parte los Infieles.

El concejo de Proaza, y sus adyacentes fueron por muchos años de la jurisdiccion de los Obispos, poniendo en ellos alcaldes que á su nombre administraban justicia, y recaudaban los pechos. Hubo un antiguo castillo en el prado que se llama de la Segada, cuyos cimientos todavia se reconocen, que era reputado como fortaleza de primer orden en aquel tiempo, y lo acredita el que habiéndose apoderado de ella Gonzalo Pelaez, uno de los infanzones mas poderoso y mas turbulento que hubo en el reinado de D. Alonso VII, tubo necesidad de acudir este monarca con sus huestes para someter al rebelde. Puso cerco al castillo; pero encontró tal resistencia que conoció la dificultad de allanarlo. Al pié del mismo muro fué herido el caballo en que el rey iba montado, y lo fueron tambien algunos de los nobles que lo acompañaban; por lo que y pareciendo á don Alonso que la empresa parecia árdua y prolongada, resolvió tornar á Castilla dejándola encomendada al valor y pericia de D. Suero, que tardó no menos que dos años en vencerla. Ni fué este suceso el único, ni el último tampoco que se decidió con las armas en el castillo de Proaza. Otros ocurrieron hubo en épocas posteriores habiéndolo sostenido en una de ellas contra los facciosos el valeroso caballero Rodrigo Alvarez de Bandojo.

Sea por el buen resultado de alguno de estos acontecimientos, ó por que tal haya sido el nombre que tenia el castillo, y sierras antiguas, hallamos que en la escritura de donacion hecha por Fernando II. al cabildo de Oviedo y á su Obispo D. Menendo, de aquellas tierras se las llama *Mons Gaudii*, monte de alegria que ha perdido.

Existe en la poblacion otro castillo menos nombrado en la historia, pero en mejor estado de conservacion. Tiene su torre cilindrica con muros que de ella arrancan, y vestigios de haber sido mas estensas. Corre á su pié el arroyo Payon que debió de servirle de foso. Celebráronse en otro tiempo en las juntas del Concejo. Perteneció primero á los poseedores de la casa de Miranda, y despues por permuta pasó á la de Velarde, y ahora se halla enteramente abandonado.

Habiendo obtenido el rey Felipe II, bula pontificia para la enagenacion de las Obispalías, á fin de atender con sus productos á las guerras que sostenia contra los hereges, despachó Proaza á Lisboa, residencia entonces de la corte, dos comisionados competentemente autorizados que lo fueron Martin Vazquez Prada, y el muy magnífico señor Pedro Tuñon el Real de Bandojo, para tratar lo concerniente á la redencion del concejo. En 1583, se estendió en pergamino la escritura por la que se le declaraba libre perpetuamente de toda otra jurisdiccion que no fuese la real ordinaria, mediante la cantidad

de seiscientos mil maravedises que por dicha merced satisfizo, con facultad de poder nombrar sus jueces y ayuntamientos, con jurisdiccion civil y criminal, mero, misto imperio, allende de las demas prerrogativas y esenciones que á las referidas eran anejas en cuyo goce y posesion ha estado el concejo hasta las últimas reformas.

En donde terminan las casas del pueblo termina tambien el valle. Las peñas que lo forman cierran aqui de manera que no se puede salir á otros términos sin ganar hacia la altura para volver luego á declinar. En la angostura por donde se cueñan las aguas del rio un poco mas alto que su orilla y parage muy áspero hay una cueva á la cual se llega no sin dificultad. Denominase de san Miguel por haber servido de capilla dedicada á este santo. Todavía existen vestigios: está en pie la mesa del altar, una parte de las gradas que habia para llegar á ella, y algun trozo del pavimento empedrado. Hay tradicion de que el abad de Tuñon concurría en ciertas festividades del año á la cueva-capilla á celebrar el santo sacrificio de la misa. No es en verdad fácil calcular en qué tiempo ni con qué motivo se construyó un oratorio en parage casi inaccesible, y desusado en las prácticas de los cristianos, que lejos de usar de las cavernas, sitios despejados y dominantes buscaban de ordinario para sus templos. Solo el de Cobadonga debido á uno de los sucesos mas notables de nuestra historia, fue erigido en la caverna misma en donde se verificó dicho acontecimiento. Tal vez otro importante que no llegó á nosotros, motivó la fundacion de San Miguel, pues sin un caso memorable no es de inferir que allí se verificase.

Otra antigualla que se reconoce en este mismo parage áspero y ríscoso, no relacionada por ninguno de cuantos han recorrido el pais, ni por los anticuarios que en él hubo; es un camino estrecho, pero abierto con imponderable trabajo en la peña viva, y cortada perpendicularmente en varios puntos con muchas varas de espesor. Su direccion era al pueblo de Caranga, y desde él, cortando otra vez peñas inmensas y salvando horribles precipicios se internaba en el concejo de Quiros. Ni al parecer era Proaza el punto de donde partía, sino que venia viniendo los mismos obstáculos desde Tuñon ó tal vez desde mas abajo. No se colige el objeto principal para una obra de tan enorme coste, y de tan corto resultado si se atiende á que no pudo instalarse para él servicio de carros y acémilas sino para el tránsito de la gente de aquí y de los ganados. Por toda esta parte no se descubren restos de establecimientos de minas, ni de pue-

blos siquiera de mediana consideracion; y aun suponiendo de que esta senda se hubiese abierto para dar paso al puerto de Ventana, se encuentra la dificultad de que se hace por ella un gran rodeo, de que hay otros parages por donde pudiera dirigirse con pocos inconvenientes, y de que llegó á tal desuso que no es ya conocida ni transitable, lo que prueba seguramente que tenia determinado objeto, y que cuando este cesó, cesó tambien el destino y el tránsito del camino. Se advierte de que sin pararse en tropiezos se le habia dado una direccion recta de la cual no variaba aunque á corta distancia presentase mas anchura y facilidad el terreno, como sucede por un poco mas arriba que atraviesa una senda que hicieron practicable hasta para caballerías, los vecinos de los lugares de Villamejin y Caranga, sin mas auxilio que el de su trabajo.

No debemos de levantar la pluma sin dar noticia de otra cosa notable que hay en Proaza, una vez que nos propusimos no dejar olvidada ninguna de las que merezcan ser conocidas. En un cerro piramidal de gran altura y muy escabroso que se empina hacia la parte del occidente sobre el barrio de la Abadia á mas de media altura se ve una cueva dicha del *Fenoyal*, á donde mas de una ocasion acudieron los labradores del pueblo á buscar los tesoros que en su fantasia supone haber quedado soterrados cuando la espulsion de los moros. Dieron principio á su ímprobo trabajo, cabando la tierra con que encontraron obstruida la principal galería: á muy poco comenzaron á hallar muchos huesos y esqueletos humanos que tubieron por buena señal; continuaron cabando, y siempre presentándose en la misma copia las hosamentas, y viendo por último de que no llegaban al cabo, se fastidiaron de su tarea despues de haberla seguido con perseverancia. No faltará quien conjeture de que una batalla, una peste, ú otra semejante calamidad pudo dar motivo ha hacinar en este punto los cadáveres, eligiéndolo como sepultura natural; pero la disposicion en que se hallan colocados, y la de la tierra que los contiene, conducida allí de la parte de afuera, muestra bien claro de que se depositaron sucesivamente y en una larga serie de años; y esto aun cuando no nos constase de que en otros parages de Asturias, existen cementerios de la misma clase, por lo que es indudable de que hubo tiempo en que era costumbre destinar para ellos las cuevas aunque no lo encontremos designado en la historia.

JOSÉ ARIAS DE MIRANDA.

HISTORIA NATURAL.

EL LOBO NEGRO.

El lobo negro es una especie distinta del lobo ordinario ó solamente una degradacion de éste? Todos los naturalistas le consideran como de una familia diversa, pero hay muchas razones tambien que se oponen á creerlo así. Como puede considerarse por el bastante exacto grabado que va al pie de este artículo, no difiere del lobo comun mas que en el color de la piel que es de un negro subido, pues en sus formas son tan semejantes y tan ligeras las diferencias si existen, que mas notables son las que se encuentran entre dos lobos ordinarios criados en diferentes climas. Ademas se halla indistintamente en toda Europa y no pueden citar los que sostie-

nen la contraria opinion, ninguna region, ninguna localidad donde esta pretendida familia habite especialmente, y aun si quieren alegar que solo se encuentra de paso en las comarcas del medio-día, diríamos que tambien se hallará solo de paso en los demas paises, y preguntariamos á donde se dirige y de donde procede pues que no se le conoce domicilio fijo. Otra observacion hay tambien que añadir muy poderosa: en la América septentrional se encuentra el lobo comun y el negro y seria singular y notable si constituyesen dos especies distintas, porque al tiempo de su descubrimiento ofreció muy pocos animales idénticos con los del otro continente; así entonces, la familia de los lobos seria una escepcion de la regla general.

De cualquiera suerte que se considere todos convienen en que el negro es mas feroz y sobre todo mas cruel que el lobo comun; vive en lo mas espeso y sombrío de

las montañas, y solo se aparta de sus guaridas durante la noche para acudir á las orillas de las lagunas y de los rios á devorar las inundicias que arrojan. Tiene una fuerza prodigiosa, y aunque menos corpulento que el ordinario, no hay perro alano por valiente que sea que lleve la victoria en la lucha. Huye de la presencia del hombre particularmente durante el dia, pero tambien es muy arriesgado intentar el sorprenderlo en su retiro, porque no bien siente acercarse al cazador que le despierta sobresaltado ó le halla inopinadamente, cuando su primer movimiento no sea en vez de huir, lanzarse sobre el temerario que imprudentemente se empeña en atacarle en sus fortalezas.

Su vigorosa constitucion le permite caminar sin fatigas hasta cuarenta leguas en una noche, y resistir muchos dias sin comer. Si el hambre no le atormenta demasiado, no se aparta de la espesura de los montes; pasa el dia durmiendo y la noche en cazar el ciervo, la liebre, y otros animales mas débiles que él; pero cuando le falta este alimento se aventura en medio de las noches mas oscuras á emprender alguna excursion en el llano. Entonces se desliza pegado á los vallados, por los desecados surcos de los arroyos, y por entre las zarzas y todo lo que puede ponerle á cubierto. Su paso es ligero y su pisada tan furtiva como le es posible para acercarse á su presa sin que le sienta. De un salto salva un espacio de veinte y cinco ó treinta pies, se lanza sobre ella, y abalanzándose á su cuello concluye por derribarla en tierra; cuando ha conseguido esto, la desgarrá en un minuto aunque por su volumen sea diez veces mas fuerte que él.

Este feróz animal es temible para la especie humana, porque frecuentemente ataca á los hombres y con particularidad á los niños y mugeres, con preferencia á las bestias.

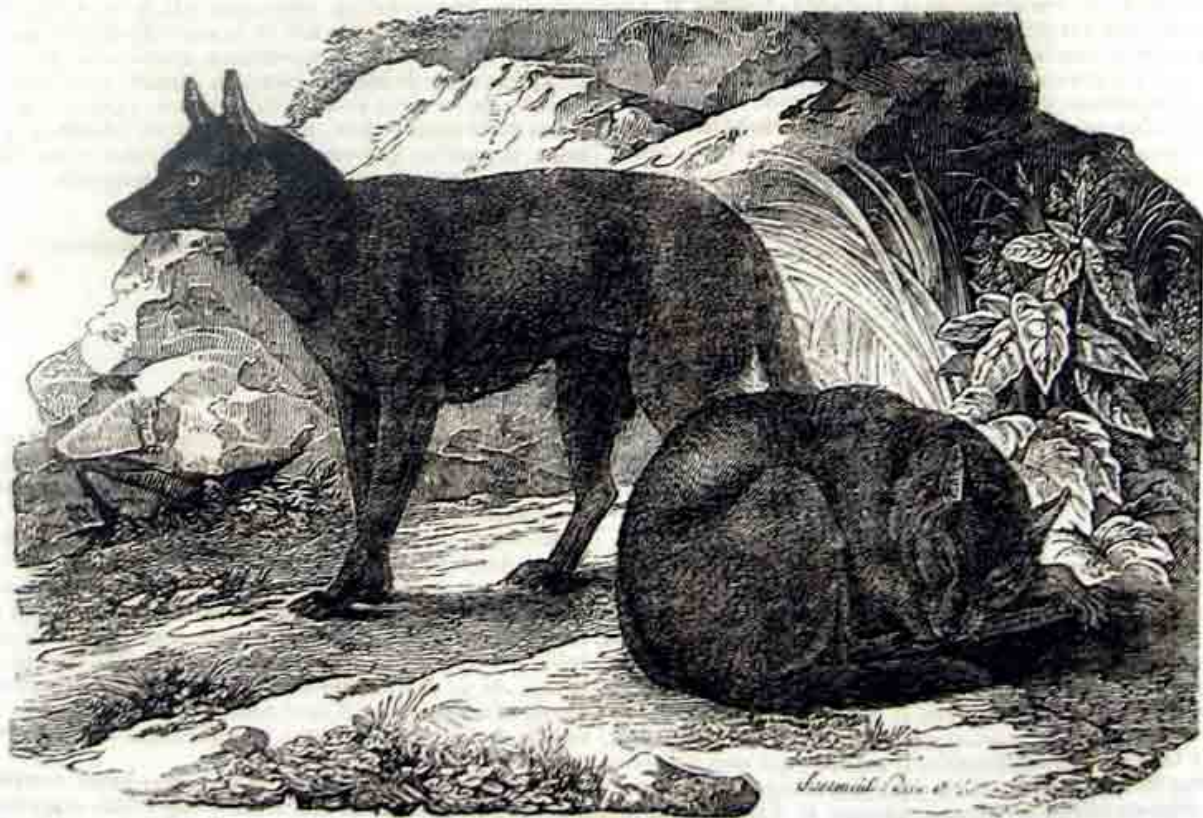
Su color impide distinguirle en la oscuridad, y ha-

ce mas terrible y espantosa su aparicion, porque solo se le percibe cuando se halla muy próximo, y por el brillo rojizo y siniestro que destellan sus ojos. En 1791 una fiera sembró la desolacion y el terror en los departamentos del centro de la Francia por las muchas personas que devoró; y últimamente despues de muchas infructuosas batidas, fué victima en una de ellas, resultando ser un lobo negro.

Vamos á referir un ejemplar de su ferocidad.

Un hortelano habitaba con su familia una casita pequeña, próxima al monte y bastante apartada de lo demas de la poblacion. Un domingo 27 de setiembre por cierto, marchó la familia entera á oír misa, á escepcion de la abuela, muger de setenta y tres años que quedó guardando la casa y disponiendo el desayuno para sus hijos. Cuando estos regresaron no encontraban á su abuela y vanamente la buscaban por los patios y los establos y la llamaban á voces; hasta que por fin la hallaron en el huerto detras de la casa, pero muerta, desgarrados sus vestidos y enteramente devorados el rostro y el vientre. Al parecer el lobo debió saltar la tapia y arrojarse sobre la anciana en el momento que estaba entretenida en coger algunas yerbas; pero se conocia que la lucha debió ser terrible no obstante la mucha edad de la victima, porque habia en la tierra señales evidentes de haber estado sucesivamente encima ó debajo de la fiera, de ser vencida ó vencedora, y aun se veia un gran puñado de pelos en la mano del cadáver horriblemente mutilado.

El lobo negro como todos los de su especie ha sido clasificado por los naturalistas modernos entre los mamíferos carnívoros, seccion de los digitigrados, y de la misma familia que el perro. Difiere esencialmente de este por sus orejas siempre derechas y puntiagudas, por su cola recta y caída que jamas se encorva en semi-circulo y por su manera de echarse.



El Lobo negro



Ruinas de Stratonicea.

GRECIA.

RUINAS DE STRATONICEA.

La antigua ciudad de Stratonicea, hoy Eski-Hissar debió su fundación á los Macedemonios y le dieron el nombre de Stratonicea, muger de Antioqus Soles. Todos los monarcas Selencidas se esmeraron por embellecerla, y habiéndola respetado los Romanos conservó por mucho tiempo su independencia. El emperador Adriano reedificó una parte, y en efecto entre sus ruinas se conservan señales evidentes de un estilo de arquitectura posterior á la era de los Selencidas, y poro digno por cierto de esta época de gloria para las artes. Las montañas que rodean ó circundan la ciudad, son las últimas ramificaciones de la inmensa cordillera de los montes Taurus que se alzan colosalmente á medida que se extienden hasta los confines de la India, dividiendo esta parte del mundo.

Esta-Hissar no es en la actualidad otra cosa que una reducida aldea, y las casas que la componen rodeadas de árboles frondosos y corpulentos están situadas á orilla de un riachuelo cuyas cristalinas aguas se precipitan rápidamente en cascadas bañando las ruinas de

25 de diciembre de 1843.

los mas suntuosos edificios. El fragmento que ofrecemos en el grabado que encabeza este artículo, representa un trozo de muralla cuyo recinto interior estaba decorado de columnas de orden corintio; solo una se conserva en pie sin otra utilidad que servir de abrigo y de punto de reposo á las aves trashumantes.

Sus antiguos moradores poseían dos templos de atrevidas proporciones; uno dedicado á Hecata, y otro consagrado á Júpiter. Aquí eran donde una vez cada año se reunían los diputados que nombraban todas las ciudades de la Caria, para ofrecer sus tributos, y para tratar de los negocios generales de su república federativa. En una medalla encontrada entre sus ruinas, y que se conserva aun en nuestros dias, se lee, que habiendo preservado á la ciudad Hecata y Júpiter, de las mas grandes calamidades, y mostrando el pueblo su reconocimiento con la multitud de sacrificios que ofrecia y el incienso que quemaba en sus altares, ordenaba el senado, que todos los dias acudirian al templo procesionalmente treinta niños vestidos de blanco, de las familias mas distinguidas de la villa precedidos de un arpista y de un heraldo, para cantar un himno en accion de gracias.

Ningun vestigio se halla de estos dos templos enriquecidos con la piedad de los pueblos; pero sí se descubren restos magníficos de muchos otros monumentos.

CRONICAS ESPAÑOLAS.

BELTRAN DE LA CUEVA.

(Conclusion.)

V.

El gran maestro D. Beltran disfrazado con las ropas de Alvaro Ruiz se dirigió solo á la torre del Duero. Esta torre se hallaba medio ruïnosa, enteramente deshabitada, y en medio del campo. D. Beltran entró en ella y á medida que penetraba por el oscuro corredor que conducía á la sala donde se hallaban reunidos los conjurados oía el confuso rumor de sus voces, y se presentó á su vista el mas extraño espectáculo.—En un pequeño salon se hallaban agrupados una porcion de hombres al rededor de una mesa ordinaria donde se hallaba sentado el que hacia de presidente: dos lámparas como las de que se sirven los mineros para sus trabajos sostenidas por sus garlitos ó garabatos clavados entre las junturas de las piedras reflejaban una luz pálida, vacilante sobre las pardas paredes de la torre, y los rostros de los conspiradores. Todos ellos al entrar y entre otros un fraile pronunciaban á media voz ante el guardián de la torre las palabras misteriosas *Justicia de Dios*, y sus nombres. D. Beltran entró como ellos con la mayor serenidad y pronunció el nombre de Alvaro Ruiz entregando la contraseña, y se dirigió á uno de los rincones mas oscuros de la torre.

—Excelente punto de reñion, dijo uno de los conjurados que se hallaban á su lado.

—Aquí nadie podrá penetrar nuestro secreto, respondió otro, por aquí la única salida guardada por nosotros... por aquí una ventana desde donde se tocan las aguas del Duero, profundo é inmóvil en su curso.

Así que hubieron entrado todos los conjurados el que guardaba la puerta, y habia recogido los pedazos de pergamino, que eran la seña para la entrada se llegó á la mesa y los depositó en ella diciendo—Ya estamos todos.

El que se hallaba sentado en la mesa, y cuyo rostro no habia podido aun ver D. Beltran por ocultarlo el ala de un ancho sombrero, descubrió su cabeza y dejó ver las canas que la cubrian, y el rostro de uno de los principales cortesanos de Enrique IV de uno de los que se vendian por amigos del Maestro. Era Manrique de Lara.

—Ricos-hombres, dijo este con voz solemne, pueblo de Castilla! Hemos horrado el sello de ignominia que manchaba nuestra frente. Nuestra causa triunfa en todas partes... D. Pedro Giron, Maestro de Calatrava, se ha declarado con sus caballeros públicamente por nosotros. El marqués de Villena, otro tiempo el favorito de Enrique es en secreto el alma de nuestra empresa. El obispo de Segovia Juan de Arias, y su vicario Prexano, nos han entregado la ciudad con su inespugnable fortaleza colocada en los montes lindes eternos de las dos Castillas. Dios ha pronunciado su sentencia, y los hombres la han cumplido. Un recadero de la órden de Calatrava que ha llegado esta mañana presencié el juicio

de Dios y del pueblo. Nuestros hermanos los confederados despues de haberse apoderado de los Infantes Alfonso é Isabel que con la reina madre yacian olvidados de Enrique en su destierro de Maqueda han depuesto del trono al opresor de Castilla, al que en su impotencia abandona las riendas del trono á un vergonzoso favorito al que quiere asegurar la corona en las sienas de una hija de adulterio con perjuicio de sus hermanos.

—Permitidme noble Manrique de Lara, dijo el recadero de la órden de Calatrava, refiera lo que presencié en los campos de Avila. Sobre un ancho tablado se colocó sobre un trono un manequi cubierto con las insignias y vestiduras reales. Su semejanza con Enrique era estrema: parecia que el artifice habia robado al original sus propias facciones.

El Arzobispo de Toledo pronunció las causas que motivaban la deposicion de Enrique. Un pueblo numeroso inmenso, asistia entusiasmado á este juicio. A la lectura del primer cargo, el Arzobispo de Toledo quitó la corona de su cabeza, el Arzobispo de Compostela le despojó del cetro al leer el segundo, y los condes de Plasencia y de Benavente le arrancaron la espada de la justicia y el manto real al pronunciar el tercer artículo. Diego Lopez de Estúñiga declaró la deposicion del monarca y derribó ignominiosamente la estatua de Enrique, y proclamó á Alfonso el mas jóven de sus hermanos rey de Castilla y de Leon. El pueblo alzó sobre sus hombros al nuevo soberano, y su valor le colocará en el trono.

—Viva el rey Alfonso! gritaron con el mayor entusiasmo cuantos se hallaban en la torre. Dos personas solas no respondieron á esta aclamacion.

—La memoria del 5 de Junio de 1465, será eterna, dijo con voz solemne el presidente Manrique de Lara. El ejército con su nuevo rey se apresta á la batalla, ya ocupa las llanuras de Olmedo, y en breve sus banderas victoriosas ondearán sobre el Alcazar de Valladolid. Enrique sumido en tanto en torpes festines en vano procurará salir de su letargo. Nuestros parciales le rodean y procuran adormecerle con los placeres. Un hombre solo puede reanimar su energia. Don Beltran que mas de una vez ha desconcertado nuestros proyectos, y que es capaz de todo por asegurar en el trono á la hija de Enrique.

—Que decís? esclamó con voz airada uno de los conjurados. La hija de la reina doña Juana no es del rey, es la hija de Beltran. Castilla toda, el pueblo cuyo instinto jamás se engaña lo reconoce así al llamarla por desprecio la *Beltraneja*.

El desgraciado D. Beltran, pálido con los puños apretados de rabia veíase obligado desde el oscuro rincón donde se hallaba á oír las imprecaciones de sus enemigos. Si se hubiese tratado solo de su vida él se hubiera presentado al furor de sus enemigos, pero se trataba tambien de la suerte de la reina, de su amante y de su hija y le era preciso oír tranquilamente todos los clamores, todas las injurias, para reducir las mas tarde á silencio, para acallarlas perpetuamente.

—Tal vez podríamos terminar los horrores de la guerra civil. D. Lope de Barrientos, obispo de Cuenca tiene decidido al rey, dijo uno de los conjurados, á que adopte un medio que á todos satisfaga.

—No hay medio, esclamó irritado el Presidente Man-

rique, cuando se trata de la corona. Un trono es demasiado estrecho para dos reyes, y Castilla ha proclamado á Alfonso.

—Si el infante D. Alfonso, replicó el conjurado que habia propuesto la transacion, se casase cual pretenden muchos con doña Juana, la contienda quedaria terminada. Alfonso seria rey, y doña Juana reina de Castilla.

—Nunca, nunca, gritaron como furiosos de todos los ángulos de la torre.

—Y el adulterio, gritó con voz atronadora D. Manrique, ostentaria triunfante su fruto sobre el trono, y una muger estraña la *Beltraneja* usurparia el nombre, la herencia de nuestros legítimos reyes, les arrebataria sus derechos mas queridos, y su odioso latrocinio perpetuándose con su descendencia haria eterno el crimen de su padre, de su padre cuya fatal privanza tan cara ha costado á Castilla!

—Es preciso su ruina, dijo uno que justamente se hallaba junto á D. Beltran. Los pueblos están agoviados de gabelas y tributos, la guerra devasta nuestras propiedades.

—El es el único que hace frente á la confederacion. Enrique es demasiado débil, sin sus consejos ya hubierá abdicado en su hermano, dijo D. Manrique.

—Su política infernal añadió un conjurado anciano, ha hecho que Paulo II envíe á Antonio Venerio, obispo de Leon para que lance su excomunion, como su legado contra los que nos hemos confederado.

—Los pueblos titubeaban, le interrumpió el presidente, á la voz del pastor santo de Roma, y sin el arzobispo de Toledo que se ha unido á nuestro bando, éramos perdidos. Sin embargo todo debemos temerlo aun de Beltran.

—Que muera! que muera! gritaron de todas partes, y con un furor que tocaba en fanatismo.

—Morirá: contestó don Manrique con voz solemne y reposada. Morirá porque es precisa su muerte para salvar á Castilla, porque en faltando don Beltran contaremos en derredor del trono de Enrique tantos parciales como en el campo de Olmedo, y porque su genio solo es capaz de frustrar nuestra santa empresa! Hernando, habeis ganado al alcaide de la fortaleza.

—Tan luego como se avisten nuestras tropas, contestó uno desde un rincón de la torre, abrirá el alcaide las puertas de la ciudad y se incorporará con los confederados.

—No olvidaré el aviso, dijo entre si don Beltran.

—Garcí Jimenez, preguntó despues el presidente, con cuantos soldados de la guardia de Enrique podemos contar?

—Cerca de doscientos me seguirán: ignoran aun de lo que se trata, pero respondo de ellos, y recorrerán las calles al grito de muera Beltran.

—Martín Perez y el pueblo se decidirá por nuestra causa? dijo despues don Manrique dirigiéndose á un hombre de formas atléticas, de oficio pelaire y de gran influencia en la plebe.

—No hay que dudarlo, contestó. Esta noche distribuiré el dinero que vos, y los ricos hombres me habeis confiado. Alvaro y yo haremos esa diligencia. Sabemos muy bien las puertas á donde hemos de llamar.... donde el frio, la desnudez y la miseria hacen dar diente con diente al infeliz, donde por un pedazo de pan, y un poco de dinero nos venderan una vida condenada á la indigencia. Mañana con mi ejército de hambrientos me presentaré yo en la plaza de Tordesillas, donde Enrique ha venido á distraerse á una partida de caza, y os juro que gritaremos bastante para hacernos oír de él, y de ese odioso Beltran.

—Seria mas conveniente, dijo don Manrique con risa irónica, que este no os pudiera ya oír. Quien de voso-

tros, gritó despues, levantándose, quien de vosotros se siente con suficiente valor para darle muerte?

Todos se levantaron y estendieron sus manos hácia donde se hallaba don Manrique, excepto don Beltran, y un jóven de corta edad que se hallaba entre los conspiradores.

—Os honra tan noble ardimento, dijo lleno de satisfaccion don Manrique. No quiero agraviar á ninguno de vosotros haciendo la eleccion por mi mismo. Dios designará el brazo que debe de herir al gefe de nuestros enemigos. Aquí están todos vuestros nombres, y al mismo tiempo cogió todos los pedazos de pergamino que se hallaban depositados sobre la mesa, que habian servido de contraseña para entrar en la torre, y en los que habia escrito el nombre de cada conjurado: colocólos en una especie de cántara y dijo.—El nombre primero que salga será el del elegido. Vos padre Rafael que por vuestro ministerio estais exento de ese cargo, publicareis el nombre del elegido del señor.

Hubo un momento de silencio profundo, terrible era el silencio que precedia á una sentencia de muerte.

Llegóse á la mesa lenta y pausadamente el fraile, que á la escasa luz que iluminaba la torre, parecia una fantástica aparicion, introdujo su descarnada mano en la cántara fatal, sacó una de las targetas ó pedazos de pergamino, y leyendo con bronca y áspera voz.—*Alvaro Ruiz*, se retiró con la misma pausa á confundirse entre aquella multitud de asesinos conspiradores.

El nombre de Alvaro Ruiz resonó en el corazón de Beltran, y lo hizo estremecer de pavor. Era precisamente el nombre con que se habia introducido en la torre. Iba á ser inevitablemente descubierto....

—Alvaro! le dijo don Manrique. La providencia fia á tu brazo, el éxito de nuestra santa causa. A qui tienes el puñal que bendecido de su mano ha enviado con uno de sus emisarios el arzobispo de Toledo, junto con la absolucion del crimen que pudieras cometer.

—No es crimen; gritó el padre Rafael, castigar á un adúltero, á un hombre que....

—Silencio! dijo don Manrique. Alvaro, de mano de vuestro hijo lo habeis de recibir. Su inocencia será un presagio seguro de triunfo, por su cabeza habeis de jurarnos arrancar la vida al gefe de nuestros enemigos.

—Su hijo! dijo interiormente D. Beltran, disponiéndose ya para dar la señal convenida á sus soldados. Van á descubrir mi disfraz—

Un jóven se habia adelantado hasta la mesa, habia recibido con mano trémula el puñal de manos de D. Manrique y se dirigió al sitio donde se hallaba D. Beltran inmóvil.

—Tomad! le dijo presentándoselo.

—Qué veo? que imprudencia, dijo en voz baja al reconocer en el que creia el hijo de Alvaro, á la reina disfrazada en un gentil y gallardo mancebo.

—Estábais en peligro, no he debido abandonaros.

—Infeliz!

Tomó D. Beltran el puñal, y estendiendo su mano sobre la cabeza de doña Juana de Portugal. Juro por Dios, dijo, y por esta cabeza que mil veces me es mas amable que la mia, exterminar al gefe de mis enemigos.

—A vos deberá el rey la consolidacion de su trono, dijo D. Manrique.

—Sí, yo salvaré al rey, contestó el supuesto Alvaro. Despues dirigiéndose á la reina en voz muy baja, os habeis perdido, la dijo con la mayor amargura, todos excepto yo han de perecer en la torre.

—Tus brazos me ampararán

—Os arrancarán de ellos. Yo mismo para evitar un movimiento de piedad, he dado orden á mis gentes de que no me obedezcan.

—He dado orden, dijo la reina con la mayor ansie-

dad, á mi fiel Nuño que velase con una barca al pie de una ventana de la torre.

—Ah! no perecerá!

Todos tenían fija su vista en los que creían Alvaro y su hijo, veíanlos hablar en voz baja y misteriosa, pero creían que en la víspera de un acontecimiento que podía llevar en pos de sí la muerte, debía concederse este desahogo al amor de un padre. Así que ninguno osó llegarse á ellos á interrumpir sus palabras.

D. Manrique solo viendo los ademanes de dolor de la reina procurando darle un consuelo, le dirigió estas palabras.—Jóven, no os abandonéis al dolor, no es tan ardua la empresa de vuestro padre. Si sucumbe, mil puñales se alzarán para vengarle; si triunfa es segura su suerte.

La reina sin escuchar lo que D. Manrique la decía continuó hablando con Beltran.

—Que horrible me es el tener que morir en tus brazos!

—No moriréis señora, la replicó Beltran. Los conjurados quedarán libres: al morir mañana, al menos os habré salvado la vida.

—Morir tú mañana! y al mismo tiempo cayó la reidismayada.

—Se ha desmayado ese jóven gritó D. Manrique. No ha podido resistir á la idea del peligro de su padre Socorredle.

—Deteneos, no es nada, la brisa del rio, el aire puro reanimarán su espíritu.—Llegóse al mismo tiempo conduciéndola en sus brazos y vio á la luz de la luna que el fiel Nuño estaba con su barca inmóvil debajo de la ventana, y cogiendo á la reina la arrojó en los brazos de este, gritándole, sálvala! inmediatamente la barca á todo remo cruzó el rio.

—Qué hacéis? gritaron todos cuantos estaban en la torre y que no comprendían su accion.

—Cumplir mis juramentos, respondió con voz fuerte Beltran puesto de pie sobre la ventana. Doy la señal de vuestra muerte. He salvado á la reina de Castilla que estaba entre vosotros.

—Quién sois? gritó D. Manrique que con los demas se dirigia contra D. Beltran.

—Conocedme, miserables! Beltran de la Cueva!

Al mismo tiempo se arrojó al Duero. Era excelente nadador acostumbrado desde pequeño á atravesar á nado los rios mas caudalosos.

En cuanto sonó el golpe que sobre las aguas produjo la caída de D. Beltran, abriéronse violentamente las puertas de la torre.

El Capitan de los Monteros reales seguidos de los suyos dijo, ya ha sonado la señal. Ninguno quede con vida. Gritos, lamentos, imprecaciones horribles sonaron á la vez. Era una escena infernal. Los soldados colocados á la puerta y delante de la ventana que daba sobre el Duero, cerraron toda salida á los conjurados. El ruido de las armas cubria los ayes de los moribundos. La sangre inundó el salón de la torre del Duero, y los misterios de esta noche de conjuracion quedaron sepultados con los conjurados.

D. Beltran solo fué el sabedor de los planes allí fraguados, y D. Beltran triunfó de todos ellos.

VI.

D. Beltran de la Cueva habia descubierto en la torre del Duero, el misterio de la atroz conjuracion que debía precipitar al rey de su trono, y arrancarle á él, el poder con la vida. Los que habian asistido á aquel fatal conciliábulo allí murieron, los demas traidores descubiertos despues perecieron en ocultas y secretas prisiones de las fortalezas. Al frente de un numeroso cuerpo de sus parciales marchó al encuentro de los confedera-

dos, los batió en Olmedo, y por un instante parecia que la paz habia vuelto á brillar en la desventurada Castilla.

El rey, la reina y toda la corte se habian trasladado á Segovia, y moraban en su Alcazar. Los enemigos de Beltran reducidos por el pronto al silencio no habian desistido de su empeño. Doña Guiomar que veía dilatarse la caída del hombre que tanto aborrecia, que le veía afirmarse en el poder, y seguir en sus amores con su odiosa rival, maldiciendo en su interior la docilidad del pueblo, la poca destreza de los nobles, procuró á toda costa tener entre sus manos un medio facil, seguro, indudable de hacer pronunciarse por su causa al hombre mas poderoso de aquella época, al mas hábil de los ricos hombres. Doña Guiomar era la querida favorita de Enrique, y una muger hábil encuentra momentos y medios de obtener del hombre que la ama cuanto desea.

Una noche á la pálida luz de la luna que reflejaba sobre el terrero del alcazar de Segovia una muger cubierta con su manto, hablaba bajo y misteriosamente con un escudero que en su traje manifestaba venir de camino. Esta muger era doña Guiomar; el escudero era Martin Gutierrez que hacia muchos años estaba á su servicio.

—Le viste tú mismo? decía doña Guiomar.

—Cuando yo llegué al castillo de Cuellar, respondió el escudero, el marqués de Villena se hallaba fuera. El castellano me dió afable hospitalidad sin dirigirme ni una sola pregunta. A la llegada del marqués, me introdujeron en una oculta y secreta estancia. De dónde vienes? me preguntó el de Villena. De Segovia.—Quién te envía?—Doña Guiomar de Mendoza. Creyó no haber oido bien, y me hizo repetir la respuesta. Qué tengo yo que ver me dijo con aire grave y severo, con esa muger? Que ella reine en Castilla, que maquine diariamente nuevas intrigas contra su pobre rey, razon de mas para que nada comun exista entre ella y yo. Marchaos: no quiero oir vuestro mensaje; volved y decidla que el marqués de Villena podrá perdonarla tal vez el dia de su muerte los daños que ocasiona á Castilla, pero con una sola condicion, lo entendeis?... la de no volver á oír hablar jamas de ella en mi vida.

—Ha rehusado seguirnos? preguntó doña Guiomar con la mayor ansiedad. Estamos perdidos!

—Escuchad, señora. Me incliné respetuosamente y con voz sumisa le repuse: mi mision no se dirige á hablar ni proponeros nada: es mas sencilla, poner en vuestras manos no se que alhaja que cuidadosamente se me ha entregado cerrada en esta caja, con este sello grande.

Es el de Enrique! dijo, y arrebatándomela de las manos, la rompió, sacó un anillo y exclamó conmovido: es el mio! es el mio! me hizo cien preguntas á la vez.... á ninguna pude responderle, pidió al momento caballos hizo poner en movimiento todas sus gentes y siguiéndome.... hace dos horas que al anochecer un momento antes de cerrarse las puertas de la ciudad, hemos llegado á Segovia.

—Te has portado! dijo con alegría doña Guiomar, Martin Gutierrez! Te mando cien Enriques de oro.

—Dios os lo premie señora, dijo el escudero lleno de agradecimiento.

—Y el marqués donde quedó?

—Espera inmediato á la entrada de los jardines del Alcazar.

—Hazle venir con toda cautela.

Marchó inmediatamente en su busca el diligente escudero, que pocos momentos despues se presentó con el marqués de Villena, cuyas facciones ocultaba un gran sombrero estando embozado en una ancha capa. Descubrióse delante de Doña Guiomar: hizo esta una señal al escudero para que se marchase, obedeció este, y cuando hubieron quedado solos, tomando el tono mas afectuoso le dijo:

—Marqués he querido hablaros con tanta precaucion porque todos mis pasos son cuidadosamente espiados. De dia seremos enemigos como siempre... en el silencio de la noche amigos.

—He venido, señora para oír de vuestros labios la esplicacion de este misterio.... este anillo?

—Escuchadme. Yo no emplearé el disimulo y el fingimiento con vos.... además de nada me serviría, fuisteis mi enemigo desde el dia en que nos conocimos, habeis hecho todo lo posible por perderme en el ánimo de Enrique, y os aborreceré toda mi vida al menos veis que soy franca.

—Adelante, dijo con sequedad é impaciencia el Marqués.

—He ahí mi sola falta, aborreceros y como no hacerlo cuando aun desde vuestro retiro sois el mas terrible enemigo de mi poder?

Satisfecha doña Guiomar de haber adormecido todas las desconfianzas del marqués, con esta afectada frauqueza continuó despues.

—Vuestra marcha cambió estraordinariamente la escena. El mal que contenia vuestra prudencia se empeoró.... el veneno de la disolucion cundió rápido por todo el estado: la nobleza, los soldados, el pueblo, todos sufren, todos padecen.... un grito solo penetrante de reprobacion general se alzó hasta el cielo: la guerra civil abrasó nuestros campos: los confederados para derribar al autor de tantas calamidades, sucumbieron en los campos de Olmedo: el principe Alfonso, murió á poco de repente en Cardenosa, y sus parciales aterrados con lo que creen un castigo del cielo, han depuesto las armas, y el favorito libre y sin rivales, se ha convertido en despota, y ha estendido su ominoso yugo hasta sobre la misma corona.

—Como Enrique comienza ya á sentir su poder!

—Hace algunos dias continuó doña Guiomar, se lamentaba conmigo de la insolente tutela en que le tenia D. Beltran.... de las agitaciones funestas que habia ocasionado su privanza, y de la impotencia en que él mismo se habia colocado ya para resistirle. Yo le ofreci intentar todo para conseguirlo, cuando exigiendome un juramento.... pronuncie vuestro nombre.... os llamé su libertador y me entregó para que os lo remitiese secreto y diligentemente este anillo, al que me aseguró está unida una promesa sagrada inviolable.

Con la mayor atencion, y un sentimiento de amor propio, escuchaba el marqués las artificiosas palabras de doña Guiomar, que habiendo oido la despedida de este con el rey el dia que quedó anulado el tratado de paz de Portugal, habia podido apoderarse del anillo misterioso.

—Perdida la batalla de Olmedo, continuó despues de un momento de silencio, los enemigos de D. Beltran faltos de un punto de apoyo se han ocultado, pero no han desistido.... encontrareis instrumentos dóciles, manos dispuestas á la lid, una mina dispuesta á reventar, y que una sola chispa podrá facilmente encender: todo lo he preparado: obrad.... el rey lo aprobará todo.

—Señora, contestó el marqués mirándola fijamente y con cierta desconfianza aun.... yo no me he mezclado en los disturbios que desde mi salida de la corte han agitado el reino.... sin el llamamiento de Enrique hubiera tal vez terminado lejos de ella mi existencia deplorando los males de Castilla.

—Marqués! exclamó doña Guiomar con el acento de la mas marcada ironía, todos sabemos cuan ageno habeis estado de cooperar á la escena de Avila, y á los desastres de Olmedo.

—Yo os aseguro, replicó, que no ha sido poca dicha el haber podido permanecer neutral.... de un lado el rey á quien tanto amo.... de otro mis amigos los ricos-hombres... los prelados.

—Me ofrecéis francamente vuestra cooperacion para nuestra empresa?

Con impaciencia, con ansiedad aguardó doña Guiomar la respuesta de tan terminante pregunta.

—Ofrezco únicamente, contestó con la mayor frialdad Villena, obedecer las órdenes del rey, yo las recibiré de él.

—El rey, dijo algun tanto desconcertada Guiomar, el rey se halla precisado á no veros.... mas aun... á conspirar para conseguir su libertad.

—Si habeis contado conmigo para una conspiracion os equivocais. Cuando era jóven, y Enrique Principe heredero fuimos juntos conspiradores: él nada arriesgaba, podia subir al trono, yo al cadalso.

—Teneis en vuestro poder el anillo que confiásteis á Enrique.... descuidad que á su tiempo él os trasmítira sus órdenes.

—Hasta entonces yo á nada me comprometo.

—Mañana mismo, el Alcazar real resonará con los cánticos de alegría y de placer.

—Enrique vencedor de los confederados quiere celebrar con un magnifico festin la tranquilidad que la derrota de Olmedo ha devuelto á los pueblos de Castilla. Podeis introducirlos en el baile.... á él asistirán nuestros parciales.... allí cuando entre el ruido de la música, y la confusion de las damas todos se ballen ocupados en el placer, encontraremos medio de apoderarnos de nuestros enemigos, y libertaremos al rey, y vos tornareis á vuestra antigua privanza. Cualquier medida que adopteis tendrá un irresistible peso. Las cortes están reunidas en esta ciudad para otorgar los subsidios y jurar por heredera á la princesa doña Juana, la *Beltraneja*. Nada mas se exige de vos que vuestro nombre, él reanimará á nuestros parciales, y los hará triunfar.

—Y despues?

—Imponed vos mismo las condiciones.

—La destitucion del favorito y su destierro.

—Su destierro nada mas replicó doña Guiomar reprimiendo una amarga sonrisa.

—Ni mas ni menos, contestó con firmeza el marqués.

—Y que haremos de esa pobre reina falta de todo apoyo?

Esta pregunta aunque hecha en tono indeciso y vacitante fué una falta de tacto por parte de la diestra y artificiosa doña Guiomar, en poco estuvo que el marqués no penetrase con un profundo golpe de vista toda la estension de su alma vengativa, y sus horrendos cálculos. La cólera inflamó el rostro de Villena, aproximóse á doña Guiomar y cogiéndola una mano la apretó fuertemente en la suya.

—Señora!... la dijo con una energia concentrada. Señora! guardaos de levantar vuestra vista hasta las gradas del trono. En nombre de la magestad ofendida he salido de mi retiro para vengarla, no para ultrajarla. Entre vos y yo, entre el rey y nosotros solo media un negocio puramente político. Él castigará á un ministro que abusa de su favor. Si por acaso hubiera que buscar una muger culpada.... temblad por vos.... si, por vos misma doña Guiomar!

Asustada quedó esta, y en vano se esforzó á sonreirse, y chancearse con el marqués sobre la grave interpretacion que habia dado á sus últimas palabras, pero este la habia comprendido muy bien para no volver á tener su antigua desconfianza. Hablaron aun un rato, cuando vieron al otro estremo del terrero del Alcazar, dos hombres embozados que hablaban con el mayor misterio, y aun sospecharon un momento si los observarían. No pudieron conocer quienes fuesen.

Los dos embozados que allí se habian citado para tener una entrevista sin que nadie pudiese observarlos, eran D. Beltran de la Cueva, y el capitán de las guardias del rey.

—Ya es tiempo de concluir de una vez con los agitadores! decía á este D. Beltran.

—La victoria de Olmedo nos ha abierto las puertas de esta ciudad.

—El vaticinio de Paulo II, se ha verificado, el jóven Alfonso murió de repente.

—Gracias al activo veneno que lo hizo suministrar Samuel, ese maldito hebreo.

—Los confederados duermen solo señor duque, pero no están muertos, tal vez despertarán y alzarán la única bandera que les resta.

—La Infanta doña Isabel, está en un monasterio de esta ciudad, el velo de las virgenes del señor, impedirá que la corona de Castilla pueda recaer en sus sienes. Las córtes se hallan reunidas, una vez jurada doña Juana heredera del reino nada habrá que temer.

—Mas si protestan, le interrumpió el capitán, algunos Procuradores y Prelados como aseguran....

—Yo haré antes morir en prision á los que se me opongan, los demas estan ganados á fuerza de mercedes.

—Pues entonces, dijo el capitán, pensemos solo en la funcion de mañana.

—Precisamente, respondió el duque Beltran, en esta funcion hemos de terminar este asunto.

—Y el rey asistirá?

—El bullicio y la agitacion del festin perjudicarian su salud harto quebrantada con los esfuerzos que ha tenido que hacer en esta última semana.

—Sin vos señor duque ya no existiria en su trono.

—Decid mas bien sin la providencia que vela por los reyes, y á quien plugo revelarme la conspiracion.

—Los confederados de Olmedo faltos del auxilio que les prometian los traidores y sorprendidos, doblaron su altiva cerviz al yugo del monarca.

—Haced, dijo D. Beltran bajando aun mas la voz, que para mañana en la noche las compañías de archeros, y los caballos que se hallan en Sepúlveda con Hernando de Olea, entren secretamente en la ciudad, conviene que apoyen este movimiento.

—Yo mismo, contestó el capitán, escribiré á Hernando, un mensajero seguro llevara vuestra orden.

Curioso por demas era ver en un mismo sitio conspirando contra si mutuamente á los dos mas implacables enemigos, á la luz de la luna, y dándose por una rara y extraordinaria coincidencia un mismo punto de cita, una misma hora, y contando valerse de los mismos medios.

D. Beltran y el capitán despues que hubieron acordado sus medidas se dirijieron hablando entre sí, y sin designio alguno hácia la parte del terrero donde aun se hallaban el marqués de Villena y doña Guiomar. Sobresaltose esta con el temor de poder ser reconocida por aquellos dos hombres que suponía, ó gentes del Alcazar, ó espías de D. Beltran.

—Hácia aqui se dirijen dos hombres embozados, dijo llena de terror, y agarrándose al brazo del marqués, perdida soy si llegan á conocerme.

—No temais, contestó Villena, podeis retiraros por ese lado. Yo contendré sus pasos.

—Hasta mañana, dijo al retirarse, y se deslizó ligeramente de allí como una sombra, como una aparicion.

—Quién vá? no respondeis? gritó el marqués de Villena, dirijiéndose al encuentro de los dos embozados, vive Dios! que os ha de hacer hablar esta espada.

—Desocupad el terrero si apreciáis en algo vuestra vida, le contestó el duque don Beltran con tono altivo é insolente.

—Os doy compasion! venid á echarme de él; no os temo aunque estoy solo.

—Yo castigaré su osadia á cuchilladas, dijo el capitán adelantándose con la espada en la mano.

Detúvole el duque diciéndole, estaos quedo, capitán; yo os lo mando, y avanzando hácia el sitio donde se ha-

llaba el marqués, cruzáronse las espadas de ambos. Valiente sois gritó el marqués de Villena, que con valor y destreza paraba los golpes de su intrepido adversario.

Conoció inmediatamente D. Beltran la voz del marqués de Villena, y retirándose de repente le dijo— Deteneos. Sois acaso Pacheco, el noble marqués de Villena?

—El mismo, contestó el marqués envainando su espada, el mismo D. Beltran, que yo tambien por la voz os he conocido.

—Retiraos, dijo D. Beltran al capitán, hizo este un profundo y respetuoso saludo, y se retiró al Alcazar. Volviöse despues lleno de asombro hácia Villena á quien reputaba muy lejos y viviendo tranquilo en su Castillo de Cuellar, y exclamó, vos aquí marqués!!..

—Veo que he llegado á mala sazón, me suponiais en mi destierro.... y aunque vos solo D. Beltran sois el único objeto que me hace salir de él....

—Yo? replicó con asombro D. Beltran.

—Hace seis años, en una noche igual á esta, los dos nos encontrábamos solos el uno al lado del otro en el terrero de nuestra casa de campo como ahora. Yo me hallaba desterrado de la corte como ahora tambien: en mi no ha habido mudanza, me encuentro lo mismo escepto con algunos años mas, y una poca de esperiencia. En cuanto á vos es muy diferente, entonces viviais obscuro, desconocido en un rincón del reino, y no podiais sospechar que llegase un dia en que el marqués de Villena implorase vuestro favor, para salir de su humillante situacion.

—Nunca he olvidado la amistad que me dispensásteis.

—Ni yo tampoco el primer uso que hicisteis de vuestro favor restituyéndome á la privanza de Enrique. Ho ahí lo que me obliga á hablaros.... pagar aquella deuda antigua, y para mi sagrada. Ah! cuan feliz érais en Bribiesca!

Nada, respondió D. Beltran, sabia muy bien que habia perdido sin remedio ya la paz, la tranquilidad del alma: en cambio de una existencia pura y sin mancha, habia hallado en el seno del amor una nueva vida, sensaciones desconocidas hasta entonces. Un suspiro involuntariamente se arrancó de su pecho al comparar la calma de sus primeros años con la inquietud y turbacion continua que emponzoñaba su felicidad presente.

—Ahora, continuó el marqués de Villena, en la cumbre del fausto y del poder, una masa inmensa de contrarios os rodea, derramais beneficios sobre ingratos, y amigos y enemigos os atacan como el autor de los males de Castilla, y cada dia se acrecientan en derredor vuestro los peligros.

—Qué peligros? le interrumpió D. Beltran haciendo un movimiento que descubrió su agitacion. Quién osará medir sus fuerzas conmigo, Villena, despues de haber hecho hundir en el polvo la insolencia de esos ricos-hombres y prelados que se confederaron contra el trono? donde estan, donde pues esos peligros?

—En todas partes, solo vos no los conoceis, abrid los ojos, estended vuestra mano, tocadlos.... y temblad.

—Dios mismo se ha decidido por nosotros. El llamó á sí al niño Alfonso, enseña de la guerra civil.

—Le llamó á sí Dios D. Beltran, ó se lo enviásteis vos? dijo el marqués con aire de severa reconvencion.

—Yo.... Despues de un momento de pausa, fijando sobre el marqués una mirada penetrante le dijo: Y qué quereis de mí?

—Que tomeis la única resolucion capaz de salvaros.

—Cual?

—Volveros á Bribiesca.

—A Bribiesca!!.... No pudo D. Beltran contener esta exclamacion que le arrancó la sorpresa de semejante propuesta, y el marqués leyendo la desconfianza pintada en sus ojos prosiguió inmediatamente.

do la voz porque ya iban entrando algunos convidados, nuestros parciales guardarán sin afectación las principales salidas del salón en el momento de la sorpresa. Un lazo azul es el signo para reconocerlos; ved, allí van una porción de ellos, y al mismo tiempo señaló hacia un grupo que entraba en el salón.

—Bien, muy bien! vos capitán estad en todas partes, de cuando en cuando saldréis á ver si llega Hernando de Olea con los suyos: con todo mirad como lo haceis, no os echen de menos y conciban alguna sospecha.

—Y la hora?

—La una en punto. Lo entendeis?

—Descuidad, al dar la una quedarán presos en esta sala doña Guiomar, el marqués de Villena; y en la ciudad el prelado de Toledo y los procuradores que no son de los nuestros.

—Dado el golpe, el rey lo aprobará todo. Las córtés nos apoyarán.

Después levantando la voz, porque ya el salón se había llenado de máscaras, dijo.—Dios os guarde capitán: y dirigiéndose inmediatamente á un grupo de damas, bien vestidos, dijo, señores, y vosotras bellas que eclipsáis con vuestra hermosura el resplandor de las luces, y de esas guirnalda hermosas y frescas hace un momento pálidas y mustias á vuestro lado. El baile os aguarda; que todo esta noche respire amores y placer. Músicos! la belleza ha dado ya la señal.

En aquel mismo instante los instrumentos músicos llenaron el aire de una suave y alegre melodía, y las damas formando parejas con los caballeros comenzaron el baile.

Poco á poco se fueron llenando los salones del Alcazar de una multitud grave y silenciosa al principio, después risueña y animada, embriagada del placer de su propia vista.

Las damas mas bellas de Castilla, los ricos-hombres, los caballeros con máscara unos, con el rostro descubierto otros, pero todos ricamente vestidos ofrecían un espectáculo deslumbrador de lujo y variedad. No sabía la vista donde fijarse en esas figuras movibles tan diversamente iluminadas, en esa multitud de creaciones las mas originales, y una profusión inmensa de cintas de todos colores, de oro, de frescos adornos y de mugeres mas frescas aun, cuadro mágico y encantador cortado en todas direcciones por las líneas negras, que trazaban los dominos que formaban como el fondo oscuro sobre el que resaltaban los ricos y brillantes colores.

A medida que los convidados se presentaban, todos cualquiera que fuese su nombre y condicion, amigos ó adversarios eran recibidos y festejados con igual gracia y amabilidad por el duque don Beltran.

Un page anunció en voz alta la llegada de la reina. Cesó un momento el baile y todos saludaron respetuosamente á doña Juana de Portugal que entró en el salón acompañada de doña Guiomar, y de todas sus damas. La reina venia rica y soberbiamente vestida, sus encantos escitaron en toda la inmensa reunion un murmullo de admiracion, los ojos idólatras de su amante no podían separarse de ella.

—Continuad, dijo con la mas graciosa voz, mi presencia no debe turbar un momento vuestros placeres.

La música comenzó de nuevo, y las parejas volviendo á su puesto continuaron el baile. Los asistentes que se hallaban en el secreto de una ú otra de las dos conjuraciones admiraban interiormente con qué destreza procuraban adormecer á su enemigo antes de atacarlo: los que nada sabían al ver darse la mano afectuosamente á personajes que tenían por enemigos, juraban que una paz eterna una verdadera reconciliacion se había verificado en la corte hasta entonces tan cruelmente dividida.

Si la frente de doña Guiomar y de D. Beltran brillaban igualmente de placer es porque el uno no espe-

rimentaba remordimientos engañando á una implacable rival, y la otra no tenía escrúpulo alguno en engañar á su enemigo. Ambos se creían seguros de una proxima victoria. D. Beltran no aguardaba mas que la llegada de Hernando de Olea, y doña Guiomar una ocasion favorable para entrar en la cámara del rey. Tal era la doble esperanza que hacia palpar su corazón.

D. Beltran invitó á la reina á sentarse en un punto desde donde viese el baile y alargándole respetuosamente la mano le dijo:

—Si V. A. me permite....

—Estoy temblando, le contestó la reina en voz baja apoyándose en su brazo.

—Serenidad, señora! el triunfo es seguro.

Y al mismo tiempo se dirigieron á uno de los salones donde varias parejas estaban bailando.

Doña Guiomar recorría en tanto con la vista toda la galeria esperando encontrar en ella al mismo tiempo los que debían apoyar sus proyectos ó contrariarlos. En vano buscaba entre los primeros al marqués de Villena. En vano intentaba penetrar con sus ojos al través de los disfraces, y levantar con la idea las caretas que cubrían sus rostros, nada presentaba á su observacion el aire bien notable del marqués. Su falta la tenía inquieta, desasosegada.

D. Beltran que después de haber colocado en un puesto de honor á la reina, á pretexto de ir recorriendo los salones, iba examinando si sus disposiciones estaban bien cumplidas, llegóse á doña Guiomar, y con aire de galanteria que no había vuelto á usar con ella desde la noche de la fatal cita en su cuarto la dijo:

—Hermosa doña Guiomar, y vos no tomáis parte en nuestros placeres?

—Estaba, contesto, admirando tan magnífico festín.

—Vos sois su mas bello ornamento.

—Callad, duque, que alguien se aproxima, y al oírlos creerian que me estais enamorando.

Efectivamente, un hombre apareció entonces cuya pálida tristeza formaba un terrible contraste con la alegría general de los grupos, que se abrian para darle paso como si temiese que los helase su contacto. Este recien venido vestía con la mayor sencillez y aun se notaba cierto descuido en su traje negro enteramente, su paso, era lento vacilante, sus cabellos en desorden caían sobre su frente en que se veía pintada la turbacion. Era el marqués de Villena el que se presentaba así en la corte de Castilla después de una ausencia de dos años.

Llegóse delante de doña Guiomar, y quedó pasmado de encontrarla muy en conversacion galante con el duque D. Beltran de la Cueva. Iba ya á retirarse para sentarse en uno de los taburetes del salón, cuando habiéndole visto doña Guiomar que con tanta impaciencia aguardaba su llegada, le cogió de la mano y le presentó á D. Beltran diciéndole:

—Duque, os denunció al marqués como un conspirador; pero un conspirador honrado, ya lo veis, conspira á cara descubierta.

Confundido quedó el marqués al ver tanta osadía.

—Si, añadió después con aire de la mas refinada coqueteria, conspira contra nuestros placeres, ya lo veis ese rostro, ese continente tan grave y severo es capaz de apagar la alegría de todas nuestras hermosas.

—Marqués! le dijo D. Beltran con amable sonrisa y tendiéndole amistosamente la mano. Estais condenado sin apelacion, y yo no puedo revocar la sentencia de la reina del baile.

El marqués hizo un esfuerzo para responder, pero su lengua pegada al paladar apenas le dejó en voz balbuciente dar una excusa, y su mano estrechada por la de D. Beltran permaneció inmóvil, helada.

Tal vez D. Beltran hubiera podido descubrir algo en

la turbacion del marqués, si él mismo no estuviese todo preocupado de las disposiciones de su temeraria empresa, y agitado por la tardanza de Olea. Aprovechó el momento favorable de despedirse, y salió fuera de los salones á ver si sabia algo.

Entonces doña Guiomar inclinándose al oído del marqués le dijo en voz baja—Pocos por Dios una careta, vuestra palidez nos va á vender, dadme el brazo, y daremos una vuelta por los salones. Nos están observando.

Comenzaron á pasear por las regias estancias del Alcázar silenciosamente, despues separáronse un poco de la multitud. Entonces doña Guiomar andando siempre le habló de todas las probabilidades con que contaba para el éxito de su empresa.

—Veis, le dijo, esas máscaras con un lazo amarillo, son nuestros agentes diseminados en todas partes con disimulo, y que en el momento convenido se apoderarán de las puertas para no dejar escapar uno solo de nuestros enemigos, su seña es *prontitud y Castilla*.

—Os declaro contestó el marqués, y lo repito, sin un orden terminante del rey no haré nada. Cuando la tendreis?

—Eso no os importa saberlo, es cabalmente mi secreto; estará en vuestro poder antes de la una.

—Pues entonces á esa hora quedarán presos, y á disposicion del rey el duque Beltran, la reina doña Juana, y su desgraciada hija. Mientras la corte baila, el pueblo delibera.... Los procuradores del reino se han reunido instantáneamente, y nos prestarán un apoyo irresistible con su autoridad. Siento no haber podido aun ver al Obispo Barrientos.

—Aun tenéis tiempo, pero mirad que el Obispo no es de los nuestros.

—Toda la noche se ha de quedar velando al rey en su cámara.

—Quién os lo ha dicho?

—El oficial de la guardia.

—Cielos, mi plan se ha frustrado! exclamó doña Guiomar. Todo se ha perdido!

—Todo se ha perdido! repitió al mismo tiempo otra vez á corta distancia de allí.

Estremeciose doña Guiomar, y volviendo la vista, vió dos hombres que hablaban en voz baja, conoció al capitán de los monteros, y al duque D. Beltran.

Este era el que habia repetido despues que ella. *Todo se ha perdido!* Gran miedo tuvo de haber sido descubiertas sus planes, pero mirando el rostro de D. Beltran, se tranquilizó viendo que este no hacia caso de ella. La casualidad sin duda habia producido el eco de sus pensamientos, ó tal vez la exclamacion del favorito era efecto de alguna relacion que el capitán acababa de hacerle. En este caso no tenia tiempo que perder para llevar adelante sus designios. Se engañaba sin embargo: D. Beltran no tenia aun ninguna sospecha, ningun indicio del complot tramado en su contra. A la gran confianza que tenia al principio de la noche, habia sucedido la mas cruel inquietud, la tardanza de Hernando de Olea paralizaba todas sus disposiciones, podia frustrarlo todo.

Al mismo tiempo uno de los agentes de doña Guiomar hombre de aventuras habia sido conocido no obstante su disfraz y su careta, por una dama con quien sin duda habia tenido relaciones y que incansable y tenaz le perseguia.—Qué demonio de muger! dijo escabulléndose entre la multitud, y logrando huir de su persecutora. Yo creo que este maldito lazo amarillo es el que la hace perseguirme incansable, y la sirva de brújula para encontrarme entre tanta confusion! Al mismo tiempo vio en el suelo un lazo azul que casualmente habia caido del brazo de una de las máscaras, y escondiéndolo en el pecho el amarillo seña de los partidarios de doña Guiomar, dijo alzando el lazo azul en su brazo—Vaya su lugar este otro azul que la casualidad me ha de-

parado y que me ha de librar de la importunidad de esa muger.

El medio que adoptó le salió efectivamente bien, pero apenas habia verificado el cambio del lazo, cuando otro máscara con un lazo igual se llegó á él y tocándole con el codo en medio de la multitud, y en voz baja y misteriosa pronunció estas palabras:

—*Juana y victoria*»

—No eran estas las palabras de la consigna de doña Guiomar, y así nuestro hombre iba á manifestar su sorpresa, cuando su misterioso compañero sin darle tiempo para nada añadió:

—Sois Velasco, advertid á nuestro amo que el mensajero de Sepúlveda ha vuelto sin ver á Olea.

—De qué amo y de qué mensajero hablará? dijo para sí el máscara, pero disimulando le contestó. Si.... yá.... dónde encontraré yo al que debo comunicar este aviso?

—Allí junto á la puerta no lo veis? al mismo tiempo señaló con el dedo al duque don Beltran que entraba tan preocupado que no reparó en doña Guiomar que se hallaba al paso. Encargaos, continuó, de prevenirselo que yo me vuelvo á mi puesto.

—Dónde es vuestro puesto?

—En el pórtico del alcázar.

Comenzó á sospechar el agente de los confederados que el lazo azul era la causa de esta revelacion y tratando de descubrir terreno. Una palabra, dijo al máscara que ya se retiraba. Por qué no han visto á ese Olea de quien habláis?

—Y como lo he de saber yo? Estamos desesperados si no llegan á tiempo.

—Y qué falta hace?

—Eso digo yo; nosotros bastamos, al fin de que se trata, de hacer dos prisiones.

—Yá!... yá... y quienes son?

Un movimiento de sorpresa que hizo el partidario de doña Guiomar descompuso por un momento su máscara. Palideció el otro al ver su funesta equivocacion.

—Cielos, dijo, no sois Velasco? Quién eres miserable? y al decir estas palabras cogiendo al falso hermano por el brazo trataba de llevarlo arrastrando consigo fuera del salon, pero los demas viendo dos máscaras que reñian se agruparon á su alrededor, y trataron de separarlos. El indiscreto conjurado se vió forzado á soltar su presa, corriendo á ocultar lejos de allí su confusion é inquietud.

Instruidos el marqués de Villena, y doña Guiomar de este suceso, la admiracion de esta era estremada. D. Beltran que tan galan se mostraba con ella conspiraba á su ruina en aquel momento.

—Es preciso darnos prisa dijo el marqués, dentro de una hora ó su ruina, ó la nuestra. Ah! yo lo habia previsto todo, escepto que el Obispo estaria fijo en la cámara real, y se convertiria en carcelero de Enrique.

—Yo sin su orden....

—Urge el peligro. Vuestra cabeza está comprometida. Obrad marqués, yo os juro que el rey aprobara cuanto hiciéreis.

—Heme al fin envuelto á mi pesar otra vez en una conspiracion! dijo el marqués con la mayor desesperacion.

—Os va la vida en ello. Frustrado el golpe, que todos atribuirán á vuestra repentina vuelta, no os podreis justificar.

—Voy á salir del Palacio, contestó Villena en tono resuelto, excitaré al pueblo, es el único medio de salvarme, y salvaros.

Separóse de doña Guiomar, y al salir del salon, don Beltran que se hallaba á la puerta cogiéndole del brazo le detuvo con la mayor amabilidad.

—Marqués donde vais? le dijo, tan pronto nos aban-

donais?

—Iba á respirar el aire puro de los jardines del Alcazar.

—Alguna cita.

—A mi edad! Duque os burlais?

—Tan lejos de eso que yo venia á proponeros una.

—A mi?

—Si, el rey quiere veros, solo, lo entendeis? á la una de la noche.

—A la una? preguntó sorprendido el Marqués.

—A la una. Dudais? Tal vez os devuelva, Marqués por segunda vez mi amistad el poder.

—Duque Beltran, á la una me vereis en la cámara del rey, dijo con tono firme el marqués y dándole la mano, salió del salon, y poco despues estaba ya fuera del Alcazar.

La reina que á medida que avanzaba la noche habia visto desaparecer del baile á varios de los señores que se tenia por afectos á los confederados; acabó de alarmarse con la salida del marqués de Villena, llena de terror se dirigió á D. Beltran que no estaba mas tranquilo que ella, y le dijo.

—Creo que se han apercebido del lazo que se les tendia. El Marqués de Villena se ha marchado y temo su siniestra intencion.

—El Marqués volverá, contestó D. Beltran.

—En vano tratas de inspirarme una confianza que no tienes. Una muger lee fácilmente en el corazon del hombre que ama; y tus palabras que pudieron otro tiempo seducirme no son bastantes á tranquilizarme hoy, porque no salen de tu corazon; cuando te miro apartas de mi tu vista, distraído apenas me escuchas, tu pensamiento está muy lejos de aquí.

—Nuestros enemigos están delante de nosotros, van á combatir con mas encarnizamiento que en un campo de batalla: si, medita tu pérdida, la mia, y el amante de una reina si no vence á sus enemigos es criminal, y ya sabe lo que le aguarda... el cadalso!

La reina hizo un ademán de profundo dolor. D. Beltran continuó.

—La una va á sonar, señora, hora terrible, hora de muerte, ó de triunfo para nosotros. Entrad en vuestra cámara, el veros en peligro helaria todo mi ardor...

—Cuan cruel va á ser mi agonía, dijo la jóven reina toda temblando combatida por tantas y tan diversas emociones, un frio glacial corrió por todos sus miembros, flaqueaban sus rodillas, y apenas pudo dirigirse á su cámara sostenida en el brazo de su amante que para animarla la decia.

—No temas, yo voy á combatir por tu amor, por asegurar el trono á tu hija!

Era la hora mas animada del baile, la multitud daba vueltas bailando en un círculo inmenso, presentando á la vista una fisonomia ideal y confusa. En esas formas fugitivas que en tropel pasaban sin descanso y sin fin parecian desarrollarse las locas imaginaciones de una fantasmagoría infernal. El movimiento se aceleraba de instante en instante, y el ruido crecia como el zumbido del agua cuando yerve, todo parecia dar vueltas á la vez delante de los ojos del Duque D. Beltran, las bugias, las ricas colgaduras del salon y los muros del Alcazar: la hora fatal se aproximaba; la hora fatal llegó al fin!

Todo se conmovió repentinamente, callaron los instrumentos, cesaron las danzas, las puertas quedaron cerradas todas en un instante como por encanto, las máscaras arrojando sus disfraces blandieron furiosamente las espadas, y se oian los gritos de viva la reina! viva el rey! — Apoderáronse varios de doña Guiomar sin resistencia ni lucha alguna, porque avisados con tiempo todos sus parciales se habian ido sucesivamente retirando de los salones, y salido del Alcazar gracias á la indiscrecion del conjurado que habia descubierto parte del plan.

—Quede presa esa muger criminal, gritó D. Beltran. Las enfermedades que afligen á nuestro buen rey, le hacen indispensable asociar á su cetro á su hija para cortar por siempre las agitaciones de Castilla. El me autoriza á proclamar á doña Juana reina de Castilla y de Leon, Saludada, valientes castellanos.

—Castilla por D. Enrique IV. y doña Juana I. gritaron entusiasmados cuantos se hallaban en los salones del Alcazar.

—Las córtes del reino que se hallan reunidas confirmarán mañana los votos del rey, y vuestras aclamaciones. Dentro de dos dias los procuradores del reino la rendirán su homenaje.

—Castilla! Castilla! por Enrique, y doña Juana! volvió á gritar la entusiasmada muchedumbre.

Un rumor sordo, terrible como el que precede al huracan, contestó por fuera del Alcazar á las aclamaciones que se daban en el interior de él.

—D. Beltran! gritó llena de orgullo y brillando el triunfo en su frente doña Guiomar. D. Beltran! escucha el pueblo con quien no has contado. Oye sus voces aterradoras como el rugido del leon del desierto: él viene á demandarte cuenta de esa corona, que arrebatas de las sienas de un rey para colocarla en las de tu hija...

El rumor se acrecentaba cada vez mas, ya no era rumor, era violenta, espantosa, tremenda griteria.

D. Beltran y sus parciales quedaron consternados. Doña Guiomar con aire insolente continuó:

—Oyes? si, es el pueblo... el pueblo... él solo levanta ó abate el trono de los reyes, no vosotros viles cortesanos.

—Y Hernando de Ólea que no viene! exclamó confundido D. Beltran.

Asomóse á una de las ventanas que daban al pórtico del Alcazar para ver la causa del tumulto, y al resplandor de las antorchas que llevaban los del pueblo, vió que inmensa muchedumbre de hombres armados combatian con la guardia del Alcazar. En vano el capitán de los monteros puesto á su frente hacia prodigios de valor, el número arrolló á los soldados, penetraron en el Alcazar por todas partes.

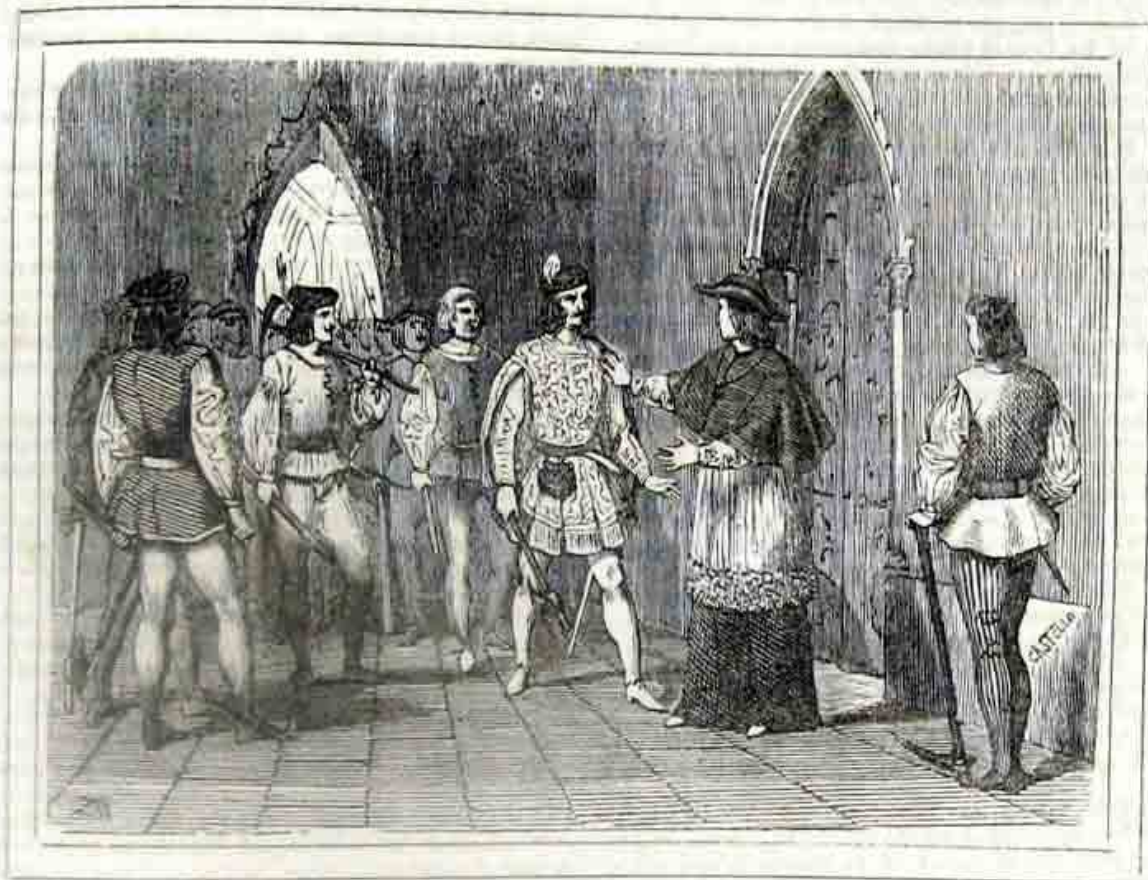
Doña Guiomar á quien los conjurados habian dejado ya en libertad, se retiró á la cámara del rey. Los parciales de D. Beltran huyeron al interior del Alcazar para salvar cada cual como pudiese su existencia. Don Beltran permaneció solo un momento en aquellos salones donde pocos momentos antes era el idolo de todos.

El tumulto y la confusion crecia, por la parte de afuera, ya las voces se oian cerca de él; entonces desesperado, resuelto á morir, se retiró á la cámara de la reina dispuesto á servirla de escudo contra aquella turba frenética que invadia el palacio real y á perder por ella su existencia.

Solos quedaron por un momento los regios salones del festin cuyas macizas puertas habian cuidadosamente cerrado los conjurados por D. Beltran para que no escapasen sus enemigos. Aquellas puertas tan cuidadosamente cerradas cayeron al suelo rotas, hechas mil pedazos á los golpes de un populacho audaz que hollaba sin respeto la morada de sus reyes capitaneado por uno de los mas nobles ricos-hombres de Castilla, el marqués de Villena. La inmensa turba se derramó por los salones que mil bujias iluminaban para un festin, y que alumbraron aquella escena de escándalo y rebelion.

El marqués de Villena con una hacha en la mano entró gritando:—Dó esta? Dó se esconde el que apenas cabia hace un momento en el Alcazar de Castilla?

Dirijióse al mismo tiempo á la puerta de la cámara del rey cuya puerta se disponia ya á hacer saltar en mil pedazos con su hacha, cuando se abrió de repente y el venerable obispo de Cuenca D. Lope Barrientos presentándose solo, desarmado, deteniendo el brazo de D. Juan Pacheco marqués de Villena.



¿Qué vais á hacer! ¿Por qué ese atentado!

—Que vais á hacer? le dijo, porque ese atentado? que os eclipsa vuestra gloria derramando la sangre de vuestro rey!

El marqués de Villena bajó entonces su hacha de línea del Prelado, y los caballeros y las turbas del pueblo que le seguían imitaron aquel acto de sumisión.

—¡Jamás, respondió el marqués de Villena, la nobleza castellana manchará con sangre el trono. Queremos devolver al rey el cetro que un favorito le arrancaba que legalmente pase á su legítima sucesora.

—El rey está dispuesto, replicó el prelado, á abdicar en la princesa doña Juana. De hoy mas será nuestra reina.

—Nunca! exclamó con tono firme y decidido el marqués. Nunca! La infanta doña Isabel es la sola heredera del trono de Castilla.

Un murmullo sordo pero enérgico de aprobación confirmó las palabras de Villena.

Al mismo tiempo doña Guonmar salió de la cámara del rey y entregando un pergamino al marqués le dijo en voz baja:—He aprovechado los instantes: he cumplido mi palabra. Ved las órdenes del rey que os autorizo para todo, añadió después en alta voz.

—Puesto que estais autorizado para todo por el rey, mandad Marqués y yo seré el primero en obederos, dijo el obispo Barrientos.

—El pueblo ha penetrado conmigo esta noche en el convento donde se hallaba la infanta doña Isabel. Los conventuales y los ricos-hombres le han ofrecido la corona de reyes á sostenerla. Constantemente ha rehusado

aceptarla interin viva su hermano D. Enrique, á quien nos mandó obedecer como legítimo monarca.

El rey en cuyo pálido rostro se veía marcada la honda huella de largos padecimientos salió en este momento de su regia estancia. Todos se inclinaron respetuosamente en su presencia, y guardaron un profundo silencio.

Paseó el rey tristemente sus miradas sobre aquellas descenrenadas turbas silenciosas y sumisas en aquel instante pero cuyas armas aun se veían teñidas en la sangre de los archeros de su guardia, y con voz débil y conmovida les dijo:

—Ricos-hombres! Pueblo de Castilla! A vuestros procuradores toca decidir sobre la sucesion del trono que tantas agitaciones cuesta al reino. El cetro debía pasar á mi hija, pero no quiero que un día se levante alguno de vosotros y mire una mancha en su corona....

Después de un momento de silencio, añadió:—D. Beltran queda depuesto de todos sus honores, y condenado á muerte, ejecutadle luego, en la plaza del Alcazar.

—En vano le hemos buscado por todas partes, gritó uno de los del Pueblo.

—Hemos recorrido todo el Alcazar, añadió otro.

—Solo falta ver en esta estancia, gritaron varios á la vez, dirigiendose á la cámara de la reina.

Pálido, desconcertado salió á su encuentro el maestro D. Beltran y echándole una mirada atenta y de desprecio.—Respetad, les dijo, la estancia de una reina de una mujer....

Llegándose después al marqués de Villena.—Soy vuestro prisionero le dijo, os devolví en Bribiesca el poder y el favor del rey, vos me lo arrebatáis con la vida en Segovia para que se cumpla lo que os predigieron los astros. Un favor el último que tengo que suplicaros, y arrojándose á su oído pronunció con voz ahogada por el sentimiento estas palabras, cuando yo hubiere espirado entregareis á la reina esta cruz de oro!

El marqués de Villena apretó la mano de D. Beltran con el mayor afecto, una lágrima se deslizó de sus ojos, y al verle marchar entre los soldados que le conducian á la muerte, exclamó lleno de dolor:

—He aquí una revolucion que va mas lejos de lo que yo queria. Si pudiese aun salvarle, y después como ocurriéndole repentinamente una idea, llamando al jefe de las fuerzas que habia acaudillado en la invasion del Alcazar le dijo dándole sus órdenes.

—D. Beltran fué un tiempo mi amigo. Jamas quise su muerte: solo pretendí su destierro: tal vez podra aun renacer en el corazon del rey la piedad. Dispone que la sentencia se cumpla en la plaza del Alcazar, allí... y al mismo tiempo se asomó con el capitán á una ventana que daba sobre la plaza; y dilatad su ejecucion hasta que yo os avise.... Cuando yo abra esta ventana, lo entendéis? esta ventana, entonces y no antes que la cuchilla caiga sobre su cabeza!

Esta es la señal convenida! y al mismo tiempo cerró cuidadosamente la ventana.

El capitán marchó inmediatamente.

—Y bien mi fiel Villena, dijo el rey después de un momento de silencio viendo que aun permanecian allí inmóviles aunque en actitud respetuosa los ricos hombres, confederados, y las turbas de los pecheros que es lo que se exige de mí? Cual es la voluntad del pueblo?

—La guerra civil exige un término, contestó el Marqués de Villena. Los ricos-hombres, los Prelados, los pueblos de Castilla han visto con dolor, aunque no siempre sin revueltas, que V. A. ha gemido víctima del engaño, y la perfidia de un hombre á quien amaba, á quien con ciega confianza entregó su cetro. La sucesion del reino ha sido la bandera de la discordia. La irritacion de los ánimos ha producido en los campos de Avila y de Olmedo escándalos y desastres. Las cortes en su justicia han pesado los derechos de las infantas, y los del pueblo. Ni reconocen por reina á vuestra hija doña Juana, ni á vuestra hermana doña Isabel, en tanto que vivais, y el cielo prolongue largos años vuestra existencia. Cuando fuere la voluntad de Dios, doña Isabel vuestra hermana ocupará el trono. Las cortes la juran por vuestra legitima heredera. Para su acostamiento se la entregarán en tanto las ciudades de Avila, Ubeda, y las villas de Medina, Olmedo y Escalona. Las cortes aprueban su enlace con el Infante D. Fernando, heredero del reino de Aragon con la espresa cláusula y condicion de que este no pueda hacer por su propia autoridad y nombre nada en el reino, ni conceder cargo alguno á los estraños, ni se quebranten jamas los fueros de Castilla. En cuanto á la reina....

—Cual debe de ser su destino?

—Implorar á V. A. el beneplácito del Papa para el divorcio, hecho estola reina y su hija serán enviadas á Portugal. Dareis vuestro perdon á los confederados, y les serán restituidos los bienes, castillos, cargos y mercedes de que fueron privados.

—Así lo haré, contestó el rey haciendo un penoso esfuerzo.

—Las cortes han señalado, añadió el Marqués, para el cumplimiento de estas condiciones el término fatal de cuatro meses.

Triste espectáculo, escándalo inaudito el que presentaba la magestad real avasallada por un puñado de rebeldes, que obligaron á su rey á aceptar las mas degradantes condiciones, y que alteraban el orden de suceder

en la corona arrancando esta de las sienas de la hija de Enrique IV. para trasladarla á las de su hermana.

El Marqués de Villena que en aquel momento era el verdadero dueño de Castilla, puso término á esta humillante escena mandando despejar el salon á los confederados.

Retiráronse estos y quedó solo con el rey y doña Guiomar que parecia dispuesta á conservar su puesto, y que habia sido el alma de esta revolucion.

Doña Guiomar triunfaba completamente, habia aprovechado los cortos momentos que duró la lucha del pueblo con los guardias del Alcazar, y bajo la impresion de terror que inspiraban al rey los gritos furiosos de los confederados, y el ruido de los golpes que con horrendo estrépito hacian caer las puertas de las regias habitaciones, para revelar de golpe al rey toda su desgracia, para arrancarle las últimas ilusiones de su corazon, y hacerle firmar las órdenes que hipócritamente afectaba necesitar el Marqués de Villena para apoderarse del poder.

El rey fijó sus ojos en doña Guiomar, conoció que á su venganza debia el humillante papel que acababa de representar, que el Marqués de Villena habia sido llamado por ella, pues veia brillar en el dedo de su mano el fatal y misterioso anillo que imprudentemente, y sin creerla sabedora del secreto la habia confiado, y deseando vengar su afrenta en la única persona en quien podia en aquellos momentos.

—Saldreis doña Guiomar, la dijo con rostro airado inmediatamente de mi córte, vuestra presencia me recordaria sin cesar mi desgracia.... vuestros funestos encantos han sido la única causa de mi desventura.

Quiso hablar doña Guiomar, para hacer revivir en el corazon del rey su antiguo ascendiente, pero el Marqués aprovechando hábilmente aquella ocasion de deshacerse de una enemiga peligrosa, cogiéndola con afectada cortesía del brazo, la acompañó fuera de la estancia real persuadiéndola que no era aquel el momento oportuno de aplacar el enojo de Enrique, irritado por muchas causas á la vez. Encomendó al salir del salon á uno de sus mas fieles parciales que sin perder de vista á la favorita desgraciada la hiciese salir inmediatamente de Segovia para uno de sus castillos en Andalucía.

Cuando el rey quedó solo se encaminó con paso lento á la cámara de la reina que ya por sus damas sabia el triunfo de sus enemigos y la condenacion de D. Beltran.

Encontro la el rey sola en su regia estancia, pálida abatida, arrasados sus ojos de ardientes lágrimas, silenciosamente sentada junto á la cuna de su hija, inclinado su rostro contemplando sus inocentes facciones: su hija era todo su consuelo en aquellos terribles instantes, era el solo vinculo que la ligaba á la vida... Mañana todo su amor se concentrará en esa niña. Esta noche aun, esta noche solamente su pensamiento entero se ocupa del que va á morir. Perdona hija mia! decia en su interior, si su nombre sale antes que el tuyo de mi corazon y de mis labios: pero tú aun me oirás hablarte, aun me verás, no sonreir como otras veces, sino llorar.... la luz de tus ojos no va á extinguirse, ni tu boca va á cerrarse para siempre, mi ternura, mi amor no te será fatal, y el remordimiento de haber causado tu muerte, no tenderá una sangrienta sombra sobre el resto de mis dias. O hija mia! si tu pudieses en tu tierna edad comprender la falta de tu angustiada madre, tu se la perdonarias al ver su angustia, su dolor, su sufrimiento.

Tales pensamientos ocupaban á la infeliz Juana de Portugal que sobre la cuna de su hija permanecia inmóvil, abatida, anonadada por el mas cruel pesar.

Oyó repentinamente pasos cerca de sí, y se estremeció, alzó los ojos y vió delante al rey.

Helada de terror por esta repentina aparicion, se levantó apoyándose sobre la cuna para no caer desfalle-

cida, y solo pudo esclamar con voz sofocada por los gemidos.

—Enrique!

—Sí, yo soy, respondió el rey con voz sorda, yo soy! La reina ocultó el rostro con sus manos sin poder hablar ni una palabra.

—Acercaos señora, acercaos, todo lo he sabido!

La reina se arrojó á sus pies, humillando en su presencia la cabeza, sus largos y hermosos cabellos cayendo sobre su rostro lo ocultaban á las severas miradas de su juez.

—Levantaos, la dijo el rey con tono firme, y miradme. Que! permanecéis inmóvil? tan osada para cometer un crimen, y tan tímida ahora! Miradme os digo, no os atreveis? Temeis encontrar mis ojos irritados, y que mi mano se arme del yerro vengador?

Un hondo gemido salió del pecho de la reina, que permanecía arrodillada á sus pies.

—Cuantas veces, añadió el rey con amarga sonrisa, en vuestras horas de alegría y abandono os habreis burlado de mí. No sabra nada, diriais, no podrá vengarse!

—¡Oh! matadme señor! gritó la reina desesperada arrastrándose á sus pies, matadme y no me habléis así!

—Dios mio, continuó el rey sin atender á ella, confianza, amistad, amor, los juramentos mas sagrados todo ha sido una burla!

—Ah! las lágrimas y los remordimientos no podrán alcanzar vuestro perdón, gritó ella juntando sus manos.

—Sí, hoy hora una muger se confiesa culpada porque tiene miedo; pero ayer tambien lo era y no lo habia. Infeliz! añadió despues en tono mas grave y solemne, y cogiendo de un brazo á la reina la levantó del suelo, piensas acaso que yo he venido aqui para ver correr tus lágrimas, para contemplar tu mortal palidez? No, una fuerza irresistible me ha arrastrado hasta aqui, una idea horrible, que no se como expresar.....

—Decidlo todo, respondió la reina bajando la cabeza.

Soltó el rey el brazo de doña Juana, y despues colocando sus dos manos sobre su frente como para recoger cuanto le restaba de energia y de inteligencia, temblando con la incertidumbre del hombre que apenas se atreve á manifestar una sospecha, de miedo de verla confirmada articuló pausadamente estas palabras.

—Esposo crédulo yo tenia confianza en tí, porque tu rostro estaba tranquilo, y pura tu frente, pero sé yo acaso desde cuando la idea del crimen ha penetrado en tu alma, desde cuando no me amas, ó si no me has amado nunca?...

Detúvose aqui el rey queriendo leer con sus ojos en el rostro de la reina —No me comprendéis señora?

—No, respondió con la mayor ansiedad.

Hizó el rey aun un nuevo esfuerzo y continuo con voz convulsiva.

—Hace seis años cuando yo traje conmigo á la corte á ese hombre fatal, él brillaba por su juventud por su hermosura.... y yo me hallaba débil, achacoso como hoy, que contraste á los ojos de una muger! No me comprendéis aun?

—No, respondió la reina con acento de desesperación.

Entonces el rey mirando fijamente á la reina, agitando todo su cuerpo con un temblor convulsivo, y poniendo uno de sus brazos sobre la cabeza de su culpable esposa parecia que la iba á confundir al tiempo de dirigir estas fulminantes expresiones.

—Mi corona debía pasar á mi hija, pero Castilla entera, las cortes del reino han declarado señora que no lo es: van á jurar mañana por heredera de mi trono á mi hermana la infanta doña Isabel. Que deberé res-

ponderles. «Tomad y matad la carne y la sangre de esa muger. No me pertenece.

La infeliz reina dió un grito terrible y cayó al suelo.

—Ah! dijo el rey me comprendes ahora?

Al cabo de algunos instantes la reina se levantó, se recogió en silencio mientras que separaba sobre su frente sus cabellos en desorden, despues volvió lentamente hacia el rey los ojos llenos de una dolorosa compasión.

—Cuanto os compadezco, dijo, cuanto habeis debido sufrir, os perdono el golpe conque habeis herido mi corazón. La madre espia cruelmente las culpas de la esposa pero por amor á vos mismo desechad señor esa horrible sospecha. La intriga, la calumnia, la ambicion de los que intentan medrar mudando la corona á las sienas antes de vuestro hermano Alfonso, hoy á las de doña Isabel han propalado y acreditado por Castilla esa mentira. Ah! pongo por testigo á Dios! lo juro por mi, por vos, por esta pobre niña, que mi crimen acusa, y si es preciso descender á la última humillacion lo juro tambien por la cabeza de un culpable.....

Hubo un tiempo, señor, que yo recuerdo sin rubor en que mis pensamientos castos y puros me hicieron digna de llevar el nombre de esposa vuestra! Entonces ya palpitaba en mi seno vuestra hija! Sí, vuestra hija. Recordad vuestro desvío, el abandono en que me dejasteis Dios mio! que podré deciros? Yo no tengo mas que lágrimas para persuadiros. Despues como inspirada de una repentina idea, tomando de la cuna su hija, Oh! despiértate hija mia, dijo, que no pudieses hablar! tu desgraciada madre no puede defenderte, trata de reanimar en su alma los sentimientos de la naturaleza, trata de que renazcan en los latidos de su corazón; y si nada siente ya en el fondo de sus entrañas, no nos queda á ambas mas que morir.

Al hablar asi tenia su inocente hija entre sus brazos y la presentaba al rey, este volviendo la cabeza, hizo un brusco movimiento para alejar de sí á la madre y á la hija, pero la madre desolada insistia en presentarsela. En este movimiento la cabeza de la inocente niña sepezoó violentamente contra el ángulo de un gótico sillón. La niña dió un grito, la sangre corria de su frente.

El rey volviéndose entonces vió aterrada á la madre, herida á la hija, y le pareció que cada gota de sangre que destilaba de su frente se escapaba de su corazón; el llanto de la niña penetraba hasta al fondo de su alma.

Sospechas, orgullo, celosa venganza, todo se habia desvanecido en un momento. Ocupáronse ambos solo en cuidar á la inocente criatura herida involuntariamente. La muger culpable, el esposo ultrajado olvidaron al rededor de la cuna de la inocencia por un instante el abismo que los separaba, y sus rostros se confundieron sobre el rostro de su hija. El golpe era leve, la sangre no procedia sino de la piel ligeramente rozada.

El Marqués de Villena que volvia de haber arreglado el destierro de doña Guiomar, entró en este momento, y su corazón á la vista de esta escena concibió la esperanza de poder salvar aun al que sobre la plaza del Alcazar aguardaba de un momento á otro la muerte.

El rey y la reina permanecieron por algunos instantes sin hablarse. La reina habia encontrado en su juez una indulgencia que no esperaba, sin embargo permanecia siempre en actitud sumisa y suplicante, la dominaba un sentimiento mas fuerte que el temor.

El Marqués quiso sacarlos de tan penosa situación, y aprovechar los momentos que eran urgentes, terribles para D. Beltran, pues en cada instante podia perderse una eternidad.

—El dia de hoy, dijo llegándose al rey, eterno para el pueblo castellano debe pasar á la posteridad sin mancha alguna de sangre. Que D. Beltran lejos de

su patria espie con su dolor sus crímenes, concededle la vida!

La reina juntó sus dos manos con una actitud indefinible de ansiedad y temor.

—Ya lo he condenado, contestó el rey, el honor de mi trono exigía la pronta muerte del hombre que tan vilmente me ha engañado, á quien tanto amé, y á quien tal vez haría gracia de la vida, si aun fuese tiempo y me fuese dado perdonarlo.

—Ah! perdonadlo señor!.. perdonadlo, y al mismo tiempo cayó de rodillas la reina á los pies de su esposo.

—Levantaos! gritó el rey lleno de ira.

—No.... no me levantaré sin que me concedais su vida. Cómplice de su mismo delito, de la misma traicion tengo un deber en implorar su gracia. Dios podrá perdonar mi debilidad á fuerza de arrepentimiento... pero cuando me pida cuenta de la vida de un hombre ¿qué le responderé?

—Piedad, señor, dijo el Marqués de Villena uniendo sus ruegos á los de la reina. Cuantas veces habeis hecho gracia á grandes criminales? Al miserable incendiario, al traidor, al asesino, se le concede recurrir á la bondad del rey. Pues bien, tratad á ese culpable que personalmente os ofendió, como al último de los hombres, olvidad que es vuestra la ofensa. Vengaos como un rey, perdonando, como un rey todopoderoso. El destierro en lugar de la muerte: la muerte sería poca pena para ese infeliz porque sería momentánea, dejadle una vida de recordamientos, y la vergüenza de que la deba al que tanto ofendió.

No entregais como vuestro padre al verdugo, al que un tiempo fue vuestro amigo. Entregadle al desprecio de la posteridad. No olvideis que la compasion que sigue inmediatamente á la ejecucion del criminal, hace olvidar á la multitud el crimen. D. Alvaro de Luna debe tal vez á su suplicio la consideracion de que hoy goza su memoria.

Un violento combate trabaron en el pecho del rey, el deseo de venganza, la memoria de la amistad pasada, y las poderosas consideraciones que le esponia el Marqués de Villena.

—Basta.... Basta, dijo, suspended vuestros gemidos y enjugad vuestro llanto. Despues añadió con aire melancólico, y meneando la cabeza: tal vez me tendreis por un imbecil á quien entenece lo que debería mas inflamar su cólera, no se dirá de mí lo que de mi padre, que el que fué su amigo pereció en el cadalso. Alzad del suelo señora! Esta es la última vez que os veré en esta vida, procurad por vuestro arrepentimiento haceros digna de verme en la otra. No penseis mas en mí. Me habeis cubierto de oprobio á los ojos del mundo. Llevad con vos vuestra hija, y educadla en la virtud.

Y despues volviéndose al marqués, y como haciendo un gran esfuerzo, le dijo:

—Que suspendan la ejecucion.

La reina por un impulso que no fué dueña de reprimir, exclamó: voy á salvarle, y saliendo de su cámara, corrió al gran salon dirigiéndose á la ventana que daba sobre la plaza del Alcazar.

El marqués lleno de terror viendo que su misma precipitacion por salvar al infeliz D. Beltran iba á apresurar su muerte, salió corriendo tras de la reina, gritandola en vano—deteneos! deteneos!

La reina sin escuchar nada, abrió la ventana para gritar, perdon! pero antes de haber concluido de pronunciar esta palabra, oye el ruido que la cuchilla causaba sobre un tajo, y cayó al suelo desmayada, porque sus ojos habian visto repentinamente caer la cabeza del hombre que ocupaba todo su corazon.

El marqués de Villena, quedó inmóvil, consternado, y solo pudo levantando las manos al cielo, decir al rey que con paso tardó salía al salon.

—Justicia divina! su mismo amor le ha asesinado!

VIII.

Reconocida la infanta doña Isabel por heredera del reino, ajustado su matrimonio con el príncipe D. Fernando hijo del rey de Aragon, vueltos á sus antiguos cargos los ricos-hombres confederados, y nombrado el Marqués de Villena, gran Maestre de Santiago, la tranquilidad se restableció en todo el reino, y solo se pensó en el matrimonio de la infanta doña Isabel. La reina doña Juana separada de su marido, fué confiada á la guarda del Arzobispo de Sevilla que la puso en su castillo de Alaejos, y la princesa doña Juana fué encerrada en el castillo de Buitrago al cargo de D. Pedro Baeza, uno de los hombres mas honrados de aquella época, y de una fidelidad incorruptible, que conservó el depósito que se le habia entregado despreciando todos los honores y riquezas que le ofrecieron los infantes doña Isabel y D. Fernando que á toda costa trataban de apoderarse de aquella niña, sin cuya posesion no juzgaban seguro el heredar el trono de Castilla. Grandes obstáculos se suscitaron por parte del rey y de los mismos grandes para llevar á efecto el matrimonio de Fernando y de Isabel. El duque de Berri, príncipe de Francia, Alfonso de Portugal, ya viudo solicitaron su mano, pero Isabel declaró que esta con su corazon solo pertenecería á D. Fernando de Aragon segun los pactos hechos.

El mismo marqués de Villena, autor de los trastornos anteriores de Castilla, se oponia ya al matrimonio. Concertados doña Isabel y D. Fernando, diéronse una cita y escapándose de Segovia una noche ayudada de algunos fieles criados la infanta doña Isabel, se fué á Valladolid, y desde allí pasó á la villa de Dueñas que era de D. Pedro Acuña, conde de Buendia, hermano del Arzobispo de Toledo. El infante D. Fernando de Aragon aunque ocupado entonces en la guerra de Cataluña, marchó á Zaragoza y desde allí disfrazado y sin mas acompañamiento que cuatro caballeros amigos suyos pasó á Castilla, llegó á Dueñas y se desposó y veló con la infanta. Tenia D. Fernando solo 16 años, permaneció seis dias con su esposa y luego se tornó á Aragon escribiendo al rey, á los grandes de Castilla y al Papa, que habian apresurado sus bodas para desbaratar las tramas de sus enemigos. Villena viéndose burlado en sus planes escitó al débil Enrique á que declarase por un juramento solemne la legitimidad de su hija doña Juana, la Beltraneja, y la proclamase heredera de su trono, y entablaron para sostenerla negociaciones con Alfonso de Portugal á quien prometieron su mano.

La reina desde su destierro no se desentendaba en ganar parciales para su hija. Trató de hacerse con el poderoso auxilio del arzobispo de Toledo que habia sido su mas mortal enemigo y lo consiguió. La reina era jóven, bella y llena de gracias. El grande historiador Mariana dice.—*Una noche con ayuda de Luis Mendoza se fagó del castillo en que la tenían y se fué á Buitrago á verse y tratar con su hija. El sentimiento del arzobispo de Sevilla que la tenia encomendada fué grande. En el tiempo que estuvo detenida, parió dos hijos, á D. Fernando y D. Apostol: tiénese por averiguado que secretamente los criaron en Santo Domingo el Real monasterio de monjas de Toledo. Tomó la prelada de aquel convento ese cuidado por ser pariente de D. Pedro Acuña conde de Buendia padre de aquellas criaturas que era tambien deudo del arzobispo.*—El rey don Enrique murió en 1474 y á su muerte sucedieron los mayores desórdenes en Castilla, pues al morir D. Enrique dejó por heredera á su hija doña Juana. Murió el rey en Madrid consumido de pesares y enfermedades estando tan flaco su cuerpo que refieren las crónicas de su

tiempo que sin embalsamarlo lo llevaron á enterrar al monasterio de S. Gerónimo de Madrid.—*Fué este príncipe, dice el Padre Mariana, en ninguna cosa notable mas que en la manera torpe de su vida, en su descuido y flojedad, faltas con que desdoroó mucho su reinado.*

La Corona de Castilla fué disputada por las dos príncesas rivales la infanta doña Isabel y la Beltraneja sostenidas ambas por un numeroso partido. Varios miembros de la grandeza acompañados del arzobispo de Toledo prestaron homenaje en Segovia á la nueva reina doña Isabel. El Marqués de Villena, y otros abrazaron el partido de la Beltraneja. El arzobispo de Toledo mismo llevado de agravios que supone personales pero en realidad escitado por su pariente que habia obtenido el amor de la reina doña Juana, y mas que nada por no haber hallado bastante deferencia en la reina doña Isabel que queria reinar por sí sola abandona su causa, y arroja el peso poderoso de su autoridad en favor de su competidora. Inclínase merced á su apoyo un momento la balanza en favor de la abatida y despreciada Beltraneja. Colocase al frente de un formidable ejército y cuenta con el apoyo de casi todos los ricos-hombres de Castilla.

—El rey de Portugal cuya ambicion no cede en nada á los principales personajes de esta época, aceptó la mano de la Beltraneja y entra con un ejército en el territorio de Castilla para hacer valer sus derechos.—Llegada á Plasencia realiza su casamiento con esta princesa cuya ceremonia se verifica á presencia de algunos de aquellos confederados que algun dia tanto disputaron su legitimidad. Con obstinacion se hizo la guerra por dos años. El conde de Benavente que permanecia firme en los principios que le animaron en tiempo de los confederados tomó el mando de las tropas de doña Isabel, y apesar de la superioridad numérica de los secuaces de la Beltraneja los cuales habian penetrado hasta Peñafiel los atacó junto á Valtana pero fué derrotado teniendo que ceder el campo. D. Fernando acudió desde Aragon á defender el trono de su muger y por fortuna logró batir á los portugueses en Toro, y desde entonces cam-

bió enteramente la faz de los negocios. La Beltraneja huyó con el rey de Portugal, y como ya no tenia este que esperar la corona de Castilla, y ademas el Papa no habia dispensado el parentesco que impedia el matrimonio, antes bien lo declaraba nulo, desistió de sus pretensiones, y la infeliz Beltraneja, despues de una vida de pesares y desdichas tomó el velo de religiosa en el convento de santa Clara de Coimbra. Restablecióse prontamente la tranquilidad.

Pocos dias antes de la derrota del ejército de la Beltraneja murió en Madrid su madre doña Juana. Muchos cronistas de aquella época dicen que con secreto y con engaño le hizo dar veneno su hermano el que no queria hallarse con ella en la corte cuando fuese rey de Castilla. *Alonso Paletino se inclina á esto dice el Padre Mariana y añade corrió la fama que murió de parto. Tal es la inclinacion natural que tiene el vulgo de hechar las cosas á la peor parte y mas infame.*

Está enterrada en la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid: en un túmulo de mármol blanco, que aun se ve con su letrero junto al altar mayor. En el momento de su muerte la encontraron sobre su pecho una pequeña cruz de oro. Era la que otro tiempo habia dado al gran Maestre D. Beltran, y que Villena la habia devuelto la noche fatal del baile del Alcazar de Segovia al volver en sí de su desmayo despues de haber habierto la ventana del salon...

Doña Guiomar murió al año en un castillo en Martos desgraciadamente un dia que estaba asomada á la ventana la atravesó una aguda flecha el corazon. Ignórase si fué una casualidad de que se sirvió la justicia divina, ó una calculada venganza de alguno de los parciales de D. Beltran, ó de la reina.

Un año despues de restablecida la paz el de 1479. El rey D. Fernando heredó por la muerte de su padre el Reino de Aragon. Desde esta época importante los reinos separados de Castilla y de Aragon, permanecieron para siempre unidos y se confundieron bajo el titulo de reino de España.

JOSÉ MUÑOZ MALDONADO.

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA CORTE DE D. JUAN II.

I.

«Asiene muchas veces, que cuando el rey muere, linea niño el hijo mayor que ha de heredar, é los mayores del reino contienden sobre él, quien lo guardará hasta que haya edad. E de esto nascen muchos males; ca la que mas vegadas, aquellos que le cobdician guardar mas lo hacen por ganar algo con él, é apoderarse de sus enenigos, que no por guarda del rey ni del reino.»

Estas memorables palabras de las leyes de partida, palabras que por desgracia de nuestra patria ha comulgado una triste esperiencia en las minorias de los reyes, no pueden aplicarse con la misma exactitud á la minoria de D. Juan II de Castilla, acaecida por el prematuro fallecimiento de su padre D. Enrique III el doliente. Todo este previsior monarca cuidado de asociar á la corona vinda como regente del reino á su hermano don Fernando, cuya fidelidad al rey niño, sin duda conocia bien á fondo. Cuando los grandes y orgullosos magnates

del reino abatidos por D. Enrique, quisieron vengar en el hijo la conducta del padre; cuando ansiosos de revueltas á cuya sombra aumentasen sus intereses á medida de su ambicion, vinieron ellos mismos á ofrecer la corona al infante D. Fernando, presentó este al mundo un bello ejemplo de moderacion y de virtud, rehusando la soberania de que ciertamente era muy digno. Aquel príncipe de singular prudencia, en la flor de su edad y con los titulos de *grande* y de *héroe* adjudicados por aclamacion, acreditó cuan bien los merecia, reprendiendo con entereza la deslealtad de los poderosos de Castilla y diciéndoles:

—No tengo mas codicia de honores y demando, que tener en guarda al rey niño muy lealmente é hacer en pro y honra del rey y del reino, aquello que soy obligado por mi juramento y leyes antiguas.

En esto vosotros á fuer de homes honrados habeis de seguir mi ejemplo toda la vida.

Lo cumplió conforme lo dijo, y si coronado por rey en Aragon, mas por sus méritos que por su derecho de parentesco llegó á dejar casi del todo el gobierno de Castilla, fué aumentando este reino con la toma de Antequera y haciéndole ser respetado por sus afortunadas empresas en la guerra. Si despues el reino de don Juan II no fué de los mas felices para Castilla, atribúyase-

se al favoritismo, á la ambicion y desavenencias de los grandes descontentos, y nunca á los gobernadores durante tan larga minoría ó á la esagerada incapacidad del rey para el gobierno. Cierto es que el monarca se distraía demasiado de los negocios públicos, por la estremada afición á la literatura, que tubo desde sus primeros años. Con su ejemplo, pues el soberano era poeta, y con su proteccion puesto que dispensaba su familiaridad amistosa á los ingenios mas esclarecidos, se dió un impulso vital á la literatura, restaurando la poesia y escribiéndose ya la prosa castellana con gala y lozania. En la corte galante de don Juan II, establecida ya en Medina del Campo, ya en el antiguo alcazar de Segovia, se verificaron competencias literarias y florecieron ingenios que han dado mucho esplendor á las letras castellanas. Tales fueron entre otros varios, *Fernan Perez de Guzman, Juan Rodriguez del Padron, Juan de Mena, D. Inigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, el sentido Jorge Manrique, el arzobispo de Burgos D. Alonso de Cartagena, el malaventurado amante Macias y su señor el marqués de Villena.* Las composiciones, la celebridad y aun la categoria de algunos de estos aventajados ingenios, acreditaron y estimularon de tal modo el estudio de la bella literatura, que haciéndole florecer en aquel siglo, dió muestras de lo que habia de ser en el siguiente, cuando la España fuese la potencia dominante de Europa. El reinado de D. Juan II, si no es memorable por los grandes acontecimientos en la guerra, que tanto llaman la atencion durante el dominio de otros reyes, lo es mucho, cuando se considera que fué la época de mayor engrandecimiento para la literatura castellana en toda la edad media.

Las composiciones de los célebres ingenios y los armoniosos cánticos de los trovadores, solo se escuchaban cuando lo permitía el apaciguado estruendo de las armas. Los beneficios que son consiguientes á la paz solo se gozaban en los intervalos de la lucha civil que sostenian las facciones que intentaban á toda costa prevalecer en el reino, y los grandes que pretendian influir en el ánimo del monarca. A uno de estos tan cortos como venturosos periodos de prosperidad pública, pertenece la brillante y caballeresca escena que vamos á referir.

II.

En los espaciosos salones del Alcázar de Segovia y bajo las altas bóvedas trabajadas con labores de oro del gusto gótico arábico, se reunian y paseaban una mañana del año de 1431, cuantos magnates, caballeros, capitanes y personas de suposicion, componian la corte del rey D. Juan II de Castilla. Sus tropas, invencibles á la morisma, acababan de conseguir la victoria de *la higuera* debida en gran parte á la presencia y esfuerzo del monarca, y este triunfo obtenido sobre los verdaderos enemigos de la España habia sido el mejor lenitivo para los males de una nacion trabajada por eternas contiendas domésticas. Por eso la victoria habia sido recibida con tanto entusiasmo y por eso toda la corte concurría á felicitar al monarca, de vuelta de su expedicion, y por eso mismo ofrecía tan magnífico espectáculo el Alcázar, en cuyas salas se disputaban la preferencia la seda, el terciopelo y el tisú de oro. Nunca se habia visto en la corte una concurrencia tan numerosa: allí formaban corrillos los cortesanos con trajes recamados de oro y airosos plumajes, para discurrir amistosamente de los asuntos de la guerra ó escuchar alguna troba, mientras que graves y silenciosas solian cruzar algunas damas de rasgados ojos negros, con el traje y altivo porte de que nos dan una idea las pinturas antiguas. Los señores tam-

bien, aunque habian cambiado la pesada cota por la ligera seda, ostentaban siempre aquellas frentes graves y austeras de castellanos, que ni se alteraban a vista del peligro, ni se desarrugaban con el regocijo de la paz. Habia entre los cortesanos, uno á quien todos ellos acataban sobre manera, mientras que él, recibiendo los saludos con aire orgulloso y protector, manifestaba bien la privanza que obtenia con el monarca, que le habia casi abandonado el poder. Este favorito era el condestable *D. Alvaro de Luna*, que hallándose entonces en todo el apogeo de su gloria, estaba muy ageno de creer que su cabeza rodaria despues bajo la cuchilla del verdugo y que su cuerpo quedaria abandonado al que de merced quisiese darle sepultura. El único salon donde el gentío no habia penetrado, era el peculiar del monarca para actos solemnes, sin que hubiese en él, mas alma viviente que los centinelas de la guardia de honor; pero tan inmóviles como las estatuas de los reyes de Oviedo, Leon y Castilla que estaban y aun duran colocadas sobre la cornisa de aquel suntuoso recinto.

Apareció al fin el rey D. Juan, abriéndose paso entre los obsequiosos cortesanos, y acompañado de la reina su esposa, del principe D. Enrique, de las damas y de los inmediatos servidores de su persona, fué á rodearse de todo el prestigio y emblemas de su soberania bajo un elegante pabellon bordado de castillos y leones de oro. No bien se habia acabado de solemnizar su presencia, cuando se permitió la entrada en el salon á varios caballeros, que inmediatamente fueron reconocidos por ser los extranjeros que acababan de llegar á Segovia, con intento, segun se decia, de proponer una empresa delante del rey. En efecto, adelantándose el que parecia gefe de la cuadrilla hizo su acatamiento á D. Juan y le habló en estos términos:

—Muy poderoso y esclarecido señor: yo soy Micer Roberto, señor de Balse, en los distantes climas de Alemania. Ansioso de gloria y aviniéndome mal con la holganza y regalo de mi pais, sali de él en busca del peligro y de los hechos de ventura. Noticioso de la gentileza y esfuerzo de vuestros caballeros, enderecé mi camino á esta corte solo por medir mis armas con ellos, considerando que de tal empresa, me resultaría prez muy cumplida.

Vuelto luego hácia los caballeros, continuó:

—Con el beneplácito de su alteza, si alguno de vosotros ó todos á su vez, quieren romper lanzas conmigo, yo lo tendré á gran merced.

Acto continuo arrojó un guante á las gradas del trono, mas apenas habia tocado la alfombra que las cubria cuando cayeron junto á él los guantes de otros varios caballeros presentes, siendo dificultoso conocer cual habia sido el primero. Estorbó la contienda que pudiera haberse originado, el animoso jóven conde de Mayorga, D. Juan Pimentel, primogénito de la casa de Benavente. En vez de arrojar su guante entre los otros, recogió del suelo el del alemán á quien dijo:

—Si el rey mi señor me otorga su permiso, lo que tarde en tomar las armas, tardareis en quedar satisfecho, señor caballero.

Miró el rey sonriendo al intrépido mancebo, tomó el guante de sus manos y devolviéndoselo al caballero alemán le habló así:

—Señor de Balse, ya habia llegado á nos la fama de vuestras proezas, y mis honrados caballeros, como veis ansian competir con persona de tal merecimiento. A parage venisteis donde vuestros deseos quedarán cumplidos asaz. Yo huelgo de ello; pero el contentamiento en que agora nos hallamos, non permite se lleve la pelea á todo trance de muerte. Las armas corteses ó embotadas bastarán á decidir quien es mejor caballero, en el combate que yo presenciare, señalando el dia y la hora en

el rey D. Juan II de Castilla, hacia a el caballero alemán Micer Roberto, señor de Balse; mas este rehusó recibirlo diciendo á los que lo llevaban:

—No quisiera que el rey mi señor, tubiera por ultrage que nada reciba de tanto favor como me dispensa pero os ruego le digais, que antes de salir de mi patria hice juramento sobre la cruz de esta espada, de no recibir preseca de ningun potentado del mundo. Que si vos permite á mi y á los míos traer sobre nuestra cota el collar de la orden de la *Escama* lo tendremos a gran merced.

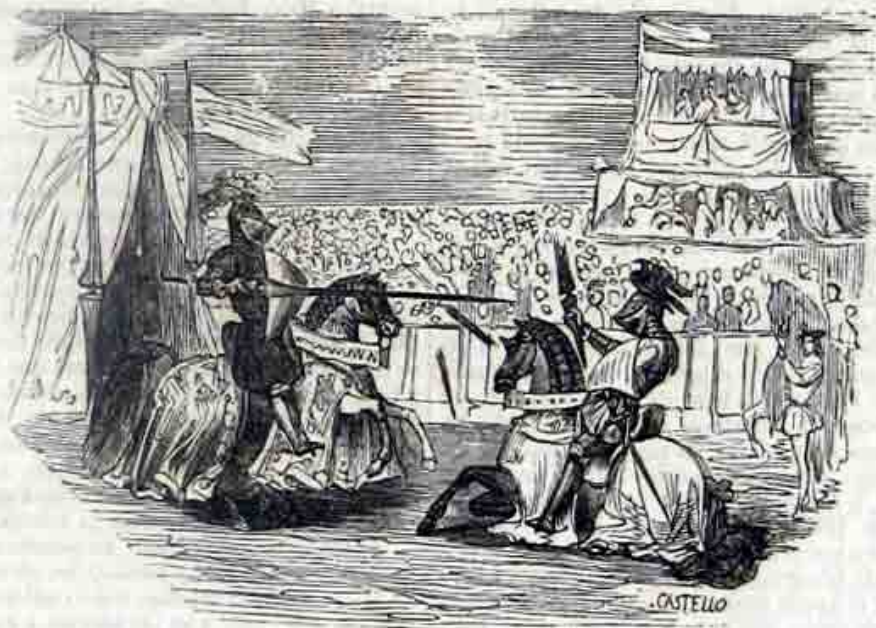
Agradole al rey la respuesta del caballero y dió orden para que juntándose todos los plateros de Segovia, trabajasen á gran prisa los dichos collares. Hechos que fueron, Gonzalo Castillejo, maestra sala de Palacio, llevando consigo pages con bandejas cubiertas fué á presentar al señor de Balse un collar de oro para él y otros de plata para sus caballeros. Fué tanto lo que el alemán agradeció esta magnificencia del monarca, que al darle las gracias se ofreció á acompañar á las tropas de Castilla en la entrada que iban á ejecutar por tierra de moros, donde el y los suyos se mostrarian merecedores de la nueva condecoracion.

El desenlace afortunado de esta empresa, el galardón que obtuvieron los mantenedores y el plazer con que el pueblo asistió á la funcion, fueron un poderoso estímulo, para que se repitiesen otras de este género, de aqui provino que la corte de D. Juan II, ya célebre por sus empresas literarias, lo fué tambien por las

galantes y caballerescas. Ninguna en su reinado tan memorable, como el *paso honroso*, que D. Suero de Quiñones sostubo dos años despues, por treinta dias consecutivos en un puente sobre el rio Orbigo, á cinco leguas de la ciudad de Leon, contra todos los que pasasen en romeria á Santiago de Galicia. En este singular desafio que D. Suero dirigió á todos los campeones del universo, se desplegó todo el esfuerzo, destreza y galanteria de mas de sesenta caballeros de diferentes naciones que vinieron expreso á lidiar con el mantenedor del paso. Habia el jurado defenderle hasta que se rompiesen trescientas lanzas y lo cumplió con extraordinario ardimiento; si las lanzas rotas no llegaron á aquel número fué porque no hubo mas rivales que se presentasen á combatir. En estas justas tan celebradas por los trovadores se halló tambien el conde de Mayorga, cuyo primer hecho de armas se ha visto en el torneo de Segovia.

A los pocos dias de haberse este verificado, el rey D. Juan II de Castilla pasó revista á sus huestes que acompañadas de los alemanes, marchaban á la frontera de Granada. Un gentio numeroso ocupaba la plaza de armas donde se hallaba el monarca: la reina y sus damas lo observaban desde la galeria del Alcázar; y toda la gente del palacio coronaba las almenas en cuyo mas elevado torreón tremolaba agitado por el viento el estandarte de Castilla.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABILLE.



ESTUDIOS LITERARIOS.

EL SECRETO.

Veinte y dos años de edad contaba Natalia de Silva y solo hacia tres que habia quedado viuda. Era una de las mas lindas muchachas que paseaban las calles de la corte de Madrid; su tez algun tanto morena y sus gran-

des y rasgados ojos negros, poseian un encanto indefinible, sus facciones delicadas y de perfectas y armoniosas proporciones, espresaban á la vez reunidas en su agraciado rostro, la viveza de una italiana, el alma ardiente de las españolas y la gracia y coqueteria de las francesas.

Sin embargo, Natalia era solo española y cuando prestó su consentimiento para casarse á los diez y ocho años, con un hombre que la triplicaba la edad, solo tu-

juego que te gustaria mucho, solo quisiera que le aprendieras por proporcionarte una distraccion mas.

En este estado de cosas transcurria el tiempo, cuando una noche estando en un baile Natalia en el que se mereció el universal sufragio por sus gracias y atractivos, anunciaron como nuevo presentado al caballero Gustavo de Castro capitán de navio.

Sonaron al oido de Natalia tan mal las palabras de capitán de navio, que se esperaba ver entrar a algun antiguo y brusco marino con una pierna de palo y algun ojo vendado, pero esta idea tan exagerada sirvió para que creciera su admiracion al divisar a un hombre como de treinta años, vigoroso, proporcionado, y cuya elevada estatura y marcialidad no carecia de gracia y de elegancia.

Gustavo de Castro habia entrado de niño al servicio; apasionado por la marina llegó muy joven al grado de capitán, y esto hizo que aumentara su fortuna, considerable ya con los bienes de su familia. Hacia quince años que corria los mares, é iba sintiendo ya necesidad de entregarse a una vida mas reposada; le aconsejaron que se casara; pero hasta entonces el capitán Gustavo se habia reído y burlado del amor como pasion indigna de un marino.

Mas al reparar en Natalia cambiaron los sentimientos del capitán, una revolucion instantánea se operó en su alma, y miraba bailar a la linda viuda, sin poder separar de ella su mirada. Seguia con la vista todos los movimientos de la de Silva, que le distraia de suerte que le estorbaba observar a las demas señoras y señoritas. Ultimamente se determinó a preguntar a uno que estaba a su lado:

—¿Quién es esa linda muchacha que baila con tanta gracia?—La de Silva, una viudita que todavia....—Oh, sí, es encantadora?—Pues tiene tanto talento como gracia y coqueteria; siquela vd. a bailar, hable vd. con ella y juzgue despues.—Que la saque para bailar.... Yo.... pero si no se bailar?—Ah! eso es otra cosa.

Por la primera vez en su vida se dolió Gustavo de no saber bailar, y vagaba como un moscon alrededor de la linda viuda estudiando un pretexto plausible para entablar conversacion, y cuando creyó haberlo encontrado se adelantó un joven a Natalia y tomandola de la mano la sacó a bailar.

Gustavo se mordía los labios y se contentó con admirar a la encantadora niña.

Asi se pasó la noche, el capitán no se determinó ha hablar a la de Silva, pero no la perdió de vista un instante.

Natalia habia observado la conducta del capitán, porque las mujeres conocen y se aperciben prontamente del efecto que producen, y aunque para sí pensara otra cosa, dijo hablando de Castro:—El capitán no sabe ser amable con las mujeres; no le he oido dirigir una galanteria ni un cumplimento a ninguna.

Gustavo que antes de ver a Natalia era poco aficionado a las grandes sociedades, y menos aun a los bailes, no faltó desde este día a ninguno de los que sospechaba podia hallar a la viudita; encontró coyuntura de hablarla y se esforzó cuanto pudo por parecer amable; pero cuando observaron el cambio de conducta del capitán y su asiduidad al lado de Natalia, le dijeron:

—Cuidado con enamorarse! la de Silva es una diestra y consumada coqueta, que encenderá vuestra pasion y se burlará de vd. despues y de sus suspiros.

Despues decian a Natalia:

—El capitán es un original, es un capitán tipo, un oso que posee todos los defectos de los marineros, es arrebatado, dominante, blasfema, fuma y nunca conseguirá vd. hacerle amable.

Mas no obstante estos caritativos avisos que no eran mas que otras tantas saetas lanzadas por los envidiosos y

rivales, el marinero y la coqueta se hallaban muy contentos cuando estaban reunidos. Alguna vez cuando a Gustavo iba a escapársele alguna expresion demasiado marítima, Natalia le dirigia una mirada de las de su ejército de reserva, y le detenia el capitán y murmuraba algunas excusas, tanto era lo que temia que el rostro de la linda viuda adquiriese una expresion demasiado severa, y aunque esta timidez parezca estraña y aun admirable en un marino, el amor cambia los caracteres, hace milagros, y de ello poseemos mil pruebas desde Sanson destructor de los Filisteos hasta nuestros dias.

Llegó a oidos del tío la nueva conquista de su sobrina, pero no hizo caso pensando que este seria un nuevo aspirante a quien le seria tan fácil desgraciarse para con Natalia, como a los demas, y mientras tanto eran mas frecuentes y mas intimas las conversaciones del marino con la viudita, hasta que un día le anunció a su tío que le habia convidado para que asistiera a las reuniones de su casa; entonces se impacientó el pacífico y tranquilo D. Higinio, y dijo a su sobrina:

—Mas hecho muy mal de obrar por tí sin consultarme, Natalia. El capitán Castro es brusco, áspero y tiene opinion de disputador; no se separa un momento de detras de tu silla, y jamas se ha dirigido para preguntarme siquiera, como está vd. no era necesario traerla a casa, esto lo digo por interés tuyo, porque eres un poco ligera.

Natalia creyendo su determinacion inconsiderada, estuvo a punto de mandar un recado al capitán, manifestandole que no se verificaba la reunion, pero el tío no exigió tanto pensando no asistiria con frecuencia.

Mas en este mundo nuestras resoluciones y los acontecimientos mas importantes de nuestra vida dependen muchas veces de una vagatela, que la casualidad nos coloca en la senda de nuestra existencia, asi ahora el ajedrez fue causa de que la bella Natalia fué despues la señora de Castro.

Porque el capitán, como legitimo marino, era gran jugador de ajedrez, y asi no bien don Higinio lo entendió, le propuso una partida. Castro aceptó, y la partida se prolongó toda la noche, porque Gustavo comprendió bien debia comenzar su conquista por el vetusto solteron.

Cuando tío y sobrina quedaron solos, dijo la viuda de mal humor, porque no se habia ocupado de ella en toda la noche.

—Tiene vd. razon, tío, los marineros son bruscos, el capitán es casi insociable, incivil, ya siento haberle ofrecido la casa.

—Al contrario Natalia, respondió don Higinio, Gustavo es un excelente joven, le habiamos juzgado mal, de muy buena educacion, bondadoso.... yo le he invitado a que venga con frecuencia a hacerme la partida, es decir, a hacerte la corte, es un muchacho de talento y de muy buenas maneras.

Natalia conoció que Gustavo habia dedicado la noche a conquistar el animo de su tío, y le perdonó sinceramente, y hasta se congratuló de que no hubiera estado sollicito con ella, en vista del feliz resultado que consiguió. Castro volvió con frecuencia con pretexto del ajedrez y era deseado por don Higinio.

A fuerza de amor y de sumision logró tambien cautivar el corazon de la linda viuda, y una mañana vino ruborizada a decir a su tío:

—El capitán quiere que sea su esposa....yo.... quiero.... que vd. me aconseje.

Nuestro solteron reflexionó por espacio de algunos minutos y pensaba.—Si rehusa, Castro dejara de venir y a dios mi ajedrez.... si acepta estará en casa y le tendré a mis órdenes para hacerme la partida; y su respuesta fue:

—No me desagrada ese enlace, es buen muchacho, Natalia no deseaba oír otra cosa porque amaba a

Gustavo, pero como las mugeres nunca aparentan ceder á aquello mismo que desean, mandó venir al capitán y le dictó las condiciones.

—Si es verdad que vd. me ama... —Ah! señora lo juro por... —Calle vd.... dejeme vd. hablar si le agrada; si es verdad que vd. me ama, si me otorga vd. pruebas... —Todo lo que vd. exija yo... —Caballero no me interrumpa vd. á cada momento. Es necesario no decir juramentos como sucede á vd. muchas veces que es muy villano delante de una muger; despues es menester... y sobre todo quiero que no fume vd., porque el olor del cigarro y el humo y el tabaco.... en fin yo no quiero un marido que fume.

Gustavo exaló un ligero suspiro, y contestó:

—A todo me someto gustoso, no fumaré mas, tome vd. desde este momento mis cigarros, mi petaca, todo.

—Entonces obtendreis mi mano.

Se celebró ostentosamente la boda; Castro logró ver colmados sus votos y Natalia era feliz porque amaba á su esposo.

Los primeros meses de su matrimonio se pasaron dulcemente, pero Natalia empezó á observar que aun en medio de los placeres, de las fiestas y de la satisfaccion que Gustavo experimentaba cuando se hallaba á su lado, se descubria en su frente una señal de tristeza y de mal estar, y se leia en sus ojos cierta inquietud que no duraba mucho, era como una nube que cruza el espacio sin dejar huella alguna en pos de si, pero que no escapó á la penetrante mirada de su esposa.

Cuando despues de algun tiempo se hicieron mas frecuentes sus distracciones y su inquietud, le preguntó un dia que creyéndose solo dio con el pie fuertemente en el suelo.

—Que tienes, amigo mio? di, porque estas de mal humor? estás fastidiado!

—Yo!... nada, te lo aseguro! contestó el capitán sonriendo y pesaroso de no haberse podido dominar: no tengo fastidio... ni mal humor... contra quien quieres que tenga mal humor?

—Yo no sé, pero muchas veces me parece que tienes algo... mira si te he disgustado alguna vez, dime en que para que no vuelva á sucederme.

El capitán concluia por abrazar cariñosamente á su muger, repitiéndola que se engañaba, y durante algunas dias no se le escapaba ninguno de los ademanes que inquietaban á Natalia; pero Gustavo despues se olvidaba de nuevo, y su muger se hilaba los sesos por adivinar la causa de estos momentos de tristeza de su marido.

Natalia participó sus observaciones á su tío, y don Higinio contestaba:—Tienes razon, á Castro le pasa algo... porque muchas veces jugando conmigo al ajedrez le reparado que miraba á su alrededor, pasaba la mano por su frente, y entonces se olvidaba de mover las piezas.

Dios mio! qué significa ese misterio tío? Mi marido tiene algun secreto que le inquieta, que le aburre si, estoy cierta y no quiere confiármelo.—Es muy posible.... pero hay cosas que no debe saber una mujer.... —Cómo, que no debe saber una mujer? pues yo quiero que mi marido me lo confie todo, que no tenga secretos para mí, como yo no los tengo para él, porque sino, no seré feliz con un hombre que guarde misterios de mí.

D. Higinio la tranquilizó prometiéndola trataría de investigar el motivo de las preocupaciones de su sobrino, pero se limitó solamente á hacerle jugar con mas frecuencia al ajedrez, medio que creia de infalible efecto para disipar el mal humor.

Esto acacia en el principio de la primera y como es la época de gozar de las delicias del campo dispusieron pasar una temporada en el ameno sitio de Aranjuez.

Gustavo, continuaba mostrándose tan cariñoso y tan complaciente con su mujer como siempre, procurándola cuanto la pudiera agradar y anticipándose á prevenir sus mas insignificantes deseos. Natalia preferia casi siempre estar en casa á salir á paseo, y su marido le pidió permiso para ir despues de comer á dar una vuelta por el campo. Semejante peticion era tan natural que no pudo rehusarla, y todas las tardes paseaba Gustavo; mas cuando regresaba á su casa, volvia alegre y contento y los momentos de inquietud habian desaparecido.

No obstante, Natalia no estaba satisfecha, y sus sospechas crecian cada vez mas: mi marido, decia para sí, no está triste ni pensativo como en Madrid, pero es desde que sale por las tardes... no vuelve hasta pasadas dos horas... donde irá?... prefiere ir solo... aquí hay misterio; y no seré tan afortunada que lo descubra?

Alguna vez se sintió impulsada á mandar que siguiesen á su marido, pero la repugnaba esta accion, y tenia ademas que hacer partícipe de su confianza á un criado, y espiar á un hombre que solo parecia se ocupaba de hacerla feliz. Asi es que solo á su tío manifestaba su inquietud, y este se contentaba con decirle:—Tu marido juega menos que antes conmigo al ajedrez, pero juega aun, y yo no puedo seguirle á sus paseos porque me fatigaria inútilmente, yo tengo malas piernas, y él las tiene muy buenas, anda muy deprisa.

Un dia ocurrió que hallándose un joven amigo de Castro, en la casa con otras gentes le dijo riendo:

—Qué diablos hacias ayer, disfrazado, envuelto en una manta y asomado á la ventana de una choza á un cuarto de legua de aquí?... si mi caballo no hubiera ido escapado, y le hubiera podido contener, iba á preguntarte si guardabas algun ganado y querias imitar á los felices pastores de la Arcadia.

—Mi marido envuelto en una manta!... exclamo Natalia fijando sobre Gustavo una mirada estraña y penetrante.

—Eduardo se engaña, repuso el capitán tratando de ocultar su embarazo; me ha equivocado sin duda con otro.

Con que no eras tú!... es muy posible, que yo corriendo no fije la vista... replicó el joven apesadumbrado de la impresion que produjeron á Natalia sus palabras, y añadió conociendo cuan grande indiscrecion habia cometido:

—Bien puedo haberme engañado.

—Pero qué hacia ese hombre? preguntó Natalia, donde está esa cabaña?

—Señora, no puedo fijamente designar el punto, porque conozco poco esta campiña, en cuanto al hombre estaba envuelto en una manta y con sombrero redondo.... en fin que se yo que diablo me hizo pensar que era el capitán, porque no estamos en carnaval.

La señora de Castro no dijo nada mas, pero se persuadió de que era su marido al que habian visto, y creia que cuando se disfrazaba era para que no le descubriesen alguna singular intriga: así es que lloraba frecuentemente repitiendo.—Que desgraciada soy, en haberme casado con un hombre que guarda misterios de mí!

Su disgusto al principio se convirtió despues en celosos trasportes, porque las mugeres desde el momento que se las oculta alguna cosa se persuaden de que las engañan, de que le son infieles los hombres, y es porque ellas no saben guardar otros secretos que los de este género.

Natalia despues de la imprudente revelacion del amigo de Castro, resolvió regresar inmediatamente á Madrid; su marido siempre dócil y sumiso á su voluntad, convino gustoso, pero en la corte observó otra vez en la conducta de Gustavo, aparecian sus ademanes de impaciencia y de fastidio hasta que dijo un dia á su esposa.

—Muger, el pasear por la tarde me aprovecha mucho, así es que me hallaba perfectamente en Aranjuez, porque fácilmente concebías que acostumbrado al activo servicio de la marina, me pone pesado esta vida poltrona y necesito hacer ejercicio.

—Si señor, sí, lo concibo muy bien, contestó Natalia mordiendo los labios de despecho.

—Mas sin embargo, si te disgusta....

—No señor, no.... pasea lo que quieras, yo no me opongo, se conoce que te conviene el aire libre....

Gustavo salía de su casa todas las tardes, permanecía dos horas fuera y regresaba contento, satisfecho, y los ademanes de impaciencia desaparecieron de nuevo.

—Mi marido tiene alguna aventura!.... ama a otra muger y no puede pasar sin verla, decía Natalia llorando cuando quedaba sola. Ese es todo el secreto de su mal humor, de su conducta, de sus paseos.... Ah! que desgraciada soy!.... tanto mas desgraciada cuanto que cada vez me aparenta mas su cariño y no puedo decirle que es un monstruo.... un pérfido, un ingrato, y sin embargo sino se lo llamo me ahogo.... pero antes necesito poseer pruebas, pruebas irrecusables de su traición.... oh! sí, las necesito y las tendré!

Fue Natalia angustiada á buscar á su tío con los ojos encendidos de cólera, y exclamó al verle.—Ah! soy la mas desgraciada de las mugeres!

—Que te sucede? dijo nuestro solteron incorporándose en su silla, que te sucede?

—El que mi marido se va todas las tardes á pasear, que está fuera de casa dos horas como hacia en Aranjuez, y regresa siempre alegre, contento, de buen humor y me prodiga entonces sus caricias, y jura que me adora como el primer día de nuestro matrimonio!.... ah! tío mío, es un falso, un pérfido.... Gustavo me engaña.... tiene alguna intriga!

—Muger, es verdad que no juega al ajedrez conmigo tanto como antes.—Sí, tío; sí, si vd. no me ayuda á descubrir este misterio.... moriré de disgusto, me separaré de mi marido, ó me arrojé por un balcon.—Pero sobrina!—Sí, vd. que estan bueno, que tanto me quiere, hagame vd. este favor, quiero saber á donde va mi marido tan solícito todas las tardes.—Sin duda que te quiero y que solo me empleo en tu servicio, mi vida paso gustoso en eso.... pero no se como.... Pues bien lo repito, si no consigues vd. que penetre ese secreto, no tendra vd. en el mundo mas sobrina.

D. Higinio le tenia cuenta conservar y estar bien con su sobrina; conocía que cualquier desavenencia que estallara entre los dos esposos, turbaria la paz de la tranquila y sosegada vida que disfrutaba en casa de Natalia, y se decidió á hacer algo por restituir la buena armonía. Hacia que iba detras del capitán en sus paseos; pero se cansaba pronto y volvía despues de perder á Gustavo de vista, y decía á su sobrina—Con esta he seguido á tu marido seis veces, y se pasea siempre solo y muy tranquilamente.

—Pero donde?

—Tan pronto de una parte como de otra, así que tus sospechas no tienen el menor fundamento.

No quedó satisfecha Natalia con los informes de su tío, y decididamente pensó en averiguar por sí la verdad; llamó á un demandadero ó mozo de cuerda que estaba siempre parado á la esquina de su casa, y de quien habia oido elogiar su honradez y actividad.

Despues de preguntarle si conocia á su marido, le dijo:

—El señorito Gustavo sale todas las tardes.—Sí, señora.—Mañana le seguiras.—Sí, señora.—Veras donde va y volverás á decirme.—Sí señora.—Sin olvidar nada.—Sí señora, descuide: V. señorita.

Natalia esperó aquel día con la impaciencia que solo puede comprender un celoso. En fin cuando llegó el

momento y vió alejarse á el honrado asturiano constituido en espía del capitán, creció su inquietud. Contaba los minutos, los instantes, y temblaba ver llegar al emisario que debía descubrirle la verdad. Tres cuartos de hora trascurrieron al cabo de los que llegó cubierto de sudor y de polvo.

—Y bien? le preguntó Natalia con voz alterada, que has visto, habla... dime todo.... no olvides ninguna circunstancia.

—Sí, señora, he seguido al señor procurando no me viera, y ha ido hasta muy lejos!.... hasta la calle del Aguila, detras de la calle de Toledo; en fin, ya entró en una casa muy vieja.... no se el número, pero yo bien la conozco, un portal muy estrecho y oscuro.

Un portal estrecho y oscuro!.... qué horror!.... Yo le miraba desde la acera de enfrente: llegó á la puerta del cuarto bajo, y abrió con una llave.

—Abrió el mismo.... no ha llamado, estas seguro?...

—Oh! sí, señora.—Monstruo! y en un cuarto bajo.... tiene la llave.... y mi tío le defendía!.... pero acaba.

—Cuando vi que cerró la puerta, llegué sin que me sintiera y miré por el agujero de la cerradura.... Te daré un duro, acaba....—Vi que el señor arrastraba un cofre.—Un cofre?—En seguida empezó á desnudarse el señorito.—Se desnudaba?—Sí señora, primero se quitó la levita, luego el chaleco, luego la corbata, luego....

—Acaba!.... despues....—Despues no he visto mas.—Dios mío! que desgraciada soy!—Al cabo de un rato le volví á ver en mangas de camisa y con un gorro en la cabeza, entonces señora, creí que habia visto bastante, y he venido corriendo á informar á vd.—Basta, vé á alquilar un coche; que venga aquí.... subirás con el cochero y harás que se detenga en la casa.

El asturiano fué á buscar el coche. Natalia se echó un pañuelo y se puso una mantilla, subió al coche y recomendó al que le guiaba fuera al galope.

Se detubo á la entrada de la calle del Aguila y aquí se apeó pálida y tremula de modo que apenas podia sostenerse.

Quiere vd. que la acompañe?—No, es inútil, iré sola, cual es el portal?—Aquel pequeño, dijo señalando con la mano, hay dos puertas, la de la izquierda.—Bien.

La jóven anduvo el corto trecho que mediaba hasta el portal con incierto y vacilante paso; al penetrar en él le faltaron las fuerzas, y al llegar á la puerta que le habian indicado, desfalleció del todo sin poder otra cosa que apoyarse contra la pared y esclamar:

—Abridme por Dios, ó muero!

Abrieron la puerta en efecto, y el capitán recibió en sus brazos á su mujer, Natalia no vió en la habitación que estaba llena de humo, á nadie mas que á Gustavo envuelto en una bata, con un gorro griego en la cabeza y fumando un soberbio cigarro habano.

—Mi muger! exclamó con sorpresa de Castro al reparar en Natalia.

—Si señor, vuestra muger que sabe que la engaña sumarido... que os disfrazais.... y quiere por fin conocer el misterio de vuestra conducta.

—Como, has podido imaginar Natalia, que no te amaba!.... el misterio de mi conducta... pues bien, aquí le tienes (dijo mostrándole su corpulento cigarro.) Cuando nos casamos me prohibiste fumar y yo prometí obederte. Durante los primeros meses he cumplido religiosamente mi promesa.... pero si conocieras lo que me costaba.... que sacrificio tan inmenso.... me faltaba una cosa que escitaba mi mal humor, que me entristecía, y era solo fumar un habano.... suspiraba por mi querido cigarro que en vano trataba de reemplazar con todo. En fin no pudiendo contenerme vi á un campesino que fumaba junto á una casilla del camino de Aranjuez; me acerqué y le digo si podia prestarme un sombrero y una

manta porque no podía pasar mas sin fumar, y porque era necesario que no lo advirtieras en el olor de los vestidos á los que se adhiere facilmente con el humo; para la boca conozco mil medios que empleo para que no conserve ninguno. Convinimos prontamente el aldeano y yo, me lié la manta, tube la precaucion de cubrirme la cabeza tambien con un sombrero, y gracias á mis medidas nada sospechabas; quisistes volver á Madrid, y tube precision de ingeniarme y buscar otro modo de fumar en secreto. Alquilé este cuarto en un barrio distante del nuestro, me hice un traje á propósito para mudarme y meter la ropa en tanto en este cofre que tengo cuidado de cerrar herméticamente, y este es todo el misterio, querida mia, perdona mi desobediencia en gracia de haber hecho cuanto he podido por ocultártelo; pero nada mas, un cigarro todos los dias.

Natalia abrazaba cariñosamente á su marido exclamando:

—Será posible!... no es mas que eso.... ah! que dichosa soy!... En adelante amigo mio fumarás.... fumarás en casa tanto como quieras.... oh! no me opondré

mas, ni tendrás que ocultarte.... si, los hombres deben fumar.... es tan feo un hombre sin un cigarro en la boca!

Natalia volvió corriendo á buscar á su tio, radiante el rostro de alegría para decirle:—Me ama tio, me adora.... sino que fumaba y se iba el pobrecillo para que no le viéramos.... pero ahora quiero que fume á todas horas, y yo misma le prometo para celebrarlo regalarle hoy una caja de habanos para que los tenga en casa.

—Hay un medio de arreglarlo todo; dijo D. Higinio, tu marido solo fumará mientras me haga la partida de ajedrez.

Y con esto pensaba el solteron egoista, tener segura la partida todas las tardes.

—Mi Natalia, dijo Gustavo, me aprovecharé de tu permiso para fumar en casa, pero fumaré para que te incomode menos las mismas precauciones que tomaba fuera.

—Que bueno eres! pero no, no es necesario porque desde que sé que no me eres infiel, casi, casi, me parece que me gusta el olor del tabaco....si, si; si positivamente me gusta mucho

P. DE K.



MI mujer! exclamó con sorpresa de Castro al reparar en Natalia

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.



La fiesta de los reyes.

LA NATIVIDAD.

Con este nombre se conoce en el orbe cristiano el aniversario del nacimiento del Señor, y se celebra esta fiesta la más solemne después de la Pascua de Pentecostes al terminar el día 24 de diciembre. Se atribuye su institución al papa Telesforo que murió en el año 138. Por este tiempo era la fiesta más movible de todas; los pueblos del oriente la celebraban en el mes de abril ó mayo, la época en que luce sus brillantes galas la primavera; otras iglesias de los mismos pueblos lo hacían en el de enero; porque la confundían con la Epifanía, con aquella milagrosa noche en que la estrella de los magos detuvo su curso sobre el humilde portal de Belén.

El papa Julio I ordenó á invitación de san Cirilo de Jerusalén, que todos los doctores de Oriente y Occidente ilustrasen con sus luces y discutiesen, sobre el verdadero día del nacimiento de Jesús. Conviniéron la

mayor parte en que acaeció en el mismo punto de terminar el día 24 de diciembre, aunque según la opinión de algunos padres de la iglesia, sin poseer pruebas auténticas; pero prevaleció su acuerdo y desde entonces fue en todas partes celebrado en este mismo día. La costumbre de solemnizar esta festividad con tres misas, una á media noche, ó misa de gallo; otra al despuntar el alba y otra por la mañana, remonta á la mayor antigüedad, y más antes en el Occidente, reproducían este festivo aniversario con escenas animadas, con personajes que representaban al niño en su humilde cuna y á la virgen María y S. José á su lado. Este espectáculo inocente al principio degeneró después en un objeto de burla. Prohibiéronse en toda la cristiandad, mas no obstante, después, algunas iglesias han conservado parte de aquella primitiva y sencilla costumbre, aunque descartada de todo lo que podía ridiculizarla y hacerla indigna de los templos del señor; tal es la de entonar villancicos al son de instrumentos rústicos en las misas llamadas de aguinaldo.

Los emperadores romanos afectaban en este santo día leer solemnemente la séptima lección sin duda por aquellas primeras palabras del evangelio: *Exiit edictum á Cesare Augusto* (Cesar Augusto hizo publicar un edicto). En el concilio de Constanza cumplió el emperador Segismundo este deber vestido de diácono. Cuando un emperador se encontraba en Roma era de rigoroso ceremonial, leyese él mismo en alta voz esta lección, vestido con traje clerical é insignias reales.

La natividad entonces, en aquellos dichosos tiempos era la fiesta por excelencia, lo mismo en los templos y en los palacios que en la humilde cabaña del pastor.

En el norte en que domina la comunión luterana, llaman al nacimiento del Señor, la fiesta de los niños. Jesús que los cubre con su poderosa égida y que prometió á su inocencia en la santa Jerusalén el reinado de los cielos, no puede olvidarlos. Si sois buenos y obedientes, les dicen sus madres, descenderá del cielo Jesús y os conducirá á su lado rodeados de una nube celestial y esplendorosa.

En nuestro país es también de los días ó mejor dicho de las noches que más se santifican, porque se llama Nochebuena, y puede decirse con verdad, que aunque con mucha anticipación anuncian los muchachos con sus panderos y rabeles la proximidad del nacimiento del Redentor, sólo después de la mañana de este día comienza la celebración del fausto aniversario. Desde este momento cesan los tribunales; tienen vacaciones los establecimientos de enseñanza, las oficinas, en fin, todo se para hasta todo muere para resucitar al año siguiente, menos los vendedores de turrones y golosinas, y los proveedores de caza y volatería. Se santifica la ruidosa y memorable Nochebuena con una magnífica y opípara cena (mal llamada colación) en la que figura en primer término y como obligado, la *consabida sopa de almendra* y los dulces, ensalada y todo lo demás que nadie puede ignorar siendo español; con esto y cantar unos villancicos después de la colación ante el nacimiento, si hay niños en la casa y su padre se lo han costado, ó asistir á la misa del gallo cuando la había, tomando frío ó cubriéndose de todo si hace, se retira tranquilo cualquier ciudadano español á su lecho, á gozar de las dulzuras del sueño para despertar el día primero de Pascua á las reiteradas interpelaciones de los innumerables felicitantes, que por señas de un par de pesetas á cada uno dejan algunas targetas demás y muchos reales de menos.

Estamos en el primer día de Pascua, día horrible, día feroz, para toda persona decente, para todo padre de familia, cabeza casa, para todo amo ó señor que en semejante ocasión quisiera confundirse, huir, no existir; y día por el contrario, suspirado por espacio de un año entero, día feliz, para todo el que se considera como decirse suele de escalerita abajo, día feliz para los porteros, repartidores, criados, avisadores, para el pueblo en fin que en semejante día ejerce el uso soberano de la palabra para interpelar desapiadadamente el bolsillo de sus superiores.

Este día y los dos que le siguen son como he dicho los destinados á las felicitaciones, y aparte de remunerar con una pesetilla la puntualidad y esmero de los que nos prestan algún servicio durante el año, existe además la costumbre de celebrar la Pascua con abundosos festines y convites, en que corre profusamente el aromático Jerez y el espumoso Champagne, y en que figura como primera víctima del contento y alegría universal, el robusto y succulento pavo.

Es también la época de cruzarse mutuamente entre las familias y los amigos, los regalos y los obsequios, y también lo que se espera ansioso para recompensar con algún que otro paquetito de billetes de banco, los favores que ha dispensado el magnate, ó el funcionario púdico más elevado, que no se desdeña en Pascuas de ad-

mitir las dádivas de sus favoritos, de sus agentes, ó de aquellos á quien ha prestado su protección, porque en estos días nadie se desdeña tampoco de semejantes ó parecidas insinuaciones, que terminan y cancelan por vía de aguinados las cuentas pendientes de todo el año.

Siguen después los Inocentes; pero pasan desapercibidos porque no se estila en este siglo, encontrarse con entes de esta especie, y si alguno se descubre de seguro que le silban. De este día hacen presa los bufones de sociedad para sus gracias y comer dulces á costa no del inocente, sino del que da dinero en este día, á algún amigo que preste un urgente apuro.

La festividad de más nombrada que sigue es la del día de año nuevo, ó primer día del año, es la circuncisión del Señor; que se pasa sin más novedad que dar los días á los Manolitos y Manolitas; y hacer cada cual cuenta de emprender una vida nueva, más arreglada que la que hasta allí ha desgastado los días de su existencia; es el verdadero y único día del arrepentimiento.

Esto es por lo que toca á España, que como cada país tiene sus usos y costumbres muy distintos no acontece lo mismo en todas partes.

En Francia por ejemplo el día de año nuevo es el día grande del año, es su gran festividad, es para ellos lo que la Pascua para nosotros, es el día de las felicitaciones, de los obsequios, de los regalos, de los aguinados, en fin es el día de los estrenos. Todo el mundo estrena, todos regalan, todos obsequian y todos también reciben á su vez obsequios de aguinado. ¿Quien es capaz de valuar los millones que se invierten solo en el pueblo de París para la solemnidad de este gran día? Desde la humilde griseta hasta la señora de la más elevada gerarquía, desde el cocinero de mandil y gorro blanco ó desde el más infeliz *petit comissionnaire* hasta el más alto funcionario, hasta el aristócrata par de Francia, todos estrenan, todos son dadivosos, todos siguen el poderoso é irresistible impulso de la costumbre, todos obedecen al deber de festejar este solemne día.

Las costumbres, reconocen siempre un origen muchas veces de gran significación, otras indiferentes; algunas sublime y grandioso.

Discurriendo acerca de esta costumbre hacen remontar unos su origen hasta la época del gran apogeo de la Grecia, y también otros atribuyen á los Romanos la invención de este uso. Dos son las etimologías que más fundamento ofrecen según la opinión de los escritores y de los hombres que se han ocupado en dilucidar esta materia. Según estos existía á las puertas de Roma un bosque consagrado á *Strenna*, diosa de la fuerza; é imaginaron cortar el primer día del año las ramas de aquellos árboles que siempre permanecían en todo su verdor y lozania, sobre todo por la influencia del suave clima y despejado cielo de Italia, y presentarlas como merecido homenaje y como signos de paz y concordia á *Tatius* rey de las Sabinas, con quien *Rómulus* dividió su trono á consecuencia de la reunión de estos dos pueblos. Este sencillo y modesto tributo se siguió ofreciendo después, todos los años y en la misma época. Otros pretenden que se deriva de la palabra latina *strenna* y que espresa la simplicidad de las ofrendas que se tributaban á los dioses en tiempos más remotos. A sí es que durante la república romana consistían solo estos dones en dátiles, higos y miel, presentes todos alegóricos y que ofrecían para impetrar un año tranquilo, suave y abundante.

Sea de esto lo que quiera, que nada nos importa á los que no pretendemos empolvarnos en el fondo de las bibliotecas para escudriñar lo que hicieron nuestros antecesores, dejemos descansar á los Manueles y Manueles de las cócoras y fastidiosas visitas que los abruman durante el día, y vamos á trasladarnos de un santo á la adoración de los santos reyes.

Ruido a se nos presenta á lo menos en la corte que otro tiempo fue de dos mundos, y así como unas festividades se anuncian con aromáticas, floridas y enramadas visperas; otras con brillantes serenatas, con alegres y bulliciosas comerías, y alguna con clamoroso y mortuorio son de campanas, esta se nos ofrece con infernales atributos, con ronca y desapacible armonía de cencerros y campanillas, con pestilentes hachones, espuertas, escaleras y otras mil ridiculeces que con el plausible pretesto de la fuerza de costumbres, ostentan aun por las calles una porción de hotentotes por conquistar aun, y que las recorren á escape con teas en la mano, semejándose a una turba de desenfrenados y furiosos incendiarios. Todo esto es porque suponen salir á el encuentro de los reyes que guiados por la estrella del Oriente, acuden á prestar homenaje al hijo de María, y porque pretestan también vienen derramando oro y riquezas á su paso.

Más dejemos descansar á los que con tan buena fé y decidido ánimo emprenden su nocturna expedición y pasemos al día en cuestión.

Nuestros lectores podrán haber visto en el grabado que ofrecemos á la cabeza de este artículo, que representa la fiesta de los reyes.

Conocido de todos es el asunto religioso que recuerda á la cristiandad la fiesta de los reyes, nada diremos por lo tanto acerca de ella.

Algunos sabios considerando tan solo la casi exacta coincidencia, en cuanto á la época del año, con las antiguas saturnales de los romanos, han creído hallar en la improvisada realeza de este día, la momentánea dominación de los eselavos en las fiestas de Saturno; afirman que nuestra celebración de los reyes no es mas que una continuación de las saturnales, como pretenden también hallar en nuestras costumbres religiosas, muchos detalles de las ceremonias del paganismo. Algunos otros han creído de su deber protestar érgicamente contra el paganismo que representa el cuadro de que es copia nuestro grabado de *el rey bebe*, por la profanación que pretenden se hace de la Epifanía, confundiendo los recuerdos religiosos con los excesos de los romanos.

Para comprender á fondo toda la piadosa indignación de estos escritores y acallar el escrupuloso eco de su conciencia, nos basta recordar que esta fiesta se ha celebrado siempre en las diversas comarcas de la Europa, con festines magníficos y mucho mas suntuosos que los modestos y fraternales con que la conmemoramos hoy.

Y no solo entre los estudiantes y la clase mas vulgar del pueblo, se escedían en aquellos tiempos con ostentosa y gastronómica profusión, sino entre las clases mas acomodadas y aun en la corte misma se celebraba con convites que no resistirían los débiles estómagos de la presente generación, y aun muchas veces la mas completa licéncia y desenfreno en las pasiones presidía á estas nocturnas orgías.

Entre el pueblo proclamaban un rey y este escogía un loco ó un ridiculo bufon encasgado de entretener con sus gestos, ademanes y atrevidas palabras, la alegría y festiva hilaridad de los convidados; todo el gasto debía satisfacerlo el momentáneo monarca, y esto duraba basta que concluían de despejarle de su última moneda para satisfacer la dispendiosa bacanal, siempre fuera de proporción con su módica fortuna y patrimonio.

Entre las clases mas acomodadas, el designado por

suerte como rey del festín, no costeaba el convite, pero si estaba obligado á reunir á sus expensas en otro día á sus convidados, y devolverles su obsequio invitándolos á acompañarlo en un día de tiempo.

En tiempos mas apartados, admitían los soberanos de Inglaterra á la comida del día de los reyes hasta á los simples menestrales y aun en el reinado de Eduardo III, recayó en uno de estos la presidencia del convite y realeza del Haba, llamada así porque encerrada una de estas en una gran torta ó mazapan, se distribuía después y al que le tocaba el pedazo que contenía digámoslo así la china, era proclamado rey.

En el medio día de Inglaterra, á la designación de un rey ó de una reina, seguía la distribución de los empleos, de ministros, chambelanes, escuderos, damas y demas servidumbre de que se rodeaban para aquel día, los nuevos príncipes.

Muy prolijo sería enumerar todas las particularidades de estas fiestas, tales como nuestros abuelos las celebraban, y aunque no quisieramos hablar mas de lo que fué y no es, no podemos sin embargo dejar de referir una circunstancia notable en las reuniones de familia, y que aun se conserva en el ánimo de algunas personas sencillas y supersticiosas. Después de separar en la mesa, la parte destinada á Dios, á la virgen María, á los pobres y algunas veces á los reyes magos, también se reserva la parte destinada á los individuos ausentes de la familia; así es que mas de una vez he visto á una madre esominar cuidadosamente el trozo de torta del hijo soldado ó en lejanas tierras, conservada con religiosa escrupulosidad, para leer en las alteraciones que el tiempo necasariamente la hace sufrir, una indicación de la mas ó menos venturosa situación de que disfruta el deudo ó el amigo.

Aunque muy pocas y desfiguradas, sin embargo conservamos aun algunas costumbres de nuestros padres. En el real palacio de Madrid aun se celebra algunas ceremonias y etiquetas que no refiero por carecer de los detalles suficientes. Hay corte, y es el día de las Pascuas de los señores, el día de cumplimiento en las clases militares y alta aristocracia.

Aquí debiera terminar esta desaliñada reseña de fiestas y costumbres, porque termina también la delicia de los estudiantes, el gozo de los muchachos que en vez de jugar al trompo, solazarse al sol en el campo ó saborear las jaleas y escarchados, tienen que fijar su atención y martirizar su memoria ante el catecismo de Ripalda y las fábulas de Iriarte, pero antes fuerza será hacer mención de dos cosas que descienden ahora por el cañon de mi pluma y que habia dejado olvidadas. Una de ellas es los años, y otra los estrechos. Todo el mundo sabe lo que significan estas palabras, y por eso no me cause en definir las; nosé de donde ni de qué se origina esta costumbre que como española se va quedando rezagada, aunque sea dicho de paso importa poco, pues á muy pocos divierte, y á los mas fastidia.

Nada mas se me ocurre que participar á vds. por ahora; nada tengo que añadir mas que la expresión de mi buen deseo en comunicarnos por este medio el año que viene, para cuya Noche-buena tengo el honor de ofrecer á los suscritores un magnífico aguinaldo que está preparando ya, el mismo que en esta ocasión les felicita las Pascuas y besa sus monos.

J. L.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE GENERAL POR ORDEN ALFABÉTICO.

- Aulo Silio*, por D. J. Gimenez Serano. 185.
Ailovrandus Magnus, por Enrique Berthoud. 101.
Ahoradores del fuego (los). 24.
Amsterdam, por D. Modesto la Fuente (Fr. Gerundio). 165.
Antioquia, 173.
Arenques, (los). 183.
Asturias, por D. José Arias de Miranda. 186.
Ali-Mehemet Virey de Egipto, 190.
Austria, *Vieng*. 199.
Alberto Durer. 265.
Asturias. Noticias generales del distrito de Oviedo a Proaza, por don José Arias de Miranda. 267.
Breton de los Herreros, por D. Ventura de la Vega. 9.
Biografía de un diablo, por D. J. Lequey. 121.
Boron Von-Koeldvelhout de Tronsberg, (el). 133.
Beltran de la Cueva, por D. J. Muñoz Maldonado. 1.^a parte. 247.
Beltran de la Cueva, (conclusion). 277.
Clemencia. 17.
Corona y el hacha (la). 25.
Carlota. 31.
Carlos el malo. 49.
Conquista de Córdoba, (la) por don F. Fernandez Villabrilie. 54.
Catedral de Sevilla, (a la) Poesia, por D. A. de Saavedra, (Duque de Rivas). 58.
Calcuta. 63.
Carta de un ciudo, por el estudiante. 80.
Costumbres de los turcos. 94.
Cultivo del té. 118.
Condes de Castilla, (el último) por D. F. Fernandez Villabrilie. 125.
Corte de D. Juan II, (la). 285.
Cuadro andaluz, (poesia) por don Enrique Cisneros Novas. 147.
Castillo inclinado. 158.
Cuelillo indicador y los picos, (el). 194.
Casas de Huéspedes, por A. F. R. 214.
Caña de Azucar, (la). 233.
Competencia generosa, (la) por don Francisco Fernandez Villabrilie. 245.
Cuarto principal y el cuarto tercero, (el) por el Incógnito. 261.
Descubrimientos del mar del Sur, por D. Francisco Fernandez Villabrilie. 43.
Dos huérfanos (los). 46.
Daos y Velarde ó el Dos de Mayo, por D. Francisco Fernandez Villabrilie. 77.
Evasion de Ripperdá del Alcázar de Segovia, por D. Salvador Bermudez de Castro. 5.
Educacion de un niño, (la) por Fr. Gerundio. 61.
Embajador, (el) por D. Francisco Fernandez Villabrilie. 149.
Episodio de la guerra civil, (un) por M. ...
Fiestas de los judios. 217.
Gemelos, (los). 97.
Groenlandia. 170.
Gloton del norte. 213.
Introducción, por D. José de la Revilla. 1.
Inocencia sacrificada, (la) por don Antonio Pirala. 82.
Isla de Madra, (la) por D. José Tenorio. 91.
Infantes de Aragon, (los) por don Francisco Fernandez Villabrilie. 116.
Juan Nicasio Gallego, (don) por don Ventura de la Vega. 65.
Juan de Padilla, por D. Julian Saiz Milanés. 223.
Lobo negro (el). 271.
Maguncia, por D. A. Pascual. 64.
Mr de Wodenblok. 74.
Maria, primera parte. 205, por Enrique Berthoud.
Maria, segunda parte. 236 por id.
Novia y el muerto, (la). 21.
Natividad (la). 206.
Orgia en el mar, (una) por D. Teodoro Guerrero. 163.
Orillas del Rhin. 221.
Perra de Julianita, (la) por D. Modesto Lafuente (Fr. Gerundio). 14.
Premio de la sangre (el). 39.
Pekin. 95.
Romance, por D. Manuel Breton de los Herreros. 84.
Reina, (una) por la duquesa de Abrantes. 152.
Rodrigo Calderon, (don) *Marqués de siete Iglesias conde de la Oliva*, por D. Julian Milanés. 176.
Rotura de los diques de Holanda. 189.
Romance, por D. V. Saiz Pardo. 219.
Ruinas de Stratoneica. 273.
Sanchez Coello, 11.
Sueño, (un) Pablo Verner. 134.
Secreto, (el). 290.
Treinta leguas en posta, por M. ... 67.
Wamba el triunfador, por D. Francisco Fernandez Villabrilie. 202.
Zinga, reina de Matamba y de Angola. 129.

INDICE POR ORDEN DE MATERIAS.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

- Evasion de Ripperdá de el Alcázar de Segovia*, por don Salvador Bermudez de Castro. 5.
La corona y el hacha. 25.
Descubrimiento del mar del Sur, por don Francisco Fernandez Villabrilie. 43.
Carlos el Malo. 49.
La conquista de Córdoba, por don F. Fernandez Villabrilie. 54.
Daos y Velarde ó el Dos de Mayo, por don F. F. Villabrilie. 77.
La inocencia sacrificada, por don Antonio Pirala. 82.
Ailovrandus Magnus. 101.
Los infantes de Aragon, por don Francisco Fernandez Villabrilie. 116.
El último conde de Castilla, por don Francisco Fernandez Villabrilie. 125.
Zinga, reina de Matamba y de Angola. 129.
El embajador, por don Francisco Fernandez Villabrilie. 149.
Una reina, La duquesa de Abrantes. 152.
D. Rodrigo Calderon, Marqués de siete Iglesias, conde de la Oliva, por don Julian Milanés. 176.
Wamba el triunfador, por D. Francisco Fernandez Villabrilie. 202.
Juan de Padilla, por D. Julian Saiz Milanés. 223.
La competencia generosa, por don Francisco Fernandez Villabrilie. 245.
Beltran de la Cueva, Primera parte, por don José Muñoz Maldonado. 247.
Beltran de la Cueva, 2.^a parte. 274.
Corte de D. Juan II (la). 287.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Introducción, por D. José de la Revilla. 1.

La perra de Julianita (poesía), por D. Modesto Lafuente (Fr. Gerundio) 14.

A la catedral de Sevilla, (poesía) por don A. de Saavedra (duque de Rivas). 58.

Romance, por don Manuel Breton de los Herreros. 84.

Cuadro andaluz, por don Enrique Cisneros Nuevas. 157.

Romance, por don V. Saint Pardo. 219.

ESTUDIOS MORALES.

Los dos huérfanos. 46.

Aulo Silio, por don J. Gimenez Serrano. 85.

Maria, primera parte. 205.

Maria, segunda parte por Enrique Berthoud. 236.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

D. Manuel Breton de los Herreros, por don Ventura de la Vega. 9.

D. Juan Nicasio Gallego, por don Ventura de la Vega. 65.

Ali-Mehemet, virrey de Egipto. 190.

Alberto Durer. 265.

ESTUDIOS DE VIAGES.

Maguncia, por don Agustín Pascual. 65.

Pekin. 95.

En sueño, por Pablo Verner. 134.

Amsterdam, por Fr. Gerundio. 165.

La Groelandia. 170.

Ruinas de Stratonicea. 273.

Antioquia. 173.

Rotura de los diques de Holanda. 189.

Austria; Viena. 199.

Orillas del Rhin. 221.

ESTUDIOS GEOGRÁFICOS.

Calcuta. 63.

La isla de Madera, por don José Tenorio. 91.

Asturias, por D. José Miranda. 186.

Noticias generales del distrito de Oviedo a Proaza en el principado de Asturias, por don José Arias de Miranda. 267.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

La educacion de un niño, por don Modesto Lafuente. (Fr. Gerundio). 61.

Carta de un viudo, por el Estudiante. 80.

Costumbres de los turcos. 94.

Los adoradores del fuego. 124.

Casas de huéspedes, por D. A. F. R. (El Incógnito). 214.

Fiestas de los Judios. 217.

El cuarto principal y el cuarto tercero, por D. A. F. de los R. el incógnito. 261.

Secreto. (el) 290.

Natividad. (la) 296.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

El cuclillo indicador y los picos. 194.

El gloton del Norte. 213.

El Lobo negro. 271.

ESTUDIOS DE AGRICULTURA.

Cultivo del té. 118.

La caña de azúcar. 233.

ESTUDIOS DE INDUSTRIA.

La pesca de los harengues. 183.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

Sanchez Coello. 11.

La novia y el muerto. 21.

El premio de la sangre. 39.

Treinta leguas en posta, por M. ... 67.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

M. de Wodemblok. 74.

Un episodio de la guerra civil, por M. ... 88.

Los gemelos. 97.

Biografía de un duro, por D. Juan Leguey. 121.

El baron Van-Hoeldwethout de Tronsberg. 143.

Castillos inclinados. 148.

Una orgia en el mar, por D. Teodoro Guerrero. 163.

CAUSAS CÉLEBRES.

Clemencia. 17.

Carlota. 24.

NOTA. Creeríamos faltar a un deber sagrado sino aprovechásemos este hueco para cerrar el tomo dando las gracias á todos cuantos nos han honrado por la confianza que han tenido en nuestras promesas y por el auxilio que han prestado á una empresa que tanto puede contribuir á fomentar la afición á la lectura y por consiguiente á la grande obra de la civilización.—El crecido número de suscritores que tenemos ya para el año próximo prueba de una manera indudable que hemos acertado á captarnos la benevolencia pública; nosotros no seremos ingratos y nada perdonaremos para probar que nuestra voluntad no conoce límites y que no nos guía en esta empresa un interés mezquino sino un sentimiento más noble y elevado: el de ser en algo útiles á nuestros conciudadanos.

Madrid 25 de diciembre de 1843.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

AVISO.

DOÑA MELITONA SANCHEZ CONEJO, residente en Nava del Rey, provincia de Valladolid, ha sido la agraciada con el premio ofrecido á los suscritores por el corriente año, que tenía opción á la rifa prometida en el prospecto. El premio mayor del sorteo de grandes premios que se verificó el 23 del corriente diciembre ha salido en el 9975 y la referida señora tiene en su billete los números del 9973 al 9976 ambos inclusive.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO, CALLE DEL SORDO NUMERO 11.